
Stanford University Libraries
3 6105 119 010 499



OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO III

AUTOS Y COLOQUIOS

(FIN)

COMEDIAS DE ASUNTOS DE LA SAGRADA ESCRITURA



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
PASEO DE SAN VICENTE, NÚMERO 20
1893

EJEMPLAR NUM. 874

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

III

AUTOS Y COLOQUIOS

(FIN)

COMEDIAS DE ASUNTOS DE LA SAGRADA ESCRITURA

OBSERVACIONES PRELIMINARES

Comprende este volumen ocho autos de Lope de Vega, otros cinco que con más ó menos fundamento se le atribuyen, ocho comedias bíblicas de autenticidad indisputable, y cuatro más que, impresas ó manuscritas, corren bajo su nombre; en total, veinticinco piezas dramáticas, de las cuales eran inéditas quince. Sobre cada una de ellas vamos á hacer breves observaciones, siguiendo el plan indicado en la introducción del volumen anterior.

I.—AUTO SACRAMENTAL DE LOS DOS INGENIOS Y ESCLAVOS DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Manuscrito de la Biblioteca Nacional, procedente de la de Osuna, no citado en el *Catálogo* de La Barrera. Es copia mala, faltando en algunos pasajes no sólo la rima, sino también el sentido (1). Aun el título mismo del auto parece incompleto y viciado. Los *dos ingenios y esclavos del Santísimo Sacramento* no son personajes que intervengan en el diálogo, ni á ellos se hace la menor referencia: deben de ser los autores mismos, Lope y otro, quizá Montalbán. Un imperdonable olvido del copista nos ha privado del verdadero título de este poema, que podría ser «*Auto del Ángel Bueno y del Ángel Malo*», y puede considerarse como una alegoría moral de la vida humana, con un final eucarístico. La versificación no es indigna de Lope, y si tuvo algún colaborador, como sospecho, debió de ser un discípulo enteramente identificado con su gusto y estilo. Las redondillas, sobre todo, no parecen de otra mano que de la del gran maestro. La escena de la audiencia y del proceso del hom-

(1) El verso primero de la pág. 12 pudiera restablecerse diciendo:

¿Y tú no vienes también?

El verso 30, col. 2.ª, de la misma página, que ni rima ni hace sentido, debió de ser escrito por Lope de esta manera:

Mira mi mano y mi pecho.

El *vístele* del verso 22, col. 1.ª de la pág. 13, es, indudablemente, *visle*.

bre leído por el ángel malo como fiscal, es un lugar común de las *moralidades* de la Edad Media, reproducido en algunas obras primitivas de nuestro teatro, especialmente en el *Auto de acusación contra el género humano*, en que son figuras «Lucifer, Satán, Carón, Cristo, Nuestra Señora, el Ángel Custodio, el Ángel San Gabriel, el Género Humano y *La Fragilidad*» (1), obra que no deja de ofrecer algunas relaciones con ésta de Lope. Analogía más remota tiene el *Auto de la residencia del hombre*, de que ya se habló en el tomo precedente.

Nótese (pág. 57) la intercalación del principio de las coplas de Jorge Manrique, puestas en música. Suponemos que esta música sería la misma que se conserva en algunos libros técnicos del siglo XVI, por ejemplo, en el titulado *Libro de cifra nueva para tecla, harpa y vihuela....., compuesto por Luis Venégas de Henestrosa* (Alcalá, 1577).

II.—LA ADÚLTERA PERDONADA.

Manuscrito de la Biblioteca Nacional, procedente de la de Osuna.

Auto de sencilla alegoría, pero sembrado de bellezas líricas y tan graciosamente versificado, que merece alternar con los mejores de Lope. Abundan, como en otros autos suyos, las reminiscencias del *Cantar de los cantares;* v. gr:

Enamorada estoy ya;
Que es mi amado rubio y blanco,
Y manirroto y muy franco:
Muéstrame, Amor, dónde está:
En qué valle, en qué floresta
Apacienta su ganado:
Á dónde está recostado
En el calor de la siesta.
Hijas de Jerusalén,
Si viéredes á mi esposo,
El amado y el hermoso,
Decid que le quiero bien.
Decidle que ya le adoro,
Que su amor roba las almas,
Que sus cabellos son palmas
Y su cabeza fino oro.
En su huerto, el dueño mío
Coge los lirios y aromas,
Y sus ojos son palomas
Á las márgenes del río.
Mas ya he escuchado su voz;
Saltando viene mi amante
Por los montes, semejante
Al cervatillo veloz.

(1) Códice de autos viejos de la Biblioteca Nacional.

Sus facciones soberanas
Él mismo, hermoso, me muestra
Tras de aquella pared nuestra,
Por resquicios y ventanas.
. . . .

Nótense, además, por su gallardía, los dos romances:

Serrana de aquestos valles.....
De las montañas caldeas.....,

y por su interés musical, la letra para cantar:

Despertad, ojuelos verdes,
Que á la mañanita lo dormirédes.....,

y la glosa de *La Bella mal maridada*, que puede añadirse á las innumerables que se han hecho de aquel fragmento de antiguo romance, transformado después en villancico popularísimo, quizá el más popular de cuantos encierran los antiguos cancioneros (1). Lope no sólo le glosó repetidas veces á lo divino y á lo humano, sino que fundó en él una comedia entera, *La Bella mal maridada*. El texto primitivo de los versos del romance, tal como se deduce de la *Glosa* de Quesada, impresa en un pliego suelto gótico (perteneciente antes á la biblioteca de Campo-Alanje y hoy á la Nacional), dice así:

La bella mal maridada
De las más lindas que io vi,
Véote triste, enojada:
La verdad dila tú á mí;
Si has de tomar amores,
Vida, no dejes á mí.....

El villancico, puesto en música en los libros de vihuela de Luis de Narváez (1538) y Enríquez de Valderrábano (1547), es de esta suerte:

La bella mal maridada
De las más lindas que vi,
Acuérdate cuán amada
Fuiste, señora, de mí.....

Pero la forma que prevaleció en los innumerables glosadores de la escuela de Castillejo y Gregorio Silvestre, y la adoptada por Lope, es la siguiente:

La bella mal maridada
De las más lindas que vi,
Si habéis de tomar amores,
Vida, no dejéis á mí.

(1) Sobre el primitivo texto y las más antiguas glosas, puede verse una nota muy erudita é importante en el *Cancionero musical de los siglos* XV y XVI (Madrid, 1890), dado á la estampa por nuestro compañero de Academia D. Francisco Asenjo Barbieri (páginas 105-107).

Hay también en este auto una trova á lo divino del romancillo de Góngora:

La más bella niña
De aqueste lugar,
Hoy viuda y sola
Y ayer por casar.....

De los últimos versos de este auto parece inferirse que tenía por segundo título *La Clemencia en la venganza.*

III.—EL TUSÓN DEL REY DEL CIELO.

Manuscrito de la biblioteca de Osuna, hoy de la Nacional. Copia sacada en Aranda á 17 de Mayo de 1623 por un estudiante, Bernardo de Gumiel, cuyas letras debían de ser pocas y malas, á juzgar por el desaliño con que trasladó los versos del Fénix de los Ingenios. De todos modos, es composición infelicísima, y de las que Lope hacía como dormitando. Grima da leerla á continuación de tan bello poema como *La Adúltera perdonada.* Ofrece, sin embargo, alguna curiosidad como original indudable del auto de D. Pedro Calderón intitulado *El Maestrazgo del Toisón.* De Lope tomó Calderón el profano y extravagante concepto alegórico de la institución del Toisón de Oro como símbolo de la Eucaristía; de Lope, la mayor parte de sus personajes; salvo que en el auto de Calderón la figura abstracta de *la Malicia* sustituye al impío *Caballero Calabrés,* trasunto de Judas, que en Lope vende el Tusón á los judíos por treinta dineros. Quizá en el tal *Caballero Calabrés* haya alusión á algún caso inquisitorial reciente aún cuando el poeta escribía. En la loa que recita *el Contento* al principio del auto, se advierte indudable reminiscencia de la célebre glosa atribuída á Felipe II:

¿Tiénente los Reyes? No:
¿Tiénente los Papas? Menos.

En el verso 4.° de la pág. 45, donde el copista escribió por error «sólo de las siete llaves», se restablece la asonancia leyendo, como el sentido lo exige:

Sólo de los siete sellos.

IV.—LA VENTA DE LA ZARZUELA.

Pieza no mencionada por Barrera. Manuscrito de la Biblioteca Nacional, fondo Osuna. Al fin consta la fecha de la copia, «16 de Marzo de 1615 años: sacóse en casa de Alonso Carrillo». El texto es correcto en general, y ofrece pocas dificultades. En el verso 47, col. 1.ª de la pág. 54, fácilmente puede restablecerse la asonancia leyendo:

Ó del cansado camino.

Una redondilla de la pág. 59, col. 1.ª, queda cabal si leemos en el 4.º verso:

Á alzarse se han atrevido,

en vez de

Se alzan, Pastor, atrevidas.....

La *Zarzuela* de donde toma nombre este precioso auto, que, salvo el final eucarístico, tiene más de profano que de sagrado, era una venta puesta en los confines de la Mancha y Sierra Morena y frecuentada de salteadores, terror de los caminantes que iban ó venían de Andalucía á Ciudad Real. Por eso pregunta *el Hombre* al principio del auto de Lope:

¿Por dónde tengo de ir
Seguro á Ciudad Real?
¿Qué camino principal
Debo, Memoria, seguir?
Dícenme que en el camino
Está la Sierra Morena,
De varios peñascos llena:
Soy desde Adán peregrino.
En Sevilla tomé puerto:
Del Oriente, en que nací,
Vengo, como ves, aquí,
De mi ignorancia cubierto.
. . . .

La ventera de la Zarzuela debía de tener hábitos semejantes á los de la famosa Serrana de la Vera, puesto que salteaba á los pasajeros, y con el halago de su amor y de sus caricias los arrastraba á la muerte:

¡Ay de aquel que á su cabaña
Venga á posar, salteadora
Que el hombre engañado adora,
Circe de aquesa montaña!

De las fazañas de esta Circe montaraz, cómplice y encubridora de todos los bandoleros de aquellos contornos, hubo de componerse un romancillo, en algún modo análogo á las antiguas *villanescas*. No le conocemos en su primitiva forma, pero que fué muy popular lo atestiguan las glosas *á lo divino* que de él se hicieron, entre las cuales recuerdo la que se contiene en el *Cancionero y Verjel de plantas divinas* del licenciado Juan López de Úbeda (Alcalá de Henares, 1588), reproducida con el núm. 450 en el *Romancero* y *Cancionero Sagrados* de la biblioteca de Rivadeneyra, con el título de *Romance de una alma que desea el perdón:*

Yo me iba ¡ay Dios mío!
Á Ciudad Reale;
Errara yo el camino
En fuerte lugare.
Salí zagaleja

De en cas de mi madre,
En la edad pequeña,
Y en la dicha grande;
Un galán hermoso
Me topó en la calle,
Y el cabello en crencha
Pude enamorarle;
Por ser él quien era,
Gustó de criarme,
Porque yo de mío
No diz que era nadie.
Llevóme á su casa,
Hizo que me laven
Con agua de rostro
Que hermosos hace.
Dióme ropa limpia,
Quedé como un ángel,
Y tal gracia tuve,
Que pude agradarle.
De palmilla verde
Me hiciera un briale,
Paño de esperanza,
Que gran precio vale.
Dióme unos corpiños
De grana flamante,
Porque en amor suyo
Con ellos me inflame:
De fe unos zarcillos,
Porque se la guarde,
Y en fe de su amor
Patena y corales:
De oro una sortija
Y otra de azabache,
De amor y temor,
Porque tema y ame:
Las jervillas justas
Porque justo calce,
Porque en buenos pasos
Y con gracia ande.
Hizo que á su lado
Con él me asentase,
Para que á su mesa
Comiese y cenase.
Hizo que me sirvan
Sus mismos manjares,
Su plato y su copa,
Su vino y su pane.....

repitiéndose en Valencia al año siguienie, según se infiere de la aprobación de Gaspar Escolano, que acompaña al manuscrito.

Es auto ingenioso y bien versificado. La descripción de la imaginaria isla del Sol:

Esta es una gran provincia,
Cuyo rey es un Querub.....,

recuerda en algún modo la fabulosa ciudad de Jauja. Pero luego la concepción simbólica se va agrandando con noble y religiosa poesía, hasta convertirse la isla del Sol en trasunto de la espiritual Jerusalén que San Juan vió descender del cielo:

Desde aquí puedes mirar
De la isla la belleza,
Cuya excelencia y grandeza
Supo Juan bien ponderar.
Sus calles son de oro puro,
De margaritas sus puertas,
Ya para ti bien abiertas;
De verde jaspe su muro.....

VIII.—LA ARAUCANA.

Manuscrito de la Biblioteca Nacional, fondo Osuna. No mencionado por La Barrera.

Pieza disparatadísima, ó más bien absurdo delirio, en que Colocolo aparece como símbolo de San Juan Bautista; Rengo como figura del demonio, y Caupolicán (*horresco referens*) como personificación alegórica del Divino Redentor del mundo. Muy robusta debía de ser la fe del pueblo que toleró farsa tan irreverente y brutal. Para nosotros sólo tiene curiosidad por los bailes y cantos indígenas que la exornan. Para los incidentes dramáticos (tales como la prueba del tronco), el poeta se inspiró más bien en *La Araucana* de Ercilla que en su propia comedia *Arauco domado.*

El *cimbrias* del verso penúltimo, col. 2.ª de la pág. 113, es evidente error del copista: ha de leerse *fimbrias.*

IX.—LAS ALBRICIAS DE NUESTRA SEÑORA.

Manuscrito de la Biblioteca Nacional, fondo Osuna. La Barrera le cita como de Lope, pero el manuscrito no lleva nombre de autor, y basta leerle para comprender que pertenece al período dramático anterior á Lope de Vega. Así nos lo persuaden la uniformidad de la versificación (constantemente quintillas), la sencillez extraordinaria de la acción, reducida á un simple diálogo sin intervención de personajes alegóricos, el sabor arcaico de la lengua y el candor del estilo. Le creemos contemporáneo ó no muy posterior al *Auto de la Resurrección de Nuestro Señor*, penúl-

timo de los noventa y cinco que se contienen en el incomparable códice de la Biblioteca Nacional, y al suave y patético *Auto de la aparición que Nuestro Señor Jesucristo hizo á los dos discípulos que iban á Emáus, compuesto por Pedro Altamira, el mozo, natural de Hontíveros*, impreso en Burgos en 1523.

X.—EL PRINCIPE DE LA PAZ.

Don Vicente Salvá, en uno de los catálogos de su librería de Londres (1829-1834), anunció en venta el *Auto del Príncipe de la Paz y transformaciones de Celia, del año de* 1629, *para las fiestas de Madrid* (manuscrito antiguo, en 4.°, con el nombre de Lope). No creemos que este manuscrito fuese el mismo que hoy existe en la Biblioteca del Museo Británico de Londres, y que ha servido de texto para nuestra edición, porque éste no lleva el nombre de Lope de Vega, sino el de Mira de Amescua. Al mismo autor se atribuye en los catálogos de Medel y de Huerta. En la duda, no hemos querido omitirle, porque es obra poética de mérito nada vulgar, si bien algo estragada en la copia londinense. La cuestión de paternidad no parece fácil de resolver, porque el estilo de Mira de Amescua es más semejante al de Lope que el de ningún otro dramático nuestro, pero suele mostrarse aquel poeta guadixeño más exuberante y recargado de pompa lírica que el matritense: cualidades que también nos parece vislumbrar en algunos pasos de este auto, especialmente en las endechas

Á las vanas flores
De esta verde selva.....

De las razones por que Cristo es llamado *Príncipe de Paz*, discurre hermosamente Fr. Luis de León en el libro II de *Los Nombres de Cristo* (2.ª impresión, Salamanca, 1585, páginas 177-208).

XI.—LA SANTA INQUISICIÓN.

Sobre este auto ocurre la misma duda que sobre el anterior. La Barrera le señala como de Lope sobre la fe de un manuscrito de la biblioteca de Osuna. Pero contra la autoridad de este manuscrito, que da por año de la composición del auto el de 1629, está otro de la Biblioteca Nacional que le atribuye al Dr. Mira de Mescua, y dice que «se representó en esta corte el año de 1624», indicación cronológica que concuerda con la aprobación del jesuíta Juan Chacón, fecha en Valladolid en 10 de Mayo de 1625, que leemos en otro manuscrito de la misma Biblioteca, en que el auto está anónimo. Si el copista del manuscrito de Osuna retrasó en cuatro años la fecha de la composición, no es de admirar que se equivocase también en cuanto al nombre del autor. El estilo de Mira de Amescua, en lo que tiene de peculiar suyo, está más acentuado en este auto que en *El Príncipe de Paz*. Para convencerse de ello basta leer el diálogo entre la Noche y el León, y el romance

Estábase Dios á solas.....,

en que se advierten ya algunos toques de estilo calderoniano.

Este auto, aunque mediano, no carece de curiosidad histórica por ser uno de los poquísimos del teatro sacramental en que directamente se hace la apología del Tribunal del Santo Oficio. Ya Pedroso notó esta particularidad al imprimir en su colección el viejo auto anónimo *De las Cortes de la Iglesia*, que, por lo demás, ninguna semejanza tiene con el presente.

Hemos fijado nuestro texto con presencia de los tres manuscritos ya citados, que ofrecen entre sí considerables variantes.

XII.—CONCEPTOS DIVINOS AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Y Á LA VIRGEN NUESTRA SEÑORA,

PROSIGUIENDO LOS COLOQUIOS DE LOPE DE VEGA CARPIO.

Este coloquio no es de Lope, pero nos ha movido á incluirle en esta colección el ser imitación ó más bien continuación de los suyos, y el haberse impreso con ellos en Sevilla en 1615.

Tales son las reliquias del teatro sacramental de Lope de Vega que hemos podido recoger. Cítanse, además, como suyos, los autos siguientes:

Las Hazañas del segundo David. Existió el original, autógrafo al parecer, con fecha de 28 de Abril de 1619, en la biblioteca de Osuna, y allí le vió La Barrera; pero desgraciadamente este precioso manuscrito había desaparecido ya cuando aquella colección fué puesta en venta y adquirida por nuestro Gobierno. No figura en el *Catálogo abreviado de los manuscritos de la biblioteca del Excmo. Sr. Duque de Osuna é Infantado, hecho por el conservador de ella D. José María Rocamora* (Madrid, Fortanet, 1882). Cuantas averiguaciones hemos hecho para indagar el paradero de este auto han resultado inútiles hasta ahora. Rogamos encarecidamente á quien tenga noticia de él, que nos la facilite para mayor complemento de esta colección.

El Sr. D. José Sancho Rayón posee dos tomos inéditos de autos sacramentales atribuídos á Calderón (*Partes séptima y octava*). Estas dos partes, manuscritas, que proceden de la librería de D. Bartolomé José Gallardo, fueron coleccionadas en 1718 por el erudito D. Juan Isidro Fajardo. El 7.° de los autos de la Parte 7.ª se titula *El Segundo David.* No es seguro que este auto haya salido de la pluma de Calderón, pero es positivamente de su tiempo y des u escuela, y no hay razón para identificarle con *Las Hazañas del segundo David*, de Lope.

Las Prisiones de Adán. Este auto del Nacimiento se encuentra atribuído á Lope en edición suelta del siglo pasado; pero es una rapsodia tan miserable, tan ajena de su estilo, y por el contrario, tan del gusto dominante en los últimos años del siglo XVII, así en lo culterano como en lo pedestre y chocarrero, que en buena ley no podemos reconocerle más antigüedad, ni mucho menos asignarle tan glorioso padre. Además, los yerros de la impresión son tan groseros, que impiden lograr un texto razonable y legible. Por todas estas razones no hemos tenido escrúpulo en sacrificar

este auto después de impreso, seguros de que con ello nada pierde la integridad del teatro de Lope, y ganan mucho nuestros lectores.

La Cárcel de Amor.

La Concepción de Nuestra Señora.

La Coronación de la Humanidad de Cristo (1).

El Corsario del Alma y las Galeras.

Estos cuatro autos se encuentran citados en el *Indice general alfabético* de los herederos de Francisco Medel del Castillo (1735) y en el *Catálogo* de García de la Huerta (1785), pero no se advierte si estaban impresos ó manuscritos. Mas probable es lo segundo. De todos modos, ninguna otra noticia hemos logrado de tales piezas.

Van al fin de este tomo tercero, á modo de apéndice, una loa sacramental de Lope, que se omitió en el tomo anterior por inadvertencia tipográfica, y un auto en que se dice que el Fénix de los Ingenios colaboró con Mira de Mescua.

XIII.—LOA SACRAMENTAL DE LOS TÍTULOS DE COMEDIAS.

Seis ediciones conocemos de esta pieza, en las colecciones siguientes:

a) *Autos Sacramentales, con quatro comedias nuevas, y sus Loas y Entremeses. Primera parte. Dedicado á D. Francisco de Camargo y Paz, Caballero de la Orden de Santiago. Con licencia, en Madrid, por María de Quiñones. Año de* 1655. *Á costa de Juan de Valdés, mercader de libros, enfrente de Sto. Tomás.*

b) *Navidad y Corpus Christi, festejados por los mejores ingenios de España, en diez y seis Autos á lo divino, diez y seis Loas, y diez y seis Entremeses. Representados en esta Corte* y *nunca hasta ahora impressos. Recogidos por Isidro de Robles, natural de Madrid..... Año* 1664. *Con licencia, en Madrid, por Joseph Fernández de Buendía. Á costa de Isidro de Robles, mercader de libros.* Es la primera pieza de las que contiene el tomo.

c) *Flor de Entremeses, Bayles y Loas, escogidos de los mejores ingenios de España..... En Zaragoza, por Diego Dormer, Impresor del Hospital Real de Nuestra Señora de Gracia. Año de* 1676, 8.° Ocupa el número tercero entre las piezas de esta colección.

d) *Verdores del Parnaso, en diferentes Entremeses, Vailes* (sic) *y Mojigangas, escritos por D. Gil de Armesto y Castro* (y otros autores). *En Pamplona, por Juan Micón, Impresor del Reyno. Año de* 1697. Es la segunda pieza de este tomito.

e) *Ramillete de Entremeses de diferentes autores. En Pamplona. Año de* 1770. Reimpresión á plana renglón del librillo antecedente, con supresión de dos entremeses.

f) *Comedias de D. Pedro Calderón de la Barca, colección..... hecha é ilustrada por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.* Madrid, Imprenta de Rivadeneyra, 1850

(1) Huerta atribuye este auto á Calderón, pero no está tampoco en la colección de los suyos.

(tomo XIV de la *Biblioteca de Autores españoles*), páginas 669 y 670. Se inserta esta loa como documento en el *Catálogo cronológico*.

Si esta loa es realmente de Lope, ha de pertenecer á los últimos años de su vida, á juzgar por la fecha de varias comedias que en ella se citan. Admitida la autenticidad del documento (y no tenemos indicio alguno de que la atribución sea falsa), hay que considerar esta loa como un documento bibliográfico de singular importancia. Todas las comedias que en ella se citan tienen que ser anteriores á 1635, año de la muerte de Lope. Estas comedias son por el orden en que la *Loa* las cita:

Los Tres diamantes. Del mismo Lope, inserta en la Parte 2.ª de las suyas, 1609.

El Dueño de las estrellas. De D. Juan Ruiz de Alarcón, inserta en su Parte 2.ª, 1634.

La Creación del mundo. Del mismo Lope de Vega: fecha no averiguada.

Los Favores del mundo. De Alarcón, en la Parte 1.ª 1628.

El Muerto vivo. Hay una comedia inédita de este título entre los manuscritos de las colecciones de Osuna y de D. Agustín Durán. Su autor, D. Juan de Paredes, poeta desconocido. De Lope hay otra comedia, *Los Muertos vivos*, en la Parte 14.ª de las suyas.

La Fe rompida. Comedia de Lope, publicada en su 4.ª Parte, 1614.

El Leal criado. De Lope, en la Parte 15.ª, 1621.

La Santa Liga. De Lope, en la misma Parte 15.ª

La Batalla del honor. De Lope, en la Parte 6.ª Existe el manuscrito autógrafo, con fecha de 1613.

El Palacio confuso. De Lope, aunque se ha atribuído á Mira de Mescua. Publicada por primera vez, según creemos, en la Parte 27.ª «extravagante» de Zaragoza, 1639.

Los enemigos en casa. De Lope, citada ya en la segunda lista de *El Peregrino*, y por consiguiente, anterior á 1618. Se insertó en la Parte 12.ª, 1619.

Ello dirá. De Lope, inserta en la misma Parte 12.ª

El Primer hombre del mundo. Ignoramos qué comedia pueda ser.

No hay sin mujer cosa buena. Comedia desconocida.

El Tirano castigado. De Lope, en la Parte 4.ª de las suyas. Citada en la misma lista de *El Peregrino*, y por consiguiente, anterior á 1604.

La Venganza honrosa. De Gaspar de Aguilar. En la *Flor de las Comedias de España..... Recopiladas por Francisco de Ávila, vecino de Madrid*, 1615.

El Amigo por fuerza. De Lope, y anterior á 1604. Está en la Parte 4.ª

El Despertar á quien duerme. De Lope. Está en la Parte 8.ª, 1617.

El Triunfo de la belleza. Obra desconocida.

El Mayor monstruo del mundo. De Calderón, más conocida por *El Mayor monstruo los zelos*, y aun más por *El Tetrarca de Jerusalén*. No he visto edición de ella anterior á la de 1641, en la 2.ª Parte de sus *Comedias*, publicada por su hermano.

El Mentiroso. Será probablemente *La Verdad sospechosa*, de D. Juan Ruiz de Alarcón, que lleva ese primer título en un manuscrito de la biblioteca de Osuna, con nombre de Lope. Se imprimió en la 2.ª Parte de las *Comedias* de Alarcón, 1634.

El Engañarse engañando. De D. Guillén de Castro. En la 2.ª Parte de sus *Comedias*, 1625.

La Rueda de la Fortuna. Del Dr. Mira de Mescua. En la *Flor de Comedias de España*, 1615.

La Muerte de Abel. Pieza desconocida, pues no es verosímil que sea el viejo *Auto de Caín y Abel* del Mtro. Ferruz.

La Vida es sueño. De Calderón. En la 1.ª Parte de sus *Comedias*, 1640.

El Villano en su rincón. De Lope. En la Parte 17.ª, 1617.

La Serrana de la Vera. De Lope, en la Parte 7.ª Hay otra, con el mismo título y asunto, de Luis Vélez de Guevara, 1603.

El Bien dado por perdido. Comedia desconocida.

Lo que son juicios de Dios. Desconocida. Quizá sea la de Montalbán *Lo que son juicios del cielo*. En la 1.ª Parte de las suyas, cuya edición príncipe parece haber sido de 1635.

La Vida de la aldea. Desconocida.

El Mayorazgo en la muerte. Desconocida.

La Fuerza lastimosa. De Lope. Anterior á 1604, puesto que está citada en la primera lista de *El Peregrino*. Impresa en 1609, en la Parte 2.ª

De un castigo dos venganzas. De Montalbán. Impresa en su *Para Todos*, 1632.

De un yerro nacen mil. Comedia anónima, manuscrito de la biblioteca de Osuna.

Querer la propia desdicha. De Lope. En la Parte 15.ª, 1621.

No hay mal que por bien no venga. De D. Juan Ruiz de Alarcón. No impresa, que sepamos, hasta 1653, en la Parte 6.ª de *Comedias escogidas*, de Zaragoza; pero el autor había fallecido en 1639.

El Remedio está en la mano. Desconocida.

El más verdadero amante. Desconocida con este título; pero puede ser *El Verdadero amante*, que es la más antigua de las comedias de Lope que hoy conocemos, escrita por él á los trece años.

La Culpa del primer hombre. Desconocida, puesto que tiene que ser distinta de *La Creación del mundo y Culpa del primer hombre*, ya citada en esta *Loa*.

La Justicia en la piedad. De Guillén de Castro. En la Parte 2.ª de sus *Comedias*, 1625.

Amor, honor y poder. De Calderón. Impresa por primera vez en 1634 en la *Parte veintiocho de Comedias de varios autores*, publicada én Huesca.

La Niña de plata. De Lope. Ms. autógrafo de 1613.

El Favor agradecido. De Lope. Escrita en 1593, pero no impresa hasta 1621 en la Parte 15.ª

La más constante mujer. De Montalbán. En el *Para Todos*, 1632.

La Pureza no manchada. Comedia desconocida con este título; pero puede ser la de Lope *La Limpieza no manchada*, inserta en la Parte 19.ª, 1623.

La Fortuna merecida. De Lope. En la Parte 11.ª, 1618.

La Humildad y la Soberbia. De Lope. En la Parte 10.ª, 1618 con el rótulo más extenso de *El Triunfo de la humildad y soberbia abatida*.

La Obediencia laureada. De Lope. En la Parte 6.ª, 1615, con el título de *La Obediencia laureada y primer Carlos de Hungría*.

El Mejor esposo. Será probablemente la de Guillén de Castro *El Mejor esposo, San José*, titulada también *El Tránsito de San José*, en la 2.ª Parte de sus *Comedias*, 1625.

El Celoso de sí mismo. Es la *Pastoral de Jacinto*, una de las comedias más antiguas de Lope de Vega, compuesta á los catorce ó quince años. Impresa por primera vez en 1617. (*Cuatro Comedias famosas de D. Luis de Góngora y Lope de Vega, recopiladas por Antonio Sánchez*), con el título de *Los Jacintos y Celoso de sí mismo*. Hay también edición suelta, en que esta comedia se nombra *La Selva de Albania y Celoso de sí mismo*.

La Guarda cuidadosa. De Miguel Sánchez *el Divino*. En la *Flor de las Comedias de España*, 1615.

El Hombre de bien. De Lope. En la Parte 6.ª, 1615.

El Cuerdo en su casa. De Lope. En la misma Parte 6.ª

Cómo se engañan los ojos. De Juan Bautista de Villegas. Conocida también con los títulos de *El Engaño en el anillo*, *Nadie fíe en lo que ve, porque se engañan los ojos*, *También se engaña la vista*. Atribuída á Lope en una 5.ª Parte de Sevilla, citada por Yáñez Fajardo. Lo más averiguado es que se insertó en la Parte *veinticinco de diferentes autores* (Zaragoza, 1632).

El Desengaño dichoso. De D. Guillén de Castro. En la 1.ª Parte de sus *Comedias*, 1621.

El Juramento cumplido. Desconocida.

Pobreza no es vileza. De Lope. En la Parte 20.ª, 1625.

El Mal pagador, en pajas. No la he visto. Barrera la cita como anónima, y dice que se imprimió antes de 1672. Es de las falsamente atribuídas á Calderón, según la lista de Vera Tassis.

Ofender con las finezas. De D. Jerónimo de Villayzán. En la Parte 44.ª de *Comedias de diferentes autores* (Zaragoza, 1652).

Sufrir más por querer más. Del mismo Villayzán. En la Parte 25.ª de *Comedias recopiladas de diferentes autores é ilustres poetas de España*, 1632.

La noche toledana. De Lope. En la *Parte tercera de Comedias de Lope y otros autores*, Barcelona, 1612.ª

La Ventura sin buscalla. De Lope. Anterior á 1618, pero no impresa hasta 1625 en la Parte 20.ª

Mejor está que estaba. De Calderón. Escrita en 1631, según plausible conjetura

de D. Juan Eugenio Hartzenbusch. Impresa por primera vez, según creemos, en 1652. *(Primera parte de Comedias escogidas de las mejores de España.)*

La Huída de Egipto. No la conocemos, pero en el catálogo de Huerta se cita una comedia de este título, dividida nada menos que en tres partes. ¿Sería la trilogia de Lope formada por *El Robo de Dina, Los Trabajos de Jacob* y *La Salida de Egipto?*

El servir con buena estrella. No se conoce comedia de este nombre, pero puede ser el título alterado de la de Lope, *Servir con mala estrella,* incluída en la Parte 6.ª, 1615.

La Inocencia perseguida. Con este título hay una comedia de D. Juan de Matos Fragoso, cuyo asunto es la vida de Santa Genoveva. Lope no pudo alcanzar esta comedia, ni quizá ninguna de las de Matos, que tenía diez y nueve años cuando él murió; pero es de presumir que la comedia del autor portugués sea, como casi todas las suyas, mera refundición de otra más antigua, y probablemente del mismo Lope, que era el autor á quien explotaba más.

Herodes. Esta indicación es muy vaga, porque son varios los dramas castellanos de que es protagonista el Tetrarca de Judea; pero creemos que se refiere á *La Vida y muerte de Herodes,* del Maestro Tirso de Molina. *(Quinta Parte* de sus *Comedias,* 1625.)

Nunca mucho costó poco. De D. Juan Ruiz de Alarcón. Más conocida con el título de *Los Pechos privilegiados.* En la Parte 2.ª de sus *Comedias,* 1634.

El Padre de su enemigo. De Juan Bautista de Villegas. En la parte 43.ª de *Comedias de diferentes autores,* Zaragoza, 1650, pero escrita mucho antes, como por esta mención consta.

Todo es fácil á quien ama. Desconocida.

El Imposible vencido. Desconocida, á no ser que sea *El Mayor imposible,* de Lope. Parte 25.ª, 1647.

Con su pan se lo coma. De Lope, y anterior á 1818. No publicada hasta 1621, en la Parte 17.ª

La Horca para su dueño. Con este título se ha impreso suelta *La Hermosa Ester,* comedia de Lope de Vega, escrita en 1610, conocida también con el título de *La Soberbia de Amán y Humildad de Mardoqueo.* Hay otra del Dr. Felipe Godínez sobre el mismo asunto.

El Desconfiado. De Lope. Parte 13.ª, 1620.

El Príncipe perfecto. De Lope. La 2.ª Parte lleva en un manuscrito de la biblioteca de Osuna, la fecha de 1614. La primera ha de ser, naturalmente, anterior, pero no se imprimió hasta 1618 (Parte 11.ª),y la segunda hasta 1623 (Parte XVIII).

El Amigo hasta la muerte. De Lope. En la Parte 11.ª, 1618.

La Fuerza de la sangre. De D. Guillén de Castro. En la Parte 2.ª de sus *Comedias,* 1625.

Al pasar del arroyo. De Lope. En la Parte 12.ª de sus *Comedias,* 1619.

La Prisión sin culpa. De Lope. Anterior á 1604, puesto que está ya citada en la

primera lista de *El Peregrino;* pero no se imprimió hasta 1617, en la Parte 8.ª

El Justo Abel. Desconocida.

Obras son amores. En la Parte 11.ª, 1618.

El Árbol del mejor fruto. De Tirso de Molina. Escrita en 1621. Ésta ú otra del mismo título anda impresa suelta, con el nombre de D. Antonio Coello.

El Buen Ladrón. Entre los manuscritos de la colección que fué de D. Agustín Durán, hay una comedia anónima titulada *El Buen Ladrón y Muerte de Nuestro Señor Jesuchristo.*

La Ocasión perdida. De Lope. Anterior á 1604. Impresa en 1609, en la Parte 2.ª

La Corona merecida. De Lope. Escrita en 1603. No impresa hasta 1620, en la Parte 14.ª

Total, ochenta y cuatro piezas, de las cuales treinta y siete, por lo menos, son del mismo Lope.

XIV.—LOA Y AUTO SACRAMENTAL DE LAS CORTES DE LA MUERTE.

Todos hemos leído en el capítulo XI, Parte 2.ª del *Ingenioso Hidalgo,* la memorable aventura que sucedió á D. Quijote con el carro ó carreta de las Cortes de la Muerte, que llevaba por los campos de la Mancha la compañía de Angulo el Malo. Iba la tal carreta «cargada de los más diversos y extraños personajes y figuras que pudieran imaginarse. El que guiaba las mulas y servía de carretero era un feo demonio. Venía la carreta descubierta al cielo abierto, sin toldo ni zarzo. La primera figura que se ofreció á los ojos de D. Quijote fué la de la misma Muerte con rostro humano; junto á ella venía un ángel con unas grandes y pintadas alas; al un lado estaba un emperador con una corona, al parecer de oro, en la cabeza; á los pies de la Muerte estaba el dios que llaman Cupido, sin venda en los ojos, pero con su arco, carcax y saetas; venía también un caballero armado de punta en blanco, excepto que no traía morrión ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversos colores: con éstos venían otras personas de diferentes trajes y rostros». Y cuando D. Quijote se pone delante de la carreta y «con voz alta y amenazadora increpa al carretero, cochero ó diablo de aquel carricoche, que más parecía barca de Carón que carreta de las que se usan», contéstale el diablo mansamente: «Señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el Malo: hemos hecho en un lugar que está detrás de aquella loma, esta mañana, que es la octava del Corpus, el auto de las Cortes de la Muerte, y hémosle de hacer esta tarde en aquel lugar que desde aquí se parece, y por estar tan cerca y excusar el trabajo de desnudarnos y volvernos á vestir, nos vamos vestidos con los mesmos vestidos que representamos. Aquel mancebo va de Muerte, el otro de ángel, aquella mujer, que es la del autor, va de reina, el otro de soldado, aquél de emperador, y yo de demonio, y soy una de las principales figuras del auto, porque hago en esta compañía los primeros papeles.....»

Con estos datos han tratado de determinar los comentadores del *Quijote*, cuál pudo ser el *Auto de las Cortes de la Muerte* á que Cervantes se refiere. La obra que más á mano se ofrecía, y la que Clemencin insinuó el primero, es el notabilísimo *Auto de las Cortes de la Muerte, á las quales vienen todos los estados, y por vía de representación, dan aviso á los vivientes y doctrina á los oyentes: llevan gracioso y delicado estilo*, pieza comenzada por el egregio vate placentino, Micael de Carvajal, terminada por Luis Hurtado de Toledo, é impresa en la Imperial Ciudad por Juan Ferrer en 1557; obra, á la verdad, de las más notables de nuestro teatro primitivo, y de la cual se ha dicho, con justicia, que «pocas de su tiempo podrán competir con ella, ni en el artificio y facilidad del diálogo, ni en la gravedad de las sentencias, ni en la censura de las costumbres de la época, ni en la preparación é ingeniosísimo desempeño de algunas escenas». Esta composición, tan preciosa como rara, pero que es fácil ya consultar en el *Romancero* y *Cancionero Sagrados*, de la *Biblioteca* de Rivadeneyra, donde se hizo el buen servicio de reproducirla, (aunque un poco fuera de su lugar, puesto que, como obra esencialmente dramática, no debía figurar en un tomo de versos líricos), es sin duda la más original, la más poética y la más española de las distintas versiones que de la *Danza de la Muerte* tenemos en nuestra lengua. Pero no parece que puede ser aquella á que Cervantes alude, tanto por haber sido escrita en una época literaria anterior en más de medio siglo á la publicación del *Quijote*, y corresponder á un gusto diverso del que á principios del siglo XVII predominaba, cuanto por el hecho de no encontrarse entre los personajes del auto de Carvajal y Hurtado el Dios Cupido que Cervantes menciona, ni tampoco el Emperador, ni la Reina, ni el Soldado, aunque sí el Caballero y otras innumerables figuras. De donde se infiere, ó que Cervantes citó de memoria, ó que el *Auto de las Cortes de la Muerte* que representaba Angulo el Malo era muy distinto del de Miguel de Carvajal. Por otra parte, la libertad satírica y algo *erasmiana* que en todo este auto domina, especialmente tratándose de cosas y personas de la Iglesia, hace enteramente inverosímil el que siguiera representándose á principios del siglo XVII.

Tampoco afirmaremos que el auto á que se alude en el *Quijote* sea el que insertamos en esta colección, porque no todas las señas convienen. Manuscrito le encontramos, en copia del mismo D. Justo de Sancha, benemérito bibliófilo, que coleccionó el *Romancero y Cancionero sagrados*, pero que al publicarle en 1855 aun no tenía noticia de este nuevo *Auto de las Cortes de la Muerte*. Sobre su autoridad va nuestro texto, que en el original que él vió, no sabemos si manuscrito ó impreso, llevaba los nombres de Lope de Vega y del Dr. Mira de Amescua, el primero al frente del auto, el segundo al frente de la *loa*. No respondemos de tales atribuciones, pero de todos modos no hemos querido omitir una composición positivamente antigua é ingeniosa, por más que en nada acreciente la gloria de los dos ilustres poetas á quienes se ha prohijado.

COMEDIAS DE ASUNTOS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

I.—LA CREACIÓN DEL MUNDO Y PRIMERA CULPA DEL HOMBRE.

No se encuentra citada en ninguna de las dos listas de *El Peregrino*, y por consiguiente puede creerse, aunque no con entera seguridad, que es posterior á 1618. Parece que se imprimió por primera vez en una *Parte* 24.ª, de Madrid, 1624, citada por Nicolás Antonio y por Schack sin más indicación bibliográfica que los títulos de las piezas. Pero todos nuestros esfuerzos para hallar este rarísimo tomo han resultado inútiles hasta ahora. Tampoco Chorley, ni La Barrera, ni Durán, ni Hartzenbusch llegaron á verle. El que le sustituye en las colecciones del teatro de Lope es otra *Veintiquatro Parte perfeta*, de Zaragoza, 1641, y en ella no está *La Creación del mundo*. Para fijar el texto de esta pieza hemos tenido á la vista tres distintos ejemplares sueltos del siglo pasado, que difieren poco entre sí, salvo erratas de más ó de menos; y la muy rara y curiosa colección de *Comedias nuevas de los más célebres Autores y realzados Ingenios de España..... Amsterdam, á costa de David García Henríquez*, 1726, que se formó para uso de los judíos españoles, y que exceptuando dos comedias (*La Fuerza lastimosa*, de Lope, y la *Judía de Toledo*, de Diamante ó de Mira de Amescua), no contiene más que dramas sobre asuntos del Antiguo Testamento. Contra lo que pudiera esperarse y contra lo que suele acontecer en casos análogos, el texto de la colección de Amsterdam es mucho más incorrecto que el de las ediciones sueltas, y tiene además una grave mutilación, no menos que de veintiocho versos alusivos á la Santísima Virgen y al Misterio de la Encarnación, al fin de la jornada 2.ª; versos que el colector judío tuvo la audacia de suprimir para no escandalizar á sus correligionarios.

La comedia de Lope de Vega comprende tres acciones distintas, que corresponden á sus tres jornadas, viniendo á formar una especie de trilogia: Jornada 1.ª: Creación del mundo y Pecado de Adán. Jornada 2.ª: Fratricidio de Caín. Jornada 3.ª: Muerte de Caín, herido por la saeta de Lamech. Las tres acciones se enlazan por el vínculo moral y dramático del pecado original y sus consecuencias, resultando una concepción tan sencilla como grandiosa.

Contiene, pues, este drama bíblico la materia de los cuatro primeros capítulos del *Génesis*, y aunque quizá parezca impertinente y superfluo trasladar aquí cosa tan sabida, nos ha parecido curioso presentar las palabras del sagrado texto, tal como se leen en las más antiguas versiones directas que de él tenemos en nuestra lengua. Para los dos primeros capítulos seguiremos la Biblia castellana de 1420, mandada traducir por el Maestre de Calatrava D. Luis de Guzmán, á Rabí Moseh Arragel,

con la colaboración de varios Maestros en Teología: insigne monumento de ciencia y de tolerancia, y rico tesoro de lengua castellana, que se guarda en el archivo de los Duques de Alba (1). Para los tres capítulos siguientes nos valdremos del texto de la Biblia Ferrariense.

«Aquí comienza el libro primero de la Ley, en latin Genesy es llamado et en ebrayco es llamado el Libro de Beresith.

Capítulo 1:

«En el principio crió el Señor los cielos et la tierra, et la tierra era vana et vazía, et tenebra sobre faces del abismo. Et el Spiritu del Señor era rretraido sobre faces de las aguas. Dixo el Señor fecha sea lux et fecha fue lux, et vido el Señor la lux que buena era, et dividió la lux de la tiniebra, et llamó el Señor á la lux dia et á la tiniebra llamó noche, et fue vespera et fue mañana dia uno: dixo el Señor sea fecho el firmamento en medio de las aguas, el qual division faga de aguas á aguas: et fizo el Señor el firmamento et dividió de las aguas que eran en ssomo del firmamento á las aguas que eran yuso del firmamento, et fecho assy fue. Et llamó el Señor al firmamento cielos, et fue vespera et mañana segundo dia. Dixo el Señor: júntense las aguas que son de yuso los cielos á un logar por tal que parezca lo seco, et fecho fue assy. Et llamó el Señor á lo seco tierra, et á lo en que se iuntaron las aguas llamó mares, et vido el Señor que era de bueno. Dixo el Señor: apunte la tierra et nasca herva que faga simiente et arboles fructuosos que fagan fructa segund de su especia que la su simiente en ssy mesmos tengan en ssomo de la tierra, et luego fue fecho assy. Et sacó la tierra et apuntó herva con simiente segund la su especia, et arboles fructuosos que su simiente en ssy mesmos tenian segund la su especia, et vido el Señor como era bueno et fue vespera et fue mañana el dia tercero. Dixo el Señor: sean fechas luces en'l firmamento de los cielos, las quales division fagan entre el dia et la noche, las quales sean para signas et tiempos et para determinar dias et años. Las quales serán para luces en'l firmamento de los cielos para que alunbren sobre la tierra, et assy fue fecho: et fizo el Señor las dos grandes luzes, la mayor lux para sostener el dia, et la lux menor para la noche sostener et las estrellas. Las quales puso el Señor en'l firmamento de los cielos para alunbrar sobre la tierra, et para sostener el dia et la noche, et para dividir la lux de la tiniebra, et vido el Señor que era bueno: Et fue vespera et mañana el dia cuarto: dixo el Señor: cresca en las aguas reptilla de anima biva, et aves que buelen sobre la tierra en ssomo del ayre que es cerca del firmamento de los cielos: et crió el Señor las dos grandes Vallenas et toda anima biva movible, las quales crescieron en las aguas segund sus especias, et vido el Señor que era bueno: et bendíxolos el Señor et díxoles: cresced et multiplicad et fenchid las aguas en los mares et las aves que se multipliquen en'l mundo: et fue vespera et fue mañana del quinto día. Dixo el Señor: saque la tierra

---

(1) Extractos en Villanueva (D. Joaquín Lorenzo) *De la Lección de la Sagrada Escritura en lenguas vulgares*. Valencia, Montfort, 1791, páginas CXXXVII á CXXXVIII.

anima biva segund la su especia bestias et reptillas, et las salvaginas de la tierra segund la su especia, et luego fue assy fecho. Et fizo el Señor las bestias salvages de la tierra segund su especia, et las bestias segund la su especia, et vido el Señor que era bueno. Dixo el Señor: fagamos ome á nuestra ymágen et nuestra semejanza, el qual señoree en los pesces del mar, et en las aves de los cielos, et en la bestia, et en toda la tierra, et en todas las reptillas que mueven sobre la tierra. Et crió el Señor al ome á la ymágen, á ymágen del Señor lo crió, másculo et fembra los crió: á los quales bendixo el Señor et les dixo: frochiguad et multiplicad et implid la tierra et podestadla, et señorad en los pesces del mar et en las aves de los cielos et en toda la biva anima que se mueve en la tierra. Dixo el Señor: ahe que vos yo di toda herva que simiente faga sobre las faces de la tierra, et todos los fructuosos árboles que la su simiente en sy tengan, vuestros sean para comer. Item vos dó toda la salvagina de la tierra et todas las aves de los cielos et toda la reptilla de la tierra que ánima biva toviere et toda verde herva que vuestra sea para comer, et luego fue fecho assy. Et vido el Señor todo quanto fizo muy bueno era, et fue vespera et fue mañana del sesto dia.»

«Capítulo II:

»Cumpliéronse los cielos et la tierra et todos los sus hornamentos, et cumplió el Señor en'l séptimo dia la su obra que fizo, et bendixo el Señor el séptimo dia, et sanctificólo, por quanto en'l seçó de toda su obra que crió el Señor para fazer. Estas son las generaciones de los cielos et de la tierra, de quand criados fueron en el dia que fizo el Señor Dios tierra et cielos et todos los árboles del campo en ante que en la tierra fuessen, et toda la herva del campo, nin ome oviesse para la tierra labrar, nin llover fecho oviesse el Señor Dios sobre la tierra. Et una nube se alzaba de la tierra, la qual regava todas las fazes de la tierra. Et formó el Señor Dios al ome del limo de la tierra et spiró en su faz spiraclo de vida, et fecho es el ome en ánima de vida. Et plantó el Señor Dios un vergel en'l Paraysso antiguamente et puso ende á este Adan que formó. Et crescer fizo el Señor Dios de la tierra todos los árboles que cobdiciosos fuesen de ver et buenos et suaves de comer, et el árbol de la vida en medio del Parayso, et el árbol de saber bien et mal. Et un rrio salia del vergel que rregaba este vergel, et de alli se repartia et se fazia cuatro cabdales rrios, nombre del uno era Phison, este mismo es el que circunda toda la tierra de havilath, ende nasce el oro, et el oro de aquella tierra es bien purissimo, ende nasce el bodello et las piedras preciosas..... Et el nombre del segundo rrio era Gyhon, el qual circunda toda la tierra de Ethiopia; el nombre del tercero rrio era Tegris, el qual va contra assyrios; et el nombre del quarto rrio es Eufrates. Et tomó el Señor Dios á Adan et púsolo en el Parayso vicioso et deleytoso para que lo guardase et labrase, et apercibió el Señor Dios á Adan et díxole: de todos los árboles del Parayso comerás, pero del árbol scient bien et mal non dél comas, por quanto en'l dia que de él comieres, morir morirás. Dixo el Señor Dios: bien non me paresce seer que Adan ssolo esté: quiérole facer ayuda á su semejanza. Et formó el Señor Dios de la tierra toda la salvagina del canpo et todas las aves de los cielos, las quales Adan

traxo por veer qué nombres les pornia, ca con los nombres que Adan les pusiesse se les quedarian por nombres. El qual Adan nombres puso á todas las bestias et aves de los cielos et á todas las salvaginas del canpo, et por Adan non falló ayuda que tal como él fuesse. Et lanzó el Señor Dios sueño en Adan, et durmióse, et tomó una de sus costillas et con carne el su logar cerró: et edificó el Señor Dios la costilla que de Adan tomó, et muger la fizo, la qual luego Adan troxo. Dixo Adan..... Aquesta (ves) esta muger ella es huesso de los mis huessos, et carne de la mi carne, esta varona deve seer llamada, pues que de varon fue tomada. Por tanto et pues que assy es, dexar debe su Padre et su Madre omes, et con su muger iuntarse et que se fagan carne una. Et anbos dos desnudos estaban, conviene saber, Adan et su Muger, et non por ello vergüenza avian.»

Capítulo III (versión de la Biblia de Ferrara) (1):

«Y el culebro era artero, más de todo animal del canpo, que hizo A. (2) Dio, y dixo á la muger: quanto mas que dixo el Dio, no comades de todo árbol del huerto? y dixo la muger al culebro: de fruto de árbol del huerto comeremos. Y de fruto del árbol que entre el huerto, dixo el Dio, no comades dél y no toquedes en él, por quanto morirédes. Y dixo el culebro á la mulher: no morir morirédes. Que sá bien el Dio, que en dia de vuestro comer dél, abrirse an vuestros ojos: y seredes como ángeles, sabientes bien y mal. Y vido la muger, que bueno el árbol para comer, y que deseo él para los ojos, y cobdiciado el árbol para entender, y tomó de su fruta, y comió, y dió tambien á su marido con ella, y comió. Y abriéronse ojos de ambos ellos y supieron que desnudos ellos, y cosieron hoja de higuera, y hizieron para ellos cinturas. Y oyeron á voz de A. Dio andán en el huerto, al ayre del dia, y escondióse el hombre y su muger delante A. Dio, entre árbol del huerto, y llamó A. Dio al hombre, y dixo á él: á dó tú? Y dixo: á tu voz oí en el huerto, y temí porque desnudo yo, y escondíme. Y díme: quién denunció á tí que desnudo tú? Si del árbol que te encomendé por no comer dél, comiste? Y dixo el hombre: la muger que diste conmigo, ella dió á mí de el árbol, y comí. Y dixo A. Dio á la muger: qué esto hiziste? Y dixo la muger: el culebro me sombayó, y comí. Y dixo A. Dio al culebro: por qué hiziste esto, maldito tú mas de toda la quatropea, y mas de todo animal del canpo: sobre tu pecho andarás y polvo comerás todos los dias de tus vidas. Y malquerencia porné entre tí y entre la muger, y entre tu sémen: él te herirá cabeza y tú le herirás calcañar. A la muger dixo: muchiguar muchiguaré tu dolor y tu encintamiento: con dolor parirás hijos, y á tu marido tu deseo, y él podestará en tí. Y al hombre dixo: porque oyste a voz de tu muger, y comiste de el árbol que te encomendé por dezir no comas dél, maldita la tierra por tí, con dolor la comerás todos

---

(1) Sigo la edición de Athías, revista y corregida por Samuel de Cáceres. Amsterdam, 1661; de la creación del mundo, 5421.

(2) Inicial de *Adonai*.

dias de tu vida. Y espino y cardo hermollecerá á tí, y comerás a yerba del campo. Con sudor de tus narizes comerás pan, hasta tu tornar á la tierra, que della fueste tomado: que polvo tú, y á polvo tornarás. Y llamó el hombre, nombre de su muger, Hava, que ella fué madre de todo vivo. Y hizo A. Dio, para el hombre y para su muger, túnicas de cuero, y hízolos vestir. Y dixo A. Dio: he, el hombre fué como uno de nos por saber bien y mal, y agora quiçá tenderá su mano, y tomará tambien de árbol de las vidas, y comerá y bivirá para siempre. Y embiólo A. Dio de huerto de Heden para labrar la tierra, que fué tomado de allí, y desterró al hombre, y hizo morar de Oriente á huerto de Heden á los Kerubim, y á flama de la espada la trastornante, por guardar a carrera de árbol de las vidas.»

Capítulo IV:

«Y el hombre conoció á Hava su muger: y encintósse, y parió á Cain, y dixo: adquirí varon con A. Y añadió: por parir á su hermano, á Hevel: y fué Hevel pastor de ovejas, y Cain fué labrador de la tierra, y fué de fin de dias, y truxo Cain de fruto de la tierra presente á A. Y Hevel truxo tambien él de primogénitos de sus ovejas y de sus grossuras, y caro A. á Hevel y á su presente. Y á Cain y á su presente no caro, y cresció á Cain mucho, y cayeron sus faces. Y dixo A. á Cain: por qué cresció á tí? Y por qué cayeron tus faces? De cierto si aboniguares, perdon, y si no aboniguares, á la puerta pecado yazien, y á tí su desseo, y tú podestarás en él. Y dixo Cain á Hevel su hermano: y fué en su ser en el campo, y levantósse Cain á Hevel su hermano: y matólo. Y dixo A. á Cain: á dó Hevel tu hermano?..... Y dixo: no sé. Si guardian mi hermano yo? Y dixo: qué heziste? boz de sangres de tu hermano, esclamantes á mí de la tierra. Y agora, maldito tú de la tierra que abrió su boca para tomar a sangres de tu hermano de tu mano. Quando labrares á la tierra, no añadirá dar su fuerza á tí: esmovido y movido serás en la tierra. Y dixo Cain á A.: grande mi delicto de perdonar. He desterrado á mí hoi, de sobre faces de tierra, y delante tí seré encubierto, y seré esmovido y movido en la tierra, y será todo hallan á mí me matará. Y dixo á él A.: por tanto todo matan á Cain, siete vezes será vengado, y puso A. á Cain señal, por no herir á él todo hallan á él. Y salió Cain de delante de A., y estuvo en tierra de Nod, á Oriente de Heden. Y conosció Cain á su muger, y encintósse, y parió á Hanoch. Y fué fraguan villa, y llamó nombre della villa, como nombre de su hijo, Hanoch. Y fué nascido á Hanoch, Hirad, y Hirad engendró á Mehuyael, y Mehuyael engendró á Metusael, y Metusael engendró á Lemech. Y tomó para él Lemech dos mugeres: nombre de la una Hadah, y nombre de la segunda, Silah. Y parió Hadah á Yabal: él fué padre de morador de tienda y ganado. Y nombre de su hermano Yubal: él fué padre de todo travan vihuela y órgano. Y Zilah tambien ella parió á Tubalcain acecalán toda maestría de cobre y hierro, y hermana de Tubalcain, Nahamah. Y dixo Lemech á sus mugeres Hadah y Zilah: oyd mi voz, mugeres de Lemech, escuchad mi dicho: que varon maté por mi herida, y niño por mi tolondro. Que siete veces será vengado Cain, y Lemech setenta y siete. Y conosció Adan mas á su muger, y parió hijo, y llamó su nombre Seth, que puso á mi Dio sémen otro, en lugar de Hevel, que lo mató Cain. Y á Seth tam-

bien él fué nascido hijo, y llamó á su nombre Enós: entónces fué comenzado por llamar el nombre de A.»

Fuente inagotable de representaciones para la poesía cristiana ha sido en todos tiempos esta sagrada relación de los orígenes del mundo. Y sin detenernos ahora, por no cuadrar á nuestro propósito, en las obras puramente épicas que desde Juvenco, Draconcio y San Avito, se prolongan hasta la *Semana* de Du Bartas, las *Sette Giornate* del Tasso, la *Creación del Mundo* de Azevedo, la *Sarcotis* de Massenius y el *Paraíso perdido* de Miltón, origen á su vez de tantas imitaciones (entre las cuales no es para olvidada la *Inocencia perdida* de nuestro Reinoso); y concretándonos á la forma dramática; ya entre los escasos restos del teatro griego cristiano encontramos un breve y sencillísimo drama de *Adán*, compuesto á fines del siglo VIII ó principios del IX por el gramático Ignacio, que llegó á ser metropolitano de Nicea. Este drama, que Boissonade publicó en 1829 por vez primera (1), ha sido revisado é impreso de nuevo por Dübner, con el *Christus Patiens* y los demás fragmentos de la dramaturgia heleno-eclesiástica, al fin del *Eurípides* de la colección Didot (2).

Entre las reliquias del drama litúrgico latino coleccionados por Du-Méril y Coussemaker no encontramos *misterio* de la Creación del Mundo, pero el más antiguo monumento conocido del teatro francés de la Edad Media es una *Representación de Adán* en dialecto normando, que se remonta al siglo XII, y sirve como de transición entre el drama hierático y el popular (3), descendiendo del primero, conforme á la ley generadora que descubrió Sepet (4), como nuevo y extenso desarrollo del antiguo tema de *Los Profetas de Cristo*, que todavía forma la tercera parte del drama vulgar. «El drama de Adán (dice Julleville) es en realidad la yuxtaposición en serie única de tres piezas diversas, pero enlazadas entre sí por su común origen; una pieza de Adán, otra de Abel, y una tercera, que es la procesión de los profetas, tal como la conocemos en los dramas litúrgicos, cuyos autores habían acabado, sin duda, por colocar al frente de la procesión al primer hombre, Adán, considerado como el primer profeta de Cristo, como el primero que había de dar testimonio del Mesías..... Con Adán hubo de aparecer Abel, que también es figura del Redentor, puesto que fué la primera víctima inocente.»

---

(1) *Anecdota Græca*, t. I, páginas 436 á 444.

(2) *Fragmenta Euripidis..... Christus Patiens Ezechieli et christianorum Poetarum Reliquiæ Dramaticæ. Ex-codicibus emendavit et annotatione critica instruxit Fr. Dübner*. París, Didot, 1846, páginas 91-94. Magnin publicó un interesante artículo sobre esta colección en el *Journal des Savants*, 1849, Agosto.

(3) Petit de Julleville, *Histoire du Théâtre en France. Les Mystères*. París, Hachette, 1880, tomo I, 81-89; t. II, 216-219.

(4) Marius Sepet, *Les Prophètes du Christ (Bibliothèque de l'Ecole des Chartes)*, serie F, t. IV, páginas 105-139 y 262-273.

Lope de Vega, heredero genial y maravilloso del arte de los tiempos medios, reunió en un drama el pecado de Adán y el crimen de Caín, y por una intuición de gran poeta, pero en la cual ya había sido precedido por los obscuros autores de los misterios del siglo xv, sustituyó la vieja procesión de los profetas con la fatídica expiación cumplida por mano de Lamech el bígamo.

Sepet ha caracterizado el antiguo misterio de Adán como «un oficio extraordinario, dramático, en lengua vulgar, que formaba parte de los regocijos exteriores destinados á celebrar piadosamente las fiestas de Navidad». Las rúbricas están en latín, y el drama (que se representaba delante de la iglesia) conserva todavía mucho de su carácter litúrgico en la interpolación de lecciones y responsos tomados de la Sagrada Escritura (1).

El inmenso misterio ó enciclopedia dramática del *Antiguo Testamento*, obra capital del teatro francés del siglo xv, deslíe, nada menos que en 1.882 versos, el contenido de los tres primeros capítulos del *Génesis* (2). No sabemos que exista en nuestra literatura otra obra del mismo carácter cíclico, como no sea la *Victoria Christi* del bachiller Bartolomé Palau, la cual, según advirtió el poeta, es una «alegórica representación de la cautividad espiritual en que el linaje humano estuvo, por la culpa original, debajo del poder del Demonio, hasta que Cristo, nuestro Redentor, con su muerte, redimió nuestra libertad, y con su Resurrección reparó nuestra vida». Este poema, por muchos conceptos notable, y que todavía conserva su popularidad en la montaña de Cataluña y en el Alto Aragón, consta en realidad de seis partes ó autos largos, divididos en otros autos más cortos que pudiéramos llamar *escenas*, enlazadas todas entre sí por el general pensamiento de la Caída y de la Redención.

---

(1) La *Representatio Adæ* se ha conservado en un códice de la Biblioteca de Tours, procedente de la abadía benedictina de Marmoutiers. Hay de ella dos ediciones, una por Víctor Luzarche (*Adam, drame anglo-normand du XII[e] siècle*..... Tours, 1854), y otra por L. Palustre (*Adam, mystère du XII[e] siècle, texte critique accompagné d'une traduction*..... París, Dumoulin, 1877). El drama tiene 1.301 versos, y se divide en tres secciones: *a)* Creación y caída del hombre; *b)* Muerte de Abel; *d)* Los profetas de Cristo. Todas las acotaciones están en prosa latina. Vid. Sainte-Beuve, *Nouveaux Lundis*, III, páginas 364 y siguientes, y Littré, *Étude sur Adam, mystère*, en el *Journal des Débats* de 30 de Julio y 29 de Agosto de 1855.

(2) *Le Mystère du Viel Testament par personnages joué à Paris, historié et imprimé nouvellement*..... (La primera edición parece ser de 1500: la última, y la que hemos tenido presente, es la del barón James de Rothschild, con introducción, notas y glosario. París, Didot, 1878 y siguientes. Trabajo de grande erudición dramática).

De representaciones italianas sobre la Creación del Mundo no hay muchas noticias, pero valga por todas la muy peregrina que da Ancona (*Origini del teatro italiano*, I, 346) de la que se hizo en Sessa el 24 de Abril de 1541, por el canónigo Antonio de Masellis con sus discípulos, en el traje más primitivo posible: «*Et lo dicto Donno Antonio stette innudo solum con uno vele* (sic) *nanti allo membro, che mostrava tucte* (sic) *le naturali, che ce stecte* (sic) *tutta Sessa ad vedere.*»

Dedicada la obra de Palau (que es de las más importantes de nuestra primitiva escena) al Arzobispo de Zaragoza, D. Hernando de Aragón, que rigió aquella sede desde 1539 á 1577, no es lícito dudar de la época á que realmente pertenece, por más que la misma popularidad de la pieza y el uso frecuente que se hacía de sus ejemplares, hayan hecho desaparecer casi totalmente las cinco ediciones góticas por lo menos que precedieron á la de Barcelona, 1620, por Sebastián Comellas. Retocado y aderezado el texto en la edición, también barcelonesa, de 1670, y nuevamente estropeado y pervertido en las de Manresa, 1777, y Cervera, 1846, la *Victoria Christi*, olvidada por los doctos, y no mencionada siquiera por Moratín en sus *Orígenes*, es á la hora presente la única reliquia del drama castellano anterior á Lope de Vega que ocupa aún las tablas del teatro popular, y conserva entre nosotros la tradición del vetustísimo *misterio* litúrgico de *Los Profetas de Cristo*. La primera parte de esta larguísima composición abraza la edad primera del mundo, desde Adán hasta Noé, y se subdivide en cinco autos ó escenas. «El primero es la creación de Adán y Eva, y cómo Adán comió, por la persuasión de Eva, del fruto vedado, por cuya culpa fué echado del Paraíso terrestre.» Son interlocutores: Dios Padre, Adán, Eva, Culpa, Angel, Música, Serpiente. El drama empieza antes de la creación del mundo y junto al trono de Dios Padre, como en Lope de Vega, sólo que el bachiller Palau, con su ingenuidad de poeta primitivo, pone en escena el acto mismo de la creación del hombre. «Dios hace como quien espira en tierra, y cría el hombre y sale Adán de la tierra.» De la sencillez del estilo y poco aliño de la versificación, dará muestra la siguiente escena:

EVA.
Oye, Adán, mi buen marido.
ADÁN.
¿Qué me quieres? Dí, mujer.
EVA.
Hacerte, hermano, saber
Lo que á mí me ha acontecido:
Tú sabrás que yo he comido
Y he gustado
De aquel fruto sublimado
Que nos vedó el Criador.
ADÁN.
Tú has hecho grande error
En quebrantar su mandado.
EVA.
¡Oh! que es muy azucarado
Y sabroso,
Á la vista muy hermoso:
Vamos allá y le verás;

(1) Vid. Fernández Guerra, *Caída y Ruina del Imperio Visigótico Español. Primer drama que las representó en nuestro teatro*. Madrid, 1883, páginas 13 y 14.

Si te agrada, comerás:
No seas tan sospechoso;
Que si Dios muy poderoso,
Con su poder
Nos mandó dél no comer,
So pena que moriremos,
Hácelo, porque seremos
Como Dios en el saber.

ADÁN.

¿Quién lo ha dado á entender
Eso á tí?

EVA.

La serpiente; yo comí
En mi fe de buena gana;
Toma, hermano, esta manzana,
Come por amor de mí.

ADÁN.

Ahora dame: sea así
Por tu amor

EVA.

Parece que su sabor
Tiene tan azucarado.

ADÁN.

Bueno, pero esto es peor;
Que me veo despojado.

EVA.

Yo también avergonzada
Ahora aquí,
De vernos á mí y á ti
Sin algún adornamiento.

Sale Dios con un ángel por el Paraíso, y va diciendo tres veces: *Adam, ubi est?* y responde Adán:

ADÁN.

Escondámonos, que siento
Nuestro Dios venir allí.
¿Qué será, triste de mí,
Desdichado?

DIOS.

¿Dónde, Adán, te has apartado?

ADÁN.

Señor, estoy retirado.

DIOS.

¿Y por qué te has escondido

ADÁN.

Porque estaba despojado.

DIOS.

Y eso ¿quién te lo ha mostrado?

Di, perdido;
Sino que cierto has comido
Del vedado árbol que viste.

ADÁN.

La mujer que tú me diste
Me dió dél, y me ha inducido.

DIOS.

Eva, ¿por qué has cometido
Tal pecado?

EVA.

La serpiente me ha engañado:
Comí descuidadamente.

DIOS.

Y tú, maldita serpiente,
¿Por qué tal has ordenado?
Pues por mí mismo he jurado
Que serás maldita y no comerás
En tus días sino tierra,
Y tu cuerpo arrastrarás
Por llanos, montes y sierra,
Y pondré continua guerra
Y malquerer
Entre ti y la mujer,
Tal cual nunca se verá;
Ella te quebrantará
Tu cabeza y gran poder.
¿Y tú tal habías de hacer,
Eva, dí?
¿Dejarte vencer ansí
Teniendo tanto poder?
¿Y tú, Adán, obedecer
Á tu mujer más que á mí?
¿Pues del poder que te dí,
Tan bastante,
Querías ser semejante
Á mi ciencia y gran deidad?
Grande fué vuestra maldad
Y soberbia penetrante:
Quitaos me ya delante,
Que el pecado
Que hoy habéis perpetrado
Ha engendrado una tal culpa,
Que os hará entera disculpa
Hasta ser ya bien pagado,
Por la cual serás privado,
De hoy más,
De mí, Adán, y morirás

Sufriendo continua guerra;
Mientras vivas en la tierra,
De tu sudor comerás;
Mas te digo que serás
Abajado,
En polvo y tierra tornado,
Con trabajos y miseria,
Pues querías con tu soberbia
Ser á mi ciencia igualado.
Tú, Eva, por tal pecado
Y error,
Parirás con gran dolor
Todo hijo concebido,
Serás sujeta al marido,
Y él será de ti señor.

Con la misma fidelidad á las palabras de la Escritura, prosigue el bachiller Pal así en lo restante de este auto, como en el tercero «que representa la muerte Abel, y cómo él fué el primero que fué depositado en el limbo»: hablan las person siguientes: Caín, Abel, Satanás, Angel, Culpa, Lucifer. Para enlazar estos d autos hay una escena ó *auto* intermedio, de carácter doctrinal y teológico, en q el autor declara «cómo del pecado de Adán nació la culpa original, que es impe mento para no poder entrar en el cielo.»

No hay duda para mí que Lope, en cuya fantasía inmensa y genial vino á refl jarse todo el teatro anterior y todo el teatro posible, conocía y aprovechó la *Vic ria de Cristo* del humilde Bachiller de Burbáguena, no ciertamente para tomar ella imágenes ni conceptos, que no necesitaba para nada teniendo delante el tex de la Biblia, que él sabía leer con ojos de poeta, sino para el plan y estructura de obra, que de este modo no aparece como desligada, sino que tiene sus más hond raíces en el drama litúrgico de la Edad Media, del cual fué inmediato heredero teatro del siglo XVI, todavía no secular más que á medias.

Creemos también que Lope pudo tener presente para la segunda jornada de comedia tres, por lo menos, de los autos viejos que en el códice, tantas veces citad de la Biblioteca Nacional se custodian; ó á lo menos otros muy semejantes á tos. Aun prescindiendo de las piezas puramente alegóricas que llevan los títulos *La Justicia divina contra el pecado de Adán*, *Auto de los hierros de Adán* *Farsa del Sacramento de Adán*, tienen forma directa é historial el *Auto del cado de Adán* (por más que en él intervengan personajes abstractos, como la G y la Avaricia), el *Auto de la prevaricación de nuestro padre Adán*, y el sencil tierno y candoroso *Auto de Caín y Abel*, del ilustre humanista y teólogo vale ciano Jaime Ferruz, insigne reformador de las escuelas de su ciudad natal. Sob esta *tragedia en miniatura*, notable siempre por la naturalidad del estilo y en gún caso por la energía de la dicción, nada ocurre que añadir á lo que tan discret mente expuso, en particular y detenido estudio, nuestro malogrado compañe

D. Manuel Cañete (1), el cual ya advirtió muy cuerdamente que á sus demás circunstancias recomendables juntaba este *Auto* la de pertenecer al corto número de antiguos poemas escénicos destinados exclusivamente á poner en acción el fratricidio de Caín, puesto que los autores de antiguos misterios franceses, y nuestro bachiller Palau, habían preferido embeberle en una acción más amplia y comprensiva. Lo mismo observamos en Lope de Vega, cuya comedia es raro que el Sr. Cañete no mencionara. Sólo en tiempos posteriores y de teatro enteramente laico, hallamos tragedias exclusivamente de este asunto, como *La muerte de Abel*, de Legouvé, traducida en valentísimos versos por nuestro D. Antonio Saviñón; el *Abele*, de Alfieri, que la dió el extraño título de *Tramelogedia*, y el poema dramático *Caín*, en que la extraviada inspiración de lord Byron presta enérgicos acentos á la desesperación satánica y al pesimismo maniqueo.

El auto de Ferruz no pudo ser desconocido para Lope de Vega, tan empapado en la literatura del siglo XVI, puesto que todavía en su juventud solía aparecer en las tablas del teatro popular, y en el *Viaje entretenido*, de Agustín de Rojas (1604), consta que aquel ingenioso histrión y sus colegas Ríos y Solano, andando por los pueblos á modo de compañía trashumante, representaron en el camino de Valencia á Zaragoza el *Auto de Caín y Abel* (2), que, á juzgar por las señas, no podía ser otro que el de Ferrúz.

Pero entiéndase bien, y es prevención para en adelante, que cuando hablemos de las fuentes de tal ó cual poema dramático de Lope de Vega, nunca ha de entenderse esto en el sentido de aquella imitación directa de situaciones, pensamientos, rasgos y aun trozos enteros de diálogo, que en poetas de otra época, como Calderón, Moreto y Corneille, advertimos. Si Lope, en otras condiciones de habilidad técnica, pudo ser inferior á ellos, en esto conserva su propia y nativa originalidad, no menos que Tirso y Alarcón y los poetas valencianos, y en general todos los ingenios del primer tercio del siglo XVII español. Para ellos el teatro primitivo pudo ser un germen, á lo sumo una mina de argumentos, como lo eran las crónicas

---

(1) *Teatro Español del siglo* XVI (Madrid, 1885), páginas 251-294.

(2) «Pedí licencia, busqué dos sábanas, pregoné la égloga, procuré una guitarra, convidé la huéspeda, y díjele á Solano que cobrara. Y al fin la casa llena, salgo á cantar el romance de *Afuera, afuera, aparta, aparta.* Acabada una copla, métome, y quédase la gente suspensa, y empieza luego Solano una loa, y con ella enmendó la falta de la música. Vístome una sábana y empiezo mi obra. Cuando salió Solano de *Dios Padre*, con otra sábana abierta por medio y toda junto á las barbas, llenas de orujo, y una vela en la mano, entendí de risa ser muerto. El pobre vulgo no sabía lo que le había sucedido. Pasó esto é hice mi entremés de bobo, dije la coleta del huevo y llegóse el punto de matar al triste Abel, y olvidóseme el cuchillo para degollarle, y quítome la barba y degüéllole con ella. Levántase la chusma y empieza á darnos grita; supliquéles perdonaran nuestras faltas, porque aun no había llegado la compañía. Al fin, ya toda la gente rebelada, entra el huésped y dice que lo dejemos porque nos quieren moler á palos. Con este divino aviso pusimos tierra en medio, y aquella misma noche nos fuímos con más de cinco reales que se habían hecho.» (*Viaje entretenido*, ed. de 1614, fol. 36 vuelto y 37.)

y las novelas; nunca una pauta y una norma á la cual sujetasen su paso, ni siquiera con el propósito bien logrado de mejorar las invenciones ajenas. Había en ellos demasiada espontaneidad y aliento de creación para que pensasen en esta labor secundaria, aunque tan loable.

El drama de Lope sobre la *Creación* y las primeras edades del mundo ha merecido hasta ahora poca atención de los críticos. Schack le menciona, aunque muy rápidamente, y no sin algún error, que prueba que le leyó de prisa. Dice que es una dramatización del primer capítulo del *Génesis*, lo cual no es exacto, puesto que abarca, como queda dicho, la materia de los tres primeros. Añade que carece de enlace dramático y de centro para la exposición poética, lo cual tampoco puede admitirse dentro de la estética romántica, á la cual Schack amolda sus juicios, puesto que la unidad de un drama sobre el pecado original nunca puede ser semejante á la que domina en una tragedia clásica ó en una comedia de Molière. La caída de Adán, el fratricidio de Caín y su muerte á manos de Lamech, son en el pensamiento de Lope tres momentos de una sola acción, sobre la cual se cierne una fatalidad expiatoria. El pecado de Adán abre á la muerte las puertas del mundo; Caín las franquea regando sus cimientos con sangre inocente; Lamech, instrumento ciego de altísimos decretos, la expía con sangre culpable. El mismo Lamech nos expone la filosofía de la obra, que no es otra que la del origen del mal en el mundo:

.... ¡Ah, pecado,
De tantos males principio!
Mi padre mató á su hermano,
Y yo á mi padre: parece
Que nos vamos heredando.

Y á mayor abundamiento la confirma Adán con estas palabras:

¡Oh, Señor eterno y sabio!
De vuestros altos juïcios
El entendimiento humano
Está distancia infinita:
Necio es quien quiere alcanzarlos.
Muere Abel y Caín muere,
Uno justo y otro ingrato,
Uno humilde, otro soberbio,
Uno dócil y otro airado;
¿Y siendo así, permitís
Que mueran, Señor, entrambos,
El padre á manos del hijo
Y el bueno á manos del malo?

Hay, pues, en este drama un centro de exposición poética (*ein centrum des poetischen Darstellung*) y un género de unidad moral, aparte de la unidad material que nace de desenvolverse toda la acción dentro de la familia de Caín.

Aparte de este reparo, Schack reconoce que el drama es espléndida muestra

así de la poderosa fantasía de su autor, como de su arte para imaginar y trazar, llenándolas de luz, las escenas más pintorescas (1). Lo mismo opinamos nosotros, aun teniendo en cuenta el estado deplorable en que el texto de esta comedia ha llegado á nuestros días, por obra y gracia de los judíos de Amsterdam y de los famélicos impresores de las *comedias de cordel* del siglo pasado. Pero no hay yerros tipográficos que basten á ahogar la voz de Adán cuando siente rebeladas contra él todas las criaturas después del pecado, ó las amargas quejas en que se exhala la aviesa condición de Caín, ó su trágico asombro al encontrarse por primera vez con el estupendo fenómeno de la muerte:

¡Yo he sido el hombre primero
Que abrió á la muerte las puertas
Del mundo!.....,

ni el terror que embarga sus mal trabadas razones después del fratricidio, ni el diálogo angustioso de sus padres, ni el endurecimiento de su soberbia desesperada, ni el alarde de fuerza y bizarría con que se presenta el vengador Lamech, ni el ingenuo despertar de la curiosidad científica y astronómica en Seth, ni otros muchos rasgos de alta poesía que, aun arrojados negligentemente sobre la tela, muestran lo que Lope hacía como por instinto divino hasta cuando la manchaba más aprisa.

Ajustada esta comedia en todas sus partes al texto de la Sagrada Escritura, sólo ofrece una ligera desviación, ó más bien una interpretación libre, en lo tocante á la muerte de Caín por la saeta de Lamech. Pero aun esta interpretación caprichosa de un lugar del *Génesis*, IV, 23, que de ningún modo dice lo que se pretende, era muy antigua entre los rabinos y entre los cristianos. San Jerónimo la recuerda como antigua tradición, en su epístola 125 á San Dámaso: «*Majorum ista sententia est, quod putent in septima generatione a Lamech interfectum Cain.*» Y nuestro San Isidoro, en el lib. VII, cap. VI de las *Etimologías*, al explicar el nombre de Lamech «*quasi percutiens*», dice expresamente que mató á Cain «*percussit et interfecit Cain*». Esta tradición, realmente poética, fué ya adoptada en el *Mystère du Viel Testament*, y en otras obras del teatro religioso de la Edad Media. Pero fuera de esto, ningún vestigio hay en Lope de las tradiciones apócrifas relativas á las circunstancias de la penitencia de Adán, al viaje de Seth al Paraíso terrenal, á la muerte y los funerales del padre común de los hombres, ni á la relación física y directa entre el árbol del Paraíso y el de la Cruz. Lope, en ésta como en todas las obras suyas tomadas de la Biblia, se muestra en extremo respetuoso con el sagrado texto, y muy sobrio de ornamentos profanos, aun de aquellos que tradicionalmente tenían ya carta de adopción en los libros devotos y representaciones piadosas (2).

---

(1) *Geschichte der dramatische literatur und Kunst in Spanien*..... Frankfurt, 1854, t. II, página 388.—Traducción castellana, t. III, pág. 170.

(2) Vid., sobre las leyendas relativas á Adán, Caín y Lamech, el *Codex Pseudepigraphus Veteris Testamenti* de Fabricio (Hamburgo, 1722), t. I, páginas 1-123, y el *Dictionnaire des Apocryphes* de la Enciclopedia Migne.

Comparando Sainte-Beuve el informe bosquejo del misterio anglo-normando de Adán con los primeros cantos del *Paraíso perdido*, hace notar que Milton dió al asunto bíblico la mayor profundidad y lejanía posible, remontándose más allá del principio del mundo hasta la caída de los ángeles, y transportándonos en medio de los demonios precipitados, de quienes Satanás es rey, y que han oído hablar de lejos y confusamente de una nueva creación, de un nuevo ser, que es ya el favorito del Omnipotente..... «Todo esto (prosigue Sainte-Beuve) prepara, inquieta, interesa, abre horizontes inmensos, crea un fondo, una perspectiva anterior, da á la escena todo su sentido, y todo su alcance á la acción que va á seguir» (1).

Como los grandes poetas se encuentran por instinto, Lope también, aunque del modo rápido que cuadraba á su arte y á su manera, dió á su drama este fondo lejano y estos amplios horizontes. Tacha también Sainte-Beuve al rudo autor del misterio anglo-normando de no haber sabido utilizar los efectos que naturalmente le ofrecía su argumento. «Así, en la segunda parte, ó como hoy diríamos, en el acto segundo, cuando Abel muere á manos de Caín, nuestro viejo autor ha mostrado que todavía ignoraba su oficio, perdiendo el grande efecto dramático de mostrar á nuestro primer padre delante del cadáver de su hijo y contemplando con terror lo que es esa muerte que su desobediencia ha introducido en el mundo.»

Los grandes poetas se adelantan á las adivinaciones de los grandes críticos. Lope de Vega se guardó muy bien de dejar perder este admirable efecto trágico, y la escena en que le desarrolla es quizá la mejor de su poema (2)

---

(1) *Nouveaux Lundis*, t. III, pág. 183.

(2) En tiempos inmediatamente posteriores á Lope, y en que, si es cierto que la fe no se había entibiado, á lo menos había cundido el mal gusto literario de tratar bufonescamente las cosas más altas, *La Creación del mundo y Culpa del primer hombre* fué materia de una farsa ó comedia de burlas, improvisada delante de Felipe IV por sus poetas favoritos. El portugués Pedro Suppico de Moraes da noticia de esta representación en sus *Apotegmas* (Lisboa, 1733, tomo III, pág. 95). Hacía de Padre Eterno Luís Vélez de Guevara, y de Adán don Pedro Calderón. Había hurtado el segundo unas peras al primero, y se entablaba entre los dos el diálogo siguiente:

ADÁN.
Padre Eterno de la luz,
¿Por qué en mi mal perseveras?
PADRE ETERNO.
Porque os comisteis las peras;
Y juro á Dios y á esta Cruz,
Que os he de echar á galeras.

Defendíase luego Adán en una relación tan larga, que apuraba la paciencia del Padre Eterno, haciéndole exclamar de esta suerte:

Por el mundo superior
Y de mi mano formado,
Que me pesa haber criado
Un Adán tan hablador.

II.—EL ROBO DE DINA.

Seguimos el texto de la Parte 23.ª de las *Comedias de Lope de Vega* (Madrid, 1638), que es su primera y única edición.

El argumento de esta pieza está tomado de los capítulos XXXII, XXXIII, y XXXIV del *Génesis*, que dicen así, según la versión de Cipriano de Valera:

Capítulo XXXI, vers. 17. «Entonces Jacob se levantó y alzó á sus hijos y á sus mujeres sobre los camellos.»

18. Y guió todo su ganado y toda su hacienda que había, el ganado de su ganancia que había adquirido en Padan-Aran, para volverse á Isaac su padre en la tierra de Chanaan.

19. Y Labán había ydo á tresquilar sus ovejas, y Rachel hurtó los ídolos de su padre.

20. Y hurtó Jacob el corazón de Labán Arameo en no hazerle saber cómo huía.

21. Y huyó él con todo lo que tenía, y levantóse y pasó el río y puso su rostro al monte de Galaad.

22. Y fué dicho á Labán al tercero día cómo Jacob había huído.

23. Y tomó á sus hermanos consigo, y fué tras él camino de siete días y alcanzólo en el monte de Galaad.

24. Y vino Dios á Labán Arameo en sueño aquella noche, y díxole: Guárdate que no digas á Jacob bueno ni malo.

25. Alcanzó, pues, Labán á Jacob, y Jacob había hincado su tienda en el monte, y Labán hincó con sus hermanos en el monte de Galaad.

26. Y dixo Labán á Jacob: ¿Qué has hecho? Que me hurtaste el corazón, y has traydo mis hijas como captivadas á cuchillo.

27. Porque te escondiste para huyr, y me juntaste, y no me heziste saber que te enviara con alegría y canciones, con tamborino y vihuela.

28. ¿Que aun no me dexaste besar mis hijos y mis hijas? Ahora locamente has hecho.

Había también en la pieza un animado diálogo de ternezas amorosas entre nuestros primeros padres, por este estilo:

ADÁN.

Eva, mi dulce placer,
Carne de la carne mía.

EVA.

Mi bien, mi dulce alegría....

Moreto, que hacía de Abel y estaba impaciente por salir á las tablas, rompió desenfadadamente al paño, cerrando la redondilla con el verso siguiente:

¡Estos me quieren hacer!

29. Poder hay en mi mano para hazeros mal, mas el Dios de vuestro padre me habló anoche diciendo: Guárdate que no digas á Jacob ni bueno ni malo.

30. Y ya que te yvas, porque tenías deseo de la casa de tu padre, ¿por qué me hurtabas mis dioses?

31. Y Jacob respondió y dixo á Labán: Porque tuve miedo: que dixe que quizás me robarías tus hijas.

32. En quien hallares tus dioses, no viva: delante de nuestros hermanos reconoce lo que yo tuviere, y tómatelo. Jacob no sabía que Raquel los había hurtado.

33. Y entró Labán en la tienda de Jacob, y en la tienda de Lea (Lía), y en la tienda de las dos siervas, y no halló, y salió de la tienda de Lea, y vino á la tienda de Rachel.

34. Y Rachel tomó los ídolos, y púsolos en una albarda de un camello, y sentóse sobre ellos, y tentó Labán toda la tienda, y no halló.

35. Y ella dixo á su padre: No se enoje mi señor, porque no me puedo levantar delante de ti, porque tengo la costumbre de las mujeres. Y él buscó y no halló los ídolos.

36. Entonces Jacob se enojó y riñió con Labán, y respondió Jacob, y dixo á Labán: ¿Qué prevaricación es la mía? ¿Qué es mi pecado, que has seguido en pos de mí?

37. Pues que has tentado todas mis alhajas, ¿qué has hallado de todas las alhajas de tu casa? Pon aquí delante de mis hermanos y tuyos, y juzguen entre nosotros ambos.

38. Estos veynte años he estado contigo; que tus ovejas y tus cabras nunca movieron, nunca comí carne de tus ovejas.

39. Nunca te truxe arrobado; yo pagaba el daño: lo hurtado, ansí de día como de noche, de mi mano lo requerías.

40. De día me consumía el calor, de noche la helada, y el sueño se huía de mis ojos.

41. Estos veynte años tengo en tu casa: catorze años te serví por tus dos hijas, y seys años por tus ovejas, y has mudado mi salario diez vezes.

42. Si el Dios de mi padre, el Dios de Abraham y el temor de Isaac no fueran conmigo, cierto vacío me enviaras ahora; mas vido Dios mi aflicción y el trabajo de mis manos, y reprehendióte anoche.

43. Y respondió Labán, y dixo á Jacob: Las hijas mis hijas son, y los hijos mis hijos, y las ovejas mis ovejas, y todo lo que tú vees, mío es, y á estas mis hijas, ¿qué tengo de hacer hoy ó á sus hijos que han parido?

44. Ven, pues, ahora, y hagamos alianza yo y tú, y sea en testimonio entre mí y ti.

45. Entonces Jacob tomó una piedra, y levantóla por título.

46. Y dixo Jacob á sus hermanos: Coged piedras. Y tomaron piedras, y hicieron un majano, y comieron allí sobre aquel majano.

47. Y llamólo Labán: *Iegar-Sahadutha*, y Jacob lo llamó Galaad.

48. Porque Labán dixo: Este majano será testigo hoy entre mí y ti, y por eso llamó su nombre Galaad.

49. Y Mispha, porque dixo: Atalaye Jehovah entre mí y ti, quando nos escondiéremos el uno del otro,

50. Si afligieres mis hijas, ó si tomares otras mujeres aliende de mis hijas: nadie está con nosotros; mas mira, Dios es testigo entre mí y ti.

51. Dixo más Labán á Jacob: He aquí este majano, y he aquí este título que he fundado entre mí y ti.

52. Testigo sea este majano, y testigo sea este título, que ni yo pasaré contra ti este majano, ni tú passarás contra mí este majano, ni este título, para mal.

53. El Dios de Abraham y el Dios de Nachor juzgue entre nosotros, el Dios de sus padres. Y Jacob juró por el temor de Isaac su padre.

54. Y sacrificó Jacob sacrificio en el monte, y llamó á sus hermanos á comer pan, y comieron pan, y durmieron en el monte.

55. Y madrugó Labán por la mañana, y besó sus hijos y sus hijas, y bendíjolos, y volvió, y tornóse á su lugar» (1).

Capítulo XXXII:

«1. Y Jacob se fué su camino, y saliéronle al encuentro ángeles de Dios.

2. Y dixo Jacob cuando los vido: El campo de Dios es éste; y llamó el nombre de aquel lugar Mahanaim.

3. Y envió Jacob mensajeros delante de sí á Esaú, su hermano, á la tierra de Seir, campo de Edóm.

4. Y mandóles diciendo: Direys ansí á mi señor Esaú: ansí dize tu siervo Jacob: con Labán he morado y detenídome hasta ahora.

5. Y tengo vacas y asnos y ovejas y siervos y siervas, y envío á dezirlo á mi señor, por hallar gracia en tus ojos.

6. Y los mensajeros volvieron á Jacob, diziendo: Venimos á tu hermano, á Esaú, y él también viene á recebirte, y quatrocientos hombres con él.

7. Entonces Jacob hubo gran temor, y angustióse y partió el pueblo que tenía consigo, y las ovejas y las vacas y los camellos en dos quadrillas.

8. Y dixo: Si viniere Esaú á la una quadrilla y la hiriere, la otra quadrilla escapará.

9. Y dixo Jacob: Dios de mi padre Abraham y Dios de mi padre Isaac, Jehovah que me dixiste: Vuélvete á tu tierra y á tu natural, y yo te haré bien.

10. Menor soy yo que todas las misericordias y que toda la verdad que has hecho con tu siervo; que con mi bordón pasé á este Jordán, y ahora estoy sobre dos quadrillas.

11. Líbrame ahora de la mano de mi hermano, de la mano de Esaú, porque lo temo: quizá no venga, y me hiera la madre con los hijos.

---

(1) Cf., acto primero de la comedia de Lope, escenas I, V, VII y IX.

12. Y tú has dicho: Yo te haré bien, y pondré tu simiente como el arena de la mar, que no se puede contar por la multitud.

13. Y durmió allí aquella noche, y tomó de lo que le vino á la mano un presente para su hermano Esaú.

24. Dozientas cabras y veynte cabrones, dozientas ovejas y veynte carneros.

15. Treynta camellas paridas con sus hijos, quarenta vacas y diez novillos, veynte asnas y diez borricos.

16. Y diólo en mano de sus siervos cada manada por sí, y dixo á sus siervos: Pasad delante de mí, y poned espacio entre manada y manada.

17. Y mandó al primero diciendo: Si Esaú mi hermano te encontrare y te preguntare diciendo: ¿Cuyo eres? ¿Y dónde vas? ¿Y para quién es esto que llevas delante de ti?

18. Entonces dirás: Presente es de tu siervo Jacob, que envía á mi señor Esaú, y he aquí también él viene tras nosotros.

19. Y mandó también al segundo, también al tercero, y á todos los que iban tras aquellas manadas, diciendo: Conforme á esto hablaréis á Esaú cuando le halláredes.

20. Y diréis también: He aquí tu siervo Jacob viene tras nosotros. Porque dixo: Apacíguate su ira con el presente que va delante de mí, y después veré su rostro; quizá le será acepto.

21. Y pasó el presente delante de él, y él durmió aquella noche en el real.

22. Y levantóse aquella noche, y tomó sus dos mujeres y sus dos siervas, y sus once hijos, y pasó el vado de Jacob.

23. Y tomólos, y passólos el arroyo, y passó lo que tenía.

24. Y quedó Jacob solo, y luchó con él un varón hasta que el alba subía.

25. Y como vido que no podía con él, tocó la palma de su anca, y la palma del anca de Jacob se descoyuntó luchando con él.

26. Y dixo: Déxame, que el alba sube. Y dixo: No te dexaré, si no me bendizes.

27. Y él le dixo: ¿Cómo es tu nombre? Y él respondió: Jacob.

28. Y él dixo: No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel, porque has peleado con Dios y con los hombres, y has vencido.

29. Entonces Jacob le preguntó y dixo: Declárame ahora tu nombre. Y él respondió: ¿Por qué preguntas por mi nombre? Y bendíjolo allí.

30. Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar *Phanuel*, porque vide á Dios cara á cara, y mi ánima fué librada.

31. Y salióle el sol como passó á Phanuel, y coxeaba de su anca.

32. Por esto no comen los hijos de Israel el niervo encogido que está en la palma del anca hasta hoy, porque tocó la palma del anca de Jacob en el niervo encogido.»

Capítulo XXXIII:

1. «Y alzando Jacob sus ojos, miró, y he aquí venía Esaú, y los quatrocientos hombres con él: entonces él repartió los niños entre Lea y Rachel y las dos siervas.

2. Y puso las siervas y sus niños delante: luego á Lea y á sus niños, y á Rachel y á Joseph los postreros.

3. Y él passó delante de ellos, y inclinósse á tierra siete vezes, hasta que llegó á su hermano.

4. Y Esaú corrió delante de él, y abrazólo, y echósse sobre su cuello, y besólo y lloraron.

5. Y alzó sus ojos, y vido las mujeres y los niños, y dixo: ¿Qué te han éstos? Y él respondió: Son los niños que Dios ha dado á tu siervo.

6. Y llegaron las siervas ellas y sus niños, y inclináronse.

7. Y llegó Lea con sus niños, y inclináronse; y después llegó Joseph y Rachel, y también se inclinaron.

8. Y él dixo: ¿Qué te ha todo este esquadrón que he encontrado? Y él respondió: Porque hallasse gracia en los ojos de mi señor.

9. Y dixo Esaú: Harto tengo yo, hermano mío; sea para ti lo que es tuyo.

10. Y dixo Jacob: No, yo te ruego. Si he ahora hallado gracia en tus ojos, toma mi presente de mi mano, que por esso he visto tu rostro como quien ve el rostro de Dios, y hazme placer.

11. Toma ahora mi bendición que te es trayda, porque Dios me ha hecho merced, y todo lo que hay aquí es mío. Y porfió con él y tomólo.

12. Y dixo: Anda y vamos, y yo iré delante de ti.

13. Y él le dixo: Mi señor sabe que los niños son tiernos, y que tengo ovejas y vacas paridas; y si las fatigan, en un día morirán todas las ovejas.

14. Passe ahora mi señor delante de su siervo, y yo me iré de mi espacio al passo de la hacienda que va delante de mí, y al passo de los niños, hasta que llegue á mi Señor á Seir.

15. Y Esaú dixo: Dexaré ahora contigo del pueblo que viene conmigo. Y él dixo: ¿Para qué esto? Halle yo gracia en los ojos de mi Señor.

16. Ansí se volvió Esaú aquel día por su camino á Seir.

17. Y Jacob se partió á Socoth, y edificó para sí allí casa, y hizo cabañas para su ganado; por tanto llamó el nombre de aquel lugar Socoth.

18. Y vino Jacob sano á la ciudad de Sichem, que es en la tierra de Chanaan, quando venía de Padan-Aran, y assentó delante de la ciudad.

19. Y compró una parte del campo donde tendió su tienda, de mano de los hijos de Hemor, padre de Sichem, por cien piezas de moneda.

20. Y assentó allí altar, y llamóle *el Fuerte Dios de Israel*» (1).

Capítulo XXXIV:

«1. Y salió Dina, la hija de Lea, que había parido á Jacob, por ver á las doncellas de la tierra.

2. Y vídola Sichem, hijo de Hemor Neveo, príncipe de aquella tierra, y tomóla, y echóse con ella, y afligióla.

---

(1) Cf. Lope de Vega, escenas XI, XII y XIII del primer acto.

3. Y su ánima se pegó con Dina, la hija de Jacob, y enamoróse de la moza, y habló al corazón de la moza.

4. Y habló Sichem á Hemor, su padre, diciendo: Tómame esta moza por mujer.

5. Y oyó Jacob que había ensuciado á Dina, su hija, estando sus hijos con su ganado en el campo, y calló Jacob hasta que ellos viniessen.

6. Y salió Hemor, padre de Sichem, á Jacob, para hablar con él.

7. Y los hijos de Jacob vinieron del campo en oyéndolo, y entristeciéronse los varones, y ensañáronse mucho, porque hizo vileza en Israel, echándose con la hija de Jacob, que no se debía de hacer ansí.

8. Y Hemor habló con ellos, diciendo: El ánima de mi hijo Sichem se ha pegado con vuestra hija; ruégoos que se la deis por mujer.

9. Y *consograd* con nosotros; dadnos vuestras hijas, y tomad vosotros las nuestras.

10. Y habitad con nosotros, porque la tierra estará delante de vosotros; morad y negociad en ella, y tomad en ella posesión.

11. Sichem tambien dixo á su padre y á sus hermanos: Halle yo gracia en vuestros ojos, y yo daré lo que vosotros me dixerdes.

12. Aumentad sobre mí mucho axuar y donas, que yo daré quanto me dixerdes, y dadme la moza por mujer.

13. Y respondieron los hijos de Jacob á Sichem y á Hemor, su padre, con engaño, y hablaron, porque había ensuziado á Dina su hermana.

14. Y dixéronles: No podemos hacer esto, que demos nuestra hermana á hombre que tiene prepucio: porque á nosotros es abominación.

15. Mas con esta condición os haremos placer. Si puedes como nosotros, que se circuncide en vosotros todo varón.

16. Entonces os daremos nuestras hijas, y tomaremos nosotros las vuestras; y habitaremos con vosotros, y seremos un pueblo.

17. Y si no nos oyéredes, para circuncidaros, tomaremos nuestra hija, y irnos hemos.

18. Y parecieron bien sus palabras á Hemor, y á Sichem, hijo de Hemor.

19. Y no dilató el mozo de hacer aquello, porque la hija de Jacob le había agradado; y él era el más honrado de toda la casa de su padre.

20. Entonces vino Hemor y Sichem su hijo á la puerta de la ciudad, y hablaron á los varones de su ciudad diciendo:

21. Estos varones son pacíficos con nosotros, y habitarán la tierra, y granjearán en ella, que he aquí la tierra es ancha de lugares delante de ellos: nosotros tomaremos sus hijas por mujeres, y darles hemos las nuestras.

22. Mas con esta condición nos harán placer los varones de habitar con nosotros, porque seamos un pueblo, si se circuncidase en nosotros todo varon como ellos son circuncidados.

23. Sus ganados y su hacienda y todas sus bestias será nuestro; solamente que consintamos con ellos, y habitarán con nosotros.

24. Y obedecieron á Hemor y á Sichem su hijo todos los que salían por la puerta de la ciudad, y circuncidaron á todo varón, quantos salían por la puerta de la ciudad.

25. Y fué que al tercero día, cuando ellos sentían el mayor dolor, los dos hijos de Jacob, Simeón y Leví, hermanos de Dina, tomaron cada uno su espada y vinieron contra la ciudad animosamente, y mataron á todo varón.

26. Y á Hemor y á Sichem su hijo mataron á filo de espada, y tomaron á Dina de casa de Sichem, y saliéronse.

27. Y los hijos de Jacob vinieron á los muertos, y saquearon la ciudad: por quanto habían ensuciado á su hermana.

28. Sus ovejas y vacas y sus asnos y lo que había en la ciudad y en el campo tomaron.

29. Y toda su hacienda, y todos sus niños y sus mujeres llevaron captivas, y robaron, y todo lo que había en casa.

30. Entonces dixo Jacob á Simeón y á Leví: Turbado me habéis, que me habéis hecho abominable con los moradores de aquesta tierra, el Chananeo y el Pherezeo, teniendo yo pocos hombres: y juntarse han contra mí, y herirme han, y seré destruído yo y mi casa.

31. Y ellos respondieron: ¿Había él de tratar á nuestra hermana como á una ramera?»

Capítulo xxxv:

«1. Y dixo Dios á Jacob: Levántate, sube á Bethel, y está ahí, y haz allí altar al Dios que te apareció cuando huías de tu hermano Esaú.

2. Entonces Jacob dixo á su familia, y á todos los que estaban con él: Quitad los dioses ajenos que hay entre vosotros, y limpiaos y mudad vuestros vestidos.

3. Y levantémonos y subamos á Bethel, y allí haré altar al Dios que me respondió en el día de mi angustia, y ha sido conmigo en el camino que he andado» (1).

El Robo de Dina ha de considerarse, más que como drama aislado, como la primera parte de una trilogia sobre los sucesos de Jacob. Esto justifica las escenas preliminares, que contienen su fuga de la casa de su suegro Labán, la persecución y reconciliación con éste, la lucha con el ángel, y el encuentro y reconciliación con su hermano Esaú: antecedentes necesarios para comprender el establecimiento del Patriarca con su familia y rebaños en el país de Sichem, donde ha de desenvolverse la acción del drama. Lope no ha dado á estos preliminares más desarrollo que el estrictamente necesario, procediendo en todo con gran decoro poético y notable sujeción al texto bíblico, del cual sólo omite los pormenores geográficos y rituales que no sientan bien en el teatro.

---

(1) *La Biblia, que es los Sacros Libros del Viejo y Nuevo Testamento. Segunda edición. Revista y conferida con los textos hebreos y griegos y con diversas translaciones. Por Cypriano de Valera..... En Amsterdam, en casa de Lorenzo Iacobi. M. DC. II.* (1602). Folios 11-12 vuelto.

El hórrido asunto de la violación de Dina, y de la circuncisión forzada del Príncipe de Siquem y sus vasallos, con la feroz venganza que Simeón y Leví tomaron de la deshonra de su hermana, puede parecer poco dramático, ó á lo menos muy apartado de los hábitos de la escena moderna; y por eso es tanto más de aplaudir el arte ingenioso con que nuestro poeta acertó á superar en parte las dificultades del argumento, dando aspecto de patriarcal idilio en muchas de sus escenas á tan sanguinaria tragedia. Entre los dones prodigiosos del genio de Lope, estaba el de mitigar toda impresión horrible, restableciendo la serenidad poética mediante una gracia risueña é inefable que se siente mejor que se explica. En *El Robo de Dina* este efecto se logra merced al ambiente de égloga que se respira en muchas escenas. El himno á la caza que entona el Príncipe de Siquem al aparecer en el teatro; los amores episódicos de pastores y pastoras; la linda letra para cantar, *En las mañanicas del mes de Mayo.....*, que parece arrancada de algún primitivo cancionero; los rasgos de ingenua coquetería que hay en el carácter de Dina, y que preparan y explican dramáticamente su triste aventura; el suave discreteo con que la enamora el Príncipe siquimita, más como rendido cortesano del siglo XVII que como rudo pastor de la Mesopotamia en las primeras edades históricas; las efusiones líricas con que el anciano Jacob recuerda sus amores con Rebeca, ó eleva al Altísimo sus plegarias, forman un cuadro de tan apacible colorido, que parece reflexivamente calculado para templar el vapor de sangre que se levanta en el momento de la catástrofe. Hay cosas muy bellas, en medio de cierta retórica amanerada y conceptuosa, en la relación que Dina hace de su fracaso; y aunque el sabor general de la pieza tenga más de español que de hebreo, todavía el papel de vengadores del honor de su hermana que Simeón y Leví se atribuyen, estaba expresamente indicado en el sacro texto (capítulo XXIV, páginas 7 y 31), y aun puede agradecerse á Lope el que, ateniéndose relativamente al color local, no insistiera tanto como lo hubieran hecho otros poetas del siglo XVII, en este concepto tan del gusto de su auditorio. Es cierto que en ésta como en todas las modernas tragedias sobre asuntos de la Biblia falta siempre algo y aun mucho de la soberana poesía del original, incomparable por su carácter primitivo y por su origen revelado. Nada hay en las concertadas y discretas razones que el Príncipe de Siquem pronuncia en la comedia de Lope, que dé tanta idea de su impetuoso y fatídico amor, como el versículo 3.° del cap. XXXIV, traducido así por la Ferrariense: «Y apegósse su alma con Dinah, hija de Iahacob, y amó á la moza, y habló sobre corazon de la moza.» Pero al poeta de las edades cultas no se le puede exigir que reproduzca los prodigios de concisión enérgica propios de la poesía primitiva, sino que ofrezca de ella una nueva interpretación, en modo y estilo verdaderamente poéticos, aunque acomodados al paladar de gentes en quienes el sentimiento poético es ya menos espontáneo. Y esto no hay duda que lo alcanzó Lope en muchos rasgos de esta comedia, donde es difícil señalar bellezas de primer orden, porque toda ella está muy bien escrita.

Antes de Lope había tratado este mismo asunto un poeta incógnito en el *Auto del robo de Digna* (sic), que es el octavo de los incluídos en el códice grande de la

Biblioteca Nacional, á que tantas veces nos hemos referido. Son interlocutores en esta pequeña pieza: Dina, el príncipe Siquem (sic), un paje, un pastorcico, Jacob, el rey Emor, un villano, Leví, Rubé (sic), Judas, un pregonero.

No encontramos después de Lope nueva dramatización de este asunto, en rigor poco teatral, y que sin duda por esto no formaba parte de los vetustos *Misterios del Antiguo Testamento*. Pero á principios del siglo XVIII un poeta, gongorino entonces, y que luego, cediendo á la reacción literaria y á las tendencias de su propio gusto meticuloso y apocado, que se compadecía bien con su imaginación prosaica y yerta, se convirtió en uno de los más intransigentes legisladores del clasicismo académico, D. Agustín de Montiano y Luyando, tomó el *Rapto de Dina* por asunto de un juvenil ensayo épico en octavas reales, que publicó en 1727 (Madrid, por Alonso Balvás), y fué reimpreso después en Barcelona: obra de mal gusto, y en que harto se trasluce la inexperiencia de su autor, si bien, en cambio, la versificación es mucho menos lánguida y la dicción menos pedestre que en todo lo que escribió después.

III.—LOS TRABAJOS DE JACOB.

SUEÑOS HAY QUE VERDAD SON.

Texto de la Parte 22.ª, de las *Comedias* de Lope. Al final se titula segunda parte, y anuncia una tercera:

.... La tercera
Parte os dirá lo demás:
Y aquí dió fin el poeta,
De Jacob á los trabajos,
Que es la gran tragicomedia
De la salida de Egipto:
Belardo los pies os besa.

La primera parte de esta trilogia es sin disputa *El Robo de Dina*. La tercera puede ser *La Corona derribada y Vara de Moisés*. Pero más adelante indicaremos las razones que tenemos para creer que este notabilísimo drama, desconocido hasta hoy, no es obra de Lope.

Comprenden *Los Trabajos de Jacob* la materia de los capítulos XXXVII á XLVII del *Génesis*, esto es, la historia de José y sus hermanos, que aquí no se traslada por ser tan conocida. El poeta sigue escrupulosamente el texto de la Sagrada Escritura sin intercalar ninguno de los pormenores fabulosos que se añaden en el relato del Corán, base de antiguas versiones castellanas, tales como el *Poema de Iusuf*, obra de algún mudéjar del siglo XIII ó XIV, y *La Leyenda de José*, en prosa, debida al ingenio de algún morisco aragonés del siglo XVI, y dada recientemente á luz por el Sr. Guillén Robles. Una y otra obra pertenecen al género de las *aljamiadas*, esto es, compuestas en lengua castellana, pero escritas en caracteres árabes. Las tradi-

ciones coránicas acerca de José se consignan también en la vasta compilación que el Rey Sabio mandó formar con el título de *Grande et general Estoria.*

El precioso estudio que antepuso D. Manuel Cañete á su reimpresión de la *Tragedia Josefina*, de Micael de Carvajal (1), me dispensa de insistir en muchos pormenores y noticias tocantes á la historia dramática del asunto de José, así en la Edad Media como en tiempos posteriores. Ya en 1264 varios novicios de la abadía de Heresburg representaron una comedia *De Josepho vendito et exaltato*, no sin algún reparo y censura de varios prelados de su Orden (2). El *Sueño y venta de José* era una de las representaciones con que los beneficiados de Gerona solemnizaban desde principios del siglo XIV la fiesta del Corpus en las plazas de San Pedro y del Vino. En el primitivo teatro francés, los sueños y la venta de José forman la parte décima del gran *Mystère du Viel Testament*, compuesta no menos que de ocho mil versos; y dan asunto á una pieza independiente, la *Moralité de la vendition de Joseph, fils du patriarche Jacob*, escrita en gran variedad de metros y con intervención no menos que de cuarenta y nueve personas. En italiano tenemos (también del siglo XV) la *Rappresentazione di Giuseppe, figliuolo di Giacobbe*, pieza popular que todavía sigue reimprimiéndose en ediciones de cordel; y la *Comedia de Jacob e de Joseph*, que, á instancias del duque Hércules de Ferrara, compuso el Magnífico caballero Pandolfo Collenucio; obra de corte más clásico «*in terza rima istoriata*», dividida en seis actos y un prólogo, é impresa por primera vez en 1523. El teatro latino, escolar y neoclásico (3) del siglo XVI, procura encerrar el mismo argumento bíblico, ya en el molde plautino y terenciano, ya en el de Eurípides y Séneca el Trágico, y aparecen sucesivamente, para honesta recreación de los estudiantes humanistas, en diversas partes de Europa, la *Comœdia Sacra cui titulus Joseph*, de Cornelio Croco (Amsterdam, 1536); el *Josephus, fábula sacra*, de Jorge Langeveld, que latinizó su apellido llamándose *Macropedio* (Amberes, 1544); el *Josephus*, de Martín Báltico, el de Cornelio

---

(1) *Tragedia llamada Josefina, sacada de la profundidad de la Sagrada Escritura, y trovada por Micael de Carvajal.* Madrid, 1870. *(Sociedad de Bibliófilos españoles.)* El estudio preliminar ha sido reimpreso en su libro *Teatro Español del siglo* XVI. *Estudios histórico-literarios.* Madrid, 1885.

(2) *Juniores fratres in Heresburg sacram habuere comediam de Josepho vendito et exaltato, quod vero reliqui ordinis nostri Prælati male interpretati sunt.* Ap. Leibnitz, *Scriptores rerum Brunsvicensium*, t. II. pág. 311; citado por Ed. Du Méril, *Origines latines du Théatre Moderne.* (París, 1849, páginas 37 y 38.)

(3) Vid., sobre todas estas piezas, el *Dictionnaire des Mystères* (1854); el *Catalogue de la Bibliothèque Dramatique*, de Mr. de Soleinne; las *Sacre Rappresentazioni*, de Ancona (t. I, páginas 61 á 96), y sus *Origini del teatro italiano* (t. II, páginas 228 y siguientes); la obra de Petit de Julleville, sobre *Les Mystères* (t. II, pág. 367-368); el *Mystère du Viel Testament*, publicado por el barón James de Rothschild para la *Société des anciens textes français* (París, Didot, 1879 y siguientes), etc.

Schonaeo Goudiano, que es una de las tres comedias insertas en su *Terentius christianus* (1594); y varias tragedias de Padres de la Compañía, entre los cuales no es para olvidado, por ser de nuestra propia casa, el ingenioso Luis de la Cruz, que hizo representar en el público teatro de la Universidad de Coimbra, su tragicomedia *Josephus*, impresa en 1605 con sus demás *actiones* trágicas y cómicas, una de las cuales versa sobre la parábola del Hijo Pródigo, argumento tratado también por Lope (1).

En la parte relativa á los textos castellanos, también nos dejó poco que espigar el Sr. Cañete, en quien sólo hemos notado una extraña omisión, que recae precisamente sobre esta comedia de Lope de Vega. Es desconocida para mí, como lo fué para Cañete, la *Comedia de Josef en coplas*, por Fernando de Briz, mencionada únicamente en el *Registrum* de D. Fernando Colón (núm. 14.684). De una *Farsa llamada Josephina*, prohibida en el Índice expurgatorio de 1559, no tenemos más noticias que las que se infieren de una censura del Dr. Pedro López de Montoya, calificador del Santo Oficio, el cual, en 1599, propone que se levante la prohibición después de hacer ciertos expurgos y atajos, y al dar las razones del rigor antiguo, trae señas bastantes para distinguir esta *Josefina* anónima de la de Carvajal (2): «La razón que pudieron tener para vedalla fué, á lo que entiendo, el parecer que no era conviniente que anduviese en lengua vulgar y en manos de todos lo que allí se cuenta de los sueños de Joseph y de Farahón y sus criados, por no dar ocasión á que la gente del vulgo diese crédito á sueños vanos, y lo segundo porque también en la misma historia se trata de los desatinados amores que la mujer de Putifar tuvo queriendo forzar á Joseph, su esclavo, los quales, en la comedia se leen y representan con sus colores y muy al vivo, habiendo passado por ello el sagrado texto ligera y sencillamente, contando sólo la verdad del hecho: demás desto se interpone aquí una criada que se offreció á ser tercera de su ama para ayudarle á salir con su loco intento, lo qual es contra la verdad de la historia, y pintado como aquí se pone puede provocar algún mal ejemplo, demás del desacato que se hace á la historia sagrada poner á su sombra y entretejer á su verdad esta mentira.»

No hay vestigio de semejante criada ni de tales pasajes lascivos en la bellísima tragedia *Josephina*, de Micael de Carvajal, «*sacada*, como su mismo título lo dice, *de la profundidad de la Sagrada Escritura*», sin mezcla de ningún elemento allegadizo que empañe la pureza y decoro del argumento. Esta obra, superior, sin duda, á todas las que de su género se compusieron en la primera edad de nuestra escena, fué descubierta por Fernando Wolf en 1852, y esmeradamente reimpresa por Cañete para la Sociedad de Bibliófilos, en 1870, valiéndose del ejemplar gótico de la

---

(1) *Tragicæ Comicæque Actiones, a Regio Artium Collegio Societatis Jesu, datæ Conimbricæ in publicum Theatrum, Auctore Ludovico Crucio eiusdem Societatis, Olissiponensi..... Lugduni, apud Horatium Cardon*, 1605; 8.°

(2) Biblioteca Nacional: expedientes de calificación de libros procedentes de Simancas. L-247.

Biblioteca Imperial de Viena (Toledo, por Juan de Ayala, 1546). Pero ésta no era la única edición ni tampoco la primera, como ya el mismo Cañete advirtió, refiriéndose al *Registrum* de D. Fernando Colón, en que se menciona una de 1535, y lo ha confirmado posteriormente Morel-Fatio con el hallazgo de otra de 1540, hecha «en Palencia por Diego Fernández de Córdoba, á costa de Juan de Espinosa, mercader de libros en Medina del Campo». Este ejemplar, adquirido en Italia en estos últimos años por su actual poseedor el Conde de la Sizeranne, no sólo está lleno de variantes, sino que incluye largos pasajes omitidos en la edición de 1546. Los dos primeros actos son mucho más extensos, y en total hay sesenta y ocho estrofas más en el texto de Medina que en el de Toledo. El más importante de los pasajes suprimidos es la declaración de los sueños del panadero y del copero. Hemos de creer, pues, ó que Carvajal refundió su obra, ó que los representantes la fueron aligerando de versos para mejor comodidad de la representación.

Aunque el entusiasmo de primer editor pudo llevar á nuestro ilustre compañero á exagerar un tanto el valor poético del monumento que exhumaba, este valor es incontestable y ha sido reconocido por los críticos menos benévolos. En ninguna pieza profana ni sagrada del siglo XVI se encuentra la profunda verdad humana, la viva y jugosa expresión de afectos, el estudio y penetración de los caracteres que realzan algunas escenas de esta tragedia, así como toda ella se recomienda por cierta sencillez patética y grandiosa, y una interna ordenación y reflexivo enlace de partes que honraría á poetas de edades menos inexpertas en materia de efectos y situaciones dramáticas. Si bien el poeta placentino conserva la tradición de los antiguos autos y misterios y el tono muchas veces candoroso de su diálogo, aparece influído también por la disciplina clásica, ya en el prólogo, en que el *Faraute* explica el argumento á modo de comedia latina ó italiana, ya principalmente en el uso del coro de las tres doncellas, que resume la moralidad de cada uno de los actos, como órgano impersonal de la justicia trágica. De este modo se levanta á la esfera de la contemplación lírica y desinteresada una tragedia que es por lo demás esencialmente realista, y en la cual no faltan toques que, sin irreverencia, pueden llamarse shakespirianos.

Á juzgar por su sencillísima estructura y rudo artificio dramático (si bien no sea esto prueba decisiva), parece que hubieron de preceder á la *Josephina* de Carvajal todos los diversos autos viejos del códice de la Nacional que se refieren á la historia de Jacob, y son, además del de *Dina*, ya citado, el *Auto de cuando Jacob fué huyendo á las tierras de Arán*, el *de la lucha de Jacob con el ángel*, el *del finamiento de Jacob*, y el *de los desposorios de Joseph*, publicado este último por González Pedroso en su inestimable colección de *Autos sacramentales* (1). Lo que puede darse por seguro es que también había antecedido á Carvajal el bachiller Bartolomé Palau, en cuya *Victoria de Cristo*, cuyo carácter cíclico hemos apuntado ya, forman los sucesos de José el auto segundo de la tercera parte.

---

(1) Tomo LVIII de la *Biblioteca de Autores españoles*, páginas 54 á 61.

Ni fué tampoco la obra de Lope la única que en la edad definitiva de nuestra escena heredó este asunto como tantos otros del primitivo drama religioso. *Los Sueños de Faraón y más feliz cautiverio*, del Dr. Mira de Amescua (1); la *Adversa y próspera fortuna de Joseph*, comedia manuscrita que su antiguo poseedor, D. Agustín Durán, atribuía á Luis Vélez de Guevara; los *Triunfos de Joseph*, que se han impreso sueltos con el nombre ilustre de Calderón, pero que positivamente no son suyos, no sólo porque el estilo lo desmiente, sino porque no figuran en la lista de sus comedias que él mismo formó para el Duque de Veragua; apenas pueden ser calificadas más que de refundiciones empeoradas de los *Trabajos de Jacob* de Lope de Vega, en las que rasgos culteranos y enfáticos van sobreponiéndose cada vez más á la gentil poesía y suave fluidez de estilo características del Fénix de los Ingenios.

Las cuales no se desmienten en esta obra suya, de la cual pudo decir Schack (1) muy exactamente, que tanto por el esmero de la composición, como por la belleza de los detalles y por la profundidad conmovedora y la intensidad del sentimiento, el autor parecía haber apurado en ella el fondo noble y simpático de su alma, en lo que tuvo de más excelso y mejor. Ticknor también dice que esta comedia es mucho mejor que *El Robo de Dina*, aunque me parece que, según su costumbre, el apreciable bibliófilo norteamericano leyó muy deprisa la una y la otra.

Yo me inclino á creer que las condiciones de estilo son muy semejantes, ó más bien idénticas, en *El Robo de Dina* y en *Los Trabajos de Jacob*, y que la ventaja de esta segunda comedia sobre la primera se debe exclusivamente al mayor interés y eficacia dramática del argumento, tan bello é interesante de suyo, que con exponerle directamente y en los términos más ajustados á la letra del *Génesis*, era fácil y aun inevitable conseguir el mismo efecto que sólo podía lograrse en *El Robo de Dina* mediante el desarrollo de los elementos secundarios ó la intercalación de escenas episódicas. De una y otra pieza juzgó atinadamente Schack que, «sin mostrarse muy escrupuloso el poeta en la observancia de los accesorios externos, mezcla y armoniza de tal manera los colores, que resulta un conjunto muy agradable». No se ha de buscar aquí minuciosidad arqueológica, pero la noble y patriarcal sencillez de estilo que Lope usa por lo común en estos dramas, va mejor con la índole de tales asuntos que el énfasis y la pompa cortesana con que acostumbraba presentarlos la tragedia clásica.

No estableceremos comparación entre obras de tan distinto carácter, aunque por ciertos lados tan estrechamente emparentadas, como la *Josefina* de Carvajal y la de Lope de Vega. Pertenecen á dos épocas diversas del arte, y tienen cada una sus peculiares bellezas, que no pueden ni parangonarse ni sustituirse. Lope, aunque educado en el siglo XVI y más próximo que ningún otro de nuestros dramaturgos á la manera y gusto del drama español primitivo, como hemos visto y proseguiremos

---

(1) Se representaba todavía en el siglo pasado, y corre anónima en ediciones sueltas.

(2) Tomo II de la edición alemana, pág. 320, y tomo III de la castellana, pág. 81.

viendo, no deja de ser por eso el poeta genial, inagotable y maravilloso, iniciador y príncipe de un sistema dramático nuevo, que no sólo á España, sino á Europa, va á imponer sus leyes, y que esencialmente es todavía la forma dramática dentro de la cual vivimos. Hay en sus obras más *atávicas*, como sin disputa lo son las de su teatro religioso, mucho que se aparta del canon antiguo, una libertad y holgura de composición, que contrasta con el modesto y ceñido andar de la musa del siglo XVI. Pero suele tener ésta, en cambio, acentos de sinceridad no aprendida, relámpagos de amor ó fulgores de ira, palabras de miel y dejos de inocente malicia, un raudal de dicción sana y fresca, que ya en Lope comienza á parecer más aliñada y artificiosa, y que en los sucesores, valiendo todo lo que valen, se va enturbiando cada vez más con heces de sofistería y culteranismo, que no bastan, es cierto, para detenerla en su curso triunfal, pero sí para darla aquel extraño y abigarrado color que en el estilo de los *Autos* de Calderón observamos.

Pero esta observación ha de ser entendida con cierta parsimonia, no sólo porque no hay regla general que no padezca multiplicadas excepciones, sino porque Lope, no sólo cronológica, sino ideológicamente, pertenece mucho más á la generación poética de las postrimerías del siglo XVI, que á la del XVII. Bello y apasionado es sin duda en Carvajal el monólogo de la mujer de Putifar, allí llamada Zenobia; pero, fuera de algún discreteo, es bella también y natural y sencilla la declaración amorosa de la *Nicela* de Lope:

Quiéreme bien, y tendrás
Regalos no imaginados:
Agora mandas criados,
Después dueños mandarás,
Porque tú señor serás,
Y yo esclava de tu amor.....
. . . .
¿Qué te hacía yo, que aquí
Vienes, Josef, á inquietarme?
Culpa has tenido en mirarme:
Yo no te miraba á ti.
. . . .
Sin esto debéis de ser
Hechiceros los hebreos;
Que quien engendra deseos
Más que hechizos sabe hacer.....

Y no tiene precio el generoso movimiento dramático con que salva el autor todos los escollos que á los ojos de la refinada perversidad mundana pudieran hacer ridícula en el teatro la casta resistencia de José, poniendo en boca de éste, no ya sólo el lenguaje de la conciencia moral y de la confianza doméstica que quiere mantener inviolada, sino un paralelo entre su abatida persona y la grande, poderosa y magnífica del marido:

Señora, dos cosas veo
Contra ti y aun contra mí,
Que me defienden de ti,
Y aun á ti de tu deseo:
Del alto Dios en quien creo
La fuerza, porque es inmensa
Con el inmenso la ofensa;
La de tu honor y marido,
Porque al honor ofendido
No tiene el amor defensa.
Si su casa me ha fiado,
Su honor, sus llaves, su hacienda,
¿Fuera justo que yo emprenda
Su ofensa, tan obligado?
. . . .
Mírale con la belleza
Que entra del arnés vestido,
Tan gallardo, tan lucido,
De tanta marcial riqueza.
Mira luego mi bajeza,
Roto, pobre, humilde esclavo.....

Todo esto vale más, ciertamente, que los cuatro versos de la respuesta de José en la tragedia de Carvajal:

Á mi Dios ni á mi señor
Tal afrenta no haré,
Ni á mi sangre, porque sé
Que de todo es sabedor.

Pero repito que no es mi intento comparar obra con obra, ni menos poeta con poeta. Y diciendo ingenuamente lo que siento, así como en la escena de la seducción encuentro á Lope superior, así, por el contrario, en la preparación de esta escena, que viene en su obra como fortuita é improvisa, encuentro más aventajado el arte del modesto vate extremeño, que aun siendo, como él dice (sin duda por modestia y no sé con cuánta sinceridad), «tosco y grosero y que sabía poco de amor», por lo cual hubo de recurrir al consejo y ayuda de «algunas personas socorridas y hábiles en estos venéreos casos», acertó á poner en aquel «paso muy dulce y gracioso y de muy gentiles trances de amores» y en «el polido hablar» de los soliloquios de la señora egipciana que iba á recuestar reciamente de amores á José, algo de los inmortales ardores de Fedra, y una expresión tan franca del apetito sensual lidiando con los restos de la nativa vergüenza, que quizá no tiene igual en nuestra lengua:

¡Desdichada! Que mi fuego
Ya va de mal en peor:
Debe ser el dios de amor

Manso, bravo, niño y ciego.
Mas de tal dios yo reniego,
Pues que sin razón se guía,
Y ha mezclado mi alegría
Con tan gran desasosiego.
¿Cómo puede aquesto ser,
Que siendo yo tal señora,
Y en quien mi marido adora
Con extremado querer,
Me deje yo así vencer
De un muchacho, y extranjero,
Mi esclavo y mi prisionero?
Yo no lo puedo creer.
. . . .
¡Ay damas, y qué dechados
Os dejaba mi fortuna;
Que dirán de cada una,
No sé qué, con sus criados!
Mas ¡triste! que son mis hados.
¡Oh, sin dubda aquel rapaz
Paresce que con su haz
Aclara todos nublados!
Dos mil veces he pensado
Que los dioses le pintaron
Su gesto, y le debujaron,
Según es tan alindado.
¡Cuán bello y proporcionado!
¡Qué lengua tan dulce y sabia!
¡Qué cabello, que en Arabia
No hay oro tan acendrado!
Ella es obra soberana,
Hecha por lo divinal.
¡Qué dientes!..... Como un cristal.
¡Qué labios!..... Como una grana.
Sola la gracia que mana
De su extraña hermosura,
Basta á dar la sepoltura
Á la más linda galana.
No es mucho errar yo con él,
Pues á muchos vence amor;
Que en pago de tal error
Gozaré de tal joyel,
Y aun entiendo que el doncel,
Aunque es esclavo y vendido,
Que sin dubda él es nacido
En la casa de Israel.
Él, por señas, no me entiende,

Que es muchacho y zahareño,
Mas al cabo, al cabo un leño
Atizándole se enciende,
Y pues que mi amor más prende
Y callando más me abrasa,
Hablarle quiero á la rasa,
Pan por pan, ende con ende.
. . . .
Hora no sé qué me haga:
Si le hable, si le deje,
Si le acuse, si le aqueje,
Por dar remedio á mi llaga.
Veo de mí no se paga,
Que esto, esto es lo peor,
Y á mí abrásame su amor:
No sé cómo satisfaga.
Esta es muy gran confusión;
¡Ay dolor de quien la pasa,
Y pasándola, se abrasa
El alma y el corazón!
No hay cosa que por razón
No se gobierne y ordene,
Sino el amor, donde viene
Mi tan sobrada pasión.
. . . .

Razón tuvo Cañete para loar la intensidad y el movimiento patético de algunas escenas del viejo poema; pero reconociendo á Miguel de Carvajal el insigne mérito de haber producido una obra maestra dentro de un arte incipiente, todavía creo que no fué ardid de buena guerra contraponer esta obra excepcional y solitaria del teatro del siglo XVI al glorioso teatro del siglo XVII, escogiendo por punto de comparación *Los Triunfos de Josef*, adocenada comedia de algún poeta obscuro que de Calderón sólo tiene el nombre, y dejando en absoluto olvido *Los Trabajos de Jacob*, pieza que ciertamente no es perfecta, pero en la cual abundan raras excelencias. La última parte del poema, sobre todo, es decir, el viaje de los hermanos á Egipto, apenas está bosquejada en el drama de Carvajal, y por el contrario, tiene en el de Lope la mayor animación é interés, con rasgos tiernos y felices en el carácter del anciano patriarca y mucha felicidad en elegir y agrupar los detalles que pueden prestarse á la manifestación escénica: cosa difícil de lograr en marco estrecho como el de la comedia española, al cual había que reducir y ajustar sin violencia ni confusión un relato tan extenso como el de los últimos capítulos del *Génesis*.

IV.—HISTORIA DE TOBÍAS.

Llamó el autor á esta pieza *tragicomedia*, y la dedicó á D.ª María Puente Hurtado de Mendoza y Zúñiga, señora de las casas y solares de la Puente de Balmaseda y Traslaviña, mujer de D. Rodrigo de Tapia, caballero de Santiago, caballerizo de Felipe IV, y teniente de la Guardia Real española, insigne hoy únicamente por la dedicatoria que Cervantes le hizo de su *Viaje del Parnaso*, y Lope de Vega de su comedia *El Ingrato arrepentido*, que va inmediatamente después de la *Historia de Tobías*, dedicada á su mujer.

Sigo el texto de la 15.ª Parte de las *Comedias* de Lope (Madrid, 1621).

Lope determinó claramente en su dedicatoria el carácter de esta tragicomedia, diciendo que era «*traducción fiel de la lengua latina á la castellana..... con la licencia y dilación que la poesía permite, introduciendo figuras dialoguísticas de que tambien tenemos ejemplo en los Cantares*». Es, pues, el *Libro de Tobías*, adaptado á las condiciones de la escena, traduciendo literalmente todos aquellos pasajes que se prestaban á ello, y aprovechando además el contenido de los capítulos XVII-XX del libro II de los Reyes, en que se narra la milagrosa destrucción del ejército de Senaquerib, en tiempo del piadoso rey Ezequías. La comparación es fácil, y puede hacerla cualquiera abriendo su ejemplar de la *Vulgata*. Lope ha puesto en acción, con su destreza habitual, todas las obras de misericordia del viejo Tobías consolando, alimentando y vistiendo á sus pobres hermanos de cautiverio, y enterrando muertos. La escena de la ceguera y las reconvenciones de su mujer, los consejos de Tobías á su hijo, el viaje de éste á la Media en demanda de los dineros que adeudaba Gabelo, la aparición del Angel en el paso del Tigris, la historia de Sara y sus siete maridos muertos en la misma noche de las bodas por el perverso espíritu Asmodeo, la invención del maravilloso pescado cuya hiel y cuyo corazón sirven de amuleto al joven Tobías para triunfar del impuro demonio y para sanar los ojos de su padre: todos los incidentes, en fin, de este sagrado libro, á cuya parte literaria parecen haber concurrido elementos persas con los hebreos, están presentados en el drama de Lope con estricta fidelidad escrituraria, no reñida ni un solo momento con el interés creciente de la acción y con la viveza del diálogo. Sólo ha añadido de su cosecha las que él llama *figuras dialoguísticas*, esto es, los pastores y domésticos Bato, Tamar, Ragel, Jorán....., que sirven para llenar las escenas episódicas.

El carácter patriarcal de esta narración, que para la mayor parte de los exegetas católicos tiene carácter histórico, pero que no por eso deja de despertar el mismo interés que una piadosa parábola; la suavidad y pureza de sus detalles domésticos, que nos hacen penetrar en el interior de la familia judía mejor que ningún otro documento; la divina sabiduría de su parte didáctica, que aparece revestida de formas populares análogas á las de los apólogos y ejemplos de Oriente; la caridad, la resignación, la confianza filial en Dios que de un modo tan tierno inculca, mostrando la

intervención directa y eficaz de la Providencia en las tribulaciones y en los consuelos de la vida: todo esto se acomodaba muy bien á la especial índole poética de Lope, que era por sentimiento mucho mejor hombre de lo que resulta por los actos de su azarosa y pecadora vida. Todos los desórdenes de ella no fueron suficientes para borrar de su espíritu aquella especie de ingenuidad primitiva, que le hacía en extremo apto para la expresión de todos los afectos delicados y suaves. Por tales cualidades de apacible poesía se distingue principalmente esta obra. Algún rasgo de mal gusto, como el soneto en *ecos* de la jornada segunda, está ampliamente compensado por el conjunto de la composición, en que el tono de égloga bíblica rara vez desfallece.

La historia de Tobías dió empleo desde muy antiguo al arte cristiano, y ya dos frescos de las catacumbas, atribuídos á los siglos II y III de nuestra era, nos muestran al joven viajero conducido por el ángel, llevando en la mano derecha el pez del Tigris suspendido de un anzuelo, ó bien retornando á la casa paterna precedido de su perro fiel.

En el teatro de la Edad Media, *Tobías* es protagonista de uno de los seis *misterios* que sirven de complemento al gran misterio cíclico del *Viel Testament*, pero que en rigor no forman parte integrante de él. Entre las *Sacre Rappresentazioni* (1) coleccionadas por Ancona, hay una, *Dell'Angiolo Raffaele e di Tobia*, que parece de las más antiguas, á juzgar por lo que predomina en ella la parte narrativa y expositiva sobre la puramente escénica. En el teatro neolatino del Renacimiento, Tobías da asunto á una de las comedias del *Terentius christianus* del holandés Cornelio de Schoen (*Schonæus*), que precedió á Lope de Vega en la introducción de personajes episódicos de pura invención, en este argumento. Y sin hablar de piezas alemanas como la del famoso zapatero Hans Sachs, representada en 1533, ni de algunas tragedias francesas de poco nombre, es imposible dejar de mencionar algunas obras españolas sobre el mismo argumento.

Anterior á Lope tenemos, en el tantas veces citado códice de la Biblioteca Nacional (que es el mayor repertorio conocido de nuestro teatro sagrado del siglo XVI), el *Auto de Tobías*, del cual son figuras Tobías el viejo, Tobías su hijo, Ana, el ángel Rafael, Raquel, Sara, Nabal, y un Bobo que alegra con chistes la pieza.

Después de Lope, debemos mencionar á Rojas, que tuvo el mal gusto de echar á perder la delicada composición de su maestro, convirtiéndola en una monstruosa comedia, altisonante y gongorina, sin rastro de poesía ni de sentimiento místico, que puede leerse, con el título de *Los Trabajos de Tobías*, en el tomo ó Parte 2.ª de las suyas, impresa en 1645. También se ha impreso suelta, como casi todas las suyas; pero es una de las que menos honran la memoria del bizarro autor de *García del Castañar*.

Finalmente, he visto sobre este asunto dos poemas castellanos, y habrá seguramente otros. El primero, muy apreciable por la pureza y fluidez de su dicción, es *La*

---

(1) Tomo I, pág. 97.

Historia de Tobías, sacada de la Sagrada Escritura, y compuesta en octava rima por el licenciado Caudibilla y Perpiñán....., natural de la ciudad de Toledo (Barcelona, Sebastián Matevad, 1615, 8.°). En la dedicatoria y en las licencias suena el autor con el apellido un tanto modificado de «*El licenciado Caudibilla Santarén y Astorga*». El segundo se titula *Vida de los dos Tobías, historia sagrada escrita en* 500 *octavas rimas castellanas* (1709), y es un aborto de la más culterana y pedantesca poesía. Su autor, el prócer sardo D. Vicente Bacallar y Sanna, Marqués de San Phelipe, cambió más adelante de gusto, á lo menos en prosa; logró mejor nombre como historiador agudo é inteligente de los sucesos de la Guerra de Sucesión, y fué uno de los fundadores de la Academia Española.

V.—LA HERMOSA ESTER (*tragicomedia*).

En la Biblioteca del Museo Británico de Londres existe un manuscrito, al parecer autógrafo, de esta pieza, del cual se infiere que fué terminada en 6 de Abril de 1610, y representada aquel mismo año por «*el famoso Sánchez con notable autoridad y acierto*». Lope la incluyó en el tomo ó Parte 15.ª de sus *Comedias* (Madrid, 1621), dedicándola á D.ª Andrea María de Castrillo, Señora de Benazura, residente en Sevilla: dedicatoria no inútil para la biografía de su autor, como ya lo mostró Barrera.

Entre el texto del Museo Británico y el de la edición madrileña hay algunas variantes de más ó menos entidad; todas van notadas escrupulosamente al pie de las páginas, tomando por lección principal la del impreso, que es, en definitiva, la que debemos preferir, por ser la última que revisó Lope.

Titúlase esta obra *tragicomedia*, lo mismo que la *Historia de Tobías*, á la cual se asemeja en todo. Pero *Ester*, por la condición del asunto, tiene más grandeza épica, y á la vez más concentración dramática, que *Tobías*, y merece, á mi juicio, la palma entre todas las comedias bíblicas de Lope. Su fuente única es el *Libro de Esther*, seguido con toda la fidelidad y respeto con que nuestro poeta trataba siempre las palabras de la Sagrada Escritura. Se ha notado por los exegetas que en la parte protocanónica del *Libro de Esther*, ni una sola vez aparece el nombre de Dios, quizá porque esta parte fué escrita en Susa y en medio de los paganos, pero que en cambio la acción del Dios innominado se ve presente donde quiera, puesto que su Providencia es la que saca triunfantes á los judíos del lazo que les habían tendido sus enemigos. Todo el drama de Lope está empapado en este superior sentido, y respira además un entusiasmo por la Ley Antigua, una penetración tan honda del tenacísimo y perseverante espíritu hebreo, de su constancia en la persecución y en el martirio, que verdaderamente maravilla en poeta de tan reconocido abolengo de cristianos viejos y de tan pura y ardiente fe cristiana como era la suya. Él no podía tratar los asuntos del Antiguo Testamento con el ardiente y velado fanatismo judaico con que lo hacían Enríquez Gómez, el Dr. Godínez y otros judaizantes y conversos; pero en su grande alma de poeta cristiano resonaba muy profunda y enérgica la voz de los profetas, que le hacía mirar la Ley Antigua como

prefiguración y sombra de la Nueva, lo cual, en vez de amenguar, realzaba y fortificaba su virtualidad poética. Pero este drama de *Esther* es sin duda de aquellos en que la poesía judaica y la glorificación y exaltación del pueblo elegido campean más libremente en las figuras de Ester y Mardoqueo.

No es natural que este asunto tuviese mucha cabida en el teatro religioso de la Edad Media. Figura como uno de los apéndices (el quinto) del gran Misterio francés del Viejo Testamento, donde ocupa nada menos que 3.900 versos. Hay en Italia una *Rappresentazione della Regina Ester*, impresa seguramente dentro del siglo XV (1). Tenemos en España, ocupando los números 16 y 17 del tantas veces citado códice de la Biblioteca Nacional, un *Auto del rey Asuero cuando descompuso á Vasti*, y un *Auto del rey Asuero cuando ahorcó á Amán*, que en realidad pueden considerarse como primero y segundo acto de un mismo drama. Son figuras en el primero: el rey Asuero, tres pajes, un mayordomo, un repostero, un villano, cuatro reyes, un truhán, la reina Vasti y tres sabios. Del segundo: la Fortuna con cuatro compañeros, Amán, Ester, Atac, el rey Asuero, cuatro pajes, un verdugo y cuatro músicos.

Después de Lope trató el mismo asunto, no sin grandeza bíblica y con notable espíritu de raza, el judaizante sevillano Dr. Felipe Godínez, de quien malignamente dijo Quevedo en la *Perinola* que «había salido en algunos *autos* mucho, y que era más señalado por los *autos* que todos, y que había de citársele con la misma ponderación que al gran Filón judío ó á León Hebreo» (2). La obra de Godínez, esti-

---

(1) Ancona, *Sacre Rappresentazioni*, t. I, páginas 129-166.

(2) Ni estas malignidades, sin embargo, ni la noticia muy cierta de haber sido penitenciado el Dr. Godínez en un auto de fe por causa probablemente leve, empecen á los buenos y piadosos ejemplos que dió en los últimos años de su vida, y al crédito de gran predicador que obtuvo, como lo testifica, en una de sus mejores epístolas (anterior á 1650), el acendrado y sesudo poeta moral D. Luis de Ulloa Pereyra:

Que vuestro corazón sabio y sincero,
Ni á veniales defectos se permite,
De angélicas doctrinas heredero.
Por más que vuestro aplauso solicite
La general memoria que os aclama,
Con ingeniosos versos que repite;
Con desprecio y olvido desta fama,
Lo superior de vuestra suficiencia
Á empleos más cátolicos os llama.
De cristiano orador á la eminencia
Llegastes, y prudentes atenciones
Encarecen el fruto y la elocuencia
Con que habéis mejorado corazones,
Admirando en las célebres ciudades,
Enseñando en las rústicas misiones.
La venda á mis antiguas ceguedades
Quitó vuestra doctrina, que ha podido

mable como todas las suyas por la noble cultura del lenguaje y la gravedad de las sentencias, se imprimió por primera vez en la *Quinta Parte de Comedias escogidas de los mejores Ingenios de España* (Madrid, 1653), con el título de *Amán y Mardoqueo, ó la horca para su dueño.* Con este título se ha impreso también la de Lope en una edición suelta del siglo pasado, equivocación que es fácil deshacer mediante el cotejo de ambas piezas, que nada tienen de común, fuera del argumento y de la general influencia que el estilo de Lope ejercía en todos sus contemporáneos.

Otro poeta de estirpe judaica, muy anterior á Godínez, había tratado, aunque no en forma dramática, el mismo argumento. Llamóse este excelente ingenio Joan Pinto Delgado, y es suyo un tomito digno de ser íntegramente reimpreso, que contiene una bella paráfrasis de las *Lamentaciones de Jeremías*, en quintillas; la *Historia de Rut Moabita*, en redondillas; tres canciones piadosas no indignas de la musa de Fr. Luis de León, y el *Poema de la reina Ester en sexta rima*; todo ello impreso en Ruan en 1627, bajo los auspicios del Cardenal de Richelieu, á quien el libro está dedicado. Aunque el numen melancólico de Pinto Delgado parecía nacido más para la elegía que para el canto épico, y sin duda por eso se sobrepujó á sí mismo en la paráfrasis de los *Trenos*, no desmintió tampoco en el *Poema de Ester* la cultura y armonía habituales de su versificación y el fructuoso estudio que había hecho de nuestra lengua poética, que en él, á pesar de lo avanzado del tiempo en que floreció, ofrece pocos vestigios de afectación ni de mal gusto. Véase un fragmento de la invocación:

Señor, que obraste en milagroso espanto
Altos designios de tu santa idea,
Á ti levanto, como tuyo, el canto,
Porque á tu gloria el instrumento sea,
Y aunque atrevida en su labor presuma,
Será trompeta de tu voz mi pluma.

El alma mía en éxtasis resuelve
Que con tu fuente refrigera el labio,
Ó con la brasa de tu ardor, que vuelve
Justo el inmundo, el ignorante sabio.

. . . .

Que si tu llama en mi tibieza reina,
Si anima el corazón tu voz sagrada,
Será mi canto la piadosa Reina
Que á Jacob libertó de fiera espada,

Introducir la luz de las verdades,
Que me tienen el ánimo rendido;
De vuestros documentos enseñado
Y de vuestros ejemplos persuadido
Á mudar el camino y el estado.

Cuando al volver de sus benignos ojos
Legó su sangre al mundo por despojos (1).

La Hermosa Ester de Lope evoca desde luego el recuerdo de la *Esther* de Racine, representada en 1689 por las educandas de St. Cyr en presencia de Luis XIV. y de Mad. de Maintenon. No hay entre las tragedias de ambos insignes poetas más parentesco que el de su asunto y el del común origen bíblico; todo lo demás tenía que ser diverso, como distinto era el temple de alma de cada cual. Generalmente se considera la *Esther* de Racine como una de sus piezas más endebles bajo el aspecto dramático, y aun teniendo por dura esta sentencia, bien puede decirse que al primer drama judaico de Racine le perjudica la comparación con la maravilla de *Atalía*, que vino inmediatamente después, pieza llena del espíritu de Dios, y en esto, como en todo, muy superior al nivel ordinario de la tragedia francesa. Las alusiones cortesanas del momento, á Mad. de Montespan en la figura de Vasthi, la sultana caída; á Mad. de Maintenon, en la figura de Ester, la mística sultana triunfante; al caído ministro Louvois en Amán, al colegio mismo de St. Cyr, hubieron de contribuir mucho al éxito de la pieza; pero no hay duda que para nosotros están algo marchitas y quitan algo de su grandiosidad á la venganza de raza y de religión, que constituye el verdadero fondo trágico del asunto de *Esther*, en que no ha de verse una intriga de harem, sino un duelo á muerte entre el semita y el iranio, heredero del imperio asirio; la emancipación de una raza cautiva, que mediante la astucia y la perseverancia cautelosa, convierte á sus dominadores en inconsciente instrumento de los decretos providenciales. Lope, que tenía en alto grado el instinto de la poesía histórica, entendió, aunque de un modo rápido y confuso, todo esto, y por eso insistió más en el triunfo de la humildad de Mardoqueo sobre la soberbia de Amán, y en el feroz regocijo que debieron de sentir los judíos al ver á Amán llevando las riendas del caballo de Mardoqueo, y suspendido luego de la horca, de cuarenta pies de altura, que había mandado levantar contra su enemigo que en la piadosa intercesión y en las lágrimas de la hermosa Ester. Racine hizo lo que estaba más en armonía con su genio tierno y exquisito, hábil intérprete de todas las delicadezas afectivas: un idilio bíblico, encantador y melodioso, que Sainte-Beuve declara «la más cumplida obra maestra en el orden de las cosas tiernas, graciosas y puras, un prodigio de virginal modestia y decorosa sencillez» (2). La inspiración lírica de los coros es realmente hebrea, y baja en derechura de las cumbres de Sión, aunque no circundada de relámpagos y tempestades, como en la sublime *Atalía;* y fué grande atrevimiento, y aun casi preludio de

(1) *Poema de la reina Ester, Lamentaciones del profeta Jeremías, Historia de Rut, y varias poesías, por Joan Pinto Delgado..... A Rouen, chez David du Petit Val.....*, 1627, 8.°

Trata de este libro D. José Amador de los Ríos en sus *Estudios históricos, políticos y literarios, sobre los judíos de España* (Madrid, 1848), páginas 500-510.

(2) *Port-Royal*, t. VI, pág. 141.

romanticismo, el romper con ellos la monotonía del diálogo trágico; pero en la acción propiamente dicha el color local está atenuado, y suavizadas en gran manera las costumbres orientales, sin atentar á la integridad del texto, pero velando con mil púdicos cendales todo lo que podía parecer menos acomodado al selecto auditorio y á las nobles doncellas que habían de representar la pieza (1). Sólo en la expresión de los afectos religiosos se desata sin trabas el raudal de la elocuencia poética de Racine, llegando á su punto culminante de majestad y de grandeza en los razonamientos de Ester (acto primero, escena IV; acto tercero, escena IV):

.... O mon souverain roi.....
O Dieu, confonds l'audace et l'imposture.....

Los jansenistas, con quienes ya se había reconciliado Racine antes del tiempo de la representación de *Esther*, gustaban mucho de esta tragedia, á pesar de su aversión al teatro, y no sólo la encontraban muy edificante y piadosa, como realmente lo es, sino que buscaban en ella alusiones y consuelos para su propia situación de desterrados y oprimidos. Por muy natural contraste, un jesuíta español de los deportados á Italia en tiempos de Carlos III, encontró en el mismo libro sagrado lecciones de esperanza y de fortaleza con que alentar su propio ánimo y el de sus compañeros de proscripción. Compuso, pues, D. Juan Clímaco Salazar (que tal era su nombre) (2), un nuevo poema dramático, con el título de *Mardoqueo* (Madrid, 1791), no representado en público teatro, que yo sepa, pero muy digno de ser separado y distinguido honoríficamente del fárrago de tragedias clásicas del siglo pasado, porque pocas hay tan bien escritas y en que la elocución poética sea tan noble y robusta. ¡Lástima que el oído del autor, educado en la cadencia de los versos sueltos italianos por larguísima estancia en aquel país, no le hiciera reparar en los impor-

(1) Antes de Racine habían tratado el asunto de Ester, en pésimas y olvidadas tragedias, el cronista Pedro Mathieu (1578) y Montchrestien (1602). La del primero se titula *Esther*, la del segundo, *Amán*.

(2) Nació en Caravaca el 30 de Marzo de 1744, y fué de los pocos á quienes alcanzó la vida para volver á España, después del restablecimiento de la Compañía, falleciendo en Hellín en 1815. No hemos visto más obra suya que el *Mardoqueo*, pero según las noticias consignadas en sus respectivas bibliografías jesuíticas por Diosdado Caballero y los PP. Backer, tradujo además en verso suelto, la *Poética* de Horacio, ordenando los versos según el nuevo método ó desbarajuste del abogado Petrini; compuso en octavas un poema de las *Naves de Cortés*, probablemente para presentarle al certamen de la Academia Española, y, finalmente, dejó críticas *agudas y sutilísimas* sobre las tragedias de Racine. («*Judicia tulit acerrima et subtilissima de Racine Tragœdiis.*») Sus poesías sueltas fueron también muy celebradas por el donaire y elegancia («*Plurima etiam pöematia condidit salibus et elegantia referta.*») No se le ha de confundir con el P. Melquiades Salazar, jesuíta de la provincia toledana, que también escribió versos en lengua vulgar y en latín, pero que es más conocido por haber colaborado en los trabajos del P. Hervás, y por un libro de filosofía que publicó con el título de *La Ragione* (Cesena, 1789-92, tres volúmenes).

tunos asonantes que tanto perjudican á la limpieza de los suyos, por lo demás tan nutridos y jugosos! No es difícil descubrir en esta tragedia, como en la de Racine, alusiones contemporáneas. Amán no es sólo el favorito engreído y altanero, de los sagrados libros, sino un ministro librepensador que habla de las cadenas de la superstición y del vano fantasma de la idea de Dios; una especie de personificación de los gobernantes filósofos del siglo pasado; un Pombal ó un Conde de Aranda. ¿Y quién sabe si en el pensamiento del poeta, que escribía en los primeros años del reinado de Carlos IV, y cuando parecían mitigarse los rigores con los emigrados jesuitas (que son los hebreos de la tragedia), iba á ser María Luisa la nueva Ester, que les abriese las puertas de la patria; que á mayores espejismos que éste induce la distancia y el perpetuo anhelo del desterrado? Algo de esto ha de haber en el fondo, porque la tragedia no es fría ni de escuela, como han solido serlo otras, latinas y vulgares, de humanistas de la Compañía, sino que palpita en ella una vida poética, intensa y apasionada. Ni es tampoco una ceñida imitación de la *Esther* de Racine, como por el título pudiera imaginarse y yo mismo sospeché en otro tiempo; porque ni tiene coros, ni el interés está concentrado en la persona de Ester, sino en el carácter admirablemente trazado de Mardoqueo; ni la disposición de las escenas es la misma, estando, á mi juicio, combinadas más teatralmente en el P. Salazar que en Racine, merced á una creación no poco feliz, que pertenece enteramente á nuestro poeta: la de un judío violento, fanático é iluminado, llamado Abiud, que desconfía de Ester y aun de Mardoqueo mismo, y que personifica admirablemente el espíritu de feroz y desesperada intransigencia que tan fácilmente se desarrolla en las agrupaciones vencidas, y lleva al error á los caracteres más rectos. No es mi intención parangonar el valiente ensayo del modesto y olvidado P. Salazar, con la obra del más perfecto de los poetas franceses; pero quien no conozca el *Mardoqueo* no perderá el tiempo que gaste en leerlo, porque no son frecuentes tales hallazgos en la pobre literatura dramática de nuestro siglo XVIII. La narración del sueño de Mardoqueo; las lamentaciones de Asuero, hastiado de la púrpura y del cetro como Sardanápalo y Baltasar; los furores proféticos de Abiud, son trozos notabilísimos que bastan para demostrar las fuezas poéticas del autor. Nada hay en el *Mardoqueo* que pueda compararse con las grandes bellezas de *Esther*, pero mucho de lo bueno que hay en Racine procede de la Escritura, al paso que Salazar, que hizo estudio de no encontrarse con él para no quedar deslucido en la competencia, tiene algo propio suyo y no vulgar, especialmente el estudio de los dos contrapuestos caracteres de Abiud y Mardoqueo (1).

---

(1) Distraído con estas comparaciones, he olvidado notar en *La Hermosa Ester*, de Lope, el gracioso episodio pastoril del villano Selvagio y de la labradora Sirena, que con ingenua coquetería quiere concurrir al certamen de bellezas abierto por el rey Asuero. Son primorosas y superiores á todo encarecimiento las décimas del diálogo que comienza:

Si me tuvieras amor.....

VI.—LA MADRE DE LA MEJOR.

Seguimos el texto de la Parte 17.ª de las *Comedias* de Lope, publicada por él mismo en 1622.

Con el título de *El Nacimiento del Alba* anda en ediciones sueltas, y también en una *Parte veintiséis*, de Zaragoza, de las llamadas *extravagantes*, impresa en 1645 (si es que, como Barrera conjetura, no existe edición anterior de 1632 ó 1633), esta misma comedia con las dos primeras jornadas identicas, salvo la omisión de algunos personajes y escenas, y una tercera enteramente nueva y muy bien escrita, de autor ignorado.

Esta comedia de Lope tuvo la rara fortuna de ser traducida á una de las lenguas indígenas de Méjico. Fué el traductor D. Bartolomé de Alva, descendiente de los Reyes de Tezcuco, bachiller teólogo, cura y juez eclesiástico de Chapa de Mota en aquel arzobispado y peritísimo en su lengua natal. De la versión de esta comedia y de otras dos de Lope da cuenta Beristain en su *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional* (Méjico, 1816), añadiendo que el manuscrito se guardaba en la biblioteca del Colegio de San Gregorio, de Méjico; que tenía la fecha de 1641, y que una de las comedias estaba dedicada al P. Horacio Carochi, jesuíta, gran maestro de la lengua mejicana.

En la dedicatoria al Obispo de Guadix y luego de Oviedo, Fr. Plácido de Tosantos, hace constar Lope de Vega que «entre las comedias que había escrito de las Sagradas Historias, ésta había sido bien recebida». Y lo merecía, en efecto, pues aunque apenas puede ser calificada de comedia, por la sencillez de su acción reducida al nacimiento de la Santísima Virgen, el autor le dió toda la belleza de una égloga sacra, derramando á manos llenas tesoros de poesía descriptiva y efusiones de puros y castísimos afectos. La regalada armonía de las palabras arrulla blandamenté el oído, mientras se insinúan en el alma conceptos de alegre é infantil devoción, semejante á la que reina en la *autos del Nacimiento*. Á ellos se parece esta comedia, hasta en los estribillos y bailes de pastores, judíos, negros y gitanos. Los detalles de mal gusto son raros: apenas pueden citarse más que los juegos de letras. En cambio, hay mucho que admirar en el monólogo de Joaquín:

¿Á dónde, claras fuentes.....,

en la florida y amena descripción que para consolarle en su abatimiento le hacen sus pastores de las riquezas del campo:

Alzad los ojos del suelo,
Patriarca generoso.....
Volved los ojos á ver
Montes, prados y rastrojos.....,

en el diálogo honestísimo entre ambos esposos, y en todas las palabras que salen de los labios virginales de San José, cuando labra una cuna de madera de ciprés para

que duerma la niña en el templo del Señor. Quien haya visto cuadros de Murillo, comprenderá el género de devoción peculiar de esta comedia.

Las tradiciones piadosas y antiguas, aunque no canónicas, que en ella se encuentran, se derivan del *Protoevangelio de Santiago el Menor*, que poseemos en su texto griego y en versiones árabes, sirias y coptas (1), del *Evangelio de la Natividad de Santa María*, que falsamente se supone traducido por San Jerónimo, y que suele ir incorporado en sus obras precedido de dos cartas, evidentemente apócrifas, á los obispos Cromacio y Heliodoro (2). No es preciso, ni verosímil tampoco, que Lope se remontase á estas primitivas fuentes, pero las leyendas que de ahí proceden habían sido ya poetizadas en la Edad-Media. La célebre monja Hroswitha de Gandersheim las había puesto en versos exámetros leoninos en un poema que llamó *Historia nativitatis et laudabilis conversationis intactæ Dei Genitricis:* están además en dos libros tan populares como la *Legenda Aurea* de Jacobo de Voragine, y el *Vita Christi* de Ludolfo Cartujano, tantas veces traducido á todas las lenguas de Europa, inclusas el castellano, el catalán y el portugués. El teatro francés del siglo XV posee un *Mystère de la conception, nativité, mariage et annonciation de la benoiste Vierge Marie*, que tiene nada menos que 11.000 versos y 92 personajes. Aunque este *misterio* se imprimió muchas veces suelto, es en realidad la primera parte de otra composición cíclica y monstruosa, *El Misterio de la Pasión*, de Arnoul Gréban, bachiller en Teología, donde los versos pasan de 34.000, y los personajes son 393 (3). Otras varias *Pasiones* de aquel siglo, y aun del XVI, son variantes, refundiciones ó abreviaciones de ésta, y en casi todas suelen entrar las escenas relativas al nacimiento de la Virgen y á su presentación en el templo. No conozco auto castellano del mismo argumento, pero se puede afirmar que no dejaría de haberle, porque el drama religioso llevó en todas partes de Europa los mismos pasos y fué cumpliendo las mismas evoluciones.

Proceden, pues, aunque remotamente, de los dos Evangelios apócrifos ya citados, la presentación de las ofrendas de Joaquín en el templo, y el ser rechazado como estéril por el gran sacerdote *Isacar* (nombre que se encuentra en el Evangelio de

---

(1) *Protevangelium Jacobi, ex codice ms. Venetiano descripsit, prolegominis, varietate lectionum, notis criticis instructum edidit C. A. Sukow* (Breslau, 1841).—Son preferibles las ediciones de J. Ch. Thilo *(Codex Apocryphus Novi Testamenti*, Leipzig, 1853) y de Tischendorf. Como ni una ni otra abundan en las bibliotecas españolas, puede recurrirse al *Codex Apocriphus Novi Testamenti*, de Fabricio (segunda edición, 1719-1743), ó al *Dictionaire des Apocryphes*, de G. Brunet, que forma parte de la conocida *Enciclopedia teológica*, de Migne. El *Protoevangelio de Santiago el Menor* fué publicado primeramente en latín por G. Postel (1552), y después en griego por Neander (1564).

(2) Hay otra *Historia de la Natividad de María y de la infancia del Salvador*, que presenta resabios de gnosticismo, y que no debe confundirse con ésta. Thilo la publicó por primera vez.

(3) *Le Mystère de la Passion, de Arnoul Gréban, publié d'après les manuscrits de Paris avec une introduction et un glossaire, par Gaston Paris et Gaston Raynaud.* París, Vieweg, 1878.

la Natividad) ó Ruben (nombre que le da el *Protoevangelio*). Lope acepta los dos nombres, y hace á Ruben escriba. Son también de ambos Evangelios el retorno de Joaquín á la sierra entre sus pastores, la aparición del ángel á ambos esposos, los prodigios que acompañaron al parto de Santa Ana, el ofrecimiento de la Virgen en el templo á los dos años, y los días que allí pasó «como una paloma, recibiendo el alimento de mano de los angeles» (1). El discurso que el ángel dirige á San Joaquín en su primera aparición:

Joaquín, no temas: yo soy
Gabriel, de la jerarquía
De aquellos que Dios envía,
Y que en su servicio estoy,

es paráfrasis, ó mejor dicho traducción libre, del que se lee en el capítulo III del *Evangelio de la Natividad*, é idéntico el signo que le da al fin:

La señal desta verdad,
Es que á la Puerta Dorada
Hallarás tu esposa amada
En la sagrada ciudad.

VII.—EL NACIMIENTO DE CRISTO.

Impresa por primera vez en la *Veintiquatro parte perfeta* de las *Comedias* de Lope (Zaragoza, 1641), llamada así para distinguirla de otra Parte 24.ª de Madrid, que pertenece al número de las *extravagantes*. Si esta comedia es la misma que con el título de *El Nacimiento* se menciona en la primera lista de *El Peregrino*, hay que declararla anterior á 1604. Y en efecto, parece de las más antiguas de Lope. Es, aunque con título de *comedia* y dividida en tres jornadas, un auto del Nacimiento más extenso que los ordinarios, pero semejante á ellos en todo. En el primer acto predomina el concepto alegórico: el segundo y tercero pertenecen más bien á la pastoral sacra. Fuera de la habitual opulencia y armonía de la versificación, no ofrece materia á particulares observaciones. Y por otra parte, al tratar de *Los Pastores de Belén* tendremos ocasión de estudiar comparativamente las numerosas obras poéticas que Lope de Vega consagró al Misterio de la Natividad.

VIII.—EL VASO DE ELECCIÓN SAN PABLO.

Comedia citada en el catálogo de D. Vicente García de la Huerta, pero inédita hasta ahora. Nuestra edición se había hecho por un manuscrito harto imperfecto

(1) Palabras del *Protoevangelio* de Santiago (cap. VII). El Evangelio de la Natividad dice (capítulo VII): «Todos los días la visitaban los ángeles y gozaba de la visión divina, que la preservaba de todos los males y la llenaba de todos los bienes.»

que posee y nos ha facilitado con su nunca desmentida generosidad el docto bibliófilo D. José Sancho Rayón; pero antes de terminar el tomo recibimos esmerada copia de otro texto muy superior (y aun pudiéramos decir excelente) que se conserva en la Biblioteca Palatino-Parmense. No hemos dudado, pues, en rehacer los pliegos ya impresos, prefiriendo casi siempre el texto de Parma, que es de los revisados por tan inteligente persona como el Licdo. Francisco de Rojas, á quien tanto debe la buena memoria de Lope. Todas las variantes han sido notadas con la mayor escrupulosidad y esmero por el erudito y benemérito hispanista Dr. Antonio Restori.

Esta comedia, cuyo estilo en general no desmiente ser del Fénix de los Ingenios, no ofrece, sin embargo, la misma limpieza de estilo que las precedentes, y tiene manchas de culteranismo y afectación, que cuesta trabajo atribuir á Lope, sobre todo en sus obras teatrales. El drama, aunque flojo y desaliñado, ya por culpa del autor, ya por culpa de algún refundidor inepto, tiene, sin embargo, pasajes que no carecen de interés y que justifican su publicación. Es cierto que la extraordinaria figura del Apóstol de las Gentes resulta empequeñecida en tan estrecho cuadro, y que el autor no ha acertado á sacar partido de los admirables materiales con que le brindaban *Los Actos de los Apóstoles*, resultando en lo dramático su obra un fracaso aun mayor que en lo historial el de Quevedo en su *Vida de San Pablo*, en la cual sólo las digresiones ascéticas y morales merecen alabanza. *El Vaso de elección* es una vulgarísima *comedia de santos*, enteramente externa y superficial, en que la inspiración del autor parece dormitar ó se rinde y desfallece bajo el peso de tan grande asunto, que ciertamente no es para el teatro. Pero cabía un gran poema histórico-religioso, que Lope no presintió ni intentó siquiera, y que han ensayado con miras más ó menos ortodoxas algunos insignes escritores modernos. Una interpretación poética y penetrante de la historia vale en estos casos mucho más que la poesía de invención.

En ninguna de las obras dramáticas á que ha dado asunto la conversión de San Pablo; ni en los dos *misterios* franceses, publicados por Jubinal (1); ni en el auto castellano *de la conversión de San Pablo*, que tiene el núm. 25 en el códice de la Biblioteca Nacional, y por interlocutores, además del Apóstol, el Príncipe de la Ley, Abdaron, Abiatar, Cristo, Ananías y dos judíos (2), encontramos huellas de las extrañas y novelescas circunstancias con que Lope de Vega, separándose del habitual respeto con que trataba los textos sagrados, rodea en el primer acto de

---

(1) *Mystères Inédits du XVe siècle;* París, 1837, t. 1, páginas 25-41, Y Fournier, *Le Théâtre Français avant la Renaissance* (1450-1550), páginas 7-11.

(2) Debemos mencionar también, aunque sea de pasada, el notabilísimo poema inédito en seis libros, *Paulo convertido*, que compuso en el siglo XVI D. Pedro Mudarra de Avellaneda, y dió á conocer el Sr. Cañete en su discurso inaugural de la Academia Española en 1867, copiando algunas gallardísimas octavas, que hacen desear que el poema entero se salve del olvido, y quizá de la destrucción que le amaga en el códice único en que se conserva.

este singular poema la convérsión de San Pablo. Ni en la *Historia apostólica* del falso Abdías, ni en las *Actas de San Pablo y Tecla* (que Tirso de Molina anoveló en su *Deleitar aprovechando),* ni en otro ninguno de los libros apócrifos que hemos podido registrar, hemos encontrado nada que tenga que ver con las extrañas escenas del naufragio y de los pescadores, ni menos con la peregrina idea de hacer á Saulo presenciar en vida su propio entierro, cual otro estudiante Lisardo ó capitán Montoya:

ELIUD.

Decidme, señor, ¿quién es
Este difunto?

BALBO.

Mirad
En el pavés el blasón,
Porque Saulo dice en él,
Hijo de Salatïel.

ELIUD.

¡Saulo!

BALBO.

¿Qué os da admiración?

ELIUD.

¿Cómo puede ser que sea
Saulo, si está vivo aquí?

BALBO.

Saulo va difunto allí,
Que en el mar de Galilea
Murió anegado.

SAULO.

¡No estoy
En mí! ¿Es sueño, es devaneo
Lo que escucho y lo que veo?
Si es verdad que Saulo soy
¿Cómo me van á enterrar?
¿Libre del mar no salí,
Y á Tarso he llegado? Sí.
¿Pues cómo me anegó el mar?

El libro más antiguo en que hemos leído este prodigioso caso (libro anterior, en más de medio siglo, á las *Soledades de la vida*, del Dr. Lozano, que es quien principalmente le popularizó y de quien le aprendieron los poetas románticos), es el *Jardín de flores curiosas*, de Antonio de Torquemada, cuya primera edición es de 1570; libro mencionado en el *Quijote*. Allí se refiere (coloquio III, páginas 122 á 126 de la edición de Zaragoza de 1571) en los términos siguientes, que reproduzco por la rareza del libro y por la importancia que la leyenda ha tomado en manos de Espronceda y de Zorrilla: «Y de éstas es una la que sucedió á un caballero en nuestra España, que por ser en infamia y perjuicio suyo, y de un monasterio de religiosas,

no diré el nombre dél, ni tampoco del pueblo donde aconteció, y fué, que este caballero, siendo muy rico y muy principal, trataba amores con una monja, la cual, para poderse ver con él, le dixo que hiziesse unas llaves conformes á las que tenían las puertas de la iglesia, y que ella también haría de manera que por un torno que había para el servicio de la sacristía, y otras cosas, pudiesse salir donde ambos podrían cumplir sus illícitos y abominables deseos: el caballero, muy contento de lo que estaba ordenado, hizo hacer dos llaves, una para una puerta que estaba en un portal grande de la iglesia, y otra para la puerta de la mesma iglesia; y porque el monasterio estaba algo lexos del pueblo, él se fué al medio de una noche que hazía muy escura, en un caballo, sin llevar ninguna compañía, porque su negocio fuesse más secreto, y dexando arrendado el caballo en cierta parte conveniente, se fué al monasterio, y en abriendo la primera puerta, vió que la de la iglesia estaba abierta, y que dentro había muy gran claridad de hachas y velas encendidas, y que sonaban voces como de personas que estaban cantando y haciendo el officio de un defuncto: él se espantó, y se llegó á ver lo que era, y mirando á todas partes vió la iglesia llena de frayles y clérigos, que eran los que estaban cantando aquellas obsequias, y en medio de sí tenían un túmulo muy alto cubierto de luto, y alrededor dél estaba muy gran cantidad de cera que ardía, y así mesmo los frayles y clérigos, y otras muchas personas que con ellos estaban, tenían en las manos sus velas encendidas; y de lo que mayor espanto rescibió fué de que no conoscía á ninguno, y después de haber estado un buen rato mirando, llegóse cerca de uno de los clérigos, y preguntóle que quién era aquel defuncto por quien se hacían aquellas honras, y el clérigo le respondió que se había muerto un caballero que se llamaba...., nombrando el mesmo nombre que él tenía, y que le estaban haciendo el entierro; el caballero se rió, respondiéndole: Ese caballero vivo es, y así vos os engañáis; el clérigo le tornó á decir: Más engañado estáis vos, porque cierto, él es muerto, y está aquí para sepultarse; y él tornó á su canto. El caballero, muy confuso de lo que le había dicho, se llegó á otro, al qual hizo la mesma pregunta y le respondió lo mesmo, affirmándolo tan de veras, que le hizo quedar muy espantado, y sin esperar más se salió de la iglesia, y cabalgando en su caballo se comenzó á volver para su casa, y no ovo dado la vuelta, cuando dos mastines, muy grandes y muy negros, le comenzaron á acompañar uno de una parte y otro de la otra, y por mucho que hizo y los amenazó con la espada, no quisieron partirse dél hasta que llegó á su puerta, á donde se apeó, y entró dentro; y saliendo sus criados y servidores que le estaban esperando, se maravillaron de verle venir tan demudado y la color tan perdida; entendiendo que le había acaescido alguna cosa, se lo preguntaron, persuadiéndole con grande insistencia que se lo dixesse. El caballero se lo fué contando todo particularmente, hasta entrar en su cámara, donde, acabando de decir todo lo que avía pasado, entraron los dos mastines negros, y dando salto en él, le hicieron pedazos y le quitaron la vida, sin que pudiesse ser socorrido, y assí salió verdad lo de las obsequias que en vida le estaban haciendo.»

El resto de la comedia de Lope difiere menos del relato de San Lucas; pero to-

davía en otros incidentes, como la intervención de la Magdalena, se advierte una libertad de invención romántica que contrasta con la severidad dominante en el resto de su teatro religioso. El papel asignado á Séneca se funda en la correspondencia apócrifa, pero muy antigua, entre el Apóstol y el filósofo. Un poeta español no podía olvidarle en tal asunto, como no le olvidó en el de *Roma abrasada*. Los prodigios que acompañaron al suplicio de los dos Santos tienen su origen en el falso Abdías (lib. II, cap. VIII), donde se refiere que de la cabeza cortada de San Pablo manó leche en vez de sangre. El escrito apócrifo llamado *Pasión de San Pablo*, que se supone dirigido por el Papa San Lino á las iglesias de Oriente, y cuyo contenido pasó á las compilaciones de Vicente de Beauvais, Jacobo de Voragine y otros autores de los tiempos medios, añade que, «cuando la cabeza fué separada del tronco, pronunció muy distintamente en hebreo el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, y se esparció un perfume tan suave, que no hay lengua humana que pueda expresarlo, y apareció en el cielo un resplandor tal como no pueden contemplarle ojos humanos».

Aunque *El Vaso de elección* (1) sea obra muy medianamente escrita, la mano del gran poeta se revela en el monólogo que pronuncia Saulo al bajar en la nube, después de haber sido arrebatado al tercer cielo:

¿Á dónde estoy? ¿Quién soy yo?
¿Qué bien nunca visto vi?.....

IX.—LA CORONA DERRIBADA Y VARA DE MOISÉS.

Comedia inédita y desconocida hasta ahora. Existe de ella en la Biblioteca Palatina de Parma un excelente manuscrito, corregido por el licenciado Francisco de Rojas. De este manuscrito ha hecho esmerada copia para nuestra edición el joven filólogo y distinguido profesor italiano Dr. Antonio Restori, conocido ya por excelentes estudios sobre el *Poema del Cid* y sobre las antiguas colecciones de dramas españoles.

Comprende este notable é ignorado drama la materia de los cinco primeros capítulos del *Éxodo*, esto es, el edicto de Faraón mandando dar muerte á los varones

---

(1) El primer título de esta comedia en el ms. de Parma es *Amigos hasta la muerte*, y este título parece autorizado por los siguientes versos (pág. 419, col. 1):

Siendo, á pesar de los tiempos,
Envidiosos y contrarios,
Amigos hasta la muerte,
Como es razón, Pedro y Pablo.

La comedia de Lope *El Amigo hasta la muerte* (*Parte Oncena*) es enteramente diversa de la presente. Sin duda, para evitar la anfibología del título doble, el licenciado Rojas borró *Amigos hasta la muerte*, y escribió de su mano: *El Vaso de elección San Pablo*.

recién nacidos del pueblo de Israel; el nacimiento de Moisés y su aparición en el Nilo en una cestilla de juncos embreada; el hallazgo y adopción que de él hace la hija del Rey de Egipto (1); la educación de Moisés y la muerte violenta que dió á un egipcio en defensa de sus hermanos oprimidos; su fuga á la tierra de Madián, y matrimonio con Séphora, la hija del sacerdote Jethro; el prodigio de la zarza, que ardía sin consumirse, y la voz del Señor, que le intima librar á su pueblo de la tiranía de Faraón, y conducirle á la tierra que mana leche y miel; los dos signos milagrosos de la vara convertida en culebra y de la mano leprosa; la circuncisión que Séphora hizo de su hijo Eliezer; las palabras de Aarón y Moisés á los ancianos de las tribus, y los preparativos de la emancipación.

Lope de Vega, al fin de *Los Trabajos de Jacob*, que es, como hemos visto, segunda parte de una trilogia encabezada con *El Robo de Dina*, promete una tercera parte, cuyo título había de ser *Tragicomedia de la salida de Egipto*. Es claro que todos ó la mayor parte de los incidentes de la historia de Moisés, contenidos en *La Corona derribada*, debían tener entrada en esta tragicomedia; pero ¿eran idénticas ambas obras? ¿Puede creerse con seguridad que *La Corona derribada* sea obra de Lope?

En cuanto á la primera cuestión, creo poder responder negativamente. *La Corona derribada* no puede ser la tercera parte de la trilogia, no sólo porque falta en ella toda alusión á las dos partes anteriores, sino porque su asunto no es la salida de los israelitas de Egipto, sino los preliminares de ella, la *Milagrosa elección de Moisés*, título segundo que se da á la comedia en los últimos versos, sin indicar en modo alguno que forme parte de un poema más extenso. Si Lope llegó á escribir una *Tragicomedia de la salida de Egipto*, porque no es verosímil que se quedara en promesa siendo en él la ejecución tan rápida como el pensamiento, debió de darla su desenlace natural é incluir en ella la presentación de Moisés y Aarón al Rey, las plagas de Egipto, la partida de los hijos de Israel y el hundimiento de Faraón en el mar Rojo; en suma, todo lo que se contiene en el *Éxodo*, hasta el capítulo XV por lo menos. De otro modo no estaba justificado el título ni resultaba la acción íntegra y perfecta.

Muy diverso es el caso de *La Corona derribada*, cuyo argumento principal no es la libertad de los hebreos, aunque se presienta como próxima, sino su opresión en tierra de Egipto, y la vocación de Moisés, con los portentos que la acompañaron; por lo cual tiene el drama otro género de unidad, y es obra cabal en sí, con independencia de lo que la precede en el *Génesis* y de lo que la prosigue en el *Éxodo*.

¿Y es realmente de Lope esta comedia? Prueba exterior no tenemos otra que el testimonio del licenciado Rojas, respetable siempre por ser de persona que amó y conoció el teatro de su siglo más á fondo que nadie, y que tantas joyas nos ha con-

---

(1) Asunto de una hermosa poesía de Víctor Hugo, *Moisés en el Nilo*, mejorada quizá en la imitación castellana por D. Andrés Bello.

servado de él. Pero Rojas pudo equivocarse en esta atribución, como seguramente se equivocó en otras; y si en el caso presente hubo error, bien disculpado estaba con las bellezas de la obra, que la hacen digna de cualquier excelente poeta, y aun con el sabor á Lope que tienen algunos trozos, y el movimiento general del diálogo, tan apacible y fluido. Pero reparando un poco más, puede parecer *La Corona derribada* obra de un discípulo aventajado, en quien concurrían peculiares condiciones de pensamiento y de estilo, más sentencioso y menos lozano. Juntamente con esto llama la atención el espíritu judaico que toda la pieza respira, la ausencia de toda alusión cristiana, la delectación con que el autor insiste en los pormenores rituales de la circuncisión, y el hecho muy significativo de añadir al texto de la Biblia pormenores que no tienen más autoridad que las *Antigüedades judaicas* de Flavio Josefo (1), y que parecen calculados de intento para exaltar la arrogancia del pueblo proscrito. Tal es el episodio de derribar Moisés la corona de Egipto; tales son los triunfos que se le atribuyen sobre los etíopes. Infiero de aquí que la comedia es de un judaizante, ó, por lo menos, de un cristiano nuevo. Quién pudo ser éste, no me parece imposible de averiguar. No es Antonio Enríquez Gómez, porque no pone esta comedia en la lista de las veintidós únicas que compuso y que enumera en el prólogo de su *Sansón Nazareno*. Por otra parte, no hay cosa más diversa que el terso y llano decir de *La Corona derribada*, y el de Enríquez Gómez, autor ingenioso, sin duda, pero maleado por todas las afectaciones del culteranismo. En otros judaizantes posteriores, como Daniel Leví de Barrios, no hay que pensar, porque el estilo de la comedia está diciendo á voces que es de un contemporáneo de Lope. Queda, pues, únicamente el Dr. Felipe Godínez, á cuyas comedias sobre asuntos del Antiguo Testamento se parece en gran manera la presente. Y yo por suya la tengo, aunque sin dar á esta conjetura más valor que el que nace de mi impresión personal y de las razones expuestas. El Dr. Godínez era amigo de Lope, en cuyas exequias predicó una oración fúnebre: era todavía más amigo de Montalbán, á quien, con razón ó sin ella, supone Quevedo de sangre de conversos. Godínez lo era posi-

---

(1) *Antiq. Jud.*, lib. II, capítulos IX y X: «*At ille (Pharaon) puerum accipiens et pectori apprimens, filiæ gratificaturus comiter diadema ei imposuit. Moyses, autem, in terram dejecit, pueriliter scilicet illud detrahens, suisque pedibus conculcavit. Idque visum est regno mali aliquid portendere. Quum vero hanc rem conspexisset sacrorum scriba, qui ex ejus nativitate Ægiptiorum imperium depressum iri prædixerat, ad eum necandum accurrit, et terribiliter exclamans: «Hic est inquit, ille puer, o rex, quem si occiderimus, nos securos forte declaravit Deus. Et vaticinio dat testimonium facto, insultando tuo regno, et diadema calcando. Hunc, igitur, perimens, Ægiptios quidem illius metu libera, Hebraeis vero spem et fiduciam, quam in eo posuerunt, adime. Ipsum autem prævenit Thermutis, quae puerum abripuit: et ad eum tollendum seguior factus est rex, quod Deus, cui curæ erat Moysis salus, talem ei animum indiderit.....*

En el capítulo X se narra la guerra contra los etíopes y el Rey de Sabá, que da asunto á varias escenas de nuestra comedia. (*Flavii Josephi Opera. Græce et Latine recognovit Guilelmus Dindorfius*. París, 1865, en la *Colección greco-latina* de Didot, páginas 65 y 66.)

tivamente, y aun sabemos que su estado eclesiástico y grado de doctor en Teología no le libraron de ser levemente penitenciado por sospechas de relapso. No sería gran maravilla que hubiese dejado correr una obra suya, que en nombre propio hubiera sido sospechosa, bajo el manto de un gran poeta cristiano, en cuya ortodoxia nadie podía poner la más leve tilde. Literariamente, la obra parecía de Lope; y si no era suya, tampoco era indigna de serlo.

Antes que el autor de *La Corona derribada*, llevó al teatro al legislador de los hebreos el anónimo poeta que compuso el *Auto de los desposorios de Moisén* (número 49), del códice de la Biblioteca Nacional. Son figuras: la Justicia, la Misericordia, la Conciencia, el Ángel de la Guarda, el Hombre, Lucifer, el Mundo y la Carne. En el teatro religioso de otras naciones, Moisés no suele ser protagonista de *misterios* aislados, pero actúa como personaje de los más capitales en el *misterio* cíclico del Antiguo Testamento, y lo mismo en *La Victoria de Christo*, de nuestro bachiller Palau (auto tercero de la tercera parte).

X.—DAVID PERSEGUIDO Y MONTES DE GELBOÉ.

Esta comedia, citada en el catálogo de Huerta, no se encuentra más que en ediciones sueltas del siglo pasado. Va aquí reimpresa por la del librero Quiroga (Madrid, 1791), que parece una de las menos malas.

No se puede afirmar que esta comedia sea de Lope, aunque siempre se haya impreso con su nombre. Desde luego ha de tenerse por distinta de la que corre con el nombre de *Las Lágrimas de David, y Rey más arrepentido*, atribuída en unos ejemplares á Lope, y en otros al Dr. Godínez, sin que haya razón ni fundamento para quitársela á este autor, de cuyo género y estilo es tan propia.

El pecado, lágrimas y penitencia de David son materia de esta segunda comedia: las persecuciones de David por Saúl, la historia de la prudente Abigail y la muerte de Jonatás en el monte de Gelboé, es decir, las mocedades del Rey Profeta, dan argumento á la primera. Su contenido es el del libro I *de los Reyes* (ó de Samuel), desde el capítulo XXIV hasta el XXXI y postrero, con muchas alusiones al contenido de los capítulos anteriores, desde el XV en adelante.

Esta comedia no carece de mérito, pero tal como está no puede ser de Lope ni de su tiempo. El uso de los pareados endecasílabos, los romances interminables (véase la relación que David hace del desafío con Goliath), la entonación marcadamente calderoniana que puede comprobarse en estos versos, tomados al acaso:

Y en la juventud del sol
Se le turbaren los cielos,
Muertas sus cambiantes luces
Entre pabellones negros,
Tocando al arma el asombro,
Siendo las cajas los truenos,
Formando rasgadas nubes

Campal batalla en el viento,
Y viere entre ardientes globos
Los abrasados efectos
De los coronados montes
Caducamente soberbios,
En cada peñasco un rayo,
En cada tronco un incendio.....,

todo esto no es ni ha sido nunca de la manera de Lope, cuyo rastro apenas puede encontrarse más que en alguna de las escenas rústicas y pastoriles en que Abigail interviene:

Tan blanco ha dejado el suelo
El esquilmo del ganado,
Que estando sereno el cielo,
Parece que ha granizado
En las faldas del Carmelo.....

Esto ciertamente parece de Lope, pero de esto hay poco en el *David perseguido.* Será, á lo sumo, comedia suya refundida por un poeta muy posterior, del tiempo y escuela de Calderón, quien trató este mismo asunto, aunque con aplicación eucarística, en su bellísimo auto *La Primer flor del Carmelo.*

La Prudente Abigail, comedia del judaizante Antonio Enríquez Gómez, impresa en sus *Academias morales de las Musas* (Burdeos, 1642), es también muy semejante á este *David perseguido.*

En el códice de la Biblioteca Nacional tenemos, además del *Auto de la ungión de David* (núm. 19), el *Auto de Nabal y de Abigail y de David, cuatro pastores y dos soldados y un pastorcillo, una moza llamada Sabinilla, y un bobo llamado Jordán* (núm. 59). ¿Será obra del gran Lope de Rueda? Por lo menos consta (1) que aquel insigne poeta y representante recibió del Cabildo y Regimiento de Sevilla, en 1559, sesenta ducados por dos representaciones que sacó en carros el día de la fiesta de *Corpus Christi*, la una de *Nabal-Carmelo* (esto es, de Abigail y Nabal), y la otra de *El Hijo pródigo*, que pudiera ser también la que tiene el número 48 en el inapreciable códice tantas veces citado, verdadero registro de nuestro teatro popular del siglo XVI. *La Farsa del rey David*, de Diego Sánchez de Badajoz (2), nada tiene que ver con ésta, puesto que su asunto es el vencimiento del gigante Goliath.

La popularidad de la historia de David, tan grande en España merced al teatro y á la predicación, se acrecentó, si es posible, desde mediados del siglo XVII con la publicación del extraño libro *David perseguido y Alivio de lastimados* (1658), en

(1) Documentos del Archivo Municipal de Sevilla, descubiertos por D. Luis Escudero y publicados por D. José María Asensio en *El Ateneo*, revista de Sevilla (1875).

(2) *Recopilación en metro*, t. II, páginas 159 á 180 de la reimpresión del Sr. Barrantes en los *Libros de antaño.*

que el Dr. Cristóbal Lozano, uno de los hombres de más romántica inventiva que por entonces honraban nuestra novela, y de los últimos que escribieron la prosa castellana con abundancia y fluidez aunque afeándola con resabios de hinchazón y de mal gusto, amplificó á su manera el relato bíblico, conjetural y novelescamente, exornándole con profusión «de símiles é historias peregrinas», y formando un abundantísimo repertorio de leyendas que por más de un siglo fué, con las demás obras novelescas y anoveladas del Dr. Lozano (*Soledades de la vida*, *Reyes nuevos de Toledo.....*), alimento y dulcísimo solaz de la fantasía de los humildes é iliteratos, y ha sido luego mina de argumentos, más de una vez explotada por el gran poeta narrativo y legendario cuya reciente pérdida llora nuestra nación.

XI.—EL INOBEDIENTE Ó LA CIUDAD SIN DIOS.

Se imprimió, atribuída á Lope, en una Parte 26.ª, *extravagante*, de Zaragoza, 1645 que Faxardo y La Barrera citan con muy confusas señas bibliográficas, y de la cual sólo he llegado á ver algún fragmento, no perteneciente á esta comedia. En la *Segunda Parte de Comedias Escogidas de las mejores de España* (Madrid, 1652) se insertó á nombre de Claramonte, y de este ejemplar nos valemos para reproducirla. Chorley, en su catálogo manuscrito, dice, no sé con qué fundamento, que *La Ciudad sin Dios* es obra de Lope, y que *El Inobediente* de Claramonte es una copia, en que, «con mucho del original, va algo del ingenio del refundidor». Pero como al mismo tiempo no cita la Parte 26.ª de Zaragoza como de propio examen, sino sobre la fe del índice de Faxardo, ignoramos qué textos son los que pudieron servirle para el cotejo y para la resuelta afirmación que hace.

Por nuestra parte, nada vemos en esta absurda y monstruosa pieza, llámese *El Inobediente* ó *La Ciudad sin Dios*, que nos permita recargar con ella el catálogo de las obras de Lope, y si la insertamos en nuestra colección es únicamente por haberse impreso con su nombre en ediciones muy raras y relativamente antiguas, y porque alguien no la eche de menos viéndola citada como de nuestro autor por bibliógrafos muy diligentes. Yo no niego que Lope dramatizase los tres capítulos de *La Profecía de Jonás;* pero si tal hizo, su obra debió de tener, á lo menos en parte, un vestigio de grandeza bíblica que en vano se buscará en *El Inobediente*, donde, salvo la tempestad que asalta al profeta en castigo de su inobediencia, y la ballena ó gran pez que se le traga, y sus clamores de penitencia por las calles de Nínive, nada se encuentra que recuerde el texto de la Sagrada Escritura ni que esté inspirado en él, sino una serie de cuadros de teatro de muñecos, muy propios del arte infantil del honrado y piadoso representante murciano, autor de *La Letanía moral.* Fué sin duda Andrés de Claramonte ingenio bizarro, aunque inculto. Es cierto que en *El Infanzón de Illescas* no hizo más que estropear el asombroso drama de *El Rey D. Pedro en Madrid*, que Hartzenbusch atribuyó caprichosamente á Tirso, y que, en mi concepto, es de Lope, por las razones que expondré en su día. Otras comedias indisputablemente suyas, como la titulada *De esta agua no beberé*, tienen mérito propio,

y no se desdeñó de imitarlas el mismo Calderón; y la titulada *El Valiente negro en Flandes* es muy original y llena de fiereza y desgarro soldadesco. Pero, en general, el teatro suyo que conocemos, y que en estos últimos años se ha acrecentado algo merced á los descubrimientos de A. Schaefer, muestra notable tendencia al efectismo más grosero y estrepitoso, logrado á fuerza de parricidios, incestos, atrocidades y tiranías estupendas; recursos candorosos y primitivos que ya en las tragedias de Cristóbal de Virués y Lupercio Leonardo de Argensola habían sido empleados largamente, si bien con más cultura de dicción y más respeto á la prosodia, que los que suelen advertirse en las obras de Claramonte. Á este género de melodrama rudo y bárbaro pertenece *El Inobediente*, y no debe defraudarse de él á su legítimo dueño.

XII.—EL ANTICRISTO.

Manuscrito de la Biblioteca Palatino-Parmense, del cual debemos exactísima copia al señor Restori. El original es pésimo y en muchos puntos ininteligible: parece trasladado por un imbécil

Don Juan Ruiz de Alarcón, grande é infortunado poeta dramático del siglo XVII, compuso y dió á luz, en 1634, un poema dramático sobre el mismo título y asunto. Júzgale en dos palabras, pero jugosas y llenas de sentido, como solían serlo las suyas, D. Juan Eugenio Hartzenbusch (1): «Pieza de pobre invención, pero llena de grandilocuencia trágica. La escena entre el Anticristo y su madre es terrible como pocas. También es notable en su línea la controversia entre Elías y el Anticristo, al principio del acto segundo. La muerte del Patriarca, que, profetizada por el impostor, le gana la fe del pueblo iluso, testigo del supuesto milagro, recuerda la muerte de Seide en el *Mahoma* de Voltaire; la situación es casi enteramente la misma, aunque más justificada y propia en el drama español que en el francés.»

Extensamente trata de esta comedia y de los incidentes de su representación don Luis Fernández-Guerra, en su admirable libro sobre Alarcón (2). Consta que los émulos del poeta echaron en las candilejas aceite de pestilencial olor para que la comedia no se acabara. Entre Lope y Alarcón había enemistad ó malquerencia antigua y notoria, que fué exacerbándose hasta parar en agresiones mutuas más ó menos embozadas, después de 1618, fecha que conjeturalmente se asigna al estreno de *El Anticristo*. ¿Podemos suponer que Lope quiso suplantar con un *Anticristo* de propia fábrica el de Alarcón, ó bien que Alarcón quiso desterrar con el suyo el de Lope, que ya estaba en posesión de las tablas? Ambas versiones pueden parecer verosímiles, pero la primera menos, por tratarse de una comedia que naufragó ó poco menos en la primera representación, y que nunca fué popular, como tampoco ninguna otra de las de su autor. Además, en hombre de tan grande ingenio y des-

(1) *Comedias de Alarcón*, t. XX de la *Biblioteca de Autores españoles*, pág. 544.
(2) *Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*, Madrid, 1871. Parte 2.ª, cap. XXIII, páginas 282-294.

treza dramática como Lope, no se concibe, ni el reproducir argumentos y títulos de comedias que por una ú otra razón habían sido silbadas, ni el hacerlo mil veces peor que el poeta á quien intentaba corregir. Porque en el *Anticristo* de Alarcón se podrá tachar de fría la parte alegórica, y de pobre la invención (ajustada en general, como el Sr. Fernández-Guerra ha probado, al libro del dominico portugués Nicolás Díaz, *Tratado del juicio final y universal*, 1595, más bien que al tratado clásico y magistral sobre la materia, de Fr. Tomás de Maluenda (1), donde pudo encontrar mayor copia de detalles poéticos), pero no es posible desconocer ni «estro poético felicísimo, ni grandilocuencia épica y admirable arrojo para pintar desordenadas pasiones y afectos», todo lo cual falta en el absurdo y detestable engendro atribuído á Lope. Nada en él que se parezca á la feroz energía de las maldiciones de la madre del Anticristo:

¡Plega al Dios de Israel, vestiglo fiero,
Que en tu ciega maldad te precipites,
Y dando efecto á mi soñado agüero,
Tanto á los cielos en tu daño irrites,
Que pues soberbio imitas al lucero,
Despeñado Luzbel, también lo imites.

Nada semejante á la grandeza con que Alarcón concibió la monstruosa personificación de la vana y falsa ciencia en el Anticristo:

Á obscurecer verdades soberanas
Se eleva mi obstinado pensamiento:
En falsas leyes y opiniones vanas
Anegaré la tierra, el mar, el viento.

Si este nuevo *Anticristo* es de Lope, habrá que decir que dormitó en él más que en ninguna otra ocasión de su vida, y por de contado suponerle muy anterior á la obra no perfecta, pero en algunos puntos magnífica y grandilocuente, y siempre de elevada y reflexiva inspiración, que dió al teatro el vate mejicano, que en parte fué su discípulo y en parte su émulo.

Estas son las únicas reliquias del teatro bíblico de Lope de Vega que han llegado hasta nosotros. Encontramos, además, los siguientes títulos de comedias no conocidas, ó erróneamente atribuídas al Fénix de los Ingenios:

La Horca para su dueño. Así se titula, en ediciones sueltas, *La Hermosa Ester ó La Soberbia de Aman y Humildad de Mardoqueo*, que no debe confundirse con otra comedia del Dr. Godínez sobre el mismo asunto y con el mismo título.

Los Trabajos de Job. En la *Parte trigésima primera de las mejores comedias que hasta hoy han salido* (Barcelona, 1638), coleccionadas por el Dr. Francisco Toribio Ximénez, que es una de las llamadas *extravagantes* ó *de fuera de Madrid*, hay una comedia del Dr. Godínez con este título. También se encuentra con su

(1) *De Antichristo, libri* XI, 2.ª ed. (1621).

nombre en ediciones sueltas, y el haber sido atribuída á Lope en los catálogos de Medel y Huerta procederá acaso de una confusión fácil entre *Los Trabajos de Jacob* y *Los Trabajos de Job*. Advierte, sin embargo, Chorley que cuando la comedia de Godínez fué reimpresa en la *Parte sexta de comedias escogidas* (Madrid, 1654), se la puso el calificativo de *nueva*, sin duda para distinguirla de otra más antigua, que pudo ser una de Lope, hoy perdida, puesto que no es verosímil que se refiriese al vetusto *Auto de la paciencia de Job*, que es la postrera de las 95 piezas del códice de la Biblioteca Nacional.

La Soberbia de Nembrot y primero Rey del mundo. Lord Holland poseyó un manuscrito en que esta comedia se atribuía á Lope, pero es indisputablemente de Antonio Enríquez Gómez, que la da por suya en el prólogo del *Sansón Nazareno*, y como suya se ha impreso siempre.

M. Menéndez y Pelayo.

AUTO SACRAMENTAL

DE LOS

DOS INGENIOS Y ESCLAVOS

DEL

SANTÍSIMO SACRAMENTO

(INÉDITO)

AUTO SACRAMENTAL

DE LOS

DOS INGENIOS Y ESCLAVOS

DEL

SANTÍSIMO SACRAMENTO

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS

GENIO BUENO.
GENIO MALO.
HOMBRE.
APETITO.
MUNDO.
BABILONIA.
CRISTO.
MARÍA.
CASTIDAD.
AMBICIÓN.
JUEGO.
AVARICIA.
HERMOSURA.
VENGANZA.
MÚSICOS.
DEMONIO.
PURGATORIO.
INFIERNO.
GLORIA.

Sale el Ángel Bueno y el Ángel Malo y el Ángel Custodio (1).

BUENO.
¿Todo lo piensas mandar?
MALO.
Todo lo pienso regir.
BUENO.
Haréte yo despedir.
MALO.
Haréte yo despreciar.
BUENO.
No será el hombre tan necio
Que poniéndome en su guarda
Dios, á quien le ampara y guarda
Estime en tan poco precio.
MALO.
Yo soy Ángel.
BUENO.
Ya caiste
Del lugar donde pensaste
Subir cuando le enojaste
Y á tu capitán seguiste.
MALO.
Sí; pero no soy ajeno
De ciencia, pues que te igualo.
BUENO.
Vas con el hombre por malo,
Pero yo, porque soy bueno.
Y es entendimiento tuyo
Divertirle de manera
Que si no le defendiera,
Ya fuera perdido el suyo.
MALO.
Si te cansas de que yo
Me vaya en esta jornada
Con el hombre, y no te agrada,
Déjale y vete.
BUENO.
Eso no;
Que Dios, que me puso aquí,
Hasta que dé cuenta dél
Quiere que vaya con él.
MALO.
¡Pues, Ángel, enfrente á mí!

(1) No figura luego en el diálogo este Ángel.

BUENO.
Camina sin hacer mal,
Y yo tendré sufrimiento.

MUNDO.
También yo servirle intento,
Mi capitán infernal.
Si Dios te manda guialle
Por donde puedas servílle,
Á mí el infierno impedille
Y con mi astucia engañalle.
Si le das inspiraciones,
Yo lascivos pensamientos;
Si tú ejemplos y escarmientos
Tan á los ojos le pones,
Yo le ciego con regalos
De varios deleites llenos;
Que parece hay genios buenos,
Y por eso hay genios malos.

Éntra el Hombre.

HOMBRE.
¿Qué es esto?

BUENO.
¿Ya no lo ves?
Nuestra ordinaria contienda.

MALO.
Yo intento que no te ofenda;
Que es mi mayor interés.

BUENO.
Antes él te ofende á ti,
Pues que te lleva á perder.

HOMBRE.
¿Cada día he de tener
Esta guerra contra mí?
Id, por Dios, quedos los dos,
Pues es breve la jornada.

BUENO.
¡Como quien no dice nada:
Ganar ó perder á Dios!

MALO.
Que descanses del camino
En esta ciudad deseo.

HOMBRE.
Á lo que en sus muros veo
Naturalmente me inclino.

BUENO.
Antes no; pues no hay en ella
Lugar para el alma centro.

HOMBRE.
Entremos, Ángel, adentro;
Mis genios, vamos á vella.

MALO.
Esta es la ciudad humana.

BUENO.
Mira el peligro en que estás,
Pues á la celeste vas.

MALO.
Ésta es gustosa.

BUENO.
Es muy vana.

MALO.
Ésta es alegre.

BUENO.
Ésta es triste.

MALO.
Ésta es dulce.

BUENO.
Ésta es amarga.

HOMBRE.
¡Qué linda carga y qué larga!

BUENO.
De tal engaño se viste.

MALO.
Esta plaza es el Contento
Del Regalo; es esta calle
. . . . (1)
Del Dulce Entretenimiento;
Aquella es la Platería
Del oro de mocedad;
Aquí venden brevedad,
Hermosura y gallardía;
Aquí están los mercaderes
De los placeres mundanos.

BUENO.
Sí; pero todos son vanos.

HOMBRE.
En efecto, son placeres.

MALO.
Aquí es la conversación
De los ociosos: aquí
Hablan de otros y de sí.

HOMBRE.
Dulce es la murmuración.

BUENO.
Antes amarga á la vida,
Pues á tantos desgobierna,
Y mala para la eterna.

MALO.
¡Que siempre aqueste me impida!

BUENO.
¿Mas que en aquesta ciudad
No le enseñas nobles calles,
Que no es posible que calles?

MALO.
¿He de callar la verdad?
Calle de Santa María,
De San Josef y Santiago;
No hay aquí sino el estrago,
Engaño y alevosía;
¿Mas qué, no hay Puerta del Sol,
Con cuya luz ve su engaño,
Ni calle del Desengaño?

HOMBRE.
No hay en el mundo crisol
Como tu genio y el mío,
Que apure todas las cosas.

MALO.
Mira estas calles hermosas

(1) Falta un verso.

Y las del Libre Albedrío.

BUENO.

Ese es el que Dios te dió,
Porque con tu libertad
Sigas al bien.

HOMBRE.

Es verdad,
Y eso voy buscando yo.

BUENO.

¿Pues cómo vas por aquí?

HOMBRE.

¡Oh, qué gallardo palacio!

BUENO.

Hombre, mírale despacio.

HOMBRE.

¡Qué hermosura tiene en sí!

Tírase una cortina, aparece un mozo que significa Babilonia, con vaso dorado en la mano, y el Apetito, de villanejo.

MÚSICOS.

Á la gran Babilonia
Todos se rindan,
Pues en vaso de oro
Beben y brindan.

BABILONIA.

Hombres, bien podéis llegar.

BUENO.

No llegues, que aqueste vino
Te pondrá en el desatino
Que á tantos suele cegar.
La gran Babilonia es ésta,
Sobre su silla sentada.

MALO.

Bebe, y no se te dé nada;
Goza de tan dulce fiesta.
Bríndale, amigo Apetito.

APETITO.

Brindis, Hombre: haz la razón.

HOMBRE.

Estos que aquí están, ¿quién son?

APETITO.

¿Ya no ves su nombre escrito?

BUENO.

Blasfemia es, ¿no lo ves?
Los que cantan son amigos
Que de tu gloria testigos,
Quieren que parte les des.
Aquél es la Juventud;
Éste el Deleite se llama.

HOMBRE.

¿Queréis, bellísima dama,
Brindarme á vuestra salud?

BUENO.

Guardaos del dulce vos.

MALO.

Bebe.

APETITO.

Bebe, y bebamos los dos.

BUENO.

¿Tan presto olvidas á Dios?

HOMBRE.

Déjame que el vaso pruebe.

Bebe.

Dulce licor.

APETITO.

Extremado.

HOMBRE.

Sin seso, de verle, estoy.

APETITO.

Con vos por paje me voy.

HOMBRE.

Vente, Apetito, á mi lado.

Vanse, y cantan.

MÚSICOS.

Quien bebe del vaso
De mi Deleite,
No se busque á sí mismo
Cuando recuerde.

Vanse.

Cúbrese todo, y sale el Cuidado, de villano.

CUIDADO.

¡Buen lance habemos echado!
La jornada va perdida,
Pues si erráis la de la vida,
Hombre, quedaréis burlado.
Yo que soy vuestro Cuidado,
¿Queréis que me quede atrás?
¡Hola, Temor! ¿dónde estás?
Mas si los criados buenos
No se echan en casa menos,
¿De qué sirve servir más?
Desde edad de discreción
Comenzamos la jornada
De vida que para amada,
¡Qué tales sus cosas son!
Y aunque con la inspiración
El Buen Genio le previno
Del peligro del camino
Al Hombre, con su regalo
Ha podido tanto el Malo,
Que sigue su desatino.
No sé qué tengo de hacer;
Que si aborrece mi nombre,
Para remediar al Hombre,
No me querrá hablar ni ver.
Aquí debe de tener
Esta noche la posada.
No quedará mal pagada
Si con el alma lo queda:
Rica y preciosa moneda,
Con armas de Dios sellada.

Salen Hombre, Apetito, Buen Genio y Malo.

HOMBRE.

¡Altamente descansé!

MALO.

¡Lindos regalos había!

APETITO.
¡Bravamente se bebía!
HOMBRE.
¿Haste holgado?
APETITO.
Sí á mi fe.
HOMBRE.
No hemos topado posada
De tanto gusto como ésta:
Todo era música y fiesta,
Mesa y cama regalada.
MALO.
Contento vas, Apetito.
HOMBRE.
¡Qué triste está el Ángel Bueno!
BUENO.
Es este camino ajeno
Del bien que te solicito.
He de dar cuenta de ti,
Y entristézcome de verte
Ir caminando á la muerte.
CUIDADO.
Y yo te lo digo ansí.
HOMBRE.
¿Quién eres?
CUIDADO.
¿Ya se te olvida
De aquel tu antiguo criado?
HOMBRE.
¡Oh Cuidado! (1)
Voy caminando á la vida.

Ruido dentro de locos.

HOMBRE.
Mal Genio, ¿qué casa es ésta?
MALO.
Ésta es casa del Engaño.
CUIDADO.
¡Qué grita y qué ruido extraño!
El nombre lo manifiesta.
APETITO.
Es un hospital de locos
Del mundo: entrémosle á ver.
HOMBRE.
¿Hospital es menester?
APETITO.
Sí, que los cuerdos son pocos.

Vase.

Sale el Mundo con un arete en la mano, y cinco locos que hacen los cinco bandoleros de á la postre, la Ambición y Venganza, el Juego, la Avaricia, viejo, la Hermosura.—El Juego saque unos naipes, la Avaricia un bolsón, la Hermosura un espejo, la Ambición una escala de cuerda, la Venganza una arquita. Hacen locuras.

MUNDO.
Ni una palabra he de hablar
Cuando haya gente de fuera.
AMBICIÓN.
Callad, Mundo, que muy poca
Fuera de casa se queda.
Sólo algún fraile descalzo
Que la religión profesa,
No viene á vuestro hospital,
Por lo mucho que os desprecia;
Que en lo demás en que he estado,
No hallaréis la vida enferma
De vuestra locura, Mundo.
MUNDO.
¿Qué digo? ¡quedas las lenguas!
Que habrá azote que levante
La roncha de vara y media!
JUEGO.
Yo á lo menos quedo estoy.
No hay hombre que os obedezca
Como el Juego.
MUNDO.
Siempre, Juego,
Fué notable tu obediencia.
AVARICIA.
Pues de mí no diréis nada,
Que mi blasón es mi tema;
Á éste adoro, á éste regalo.
HOMBRE.
¿Y quién como yo se precia
De seros, padre, obediente?

Entra el Apetito.

APETITO.
Señor Maestro, aquí llega
El Hombre, que va camino
De aquesta vida á la eterna.
Va discurriendo las cosas
De mayor contento vuestras,
Y esta casa del Engaño
Despacio quisiera verla.
Habladle; que viene rico
De sentidos y potencias;
Que no dejará de daros
Algo que serviros pueda.

Entra el Hombre con los dos Genios Malo y Bue

MUNDO.
Seáis, señor, bien venido.
HOMBRE.
¡Oh Mundo!
MUNDO.
Y enhorabuena
Vengáis á vuestro hospital.
¿Qué mandáis?
HOMBRE.
¿Qué gente es ésta?
MUNDO.
Aquel loco es la Ambición,
Que aquella escala de cuerda
Anda poniendo á los vientos:
Difíciles pasos trueca
Desde un oficio á otro oficio.

(1) Así está en el manuscrito este final de verso, omitiéndose las sílabas anteriores por olvido del copista.

HOMBRE.
¿En qué consiste su tema?
MUNDO.
En que cuanto más alcanza,
De ninguno se contenta.
HOMBRE.
¿Quién es aquella mujer
Que en el espejo contempla
Su rostro?
MUNDO.
Vana Hermosura,
Que con notable soberbia
Se viste, enriquece, enjoya,
Se lava, pule y afeita,
Para hacer idolatrar
Mil ignorantes en ella.
El que abraza aquel bolsón,
Y le regala y le besa,
Es la Avaricia; este loco
Da en adquirir grande hacienda,
Que guardada con mil llaves,
Ni á él ni á nadie aprovecha.
BUENO.
Aprovechará en su muerte
Á quien tocare su hacienda,
Y él pagará en el infierno
El no haber dado á su puerta
Limosna al Hombre.
MUNDO.
Aquel loco
Que la baraja voltea,
Es el Juego; este cuitado
De noche y de día juega
Con tan gran desasosiego,
Que si gana, hasta que pierda
Vuelve á jugar, y si pierde,
Por ganar vuelve á su tema;
Cobra mil enfermedades
Por no alzarse de una mesa,
Y últimamente ha perdido
El tiempo; aunque sus riquezas
Hubiese ganado todas;
Cuanto y más, que todos medran.
HOMBRE.
¿Quién es aquel tan furioso?
MUNDO.
¿Éste? No hay hombre que duerma,
Ni coma, y aunque le atemos
De mil cadenas, se suelta;
Es la Venganza del mundo,
Que anda por montes y cuestas,
Tanto que en los ignorantes
De los culpados se venga.

AMBICIÓN.

Va poniendo la escala.

Con esta escala, si quiero,
Que hasta los cielos penetra,
Tengo de subir y hurtalles
Su sol, su luna y estrellas.

VENGANZA.
¡Hola! De Luzbel soy hijo,
Que me ha engendrado y me engendra;
Hermano soy de Nembrot;
Armas son de mi nobleza
La torre de Babilonia.
¡Afuera! ¡Teneos! ¡Afuera!
Que si doy fuego, no habrá
Quien no me llore ó me tema.
Bueno es que diga Dios
Que á sola su mano inmensa,
Remita yo sus venganzas.
¿Hízolo de esa manera
Joab matando á Maasa?

HERMOSURA.

Mirándose en el espejo.

¿No soy por extremo bella?
¿Hay Betsabé como yo?
¿Hay quien como yo merezca
Que todo el mundo me adore?
¿Qué Dina y Tamar pudieran
Matar ansí aquel Amor
Con tan divina belleza?

AVARICIA.

Abraza el bolsón.

¡Oro de mi alma y vida!
Aunque mil Lázaros viera
Que vinieran á alcanzar
Las migajas de mi mesa,
No diera un cuarto de vos;
Y si mil veces me enseña
En sus brazos Abraham
La gloria del pobre abierta,
No he de tomar escarmiento;
Que no es posible que tenga
Sed del agua que le sobra.

JUEGO.

Va brujuleando, y luego diga:

Bastos me faltan, primera.
AMBICIÓN.
Juguemos. ¡Juego!
JUEGO.
¡En buen hora!
VENGANZA.
Yo también.
HERMOSURA.
Baraja.
AVARICIA.
Espera,
¿Qué juego?
JUEGO.
El quince.
AVARICIA.
Pues vaya.
JUEGO.
Toma, Ambición, las primeras.

Dale cartas.

AMBICIÓN.

Dos reyes son, ya pasé;
Pasé, pero la Ambición
Siempre imagina que reina.

JUEGO.

Toma, Venganza.

VENGANZA.

¡Oh, qué bien!

Va echando cartas.

Siete bastos, ¡buena es ésta!
Esta noche á cierto hidalgo
Daré de palos con ella.

JUEGO.

Toma.

Dale cartas.

VENGANZA.

¿También la espadilla?
¡Oh! Qué cuchillada fiera
Doy á un bellaco; más quiero.

JUEGO.

Toma.

VENGANZA.

Un caballo es aquesta.

JUEGO.

Diez y ocho.

VENGANZA.

Yo pasé;
Pero el caballo me queda
Para huir de la justicia
Á Zaragoza y Valencia.

JUEGO.

Toma, Avaricia.

AVARICIA.

¡Siete oros!
Linda carta.

JUEGO.

¡Y como buena!.....

AVARICIA.

¡Otra, el as de oro también!

Dale otra.

Ocho tengo, otra pequeña,
Tres oros....., pues vengan más.

JUEGO.

¡Todas oros!

AVARICIA.

Todas entran
En mi pecho, y no me bastan.

JUEGO.

Pues en once no te quedas.

AVARICIA.

No, que siempre quiero más.
El rey.

JUEGO.

Pasaste.

AVARICIA.

Aunque sea
Perdiendo, dame más oros.

JUEGO.

Tener que darte quisiera
El que dieron derretido
Por la boca á Creso.

HERMOSURA.

Espera,
Para que me den á mí.

JUEGO.

¡Toma, Hermosura soberbia!

HERMOSURA.

Sota me has dado.

JUEGO.

¿Qué quieres?
Si te falta el ser honesta.

Dale unas cartas.

HERMOSURA.

Dame más cartas de copas.

JUEGO.

¿Y cómo? ¡Para que beban
Tu veneno tus amantes,
Y porque dice el poeta
Que sin comer y beber
La hermosa Venus se hiela!

Dale otras cartas.

HERMOSURA.

Mas ¿el dos de oros?

JUEGO.

Sí, amiga;
Que el oro quebranta peñas,
Muchas honestas derriba,
Muchas honradas tropella.

HERMOSURA.

En trece me quedo.

JUEGO.

Bien:
Yo tomo ya la primera:
Es el honor rey de espadas.

VENGANZA.

Tú siempre tienes pendencias.

JUEGO.

Un cinco me has dado: quince.

AMBICIÓN.

Juego. Tus manos fulleras
Han hecho bellaquería.

JUEGO.

Malas palabras son esas.
Yo juego bien.

AMBICIÓN.

¡Miente!

JUEGO.

¿Á mí?
¡Fuera, digo!

VENGANZA.

Que se tengan
Les aviso.

MUNDO.

¿Qué es aquesto?

Entrad dentro.

JUEGO.

Padre espera;
Mira que estoy agraviado.

MUNDO.

Haré yo que estas correas
Los encierren en sus jaulas.

JUEGO.

Pues vuélveme mi moneda.

MUNDO.

Yo haré hacer una escritura
Que diga que se los prestas.

Mételos á todos el Mundo azotándolos; admírase el Hombre.

MALO.

¿Que te parece del Mundo?

HOMBRE.

Que es gustoso este hospital.

BUENO.

¿Que no te parece mal?

HOMBRE.

Yo en mis contentos me fundo.

BUENO.

Si la cara del Engaño
El Mal Genio te mostró,
Hoy quiero mostrarte yo
La cara del Desengaño.

APETITO.

No nos lleves á tus piezas.

CUIDADO.

¡Calla, Apetito villano!

APETITO.

Cuidado, servís en vano;
Que hay tierna edad y hay riquezas.

CUIDADO.

Si agora el Hombre no mira
El fin de nuestra jornada,
Y la juventud pasada
Á la vejez se retira,
Quizá no podrá olvidar
Las costumbres que aprendió.

APETITO.

Agora me huelgo yo;
Que tiempo habrá de llorar.

BUENO.

Esta es la casa en que vive
El Desengaño del mundo:
Aquí tu remedio fundo:
El alma y vista apercibe.

Descúbrese la Muerte con su guadaña, y á sus pies todos los locos de atrás, y cantan esto:

MÚSICOS.

Perdóname, gran Señor,
Porque son cortos mis días;
¿Qué eres, hombre, que porfías
Á engrandecer tu valor?

HOMBRE.

¿Qué es esto que atemoriza
Y el cabello me levanta?

BUENO.

El fin de locura tanta,
Que para en tierra y ceniza;
Mira aquellos que miraste
Tantas locuras haciendo,
Qué fin tuvieron muriendo;
Y este desengaño baste:
Mira la Ambición caída,
La Avaricia derribada,
La Venganza atropellada
Y la Hermosura vencida.
¡Todo pára en polvo y tierra!

HOMBRE.

Mis ojos abriendo vas.

APETITO.

No estoy con el Hombre más.

HOMBRE.

¡Oh, cuánto el camino yerra
Quien no considera el fin!
Cuidado.

CUIDADO.

Señor.

HOMBRE.

Advierte
Que nos engaña la Muerte;
Que somos de tierra, en fin.

Músicos cantan:

Recuerde el Alma dormida,
Avive el seso y despierte,
Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando.

Ciérrase todo, y queda el Hombre espantado, con Genio Bueno y Malo y Apetito.

HOMBRE.

La casa del Desengaño
Ha sido el lodo que al ciego
Puso Cristo, pues que luego
Vi con su polvo mi engaño.
Ángel, yo tengo temor
De lo que he visto este día;
Por el camino me guía,
Que vamos al fin mejor.

BUENO.

Sube por esa montaña,
Aunque llena de aspereza.

APETITO.

¿Qué hay, Mal Genio?

MALO.

¡Gran tristeza!

HOMBRE.

Tú con tu luz me acompaña.

BUENO.

Quiero desde aquí mostrarte
El camino que llevabas:
Del mar y sus ondas bravas,
Al frente quiero sacarte.

HOMBRE.

¡Ay, Rafael, no me dejes,
La muerte me da temor!

CUIDADO.

¡Camina alegre, señor!

HOMBRE.

¡Mi Cuidado, no te alejes
Sólo un momento de mí!

Descúbrense tres Almas: una en el cielo, otra en el purgatorio y otra en el infierno.

GLORIA.

Santo mil veces, santo,
Oh Padre de la paz, Rey de la gloria,
Que padeciendo tanto
Nos la diste después de la victoria
Del mundo y del pecado,
Y á la diestra del Padre estás sentado;
Los cielos os bendigan;
Las jerarquías de los cielos bellas
Mil alabanzas digan,
Y las almas también canten con ellas,
Que fuisteis el Cordero
Que abrió el libro que Dios selló primero.

PURGATORIO.

¿Cuándo, Señor divino,
Saldré de aquestas llamas á gozaros?
¿Cuándo, cual oro fino,
Para poder mirarte y contemplarte,
Iré purificado,
Y deste crisol limpio y acendrado?
¡Ay, divina hermosura!
¡Que me abraso de amor! ¡si yo llegase
Á ver esa luz pura
Y día alegre! ¡Ay Dios! el tiempo pase,
Que á un punto que no alcanza
Este bien, es un siglo á mi esperanza.

INFIERNO.

¡Maldito sea el día
En que nací: quien me engendró lo sea!
Lo que por bien tenía,
Y cuanto el hombre mismo más desea,
Y vanidad humana
Perdí; perdí la gloria soberana
Por una breve vida,
Que apenas comenzó, cuando era huída;
Perdí la esclarecida
Vista de Dios y de su Madre amada,
Los ángeles, los cielos;
Y vivo en tan eternos desconsuelos,
Que no tengo esperanza
De aquesta para si es eternamente (1);
Que no ha de haber templanza
Para este fuego que mi alma siente:
Pues blasfemo, reniego,
Sin esperanza y en eterno fuego.

(1) Así se lee en el manuscrito este verso evidentemente errado.

Ábrese todo, y el Hombre diga espantado:

HOMBRE.

Ángel, dime: ¿á qué lugar
Iré muerto?

BUENO.

Bien obrar
Te lo ha de decir por mí;
Tres lugares hay que son
El fin de aquesta jornada;
Si el contemplarlos te agrada,
Vuelve la imaginación.

Vense tres Almas: una en el cielo, otra en el purgatorio y otra en el infierno, y el Hombre se espanta.

HOMBRE.

No sé cómo te diga,
Ángel, destos lugares lo que siento,
Que estoy con gran fatiga;
Llama, Cuidado, al Arrepentimiento;
Que estoy tan temeroso,
Que apenas tengo un punto de reposo.
¡Alma gloriosa y santa!
¡Oh, qué bien acertaste, Alma dichosa!
Que aunque tu llama es tanta,
Saldrás deste crisol feliz, hermosa;
¿Qué más dulce consuelo
Que esperar ver á Dios, su gloria y cielo?
¡Triste de aquel que vive,
Mientras Dios fuere Dios, en pena eterna,
Pues ningún bien recibe!

BUENO.

Hombre, de tal manera te gobierna
Por aqueste camino,
Que llegues á gozar bien tan divino;
Y pues que ya te agrada
Considerar en lo que verte esperas,
Mira aquella sagrada
Audiencia: agora mira, antes que mires,
Lo que por ti pasara
Si la luz de aquel sol no te alumbrara.

Descúbrese una Audiencia, donde está Cristo y María y un Ángel Miguel, que es el Genio, y el Demonio á otro lado, abajo los dos, y el Demonio con un libro en la mano.

CRISTO.

Leed lo que hay contra él.

MALO.

Yo, el relator infernal,
Hago oficio de fiscal.

CRISTO.

Pues lee el proceso, Luzbel.

Lee.

MALO.

«El hombre, eterno Señor,
Que tú de nada formaste,
Está preso, como ves,
Agora en la humana cárcel;

Hácesele cargo aquí
De que á la tierra bajaste
Y pobre al mundo naciste
Entre pajas y animales;
Que fuiste á Egipto y volviste
Con tu soberana Madre,
Donde ayudaste á Josef;
Y en fin, Señor, que pasaste
Treinta años desta pobreza,
Hasta que, como él sabe,
Aun siendo recién nacido,
Comenzaste á predicalle
Y el padecer hambre y sed
Y hacer divinas señales.
Hácesele cargo más:
Señor, con pena muy grave
No puedo satisfacerme
Que sufrieses penas tales;
Que si yo fuera capaz
De que por mí las pasases,
El Demonio, como soy,
Fuera en la pureza un ángel;
De que en Sacramento santo
De vino y pan te quedaste,
Se le hace cargo, que es cosa
Digna de que al cielo espante.»

CRISTO.

¡Ingratos hombres: que yo,
Partiendo á mi Eterno Padre,
Me quedase en pan con ellos,
Y desta suerte me paguen!

MARÍA.

Hijo mío, y lo agradecen,
Mayormente agora que hacen
Tan santas congregaciones,
Para que esclavos se llamen
Del Pan Santo, que sois Vos.

DEMONIO.

Y que estando en mil altares
Descubierto muchas veces,
No fué á verle ni adorarle;
Que tus azotes desprecia
Y no sigue tu estandarte,
Llevando tu cruz al hombro,
Que es tu yugo blando y suave.

CRISTO.

Enojado estoy con él;
Justo será castigarle.

HOMBRE.

¡Ay Dios! Rafael, ¿qué es esto?

MIGUEL.

Justo Juez, ya tú sabes
Que con tu divino auxilio
Ya de los engaños sale
El Hombre al conocimiento
De lo que gana en ganarte
Y lo que pierde en perderte.

HOMBRE.

Virgen Santa, de Dios Madre,
Pues por mí lo sois de Dios,
Abogad por mí.

MARÍA.

Miradme,
Dulce Cristo de mis ojos.

BUENO.

Divina Esther, ayudalde.

HOMBRE.

¡Ay, soberana Raquel!
¡Ay, Judit fuerte, ayudadme!
¡Áy, escala de Jacob!

MARÍA.

¿Tú prometes de enmendarte?

HOMBRE.

Sí, Señora.

MARÍA.

Perdonalde.

CRISTO.

Por vos, Madre, le perdono.

MARÍA.

Haz que el proceso se rasgue.

CRISTO.

En confesando sus culpas.

MALO.

¡Que de esa suerte te ablandes!
¿Para qué escribí pecados,
Si luego te satisfaces
De una lágrima, Señor?

CRISTO.

Calla.

MIGUEL.

Dios manda que calles.

CRISTO.

Vete á tu profundo abismo.

DEMONIO.

¡Y que aquesto, Señor, pase!
¿Y no castigar es bueno?

BUENO.

Vete de aquestos sitiales,
Pues Dios lo mandó.

Ciérrase todo.

DEMONIO.

Sí haré,
Y voyme á los infernales
Sitios donde vivo y ardo
Para siempre en penas tales.

Vase.

HOMBRE.

¿Qué es lo que pasa por mí?
Genio Bueno, ¿estás despierto?

BUENO.

Hombre, el que duerme está muerto;
Bueno estás ya, vuelve en ti.

HOMBRE.

Llévame donde confiese
Mis culpas.

BUENO.

Amigo, ven.

Éntranse el Buen Genio y el Hombre.

APETITO.
¿Tú no vas también? (1)
MALO.
Tengo de ir, aunque me pese.
CUIDADO.
Qué, ¿piensas que importará?
Ya se confiesa.
MALO.
¿Qué importa?
Aunque la jornada es corta,
Antes del fin caerá.
CUIDADO.
No hará, bellacos picaños;
Que Dios le dará favor
Y luz de su santo amor
Para ver vuestros engaños.
Tras desto se quiere hacer
Esclavo del Sacramento,
Que es santísimo sustento,
Y á costa de Dios comer;
Que Dios le hace la costa,
Y, aunque esclavos, no le pesa
Que se sienten á su mesa.
MALO.
¿No hay más de tomar la posta
Y caminar hasta el cielo?
CUIDADO.
El que tardó en conocer
Á Dios, bien puede tener
En lo que dices consuelo;
Que picando los caballos
De penitencia, podrá
Llegar presto donde va,
Y más con aderezallos
De una profunda oración.
APETITO.
Vamos á ver en qué para.
CUIDADO.
En que si este Pan le ampara,
Parará en su salvación.

Vanse.

Sale Cristo, de peregrino.

CRISTO.
Cansado venir pudiera,
Si me pudiera cansar,
De buscar á quien me dar,
Quien me siga ó quien me quiera.
Yo soy comida y sustento,
Y á sustentaros me obligo;
Que puede tanto conmigo
Un justo arrepentimiento.
Hombre, yo soy el camino,
Yo la vida y la verdad;
Yo aquel cuya majestad
Del cielo á la tierra vino.
Yo nací por daros vida;
Y tan pobre la pasé,
Que en ninguna parte hallé
Donde tener acogida.
Tenían los animales
Sus cuevas donde vivir,
Qué comer y qué vestir
Sus vestidos naturales.
Todo, en fin, cuanto vivía
Hallaba en qué descansar,
Y yo en qué reclinar
Mi cabeza aun no tenía.
De suerte llegó á crecer
Con tantas furias mi amor,
Que me puse en tal rigor
Por quien no me puede ver.
Yo no quise en la partida
Dejaros con desconsuelo:
Pan soy que bajé del cielo,
Pan de gracia y Pan de vida.
Después deste Sacramento,
Tan grande que al cielo espanta,
Entregué mi carne santa
Á tanto vario tormento.
Muerte cruel padecí,
Y la gloria que heredé
Nuevamente conquisté,
Hombre ingrato, para ti.
¿Qué pude hacer, viña mía,
Que por ti no lo haya hecho?
Mira mi mano, y podrás (1);
Darte más sangre querría.
Quiérome aquí recostar,
En tanto que á buscar vienes
Tu bien mientras vida tienes;
Que después no habrá lugar.

Recuéstase á un lado; salen los dos Genios y el Cuidado y Apetito y Hombre.

HOMBRE.
¡Oh, qué contento que voy
Después que me confesé
Y por esclavo quedé
Del dueño de quien ya soy!
No te me apartes, Cuidado;
Que me va la salvación.
APETITO.
Descansa de la oración
Y de lo que has ayunado.
Baste ya la disciplina.
BUENO.
Apetito, el que ha tomado
En este camino arado
Y al fruto santo camina,
No ha de estar quedo jamás;
Que siempre ha de ir adelante.
MALO.
Qué, ¿no hay rigor que te espante?
BUENO.
No, Mal Genio.

(1) Así se lee en el manuscrito este verso evidentemente incompleto.

(1) Falta la rima en este verso.

MALO.
¿Á dónde vas?
HOMBRE.
Á ejecutar por ahí
Un acto de caridad.
MALO.
Yo me vuelvo á la ciudad,
Y me vengaré de ti.

Vase el Mal Genio.

CRISTO.
¡Ay Dios, y cuál me han dejado!

Como que se queja.

APETITO.
Quejas oigo.
HOMBRE.
Pobre es cierto.
BUENO.
De que le ampares te advierto,
Que está en esa puerta echado.
HOMBRE.
Pobre mío, ¿qué es aquesto?
CRISTO.
Ya lo ves, quejas que doy
De ver que tan roto estoy.
HOMBRE.
¿Quién desa suerte os ha puesto?
CRISTO.
Falsos amigos han sido,
Y uno de ellos tan ingrato,
Que él y yo en un mismo plato
Comimos, y me ha vendido.
Rondando una noche triste
Á mi Esposa, me prendieron
Y como veis me pusieron.
BUENO.
Llévale, llévale y vístele (1).
HOMBRE.
Amigo, mi casa es ésta.
Entrad, que os quiero lavar
Los pies.
CRISTO.
¿Con qué?
HOMBRE.
Con llorar
Mientras el agua se presta
Que coceré con mil flores.
CRISTO.
Tengo los pies lastimados;
Mas de lágrimas bañados,
Se desharán sus dolores.
HOMBRE.
Venid, que en mi propia cama
Habéis también de acostaros,
Y en brazos quiero llevaros,
Porque sé lo que Dios ama
Que ansí regalen sus pobres.

(1) Falta la rima.

CRISTO.
¿Que en brazos me llevarás?
HOMBRE.
Y en el corazón, que es más.
CRISTO.
Del cielo la paga cobres.
Mira que estoy muy llagado.
HOMBRE.
Desharé tus llagas yo.

Tómalo en brazos.

APETITO.
En los brazos lo tomó.
BUENO.
Y lleva al cielo abrazado.
HOMBRE.
Ven, amigo, por aquí.
¡Qué carga tan dulce llevo!
CRISTO.
Amigo, mucho te debo.
HOMBRE.
Yo soy quien te debe á ti.
Entra, comerás conmigo
En lavándote los pies.

Llévale en brazos.

BUENO.
¡Ay, si supieras quién es,
Que el mismo Dios va contigo!

Vase.

El Mal Genio sale, y Vicios, vestidos de salteadores, con máscaras en las manos y sus arcabuces en los hombros, y espadas, Soberbia, Envidia, Gula, Lascivia, el Malo y Ambición.

MALO.
De esta manera, Vicios, cuidadosos,
En forma de crueles bandoleros,
Le habéis de herir con golpes rigurosos.
GULA.
Soberbia, yo seré de los primeros.
Haced cuenta que baja á los umbrosos
Valles de Jericó.
SOBERBIA.
Si mis aceros
No conoce ni teme el Hombre triste,
Hoy verá si su guarda me resiste;
Yo no quise subir con Hermosura
Al trono donde estaba Dios eterno.
LASCIVIA.
Pues yo ¿qué no rendí con mi blandura?
Las historias lo digan y el infierno.
AMBICIÓN.
Desde Caín mi fama eterna dura.
¿Qué imperio, qué palacio, qué gobierno
Mi envidia no ha deshecho y derribado?
MALO.
Por aquí viene el Hombre descuidado.
Las máscaras poned, cubrid las caras
Para que no conozca, y derribalde,
Y sálganle las máscaras más caras;

Que no piense llevarse á Dios de balde.

SOBERBIA.

Si lo que gana en eso bien reparas,
La muerte es poco daño.

MALO.

Pues matalde.

LASCIVIA.

Es esclavo de Cristo, y pedirále.

GULA.

Pagalle; que un esclavo poco vale.

AMBICIÓN.

¿Poco? No lo dirás; que vale tanto,
Que ha costado á Dios su sangre y vida,
Y le ama ansí, que en Sacramento santo
Le da su cuerpo y alma por comida.

MALO.

La marca de sus clavos fué mi llanto.

SOBERBIA.

Qué, ¿á su mesa un esclavo Dios convida?

ENVIDIA.

Y más, que se da á sí.

GULA.

Ricos esclavos.

SOBERBIA.

Ellos el nombre traen, y Dios los clavos.

Sale el Hombre.

HOMBRE.

Ya que mi buen peregrino
Desnudo en la cama queda,
Lavados sus blancos pies,
Que parecían estrellas;
Ya que le he dado á comer,
Aunque él, con mucha abstinencia,
Tocaba cualquier manjar
Como á las flores la abeja,
Á imitación de Abraham,
Salgo para aquesta senda,
Á ver si hallo á quién llevar.

Encáranle con las escopetas.

SOBERBIA.

¡Téngase!

HOMBRE.

¿Qué gente es ésta?

GULA.

Si la ve, ¿qué lo pregunta?
Denos la bolsa y moneda
Y á la muerte se aperciba.

HOMBRE.

Señor, la ropa y hacienda
Me podéis quitar; la vida
No es justo.

ENVIDIA.

¿No es justo? ¡Muera!

LASCIVIA.

Dale, Envidia.

ENVIDIA.

Dale, Gula.

GULA.

Acaba con él, Soberbia.

Vanle dando todos.

HOMBRE.

¡Ay, Señor del alma mía!
Mis enemigos me cercan.

SOBERBIA.

Mátale, Lascivia, acaba.

HOMBRE.

Cristo mío, ¿ansí me dejas?

Entra Cristo, Buen Genio y el Cuidado.

CRISTO.

¡Hijo mío!

HOMBRE.

¡Señor mío!

CRISTO.

¿Conócesme?

HOMBRE.

Aunque las fieras
Heridas mortal me tienen,
Pienso que eres por las señas
Aquel pobre á quien hoy di
Mi cama, vestido y mesa.

CRISTO.

Vente á mis brazos; yo soy:
Llega, abrázame, no temas.

SOBERBIA.

Vamos de aquí. ¿Qué aguardamos,
Pues Dios al Hombre hace fiestas?

GULA.

¡Que tanto ame Dios al Hombre!

LASCIVIA.

Reniego de cielo y tierra.

Vanse los Vicios.

HOMBRE.

Temblando llego.

CRISTO.

En mis hombros
Pon esa herida cabeza;
Que si cuando yo de espinas
La traje de sangre llena,
Hallé regalo en el tuyo,
Bien es que agora le tengas.
Ven poco á poco conmigo.

HOMBRE.

Rey de majestad inmensa,
¡Qué claramente se ve
Que aquesta piedad es vuestra!

CRISTO.

Llega, llega; que yo tengo
Medicinas que aprovechan
Para todos los peligros.
Ángeles, abrid las puertas.

Descúbrese una mesa con flores, y el Cáliz en ella y la Hostia, y los Músicos dentro cantan, y dos ángeles.

Dalde una ropa de gracia,

Y sentaráse á mi mesa.

HOMBRE.

Ya estoy sano, Señor mío.

CRISTO.

Aquí conmigo te sienta;
Comerás en un bocado,
Más que vale cielo y tierra.

Siéntase con Cristo el Hombre, puesta la ropa, y los Músicos cantan.

MÚSICOS.

Estábase el Hombre hermano
En las ondas de la tierra,
Buscando pobres á quien
Llevar á su cama y mesa;
Halló al Soberano Cristo,
Que como pobre le espera,
Siendo heredero de Dios
Y de los cielos riqueza.
Gloria sea á Dios,
Paz en la tierra,
Pues hoy los esclavos
Con su amo se sientan.
Llevóle el Hombre á su casa,
Su mesa y cama le diera;
Pesóles tanto á los Vicios,
Que una tarde le saltean;
Como no vencen el alma,
En el cuerpo le atormentan,
Bandoleros de la vida
Que en los caminos esperan.
Gloria sea á Dios,
Paz en la tierra,
Pues hoy los esclavos
Con su amo se sientan.
Dejáronle maltratado,
Vertiendo sangre en las hierbas;
Pero Cristo vino á verle,
Y entre sus brazos le lleva;
Pónele una mesa franca,
Dale una ropa de tela,
Y su vida, cuerpo y sangre
En un Pan de vida eterna.
Gloria sea á Dios,
Paz en la tierra,
Pues hoy los esclavos
Con su amo se sientan.

CRISTO.

Hombre, cuanto yo he podido
Te he dado; ya no me queda
Sino aquesto, que es enigma,
Allá descubierto veas.
Entretanto, con el Pan,
Que de mi palabra es prenda,
Aquí tendrás gracia y paz,
Y gloria en la vida eterna.

LA ADÚLTERA PERDONADA

AUTO SACRAMENTAL

(INÉDITO)

LA ADULTERA PERDONADA

AUTO SACRAMENTAL

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS

El esposo.
La iglesia.
La Eucaristía.
La penitencia.
El alma.
La justicia.
El conocimiento de sí mismo.
El amor propio.
El mundo.
El deleite.
Músicos.

Salen el Amor propio y el Alma.

AMOR PROPIO.
Que vengas, Alma, te ruego.
ALMA.
Amor propio, ¿á dónde vas?
AMOR PROPIO.
¿Á dónde vamos jamás
Que no haya gusto?
ALMA.
Eres ciego;
Y así razón me aconseja
Que ni te siga ni nombre,
Porque sólo acierta el hombre
Que se niega, ó que te deja.
AMOR PROPIO.
Si nací de tu hermosura,
¿Cómo me puedes negar?
ALMA.
Con sólo considerar
Que hay Criador y soy criatura.
AMOR PROPIO.
Dios te dió hermosura tal,
Que á su imagen te formó.
ALMA.
Es verdad; pero me dió
Cuerpo frágil y mortal.
AMOR PROPIO.
Confieso que en la belleza,
Alma, á tu cuerpo prefieres;
Que naciste inmortal, y eres
De mejor naturaleza.
Pero Dios os formó un día;
Obras de su mano fuisteis,
Y desde entonces tuvisteis
Tan estrecha compañía,
Y es vuestra amistad tan buena
Y su amor tan estimado,
Que suele de su pecado
Llevar primero la pena,
Y también de la victoria
Que él á sus pasiones quita,
Mientras que no resucita,
Tú sola llevas la gloria.
En efecto, como á hermanos
Dios á un tiempo os forma y toca:
Tú eres soplo de su boca
Y él es barro de sus manos.
Un compuesto os hizo Dios,
Y vuestra unión es de suerte,
Que no es otra cosa muerte
Sino apartaros los dos.
En cuanto juntos estáis,
El hombre es hombre; tú ausente,

El cadáver que no siente;
Y por aqueso os amáis,
Y es tal vuestra compañía,
Que tú sientes sin pasiones;
Sin que el hombre halle razones
De aquesta filosofía.
Mira, pues, si yo he nacido
De esta unión, cuando jamás
Tu propio amor yo negara (1).

ALMA.

Yo confieso que ha tenido
Extraña dificultad,
Pero muchos se dejaron
Que á sí mismos se negaron
Para seguir la verdad;
Y si la hermosura inclina
Á un amor tan peligroso,
¿Quién ha sido más hermoso
Que David, que Caterina,
Que Josef, que Magdalena,
Y les faltó esta pasión?

AMOR PROPIO.

Más hermoso fué Absalón.

ALMA.

Esa hermosura fué llena
De soberbia, que nació
De ti; á su padre dió guerra:
Afectos fueron de tierra
Que en la muerte le faltó,
Pues vino á morir con ella
En el aire atravesado
Con una lanza, y colgado
De sus hermosos cabellos.
Y aquel Rey vanaglorioso
De quien hablaba Ezequiel
De su amor ciego, y con él
Tan soberbio como hermoso,
¿No castigó su locura
Dios con extraño rigor,
Porque tuvo propio amor
Nacido de su hermosura?
Tirano hiciste á Adonías,
Del profeta David hijo,
Y á otro por ti maldijo
Oseas.

AMOR PROPIO.

Al fin porfías
Á dejarme.

ALMA.

¿No fingió
La antigüedad que un altivo
En el cristal fugitivo
De una fuente se miró,
Y allí á sí mismo se quiso
Tanto, que la fuente pura
Fué su espejo y sepultura?

AMOR PROPIO.

Es verdad, ese es Narciso.

ALMA.

Pues elegir quiero estado
Donde ya pueda negarse.

AMOR PROPIO.

En efecto, ha de casarse.

ALMA.

Á mi cabaña han llegado
Dos embajadores hoy;
Tu consejo espero.

AMOR PROPIO.

El mío,
Consejero, y tu albedrío,
Ni los tomo ni los doy;
Pero, dime, ¿son pastores?

ALMA.

Uno es pastor y otro rey.

AMOR PROPIO.

Entren los embajadores.

Salen el Conocimiento de sí mismo y el Deleite, cantando.

Canta.

DELEITE.

Serrana de aquestos valles,
Morena, pero hermosa,
Cuyas divinas facciones
Quema el sol que el cielo borda,
El rico mundo te quiere
Para dama ó para esposa;
Mira que el tiempo se pasa:
Coronémonos de rosas.
Corren hasta el mar los ríos
Y nunca á sus fuentes tornan.

Deja de cantar y prosigue representando.

Y así es nuestra humana vida;
Goza, serrana, sus glorias:
Zagala, hermosa y morena,
Á mí el Deleite me nombran;
Embajador soy del mundo,
Á quien tu rostro enamora;
Ya conoces su poder,
Pues su máquina redonda
En su mismo peso estriba,
Porque tiene fuerzas propias.
Largos mares son sus brazos,
Sus huesos peñas y rocas,
Sus miembros son las montañas,
Y la noche son sus sombras:
Sus ojos los claros días,
Son los volcanes sus bocas,
Los árboles sus cabellos
Que el Otoño enrubia y dora;
Las claras fuentes y ríos
Son las venas espaciosas,
Su vello la verde hierba
Que le alegra y que le adorna.
Cuando respira, es su aliento
La región del aire toda;

---

(1) Falta la rima.

Y es el llover del invierno
Que por tus amores llora;
Oro sus entrañas crían,
Sus brazos cristal y aljófar,
Sus venas cristales puros,
Su vello apacibles rosas.
Esta es su ilustre materia;
Y son su gallarda forma
Repúblicas y naciones,
Ya juntas, ó ya remotas:
Reinos, leyes y costumbres,
Ya tiranas ya piadosas,
Son el Alma deste cuerpo
Que su bello rostro adora.
Seis mil años es su edad,
Pero tan mozo está agora,
Que en los sucesos, parece
Que tiene la edad muy corta.
Es hermoso como rico,
Que consta de varias cosas,
Y es señor de la riqueza,
De los gustos y las honras;
De todo, al fin, será dueño.
Elige, hermosa pastora,
Un esposo tan bizarro;
Que tendrás mil envidiosas.

AMOR PROPIO.

Nunca tendrás descontento
Con tal dueño y tal señor.

ALMA.

Hable el otro embajador.

CONOCIMIENTO.

Yo soy el Conocimiento
De sí mismo, que de parte
Del Hijo del Hombre vengo:
La razón por madre tengo,
Y así puedo aconsejarte.
Son, pastora, tus ganados
Pensamientos divertidos
Que se apacientan perdidos
En montañas de cuidados;
Parecen velo de grana
Sus labios tan de coral,
Y como dulce panal,
Destilan miel soberana;
De paloma son sus bellos
Ojos, que dan afición;
Rebaños de cabras son
Sus dientes y sus cabellos.
Sus mejillas son, si adviertes,
De tórtola; su garganta,
Torre de David, que espanta
Con las armas de los fuertes;
Huele su vestido á incienso,
Y así, á rostro tan hermoso
Es conveniente un esposo
Manso, hermoso, sabio, inmenso.
El mundo y su monarquía
Inmortal su fin aguarda,
Y así, pastora gallarda,
Quedarás viuda otro día.
Si es tu origen celestial
Y el mundo en su pompa es sueño,
Elige existente dueño
Porque has de ser inmortal.
Con este Esposo divino
Tendrás más sabiduría
Que el gran Salomón tenía;
Que es verdad, vida y camino.

AMOR PROPIO.

Mira, hermana, que es celoso
Y da vida desabrida:
Si quieres alegre vida,
El Mundo ha de ser tu esposo.

ALMA.

Al Hijo del Hombre quiero
Porque es pastor como yo,
Y á su imagen me formó
Nuestro autor.

DELEITE.

Mira primero
Que es poderoso enemigo
El Mundo.

CONOCIMIENTO.

El Hijo del Hombre
Hará que tiemble y se asombre.

ALMA.

Suya soy.

CONOCIMIENTO.

Yo se lo digo.

Vase el Conocimiento.

DELEITE.

Cuando á su cabaña sienta
Los preciosos escuadrones
Del Mundo y de sus pasiones,
¿Quién duda que se arrepienta?
Cuando lleves tus ganados
Paciendo hierbas amargas,
Y estén en las noches largas
Esos ojos desvelados;
Cuando tres contrarios veas
Dándole guerra cruel
En ese monte, y en él
Te falte lo que desèas,
Echarás, ingrata, menos
Flores cuyo olor admira,
Que es aliento que respira
Favonio en valles amenos;
Echarás menos los vivos
Arroyuelos que le ofrecen
Plata, y culebras parecen
De cristales fugitivos;
Los pastos de alegre tierra
Te faltarán, necia y loca.

ALMA.

No los quiero.

DELEITE.

Al arma toca.
¡Guerra, Mundo! ¡Guerra! ¡Guerra!

Vase el Deleite y tocan al arma.

AMOR PROPIO.

Negar piensas este día
Tu propio amor y pasión,
Y no pudo Salomón
Con todo lo que sabía.
Seis horas solas estuvo
Adán sin mí; el propio amor
Era el afecto mayor
Que de ángel soberbio tuvo.
Advierte, pues, lo que pasa;
Que hoy has elegido esposo
De condición tan celoso,
Que me ha de echar de su casa.
Sin mí no podrás hallarte,
Y es tan estrecho camino
El que eliges, que imagino
Que al principio has de cansarte.

ALMA.

La Razón, que mucho sabe,
Me ha dicho, porque le quiera,
Que es su carga muy ligera,
Y que es su yugo suave.
Enamorada estoy ya,
Que es mi amado rubio y blanco,
Y manirroto es muy franco;
Muéstrame, Amor, dónde está:
En qué valle, en qué floresta
Apacienta su ganado;
Á dónde está recostado
En el calor de la siesta.
Hijas de Jerusalén,
Si viéredes á mi Esposo,
El amado y el hermoso,
Decid que le quiero bien.
Decidle que ya le adoro,
Que su amor roba las almas,
Que sus cabellos son palmas
Y su cabeza fino oro.
En su huerto, el dueño mío
Coge los lirios y aromas,
Y sus ojos son palomas
Á las márgenes del río.
Mas ya he escuchado su voz:
Saltando viene mi amante
Por los montes, semejante
Al cervatillo veloz.
Sus facciones soberanas
Él mismo, hermoso, me muestra,
Tras de aquella pared nuestra,
Por resquicios y ventanas.

Sale el Esposo.

ESPOSO.

¡Ya me habla, ya la veo;
Date priesa, dulce esposa!
¡Ven, mi amiga, ven, mi hermosa,
Porque abrazarte deseo!
El invierno desabrido,
Que en aquestos montes llueve
Ya mariposas de nieve
Y ya cristal derretido,
Ausente está, y han salido
En el valle tantas flores,
Que tórtolas, ruiseñores,
Celebran la primavera;
Brotando está la higuera,
Las viñas dan sus olores.
Dale á tu esposo y amado
Tus abrazos muy estrechos,
Pues son mejores tus pechos
Que uno y otro olor preciado.
Es tu nombre derramado
Óleo, y así las doncellas
Aman tus facciones bellas,
Y con ser yo luz del mundo,
Su resplandor sin segundo
Vence al sol y á las estrellas.
¡Qué de suspiros me cuestas!
¡Qué de veces te he rondado,
Dejándome mi ganado
Perdido entre esas florestas!
¡Cuántas calurosas siestas
El sol te daba reflejos,
Estos arroyos espejos,
Los cedros alegre sombra,
. . . . (1)
Y yo divinos consejos!
¡Ay, esposa! ¡Ay, Alma mía,
Al fin, al fin te he hallado!

Abrázanse.

ALMA.

Como la tez me ha quemado
El sol del ardiente día,
Negra estoy, aunque hermosa,
Y no es mucho que esté así,
Si guarda de viña fuí.

ESPOSO.

¿Cuándo el Mayo ha visto rosa
Nacida en ásperas zarzas,
Con más beldad que tú enseñas?
Ni el blanco lirio en las peñas,
Ni las palomas y garzas
Tuvieron tal hermosura.
Esposa, ¿me has de querer?

ALMA.

¡Más que á mí!

ESPOSO.

Si eso ha de ser,
Tu propio amor es locura.
¡Celos tengo, amor me abrasa!
Mira si querrán los cielos,
Que á quien me mata de celos
Tenga dentro de mi casa.
Échale, esposa, de aquí.

ALMA.

¿Tú no le puedes echar?

ESPOSO.

Acción que es tan singular,

(1) Falta un verso.

Quiero que nazca de ti.

ALMA.

Amor propio.

AMOR PROPIO.

¿Qué me quieres?

ALMA.

Que te vayas.

AMOR PROPIO.

Mira, pues:
No te arrepientas después,
Que es condición de mujeres
Ser á primer movimiento
Fácil, y desde hoy te expones
Á resistir tus pasiones.

Vase el Amor propio.

ESPOSO.

El divino vencimiento,
Esposa, de esta victoria
De enemigos invisibles,
Coronas inaccesibles
Te promete allá en mi gloria.
Y aunque pobre te parezco,
Debajo de este pellico
Vive un corazón tan rico,
Que el mismo cielo te ofrezco.
Mío es el mar, mío es
Cuanto al principio cubrió;
Que mi palabra le echó
Las prisiones en los pies;
Y porque te cause espanto,
Yo doy sustento suave
Á la fiera, al pez, al ave
Que invocan mi nombre santo.
Conmigo estás desposada,
Y esos ojos de los cielos
No vuelvan, dándome celos,
Á ver la vida pasada.

ALMA.

Mi entendimiento te adora;
Tus facciones celestiales
Estimo.

ESPOSO.

Salid, zagales,
Á recibir la pastora
Más hermosa que vió el valle.

Salgan los Músicos de pastores, y cantando.

MÚSICOS.

Del Líbano viene
La divina esposa;
De zafir y rosa
Dos guirnaldas tiene.

—

Sea bienvenida
La bella zagala,
Que á su esposo iguala
En la estrecha vida.
Darán la comida,
Banquete solene
En fe milagrosa;
De zafir y rosa
Dos guirnaldas tiene.

Vanse.

Tocan la caja, y salen el Mundo y el Deleite.

MUNDO.

De las montañas caldeas
El aquilón no derriba
Con mayor ímpetu y furia
Las verdinegras encinas,
Ni en el mar braman los vientos,
Ni el Nilo se precipita
Con la furiosa corriente
De mi cólera excesiva;
Guerra daré á sangre y fuego
Á la esposa, haciendo liga
Con la carne y el demonio.
¿Qué fuerzas hay que resistan?
¿Cómo es posible, ¡alma ingrata!
Que menospreciado viva
El Mundo con tus desdenes,
Si eras otro tiempo mía?
Apenas, Alma, te vi
En el umbral de la vida,
Cuando te di mis deleites,
Mis fiestas, mis alegrías.
¿Cómo me dejas por otro?
Tu mismo Esposo decía
Que es gusano y que no es hombre,
¡Mira tú por quién me olvidas!
La libertad de mis leyes,
El oro que en mí se cría,
Y de mis venas la sangre,
La humana y sacra codicia,
La variedad de mis reinos,
Las verdes tapicerías
Que teje la primavera
Y borda con perlas finas:
El alba, los anchos mares,
Con ciudades movedizas,
Cuyas azules espaldas
Rompen casas peregrinas:
Los peces, que en sus entrañas,
Sepultura de hombres fría,
Hacen círculos de plata,
Y no suenan ni respiran:
Las aves, que hacen sus alas
Remos y velas tendidas,
Y las lóbregas regiones
Del aire surcan aprisa:
Todo en dejarme, lo dejas;
Mira si es poca desdicha,
Que por una vida pobre
Pierdas hoy cosas tan ricas.
Esposo tienes celoso,
De condición tan esquiva,
Que por un descuido sólo
Te dará muerte algún día.

Oza diga su rigor,
La mujer de Lot lo diga,
Que por mirar y tocar
Perdieron las dulces vidas.
Guerra te he de dar cruel;
Á tus cabañas embistan
Ejércitos de pasiones
Que á muchos fuertes derriban:
Los leones de soberbia,
Los lobos de la avaricia,
Con los perros de la gula
Y los tigres de la ira,
Los bueyes de la pereza,
Los sátiros y las ximias
De la lasciva torpeza,
Y los linces de la envidia,
Acometan á esta ingrata,
Cuya hermosura divina
Espanta aún á los infiernos
Y á los ángeles admira.

DELEITE.

Mundo rico y poderoso,
¿Por qué no la solicitas?
Primero con tus regalos
Festéjala algunos días:
Dale músicos y ronda,
Supuesto que la porfía
Allana dificultades
Y torres altas inclina.
¿Cómo, galán, la pretendes?
Porque si está arrepentida,
Será adúltera á su esposo.

MUNDO.

Discretamente me avisas;
Traele músicos, Deleite,
La Curiosidad la escriba,
El Interés la regale,
La Desvergüenza la pida;
El Ocio le dé ocasión,
El Amor propio la siga;
Que yo rondaré entretanto
Esta cabaña pajiza.

Salgan los Músicos.

MÚSICOS.

Despertad, ojuelos verdes,
Que á la mañanita dormiréis.
Si el mundo no os da cuidados,
Y en él no estáis divertidos,
Despertad, soles dormidos,
No parezcáis eclipsados.
Á vuestros enamorados
Haced, señora, mercedes;
Que á la mañanita lo dormiredes.

—

Gustad del Mundo esta vez,
Almas, que es grande inocencia
Hacer tanta penitencia
En una tierna niñez.
Remitidla á la vejez,
Gozad vuestros años verdes;
Que á la mañanita lo dormiredes.

Salga el Alma á la ventana.

ALMA.

¿Quién así me ha desvelado
En medio del dulce sueño?

MÚSICOS.

Un galán que, aunque formado
De la voz de vuestro dueño,
De vos está enamorado.
Quien primero se llamó
Vuestro, y quien daros espera
El pago que á todos dió.

Cesa la música.

ALMA.

¿Es el Mundo?

MUNDO.

¿Quién pudiera
Desvelaros sino yo?
Tornad, Alma, á la alegría.
¿Por qué no os aprisionaron
Cuando un jarro de agua fría
En la cabeza os echaron,
Que hasta entonces fuisteis mía?
Volved á la edad pasada
Si el esposo no os agrada.
Verdad es que, á mi pesar,
Ninguno os puede llamar
La bella mal maridada;
Pero mayor libertad
Tendréis en el reino mío:
Reinarán la voluntad,
Suelto andará el albedrío
Por el ocio y vanidad;
Levantaránse por mí
Nuevos deleites; que ansí
Amor mis fuerzas inclina,
Que es vuestra imagen divina
De las más lindas que vi.
Si agora os ven afligida
Vuestros ojos peregrinos,
Dejad la senda elegida,
Id por los anchos caminos,
Que tengo para la vida.
Los recelos y temores
Del esposo pierde ansí
Quien gusta de mis favores;
Haced elección en mí
Si habéis de tomar amores.
Haber elegido estado
No os dé temor de manera
Que no sintáis mi cuidado,
Pues no seréis la primera
Que á su esposo ha adulterado.
Amad, pues, para que ansí
Os divirtáis, que yo fuí
Quien más gusto os supo dar,

Y si alguno habéis de amar,
Sol, no me dejéis á mí.

ALMA.

Ya, Mundo, se ve mi vida
Como una batalla fuerte;
La voluntad afligida,
Á la memoria divierte
De la razón desasida;
Menos hecha al propio amor,
Mi carne siente el vigor
De esta vida, y yo lo siento,
Y ciego el entendimiento,
No acierta á darme favor.
Á ley sin regalos vengo,
Acuérdame la memoria
Tu Deleite, y si detengo
Su rigor, la vanagloria
Me dice que fuerzas tengo.
Al fin, Mundo, yo quisiera
Tratarte, mas que esto fuera
Sin que dejara á mi esposo
De todo punto.

MUNDO.

Dichoso
Seré ansí.

ALMA.

¿De qué manera?

MUNDO.

Verte podré disfrazado.

ALMA.

Pues yo te espero y me voy;
Que lo siento desvelado.

Vase.

MUNDO.

Digo, Deleite, que soy
Venturoso enamorado;
Favores de esposa ajena
Más se deben estimar
Que de libre ó propia; ordena
Cómo podamos entrar
En su casa.

DELEITE.

Enhorabuena.

MUNDO.

Sirenas que á la memoria
Del Alma engañáis también,
Cantad, y la vanagloria
Venga á darme el parabién
De tan singular victoria.

Cantan los Músicos.

MÚSICOS.

La más bella niña
De aqueste lugar,
Hoy está arrepentida
Y ayer por casar.
Libre era la niña,
Mas su libertad
Sujetó á un esposo,
Que es Dios inmortal:
En tanta abstinencia
La ha obligado á estar,
Y ella á los deleites
No olvida jamás.
La verdad seguía,
Ya empieza á pecar,
Que hoy está arrepentida,
Y ayer por casar.

Vanse.

Salen el Alma y el Esposo.

ESPOSO.

Alma, tu melancolía
Nace de alguna inquietud;
Que siempre da la virtud
Al espíritu alegría.
¿Cuándo, dulce esposa, viste
Algún piloto escapar
De las tormentas del mar,
Que en la ribera esté triste?
¿Cuándo, incierto peregrino,
Que en el campo se perdió,
Tuvo tristeza, si halló
Ó la ciudad ó el camino?
¿Y cuándo en la noche obscura,
Quien ninguna cosa vía,
Sintió falta de alegría
Con los rayos de luz pura?
¿Ni en los sedientos pastores
Cuándo viste pena igual
Si ven fuentes de cristal
Bordadas de varias flores?
¿Pues cómo no te divierto
De aqueste triste accidente,
Siendo yo la luz, la fuente,
La ciudad, camino y puerto?
Si es porque yo á tus ganados,
Que obras son y pensamientos,
Prohibo algunos intentos
De entrar en pastos vedados,
Valles tienes muy amenos;
Al de Josafat desciende,
Donde tu fe viva entiende
Que yo he de premiar los buenos.
Si quieres monte Tabor,
Puedes subir, y en su cumbre
Gloria hallarás que te alumbre
Con divino resplandor.
Si acaso te agradan más
Sombras de árboles á ti,
Sube al Calvario, que allí
La de mi cruz hallarás.

ALMA.

Dulce Esposo, aunque es verdad
Que esos pastos me convienen,
Los primeros actos tienen
Alguna dificultad;
Después me hallaré mejor,

Que con vos he estado poco;
Dice el loco: guarda el loco.

Dicen dentro.
Salgan el Mundo, con hábito de loco, y el Deleite.

DELEITE.
Dame, Engaño, tu favor.
Rabadán rico y famoso,
Dijéronme que tenía
Tu esposa melancolía,
Y así que, loco gracioso,
Que ningún truhán le iguala,
Traigo porque la entretenga.

ALMA.
Muy enhorabuena venga.

MUNDO.
Quizá sea enhoramala.

ALMA.
¿Cuánto, Dios, ha ya que estás
Loco así?

MUNDO.
Yo te confieso
Que sólo he tenido seso
Cinco ó seis horas no más.

ALMA.
¿Qué edad tienes?

MUNDO.
Seis mil años
Y algunos más.

ALMA.
Ya eres viejo.
¿Y estás furioso?

MUNDO.
No dejo
De causar á veces daños.

ALMA.
¿Con tal edad no estás cuerdo?

MUNDO.
Son mil años vanidad;
Y así, mientras más edad,
Más el seso y razón pierdo.
Deciros pudiera, á fe,
Vuestro Esposo lo que pasa;
Una vez entró en mi casa;
Preguntad cómo le fué.

ALMA.
¿Cuánto estuvo en ella?

MUNDO.
¿Cuánto?
Treinta y tres años estuvo,
Y todo ese tiempo tuvo
Hambre, sed, dolor y llanto.

ALMA.
¡Mal tratas á tus amigos!

MUNDO.
No lo fué, que si lo fuera,
Muchos regalos tuviera.
Una vez me pidió higos,
Y no se los quise dar.
¡Cómo se enojó!

ALMA.
¿Qué dijo?

MUNDO.
Unas higueras maldijo.
Otra vez, viéndole estar
Cierto compañero mío
Con hambre, piedras le dió.

ALMA.
¿Y mi Esposo las comió?

MUNDO.
¡Oh qué gentil desvarío!

ESPOSO.
Oye, loco.

MUNDO.
Cuerdo, diga.

ESPOSO.
Si tú furioso no estás,
Entretenerme podrás
Á mi esposa y dulce amiga;
Que bien nos compadecemos
Algunas veces tú y yo.

MUNDO.
¿Y ha de seguirme?

ESPOSO.
Yo no.
Viciosos son los extremos:
Bien es que oiga tus locuras,
Pero que de ti se ría,
Porque es necio el que confía
En la cosa más segura.

MUNDO.
Más que vos tengo ganados.

ESPOSO.
Esos se llaman perdidos;
Los míos son escogidos,
Aunque pocos.

MUNDO.
Pues llamados
Me faltan á mí.

ESPOSO.
¿No ves
Que lo que yo he desechado
Solamente es tu ganado?

MUNDO.
¡Cuántas ovejas, después
De ser vuestras, mías son!

ESPOSO.
Dióles roña y desechélas;
No tienes perro, ni velas.
Ovejas de maldición
Son las tuyas, y perdidas.
¿Quién á un loco reconoce?

MUNDO.
Una hurté yo de las doce
Que tuvisteis escogidas.
Siete ciudades había
Donde os cupo solamente
Una ovejuela inocente:
Pienso que Lot se decía;
No sé por qué os alabáis;
Y perro tengo también

Que velar sabe muy bien.
ESPOSO.
¿Y cuál es?
MUNDO.
El que miráis.
Tú, Deleite, ladra un poco.
DELEITE.
Si está cordera despierta,
¿Qué me darás?
MUNDO.
Cuando muerta,
El pellejo.
ALMA.
¡Es lindo el loco!
¿Cómo ladras?
DELEITE.
De esta suerte.

Tañe.

ALMA.
¡Qué dulcemente me suena
Tu música!
MUNDO.
Y es sirena
Que da, cantando, la muerte.
ALMA.
¡Como has dicho pocas gracias!
MUNDO.
¡Qué mal que me has conocido!
Siempre mis cosas han sido
Desventuras y desgracias.
Ayer ninguna hermosura;
Que vario todos me llaman,
Y son locos cuantos aman
Mis cosas, que ésta es locura.
Los reinos, las dignidades,
Las riquezas, la ambición,
Son locuras: todas son
Vanidad de vanidades.
Cuando el mercader procura
Con su ganado dinero
Igualar al caballero,
¿No es locura?
ALMA.
¡Y gran locura!
MUNDO.
Hallarse en la edad madura,
Desde el bozo en esperanza
De un bien que tarde se alcanza,
Y alcanzado poco dura;
Pasar la mar no segura
Con hidrópica codicia,
Que después será avaricia,
¿No es locura?
ALMA.
¡Y gran locura!
MUNDO.
Cuando de acción se murmura
Del que manda, del que priva,
Sin saber en lo que estriba,
¿No es locura?
ALMA.
¡Y gran locura!
MUNDO.
Preciarse de su hermosura
La mujer, no siendo fuerte
Contra la edad y la muerte
Yuna débil calentura;
Si pudre su dentadura
La mujer que se deleita
En afeitarse, y se afeita,
¿No es locura?
ALMA.
¡Y gran locura!
MUNDO.
Del laurel, que siempre dura,
Pretenden los ignorantes,
Porque juntan consonantes
Sin arte, ciencia y cultura;
Si maldicen su ventura,
Idiotas, por mil resquicios,
Porque no alcanzan oficio,
¿No es locura?
ALMA.
¡Y gran locura!
MUNDO.
Siendo así, pues, quedan pocos
Á quien locura no doy;
Mas dicen que loco soy.
ALMA.
Sino que.....
MUNDO.
Jaula de locos
Ándase de muchos modos,
Pero el ordinario es.. ..
ALMA.
Andar todos al revés,
Y tras mí se vienen todos.
ESPOSO.
Esposa, un rato divierte
Con el loco tu tristeza,
Pero con tal fortaleza,
Que no te cause la muerte.
Sirva el escucharte un poco
De darme gracias á mí,
Y de que adviertas ansí
Cuánto va de cuerdo á loco.
Yo me voy, mas no me alejo,
Que siempre estaré contigo;
Este loco es tu enemigo;
Porque burles de él te dejo.

Vase.

MUNDO.
Y vos podéis, buen pastor;
Que la esposa está segura.
ALMA.
¿De qué nació tu locura?
MUNDO.
Agora nace de amor.

Yo, aunque tengo por oficio
Ser loco disimulado,
Vos, señora, habéis triunfado
De mi vida y mi jüicio;
El Mundo soy.

Quítase el capirote.

ALMA.
¡Mundo mío,
Dame los brazos!
MUNDO.
Daré
Mi reino, y tuyo seré
Desde el austro al polo frío.
ALMA.
De mirarte ansí, me río.
MUNDO.
La novedad te admiró,
Que si no he vestido yo
Este sayo ajironado,
El vestido me ha faltado,
Pero la locura, no.
¿Quieres venirte conmigo?
ALMA.
Temo á mi Esposo, de suerte
Que le imagino en la muerte
Un riguroso enemigo.
MUNDO.
Si amas ya por el castigo,
No es el amor verdadero;
La vez que seguirte quiero
Me da pesar la memoria,
Y á la pena y á la gloria
Va el pensamiento ligero.
Confunde la voluntad,
La memoria y el olvido,
Y el deleite apetecido
Me obscurece la verdad.
DELEITE.
Con mucha facilidad
Seguirás tu inclinación.
ALMA.
Poderosa es la ocasión;
La razón va de vencida.
DELEITE.
Alegra esa triste vida.
¡Muera, muera la razón!
ALMA.
Siendo yo mujer casada,
Á gran peligro me pones.
DELEITE.
Goza algunas ocasiones
Del Mundo, pues que te agrada.
ALMA.
Soy vuestra criatura honrada.
DELEITE.
Antes que vuelva tu Esposo
Podrás volver.
ALMA.
Temo y oso.
MUNDO.
Venza al temor la osadía,
Y más que puede otro día
Perdonarte; que es piadoso.
ALMA.
¿Qué me dices, Voluntad?
«Que te vayas.» ¿Tú, Memoria?
«Que escojas ó pena ó gloria.»
¿Vos, Razón? «Que esto es verdad.»
¿Tú, Entendimiento? «Piedad
Tiene tu Esposo y rigor.»
¿Tú, Apetito? «Que es mayor
La piedad del ofendido.»
¿Vos, Temor? «Que has consentido.»
Pues el Mundo es vencedor,
¡Victoria, Mundo, victoria!
Tuya soy, seré tu dama.
MUNDO.
Pesaréle; después llama (Aparte.)
Al Ocio y la Vanagloria:
Cantad de mi amor la historia,
Y mi dama se reciba
Con baile y música.
DELEITE.
¡Viva
Con las que fueron hermosas!

Salgan los Músicos y pónganle una corona de rosas al Alma.

MÚSICOS.
Coronémosla de rosas,
Pues que es la edad fugitiva.

Cantan:

Haciendo está el Mundo loco
Llorar y reir,
Y trae la esposa
De aquí para allí.

—

Era la fe de la esposa
Blanco diamante y zafir,
Esmeralda la esperanza,
Y su caridad rubí;
Ya no son piedras preciosas,
Porque se pierden así
Las virtudes de las almas
Que al Mundo quieren seguir.
Haciendo está á los mortales
Llorar y reir,
Y trae á la esposa
De aquí para allí.

Vanse.

Sale el Esposo.

ESPOSO.
¿Quién amando reposa?
No puedo estar ausente de mi dama.
Despierta, dulce esposa:

Pues que la Iglesia la ampara.

ESPOSO.

¿Qué voces tan poderosas,
Para detener la espada
De la divina Justicia,
Amor y piedad me causan?
Vencido vuelvo, Justicia.

JUSTICIA.

No lo estoy, que aunque la guarda
La Iglesia, vive la culpa,
Porque no está perdonada.
¡Guerra, guerra!

Suena la caja.

Música.

Paz, paz dichosa y santa
Á los hombres en el suelo,
Y gloria á Dios en el cielo.

Cesa.

ESPOSO.

Justicia, vencido torno.

JUSTICIA.

Católica Iglesia sacra,
Que el dragón de la herejía
Tienes postrado á tus plantas:
¿En qué fundas tu clemencia?
¿Qué dolor, que tiernas lágrimas
En esta adúltera has visto?
¿Sólo porque á ti se vaya,
Te opones á mi rigor?
Si tus ministros no hablan,
La ejecución no la impidas
De la muerte desta ingrata.

IGLESIA.

Ya ves mi poder, Justicia,
Pues de la cárcel te sacan
Mis ministros á los reos.
Madalena y Paulo bastan:
Raro ejemplo. Si es así,
¿Cómo estás tocando al arma,
Cómo te opones agora
Contra mis fuerzas?

JUSTICIA.

Si calla
El delincuente, no puede
Defenderla.

IGLESIA.

Esposa, llama
La Eucaristía y Penitencia.

ALMA.

¡Santa Penitencia, vaya
En mi favor, dame ayuda!

Salgan en los dos tirantes la Eucaristía y la Penitencia.

PENITENCIA.

De la inmunidad sagrada
La esposa debe gozar;
No cortes ya su garganta.

EUCARISTÍA.

La espada de la Justicia
Vuelva el Esposo á la vaina
De la gran Misericordia.

ESPOSO.

¿Morirá, Justicia, el Alma?

JUSTICIA.

Vencida estoy; ya no puede,
Porque si esas dos le amparan,
Mis fuerzas quedan rendidas.

ESPOSO.

Y viviendo quien me agravia,
¿Quedas satisfecha tú?

JUSTICIA.

Mediante las muchas llagas
Tuyas, estoy satisfecha.

ESPOSO.

Y mi esposa perdonada;
Abre los ojos hermosos,
¡Divina esposa! levanta.
¿Ofenderásme otra vez?

ALMA.

No, mi señor.

ESPOSO.

Pues abraza
Al que de amores has muerto,
Y al que ofendiéndole matas.

ALMA.

¡Soy tu esclava!

ESPOSO.

Aquí da fin
La clemencia en la venganza.

FIN.

EL TUSÓN DEL REY DEL CIELO

(INÉDITO)

AUTO FAMOSO SACRAMENTAL

QUE ES INTITULADO

EL TUSÓN DEL REY DEL CIELO

COMPUESTO POR

LOPE DE VEGA CARPIO

(INÉDITO)

PERSONAS QUE HABLAN EN ÉL

El Contento.
El Rey del cielo.
El Príncipe de roma.
Diego.
Juan.
La Emperatriz del cielo.
El Amor.
El Caballero calabrés.
El Pueblo hebreo.
La Madre de san juan.
La Iglesia.

Sale el Contento solo.

CONTENTO.

Allá va de dos la una,
Pueblo de Dios, noble pueblo,
Que nadie sabe quién soy,
Por más que me mire atento.
Es imposible entenderme,
Pues yo mismo no me entiendo,
Porque soy lo que no soy,
Y en ningún ser permanezco.
Tanto soy como nonada,
Pues todos por mí dijeron:
¿Tiénente los reyes? No:
¿Tiénente los papas? Menos.
Allá dijo un bachiller
Que á la moneda parezco,
Que á todos á tiempos falta
Y á ninguno sobra á tiempos.
Mucho os he dicho de mí:
Ya entenderéis los discretos,
Sin ser Esfinges Tebanos,
Que soy, diré lo, el Contento.
¡Malo estaba de saber!
Yo soy aquel que no tengo
Consistencia en cosa alguna;
Que está mi centro más lejos.
Imaginen con qué traje
Pudiera venir á veros;
Que soy imaginativo
Si estoy en cosas del suelo.
Quise venir como rey,
Y dije: Si á veces vemos
Triste á un rey, no viene bien
Vestir de rey al Contento.
Quise venir como papa,
Y dije: Si los sucesos
Del mundo un papa entristecen,
Aunque es el lugar supremo,
¿Para qué quiero vestirme,
Pues que me mudo tan presto,
Pontificales tiaras,
Siendo yo inmortal Contento?
Pues vestírme, como veis,
Al uso galán moderno,
Por no ser mártir, no quise,
De un vestido estrecho y nuevo.
Pues el hábito de dama,

¡Malos años! que no quiero
Quitarme por ningún caso
La cara que Dios me ha hecho.
En hábito de letrado
Era también mayor yerro,
Porque cuando saben más
Dicen que los premian menos.
De soldado fuera bien,
Mas andan tan descontentos,
Que, siendo el Contento yo,
Pienso que ninguno de ellos
Me prestará su vestido.
Luego quise tomar presto
El traje de un hombre rico,
Pero no le hallé contento.
De necio quise vestirme,
Y fuera discreto acuerdo,
Pues sólo en cosas del mundo
Puede estar contento un necio.
En fin, viendo un labrador
Sin pretensiones, sin miedos,
Sin lisonjas, sin agravios,
Sin vanidad, sin deseo,
De labrador me vestí,
Y á hacer estas fiestas vengo,
En que dicen que pretende
El divino Rey del cielo,
Para conquistar la tierra
Y pasar, de amores muerto,
Por el mar de su Pasión,
Ordenar un orden nuevo
Que del Tusón dicen que es,
Que debe de ser cordero;
Dando renta en pan y vino
Á sus nobles caballeros:
Todos los quise decir,
Pero ya sale él con ellos.
¡Oh, qué contento que estoy!
Que el comer causa contento;
Porque si engañado Adán,
Perdió el contento comiendo,
Comiendo tendrán sus hijos
Contento, gracia y remedio.

Entran el Rey del cielo, el Príncipe de Roma y los duques Diego y Juan.

REY.
Para conquistar, amigos,
La Tierra Santa, aunque fué
Maldita, y los enemigos
De la paz y de la fe
Rendir á iguales castigos,
Quise en aquesta ocasión,
Como veis, instituir
Esta Orden del Tusón.

PRÍNCIPE.
Señor, no hay más que decir
De que tus grandezas son.
La tierra que fué maldita,
Desde que naciste en ella
Quedó sagrada y bendita,
Pues que las espinas de ella
Tu pie divino marchita;
Que ya en florida belleza
Han de trocar su aspereza,
Supuesto que subirán
Desde las plantas de Adán
Á tu divina cabeza.

REY.
Pedro, Príncipe de Roma,
Sobre quien mi Iglesia fundo,
Que asiento en mi piedra toma,
Con que el poder del profundo
Deshace, aniquila y doma:
Yo he de pasar este mar,
Y pues quiero conquistar
Por armas la Casa Santa,
Tanto mi amor adelanta
Cuanto me voy á embarcar.
Amándoos siempre, era bien
Amaros más en el fin.

PRÍNCIPE.
En la gran Jerusalén
El trono y el querubín
Gracias, Rey del cielo, os dén;
Que dejando á vuestra Esposa
Tal renta de pan y vino,
Con orden tan misteriosa,
Seguro lleva el camino
Para la ciudad gloriosa.

REY.
Juan, secretario seréis
De esta Orden que instituyo,
Pues águila parecéis.

JUAN.
En puro amor restituyo,
Señor, el que me tenéis.
Vos sabéis lo que yo os quiero.

DIEGO.
No hay, gran Señor, caballero
En la corte de la tierra,
Que no os ame, y á esta guerra
No os ofrezca el limpio acero.

REY.
Diego, así lo entiendo yo.

CONTENTO.
Entre alguno, que aquí están;
La madre, Señor, llegó
De los duques Diego y Juan.

REY.
Entre.

CONTENTO.
Á nadie dice de no.

Entra la Madre de Dios.

MADRE.
Deme Vuestra Majestad
Los pies.

REY.
Levantad del suelo.

¿Queréis algo?

MADRE.

La bondad
De tu pecho, Rey del cielo,
Y de mi amor la piedad
Me obliga, pues persuades,
Á pedirte una merced.

REY.

Han de hacer mercedes
Las majestades; prosigue.

CONTENTO.

¿Ella no es mujer? (1)
Pues pedirá necedades.

MADRE.

Que á mis hijos Diego y Juan (2)
Sientes en tu reino luego
Que esté en paz la guerra vuestra,
Á la diestra y la siniestra
Tuya, Señor. Esto ruego.

REY.

No sabéis lo que pedís.

CONTENTO.

Ya lo dije yo.

REY.

¿Podréis,
Pues de grandes presumís,
Beber mi cáliz?

JUAN.

Bien veis,
Pues en las almas vivís,
Divino Rey, que podemos,
Y que mil vidas pondremos
Por vos en esta jornada.

DIEGO.

Y yo le haré de la espada,
Si entrar en la guerra os vemos.

REY.

De vuestro amor puro y tierno,
Que le beberéis confío;
Mas como es suyo el gobierno,
Daros el reino no es mío,
Sino de mi Padre eterno.
Id en buen hora, que quiero
Pensar ya que del cordero
Comience la institución,
Cómo ha de ser el Tusón,
Y dar la traza primero.

MADRE.

Alaben tus maravillas
Los ángeles.

PRÍNCIPE.

Mal hicieron,
Pues tú los altos humillas.

CONTENTO.

¿Sillas tan presto pidieron?
Pues tendrán los Duques sillas;

(1) Este verso no consta.
(2) Este verso ni los cuatro anteriores no están rimados ni constan dos de ellos.

Que Juan la tendrá en el pecho
Del Rey, cuando esté cenando,
Y Diego en España.

Vanse. Queda el Rey solo.

REY.

Estrecho
Mar, ya me voy embarcando,
En fuego de amor deshecho;
Pero el Orden militar
En que instituyo el Tusón,
Donde me pienso quedar,
Ha de ser alta invención,
Y antes de entrar en el mar,
¿Con quién lo consultaré?
Claro está que con mi Amor.
¡Amor!

Sale el Amor.

AMOR.

¡Señor!

REY.

¿Cómo haré
Este Tusón, que mejor
En él me quede y me dé;
Porque ya me quiero ir
Á la conquista, y morir
En ella es alto decreto
De mi Padre?

AMOR.

En efeto,
¿Le queréis instituir
De mi voto? Pues sois vos,
Dios de Dios, deciros quiero
Que se labre entre los dos
Y yo; ó si no, Dios de Dios,
Sea la suya un cordero
Pues sois cordero de Dios.
Este por vos, en que os deis
Al hombre que tanto amáis,
Para que os vais y quedéis,
Porque os quedéis cuando os vais,
Pues que como Dios podéis.
Por mí será la cadena
Del Tusón, pues ha de estar
De mil eslabones llena,
Con que se pueda sacar
Fuego con golpes de pena;
Darán, aunque pedernales,
Las almas, centellas tales,
Que las encienda el acero
De vuestro amor verdadero,
En que dejaréis señales;
Que ese eslabón inmortal,
Dios de Dios, con quien sois vos
Igual, hará efecto tal,
Porque los golpes de Dios
En piedras hacen señal.
Por vuestra cruz dos bastones
Cruzados; tendrán también
Pedernales y eslabones,

Porque en el Tusón estén
Vuestros mayores blasones;
Que el aspa de San Andrés,
Aunque es suya, vuestra es,
Que vos moristeis primero.

REY.

¡Divina traza!

AMOR.

Así quiero
Que se forme de los tres,
Cruz y cordero y amor,
Porque ningún caballero
Goce sin cruz su valor,
Pues es la vuestra, cordero,
Cruz y encomienda mayor.
Vuestro Padre os encomienda
Esta empresa, y nadie entienda
Que del Tusón podrá ser
Si no la piensa tener
Como soberana prenda;
Que si por Jerusalén
Vais con la cruz del Tusón,
Que os sigan con ella es bien
Los que caballeros son,
Y que la llamen también.
Pedro, Felipe y Andrés
La llevarán los primeros,
Y otros después de los tres,
Que Acacio y sus compañeros
Irán con cruces después;
Pues visible ó invisible,
Sin cruz será inaccesible
Vuestro reino, que aun á vos,
Con ser el Hijo de Dios,
Sin ella no fué posible;
Que puesto que le roguéis
Que si es posible la pase,
Con ella quiere que entréis
Y que en su paso os traspase
Todo el rigor que sabéis.

REY.

Amor, bien me ha parecido
La invención que aquí me has dado,
Que como de Amor ha sido,
Y me parto enamorado,
Me quedo y me he partido:
Es la institución mejor
Que jamás se imaginara,
Ni puede haberla mayor.
Mas ¿quién sino Amor hallara
Tan alta invención de amor?
Yo me voy á instituir
El Orden en estos doce
Que ahora me han de seguir.

Vase el Rey solo.

AMOR.

De veros entrar se goce
Tierra en que vais á morir.
Canta, fuerte Capitán,
El triunfo, aunque estos crueles
Que ahora arrojando van
Oliva, palma y laureles,
Presto la muerte os darán.
Divinas grandezas son
Ver que con tanta humildad
Instituyáis el Tusón.

Entra el Contento.

CONTENTO.

¡Aves del cielo, cantad!
¡Esferas, hacedle el son,
Que pues vuestro movimiento
Es música, bien podéis!

AMOR.

¿Á dónde vas tan contento?

CONTENTO.

¡Si lo soy, Amor! ¿No veis
Que de contento reviento?

AMOR.

Mas ¿qué es de la institución
De este divino Tusón?

CONTENTO.

¿Quién mejor que vos lo sabe?
¡Con qué tono dulce y grave
Comienza la Confesión!

AMOR.

Piensa el pecado de Adán
Y los yerros que por él,
Contento, en el mundo están.

CONTENTO.

Ya pido de ellos perdón,
Perdón al segundo Adán;
Pero Amor, ¿no veis que besa
El altar y santa mesa?

AMOR.

El deseo significa
Que á la unión del Verbo aplica,
En tan soberana empresa,
La naturaleza humana.

CONTENTO.

¿Qué capilla soberana,
Introito y *Kyrie eleison*
Hay en aqueste Tusón?

AMOR.

Piensa en el divino *Hosanna*
Que á su santo advenimiento
Dirían los Padres.

CONTENTO.

¡Gloria
Cantan!

AMOR.

Pues piensa, Contento,
La gloria de la memoria
De su santo nacimiento.

CONTENTO.

¡Con qué dulce gravedad
Dominus vobiscum dice!

AMOR.

Piensa que Su Majestad
Se muestra humano y bendice
Á vuestra gentilidad.

CONTENTO.
Ya dice tres oraciones.
AMOR.
La Trinidad considera;
Dale gracia por los dones
De darte á Cristo.
CONTENTO.
La esfera
Celeste es toda canciones.
¡Oh, qué divino concierto!
AMOR.
En la Epístola te advierto
Que pienses en el Bautista,
Que esta bendita conquista
Predicaba en el desierto.
CONTENTO.
Ya pasan el libro.
AMOR.
Piensa
Cómo pasa por su ofensa
Del pueblo hebreo al gentil.
CONTENTO.
¡Bien hace; que es gente vil
Y es su ingratitud inmensa!
AMOR.
En el Evangelio advierte
La ley de gracia: en el Credo
La gente que se convierte.
CONTENTO.
Ahora llamarme puedo
Contento, en tan alta suerte:
La hostia ofrece.
AMOR.
Imagina
Con qué presta voluntad
La de su Padre adivina.
Obedece.
CONTENTO.
Con piedad
Los ojos al Padre inclina:
Orate fratres nos dice (1).
AMOR.
Piensa que va (2)
De Jerusalén á Efrén.
CONTENTO.
El Prefacio dice ya.
AMOR.
Piensa que en Jerusalen
Le han hecho el recibimiento.
CONTENTO.
Ya está el Rey en el *Memento.*
AMOR.
La oración del huerto piensa,
Y que por la humana ofensa
Le baña sudor sangriento.
CONTENTO.
Sobre el cáliz extendió
Las manos.
AMOR.
Preso le advierte.
CONTENTO.
¡Qué bendiciones le echó!
AMOR.
Piensa en la cruz de su muerte.
CONTENTO.
Ya el Cordero en alto alzó.
AMOR.
¡Así en la cruz que padece!
CONTENTO.
Ya el cáliz.
AMOR.
La sangre santa,
Mira, que á su Padre ofrece.
CONTENTO.
¡Ay, Amor! ¡Viendo que es tanta,
Mi contento se entristece!
AMOR.
En el segundo *Memento*
En el sepulcro le miro;
Ya al *Pater noster* atento
Sus peticiones admiro.
CONTENTO.
Todo aumenta mi cuidado.
Paz dice ya.
AMOR.
Considera
Á Cristo resucitado.
CONTENTO.
La hostia parte. ¡Ah, quién fuera
Tal que alcanzando un bocado,
En el cielo se convierta!
El *Agnus* dice.
AMOR.
El Tusón
Que enseñó San Juan, y quita
Por medio de su Pasión
Los pecados, solicita
De los del mundo el perdón.
Ya se da á los doce.
CONTENTO.
Allí
Hay uno que no me agrada,
Aunque el Tusón tiene en sí.
AMOR.
¡Qué Orden tan bien fundada!
CONTENTO.
La Emperatriz viene aquí.

Entra la Emperatriz del cielo con vestido blanco, manto azul por los hombros y una corona imperial.

EMPERATRIZ.
Pues, Amor, ¿qué hace el Rey?
AMOR.
El Tusón instituyó,
Con que todo el sello echó
Su amor, su gracia y su ley;
Pero por el interés
Del ejemplo que después
Ha de dar tal perfección,

(1) Este verso no rima.
(2) No consta.

Á los doce del Tusón
Los ha lavado los pies.

EMPERATRIZ.

¡Qué bien en Su Majestad,
Rey, en efecto, del cielo,
Para el ejemplo del suelo
Luce esa santa humildad!
Nunca ha mostrado su amor
Como en aqueste favor
Que á los suyos hoy les da;
Mas como está de partida (1),
Muéstrase en ella mayor.
Id, Amor, á estar con Él,
Aunque de Él nunca os partís.

AMOR.

De lo que os amo inferís
Que vivo, Señora, en él.

Vase el Amor solo.

CONTENTO.

Alta Emperatriz del cielo,
Madre de su Rey, que al suelo
Le bajaste con un sí:
Hoy está el Contento aquí.

EMPERATRIZ.

Conozco tu justo celo.

CONTENTO.

¡Bien haya ese vientre santo
Que nos dió tan lindo fruto,
Pues ha quitado el tributo
Que oprime los hombres tanto!
¡Pardiez! Cuando vos paristeis
Al Príncipe que nos disteis,
Yo vine lleno de amor,
En figura de pastor,
Que bien sé yo que me visteis;
Canté, bailé, Virgen bella,
Y representé también
La loa, y el parabién
Que os daba la tierra en ella.
Con los reyes viene allá:
Todos sus presentes vi;
Pero en la circuncisión
Me fuí, porque era callar
De tristeza, para mí (2);
Yendo Cristo, bien quisiera
Ir con vos, y sabe Dios
Que fuera como con vos;
Temor de Herodes no fuera:
No hay contento con temor.

EMPERATRIZ.

Téngole ahora mayor
En esta conquista y guerra.

CONTENTO.

Señora, importa á la tierra
Que la tenga tanto amor;
Bien sabéis que Simeón
Su dolorosa Pasión
Os predijo en aquel templo.

EMPERATRIZ.

Ya viene el divino ejemplo
De humildad y perfección.

Entra el Príncipe de Roma y los duques Diego y Juan y el Caballero de Calabria y el Rey del cielo; traigan todos los Tusones sobre las capas.

PRÍNCIPE.

Aquí está, mi Soberano,
La Emperatriz mi señora.

REY.

¡Oh, Princesa de los cielos!

EMPERATRIZ.

¡Divino Rey de la gloria!

REY.

¡Oh, qué bien me parecéis
Con esa corona hermosa!

EMPERATRIZ.

Vos á mí con el Tusón,
Hijo, que el pecho os adorna.

REY.

¿Sabéis que estoy de partida
Á la conquista famosa
De la Tierra Santa, Madre?

EMPERATRIZ.

Ya el alma el peligro llora.

REY.

Es fuerza: pasaré el mar
De mi Pasión rigurosa,
Embarcado en una tabla
Para mi grandeza angosta;
Es un árbol que me lleva
Por vela, que mi persona
Ha de colgar de su entena,
Y por cinco partes rota;
Los peñoles son los clavos,
Azotes, martillo, esponja,
Lanza y corona de espinas,
Las jarcias, trizas y escota.
Desde aquí voy á mi guerra,
Puerto y ribera arenosa,
Para el golfo que me espera.
Dadme, soberana Aurora,
Los brazos, y Dios os dé
Consuelo.

EMPERATRIZ.

En tantas congojas
Sólo Dios es mi consuelo,
Y vase el consuelo ahora.
¡Ay, Hijo de mis entrañas!
¿Podrá ser que no las rompan
Imaginaciones tales?
Si Madre el mundo me nombra
De misericordia y gracia,
¿Cómo para vos, mi gloria,
Podrán ahora faltarme
Piedad y misericordia?
Á la guerra vais, mi Hijo;
Dejáis vuestra Madre sola,
Sintiendo vuestras heridas

(1) Falta la rima.
(2) En esta quintilla falta también la rima.

Como madre y como esposa;
Mi carne lleváis por arma,
Mas si ha de romperse toda,
Desde la planta al cabello,
¿Qué hará quien tanto os adora?
¡Lo que he criado en mis brazos
En las manos afrentosas
Se ha de ver de gente infame!
¡Ay, y qué triste memoria!
Pues deciros que os guardéis
No puede ser, pues importa
Á vuestro mismo valor
Y á vuestra imperial corona.
Moriréis, Hijo, no hay duda,
Y pues es tan cierta cosa,
¿Cuándo os verá vuestra Madre?

REY.

¡Blanca azucena, paloma
Cándida, torre, ciprés,
Palma, oliva, fuente, rosa:
Vos veréis cómo venciendo
La muerte, la victoriosa
Espada de mi Cruz santa
En la mano vencedora,
Os visito y doy mis brazos!

EMPERATRIZ.

Esa palabra reporta
Mi amoroso sentimiento.

Tocan cajas á leva.

REY.

Caballeros, ya nos tocan
Á leva: á embarcar.

PRÍNCIPE.

Señor,
Si llega ocasión que ponga
Mano á la espada por vos,
Vos veréis que Pedro sobra
Para un ejército solo.

REY.

Ahora, Pedro, blasonas,
Y después serás cobarde.

PRÍNCIPE.

Llegue el tiempo de las obras;
Que á la cárcel y la muerte
Iré contigo.

JUAN.

Enarbola,
Señor, la bandera santa;
Que como tú te dispongas
Á la muerte, al más cobarde
Verás que el esfuerzo dobla.

REY.

Al huerto quiero llevar
Sólo al Príncipe de Roma,
Con los duques Diego y Juan.

CALABRÉS.

¡Hasta en el Tabor los nombra,
Para que su gloria vean!

CONTENTO.

Ya la envidia le apasiona
Al calabrés Caballero;
¿Á quién Magdalena enoja
Ungiendo los pies del Rey?
Que el precio de la olorosa
Confección daba á los pobres,
Y eran los pobres su bolsa;
Así en el mundo se usa,
Que hay muchos hombres que roban
El mundo con esta capa.

DIEGO.

Ya con la salva y zaloma
Te espera la nave santa.

REY.

¡Adiós, mi Madre piadosa!

EMPERATRIZ.

¡Él va con vos, Hijo mío,
Y yo quedo entre las olas
Del mar de mi amargo llanto!

CONTENTO.

Su despedida amorosa,
Siendo el Contento, me ha hecho
Llorar de pena y congoja.

Vanse todos, despidiéndose con cortesía de la Emperatriz, y quedan allí el Calabrés y el Contento.

CALABRÉS.

Muy descontento he quedado.

CONTENTO.

Yo, amigo, soy el Contento;
Gran Tusón, gran Sacramento,
Tenéis del pecho colgado.

CALABRÉS.

¿Qué se me da de eso á mí,
Que codicioso nací?
¿Y éste qué puede valer?

CONTENTO.

Más que el cielo, pues el ser
Del mismo Dios tiene en sí.

CALABRÉS.

¿Es éste más que un cordero?

CONTENTO.

Es un cordero de pan
Que á los del Tusón le dan....
¡Mas vos no sois caballero!

CALABRÉS.

Caballero calabrés
Me llaman.

CONTENTO.

Soislo después
Que asistís en esta corte.

CALABRÉS.

¿Qué puede ser que me importe,
Éste que es uno y es tres?

CONTENTO.

El uno es Dios; ¿qué, os parece
Que puede haber quien le iguale?
Pues en haciendo el tres, vale:
Todo el cielo le obedece.
Dios es Dios, Padre increado,
Que cuanto veis ha criado;

Hijo con dos nacimientos,
Sin tiempo y con tiempo.

CALABRÉS.

Atentos
Nuestros oídos han estado
Á lo que se dice de Él.

CONTENTO.

Lo que habéis visto, mirad;
Pero ¿qué os digo? Dejad
Los misterios que hay en Él;
Pero como no creéis,
El espíritu tenéis
De otro que de allá cayó,
Dentro en vos: presumo yo
Que en el rollo pararéis.

CALABRÉS.

¡Por Dios! Hermano, yo quiero,
Pues se me ofrece ocasión,
Vender aqueste Tusón.

CONTENTO.

¿Vender queréis el cordero?
¡Notables borrachos tiene
La Codicia!

CALABRÉS.

Pues que viene
El pueblo hebreo á ocasión,
Yo he de vender el Tusón
Que cielo y tierra mantiene.

CONTENTO.

¡Éste sí que es caballero!
¡Oh, bellaco Galalón!
Por el oro del Tusón
Quiere vender el cordero.

CALABRÉS.

Que yo no entiendo quién es.

CONTENTO.

¿Sus milagros no habéis visto?

CALABRÉS.

Sé que este Tusón es Cristo.

CONTENTO.

Y yo que sois calabrés.

CALABRÉS.

Aquí viene un gran platero.

CONTENTO.

El Pueblo hebreo es de fama.

CALABRÉS.

¡Ah Pueblo hebreo!

Sale el Pueblo hebreo.

HEBREO.

¿Quién llama?

CONTENTO.

El verdugo del cordero.

HEBREO.

¿Quién es?

CALABRÉS.

Yo soy.

CONTENTO.

Que me creáis,
Si sois vos quien le compráis,
Habiéndole deseado.

HEBREO.

Yo sé bien que no ha llegado.

CONTENTO.

Mentís, que viéndole estáis.
Leed á vuestro David,
Consultad vuestros profetas,
Y cumplidas y perfetas
Las que os han dicho advertid.
¡Oh hideputa, judío,
Siempre incrédulo!

HEBREO.

Porfío
Con razón.

CONTENTO.

Otra vez miente.
Hizo Dios aquella fuente,
De su sed copioso río,
En los desiertos de Sin,
Y aquí hizo cinco fuentes,
Y no pueden sus corrientes
Poner á sus deudas fin.
Pues mirad la del maná,
Ya que el cordero les da.

CALABRÉS.

Yo no sé si aquesto es oro,
De divinidad tesoro,
Que sobre el imperio está.
El Tusón venderos quiero,
Sea oro ó sea cordero.

HEBREO.

Tocaréle yo, y veréis
Ese que á vender traéis.

CALABRÉS.

Venga el toque; que aquí espero.

HEBREO.

Aquí le trae un criado.

CONTENTO.

¡Bravo! ¡Lo que habéis hallado!
Tristeza hacerme queréis,
Siendo el Contento.

CALABRÉS.

Hoy veréis
Qué vendo y qué habéis comprado.

Sale el Criado con una fuente, y en ella una corona de espinas, unos clavos y azotes.

HEBREO.

Mostrad, señor, el Tusón
Al Pueblo hebreo.

Quita el cordero de la cadena.

Tócole en estos azotes.

CONTENTO.

¿Que de eso no te alborotes,
Corazón de Faraón?
¡Soy el Contento, y en lloro
Baño mis ojos, y tú
Del Santísimo Jesú
Tocas en azote el oro!

CALABRÉS.

¿Qué descubre?

HEBREO.

Humanidad.

CONTENTO.

Perro, toca con más tiento
Su divino nacimiento;
Verás su divinidad,
Pues aquí le adoran reyes.

HEBREO.

En un pesebre de bueyes
Descubre ser hombre.

CONTENTO.

Amor
Muestra su humildad mejor
Y el ejemplo de sus leyes.

HEBREO.

Si fuera Dios, él viniera
Como rey.

CONTENTO.

¿Pues para qué,
Si pretende vuestra fe?
¡Pues entonces no lo fuera!
Mirad que de doce años
Enseña á vuestros doctores.

CALABRÉS.

Toca otros oros mejores,
Si en éstos presume engaños.

HEBREO.

Tócole en esta corona
De espinas: aquí se muestra
Hombre.

CONTENTO.

¡Qué crueldad la vuestra!

HEBREO.

Parte ninguna le abona,
Pues es todo sangre humana,
Que le traspasa el cerebro.

CONTENTO.

Si la cabeza no os quiebro
Por esa envidia villana,
Es porque ese fanfarrón,
Que tales sus manos son,
De león hizo de oveja,
Que os ha de pegar la oreja
Como al otro bellacón.
Tocadle en volver en vino
Las hidras de Architeclino,
Y veréis si Cristo es Dios;
Pero de otro estáis los dos
Hechos un cuero sin tino.
Mirad á cuántos ha dado
Pies, ojos, lenguas y oídos,
Que aun exteriores sentidos,
Eso que ven y han tocado
Quieren ahora negar.

HEBREO.

Volverle quiero á tocar
En estos vanos, y ver
Si es Dios.

CONTENTO.

¿Su divino ser
Con clavos queréis herrar?
Erraréis, que lo que pende
Es carne; que el ser divino
Ninguna pena le ofende.
Aunque es la cruz el camino
Por donde todo se entiende.
Si es Hijo de Dios, diréis
Que descienda de la cruz.
¿Pues cómo veréis la luz
Del oro que pretendéis?
El que á vosotros salvó,
Diréis que se salve á sí.
¿Pues cómo sabréis así
Los quilates que tocó?
Mirad que hartó por dos veces,
Con pocos panes y peces,
Tantos hombres.

HEBREO.

¡Qué porfías!

CONTENTO.

¿Y un muerto de cuatro días,
Es vano, infames jüeces?

HEBREO.

Ser hombre ha mostrado aquí.

CONTENTO.

¿Los clavos lo dicen?

HEBREO.

Sí.

CONTENTO.

No sin ocasión, llorosa,
Crueles llamó la Esposa
Los clavos.

HEBREO.

El precio di.

CALABRÉS.

Treinta dineros.

HEBREO.

Pues toma.

CONTENTO.

Rasgó el perro el privilegio.
Á fe que del sacrilegio
No os vais á absolver á Roma.
¡Oh bellaco, quién pensara
Que siendo ya caballero,
Vendiera el santo cordero;
Y más que fué cara á cara!
Y bien dijo, que son dos
Las que un traidor siempre tiene;
Que si á vender el pan viene,
Vende la cara de Dios.
¡Cosa extraña, que un traidor,
De dos caras que ha tenido,
La una de ellas haya sido
La de su Dios y Señor!
Ya se van el Pueblo hebreo
Con el vendido Tusón,
Y el infame Galalón
Con el precio del empleo.
¿Por treinta reales le das?
¿Hay semejante locura?
Pues el oro sin la hechura,
¿No vale más? ¿Y qué más?

Más que vale cielo y suelo,
Pues la hechura es precio tanto,
Que fué el Espíritu Santo
Su artífice desde el cielo.

Vanse. Entra el Rey y los del Tusón y el Amor.

REY.

Queriendo depositar,
Caballeros, la preciosa
Joya del Tusón, mi Esposa
La debe y quiere guardar.
Sabed que quiero dejar
En la Iglesia mi Tusón
Por señal de mi aflicción;
Y porque su confianza
Tenga en prenda esta esperanza
De la inmortal posesión.
Quede en su custodia y guarda
Mi persona, caballeros,
Por tesoros verdaderos
Por los que en el cielo aguarda,
Que mientras el premio tarda,
Los que son, los que serán,
Este socorro tendrán
De quien los rige y sustenta,
Porque del Tusón la renta
Ha de ser en vino y pan.
En este pan soberano,
Cordero de oro y Tusón,
Tendrán todos los que son
De él y del orden cristiano
Tan cierto el bien, que á la mano
Y á la boca se les venga;
Pero es bien que se prevenga
De limpieza en tal comida,
Que dará, puesto que es vida,
La muerte al que no la tenga.

PRÍNCIPE.

Rey soberano del cielo,
Bien se conoce, Señor,
La fuerza de vuestro amor
En este divino celo.
Cielo, Purgatorio y suelo,
De este pan se alegrarán;
Todos las gracias os dan,
Y más los que del Tusón
Serán, como los que son,
Con renta de vino y pan.
La mano en este cordero,
Juro de seros leal,
Aunque flaqueza mortal
Hizo cobarde mi acero;
En vuestro santo madero
Moriré con gran firmeza,
Y en señal de que flaqueza
No habrá en mi pecho después,
Donde pusisteis los pies
Pondré, Señor, la cabeza,
Porque los pies hacia arriba
Mostraré que, desde el suelo,
Quiere caminar al cielo
El que en vuestra cruz estriba;
Que el peso no me derriba,
Antes, Señor, me levanta
Á gloria y grandeza tanta,
Que pienso ver mi bajeza
Donde sirva de cabeza
Para vuestra Esposa santa.

REY.

Pedro, conozco tu fe,
Aunque la fe te faltó,
Porque quien tanto lloró,
Digno de mis brazos fué;
Amor, al trance llegué
Que tenías deseado:
Hoy queda depositado
En la Iglesia mi Tusón.

AMOR.

Joyas, Rey del cielo, son
Como de tal desposado;
Venid, para que le deis
Tan soberano tesoro,
Y ese cordero de oro
De los pechos le colguéis.
Que ni más darle podéis,
Ni hay menos en vos que en Dios;
Pues á Dios igual sois vos,
Y así, en casamiento igual,
Decid, Corte celestial:
Para en uno son los dos.

Cantan esto:

La Esposa divina
Y el Rey del Tusón,
Para en uno son;
Á casarse van
La Iglesia y el Rey,
Con la nueva ley
Que á sus hijos dan;
Es renta de pan
Y vino el Tusón:
Para en uno son.

Vanse entrando, y quedan el Amor y el Co

CONTENTO.

¡Á la fe, divino Amór,
Yo me muero de contento!
¡Ahora sí que lo estoy,
Que con esta renta tengo
Segura el arca del pan!

AMOR.

Aquel Sacerdote eterno,
Que, según el orden es
De Melquisedech supremo,
Instituyó del Tusón,
El que á tantos caballeros
Ha dado liberalmente;
Pero en este punto extremo
De su ausencia, en que con él
Á tanta fineza llego,
Quiere dejar el Tusón
Á su Iglesia, en cuyo pecho

Como custodia se guarde.

CONTENTO.

¡Oh, soberano Cordero,
Digno de abrir aquel libro
Sólo de las siete llaves (1):
Qué bien que pareceréis
En el cuello blanco y terso
De vuestra divina Esposa,
Y el ver el cristiano pueblo
Llegar á pedir os deis!

AMOR.

Es verdad, mas ¡ay de aquellos
Que se pongan, atrevidos,
El Tusón divino al pecho
Con falsas informaciones
Y traidores pensamientos!

CONTENTO.

Dios me libre, Amor, de ser
De esos Galalones ciegos;
Mas quiero ser centurión,
Fuente de lágrimas hecho,
Y decir: Yo no soy digno,
Cordero y pan de los cielos,
De que honréis mi casa pobre
Y ser caballero vuestro;
Mas vuestra santa palabra
Sabrá limpiarla primero;
Que información para Dios
Ha de ser limpia en extremo;

AMOR.

No la dió buena de sí
El calabrés Caballero.

CONTENTO.

Bien dices: vendió el Tusón,
Y vendióle al Pueblo hebreo.

AMOR.

El uno tuvo codicia,
Y el otro envidia.

CONTENTO.

¡Y qué ciego
Al comprador se ofreció
El bellaco despensero!

AMOR.

¡Pequé! dijo el Calabrés,
Y arrojóles los dineros.
¡Miráraslo tú! responden.

CONTENTO.

¡Oh, qué brava compra han hecho,
De un campo de peregrinos
Para sepultar los muertos!

AMOR.

¡Desesperado se parte,
Y un lazo se ha puesto al cuello!

CONTENTO.

Con el peso y con la rabia
Se quebró por medio el cuerpo.

AMOR.

Ya baja el alma, furiosa,

(1) Falta la asonancia.

Á los tormentos eternos.

CONTENTO.

¡Oh, qué juego de pelota
Ha de haber en el infierno!

AMOR.

¡Calla, que viene á las bodas
La hermosa Reina del cielo!

Entran los del Tusón con la Emperatriz, acompañándola.

DIEGO.

No podíades faltar,
Señora, á los casamientos;
Que habéis de ser la madrina.

EMPERATRIZ.

Hallarme presente quiero
Á las bodas de mi Hijo.

AMOR.

Ya, Señora, cielo y suelo
Á la fiesta se aperciben
Con sonoros instrumentos.

EMPERATRIZ.

En fin, Amor, has hallado
Invención de amor tan bueno;
Nuevo amor por nueva causa
De tan divinos efectos.

AMOR.

Hermosísima Raquel,
Honor del mundo y del cielo,
Emperatriz, hoy es día
Que vean todos que puedo
Con alta demostración
Llamar mi poder inmenso;
El Rey se casa: ya es hora
Que el cielo y la tierra atentos
Vean los dos desposados,
Y se cumplan mis deseos.

Haya un altar muy adornado y descúbrase una cortina y en una cruz se vea el Rey, arrimado, con una túnica morada, con una peana que estará donde suele estar el clavo, y enfrente, en los brazos de la cruz, los seis cálices, tres á una parte y tres á otra, y en un hierro uno al lado izquierdo. Salgan del costado del Rey siete cintas rojas, que todas den en los cálices. La Iglesia junto á él.

REY.

Iglesia, mi amada Esposa,
Hoy que el desposorio nuestro
Se celebra en mi partida,
Mis joyas dejarte quiero:
De mi amoroso costado
Salen siete Sacramentos,
Tesoros de mi Pasión;
Pon este anillo en tu dedo,
Que es de la ley de mi gracia
Y el oro de mi Evangelio.

IGLESIA.

Divino Rey y Señor:
Como mandáis, os acepto
Por mi Esposo y por mi amparo,

Por mi prenda y por mi dueño.

REY.

De la Orden que instituí,
Esposa, el Tusón os dejo;
Ángeles, dadle á mi Esposa,
Y dad las llaves á Pedro.

Haya otro altar á medio lado, y en él estén dos ángeles que traigan un Tusón grande, y en el cordero que está pendiente de él una forma blanca.

PRÍNCIPE.

Yo, Señor, pues que me hacéis
De esta prenda tesorero,
Tomo el cordero divino
Y á vuestra Esposa le llevo,
Que aquí está toda la corte
Para el acompañamiento:
Los grandes y vuestra Madre
La Emperatriz de los cielos.

EMPERATRIZ.

Hoy, divino Salomón,
Que en tal alto trono os veo,
Os vengo á pedir mercedes.

REY.

Reina, yo soy hijo vuestro;
No tengo más qué decir.

EMPERATRIZ.

Á vuestra Esposa dar quiero
Los brazos.

IGLESIA.

Y yo á postrarme
Á vuestras plantas desciendo;
Que vuestro Hijo y mi Esposo
Es sol de vuestros cabellos,
Yo, la luna de esos pies:
Pues con esto y mi contento
Da fin el Orden divino
Del Tusón del Rey del cielo.

Vanse todos por su orden, con que se da fin al famoso auto nuevo sacado del segundo original. Sacóle Ber.no de Gumiel, estudiante, en 18 de Mayo de 1623 años (1).

---

(1) Al fin del auto en hoja suelta se lee: «Auto famoso de Lope: fué sacado del segundo traslado que se sacó, en Madríd, y éste se sacó en Aranda á 17 de Mayo de 1623 por Ber.no de Gumiel, estudiante.»

AUTO FAMOSO SACRAMENTAL

DE

LA VENTA DE LA ZARZUELA

(INÉDITO)

AUTO FAMOSO SACRAMENTAL

DE

LA VENTA DE LA ZARZUELA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

(INÉDITO)

FIGURAS

El hombre.
La memoria.
La ignorancia, *villano.*
El pastor divino. } *Pastores.*
Contrición. } *Pastores.*
Penitencia. } *Pastores.*
Lascivia.
El olvido.
La noche.
El engaño. } *Bandoleros.*
El vicio. } *Bandoleros.*
El mundo. } *Bandoleros.*
Pastor rey.
Limpieza, *pastora.*
Pastores y pastoras, *los que hubiere.*

Entre el Hombre, la Memoria y la Ignorancia.

HOMBRE.

Memoria, amigo querido,
Buen consejero y criado,
Despertador del cuidado
Contra el descuidado olvido,
¿Por dónde tengo de ir
Seguro á Ciudad Rëal?
¿Qué camino principal
Debo, Memoria, seguir?
Dícenme que en el camino
Está la Sierra Morena,
De varios peñascos llena.
Soy desde Adán peregrino;
En Sevilla tomé puerto;
Del Oriente, en que nací,
Vengo, como ves, aquí,
De mi ignorancia cubierto.
Este necio me aconseja
Mil errores por instantes,
Á su nombre semejantes,
Y de la verdad me aleja.
Yo no le quiero escuchar.

IGNORANCIA.

Sois vos muy sabio y discreto,
Pues que tenéis, os prometo,
Edad que os brinda á pecar.
No tenéis vos la virtud
De David, y á Dios un día,
«Perdóname, le decía,
De mi loca juventud
Las ignorancias, Señor.»

HOMBRE.

El mismo perdón le pido
De haber mil veces caído
En tu ignorancia y error;
Y por eso á mi Memoria
Pido que más luz me dé.

MEMORIA.

Tú caminas por la fe
Á la Ciudad de la Gloria;
Que esta es la Ciudad Rëal;
Que las otras son fingidas;
Y ansí, es razón que despidas
Á quien te aconseja mal.
Con la fe que en el bautismo
Del mar donde te embarcaste,
En el Oriente tomaste
De tu nacimiento mismo,
Junta las obras, é irás

Á Ciudad Rëal seguro.

HOMBRE.

Eso, Memoria, procuro.

MEMORIA.

Pues no te olvides jamás
De lo que debes á Dios.

IGNORANCIA.

¡Buena necedad os pide!
¿Quién hay que de Dios se olvide?

MEMORIA.

Vámonos, Hombre, los dos.

IGNORANCIA.

Mira, Memoria, bien sabe
El Hombre lo que á Dios debe;
La libertad que le mueve
Tiene al bien y al mal la llave;
En el pagarlo está ello.

MEMORIA.

Pocos los que pagan son
Á Dios tanta obligación;
Jamás reparan en ello.
Recibe el Hombre de Dios
Alma á semejanza suya.

IGNORANCIA.

Y porque al olvido excluya,
También os recibe á vos.

MEMORIA.

Recibe al entendimiento
Y á la voluntad recibe,
Y un cuerpo en que el alma vive,
Que le da Dios de aposento;
Recibe un libre albedrío,
Dos apetitos también,
Para el mal y para el bien.

IGNORANCIA.

Vos sabéis cuál es el mío.

MEMORIA.

Recibe cinco sentidos,
Luego la edad, el sustento,
Por uno y otro elemento
Tantos bienes repartidos.
Comienza el Hombre á gastar
Potencias, sentidos, años,
En deleites, en engaños,
Y mándale Dios citar.
Muere, y parece propone
El recibo, el gasto advierte:
¿Qué diréis, pues, vida ó muerte?

IGNORANCIA.

La Memoria me perdone;
Que es por extremo cansada.

HOMBRE.

Calla, Ignorancia, si quieres.

MEMORIA.

¿Y tú sabes, di, quién eres?

IGNORANCIA.

Tal vez mi ignorancia agrada
Cuando algún pecado excusa.
Por lo menos en Adán
Bien sé que no me hallarán,
Pues que tuvo ciencia infusa.

MEMORIA.

El que peca es ignorante.

HOMBRE.

¡Qué bien con su desatino
Mi deseo y mi camino
Irán agora adelante!
Ea, Memoria, tratemos
De dejarle y caminar.

MEMORIA.

Siempre al fin te has de acordar
De lo que á Dios le debemos:
Mira el haberte criado:
Mira la conservación:
Y si justas deudas son,
Cómo estarás obligado
Por haberte redimido,
Y con tormentos tan graves
Que me espanto: si lo sabes,
¿Cómo me cubres de olvido?
Con aquestas tus memorias
Irás á Ciudad Rëal
Por camino principal.

IGNORANCIA.

Mas contalde las historias
Desde el principio del mundo,
Cuando hablaban las serpientes.

MEMORIA.

¡Ay, no serán diferentes
Del camino en que me fundo!
Sabe Dios derribar torres,
Ciudades sabe quemar,
Y mundos sabe anegar.

IGNORANCIA.

¡Oh, pues si los libros corres,
No querrás mejores cuentos
Para que paséis sin pena
Toda la Sierra Morena!

HOMBRE.

Ignorancia, mis intentos
Son diferentes de ti:
Aquí te quiero dejar.

IGNORANCIA.

¡Buen pago me quieres dar
De los años que os serví!
Ahora bien, hagamos cuenta
Que esto de servir á ruines
Siempre tiene malos fines.

HOMBRE.

Ése que me pierda intenta;
Pero mi nobleza es llana.

IGNORANCIA.

Qué, ¿tan bueno podéis ser?
¡Si érades lodo anteayer
Y seréis polvo mañana (1),
Y os lo acuerdan con ceniza!

HOMBRE.

Por eso Dios me autoriza,
Y entonces también me dan

(1) Falta el primer verso de esta redondilla.

Nuevas de que una Señora
Hidalga, desde el solar
De Dios, donde ha de reinar,
Vivió siempre y vive agora,
De tierra virgen daría
Fruto cuya humanidad (1)
Á su diestra juntaría,
Teniendo por escabelo
De sus pies sus enemigos.

MEMORIA.
De tu nobleza hay testigos
En la tierra y en el cielo;
Déjale, que es gran locura
Porfiar con ignorantes.

IGNORANCIA.
No irás sin pagarme antes.

HOMBRE.
Cuenta.

IGNORANCIA.
Excusarme procura.
Yo te di deleites.

HOMBRE.
Breves.

IGNORANCIA.
Honras del mundo.

HOMBRE.
Mentiras.

IGNORANCIA.
Sabrosas venganzas.

HOMBRE.
Iras.

IGNORANCIA.
Amigos grandes.

HOMBRE.
Aleves.

IGNORANCIA.
Yo regalos.

HOMBRE.
Liviandades.

IGNORANCIA.
Yo grandes fiestas.

HOMBRE.
Locuras.

IGNORANCIA.
Yo hermosuras.

HOMBRE.
Desventuras.

IGNORANCIA.
Yo mesas.

HOMBRE.
Enfermedades.

IGNORANCIA.
Yo soberbia.

HOMBRE.
Odio y tormento.

IGNORANCIA.
Yo ambición.

HOMBRE.
Mayores daños.

IGNORANCIA.
Yo pretensiones.

HOMBRE.
Engaños.

IGNORANCIA.
Yo adulación.

HOMBRE.
Fingimiento.

IGNORANCIA.
Págame.

HOMBRE.
Ya te he pagado.

IGNORANCIA.
Pues con el eco no más.

HOMBRE.
Con viento pagado estás,
Pues sólo viento me has dado.

Vase.

IGNORANCIA.
Fuése el traidor. ¡Oye, vuelve!
Yo tengo lo que merezco.

Entran Engaño, Vicio y Mundo.

ENGAÑO.
Á lo que digo me ofrezco
Si á dejarse se resuelve.

MUNDO.
Engaño, ya sé que tienes
Fuerza en derribar los sabios.

ENGAÑO.
Mundo, ya sé tus agravios
Y á lo que á buscarme vienes;
El Vicio traigo conmigo.
Pide: ¿Qué quieres? ¿Qué intentas?

MUNDO.
Háceme Dios mil afrentas
Si doy en andar contigo;
Y yo, Engaño, si verdad
Te digo, por ti me pierdo.

VICIO.
Siempre haber sido, me acuerdo,
Notable nuestra amistad;
Que el Mundo con el Engaño
Siempre la tienen de modo
Que al revés lo vemos todo.

ENGAÑO.
Yo me deleito en el daño.

VICIO.
La virtud aborrecéis,
Y á mí, el Vicio, me premiáis;
Á los dignos despreciáis,
Y á los indignos queréis;
Porque á los hombres engaña
La apariencia de tal suerte,
Que solamente la muerte

(1) Falta un verso en esta redondilla.

Tarde y mal los desengaña.

MUNDO.

El Hombre va caminando
Á la gran Ciudad Rëal,
Á la patria celestial
Que está el alma deseando,
Á que habéis de entrar los dos.

VICIO.

Gente hay aquí.

IGNORANCIA.

Y un criado
De los que el Hombre ha dejado
Para caminar á Dios.

MUNDO.

Ignorancia, ¿qué es aquesto?

IGNORANCIA.

Quiere ya el Hombre ser sabio;
Dejóme, y en vuestro agravio,
Desta manera me ha puesto.

ENGAÑO.

Si sabio quisiera ser,
Como allá en el Paraíso,
Que ser Dios sabéis que quiso,
¿Qué se pudiera temer?
Ea, trátese el Engaño
Para que el camino yerre
Y del cielo se destierre
Al profundo de su daño.
¡Lascivia!

LASCIVIA.

¿Qué es menester?

VICIO.

¡Qué presto acudió á tu voz!

ENGAÑO.

Ea, amigo, Engaño veloz.

LASCIVIA.

¿No tengo de responder
Si tú me llamas, Engaño?

ENGAÑO.

En esa Morena Sierra
Donde siempre el hombre yerra
Que viene de reino extraño,
Entrate de labradora,
Y de serrana del monte,
Hermosa y gallarda, ponte;
Que va caminando agora.
Deja el cortesano traje
Y encúbrete desa nube.

MUNDO.

Á nuestra cabaña sube,
Para que al tiempo que baje
Le engañe con tu hermosura
Y le prives de razón.

LASCIVIA.

Ya entiendo vuestra intención
Y lo que el Hombre procura.
¿Cómo me habéis de ayudar?

ENGAÑO.

En traje de bandoleros,
Con los pedreñales fieros
Del fuego en que ha de parar.

LASCIVIA.

Lazos cubrirán el suelo.

VICIO.

Al monte venid tras mí;
Yo sé la Sierra.

ENGAÑO.

Es ansí,
Pero no sabes el cielo.

Vanse, y queda la Lascivia.

LASCIVIA.

En vano el Hombre procura
Ir hoy á Ciudad Rëal,
Porque es peligro mortal,
Verde edad, la hermosura.
Llena está de salteadores
Sierra Morena, de suerte
Que está cubierta la muerte
Como el áspid en las flores.
Son ladrones, que hay entre ellos
Muchos de los que intentaron
(Aunque por ello trocaron
En víboras sus cabellos),
Hurtar á Dios el poder
Que les dió tormento eterno,
Y en galeras del infierno
Los ha mandado poner.
Son ladrones que robaron
Á David, á Salomón,
Con ganzúas de afición;
Ladrones que desnudaron
Una vez á dos jüeces
En el cuerpo de Susana;
Que no temen la edad cana
Ni las varas muchas veces.
Son bravos escaladores
De ventanas de doncellas,
Dinas y Tamares bellas,
Fuerzas y robos de amores;
Y dan tan sutiles tientos,
Que virtudes muy enteras
Andan en las faldriqueras
Hurtando los pensamientos.
Roban las cosas sagradas,
Al altar mismo se atreven,
Porque ni temen ni deben;
Que hay mil de orejas cortadas
Que, con estar señalados,
Saben cubrir el castigo.
¡Hola, Olvido! ¡Olvido amigo,
Quién tuviera tus cuidados!
¡Hola, Olvido!

Entra el Olvido.

OLVIDO.

¿Qué me quieres,
Que tales voces me das?

LASCIVIA.

¡Que siempre durmiendo estás!

Despierta.

OLVIDO.

Sí haré. ¿Quién eres?

LASCIVIA.

¿Ya tú te olvidas de mí?
Lascivia soy.

OLVIDO.

Bien te veo.

LASCIVIA.

Al Hombre, Olvido, deseo
Engañar.

OLVIDO.

¿Va por aquí?

LASCIVIA.

Por aquí dicen que va
Y á Ciudad Rëal camina,
Á aquella ciudad divina
Donde el bien eterno está.
Ventera me pienso hacer
De la Zarzuela.

OLVIDO.

Si enzarzas
Al Hombre en tus verdes zarzas,
¿Para qué me has menester?

LASCIVIA.

Para que salgas al paso
Y me le olvides del cielo;
Que lleva muy alto el vuelo.

OLVIDO.

Tú emprendes difícil caso
Mientras lleva la Memoria,
Que este camino le enseña.

LASCIVIA.

Ponte detrás de esa peña,
Y déjame la victoria.

OLVIDO.

En forma de cazador,
Y al hombro aquesta ballesta,
Le salgo al paso; tú apresta
Las armas de un loco amor.

LASCIVIA.

Voyme á vestir.

Vase la Lascivia.

OLVIDO.

Sólo puedes
Engañar de nuevo al Hombre,
Conforme has tomado el nombre;
Á tu laberinto iredes.
¡Ay de aquel que á tu cabaña
Venga á posar, salteadora
Que el Hombre engañado adora,
Circe de aquesa montaña!
Recogida en esta venta,
Pretendes que hoy te requiebre;
Daráslc gato por liebre,
Y pagará la pimienta;
Pero ya desciende aquí:
Con él la Memoria viene.

Salen el Hombre y la Memoria.

HOMBRE.

Ásperos peñascos tiene.

MEMORIA.

Pues no te apartes de mí.

HOMBRE.

Pienso que vamos perdidos.

MEMORIA.

No vamos sino ganados.

HOMBRE.

¡Qué riscos tan elevados!

MEMORIA.

Éstos son muy parecidos
Á los buenos pensamientos,
Que siempre á lo alto miran
Y al premio inmortal aspiran.

OLVIDO.

¡Qué le contará de cuentos!

MEMORIA.

En las cosas de la tierra
No has de sosegar jamás;
Que en ella de paso estás,
Y toda tu vida es guerra.
¿Por qué piensas que la punta
Del corazón de tu pecho
Está hacia abajo?

HOMBRE.

Si has hecho,
Memoria, aquesa pregunta
Como filósofo, digo.....

MEMORIA.

No lo digas, sino advierte
Que es por mostrar de qué suerte,
Estando sïempre, conmigo,
En la tierra, has de tener
La punta del corazón
No de asiento, porque son
Sus cosas un ser sin ser,
Y mostrando que ha de estar
Como no tocando en ellas.

HOMBRE.

Yo pienso pasar por ellas
Como las aves el mar;
Mas ¿no adviertes que después
Que en aqueste valle entramos,
Algo descuidados vamos?
¿Es este el camino?

MEMORIA.

Él es.

HOMBRE.

Mira que no es el rëal.

MEMORIA.

Aquí no hay otro mayor.

HOMBRE.

Allí he visto un cazador
Entre el espeso jaral.
¡Buen hombre! ¡El de la ballesta!
Llegaos acá.

OLVIDO.

¿Dice á mí?

HOMBRE.
Á vos, pues.
OLVIDO.
Pues veme aquí.
HOMBRE.
¿Qué tierra y qué senda es esta?
OLVIDO.
Esta es la Sierra Morena,
Fértil como un Paraíso,
Porque también de sus montes
Salen otros cuatro riscos;
No el Eufrates, Tigris, Ganges
Y el Sidón; que destos ríos
Sale el Lete, que soy yo,
Porque me llamo el Olvido;
El Aqueronte también,
Y por otro nombre el Vicio;
Con otros dos más pequeños,
El Flegetón y el Cocito,
Que llenos de amenos bosques,
Prados verdes y sombríos,
Fértiles márgenes, vienen
Á dar en el lago Astigio;
Están estos verdes sotos
Llenos de álamos, alisos,
Fresnos, sauces, lauros, hayas,
Bojes, murtas y lantiscos;
No hay fruta desde que Dios
La pera fértil maldijo:
Por eso guardo los pies
De ortigas, zarzas y espinos.
No hay que temer del manzano,
Eso es cuento muy antiguo,
Y á la vara del Moisén
Llevo otro fruto divino.
Volved los ojos, veréis
En mil regalados nidos
Las aves, y en verdes cuevas
Las fieras con tiernos hijos.
Todo es ninfas este bosque,
Donde mil bellos Cupidos
Tienden las purpúreas alas,
Con los ojos de Argos vivos.
Aquí no ha entrado el pesar;
Todo es gusto y regocijo,
Músicas, convites, fiestas.....
MEMORIA.
¡Hombre!
HOMBRE.
¿Llamas?
MEMORIA.
Á ti digo.
Ó es de la mucha vigilia,
Ó del cansancio del campo (1):
Yo me duermo.
HOMBRE.
Pues descansa;
Que yo haré luego lo mismo.

(1) Falta el asonante.

MEMORIA.
En este prado me tiendo.
OLVIDO.
Sobre esas flores y lirios

Vase la Memoria.

Te puedes echar, Memoria.
HOMBRE.
Mi Memoria se ha dormido.
¿Quieres tú, buen cazador,
Ir poco á poco conmigo
Á Ciudad Real?
OLVIDO.
Sí haré.
HOMBRE.
Porque pintas el camino
Como quien sabe la tierra.
OLVIDO.
Bajemos por esos mirtos.
HOMBRE.
¡Qué de cruces hay aquí!
OLVIDO.
Son de muertos peregrinos
Á manos de salteadores,
Bandoleros y moriscos;
Hay aquí bravos regalos,
Grandes deleites lascivos;
Aquí no estudia otra cosa
El codicioso Apetito.
HOMBRE.
Cierto que es camino fácil.
OLVIDO.
Hanle seguido infinitos.
Mira en aquel árbol verde
Trinando los pajarillos;
Mira aquella fuente clara,
Que por esos jaspes lisos,
Á quien se llega á beber
Tira pedazos de vidrio;
Mira aquellas verdes hiedras
Cómo cuelgan sus racimos
De los brazos de aquel olmo,
De puro amor amarillo.
HOMBRE.
Todo lo miro, y me alegra.
OLVIDO.
Aquí le dejo perdido.

Vase.

HOMBRE.
Nunca tal belleza he visto.
En el campo damasceno
¿Hubo más alegre sitio
Cuando Dios crió á mi padre?
¿Celebraron los antiguos
Huertos, pensiles ni hibleos,
Con más versos, con más himnos?
Pero tarde me parece;
La noche baja, tendido

El negro manto á la tierra.
¿Es este, Olvido, el camino?
¿Cuándo habemos de llegar
Á poblado? ¡Olvido, Olvido!
Olvidado se ha de mí.
¡En qué gentil laberinto
La noche me coge solo!
¡Muerto soy, yo soy perdido!

Entra la Noche con cuello negro y un rostro delante.

NOCHE.
¿Quién se queja?
HOMBRE.
¡Ay, cielo santo!
NOCHE.
La Noche soy, ¿qué te espantas?
HOMBRE.
¿Con obscuridades tantas
No quieres que tenga espanto?
¿Qué es de tus claras estrellas?
NOCHE.
No sé quién cayó del cielo,
Que trujo consigo al suelo
La tercera parte de ellas.
HOMBRE.
Pues Noche, ¿qué es de tu luna?
NOCHE.
Tiénela cierta Señora
Á sus blancos pies agora,
Y yo no tengo ninguna.
HOMBRE.
Noche, sin luna y estrellas,
¿Qué camino me darás?
NOCHE.
Cerca de poblado estás;
¿No ves el humo y centellas?
HOMBRE.
¿Pues hay venta por aquí?
NOCHE.
Zarzuela y Darazután.
HOMBRE.
¿Y están cerca?
NOCHE.
Cerca están.
¿No ves aquel humo?
HOMBRE.
Sí.
NOCHE.
Pues allí está una cabaña.
HOMBRE.
¡Oh, Noche! ¿Qué haré?
NOCHE.
Seguir
El humo.
HOMBRE.
Por humo es ir
Jornada.
NOCHE.
Ansí el mundo engaña.
Quien sigue cosas humanas.
Humo sigue, todo es humo.
HOMBRE.
Cielo sin humo presumo.
¡Mis esperanzas son vanas!
NOCHE.
Con la Noche te aconsejas.
HOMBRE.
¿Qué he de hacer?
NOCHE.
¡Qué sé yo!
HOMBRE.
Noche, Noche, ¿vaste?
NOCHE.
No.

Vase la Noche.

HOMBRE.
Aunque te vas, no me dejas.
¡Ha de la cabaña! ¡Ha, gente!

Salga la Lascivia de serrana, con patena.

LASCIVIA.
¿Quién llama?
HOMBRE.
Serrana hermosa,
Un hombre.
LASCIVIA.
En hora dichosa,
Aunque no es hora de gente.
¿Venís perdido?
HOMBRE.
Sospecho
Que habrá más de siete días
Que por tan diversas vías
No voy camino derecho.
No he comido el pan divino
En siete días y más;
Dejo mi Memoria atrás,
Que acompañándome vino.
Mi bestia, que cuerpo es,
Aun no ha comido cebada,
Y aunque viene desherrada,
Herrados tiene los pies.
Entre verdes laberintos
Perdí el camino rëal
De mi patria celestial,
De toda su luz distintos.
La Noche aquí me enseñó
Por el humo y las centellas
De vuestra cabaña.
LASCIVIA.
En ellas
Vivo eternamente yo.
Pero no tengas vergüenza:
De la bestia os apead:
Comeréis mi voluntad,
Que ya á serviros comienza,
Mientras otros mil engaños
Se quedan asando al fuego,

Y reposaremos luego
En nuestros mejores años;
Mi carillo, caballero,
No está ahora en el lugar,
Ni esta noche ha de tornar;
Mañana á yantar le espero:
Podrá ser que de los dos
Proceda cosa que sea
Tal, que diga quien la vea
Que nos la bendiga Dios.
Aunque según vais perdido
Y pródigo, al parecer,
Pobre hijo vendrás á ser
Del lugar en que has nacido.
Ea, subid, ¿qué teméis?
¿Veis? Allí está la cabaña.

HOMBRE.

Como voy por tierra extraña,
Serrana, no os espantéis;
Ya os voy siguiendo.

LASCIVIA.

Subid.

HOMBRE.

Mucho me alejo del cielo,
Porque este subir recelo
Que es bajar.

LASCIVIA.

Subid.

Ábrese la cabaña en dos puertas, y véase toda de llamas, y una boca de infierno en medio.

HOMBRE.

Oid:
¿Es esta vuestra cabaña?

LASCIVIA.

¿No lo ves?

HOMBRE.

¿Aquí he de entrar?

LASCIVIA.

Si sale de este lugar
El humo, la venta engaña.

HOMBRE.

Con temor entro.

LASCIVIA.

El temor
No es acto de fortaleza;
Á este fuego se adereza.
Entrad.

HOMBRE.

Ya bajo tras vos (1).

Entran por aquella boca los dos.

NOCHE.

Cual suele la Iglesia santa,
Que obsequias al muerto canta,
Pedir que le otorgue Dios
Luz eterna; ansí yo, muerto
Hombre que el Vicio engañó,
Noche eterna, digo yo,
De que te dejo cubierto,
Nunca te amanezca el día.

Entren el Olvido, el Mundo, el Engaño, con capas de bandoleros, bonetes colorados y pistolas.

ENGAÑO.

Quedo, Noche, ¿qué es aquesto?

NOCHE.

Bastante color honesto
Mi negra capa tenía,
Á no haber dado en cubrir
El hurto, injuria y venganza,
El amor, la destemplanza.
¡Y cuánto me hacéis sufrir!
¿Que no pasa en mí y por mí?
Entrad, que ya el Hombre queda
Donde vuestra ofensa pueda
Vengarse dél.

ENGAÑO.

¿Cómo ansí?

NOCHE.

La serrana de este monte,
La vil Lascivia, después
Que mis temerosos pies
Bajaron al horizonte,
Le tiene en tan triste estado
Y en tan estrecho lugar,
Que ya le podéis robar
Lo mejor que Dios le ha dado,
Si él no sale á la defensa,
Como suele suceder.

MUNDO.

No querrá Dios defender
Á quien no estima su ofensa.

Dentro.

¡Ha de la cabaña!

NOCHE.

¡Paso!
No entréis con tantas pistolas.

HOMBRE.

¡Para dos personas solas
Tantas armas!

LASCIVIA.

¡Triste caso!
Hombre, levantaos, tomad
Vuestras armas; que hay ladrones.

HOMBRE.

No hay luz.

LASCIVIA.

¡Á buscar te pones
Luz en tanta obscuridad,
Tal que nos rompen las puertas!

HOMBRE.

Ya bajo, esperadme aquí.

(1) Falta el consonante.

Dentro.

¡Dónde voy, triste de mí,
Todas las potencias muertas!
Entendimiento, ¿qué digo?
¿No respondes? Muerto voy.
Voluntad, sin ella voy;
Memoria, no está conmigo.
¡Qué terrible obscuridad!
La serrana me engañó;
Su hermosura me robó
Del alma la voluntad;
Allá queda mi razón
Y mi sujeto albedrío;
Las márgenes de ese río
Ocupa un negro escuadrón;
Salteadores hay aquí:
Las bocas de fuego veo;
Tarde librarme deseo:
En sus engaños caí.
Señores, ¿puedo pasar?

MUNDO.

¿Dónde va?

HOMBRE.

Pienso que al cielo,
Y aunque llevo muy buen celo,
El camino puedo errar,
Que no se va por deleites;
Su senda fácil tomé,
Donde esta señora hallé,
Cuyos lascivos afeites
Me engañaron, como veis.

ENGAÑO.

Muestre lo que lleva.

HOMBRE.

Entrad
En su cabaña, y tomad
Lo que de mí pretendéis:
Hame costado muy cara.
No tengo qué daros.

MUNDO.

¡Muera!

HOMBRE.

Si yo qué daros tuviera,
Bien veis que no lo negara.
¡Ay, ay de mí!

ENGAÑO.

Bien merece
Este castigo.

HOMBRE.

¡Ay, mi Dios!
Que quien se aparta de vos
Tales peligros padece.

OLVIDO.

Sentido no ha de quedalle (1).
Subid á nuestra cabaña.

(1) Verso suelto.

Arriba la Lascivia.

LASCIVIA.

Ya yo os salgo á recibir.

OLVIDO.

Así pudiera morir
Solo en aquesta montaña.

LASCIVIA.

Mucho, amigos, me ha pesado
De que pida confesión.

ENGAÑO.

¿Pues qué temes?

LASCIVIA.

El perdón,
En confesando el pecado.

OLVIDO.

Éste no pone sentido;
Es de aquellos que al morir
Aguardan, para decir:
«Misericordia te pido.»

LASCIVIA.

¡Ay! Que si pide perdón,
Yo sé que, aunque Dios castiga,
Una lágrima le obliga;
Que es tierno de corazón.
Que para no le encubrir,
Cuando estuviese enojado,
Se hizo abrir el costado,
Aunque después de morir;
Y como el Hombre le ve,
Y que no ha menester llave,
La puerta abierta se sabe,
Llega y dícele: «Pequé»;
Pues para que el Hombre venga,
Y él no oiga, si le sigue,
Quiero que un clavo le obligue,
Y que por los pies le tenga;
No lo dudéis, no se han visto
Más invenciones de amor.

ENGAÑO.

Es el camino mayor
Siempre el costado de Cristo:
Es senda que va derecha
Á la gran Ciudad Rëal:
Es un puerto celestial
Que en la tormenta aprovecha;
Mas de éste, que, como veis,
Errado lleva el camino
Á su costado divino,
¿Qué esperáis, ó qué teméis?
Entrad, que ya queda muerto.

LASCIVIA.

No conocéis quién es Dios.

Éntranse, y queda el Hombre solo.

HOMBRE.

¡Señor, piedad, pues en vos
Vive ese costado abierto!
En la noche de mi error,
Desde lo profundo os llamo:

Las lágrimas que derramo
No las despreciéis, Señor!
¡Veis aquí mi arrepentido
Corazón; mi Dios, piedad;
Que no por tanta maldad,
De llamaros me despido!
¡Esa clemencia divina
Sé yo que me está esperando,
Y que, viéndome llorando,
Á remediarme camina!
¡No tardéis, pues, en llegar,
Mi bien, mi amparo y mi luz,
Que en la tabla de esa Cruz
Muchos salieron del mar!
¡Ea, mi Jesús querido,
Ea, Señor: ya huyó
La Noche, y el sol salió
De nuevos rayos vestido!

Por encima de una cabaña salga un sol coronado de rayos.

¡Ay, Dios, y cuál me han dejado,
Pues ya con tu resplandor
Veo más claro mi error!
Ya baja un Pastor al prado
De aquella hermosa cabaña
Sobre quien el sol salió.
Un silbo al ganado dió
Que anda por esta montaña.
¡Qué bella hermosa presencia!
Aquí le quiero escuchar,

Ábrese la cabaña, que esté toda pintada de estrellas: salga el Pastor divino, vestido de pastor galán, cabellera nazarena y cayado.

Que no me puede engañar
Tan divina diferencia.
Humo negro me llevó
Á la cabaña infernal,
Y aquí, este sol celestial,
En la tuya amaneció;
Allí, la Noche más negra
Me hizo el camino errar,
Y aquí le vuelve á enseñar
El sol, que la tierra alegra.

PASTOR DIVINO.

¡Hola! ¡Ah! ¡Oh, ganado mío!
¡Eh, vadead por acá:
Ved qué perdido que va
Al agua del turbio río!
Ea, camino yo soy,
Camino, verdad y vida:
No quede oveja perdida
Cuando llamándola estoy.
Mirad que ese río profundo
No es bueno para beber,
Aunque tiene el parecer
De los engaños del Mundo.
Yo tengo más claras fuentes;
Volved á mí, ¿dónde vais?
Aquí quiero que bebáis
En estas cinco corrientes.

Apretándose el pecho con las manos, salga de una fuente de agua que dé en el monte.

Bebed, bebed, pues sabéis
Que es agua de puro amor.
Pues yo soy pasto y Pastor
¿Dónde os vais, dónde paséis?
Venid, venid á mis manos,
Comed sal: sabréis quién es
El segundo de los tres,
Vuestro Pastor soberano.
Venid, que no os daré yo
De las hierbas venenosas,
Sino pan que cercan rosas
Y que entre lirios nació.
Venid, comeréisme á mí;
Que no ha llegado el amor
Á darse en pasto al Pastor,
Sino solamente en mí.
Ea, ovejuelas perdidas,
¿Mi silbo no os enternece?
Pues aun las piedras parece
Que le oyen enternecidas.
Que una vez que le oí yo,
Arrimado á mi cayado,
Unas con otras se han dado:
Lloraron, y el Hombre, no.

HOMBRE.

¡Hola, Pastor!

PASTOR DIVINO.

¿Quién me llama?

HOMBRE.

Un caminante perdido,
Que tu dulce silbo ha oído
Y le enamora y le inflama.
Baja del monte á lo llano,
Porque me puedas oir;
Que no puedo yo subir
Si tú no me das la mano.

PASTOR DIVINO.

Ya bajé una vez del monte
De mi Padre á la chozuela
De una divina doncella.

HOMBRE.

Oye: en ese risco ponte
Y enseñarásme el camino
De Ciudad Rëal; que voy
Perdido.

PASTOR DIVINO.

¡Qué tierno soy!
Ya me ablando, ya me inclino.
Por el monte de mi Cruz
De clavo en clavo desciendo,
Puesto que los pies me ofendo.

HOMBRE.

¡Ay, Pastor, que vi la luz
Del sol sobre tu cabaña
En la noche de mi error!
Baja, que tu resplandor

Todas mis tinieblas baña,
Ni es mucho que á mis errores
Este consuelo me des;
Que parece que tus pies
Vienen produciendo flores.

PASTOR DIVINO.

Debe de ser que se tiñen
Con sangre que sale de ellos;
Que de buscarse con ellos
Zarzas, espinas los ciñen,
No solamente á mis pies;
Que me han llegado á la frente
Por el hombre inobediente.

HOMBRE.

La tierra espinosa es;
Maldíjola Dios, y ansí
Produce espinas y abrojos.

PASTOR DIVINO.

Como pagué sus enojos,
Todos fueron para mí;
Desde Adán, por su flaqueza,
Espinas los montes dan,
Mas desde los pies de Adán
Pasaron á mi cabeza;
Mira tú lo que han crecido.

HOMBRE.

Como dormís sobre espinas,
Á vuestras sienes divinas
Se alzan, Pastor, atrevidas (1).

PASTOR DIVINO.

¿Cómo erraste aquella senda
Que la Memoria te dió?

HOMBRE.

Oye.

PASTOR DIVINO.

Siempre escucho yo
Quien me llama, aunque me ofenda.

HOMBRE.

Yo me iba, Pastor,
Á Ciudad Rëal,
Á la patria hermosa
Donde Dios está;
Aquella en que vive,
Y en que, sin cristal
Y encima, han de verle
Los hijos de Adán;
Donde cara á cara
Á la Humanidad
De su Verbo eterno,
Que sentado está
Á su hermosa diestra,
Con la virginal
Purísima rosa,
Estrella del mar
Que los hombres guía
Que perdidos van.
Errara el camino
En fuerte lugar,
Que el nacer con yerros
Me ha enseñado á errar;
Perdí la Memoria
En este pinar:
Cegóme el Olvido
Para tanto mal:
Cogióme la Noche,
Y su obscuridad
Cubrió de tinieblas
La luz celestial.
Siete días anduve
Que no comí pan;
Y aunque Dios me daba
Supersubstancial,
Soberbia el primero,
Me hizo llegar
Á aquel árbol sabio
Del bien y del mal;
El día segundo,
Pastor, vine á dar
En caminos de ira
Que venganzas dan;
El día tercero,
Como un animal,
En prados de gula
Hambriento y voraz;
Pero el cuarto día
Dió mi libertad
En bosques lascivos,
Donde oí cantar
Fingidas sirenas
De la verde edad;
Ya de esta senda
Llegué sin pensar,
Casi al quinto día,
Á un seco arenal
Donde vi la Envidia,
Monstruo desigual,
Que el placer ajeno
Le causa pesar;
No estaba muy lejos
Un negro jaral
Donde el sexto día
Hube de pasar;
La Avaricia opuesta
Á la Caridad,
Viva, miserable,
Muerta, liberal;
Y el día postrero,
Cansado de andar,
Sendas de Pereza
Me vuelven atrás,
Y como la bestia
Del cuerpo mortal,
No comía cebada,
Sino vanidad,
Y ya no podía
Aquél gavilán,
Espíritu mío,
Sin carne volar:
Donde sale el sol

(1) Falta el consonante.

Comencé á mirar,
Transpuesto en justicia
Quien nació en piedad,
Porque ya no tenga
De un negro cendal
Cubiertos los ojos,
Viendo mi maldad:
Junto á la Zarzuela
Y Darazután;
Donde en vez de rosas,
Tales zarzas hay.
Vi de una cabaña
Salir humo tal,
Que cegó mis ojos.
¡Ay, Dios! ¡Si verán!
De ella una serrana
Me salió á buscar,
Fingida de rostro,
De alma mucho más;
Como sus palabras
Salen por coral,
No puede errar tiro;
Que en el alma dan.
«Apeaos, caballero,
Vergüenza no hayáis»,
Me dijo engañosa;
¡Qué facilidad!
Los locos deseos
De mi mocedad,
No se resistieron,
Que poco podrán;
Mas al primer sueño,
Que en sueño se van
Placeres del mundo,
Oigo disparar
Bandoleras armas;
Salgo, por mi mal:
Roban mi sentido,
Déjanme incapaz
De hallar el camino
De Ciudad Rëal,
Porque apenas tengo
Parte racional;
Que si entré por humo
¡Qué puedo esperar!
Ni vivir pudiera
Si en tal soledad,
No vieran mis ojos
El sol coronar
Tu cabaña hermosa
De luz celestial;
Dime, pues, por dónde
Van á la ciudad;
Que guiar los hombres
Que perdidos van,
Es divino oficio
De ángeles de paz.

PASTOR DIVINO.

Á quien así me confiesa,
Hombre, que el camino erró,
Y quien la Zarzuela dió
Donde tuvo el alma presa,
No le puedo yo dejar
De guardar y socorrer,
Y de dalle de comer
Mientras que llega al lugar.
¡Hola! ¡Ah, oh, pastores míos!
Contrición y Penitencia,
Que andáis con tal diligencia
Por estos bosques sombríos,
Perficionando el ganado,
Venid, que una oveja hallé
Que ha días que se me fué.

Entran de pastores Contrición y Penitencia.

CONTRICIÓN.

¿Qué es esto, Pastor sagrado?
¿Qué nueva alegría es esta?

PASTOR DIVINO.

Este pobre caminante
Que erró mi senda ignorante,
Viéndola entre riscos puesta,
Dió en la venta peligrosa
De la Zarzuela, en que vive
La serrana que recibe
Blanda, lisonjera, hermosa,
Y después los peregrinos
Entrega á los bandoleros
Que andan como lobos fieros
Robando aquesos caminos.
Hanle herido y maltratado;
Su historia me confesó,
Y como al fin yo soy yo,
Le he escuchado y le he guiado;
Que soy tan tierno si en él
Una lágrima mirase,
Que otra vez, como importase,
Volveré á morir por él.

PENITENCIA.

¡Bendita tu bondad sea,
Pastor, que á cualquier perdida
Oveja ofreces la vida!

PASTOR DIVINO.

Llevadle donde él desea,
Para que allí le amparéis.

CONTRICIÓN.

Ea, venid al ganado,
Que anda en este verde prado
Hasta que lucido estéis;
Que vos daréis lindo día
Á los ángeles del cielo.

HOMBRE.

El cielo os pague el consuelo.

PENITENCIA.

Caminad, que él mismo os guía.

Vanse todos.

PASTOR DIVINO.

¡Ingrato ganado mío,
Qué de dolores me cuestas,
Ya por las ardientes siestas,
Ya por el invierno frío!

Nací pastor y cordero
En una choza de paja,
Dándome por más ventaja
La cabaña de un madero,
Tres clavos para dormir
Y una almohada espinosa;
Porque quien ansí reposa
Debe de querer morir.
¿Dónde te vas y me dejas?
¿Qué pastor fué como yo?
¿Quién la vida y sangre dió
Por sus perdidas ovejas?
Yo sólo, que sólo fuí
Verdadero enamorado.
¿Qué tiene, ingrato ganado,
Mi monte? ¿Qué ves en mí?
¿Tengo yo necesidad
De vestirme de tu lana?
Dirás que la tuya, humana,
Tomó mi divinidad.
Dasme de comer ansí,
Y yo mi carne te doy;
Dirás que en ti mismo estoy
Cuando estás, ganado, en mí.
¡Ay, que tienes condición
Bárbara, intratable, dura,
Pues desprecias la ternura
De mi dulce corazón!
Vuelve, vuelve; que aquí estoy
Siempre los brazos abiertos:
Hagamos estos conciertos;
Perdón, ganado, te doy.
Yo te defiendo del robo
De aquel león desatado,
Y que todo mi cuidado
Es que no te lleve el lobo;
¿Cómo has querido, borrar,
La marca que yo te dí?
Ven, que aun tengo sangre aquí
Con que te vuelva á marcar.

Salgan Pastores y Pastoras, y el Hombre con una tunicela blanca y una guirnalda, y los demás coronados.

¡Gran música, baile y fiesta!
Sin duda que el Hombre ya
Limpio y prevenido está,
Y vendráse á mesa puesta.
Soy padre, no es maravilla;
Soy esposo, esto es amor:
Ea, rabadán mayor,
Póngase otro plato y silla.
Subir quiero á la cabaña;
Que no hay comida sin mí;
Dad relinchos, pesiamí,
Que atruenen esta montaña,
Y mientras sale el pastor,
Vaya alguna diferencia.

LIMPIEZA.

Oye este baile, Inocencia.

INOCENCIA.

Ayunar será mejor,
Que cuando con la Limpieza,
Que sois vos, me junto yo,
Todo el cielo se alegró.

LIMPIEZA.

Toco.

UNO.

¡Va de baile!

LIMPIEZA.

Empieza.

MÚSICOS.

Yo me iba, mi madre,
Á Ciudad Rëal;
Errara yo el camino
En fuerte lugar.

—

Siete días anduve
Que no comí pane,
Que quien á Dios deja,
Bien es que le falte.

—

Volviera los ojos
Cara do el sol sale,
Y el sol de justicia
Saliera á alumbrarme.

—

No la usó conmigo
Sino su piedade,
Que usa más de aquesta
Aunque son iguales.

—

Confesé mis culpas
Porque perdonase
Que errara el camino
En fuerte lugare.

—

Bajó un Pastorcico;
Cabellos que trae
Nazarenos eran,
Dióselos su madre.

—

Roguéle llorando
Del monte bajase
Y fuese conmigo
Á Ciudad Reale.

—

Mostróme la senda
Por adonde vase,
Que errara yo el camino
En fuerte lugare.

—

Dióme sus pastores
Porque me guiasen;
Díjeles mis culpas,
Su perdón me dane.

—

Vístenme las ropas
Que yo tuve antes,
Que aquella serrana
Falsa me engañase.

Ya vengo á su mesa,
Porque quiere darme
Pan de ángeles dulce;
Seré como un ángel.

—

Vamos, pues, pastores
Á Ciudad Reale,
Que errara yo el camino
En fuerte lugare.

Ábrase la cabaña y véase una mesa con una cruz, y un Serafín enfrente, en una cruz con listones de seda roja, con fuentes que van á dar al cáliz, saliendo del costado.

LIMPIEZA.

Bien puedes, Hombre, llegar
Con Inocencia y Pureza.

HOMBRE.

Sí, más mi mucha bajeza
¿No veis que me hace temblar?
Aquí pondré las rodillas,
¡Oh, abrasado Serafín;
Que sólo tu amor sin fin
Hace tales maravillas!

Entran los bandoleros.

ENGAÑO.

Como conozco al Pastor,
Temí lo que todos vemos.

MUNDO.

Aquí cesan los extremos
Del poder y del amor.
¿No veis que desde la Cruz
Le salen de aquel costado
Los Sacramentos que han dado
Á su muerte vida y luz?

VICIO.

¿De qué nos sirvió el roballe?
¡Ah, lágrimas! ¡Qué podéis
Con Dios, cuando al fin queréis!

ENGAÑO.

Podrán á Dios derriballe
Lágrimas de su grandeza
Por gigante que se haga.

VICIO.

¡Qué presto perdona y paga!

MUNDO.

Tiene Dios mucha nobleza.

ENGAÑO.

Cristo es hijo de buen padre,
Tiene su misma bondad;
¿Pues no ha de tener piedad
Por la parte de su madre?
¡Bien conocéis á María!
Hombre, vesme aquí por ti;

Salga el Serafín.

Luz soy, aquí me encendí;
Mejor Rafael te guía;
Llega, sube á mi ciudad,
Mis Sacramentos recibe.

HOMBRE.

Ya mi alma se apercibe:
Enciende mi voluntad,
Da luz á mi entendimiento
Y remueve mi memoria.

SERAFÍN.

Prendas tienes de mi gloria
Como yo soy tu sustento;
Huye, que no quiero ver
En una mesa á los dos;
Bien dijiste, que aquí Dios
Cifró su amor y poder,
Que ni amar más ni dar más
No puede Dios, pues se ha dado.

UNO.

Hombre, hoy habéis acertado,
Y no habéis de errar jamás.
Ven, y que entretanto es bien,
No que la Zarzuela es mala,
Cantemos, sino la gala
De la Zarza de Moisén.

MÚSICOS.

La Zarzuela del Mundo
Al Hombre engañó,
Y libróle la zarza
Del fuego de amor.

«Fin del famoso auto de *La Venta de la Zarzuela*, 16 de Marzo de 1615 años: sacóse en casa de Alonso Carrillo.»

LOS HIJOS DE MARÍA DEL ROSARIO

(INÉDITO)

LOS HIJOS DE MARÍA DEL ROSARIO

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

(INÉDITO)

FIGURAS

SAN PEDRO.
ANGEL CUSTODIO.
CRISTO.
DIOS PADRE.
ESPÍRITU SANTO.
LUCIFER.
MARÍA.
SAN FRANCISCO.
SAN BERNARDO.
SAN JUAN EVANGELISTA.
SANTA CATALINA DE ALEJANDRÍA.
EL DEVOTO DEL ROSARIO.

Salen San Pedro y Custodio.

CUSTODIO.

Gran pastor, si á esta parte
La audiencia se viene á hacer,
Dispón y ordena del arte
Que el trono tiene que ser;
Y los asientos reparte.

SAN PEDRO.

Hoy, Custodio celestial,
La gran persona rëal
De Dios á mostrarnos viene
El supremo amor que tiene
Al hombre, con ser mortal.
Después que su ser tomó,
Y de Dios el ser divino
Con la humanidad juntó,
Á tan grande extremo vino,
Que hijo de hombre se llamó;
Fué del amor el poder
Tan grande, que vino á hacer,
Con juntar extremos dos,
Que hijo del hombre y Dios,
Dios mismo viniese á ser;
Tan alta obra acabada,
Y la redención cumplida
De la mujer engañada,
Siendo madre esclarecida
La segunda luz sagrada,
No contento el Hacedor
Sólo con ser redentor
Y llamarse hijo del hombre,
Quiere darle otro renombre
De soberano valor;
Puesto á la diestra del Padre,
Quiere ser, que al hombre cuadre
La excelencia de su ser,
Pues que le ha llegado á hacer
Hijo de su mesma Madre.

CUSTODIO.

Hijo de Dios es llamado
El Justo y Santo entre nos.

SAN PEDRO.

Sí; mas llamarse Hijo amado
De la que es Madre de Dios,
¿Quién sino Dios lo ha alcanzado?
De hermanos todos tenemos,

Aunque no lo merezcamos,
El soberano renombre;
Mas de hijos el dulce nombre
Sólo en Dios le conocemos.
Esta es la diferencia,
Y sobre esta pretensión
Se hace la junta y audiencia
En la sala de Sión,
Por los tres en una esencia.

CUSTODIO.

Aquí, pues, se ha de poner
El trono.

SAN PEDRO.

Aquí quiere hacer
Dios muestra de su valor,
Y aquí su divino amor
Nos quiere dar á entender;
Á su Madre hacer desea
Mil fiestas y regocijos,
Para que su amor se vea
En engrandecer sus hijos;
Que en esto siempre se emplea.
Aquí, para fiesta tanta,
Con Gabriel trono levanta,
De soberano interés,
Para las personas tres
Y para la Virgen santa.

CUSTODIO.

Pondré el trono de Ezequiel,
De animales soberanos,
Ó el que vió en visión Daniel,
Y llamaré los ancianos
Que asistan delante dél;
Ó el que vió Juan, desterrado
En Patmos.

SAN PEDRO.

Custodio amado,
Tanta grandeza dejad;
Que ha de ser de humanidad
El trono de aqueste estrado;
Un portal, caído todo,
Del trono asiento ha de ser.

CUSTODIO.

Pues alto: en él le acomodo:
Sí, que Dios se quiere hacer
Á la usanza nuestra y modo;
No en la zarza, ni en el fuego,
Donde á Moisés se mostró,
Ni donde á mí, á Juan y á Diego
Sobre el Tabor declaró
La gloria de su sosiego;
No en la cumbre que solía
Ser del pueblo santo guía;
El trono ha de ser á ejemplo
De la cátedra del templo
Donde á los sabios leía.
Ha de estar el santo Amor
En la forma que le dan
De paloma, ó, por mejor,
En voz, como en el Jordán,
Ó en lenguas de resplandor.

SAN PEDRO.

No ha de estar de esa manera;
Que alcanzar nadie pudiera,
Estando así, su renombre;
Mas porque lo entienda el hombre,
Como persona tercera.
De amor el traje ha de ser
Del Espíritu sagrado,
Porque lo pueda entender
El hombre, como abogado
Á quien ha de defender.

CUSTODIO.

El supremo Padre, di,
¿Cómo ha de salir de aquí?

SAN PEDRO.

Bien hay que considerar.

CUSTODIO.

Como le suelen pintar:
Criando el mundo.

SAN PEDRO.

Sea así
Entendido, pues, el modo
Del trono y de los asientos
Que, como ves, acomodo:
Los acordes instrumentos
Es bien prevenir, y todo.

CUSTODIO.

La Capilla que cantó
La *Gloria in excelsis Deo*,
Tengo prevenida yo.

SAN PEDRO.

Que ha de ser la fiesta creo
La mejor que el mundo vió.

CUSTODIO.

Id, gran pastor, á avisar
Á las personas sagradas,
Mientras entro á aderezar
El trono.

SAN PEDRO.

¡Almas amadas,
Hoy os podéis alegrar,
Pues quiere Dios este día,
Y el divino Verbo, daros
Con su amor en compañía,
Para más aventajaros,
Nombre de hijos de María!

Vase San Pedro. Custodio se entra dentro de la cortina. Lucifer sale en forma de Ángel bueno.

LUCIFER.

Yo, que al trono del alto firmamento
Quise subir inadvertidamente,
Y colocar en él mi altivo asiento,
¿He de sufrir en la ocasión presente
Que con nuevas maneras de tormento
El Verbo eterno mi valor afrente,
Dando al hombre tan alta monarquía,
Y le haga hijo de Dios y de María?
¿No bastó derribarme de la silla
De más valor y de mayor grandeza,

Al centro obscuro, do en tormento humilla
Mi hermosa y celestial naturaleza?
No bastó, por causarme más mancilla,
La humana libertad á tanta alteza,
Y á mí, de jerarquías celestiales,
Derribarme á las furias infernales?
¿Y no bastó que al hijo al fin del Hombre
Le hizo hijo de Dios? bastar debiera:
¿Y á mí, su hechura de mayor renombre,
Hijo de maldición con pena fiera?
¿No le bastó, para que más asombre,
Vencer en el desierto mi bandera?
¿No le bastó desde un madero, un día,
Darme de palos, para afrenta mía?
¿No le bastó robarme el reino obscuro,
Y llevarse consigo los que quiso,
Cuya defensa en vano ya procuro,
Perdido el que vencí en el Paraíso:
Sino que agora en su poder seguro,
Fundado en su querer, valor y aviso,
Quiere hacer hijos de su mesma Madre
Á los que sus hermanos hizo el Padre;
Á los que en mil combates he vencido
Y sus fuerzas sin fuerza atropellado,
Siendo yo quien mejor lo ha merecido
Por ser en tanta perfición criado,
Que no de hombre, cual hombre, he procedido,
Sino del mismo Dios ángel formado?
Quien á Dios quiso, como yo, igualarse,
Bien puede hijo de María llamarse.
No ha de tener María ningún hijo,
Fuera de Dios, y caso que haya alguno,
Á serlo yo, por mi valor dirijo,
Ni lo merece más que yo ninguno;
Por uno que le dió el Padre, me aflijo:
Si todos lo pretenden uno á uno,
¿Qué enredos, ni qué industria, ni qué encantos,
Defenderme podrán de hijos tantos?
¡Madre con tantos hijos! si ella sola
De mi dragón quebrado ha las cabezas,
¿Con ellos qué no hará? pues acrisola,
Con ser ella su Madre, sus proezas.
Del todo mi pendón se desarbola
Si deshacer no intento sus grandezas.
La audiencia sale: pues mi honor codicio,
En forma de Ángel bueno haré mi oficio.

Retírase, y sale San Pedro; Custodio con papeles, como Santo; luego, Cristo, con tunicela morada; Espíritu Santo, con tunicela blanca, como Amor divino; Dios Padre en medio, con ropa ó garnacha; delante la Virgen María.

CRISTO.

Padre Eterno, este es el día
De la gloria y del placer.
Para más engrandecer
Vuestra Hija y Madre mía
En él habéis de mostrar
El ser Jüez y ser Padre,
Y Padre y Jüez la Madre,
Del Hijo bien debe honrar,
Y vos, Espíritu, Amor,
Como esposa muestras dad
De esa eterna voluntad
Y de ese inmenso valor;
Que á la que es Reina y Esposa,
Hija de Dios, de Dios Madre,
El Hijo, Espíritu y Padre
No pueden negar la cosa;
Ella, á sus hijos los hombres
Quiere mostrarles su amor,
Para ensalzar su valor
Y engrandecer más su nombre.
Ante nuestro Tribunal,
Como su procuradora,
Pide se declare agora
El decreto celestial;
Adonde por hijos damos
Suyos los que han merecido
Tan soberano apellido
Por sus virtudes.

SAN PEDRO.

Ya estamos
En el Consistorio: diga
Lo que María desea.

MARÍA.

Que mi amor el hombre vea,
Á esto, Señor, me obliga;
Por hijos los hombres tengo:
Ellos son mis regocijos,
Y así, á pedir que mis hijos
Premiéis, Padre Eterno, vengo.

SAN PEDRO.

Justa demanda.

MARÍA.

Juez
En la causa sois nombrado,
El espíritu es letrado.

LUCIFER.

Fiscal seré aquesta vez.

MARÍA.

Ante el custodio Gabriel
Sus pleitos pasado han.

LUCIFER.

Y ante mí algunos están
Que se acumulan á él.

CUSTODIO.

Vuestra majestad se siente.

CRISTO.

Pedro, la sala espejad.

Suben á sentarse juntos, en tres sillas, en lo alto del trono: Cristo á la derecha, Espíritu á la izquierda, Dios Padre en medio, y á sus pies, en la primera grada, María: en tanto, Custodio se arrima y pone los papeles, y los mira, y pone en orden sobre una mesa. San Pedro ve al Demonio y lo procura echar; todo mientras se sientan.

SAN PEDRO.

Salíos fuera; caminad.

LUCIFER.

No os hagáis, Pedro, valiente;

Que ya sé cuándo os venció
Una mujer.

SAN PEDRO.

¿Qué aguardáis?

LUCIFER.

Pues vos por portero estáis,
Bien puedo estar aquí yo.
Cuando al principio fuí luz,
Llave tuve, hice un engaño,
Y remediaron mi daño
Con vuestra llave de cruz;
De la privanza caí
Entonces, y agora vos,
Con la llave de hombre y Dios,
Estáis por portero aquí.
Dejadme estar, porque entiendo
Que un pleito mío ha de verse.

SAN PEDRO.

Cuando haya de verse el pleito (1)
Os llamarán.

LUCIFER.

No pretendo
Salir, porque soy fiscal
Del hombre, si hay quien le valga,
Y si á él conviene que salga,
Á mí me puede estar mal;
Y en caso que hayan de dar
Nombre de hijo de María
Al hombre, la causa es mía,
Y yo lo vengo á estorbar;
Y pues sólo á Dios se dió,
Ningún hombre lo ha de ser,
Ni otro hijo ha de tener
La que al mismo Dios parió.

CUSTODIO.

¿Qué es eso?

SAN PEDRO.

El fiscal porfía
En que se ha de estar aquí.

DIOS PADRE.

Custodio Gabriel, decid
La pretensión de María.

Toma Custodio un papel, como petición, y lee.

CUSTODIO.

«María, Madre de Gracia,
Dice que, atento á que es madre,
Y que sus hijos los hombres
De ella quieren ampararse,
Que en el Tribunal divino
Pretende que se declare
Si es bien que el nombre de hijos
Los hombres justos se llamen,
Y que á los que ya le gozan,
Los premios se les señalen
Conforme fueron los hechos
Que tal nombre pudo darles;
Cual procuradora pide,
Poder tiene, son las partes
Los que de su hijo siguen
El soberano estandarte.»

MARÍA.

Mirad la demanda justa,
Padre Eterno, como padre,
Y advertid, como jüez,
Que son muy pobres las partes;
De los bienes de la gracia
Son pretendientes, y es grande
El gasto de los trabajos
Que en sus pretensiones hacen.
Han gastado sus haciendas
En los pobres, y ellos saben
Que en sus oficios han puesto
Recaudos harto bastantes.
Vos, soberano abogado,
Mirad las leyes que hacen
En su favor: alegad,
Pues su justicia es tan grande.

CRISTO.

¿No hay parte que contradiga?

LUCIFER.

Hay quien contradiga parte.

CRISTO.

¿Quién es?

LUCIFER.

El fiscal del hombre;
Soy Luzbel, y aquesto baste.

SAN PEDRO.

Ponga la contradicción
Por escrito.

LUCIFER.

Leed, ángel.

Dale Lucifer el memorial á Custodio, y léele.

CUSTODIO.

«Lucifer, fiscal en la causa del hombre, dice: que atento á que la parte contraria perdió la Gracia por la inobediencia, y sus hijos nacen en pecado original, y después, en el discurso de su vida, cometen otras muchas culpas contra la persona real de Dios, no se les debe admitir su demanda ni darles nombre de hijos de la Madre de Gracia. Pide se declaren por inhábiles á tan alto renombre.»

DIOS PADRE.

¿Qué se oye?

LUCIFER.

¡Bien por cierto!

ESPÍRITU SANTO.

Dése traslado á la parte,
Porque responda del arte
Que la convenga.

LUCIFER.

No es cierto;
Que no habrá qué responder.

CUSTODIO.

Notifícolo á María,
Procuradora.

MARÍA.

Di, arpía,

(1) Falta la rima.

¿Siempre fiscal has de ser?
Respondo por mi letrado
Á tu malicia y maldad.

ESPÍRITU SANTO.

Escuche tu majestad
Dos palabras.

LUCIFER.

¡Qué informado
Estará de su justicia!
Todos están contra mí.

SAN PEDRO.

¡Callad! Escuchaos ahí.

ESPÍRITU SANTO.

La del fiscal es malicia.
Si el primer hombre pecó
Por quebrantar el preceto
En el Paraíso, dado
Por particular decreto,
Fué inducido del fiscal,
Como envidioso y soberbio
De ver levantado al hombre
Y él derribado al infierno.
Lege genesis de creatione
Mundi capite octavo per
Totum.

LUCIFER.

Eso no hasta á excusar
De lo contra él propuesto
Al hombre.

ESPÍRITU SANTO.

Por el delito
Ya fué condenado y preso
En la cárcel de la tierra,
Y á mil miserias sujeto.
Lege genesis ut supra.

LUCIFER.

En pecado original
Nacen sus hijos por eso;
Hijo nacido en pecado,
No puede de gracia serlo.

ESPÍRITU SANTO.

Esa es la ley de justicia;
Mas el soberano Verbo,
Vestido de humanidad,
Esa ley ha satisfecho.
Joann. Primo lege Verbum
Caro factum est.
Ordenó el bautismo santo,
Ejecutando primero
En sí la ley, cuya gracia
Es de la culpa remedio,
Y el pecado original
Ya por el bautismo vemos
Que se quita y se perdona.
S. Thomas cum schola
Theologorum.

DIOS PADRE.

¿Qué dice el fiscal á esto?

LUCIFER.

Que el hombre con tal letrado
Tiene su negocio hecho.

CRISTO.

Y por mi Pasión alcanza
El hombre merecimiento
Para los bienes de gloria
Que Adán perdió.

LUCIFER.

Para eso
Basta haber librado á Adán
Y á los que con él salieron
Del Limbo.

SAN PEDRO.

¿Oyes, fiscal?

ESPÍRITU SANTO.

Lo que los padres primeros,
Por la Pasión del Mesías,
Como es llano, merecieron,
Los demás hombres también
Comprehende el privilegio,
Porque en las leyes de Dios
Ninguna excepción tenemos.
Lege: non est Deus exceptor personarum.

LUCIFER.

La gracia que da el bautismo
Por sus culpas pierden ellos
Después, faltando á las leyes
Y divinos mandamientos;
Y así, el que una vez quebranta
De la ley de Dios los fueros,
Pierde la gracia, y perdida,
Se hace esclavo de mi reino;
Y el que es mi esclavo, no tiene
María ningún derecho
Para llamalle hijo suyo,
Siendo por la culpa ajeno.

ESPÍRITU SANTO.

Parece la alegación
Fuerte; pero ya hay decreto
De Dios para el que en pecado
Probara arrepentimiento.
Lege, nolo mortem pecatoris,
Sed ut magis convertatur
Et vivat.
Una soberana ley
Está ya en poder de Pedro
Para absolver al culpado
Que pide perdón al cielo.
Lege: quodcumque solveris super terram
Erit solutum et in celis.
Los que por flaqueza, pues,
Cometen algunos yerros,
Confesión y contrición
Son de sus culpas remedio;
Y si el pecado los hace
Hijos de ira, ya es cierto
Que la confesión les vuelve
Hijos de gracia. Mil textos
Dicen lo mismo.

DIOS PADRE.

No más;
Que por lo alegado veo
Que el fiscal es convencido;

Y mandamos y queremos
Que el hombre que en sus virtudes
Fuere ejemplar, goce en premio
El ser hijo de María,
Nuestra hija.

LUCIFER.

¿Hay tal decreto?

DIOS PADRE.

Y que no pueda el fiscal
Conocer de los sucesos
De tales hijos.

CUSTODIO.

El auto
Está de esa forma puesto.

MARÍA.

En mi nombre y de mi Hijo
Os doy gracias, Padre Eterno,
Por la merced de este día,
Que es bien la celebre el cielo.
Hijo soberano, á vos
Debe el hombre su remedio,
Y á vos, divino abogado,
El salir con este pleito.
Los coros angelicales
Celebren el buen suceso,
Mientras que vienen mis hijos
Á conseguir su deseo.

Música.

Hijos que tienen tal Madre
No teman contrario mal,
Que al demonio, su fiscal,
Le mandó callar el Padre.

CUSTODIO.

Á Lucifer notifico
Este decreto.

LUCIFER.

Está bien;
Mas que se sepa también
Los que de nombre tan rico
Se pueden nombrar, aguardo.

CRISTO.

¿Quién pide?

CUSTODIO.

Escritos están
El Evangelista Juan
Y el doctísimo Bernardo;
Francisco, el humilde en nombre
De todos los del cordón,
Que ya sin número son.

LUCIFER.

¡Que tanto valga este hombre!

CUSTODIO.

También Catalina ha dado
Su memorial.

LUCIFER.

Yo por esa
Perdí la mayor empresa,
De eternas penas cercado.

CUSTODIO.

También pide un hombre aquí,
De buen nombre y parecer,
Que Devoto dice ser
Del Rosario.

MARÍA.

Yo le di
Á ése, en nombre de todos
Los que rezan mi Corona,
Ese nombre.

LUCIFER.

Si le abona
Tal Madre, por tantos modos,
¿Qué premio no ha de alcanzar?
Si el Devoto del Rosario
Es hijo, nuevo contrario
Tengo ya que conquistar.
Parezcan todos, Señor,
Delante vos, y veréis
Que engrandecerlos queréis
Sin tener algún valor.
¿Qué obras ni qué hidalguías
Abrigan, por donde puedan,
Los que tal nombre no heredan,
Llamarse hijos de María?

DIOS PADRE.

Parezcan.

MARÍA.

Envidias son
Del fiscal que los conquista.

SAN PEDRO.

Venga Juan Evangelista.

CUSTODIO.

Estos sus papeles son.

Entra San Juan, é híncase de rodillas; previénese su información Custodio, para leerla á su tiempo.

SAN JUAN.

Con debido acatamiento
De ese trono venerable,
Donde la justicia y paz
Unísono dúo hacen;
En la presencia divina
De la esencia inescrutable
De aquese Ser infinito,
Majestad de majestades,
Me presento. Vos, Señora,
Reverenda Virgen Madre,
Á vuestro hijo amparad,
Defended, Reina, mis partes;
El título de hijo vuestro,
Siendo de Dios propia Madre,
El Hijo de Dios me dió,
Cuyo tenor ya se sabe,
Pues dijo estando en la cruz,
Como escribiendo con sangre:
«Madre, ve ahí á tu hijo;
Hijo, ve ahí á tu Madre.»

LUCIFER.

¿Qué hazañas ó qué proezas
Has podido hacer, que basten
Á darte merecimiento
Para dignidad tan grande?

SAN JUAN.

Custodio puede leer
Mi información. Escuchadle,
Consistorio soberano,
Y haced al fiscal que calle.

CUSTODIO.

«Dicen los testigos á la primera pregunta, que saben que Juan es Apóstol á quien más amó Jesús; hijo natural del Zebedeo, hermano del apóstol Santiago. Á la segunda pregunta, saben que de todos escribió el Evangelio el primero, habiéndoselo pedido los Obispos de Frigia, contra Cherintio y otros herejes, y principalmente contra los ebionitas, que afirmaban no haber sido primero Cristo que María, y así, para convencerlos, declaró su santísimo nacimiento. Á la tercera pregunta, dicen que en la persecución de Domiciano fué desterrado á la isla de Patmos, donde escribió el *Apocalipsis*, y después de Domiciano, en el tiempo de Nerva, hasta Trajano, fundó y gobernó todas las islas de Asia, donde estuvo hasta su última senectud.

»Todos los testigos dicen lo mismo; confirman haberle Cristo en la cruz dado el título de hijo de su Madre, encomendándosele.

»Está autorizada su información de todos los secretarios de Cámara del Supremo Consejo, Lucas, Marcos, Mateo, y yo, como Custodio, doy fe de sus obras y que su vida ha sido honesta, virtuosa y digna de que se le conceda la merced y título que pide.»

CRISTO.

Gozad, Juan, el privilegio
Que una vez os concedí.

MARÍA.

Ausente mi Hijo, fuí
Madre de todo el colegio
De los Apóstoles.

SAN JUAN.

Vos,
Señora, el título dais
Con que al hombre levantáis
Á ser hermano de Dios.

ESPÍRITU SANTO.

Águila fiel, sube al nido
Que el Juez divino os da.

CUSTODIO.

El decreto puesto está.

LUCIFER.

Mi valor queda perdido.

SAN PEDRO.

Bernardo viene á pedir
El mismo renombre.

CUSTODIO.

Es quien
Á la Virgen supo bien
Engrandecer y servir.

Entra San Bernardo, haciendo en todo como San Juan.

SAN BERNARDO.

Padre Eterno Omnipotente,
Hijo soberano, Verbo,
Espíritu procedente
Que al enemigo protervo
Humillas la altiva frente,
Mirad de Bernardo el pecho,
Y si viene satisfecho,
Con vuestra ley, pronunciad
En su favor la verdad
Que pide vuestro derecho.
El mío en él fundo agora,
Hijo de María soy,
Y pues es procuradora
De lo que pidiendo estoy,
Como Madre y defensora:
Que pronuncie y diga aguardo
Si llamó hijo á Bernardo,
Si me dió su leche fiel,
Más sabrosa que la miel,
Más olorosa que el nardo.

LUCIFER.

Cuando te diese su pecho
María, ¿es causa bastante
Para fundar en derecho
Tu pretensión?

SAN BERNARDO.

¡Arrogante!
Tu soberbia te ha deshecho.
¿No es cosa cierta y segura
Que quien da á una criatura
El pecho, se llame madre?
¿Por qué no quieres me cuadre
Á mí la misma ventura?
María leche me dió,
Y, aunque indigno de tal bien,
Á sus pechos me crió;
Según esto, puedo bien
Llamarme su hijo yo.

DIOS PADRE.

Diga Custodio.

CUSTODIO.

Esta es
De Bernardo información,
De gran valor é interés,
Y haré breve relación
Para que el premio le des.

«Los testigos convienen en que, habiéndole perseguido y procurado el fiscal desviar del buen propósito, porque perdiese la gracia y el dulce nombre de hijo de María, le puso en muchas ocasiones de ofender á la Madre de Dios, ofreciéndole muchas sensualidades, á todas las cuales Bernardo resistió con gran fervor de espíritu y celo de la honra de Dios.

»Ítem. Que de veintidós años huyó el mundo y entró en la Orden del Císter, llevando consigo todos sus hermanos y otros treinta mancebos, sus amigos, en que hizo gran servicio á Dios y á la Sacratísima Virgen María, su Madre.

»Ítem. Que por toda su vida en ayunos y oraciones se ejercitó tan admirablemente, guardando la pobreza cristiana, que hacía en la tierra vida celestial, ajeno á todo deseo de mundo.

»Ítem. Que resplandecía en la humildad, misericordia y mansedumbre, y era muy dado á la contemplación, en la cual la Virgen María le echó un rayo de su leche, dándole claras señales de tenerle amor de hijo, y que quería que se tuviese por tal, habiendo él defendido su virginidad y pureza contra muchos herejes, por donde ha merecido y merece justamente el título que pretende y que se le dé el nombre de hijo de María.

»Todo ha pasado ante mí, que doy fe.»

CRISTO.

Sin razón quiere el fiscal
Contradecir su justicia.

ESPÍRITU SANTO.

Subid, Bernardo.

LUCIFER.

Gran mal.

DIOS PADRE.

Visto se ha vuestra malicia,
Y de Bernardo el caudal;
Pero porque al mundo asombre,
De mi Hija hijo se nombre
Y tome asiento en mi trono.

MARÍA.

¡Alto Dios! ¿Qué más abono
Para engrandecer al hombre?
Toda esta alteza y valor
Que con mis hijos usáis,
Á mí me la dais, Señor.

DIOS PADRE.

Si tales hijos criáis,
Bien merecen este honor.

SAN PEDRO.

Catalina entrar desea.

CRISTO.

¿Cuál es?

CUSTODIO.

La de Alejandría.

CRISTO.

Mi amor verá en este día,
Pues en honrarme se emplea.

Entra Santa Catalina, y haga en todo como los demás.

SANTA CATALINA.

Tanto el amor de ser hija
Me mueve á tal interés,
Que no es mucho que los pies
Mueva el deseo y los rija.
Ante los vuestros postrada
Propongo mi pretensión,
Puesto que el fiero dragón
Me la tiene fulminada.
Vuestra esposa, Cristo amado,
Me hiciste, y siendo así,
También desde entonces fuí,
Como tengo averiguado,
Hija de la Virgen Madre;
Pues para que al mundo asombre,
Vuestra Esposa, ¿con qué nombre
La llama el Eterno Padre?
No la llama Hija, es cierto;
Pues si el Padre hija me nombra,
¿Por qué el contrario se asombra,
Mostrando su desconcierto,
De que yo pretenda ser
Hija de la Madre santa
Que su cabeza quebranta
Y le dió á mi Esposo ser?

CRISTO.

Bien, Catalina, averigua
Su intento.

ESPÍRITU SANTO.

El fiscal condena.

LUCIFER.

Mi nuevo tormento y pena,
Esta mujer atestigua;
Sin duda es la mujer fuerte,
Que tiene por imposible
Hallarla el sabio terrible:
Dolor mayor que la muerte.
¿Pues qué nobleza te abona
Para aquesta pretensión,
Qué renombre, qué opinión
Ni qué virtud te corona?

ESPÍRITU SANTO.

Ser de castidad espejo
Y su bondad conocida.

SANTA CATALINA.

La información de mi vida
Verá el Supremo Consejo,
Y aunque indigna soy, no quiero
Que tú digas mal de mí:
Pues una vez te vencí,
Vencerte también espero.

DIOS PADRE.

Diga, Custodio.

SAN PEDRO.

Callad.

CUSTODIO.

Catalina es sabia esposa
De Cristo, y tiene famosa
Información de lealtad;
Y así, probada la unión
Del desposorio con Cristo,
Se averigua, como es visto,
La dichosa filiación.

MARÍA.

De hija siempre la di
Nombre, como tal esposa
De mi Hijo.

CRISTO.

Es llana cosa.

CUSTODIO.

La información dice así:

«Catalina, virgen noble de Alejandría, desde sus primeros años estudió las artes liberales

con gran fe de la ley de Dios, y llegó á tanto saber y santidad, que á los diez y ocho años la Santísima Virgen María la desposó con su precioso Hijo, como consta de estos testigos que están presentados, y yo doy fe, habiéndome hallado á las celestiales bodas y desposorio.

»Ítem. Que con su prudencia y saber venció y redujo á la fe cincuenta filósofos que pretendían desviarla de ella, y convirtió á la fe de Cristo á Faustina, mujer de Magencio, y á Porfirio, Capitán general de la milicia.

»Ítem. Que sufrió y padeció martirio, viviendo y muriendo constantemente en la fe y amor de su Esposo, á cuya causa dignamente tiene y merece el nombre de hija de la Madre Santísima, de que doy fe.»

MARÍA.

Con tiernos abrazos quiero
Honrar mi hija.

CRISTO.

A mi esposa,
Que viene á mí toda hermosa,
Del mundo coronar quiero.

DIOS PADRE.

Justo premio á su valor,
Tenga asiento en este día
Con los hijos de María.

SANTA CATALINA.

¡Á una esclava tanto amor!

SAN PEDRO.

Francisco pretende entrar.

ESPÍRITU SANTO.

Entre el retrato famoso
Del Cordero misterioso
Llevado á sacrificar.

Entra y hace en todo como los demás.

SAN FRANCISCO.

Pobre, humilde y sin valor,
En el mundo fuí tenido;
Mas del cielo engrandecido
Con soberano favor,
Tanto ensalzó mi pobreza
El que sus armas me dió,
Que mi humildad levantó
Á soberana grandeza;
De entre las zarzas y nieve
Vengo á vuestro Tribunal,
Porque dicen que el fiscal
Injustamente se atreve.
Pretende contradecir
Lo que vos mismo ordenáis;
Pero si vos me ayudáis,
No tengo más que pedir:
Hijo de María soy
Por el blasón que me abona,
Pues de Cristo en la persona,
Cual veis, retratado estoy;
Pues con sus armas me arma,
Su Madre será la mía:
Esta es conclusión tan pía,
Que hoy al contrario desarma;
Por armas, las cinco quinas
Tiene por parte de Madre,
Porque en blasón le da el Padre
Otras armas más divinas;
Luego bien se da á entender
Que, pues sus quinas me da
Por armas, que gustará
Que su hermano venga á ser.

LUCIFER.

¡Qué sofísticas quimeras!

CRISTO.

Verdades son.

SAN PEDRO.

Callad, pues.

LUCIFER.

Jüez supremo, ¿no ves
Que tu misma ley alteras?
¿Hijo ha de ser de María,
De su mismo Hijo hermano,
Un mercader, un villano?

CRISTO.

Sí, pues es estampa mía.

MARÍA.

Yo como á hijo le estimo.

ESPÍRITU SANTO.

Yo de mi amor le doté.

LUCIFER.

¿Qué valor en él se ve?
Pero á lo escrito me arrimo;
Léase su información.

SAN FRANCISCO.

Lo mismo pido y deseo.

DIOS PADRE.

Leed, Custodio.

CUSTODIO.

Ya leo.
Lo escrito de su opinión.

«Siendo recibido por testigo el gran Doctor San Buenaventura, declara de Francisco que ha salido de excelente vida, y sobre todo muy caritativo y misericordioso, guardando siempre con toda puntualidad la ley evangélica, resistiendo con paciencia á las contradicciones de su padre.

»Ítem. Que instituyó la Orden de los frailes Menores, en la cual han florecido tantos, ensalzando la fe católica con tan heroicas obras, observando siempre la pobreza evangélica.

»Ítem. Que estando en la soledad del monte Alberno, continuando el ayuno y oración por cuarenta días, á imitación de Cristo, él le favoreció en forma de serafín, estampando en sus manos y pies y costado las cinco preciosas llagas, dejándole hecho retrato y semejanza del mismo Cristo, y, por el consiguiente, amoroso hijo de la Virgen sacratísima María, Madre de Dios.

»Esta es su información, de la que doy fe por haber así pasado.»

DIOS PADRE.

Subid, alférez sagrado;
Que el fiscal es convencido.

SAN FRANCISCO.

Vuestros pies humilde pido.

MARÍA.

Mi hijo seréis llamado.

CUSTODIO.

El que como vos pelea,
Este honor y triunfo aguarde.

LUCIFER.

De esta suerte se acobarde
Mi poder.

SAN PEDRO.

Entrar desea
El Devoto del Rosario.

LUCIFER.

Prevención, soberbia mía;
Que este hijo de María
Es hoy mi mayor contrario.
Porque de entrar no es razón,
Y es bien que á todos asombre
Que á un pecador den tal nombre.

ESPÍRITU SANTO.

Eso puede la oración.

DIOS PADRE.

Entre.

Entra un galán con un rosario en la mano, en la otra un estandarte con la imagen de la Virgen en una darte, en la otra un papel, como bula de la Cofradía.

DEVOTO.

Yo no me atreviera,
Como indigno pecador,
Si no me diera valor
La insinia de esta bandera.
Con las armas del Rosario
Y escudo de la oración
Que contra el fiero dragón,
Nuestro soberbio contrario,
Madre piadosa, nos dais,
Puesto que valor no tengo,
Por todos los hijos vengo
Que en el mundo sustentáis;
En su nombre, y con licencia
Del Consistorio supremo,
Al enemigo blasfemo
Retaré en vuestra presencia.

DIOS PADRE.

Mi poder doy.

CRISTO.

Yo mi amor.

ESPÍRITU SANTO.

Yo mi ciencia.

LUCIFER.

¿Qué es aquesto?
Contra mí ponen el resto,
Saber, querer y valor.

MARÍA.

Yo mi favor le daré.

DEVOTO.

¿Quién me ha de vencer así?

LUCIFER.

Pues todos son contra mí,
Yo sólo te venceré.

DEVOTO.

Digo que cuanto defiendes
Es de envidia y con malicia,
Y á la suprema justicia,
Como vil tirano ofendes.
Desnúdate el traje infiel
Y ven á brazos conmigo;
Que no es bien parezca amigo
El que es enemigo infiel;
Si con piel de oveja intentas
Ser lobo vil carnicero,
Con estas armas espero
Manifestar tus afrentas.

Desnúdase.

LUCIFER.

Ya el traje no me aprovecha,
Que no hace el traje al soldado;
Pero pues que me has retado,
Veré tu intención deshecha.

DEVOTO.

Con aqueste golpe diestro
Te he de hacer confesar hoy
Que de María hijo soy.

LUCIFER.

Tira el golpe.

DEVOTO.

Padre nuestro.....

De rodillas.

LUCIFER.

Crecidos son mis desvelos,
Porque si Dios es tu Padre,
María viene á ser Madre;
Digo que estás en los cielos.

DEVOTO.

¿Ves como lo has confesado,
Y que es hijo de María
Quien por tal Padre se guía?

LUCIFER.

Será que santificado
Sea tu nombre; ya no reino,
Mis fuerzas destruye Dios.

DEVOTO.

Así, vamos, venga á nos
Tus hijos, Señor, tu Reino.

LUCIFER.

Vencido soy.

DIOS PADRE.

Tu maldad
Desbarata mi gobierno.
¡Ve, maldito, al fuego eterno!

LUCIFER.

¡Hágase tu voluntad!

DEVOTO.

Pues cese la mortal guerra.
Para prender al contrario,
Será cadena el Rosario
En el cielo y en la tierra.

CRISTO.

Y los hijos de María,
Libres del león hambriento,
Pedirán para sustento
Siempre el pan de cada día;
Y para mayor abono,
Al que me hubiere rezado
El Rosario consagrado,
Todas sus deudas perdono.

DEVOTO.

Crecidos son los favores
Que á vuestros hijos abona:
Al fin, como ellos, perdona
Las deudas á sus deudores.
Mas no nos dejes caer,
Señor, en la tentación,
Supuesto por la oración
Hijos venimos á ser;
Que, librándonos de mal,
Os gozaremos, gran Dios,
Los que vencemos por vos
Al enemigo infernal.

CRISTO.

Celebre el triunfo la Gloria
Y vaya preso el contrario.

MARÍA.

Mis hijos, por el Rosario,
Siempre alcanzarán victoria.

Música.

¡Victoria! ¡Victoria! ¡Victoria!
Canten el cielo y la tierra,
Pues los hijos de María
El premio de serlo llevan;
Al enemigo cruel
Le arrojan por balas cuentas,
Y por el Rosario santo,
Victoria, victoria lleva.

De esta suerte se van entrando por orden, en forma de triunfo, y el Devoto lleva al demonio preso con el rosario.

FIN.

EL TRIUNFO DE LA IGLESIA

(INÉDITO)

FAMOSO AUTO

DE

EL TRIUNFO DE LA IGLESIA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

(INÉDITO)

PERSONAJES

La Fama.	La Justicia divina.
La Envidia.	La Iglesia.
La Ignorancia.	Santo Tomás.
Martín Lutero.	Carlos V.

Suenan dentro cajas y ruido de voces.

Dice la Fama:

FAMA.

Parad, trompetas rëales,
Vuestro claro alegre son;
Estad atentos, mortales,
Á la voz de mi pregón (1).
Óigame el rosado Oriente,
El polo Septentrional,
El antártico Occidente:
Óigame la tierra austral,
Inhabitable á la gente.
Los dos trópicos me atiendan,
Equinoccial, y los montes,
Los mares mi voz entiendan,
Y por cuantos horizontes
Los rayos del sol se extiendan.
Óigame Europa, Alemania,
Francia, España, toda Hungría,
Flandes, Suecia, Lusitania,
La Galicia y la Rusía,
Grecia, Polonia y Carmania.
Óigame el África propia,
Del Nilo la fértil copia,
Desde Fez á Alejandría,
Desde Arabia á Berbería,
De Magadasso á Etiopia.
Oiga América gentil,
Un pregón por cuanto mira
Del sol el rayo sutil,
De Caribana á Quivira,
De Nueva España al Brasil.
La Iglesia quiere triunfar,
Mortales, y á cuantos viven
Me envía á notificar
Que sus fiestas se aperciben,
Y que quiere en Roma entrar;
Que viniendo con victoria
De tanto gentil y hereje
Este César de la Gloria,
Quiere que mi fama deje
Sus triunfos á la memoria;
Mil batallas ha vencido,
Mil enemigos deshecho,

(1) Falta un verso á esta quintilla.

Mil monstruos desvanecido,
Y así, por justo derecho,
Tiene el laurel merecido.
La Iglesia, César triunfante,
Sale en carro victorioso,
Y quiere llevar delante
Del triunfo, en lugar honroso,
Ese escuadrón militante.
El que á tan alto lugar
Tuviere acción, venga luego,
Y podrá en ella triunfar;
El porfiado y el ciego
También se venga á humillar.
Diga y confiese su error;
El rebelde será preso
Y atado al triunfo en rigor,
Castigado de su exceso,
Á los pies del vencedor.
Venid, indios, celtas, godos,
En fin, todos de mil modos;
Que se manda pregonar
Para que pueda llegar
Á la noticia de todos.

Saquen atabales, como está dicho, y saldrá la Envidia mordiendo un corazón.

ENVIDIA.
Comeréme el corazón;
Daré un bocado cruel.

Sale la Ignorancia, de villano.

IGNORANCIA.
¡Quedo, hermano! ¿Sois halcón?
ENVIDIA.
Vana determinación,
Fiero é injusto pregón.
¡Triunfar la Iglesia!
IGNORANCIA.
¡Teneos!
El corazón os coméis.
ENVIDIA.
Mal sabes tú mis deseos.
IGNORANCIA.
De comer bien los tendréis.
ENVIDIA.
¡La Iglesia tantos trofeos,
Tantos triunfos y victorias!
IGNORANCIA.
¿De la Iglesia murmuráis?
Pues no os metáis en historias;
Que si á su palma os alzáis
Os darán de palmatorias.
Que si habláis de esa manera
Os llevarán cuatro ayudas,
De la más obscura esfera
Al escritorio de Judas
En polvos de salvadera,
No porque os podéis salvar,
Mas porque os habrán salvado.
ENVIDIA.
Déjame aquí blasfemar.
IGNORANCIA.
Si os hubieran saludado,
Vos dejarais de rabiar.
ENVIDIA.
Nunca yo tengo salud.
IGNORANCIA.
Ni Dios os la dé tampoco.
¿Quién sois?
ENVIDIA.
Quien de la virtud
Ajena se vuelve loco,
Quien jamás tuvo quietud,
Quien le pesa que el vecino
Tenga asiento y gentil silla,
Letras, armas, y sea dino
De fama.
IGNORANCIA.
¡Qué buena dicha! (1)
Así que sois de lo fino.
ENVIDIA.
Por mí murió aquel á quien
Le dió aquel golpe tan fuerte:
Yo le puse en tal desdén:
Yo traje al mundo la muerte.
IGNORANCIA.
Mala os la dé Dios, amén.
¡Mirad qué beber con nieve!
¡Qué medias de aguja y punto!
¡Qué coche ó mulas que os lleve!
Que por esto y todo junto
Tanto al inventor se debe.
ENVIDIA.
Por mí José fué vendido.
IGNORANCIA.
Así lo estáis en Argel.
ENVIDIA.
Y el rey David perseguido.
IGNORANCIA.
Vos lo seáis como él,
De un suegro vil abatido.
ENVIDIA.
No deis más señas; á Dios,
Siendo hombre, puse en un palo.
IGNORANCIA.
¿Vos?
ENVIDIA.
Yo.
IGNORANCIA.
¿Y quién sois vos? (2)
ENVIDIA.
Soy la Envidia.
IGNORANCIA.
¿Qué más malo?
ENVIDIA.
¿No andaremos bien los dos?
Pues ¿quién eres?
IGNORANCIA.
La Ignorancia.

(1) Falta la rima.
(2) Falta una sílaba.

ENVIDIA.
¡La Ignorancia!
IGNORANCIA.
¿Pues no es mejor que la Envidia?
ENVIDIA.
Mi arrogancia (1)
Va por diferente error
Consumiéndoos la existencia (2).
IGNORANCIA.
Por Dios, no me contentáis.
ENVIDIA.
El sol me pesa que alumbre.
IGNORANCIA.
Será porque ciego estáis.
ENVIDIA.
Sólo me da pesadumbre.
IGNORANCIA.
Y vos ¿á quién no la dais?
ENVIDIA.
Á la hermosura persigo:
Soy de la ciencia enemigo:
De la grandeza me espanto,
Y de Dios por poder tanto.
IGNORANCIA.
¿Á Dios también?
ENVIDIA.
De Dios digo.
IGNORANCIA.
¿Enemigo sois de quien
Nos da de comer á todos?
Pocos habrá que os lo den.
ENVIDIA.
Dios busca de varios modos
Vengarse de mí también;
Hoy se ha dado un gran pregón.
IGNORANCIA.
¿Para qué?
ENVIDIA.
Quiere triunfar
Su Iglesia, y á esta ocasión
Me la ha dado para dar
Bocados al corazón.
IGNORANCIA.
La Iglesia triunfa.
ENVIDIA.
¿Tú sabes
Quién es?
IGNORANCIA.
Mil veces la he visto
Entre capitanes graves.
Es Pedro piedra, á quien Cristo
Dió de su puerta las llaves.
Entra en Roma con laurel
De tanto preso contrario.
IGNORANCIA.
Pues ella puede ir por él
Con tribuna y campanario,
Y tanta campana en él.
Si la de Sevilla fuera,
La Giralda no pudiera
Ir á Roma en treinta bueyes.
¿La capilla de los Reyes
En cuantos carros cupiera?
Probad alzar, compañero,
Solamente el candelero
De las tinieblas: á ver.
ENVIDIA.
Mal podré envidia tener
De ese tu ingenio grosero.
IGNORANCIA.
Apostemos un rëal,
Que aunque viniera Sansón,
No pudiera, con ser tal,
Llevar en la procesión
Una hora el cirio pascual.
¿Pues San Cristóbal es barro?
Un pie no cabe en un carro.
¿Y la reja de la Antigua
Es corcho?
ENVIDIA.
Mal se averigua
Con un grosero un bizarro.
IGNORANCIA.
Pues las mesas, y escribanos
De cartas, ¿con qué arrieros
Alzaréis vos en las manos?
¿Á Gradas con sus libreros
Y mercaderes é indianos?
¿Pues los órganos del coro
En que han de ir?
ENVIDIA.
¡Qué humildes salas
Puso el cielo en su decoro!
IGNORANCIA.
Sólo el obispo de Escalas
Ha menester un tesoro.
ENVIDIA.
¡Ah, Ignorancia, yo te envidio,
Por no sentir el fastidio
De ver la Iglesia triunfando!
Parece que estoy mirando
En ti aquel Midas de Ovidio;
Necio, la Iglesia es la esposa
De Cristo y esotro templo.
IGNORANCIA.
La esposa divina cosa.
ENVIDIA.
¡Que tales triunfos contemplo!
Hoy la llama toda hermosa,
Gente suena.
IGNORANCIA.
Un hombre viene.

Entra Martín Lutero de negro.

LUTERO.
¡Que la Iglesia triunfar tiene

(1) Verso incompleto.
(2) Á esta quintilla le falta la rima y tiene dos versos incompletos.

Mientras yo vivo en el mundo!

ENVIDIA.

¿Quién es aqueste iracundo?

LUTERO.

Diligencia me conviene;
Gente hay aquí: amigos son,
¿Habéis oído este pregón?

ENVIDIA.

Yo sí, que yo lo he sentido.

LUTERO.

Y yo que hasta el corazón
Me ha entrado por el oído.

ENVIDIA.

¿Quién eres?

LUTERO.

Lutero soy.

ENVIDIA.

¡Oh, Martín, dame esos brazos!

LUTERO.

¡Buenos, buenos vamos hoy!
¡Si los tuyos fueran lazos!
Pero díme á quien los doy.

ENVIDIA.

Yo soy, Martín de mi vida,
La envidia de los herejes,
Flaca, triste y carcomida.

LUTERO.

No puede ser que me dejes;
Que estás á mi alma asida.

IGNORANCIA.

¡Oh cuernos de Lucifer!

ENVIDIA.

Martín, con verte me alegro.

IGNORANCIA.

Martín había de ser
Tordo que ha sido tan negro.
Parlad, parlad á placer.
Yo os juro que ha de llegar
Porque dejéis de parlar.

LUTERO.

Ahogarme puede un cabello.

ENVIDIA.

De ver la Iglesia triunfar (1).
No lo estorbarás.

LUTERO.

Yo he hecho
Mil cosas para estorballo,
Mas no han sido de provecho,
Que soy de Carlos vasallo,
Que ha mis intentos deshecho.

IGNORANCIA.

¿Del Rey de España os quejáis?

ENVIDIA.

Es defensor de la ley
De Cristo.

IGNORANCIA.

Martín, tembláis:
¿Tordo sois y no cantáis?

(1) Falta un verso á esta quintilla.

Cristo guarda al Rey (1).

LUTERO.

¿Quién es aqueste villano?

IGNORANCIA.

La Ignorancia soy, Martín,
Contenta de que me allano
Á la Iglesia, porque, en fin,
Aunque ignoro, soy cristiano;
Mas vos con lo que sabéis,
¿Cómo no os sabéis salvar?

LUTERO.

Envidia, si vos queréis,
Yo haré sus golpes parar.

IGNORANCIA.

Á chamusquina me oléis.

LUTERO.

Libros sé escribir muy bien.

ENVIDIA.

Eso se publica: escritos.

IGNORANCIA.

No escribáis y habléis de quien
Os quemará los libritos
Y á Martinito también.

LUTERO.

Calla, bestia; que no entiendes
Mi pretensión.

IGNORANCIA.

Calzas verdes;
¿Conque nuestra religión
Cristiana oprimes y ofendes? (2)
Mas todo es parlar y hablar;
¿Quién pasa? El Rey que va á caza.
Por ver si podréis cazar,
Pues, Martín, no es buena traza.

LUTERO.

¡Á fe que os han de enjaular!
¡Á mí con salvoconducto
De Carlos!

IGNORANCIA.

Dios es quien salva,
Y no os valdrá ser astuto,
Porque dejastes el alba
De Cristo por ese luto,
Las ropas sacerdotales
Y el hábito de Agustín,
Las procesiones claustrales
Dejáis por galas, Martín,
Y por glorias temporales.
¿Cómo casado os veis?
¿Cómo podéis ser casado?
Suspenso el mundo tenéis:
Infame ejemplo habéis dado:
Mucho infierno merecéis.

LUTERO.

¿Esta es la Ignorancia?

IGNORANCIA.

Sí.

(1) Este verso no consta y falta la rima.
(2) Falta un verso y la rima.

Que con ser yo la Ignorancia
Basto para vos.

LUTERO.

En mí
Pertinacia y repugnancia
Viven.

ENVIDIA.

Gente viene aquí.

Entra la Justicia divina con una vara.

JUSTICIA.

¿Quién es aquí de los tres
Martín Lutero?

IGNORANCIA.

Yo no.
Ese negro tordo es
El que por su mal parló.

ENVIDIA.

¡Si te buscan por los pies!

IGNORANCIA.

Por no ser yo tan mal tordo,
Más quiero ¡pardiez! ser ganso,
Aunque me coman de gordo.

JUSTICIA.

¡Ah! Lutero ahora manso,
Mudo ahora, ahora sordo.

ENVIDIA.

Oye, Lutero.

LUTERO.

No puedo,
Que la Justicia divina
Calóme claro el enredo.

IGNORANCIA.

¡Chamusquina, chamusquina!
¡Ah, Señor! Vengado quedo.

JUSTICIA.

Por aqueste mandamiento
De la Iglesia militante,
Sed preso.

LUTERO.

Yo lo consiento,
Mas no he de verla triunfante.

IGNORANCIA.

¡Qué buen arrepentimiento!

JUSTICIA.

Camina á la cárcel luego.

LUTERO.

Roma, ¿qué me quiere á mí?

JUSTICIA.

Que conozcas tu error ciego.

LUTERO.

¡Yo!

JUSTICIA.

Camina por ahí.

IGNORANCIA.

Juntamente con el pliego.

Llévanle preso.

¿Qué os parece cuál le lleva?

ENVIDIA.

¿Y no le ha de oir?

IGNORANCIA.

Sí oirá;
Y como haga lo que deba,
También le perdonará.
Llore, y á piedad le mueva.

ENVIDIA.

¿Llorar?

IGNORANCIA.

¿Y no le está bien?

Entra el portero de la Iglesia, que es el Bautismo.

PORTERO.

¡Plaza, plaza! ¡Afuera gente!

ENVIDIA.

Al cónclave vienen.

IGNORANCIA.

¿Quién?

ENVIDIA.

La Iglesia.

IGNORANCIA.

Estaréis presente.

ENVIDIA.

¿Sí? Pues tú lo estás también.

IGNORANCIA.

¿Quién es aqueste portero?

ENVIDIA.

El Bautismo.

IGNORANCIA.

El que chapuza.

ENVIDIA.

El Sacramento primero.

IGNORANCIA.

Vos el óleo, aunque lechuza,
Seréis.

ENVIDIA.

Yo el óleo no quiero.
Soy la Envidia heresiarca.

Estará una mesa puesta y dos sillas; saldrá la Iglesia bien aderezada, y Tomás, por su secretario, á modo de teólogo.

TOMÁS.

Aquí, celestial monarca,
Puedes tratar lo que resta,
Para el triunfo de tu fiesta.
Sienta en este monte el arca,
Tu nave, que es necesario.

IGLESIA.

Tomás, de mi arribo advierto,

Siéntanse los dos.

Tesorero y secretario
Legal, fidedigno y cierto.
Aquí se ha de concluir
Lo que á todo es triunfo solo.

TOMÁS.

Bien podéis, reina, decir.

ENVIDIA.

Ya mueve la santa boca (1),

(1) Falta la rima.

Y Tomás quiere decir.

IGLESIA.

Poned primero las listas
De los que han de acompañarme.

TOMÁS.

Ya los cuatro Evangelistas
Vinieron, reina, á avisarme,
Y todas las. . . . . (1)
Será tu carro triunfal
Una nave: irá en la gavia
Cristo; será tu fanal
La Hostia.

IGLESIA.

La traza es sabia;
Irá con luz celestial.

TOMÁS.

Será su luz y sustento,
Su amparo, su norte y día,
Por este mar turbulento;
Que yo he compuesto á su día
Unos versos.

IGLESIA.

¡Gran contento!
El principio me decid.

TOMÁS.

Tantum ergo Sacramentum
Veneremur cernui,
Et antiquum documentum
Novo cedat sensui.

IGLESIA.

Esa servirá de salva;
Que los pajes de la nave
Cantarán en viendo el alba.

TOMÁS.

Es tan alba, que se sabe
Que está allí el Sol que salva.
Irá en la popa María.

IGLESIA.

¡Oh, Virgen, del mar estrella!
¡Salve, madre santa pía!
¿Quién no se salva con ella,
Pues al que salva nos guía?

ENVIDIA.

Rabio de envidia, de ver
Esta Señora tan alta.

IGNORANCIA.

Envidia, no hay que poner
En cosa tan alta falta;
Que aunque os mueva Lucifer,
Es María toda hermosa,
Y así lo dijo su padre.

ENVIDIA.

Ya sé que es hija dichosa,
Del Padre y del Hijo madre,
Y del Paráclito esposa.

TOMÁS.

Pedro gobierna el piloto,
Los Apóstoles también
Son marineros.

IGLESIA.

Ni un voto
Le falta.

ENVIDIA.

Aquí fuera bien
Que hablara el silencio roto:
¡Pedro en tal lugar; aquellos
Pescadores tantas palmas!

IGNORANCIA.

Calla, no murmures de ellos,
Que son pescadores de almas;
Su Iglesia se honra con ellos.

TOMÁS.

Pontífices, confesores,
Mártires, vírgenes van,
Eremitas y doctores.

ENVIDIA.

Aquí no los oirán,
Que ya han cometido errores.

IGNORANCIA.

Calla, Envidia,

ENVIDIA.

Pablo, no,
Que á la Iglesia perseguía.

IGNORANCIA.

Por eso después cayó;
Que hasta la ignorancia mía
Sabe la luz que le dió.

ENVIDIA.

¿Y Agustín?

IGNORANCIA.

Ese también
Es un doctor soberano.

IGLESIA.

Tomás, vos iréis también
Junto á mi derecha mano.
Esa es razón se la den;
Porque el gran Tomás de Aquino
Es una luz que me alumbra,
Norte y lucero divino
Que sobre el monte se encumbra,
De donde la luz le vino.

IGNORANCIA.

Desde que á la Iglesia vi,
Soy otro de aquel que fuí;
Que aunque soy rústica peña,
Á su sol me enternecí,
Que sin razón se desdeña.

TOMÁS.

Aquí hay unas peticiones.

IGLESIA.

¿De quién son?

TOMÁS.

De unos varones
Santos, que quieren lugar
En tu triunfo.

ENVIDIA.

Aun más pesar.

IGNORANCIA.

¿Pues de eso triste te pones?

(1) El manuscrito que nos sirve de texto está ilegible en este final de verso.

Vaya leyendo Tomás papeles, y lea:

TOMÁS.
El rey don Fernando, etcétera,
Conquistador valeroso
De Sevilla y toda España,
Pide lugar.

IGLESIA.
Yo le nombro.

TOMÁS.
Un labrador de Madrid,
Del linaje de los godos,
Que Isidro se llama......

ENVIDIA.
Hablar
Quiero: oye un poco (1).

IGLESIA.
¿Quién eres?

ENVIDIA.
La Envidia soy,
Que á esos que nombras me opongo.
Tus Santos canonizados
Ya en la Iglesia, no los toco.

IGLESIA.
Éstos también lo serán,
Que ya se previene todo.

ENVIDIA.
Que pongas al rey Fernando,
Norabuena, no lo estorbo;
Pero á un labrador.....

IGLESIA.
No trates
De obscurecer mis tesoros,
Porque en la viña de Cristo..... (2)

TOMÁS.
Aquí la madre Teresa
De Jesús, divino monstruo
De oración, lugar te pide.

ENVIDIA.
¡Teresa! Vuélvome loco.

TOMÁS.
Dice que el Orden del Carmen
Fundó.

ENVIDIA.
¡Qué asombro (3),
Ver que una mujer descalza
Triunfa triunfo tan glorioso!

TOMÁS.
Fray Luis Beltrán, valenciano,
De mi Orden.

IGLESIA.
Ya conozco
Ese Beltrán.

TOMÁS.
Laurel pide.

IGLESIA.
De mi laurel le compongo.

(1) Verso corto.
(2) Falta un verso.
(3) Verso corto.

TOMÁS.
Nicolás Factor francisco
De aquel seráfico Apóstol,
Pide lugar.

IGLESIA.
Lugar tenga.

ENVIDIA.
¡Ay de mí; loco me torno!

TOMÁS.
Y fray Pablo, de Sevilla,
Padre de pobres piadoso.

IGLESIA.
Fray Pablo triunfe, que es justo.

ENVIDIA.
El cielo de rabia tomo.

IGNORANCIA.
Antes no lo tomaréis:
Es alto el camino angosto;
Pero pues fuego escupís,
Guardaos no os caiga en el rostro.

TOMÁS.
Fray Juan de Orozco, agustino,
Confesor de la Princesa (1).

IGLESIA.
Den lauro á fray Juan de Orozco.

ENVIDIA.
Por Dios, Iglesia, que vais
Con pobre pompa y adorno;
Todo es sayal y burice,
Labradores, frailes rotos.
Los Césares no triunfaban
De esa suerte, sino solos,
Con los despojos vestidos
Bordados de plata y oro.
¿Qué dirá quien así os viere?

IGLESIA.
Dirán que aquestos despojos
Son las riquezas de Cristo.

TOMÁS.
El César allá glorioso,
Carlos Quinto Emperador
De Alemania, rey dichoso
De España y Roma también
Pide el triunfo.

IGLESIA.
Yo le otorgo.

ENVIDIA.
¿Por qué le han de dar á Carlos.....

IGLESIA.
Porque del hereje y moro
Me ha librado tantas veces,
Y es mi defensor famoso,
Que cuando en Vormes se vió
Con Lutero, puso el hombro
Tan de veras á la empresa,
Que fué mi David católico;
Mas no pudiendo al rebelde
Dar el castigo forzoso,
Escribió esta confesión.

(1) Sobra este verso.

ENVIDIA.
Y yo vivo fuego arrojo.

Lee Tomás la confesión.

SONETO.

Yo Carlos, por mi parte descendiente
De los emperadores alemanes
Y de reyes y santos capitanes,
Por mi madre en España y de ella ausente,
Confieso un Dios, confieso juntamente
Todo lo que la Iglesia santa adora;
Mis pasados entonces, y yo ahora,
En una fe y unión eternamente;
Declaro que es Lutero infiel, y digo
Que le mando salir de mis Estados
Como artífice hereje y enemigo,
Y así os suplico, oh príncipes amados,
Ensalcemos la fe con su castigo
Y seremos de Dios remunerados.

IGLESIA.
Esto en alemana lengua
Escribió César allí.
¿Quién, pues, aquí se deslengua?

ENVIDIA.
Yo soy, que su envidia fuí.

IGLESIA.
Pues venga aquí por tu mengua.

TOMÁS.
Llamad á Carlos, portero.

PORTERO.
Ya llega Carlos. Entrad.

IGLESIA.
Tomás, darle asiento quiero.

TOMÁS.
Merécelo su piedad.

IGNORANCIA.
Buen talle, hermoso guerrero.

Entra el Emperador con gola, corona de laurel, un bastón, pendón con las armas de España.

IGLESIA.
Sentaos, Carlos.

CARLOS.
Gran Santa,
Yo tengo de estar en pie;
No se ha de sentar ahora (1);
En pie he de estar y velar;
Que á quien toca el defenderte
No se ha de sentar ni dar
Al descanso.

IGLESIA.
David fuerte,
Mi triunfo os dará lugar;
En él pondré al gran Filipo
Y á sus hijos defensores,
Que entre todos anticipo.

CARLOS.
Por quien sois, de esos favores,
Que no por mí, participo;
Serviros he procurado
En Alemania, y vertido
Sangre, á la de aquel costado,
Como es justo, agradecido.
De divino amor variado
Estas armas vuestras, creo,
Y este divino pendón
Plantó para mi trofeo,
Primero en el corazón,
Y después, donde peleo;
Vivir procuro y morir
En vuestra fe, Iglesia santa.

IGLESIA.
¿Qué tienes tú que pedir?

ENVIDIA.
Que envidio grandeza tanta.

IGNORANCIA.
Aquí no habéis de mentir.
Mirad á Carlos delante
Con el dorado pendón,
Á Gedeón semejante,
Defensa de aquel perdón
De la Iglesia militante,
Y echaos, Envidia, á sus pies.

PORTERO.
La gran ciudad de Sevilla,
Que tan católica es,
Quiere entrar, y á ti se humilla
Porque licencia le des.

IGLESIA.
Entre.

Entra Sevilla en traje de dama.

Seas bien venida.

SEVILLA.
Sálvete Dios, bella esposa
De Cristo.

IGLESIA.
Soy de ti, hermosa,
Continuo muy bien servida.

SEVILLA.
Á lo menos muy querida.

IGLESIA.
¿Qué quieres?

SEVILLA.
Que pues has visto
Con qué amor, con qué deseo
Á tus servicios asisto,
Cómo mi riqueza empleo
En ti y en la cruz de Cristo;
Lo que en el famoso día
De esta fiesta hacer procuro
Con tal costa y alegría,
Que desde un muro á otro muro
Se ve la riqueza mía
De que no quiero que calles
Los tesoros, ni que halles

(1) Falta la rima y dos versos de esta quintilla.

Más abonos ni más luces
Que es ver más de dos mil cruces
En casas, campos y calles;
Y pues que las cruces son
Buenos testigos y abono
De mi piedad y afición,
Me des lugar en el trono
De este triunfo, si es razón.

ENVIDIA.

Cruces te da por testigos.

IGNORANCIA.

¿Pues podéisla vos tachar
Si un hombre con dos amigos
Por la cruz suele jurar,
Y aun entre mil enemigos,
Y aun con los dedos cruzados
La muestra, y luego es creído?
Sevilla, de los cuidados
Que con la Iglesia ha tenido,
Ya presentes, ya pasados,
Con el un dedo no más
Puede mostrar dos mil cruces.

IGLESIA.

Sevilla, lugar tendrás,
Pues más que los cielos luces,
Testigos de luz nos das.
Razón es que se prefiera
Por reina de las ciudades.

CARLOS.

Sevilla, yo esta bandera
Te doy.

SEVILLA.

Venza las edades.
Tu fama, sol de mi esfera.

CARLOS.

Toma tú para blasón
De que, como en la grandeza,
Excedes en religión
Á las demás.

SEVILLA.

De ésa alteza
Soy pues fuerte Gedeón.

IGLESIA.

Tomás, ¿qué falta que hacer?

TOMÁS.

Echar los herejes presos,
Por si quieren responder,
Ó llorando sus excesos
Esa piedad merecer.

IGLESIA.

Echadlos, y venga alguno
En su nombre.

PORTERO.

Aquí está uno
Que quiere entrar.

IGLESIA.

¿Quién?

PORTERO.

Lutero.

TOMÁS.

Citarlos á todos quiero.

CARLOS.

¡Qué pertinaz é importuno!

Lee Santo Tomás en alta voz:

TOMÁS.

«La Iglesia quiere triunfar:
Herejes sacramentarios,
Los que negáis que en la Hostia
Asiste Dios soberano;
Condomientes y Sinlates,
Adamitas, Sabelianos,
Antinomos, Mayoritas
Heréticos, Calvinianos,
Y los demás que seguís
Fraudes y yerros tan varios;
Zuingle, Martín Lutero,
Melanchton y Carlostadio,
Jacobelo, Sigio y otros,
Mirad que se abrevia el plazo,
Y que si no os convertís,
Iréis en el triunfo atados
Hoy desde él al fuego eterno,
Adonde el Cónclave santo
Del Apóstol de la Iglesia
Le condena á justo pago.
Dada en nuestra Rëal Silla,
Catedral de Pedro y Pablo,
Siendo los Cielos testigos
Y Tomás mi secretario.»

Sale Lutero.

LUTERO.

Apelo, Iglesia.

IGLESIA.

¿Quién es?

TOMÁS.

Lutero.

IGNORANCIA.

¡Martín, hermano!
¿Cómo os soltáis de la jaula?

IGLESIA.

Oye lo que dice Carlos.

CARLOS.

Lutero quiere dejar
Su error.

LUTERO.

¿Qué error? Yo no hago
Cosa que justa no sea.

CARLOS.

Tomás dice lo contrario.

TOMÁS.

Quema tus libros, Lutero,
Ó irás en el triunfo santo
De la Iglesia, y desde allí
Al infierno condenado.

LUTERO.

Respondo, y término pido.

TOMÁS.

Hasta mañana te damos.

LUTERO.

Voy á estudiar y á escribir.

TOMÁS.

Pues conoces tus pecados,
Retráete de lo dicho.
Di que Dios está cifrado
En aquel pan.

LUTERO.

Voyme.

IGLESIA.

Asidle,
Y atadle detrás del carro
Donde voy por el laurel.

TOMÁS.

El sacro Espíritu Santo
Sobre tu cabeza asiste,
Que es laurel de hermosos ramos.

Éntranse todos, y queda allí la Envidia y la Ignorancia.

ENVIDIA.

Perdiendo el juicio estoy;
Á triunfar se van: ¿qué haré?

IGNORANCIA.

Desatinado estás hoy.

ENVIDIA.

Triunfa la Iglesia y la fe.
¡No ves que la Envidia soy!

IGNORANCIA.

¿Pues qué se os da de eso á vos?
¡Malos duelos os dé Dios!

ENVIDIA.

¿No queréis que se me dé?
¡Triunfar la Iglesia y la fe!.....

IGNORANCIA.

Bien lo merecen las dos.

ENVIDIA.

¿Quién ha de tener paciencia
Para ver la Rëal Casa
De Austria con tanta excelencia?
Columnas de aquella basa,
De Pedro y su dependencia.
¿Quién sufrirá ver allí.....?
Yo no digo que á María
Hermosísima, ay de mí,
Ni la hermosa infantería
De las sillas que perdí;
Dejo mártires, profetas,
Confesores y doctores
Y mil vírgenes perfetas.....
Mas frailes y labradores.....

IGNORANCIA.

Mal su valor interpretas.
Calla, Envidia, no te cojan,
Y te lleven á Tablada.

ENVIDIA.

Los rayos del sol me enojan,
El bien ajeno me enfada,
Las virtudes me congojan;
Blasfemo del cielo, y digo
Que soy su eterno enemigo;
No tengo arrepentimiento;
Mi error quiero, mi error sigo (1);
Voyme adonde me condena
Mi envidia, de rabia llena.

IGNORANCIA.

Andad con la maldición.
Los presos del triunfo son;
Divina música suena.

Aparécese la Iglesia, laureada, y sobre su cabeza el Espíritu Santo; los herejes atados y con prisiones, y Carlos, Sevilla y los demás que pudieren, con ramos de laurel, y Músicos cantando.

Hoy la Iglesia militante
Triunfa de aquestos despojos,
Mientras que llegan sus ojos
Á la Iglesia militante.

IGLESIA.

Pontífices, confesores,
Patriarcas y profetas,
Doctores, mártires, santos,
Matronas, castas doncellas,
Emperadores y reyes,
Ciudades nobles, supremas,
Dignidades y cabildo,
Repúblicas, armas, letras,
Hoy es mi triunfo, hoy mis sienes
El laurel de gloria cerca;
Esta paloma divina
Va en gracia y con gracia inmensa.
Enmudeced, fieros monstruos,
Herejes y falsas lenguas,
Que estáis todos aquí atados,
Libros, pertinacia, sectas;
Mientras que llega á los buenos
Premio, y á los malos pena,
Hoy triunfa la Iglesia, dando
Fin al Triunfo de la Iglesia.

---

(1) Falta un verso.

LA ISLA DEL SOL

(INÉDITO)

AUTO FAMOSO

DE

LA ISLA DEL SOL

DESTE AÑO DE 1616 AÑOS

(INÉDITO)

PERSONAJES

El Delincuente.
El Desengaño.
La Murmuración.
La Adulación.
El Príncipe.
El Sol.
La Gracia.
La Misericordia.

Entren el Delincuente y el Desengaño.

DELINCUENTE.

Déjame: no me detengas
Ni mi muerte dificultes,
Desengaño, si aquí espero
Que dé el sol en estas cumbres.
Dame paso y dame aliento,
Que sólo el viento que sube
Á ver el alba que nace,
Temo que me ofenda y turbe.

DESENGAÑO.

Gente espera, Delincuente.
¿Dónde vas?

DELINCUENTE.

No me importunes;
Que para penas mayores
Es bien que me lo preguntes.
Al Alma he muerto cual sabes
Por un antojo que tuve,
Vencido del apetito,
Hierro que á mi cuello puse;
Como es cobarde la culpa,
Y no hay causa que me excuse,
Hace el temor que estas peñas
Contra mí, por hombres juzgue.
Las fuentes aunque en cristales
Ajenas dichas murmuren,
Pienso que á los arroyuelos,
Parleras, quien soy descubren:
Los silbos que dan los aires
Cuando las ramas sacuden,
Me parecen voz que dice
Que me prendan y me injurien.
Las avecillas cantoras,
¿Quién duda que no madruguen
Á repetir á estos montes
Mi delito y pesadumbre?
Temiendo que la justicia
Contra mí la espada empuñe,
Huyendo en el mar del mundo
Á navegar me dispuse.
Mi voluntad es la nave,
Mi piloto mis costumbres,
Las velas mis liviandades
Y el eje mis inquietudes.
Navegando voy aprisa:
No me detengas ni ofusques.
Basta el temor que yo llevo
Del castigo que me arguye.

Sople el viento favorable
Y entre sus ondas me oculte
El mar, porque venturosa
Mi nave sus aguas surque;
Vaya mi ventura en popa,
Destierre sus pardas nubes
El cielo, porque piadoso
Á mi pretensión ayude.

DESENGAÑO.

Ningún contrario te sigue;
¿De quién te escondes y encubres?
Pero el malo como tú,
Sin que le persigan huye.

DELINCUENTE.

Al padre del Alma temo
Que me siga.

DESENGAÑO.

Si presumes
De su justicia esconderte,
Ni lo intentes, ni procures;
Que entre serafines bellos
Le verás si al cielo subes,
Y si al infierno bajares,
Lo verás entre su lumbre.

DELINCUENTE.

Buen compañero en ti llevo
Para que no me resulte
Un gran mal y una tormenta,
Y mi gusto y bien enlute.

DESENGAÑO.

Pues si mi consejo quieres,
De su remedio no dudes:
Vuélvete, y al ofendido
Pide perdón porque juzgue
Tu causa piadosamente;
Y la culpa que se incluye
En tu error, con pesar limpia
Sin que tus ojos se enjuguen.

DELINCUENTE.

¿Pesar quieres que yo muestre
Por el Alma? Aunque renuncie
Todo el derecho del cielo,
Y él contra mí se conjure,
Tuve gusto de matarla;
Y si no es que Dios me infunde
El conocimiento santo
Que me venza y que me alumbre,
La mataré tantas veces
Cuantas en el alma dure
La fuerza del apetito
Que por ella sustituye.

Cantan:

Música.

Tengan ese Delincuente
Que huye del bien al mal,
Y denle todos la vaya.
¡Oh, oh, qué corrido va! (1)

DESENGAÑO.

Ecos, fuentes, vientos, ríos,
Grita y afrenta te dan.

DELINCUENTE.

No por eso impedirán
Intentos y pasos míos.

DESENGAÑO.

Teme del mar los bajíos
Que amenazándote están.

Cantan:

¡Oh, oh, que corrido va!

DELINCUENTE.

No temo ningún pirata
Que en este mar me inquiete,
Pues gustos de amor promete
Entre sus ondas de plata.

DESENGAÑO.

¿Del mundo el mar tú no ves
Que está de escollos cubierto?

DELINCUENTE.

Mi nave busca su puerto.

DESENGAÑO.

Dará contigo al través.

DELINCUENTE.

Calla, pues soy fugitivo,
Y déjame con mis penas.

DESENGAÑO.

Teme el canto de sirenas
En aqueste mar lascivo;
Vuelve y mis verdades sigue.

DELINCUENTE.

Desengaño, libre estás,
Y en cuantas razones das
No hay ninguna que me obligue.
Ni temo correr tormenta,
Ni dudo me han de faltar
Delfines en este mar
Contra su furia violenta;
Y más que ya se me ofrece
Tierra que el deseo descubre,
Cuyo cielo que la cubre
De mil gustos la florece.

DESENGAÑO.

Á su nave Voluntad
Allá el piloto endereza.

DELINCUENTE.

Promete mucha riqueza
Su vista y su majestad;
Ya en su playa desembarco
Y su tierra alegre beso.

DESENGAÑO.

La tempestad de tu exceso
No tendrá de paz el arco.

Canten dentro:

Si por amor se pasan
Las aguas de la mar,
Por gustos y deleites
¿Quién no las pasará?
En buen hora, en mi playa

(1) Siguen once versos completamente tachados en el manuscrito.

Puerto quieras tomar,
Delincuente dichoso,
Pues siempre lo serás.
Si Voluntad te guía,
Y si amor pasa el mar,
Por gustos y deleites
¿Quién no le pasará? (1)

DELINCUENTE.

¿La dulce salva no adviertes
Que me canta el bien venido?

DESENGAÑO.

Di mejor el bien perdido;
Perdido para que aciertes.

DELINCUENTE.

Saber el nombre quisiera
De tierra y de dicha tal.

DESENGAÑO.

Dirátelo por tu mal
Alguna esfinge ó quimera.

DELINCUENTE.

Tu mal pronóstico deja
Y vuélvete, Desengaño,
Pues me sigues por mi daño.

Descúbrese la Murmuración por lo alto de un carro, y arrojan un poco de agua ó tierra al descubrirse.

MURMURACIÓN.

¡Hola! ¿Quién va? ¿Quién se queja?
¡Agua va! Quiten de abajo;
Que trastejamos.

DELINCUENTE.

No son
Esas burlas con razón
Ni de buen trato.

MURMURACIÓN.

Barajo
El juego, y más cortésmente
Os recibo y os saludo.

DELINCUENTE.

De vuestro talle no dudo
El respeto conveniente.

MURMURACIÓN.

Si venís de reino extraño,
Grandes nuestras dichas son.

Dicen dentro:

Baja aquí, Murmuración.

DESENGAÑO.

De tu color es el paño:
La murmuración es ésta.

DELINCUENTE.

Dime, si hay en ti verdad,
Qué reino es este ó ciudad.

MURMURACIÓN.

Ya va. Escuchad la respuesta:

Esta es una gran provincia,
Cuyo rey es un Querub,
Arrojado por soberbio
Del trono del cielo azul.
Quieren decir, y aun es cierto,
Que siendo en la corte tú,
Quiso, por llamarse Alteza,
Igualarse al *ego sum*.
Era un músico ordinario,
Mas tan vano de testuz,
Que tomó el tono en *la sol*,
Siendo el suyo el de Reut.
Llámase el reino Placencia,
Y no hay Indias ni Pirú
Con más riqueza y deleites,
Y á todos toda es común.
Aquí tienen sus estrados
El garitero y tahur,
Uno pelando las gangas,
Y otro empandillando el flux.
Es la tierra más viciosa
Que hay desde Flandes al Sur;
Y aunque es de firmeza el menos,
De gustos es el *non plus*.
Hay chacona de Castilla,
De Guinea gurujú,
Y bravos escarramanes
Bailados á lo andaluz.
Es conservera la carne,
Y aunque quiera la salud
Lo dulce de sus regalos,
Todos comen su alajú.
Es negra toda la gente
Como paño de ataúd,
Y el más bello tiene el rostro
Como mono de Tolú.
Aquí acogen delincuentes,
Que con dulce esclavitud
Son forzados voluntarios
Del dragón, que aquí es Dragut.
Es un reino dividido,
Y aunque están de mancomún,
En la obligación del vicio,
Jamás les falta inquietud.
Hay músicas, mas no quitan
La infernal pena á Saúl;
Y aunque nunca están sin lumbre,
Siempre se acuestan sin luz.
Hay tesoros escondidos,
Y es un duende su baúl,
Que en carbones los convierte
Sola una señal de cruz.
Hay para afeitar el rostro,
De Tamar cierto betún,
Y cabellos para hechizos,
De Absalón, no de Abacuc.
Hay regalos diferentes;
Sólo el pan no es de Gandul,
Porque en su lugar se come
Un mal cocido alcuzcuz.
Hay conductas de Olofernes,

---

(1) Estos ocho versos, desde

En buen hora, en mi playa

están tachados en el manuscrito, pero se leen con claridad.

Mayorazgos de Esaú,
Imperios de Baltasar,
Y locuras de Nabuch.
Hay flores, mas no azucenas,
Y frutos, mas no el de Rut,
Porque en lugar suyo nacen
Las adelfas sin virtud.
Hay Melisendras amantes
Que á todos hacen el bu.
Harto os he dicho, miraldo,
Gaiferos de Belcebú.

Cúbrese la Murmuración.

DELINCUENTE.

Ese reino busco yo,
Que es alegre y descansado.

DESENGAÑO.

Ya, ignorante, le has hallado.

DELINCUENTE.

¿Quién ese nombre me dió?

DESENGAÑO.

Su pecado y su locura.

DELINCUENTE.

¿Es locura procurar
El regalo y el guardar
La vida por él segura?

DESENGAÑO.

Como al Alma muerte has dado,
Y sin alma te quedaste,
En cuanto determinaste
Hablas como desalmado.
Si huyes por tu traición
De la prisión que has tenido (1),
Todo es cárcel y prisión.

DELINCUENTE.

Si es cárcel, ¿no consideras
Que toda es gusto y amor?

DESENGAÑO.

Sí, mas quien libra mejor,
Muere en eternas galeras.

DELINCUENTE.

La isla que enfrente vemos,
¿Qué será, á tu parecer?

DESENGAÑO.

Curioso vienes á ser;
Que el vicio todo es extremos;
Pero su nombre diré,
Porque le sé por su fama:
La isla del Sol se llama.

DELINCUENTE.

Agrádame el nombre á fe.

DESENGAÑO.

De ella y dél no te enamores;
Que no es tierra para ti.

DELINCUENTE.

¿Por qué? La causa me di.

DESENGAÑO.

Cuentan antiguos autores,

(1) Falta un versos á esta redondilla.

Que si en el sitio y oriente
De su príncipe famoso,
Entra animal ponzoñoso,
Muere indubitablemente.
Tú, como bruto animal
Por la culpa transformado,
Ponzoñoso y apestado
De esa enfermedad mortal,
Porque tus vicios no mueran,
Que animales fieros son,
No entrarás en la región
Que ves, aunque allá te quieran.

DELINCUENTE.

Si el gusto me ha de costar,
Y en mí el vicio ha de morir,
Muy bien puedes presumir
Que en ella no quiero entrar;
Estotro Reino me agrada;
Para su intento más vale.
Su Rey sin duda es quien sale
Á darte la bien llegada.

Entren el Príncipe de Plasencia y la Adulación y Músicos.

Cantan:

Este es Rey y este es Señor,
Que los otros no;
Éste es el temido
De reyes del suelo,
Y el que al mismo cielo
Dar guerra ha querido;
Y el que ha pretendido
El nombre mayor;
Que los otros no.

PRÍNCIPE.

Bien me sabes agradar.
Pide, Adulación, mercedes.

ADULACIÓN.

Sólo una me has de otorgar,
Puesto que en las suyas puedes
Á un Alejandro afrentar.

PRÍNCIPE.

Y la que pides, ¿cuál es?

ADULACIÓN.

Que al que en tu presencia ves,
Estimes como á criado.

PRÍNCIPE.

De mí será regalado.

DELINCUENTE.

Beso, gran Señor, sus pies.

PRÍNCIPE.

Por culpas habrás venido
Á mi Reino.

DELINCUENTE.

Ellas han sido
Causa de servirte y verte.

PRÍNCIPE.

¡Dichosa ha sido tu suerte!

DESENGAÑO.

Triste tu venida ha sido.

PRÍNCIPE.
Y si quieres mi amistad,
No escuches al Desengaño,
Que ofende á mi autoridad.
DELINCUENTE.
Es mi azote y es mi daño,
Que impide mi libertad.
PRÍNCIPE.
Adulación, su regalo
Preven.
ADULACIÓN.
Si se le he de dar
En comida, le señalo
La de un rico Baltasar.
DESENGAÑO.
¿Y será el postre tan malo?
PRÍNCIPE.
Aposento le darás,
Y patio con fresca sombra.
ADULACIÓN.
La misma del Rey tendrás,
Si un gusano no te asombra
Como en la yedra á Jonás.
PRÍNCIPE.
Dale un caballo lozano.
ADULACIÓN.
Á quien es tan artesano,
Daréle uno más brioso,
Más gallardo y más famoso
Que aquel que anegó al gitano.
PRÍNCIPE.
Si pone en cazar su fin,
Saetas le da y tropel
De perros.
ADULACIÓN.
Daréle, en fin,
Los bravos de Jezabel,
Y las que lloró Caín.
DELINCUENTE.
Muy agradecido estoy
De tal bien. Mi dicha adoro.

Entre la Murmuración.

MURMURACIÓN.
Hagan plaza, pues que soy
Contrapunto de su coro
Y á todos el tono doy.
ADULACIÓN.
Murmuración, siempre vienes
Dando al mundo que notar.
MURMURACIÓN.
Muy por honrada te tienes,
Y eres bufón del lugar.
ADULACIÓN.
Conmigo es bien que te enfrenes,
Pues soy regalo de orejas
De gentes graves y ricas:
Tu boca es pico de abejas,
Pues que mueres donde picas
Y al picado muerto dejas;
Y eres un zángano al fin,
Que en miel del honor te cebas.
MURMURACIÓN.
Y no como tú, Arlequín,
Que das vueltas y haces pruebas
Por el interés rüin.
ADULACIÓN.
Nosotros digamos más;
Que ya siento tu abejón
De que siempre armada estás.
MURMURACIÓN.
Tú afeitada, yo moscón,
Sin duda no temerás.
PRÍNCIPE.
Este de mi Alcázar es
Alcaide.
MURMURACIÓN.
Y del Reino todo.
DESENGAÑO.
Y como verás después,
En hurtar honras y en modo,
De vivir, un calabrés.
MURMURACIÓN.
Si esperamos haya fiesta;
¿Qué causa tal suspensión?
ADULACIÓN.
Por mí siempre está dispuesta.
MURMURACIÓN.
Canta ó baila, Adulación.
ADULACIÓN.
El hacerlo es la respuesta.

Canten y bailen lo siguiente.

MURMURACIÓN.
En un Palacio de un Rey,
Que aunque á sus vasallos ama,
Es de condición tan fuerte,
Que siempre vive en desgracia,
Por honrarle hicieron fiesta
Siete nobles de su casa,
Privados que asisten siempre
En su mesa y en su sala.
Salió Soberbia el primero,
Contenta aunque derribada
De una torre que su engaño
En Babilonia levanta.
La Pereza entró tras ella,
Quitando el esposo fama
Á cinco vírgenes locas
Y echando al trigo cizaña.
Centellas de sí arrojando
Vino Lascivia abrasada,
Poniendo fuego á ciudades
Y anegando el mundo en agua.
¡Oh qué bien mira!
¡Oh qué bien baila,
Porque ven á su vista
Todas las almas!
Armada de punta en blanco,
La Ira llegó enojada,
Revestida en un Saúl
Tirando á David la lanza.

Luego la necia Avaricia,
Á quien los discretos llaman
Metrópolis de los vicios
Y protovicio del alma,
Vino por guardar hambrienta
Y por no dar afrentada,
Quitando á Naboth la viña
Y á Nabal dando amenaza.
Llegó la villana Envidia
Comiéndose las entrañas,
Hasta que un Joseph empoza
Y ún Abel hermoso mata.
El último entró de todos
Gula, como más pesada,
Vendiendo por seis lentejas
Un mayorazgo y privanza.
Juntos ya todos llegaron
Á su Rey, que los aguarda,
Y con mucha reverencia
Estas lisonjas le cantan:
Viento, mujer y ventura
Presto se muda,
Mas quien á vos os sirva
Tarde se muda.

DELINCUENTE.

Dichosa mi culpa fué,
Pues tal vida á gozar vengo.

PRÍNCIPE.

Sólo el honrarte prevengo;
Hágase lo que mande
Adulación.

ADULACIÓN.

Descuidar
Puedes aunque estés ausente.

PRÍNCIPE.

Regalando al delincuente
Me sabrás mil gustos dar.

Éntrese el Príncipe.

DELINCUENTE.

Serviréte como esclavo,
Pues tu valor lo merece.

MURMURACIÓN.

No es tanto como parece.

DELINCUENTE.

Mucho su grandeza alabo.

MURMURACIÓN.

Antes es desvanecido,
Y fué herrero en su lugar;
Que todo su fin errar
Desde su principio ha sido,
Y el errar nunca ha dejado
Ni de errar se cansará,
Porque el reino donde está
Á sólo errar ha ganado.

ADULACIÓN.

Bien tu lengua solicita
Su honor si ansí le celebra.

MURMURACIÓN.

Eso es soltar la culebra.

DESENGAÑO.

Mejor dirás la maldita.

ADULACIÓN.

Yo tengo que negociar;
Ansí tú vivas, amén,
Como me pareces bien:

Al Delincuente:

Dame esa mano á besar;
Que te quiero más que á mí.

DELINCUENTE.

No te vayas.

ADULACIÓN.

Volveré
Presto, y no me apartaré
De ti, por gozar de ti.

Éntrese la Adulación.

MURMURACIÓN.

Usa de estas reverencias,
Blanduras y niñerías,
Que al vos llama señorías
Y á la merced excelencias.
Esta flor que se deshoja
Con todos, como aquí ves,
Un quitapelillos es
Hecho de arrope y melosa.

DELINCUENTE.

Tu compañero he de ser;
Que eres de ingenio discreto.

MURMURACIÓN.

Tampoco os tendré respeto.

DELINCUENTE.

Tu trato quiero saber.

MURMURACIÓN.

Yo soy cierto tejedor,
Que tejo con el mirar,
Sospechas en mi telar
Para el que vive mejor;
Mi antojo y mi voluntad
Es la estambre del tejido
De que á todos doy vestido
Con mentira ó con verdad.
Hago al secreto portillos,
Y á la virtud amenazas:
Los poyos rompo en las plazas,
Y presido en los corrillos.
Mucho con mujeres valgo,
Y si la envidia les toca,
Mi vida y casa es su boca,
Porque nunca de ella salgo.
En mí no hay medio jamás,
Ni á mi pretensión se ajusta,
Porque en la cosa más justa
Hallo menos ó hallo más.
Hablo muy alto de ausentes,
De presentes con temor,
Pero nunca soy peor
Que por seña ó entre dientes.

No puedo amigo tener,
Y siempre con ellos ando,
Porque cantando ó rezando,
Jamás dejo de ofender.
Lo que á la justicia pasa,
Pasa en mí en lo que es quererme,
Pues gustan de oirme y verme,
Y ninguno por su casa.
Y al fin, por mi proceder,
Me llaman Murmuración,
Y soy como excomunión
Que siempre se ha de temer.

DELINCUENTE.

Y aun hechizo también eres
En decir y aficionar.

MURMURACIÓN.

Ya te vienen á turbar
Tus deleites y placeres;
Y á darte pena infinita,
Mejor diré.

DELINCUENTE.

¿Quién será?

MURMURACIÓN.

El Sol es, que baja ya,
Y vista y honor me quita.

Música.

Sol hermoso y divino,
Sal muchas veces
Que cuanto más sales,
Más bien pareces (1).

DELINCUENTE.

¿Quién es éste?

DESENGAÑO.

El Sol es,
Luz de esta isla y señor,
Llega, arrójate á sus pies.

DELINCUENTE.

Mi gusto es Sol y señor,
Y mi rey es mi interés.

Sale el Sol.

MISERICORDIA.

Sol claro, cuyo calor
Calienta y alumbra el día.

GRACIA.

Porque en su tiniebla fría
Es por ti el mundo un Thabor.

MISERICORDIA.

Tú das luz al firmamento:
Sin ti nada se produce.

GRACIA.

Cuya virtud se reduce
Al don del entendimiento.

MISERICORDIA.

Con tu claridad desnudas
De la noche los disfraces.

GRACIA.

Símbolo del bien que haces
Cuando al malo en bueno mudas.

MISERICORDIA.

Tú, con tus rayos de plata,
Ablandas la cera dura.

GRACIA.

Que es de la piedad figura,
Aunque al alma su luz trata.

MISERICORDIA.

Con tu ausencia y tu presencia
Se mide el tiempo y la vida.

GRACIA.

Cuya grandeza sabida
Se reduce al don de ciencia.

MISERICORDIA.

Sal, pues la tierra enriqueces;
Que tu vista engendra el oro.

GRACIA.

Y pues el verte es tesoro
Del alma, sal muchas veces.

Música.

Que cuanto más sales,
Más bien pareces.

SOL.

Si soy Sol y doy la luz
Á cuantos al mundo vienen,
Y mis rayos bellos tienen
Tu afecto en forma de cruz;
Si soy Sol que vivifico
Cuanto tiene vida y ser,
Y todo lo ha de perder
Si mi virtud no le aplico;
Si con mi intenso calor
Levanto de tierra y mar
Vapores para formar
Nubes que llueven amor;
Si mi vista es agradable
Y soy de la luz el rey,
¿Cómo mi riqueza y ley
Deja el hombre miserable?
Mas diréle que merece
Su delito pena tal,
Y porque quien vive mal
Siempre la luz aborrece.

MURMURACIÓN.

¡Que nos persiga este isleño,
Y aun aquí quisiera ser,
Á pesar del gran poder

---

(1) Luego en el manuscrito se encuentran tachados estos versos:

Sal por la dichosa cumbre
Con música y dulce salva,
Pues es de los justos alba
Tu graciosa vista y lumbre.
Y sal infinitas veces,
Que cuanto más sales,
Más bien pareces.

MURMURACIÓN.

¡Que ese enemigo inmortal
Nos dé tan ciertos enojos!

DELINCUENTE.

¿Cómo siente pena el Sol?

MURMURACIÓN.

Tenemos todos mal de ojos,
Y la luz nos hace mal.

De mi Rey, tirano dueño!
Vente tras mí, Delincuente,
Que sus promesas engañan.

DELINCUENTE.

¿Quién son los que le acompañan,
Que parece noble gente?

DESENGAÑO.

La Misericordia es ésta,
Y aquélla la Gracia suya.

DELINCUENTE.

Contigo voy.

Éntrense la Murmuración, el Delincuente y el Desengaño.

SOL.

¡Que ansí huya
Su vida, á tu bien opuesta,
De quien librarla procura
De la muerte; grande error!

MISERICORDIA.

No le juzguéis, gran señor,
Sino como á vuestra hechura.
Perdonalde.

SOL.

Pues le sigo,
Su perdón y bien deseo;
Que aunque sus ofensas veo,
Le pretendo por amigo.
Que soy su Sol le dirás,
Gracia, y que eres alba mía,
Y sin ti no verá el día
Donde no hay noche jamás.
Dile lo que Pablo escribe
De la palma y del laurel
Que promete y goza aquel
Que fiel amándome vive;
Y que aunque es tan mi contrario,
Advierta cuán bueno soy,
Que por salvarle le doy
Siempre auxilio necesario.
Misericordia le diga
Que el dilatar su castigo,
Pues que de su amor me obligo,
Mucho á quererme le obliga.
Dile el regalo y sustento
Que para su vida crío,
Y los bienes que le envío
Por tenerle más contento;
Y que aunque me ofenda ansí,
Á penitencia le espero;
Dile, al fin, lo que le quiero,
Aunque él me aborrece á mí.

GRACIA.

Su ingratitud le diré,
Y que tu justicia tema.

MISERICORDIA.

Y yo la bondad suprema
Y piedad que en ti se ve.

GRACIA.

¿Quién te ofende, Sol hermoso,
Y obscurece con su culpa?

MISERICORDIA.

¿Quién no se avergüenza y culpa
De enojarte, Sol piadoso?
La tierra estéril floreces
Sólo que tu rostro mira.

GRACIA.

Sal, pues el campo respira
Ámbar, y al mundo enriqueces.

Música.

Que cuanto más sales,
Más bien pareces.

Éntrense todos, y salgan el Delincuente, la Adulación y el Desengaño.

DELINCUENTE.

En vano ejemplos me das.
Desengaño: no me enojes.

DESENGAÑO.

¡Que así, sin temor te arrojes
Á la muerte, tras quien vas!

ADULACIÓN.

No le mires ni le nombres.

DELINCUENTE.

Como á imprudente le dejo.

DESENGAÑO.

Por dar al malo consejo,
Son malquistos buenos hombres.

DELINCUENTE.

Yo gozo aquí mi deseo;
¿Qué puedo más esperar?

ADULACIÓN.

El querértelo estorbar,
Que nace de envidia creo.
Aquí gozas de un jardín
Que da descansos por flores,
Y no le guardan rigores
De espada ni serafín.
No hay zarzas de penitencia
Ni abrojos de contrición,
Porque tales plantas son
Desagradable presencia.
¿Qué más quieres?

DELINCUENTE.

Quiero yo
Todos los vicios tener.

DESENGAÑO.

Quien viene en vicio á caer,
Siempre á todos se inclinó (1),
Y nunca un pecado está
Sin llamar otro pecado (2).

ADULACIÓN.

Ya eres tierno enamorado;

---

(1) Así está enmendado de letra de Lope. Antes decía:
En todos siempre cayó.
(2) Así enmendó Lope. Primitivamente decía:
Solo sin otro pecado.

Busca otros regalos ya.

DELINCUENTE.

En soberbio quiero dar,
Y aunque tenga más poder,
Ninguno me la ha de hacer,
Que no me la ha de pagar.
Hablaré siempre furioso,
Con mentira y juramento;
Ofenderéme del viento;
Seré ingrato y cauteloso (1),
Levantaré un testimonio
Á la virtud más guardada.

DESENGAÑO.

De Dios un alma dejada,
Se transforma en un demonio.

ADULACIÓN.

Yo te daré inteligencia
Para ser rico, aunque sea
Con malos tratos.

DELINCUENTE.

Desea
Mi avaricia tal sciencia.
Haré cohechos y usuras,
Firma y deudas negaré.

ADULACIÓN.

Ven conmigo, y te daré
Esas buscadas venturas.

Éntrense el Delincuente y la Adulación.

DESENGAÑO.

Si sigues la Adulación,
Que es de los necios espejo,
Pues hace el rostro y consejo
Conforme á su inclinación;
Si de esa que llama él buena
Teología de palacio,
Decoras el cartapacio,
Cuyo papel es veneno,
Morirás sin deletrear
Contentos que letras son
Que lo impedirá un borrón
De un disgusto ó un azar.
Goza el jardín encantado
De esa Circe prometido;
Que el gusto en él escondido
Antes que llegue es pasado.
La rosa que á abrir comienza,
¿Verás encarnada? No;
Que es color que el cielo dió
Por símbolo de vergüenza.
Verás llenos esos suelos
De la flor del azul lino,
Que es la que más le convino
Por ser un infierno en celos.
De olor de clavo el clavel
Cogerás, mas no es suave;
Que el que más gozarle sabe,
Clavos de pena halla en él.
Y oblíguete á reducir,
Ver, si tu error lo permite,
Que no hay cosa que más quite
La vida, que el mal vivir.

Entre el Delincuente.

DELINCUENTE.

Rompiendo el freno al temor
Y al apetito la rienda,
No hay vicio que no pretenda
Por compañero y señor;
Que este reino es un agrado,
Aunque es cárcel donde hallé
Todo el bien que yo busqué.

DESENGAÑO.

Buena culebra te han dado.

DELINCUENTE.

¿Culebra á mí? Dime cuándo.

DESENGAÑO.

Cada instante te la da
El temor que dentro está
Del vicio que vas gozando.

DELINCUENTE.

Es dulce la libertad
De conciencia y de vivir.

DESENGAÑO.

Sí, más amargo el morir
Tras mucha prosperidad.
¡Que puedas dormir, comer,
Reir, viviendo en pecado!

DELINCUENTE.

Yo estoy contento y premiado
Contra tu mal parecer.

DESENGAÑO.

Contento estás.

DELINCUENTE.

Bueno á fe,
Y contra firme pasión,
Que pido reconvención
Del tiempo que no gocé.

DESENGAÑO.

Mal respondes al favor
Y á la luz que el Sol te da.

DELINCUENTE.

El Sol en su isla está:
No quiero su resplandor.

DESENGAÑO.

¡Ay, si una vez le mirases
Y en su fuego te encendieses!

DELINCUENTE.

¡Ay, si más discreto fueses
Y de enfadarme dejases!

DESENGAÑO.

¡Que crédito no me des

(1) Aquí había esta otra redondilla que luego tachó Lope:

Con cuidado buscaré
El regalo de mi gula:
Cualquier achaque por bula
Para no ayunar tendré.

Viendo mi oficio piadoso!

DELINCUENTE.

Téngote por sospechoso.

DESENGAÑO.

¿Por qué, si mis obras ves?
Y si no quieres fiar
De mi amistad tu conciencia,
Forma en ti mismo una audiencia
Que pueda libre juzgar
Tu causa.

DELINCUENTE.

¿Yo; para qué?

DESENGAÑO.

Porque veas que aun en tí
Hay quien te condene.

DELINCUENTE.

¿En mí?
Tal dices, ansí lo haré:
Juez hago al entendimiento;
Por testigos, sin sospecha,
Á mis años; por fiscal
Que me acuse, á la conciencia;
Sea el tribunal mi vida;
Verdad secretario sea;
Letrado mi gusto sólo,
Que me guíe y me defienda.

DESENGAÑO.

La elección es á tu modo,
Pero yo convengo en ella,
Porque aun de tus más amigos
Tu culpa y sentencia veas.

DELINCUENTE.

Pues va de audiencia. ¿Qué dice
El fiscal? Que en la presencia
Del juez, doy del Delincuente,
Por injusto, una querella,
Y le acuso eternamente
De que, obrando bien, pudiera
Ganar el cielo que pierde
Por malicia y por flaqueza:
Conciencia, ten más respeto.
¿Que responde el juez? Que aprueba
Se dé el pleito, y los testigos
Juren que el fiscal presenta.
Mis años son, aquí están,
Digan, declaren, y lea
La Verdad su juramento.
Digo, que todos confiesan
Que los gastas y has gastado
En deleites y torpezas
Que, cual humo, se deshacen,
Y sólo el pesar te queda,
Y que merecen tus culpas
Un castigo y una pena
Tal, cual la piden al cielo
Tu mal ejemplo y ofensas.
El Gusto, que es un letrado,
Responda por mí. ¿Qué espera?
No temas ni te confundas,
Fía en mis leyes y ciencia.
Digo, que cuanto deponen
Los testigos, son quimeras,
Y que presumo soborno
En sus dichos y en sus lenguas.
Si le dió el cielo la vida,
Mandándole en obediencia
Que la estime y la conserve
Más que el honor y la hacienda,
¿Será bien que la consuma
Con pesares y tristezas,
Y que malogre sus años
Con ásperas penitencias?
¿No es bien, pues le dió regalos,
Que los goce y que los tenga,
Viviendo en fiestas y en ocios
Que la remozan y aumentan?
Y aparece que el fiscal,
Enojado y con violencia,
Se levanta: ¿Qué replicas?
¡Di presto! Doy por respuesta
Que si es la vida del hombre
Milicia sobre la tierra,
Para conquistar el reino
De Dios que padece fuerza,
¿Cómo peleará un soldado
Si con vicios y ternezas
Gasta del ánimo y cuerpo
La fortaleza y la fuerza?
Desengaño, ¿tú que dices?

DESENGAÑO.

Que perdido el pleito llevas.

DELINCUENTE.

Aunque enemigos sois todos,
Cierto estoy que en él os venza.
¿Qué dice el juez á estos cargos?
Pero antes de dar sentencia,
Toda la audiencia rehuso
Por apasionada y necia,
Y rompo todo lo escrito.

DESENGAÑO.

¡Qué obstinado en tu soberbia
Quieres vivir!

DELINCUENTE.

Calla, loco.

Entren la Gracia y la Misericordia, y esté el Delincuente de manera que les tenga vueltas las espaldas.

GRACIA.

Ocasión hermosa es esta
De despertar este ingrato,
Que durmiendo á rienda suelta
En sus vicios se sepulta.

MISERICORDIA.

Gracia, tú, como discreta,
Le enamora.

GRACIA.

Tú me ayuda.

DELINCUENTE.

¿Qué voces son las que suenan
En el alma, que me ofenden?

GRACIA.

Delincuente, ¿á cuándo esperas

Á mirar al Sol hermoso,
Cuyos rayos centellean,
Porque los ames y sigas?

MISERICORDIA.

Di, ¿por qué no consideras
Lo que te sufre y le debes,
Y que aunque su omnipotencia
De la misma gloria goza
Sin ti, dártela desea?

DELINCUENTE.

Todo lo sé; pero gusto
Más del reino de Placencia,
Que de su isla, que tiene
La subida y senda estrecha.

GRACIA.

¿Por qué no dejas tu encanto?

DELINCUENTE.

Temo mucho la aspereza
De la ley del Sol divino.

MISERICORDIA.

Antes es süave y tierna.

DELINCUENTE.

¿Eso cómo puede ser,
Si son como de azucena
Sus labios, que en frescos valles
Destilan mirra primera:
Que es decir que aun son amargas
Sus palabras?

DESENGAÑO.

¡Qué insolencia!

DELINCUENTE.

Ansí la esposa lo canta.

GRACIA.

Mal su requiebro penetras.
En lo exterior son sus labios
Mirra, pero si se prueban
Con el interior del alma,
No hay miel tan dulce y perfecta;
Al contrario del deleite
Del mundo, que por defuera
Regala, pero en los fines
Y adentro, mil penas deja.

DELINCUENTE.

Digo que todo lo creo;
Pero aunque tan malo sea,
Yo espero que he de salvarme.

MISERICORDIA.

¿Con qué obras?

DELINCUENTE.

Con las buenas.

GRACIA.

¿Cuándo has de hacerlas?

DELINCUENTE.

Mañana.

DESENGAÑO.

¿Sabes tú por cosa cierta
Que mañana tendrás vida?

DELINCUENTE.

¡Oh, qué pesada respuesta!
Salud y regalos tengo,
Mozo soy; ¿qué me atormentas?
Hartos años, y hartos días
Para la enmienda me quedan.

MISERICORDIA.

Mientras durare la vida,
En tiempo y hora cualquiera
Que gimiere un pecador,
Perdón hallará y clemencia.

DELINCUENTE.

Pues si es así, muy bien puedo
En sus vicios y torpezas
Vivir, en cuanto al ocaso
De la vejez mi edad llega.

DESENGAÑO.

¿Y si mueres siendo mozo
Como otros, y te condenas
Por ese engaño en que vives?

DELINCUENTE.

En eso me desesperas.
Dios es misericordioso,
Y no dudo yo que pueda,
Cuando la muerte me llame,
Aunque de repente venga,
Salvarme en sólo un instante
Que de vida me conceda,
Puesto que tenga más culpas
Que tiene la mar arenas.

GRACIA.

Dar salvación en instante,
Y contrición verdadera,
Bien puede; pero á muy pocos
Les concede esta indulgencia.
Y quien con tal confianza
Gasta la vida en su ofensa
Y pide cielo, ¿quién duda
Que morirá en su soberbia?

DELINCUENTE.

Todo es cansarte y cansarme.

DESENGAÑO.

¿Vióse mayor resistencia?

DELINCUENTE.

¿Hay persuasión más pesada?

MISERICORDIA.

¿Hay razones más violentas?

Cante dentro una voz sola.

Música.

¿Cómo no deja sus vicios,
Si contempla un pecador
Aquel penar para siempre,
Ó ver para siempre á Dios?
La mocedad y el deleite
Rosas con espinas son.
¡Ay de aquel que se lastima
En su engaño y en su flor!
¿Quién será tan obstinado
Que no le venza el temor
De aquel penar para siempre,
Ó ver para siempre á Dios?

DELINCUENTE.

¡Proposición espantosa!

DESENGAÑO.

Y que á muchos pecadores,
En medio de sus errores,
Dió conversión milagrosa.

DELINCUENTE.

¡Ó ver para siempre á Dios,
Ó para siempre penar,
Y que es forzoso parar
En un punto de estos dos!
¡Triste de mí! ¿Dónde iré,
Habiendo tan mal vivido?

DESENGAÑO.

Yo, que su reloj he sido,
Luz por horas te daré.

Entren el Delincuente y el Desengaño.

GRACIA.

Misericordia, gran fiesta
El cielo espera, pues siente
Su estímulo el Delincuente.

MISERICORDIA.

La mayor que él tiene es esta.
Y á ti se debe la gloria
De tal gloria, Gracia amiga.

GRACIA.

Sigámosle, porque siga
Con firmeza su victoria.

Por la parte que se entró el Delincuente, se entren la Gracia y la Misericordia, y salgan por lo alto de un carro, el Príncipe de Placencia, la Murmuración y la Adulación.

PRÍNCIPE.

Como quien teme su daño,
Que ya con sus ojos mira,
Y á prevenir se retira
Su remedio con engaño,
Á este monte, que es volcán
De mi enojo y mis centellas,
Y cielo de las estrellas
Que derribé capitán,
Á esperar hemos venido
Al mudable Delincuente,
Que ya intenta diligente
Volver á su bien perdido.

ADULACIÓN.

Temido Señor, no temas,
Y pues Leviatán te llamas,
Arrójale rabia y llamas
Al Sabaoth que blasfemas:
Tiende engaños: echa redes,
Pues eres tan poderoso.

MURMURACIÓN.

Sospecho, porque es forzoso,
Que sin la presa te quedes,
Que con tal afecto y prisa
La Gracia quiere librarle
De tí, que, por alcanzarle,
Las plumas del viento pisa.

PRÍNCIPE.

Yo las nubes pisaré
Cuando ella los vientos pise;
Pues poner mesilla quise
Sobre ellos, y lo intenté.

MURMURACIÓN.

Paso, Príncipe, pues ves
Que eres tan canicular
De cabeza, que bajar
Te vieron dando traspiés.

PRÍNCIPE.

No me pierdas el respeto.

MURMURACIÓN.

Yo no me ahorro en mi oficio
Con nadie, porque mi vicio,
Cuanto hay tiene por objeto.

ADULACIÓN.

¿No adviertes cómo la Gracia
Rendido á su esclavo tiene?

PRÍNCIPE.

El mar que tras dudas viene,
Es el de mayor desgracia.
Esto temí, Adulación.

ADULACIÓN.

Confía que has de vencellos.

Entren la Gracia, la Misericordia, el Delincuente y el Desengaño.

DELINCUENTE.

Aunque voy de los cabellos
Por mi mala inclinación,
Gracia, siguiendo tus voces,
Me enamoras y me vences.

GRACIA.

Cuando tú á probar comiences
Mis efectos y los goces,
Verás lo que á Dios le debes
Por sacarte del pecado.

PRÍNCIPE.

Siendo ya mi esclavo herrado,
¿Cómo á dejarme te atreves
Diligente?

DELINCUENTE.

Por salvarme.

PRÍNCIPE.

Pues no te puedes salvar;
Que no te ha de perdonar
Dios.

DELINCUENTE.

¿Que no ha de perdonarme,
Misericordia?

MISERICORDIA.

Confía
En mí, que soy poderosa.

MURMURACIÓN.

¡Miren Marta la piadosa,
Tierna de floja y de fría,
Qué presto le dió favor!

GRACIA.

Ya disparas tus saetas.

MURMURA

Sí, mas no las doy :

Como das tu resplandor;
Que eres tan mísera y grave,
Que aunque á todos los dispones,
Si no es por revelaciones,
Nadie que te tiene sabe.

GRACIA.

Conviene ansí para el bien
Del alma.

DELINCUENTE.

Con tierno llanto
De las dichas que en mí canto,
Las gracias mis ojos den,
Desengaño, á tu piedad.

DESENGAÑO.

Ya, pues, como en mí has hallado,
Rafael, que he procurado
Remediar tu ceguedad,
Y ya la Gracia te guía;
Vete en paz, pues que no tienes
Necesidad de más bienes
Que los de esa compañía.

DELINCUENTE.

Por agradecido ejemplo
De que libertad gocé,
Por ti los grillos pondré
En las puertas de tu templo.

No se entre el Desengaño, sino apártese á un lado.

MURMURACIÓN.

Yo le sabré poner fuego.

DESENGAÑO.

Si quieres, brasa encendí.

MURMURACIÓN.

Tu hablador aborrecí,
Y carcoma del sosiego.

PRÍNCIPE.

¿Dónde me lleváis el preso?

GRACIA.

Á que la grandeza vea
De la isla del Sol.

PRÍNCIPE.

Crea,
Que tendrá errado suceso.

GRACIA.

Verás las piedras preciosas
De virtudes y de dones,
Que cogerás á montones
Entre sus minas gloriosas.
Hay oro de caridad,
Y la plata de pureza,
El bronce de fortaleza
Y plomo de la humildad.
Aquí el zafiro, que admira (1),
Pues constante al hombre hace
Su efecto, y en él deshace
La tristeza, envidia é ira:
La casta esmeralda verde,
Contra el veneno mortal
Del hombre que es sensual,
Pues con ella el vicio pierde:
El topacio, que divierte,
La ignorancia y la sepulta,
Y por su virtud oculta
Libra de súbita muerte.
Las amatistas, que quitan
Depravada voluntad
Del alma, y la tempestad
Y embriaguez del vicio evitan.
Jacinto color de cielo,
Que es de lo inmortal pintura,
Y de la peste futura
El pronóstico en el suelo.
El diamante claro y fino,
Contra hechizo del pecado,
Porque es con sangre labrado
De aquel Cordero divino.

DELINCUENTE.

Pues si el Sol suyo recibe
Tanta majestad en sí,
Y es tan rico y noble, di
¿Cómo en isla estrecha vive?

GRACIA.

Isla, si lo has ignorado,
Es una porción de tierra
Á quien une, cerca y cierra
Con agua ese mar salado.
Esto es en lo natural,
Mas si en lo moral se explica,
Á la Iglesia significa
Y á la patria celestial.
«El firmamento sea hecho»
Dijo Dios; «pero esté en medio
De las aguas», que fué medio
Del universal provecho.
Por firmamento se entiende
El cielo, y estar criado
Como isla, de agua cercado,
Que á ella el paso defiende.
Da á entender que para entrar
Á gozar sus perfecciones,
Aguas de tribulaciones
Y penas se han de pasar.

DELINCUENTE.

Ya estas aguas he pasado
Con el dolor de mi hierro.

GRACIA.

Pues sólo falta este cerro
De subir, que aunque es cansado
Al parecer, dando yo
La mano, fácil será.

DELINCUENTE.

Espanto su vista da.

Estará hecha á la parte de este cerro una forma de tela, y para subir á él una cuesta con algunas cruces, y en la última un león.

(1) Desde este verso hasta el que dice *El diamante claro y fino* está tachado por Lope.

MISERICORDIA.
Siempre al principio le dió.
GRACIA.
Prueba á dar el primer paso,
Que del amor de Dios es.

Comiençen á subir.

DELINCUENTE.
Firme en él pongo los pies.
PRÍNCIPE.
¡Tal miro! en dolor me abraso.
GRACIA.
El paso segundo aquí
Es de amar al enemigo.
DELINCUENTE.
Gracia, á darle no me obligo
Ni siento fuerzas en mí.
GRACIA.
Dispón tu la voluntad;
Que con ella y mi favor,
En lo que hay tanto rigor
Hallarás facilidad.
DELINCUENTE.
Pues subo con tal doctrina.
Mas de este risco que miro,
Triste me aparto y retiro.
GRACIA.
De castidad es camino (1);
Que aunque, al parecer, da pena,
Es tan alegre tratada,
Que en la celestial morada
Sirve al jardín de azucena.
DELINCUENTE.
¿Eso me dices? pues quiero
Ser su verdadero amante:
Pero aquí es bien que me espante:
¡Jesús, qué monstruo tan fiero!
Y qué cuesta tan penosa
En el trato y la apariencia!
GRACIA.
Tiene, en fin, la penitencia
La primer vista espantosa.
DELINCUENTE.
Mucho el verla me acobarda.
MISERICORDIA.
Pasarásla sin temor,
Considerando el honor
Del premio con que te aguarda.
ADULACIÓN.
Mira que vas engañado,
Y que eres tú para orar,
Azotarte y ayunar,
Muy tierno y muy regalado:
¿Cómo has de poder sufrir
El cilicio y la aspereza?
DELINCUENTE.
Aquí el ánimo tropieza:
Temo esta cuesta subir;
Y que el gusto, con la vida,
La cuesta me ha de cortar.
PRÍNCIPE.
Si aquí viene á desmayar
Su pretensión va perdida.

Canten.

Música.
Quien mirare lo que cuesta
Nunca subirá gran cuesta;
Y el que á Dios quiere servir,
Esta cuesta ha de subir;
Que Él la subió y la allanó
Cuando en esta isla entró.
DELINCUENTE.
Si Dios por mí la subió,
¿Qué espero? Dame la mano,
Gracia.
GRACIA.
Ya estás en el llano
Más fértil que el cielo vió.
Desde aquí puedes mirar
De la isla la belleza,
Cuya excelencia y grandeza
Supo Juan bien ponderar.
Sus calles son de oro puro;
De margaritas sus puertas,
Ya para ti bien abiertas;
De verde jaspe su muro.
Y, al fin, la gloria que encierra
No sabe nadie explicar.
DELINCUENTE.
Quiero á su Rey adorar,
Rodillas y ojos en tierra.
¡Sol hermoso á quien se humilla
El Sol de luz coronado,
Santo mil veces cantado
De aquella eterna capilla;
¡Sol de justicia y de bien
Que con rayos abrasáis
De amor si al alma miráis
Piadoso, alegre y benigno (1)!
Aquel delincuente soy
Que en tinieblas he vivido;
Que á verme salgais os pido,
Pues buscando la luz voy.
Si sale el Sol para el bueno
Y el malo, yo estoy aquí:
Salid también para mí
Claro, amoroso y sereno.

Descúbrase el Sol en un trono cercado de rayos, y canten y toquen en chirimías.

Música.
Cuando sale este Sol hermoso,
Le hacen salvas
Soberanos motetes

(1) Falta la rima.

(1) Primero escribió Lope:
Piadoso y de aspecto dino.

Que ángeles cantan (1).

DELINCUENTE.

¡Oh majestad infinita,
Sol de luz inaccesible!

PRÍNCIPE.

¿Hay vista más insufrible?

MURMURACIÓN.

¡Que tal este Sol permita!

SOL.

Pues me buscas, Delincuente,
Ya te salgo á recibir,
Para que puedas vivir
En mi gracia y en mi oriente;
Pero en mi isla que ves,
Como sabes, no has de entrar
Hasta que, sin descansar,
Á tus culpas muerte des;
Que son bestias ponzoñosas
Que en mi reino no permito.

DELINCUENTE.

Ya les doy muerte contrito
Por tus obras milagrosas:
Y de tu amor convencido
Más que no de tu promesa,
Muy de corazón me pesa
Lo mucho que te he ofendido.
Aquí el perdón, Sol hermoso,
De mi culpa esperaré,
Y de un Rey que ansí enojé
Apelo á Dios tan piadoso:
No miréis delitos tantos
Ni los juzguéis con rigor.

SOL.

No quiero del pecador
Sino su enmienda y sus llantos.

PRÍNCIPE.

¡Que con tal piedad y modo
Le reciba y dé perdón!

MURMURACIÓN.

Harálo con pretensión
De ser el señor de todo.

ADULACIÓN.

Yo espero que has de vengar
Tu agravio con sus enojos.

SOL.

¿Cómo en mi luz y mis ojos,
Tinieblas, podéis estar?
¿Qué haríais en mi nombre? Os mando,
Pues, le adoréis con temor.

PRÍNCIPE.

Por no ver su resplandor,
Que siempre estoy envidiando,
De aquí nos vamos.

MURMURACIÓN.

Pondré
Con mi lengua á su ley miedo,
Y aunque morderte no puedo
Sol, siempre te ladraré.

(1) Estos cuatro versos están tachados por Lope.

Éntrense el Príncipe, la Murmuración y la Adulación. Avanza una luz grande, en medio de la cual un árbol en forma de cruz, y el brazo de la mano derecha lleno de formas de hostias, con muchos reflejos de Sol, y en el brazo izquierdo habrá manzanas, y en esta parte estará Jesucristo. Saldrán cinco cintas coloradas, caños de manos, pies y costado, que caen en el cáliz, y debajo haya mesa donde estará otro cáliz, y echará del grande en el pequeño la sangre.

SOL.

Ya que miro reducido
Tu ingenio, advertirte quiero
Con el amor verdadero
Que te dió el ser que has tenido.
Hice en ti un mundo pequeño
Y por saber tu flaqueza,
Quise yo con mi riqueza
Ser tu fortaleza y dueño.
Lo que más ha menester
El Mundo es pan, que es sustento
Sin el cual su sentimiento
Lastimoso viene á ser;
Que si yo para obligarte
Con esta traza amorosa,
Mi cuerpo y mi luz hermosa,
Quise en pan comunicarte.
Que si soy Sol, claro está
Que la Hostia es Isla mía,
Que para eterna alegría
La Isla del Sol será.
Y por estar más unido
Contigo y quererte tanto,
En un tan pequeño cuanto
Aislado estoy y ceñido.
Limpia con la confesión
Tu conciencia, y come luego
De este pan, que es sangre y fuego
De un helado corazón.
Con él resucitarás
Al alma, que muerta está (1),
Y la ofensa que me hiciste
Con él me satisfarás.
Mi Gracia contigo irá,
Que sin ella nada puedes.

GRACIA.

Soy nuncio de las mercedes
Que á sus escogidos da,
Y yo la Ester, que intercedo
Por el pueblo con suspiros.

DELINCUENTE.

Para amaros y serviros
En perpetua deuda, os quedo,
Y á Dios prometo, Señor,
Vistiéndome del nuncio hombre,
Mudar la vida y el nombre
De pródigo y pecador.
Y que la ropa bordada
Que me dais de caridad,

(1) Falta la rima.

En alma y en voluntad
La tendré siempre guardada.

SOL.

Ese intento quiero yo
Siempre de un agradecido.

DELINCUENTE.

Y aquí con perdón que pido,
La Isla del Sol fin dió.

En Madrid, á 6 de Abril de 1616 años.—*Sub correctione S. M. E.* Para Alonso Riquelme.

LOADO SEA EL SANTÍSIMO SACRAMENTO (1)

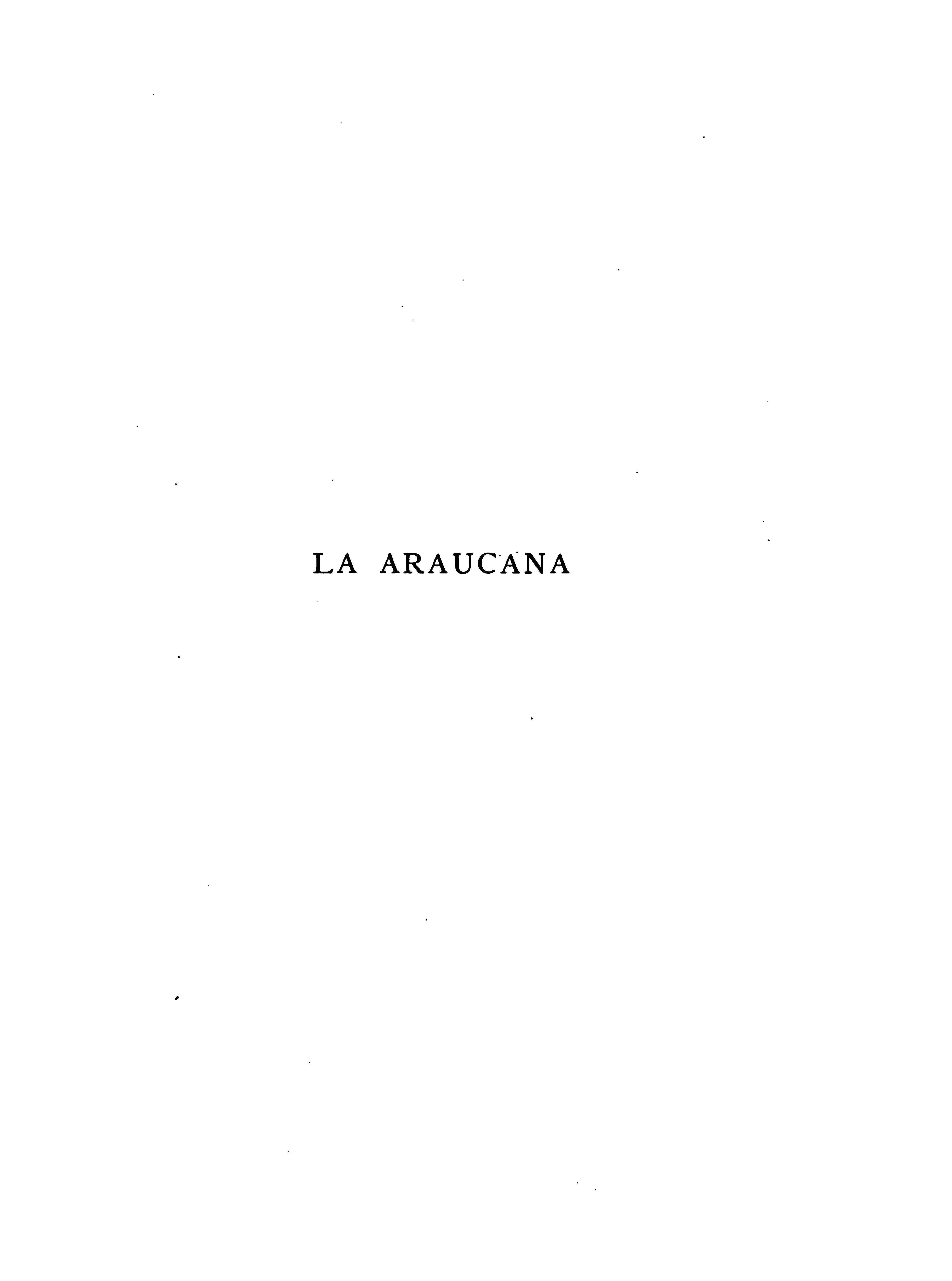
Á continuación va esta aprobación:

«He visto este Aucto de la Isla del Sol, por orden y mandamiento del señor Vicario general, y no hay cosa por que dexe de representarse, y assí se le puede dar licencia. En Valencia, hoy jueves 1617. *Gaspar Escolano*, Retor de S. Estéban (2).

---

(1) De mano de Lope y rubricado por él.

(2) De otras aprobaciones que se leen en las últimas hojas del manuscrito, se infiere que Alonso Riquelme representó este auto en Valladolid en las fiestas del Corpus de 1616.



LA ARAUCANA

LA ARAUCANA

AUTO SACRAMENTAL

Salen cantando Fidelfa y Glitelda, de indias; Rengo, de indio, con plumas, de la misma suerte, manta y flechas; Teucapel de verde y oro, plumas de la misma suerte; Polipolo, de carmesí y con plumas delante, de la misma suerte.

Cantan.

Guaipai, Guaipai,
Que el sol vive aquí;
Guapaya, Guapaya,
Que el sol aquí está.

FIDELFA.

Indios del Arauco,
Que en tantas desdichas
Buscáis capitán
Que os defienda y rija,
Porque ingratas gentes
De extrañas provincias
Con la libertad
El tesoro os quitan,
Y vivís esclavos,
Siendo en vuestras Indias
Sin ser dioses vuestros
Dueños de las vidas;
Entre aquestas peñas
Colocolo habita,
Cacique que tiene
Potestad divina,
Si no es Dios eterno,
Que mortal se finja,
Ó sol que entre pieles
Sus rayos eclipsa.
Pedilde que os dé
Indio que os redima,
Pues él por los montes
Que ha venido afirma,
Y para que salga
De sus grutas limpias,
Con dulce armonía
Todos repetid:
Guaipai, guaipai,
Que el sol vive aquí;
Guapaya, guapaya,
Que aquí el sol está.
Entre estos soberbios riscos,
Del río hermosas guirnaldas,
Que fingiéndose esmeraldas
Al sol le dan obeliscos;
Vive retirado y solo
De los humanos engaños,
Desde sus primeros años,
El bautista Colocolo;
Aquí un espíritu puro
Es de los desiertos, y es
Un sol que pisa después
Ya la estrella y ya el coluro.
Aquí, á los dioses igual,
Come en sus vigilias largas,
Entre langostas amargas
Miel silvestre en el cristal
Deste transparente río:
Este al fin que resplandece
Como el sol, Arauco ofrece,
El capitán de quien fío
Su divina redención

RENGO.

Indios, á reir me vengo.
Capitán, ¿dónde está Rengo?
Sabéis que angélicas son
Mis fuerzas.

FIDELFA.
Tu fortaleza
No quieras encarecer,
Pues sabes que una mujer
Te abrió un día la cabeza.

RENGO.
¡Á mí sí! nadie de mí
En Arauco se escapó.

FIDELFA.
Esta mujer te venció,
Y Colocolo.

RENGO.
Es así;
Mas con previlegio fué
Particular.

TEUCAPEL.
Araucanos,
Si de los indios tiranos
En que la patria se ve,
Redimidos queréis ser,
Á Colocolo veamos
Ó entre todos elijamos
Un capitán.

RENGO.
Mi poder
Es infinito y es solo.

POLIPOLO.
El mío, Rengo, te excede.

TEUCAPEL.
Sólo redimirnos puede
Teucapel.

FIDELFA.
Á Colocolo,
Indios, cantando invocad;
Que voz de los dioses es.

GLITELDA.
Fidelfa, cantemos, pues.

POLIPOLO.
Si ansí ha de salir, cantad.

Cantan.

Sal, sal, sol divino,
Sal, divino sol.
Copla.
Alma de los días
Y puro esplendor,
Que eres de los dioses
El más grande dios,
Arauco te llama;
Que en esta aflicción
Espera que seas
Tú su redentor.
Sal, sal, sol divino,
Sal, hermoso sol.

Cuando cantan vaya saliendo Colocolo, de indio, que parezca á San Juan.

FIDELFA.
Válgame el Dios.

GLITELDA.
¡Ay de mí!

TEUCAPEL.
¡Qué monstruo tan peregrino!

RENGO.
¡Qué portentosa presencia!

POLIPOCO.
Sino es Dios, es el sol mismo.

FIDELFA.
Muerto soy, bella Glitelda.
¿Dónde estás?

GLITELDA.
Aquí contigo.

RENGO.
Levantáos, indios, del suelo,
¿Habéis visto algún prodigio?

FIDELFA.
¡Pues no!

RENGO.
Hombres, no temáis:
Tocadle, llegad conmigo.

FIDELFA.
De carne es.

RENGO.
Como los otros.

FIDELFA.
Parece animado risco.

RENGO.
¿Qué son estos?

FIDELFA.
Son cabellos;
Tales melenas de rizos,
Parecen rayos del sol;
Mira, Glitelda, qué lindo
Está.

RENGO.
Es barba.

FIDELFA.
¿Y esta?

RENGO.
Es boca.
Llega.

COLOCOLO.
Tente.

FIDELFA.
¡Ay, ay, ay!

RENGO.
¡Qué terco! (1)

GLITELDA.
¿Mordióte?

FIDELFA.
No. Mas pudiera;
Y de temor dí estos gritos.

TEUCAPEL.
¿Quién eres?

POLIPOLO.
¿Eres, por dicha,
De los caciques antiguos?

(1) No constan estos versos y falta la asonancia.

COLOCOLO.
Voz soy clamante en desierto:
Apercibid el camino
Al capitán y al señor,
Arauco, que ha de regiros;
Ya ha venido el deseado,
Ya ha llegado el prometido;
Araucanos, libertad.

GLITELDA.
¿Quién eres, varón divino?

COLOCOLO.
Voz de la palabra soy,
Que era Dios en el principio,
Y estaba cerca de Dios,
Y esta palabra que vimos,
Dios y cerca de Dios fué
En el principio.

POLIPOLO.
Decirnos
Quién eres puedes sin tantos
Misterios; que somos indios:
En ellos eres el Sol
Que esperamos.

COLOCOLO.
Yo he venido
Á ser sólo el testimonio
Del Sol que ha de redimiros;
Estrella soy de su aurora.

TEUCAPEL.
Antes, de rayos ceñido,
Pareces la luz.

COLOCOLO.
La luz
Que ilumina los distritos
De Arauco, es Caupolicán,
Y yo soy quien la publico;
Decir quiere el poderoso
En nuestra lengua, y se ha visto
Esta verdad en el santo
Caupolicán con prodigios
Y señales milagrosas.

POLIPOLO.
¿Eres tú?

COLOCOLO.
Yo no soy digno
De desatar la correa
De sus pies.

RENGO.
¡Calla, enemigo!
¿Dónde está Rengo, prometes?
Capitán, decid quién hizo
En Arauco más señales,
Quién más grandes beneficios
Á la patria.

COLOCOLO.
Di traiciones,
Di adulterios, di homicidios;
Que en ti todos empezaron.

TEUCAPEL.
El gobierno ha de ser mío
Si se reduce al valor.

POLIPOLO.
La potestad y el dominio
Ha de ser de Polipolo,
Pues los dioses os han dicho
Que de mi generación
Ha de ser el que, vestido
De fortaleza, redima
Á Arauco en tantos peligros.

RENGO.
¿Sabes que soy Rengo yo
Tan poderoso y tan rico
Como Dios?

TEUCAPEL.
¿Y sabes, Rengo,
Que soy Teucapel, tan limpio
Como el Sol por el aliento
Que me anima?

POLIPOLO.
El preferido
Soy yo, por mil privilegios
Que darle á mi pueblo quiso
El cielo; mirad historias,
Buscad bronces, abrid libros.

COLOCOLO.
Para escribir disensiones
Que bárbaro estrago han sido
Deste Imperio, juntaos todos,
Araucanos, en un sitio,
Donde cantando y luchando
Y haciendo otros ejercicios
De fuerzas y de valor,
Por capitán elegido
Quede el que á todos exceda
En fortaleza y en bríos;
Pues Dios, por Caupolicán,
«Este es, muchas veces dijo,
Mi brazo y mi fortaleza»;
Y él se ofrece al desafío.

RENGO.
Soy contento.

TEUCAPEL.
Y soy contento.

POLIPOLO.
Y yo, que ser imagino
Vuestro capitán, si aquí
Las palabras remitimos
Á las fuerzas y al valor.

RENGO.
Pues para el convite elijo
Este valle, que ha de ser
De lágrimas y suspiros
Para vosotros, si en él
Indios, os ponéis conmigo.

FIDELFA.
Bueno está, Rengo; que vienes
Muy soberbio y muy altivo;
Mira que te conocemos
Por loco y desvanecido,
Y te habemos visto dar
Pataradas al abismo
Por la soberbia.

RENGO.

¿No soy
El primero entre los signos?
¿No soy estrella, no soy
El fósforo que entre lirios
Y entre azucenas y rosas
Dió en celajes matutinos
Amagos de sol?

FIDELFA.

Agora
Más negro y más feo os miro
Que la noche.

RENGO.

No ha de haber
Quien ose saltar conmigo,
Y para que os admiréis,
Escuchad los saltos míos.

FIDELFA.

Ya alguno diste entre ellos,
Que, á poder arrepentiros,
Ya lo estuviérades dél;
Que fué salto de peligro.

RENGO.

Yo, araucanos, soy Rengo, que en el polo
Hice gemir el sacro firmamento,
Donde puede exceder de un salto solo
El diáfano y sólido elemento.
Cuanto ilumina en círculos Apolo
Pude veloz salvallo en un momento,
Que siempre va sustancia y un ser mismo
Desde el claro aquilón y hasta el abismo.

No sólo rayo las esferas once,
Me dejé atrás, sino pasé las quince,
Pidiendo como espíritu de bronce
Á los montes señal y al mar esquince.
Pendiente el sol de su dorado gonce,
De vista me perdió, con ser un lince,
Mostro de luz jamás, de vista falto (1).

FIDELFA.

Y desde entonces os llamaste Rengo,
Que quedaste del salto derrengado.

RENGO.

Mirad saltando ansí la acción que tengo
Para ser entre todos señalado.

FIDELFA.

Tan señalado estáis, que pensar tengo
Que el cielo os señaló por arrojado.

RENGO.

Y como que lo soy.

FIDELFA.

Ya lo sabemos,
Pues arrojado para siempre os vemos.

TEUCAPEL.

Rengo, en saltar á Teucapel no igualas,
Que caer no es saltar; y tú caistes
Del imperio, zafir cuajado en salas
De vistosos topacios y amatistes.
Faltóte fe, faltáronte las alas,
Porque en el sol la mariposa fuiste,
Que en torno de su luz, cándida y pura,
Perdió la dinidad y la hermosura.

Yo después, excediéndote en belleza,
Del polvo de la tierra levantado,
En frágil inmortal naturaleza
Indio me vi, glorioso y endiosado.
Espiráculo soy, soy fortaleza
De los labios del Sol, que me han formado
Á su imagen divina semejante;
Mira si hay quién me venza ó quien me espante.

FIDELFA.

Antes, si, Teucapel, consideraras
La materia civil de que eres hecho,
También ser como Dios no imaginaras,
Por no quedar en lágrimas deshecho.

TEUCAPEL.

Ya esas locuras me costaron caras.

RENGO.

Ni ya ser pueden de ningún provecho,
Pues te postró mi mano vencedora
Al rosicler de tu primera aurora.

TEUCAPEL.

¡Bárbaro! Cuando el mundo se anegaba,
¿No te vencí saltando, pues los montes
Con plantas de cristal menospreciaba,
Deshaciendo veloz sus horizontes?
Rendida allí tu fortaleza estaba,
Aunque más á los cielos te remontes;
Mas la mía gentil, de un salto solo,
Los trópicos salvó de polo á polo.

POLIPOLO.

Si ha de ser capitán el que más salta,
¿Quién me iguala en saltar, ó quién me llega?
Sólo alcanzar mis pies al sol me falta
Para dejar sin luz la tierra ciega;
De espuma el mar apenas los esmalta,
Aunque el sol de cristal grifos entrega,
Cuando salte, sus términos dispares,
Que desprecian mis pies montes y mares.

COLOCOLO.

Confieso que, por fuertes y ligeros,
Capaces sois los tres deste gobierno.
Mas ¡ay, Caupolicán! que ha de venceros,
Cuyo esfuerzo y valor es sempiterno.

RENGO.

¿Dónde está ese cacique?

COLOCOLO.

Viene á veros
El gigante divino en hombre tierno,
Y no le conocéis, aunque entre todos
Habita, y vive por diversos modos;
Mas ya Caupolicán, indios, desciende
Del monte soberano,
Donde vencer y redimir pretende.

RENGO.

Venga Caupolicán; que he de matalle.

GLITELDA.

Ya de su luz el esplendor se siente.

COLOCOLO.

La gloria al vencedor podéis cantalle.

(1) Falta un verso á esta octava.

Mientras cantan, baja de lo alto del carro Cristo, en figura de Caupolicán, de indio, vestido famosamente.

FIDELFA.

Cantémosle, auracanos.
Hoy viene del Señor, y es Dios y es hombre.

Cantan.

¡E ya, ye, ye; e ya, ye, ye!
¡Bendito sea el que viene,
Si Caupolicán es este!
¡E ya, ye, ye; e ya, ye, ye!
Copla.
Al gran capitán,
Que al Arauco llega,
Como al cielo gloria,
Paz le dé la tierra.
Haya entre los indios
Voluntad estrecha;
Démosle alabanzas,
Démosle obediencias,
Y con voces tiernas
Repetid alegres:
¡E ya, ye, ye; e ya, ye, ye!
¡Bendito sea el que viene,
Si Caupolicán es este!
¡E ya, ye, ye; e ya, ye, ye!

RENGO.

¿Es este el que solicita
Ver mi rigor en sus manos
Y en sus pies?

COLOCOLO.

Este, araucanos,
Es el que las culpas quita;
La Majestad infinita,
Arauco, presente ves.
Vierte á sus divinos pies
Olivas, palmas y lauros.

Cantan.

¡E ya, ye, ye; e ya, ye, ye!
¡Bendito sea el que viene,
Si Caupolicán es este!
¡E ya, ye, ye; e ya, ye, ye!

COLOCOLO.

Bailad á la suma Alteza:
Bailad al Príncipe solo.

FIDELFA.

Pues un baile, Colocolo,
Te ha de costar la cabeza.

COLOCOLO.

Eterna naturaleza
Con la muerte me darán.

POLIPOLO.

¿Eres tú Caupolicán?

CAUPOLICÁN.

Yo soy.

RENGO.

Temblándolo estoy.

COLOCOLO.

Voces en desierto doy.

RENGO.

Y ya enfadándome están.

COLOCOLO.

Verdades quiero decir.

RENGO.

Calla.

COLOCOLO.

Mal me persuades.

RENGO.

¡Oh, pesar de tus verdades!

Saca el alfanje, y dale, y baje San Juan.

COLOCOLO.

Vida eterna es el morir.

RENGO.

El que viene á redimir,
Arauco, aquí te defienda,
Vil Colocolo, y pretenda,
Si es potestad soberana,
Librarse de mi macana.

CAUPOLICÁN.

No hay golpe que el Sol ofenda.
Araucanos; yo he venido
Á ser vuestro capitán,
Porque hoy en Caupolicán
Las promesas se han cumplido;
Y si ha de ser elegido
El que corra y salte más,
¿Quién ha saltado jamás,
Ni corrido como yo?

RENGO.

Quien del Aquilón saltó
Al abismo.

CAUPOLICÁN.

No podrás
Saltar, Rengo, al aquilón
Desde el abismo.

RENGO.

¿Y tú?

CAUPOLICÁN.

Sí,
Que á saltos bajé y subí,
En mi misma perfección,
Del cielo á la Encarnación.
Salté á unas puras entrañas,
Y entre aflicciones extrañas
Á una Cruz di un salto eterno,
De ella al sepulcro, al infierno,
Y dél al cielo. ¿Hay hazañas
Á las mías semejantes,
Ni hay fuerzas como las mías?
¿Quién corre con pies de días
Ni en pasos de los gigantes,
Por esos puros diamantes,
Como yo? ¿Quién por el mar
Sabe tan veloz pasar
Sin mojarse cimbrias bellas?
¿Quién por abismos de estrellas,

Sin llegallas á pisar?

RENGO.

Si te precias de tan fuerte,
En la lucha se ha de ver,
Que el vencedor ha de ser
El capitán.

CAUPOLICÁN.

Si la suerte
Consiste en la lucha, advierte
Que ya la victoria es mía.

TEUCAPEL.

Postrarán tu valentía
Polipolo y Teucapel.

RENGO.

Ven á la lucha, cruel,
Pues es tal tu bizarría.
Ea, ya en la lucha estamos,

Júntanse.

Y si eres Caupolicán,
Trueca estas piedras en pan,
Porque tu poder veamos.

CAUPOLICÁN.

Escrito, bárbaro, hallamos,
Que no sólo del pan vive
El hombre, porque recibe,
Con que los diamantes labra,
Esfuerzo de la palabra
Que el labio de Dios concibe.

RENGO.

Vencióme con este ejemplo.
Pues arrojarte podrás
Del pináculo en que estás,
Pues te he puesto sobre el templo;
Que ya de ángeles contemplo
Tu persona defendida
De estrago muerte y herida.

CAUPOLICÁN.

No tientes, dicen, traidor,
Á tu Dios y á tu Señor.

RENGO.

Dióme segunda caída.

Cae.

En alto te levanté,
Porque veas puesto en alto,
Pues de bienes estás falto,
Cuanto en Arauco se ve;
Que todo te lo daré.

CAUPOLICÁN.

Servirán (1)
Todos á Dios Soberano,
Que de ti Dios es servido;
Cae, vil.

Cae en tierra.

RENGO.

Ya estoy rendido;
Venciste, Caupolicano.

GLITELDA.

¡Oh, qué feo que ha quedado!

FIDELFA.

Postrado en tierra le veo,
Hecho un negro camafeo,
Que al feo cama le ha dado.
¡Oh, y la tierra!

GLITELDA.

Al derrengado
Dad baya.

RENGO.

No es maravilla
Vencerme con zancadilla.

FIDELFA.

Caupolicán se cruzó
Y cruzado te rindió,
Que en la cruz su imperio humilla.

Cantan y bailan.

Canariabona,
Lirunfá,
Que Rengo es vencido
Por Caupolicán.
Al Rengo maldito,
Al indio infernal,
Con bailes y motes
La baya le dad.
Postrado por tierra
Qué feo que está,
Y verse no espera
Hermoso jamás.
Canariabona,
Lirunfá,
Que Rengo es vencido
Por Caupolicán.

TEUCAPEL.

Caupolicán, si has vencido
Á Rengo y á Teucapel,
Dispara sobre Babel.

CAUPOLICÁN.

Nembrot, aunque estés subido
En tu torre defendido,
De mis brazos no has de estar,
Porque sé en lenguas sembrar
En ti espanto y confusión.

TEUCAPEL.

Todos bastantes no son;
Que Arauco me ha de adorar
Por Dios, conociendo en mí
La bárbara idolatría.

CAUPOLICÁN.

Tu torre y tu tiranía
Sé yo derribar ansí;

TEUCAPEL.

Vencido en tierra caí.

Cae Teucapel.

(1) Verso incompleto y falto de rima.

FIDELFA.
La tierra vuelve á la tierra.
TEUCAPEL.
Más bien voy con nueva guerra
El gobierno á pretender.
CAUPOLICÁN.
Yo te volveré á vencer.
GLITELDA.
Indios, cantadle al que yerra.

Bailan y cantan.

Piragua, monte, piragua,
Genícaris agua,
Runfalalá,
Si en la lucha te vençen,
Indio, ¿qué has de hacer?
Morir en el tambo,
Sin dallo á entender.
¡Ay, genícaris agua,
Sin dallo á entender!
TEUCAPEL.
¿Yo me había de morir
Por tan poco? Gentil soy;
Yo puesto al gobierno estoy
Conque os pienso redimir;
Sobre mi cabeza Ofir
Cierna en átomos el oro,
Y el alba el cándido lloro
Vierta generoso en ella,
Que con corona tan bella
En Arauco triunfaré (1).

Cantan.

Piragua, monte, piragua,
Genícaris agua,
Runfalalá,
Si en la tuya te vencen,
Indio, ¿qué has de hacer?
Morir en el tambo,
Sin dallo á entender.
¡Ay, genícaris agua,
Sin dallo á entender!
POLIPOLO.
Ya Polipolo te espera
Y el tambo en piedra transforma;
Baja en angélica forma
Á luchar por la escalera.
CAUPOLICÁN.
¡Ay! Con Jacob lucha fiera
Quiere hacer Caupolicán.
POLIPOLO.
Si ángeles vienen y van
En tu favor, y estás solo
Luchando aquí, Polipolo,
¿Qué brazos te rendirán?

Cae.

(1) Falta la rima.

Confieso que es sempiterna
Tu fortaleza.
CAUPOLICÁN.
Memoria,
Polipolo, desta gloria
Sea el señal de esa pierna.
POLIPOLO.
Arauco rige y gobierna.
RENGO.
Eso no, que ser espero
Su capitán, y así quiero
Que rija Arauco y su gente,
El que más tiempo sustente
En sus hombros un madero.
CAUPOLICÁN.
Mío el gobierno ha de ser;
Que Isaías, con asombros,
Lo puso sobre mis hombros,
Y mi reino y mi poder,
Sabed lo viene á poner
En el madero, y ansí,
Hoy en el madero aquí
Comenzará mi gobierno,
Sobre los siglos eterno,
Que todo es eterno en mí.
RENGO.
Pues aquí el madero está;
Ya sé que al más esforzado
Le parezca tan pesado
Que en él menester habrá
Dios y ayuda.

Rengo alcanza el leño del suelo.

CAUPOLICÁN.
Empieza ya.
RENGO.
Yo al Líbano lo levanto,
Mira si harás otro tanto.
CAUPOLICÁN.
Mucho tu fuerza declina,
Pues con él en la piscina

Cárgase.

Diste con notable espanto.
RENGO.
Para eso hará en Siloé,
Maravillas el madero.
TEUCAPEL.
Yo, Rengo, vencerte espero;

Álcele y llévele.

Con él á Armenia saldré
Por las aguas.
FIDELFA.
Mayor fué
El esfuerzo y el valor
De Teucapel.
POLIPOLO.
Vencedor.

Salir por el leño intento,
Que es arca del Testamento,
Depósito del Señor;
Llegaré á Jerusalén
Con él, y en su sacro templo
Hallaré del triunfo ejemplo;
Ved, araucanos, si hay quien
Os pueda regir más bien
Que el valiente Polipolo.

CAUPOLICÁN.

El que es inefable y solo,
El que sustenta, auracanos,
Vuestro imperio en sus dos manos,
Y con sus plantas el polo.
Venid, sacro madero,

Llega el madero.

Y comiencen en vos mis monarquías,
Que sustentaros quiero
Sobre mis hombros por eternos días,
Para que el peso grave,
Leve sea desde hoy y yugo suave.
Con el fruto vedado.
Rengo lo levantó al Líbano hermoso,
Teucapel esforzado,
En arca en el diluvio proceloso,
Y en la del Testamento,
Polipolo entre víctimas sangriento;
Todos están asidos,
Figuras del madero que levanto.

RENGO.

Con la Cruz me has vencido.

FIDELFA.

Cantalde al vencedor, cantalde al santo.

CAUPOLICÁN.

Hoy, Arauco, hacer quiero
La eterna redención por el madero.

Cantan.

Farua, farua,
El gobierno merece
Caupolicán;
Farua, farua.
Y por el madero;
Surrua, surrua,
En los hombros puso;
Surrua, surrua,
Nuestro triunfo veo;
Surrua, surrua,
Y al compás del premio,
Nuestra libertad;
Surrua, surrua,
El gobierno merece
Caupolicán.

TEUCAPEL.

Por digno del gobierno
Todos, Caupolicán, te confesamos.

POLIPOLO.

Tu poder es eterno.

RENGO.

Si eres eterno, en obras lo veamos.

CAUPOLICÁN.

En envidia te enciendes,
Si no puedes creer, ¿qué obras pretendes?

RENGO.

Que sustentes tres días
Ese pesado tronco.

CAUPOLICÁN.

Por que veas
Hoy las grandezas mías,
Y en él, Rengo infernal, vencido seas,
Yo haré que eternamente
Sustentándole á él, él me sustente.
En él clavarme quiero,
Porque los dos unidos de esta suerte
Yo triunfe en el madero,
Y él triunfe en mí, quedando vida y muerte
Reparada y vencida,
Y Arauco con mí triunfe redimida.

FIDELFA.

¡Viva el que paz promete!

GLITELDA.

¡Viva Caupolicán!

CAUPOLICÁN.

Yo debo haceros
Un célebre banquete.

RENGO.

Y yo en este dragón subo á moveros
Mil cismas y herejías,
Que en las mesas serán fieras arpías.
Seguidme, donatistas;
Que sacudiendo mi cerúlea cola,
En bárbaras conquistas,
He de barrer de la celeste bola
Otra vez las estrellas.
Guarda, Caupolicán: no estés entre ellas.

Sube Rengo en un dragón vertiendo fuego.

CAUPOLICÁN.

Yo en las eternas llamas,
Dragón, te postraré, donde esparciendo
Verdinegras escamas,
Siempre penando estés y siempre ardiendo.
Por el leño, araucanos,
Subo á haceros banquetes soberanos.

FIDELFA.

Sacros himnos cantemos,
Y su triunfo en un baile celebremos.

Arrimado á la Cruz, mientras cantan y bailan, sube.

Cantan.

El fuerte Caupolicán,
El que en el madero postra
La tiranía de aquellos
Que á los araucanos doman;
El que ceñido de espinas,
Y tinto en su sangre propia,

Siendo lirio de los campos,
Parece encarnada rosa,
Mojado y rico el cabello
De laberintos de aljófar,
Llegó una noche rondando
Los huzíos de su esposa.
Dió un golpe con la macana,
Y ella gallarda se asoma,
Á quien con dulces ternezas,
La dice de aquesta forma:
Linda amiga mía,
Rosa de Betel,
Nardo del Jordán,
Palma de Cadés,
Ya son mis cabellos
Puro rosicler,
Y en ondas de perlas
Mares son también;
Abridme la puerta
Y el tambo veré,
Que entre sus olores
Alba quiero ser.
Voy á abrir;
Que sin alma no hay vivir,
Que es forzoso
Haceros, divino esposo,
Mil amores
En el tálamo de flores
Que imagino
En vuestros ojos divinos,
Y las palomas
Que (1)
Adiós, mi vida,
Que voy de amores perdida.

Cantan otra.

Baja la esposa divina,
Y entretanto el que la adora,
Se esconde para proballa
Si hay voluntad que se esconda;
Llega á la puerta, y no hallando
El alma en quien se transforma,
Ansí en arrullos imita
Á las tortolillas roncas:
¿Á dónde mi amor se fué?
¡Triste de mí si huyó para aquí!
¿Á dónde mi bien se fué?
En la ciudad entraré,
Y toda la rondaré,
Hasta que me encuentre ansí.
Si huyó por aquí,
Búscale en calles y plazas,
Con suspiros y congojas;
Mas dan las guardas con ella,
Que en la ciudad van de ronda;
Rigurosos la maltratan,
Y del manto la despojan,

(1) Así se lee este pasaje, evidentemente mutilado.

Que halla el esposo teñido
En la sangre que la borda.
¡Ay, despojos, dice,
De mi alma bella,
Como el sol hermosa,
Y del sol morena,
Hablad, y decidme
Dónde está encubierta;
Mas no puede estallo,
Si el manto me deja;
La sangre me dice,
Fingiéndose lenguas,
Que es muerta la vida,
Y que el alma es muerta.
Hijas de Sión,
Si llegáis á vella,
Decid cómo muero
De celos y ausencia.
Ella, que el acento sigue
De sus voces lastimosas;
Corre, cae entre sus brazos,
Diciéndole estas lisonjas:
¡Dulce esposo mío,
Pastor de Belén,
Si de mi bujío
Os vais otra vez,
¡Ay! que me moriré,
¡Ay! que me moriré.
Como ausente esté ¡ay!
Contigo estaré ¡ay!
Que viva tu fe ¡ay!

Suena una trompeta.

TEUCAPEL.

¿Agora metales roncos,
Y agora sonoros cantos?
¿Qué es esto?

POLIPOLO.

Dos nubes sorben,
El oriente y el ocaso,
En los ojos de los cielos:
Una de celajes claros,
Y otra de negros países;
Las dos se van acercando
Al Mediodía, vertiendo
Una fuego y otra rayos.

Aparezcan en los dos carros una nube blanca y otra negra, las cuales se han de abrir á un tiempo, y en ellas han de aparecer Caupolicán, con el cáliz en la mano, sobre un plato, y el Rengo con un plato de culebras.

RENGO.

Á un tiempo, Caupolicán,
Á hacer banquete lleguemos.

CAUPOLICÁN.

Siempre yo llego primero,
Aunque piensas que retardo.
Llegad, llegad al convite,
Valerosos araucanos;

Que hoy en comida se ofrece
El que viene á convidaros.
Por el cazabe y maíz
Pan de los cielos os traigo,
Que en leche los pechos puros
De una Virgen lo amasaron;
Y por ver que sois amigos
De carne humana, hoy os hago
Plato de mi carne misma,
¡Mirad si es sabroso plato!
Comed mi carne y bebed
Mi sangre; que regalaros
Con aquello mismo quiero
De que todos gustáis tanto.
En el pan carne hallaréis,
Porque en mí le transustancio;
Manjar que dió hartura eterna
Y sustento soberano.
No es el pan que hoy os ofrezco
Como el maná que en los campos
Di á vuestro padre; que aquel
Fué sombra de este holocausto,
Y comiéndole, murieron;
Que éste en eterno descanso
Hace vivir, porque es vida
Del que le pone en los labios;
Y sabed que este convite
Lo instituyo para daros
Ejemplo en la caridad:
Amaos del modo que os amo:
Vivid en paz y en justicia,
Y tú, creyendo y obrando,
Fe santa, á la Iglesia hermosa
Lo entrega; que ella el erario
De este tesoro ha de ser,
Y de ella comunicarlo
Puedes, con mano piadosa,
Por las provincias de Arauco.
Subid, subid á mi mesa
Por angustias y trabajos;
Porque este pan no se come
Con contentos y regalos;
Que pide infinito precio
Tan infinito bocado:
Que se compran sus dulzuras
Con los pesares amargos.

RENGO.

Indios, si el pan de esa mesa
Os ha de costar tan caro,
Llegad, llegad á la mía
Sin disgusto y sobresalto;
Siete platos sirvo en ella,
Donde los adobos varios
Despiertan el apetito
Y al deleite están brindando.
Venid á mí los soberbios,
Los lascivos, los incastos,
Los envidiosos, y al fin,
Venid á mi mesa cuantos
Queráis vivir en las honras
De Arauco, alegres gozando
En mis platos la ambrosía,
Los néctares en mis vasos (1).
¿Qué hacéis? Llegad á mi mesa.
Llega, Fidelfa.

FIDELFA.

¿Quién come,
Rengo, culebras y sapos,
Aunque estén en plata y oro?

RENGO.

Llega, ó morirás.

FIDELFA.

Cantando (2)
Al pan que del cielo vino,
Á Dios auxilio pedimos.

Cantan.

Pan de vida, ¿por qué no me vales,
Pues ves que me matan estos manjares?

Copla.

Si eres eterna comida,
Como el profeta lo advierte,
Postra manjares de muerte,
Á que Rengo nos convida.
Danos vida, pan de vida,
Que eres Dios, aunque á pan sabes;
Pan de vida, ¿por qué no me vales,
Pues ves que me matan estos manjares?

RENGO.

Si los llegas á gustar,
Conocerás su regalo.
Aquí están: Sardanapalo,
Creso, Antonio y Baltasar;
Un reino es cada manjar.
Indios, llegad á probarle.

Cantan.

Pan de muerte, porque lo sabes

---

(1) En el original están tachados los siguientes versos:

NEGRO.

Yo, Rengo, quiero seguirte
Con todos los de mi bando,
Que somos ataracea
Compuestos de negro y blanco.
Venid, mulatos, conmigo.

FIDELFA.

En las ollas del infierno
Vienen á ser los garbanzos;
Vayan los suegros contigo,
Zurdos, teñidos y calvos,
Y los bufones malditos,
Cantimploras de palacio;
Los sastres, los alguaciles
Y los infiernos humanos,
Que tienen, como demonios,
En las penas su descanso;
Y vayan, al fin, contigo
Médicos y boticarios,
Porque con sus diligencias
Menos demonios tengamos.

(2) ¿Será acotación?

Que Dios me da vida con sus manjares.

RENGO.

No faltará quien me siga.

TEUCAPEL.

Lleguemos todos al pan
Que ofrece Caupolicán.

POLIPOLO.

Á Rengo Arauco persiga.

RENGO.

Yo haré, nación enemiga,
Que en mi marca te señales.

Cantan.

Pan de muerte, ¿por qué no lo sabes?
Que Dios me da vida con sus manjares.

Cae un cohete sobre el plato.

Cantan.

Rayos caen en tu mesa,
Y en la mía caen flores.

RENGO.

En medio destos rigores,
De ser Rengo no me pesa.

CAUPOLICÁN.

Loco, tu soberbia es esa,
Y mías clemencias tales.

Cantan.

Pan de vida, ¿por qué no me vales,
Pues ves que me matan estos manjares?

Cúbrese todo y dase fin.

AUTOS Y COLOQUIOS

ATRIBUÍDOS Á

LOPE DE VEGA CARPIO

LAS ALBRICIAS DE NUESTRA SEÑORA

(INÉDITO)

AUTO

DE

LAS ALBRICIAS DE NUESTRA SEÑORA

(INÉDITO)

FIGURAS

Cristo.	San Juan.
Nuestra Señora.	Cleofás.
María Magdalena.	San Lucas.
San Pedro.	Santo Tomás.

CRISTO.

Gracias inmensas te hago,
Padre mío poderoso,
Pues ya mi cuerpo glorioso
Hoy resucita del trago
Del morir tanto penoso.
Quisiste tú, Padre mío,
Que yo hasta el Limbo bajase,
Mostrando tu poderío,
Y aquestas almas sacase
Del infernal señorío.
Quiéroselas presentar
Á mi Madre, porque vea
Por quién vine á tal pasar,
Si fué bien guiado el mar
De mi pena en esta empresa (1).
Y pues que fué en la Pasión
Mi Madre la delantera,
Sea en gozar la primera
Mi santa resurrección,
Como madre verdadera.

SANTA MARÍA.

Ya no me consuela nada:
Ya no espero regocijo;
Pues que me veo apartada
De la presencia sagrada
De mi verdadero Hijo.
Ya de hoy más entre las tristes
Lastimadas sin segundo,
Pues perdí bien tan jocundo,
Viviré, los que me vistes
Con tanto gozo en el mundo.
¿Quién me vió que no revienta
Llorando, viendo mis vías
Y mis muchas alegrías
Y agora tal sobrevienta
Como acabarle sus días?
Él dijo: al tercero día
Cierto resucitaré.
¡Oh, quién te viese, alma mía,
Mi descanso y alegría!
¡Cuándo, mi bien, te veré!

CRISTO.

El mi Padre te dé paz,
Madre del Verbo Humanado:
Huélgate y toma solaz,
Pues me ves ante tu faz
Con cuerpo glorificado.

SANTA MARÍA.

¡Oh, mi Hijo! Que en te ver
Gloria en el alma sentí;

---

(1) Falta la rima.

Y pues tal merecí ver
Más que ninguna mujer,
No reine tristeza en mí.
En sólo ver tu visión
Fué mi pesar desterrado
Dentro de mi corazón.
Dulce amado, pues ¿quién son
Los que traes ahí á tu lado?

CRISTO.

Estos son cuantos profetas
Y patriarcas y santos
En sus endonas y cantos,
Por escrituras perfetas,
Profetizaron tus llantos.
Este ganado escogido
Que, Señora, te presento,
Es por quien yo fuí prendido,
Porque quebró el mandamiento
De mi Padre esclarecido.
Cata aquí el buen labrador
Cómo, venido el verano,
Está gozoso y ufano
Del fruto de la labor,
Pues que no cultivó en vano.
Estos son Eva y Adán,
Yo soy el Buen Rabadán
Que, por ahijar mi cría,
Los he sacado este día
De sujeción de Satán.
Yo soy Aquel que bajé
De mi Padre Sempiterno,
Fuí muerto y resucité
Y las ánimas saqué
Cuando quebranté el Infierno.
Por éstos, que tanto quiero,
Mi Madre, fué mi venida:
Por remediar la caída
Puse mi vida al tablero.

SANTA MARÍA.

¡Oh, sagrado Rey de vida!
Mil alabanzas sin par
Deben, Hijo poderoso,
Todos juntamente os dar,
Pues que quisiste tomar
Muerte para su reposo.
Y pues ya veis que ha quedado
Tan sola vuestra querida,
¿Cómo fuiste, Rey Sagrado,
De la muerte sujetado,
Siendo vos la misma vida?

CRISTO.

Madre, conviene que fuese
Muerto por salvar el mundo,
Porque con la muerte diese
Muerte á la muerte, que fuese,
Con mi muerte, vida al mundo.
Profetizado me fué
Morir yo de aquesta suerte,
Mas el ansia que llevé
Fué que el pueblo que yo amé
Ese me buscó la muerte.
Mas ¡ay de mí! que ellos fueron
Mayores consentidores,
Y nunca se arrepintieron;
Y benditos los menores
Que me amaron y creyeron.

SANTA MARÍA.

Mi amado, pues he tenido
Soledad con vuestra ausencia,
Sola una merced os pido,
Que si fuéredes servido
No os partáis de mi presencia.

CRISTO.

No fué, Madre, mi bajada
Para en el mundo morar;
Mi obra ya es acabada;
Conviéneme ir á reinar
Á mi corte sublimada.
Mi Santa Ascensión será
De hoy en cuarenta días;
En paz, Señora, os quedá,
Que á visitar voy acá
Á las otras compañías.

MARÍA.

¿Vaste, Hijo mío? Espera
Y no te vayas sin mí.
¡Oh, mi gloria verdadera!
¡Quién mil años se estuviera
Puesta delante de ti!
Pero pues has resurgido
Y mi rostro vió tu faz
Glorioso y esclarecido,
Descanso tengo cumplido
Y gozo alegre y solaz.

MAGDALENA.

¡Ay de mí tan sin ventura,
Magdalena desdichada,
Que dejé en la sepultura
Al Rey de la criatura,
Y la piedra veo quitada!
¡Ay, mi Maestro y Señor!
¿Quién es aquel que ha llevado
Vuestro cuerpo de valor?
¿Quién me dió tanto dolor?
¿Quién me ha puesto en tal cuidado?

Sale Cristo en figura de hortelano.

CRISTO.

Mujer, ¿por qué es tu clamor?
¿Qué buscas ó qué has perdido
En ese huerto florido?
¿Quién te da tanto dolor
Que ansí doblas tu gemido?

MAGDALENA.

¡Ay, cuitada, que dejé
Mi Maestro y mi consuelo
Sepultado, y no le hallé!
No sé yo, triste, quién fué
Causa de aumentar mi duelo.
Tú, pues eres hortelano,
Ausentármele quisiste:

No me quieras ser tirano;
Dime, por tu vida, hermano,
En qué parte le pusiste.
Que si fuere menester,
Por pago en me lo mostrar,
Aunque soy pobre mujer,
Toma cuanto puedo haber,
Sin con nada me quedar.

CRISTO.

Tu doloroso plañir
Me parece desconcierto;
Pero ¿quiéresme decir
Cómo al vivo, sino al muerto
Buscas, no debes sentir? (1)
Por cierto no traes razón
Buena en eso que haces tú,
Ni das buena conclusión.

MAGDALENA.

¡Ay! que salta el corazón
Dentro por mi buen Jesú.
El cual en este aposento
Le pusimos anteayer,
Y está abierto el monumento:
Si sientes lo que yo siento,
¿Quieres te dé mi placer?
No dudes de me mostrar
Dónde está: que yo me iré
Sin un punto descansar;
Dime dónde le hallaré,
Que le quiero ir á buscar.

CRISTO.

María.

MAGDALENA.

¡Oh Salvador!
¡Oh Maestro mío amado!
¿Dónde has estado, Señor,
Que tu sierva con amor
Todo el día te ha buscado?

CRISTO.

Noli me tanger (2), María,
Que no he subido á mi Padre:
Gózate y toma alegría:
Ve á buscar tu compañía,
Que la hallarás con mi Madre.

MAGDALENA.

Maestro, pues que te vas,
Yo voy de triste gozosa,
Y por gozar de ti más,
Voy á tu Madre preciosa,
Que bien triste la hallarás.

Vanse y sale San Lucas y Cleofás.

CLEOFÁS.

Vámonos, hermano, á estar
Al castillo de Maús,
Que oigo de nos murmurar
Los que nos vieron estar
Con el Maestro Jesús.

SAN LUCAS.

Vamos, hermano Cleofás:
Tomemos ya otro siniestro
Con que vivamos de hoy más,
Y en la vía me dirás
Algo de nuestro Maestro.

CLEOFÁS.

Confuso y muy espantado
Vengo de ver el rigor
Que en su cuerpo han secutado;
Mas no habiendo en él error,
Cierto que fué maltratado.

SAN LUCAS.

Y ¡cómo si era él bueno!
No pienso ver yo otro tal
En este mundo terreno,
Sino que el pueblo fué lleno
De malicia ó grave mal.

CRISTO.

¿Qué negocio es el que hubistes,
Que dese hombre platicáis
Con corazones tan tristes?
Si algunas nuevas hubistes,
Ruégoos que me las digáis.

CLEOFÁS.

¿Tú eres sólo peregrino
Venido á Jerusalén,
Y á tu noticia ya vino
Un caso muy grave y dino
De llorar?

CRISTO.

Y ¿sobre quién?

CLEOFÁS.

Fué sólo la muerte dar
Á Cristo, si lo has oído
Por ventura allá nombrar:
Un hombre muy singular
Que su igual no fué nacido.
El cual con malos deseos
Y malicia inicua y fuerte,
Escribas y Fariseos
Que, como malos y reos,
Le dieron muy cruda muerte.

SAN LUCAS.

Dejónos certificado
Que dentro el tercero día
Sería resucitado,
Y dél nos habían contado
Que resucitado había.
Y nosotros nunca habemos
Visto dél cierta señal
Para que lo publiquemos,
Porque fué su muerte tal,
Que nos trae en mil extremos.

CRISTO.

¡Oh, ciegos desalumbrados
De flaco conocimiento!
¿De sus martirios pasados
No habéis sido ya avisados
Por el Viejo Testamento?

(1) Pasaje ininteligible como otros del único manuscrito que hemos podido ver de esta composición.
(2) *Sic.*

Donde los sabios creyeron
Á las viejas profecías,
Todas figuradas fueron
En la muerte que le dieron
Al verdadero Mesías.
¿No sabéis que necesario
Le fué á Cristo padecer
Esta muerte en el Calvario,
Para vencer al contrario
Y en su gloria florecer?
Quisiera despacio estar
Para os contar lo restante;
Pero pues que no hay lugar,
En paz os queráis quedar,
Porque yo voy adelante.

CLEOFÁS.

Tu saber tan encumbrado
Nos pone espanto oíllo;
Pero, varón estimado,
Ruégote quedes de grado
Con nos en este castillo.

CRISTO.

Es muy tarde para andar
Mi comenzada jornada:
Vuestra voluntad mostrada
Recibo, y quiero quedar
Con vos en esta posada.

SAN LUCAS.

Gran merced, noble Señor:
A la mesa nos sentemos
Á comer, y reposemos
Del gran trabajo y sudor
Que con nosotros traemos.

Siéntanse á la mesa, y Cristo bendice el pan.

CRISTO.

La bendición del Eterno
Padre, gran Dios de Abraham,
Descienda sobre este pan,
Y en vos ponga tal gobierno,
Que de vos huya Satán.

Vase.

CLEOFÁS.

¡Santo Dios! ¡Maestro bueno!
¿Por qué ansí nos has dejado?

SAN LUCAS.

¡Ay! que este era nuestro amado
Jesucristo Nazareno.
¡Oh, cuán mal lo hemos mirado!

CLEOFÁS.

¡Que es posible que con nos
Estuvo el gran capitán
Sin conocerle los dos!

SAN LUCAS.

En sólo partir el pan
Conozco ser nuestro Dios.

CLEOFÁS.

Vamos, amigo, á contar
El misterio que ha pasado:
Sepan que es resucitado
Los que le han sido en matar.

SAN LUCAS.

Vamos, sea publicado.

Vanse.

SAN PEDRO.

Hermanos, pues ya sabemos
Nuevas de nuestro Maestro,
Al cenáculo lleguemos,
Do podrá ser que le hallemos
Sin haber ningún siniestro.
Mirad bien no os desmandéis;
Que si andáis desordenados,
Porque cuando no os catéis,
De los judíos seréis
Por ventura maltratados.

SAN JUAN.

Las puertas cerradas son:
No habemos de qué temer;
Hagamos nuestra oración,
Porque el Rey de Salvación
Nos quiera favorecer.

CRISTO.

La paz de mi Padre y mía
Siempre sea en acompañaros;
Alegraos, fiel compañía;
Que yo soy el que solía
Con mi vista consolaros.
No temáis, tené firmeza;
Que yo soy el Deseado,
Yo soy el Crucificado,
Que por mostrar mi grandeza
Glorioso he resucitado.
Y en merced de mi venida
Á ti, Pedro muy amado,
Te doy poder sublimado
Que perdones en la vida
Todo cualquiera pecado.
Y aquel pecado que no
Perdonares á la gente,
Menos le perdono yo;
Y queda en paz, pues se os dió
Mi vista aquí tan patente.

SAN JUAN.

¡Oh Maestro y buen pastor!
¡Quién no te viera apartado
De nuestra vista, Señor!
¡Oh, qué gozo y qué dulzor
Tu presencia nos ha dado!

SANTO TOMÁS.

¿Qué regocijo tan listo,
Hermanos, es ese vuestro?

SAN PEDRO.

Que, Tomás, hermano nuestro,
Á nuestro Dios hemos visto,
Y nuestro sacro Maestro.

SANTO TOMÁS.

Decí cosa que creamos;
Que eso no lo creo yo.

SAN JUAN.

Digo que ansí como estamos

Le vimos y le hablamos
Y él nos ha visto y habló.
SANTO TOMÁS.
Digo que es hablar en vano;
Que lo dudo y no lo creo,
Ni lo creyera hombre humano,
Si sus llagas con mi mano
No las atiento y las veo.
CRISTO.
Pax vobis, hermanos míos:
Vuelto soy á visitaros;
No temáis á los judíos;
Que ya no podrán sus bríos
Ser contra vos ni enojaros.
Y tú, Tomás muy amado,
Toca luego con el dedo;
Que yo soy el Deseado,
Yo soy el que mucho puedo,
Aunque fuí crucificado.
TOMÁS.
¡Oh Maestro! ¡Cómo quieres
Hacer de lo malo bueno!
De creer era yo ajeno,
Mas ya creo que tú eres
Jesucristo Nazareno.
CRISTO.
Tomás, tú, porque me viste,
Y mis llagas has tentado,
Me conociste y creiste,
Y en ausencia me dijiste
No ser yo resucitado.
Bienaventurados son
Aquellos que no me vieron,
Y, no viéndome, creyeron
Mi santa resurrección:
Bien consolados se fueron.
En paz y amor os quedad
Acompañando á mi Madre,
Y el mi Espíritu esperad,
Porque os digo de verdad
Que me iré presto á mi Padre.
SAN PEDRO.
Agora, hermano Tomás,
Con toda la compañía
Como aquí estamos, creerás,
Y pues ya creído has,
Gocemos nuestra alegría.
SANTA MARÍA.
¡Oh, más que dichoso día
En que vi resucitado
Á mi Hijo y mi alegría,
Pues que la esperanza mía
En tan buen fin ha parado
SAN JUAN.
¡Oh, gran princesa del mar,
Señora del cielo y tierra,
Parabién, Virgen sin par,
Gocéis y os vea gozar
Del gozo que en vos se encierra!
SAN PEDRO.
Parabién sea, Señora,
La resurrección del Hijo.
SAN JUAN.
Parabién, emperadora:
El sobrino que os adora
Goce nuestro regocijo.
SAN PEDRO.
Parabién, sea este día
De fresca Pascua de flores.
SAN JUAN.
Parabién, Señora tía:
Gocéis con mucha alegría
Del Señor de los Señores.
SAN PEDRO.
Parabién, nuestra tristura
Del luto sea quitada.
SAN JUAN.
Parabién, de la figura
De tu Hijo y su hermosura
Seas siempre visitada.
SANTA MARÍA.
Parabién, buenos amigos,
Vuestros parabienes sean,
Y á mi Hijo presto vean,
Porque nuestros enemigos
No gocen lo que desean.
Abrazadme, mis amados,
Pues alegre vine á ser;
Sed, amigos, consolados,
Pues mis dolores pasados
Han vuelto en tanto placer.
SAN PEDRO.
La gente está muy gozosa
Con esta resurrección:
No se trata de otra cosa.
MARÍA.
Ya su Madre venturosa
Goce de ver su visión.
SAN JUAN.
En el cenáculo estando,
También le vimos nosotros,
El cual entró relumbrando,
Diciendo: «Paz sea en vosotros,
Ya yo soy resucitado.»
Nosotros, los once hermanos,
Dudando si no era él,
Nos mostró el Manüel
Las llagas de pies y manos,
Viendo la presencia dél.
TOMÁS.
Para vos, Reina excelente,
Nuestro querido Maestro
Sea en la vida presente.
MARÍA.
Él os guarde y apaciente
Como guarda y pastor diestro.
SAN LUCAS.
¡Oh Virgen, que eres auxilio,
Que yendo yo y Cleofás
Á Maús, ese castillo,
Vimos alegre su faz:
De gozo no sé decillo.

Que yendo por el camino
Á entrambos apareció
En traje de peregrino,
Y con nosotros llegó
Al castillo el Rey divino.
Como á cenar nos pusimos,
El pan nos partió y nos dió,
Mas por presto que acudimos
Se nos desapareció,
Que ver más no le podimos.

MAGDALENA.

Parabién, Virgen Sagrada,
Sea el Hijo resurgido.

MARÍA.

Buena sea tu llegada.
Magdalena mía, amada,
Dime, ¿tú también le has vido?

MAGDALENA.

Contarte quiero del arte.
Esta mañana fuí al huerto;
Hallando el sepulcro abierto,
Miraba hacia toda parte
Para verle vivo ó muerto.
Y estando con gran hervor
Llorando con amor sano,
Vi venir un resplandor,
Y en él venía el Señor
En figura de hortelano.
Y en verle, con alegría
Fuíle á abrazar, y me habló:
«*Noli me tanger*, María,
Que no soy quien ser solía.»
Y así se fué y me dejó.

MARÍA.

Abrazadme, hermanos míos,
Pues tal vista hemos gozado.

SAN PEDRO.

Agora, fuerzas y bríos
De los malvados judíos,
Con tal vista habrán cesado.

MARÍA.

Entremos en mi aposento,
Amigos, para gozar
Nuestro placer y contento,
Y por más ensalzamiento
Comencemos un cantar.

Canción.

Gócese toda nación,
Los de Oriente y Occidente:
Regocíjese la gente
Con esta Resurrección.

FINIS.

EL PRÍNCIPE DE LA PAZ

(INÉDITO)

De Egipto, recién nacido,
Hasta agora me ha durado
Llamarme el Niño perdido.
Y así, lo mismo contemplo
De aquel impasado (1) ejemplo;
Que como son para mí
Templo las almas, en ti
Hallé desde ayer mi templo,
Y si no quedas rendida,
Y lo soy por ti, de suerte
Que otra vez, Celia querida,
Sufriré por ti la muerte,
Como importare á tu vida.
No me puedes tú querer,
Celia, como yo te quiero;
Que es mi amor mi propio ser.

CELIA.

Yo, Señor, por vos me muero:
No tengo más que querer;
Claro está que, siendo vos
Dios, como sois, que en los dos
Ha de haber gran diferencia;
Que no admite competencia
Amor de Dios sino en Dios;
Aquel amor que os enlaza
De vuestro Padre, y de vos
Procede: ese sólo abraza
Con su amor el de los dos
Por tan soberana traza,
Que es amor esencialmente
En cuanto es Dios con los dos.
Pero cuanto un alma siente
Amando á Dios, siento en vos,
Mar de amor y humilde fuente.
La palabra que os he dado
Cumpliré con gran lealtad.

PRÍNCIPE.

Para que con más cuidado
Despiertes tu voluntad,
Sin las prendas que te he dado,
Este anillo mi afición
Te entrega con dos divinas
Empresas, Alma, que son
Un corazón entre espinas,
Que ha de ser tu corazón;
Como está aquí coronado
Destas puntas, tu cuidado
Le ha de tener en mi ausencia.

CELIA.

No hará el vivo diferencia
Deste que me das pintado;
Y suplico que escuchéis
Á mis criados, Señor.
Una canción hallaréis,
Lo que responde mi amor,
No lo que vos merecéis,
Para que veáis qué vida
Podré yo sin vos tener.

(1) *Sic.*

PRÍNCIPE.

Pues canten, Celia querida
Que bien lo habré menester
Para aliviar mi partida.

MÚSICOS.

Y no verán más mis ojos
Cosa que los dé placer,
Hasta volveros á ver.

Copla.

Á mis ojos no es razón
Que cosa alegre contente
Estando la luz ausente,
De cuya hermosura son;
Tristezas del corazón
No las permiten placer
Hasta volveros á ver.

PRÍNCIPE.

Mucho he gustado, Alma mía,
De verte con esta pena.
Dame licencia, que es hora.

CELIA.

¿Quién puede daros licencia?
Pero cuando para Dios
Licencia tener pudiera,
No os la diera yo, ¡bien mío!
Aunque vuestra real presencia
Hiciera falta en el cielo,
Reino vuestro y silla vuestra;
Pero vos en todo estáis
Por esencia y por potencia.

PRÍNCIPE.

Mucho me entretienes, Alma.

CELIA.

Todas estas diligencias
Son por gozaros, Señor;
Mas suplícoos me conceda
Vuestro amor á la partida,
Un bien para gloria vuestra.

PRÍNCIPE.

Celia, pide: tuyo soy.

CELIA.

Señor, á peligro quedan,
Si vos no me dais favor,
Mis sentidos y potencias.
Vos me habéis de transformar
En una pura inocencia,
Que de las cosas del mundo
No sienta las que os ofendan.
Toda la bachillería,
Que dicen que fué discreta,
Me habéis de quitar, Señor,
Porque para Dios no es buena.
En rústica labradora
Me convertid, de manera
Que los estilos del mundo
Aborrecibles me sean.
¿Qué respondéis?

PRÍNCIPE.

Que tú puedes
Llegar, Alma, á esa pureza,
Y no acordarte del mundo

EL PRÍNCIPE DE LA PAZ

AUTO SACRAMENTAL

(INÉDITO)

PERSONAS

El Príncipe, que es Cristo.
Custodio.
Celia, que es el alma.
La Discreción.
El Honor.
El Cuidado.
El Lucero.
El Engaño.

Sale el Príncipe de la Paz, de cazador, con su venablo, y Custodio lo mismo; Celia, de dama; Discreción, de dama; el Honor y el Cuidado y Músicos, de galanes todos.

CELIA.

Si mi ventura supieran
Mil almas enamoradas
Que vuestro favor esperan
Por ser del cielo envidiadas,
¡Oh qué de envidia tuvieran!
¡Toda una noche, Señor,
En mi casa: gran favor!
Convertida queda en cielo.

PRÍNCIPE.

Ansí, en disfrazado velo,
Soy como vos, cazador;
Almas de pechos humanos
Son mis fieras.

CELIA.

Las más fieras,
Por favores soberanos
Tendrán, y honras verdaderas
El morir á vuestras manos.
¡Qué dulce noche he pasado!
¡Oh, Príncipe de la Paz!
La casa que habéis honrado
No era deste bien capaz:
De nuevo la habéis formado;
Que con posar vos en ella,
La dejáis hermosa y bella
Como el oro en el crisol;
Que de vuestro claro sol
Basta sólo una centella.
¡Oh, qué gran ventura ha sido
Perderos, y haber llegado
Adonde os he merecido;
Que no me hubiera ganado
Á no haberos vos perdido!
Mas todo aqueste favor
Se templa, dulce Señor,
Viendo que os vais; mas bien veis
Que cuando honrado me habéis,
Quedo perdida de amor.
¡Nunca el sol amaneciera,
Pues que con vos le tenía
De más soberana esfera!

PRÍNCIPE.

Que tú fuiste, aurora mía,
Aljófar, decir pudiera;
No llores, que no es ausencia
La que hace de un alma Dios,
Si tiene correspondencia,
Porque amándonos los dos
Siempre tendrás mi presencia;
Y tan presente estaré,
Que me verás cada día
Con los ojos de la fe;
Porque el perderme, Alma mía,
Para no perderte fué,
Que aqueste nombre he tenido;
Pues para verme amargado (1)

---

(1) *Sic.*

CELIA.

Las voces son mayores.

CUSTODIO.

Reina hermosa, Reina hermosa
De todo lo que Dios hizo,
Para servirte en el mundo:
No digas que no te aviso,
Que del cerco de la tierra,
Aunque del cielo caído,
Salió el primero traidor,
Que lo fué con su Rey mismo:
El Lucero de la noche
Se llama por ser altivo,
Habiéndolo sido el loco
De la aurora en su principio;
No fué su padre traidor,
Que fué criado, y no hijo;
Pero es padre de mentiras,
De enredos y de artificios;
Cuatro traiciones ha hecho;
Guárdate, Alma, no sean cinco.
La primera fué en el cielo,
Cuando alzarse con él quiso;
La segunda, cuando á Eva
Engañó en el Paraíso;
La tercera, introduciendo
La muerte en el fratricidio
De Caín; la cuarta, haciendo
Que fuese tu amor vencido;
Que entrando en el corazón
De aquel ingrato enemigo,
Vendió el más limpio cordero
Para el mayor sacrificio.
Él anda como león,
Rugiendo por los apriscos
Del mundo, que, á quien devore
Viene buscando atrevido;
Por eso, velad, hermanos;
Estad con cuidado, amigos;
Alma mía, por tu casa
No digas que no te aviso.

Vase Custodio.

CELIA.

¡En forma de león! ¡Extraño caso!
Pues yo os conoceré; no importa nada.
¡Lucero de la noche, en este paso
Tendréis, para caer, la trampa armada!
¡Alerta, amigos!

HONOR.

Ya en el campo raso
De la vida mortal, la roja espada
De tu divino Esposo, virtuoso
Venció, señora, este león furioso.
No hay que temer, cerrándose las puertas
De los sentidos.

DISCRECIÓN.

La de los oídos
Y los ojos no estén jamás abiertas;
Que son puertas del alma los sentidos.

CUIDADO.

Vistámonos los dos como conciertas,
Y vengan ellos de traición vestidos.

CELIA.

En mi Esposo he fundado mi esperanza,
Que quien la tiene en Dios, todo lo alcanza.

Sale el Lucero de la noche, vestido de negro, de plata, y la cara negra, con estrellas de plata, y una cabeza de león por tocado, y una piel negra por manto, sembrado de estrellas, y el Engaño.

ENGAÑO.

Pienso que te han sentido.

LUCERO.

¿Qué importa, Engaño? Si á ninguno temo.

ENGAÑO.

No seas atrevido.

LUCERO.

Dios, ¿qué me puede hacer?

ENGAÑO.

¡Calla, blasfemo!

LUCERO.

¿Pues de qué puede hacerme
Que me quite la gloria de atreverme?
Hércules soy del mundo;
Cargo sobre mis hombros todo el cielo;
No porque fuí segundo
De su primer atlante; que en el suelo
Mayor Nembrot he sido;
Aunque como él subí, bajé atrevido.
Yo soy á quien el día
El Lucero llamó de la mañana,
Cuando mi valentía
Quiso borrar la lumbre soberana;
Mas ya que está perdida,
Lucero de la noche me apellida.
Como herrero he quedado
Del sol, que me abrasó, león ardiente,
De estrellas coronado,
Y su yugo feroz sobre mi frente.

ENGAÑO.

Custodio dice á voces
Que se guarden de ti.

LUCERO.

Ya le conoces;
Pero no se desvele
Perdida centinela de mi dama,
Como otras veces suele;
Que es mía, y lo ha de ser.

ENGAÑO.

Llamaré.

LUCERO.

Llama.
Di que está aquí el lucero
Que dió á la aurora el resplandor primero.

ENGAÑO.

¡Ha del palacio Real
Del Alma!

LUCERO.

No ha respondido.

ENGAÑO.
¡Ha del palacio, Sentido!
LUCERO.
¡No responde! ¿Hay cosa igual?
ENGAÑO.
¡Ha de la casa del Alma!
LUCERO.
¿Qué es esto?

Este medio carro ha de ser un medio palacio, y á estos versos ha de dar una vuelta todo, y de la otra parte ha de volver una cabaña con su puerta, en la cual ha de estar el Cuidado, de labrador, gracioso.

ENGAÑO.
¿En vez de la puerta,
Una cabaña cubierta
De ciprés, oliva y palma?
LUCERO.
Un hombre duerme á la puerta
En hábito de villano.
ENGAÑO.
¡Hola, hermano! ¡Escucha, hermano!
LUCERO.
¡Con qué pereza despierta!
ENGAÑO.
¡Hola, á quien digo!
CUIDADO.
¿Quién es?
ENGAÑO.
¿No estaba el palacio aquí
Del Alma?
LUCERO.
¿Durmióse?
ENGAÑO.
Sí.
LUCERO.
No es posible.
CUIDADO.
¿No lo ves?
LUCERO.
¡Ha, labrador!
CUIDADO.
¿Quién me llama?
LUCERO.
El Lucero soy del día.
CUIDADO.
¡Mentís! Que si yo dormía,
Aunque no es blanda la cama,
Es porque viniste vos,
Que sois el negro Lucero
De la noche.
LUCERO.
Si el primero
Soy de los rayos de Dios,
¿Cómo ese nombre me nombras?
CUIDADO.
Porque la luz que tuvisteis,
Por soberbios convertisteis
En tinieblas, noche y sombras;
Y pues lo soy, y es la hora
En que á dormir suelen ir,
Dejadme agora dormir
Hasta que venga la aurora.
LUCERO.
Espera, espera.
CUIDADO.
No he visto
Lucero más porfiado.
LUCERO.
¿Quién eres?
CUIDADO.
Era el Cuidado.
Casóse el Alma con Cristo,
El Príncipe de la Paz,
Heredero de los Cielos,
Y para excusar los celos
De un amante pertinaz
Que la persigue, ha querido
Transformar su casa y gente
En un estado inocente.
LUCERO.
¿Esta la causa ha sido
De aquesta transformación?
CUIDADO.
Sí, hermano; yo era el Cuidado,
Que en Descuido transformado,
Vivo sin pagar pensión
Al traje nuevo, á la necia
Discreción y autoridad,
Porque una simple verdad
Todo artificio desprecia.
El Alma Celia se llama
Del cielo en que vive agora,
No como antes señora,
Loca y bachillera dama;
Y á esta traza sus criados.
¿Mandáis otra cosa?
LUCERO.
Espera;
Que esta invención y quimera
Hacen muchos engañados
De su poca discreción,
Que á dos días de tratar,
En el suelo suelen dar
Con esta transformación:
Unos verás ermitaños:
Otros, fingiéndose locos,
Pero permanecen pocos
Dentro de muy pocos años.
El Alma se ha transformado
Para una divina unión:
Dile que esas cosas son
Un pensamiento engañado;
Que hay alma que en darla Dios
Una lágrima, ya piensa
Que con su grandeza inmensa
Están unidos los dos.
Es Dios, si no lo has sabido,
Un ser de tal perfección,
Que para hacer esta unión
Le ha de ser muy parecido.
Aquello es perfecto en quien
No hay cosa fuera de sí:

¿Hayla en los hombres ansí?
Con imperfección se ven.
Lo futuro y lo pasado
Falta á los hombres, no á Dios.
¿Pues cómo estarán los dos?

CUIDADO.

¡Por amor, señor letrado!
Que la doctrina cristiana,
Hablando á lo labrador,
Nos enseña que el amor
Esas distancias allana.
El que ama á Dios está en Dios,
Y Dios está en él, ¿entiende?
Pues esto el Alma pretende,
Y se han de juntar los dos;
Que si su divinidad
Por amor se le juntó,
Cuando humano ser tomó,
¿Cómo habrá dificultad
De juntarse el hombre y Dios,
Si el amor hizo esta junta?
Deje esa necia pregunta,
Y dejémosla los dos,
Que soy el Descuido yo,
Y sólo querría saber
Amar á Dios, y querer
Al prójimo.

LUCERO.

Bien está (1).
¿Toda la luz has cifrado?

CUIDADO.

No; si no diga otra cosa,
Ya arrojaréle una losa.

LUCERO.

Abre, Descuido ó Cuidado.

CUIDADO.

No quiero, señor león,
Que aunque es de noche, Lucero,
Veo y conozco.

LUCERO.

Yo quiero
Satisfacer mi opinión.
Pondré fuego á la cabaña.

CUIDADO.

Mira, perro, que es de Dios.

LUCERO.

Abre, y estemos los dos.

CUIDADO.

¿Juntos?

LUCERO.

Sí.

CUIDADO.

¡Ignorancia extraña!
Dijo Dios que era imposible
Estar juntos vos y Dios,
¡Y queréis, necio, hacer vos
De lo imposible posible!

(1) Falta la rima.

LUCERO.

¡Quema, abrasa, Engaño mío!
¡Sale fuego!

Celia de rodillas.

CELIA.

¿Qué es aquesto?

LUCERO.

Alma, ¿quién ansí te ha puesto?

CELIA.

Mi esposo, señor judío.

LUCERO.

¿Hay transformación igual?

CELIA.

Á la fe que de esta forma
Su Remenencia transforma
Todo mi ser natural:
Piquen á otra venta luego;
Que esta cabaña es de Dios:
El fuego que traen los dos
No puede abrasar mi fuego.
¡Hola, Ignorancia!

DISCRECIÓN.

Señora.....

CELIA.

Diles mi transformación.

ENGAÑO.

¿No eres tú la Discreción?

DISCRECIÓN.

La Ignorancia soy agora.
Revela Dios sus secretos
Á pequeñuelos amantes,
No á discretos ignorantes,
Sino á ignorantes discretos.

CELIA.

Desprecio.

HONOR.

¿Qué es lo que mandas?

CELIA.

Diles á aquestos mi amor.

LUCERO.

¡Cómo! ¿No eras tú el Honor?

HONOR.

Tarde con cautelas andas.
Ya, Lucero, ó Lucifer,
El Alma ha llegado á estado
Tan diferente, que ha dado
De aquel ser en otro ser.
¿Para qué vienes aquí,
Que ya no es la que solía?

CELIA.

Descuido.

CUIDADO.

Señora mía.

CELIA.

Mi transformación les doy.

CUIDADO.

Ya la saben, ya la ven,
Pero quieren, engañados,

Ser necios y porfiados.

CELIA.

Pues yo lo diré también:
La imagen divina
De su Padre Eterno,
El Hijo igual suyo,
Príncipe del cielo,
Á quien comunica
El poder inmenso.
De su majestad,
Con su entendimiento,
Descendió á la tierra
De su amado seno,
Por librar al hombre,
Que era esclavo vueso.
Érase una Virgen
Dedicada al templo,
La primera que hizo
El voto de serlo.
Hurtábale rayos
El sol al cabello,
Porque á las espaldas
Tuvo atrevimiento.
Tenía por ojos
Dos bellos luceros;
Pero ya quisieran
Ser ellos tan bellos.
Eran dos claveles
Sus labios honestos,
Porque sus palabras
Eran como ellos.
Casóse con ella
Un santo mancebo,
Sangre de David,
Virgen y su deudo.
Este matrimonio
Encubrió el misterio
De nacer Dios hombre
Á los ojos vuesos.
Nació Él engendrado
Sin tiempo, con tiempo,
Sin padre en la tierra,
Sin madre en el cielo.
Salió, pues, el lirio
Del sellado huerto,
Y el divino fruto
De la flor almendro.
Vinieron pastores,
Y reyes vinieron,
Con alma y con oro,
Con mirra é incienso.
Persiguióle Herodes;
Llleváronle huyendo
Sus padres á Egipto;
Volvió, ya el Rey muerto.
Perdióseles niño;
Enseñó en el templo
Aquellos letrados
De la ley, soberbios;
Porque desde el punto,
Instante y momento
De su concepción,
Fué sabio y perfecto.
Supo lo que Dios,
Como Dios perfecto,
En la unión divina
Que los dos hicieron.
Fué después su vida
Un mar de tormentos,
Como de milagros,
Y divinos hechos;
Su muerte lloraron
Los cuatro elementos,
El sol y la luna,
Ángeles y cielos;
Mas tuvo en la tierra
Su cuerpo en empeño,
Y restituyóle
El día tercero.
De aquestas hazañas,
Anda por momentos
Haciendo convites,
Diciendo requiebros,
Á cazar leones,
Que por estos cerros
Andan tras las almas,
Y librarlas dellos.
Tan galán venía,
Que envidioso Febo,
Escondió á su aljaba
Sus flechas de fuego.
Á mi casa vino:
¡Dichoso mi pecho,
Que en tan dulce noche
Le dió su aposento!
¡Mal hizo la aurora
De salir tan presto!
Dijo que se iba,
Dejóme muriendo,
Quedé enamorada,
Mudé pensamiento:
Galas y locuras
Del mundo desprecio;
Para sus visitas
Rústica me he vuelto;
Que quien ama á Dios,
Ese sólo es cuerdo;
Todos los demás
Son locos y necios;
Quedaos para tales,
Que no quiero serlo.

LUCERO.

Tente, detente, Alma mía,
Que ya yo sé que te ciega
La voluntad.

CELIA.

¿Quién te niega
Que no soy la que solía?
Vete, espantoso león,
Que si el cazador divino
Castiga tu desatino,
Respetarás mi opinión.

LUCERO.

Oye, Engaño.

ENGAÑO.

¿Qué me quieres?
Si Cristo ha tomado ya
La posesión.....

LUCERO.

Nunca está
Amor firme en las mujeres.

ENGAÑO.

Aquí ha juntado á los dos:
Ya es dueño, ya tiene imperio.

LUCERO.

Será el primer adulterio
Que haya hecho un alma á Dios;
Déjame tú disfrazar:
Déjame poner en forma
De ángel de luz.

ENGAÑO.

De esa forma
Querrás su Esposo imitar.

LUCERO.

Tomaré su forma y talle,
Fingiré su voz.

ENGAÑO.

No sé
Si aciertas.

LUCERO.

Yo acertaré,
Por lo menos, á imitalle;
Muchas almas engañadas
Piensan que su esposo es,
Y viénense á hallar después,
Si no adúlteras, burladas;
Ven conmigo, que si tú
Me ayudas, cierta es la palma,
Y seré Jacob del alma,
Con las manos de Esaú;
En la ciudad que conquisto,
Si no puede, Engaño, ser
Entrar como Lucifer,
Quizá entraré como Cristo.

Vanse los dos.

CELIA.

Estos dos van concertados
Á hacerme alguna traición.

HONOR.

Alma, ya sabes quién son.

CELIA.

Descuido, ten mil cuidados.

CUIDADO.

Vestiréme de los ojos
Del pavón: Argos seré:
No hayas miedo que te dé
El Lucero más enojos;
Que toda la casa vela:
Alerta están los oídos.

CELIA.

Pues haced que en los sentidos
Se ponga una centinela.

HONOR.

¿Qué nombre?

CELIA.

Cristo.

CUIDADO.

Pues alto:
Pase la palabra luego,
No piense este amante ciego
Que ha de dar al Alma asalto.

MÚSICOS.

La palabra del Padre
Viene á las bodas:
Pase la palabra
De boca en boca.

CUSTODIO.

Celia, tu divino Esposo
Te quiere bien.

CELIA.

¿Dónde está?

CUSTODIO.

En un jardín de quien ya
Quedaba el cielo envidioso,
Porque viendo los favores
Que le dan sus plantas bellas,
Sus más lucientes estrellas
Quisieran servir de flores;
Allí está amorosamente,
De sus cuidados rendido,
Al pie de un árbol dormido,
Al son de una clara fuente;
Mil canciones celestiales
Le cantan los ruiseñores,
Los pies le besan las flores,
Y el cabello los cristales.
Sube por aquesta escala,
Que es de la contemplación,
Y llegarás á la unión
Que con tal gloria se iguala.

Ábrase el carro como nube en cuatro partes, y aparezca un jardín con muchas flores, con sus enrejados, y en medio una pila de fuente, con una cruz en medio, con cinco caños de agua que den en ella; el Príncipe de la Paz sentado al pie durmiendo, y baje una escalera del mismo jardín al tablado, y vaya subiendo Celia, y diciendo:

CELIA.

Quien por la contemplación
Ha llegado á tanta gloria,
Enriquezca su memoria
Con tan soberana unión.
¿Si le osaré despertar?
¿Si diré que estoy aquí?
Pues por humildad subí,
Por quien Dios suele bajar,
Yo no he sido aquel Luzbel,
Ni de soberbia presumo:
Pirámide soy del humo
Del sacrificio de Abel;
No soy Amán, Señor mío:
Esther soy, tu esclava soy:
Á tus pies rendida estoy:

En tu clemencia confío.

PRÍNCIPE.

¡Celia mía!

CELIA.

¡Esposo amado!

PRÍNCIPE.

¿En mi jardín?

CELIA.

Sí, Señor,
Que me he atrevido al favor
Del nombre que me habéis dado;
Perdonad si os desperté.

PRÍNCIPE.

Duermo y mi corazón vela.

CELIA.

Con justa razón anhela:
Os amo y os tengo fe.

PRÍNCIPE.

Este jardín, Alma mía,
Es regalo en la oración:
Aquí la contemplación,
Á la unión las almas guía;
Aquí todas se recrean,
Y en esta fuente divina
Beben mi dulce doctrina,
Y en mi amor el suyo emplean:
Mira qué limpio cristal,
Mira qué flores tan bellas.

CELIA.

Que aquí también anda en ellas.

PRÍNCIPE.

¿Son celos?

CELIA.

Rey celestial,
Celos tengo del favor
Que les hacéis envidiosa
De sus virtudes.

PRÍNCIPE.

Esposa,
Oigan tus celos mi amor.
Á las vanas flores
De esta verde selva,
Alma mía, las almas
Vienen de amor llenas.
Como cuando al sol
Las doradas puertas
Abre el alba pura,
Las dulces abejas,
Con susurro blando,
Las flores cercenan,
De color celeste,
Que al romero alegran,
Así de las mías
Cogen flores ellas,
De varias virtudes,
Que en mí consideran;
Cuál las clavellinas,
De fe verdadera,
Maravillas rosas,
Caridad inmensa,
Y por la esperanza,
Mirtos y verbenas,
Altos mirabeles,
Verdes cidronelas;
Cuál virgen hermosa,
La hierba doncella,
Ó por castidad,
Blancas azucenas;
Cuál morados lirios,
El amor les muestra;
Cuál la flor del sol,
Que el mundo desprecia;
Cuál, alma inocente,
Cándidas mosquetas,
Y las minutisas,
De alegre obediencia;
Cuál la salvia corta,
Para buena lengua,
Y el verde citiso,
Por tener paciencia;
Cuál alma que en todo,
Mi honor búsca y cela,
Con celo divino,
Azules violetas;
Cuál lleva las manos,
De claveles llenas,
Porque de los clavos
De mi cruz se acuerdan;
Cuál por mi corona,
Rosas hermosean,
Que parecen sangre,
Y espinas laurean;
Cuál por mi columna,
Alelíes precia,
Que son jaspeados,
Con manchas sangrientas;
Cuál corta pinceles,
Porque de la tierra
Quite el pensamiento,
Y en mi amor le emplea.
Esta clara fuente,
Amorosas cercan;
Que soy agua viva
Que limpia y recrea:
Están en mí todas,
Todo estoy en ellas,
Sin que de mi amor
Celos las ofendan;
De aquí entenderás
La divina fuerza
De la Eucaristía,
Que te he dado en muestra;
Tanto como un alma,
Sentada á mi mesa,
Como todas juntas
Y ella no más que ellas;
No por muchas formas
Mi cuerpo se aumenta,
Ni se disminuye
Porque coman de ellas;
Puesto que me partan,
Entero me llevan,

Con mi cuerpo y alma
Y divina esencia;
De la misma suerte,
Si un espejo quiebras,
Que en cualquiera parte,
Lo mismo se muestra.
Con esto igualmente
Las almas contentas,
Mis amores gozan,
Y están en mi iglesia:
Falta por decir,
Porque te defiendas,
De este loco amante
Que ronda tus puertas,
Que cuando algún alma
Todas se las cierra,
Y en sus homenajes
Pone centinelas,
Finge mi persona,
Disfrazado llega,
Con que á muchos hace
Burlas con que pierda,
Por la vanagloria,
La rica excelencia
Del humilde estado,
Donde se aposentan
Las demás virtudes,
Y por dicha llegan,
Por querer su engaño
La mayor ofensa.
Mira, dulce esposa,
Que dél te defiendas;
Que por ser del cielo
Ya te llamas Celia.
Conserva mi gracia;
Que por esta senda
Caminan las almas
Á la gloria eterna.

CELIA.

Reconocida, Señor,
Á tantas obligaciones,
No es bien pagar con razones
Las obras de vuestro amor:
Vos sabéis con qué lealtad
Os sirve la esclava vuestra.

PRÍNCIPE.

Esto te ha ofrecido en muestra
Mi amorosa voluntad,
De lo que ha de ser por ti;
Entra, que la mesa aguarda.

CELIA.

Mi indignidad se acobarda,
Porque no hay valor en mí.

PRÍNCIPE.

Celia, toda mi grandeza
Á tus virtudes se inclina.

CELIA.

Vuestra majestad divina
Levantará mi bajeza.

PRÍNCIPE.

Alma, la que mira en puntos
No puede ser amistad:
También eres majestad
Después que comimos juntos.

Cúbrese y sale el Lucero y el Engaño; el Lucero como el Príncipe de la Paz, sin que discrepe en nada

LUCERO.

¿Vengo bien?

ENGAÑO.

Vienes tan bien,
Que eres un sol celestial;
Que siempre para hacer mal
Sabes disfrazarte bien.

LUCERO.

Parezco á Dios.

ENGAÑO.

El Engaño
Me llamo ¿qué me preguntas,
Cuando tantas cosas juntas
Nos sirven de desengaño?
Ya sabes qué te costó
Querer á Dios parecer.

LUCERO.

¿Parecer? Quererlo ser.

ENGAÑO.

¿Tú eres Dios?

LUCERO.

Pues ¿qué soy yo?

ENGAÑO.

Tienes razón; que Dios eres
De quien te sirve y adora;
Pero es un nombre que agora
Tiránicamente quieres,
Que como del avariento
Es Dios el dinero, así
Eres tú Dios para mí;
Advierte un claro argumento:
Si eres Dios, negro Lucero,
¿Para que te finges Dios?
Ó cómo puede haber dos,
Si es uno Dios verdadero?
Si esto pudieras decir,
Claro está que no dijeras
Ser Dios, ni el ser que tuvieras
Le procuraras fingir;
Porque si Dios se apartara
De las cosas que dan ser,
Luego dejaran de ser,
Que sin Dios su ser cesara;
Tú de todo dividido,
Que á nada quitas el ser,
No eres Dios, porque ha de ser
El ser de cuanto haya sido.

LUCERO.

¿Pues como lo soy, si Dios
De mí está tan apartado?

ENGAÑO.

Apartólo tu pecado;
Por eso lo estáis los dos,
Pero no en quitarte el ser.

LUCERO.
Más pareces desengaño
Que engaño.
ENGAÑO.
Por ser tu engaño,
Vengo también á no ser.
LUCERO.
No me canses, que no puedo
Dejar de ser el que fuí,
Lo que una vez aprendí.
ENGAÑO.
Llamaré.
LUCERO.
Llama sin miedo.
ENGAÑO.
¡Ha del Alma ó las potencias!
CUIDADO.
¿Quién llama? ¿Quién está ahí?
ENGAÑO.
¿Cómo nos abrís ansí?
CUIDADO.
¿No son justas diligencias?
ENGAÑO.
Mira que está aquí el Esposo.

El Cuidado á la puerta con una escopeta.

CUIDADO.
Den el nombre, ó suelto el gato.
ENGAÑO.
¿Ansí recibes, ingrato,
Á tu Señor generoso?
Después que estás transformado
En el llano, ¿hablas ansí?
CUIDADO.
Él manda al Alma, ella á mí;
Que soy Descuido y Cuidado.
Demás, que si él mismo fuera,
¿Cómo la buscara aquí
Si desde hoy la tiene allí?
ENGAÑO.
Dice que el Alma está fuera.
LUCERO.
¿Con quién está?
ENGAÑO.
Con su esposo.
LUCERO.
Andará fuera de sí:
Á buen tiempo lo fingí.
ENGAÑO.
Aquí es mi engaño forzoso.
Oye, Descuido.
CUIDADO.
¿Qué quiere?
Y no se me acerque mucho.
ENGAÑO.
Escucha en paz.
CUIDADO.
Ya yo escucho.
La paz no: paz no la espere;
Que la cara no me ofrece
La verdad que es menester;
Hombre de bien puede ser,
Pero no me lo parece.
ENGAÑO.
Bien sabemos de qué modo
El Alma con él está.
CUIDADO.
¿Pues cómo está acá y allá?
ENGAÑO.
Que está en el mundo, no en todo:
No está sobre él levantado,
Ni está debajo oprimido.
CUIDADO.
Si el Alma con él se ha ido,
Y es Dios, ¿cómo la ha buscado?
ENGAÑO.
Sólo ha venido á saber
Cómo guardáis está casa.
CUIDADO.
¿Pues ya no ve lo que pasa?
ENGAÑO.
Eso mismo viene á ver.
CUIDADO.
Den el nombre, ó suelto el gato.
ENGAÑO.
El nombre pide la vela.
LUCERO.
Aunque el nombrarle me duela
Por encubrir lo que trato,
Di que Cristo.
ENGAÑO.
Escucha el nombre.
CUIDADO.
No se me acerque de pies,
Y dígale.
ENGAÑO.
Cristo es.
CUIDADO.
Ese sí que es santo nombre.
Bajo el mecho (1) al arcabuz
Y por la tierra le adoro:
Lo que por descuido ignoro,
Entenderé por su luz.
¡Perdonadme, gran Señor!
LUCERO.
Antes, estoy obligado
De que guardes con cuidado
Mi esposa.
CUIDADO.
Tengo temor
Deste león que anda aquí
Bramando tan cuidadoso:
No se nos finja el Esposo
Y venga á engañarme ansí;
Que sólo os adoro y amo.
LUCERO.
Ya sabes que sé premiar.
CUIDADO.
No se me puede encajar

(1) *Sic.*

Que es el Esposo mi amo.
No siento la gloria en mí
Que cuando le suelo hablar.

DISCRECIÓN.

Buen modo, á fe, de guardar;
Descuido, ¿qué haces aquí?

CUIDADO.

Pues qué, ¿te ofendí, Ignorancia?

DISCRECIÓN.

Vino el Alma, mi señora,
De ver la gloria que adora,
Que en la infinita distancia
Puso amor su proporción.

CUIDADO.

Puede el círculo cuadrar,
Y entre Dios y el hombre obrar
Una soberana unión.

DISCRECIÓN.

Del jardín en que hoy ha estado
Trae una corona bella,
Con tantas flores en ella
Cuantas virtudes le ha dado.
No hay flor que en ella no haya,
Por si la da algún desmayo
De amor.

CUIDADO.

Parecerá un mayo.

DISCRECIÓN.

Parece del cielo maya.

CUIDADO.

Hoy pediremos con ella.
¡Oh, lo que nos han de dar!
Pero si acierta á pasar,
Como anda muerto por ella,
Aquel pesado león,
Le ha de dar lindo barato
Con la escobilla y el plato.

DISCRECIÓN.

¿Quién son aquestos?

CUIDADO.

¿Quién son?
El Esposo, ¿no lo ves
Que no se aparta de aquí?

DISCRECIÓN.

Llamaré á Nuesama.

CUIDADO.

Sí.

DISCRECIÓN.

Celia, señora.

CELIA.

¿Quién es?

DISCRECIÓN.

Tu Esposo, señora mía.

CELIA.

¿Mi Esposo? ¡Oh, luz de mis ojos,
Y de todos mis enojos,
Descanso, paz y alegría!

LUCERO.

¡Oh, mi esposa regalada!

CELIA.

¿Tan presto, dulce Señor?

LUCERO.

No tiene su centro amor
Fuera de la prenda amada.
¿Cómo, mi Celia, llegaste
Del jardín?

CELIA.

De tus favores
Rica y de las bellas flores
Con que mi frente adornaste.

LUCERO.

Tú las colores le diste,
Ella las tiene después.

El Príncipe, de la misma suerte, y Custodio vestido.

PRÍNCIPE.

Ahora buen tiempo es.

CUSTODIO.

Tú la formaste é hiciste.

PRÍNCIPE.

Avise al Alma, que había
De venir aquí el Lucero
De la noche, y lisonjero,
Á ver la presencia mía,
Y no te quiso guardar.

CUSTODIO.

Avisaréla.

PRÍNCIPE.

Detente,
Que en este nuevo accidente
La quiero un rato dejar.

CELIA.

Fué notable aquel favor
De sentarme á vuestra mesa,
Pero indigna se confiesa
Mi humildad de tanto honor.

LUCERO.

Celia, mi mesa es un fuego;
Que es fuego amor.

PRÍNCIPE.

¡Con qué traza
Su fuego infernal disfraza!

DESCUIDO.

¿Qué tienes?

CUIDADO.

Poco sosiego;
Que no me agrada, Ignorancia,
Este Príncipe.

DESCUIDO.

¿Por qué?

CUIDADO.

Tiene un cierto no sé qué
Que me hace disonancia.

HONOR.

Descuido, mírale bien
Con acciones tan bizarras.

CUIDADO.

Si él descubriera las garras.....

CUSTODIO.

¡Que así permites que estén!

PRÍNCIPE.
Muchas almas le han tenido
Por mí cuando con él tratan,
Y es porque no se recatan
De este querubín fingido.
Muchas andan engañadas
En saber cuál de los dos
Es su verdadero Dios.
CUSTODIO.
¿Y desto, Señor, te agradas?
PRÍNCIPE.
Quiero que esta confusión
Pruebe también su lealtad,
Porque saber la verdad
Le cueste alguna aflicción.
CUSTODIO.
¿Tanto gusta vuestro amor
De ver siempre padecer?
PRÍNCIPE.
Sí, porque vendrá á tener
Correspondencia al amor.
LUCERO.
Ya no quiero ni es razón
Que estés triste, Celia mía;
Ya te coroné de flores,
Ya de virtudes divinas;
Deja ese estilo, que ya
Seguramente podrías
Volver al pasado, Celia,
Pues yo gusto de que vivas
En mi amistad para siempre.
CELIA.
Á tu bondad infinita
Estoy sujeta, Señor.
LUCERO.
Descuido, desde este día
Has de volver á las galas
Y al cuidado en que solías
Gastar el tiempo; que cuando
Tan firme el Alma camina,
Ha de huir la vanagloria,
Y la falsa hipocresía.
Quiero que deis á entender
Que como el mundo os tenía
Os tiene ahora.
CUIDADO.
¿Qué es esto?
HONOR.
Que el callar merecerías,
Pues dicen que el que obedece
Excede al que sacrifica.
LUCERO.
Discreción.
DISCRECIÓN.
Señor.
LUCERO.
No seas
Ignorancia, ni la admitas;
Que quiero que hables como antes
De dos mil bachillerías.
Tú, Honor, no has de despreciar,
El mundo, porque no digan
Que os hacéis graves y necios
Con estas filosofías.
Tú, Celia, alégrate hoy;
Que bien sabes, Celia mía,
Lo que dije en mi Evangelio:
Cuanto más ayuna y limpia,
Entonces has de mostrar
Más contento y alegría;
Tañed vosotros, que quiero
Verla como yo solía,
Y que esté toda esta casa,
Hasta la humilde familia
De los sentidos, alegre:
No sepa el mundo que es mía.
PRÍNCIPE.
¡Qué bien la engaña!
CUSTODIO.
¿Esto sufres?
PRÍNCIPE.
¿Hay semejante malicia?
CUSTODIO.
Mira el sentido que ha dado
Á la Escritura divina
Y á tus palabras.
PRÍNCIPE.
Fué aqueste,
Custodio, si bien lo miras,
El primero heresiarca.
CUSTODIO.
¡Con qué invenciones porfía!

Música.

Pajarillos suaves,
Alzad las voces,
Que parecen penas
Y son amores.
Pajarillos dulces
Que escucha el cielo,
No cantéis tan bajo
Que me entristezco.
Mañanitas y siestas,
Alzad las voces,
Que parecen penas
Y son amores.
PRÍNCIPE.
Ahora salgo á impedir
Á este necio la invención.
¿Celia, á mi ausencia traición?
¿Esto es amor ó es fingir?
CELIA.
Señor, ¿qué es esto que veo?
¿No estábades vos conmigo?
LUCERO.
Y estoy, Alma.
PRÍNCIPE.
Es tu enemigo.
CELIA.
¿Quién es el bien que deseo?
CUIDADO.
¿No os dije yo que tenía

Sospecha de aqueste Esposo?

PRÍNCIPE

Este es aquel cauteloso
Que en mi jardín te decía.

LUCERO.

Alma, el que soy te daré
Mil regalos y riquezas.

PRÍNCIPE.

Yo trabajos y tristezas,
Pruebas de tu amor y fe.

LUCERO.

Yo en el mundo mil contentos.

PRÍNCIPE.

Yo en el mundo mil disgustos.

LUCERO.

Yo mil deleites y gustos.

PRÍNCIPE.

Yo mil penas y tormentos.

LUCERO.

Yo te daré gloria aquí.

PRÍNCIPE.

Yo aquí te daré dolores.

LUCERO.

Por mí tendrás mil amores.

PRÍNCIPE.

Y mil desprecios por mí.

LUCERO.

Yo te haré reina inmortal.

PRÍNCIPE.

Yo que deshonras te den.

LUCERO.

Yo haré que te quieran bien.

PRÍNCIPE.

Yo haré que te quieran mal.

LUCERO.

Yo te daré alegre vida.

PRÍNCIPE.

Yo triste vida y turbada.

LUCERO.

Por mí serás estimada.

PRÍNCIPE.

Y por mí gloria abatida.

LUCERO.

Daréte cuanto imaginas.

PRÍNCIPE.

Yo afligiré tu persona.

LUCERO.

Traigan luego una corona

PRÍNCIPE.

Traigan luego la de espinas.

CELIA.

Glorias y gustos acá,
Allá por fuerza son penas;
Penas acá de ansias llenas,
Glorias prometen allá.
Y pues pesares de aquí
Allá glorias han de ser,
Fácil es de conocer
Que éste me engañaba ansí
Y que sois mi esposo vos.
Criados, echalde luego.

CUIDADO.

¡Oh, perro!

LUCERO.

¿Qué, en fin me dejas?

CELIA.

Desceñid las hondas luego
Y echad el león de aquí.

ENGAÑO.

Mi engaño se ha descubierto.

LUCERO.

¿Cuando, en apuestas con Dios,
Me sucedió, Engaño, menos?
Vente al infierno conmigo.

CUIDADO.

Vamos tras él.

HONOR.

Hoy le quiebro,
Como el pastor de Belén
La del gigante soberbio,
La cabeza á Leviatán.

DISCRECIÓN.

Tirad, seguilde, prendelde.

Vanse.

PRÍNCIPE.

Alma, ya estás avisada:
Mira el peligro en que ha puesto
El Lucero de la noche
Tus honestos pensamientos;
Tu casa descomponía
Del inocente concierto
En que la puso mi amor,
Y por camino secreto
Iba trazando, por verte,
Á los deleites primero.
Ten, Alma, cuidado y mira
Lo que importa á tu sosiego,
Que éste no llegue á tus puertas
Con sus fingidos requiebros,
Y pues que yo te quiero,
Mátame con amor y no con celos.

CELIA.

Dulce Señor de mi vida,
Vos estáis bien satisfecho
De que fué mi error engaño.

PRÍNCIPE.

Celia, yo me aparto, y pienso
Que sabrás de aquí adelante
Lo que importa á tu remedio
Que éste no llegue á engañarte.

CELIA.

Dadme vos, mi bien inmenso,
Algunas señas por quien
Pueda á los dos conoceros;
Que si viene como vos,
Confunde mi entendimiento.

PRÍNCIPE.

Para saber cuándo es él
Y cuándo soy yo, te quiero
Advertir que, si soy yo,

Causo mayor rendimiento
Y humildad, y cuando es él,
Vanagloria, con que presto
Pensarás que á mi grandeza
Llegó tu merecimiento.
Yo me voy, adiós te queda.

CELIA.

¡Señor!

PRÍNCICE.

Contigo me quedo.

Desaparece el Príncipe y aparezca un altar, y en él el Santísimo Sacramento debajo un velo, y dice

CELIA.

Á este Agnus sacramentado,
Joya de su amor inmenso,
Adoralde y dalde gracias
Cantando amorosos versos,
Pues aquí nos da la gracia
Que ha de ser gloria en el cielo.

Cantan.

Alma mía, ¿qué quieres, di?
Parte de aquel, y no poca,
Blanco maná que está allí.

CELIA Y MÚSICA.

¡Sí, sí!

Cantan.

Cierra los ojos y abre la boca.

CELIA Y MÚSICA.

¡Ay Dios! ¿Qué comí, que me sabe así?

CELIA.

Dichosa yo que he tenido
Contrición y penitencia,
Y al estado de inocencia
Con su favor me ha traído
El maná que está incluído
En aquel cristal de roca.

Música.

Cierra los ojos y abre la boca.

TODOS Y MÚSICA.

¡Ay Dios! ¿Qué comí, que me sabe así?

Cúbrese con música y se da fin.

AUTO SACRAMENTAL

DE

LA SANTA INQUISICIÓN

(INÉDITO)

AUTO SACRAMENTAL

DE

LA SANTA INQUISICIÓN

REPRESENTÓSE EN ESTA CORTE EN EL AÑO 1624

FIGURAS

LEÓN.	LA NOCHE.
AMOR DIVINO.	LA FE.
CINCO SENTIDOS.	EL LUCERO FINGIDO.
LA AURORA.	EL SOL JESÚS.
LA IGLESIA.	SANTO DOMINGO.
SANTO TOMÁS DE AQUINO.	SAN PEDRO MÁRTIR.

Suena un clarín. Sale el León, armado con una cabeza de león.

LEÓN.

Corrido de mí mismo,
Según soberbio estoy, rompí el abismo,
Estremecí los montes,
Y manchando de horror los horizontes,
Saqué la altiva frente
Por las pardas espumas de Occidente (1).
Aquí la Noche vive:
Fantástico temor del Sol recibe,
Y en su tiniebla obscura,
Antípoda á la luz hermosa y pura,
Preside el hemisfero:
La mitad del morir llamarla quiero.
Oh Noche, opuesta al día,
Símbolo de la culpa, imagen mía,
Tus errores desata
En los palacios de ébano y de plata.

La Noche, con manto estrellado.

NOCHE.

¿Quién á mis puertas llama?

LEÓN.

El León infernal, que ruge y brama,
Como Pedro decía,
Buscando, al transmontar del claro día,
Á quién devore y trague,
Porque el enojo de su amor me pague;
Las luminarias bellas,
De quien compran su ser estas estrellas,
Y una preside al día,
Y otra á los velos de la noche fría,
Sombras son y figuras
Del poderoso autor de las criaturas,
Y de este brazo eterno.
Él gobierna la luz, y yo gobierno
La fantástica sombra;
Que rey de las tinieblas Dios me nombra;
Si es sol hermoso y raro,
Yo á la triforme luna me comparo.
Y bien luna me digo,
Pues de sus rayos la deidad mendigo,
Y á mi pesar anhelo

(1) En otro manuscrito de la Biblioteca Nacional atribuído al Dr. Mira de Améscua, se lee:

Rugiendo cual león entre la gente.

Por robarle la luz del cuarto cielo.

NOCHE.

Ya sé que mi rey eres;
Di, soberbio León, lo que me quieres (1);
Pues ves que me han llamado
Imagen de la muerte y del pecado.

LEÓN.

Ten á mi voz atento,
Aun el blando rumor del agua y viento:
Estábase Dios á solas,
Contento sólo consigo,
Amando su misma esencia
Y gozando de sí mismo,
Cuando á esta máquina inmensa
Quiso dar bello principio.
Con una palabra sola,
Con cuatro letras que dijo,
Crió para sí, de nada,
Los palacios cristalinos
Que diáfanos rodean
Las riquezas del empíreo;
Aquesos cielos hermosos,
Que en diez orbes divididos
Influyen amenidades
Con movimiento continuo,
Tan hermosos y admirables,
Que son argumento vivo
Y rasgos de la potencia
Del sumo bien que los hizo.
Colocó la luz en ellos,
Tan hermosa, que ha podido
Tener, á ser racional,
Emulaciones conmigo.
En el sol y astros errantes,
En imágenes y sinos,
Iluminó los bosquejos
De su poder infinito,
Firmó la tierra y el agua
Y retiró á los abismos
De ondas crespas y confusas
Que son piélagos de vidrio.
Descubrió la tierra, montes,
Pirámides y obeliscos,
Que erigió naturaleza
Para monumentos ricos
De las memorias del mundo,
Donde muestran su artificio
Las ruinas de los años,
Las cenizas de los siglos:
Produjo flores y plantas
Que en sus hojas y racimos
Nuevo linaje de estrellas
Produjo el pincel divino:
Juntamente con los cielos
Creó para sus ministros
Tres órdenes, nueve coros
De angélicos paraninfos;
Tres instantes nos describen:
Sus gracias nos ha infundido,
Pero en el segundo yo
Que tan hermoso me he visto
Que allí pudiera inventar
Las fábulas de Narciso,
De mí mismo enamorado
Con mi propio autor compito.
El lucero más hermoso
Puro por mi esencia he sido.
¿Quién dirá, viéndome ahora,
Que es verdad esto que digo?
Representónos la imagen
De la humanidad de Cristo;
No la quise yo adorar,
Porque hidalgos bien nacidos,
Compuestos de acto y potencia,
No han de dar al menos digno,
Hecho de materia y forma,
Adoración; y así altivo,
Soberbio y presuntuoso,
Á ser rebeldes incito
Las angélicas sustancias,
Y Miguel, opuesto mío,
Toca al arma contra mí,
Y en ejércitos distintos
Me dió batalla cruel
Con tres palabras que dijo;
Opiniones encontradas
Fueron las lanzas que vibro
Contra Dios á duro trance.
¡Si vieras estremecidos
Los dos polos, y temblando
Once cielos al rüido
De la racional batalla,
Del celestial desafío!
La tercera parte sola
Me siguió, quedé vencido.
Aquí llega mi tormento:
Airóse Dios y me dijo:
Serpiente, tú y la mujer,
Siempre seréis enemigos;
Ella romperá tu cuello.
Si estas palabras repito,
Muerdo de rabia mis manos:
Verdaderas han salido.
Nació la aurora, el ciprés,
La fuente, el huerto, el rocío,
La oliva, estrella y espejo,
Cedro, luna, sol, castillo;
Nació una Virgen tan pura,
Que mordella no he podido,
Porque el ángel no es tan bello,
No es el sol tan claro y limpio;
No solamente María
Es la mujer que me ha dicho,
Sino la Iglesia, si usamos
De alegóricos sentidos.
Esta, pues, Esposa suya,

---

(1) En otro manuscrito distinto del anterior se leen estos dos versos del modo siguiente:

Humilde te obedezco,
Mis negras sombras con mi horror te ofrezco.

De quien es cabeza Cristo,
Contra la manzana de Eva
Tiene un bocado divino,
Que en misterio sacrosanto
Se deja comer, el mismo
Que entonces me amenazó,
Vida, verdad y camino.
Yo, temiendo que este pan
Es rigoroso cuchillo
De mi cerviz, introduje
En confusos laberintos
La herética apostasía;
Hice que ingenios malignos
Negasen este misterio,
Este amoroso prodigio;
Mas la Iglesia, mi contrario,
Para vencer mis designios,
Ha formado un Tribunal,
Ha creado un Santo Oficio,
Tan tremendo y admirable,
Tan fuerte, tan exquisito,
Que aun yo estoy temblando dél,
Porque es eterno castigo
De mis herejes, si bien
Es dulce, es blando y es pío;
Hoy, pues, con ese clarín
Que dió á los vientos heridos
Su voz, la fama publica
Que mañana, en este sitio,
Hace un auto de la fe,
Donde sacan á jüicio
La Herejía, Idolatría,
Porque niegan sacrificios
Verdaderos: la Cruz Verde,
Estandarte que han temido
Los infiernos, sacan hoy,
Cantando sonoros himnos.
Esta noche han de velarla
Los cinco humanos sentidos;
Que estos son los Familiares
Que le sirven de ministros
Al Alma, porque los tiene
Sólo para su servicio.
Quiero, pues, que en el Oriente
Borres los tersos y ricos
Rayos de la luz del día,
Y que saques de sus nichos
La obscuridad y tinieblas,
Haciendo imagen del Limbo
Este mundo; porque yo,
Que esta Inquisición envidio,
Siembre males en la noche,
Que es madre de los delitos;
Turbaré la fe de Europa,
Daré guerra al albedrío,
Obstinaré á la herejía,
Inventaré nuevos ritos,
Miembros cortaré á la Iglesia,
Daré á su luz paroxismos,
Rugiré como león,
Miraré cual basilisco;
Seré rüina del hombre,
Daré temor infinito
Á los ángeles, de quien
Fuí injustamente vencido.

NOCHE.

Cubriré de horror y sombra
Los horizontes vecinos,
Obediente á tu precepto,
Pues eres Príncipe mío.

LEÓN.

Y al gran teatro de Europa,
Corte de cuatro Felipos
Católicos, defensores
Deste Tribunal que digo,
Traen la Cruz, y han de elevarla,
Si yo no les administro
Sueño y temor. Vete, Noche,
Que tiemblo de esto que digo.

Vase.

Salen la Fe, el Amor divino, los Cinco Sentidos, y el Temor; sacan la Cruz Verde, y pónenla en su sitio, cantando.

Música.

La más ligera esperanza
Llega á fruto, y no se pierde,
Si se pone en la Cruz Verde.

TEMOR.

En el arbol más galán
Que vió el primer Paraíso,
Donde Adán segundo quiso
Pagar las culpas de Adán,
Como en sus sinos están,
Siendo flores las estrellas,
Y el rosicler que da en ellas,
Ni se obscurece ni pierde.

Música.

Si se pone en la Cruz Verde.

TEMOR.

Estandarte es esta planta
De la Santa Inquisición,
Y es asombro del León,
Que cerca la Iglesia santa;
Ella con himnos levanta,
Y en los autos de la Fe,
Cual arco de paz se ve,
Y ningún color se pierde.

Música.

Si se pone en la Cruz Verde.

Sale el León.

LEÓN.

Estupenda señal, árbol tremendo,
¡Oh luz del firmamento desasida!
Ni tus misterios altos yo comprendo,
Ni sé por qué eres árbol de la vida.
De los tronos angélicos deciendo,
Simiente en esta vida producida.
¿Cómo puedo temblar en tu presencia,

Siendo compuesto yo de ser y esencia?
¡Oh arpa de David, viva serpiente!
¡Oh vara de Moisés, bordón de Elías!
¿Por qué siendo yo espíritu valiente,
Acobardas así las fuerzas mías?
¡Miente mi presunción, mi furia miente!
¡Eres la luz de los hermosos días!
¡No eres madero, no, sino mi afrenta!
¡Rayos tienes de Dios: deidad te alienta!
No le bastara á Dios dar á la muerte,
Muerte en ti misma, y redimir al hombre,
Sino darte poder tan santo y fuerte,
Que mi soberbia voz de ti se asombre;
Y siendo un ángel yo, no puedo verte;
Siendo yo querubín, temo tu nombre.
¿Por qué me hizo Dios bello lucero,
Si daba más virtud á este madero?

AMOR.

Este es el Árbol mejor
Que adornó el primer jardín,
Espada del Querubín,
Cayado del Buen Pastor;
Yo, que soy Divino Amor,
Le di aumento y le planté,
Para que fruto nos dé,
Que pan divino se nombra,
Y porque nos haga sombra
En los actos de la Fe;
Este es el cetro y la palma,
Que en las cumbres del Carmelo
Llega con su copa al cielo
Para dar sustento al alma,
Y haréis que dé paz y calma
Á los vientos y á los mares.
Vosotros, pues, Familiares,
Velad esta noche bien,
Porque sus brazos os den
Privilegios singulares.
Tú, Fe, soberano dueño
Del auto que se ha de hacer,
Dales virtud y poder
Con que resistan el sueño,
Y la palabra os empeño
De asistiros siempre así;
Que aunque parece que aquí
Todo es justicia y rigor,
Acciones son del Amor,
Vida no tienen sin mí.
Siento al Amor y la Fe,
Y á la sombra de la Cruz,
Señor, esconda la luz,
Y ya la Noche se ve.
¿Quién dormido habrá que esté,
Ni dormido ni violento,
Si el mismo cielo está atento
Á lo que ha de haber aquí?

Siéntase el Amor en la Cruz, y los demás alrededor, en el suelo.

AMOR.

Sentaos todos, porque á mí
Me sirve la Cruz de asiento.

NOCHE.

Ya podrás, fiero León,
Dar espantosos bramidos.
De sombras están vestidos
Los altos montes, que son
Las columnas en que estriba
La fábrica de los vientos:
Aun los mismos elementos
Duermen á mi voz; no viva

Duerman.

El que vieres descuidado;
Los hombres no están seguros,
Pues de los senos obscuros
Las sombras he desatado.
Si soy ausencia de ellos
Y soy de la culpa imagen,
Todas las tinieblas bajen
Al hemisferio de España (1):
Escápese la Herejía
De esa prisión tan extraña,

Vase.

Porque no se llame España
Católica monarquía.

VISTA.

La Noche ha salido obscura
Por el balcón del Oriente.

GUSTO.

Sueño infunde.

TEMOR.

Y tan valiente,
Que no hay custodia segura.

AMOR.

Vela, Fe: tú ves despierta
Esos que dormidos ves;
No venza la Noche.

TEMOR.

¡Ay, que es
Un símbolo de la muerte!

FE.

Cantando.

Velad, humanos Sentidos,
Amparad con mi favor
Las acciones del Amor
Con sus cien ojos dormidos.
No quebrante su prisión
Esta noche la Herejía.
Velad, velad este día,
Que anda el furioso León.

AMOR.

Negaos al ocio y sosiego
Cuando conviene el cuidado,
Porque ya yo he inventado
Un entretenido juego
Con que esta noche se pase,
Antes que llegue mañana

(1) Falta la rima.

La justicia soberana
Y los herejes abrase
Si no piden su piedad.
Esta guirnalda que entrego
Á la Fe, será del juego
Dulce premio. ¡Despertad!

TEMOR.

¡Válgate Dios, por amor!
No quiero al juego salir;
Pero mal puede dormir
Aquel que tiene temor.
¡Despierta, Temor, despierta!

FE.

Si es en velar un portento.....

TEMOR.

Digo que estaré constante (1).

FE.

¡Oh, afectos míos! ¡Alerta!
¡Oh, qué dormidos estáis!
¡Despertad!

TEMOR.

¡Qué porfiado!
Vuélvame desotro lado.
Buenas noches, y no hagáis
Tanto ruido. ¡Ladrones,

Entre sueños.

Ladrones! Somos sentidos:
Todos estáis escondidos.
¡Que me llevan en prisiones!
¡Jesús! ¡Ay, Ángel de luz!
¡Que me llevan, que me atan,
Que me ahogan, que me matan!
¡Oh, León, cata la Cruz!

FE.

Despierta, Temor, despierta.

AMOR.

Él tiene gran pesadilla.

TEMOR.

Ya desperté: es maravilla.

FE.

¿Qué soñabas?

TEMOR.

Que á la puerta
Estaba del alto cielo,
Y asido allí de la aldaba,
Un león de mí tiraba
Y juntos damos al suelo;
Mas cuando abajo llegué,
En agua me estaba ahogando,
Y cuando andaba nadando,
Me llamaste, y desperté.

FE.

Contento estarás.

TEMOR.

Fe, mira:
Cuando es el sueño süave,
Me huelgo que no se acabe,
Más sino, que sea mentira.

(1) Falta la rima.

AMOR.

Ea, pues, de juego vaya.

TEMOR.

¿Qué juego?

AMOR.

El de esconderse.

TEMOR.

¿Hay de do pueda caerse?

AMOR.

No.

TEMOR.

Vaya como yo no caiga.

VISTA.

¿Qué juego quieres hacer?

AMOR.

Uno que inventó quien ama;
Entre los niños se llama
El juego del esconder.
Yo me quiero disfrazar:
Á esconderme, amigos, vôy;
Quien dijere dónde estoy,
La guirnalda ha de ganar:
El juez ha de ser la Fe.

GUSTO.

El juego será extremado.

TEMOR.

Más le quisiera asentado;
Que me cuesta mucho en pie;
Si bien de cualquiera suerte
Pienso llevar la guirnalda
De jazmín y de esmeralda.

TACTO.

Tened por cierto que acierte
Adonde el Amor se esconde.

TEMOR.

Esos son vanos antojos,
Porque cerrados los ojos
Diré dó está si sé dónde;
En efecto, eres jüez.
¿Quién la guirnalda conquista,
Siendo yo la misma Vista?
Ganarla pienso esta vez:
Á mis especies se debe
Cuanto ven los horizontes,
Lince que penetra montes,
Águila que al sol se atreve:
No me pueden exceder.

TACTO.

No se contentó contigo
Tomás, la vez que conmigo
Se quiso satisfacer.
Cuanto yo tocare, es cierto
Que ocultarlo no podrá;
Que soy sentido que está
En el hombre, hasta que muerto
Cadáver yace.

OÍDO.

¿En qué juegos
Premio á mi frente no doy?
La segunda vista soy,
La vista soy de los ciegos;

Mi símbolo fué la cierva,
Cuyos oídos son tales,
Que dicen los naturales
Que aun oye nacer la hierba.

GUSTO.

Darme la guirnalda es justo.
Venceré, si están unidos
En mis poros dos sentidos,
Siendo el Olfato y el Gusto.

TEMOR.

¡Qué cierta está mi esperanza!
Temor los he de poner;
Á todos pienso vencer:
El Temor todo lo alcanza.

Suenan chirimías. Descúbrese un altar: en él un cáliz y una hostia grande, y el Amor divino detrás, que no se vea.

AMOR.

Venid, venid á buscarme,
Porque ya escondido estoy;
Cuando os llamo y voces doy,
No es difícil el hallarme.

VISTA.

Aunque laberintos sean
Como de Creta se dice,
Te he de hallar.

Llega á una puerta y otra, buscando al Amor.

OÍDO.

Serás felice
Como tus ojos lo vean.

VISTA.

No está aquí; pero la voz
Que me dió el Amor divino,
Por aquella parte vino,
Hiriendo el aire veloz.
Nada he visto por aquí:
¿Dónde mis fuerzas están?
Solamente he visto pan,
Sólo vino he visto allí.
Engañarme no he podido,
Pues he podido mirallo;
Digo, Amor, que no te hallo,
Y que me doy por vencido.

GUSTO.

Si se guarda la victoria
Para mí, no le has de hallar.
Amor, yo voy á gustar
De tu resplandor y gloria;
Aquí no está, por lo menos,
Pero allí, para ocultarte,
Pienso que no han de ser parte
Muchos altares y senos:
Nada he visto, sólo pan,
Sólo vino gusto y huelo:
Prodigios que son del cielo,
En sus especies no están.
¿Dónde Amor está escondido?
¿Dónde disfrazó su bien?
Amor, Amor, yo también
Me quiero dar por vencido.

TACTO.

Voy á la empresa, y de suerte
Para hallarle es mi poder,
Que sólo le he de perder
Entre líneas de la muerte.
Aquí no está, pero allí
Pienso que la voz sonó:
Lindamente se escondió,
Pues que se escapa de mí.
No le hallo, ó yo estoy loco,
Ó á los cielos se ha volado;
Pan solamente he tocado:
Sólo vino es lo que toco.

TEMOR.

Como es posible que esté
Donde hallarle no podéis,
Sin guirnalda os quedaréis;
Aguardad, yo le hallaré.
Con más miedo que vergüenza
Voy á buscar al Amor.
¡Oh, señor Amor, señor;
Ya mi ventura comienza!
Ya sé dónde se ha escondido:
En un galán, que prometo
Que cuando se mira el peto,
Pienso en el Amor Cupido.
Ya, ya al cristal de un espejo,
Una dama me ha llamado;
Que diz que está disfrazado
Tras del vino aquel pellejo.
Ir por esta parte quiero;
Que yo sé que le he de hallar.
Más que el Amor ha de estar,
Dios me guíe, en el dinero;
Tampoco con él acierto:
Ya ha dado en él mi malicia:
Á buscar á la codicia
Se fué á la Iglesia cubierto.
Detrás está de la honra,
En la honra está del mundo,
Mas en vanidad me fundo,
Que suele ser más deshonra.
Ya, ya mi ingenio le alcanza,
Él está, si no me engaño,
Metido detrás del paño
De la vana confianza;
Con aquesta parte he dado
Con el Amor en verdad,
Con la propia voluntad;
¡Pardiez, Sentidos, que he errado!
Con esto quiero callar,
Y pongo á mi ingenio freno,
Que, ó no busco al Amor bueno,
Ó yo no le sé buscar;
La corona guardaré,
Pues hallarle no he podido;
También me doy por vencido.

OÍDO.

Hermosa y divina Fe,

Pues soy la puerta por donde
Vida al alma tu voz da,
Dime dónde Amor está,
Dime dónde Amor se esconde;
Franca puerta te daré
Siempre para entrar al alma:
Haz que yo gane esta palma:
No me niegues esto, Fe.

Habla al Oído.

FE.

Disimula, que en secreto
Te he de decir dónde está.

AMOR.

Acabad, Sentidos, ya,
Porque el juego esté perfeto.

OÍDO.

Ya voy, y con esperanza
De la guirnalda excelente.

VISTA.

No la verás en tu frente,
Pues la vista no la alcanza.

OÍDO.

Amor, tus rayos están,
Como el carmín en las rosas,
En las especies dichosas
De ese vino y ese pan.
Detrás de los accidentes
Estás de ese blanco velo,
Para admiración del cielo,
Para vida de las gentes;
Efectos tuyos, oh amor,
Son el estar escondido,
Donde hallarte no han podido
Los Sentidos y el Temor.
Cuando Isaac las manos trueca (1),
Y en sacramento felice
Á Jacob oye y bendice
En el manjar de Rebeca,
Figura fué donde tú
Pones tu afecto veloz,
Porque es de Jacob la voz,
Si es el tacto de Esaú:
La sustancia es el Amor,
Si es de pan el accidente:
Prodigio ha sido valiente:
Nadie lo ha visto mayor;
Nó te ha engañado el Oído,
Donde está Amor con lo amado
En el pan transustanciado
Milagrosamente unido;
Corre la cortina, pues,
Y descubre, Amor, tu gloria,
Porque me des la victoria,
Porque las flores me des.

Húndase la hostia con el cáliz, y en la gruta el altar, y quede el Amor descubierto, muy galán.

AMOR.

Hallásteme, mas ¿quién duda
Que te lo dijo la Fe?

OÍDO.

Santo Amor, siempre hallaré
Tu bien si la Fe me ayuda.

AMOR.

Deja que el Entendimiento
Cautive entrando por ti.

OÍDO.

Puerta soy del alma, y fuí
Quien ha causado el contento
De su esperanza.

AMOR.

Pues hoy
Ya su guirnalda mereces.

OÍDO.

En caridad resplandeces.

Cúbrese.

AMOR.

Caridad eterna soy.

TEMOR.

Si á mí la Fe lo dijera,
También al Amor hallara,
Mas decidme, ¿quién pensara
Que en vino y pan se escondiera?
Si cuando dije que estaba
Detrás del dinero, digo
Debajo del pan, consigo
La corona que aguardaba;
No estuve un tris de acertar
Pues cuando á la Iglesia fuí
Tras la codicia, no vi
Que estaba en el santo altar.
Alto: llevaos la guirnalda
De flores, en quien la aurora
Lágrimas con risa llora
Entre conchas de esmeralda:
Rendímoste la victoria:
Halló al Amor el Oído.

OÍDO.

Confesad que os he vencido,
Cantadme todos la gloria.

Música.

Escondióse Amor divino:
Hallóle sólo quien fué
Avisado de la Fe.

Toman la guirnalda de la Cruz y ponénsela al Oído.

OÍDO.

¡Oh, cómo se tarda el día!
Mire la Vista si acaso
Huye la Noche al ocaso:

(1) Desde este verso hasta el que dice:

Corre la cortina, pues,

está tachado en el manuscrito que parece original.

VISTA.

Si no me engaño, el Lucero
Por el Oriente ha salido:
Sirva de posta y espía.
Luz que precursora ha sido
De la del Sol verdadero.

Llega á reconocer la Vista al balcón, y sale San Juan y Lucero.

TEMOR.

Con tu admirada presencia
Nos anuncia su alegría.
Velad, que ya llega el día:
Penitencia, penitencia.

Vase.

Va saliendo el León.

LEÓN.

Cerca llega la luz pura,
Cuando yo miro impaciente
En los cuadros del Oriente
Los lejos de su pintura;
Las estrellas retiradas
Menos luz están brillando,
Y bostezan despertando
Las cosas inanimadas;
Presa no he podido hacer,
Ni librar á la Herejía.
Asomando van del día
La púrpura y rosicler;
Las guardas velan, que son
Ministros de la verdad;
Pues no le di libertad,
Yo le daré obstinación.

VISTA.

Vuelvo á ver si el alba dora
De Europa montes y mares.
¡Dadme albricias, Familiares,
Que ya ha llegado la Aurora!

Sale una Aurora.

AURORA.

Vese el Imperio español;
Ya el Sol al Oriente sube;
Yo soy la Aurora, que tuve
En mi pecho el mismo Sol.

LEÓN.

¡Soberana luz del alma,
Que alumbras cielos hermosos,
Á cuyos fuegos piadosos
El hombre humilde se salva
Y se libra de mis manos,
Déjame, no me atormentes,
Redentora de las gentes,
Asilo de los humanos!
¡Muera después que te vi!
¿Qué milagro hay en los dos,
Que atreviéndome yo á Dios,
Nunca me he atrevido á ti?

VISTA.

Ya el alba ha dado lugar
Que salga el Sol; llegó el día;
¡Compasión! Haya alegría;
No tenemos que velar.

TEMOR.

Pues ya el día ha amanecido,
No tengo yo que temer;
Solamente espero ver
Estos rayos que ha ofrecido.

TACTO.

Ya tu luz no está muy lejos,
Que descubre su arrebol.
¡Voto al Sol! ¡Que sale el Sol!
¡Que me han dado sus reflejos!

SOL.

Baja de mi Iglesia, Fe;
Haz el auto; el Sol te avisa:

Baja.

Que digan luego la misa.

FE.

Sol de justicia, sí haré.
Vamos, pues, al sacrificio
Soberano del altar,
Y después, á acompañar
Iremos al Santo Oficio.

TEMOR.

Vamos á ver los tesoros
De aqueste divino pan,
Y entretanto cantarán
Himnos á la Cruz, á coros.

Música.

La más ligera esperanza
Lleva fruto, y no se pierde,
Si se pone en la Cruz Verde.

Vanse todos cantando, y quédase el León.

LEÓN.

¿Y para decir la misa,
Llena de misterio santo,
Se reviste el sacerdote?
¡Qué miedo tengo! ¡Qué espanto!
Ya el amito en la cabeza
Al pueblo ha representado,
La diadema y las espinas
Con que á Cristo coronaron:
Ya la blanca vestidura,
Estola y cíngulo, han dado
Memoria de su Pasión,
Memoria de sus escarnios:
Ya la casulla, ó la imagen
Deste leño soberano,
Hace que yo tiemble dél.
¡Ah, sacerdote! ¡Que el barro
Del hombre haya merecido
Más que los ángeles! ¡Rabio!

Ya el *Introito* comienza,
Que es el tiempo que aguardaron
En el Limbo los Profetas
Su redención y mi agravio.
¡Ay, que se canta la Gloria,
La que espíritus cantaron

Tápase los oídos.

En el portal de Belén.
¡Sierpe soy! Los oídos tapo.

Música dentro.

¡Gloria á Dios en las alturas!

LEÓN.

¡Callad, sirenas, que encantos
Son para mí vuestras voces!
Ya en la Epístola han mostrado
Apóstoles y Profetas
Su predicación; al lado
Del Evangelio, el misal
Se pasa; misterio es alto
De aquel pasar de la Iglesia
Al gentil pueblo romano,
Del hebreo, y mi rüina,
Pues perdí mis simulacros.
La Fe en el cielo me espanta,
Y ya comienza el Prefacio,
Memoria de aquella entrada
En Jerusalén triunfando,
Cuando niños y mujeres
Cantan *¡Sanctus, Sanctus, Sanctus!*

LEÓN.

Á voces de mi tormento,
Ya la hostia han levantado.
Aquí, infierno, fué tu mal,
Pues en el Monte Calvario,
Levantado en una cruz,
Dios redimió á los humanos:
Ya con la hostia postrera
Se muestra resucitado,
Diciendo paz á los hombres:
Ya el sacerdote, humillado,
«No soy digno», está diciendo,
Para acordarme á mí el caso
Del ladrón y el centurión
Que se huyeron de mis manos.
¡Que perdiese yo en un punto
Aquellos dos! Comulgando
Muestra el sacerdote ya
La Ascensión de Cristo; paso.
¡Paso, Dios: no tantas penas!
Que, aunque soberbio, me canso
De padecellas. Ya llega
La Bendición, que es el acto
Más tremendo para mí,
Pues la bendición aguardo
Que dará Dios á los suyos;
Ya sale el Oficio Santo,
El tremendo, el invencible,
El piadoso, el justo, el blando,
El celoso, el religioso,
Y ya comienzan el auto.

Suenan chirimías, y salen Tomás, Domingo, Pedro Mártir, con ropas de velo blanco encima de los sayos, y guirnaldas de flores y borlas blancas; sacan un estandarte: en el un lado muestra la Cruz Verde, en el otro lado la encomienda de la Inquisición. Tomás saca un misal, y Domingo un ramo de azucenas; la Herejía y la Idolatría, atadas sus manos, la Fe y la Iglesia y el Temor, siéntanse en las gradas. Domingo entre la Iglesia y la Fe, debajo del dosel, y más abajo, en otra grada, Tomás y Pedro; la Herejía y la Idolatría hácense hacia la Cruz; en un banquillo la Herejía, con cota negra, y la Idolatría á lo romano, como emperador.

IGLESIA.

En el Santo Tribunal
Donde yo pienso asistir,
Domingo ha de presidir,
Inquisidor general,
Entre mí y la Fe, á quien dijo
Juan que mi nombre levanta,
Has de estar.

DOMINGO.

Iglesia santa,
Soy tu esclavo.

IGLESIA.

Sois mi hijo,
Sois mi voz, y tú, Tomás,
Mi soberano Doctor,
Que eres calificador
Del Santo Oficio, estarás
En esa grada con Pedro,
Que es secretario y fiscal.

TOMÁS.

¡Fuente hermosa de cristal,
Palma del Carmelo, y cedro
Del Líbano! Gran señora,
Tu voz nos tiene obedientes.

IGLESIA.

Siéntense los diligentes
Y comience el auto.

LEÓN.

Ahora
Puedo llegar, y pues soy
Ministro de Dios también,
En el Tribunal me den
Mi lugar; que cuando estoy
Opuesto á la luz hermosa
Del Criador, y resplandezco
Sobre el auto, bien merezco
Sentarme junto á su Esposa.

IGLESIA.

¿Dónde subes, infïel?

LEÓN.

Á los asientos más graves
Deste Tribunal.

IGLESIA.

¿No sabes
Que puedo más que Miguel?
Y si él con ardiente celo
Te ha sabido derribar,
Bien te podré yo arrojar

Deste retrato del cielo.

LEÓN.

Si mi soberbia ambición
Los ángeles maravilla,
Subiré á poner mi silla
En las alas de Aquilón.
Que bien supe levántar
Torres al cielo arrogantes,
Inspirando á los gigantes
En los campos de Senar;
Escalar pude en Babel
Las once esferas más bellas
Del cielo, con las estrellas
Que tengo arrojadas dél;
Soy el alma de Nembrot,
Y soy de quien tiemblas tú:
Soy Adán, soy Esaú,
Soy el ídolo Astarot;
Mi soberbia altiva y loca
Á tu Esposo se atrevió,
Que si el cielo me quitó,
No me ha tapado la boca;
Si me venció en el desierto,
Salga aquí: campo le pido:
Entre dos bestias nacido
Y entre dos ladrones muerto;
Si gusano se ha llamado,
Comiendo paja, y cual buey,
Cuando aspiraba á ser rey,
Espinas le han coronado.

IGLESIA.

Mi Esposo es cándido Abel,
Y la paciencia de Job,
Mayorazgo de Jacob,
Y hermosura de Raquel;
Es el sacerdote Arón,
Es el hijo de Abraham,
La bendición de Jordán
Y la paz de Salomón;
Es progenie de Lamech,
Es el Isaac obediente,
Es la vida de la gente,
Es pan de Melquisedec (1);
Y yo, su cándida Esposa,
Soy la fábrica que hacía
La suma sabiduría
De oro y plata luminosa;
Soy la mesa celestial,
En quien es manjar el Sol,
Y un cordero es el farol
Que da luz á mi cristal;
Soy.....

LEÓN.

¿Quién eres?

IGLESIA.

Quien á ti,
En el nombre de mi Esposo,
Te arrojará, León furioso.

LEÓN.

¿Que segunda vez caí,
Siendo inmensa la luz mía?
¡Si de estrellas me corono
Y he de levantar mi trono
Sobre el austro y mediodía!

Quiere subir la grada de la Iglesia, y baja rodando.

TEMOR.

Burlaos, León, otra vez
Con la Esposa, ¡fanfarrón!
¿Sábeos bien el puntillón,
Cara de resina y pez?

LEÓN.

Tú, Temor, ¿también te atreves
Á decirme á mí baldones?

TEMOR.

Que ya no temo leones (1)
Que se muestran tan aleves.
Á ti, Madre, me encomiendo,
Huyendo de aqueste vil;
Que aunque soy Temor servil,
Del León me estoy riendo.

LEÓN.

¡Oh! Qué atrevido que estás.

TEMOR.

Y tú afrentado esta vez,
¡Infame, vil y soez!
Que aquí, aquí resonarás.
Junto aquellos delincuentes
Es tu lugar, Faraón.

LEÓN.

Aquí, con obstinación,
Rebeldes y no obedientes
Los he de hacer, pues me cuesta
Rodar por cuatro elementos.

IGLESIA.

Mortales, estad atentos;
Que hace Pedro la protesta.

PEDRO.

Nos, los hijos de la Iglesia,
Apóstoles, patriarcas,
Mártires y confesores;
Nos, aquellos que en España
A la Iglesia obedecemos,
Y con la lengua y las armas
Defendemos su fe inmensa
Católica y soberana,
Juramos y prometemos

Está Tomás con el misal abierto, hacia Pedro.

Por las divinas palabras

---

(1) Esta redondilla aparece tachada en el manuscrito que consideramos como original.

(1) Desde aquí hasta el verso

Y tú, afrentado otra vez.....

aparece suprimido en el mejor manuscrito.

De aquellos cuatro Evangelios,
Luz de la Iglesia romana,
Que están delante de nos,
Que con la vida y el alma
Guardaremos y tendremos
Cuanto la Iglesia nos manda,
Y haremos siempre guardar
De Dios la fe pura y santa,
Confesando sus misterios;
Los dogmas y sectas vanas
De los rebeldes herejes,
Punidas y castigadas
Han de ser siempre por nos,
Y á la Inquisición sagrada
Denunciaremos aquellos
Que sus pecados quebrantan;
Así nos ayude Dios
Y la Cruz excelsa y alta,
Y aquellos cuatro Evangelios,
Y Cristo, cuya es la causa,
Nos ayude en este mundo
Á los cuerpos y á las almas,
Si así lo hiciéremos siempre;
Donde no, en nosotros caigan
Sus maldiciones, y Él mismo
Nos lo demande y nos haya
Dios, como ama á los cristianos,
En su terrible desgracia.
Digan todos amén.

TODOS.

Amén.

LEÓN.

Callad vosotros, pues callan
Estos labios, de un lucero
Que oyendo aquello se abrasa.

TOMÁS.

Ya espero tu bendición.

IGLESIA.

Domingo, su patriarca,
Te la ha de dar.

DOMINGO.

Ponga el cielo
En tus labios su eficacia.

LEÓN.

Herejía, nombre eterno
Has de merecer y fama
En anales del abismo,
Si rebelde estás.

HEREJÍA.

No es tanta
Tu obstinación y porfía,
Aunque angélica sustancia
Has sido tú.

LEÓN.

Idolatría,

Baja la Fe de su asiento, y va con el Temor delante de la Herejía.

Nunca niegues en tus aras
Tus muchos dioses.

IDOLATRÍA.

Sí haré;
Que no temo muerte airada.

FE.

Con dulce misericordia
Este Santo Oficio os llama;
Piedad divina os promete,
Misericordia os aguarda.

TEMOR.

Pedidla y llorad las culpas
De malicia y de ignorancia,
Y quedaréis con la vida
Cuando la muerte os espanta.

HEREJÍA.

No queremos.

IDOLATRÍA.

No queremos.

TEMOR.

Iglesia divina y santa,
Rebeldes están los dos:
Ni profecías ni palabras
Vencen á su obstinación.

IGLESIA.

Pues di, Temor, ¿tú no alcanzas
Que se arrepientan?

TEMOR.

No temen
Justicia, ley ni amenazas;
Ellos quieren chamusquina;
Allá, Iglesia, se lo hayan;
Que á mí, con Dios y con vos,
No me faltará la gracia.
¡Pues á fe que si os entregan
Á las crueles pedradas
De los muchachos, que allí
La habéis de tener bien mala!
Peores son que los diablos
Si comienzan; guarda, guarda:
El León tiene la culpa.

IGLESIA.

Pues prosígase la causa.

TOMÁS.

En el salmo centésimo dice
David que dejó Dios una memoria,
Un epílogo y cifra
De todas las eternas maravillas,
Dando al hombre felice,
Para prendas de gloria,
Su cuerpo en un manjar, manjar de vida.
No mostró su poder la eterna mano
En la fábrica inmensa de los cielos,
La tierra, el Oceano
Ardiente luz del sol, cándidos hielos,
Uno y otro hemisferio,
Como fué en el misterio
Que en un círculo breve
De la hostia se encierra,
Sacramento divino, á quien se debe
La adoración mayor de cielo y tierra
Lo más bello y hermoso
De Dios, según nos dice Zacarías,

És el pan de escogidos,
Y Cristo, en este pan tan milagroso,
Así nos hace unidos.
La madre de Tobías
Lloraba amarga ausencia
Del hijo deseado.
Jacob ha caminado
Á Egipto por José, porque el amante
Desea la presencia
Del amado, y así, con semejante
Efecto del amor, Cristo nos tiene
Siempre consigo en este Sacramento,
Quedándose en sustancia y yendo al cielo.
¡Oh herejes, que negáis este consuelo
Del alma, ¡oh Idolatría!
Obstinada y rebelde apostasía,
Que una da adoracion á vil materia,
Debida á aqueste pan, que es pan de vida,
Y otro lo niega, no implicando el caso
Contradicción alguna,
Que el estar en lugar, cosa es sabida,
Que extrínseco á la esencia
Es del cuerpo, y así el último cielo,
Siendo cuerpo, no está en lugar alguno.
¿Qué mucho que en un tiempo
Esté Cristo en dos partes,
Si vemos que la tierra
Se convierte en Adán, y el hueso suyo
En Eva, y en serpiente
La vara de Moisés, en sangre pura
Los cristales del mar, en dulce vino
El agua que administra Architriclino?
¿Cómo tu entendimiento
No se rinde al poder del Sacramento?
¡Rebeldes obstinados,
Del Santo Tribunal penitenciados,
La Iglesia es un jardín hermoso y bello!
Mirad su imagen pura

Aquí se descubre un jardín; en medio una fuente con un pelícano que está hiriéndose el pecho, y á su tiempo se abre y aparece en un cáliz una hostia, de la cual sale sangre, que la recoge la Iglesia en otro cáliz que saca en la mano.

Entre tanta hermosura
De cándidos jazmines,
De claveles, de púrpura y de lirios,
De diversos martirios,
En las fuentes de siete Sacramentos.
Un pelícano es Cristo
Que rasgando se ha visto,
Por nosotros, el pecho; y porque alguno
No dude que ese pan y Cristo es uno,
El pelícano abrió su pecho tierno
Y el corazón mostró, que es pan eterno,
En su cuerpo rëal transustanciado,
Derramando su sangre su costado.

Vase.

Canta la Fe desde su asiento.

FE.

Si en el jardín verdadero
Pretendéis paz y concordia,
Con dulce misericordia
Segunda vez os requiero.

Levántase la Idolatría y pónese de rodillas delante del Tribunal.

IDOLATRÍA.

Divinos inquisidores,
Tribunal de Dios clemente,
Yo abjuro públicamente
Confesando mis errores.
La misericordia pido,
Y confieso que al Dios Pan
Culto mis errores dan
No al pan del altar divino.
Confieso que treinta mil
Fueron los dioses que tuve;
Que engañado hasta aquí estuve
Como bárbaro gentil.

Á la Cruz.

Por esta señal que invoco,
Que fué remedio de tantos,
Por los Evangelios santos
Que corporalmente toco,
Reconociendo á la Fe
Apostólica, de presto
Abjuro y negar protesto
Cualquier especie que fué
De bárbara idolatría,
Cumpliendo la penitencia
Que en mi proceso y sentencia,
Se me leyera este día;
Y si en algún tiempo paso
De lo que hacer me convenga,
El Santo Oficio me tenga
Por obstinado y relapso.

IGLESIA.

Llega, que yo te recibo
En mi gremio y te perdono,
De clemencia te corono,
Nueva vida te apercibo.
Absuélvela, inquisidor,
Pues sus delitos abjura,
De la pena y la censura
En que ha incurrido su error.
Engaños del barbarismo,

Canta.

Dejad ya la Idolatría,
Que beber quiere este día
Los cristales del bautismo.
Quede anatematizado
Su error, detestado sea,

Porque el pueblo gentil vea
Que la Iglesia lo ha llamado.

LEÓN.

Misericordia pidió:
Y á la Fe se ha reducido,
El esclavo que he tenido,
El que adoración me dió
En las imágenes feas
De los ídolos profanos.
Dios, autor de los humanos,
¿Qué más venganzas deseas?
De mi soberbia ambición,
Se pierde la potestad,
Por quien yo por tu deidad
He tenido emulación;
Espíritus desasidos
De aquel empíreo palacio,
Donde en soles de topacio
Fuisteis á Dios parecidos;
Vuestros ídolos cayeron,
Vuestros aromas cesaron,
Los oráculos callaron,
Los encantos se perdieron;
Pero tú quedas ahí,
Herética Apostasía:
Muere con honra este día,
Imítame siempre á mí;
Si aquel bárbaro se fué
Del castigo temeroso,
Tú eres más docto y famoso:
No te reduzca la Fe.

HEREJÍA.

Negar pienso la presencia
De Dios en el vino y pan.

LEÓN.

¡Oh, buen hijo de Datán.

IGLESIA.

Pues leedle la sentencia.

Sube al púlpito.

PEDRO.

Nos, los inquisidores contra la herética Pravedad y Apostasía: «Domingo de Guzmán, español; Pedro Mártir, de Verona; Tomás, Doctor de Aquino, como hijos obedientes de la Iglesia y defensores de la fe: habiendo denunciado ante Nos el Colegio de los Doctores Santos, el Promotor Fiscal á la herética Apostasía, que habiendo sido hijo de la Iglesia y debido creer y tener cuanto ella tiene y con poco temor de Dios, ha negado la existencia real de Jesucristo en las especies de pan y vino, siendo verdad católica infalible y evangélica que instituyó Jesucristo este divino Sacramento para unir al hombre consigo mismo, dándose en verdadero manjar, y la dicha Herejía, rebelde á la Iglesia, no ha querido reducir su entendimiento en esto á la Fe católica, y habiendo sido amonestado y requerido una y muchas veces que confiese su error y pida misericordia, ha cerrado los oídos á las voces de la Fe y de sus ministros; y por tanto, fallamos que debemos declarar y declaramos á la dicha Herejía por anatema y apóstata y miembro acancerado de la Iglesia, y le privamos de la gracia y participación de todos sus divinos Sacramentos, y le damos por impenitente y relapso, y mandamos que se entregue al brazo seglar de Dios, que es el demonio, León y príncipe del siglo, para que ejecute en él todas las penas debidas á quien es enemigo de la Iglesia Romana, y mandamos que le sea leída la sentencia dada en nuestro Tribunal de la Santa Inquisición.»

LEÓN.

Ya, apóstata, eres presa de mis manos:
En ti me entregan sectas infinitas
Protestantes, livonios, arrianos,
Nestorios, florianos, ateitas,
Cínicos, calvinistas, luteranos,
Milenarios, arábicos, hussitas,
Nabatistas, menándricos, jimeos,
Colucianos, bigardos, maniqueos,
Porque tú eres el pan del nuevo Elías,
Que siendo pan de vida es pan de muerte;
También libro yo en él las presas mías,
Pues comiendo los hombres de una suerte,
Con efectos distintos le reciben;
Muchos mueren en él si muchos viven (1):
Con Dios partí el poder y el señorío;
Si se da en este pan, yo también suelo
Entrarme en el que bebe ese rocío,
Verdadero maná que llueve el cielo;
Hable Judas aquí, ministro mío:
El que llega á comerle sin recelo,
No esté ufano, pues de una misma suerte
Fué invención de la vida y de la muerte.

IGLESIA.

Huye, luz de Caín, sombra de Enoc,
Huye del pan de Abel, sangre de Isaac,
Vence, tártaro fiero de Moloc,
No confundas el canto de Misac.
Pan ofrezco yo al justo Sadoc
Que para el malo fué fiero Balac.
Mi pueblo figarado en Amalech,
Vive en el pan que dió Melchisedech.

LEÓN.

Por las esferas treparé del viento.

IGLESIA.

Caerás segunda vez, ángel osado.

LEÓN.

Sobre el solio de Dios pondré mi asiento.

IGLESIA.

En vano subirás, que está sellado.

LEÓN.

Abismo soy de luz.

IGLESIA.

Dí de tormento.

---

(1) Faltan dos versos á esta octava.

LEÓN.

El mundo cercaré.

IGLESIA.

No mi ganado.

LEÓN.

De tu seno he sacado la Herejía.

IGLESIA.

De tus garras libré la Idolatría.

TEMOR.

Allá te lo dirán, mas no de misas,
Desdichada Herejía, ¡qué porrazos
Llevarás entre llanto y entre risas,
Bravos chamuscos, bravos tizonazos!
Allí no hay consecuencias y divisas,
Sino que entre alquebrites y humazos
Pagar tu obstinación sin más razones,
Entre necios y bárbaros leones.

LEÓN.

Sube á inflamar el sol: camina
Por las esferas vagas de los vientos,
Y dará más asombro tu rüina
Cayendo desde el sol á mis tormentos;
Y para que parezca que es divina
Su elevación, tocad los instrumentos.

HEREJÍA.

Obediente á tu voz parto contento,
Y pienso revolver el firmamento,
Este es el triunfo y blasón
Del Santo Oficio de España,
Y esta es la mayor hazaña
De la Santa Inquisición.

Vanse saliendo el León y la Herejía á una puerta del infierno que vaya bajando, y á los demás cubriendo otra puerta que ha de haber de gloria, con que se da fin al auto.

LAUS DEO.

FINIS.

Al fin del auto se lee la siguiente aprobación:

«No tiene este auto sacramental cosa indecente y digna de censuras, y puede representarse dignamente delante del Santísimo Sacramento. En San Ambrosio de la Compañía de Jesús de Valladolid, 10 de Mayo de 1625.—Juan Chacón.

»Otro manuscrito lleva por título: *Auto Sacramental famoso y Nuevo de la Santa Inquisicion* compuesto por Lope Félix de Vega Carpio, año de 1629.»

Otro manuscrito atribuído al Dr. Mira de Méscua, dice que se representó «en esta corte, año de 1624 años.»

CONCEPTOS DIVINOS

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Y

Á LA VIRGEN NUESTRA SEÑORA

CONCEPTOS DIVINOS
AL SANTÍSIMO SACRAMENTO
Y
Á LA VIRGEN NUESTRA SEÑORA
PROSIGUIENDO LOS COLOQUIOS

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

IMPRESOS CON LICENCIA EN SEVILLA ESTE AÑO DE 1615

Pedro, vizcaíno, D. Vasco, el Estudiante.

PEDRO.

Ya comienzas el pastores,
Comedias, guitarras suenas;
Aunque pierdas el jornada,
¡Pardiós, despacio te sientas!

ESTUDIANTE.

Por eso, que hay buena luna,
Y caminarán con ella
Vuesas mercedes mejor.

PEDRO.

Mas que luna no parezcas.

VASCO.

¿E vos, dónde camiñáis,
Oh, licenciado?

ESTUDIANTE.

Yo, á Armenia,
Á oponerme á un beneficio,
Porque lo de acá es miseria.

PEDRO.

¿Cómo le vas sin el mula?

ESTUDIANTE.

Yo soy fornido de piernas,
Y no quiero ir atenido
Á que me lleve una bestia.
Una vez llevé una mula,
Mas halléle, por mi cuenta,
Contadas veintidós tachas;
Que hay mulas veintidosenas.
Jamás tiró coz sencilla,
Que en saliendo de la prensa,
Eran corchetes pegados,
Que hay coces machos y hembras.
Por esto y por otras cosas
Que para Dios se reservan,
He hecho protestación
De caminar por mi cuenta
Hasta ese primer lugar,
Si acaso me dan licencia,
Á la sombra de una mula
Iré más bien que de perlas.
Mas ya los músicos salen;
Por fuerza será la letra
De la limpia Concepción.

PEDRO.

Claro estás si eres el fiesta.

Cantan.

Esto le dijo á un retrato
Que estaba en una pared,

De la inmaculada Virgen,
Un villano sayagüés:
Apenas os conocía
Con el sol en buena fe,
Mas yo le parezca á Dios,
Como vos me parecéis.
En el hermoso Cordero
Que en vuestros brazos traéis,
Por el remedio del mundo,
Conocí á vuesa merced.
¡Pardiobre, que aunque pintada,
Amostráis un no sé qué,
Digo, de amor y de miedo,
Que al fin sois madre del Rey!
Oí decir á mi cura,
Hablando más de una vez,
Que os hizo, el que madre os llama,
Sin culpa antes de nacer.
¡Qué de trabajos vencisteis!
¡Qué de triunfos que tenéis!
¡Qué buen nombre os dan los cielos!
¡Qué gloria gozáis por Él!
¡Qué buenas cosas hicisteis!
Mas á mi seso, ¡pardiez!
El parir á vuestro Hijo,
Lo mejor que hicisteis fué.

Salen á echar la loa Fabio y Antonio, cada uno por su parte.

FABIO.
Cuando la triunfante Roma
Celebraba alegres fiestas.
ANTONIO.
Y cuando el romano Tibre
Sacaba la frente á verlas.
FABIO.
Ó me responde el deseo,
Ó se anticipa la lengua;
Á mi pensamiento mismo
Le estás hurtando la empresa.
¿Qué es esto? ¡Confuso estoy!
Si para nuestra comedia
Salgo yo á decir la loa,
¿Quién sale á hacerme ofensa?
Mi voz debió de causarlo;
Engañéme, cosa es cierta.
Va de intento; ya prosigo:
¡El cielo me preste fuerzas!
Digo que cuando triunfaba
De naciones extranjeras
Algún capitán romano,
Daba de su triunfo muestras.
ANTONIO.
Cautivos, armas, pendones,
Estandartes y banderas,
Y el carro del vencedor,
Lleno de palmas y yedras.
FABIO.
¿Hay eco más hablador?
Mas el eco mal pudiera,
Sin formar yo las razones,
Prestarle á mi voz respuesta.
Sin duda que es zahorí;
¿Hay más donosa quimera?
Si no es que estoy tan turbado
Que ya mi voz me amedrenta.
¡Afuera, vano temor!
Roma, pues, con pompa nueva,
Del vencedor levantaba
Su nombre hasta las estrellas.
ANTONIO.
Luego, de pórfido ó jaspe,
Para hacer su fama eterna,
Y de bronce vividor,
Le alzaban estatuas bellas.
FABIO.
Ó yo soy un animal,
Con cuatro varas de orejas,
Ó soy la confusa torre,
Pues hablo con varias lenguas.
¡Bueno ha estado, por mi fe!
¡En verdad, burla discreta!
En tanta publicidad,
La burla más leve pesa.
Vuélvase vuesa merced,
Señor galán, y agradezca.....
ANTONIO.
¿Qué tengo de agradecer?
Vuesa merced dé la vuelta,
Porque yo he de echar la loa.
FABIO.
¿La loa?
ANTONIO.
La loa.
FABIO.
¿Es de veras?
ANTONIO.
Aguárdese y lo verá.
FABIO.
Mire que hay quien lo defienda;
Que sé dar de cuchilladas
Por menos ocasión que esta.
ANTONIO.
Darálas en unas calzas,
Mas no en ninguna pendencia.
Váyase, que ya me enfado;
Y á no mirar.....
FABIO.
Si no fuera.....
¡Él ha de saber hablar
Donde la elocuencia tiembla!
Yo sí que sabré agradar
Si empiezo, arrogancia necia.
FABIO.
¿Quién es, que tanto presume?
ANTONIO.
Soy orador.
FABIO.
Yo poeta.
ANTONIO.
Hable por mí Cicerón.

FABIO.
Por mí el que hizo la *Eneida.*
ANTONIO.
Tulio á Roma suspendía.
FABIO.
Marón, á Roma y á Grecia.
ANTONIO.
Tulio al Senado ablandaba,
Que tuvo en esto excelencia.
FABIO.
Pues Marón enternecía
Con su *Eneida* á Augusto César

Empúñanse.

Sale la Iglesia.

IGLESIA.
¡Paso! Bueno está, mancebos;
Que es torpe la competencia
Por armas, cuando el camino
Lo dan abierto las letras.
ANTONIO.
Sólo pudiera esta dama.....
FABIO.
Sólo esta dama pudiera.....
IGLESIA.
Sí, que basta ver que yo
Soy la Católica Iglesia.
¿Por qué es la discordia, amigos?
ANTONIO.
Dame el decirlo vergüenza,
Pues ya compite conmigo
Fabio.
IGLESIA.
¿Y es la competencia.....
ANTONIO.
Es sobre el decir la loa,
Y no hay quien decirla pueda
Sino yo.
FABIO.
Si yo faltara.
IGLESIA.
Mirad que á mí me respetan,
Y más vosotros, que sois
Cimiento de buenas letras;
Sois ingenio y discreción,
Y ambos la sal de la tierra.
ANTONIO.
Pues que sujetos estamos,
Nuestra justicia se vea,
Y decid quién podrá echar
La loa en tan alta fiesta.
IGLESIA.
Vosotros seréis los jueces,
Porque vuestra misma lengua,
Si aquí doctamente habláis,
Os ha de dar la sentencia.
Y para que echéis de ver
Si es bien alta la materia
Que para prueba os señalo,
La prueba, amigos, es esta.
Hoy, que con tal regocijo
Vuestra devoción celebra
La fiesta del Sacramento,
Y de la Virgen la fiesta,
Digo que, al que en dulces versos,
Llenos de docta elocuencia,
Se extremare en alabanza
De las materias propuestas,
Se dará en premio la loa.
ANTONIO.
Yo paso por la sentencia.
FABIO.
Escoja, pues, el sujeto.
ANTONIO.
Aunque tengo humildes fuerzas,
Mi sujeto es Cristo en pan.
FABIO.
Pues el mismo Cristo alienta
Mi espíritu en alabanza
De aquella paloma tierna.
ANTONIO.
Ya comienzo.
IGLESIA.
Dios te esfuerce.
ANTONIO.
¡Pura, soberana Iglesia,
Suplícale que me anime
Vuestra divina cabeza.
¡Qué alegres todos están,
Porque han echado de ver
Que mesa franca les dan!
Mas ¿qué disgusto ha de haber
En casa que sobra el pan?
Con razón me maravillo,
Mas siempre á la fe me humillo,
De ver que pan tan sabroso,
El año más trabajoso
No cuesta más que el pedillo.
Lleguemos, alma cristiana;
Que es un manjar provechoso,
Que sustenta, alegra y sana;
Pero advertid que es dañoso
Si no se come con gana.
Con cuerdo, discreto estilo,
Por las corrientes del Nilo
Josef echó á sus hermanos,
Lleno su granero y filo (1).
Fué de Josef el intento
Que sus hermanos dejasen
Su pobre estéril asiento,
Y que á Egipto caminasen
Para prestarles sustento.
Hoy nuestro Josef divino,
De eterna alabanza dino,
Si al Josef humano imita,
La fama y nombre le quita

(1) Falta un verso en esta quintilla.

Con hecho más peregrino.
No sólo la paja arroja,
Por dar del trigo señal,
Para que el hombre la coja,
Que el mismo pan celestial
Viene en la corriente roja.
Por otro Nilo sangriento,
Que fué de la Iglesia aumento,
Baja este pan que miráis,
Para que vos le comáis
Si estáis deste pan hambriento.
Si envidia pudiera haber
En ángeles que veneran
Á Dios, que les presta el ser,
Presumo que la tuvieran
De quien le llega á comer.
Mirad en qué punto están
Las ganas que á Dios le dan
De veros harto y contento,
Que vuestro mayor sustento
Quiso cifrallo en un pan.
Admírase el duro infierno
De ver un manjar tan franco,
En extremo blanco y tierno;
Mas ¡qué mucho que esté blanco,
Si es blanco del Padre Eterno!
La flecha de amor dispare
El que á este blanco tirare,
Bien seguro de acertar,
Porque muy ciego ha de estar
Si á tan grande blanco errare.
Quiere Luzbel engañar
El alma en su dulce calma,
Y quiere á suertes jugar;
Pero venturosa el alma
Que en blanco venga á quedar.
No hay en la postura estanco;
Mas aunque juegan los dos,
Paga el alma de su banco;
Pero ganará por Dios
La que se atuviere al blanco.

FABIO.

Serafín quisiera ser,
Virgen, espejo de Dios;
Mas, pues falta el merecer,
Ó me habéis de animar vos,
Ó yo no me he de atrever.
Y advertid que si escogió
Mi intento, para loaros,
Á un Ángel, consideró
Que aunque no pueda alabaros,
Al fin dirá más que yo.
Baja del monte Moisén,
Y porque viene de hablar
Á Dios (¡qué dichoso bien!),
No se atreven á esperar
La luz que en su rostro ven.
Pues si de los rayos claros,
Para sus ojos tan caros,
Huyen medrosos, si vos
Nunca os apartáis de Dios,
¿Quién se atreverá á miraros?
Un retrato hermoso y bello
Saca un pintor á la calle,
Bello de la planta al cuello;
Pero ¿quién sabrá alaballe
Si nunca ha llegado á vello?
Pues si con los rayos claros
Del sol, como á bella aurora,
Quiso el sol de Dios guardaros,
¿Quién os ha de ver, Señora,
Para poder alabaros?
Necesario es que imitéis
Á Moisés, que nadie ve
Su rostro, y pues le excedéis,
Poneos un velo de fe
Para que veros dejéis.
Con este velo camina
La vista, á veros segura:
Con él al fin determina
Que sois humana criatura,
Mas con perfección divina.
Mirad que tan clara es
La luz que el sol os envía,
Antes que os forme y después,
Que sin velo os juzgaría
Por persona de las tres.
Y no es camino que abrió
Mi ruda capacidad,
Como tan hermosa os vió,
Que otro lo dijo, en verdad,
Más noble y mejor que yo.
¿Hay cosa más torpe y ciega
Que el pecado? No lo ha habido,
Pues la misma luz le ciega,
Quedando más ofendido
Si acaso á la luz se llega.
Pues si por el sol sagrado
Que os baña, aun no puede veros
La vista, está averiguado
Que mal llegaría á ofenderos,
Siendo tan ciego el pecado.
Pecó Luzbel, y huyó
De donde quiso subir,
Como sin gracia se vió,
Porque el caer fué huir
Del mismo á quien ofendió.
Pues si son siempre los dos
Opuestos, y lleva palma
Dios de Luzbel, ¿cómo á vos
Os ha de ofender el alma,
Teniéndola siempre Dios?
Donde llega culpa, es llano
Que alza para más tormento
Su mano el Rey soberano,
Pues ¿quién dirá que un momento
Os dejó Dios de su mano?

IGLESIA.

Digo que cumplido habéis
Con estilo peregrino
La obligación que tenéis,
Si es que á sujeto divino

Con fuerza humana podéis.

FABIO.

Ya que al uno prometisteis
La loa, es razón que espere
La promesa que le hicisteis.

ANTONIO.

Dalda á quien la mereciere.

IGLESIA.

La loa es la que dijiste.
¿Qué más loa que alabar
Á la Virgen, Cristo y Dios?

FABIO.

¿Y cómo hemos de quedar?

IGLESIA.

Iguales quedáis los dos.

ANTONIO.

Pues salgan á comenzar.

Salen la Gracia, el Pecado original y la Razón.

GRACIA.

¡Tente, bruto!

PECADO.

Entrar pretendo
En el alcázar que ves.

GRACIA.

¿Cómo, si yo lo defiendo?

PECADO.

Poca tu defensa es.

GRACIA.

Llega, verás si te ofendo.

PECADO.

¿Quién el fingido valor
Te presta? ¿Quién te ha engañado?
¿Es este alcázar mejor
Que los demás, donde he entrado
Como supremo señor?
Después que el monarca Adán
Perdió el dominio del mundo,
Díme, ¿sujetos no están
Al monarca del profundo
Los que fundándose van?
¿Hubo alcázar reservado
Después que Adán se perdió?
Mira si alguno has hallado,
Cobarde Gracia, en que yo
No tenga asiento y estrado.

GRACIA.

¿Quién te dió esa monarquía?
Dime la verdad un día.

PECADO.

Dios.

GRACIA.

Pues si Dios te la dió,
Con justicia te quitó
Lo que quitarte podía.
El mar su pendón arbola,
Cúbrente una y otra ola,
Cuando su Dios lo mandó;
Pero el mismo Dios guardó
Libre una familia sola.
Goza en el jardín sagrado
Adán por diversos modos
Los árboles que le han dado;
Pero no es dueño de todos;
Que uno queda reservado.
Pudiera quejarse Adán,
No que de gracia le dan
Lo que goza, ¿pues por qué
Quieres que sujeto esté
Lo que reservando están?
Dime, si al mundo quisiera
Bajar Dios, ¿fuera razón
Que un alcázar previniera,
Para hacer su habitación,
Sin que otro huésped viniera?
Si echa á Luzbel desterrado
De donde sólo permite
Bella luz del sol sagrado,
¿Y quieres que Dios habite
Alcázar que él ha manchado?
Arrogante y necio estás.

PECADO.

Pues aguárdame, y verás
Si hay quien impida mi intento.

GRACIA.

Tan vano es tu pensamiento
Como la razón que das.

RAZÓN.

¿Qué razón dará el Pecado?

PECADO.

La antigua costumbre doy
De que no sea reservado,
Después que en el mundo estoy,
Lugar en que no haya entrado:
Es ley que cumplir se debe.

RAZÓN.

Pues no hayas miedo que pruebe
Quien de la luz se desvía
Á hacer ofensa á María,
Sin que igual castigo lleve.
Aun de sólo imaginarlo.....

PECADO.

Pues aguardadme las dos:
Veréis si hay quien derribarlo
Pueda.

GRACIA.

Es alcázar de Dios,
Y no has de poder mirarlo.

PECADO.

Ayudaráme Luzbel
Para el estrago cruel
Que he de hacer al alma suya.

GRACIA.

No faltará quien destruya
Tu intento.

PECADO.

¿Quién es?

GRACIA.

Miguel,
En cuyo escudo y visera
Á tu pesar reverbera

El Sol de justicia, Dios.

PECADO.

Pues los dos para los dos.

GRACIA.

Ve á llamarle.

PECADO.

Aguarda.

GRACIA.

Espera.

LAUS DEO.

Impresos en Sevilla, con licencia del Ilmo. Conde de Salvatierra, Asistente desta ciudad.

COMEDIAS

DE

ASUNTOS DE LA SAGRADA BIBLIA

LA CREACION DEL MUNDO

Y

PRIMERA CULPA DEL HOMBRE

LA CREACIÓN DEL MUNDO

Y

PRIMERA CULPA DEL HOMBRE

COMEDIA FAMOSA

HABLAN LAS PERSONAS SIGUIENTES

San Miguel.
Luzbel.
Adán.
Eva.
Caín.
Abel.
Lamech.
Jubal (1).
Seth (2).

JORNADA PRIMERA

Suena música dentro y descúbrese un trono muy bien aderezado. Al lado derecho San Miguel, con espada y escudo, y al lado siniestro Luzbel, ambos con tunicelas.

SAN MIGUEL.

¿Qué atrevidos pensamientos,
Loco, revolviendo estás?
¿No ves que con ellos das
Precipicio á tus intentos?

LUZBEL.

Tan bello en mi ser me vi,
Que porque admirar se pueda,
No sé si á Dios le conceda
Primero lugar que á mí.
Pues cuando de su grandeza
Puso en mí tanto caudal,
Pienso que hizo en mí otro igual:
Poder, virtud y belleza.

SAN MIGUEL.

Necio, confesando vas
Que injustamente te atreves,
Pues á tu Criador debes
Lo que en ti alabando estás.
Todo lo puedes perder,
Pues te atreves á ofendello,
¿Quién te hizo noble y bello?
¿Quién de nada te dió ser?
Confiesa, loco, tu error,
Pues hay (¡vana competencia!)
De ti á Él la diferencia
Que de criatura á Criador.
¿Quién hizo el cielo que miras?
¿Quién luces y firmamento,
Cuyo heroico movimiento
Le concedes y le admiras?
¿Quién de espíritus alados
Llenó globos cristalinos,
Y con los rayos divinos
Los dejó en ciencia ilustrados?

(1) Todas las ediciones dicen *Tubal*, pero no hemos dudado en enmendarlo, porque según el texto de la Sagrada Escritura, no fué *Tubal*, sino *Jubal*, el inventor de la música: «*pater canentium cythara et organo.*»

(2) En la edición de Amsterdan, *á costa de David García Henriquez*, 1726 *(Comedias Nuevas de los más célebres Autores y realzados Ingenios de España)*, se lee así la lista de personajes del modo siguiente: «San Miguel.—Tubal.—Eva.—Adán.—Lamec.—Abel.—Luzbel.—Seth.—Caín.—Música.»

¿Quién hizo noches y días?
Huye, necio, tus errores,
Pues te hizo más favores
Que á trecientas jerarquías.

LUZBEL

Nada al poder que me ves
Lo que has dicho contradice:
Él me hizo, y yo me hice
Con más libertad después.
Igual le soy en poder,
Igual en naturaleza,
En calidad, en belleza:
Y si Él ha podido hacer
Esa creación, yo podría
Lo mismo hacer con mi ciencia,
Porque mientras Él lo hacía,
Sólo hubo de diferencia
Que Él velaba y yo dormía (1).

SAN MIGUEL.

¡Calla, ingrato!

LUZBEL.

Partes bellas
Tengo para hacello ansí,
Y si cayera, tras mí
Me llevara las estrellas;
Y del mismo Dios asido
Hemos de bajar los dos.

SAN MIGUEL.

¡Bárbaro! ¿quién como Dios?

Cae Luzbel.

LUZBEL.

Caí, pero no vencido.

SAN MIGUEL.

En eso das á entender
Tu locura, y no podrás
Ni arrepentirte jamas
Ni dejar de padecer;
Siendo con pena cruel
Atormentado (¡ay desvelo!).
Publique victoria el cielo
Pues que triunfa de Luzbel:
Que contra tanta malicia
Seré, mientras loco gime,
Tu alférez mayor, que esgrime
La espada de tu justicia.
Pues con suma providencia
Cayó al paso que subió:
Venció Adonai, y venció
Su divina omnipotencia.

Desaparece, y sale Luzbel con cota y faldones y tocado de diablo.

LUZBEL.

¿Qué importa que del cielo me haya echado
Injustamente Dios? ¿qué importa agora
Si con la ciencia infusa me ha dejado?
¿No es perpetuo mi ser? ¿pues cómo ignora
Que igual tengo que ser á su grandeza,
Por la que en mí infinita se atesora?
¿Puede acabarse en mi naturaleza?
Angélica materia me asegura,
Que eterna viva mi infernal belleza.
¿Qué importa que me arroje de su altura
Si mi soberbia sube hasta su asiento,
Y aun el espacio imaginario apura?
Mas ¡ay de mí! que ya mi agravio siento,
Que á lanzadas de envidia me maltrata
Fiero penar y desigual tormento.
Vengarse quiere de mi injuria ingrata
Por el más soberano y cierto modo
Que en penas tantas mi pasión dilata.
Del polvo infame, del infame lodo
Del campo Damasceno, está formando
Al hombre vil, para afrentarme en todo.
Ya su fábrica heroica está acabando,
Ya el alma racional le está infundiendo:
¡Tal honra en tal bajeza! ¡Estoy rabiando!
Ya, para más afrenta y desconsuelo,
Le traslada en el bello Paraíso,
Dándole posesión de todo el suelo.
Ya el hombre en él con celestial aviso
Alaba á Dios: ¡Ah! ¡Pesia su alabanza!
¡Qué poco en ofenderme fué remiso!
Mas de una diabólica asechanza
Valerme intento; mi inmortal cuidado
Guerra promete al hombre á espada y lanza.
La fruta de aquel árbol le ha vedado:
Precepto que verá pronto rompido
Del hombre mismo á quien agora ha honrado.
Ya á su presencia todos han venido,
Domésticos, las aves y animales,
Y á cada cual su nombre ha repartido.
Que humildes le obedezcan y leales
Dice Dios, á pesar de quien derrama
En barro quebradizo honras iguales.
Ya le da nombre Dios, Adán se llama;
Del nombre mismo su bajeza arguyo:
Como quien tierra es pretende fama.
Pero si en eso está el remedio suyo,
Porque viendo que es tierra, humilde sea,
El argumento, aunque valiente, excluyo.
Ya Adán se duerme, acción humana y fea:
En presencia de Dios se ha descuidado,
Porque conozca en quién su amor emplea.
Pero de una costilla de su lado
Forma Dios una hermosa maravilla;
Compañera, sin duda, al hombre ha dado.
Ya acierto (1) mi experiencia: la costilla,
Que en su fragilidad es fortaleza,
Á mi cautela juzgo que se humilla.
Guárdese el hombre, que mi enojo empieza;
Toda humana criatura haré se asombre,
Destruyendo tan vil naturaleza.

---

(1) Una quintilla intercalada entre redondillas.

(1) En la edición de Amsterdam, *acierta*.

Y si es de Dios imagen bella el hombre,
uesto que estoy de Dios tan ofendido,
a he de borrar por ofender su nombre.

ase y corren una cortina donde está hecho un jar-n, ó paraíso, con muchas flores y fuentes, pájaros animales, y al lado derecho estará Adán, y al si-estro Eva, ambos admirados mirándose el uno al otro.

ADÁN.

Hermoso pedazo mío,
Que de mi lado siniestro
La eterna sabiduría
Dió materia á su concepto:
Dulce esposa y compañera,
Tan igual en los afectos,
Que sois carnes de mis carnes,
Y siendo mía soy vuestro.
Fiel esposa y fiel amiga,
En quien recíproco veo,
Si no un cuerpo con dos almas,
Un alma, sí, con dos cuerpos.
¿Cómo estáis?

EVA.

Como quien sale
Del abismo de ti mesmo
Á la luz que nunca vió;
Pero, al fin, reconociendo
Por gracia comunicada,
Que sois mi esposo y mi dueño,
Que fuisteis materia mía,
Que sois causa del efecto,
Y que ganado me habéis
Por la mano en los requiebros.

ADÁN.

Pues porque sepáis quién soy,
Oid: que deciros quiero
Nuestros principios humildes,
De Dios los altos secretos.
Sabed que en su misma gloria,
Sin principio, fin, ni medio,
Estaba Dios, cuando quiso
Dar principio al universo:
Que para misterios grandes,
Prevenidos de abeterno,
Convino así por mostrarnos
Gloria suya y bienes nuestros.
Crió en el primero día
La máquina de ese cielo,
Que con tantas jerarquías,
Con sólo querer fué hecho.
Llamóle Empíreo, que quiere
Decir Tribunal de fuego,
Donde está su eterna silla
Y la promete á los buenos.
Hizo luego el primer móvil,
Que con propio movimiento
De un Ángel arrebatado,
Las nueve esferas que vemos
Se lleva tras sí, y las mueve;
El cristalino hizo luego,
Como cárcel de su gloria,
Que impide que la gocemos.
Crió la luz, desterrando
Las tinieblas, porque fueron
Divididas de la luz,
Y de ambas fué el día compuesto.
Crió en el segundo día
Estrellado el firmamento,
De cuya multitud bella,
De cuyo número inmenso,
Los más sabios Judiciarios,
Los astrólogos más diestros,
Mil y veinte y dos estrellas,
Observaron con el tiempo.
Hizo en este mismo día
Los siete inferiores cielos.
El tercero día apartó
Las aguas, y descubriendo
La tierra, ellas fueron mar,
Y éste firmísimo suelo.
Llenó de plantas la tierra,
Que al momento produjeron,
Unas provechosos frutos,
Y otras fragantes alientos.
En aqueste día formó
El Paraíso que vemos,
Pues ya, esposa, dignamente
De su belleza sois dueño.
El cuarto día hizo el sol,
Para que con rayos bellos,
Presidiendo al día, ilustrase
Los floridos pavimentos.
Púsole en el cielo cuarto
De los otros siete en medio,
Porque su luz repartida
Igualase á todos ellos.
Por lámpara de la noche,
Aunque con rayos ajenos,
Puso á la insconstante luna,
Veloz en su movimiento.
El cuarto día llenó
De varias aves el viento,
El mar de infinitos peces,
Y ambos de las aguas hechos:
Mas como de una materia,
Á un mismo tiempo se vieron,
Los unos nadar las aguas,
Los otros volar el viento.
En el sexto día, esposa,
Viernes, que repare en esto,
Crió fieras y animales,
Desde el león al cordero.
Y por fin de obra tan alta
(Con humildad lo refiero),
Crió al hombre, en cuyo nombre
Se incluyen entrambos sexos.
Hízole á su semejanza,
¡Gran merced! ¡favor inmenso!
Porque el alma racional
Se parece á Dios en esto:
Que siendo Dios trino y uno,

Nuestro espíritu asimesmo
Es uno en esencia, y trino
En tres potencias su imperio.
Hízole dueño del mundo,
Hízole capaz del cielo,
Hízole inmortal por gracia,
Pues aunque de tierra hecho,
Asistiendo Dios con él,
Será como Dios eterno.
Quedó ajeno de pasiones,
Como de temor y miedo,
Y en la original justicia,
Constituído y compuesto.
Ésta sois vos, dulce esposa,
Este privilegio es vuestro:
Mercedes hechas al hombre,
Para vos también se hicieron.
Fijad de este Paraíso,
Fijad los bienes inmensos
Que su Criador os previno
Teniendo su amor por premio.
Todo es vuestro, amada esposa;
Pero mirad que os advierto
Que aquel árbol no toquéis;
Que es soberano precepto
De Dios, y viendo su gloria
Fácil reconocimiento,
No quiere más su grandeza
Que este divino respeto,
Por Criador, por Dios, por Padre
Y por mil razones puesto.
El que probare su fruta,
Inobediente del hecho,
Está condenado á muerte,
Su gracia eterna perdiendo.
No digáis que no os aviso:
La obediencia os encomiendo,
Pues á quien debemos tanto,
Tributo pide pequeño.
Y si no haceldo por vos,
Pues el perpetuo destierro
De este lugar, pena es grave,
Que en considerarla tiemblo.

EVA.

Mucho, esposo de mi vida,
El aviso os agradezco
De quién soy y de quién sois,
De la pena y del precepto.
Pero debéis advertir
Que me ofendéis con el miedo,
Que de quebrantarlo yo
Demostración habéis hecho.
Creed que aunque soy mujer,
Las manos de Dios me hicieron
Como á vos, y de materia
Ilustrada en vos primero.
Él del lodo os hizo á vos,
Á mí de vos; con que pruebo
Que ni vos seréis más firme
Ni yo seré firme menos:
Bien podré ver y tocar
El árbol.

ADÁN.

Eso te ruego
Que excuses, pues no se sigue
Autoridad ni provecho.

EVA.

Tocarlo no más, ¿qué importa?
Antes, para conocerlo,
Importa saber cuál es.

ADÁN.

Quien la ocasión huye, es cuerdo;
Que nunca curiosidades
Fueron de ningún provecho.

EVA.

Hasta ahora, ¿en qué lo has visto?
Deso nos falta el ejemplo;
Que ni curiosos ha habido,
Ni ocasionado sucesos.

ADÁN.

¡Ay, Eva! Lo dicho baste:
Pues nada ignoras, te ruego
Mires que te deja Dios
En manos de tu consejo.

Vase Adán.

EVA.

Si he de decir la verdad,
Yo por ver el árbol muero;
Que al pensamiento ligero
Sigue la curiosidad.
¿Qué puedo perder en ver
La fruta vedada?

Dentro.

Nada.

EVA.

Pues si yo no pierdo nada,
¿Qué haré en viéndola?

Dentro.

Comer.

EVA.

Dos veces me han respondido
Á medida del deseo.
¿Quién puede ser? Pues no creo
Que otro sino Adán ha sido.
¿Hay en todo el Paraíso,
Ni en el mundo, otro hombre ahora?
En mis oídos, sonora,
Esta voz es dulce aviso.
Si el árbol vedado toco,
¿Habré delinquido?

Dentro.

No.

EVA.

¿Quién me ha respondido?

Dentro.

Yo.

EVA.

¿Qué aventuro en esto?

Dentro.

Poco.

EVA.

¿Qué más claro desengaño?
Pues sin saber cómo ó quién,
Dicen quién, y dicen bien,
Mucho el miedo y poco el daño.
Resuelta voy á tocar
El árbol y á ver el fruto,
Pues es negarle tributo
Comer, pero no mirar.

Vase Eva y sale Luzbel.

LUZBEL.

Bien la venganza mía
En estos miserables voy trazando,
Estos de quien se fía
La gloria y el favor que estoy llorando,
Y en un rabioso empleo
Á eterna muerte condenar deseo.
Luego vi la flaqueza
De la mujer, y que por ella habría
De Adán la fortaleza
Atropellado entre la forma mía,
Y, destrozados luego,
Á sus hijos llevar á sangre y fuego.
Toquen de mi malicia
Las destempladas y tremendas cajas,
Y en variar milicia
De altura á voces y de acciones bajas,
Padezca el mundo estrago;
Que por dar pesadumbre á Dios lo hago.

Sale Eva con la manzana en la mano.

EVA.

De la fruta he comido
Sin peligro ninguno y sin reparo;
Dulce bocado ha sido.

LUZBEL.

Mejor dijeras si dijeras caro. (Aparte.)

EVA.

Mi dicha alabar puedo.

LUZBEL.

En mí es muy dulce; pero en ti es acedo.
(Aparte.)
¿Has hecho ya experiencia
De mis verdades y tu engaño?

EVA.

Ahora
Sé por infusa ciencia,
Que más capaz me hallo y más señora.

LUZBEL.

Quizá que engañada
Señora dice, y es esclava herrada.
Pues para que consigas
La deseada ciencia de las gentes,
Y claramente digas
Que eres señora tú y tus descendientes,
Conviene que tu esposo
Coma de aqueste fruto milagroso.
Con ruegos y caricias
Le induce agora; coma y no repare,
Y si este bien codicias,
Con lágrimas; y si esto no bastare,
Con amenaza fea
Enójate con él porque te crea.
El hombre, fácilmente
Llevarse dejará de ti rogado.
¿Qué habrá que hacer no intente
De lágrimas y enojo provocado?
¡Pasara por mil fuegos
Con tus enojos, lágrimas y ruegos!

Vase Luzbel y sale Adán.

ADÁN.

Esposa de mi vida,
¿Qué habéis hecho? ¡Ay de mí! En la mano [tiene
La fruta prohibida;
Quien la cortó y con ella se entretiene,
También la habrá comido
Y el precepto de Dios habrá rompido.

EVA.

Adán, no os dé cuidado
Ni el temor de la muerte os inquiete;
Ya la fruta he probado:
Vesme aquí viva, y vida me promete
El haberla comido;
Que lo demás notable engaño ha sido.
Comed, esposo amado:
Gozaréis de la fruta más sabrosa
Que el Paraíso ha dado;
Y es infalible cosa
Que no sin causa Dios nos la ha negado,
Porque ella te alcanza
Igual ciencia, igual bien y semejanza.

ADÁN.

¡Oh, mujer engañada!
¿Cómo el precepto de tu Dios quebraste?
¿Cómo, de ti olvidada,
De tantos beneficios te olvidaste?
¿Cómo ¡ay, contraria suerte!
Diste paso á mi muerte y á tu muerte?

EVA.

Turbado, esposo, vienes.
¿Qué muerte, qué temor, qué dudas pones?
Come si amor me tienes;
No te cieguen temores ni pasiones:
No acredites antojos:
Con lágrimas lo pido de mis ojos.
¡Cómo! ¿Que no te obligo?

¿Que no te persüado con mi llanto?
Ó tú eres mi enemigo,
Ó, como dices, no me estimas tanto;
Que si tú me quisieras,
¿De qué comiera yo que no comieras?

ADÁN.

¡Oh, fuerza incomprensible
De amor! ¡Oh, voluntad mal conocida,
Que sabiendo, infalible,
Que pierde á Dios, la gracia, el ser, la vida,
Arrastrado y violento
Se lleva tras de sí el entendimiento!

EVA.

Pruébala, esposo mío.

ADÁN.

¡Oh, Señor! Si me hubiérades formado
Cautivo el albedrío
Con vuestra voluntad santa ajustado,
¡Con qué amor os sirviera,
Puesto que entonces menos mereciera!
En mi propia flaqueza
El delincuente hallo, y el delito
En mi naturaleza,
La ocasión y apetito.
¿Qué he de hacer, rodeado
Del mismo yo, de mi mujer rogado?

EVA.

¿Tan poco, esposo mío, te he obligado?

ADÁN.

Temo la muerte tuya.

EVA.

Poco amor me has mostrado.

ADÁN.

Antes es bien que á amor se le atribuya
El negar tu deseo;
Mas tuyo soy, y de tu amor trofeo.
Bien sé que está mi muerte
En comer esta fruta.

EVA.

Come, acaba.

ADÁN.

Mas por no entristecerte
Como, aunque sé que peco, y más me agrava
Aquesta ciencia mía;
Pero ¿qué no podrá tanta porfía?
Ya los fieros umbrales
De la espantosa muerte he traspasado,
Del bien inmenso, á males;
De la gracia de Dios, al vil pecado;
Del sol, á la tiniebla obscura y fría;
Pero ¿qué no podrá tanta porfía?
Gusté la acerba muerte,
Gusté el dolor, la pena, el desconsuelo:
Perdí la mejor suerte:
Caí precipitado desde el cielo,
Á eterna esclavonía;
Pero ¿qué no podrá tanta porfía?

EVA.

¡Ay de mí! Adán, ¿qué es esto?
¿Cómo estamos de Dios en la presencia
En este deshonesto
Desnudo traje?

ADÁN.

¡Ay triste! Esa es la ciencia
Que pecando aprendimos:
De la inocencia el casto ser perdimos.

EVA.

Nuestra fealdad conocida,
Y vista nuestra flaqueza,
En la presencia de Dios
Nuestro mismo ser se afrenta.

ADÁN.

¡Ay de mí, que inobediente
Abrí á la muerte las puertas,
Dando posesión del mundo
Á su enorme inobediencia!
De mí mismo me recato.

EVA.

Yo me afrento de mí mesma.

ADÁN.

Árboles, no le neguéis
Las hojas á mi vergüenza,
Á mi temor vuestros ramos
Y á mi desnudez cortezas.
¿Qué sombra habrá que me ampare?
¿Qué ramo habrá que me quiera?
¿Qué tierra que me permita?
¿Qué gruta que me consienta?
Los humildes animales,
Que ya domésticos eran,
Con rostro airado me miran,
Con voz me amenazan fiera.
La tierra, que daba flores
Donde yo los pies pusiera,
Espinas me da, y abrojos,
Que crueles me penetran.
Las aves, que en dulces cantos
Tenían voces compuestas,
Ya con nocturnos gemidos
Me amenazan y amedrentan.
Las fuentes y los arroyos,
Que vivos cristales eran,
Si risueños me alegraban,
Ya murmurando me alteran.
No hay cosa que no me enoje;
Las inanimadas piedras
Se levantan contra mí,
Y en mi pecado tropiezan.
Los árboles y las plantas,
Sabroso fruto me niegan;
Con hambre y con sed me aflige
Mi propia naturaleza.
Pero quien ofende á Dios,
Bien es que todo le ofenda;
Que muera como traidor
Quien como villano peca.

EVA.

Señor, suspended la ira.

ADÁN.

¿Cómo quieres que suspenda
El brazo de su justicia
Con las manos en la ofensa?

Suena un trueno adentro, y parece la noche estrellada, y pasa de una parte á otra del teatro, tronando y dejándolo todo negro y obscuro.

ADÁN.
Ya la noche de la culpa,
Cubierta de sombras negras
Nos amenaza.

EVA.
¡Ay de mí!

ADÁN.
Clemencia, Señor, clemencia.

EVA.
No permitáis, ofendido,
Que esta vuestra hechura muera.

ADÁN.
Dad lugar, Señor, al llanto.

EVA.
Llore Adán y llore Eva;
Pues que perdiendo la gracia,
Perdieron vuestra presencia.

JORNADA SEGUNDA

Salen Adán y Eva vestidos de pieles.

ADÁN.
Eva, desta misma tierra
Me formó Dios con sus manos,
Y en ella, por mayor guerra,
Mis pensamientos livianos
Con justo rigor destierra.
Aquí en Ebrón desterrado,
Á la vista me ha dejado
Del Paraíso perdido,
Para aumentar el sentido
De la pena del pecado;
Nuestro ordinario sudor,
Exhalado de las venas,
Es el pan del pecador:
Ya nuestros bienes son penas,
Y nuestro caudal dolor.
Cuarenta años ha que vemos
El pan perdido llorado;
Y dos hijos que tenemos
Esclavos son del pecado,
Aunque en distintos extremos.

EVA.
Justo es, Adán, que no ignore
Culpa que ha sido tan mía,
Y que mi suerte mejore,
Llegando á ver cada día
Lo que perdí, y más lo llore.
Que si el arrepentimiento
Vale el día del perdón,
Mis lágrimas en Ebrón
Diluvios serán sin cuento (1).
Y tanto me arrepentí
Después que al Señor perdí,
Que entre mortales enojos,
No oso levantar los ojos
Al cielo á quien ofendí.
Con un volcán en el pecho,
Es bien que llore y suspire
En llanto eterno deshecho,
Y que la vil tierra mire
Quien de tierra vil fué hecho.

ADÁN.
Con todo, al lugar sagrado
Probar quiero entrar, por ver
Si Dios se ha desenojado,
Pues su amor para lo hacer
Es mayor que mi pecado.

EVA.
No, esposo; que aunque las peñas
Rompe el llanto en ocasión,
Sin fundamento te empeñas;
Que aquestas lágrimas son
Satisfacciones pequeñas.
Infinita fué la culpa
De nuestro aleve desprecio,
Y en tu corazón se esculpa (2);
Que con infinito precio
Se ha de pagar esta culpa.
La misma razón lo dicta
Que antes más á Dios irrita,
Pues del dolor obligadas,
Dos lágrimas mal lloradas
No pagan culpa infinita.

ADÁN.
Infinita es la piedad
De Dios; llegar es mejor,
Que si es Sol Su Majestad,
Con los rayos de su amor
Se deshará mi maldad.
Llega, esposa, prenda amada;
Que abierta juzgo la entrada.

En él vese un bufetón y en él un ángel con espada de fuego.

SAN MIGUEL.
Para que no entréis los dos,
Tiene reservado Dios
Un querubín y una espada.

Vase.

ADÁN.
¡Ay de mí, esposa, ay de mí!
Segunda vez ofendí
Á la Majestad inmensa,
Pues con fácil recompensa
Me atreví á llegar aquí.
Segunda vez ofendida

---

(1) Una redondilla intercalada entre quintillas.
(2) Otras ediciones *te culpa*.

Justamente viene á estar.
¡Ay, esperanza perdida!

EVA.

Lo que conviene es llorar
Lo restante de la vida,
Y creedme, dulce esposo,
Que, según nuestro pecado,
No ha andado muy riguroso
Dios, pues hijos nos ha dado,
De nuestra vejez reposo.
Y de haber de perdonallos
Son señales evidentes
Bastantes á consolallos;
Pues no diera descendientes
Si hubiera de condenallos.
Templará de Dios la ira
El justo temor de Dios.

ADÁN.

¡Ay, Eva, que de los dos,
Soberbio el uno me admira:
Abel, humilde, apacible,
Temeroso y agradable;
Caín, soberbio, intratable,
Precipitado y terrible
En su valor, mal contento,
De condición inhumana;
Y aqueste desabrimiento
Es sabor de la manzana,
De nuestra culpa instrumento!

Sale Caín por una puerta, y Abel por otra, vestidos de pieles, y por un monte baja Luzbel.

CAÍN.

¡Que pena tan repetida
Está á mis padres causando!
¿Siempre hemos de estar llorando?
¿Para qué Dios nos da vida?

ABEL.

Si á nuestras culpas, Señor,
Nuestro llanto se midiera,
Apenas lugar hubiera
Que no ocupara el dolor.

LUZBEL.

Ya (1) en Caín voy escupiendo
De mi veneno infernal,
Y ya con rabia mortal
De envidia se está muriendo.

ADÁN.

Caín mío, hijo amado,
¿Qué tienes, cómo estás hoy?

CAÍN.

¿Cómo he de estar? Bueno estoy,
Aunque de vivir cansado.

ADÁN.

¡Siempre ese desabrimiento
Tienes de mostrar conmigo!

CAÍN.

¿Qué he de hacer? Soy enemigo
De fingido cumplimiento.

ADÁN.

Dios te tenga de su mano.

CAÍN.

Que yo me sabré tener.

ADÁN.

Sin él, Caín, es caer
Todo fundamento humano.

LUZBEL.

Bien sabe corresponderme:
Parece que yo hablo en él;
Soberbia fué de Luzbel
Decir: yo sabré tenerme.

EVA.

Abel mío.

ABEL.

¡Madre amada!

EVA.

¿Cómo va? ¿estás bien?

ABEL.

¡Pues no!
Mejor que merezco yo.

EVA.

Eso es lo que á Dios agrada.
¿Diz que se muere el ganado?

ABEL.

Eso es mayor interés,
Que Dios da ciento después
Por uno que se ha llevado.
Dame á besar, madre mía,
La mano.

EVA.

Y mi bendición
Con ella: ¡qué inclinación!

CAÍN.

¡Qué cansada hipocresía!

ADÁN.

Hágate Dios tan dichoso,
Que cubra de tus ganados
Los montes y los collados
Un ejército copioso.

CAÍN.

Tanto amor, tanta terneza,
Tanto Abel, ¿qué más quiere él?
No hay en casa más que Abel:
En él se acaba y se empieza.
¿Qué tiene Abel más que yo?
Si es pastor de sus ganados,
Esos montes y esos prados
Les dan sustento, que él no.
Yo que cultivo la tierra,
Y para que de su fruto
Dé el ordinario tributo
Estoy en perpetua guerra
Con el azadón y arado,
Sé que es padecer, y sé
Que cuando Dios me lo dé,
Lo tengo bien trabajado.

LUZBEL.

Parece que mis lecciones
Doctamente ha repasado;

(1) En la edición de Amsterdam *yo*.

Buen discípulo he sacado
De soberbias y ambiciones.

CAÍN.

Él, regalado y servido,
Sin trabajo alegre pasa,
Y yo, con él en mi casa,
Soy malo y aborrecido.

ABEL.

Mi trabajo y mi sudor
Es bien, hermano, que cuentes,
Pero como no lo sientes,
Juzgas el tuyo mayor.
Si quejoso de mí estás
Puesto que á serlo me obligo,
Parte trabajos conmigo
De los que te cansan más.
No es necesario advertirte
Que más pequeño nací:
Descansa y mándame á mí;
Que gustaré de servirte.
Haz prueba de aqueste amor;
Que entre tantos desvaríos,
Si tus trabajos son míos
Yo los llevaré mejor.

ADÁN.

Caín, hijo, teme á Dios.

CAÍN.

¿Yo qué debo á lo que hicistes?
Supuesto que le ofendistes,
Vos, padre: temelde vos.

LUZBEL.

Éste en modos excelentes
Estudia otra facultad;
Que en una universidad
Hay clases muy diferentes.

CAÍN.

Vos le tenéis ofendido:
Temelde vos por los dos;
Que basta pagarle á Dios
Lo que no habemos comido.

LUZBEL.

No os escaparéis ya vos;
Éste morirá cual muero;
Que ya solamente quiero
Que pierda el temor de Dios.

ABEL.

Dices mal, que si los bienes
De nuestros padres gozamos,
También su culpa heredamos.

ADÁN.

¡Qué poca razón que tienes!

ABEL.

Monte y tierra cultivada
Debemos á Dios los dos.

CAÍN.

Tú le deberás á Dios;
Que yo no le debo nada.
Á mi trabajo le debo
Esos frutos que me da;
Que él en su cielo se está,
Y yo por jornal lo llevo.

ABEL.

¿Pues si Dios no te enviara
Su rocío, y no lloviera?.....

CAÍN.

Cuando no lloviera, diera
Lluvia el sudor de mi cara.

ABEL.

Dar vida al hombre que nace,
¿No es deuda en que á Dios le estamos?

CAÍN.

Pues por eso le llamamos
Dios, y su negocio hace.

ADÁN.

¿Tal dices?

CAÍN.

¿En qué pequé?

ADÁN.

Debes á Dios que quisiera
Hacerte hombre.

CAÍN.

No me hiciera;
Que yo no se lo rogué.

ADÁN.

Pues fuera mejor hacerte
Una bestia irracional.

CAÍN.

Si en la vida soy igual,
Serlo quisiera en la muerte.

ADÁN.

Eso dices y no adviertes
Que debes á su clemencia
El sufrirte con paciencia
Pudiendo darte mil muertes.

EVA.

Mucho has á Dios ofendido;
Sacrifícale con pecho
Sencillo y agradecido.

CAÍN

¿Yo? ¿Qué mercedes me ha hecho
Después de haberle servido?

ADÁN.

Dale ofrenda que mitigue
Su enojo.

CAÍN.

Lo que me dió
Le daré porque le obligue,
Si á hacerme mercedes no,
Para que no me castigue.
De las mieses le daré.

ADÁN.

Mira, que sean las mejores.

CAÍN.

Claro está, y con las peores
Mi trabajo premiaré.
¿Come Dios?

ADÁN.

No.

CAÍN.

Pues es llano.
Que basta cuando le ofrezca
Mies que con grano parezca,

Aunque nunca tenga grano.

LUZBEL.

Éste sí que ha deprendido
Ciencia de que gusto yo;
Todo el aire me cogió,
Soberbio y no agradecido.

ADÁN.

Á Abel preguntarle quiero.
Y tú, Abel, ¿qué has de ofrecer?

ABEL.

Quisiera, padre, tener
Un alma en cada cordero,
Porque la víctima fuera
Tan capaz de entendimiento,
Que el humilde ofrecimiento
Á Dios ahora dar pudiera.
Pero á Dios, á quien adora
Mi alma, pienso ofrecer
Corderos que puedan ser
Blanco vellón de la aurora,
Porque en su esplendor confío
Que el sol, con alegre salva,
Echará al salir el alba
Hebras de oro su rocío.
Corderos blancos daré,
Porque conozca el Señor,
En su inocencia, mi amor,
Y en su blancura, mi fe.
Vamos, que Dios nos espera
Con sacrificio á los dos.

CAÍN.

Pensara que no era Dios
Si tu ofrenda recibiera.

Vanse Caín y Abel.

ADÁN.

¡Cuán diferente es la ofrenda
Y la intención de los dos!
Bien, Señor, conocéis vos
Que me pesa que os ofenda
Caín; y en tanta agonía,
Con justa razón suspiro;
Que en él reiterado miro
Mi pecado cada día.

EVA.

Pedazos del corazón
Son los dos, mas diferentes;
Que á diversos accidentes
Los llama su inclinación.
Y llego tanto á temer
Las impaciencias extrañas
De Caín, que, á poder ser,
Le volviera á mis entrañas
Porque volviera á nacer (1).

ADÁN.

Tanto tu piedad me admira
Como su desenfrenado
Rigor. ¡Ay, hijo engendrado
En los brazos de la ira!
Padre soy, téngole amor,
Y tanto, que condolido
Porque le miro perdido,
Le quiero con más dolor.

Vanse, y sale Abel por una puerta con un cordero al hombro, y Caín por otra con un manojo de espigas, y van subiendo cada uno por su monte, y divididos.

ABEL.

Daré á Dios la pobre ofrenda
De mis bienes, siendo en esto
Reconocida criatura
Al ser que á sus manos debo.

CAÍN.

En señal de que soy hombre
Que rompo á la tierra el centro,
Quiero para Dios el fruto
Que á mi trabajo le debo.
Este manojo de espigas
Os doy, Señor: si es acepto
Á vuestros ojos, tomalde;
Que bien sé que satisfecho
Estáis de que yo trabajo
Para ganar mi sustento;
Todo me cuesta sudor,
Si vida me da, y es cierto
Que con pensión tan pesada
Es como tenella á censo.
De que os agrada mi ofrenda
Será (1) señal ver el fuego
Que de vuestras manos baje;
Y al contrario, de no vello
Pensaré que no os agrada;
Pero al fin, yo por lo menos
Cumplo con dejarlo ahí.

ABEL.

Señor divino y eterno,
En cuya presencia estoy,
Y á cuyo poder sujetos
Los más altos querubines
Están temblando suspensos.
Con razón os llaman santo,
Poderoso, fuerte, inmenso,
Amable, sabio, piadoso,
Inefable, justo y recto,
No sólo las jerarquías
De los espíritus bellos,
Que en vuestro amor abrasado
Os asisten compitiendo,
Sino las criaturas todas,
Los formados elementos,
Para tanto bien del hombre.
Con lenguas de fuego, el fuego
Aplicado á la materia,

(1) Quintilla intercalada entre redondillas.

(1) *Hare señal* dice la edición de Amsterdam.

Razones forma y requiebros,
Que para con vos, Señor,
Sus llamas son de amor tierno.
El aire, de lenguas falto,
Con reconocido afecto
Voces de las aves goza
Y os ofrece dulces ecos.
El mar, que en valientes ondas
Duplica montes excelsos,
Siendo á su ferocidad
Vuestro nombre blando freno,
Con regalada armonía
Rompe sus cristales bellos,
Porque la lengua del agua
Os alabe obedeciendo.
La tierra os bendice á voces,
Pues da en sus fértiles senos
Una lengua en cada espina
Y en cada voz un concepto.
Pues, Señor, si todos dicen
Quién sois, yo, que á estaros vengo
Más que todos obligado,
Este cordero os ofrezco
En humilde sacrificio,
De mi ganado el más bello.
Recibid en él mi amor:
En él os doy lo que puedo
De mi pequeño caudal,
Supuesto que todo es vuestro,
No porque premio me deis,
Ni porque castigo temo,
Sino por ser vos tan digno
De amaros y obedeceros.

Sale fuego que abrasa el sacrificio de Abel.
Dentro:

Abel, Dios ha recibido
Tu amoroso ofrecimiento,
Y á sus oídos llegaron
Tus clamores y tus ruegos.

ABEL.
Señor, indigno me honras:
Tanto favor no merezco.

CAÍN.
Para Abel hay voz no más,
Y para su ofrenda fuego.
Bien digo yo que es muy poco
Siempre lo que á Dios le debo.
¡Abel!

ABEL.
¡Hermano querido!

CAÍN.
Basta, que oyó Dios tus ruegos:
Fué tu ofrenda recibida
Y tu sacrificio acepto.

ABEL.
Pues también lo será el tuyo;
Que Dios es piadoso dueño.

CAÍN.
Para conmigo no es mucho.

ABEL.
¿Cómo no?

CAÍN.
Siempre me ha hecho
Tan conocidos agravios:
No sé por qué, no lo entiendo.
Dime: ¿es justicia criarnos
Hijos de unos padres mesmos,
Para hacer á ti favores
Y á mí agravios y desprecios?

ABEL.
Nunca faltó su palabra;
Dale amor con sano pecho,
Y verás como recibe
Tu ofrenda.

CAÍN.
Enfadado vuelvo
Con Abel del sacrificio (Aparte.)
De ver su humildad me ofendo:
Todas sus cosas me cansan:
Sus dichas me tienen muerto.
¡Vive Dios que le he de hacer
Un pesar!

ABEL.
¿Vaste?

CAÍN.
Ya vuelvo.

ABEL.
Mira que juntos venimos,
Y juntos es bien que demos
La vuelta.

CAÍN.
Espérame aquí;
Que no tardaré un momento
En volver.

ABEL.
Iré contigo.

CAÍN.
No vengas.

ABEL.
Aquí te espero.

Dicen aparte el uno y el otro.

CAÍN.
Sus humildades me cansan.

ABEL.
Su voluntad obedezco.

CAÍN.
¡Con qué disgusto le miro!

ABEL.
¡Con qué temor le respeto!

CAÍN.
Por ofenderle me abraso.

ABEL.
En servirle me deleito.

CAÍN.
Hallará en mí su castigo.

Vase Caín.

ABEL.

Rogaré á Dios por su acierto.
Señor, mostraos más piadoso
Con mi hermano, que si necio,
Ingrato no corresponde
Al favor que le habéis hecho,
Bien es que en vuestra piedad
Halle su inquietud remedio.
Ablandad su corazón:
Con favores dalde aumentos;
Y en mí emplead su castigo,
Pues que mejor lo merezco.

Sale Caín con una quijada.

CAÍN.

Presto me trujo la envidia.

ABEL.

Con bien vengas.

CAÍN.

¿Vine presto?

ABEL.

Sí, hermano, aunque amor juzgaba
Un siglo cada momento.

CAÍN.

Pues yo te pagaré agora
Esa voluntad.

Dale con la quijada.

ABEL.

¿Qué es esto,
Hermano?

CAÍN.

No soy hermano.

ABEL.

¡Ay, cielo! (1)

Cae Abel al suelo.

Dios sea conmigo: Señor,
Perdonad mis muchos yerros,
Y perdonad á Caín
Mi muerte.

CAÍN.

¡En sangre cubierto
Su rostro, y el suelo baña!
¡Qué temeroso se ha puesto!
¡Abel, Abel! No responde;
¿Cómo, si los golpes fueron
En la cabeza? Faltó
Á la lengua el movimiento,
El oir á los oídos
Y á los ojos luz. ¿Qué es esto?

Álcele (2) un brazo y déjele caer.

Ningún movimiento tiene:
Esto sin duda es ser muerto.
Maté á Abel, terrible culpa;
Yo he sido el hombre primero
Que abrió á la muerte las puertas
Del mundo, y parezco en esto
Á mi padre, aunque la abrió
Por quebrantar un precepto,
Y yo por sólo esgrimir
Este bestial instrumento.

Dentro.

Caín, ¿dónde está tu hermano?

CAÍN.

Esta voz turbado temo;
¿Qué sé yo? ¿Soy yo la guarda
De mi hermano? ¿Á dicha tengo
Obligación yo de daros
Cuenta de él? Cubrirle quiero;

Cúbrele con unos ramos.

Que aquella voz es de Dios,
Cuyo justo rigor tiemblo.
Así esconderé mi culpa,
Si á Dios esconderla puedo,
Lince de eterna justicia
Del más leve pensamiento.

Sale Adán.

ADÁN.

Caín, ¿qué es dél.....

CAÍN.

¿Qué sé yo?

ADÁN.

Oye, aguarda, escucha, necio;
Que anticipas la respuesta.

CAÍN.

¿Qué sé yo de Abel?

ADÁN.

¿Qué es esto?

CAÍN.

¿Qué sé yo, qué sé yo dél?

ADÁN.

Ya de tu temor infiero
Algún desastroso caso,
Algún infeliz suceso.
¡Abel, hijo; Abel, bien mío!
¡Abel, hijo; sordo el eco,
Aun me niega de tu nombre
Infructuoso consuelo!
¡Ay de mí!

CAÍN.

¿Qué sé yo dél?

ADÁN.

Aparta, aparta; que quiero
Buscarle.

CAÍN.

¡Qué sé yo de él!

Vase Caín, y descubre Adán á Abel.

(1) Verso incompleto.
(2) En la edición de Amsterdam *alzale* y *dexale*.

ADÁN.

Mas, ¡ay de mí, pobre viejo!
¿No es éste? ¡Él es? Muerto está.
¡Oh! Terrible desconsuelo!
¡Hijo de mi corazón,
Luz de mis ojos, remedio
De mi vejez, ¿dónde estáis?
¿Por qué delitos han hecho
Con vos tan grande crueldad,
Siendo vos manso cordero,
En la condición afable,
Sencillo en los pensamientos?
Pero ya sé, hijo amado,
Que Dios os guarda en su seno,
Porque no hubiese en el mundo
Sin vos cosa de provecho;
Y porque fueseis también
El riguroso instrumento
De mi castigo; ¡ay de mí,
Que más castigos merezco!
Y si mi culpa os impide
Gozar sus bienes inmensos,
Pedilde á Dios no dilate
La ejecución del remedio.
Mas ¡ay! que su madre viene;
Cubrirle con ramos quiero;
Que la matará el dolor
Si llega piadosa á verlo.

Cúbrele y sale Eva.

EVA.

Adán, esposo, ¿qué hacéis?
¿Dónde nuestro Abel está?

ADÁN.

Presto fué..... digo..... vendrá.....
Que el ganado.....

EVA.

¿Qué tenéis
Que estáis, esposo, turbado.

ADÁN.

Digo que vendrá..... que fué.....
Porque ya el ganado se..... (1)

EVA.

¿Qué me decís del ganado?

ADÁN.

Vamos de aquí y lo sabréis.

EVA.

¿Dónde llevarme queréis
Si mis hijos no han llegado?

ADÁN.

Vamos que ya..... ya vendrán.

EVA.

Apartad, que esa porfía,
De alguna desdicha mía
Me da sospechas, Adán.

ADÁN.

Ya cubrirlo es excusado
De su corazón fiel:

Apártase á llorar Adán y vélo Eva.

¡Ay hijo mío, ay Abel,
Antes que muerto llorado!
¿Qué irracional, que fiera,
Hijo de mis entrañas, ha cortado
De vuestra primavera
La flor hermosa que alegraba el prado,
Y para darme enojos
Las lumbres ha quebrado de mis ojos?
¿Qué león inhumano
De las rapantes uñas prevenido,
Que odioso tigre hircano,
Ó que celoso toro, que ofendido
Del fuerte compañero,
Usó en vos tal crueldad, rigor tan fiero?
Mas ¡ay! que su fiereza
Vuestra mansa humildad domesticaba;
Viendo vuestra belleza,
El animal más fiero se humillaba;
Que á partes, y obras tales,
Amor tienen las fieras y animales.
No hay fiera tan ingrata
Que esto pueda haber hecho, y así es llano,
Querido Abel, que os mata
La envidia fiera de un odioso hermano,
Hijo de inobediencia,
Que de sus padres aprendió esa ciencia.
Ya no queda consuelo
Á mi destierro y penas dilatadas:
Ya regaré este suelo
Con lágrimas mil veces derramadas;
Pues que por mí la muerte
Hizo en vos la primera amarga suerte.
¡Oh, bárbaro delito,
El primero que el mundo en poca gente,
Con sangre ha visto escrito,
Y con sangre ¡ay de mí! de un inocente,
Vertida por la mano
De un fratricida y de un injusto hermano!
¡Abel, hijo querido,
Recibe, si es posible, con mi aliento
La vida que has perdido;
Mi espíritu recibe, y movimiento;
Pues justa cosa fuera
Darte la vida á ti, y que yo muriera!

Sale por el tablado el Ángel.

SAN MIGUEL.

Adán, Adán, ya el Señor,
Menos enojado, quiere
Consolar tu desconsuelo,
Dar tolerancia á tu muerte.
La pérdida de este hijo,
Que tanto por sí merece,
Pone á cuenta de tus culpas;
Hoy le ganas, no le pierdes.
Primer mártir de su Iglesia

(1) Dos versos sueltos.

Será, y en himnos alegres
Celebrarán su martirio
Los católicos y fieles.
Levanta los tristes ojos:
Verás de tus descendientes
Futuros, altos sujetos;
Padre universal, atiende.

Córrese una cortina; habiéndose subido el Ángel por una canal, descubra tres nichos, donde estarán las figuras que el Ángel fuere ahora refiriendo.

SAN MIGUEL.

Esta fábrica que ves,
Que trescientos codos tiene
De largo, siendo á las aguas
Monstruo de madera leve,
Mandará Dios fabricar
Á Noé, tu nieto, en que entre
Él y toda su familia,
Porque las culpas aleves
Del mundo ha de castigar,
Rompiendo al mar los canceles
Del límite señalado,
Porque inundante le anegue.
Él solo será, y sus hijos,
Segundo padre á las gentes,
Nuevo poblador del mundo
Y observador de sus leyes.
Aquel soberbio edificio
Que con arrogancia quiere,
Coronado de ambición,
Juntar al cielo su frente,
Han de fabricar los hombres
Aspirando á defenderse
De semejantes diluvios:
Locura que á Dios ofende.
Aquel que al pie de la torre,
De acero el pecho guarnece,
Es el soberbio Nembrot,
Que al cielo conspirar quiere;
Pero de Dios la justicia
Aquel querubín previene,
Que confundiendo sus lenguas
Su arrogancia desvanece (1);
Pero tras de males tantos,
Oye los mayores bienes.
Aquella hermosa mujer
Que como el sol resplandece,
Y calzada de la luna
Quiebra la soberbia frente
Del dragón precipitado
Que siete cabezas tiene;
Aquella, que entre sus brazos
Un bello infante le ofrece
Á Dios, parto, é hijo suyo,
Puesto que doncella siempre,
Es María, mar de gracia,
Y de todas gracias fuente,
Á quien llamará Gabriel
Bendita entre las mujeres.
Aquella ofrenda que ves
Dará al Padre omnipotente
Satisfacción de tus culpas,
Y se abrirán igualmente
Al infierno obscuras puertas,
Y al cielo puertas alegres.
Por ella verás premiados
Los trabajos que padeces,
Pues el mismo Dios por ellos
Vendrá á hacerse tu pariente,
Y entonces será dichosa
La culpa que hoy aborreces.

Toquen chirimías y vuelve á pasar el Ángel de un lado del teatro al otro, llevándose la otra cortina tras de sí que cubra los nichos.

JORNADA TERCERA

Sale Luzbel.

LUZBEL.

Maldijo Dios á Caín
Por el fratricidio enorme
De Abel, obra de sus manos
Y objeto de mis pasiones.
Conocí su inclinación,
Y hallándole á mí conforme,
Impaciente, mal sufrido,
Ingrato, soberbio y torpe,
En las mudas soledades
Gozando las ocasiones,
Argumentos le inducía
Contra Dios, cuyas lecciones
Aprendió con valentía;
Que en esto sólo fué dócil.
Cuando labraba la tierra,
Entre los toscos terrones
Sembrábamos igualmente,
Él pan, yo envidias atroces,
Cuya cosecha era en él
Colmo avaro de sus trojes.
Quedó tan rico de vicios,
Cuanto de virtudes pobre,
Necio en alabar á Dios,
Docto en blasfemar su nombre,
Y al fin, enemigo suyo,
Vasallo me reconoce,
Pues en la muerte de Abel,
Contra Dios, contra los hombres,
Contra el vital estatuto
Cuyo vínculo interrompe,

(1) Desde aquí hasta el fin de la Jornada segunda, falta en la edición de Amsterdam destinada para uso de los judíos.

Maldito de Dios discurre
Vacilando por los montes,
Y multiplicando culpas,
Á mi educación responde.
Para apoderarme dél,
Sigo sus pasos veloces,
Esperando de su vida
Últimas respiraciones.
Mas, ¡ay! que aunque su delito
Cuantos le ven reconocen,
Maldice Dios al que fuere
Su homicida, dando al torpe
Lugar para arrepentirse
Y tiempo para que llore.
¡Ah! ¡Pese á tanta piedad!
Todo á fin de que no logre,
Aun en el hombre más malo,
Mis soberbias intenciones.
Mas pues que libre al de Dios
Lo dejo, yo haré que borre
De su memoria la imagen
De tantas obligaciones.
Yo haré que así se aborrezca,
Y con desesperaciones
Desconfíe del perdón
Y pida la muerte á voces.
Yo haré que de mi poder
Al cielo Caín informe,
Cuando de los hombres vea
Que el uno de dos me toque.
¿No soy yo rey de los vicios?
¿No obligo á que me coronen
Furias la estrellada frente
Que rayos de luz compone?
Pues apercíbase el mundo:
Centellas de fuego arroje:
Arda el mar, tiemble la tierra:
Brame el aire y tema el orbe.
Al arma, espíritus fieros,
Hijos del miedo, y la noche:
Mi horrible voz os incite
Y vuestro agravio os provoque.
Vibrad las feroces lenguas,
Exhalad veneno torpe,
Y siendo opuestos á Dios,
Sed asechanza del hombre.

Vase, y dicen dentro:

Oye: aguarda, hijo: espera:
No te despeñen temores.

Dentro:

Hombres, matad á Caín.

Sale Caín, y tras él Adán y Eva.

ADÁN.
¿Cómo, si de Dios conoces
La piedad, dices tal cosa?

EVA.
Ya que al inocente joven
Diste sin culpa la muerte,
Llora, Caín, y no arrojes
Tras de la vida del cuerpo,
La vida del alma noble.

CAÍN.
No hay piedad para mi culpa
En Dios, porque son mayores
Mis yerros que su piedad,
Y que mi fe, mis temores.
¡Hombres! matad á Caín:
¡No perdonéis tan mal hombre,
Pues no hay rayos en el cielo,
Supuesto que á Dios le sobren!
Todo el cielo es mi enemigo:
Basiliscos son las flores:
Los árboles me amenazan
Y cada hoja es un monte
Que sobre mí se despeña;
No hay cosa que no me enoje;
Que quiere Dios, riguroso,
Que hasta mi sombra me asombre.

ADÁN.
Caín, reportate un poco.

CAÍN.
No hay cosa que me reporte.

ADÁN.
Espera en Dios, sumo bien.

CAÍN.
¿Cómo, si mis culpas oye?

ADÁN.
Es su piedad infinita.

CAÍN.
Y su justicia conforme.

ADÁN.
Préciase de muy piadoso.

CAÍN.
Siempre sentí sus rigores.

ADÁN.
Ablándale con tus lágrimas.

CAÍN.
Ya no es posible que llore.

ADÁN.
¿Por qué, si eres hombre humano?

CAÍN.
Son mis entrañas de bronce.

ADÁN.
Pide perdón de tus culpas.

CAÍN.
Primero abrasado goce
De las llamas del infierno,
Que á tal humildad me postre.

EVA.
Hijo de mi corazón,
Tanto sudor no malogres;
Reconoce á tu Criador,
Y tus culpas reconoce;
Que aunque en número excediesen,
Graves, crueles y atroces,
Á las arenas del mar,

Y á las estrellas del Orbe,
Hay en su piedad remedio.

CAÍN.

Déjame, mujer, no llores;
¡Nunca tus fieras entrañas,
Para tan graves dolores,
Me dieran el ser que tengo,
Sujeto al común azote!
¡Plugiera á Dios que al nacer
Fueras víbora, que rompe
Sus entrañas, porque yo
Causara tu muerte entonces
En castigo de engendrar
La criatura más enorme!
¡Hombres! matad á Caín;
Que no es posible perdone
Dios tan desiguales culpas.

Vase.

ADÁN.

Él, por quien es, te reporte.

EVA.

¡Ah, qué heredada desdicha!
Mis ojos es bien que informen
De la pena que padezco,
Á las fieras y á los hombres,
Acrecentando el dolor
Con que eternamente lloren.

Suena ruido de armas, y sale Lamech con un arco al hombro, armado y blandeando una pica.

LAMECH.

Será mi industria desde hoy
De los hombres estimada.

ADÁN.

¿Qué es aquello, esposa amada?

LAMECH.

Vuestro nieto Lamech soy,
Que ingeniosamente he hallado,
Para que más os asombre,
Estas armas, porque el hombre
Nació de ellas desarmado.
Con aquesta lanza embisto
Á quien á ofenderme venga,
Y á quien otra lanza tenga,
Con este peto resisto.
Las aves mato, y las fieras,
El arco que veis flechando,
Ó ya veloces volando,
Ó ya corriendo ligeras.
Diestro el pulso y fuerte el brazo,
En esto emplear procuro,
Y si mi vida aseguro,
La ajena vida amenazo.
Por aquestos ministerios
Los hombres serán temidos,
Y en el mundo divididos
Establecerán imperios.
Tendrán igual competencia
La tiranía y amor,
Pero la parte mayor
Se llevará la violencia.
Habrá excepción de personas
No habiendo más de un Adán;
Unos, villanos serán,
Y otros, ceñirán coronas.
Y al fin, con tal fortaleza,
Con el estruendo y rigor,
Con las armas y el valor,
Mudarán naturaleza.

ADÁN.

¡Qué ingenio tan riguroso
Ha sido, Lamech, el tuyo!
Natural inquieto arguyo
Del concepto prodigioso;
Pues tras de la amarga suerte
Con que venimos á estar,
No era menester buscar
Más ayudas á la muerte.
Y así al uso dél disponte,
Puesto que ya usarlo sabes,
En el viento con las aves,
Con las fieras en el monte.
En la caza que matares,
Lamech, tu destreza ensaya,
Y mi maldición te caya
Si con los hombres lo usares.

LAMECH.

Pues con esa permisión
Voy al monte á matar fieras,
Cuyas dos pieles primeras
Para que tú rompas son.

Vase Lamech, y sale Jubal con un tambor al cuello, y tocando una flauta.

EVA.

¿Qué es esto que dulce suena
Con tan lamentable acento?
Al contento da contento,
Y al triste agrava la pena.

ADÁN.

Este es Jubal, que ha salido
Con más piadosa invención.

JUBAL.

Ya, padres, mi inclinación
Ridícula habéis sabido:
Yo la música he hallado,
Y las ocultas entrañas
De la tierra, en huecas cañas
Zampoñas dulces (1) me han dado.
Soy inclinado al contento:
Boquiabierto estoy un hora
Oyendo un ave cantora
Dar gorgoritos al viento.
Porque he venido á hallar

(1) *Campañas dulces* dice con evidente error el texto de Amsterdam.

Que es, para vivir, más justo,
Gozar un hora de gusto
Que doscientas de pesar.
No me da pena que estén
Triste el sol y el año enfermo;
Pienso en dormir cuando duermo,
Y cuando como también.

ADÁN.

Si es limitado el vivir,
Y hay muerte por nuestro mal,
Más saludable es, Jubal,
Pensar que habéis de morir.

JUBAL.

Que esta es vida guarnecida
Con sombras de padecer.

ADÁN.

Así, Jubal, ha de ser,
Para ser buena, la vida.

JUBAL.

Entre muchos instrumentos
De ingenio y traza sutil,
He hallado el tamboril,
Que inquieta los pensamientos.
Tan bien le sé repicar,
Y tan sonoroso es él,
Que con la flauta y con él
Las piedras haré bailar.

ADÁN.

Anda, Jubal importuno;
Los unos por ignorantes,
Los otros por arrogantes,
No da en el blanco ninguno.

JUBAL.

Quiero contaros un cuento
Que me pasó esta mañana
Haciendo este tamboril;
Que tiene donaire y gracia.
Habiendo puesto los parches,
Porque mejor se enjugara
Lo puse al sol, junto al pie
De un pino, en el cual estaba
Una mona (1) abriendo piñas;
Mas como vió que negaba
El duro avariento fruto,
Miró al suelo, y vió que estaba
Blanqueado y liso el parche:
Pensó que era piedra blanca
Y arrojó la piña en él
Para romperla y quebrarla.
Rompió el parche y coló dentro;
Y ella, que atenta miraba,
Por el agujero mismo
Tras de la piña se lanza.
Yo, que vi el parche rompido,
Con el palote llegaba
Cuando ella salir quería:
Levanté el brazo con rabia;
Mas ella me hizo un gesto
Con tanto donaire y gracia,
Que la perdonara yo
Si rogadores me echara.
No tuvo favor ninguno,
Porque hay monas desgraciadas
Que, aunque saben hacer gestos,
Nadie sus gestos alaba.
Matéla, y de su pellejo
Eché parches á la caja,
Dando ejemplo á toda mona,
Que con el pellejo paga
Quien al pellejo se atreve.

ADÁN.

Basta, Jubal; basta, basta;
Que nuestro dolor no admite
Mezclar con lágrimas gracias.

Sale Seth con una esfera y un compás.

SETH.

Queridos y amados padres,
De cuyas continuas lágrimas
Hijo y heredero fuí,
Mayorazgo en vuestra casa:
Si á vuestra santa doctrina
Beneficios debe el alma,
Del conocimiento suyo,
Y esto solamente paga
Quien aprendiendo agradece,
Oid á quien, si os agrada,
El título de discípulo
Al de hijo no aventaja.
La divina astrología
De Adán, mi padre, enseñada,
Comunicaré á los hombres;
Ciencia que á más los levanta,
Cuya infalible doctrina
De la verdad es balanza,
Adonde el entendimiento
Virtud y sosiego halla.
Yo he conocido la esfera,
Cuya forma imaginada
Perfectamente es redonda,
Y cuantas líneas se sacan
Della á la circunferencia
Igualmente se dilatan.
La división de la esfera
En dos materias se halla,
Elemental y celeste,
Y en ellas, sin que haya falta,
Expresamente se incluyen
Todas las cosas criadas.
Los movimientos del cielo,
Por sus imágenes claras
Conozco, cuya influencia
Las generaciones causa.
Conozco los firmes ejes
Que polos del mundo llaman,
Y la equinoccial que, recta,
El uno del otro aparta.
Del Zodíaco los signos,

(1) *Mano* dice disparatadamente la edición de Amsterdam.

Cuyas estaciones anda
Continuadamente el sol,
Desde la piel crespa y blanca
Del Aries, hasta que Piscis
Le ofreció dorada escama;
Conozco que en cinco zonas,
Dos frías y dos templadas,
Y una abrasada, se incluye
Toda la celeste máquina,
Correspondiendo la tierra
Á las superiores causas.
Sé que se forma el eclipse
De la luna, cuando se halla
En la cola del Dragón,
Y el sol con sus rayos pasa
Por la cabeza; que entonces
Queda la luna eclipsada,
Porque, interpuesta la tierra,
La luz ajena le falta.
Y á fe que en el novilunio,
Cuando en estos puntos se hallan
La luna y el sol, parece
La luz del sol eclipsada,
Porque delante se pone
La luna densa y opaca.
Mil y veintidós estrellas
Tiene la celeste capa,
Y dellas cuarenta y ocho
Constelaciones se causan.
La estrella mayor que vemos,
La astronomía señala
Ciento y seis veces mayor,
Que la tierra; y la que alcanza
Menor nuestra vista, es,
En su magnitud que pasa,
Diez y ocho veces mayor:
Cosa que admira y espanta.
En el número citado
Se incluyen quince que llaman
Escuras y nebulosas,
Por esto no demarcadas.
Conozco de los planetas
Cuerpo y magnitudes varias,
Y la influencia de todas,
Veloces ó retrogradas.
Esto á mi padre le debo,
Y con más propia alabanza,
Al Criador de cielo y tierra,
Que le infundió ciencia tanta.

ADÁN.

Dame, Seth, hijo, los brazos
Y mi bendición alcanza,
Beneficio de los hombres
Y descanso de mis canas.

JUBAL.

¡Válgame Dios lo que sabes!
Parece, hermano, que te hallas
Las estrellas en el puño
Y todo el cielo en la palma.
Dime, pues que nada ignoras,
¿Será buen año de flautas?

ADÁN.

Anda, Jubal, que eres necio.

JUBAL.

¿La música no te agrada?
¿Su dulzura no apeteces
Y su armonía no alcanzas?
Al menos no andaré yo
Con la cabeza estrellada
Y serenado el juicio,
Como el astrólogo anda,
Con imágenes y líneas,
Y cuando más bien se cansa,
Nos dice: Dios sobre todo:
Eso yo me lo acertara.

ADÁN.

Lo que aciertan las estrellas
Dice el docto, y como es causa
Dios, de quien todo depende,
Hácele á Dios esa salva.

JUBAL.

¿Quieres decirme en qué signo
La monilla desgraciada
Nació, de cuyo pellejo
Hice parches á la caja?

ADÁN.

Vamos, Seth: deja á ese necio.

SETH.

¡Dios alumbre tu ignorancia!

Vanse.

JUBAL.

¡Bueno me paran los dos
Porque de tocar me precio!
Si soy necio ó no soy necio,
Yo daré la cuenta á Dios.
Quiero ver si se ha enjugado
Mi parche, y digan de mí
Lo que quisieren; que así
Mereceré murmurado.

Tócale.

Aun no le hallo suficiente:
Todavía mal entona:
¡Oh, bonica es una mona
Si da en estarse caliente!
No hay animal tan traidor:
Aun muerta no me asegura:
Mona hay déstas, que le dura
Cuatro días el calor.
Ahora bien: pues ya está hecho,
La paciencia el caso abona;
Que, hasta enfriarse, una mona
No hará cosa de provecho.

Sale Caín espantado.

CAÍN.

Ya mi continua guerra
Con el infierno en el rigor compite;

Ya me falta la tierra,
Que miralla aun apenas me permite,
Pues veo en ella escrito,
Donde quiera que miro, mi delito.
Conozca mi impaciencia
El mismo Dios á quien me quejo en vano;
Que no pido clemencia,
Ni para mí la quiero de su mano;
Descanso en morir hallo,
Y lo que más me agravia es dilatallo.

Toca Jubal.

JUBAL.

Ya parece que se ha helado,
Y la baqueta despide.

Espántase.

CAÍN.

Si con mi culpa se mide,
Rayo es del cielo arrojado.
Su injuria ejecute en mí,
Que puesto que lo merezco,
Ni le estimo, ni agradezco
El darme la vida aquí.

Sálese por el monte huyendo.

JUBAL.

¿Quién da voces, quién me llama?
¿Tenemos otro embarazo?
¡Cuerpo de tal, qué monazo
Por el monte se encarama!
Apenas, según es fuerte,
Cubre un roble su persona;
¿Si es el padre de la mona,
Que viene á vengar su muerte?
Ahora bien: justo temor
Me está diciendo que marche;
Que si el mono huele el parche,
Me hallará por el olor.
Escurrirme solicito,
Puesto que el vivir me agrada;
Que una mona desollada,
Pienso que es grave delito.

Sale Lamech con el arco y pasador.

LAMECH.

Jubal, ¿has visto las fieras?

JUBAL.

Esta vez no le perdono;
Si quieres cazar un mono,
Famosa ocasión te espera.
Y aunque es el monazo viejo,
Y tiene poco valor,
Para parches de atambor
Vale un ojo su pellejo.
Y si una vez te aficionas,
Y le aciertas á coger,
Las manos te has de comer
Por andar cogiendo monas.

LAMECH.

¿Dónde está?

JUBAL.

Allí está emboscado.

Sale Luzbel.

LUZBEL.

Yo te lo diré mejor;
Que el arco y el pasador
Pondré en el punto acertado.
Pon en tierra la rodilla,
Y alargando firme el brazo,
De la cuerda compelido,
Los extremos junta al arco.
Dispara el duro harpón;
Que de mi intención guiado,
Yo sé, Lamech, que no harás
Tiro avieso, suerte en blanco.
Así mi furia mitigo; (Aparte.)
Muera Caín á las manos
De su hijo, porque sean
Comprehendidos entrambos
En la maldición de Dios.

LAMECH.

Ya he hecho el primer disparo.

Dispara.

LUZBEL.

Así aseguro la empresa.

CAÍN.

¡Ay de mí!

JUBAL.

Tiro acertado
Hiciste, Lamech.

Cae rodando Caín, atravesadas las sienes con una saeta.

LAMECH.

¿Qué es esto?

CAÍN.

El cielo vengó su agravio:
Rabiando muero de envidia
Y de cólera rabiando.
¡Maldito sea, amén, el día
En que nací desdichado,
Para vivir ofendido,
Para morir blasfemando!
Ya estará contento Dios
De perseguirme y no en vano,
Pues él me dió ser y vida,
Y vida y ser me ha quitado.
Abre tus puertas, infierno,
Y voraz recibe el parto
Primero que te da el mundo;
Recibe al hombre más malo,
Que va á tomar posesión

De tus penas y tu llanto.

LAMECH.

Maté á mi padre, ¡ay de mí!
¡Qué grave castigo aguardo
Por esta bárbara acción!
¡Maldito sea, amén, el arco
Y yo, porque lo inventé;
Mal haya la cuerda y brazo
Que el pasador compelieron
Al más atroz é inhumano
Delito! ¡Á quien me dió el ser,
Quité la vida! ¡Ah pecado,
De tantos males principio!
Mi padre mató á su hermano,
Y yo á mi padre; parece
Que nos vamos heredando.
¡Oh, riguroso instrumento,
Fiera invención de mi agravio!
Romperéle en estas peñas,
É iré á deshacerme en llanto
Donde los hombres no vean
Al hijo más desdichado.

Vase.

JUBAL.

Caín, Caín, ¡ah Caín!
Á esotra puerta esperamos;
Ó es el humo, ó á lo menos,
Si no el humo, el ahumado.
Instrumento de la muerte
Inventó Lamech, y es llano
Que vos la traza le distes,
Y así el mundo os debe á entrambos
El arte, á vos de matar,
Y á él el haberla ilustrado.
Á mi música me atengo:
Con mi tamboril alabo
Á Dios, los hombres deleito:
Á nadie ofendo ni mato.
Y si desollé una mona,
Y hasta ahora no se ha usado,
Principio quieren las cosas:
Compañeros tendré hartos.

Vase.

LUZBEL.

Miserables de vosotros
Que habéis caído en mis manos,
Y con un juez riguroso
Tenéis fiscal agraviado.
Vuestras invenciones todas
Os servirán de embarazo;
Ya vuestra condenación
Repetís por modos varios.
Con las armas que inventáis,
Haréis homicidios tantos,
Que apenas tenga el infierno
Lugar para castigarlos.
La astrología os hará
Que acreditéis judiciarios
Errores que yo os induzco,
Abusos que os cuesten caros.
De la música he de hacer
Á la lujuria más platos
Que de la enorme venganza
Á la ira y al agravio.
Seré cuchillo del mundo;
Y al fin, ¿para qué me canso,
Si ha visto el cielo que en él
Tal jurisdicción alcanzo,
Que de dos hombres, el uno
Á su pesar le arrebato?

Suenan chirimías, y baja el ángel San Miguel hasta el tablado.

SAN MIGUEL.

Bestia infernal, monstruo horrendo,
Que escupiendo al cielo santo,
Vuelven á ser tus blasfemias
Contra ti mismo balazos:
¿Cómo á tu inútil cautela
Atribuyes temerario
Las obras de Dios que tocan
De la justicia á su brazo?
¿Cómo, enemigo común,
Victorias estás cantando,
Que son vencimientos tuyos
Y afrentosos simulacros?
¿Tú tienes poder alguno?
Si el hombre á su Dios ingrato
Injustamente le ofende,
Del libre albedrío usando,
Claro está que la justicia
Divina ha de castigarlos,
De cuyo castigo á ti
No se te sigue descanso.
Mayor tormento recibes,
Pues de cuantos condenados
Atormentare el infierno,
Serás partícipe, ingrato.
Y si el hombre, siendo libre,
Reconocido gusano
Fuere, y á su Criador
Obediente, amable y manso,
Será premiado en la gloria,
Y con eterno descanso
Gozará lo que perdiste;
Mira de Abel justo y santo
El laurel de primer mártir,
La palma de virgen casto,
Y mira si en él lograste
Un pensamiento liviano.
Á ti mismo te atormentas:
Tu envidia te está abrasando:
Tu soberbia te despeña:
Todo en ti es tormento y llanto.

LUZBEL.

Con ese tormento quiero
Vivir, si no consolado,

No arrepentido jamás,
De Dios opuesto contrario.

Salen Adán, Eva y Jubal.

JUBAL.

Aquí está muerto Caín.

ADÁN.

Toda esta vida es trabajos.

JUBAL.

Lamech, con armas feroces,
Le mató, si bien pensando
Que á una fiera le tiraba.

ADÁN.

¡Oh Señor eterno y sabio,
De vuestros altos juïcios
El entendimiento humano,
Está distancia infinita:
Necio es quien quiere alcanzarlos.
Muere Abel y Caín muere,
Uno justo y otro ingrato,
Uno humilde, otro soberbio,
Uno dócil y otro airado;
¿Y siendo así permitís
Que mueran, Señor, entrambos,
El padre á manos del hijo,
Y el bueno á manos del malo?
Sólo vos, Señor, sabéis
Fin de secretos tan altos.

EVA.

Esposo, demos sepulcro
Á Caín, que aunque haya dado
Tan mal fruto de su vida,
Es hijo y debemos darlo.

LUZBEL.

No es bien que descanse el cuerpo
De hombre que ha sido tan malo,
Sino que en el fuego eterno,
El alma que ha acompañado,
Cómplice de sus delitos
Y compañero en sus pasos,
Acompañe en los tormentos:
Abra su vientre abrasado
El infierno, el primer fruto
Que del nuevo mundo saco.

Húndese el Demonio y Caín por un escotillón, y salgan llamas, y al mismo tiempo suba el Ángel.

ADÁN.

Esta es, Senado, la historia
De aquel antiguo pecado,
Primera culpa del hombre,
Principio de males tantos.

EL ROBO DE DINA

EL ROBO DE DINA

COMEDIA FAMOSA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

LABÁN.	SIMEÓN.	LISENA.
ASSUR.	LEVÍ.	ALFEO.
UN ANGEL.	RUBÉN.	CRISALDO.
LEAZAR.	BATO, VILLANO.	CINTHIO.
JACOB.	ESAÚ.	ISACAR.
LÍA.	PRÍNCIPE SIQUEN.	DAN.
RAQUEL.	REY EMOR.	NEPTALÍN.
DINA.	UN SOLDADO.	MÚSICA.
ZELFA.	FENICIA.	

ACTO PRIMERO

Salen Labán, Assur y criados con lanzas.

ASSUR.

Por aquí dicen que van.
¿Si están detrás desta sierra?

LABÁN.

Hoy verá el cielo y la tierra
La venganza de Labán.

ASSUR.

Con causa vienes airado.

LABÁN.

Por el Dios en quien adoro,
Que he de perder el decoro
Al juramento pasado.

ASSUR.

Persíguele y no te aflijas.

LABÁN.

¡Que sin que yo lo supiese,
Jacob, ingrato, se fuese
Con mi hacienda y con mis hijas,
Entretanto que en la esquila
Me ocupé de mis ganados!

ASSUR.

No son mares estos prados
Con los peligros de Scila.
No lleva lienzo en la entena
Con que ser ave presuma,
Ni va por montes de espuma,
Sino por sendas de arena.
Yo te digo que le halles
Donde de su sangre vil
Dé fuentes y arroyos mil
Á las piedras destos valles.

LABÁN.

Grandes engaños ha hecho,
Pero ninguno ha llegado,
Assur, á haberme robado
La mejor sangre del pecho.
Siete días ha que voy
Siguiéndole, y siete días,
Años de tristezas mías
Contando y sufriendo estoy.
¡Vive el cielo, que me toca
Satisfacer esta afrenta
Hasta que el alma sangrienta
Vomite su infame boca!
Cansado estoy, y también
Pienso que vendréis cansados:
Si permiten mis cuidados
Que aquestas selvas me den
Esta noche algún descanso.....
Retiraos, que aquí me siento.

ASSUR.

Parece que coge el viento
Perlas deste arroyo manso
Con que mitiga el calor.

LABÁN.

Pues en tanto que las llora
Assur, la vecina aurora,
Deponga el alma el furor,
Descanse un rato la gente.

ASSUR.

Ya la voy á recoger
Mientras viene á enrojecer
Febo las nubes de Oriente.

Vase.

LABÁN.

Sueño, que á los tristes diste
Si no remedio, consuelo:
Á tu suspensión apelo
De mi pensamiento triste.
Bien es que alguna templanza
Dé la prudencia á la ira,
Pues ya tan cerca se mira
En celajes de venganza.
Las fuerzas son desiguales:
Sueño, en tus brazos estoy:
Venciste: gracias te doy;
Que suspendiste mis males.

Duérmase.

Dé vuelta un árbol que estará en el teatro, y diga en él un ángel:

ÁNGEL.

Oye, Labán.

LABÁN.

¿Quién me nombra?

ÁNGEL.

Oye, aunque duermas, Labán.

LABÁN.

Más que el sol, tus ojos dan
Rayos, aunque el sueño es sombra.
Mas ¿no me dirás quién eres?

ÁNGEL.

El Dios de Jacob.

LABÁN.

Señor,
Ya conozco tu valor.
¿Qué me mandas? ¿Qué me quieres?

ÁNGEL.

Guárdate de hacelle mal
Y hablalle con aspereza.

Vuelva el árbol como estaba.

LABÁN.

Soberana es tu grandeza
Y tu poder celestial.

Despierta.

¿Qué es esto, ¡ay de mí! que he visto?
Aguarda: ya se partió;
El resplandor que dejó,
Despierto apenas resisto.
¡Gente, Assur, Leazar, amigos!

Assur y criados.

ASSUR.

¿Qué voces son estas?

LABÁN.

¡Gente!

ASSUR.

Si no es algún accidente,
Cerca están los enemigos.

LABÁN.

¡Ay, Assur, y como en vano
Á Jacob vengo siguiendo:
Su Dios he visto durmiendo!

ASSUR.

¿Su Dios?

LABÁN.

Su Dios soberano,
En rayos resplandecientes
Envuelto el divino rostro;
Allí, aunque en sueños me postro,
Alma y sentidos presentes,
Y la causa le pregunto
De venir á verme airado,
Que fué el haber intentado,
Con el escuadrón que junto,
Seguir á Jacob así;
Que no quiere que le hable
Con aspereza.

ASSUR.

Es notable
Su poder.

LABÁN.

Pienso que vi
Resplandeciendo los filos
De su espada en mi garganta.

ASSUR.

Si te amenaza y espanta,
Muda en paces los estilos
De la guerra, ó desde aquí
Vuelve á tu casa.

LABÁN.

No creo
Que pueda con mi deseo.

ASSUR.

¿Y con la venganza?

LABÁN.

Sí.

ASSUR.

Pues si pacífico piensas
Hablarle, aquí se te ofrece.

LABÁN.

Si su Dios le favorece,
Mal vengaré mis ofensas.

Salen Jacob con Lía, Raquel y Dina, Josef niño, Leví, Simeón y Bato.

JACOB.

Hijos, Labán es éste:

Huir es imposible.

SIMEÓN.

Padre amado,
Antes que á vos os cueste
Sólo un cabello en este verde prado,
Vuestros hijos mayores
De humor sangriento bañarán las flores.
Las espadas y lanzas
No espanten vuestros años generosos;
Mayores confianzas
Os prometen los cielos, que, piadosos,
Los peligros retiran
Á la futura sucesión que miran.

LABÁN.

Templadamente quiero
Hablarle como os digo.

ASSUR.

En estas pruebas
Ver tu paciencia espero.

LABÁN.

Dime, Jacob, ¿por qué cautivas llevas
Mis hijas desta suerte,
Y tras tanta amistad te vas sin verte?
¿Por qué no me decías
Tu partida, Jacob, porque siquiera
Á tantas prendas mías
Dulces besos de amor y abrazos diera?
Si querías volverte,
Dejárasme, Jacob, hablarte y verte.
De ti me despidiera:
Con fiestas tu camino acompañara;
Pero desta manera,
¿Á quién no le pesara y se vengara,
Pues á tiempo has llegado,
Que pudiera de ti quedar vengado?
Á tu Dios lo agradece,
Que me dijo, durmiendo, no te hablase
Cosa que áspera fuese:
En fin, Él me estorbó que me vengase;
Que vi su diestra fuerte
Bañada en sol y en rayos de mi muerte.
Si tanto deseabas
La casa de tus padres, ¿por qué, dime,
Á mis dioses me hurtabas,
Para que más tu ausencia me lastime?
Aunque cualquiera nieto
Es un Dios en mi amor y tu respeto.

JACOB.

Labán, no fué mi intento
Hacerte ofensa; sólo miedo ha sido,
Que si á tu pensamiento
Llegara mi partida, convencido
Del justo amor paterno,
Y al llanto filial rendido y tierno,
Yo sé que me escondieras
Tus hijas y mis hijos; que es disculpa,
Si tú la consideras,
Que me releva de cualquiera culpa;
El temor, en efeto,
Mi justa ausencia remitió al secreto.
Temiendo la violencia,
Labán, con que tus hijas me quitaras,
Ejecuté en tu ausencia
Mi partida, creyendo que culparas
Este temor discreto,
Que no la obligación, que no el respeto.
Del hurto que me arguyes
Estoy tan inocente é inculpable,
Que si no restituyes
Mi fama con la prueba, al admirable
Dios mío harás ofensa,
Porque en ajenos dioses no dispensa.
Busca toda mi gente,
Y aquel que hallares que los tiene, muera;
Que mi lealtad consiente
Que su sangre á tus ídolos prefiera,
Que yo, Labán, no huyo,
De que te lleves cuanto hallares tuyo.

RAQUEL.

¡Ay de mí! que yo tengo
Los dioses de Labán! Voy á escondellos.

Vase.

LABÁN.

Por muchos dioses vengo
Si mis hijas y nietos pongo entre ellos;
Pero á los que prefiero,
Buscar celoso entre tu gente quiero.

Vase.

LÍA.

¿Sabes tú si están seguros
Del hurto nuestros pastores?

BATO.

Mucho me pesa que ignores
Que al alma sirven de muros
La pureza y la ignorancia.
Esos ídolos de oro,
Á gente de más decoro
Les suelen ser de importancia.
La gente que has de culpar
Trata de tanto interés,
Que hasta un Dios, si de oro es,
No está seguro en su altar.
Acá lo plebeyo, Lía,
No llega con su gabán
Á los dioses de Labán,
Que otros pensamientos cría.
Eso de hurtar dioses de oro,
Pues ya el dinero lo es,
Es para....., pero después
Te lo diré.

LÍA.

Yo no ignoro
Á dónde está la codicia.

BATO.

¿Cuándo un villano torció,
Por los ídolos que hurtó,
Las leyes ni la justicia?
¿Cuándo perdonó al culpado

Ni castigó al inocente,
Tuvo sin premio al prudente
Y al ignorante premiado?
¿Cuándo al pueblo miserable
Con desdichas oprimió?

DINA.

Bien sé quién los tiene, yo,
Aunque tan seguro hable
De este engaño el padre mío.

LÍA.

Dina, aquí importa callar,
Si alguno puede culpar
Este loco desvarío.

BATO.

Calla, aunque eres mujer, Dina,
Y un imposible ha de ser:
Serás Dina en ser mujer,
Más serás de Dina indina.

Labán y Raquel.

LABÁN.

No los hallo.

RAQUEL.

Supe yo
Discretamente escondellos. (Aparte.)

JACOB.

Pues ¿por qué causa, Labán,
Viniste en mi seguimiento?
¿Qué has hallado en esta casa?
Ponlo aquí, juzguen los nuestros
Entre los dos, quién de entrambos
Ha cometido algún yerro.
Veinte años te he servido;
Nunca tus ovejas fueron
Estériles, ni comí
De tu ganado un cordero.
Aunque le comiesen lobos,
Nunca el pellejo sangriento
Llegó á tus ojos; que yo
Pagaba con vivo el muerto.
Cualquiera que te faltaba,
Te le pagaba, contento
De servirte con lealtad,
Que es interés de los buenos.
Velaba el día y la noche,
Al sol, al agua y al hielo,
Huyendo siempre á mis ojos,
Por las vigilias el sueño.
Así te serví veinte años;
Los catorce de ellos fueron
Por tus hijas, y los seis
Á tus ganados atento.
Diez veces, Labán, mudaste
Mis salarios, y sospecho
Que á no estar conmigo el Dios
De Abraham, mi caro abuelo,
Y el temor de Isaac, mi padre,
Tan digno de igual respeto,
Me enviaras pobre y desnudo;
Mas mirando desde el cielo
Mis trabajos y aflicciones,
Se dignó de hablarte en sueños.

LABÁN.

Jacob, cuanto miro es mío;
Pues si es mío cuanto veo,
¿Qué daño podré yo hacer
Á mis hijos y á mis nietos?
Ven y juremos las paces,
Porque de aqueste concierto
Haya testigos.

JACOB.

Tú sabes
Las verdades de mi pecho.

Vanse los dos.

SIMEÓN.

Mientras que juran los dos,
Recoge, Bato, esa gente.

BATO.

La muerte vimos presente,
Si no lo remedia Dios.
Á la fe, que ya quería
Coger mi Josef amado,
Porque de todo el ganado
Este cordero tenía.
Mas guardóle el cielo santo
Hoy de su abuelo cruel,
Por cordero de Raquel,
Á quien Jacob quiere tanto.
Yo voy á hacer que recojan
Los pastores los ganados,
Que esparcidos por los prados
Su verde hierba despojan.
En tanto haréis que Rubén
Tenga á punto los camellos.

SIMEÓN.

Ya, Bato, los altos cuellos
Entre los robles se ven;
Camine y júntese todo,
Pues podemos caminar.

LÍA.

No me acabo de admirar,
Raquel, de que hallases modo
Para poder esconder
Los dioses del padre mío.

RAQUEL.

Siempre de la industria fío
En que es sutil la mujer.
Remedié con esto luego
Nuestro daño y su pesar,
Porque es fácil engañar
Un hombre de enojo ciego.

Salgan Labán y Jacob.

JACOB.

Estas piedras, testigos de estas paces,
Llamaré Galaad.

LABÁN.

Y aun este monte,

Á donde mis sospechas satisfaces.

JACOB.

Pues ya seguro á caminar disponte.

LABÁN.

Con esto quiero que mi cuello enlaces,
Que primero que raye el horizonte
De oro y púrpura el sol, haré que vuelva
Mi armada gente á la vecina selva.
Dame los brazos tú, mi amada Lía,
Primero fruto de mis tiernos años;
Y tú después, querida Raquel mía,
Por quien hice á Jacob tantos engaños,
Sírvele agradecida á su porfía,
Pues le pesó, después de tantos daños
De tener su esperanza entretenida,
Para tan largo amor tan corta vida.
Vosotros, nietos míos, si yo he sido
Riguroso hasta aquí, fué por gozaros;
Amad á vuestro padre, que ha sufrido
Tal copia de trabajos por guardaros;
Pero ya es tiempo, mi Josef querido,
Que lleguen estos labios á besaros;
Que vuestro abuelo á marchitar se atreve
Las rosas de los vuestros en su nieve.
Con vos, dulce Josef, me consolara,
Mas no tiene Raquel otro consuelo;
Las lágrimas que imprimo en vuestra cara,
Nubes serán, no estrellas de su cielo.
Rey os vea Jacob ó con la vara
Del gobierno mayor que tiene el suelo,
Siendo, aunque envidias soliciten daños,
Báculo firme en sus postreros años.
Ya os vuelvo las espaldas, perdonaldas,
Que la misma ternura me atropella;
¿Mas qué importa que os vuelva las espaldas,
Si os dejo el alma y ya me voy sin ella?

Vase.

SIMEÓN.

Fuése, y el sol las verdes esmeraldas
De aquestos prados, de sus rayos sella;
Razón, padre, será que descansemos.

JACOB.

¿Qué descanso ¡ay de mí! tener podremos?
Siempre fuí de mi hermano aborrecido.
Desde que hurté su bendición, me infama:
Vive en Seir, y dicen que ha sabido
Nuestro camino de la inquieta fama,
Criados míos de mi parte han ido
Para saber qué título me llama;
Si soy hermano ó enemigo suyo.

RAQUEL.

Campo de penas es el vivir tuyo.
Esto te falta agora.

JACOB.

Yo sospecho
Que es el mayor peligro el de mi hermano.

SIMEÓN.

Leazar es este.

JACOB.

Ya me dice el pecho,
Hijos, que su amistad pretendo en vano.

Sale Leazar, pastor.

LEAZAR.

En vano la jornada habemos hecho,
Pues á la espalda de ese monte cano
Hallamos á Esaú, que á sangre y fuego
Viene á inquietar la paz de tu sosiego.
Cuatrocientos soldados, los escudos
Hacen espejos del luciente Febo,
Armados de ira, de piedad desnudos,
De viejo agravio ejército mancebo;
Las sordas selvas y los valles mudos
Hablan y escuchan con acento nuevo,
Juzgando por las lanzas de la guerra
Que los árboles andan en su tierra.
En un caballo paseador, overo,
Que de las cinchas comenzaba el paso,
Más pintada la piel que tigre fiero
É imaginando fuego el campo raso,
Esaú, con la vara lisonjero
Alzarle pretendiendo á ser Pegaso,
Viene poniendo en vez de crines plumas,
Y juntando centellas con espumas.
Pintarte aquí su declarada furia
Será querer hacer, si el rigor miras,
Afrenta al odio, á la soberbia injuria,
Porque serán menores que sus iras.

JACOB.

¿Que desa suerte aquella sangre injuria
De nuestro padre Isaac?

SIMEÓN.

¿De qué te admiras?

JACOB.

¿No he de admirarme que en los hombres sa-
[bios
No venzan las edades los agravios?
Parte, Leví, para poner la gente
En orden, no de guerra, que no es justo,
Mas para que se postre humildemente
Y temple, si es posible, su disgusto.

SIMEÓN.

Venid todos conmigo.

DINA.

Si presente
Mi humildad, padre, á su rigor injusto
No se mueve á piedad, no es sangre suya.

SIMEÓN.

Di que respete la belleza tuya.

Vanse y queda Jacob solo.

JACOB.

Dios de mi padre Abraham,
Que me dijiste: á tu tierra
Vuelve, Jacob; que te quiero
Hacer mil bienes en ella;
Para tus misericordias,
Para tu verdad eterna,
¿Qué soy yo? que no soy nada,

Cuando tú cumplirlas quieras?
Con este báculo solo,
Sin otra humana defensa,
Pasé del Jordán las aguas,
Pisé la opuesta ribera.
Con dos escuadrones vuelvo:
Líbreme tu mano inmensa
De la de Esaú, mi hermano,
Y no permitas que pueda
Ensangrentarla en mis hijos;
Mucho su temor altera;
Tú me diste la palabra,
Como de Dios firme y cierta,
Que mi sucesión sería
Más que del mar las arenas.
Pues, señor, seguro estoy,
Que no es posible que pueda
Faltar ni volver atrás:
¿Qué luz soberana es esta?

Baje de lo alto con la invención del pozo, un ángel.

¿Quién eres que así te pones
Delante de mí?

ÁNGEL.

La prueba
De estos brazos te dirá,
Si no mi nombre, mis fuerzas.

Luchen los dos.

JACOB.

Grandes parecen, señor,
Cuanto las mías pequeñas,
Pero no pienso mostrar
Entre tus brazos flaquezas.

ÁNGEL.

Valor tienes, y valor
De varón, que es bien que tenga
La esperanza, que los justos
En tan firme blanco emplean;
Pero déjame, que ya,
Descompuestas las estrellas,
Hacen lugar á la aurora
Que el cielo y la tierra alegra.

JACOB.

No te dejaré, señor,
Si primero no me queda
Tu bendición en los brazos.

ÁNGEL.

Tu nombre es bien que me advierta.

JACOB.

Jacob.

ÁNGEL.

Ya no; que Israel
Es bien que tu nombre sea,
Porque si con Dios tuviste,
Jacob, tanta fortaleza,
Más la tendrás con los hombres.

JACOB.

Conozco la diferencia.
Mas dime cómo es tu nombre,
Porque este consuelo tenga.

ÁNGEL.

¿Para qué me lo preguntas?

Levántase en alto bendiciéndole.

JACOB.

Con tu bendición me dejas;
¡Ay, sol divino, no eclipses
Los rayos de tu grandeza
Tan presto, aunque se te oponga
De mi ser la humilde tierra!
Mas ya coronado de oro
Abre al Oriente las puertas,
El que agradece á tus manos
Los rayos de tu belleza.
Cara á cara vi al Señor:
Ya la salud que desea
Alcanzó el alma en su vista.

Sale toda la familia de Jacob.

LEVÍ.

Antes es bien que lo sepa;
Padre, ya Esaú tu hermano,
Airado viene tan cerca,
Que vuelve el sol de las armas,
Rayos á la vista nuestra.
¿Qué piensas hacer?

JACOB.

¡Ay, hijos!
Que Josef y Raquel tengan
Aquí el último lugar,
Y el primero el vuestro sea.
Yo delante, siete veces
Adoraré por la tierra
Su rostro.

Sale Esaú con algunos soldados.

ESAÚ.

Dejad las armas.

SOLDADO.

¿Qué nueva mudanza es esta?

JACOB.

Dame tus pies, hermano, si merezc
Este nombre de ti.

ESAÚ.

Con estos brazos,
El nombre, el alma y el amor te ofre
JACOB.

¿Que merezco de ti tales abrazos?

ESAÚ.

Yo, Jacob, con los tuyos me enrique
Y con estrechos y amorosos lazos
Firmo las amistades en tu pecho,
Que cándido papel el cielo ha hecho.

JACOB.

¿Lloras, señor?

ESAÚ.

El tierno sentimien

De haberte visto humedeció mis ojos,
Porque después de tanta ausencia siento
Que el alma te ha rendido sus despojos:
Tal vez lágrimas nacen del contento:
Que aunque suelen nacer de los enojos,
Erraron el camino, y la alegría
Le dijo que á su cuenta las quería.
Ya me pesa de haberte perseguido,
Y tu prisión y muerte deseado:
Seas, Jacob, mil veces bien venido.

JACOB.

Y tú, Esaú, mil veces bien hallado.

ESAÚ.

Porque naciste de mi planta asido,
Fuiste (extraña ocasión) Jacob llamado,
Pronóstico del cielo: que quería
Que me excediese quien después venía.
Mi mayorazgo te vendí, viniendo
Cansado de la caza; aquí no fuiste
Culpado, pues que yo perdí comiendo
La primogenitura que tuviste:
Si de la hurtada bendición me ofendo,
Ya sabes tú la causa que me diste,
Pues siguiendo el consejo de tu madre,
Engañaste las manos de mi padre.
Mas ya no es tiempo de que en esto hable-[mos;
¿Quién son aquellas gentes? ¿Por ventura
Tócante á ti?

JACOB.

Mis hijos y mujeres
Son los que ves, que el cielo generoso
Los dió á tu siervo humilde: llega, Lía,
Llega, Raquel, y todos humillados,
Hijos, besad los pies de vuestro tío.

ESAÚ.

¡Bendiga el cielo y logre vuestros años,
Hermosa dama! ¿El nombre?

DINA.

Á tu servicio,
Dina me llamo y nunca más que agora,
Pues que tus pies mi boca humilde adora.

ESAÚ.

¡Qué gallardo rapaz! ¿Cómo se llama?

RAQUEL.

Josef, señor.

ESAÚ.

El cielo le bendiga,
De sus hermanos el remedio sea,
Y en trono excelso como á rey se vea.

JACOB.

Once mis hijos son, y doce espero
Del parto de Raquel que ya se acerca.

ESAÚ.

¿Y qué gente es aquella que desciende
Abundando de fértiles ganados,
Fingiendo montes y nevando prados?

JACOB.

Un presente, señor, que te enviaba
Para que hallase aqueste siervo tuyo
Gracia en tus ojos.

ESAÚ.

Tuyo, hermano, sea;
Que yo, gracias al cielo, soy muy rico,
Pues halla apenas mi ganado fértil
Hierba en los prados y aguas en los ríos.

JACOB.

No importa, hermano, que esto que te ofrezco
Es debido al amor; recibe agora
Parte del bien que recibí del cielo:
Tu rostro vi como deidad divina:
No me niegues tu paz y tu consuelo.

ESAÚ.

Seguramente á donde vas, camina:
Yo quiero acompañarte.

JACOB.

Aunque tu celo
Librarme de peligros determina,
No te podré seguir, y así te ruego
Vayas delante, y mi familia luego.

ESAÚ.

Pues quédense contigo mis criados.

JACOB.

No es necesario: vuélvete contento,
Porque han de ir poco á poco mis ganados.

ESAÚ.

Yo me parto con justo sentimiento.

JACOB.

Yo con mis hijos, de tu vista honrados,
Buscaré de mi casa el fundamento.

ESAÚ.

Adiós, Jacob.

JACOB.

Adiós, hermano mío.

ESAÚ.

Eterna paz de nuestro amor confío.

Vanse.

Sale el príncipe Siquen, de caza.

SIQUEN.

Aguarda, espera, tente:
Hacia la fuente corre
Así la cierva: el corazón le abrasa:
Ya se baña en la fuente:
Ya el agua la socorre,
Y de la arena al corazón la pasa;
No fué su ninfa escasa,
Que en abundante copia
De su cristal la ciñe,
Aunque ingrato la tiñe
Por dos heridas de su sangre propia,
Pensando ya las flores
Que se ven en el agua sus colores.
¡Dulce, noble ejercicio,
Digno en rëal sujeto,
La caza á toda edad de quien cobarde
Huye el amor, el vicio:
¡Oh príncipe discreto
El que de vana ociosidad se guarde!
Aquí, cuando la tarde

Anuncia Venus bella,
Como diamante solo,
Que brilla en aquel polo,
Hasta que vuelva á ser del alba estrella,
Recogida mi gente
Yace á esperar el claro sol ausente.
Mas luego que desciende
La blanca y roja aurora,
Con pies de rosa la celeste grada,
Y en su guedeja tiende
Febo el laurel que adora,
De que tiene la frente coronada,
Sale del arco armada
Venablo y jabalina,
Y por la verde selva,
Hasta que él mismo vuelva
Á conducir la estrella vespertina,
Y no permite fiera
Del monte al mar, en prado ni en ribera.
Amor, de quien se queja,
Por tu término injusto,
La común opinión de los mortales,
Aquí las armas deja;
Que tan honesto gusto
Vence tus bienes y huye de tus males;
Si son tus bienes tales,
Que en males se convierten,
Adoren ignorantes
Tus bárbaros semblantes,
Pues cuando más en tu fortuna acierten,
No hay á quien no prometa
Trágico fin después de vida inquieta.

Suenan dentro esquilas de ganados, como que pasan, con ruido de pastores.

Dentro.

BATO.
Rito, por aquí, cachorro;
Rito, manso, por aquí.

Dentro.

RUBÉN.
Ataja esotros, Leví.

Dentro.

LEVÍ.
Corre tu, Bato.

BATO.
Ya corro:
Verá dónde va el manchado;
Yo os voto al sol.

RUBÉN.
Corre, Dan.

SIQUEN.
¡Bravo escuadrón! ¿Dónde irán
Tanto camello y ganado?
Éstos, forasteros son
Por el traje y por las señas;
Los prados parecen peñas.

BATO.
Torna de aquí, Zabulón;
Recógelos, Isacar;
Que va lejos Neptalín.

SIQUEN.
No tiene el ganado fin;
Cansado estoy de mirar;
El dueño debe de ser
Algún rico mayoral.

RUBÉN.
Acércalos al canal:
Mira que quieren beber.

Salen Rubén y Leví.

RUBÉN.
No está lejos la ciudad;
Que ya sus muros se ven.

LEVÍ.
¡Hermosos campos, Rubén!

RUBÉN.
En tanta fertilidad
Bien nuestra hacienda medrara.

LEVÍ.
Allí he visto un cazador
Con hábito de señor
Y que á mirarnos se para.

SIQUEN.
¡Ah, señores forasteros!
¿De dónde viene el ganado?

LEVÍ.
De Mesopotamia viene,
Y de sus fértiles campos.

SIQUEN.
¿Quién es el dueño?

LEVÍ.
Es Jacob,
Hijo de Isaac, más nombrado
Por su abuelo que por él;
Que más de una vez temblaron
Reyes, del fuerte Abrahám,
Desde Selín á Damasco.

SIQUEN.
¿Quién sois vosotros?

LEVÍ.
Sus hijos,
Que acompañándole vamos.

SIQUEN.
¿Tantos sois?

LEVÍ.
Once varones.

SIQUEN.
Bendiga el cielo sus años.

LEVÍ.
Y una hembra, que pudiera
Ser del sol vivo retrato,
Pues ella le gana en alma
Lo que él le aventaja en rayos.

SIQUEN.
¿Dónde pasa?

LEVÍ.

Va á su tierra,
Aunque desta aficionado:
Es ido á hablar á su Rey,
Que quiere comprarle un campo
Donde vivir con sus hijos.

SIQUEN.

Las nuevas que me habéis dado
Son para mí las mejores
Que jamás imaginaron
Mi pensamiento y deseo;
Que de huésped tan honrado
Se honrará nuestra ciudad.

RUBÉN.

¿Sois vos de aquí ciudadano?

SIQUEN.

Soy el príncipe Siquen.

LEVÍ.

¡Señor!

SIQUEN.

Los pies no: los brazos.

LEVÍ.

Honráis á los que ya viven
Para ser vuestros criados.

SIQUEN.

¿Con mi padre está Jacob?

LEVÍ.

Sí, señor; y concertando
Que le dé tierra en que viva.

Salen Bato y Leazar.

BATO.

De contento salto y bailo.

LEAZAR.

Y yo, ¿cómo te diré
El regocijo que traigo?

LEVÍ.

¿Qué es esto, Bato?

BATO.

Á la fe,
Que ya quedan concertados
Para vivir en Siquen
El rey Emor y mi amo.
Por este campo que veis,
Donde con árboles altos
Se guarnece aquel arroyo,
Hijo de aquellos peñascos,
Le dió cien corderos tiernos,
Que parecían manchadas
Nubes al ponerse el sol,
Con cercos blancos y pardos.
Ya manda poner las tiendas
Jacob; ya nosotros vamos
Á cortar, con sauces verdes,
Alisos y álamos blancos.
Ya se humillan los camellos
Al suelo para quitallos
Los cofres de vuestra hacienda,
Y oprimen la hierba al prado.
Ya dividen las familias,
El primer lugar dejando
Á ti, Rubén, los distritos
De sus estancias en cuadros.
Ya Simeón, Leví y Judá,
Bueno entre tantos hermanos,
Isacar y Zabulón,
Hijos de Lía, apartaron
Sitio en que labrar sus casas,
Á los de Bala dejando
Lugar, Dan y Neptalín,
Y á los de Zelfa en un árbol,
Que son Gad y Aser, señalan
La traza que han de ir labrando.
De aquella parte, Raquel
Con Josef, el más amado
De Jacob, como el más tierno,
Ocupa sus blancas manos
En ir previniendo ropa.
Todos, en fin, ocupados
En diferentes oficios,
Y Jacob, piadoso y santo,
En erigir un altar
Á nuestro Dios soberano,
Está invocando su nombre
Con oloroso holocausto.

LEVÍ.

Señor, con licencia tuya,
Los dos á ayudarle vamos;
Que después habrá ocasión,
Pues ya somos tus vasallos,
Para servirte.

SIQUEN.

Quisiera,
Amigos, acompañaros
Á fábricas tan gustosas;
Pero mirad lo que valgo
Para hermano y para amigo,
Porque desde aquí me llamo
Hijo de Jacob también.

RUBÉN.

En todo quieres honrarnos.

Vanse, y quedan Bato y Leazar.

LEAZAR.

Parece que nos reciben
Todos con un mismo agrado;
Hasta las flores del prado,
Si las pisamos, reviven.
Las fuentes, en sus corrientes,
Por vernos se dan más prisa,
Tanto, que muestran de risa
Las guijas blancas por dientes.
Aquí sí, Bato, á la fe
Que hemos de vivir con gusto.

BATO.

Yo traigo cierto disgusto
En tanto bien.

LEAZAR.

¿Tú? ¿De qué?

BATO.
No es cosa para decir;
Son para sentir no más.
LEAZAR.
¿Á mí no me la dirás
Para ayudarte á sentir?
BATO.
Tengo cierta enfermedad.....
LEAZAR.
¿Enfermedad?
BATO.
¿Quién creyera
Que el buen Bato no comiera?
LEAZAR.
No es pequeña si es verdad.
Mas ponte, Bato, en el pecho
Unos ajenjos.
BATO.
Si fuera
Mi mal en el cuerpo, hubiera
Algún medio de provecho.
LEAZAR.
¿Pues dónde tienes el mal?
BATO.
En el ánima, de suerte
Que sólo podrá la muerte
Sacarme de andar mortal.
LEAZAR.
No te entiendo.
BATO.
Yo tampoco;
Mas dime, ¿qué puede ser
Un pesar con un placer,
Y un sentido cuerdo y loco?
¡Tengo un alegre dolor,
Tengo un dañoso provecho!
LEAZAR.
¡Pardiez, Bato, que sospecho
Que tienes.....
BATO.
¿Qué tengo?
LEAZAR.
Amor.
BATO.
¿Amor?
LEAZAR.
Ya no hay que negar.
BATO.
¿Sabes tú á quién quiero?
LEAZAR.
¿Yo?
BATO.
Ni yo tampoco.
LEAZAR.
¿Tú no?
¿Pues cómo puedes amar?
BATO.
Ese es el daño que tengo:
Quiero bien y no sé á quién.
LEAZAR.
Mas que sé que quieres bien
(Si no es que á engañarme vengo)
Á Zelfa la de Raquel.
BATO.
El dimuño te lo dijo
LEAZAR.
No, sino tu regocijo.
BATO.
¿Cómo, si es Zelfa cruel?
LEAZAR.
Ya viene con Dina aquí.
BATO.
¡Qué gallarda moza es Dina!
LEAZAR.
Ya buen marido adivina.
BATO.
Noramala para ti.

Salen Dina y Zelfa.

ZELFA.
¿Agrádate la ciudad?
DINA.
Bien quisiera entrar en ella.
ZELFA.
De muros y puertas bella,
Constituye autoridad.
DINA.
Con amor ha recibido
Á mi padre el rey Emor.
ZELFA.
Es con el nombre de amor
El de su rey parecido.
Aquí están Bato y Leazar.
DINA.
¿Pues, Bato, ya no te quejas
De que no hallan las ovejas
Dónde puedan repastar?
BATO.
¿Cómo? Si en aquestos prados
Ha echado su bendición
El cielo, y en ocasión
Tan fuerte, á nuestros ganados,
Que venían del camino
Perdidos.
DINA.
¿Quién de vosotros
Vió la ciudad?
LEAZAR.
En nosotros
Fuera el verla desatino;
Que no podemos dejar
Un solo instante el ganado.
DINA.
Mucho me la han alabado;
Esta tarde pienso entrar.
BATO.
Á lo menos la hermosura
De sus damas.....
LEAZAR.
¿Qué belleza
Formó la naturaleza,

Autora de la pintura,
Que á la tuya se compare?
Si hermosura quieres ver
Á donde todo el poder
De naturaleza pare,
Haz á tu espejo ciudad
Y pon los ojos en él.

DINA.

Deja, Leazar, á Raquel,
Esa divina beldad;
Que ya me conozco yo;
Pero con justo deseo
Veré estas damas; que creo
Que el cielo en ellas formó
Una copia natural
De su divina hermosura,
Fuera de la compostura
De su traje artificial.
Sin esto alaban también
Sus bailes, música y danzas.
Tal donaire en las mudanzas
Y en las canciones se ven.
Somos, Leazar, las mujeres
Amigas de ver.

LEAZAR.

Á fe,
Su condición.....

BATO.

Á la fe,
Que darlas envidia quieres;
Que si vas á la ciudad,
Cierto estoy que sus vecinos,
Viendo tus ojos divinos,
No ha de quedar voluntad.
Pues si va Zelfa contigo,
¡Ay de los que la han de ver,
Y ay de mí!

ZELFA.

Bato, á placer,
¿Pues tú lisonjas conmigo?

DINA.

No deben, Zelfa, de ser
Lisonjas; creerle puedes;
Que Bato te tiene amor.

ZELFA.

Conozco que amor me tienes,
Pero quien fué de tu padre,
Con esa gloria se quede;
Que yo no quiero casarme.

BATO.

Ni yo, mas de que tú pienses
Que es verdadero mi amor,
Ya que mi amor no agradeces.

ZELFA.

¿En qué veré yo que es firme?

DINA.

¿Poca prueba te parece
El amarte aborrecido?

ZELFA.

Ahora bien; si tú me quieres
Con la lealtad que publicas,
Haz por mí una cosa.

BATO.

Advierte
Que no ha de haber imposible
Donde mi verdad no pruebes.

ZELFA.

Está detrás destos sauces
Una peregrina fuente,
Que es fama en aquesta tierra
Que hace hermosas las mujeres.
Algunas horas del día
La guarda una grande sierpe;
Pero otras la deja sola,
Que el sustento la divierte
Por esos peñascos altos,
Que, coronados de nieve,
Templan los rayos del sol,
Que en su plata resplandece.
Si me tienes tanto amor,
Parte, Bato, y trae en breve
Para Dina, mi señora,
Del agua de su corriente;
Que la causa de ser bellas
Y que el Asia las celebre
Las mujeres siquimistas,
Es el agua de la fuente.

BATO.

¿Sierpes dices que hay allí?

ZELFA.

Pues bien, ¿qué importa? ¿No tienes
Amor?

BATO.

Sí que tengo amor,
Ni quiere amor que le niegue;
Mas de sierpes á esta parte
Suele haber inconvenientes
Donde suele amor helarse,
Como en gustos encenderse.
¿No me pudieras pedir,
Zelfa, el pájaro celeste,
De los cabellos del sol,
De las cabrillas la leche,
Las menguantes de la mar,
De la luna las crecientes,
Plumas de los cuervos blancos,
Pollos del arabio fénix,
Sino esta agua serpentina?

DINA.

Bato, quien ama no teme;
Que cuanto se intenta amando,
Prósperamente sucede:
Camina, que esto es amor.

BATO.

Ya voy, mas mira que ruegues
Al cielo, que vuelva vivo:
Escucha, Leazar.

LEAZAR.

¿Qué quieres?

BATO.

¿Sabes algunas palabras
Contra sierpes?

LEAZAR.
Cuando llegues
Dile que eres de Jacob.

BATO.
¿Pues conócenle las sierpes?

LEAZAR.
¿Eso dudas?

BATO.
¡Voy temblando!
Que pidan otras mujeres
Dineros, vaya: que en fin
Se los dará quien los tiene;
Pero para estas hermosas,
¿Agua que sierpes defienden?
¡Yo soy muerto! ¿Cuánto va
Que me zampuza en su vientre?

Vase.

ZELFA.
Leazar, para que mejor
De aqueste necio me vengue,
Ponte detrás de los sauces.

LEAZAR.
Voy.

ZELFA.
Con el suceso vuelve.

Salen rey Emor, príncipe Siquen, Jacob y sus hijos.

EMOR.
Contento quedo, Jacob,
De tener tan noble huésped;
Y ojalá que mi ciudad
Tan apacible te fuese,
Que la hicieses propia patria.

JACOB.
Hácesme tantas mercedes,
Que si la patria, señor,
Es adonde están los bienes,
La tuya será la mía.

EMOR.
Alégrame hablarte y verte:
¡Lindos hijos te dió el cielo!
¡Hermosa familia tienes!
Á la fama anticipadas,
Tu vista y la suya vence.
Desde Rubén á Josef
Miro tus hijos, que pueden
Serlo del sol, aunque más
Tu nombre los engrandece.
Mi ciudad y mi palacio
Son tuyos; manda; que puedes
Como mi propia persona.

JACOB.
Honrar tus esclavos quieres.

SIQUEN.
¡Qué bella mujer! ¿Quién es

Habla con Leazar.

Esta señora?

LEAZAR.
¿No adviertes
Que es también de Jacob hija?

SIQUEN.
Tiene tan bellas mujeres,
Que pudiera serlo suya.

LEAZAR.
No será justo que emplees
En aquellas canas blancas
Años, Príncipe, tan verdes.

SIQUEN.
¡Cielos! Desde que mis ojos
Vieron luz, decir no pueden
Que tal belleza miraron.

EMOR.
¿Á dónde erigido tienes
El sacro altar á tu Dios?

JACOB.
Al pie de aquestos laureles.

EMOR.
Llega á hacer tu sacrificio
De la manera que sueles.

SIQUEN.
Si yo lo hiciera á algún Dios,
Dina el del alma merece.

Descúbrese un ara con un corderillo en leña.

JACOB.
Dios de mi padre Abraham,
Admite piadosamente
Mi sacrificio, Señor,
Y el alma en palabras breves.

Baje una nubecilla de arriba, que habrá cuatro cuarterones, y encienda el sacrificio con fuego que traiga dentro.

SIQUEN.
Mientras estos sacrifican
Al sagrado Dios que tienen,
Yo el alma á tus ojos, Dina.

EMOR.
Jacob, tus pastores vienen:
Descansa.

JACOB.
Hablando á mi Dios
Tengo mi descanso siempre.

DINA.
¿Este es Siquen?

LEVÍ.
Este es hijo
Del Rey.

SIQUEN.
¡Cielos, socorredme,
Que me llevan unos ojos,
Sin querer, donde ellos quieren!

Vanse, y Siquen mirando á Dina, con que se da fin al acto primero.

ACTO SEGUNDO

Salen Simeón, Leví y Rubén.

RUBÉN.
Notable fiesta.
LEVÍ.
Es el día
En que celebran, Rubén,
Á Astarte los de Siquen.
RUBÉN.
Saliendo van á porfía
Del muro de la ciudad
Al campo.
LEVÍ,
Su templo tienen
En él.
SIMEÓN.
¡Qué engañados vienen!
¡Qué ciega gentilidad!
LEVÍ.
Pienso que esta diosa Astarte
Es la diosa del amor.
RUBÉN.
En su dórica labor
Halló su término el arte.
¡Qué bellos mármoles parios!
¡Qué de pórfidos y jaspes!
LEVÍ.
No pienso yo que el Hidaspes
Los vió en su margen tan varios.
RUBÉN.
¡Qué bien hechos capiteles
Lustroso bronce remata!
SIMEÓN.
Y la cornisa retrata
Armas, trofeos, laureles,
Que á darle tal gracia vienen
Entre las varias molduras.
LEVÍ.
¡Qué bien labradas figuras
Sus intercolunios tienen!
SIMEÓN.
¡Que adoren estos gentiles
Dioses de bronce y madera!
LEVÍ.
Alegre su fiesta viera
Á no estar nuestros rediles
Tan maltratados, Rubén,
Y los ganados expuestos
Á los robos manifiestos
Que por instantes se ven.
Acudir á los pastores
Son para nosotros fiestas.
RUBÉN.
Tienes razón: gocen destas
Sus engañados errores:
Á nuestros ganados vamos.
SIQUÉN.
En parte, Leví, me ofenden,
Que coronados descienden
De laureles y de ramos.

Siquen y Alfeo.

ALFEO.
Tanto te llevó tras sí,
Príncipe, la bella hija
De Jacob?
SIQUEN.
Ya no hay quien rija
Sin ella la vida en mí;
Ella es el alma que anima
Este sujeto que informa;
Ni hay otra esencia ni forma
Que en esta materia imprima.
Pero tan guardada vive
De su padre y sus hermanos,
Que á mis pensamientos vanos
Vana esperanza apercibe.
LEVÍ.
Al templo viene Siquen:
Vamos antes que nos vea.
RUBÉN.
Notablemente desea
Nuestra amistad.
LEVÍ.
Hace bien;
Que le hemos adornado
La ciudad.
SIQUEN.
La fiesta suena:
Camina; que me da pena.
La soledad del ganado.

Vanse.

La Música, y los que puedan, con ramos y guirnaldas y un baile de gitanas.

Música.
En las mañanicas
Del mes de Mayo,
Cantan los ruiseñores,
Retumba el campo.
En las mañanicas,
Como son frescas,
Cubren ruiseñores
Las alamedas.
Ríense las fuentes
Tirando perlas
Á las florecillas
Que están más cerca.
Vístense las plantas
De varias sedas;
Que sacar colores
Poco les cuesta.
Los campos alegran
Tapetes varios,
Cantan los ruiseñores, etc., etc.

Sale Dina, bizarra, con rebocillo y sombrero de plumas y un velo de plata, y Zelfa.

ZELFA.
¿Agrádante las mujeres?
DINA.
Por todo extremo me agradan;
Y más aquestas del baile
Con hábito de gitanas.
ZELFA.
No tienes tú que envidiar
Cuando les haces ventajas,
Como á la arena la perla,
Como á la tiniebla el alba.
DINA.
Lindos trajes me parecen,
Lindos talles, lindas caras,
Lindos movimientos, Zelfa;
Que bien sabes que la gracia
De la mujer es el aire,
Y aquel compás en que anda
El movimiento del cuerpo.
ZELFA.
Estas mujeres se tratan
Como damas de ciudad.
DINA.
Pues yo, Zelfa, no soy dama;
Mi padre y hermanos son
Pastores: ganado guardan.
Lía, mi madre, salía
Al campo en Mesopotamia;
Cuando mi padre Jacob,
Vió á Raquel, iba por agua
Á un pozo que fué testigo
De sus primeras palabras.
ZELFA.
¿Qué importa, si fué tan bella,
Que solamente en mirarla
Lloró Jacob?
DINA.
Fué muy tierno:
Siempre ha tenido esa tacha.
ZELFA.
Hablas con celos de Lía.
DINA.
Ya sé que fué la estimada
Raquel, mi tía: ya sé
Lo que mi padre la amaba;
Pero mira que seis hijos
Le ha dado, honor de su casa,
Y Raquel sólo á Josef.
ZELFA.
Sí; mas del cielo alcanzó (1)
La bendición de ser fértil;
Que sabes lo que le falta
Pues ya su parto se espera.
DINA.
Tiene Jacob muchas canas.

(1) Falta la asonancia.

ZELFA.
Hay campos, Dina, que valen
Más al tiempo que se acaban,
Que otros que verdes comienzan.
DINA.
No lo entiendo.
ZELFA.
Oye, que cantan.

Cantan:

Sale el Mayo hermoso
Con los frescos vientos
Que le ha dado Marzo
De céfiros bellos.
Las lluvias de Abril
Flores le trujeron:
Púsose guirnaldas
En rojos cabellos.
Los que eran amantes
Amaron de nuevo,
Y los que no amaban
Á buscarlo fueron.
Y luego que vieron
Mañanas de Mayo,
Cantan los ruiseñores,
Retumba el campo.
CRISALDO.
Llegad todos á la diosa
Y esos ramos ofreced
Para que os haga merced,
Dulce, alegre y amorosa.

Descúbranla en un altar.

FENICIA.
Recibe, divina Astarte,
Aqueste ramo de flores.
DINA.
¡Qué disparates!
ZELFA.
¡Qué errores!
FENICIA.
Sólo quiero suplicarte
Me des un marido tal,
Que no crea lo que viere,
Y á lo que yo le dijere
Dé siempre crédito igual.
No de aquellos sin razón
Que son necios y feroces,
Sino de bronce á mis voces,
De lana á mi condición.
Mil galas me mande hacer:
Mírese en mí como espejo;
Y no sea mozo ni viejo,
Que es la virtud del querer.
LISENA.
Yo, madre del niño Amor,
Estos ramos te presento:
Nó tener marido intento,
Sino tener tu favor.

Deseo aumentar mi hacienda:
Enséñame gracias tales,
Que los fríos pedernales
De mis amantes encienda;
Y muestren tanta porfía
Por las gracias que me des,
Que todos, dentro de un mes,
Pasen su casa á la mía.

CRISALDO.

Diosa, yo vengo á pedirte
Mujer, pero de tal modo,
Que yo sea el todo, que en todo
Quiero ser tuyo y servirte.
No ha de salir un instante
De mi voluntad, señora;
Una palabra en un hora
No ha de hablar, y ésa importante.
No ha de picar en discreta,
Porque bachillera es cosa
Terrible, fuerte, enfadosa;
Sino entre simple y sujeta.
Galas, ni por pensamiento,
Porque suelen provocar;
Solamente ha de tratar
De mi regalo y sustento.
Con verdes años logrados
Quiero que mujer me importe;
Que no hay cuchillo que corte
Con los aceros gastados.
Tú, diosa, sabes qué engaños
Suele un casamiento hacer;
Esto te pido, mujer,
Que no dure muchos años.

Cintio, vejete.

CINTIO.

Diosa de amor, que naciste
De las espumas del mar,
Á tu templo vuelvo á dar
Los favores que me diste.
Cuelgo las fuerzas aquí,
Que ya servirme no pueden,
Porque para mozos queden,
Pues ya no soy lo que fuí.
Cuelgo aquí los verdes años
Y las esperanzas vanas,
Pues no hay en el mundo canas
Que puedan hacer engaños.
Cuelgo los necios favores
Que se llevaron mi edad,
La espuela y la voluntad,
Los celos y los amores.
Cuelgo mujeres que amadas
Fueron de mí, y sus placeres,
Y aun es bien, pues las mujeres
Parecen muy bien colgadas.
Otros gocen de mis gozos:
Ya me despido del verte,
Porque bien sabe la muerte
Cuáles son viejos y mozos.

CRISALDO.

Ea, bailad y cantad;
Toca, Lidio, ese instrumento,
Y con el mismo contento
Volvamos á la ciudad.

Música.

En las mañanicas, etc.

Vanse.

ALFEO.

He estado considerando
Que como fuera de ti,
Siquen, has estado allí
La forastera mirando.
¿Es ésta Dina?

SIQUEN.

Sí, Alfeo;
Que con el velo de plata,
Como el sol por nubes, mata
Mi mal guardado deseo.
Sin duda que á ver salió
Las mujeres de Siquen.

ALFEO.

Ella te mira también.

SIQUEN.

Soy muy diferente yo:
Que ella con los ojos mira
Por vana curiosidad,
Y yo con la voluntad
Que por sus ojos suspira,

ALFEO.

Pienso que se quiere ir.

SIQUEN.

No del alma adonde está,
Porque primero querrá
Verme por ella morir.

DINA.

Ya estoy cansada de ver
La variedad que se ofrece.

ZELFA.

Milagro, Dina, parece,
Siendo, como eres, mujer.

DINA.

Volvamos á nuestra casa.

SIQUEN.

Señora, un poco esperad;
Que desde aquí á la ciudad
Largo camino se pasa.
En mi carroza podréis
Ir con más descanso y gusto.

DINA.

Recibiera, por ser justo,
Ese favor que me hacéis
(¡Oh, príncipe, mi señor!),
Si mi estado permitiera
Que de vos le recibiera.

SIQUEN.

Vos me hiciérades favor.

DINA.

Yo vengo aquí disfrazada;

Suplícoos que me dejéis:
Mirad que ocasión daréis
Para ser vista y notada;
Que mi padre no ha sabido
Deste atrevimiento.

SIQUEN.

Agora
Vuestros hermanos, señora,
Á sus ganados han ido;
Y Jacob no ha de salir
Á buscaros cuidadoso.

DINA.

Quien es de su honor celoso
Mucho suele ver y oir.
No deis causa, por mis ojos,
Para que sepan quién soy.

SIQUEN.

Vos me dais la que yo os doy,
Y ellos me dan más enojos.
Corred á su sol el velo:
Dejad que amanezca en mí,
Que desde el punto que os vi
Soy noche bañada en hielo;
No permitáis que ese cielo
Cubra esa nube de plata,
Á mi pensamiento ingrata;
Que mata con más rigor
Quien viene como traidor,
Que quien descubierto mata.
¿De qué sirve que penséis
Que con tan flaca defensa
Podéis dilatar la ofensa
Que con ese sol me hacéis?
¿Ó cómo matar podéis
Con las armas encubiertas
Y hacer heridas tan ciertas?
Descubridlas, que es razón;
Pues será menos traición
Si las tenéis descubiertas.
Luego que os vi, mi deseo
Salió al paso á mi temor,
Porque dijo que mi amor
Era digno deste empleo:
No pensé veros: ya os veo:
Gozar quiero la ocasión:
Pagad mi justa afición;
Rey soy, ¿qué podéis perder,
Pues reina vendréis á ser
En esta transformación?
Dina hermosa, quered bien
Á un hombre de mi valor,
Pues no hay disculpa en amor
Como el emplearse bien;
Que responder con desdén
Contradice á la belleza
Que os dió naturaleza;
Que la divina hermosura
Ha de producir blancura,
Y la fealdad aspereza.

DINA.

Príncipe, mucho me admiro
Que por ligeros antojos,
Oséis hablar á los ojos,
Con que tan cubierto os miro,
Y si de vos me retiro
Con tan poca cortesía,
No será por culpa mía;
Que es respeto y querer bien,
Ejecutarla con quien
Prueba el alma su hidalguía.
Conozco vuestra grandeza,
Y vos quién soy conocéis,
Y si mayor la tenéis,
Os obliga á más nobleza:
No tengo por gentileza
Arrojarse por antojos
A dar á la causa enojos,
Porque no es discreto empleo
Querer que llegue el deseo
Tan presto como los ojos.
Jacob, nieto de Abraham,
(Que esta tierra el nombre sabe),
Me dió abuelo ilustre y grave:
Ya sabéis que fué Labán;
Y que once hermanos me dan
Tan soberano valor,
Que el respeto del menor
Os puede tener á raya,
Por más que atrevido vaya
Vuestro amor contra su honor.
Dejad, pues, el pensamiento
Desta invención amorosa,
Porque al principio no hay cosa
Rebelde al entendimiento:
Allá trataréis de asiento
Lo que os estuviere bien;
Y estad muy cierto que á quien
Todo lo quiere en un día,
Ni es desamor la porfía,
Ni ingratitud el desdén.

SIQUEN.

Teneos; que no sabéis
La fuerza de la hermosura,
Si el espejo no os procura
Desengañar cuando os veis:
¿Con qué esperanza queréis
Que de vos pueda apartarme?

DINA.

Con esperanzas de hallarme
Donde pueda defenderme
De quien viniere á quererme,
Si sois vos, para engañarme.

SIQUEN.

Buena esperanza me dais:
Muy bien viviré sin vos.

DINA.

Después veremos los dos
Si me agradáis ó cansáis.

SIQUEN.

No quiero que remitáis
Á otro acuerdo mis enojos:
Hablen aquí mis antojos;

Que si en aquesta conquista
Os pierde el alma de vista,
¡Mal año para mis ojos!

DINA.

Ése venga por los míos,
Si vuestras palabras creo.

SIQUEN.

Vos haréis que mi deseo
Venga á tales desvaríos,
Que veáis mis ojos ríos
Y toda mi alma fuego.

DINA.

Dejad que me vaya os ruego.

SIQUEN.

Vos no debéis de saber
Que el amor, después de ver,
Queda para siempre ciego.

DINA.

Yo sé que os reportaréis
Y me dejaréis pasar;
Que voy agora á mirar
Las cosas que vos no veis:
Mil hermosuras tenéis
Y las dejáis, mas no fuera
Mi novedad forastera,
Si no os diera más deseo.

SIQUEN.

Fuera del cielo, no creo
Que vuestra hermosura viera;
Dios se ha retratado en vos
Con el pincel más sutil.

DINA.

Hablad bien; que sois gentil
Y no conocéis á Dios.

SIQUEN.

Por vos conozco á los dos,
Y por vos vengo á creer
Que poder que os pudo hacer
Merece ese nombre santo;
Que si no pudiera tanto,
Vos lo pudiérades ser.
Si os hizo el Dios que tenéis,
¿Por qué mis dioses adoro?
¿Por qué de Dios no mejoro,
Y quiero el que vos queréis?
Pues que á Dios (de quien habéis
Tenido el ser que ilustráis)
De fuerte autorizáis
Y advertís grandeza en él,
Que os he de tener por él
Mientras no me lo mostráis.
Jacob no ha venido aquí
Para amistad de los dos,
Sino á darme un Dios en vos
Viendo que no hay Dios en mí.
Bárbaro hasta agora fuí;
Dadme, señora, ese Dios,
Ó diré que tenéis dos;
Que cuando esos ojos veo,
Que tenéis dos dioses creo
Y que está su cielo en vos.

DINA.

Príncipe, ya de la gente
Soy notada, como veis:
Después hablarme podéis.

SIQUEN.

Detente, ingrata, detente.

ALFEO.

¿Y vuestra crueldad no siente
Que yo también alma tengo?

ZELFA.

Sí, mi señor, luego vengo.

Vanse las dos.

ALFEO.

Fuéronse: no hay que esperar.

SIQUEN.

Habrá que desesperar,
Pues que la vida entretengo.
¿Por qué las dejé partir?

ALFEO.

¿Cómo excusarlo podías?

SIQUEN.

¿Vanse á casa?

ALFEO.

No se van:
Curiosidad las olvida.
¿No ves cómo se entretienen
En las damas siquimistas?
¿No ves con qué espacio y gusto
Trajes y hermosuras miran?
No te ha tratado muy mal
Para primera visita.

SIQUEN.

Eso fuera si mi amor
Y mi loca fantasía
Quisiera, Alfeo, esperar
Los discursos de los días:
Ya sé yo que hay esperanzas,
Favores, papeles, firmas,
Tejas, noches y criadas,
Amistades y visitas;
Mas ya mi amor no es amor.

ALFEO.

¿Pues qué?

SIQUEN.

Furia.

ALFEO.

No lo digas.

SIQUEN.

¡No puedo más!

ALFEO.

¿Como no,
Si tantas razones miras?

SIQUEN.

Amor no mira en razón.

ALFEO.

Advierte que Dina es hija
De un hombre como Jacob.

SIQUEN.

Y mi amor, sin culpa mía,

¿No es hijo de su hermosura?

ALFEO.

Sus hermanos más estiman
Su honor que tu tierra.

SIQUEN.

Advierte
Que en extremo le fastidian
Los consejos á quien ama,
Y más si se determina.

ALFEO.

¿Qué quieres hacer?

SIQUEN.

Robarla.

ALFEO.

¿Robarla?

SIQUEN.

¿Es cosa inaudita
En las historias del mundo?

ALFEO.

Lo que tú intentas sería
Afrenta de las historias.

SIQUEN.

Necio estás.

ALFEO.

Tu amor me incita.

SIQUEN.

Historias he visto yo
Que dicen que cierto día
Unas criaturas de Dios,
Que eran la hermosura misma,
Quisieron robar el cielo;
Y otras, que dicen que había
Unos armados gigantes
Que á su esfera se subían
Con una torre de piedra.

ALFEO.

¿Y no dicen que castiga
El cielo á quien se le atreve?

SIQUEN.

Esos gran culpa tenían;
Pero yo, que robar quiero
Una mujer que me anima
Con su hermosura, ¿qué debo
Á los cielos que la crían?
Cuantas cosas Dios crió,
Son para el hombre: camina;
Que antes que llegue á su casa
He de llevarla á la mía.

Vanse.

Sale Bato.

BATO.

Amor, que en toda tu vida
Diste placer sin pesar,
¿Dónde pensabas llevar
Una esperanza perdida?
Amor, largo en prometer
Y temeroso en cumplir,
Si eres valiente al decir,
¿Por qué cobarde al hacer?
Prometiste locamente
Á Zelfa aquel agua pura,
Aumento de la hermosura,
Si hay agua con que se aumente.
Y agora, que estás mirando
Bullir en céspedes verdes
Su cristal, ¿el valor pierdes
Y estás de llegar temblando?
Pero no falta razón
Si una sierpe la defiende;
¿Qué haré, que Zelfa pretende
Mi desdicha y perdición?
¿Cuánto mejor me sería
Llevar otra agua cualquiera,
Que ser de una sierpe fiera
Sustento mi valentía?
Mas buen ánimo; que amor
Da valor al más cobarde:
La fuente es esta; ya es tarde;
Quiero llegar con valor.

Leazar detrás de los árboles.

Los árboles se menean.
¿Si está aquí la sierpe?

LEAZAR.

Sí.

BATO.

¡Habló la sierpe, ay de mí!
¡Que siempre mujeres sean
Las desdichas de los hombres!
¡Tiemblo del cabello al pie!
Señora sierpe, ¿podré
Llegar?

LEAZAR.

Llega y no te asombres.

BATO.

Ya entiendo: sin duda intenta
Echarme dentro en llegando.

LEAZAR.

Llega. ¿De qué estás temblando?

BATO.

Esto no quiere que sienta.
¡Déjeme, por Dios, coger
Del agua de la hermosura!

Rubén, Simeón, Leví.

RUBÉN.

Más adelante, más pura
Presumo que ha de correr.

LEVÍ.

Mientras más vamos buscando
El origen desta fuente,
Más clara está su corriente
Y más se va dilatando.
¡Grande ventura sería
Ser del ganado capaz,
Y poder traerle en paz
Á su cristal cada día!

BATO.

Gente viene ¡qué ventura!

Y la de Jacob parece.

SIMEÓN.

Entre estos lirios ofrece
Más claridad y frescura.

LEVÍ.

¡Qué márgenes tan amenas!

RUBÉN.

¡Qué sitio tan delicioso!

SIMEÓN.

¡Qué arroyo tan sonoroso!

LEVÍ.

Aquí danzan las arenas,
Y les hace el agua el son,
Que contra su natural,
Como las viste cristal,
Presumen que perlas son.
Pero allí se ve un pastor;
Éste el principio sabrá
Desta fuente.

RUBÉN.

¡Hola! ¿Quién va?

BATO.

¡Éste es Rubén, mi señor!
¿Ya desconocen á Bato?
¿No me ven?

RUBÉN.

¡Bato! ¿Tú aquí?

BATO.

Á la fe, mis amos, sí;
Que ya en aventuras trato.
Desvíense, que hay aquí
Una sierpe.

LEVÍ.

¿Sierpe?

BATO.

Y tal,
Que habla.

LEVÍ.

¡Ignorancia igual
Sólo pudo hallarse en ti!

BATO.

¿Luego no saben que es esta
La fuente de la hermosura?

SIMEÓN.

¿Quién te dijo esa locura?

BATO.

¿Cómo locura? Con ésta
Se hacen hermosas las caras
De las mujeres, y tiene,
Contra el que por ella viene,
Una sierpe de dos varas
Que la suele defender.

LEVÍ.

Sí; pero hablar no es posible.

BATO.

Cualquiera mujer terrible
Sierpe se puede volver,
Y hablar, como lo verás,
Con voz clara y temerosa;
Porque es imposible cosa
Que dejen de hablar jamás.

LEVÍ.

Yo, por lo menos, Rubén,
Si es sierpe, haré que responda
Á dos piedras desta honda.

RUBÉN.

Lo mismo haré yo también.

LEVÍ.

Pues ya pongo al lazo piedra.

BATO.

Y yo, ¡voto al sol!

LEVÍ.

¿Á dónde
Dices que está?

BATO.

Aquí responde,
Revuelta en aquella hiedra.

Á los estallidos de las piedras, salga Leazar.

LEAZAR.

¡Quedo, paso: no matéis
Vuestro criado Leazar,
Que á Bato vine á burlar!

RUBÉN.

¿Eres Leazar?

LEAZAR.

¿No me veis?

BATO.

¿Luego tú eres la serpiente?

LEAZAR.

Dina me mandó burlarte
Porque así quiere quitarte
El amoroso accidente.

BATO.

¿Luego aquesta agua no es
La que aumenta la hermosura?

LEAZAR.

No, que burlarte procura.

BATO.

¿Y no hay sierpe?

LEAZAR.

¿No lo ves?

BATO.

Si della no me vengare.....

LEAZAR.

Medrado hubieras, Leazar,
Si te viniera á acertar;
Que no hay trueno que dispare
Rayos, como piedras yo.

BATO.

¡Que Zelfa me burle á mí!
Déjala estar; y aun de ti
Me he de vengar.

LEAZAR.

De mí no;
Que sirvo, y obedecer
Es ley de los que servimos.

LEVÍ.

Sabe, Leazar, que venimos
Cuidadosos de saber
El origen desta fuente;

Que si del monte procede,
Beber el ganado puede
Con canal en su corriente.
Cortad esos fresnos luego,
Y fórmense de tal modo
Que beba el ganado todo
Con mucho gusto y sosiego;
Ó para mayor presteza,
Si estáis de segures faltos,
Destos alcornoques altos
Desnudaréis la corteza:
Alto, pues; á la labor.

LEAZAR.

Vengan los demás también.

LEVÍ.

Llama á esa gente, Rubén.

RUBÉN.

Aquí en el mayor calor
Harán siesta los ganados.

BATO.

Zelfa, ¿serpientes á mí?
Déjala venir aquí.

LEAZAR.

Deja, Bato, esos cuidados
Y aquestos fresnos derriba.

BATO.

Un agua le pienso dar
Con que se venga á mudar
En sierpe de abajo arriba.

Vanse.

Salen Fenicia y Lisena, ya de damas, y Dina y Zelfa.

LISENA.

Descubrid el rostro bien:
Hacednos ese favor.

DINA.

¿Veisme aquí?

FENICIA.

¡Qué resplandor!
No parece el sol tan bien.

DINA.

Queréisme favorecer
Como mujer forastera.

FENICIA.

Por ángel decir pudiera
Que vos lo debéis de ser.

DINA.

¿Hay ángeles forasteros?

FENICIA.

Si fuera del cielo están,
Pienso yo que lo serán.

DINA.

Gran gusto me ha dado el veros:
¡Qué bien en Siquen vestís!
¡Qué lindos trajes usáis!
¿Qué os ponéis? ¿Con qué os laváis,
Que tan gallardas salís?
Hoy he cobrado afición
Á la gala y policía
Desta ciudad.

LISENA.

No podría
Sino vuestra discreción
Honrarnos desta manera;
Pero donde vos estáis,
Envidia á todos dejáis.

DINA.

Sólo imitaros quisiera:
Muy amiga quiero ser
De las dos; que más de un día
En vuestra casa ó la mía
Nos hemos de hablar y ver.
¿Cómo os llamáis?

FENICIA.

Yo, Fenicia.

DINA.

Fénix sois de la belleza:
¿Vos?

LISENA.

Lisena.

DINA.

¡Qué cabeza!
Bendígaos Dios ¡qué codicia
Me habéis puesto de tocarme
Desta suerte! ¿no sabrás,
Zelfa?

ZELFA.

Tú me enseñarás.

Siquen, Alfeo y cuatro criados.

SIQUEN.

Yo tengo de aventurarme.

ALFEO.

No será por mi consejo.

SIQUEN.

Llegad todos: Dina hermosa,
Y digna de ser esposa
Del sol, que es del tuyo espejo,
Perdona este atrevimiento.

DINA.

¿Qué es esto, Príncipe?

SIQUEN.

Advierte
Que amor no teme la muerte;
Robarte y gozarte intento.

DINA.

Señor, tú eres rey.

SIQUEN.

Dejemos,
Dina, advertimientos vanos.

DINA.

¿Tú pones en mí las manos?
Jacob.....

SIQUEN.

Ociosos extremos.

Tómala en brazos, y los otros sacan las espadas.

ZELFA.

Yo pienso huir, ¡ay de mí!

FENICIA.

Yo lo mismo.

LISENA.
Yo también.
DINA.
¡Hermanos, padre!
SIQUEN.
¡Mi bien!
No hay otro bien para mí.

Vanse y salen Rubén, Simeón y Leví.

RUBÉN.
¿Está puesta la canal?
LEVÍ.
Está firme, y de tal modo,
Que puede el ganado todo
Beber cristal en cristal.

Dentro.

BATO.
¡Rito, acá; cuerpo de lobo!
No le parece al manchado
Que ha de beber, si del prado
No hace primero algún robo.
¡Rito, acá!
SIMEÓN.
Bien van bebiendo:
Bien alcanzan.
BATO.
Verá el blanco
Adonde falta el barranco,
Pues á fe que si desciendo.....
LEVÍ.
No hay cosa para el ganado
Como el agua.
RUBÉN.
Y más aquí,
Que ayer seco le temí,
Y hoy baña en charcos el prado.
LEVÍ.
Como al cuerpo humano dan
Sustento ramos de venas,
Así por sendas arenas
Venas de agua al prado dan.
En fin, hermanos, ansí
El oficio ejercitamos
De nuestros mayores.
RUBÉN.
Vamos
Á jugar un poco allí.
SIMEÓN.
¿Qué juego?
LEVÍ.
Tirar la honda
Ó el arco.
RUBÉN.
Gran tirador
Fué Esaú.
LEVÍ.
Fué cazador.
RUBÉN.
No hay cosa que corresponda
Al oficio pastoral,
Como cazar fieras y aves.
LEVÍ.
Y aun á los príncipes graves,
Pastores de más caudal:
Tomad los arcos, y sea
Aquel terebinto el blanco.
RUBÉN.
Nuestro padre.
LEVÍ.
Suerte en blanco.
Pero ¿qué importa que os vea?

Sale Jacob.

JACOB.
Hijos, volverme quiero
Á la ciudad; que ya será acabada
Su fiesta, y el lucero
Saca la frente, en resplandor bañada,
Del sepulcro del día,
De quien sale también la noche fría:
Voy del agua contento,
Y mucho más de ver vuestro cuidado.
LEVÍ.
Pon, Bato, á ese jumento
Que hoy truje al campo, á nuestro padre amado
Un gabán, en que pueda
Ir como Emor en algodón y en seda;
Y lleve dos conejos
Que cene con Josef y con su madre.
JACOB.
¡Qué dicha de los viejos,
Y mía, ser de buenos hijos padre!
Darte quiero mis brazos.
LEVÍ.
No quiero yo más vida que sus lazos.
JACOB.
Acuérdaseme agora
Cuando á Labán por mi Raquel servía,
Que desde que el aurora
Coronada de púrpura salía,
Hasta que en cercos de oro
Llevaba el sol al indio su tesoro,
Estaba yo pasando
Las horas que el amor llamaba días,
Y los días contando
Por años en mis dulces fantasías,
Los años por edades;
Así á quien ama afligen soledades.
Si alguna vez venía
Al ganado Raquel, quitaba luego
De mi pena aquel día,
Y quedaban mis ansias en sosiego;
Parece que la miro,
Y del temor de lo que fué suspiro.
Suelto el cabello al viento,
Que de una cinta verde coronaba,
Con paso airoso y lento
La hierba apenas al bajar tocaba;
Ni diera en veces tantas

Señal de las sandalias de sus plantas.
¿Pues qué, si algún consuelo
De sus hermosos labios recibía?
Parece que del cielo
Bajaba la esperanza y me decía:
Sirve, Jacob, y espera;
Serví, no me engañó, si bien quisiera.
Libre de vuestro tío,
Después del premio en tanto sufrimiento,
Al agua, al sol, al frío,
Vivo en Siquen tan próspero y contento,
Que ya no ven mis ojos
Materia de esperanzas ni de enojos.
El rey Emor me quiere
Como su hermano; el Príncipe su hijo
Por agradarme muere;
El pueblo, con notable regocijo
Nos desea y recibe:
¡Dichoso aquel que en tal descanso vive!

LEVÍ.

Padre, tú lo mereces,
Y el Dios que te llamó Israel, bien sabe
Que amor y fe le ofreces

JACOB.

Hijos, ya cierra con su negra llave
Al sol la noche tría;
Adiós, hasta que vuelva á abrir el día.

RUBÉN.

Todos, padre, queremos
Acompañarte hasta el camino.

LEVÍ.

Vamos;
Que luego volveremos.

JACOB.

Venga Bato conmigo.

BATO.

Hoy nos vengamos;
Que el amor ofendido
Busca venganzas y previene olvido.

Vanse y sale Dina, suelto el cabello y maltratado, y Siquen.

SIQUEN.

Tente y no vayas ansí.

DINA.

¿Pues cómo quieres que vaya?

SIQUEN.

Mira, mi bien, que descubres
Mi atrevimiento.

DINA.

Mi infamia
No me ha dado más prudencia.

SIQUEN.

Tu hermosura fué la causa;
No juzgues mi atrevimiento,
Dina, de honor en la sala;
Que si el honor es jüez
Y es el relator tu fama,
Testigos esos cabellos
Y las rosas de tu cara,
Aunque el abogado amor
Traiga las leyes humanas,
Me condenarán á muerte.

DINA.

Esa, traidor, te amenaza,
Esa mereces, y yo,
En esa sala sagrada
Del honor, daré mil voces
Que pasen á las más altas,
Donde el cielo te castigue.

SIQUEN.

Mi bien, mi vida, mi alma,
¡Piedad de un hombre que tuvo
Esta loca confianza
En fe de ser tu marido!

DINA.

¿Qué marido? ¿Tú me tratas
De amistad eternamente?
Antes con aquesa daga
Dejara que dos mil vidas
En tus brazos me quitaras.
¿Tú eres noble? No, que á serlo,
Ya que fuera de ti amada,
Conquistaras como noble
Con tus méritos mi gracia;
Pues discreto es imposible;
Que fué necedad extraña
El querer la posesión
Primero que la esperanza.
Fué vicio bárbaro en ti,
De que aquí me desengaña
Tan lastimoso suceso,
No amor, como tú le llamas.
Luego no tendrás disculpa
De tu bárbara arrogancia;
Que fiado en el poder
Has infamado mi casa.
Muchos como tú se fían
En los padres que los aman,
Y en las repúblicas tienen
Las dignidades más altas.
Mas sucede que una noche
(Sin que se sepa), la espada,
Atravesada, les tiñe
De sangre y dolor las canas.

SIQUEN.

Mi bien, con menos rigor.
Advertid que no se trata
De esa suerte los maridos;
De esta violencia no es causa
El poder, sino el amor;
Que si amor nos concertara,
Como vemos cada día
En muchas mujeres que aman,
Y se rinden á los brazos
Sin que lloren sus desgracias,
Ni lloráredes la vuestra
Ni pidiérades venganzas.
Componed vuestros cabellos;
Vos sois mi esposa y mi alma,
Y mi dueño, y mi señora,
Y mi bien, y mi esperanza.

DINA.
Quedo; desviaos de mí;
Que os aborrezco, y me mata
Con veneno vuestra vista,
Y vuestra lengua me cansa.
Que después de malas obras,
¿Qué importan dulces palabras?
Yo me voy donde veréis
Qué padres, qué honor, qué casa
Habéis ofendido.

SIQUEN.
Creo
Que os habéis de hallar burlada;
Porque si habéis de ser mía,
¿De qué sirve, Dina ingrata,
Que informéis á vuestro padre
Y á vuestra familia honrada
Tan mal de mi atrevimiento?

DINA.
¿Yo vuestra? Primero caiga
Sobre mí un rayo del cielo.

Vase.

SIQUEN.
Aguardad, mi bien, que pasa
Vuestro enojo de razón;
Oid sola una palabra.

Sale Alfeo.

ALFEO.
¿Qué es esto?

SIQUEN.
Que se fué Dina,
Bien quejosa y mal gozada.

ALFEO.
¿Así la dejaste ir?

SIQUEN.
Sus voces fueron la causa.

ALFEO.
Ya estarás arrepentido.

SIQUEN.
Fuera condición humana,
Á no ser Dina divina,
Y su hermosura y sus gracias.

ALFEO.
¿Ahora la quieres bien?
¿No dicen que amor acaba
La ejecución del deseo?

SIQUEN.
Pues éste adelante pasa;
Ni hay regla tan general,
Pues para ejemplo éste basta,
Que no padezca excepción;
De suerte, que si la amaba
Con el primero deseo,
Ahora la fuerza es tanta,
Que estoy muriendo por ella.

ALFEO.
¡Novedad notable!

SIQUEN.
¡Extraña!

ALFEO.
Una mujer dando voces,
Suelto el cabello, turbada,
Hechos los ojos dos fuentes,
Y un vivo fuego la cara,
¿Te ha dejado esos deseos?

SIQUEN.
Ya te he dicho que me matan,
Y que viviré sin ella
Como la tierra sin agua,
Sin leña el fuego, sin aire
La respiración humana.

ALFEO.
¿Pues qué has de hacer?

SIQUEN.
Darle parte
Al Rey, porque al fin me ama
Como padre, que la pida
Al suyo.

ALFEO.
¿Nobleza tanta
Con un hombre advenedizo?

SIQUEN.
Mucho en la tuya te engañas;
Es Jacob hijo de Isaac,
Nieto de Abraham, que canta
Hoy sus historias la aurora
Y el mar en que el sol se baña;
Ven conmigo, que no puedo
Vivir sin verla ni hablarla.

ALFEO.
No he visto gozado amor
Sin que tenga á las espaldas
Arrepentimiento y pena.

SIQUEN.
Pues éste tiene esperanzas;
Que la belleza de Dina
Es sello eterno en el alma.

Sale Jacob.

JACOB.
Si para tu alabanza
Tuviera, autor del día,
Más lenguas que la mar arenas tiene
Ó más luces que alcanza
Á ver la noche fría,
Y el pavimento celestial contiene
Que tu mano sostiene,
Quedará en ella corto,
Al fin como ignorante,
Que de tu luz delante,
El angel mudo, el querubín absorto,
En éxtasis admiran
La inmensidad que en tus grandezas miran.
En tanto que el luciente
Y coronado Apolo,
Desde las puertas de la blanca aurora,
Caminare al Poniente,
Y el antártico polo
Viere la luz con que sus Indias dora,

Y en tanto que decora
El Líbano frondoso
De victoriosa palma,
Sus extremos mi alma,
Te llamaré, Señor, padre piadoso,
Criador de cuanto encierra
El cielo, el aire, el mar, la humilde tierra.
Por ti vive en su esfera,
Jehová santo y divino,
Cuanto con alma de crecer criaste;
De ti, Señor, espera
La luz que siempre vino
De aquella luz con que la luz formaste.
El cielo, azul engaste
Del sol, y su hermosura,
Los espíritus bellos
Sobre cuyos cabellos
Pones la planta soberana y pura;
El hombre, el pez, el ave,
Todo vive por ti, todo te alabe.

Entre Zelfa con Bato.

ZELFA.
Déjame, necio, si quieres.

BATO.
No quisiera yo ser necio;
Pero advierte que el desprecio
Hace feas las mujeres.

ZELFA.
Yo lo quiero estar, y ser
Quien te desprecie.

BATO.
¿Á qué efeto
Me pusiste en tanto aprieto?

ZELFA.
Á efeto de ser mujer.

BATO.
Con eso te has disculpado;
Mas mira que traigo aquí
Aquel agua por que fuí.

ZELFA.
Ya tengo la que me ha dado
Una desdicha, de suerte
Que ha de lavar en dolor
Mi rostro.

BATO.
¡Bravo rigor!

ZELFA.
Piadosa fuera la muerte.

BATO.
Mira, Zelfa, que maté
La sierpe, y que no es razón
Pagar tan mal mi afición.

ZELFA.
Suelta.....

BATO.
¿Qué tienes?

ZELFA.
No sé.

JACOB.
¿Qué es eso, Zelfa?

BATO.
Aquí estaba
Mi amo; huyendo me voy:
Desdichado amante soy:
Mejor sin amor me hallaba.

JACOB.
¿Dónde está Dina?

ZELFA.
Señor,
Salió al campo á ver las fiestas.

JACOB.
Jornadas son poco honestas
Para quien profesa honor.
¿Cómo no ha vuelto?

ZELFA.
No sé.

JACOB.
¿Quién iba con ella?

ZELFA.
Yo.

JACOB.
¿Pues á dónde se quedó?

ZELFA.
Con dos damas la dejé
Con quien amistad hacía,
Y con ellas se vendrá.

Sale Dina.

Mas vesla aquí.

DINA.
Llegó ya
La infamia y la muerte mía.

JACOB.
Dina, ¿qué es esto? ¿qué traje
De dolor te adorna y viste,
Duro espectáculo triste
De tu pena y de mi ultraje?
Mas saberlo no querría,
Que indicios de tu dolor,
Es fuerza en todo rigor
Que sean de afrenta mía.
¿Tú los cabellos revueltos,
Dina, y los hermosos ojos,
Para mí graves enojos,
En amargo llanto envueltos?
¿Tú maltratada? ¡Ay de mí!
Si es disgusto con tu madre,
Yo soy tu amoroso padre:
Habla y la ocasión me di.
¿Cuál de tus necios hermanos
Te la ha dado deste modo?
Ea, pues, dímelo todo:
Muestra esas hermosas manos.
¿Lloras y las besas? Mira
Que hablas más que yo quisiera,
Porque hablar de esa manera
Dice más, y más admira,
Y pues de la voz es mengua

No declarar tus enojos,
Callen un rato los ojos,
Y da licencia á la lengua.

DINA.

Padre, si llamarte padre
Puede ya quien mejor fuera
Que no tuviera este ser
De tu virtud y nobleza;
Aunque si lo miro bien,
Agora es razón que pueda
Llamarte padre quien viene
Para que su padre seas.
No fuiste padre hasta agora:
Agora, padre, me engendras:
Agora soy hija tuya,
Aunque causa de tu ofensa.
Mi culpa es grave, no es toda:
Mil veces te llamo padre,
Porque el nombre te enternezca,
Pues es palabra que obliga
Á las entrañas más fieras.
Padre, en fin, yo soy tu hija
Dina, aunque indigna que tenga
Tal nombre, por quien hoy pierdes
La dignidad que profesas.
Mi culpa, la parte della,
Es haber curiosamente
Solicitado tu afrenta.
Las mujeres de Siquen
Tienen fama en esta tierra
De hermosura y bizarría;
Quise verlas, salí á verlas.
Honestamente ocupé,
Padre, los ojos, que apenas
Por las márgenes de un velo
Dejó asomar la vergüenza.
Sabe Dios que un pensamiento
(Que esto quiero que me creas)
No excedió, con ser tan facil,
De mi castidad la esfera.
Hablando, pues, con las damas,
Las fénix de aquestas fiestas,
Cuya hermosura y donaire
Andaban en competencia,
Llegó el Príncipe: no es justo
Que este nombre le conceda:
Llegó el fin de nuestro honor,
Y el principio de tu pena.
Llegó Siquen, y tratando
Tu valor con la insolencia
Que los mozos poderosos,
Donde la razón es fuerza,
Donde la ley es la espada,
La cortesía la tema,
Su Dios el vicio, y al fin,
La justicia el no temerla:
Y disculpando su infamia
Con amor, que es la cubierta
De los vicios de los hombres,
Como si amor ser pudiera
Aquella planta que al alba
Con verdes hojas comienza,
Florece al medio del día,
Da fértil fruto á la siesta,
Y desmayando las hojas
Yace marchita en la tierra
Luego que se parte el sol
Y suceden las estrellas.
Yo respondí que mirase
La calidad de tus prendas,
Y el ser huésped, privilegio
Que los bárbaros respetan.
Mas remitiendo á los brazos
La razón y la respuesta,
Y los demás á las armas,
Á sus palacios me llevan.
Contarte, amoroso padre,
Qué llanto, qué resistencia
Acompañaron mi honor
Hasta el fin de su tragedia,
Era decirte lo mismo
Que imaginaran las piedras
Si Dios les diera aquélla alma
Donde el honor se aposenta.
No fué de provecho el llanto,
Porque mis lágrimas eran,
En la fragua de su amor,
El agua para encenderla.
La resistencia era mía;
Que la mujeril flaqueza,
¿Qué valor puede tener
Que del hombre la defienda?
Leones sujeta el hombre,
Tigres amansa; mas piensa
Que no fué en mí con industria,
Sino con fuerza y soberbia.
Mil veces quise matarme
Con las manos, si quisieran
Que á la garganta llegaran
Á ser diez dagas sangrientas.
Solamente á los cabellos
Me dió, aunque tarde, licencia,
Porque la ocasión gozada,
¿Qué se le da que los pierda?
Dellos la tierra sembré:
¡Ojalá que fueran hierbas,
Porque nacieran testigos
De mi verdad y su ofensa!
Luego, con dulces palabras,
Aplacar mi enojo intenta,
¡Como si á tan malas obras
Pudieran bastar cautelas!
Amenacéle contigo;
Pero ¿quién duda que crea
Que no hay vara que el poder
Ó no la rompa ó la tuerza?
También de mis once hermanos,
Que como ve que profesan
Más que la espada el cayado,
Más que la corte la aldea,
De mí, de ti y dellos, padre,
Se burló, como si fuera

La venganza desigual
Á la corona y las letras.
Siete años viste á Raquel
En los prados y las selvas,
Y jamás tu amor llegó
Más que á una palabra tierna.
¿Cómo este bárbaro quiere
Que dentro de un hora quepan
Las palabras y las obras,
Los brazos y las ternezas?
Nieto de Abraham naciste;
Tu honor y mi afrenta venga,
Si no en Siquen, en mi sangre,
Para que la tengas buena.
No haré yo falta á tu amor,
Pues tantos hijos te quedan,
Antes te daré veneno
Cuando sin honra me veas.

JACOB.

Dina, en desconsuelo tanto,
Que llega el daño al honor,
Forme la voz el dolor
Y las palabras el llanto.
No te puedo encarecer
Qué sentimiento es el mío,
Porque fuera desvarío
Quererle dar á entender.
Y aunque el verte disculpada
Me pudiera consolar,
La causa debo culpar,
Y en la causa estás culpada.
El salir fué tu deshonra,
Pues bien sabes que, por ver,
La más honesta mujer
Corre peligro en la honra.
No hubiera casos tan feos
Y excusara mil enojos,
Nacer la mujer sin ojos
Y los hombres sin deseos.
Fuiste á ver, sin acordarte
Que allá te habían de ver;
Como si pudiera ser
Querer mirar sin mirarte.
No te libras del engaño
Ni excusas de la traición,
Porque quien da la ocasión,
Ése es la causa del daño.
Y del tuyo no te asombres
Si fuiste á ver las mujeres,
Sin mirar que, si lo eres,
Te habían de ver los hombres.
No disculpo al agresor
De aqueste infame delito;
Pero en parte le permito
Que ponga la culpa amor.
Que puesto que al que le trata
Como bárbaro condeno,
Tal vez amor es veneno
Que en el mismo instante mata.
Lo que habemos de hacer dejo
Para más pensado aviso,
Porque ofensas de improviso
Quieren despacio el consejo.
Venganza pide el honor;
Mas no con fuerzas tiranas;
Que no juzgan bien las canas
En los delitos de amor.
En el campo agora están
Tus hermanos; valor tienen:
Disimula mientras vienen
Y algún consejo me dan;
Que aunque soy, Dina, virtud
Que á aquellas partes dió vida,
Soy ya virtud oprimida,
Y ellos son mi juventud.
Vete y encomienda á Dios
Ese suceso.

DINA.

Yo sé
Que por mi culpa no fué;
Mas tengámosla los dos,
Y á los dos quita la vida,
Pues que tú dices, señor,
Que soy culpada en tu honor,
Por donde soy la ofendida.
¡Qué jüez tú para ser
Contra amor, siendo el amante
Más verdadero y constante
Que tuvo amor á mujer!
¡Á qué buen tribunal llego
Que castigue como debe,
Si aun no te ha muerto la nieve
De tantas canas el fuego!
Que mientras de aquel cruel
Te estuve el caso informando,
Estarías tú pensando
Los amores de Raquel.
Por fuerza tendrá blandura
Jüez, supuesto que honrado,
Á quien tanto han sobornado
El amor y la hermosura.
Pero no sé cómo agora
No culpas más sus engaños,
Si esperaste siete años
Lo que Siquen sólo un hora.
Culpas el ver en mujer
Digno de justo castigo,
Y los siete años que digo
Te sustentaste de ver;
Que no importa, hermanos tengo:
Yo sé que me vengarán.

JACOB.

Yo sé que ellos te dirán
Cuán cuerdamente me vengo,
Si con ellos me aconsejo.

DINA.

Padre, yo estoy deshonrada:
Donde ha de cortar la espada
No es necesario el consejo.

Vase.

JACOB.

Mal sabes, Dina, el valor
Que con las canas no ves;
Mas va con más cuerdos pies
Á dar remedio al honor.
Que aunque te parezca helada
La sangre de aquestas venas,
El honor de que están llenas
Tiene hasta el alma abrasada.
No soy yo jüez tan ciego
Por lo que supe de amor;
Que también es el honor
De la calidad del fuego.
Pero bajó la prudencia
Y en el llanto halló templanza,
Poniendo en Dios la esperanza
Y en las canas la paciencia.
Que los que son hombres sabios,
Adonde el poder se atreve,
En las canas hallan nieve
Para templar los agravios.
Amé á Raquel, es verdad,
Y tú naciste de Lía;
Mas no puede sangre mía
Estar sin mi voluntad.
Que la que tienes de mí
Así divide la afrenta,
Que el honor corre á mi cuenta,
Y la desdicha por ti.
¡Zelfa!

ZELFA.

¡Señor!

JACOB.

Llama luego
Un pastor.

ZELFA.

Aquí está Bato.
¡Bato, Señor llama!

JACOB.

¡Ingrato
Fué Siquen! ¡Amor es ciego!

Salga Bato.

BATO.

¿Qué mandas?

JACOB.

Parte al ganado
Y llama á mis hijos.

BATO.

Voy.

JACOB.

Pues diles, Bato, que estoy
Con mucha pena y cuidado;
Que vengan á verme luego.

BATO.

¿Todos?

JACOB.

Todos, ó los más.

Vase.

BATO.

¿Qué es esto?

ZELFA.

Allá lo sabrás.

BATO.

Que me lo digas te ruego.

ZELFA.

Eso no lo has de saber.

BATO.

No lo haces tú por callar;
Que por hacerme pesar
Aun dejas de ser mujer.

ZELFA.

Bato, aquí regañarás.

BATO.

Antes tú vas regañando,
Porque sólo estar callando
Es lo que me aflige más.

ZELFA.

Ya te lo quiero contar
Por sólo hacerte placer.

BATO.

Pues no lo quiero saber
Por sólo hacerte pesar.

Vanse.

Salen Emor, Siquen y Alfeo.

EMOR.

Si la desigualdad no consideras,
Considera, Siquen, que ha de cansarte
La posesión de la beldad que esperas.

SIQUEN.

Señor, sólo esto vengo á suplicarte.

EMOR.

¿Cómo es posible que casarte quieras
Con una advenediza, si casarte
Intento en Dothain con quien te iguala,
Fénix del Asia en hermosura y gala?

SIQUEN.

Bien dices que es advenediza Dina,
Pues que vino del cielo á nuestra tierra;
Haz nuestra tierra de su cielo digna,
Pues ves las partes que Jacob encierra:
Más que sangre rëal es ser divina;
Sin esto, al ejercicio de la guerra
Sale esta gente del ganado, cuando
Se ofrece que la muestren peleando.
Jacob es rico: no te enfade el trato:
Todos los de su casa son pastores:
Su hermano es Esaú, digno retrato
En las armas que honraron sus mayores;
Mas ¿para qué sus méritos dilato?
Yo estoy mortal; si he de vivir, no ignores
Que sólo puede ser Dina remedio.

EMOR.

Del tuyo y de mi amor estoy en medio;
Pero acudiendo al tuyo como padre,
Voy á hablar á Jacob.

SIQUEN.

Dame mil veces

Esos rëales pies.

EMOR.

Aquí me espera.

Vase.

SIQUEN.

Tú solo hacer podrás que viva ó muera.

ALFEO.

En fin, ¿te casas?

SIQUEN.

¿Qué he de hacer, Alfeo?
¿Cuál otro bien espera el alma mía?
¿Qué riqueza mayor? ¿Qué altiva esposa
Como esta bella pastorcilla hermosa?
Vengan de Egipto bárbaros camellos
Cargados de oro en dote, y del asirio
Armados elefantes en defensa;
Vengan carros del persa con las telas
Distintas en colores y labores;
Vengan naves de Tiro con sus granas,
Y cada cual con diferente rostro
Belleza ofrezca á un príncipe que tiene
Fama en el Asia; que armas y tesoros
No son riqueza ni ocasión dichosa,
Como esta bella pastorcilla hermosa.

ALFEO.

Amor, que en las pasiones de los hombres
Tiene primer lugar, nació de madre
Cuyo principio fué del mar la espuma;
Esto quiso decir, que de la suerte
Que se deshace con pequeña causa,
Así el amor, y así del tuyo espero.

SIQUEN.

Y yo que dejaré de ser primero.

ALFEO.

Eso parece siempre á los que aman,
En tanto que el furor el alma oprime.

SIQUEN.

Primero, hermosa Dina, que olvidarte,
Pueda Siquen la máquina celeste
Oprimir á la tierra desatada
De aquellos Polos donde firme estriba;
Será posible que la fama viva
Segura de la envidia y la ignorancia,
Y harán paz la humildad y la arrogancia.

ALFEO.

Yo espero verte de contrario intento.

SIQUEN.

Eso fuera en un bien no conocido,
Donde, por opinión de los discretos,
Desenamoran, vistos, los defetos.
Alfeo, Dina es bella, y toda en todo:
No puede suceder causa ni modo
Como la olvide, ni ha de ser más fuerte
Que la firmeza de mi amor, la muerte.

ALFEO.

La abundancia del bien enfadar suele,
Y desta hay grande copia en los casados.

SIQUEN.

No es defeto del bien el abundancia,
Sino del que por serlo no lo estima;
Ven á saber lo que Jacob responde.

ALFEO.

¿Quién duda, que se tenga por dichoso?

SIQUEN.

Con tanta fuerza aqueste bien deseo,
Que indigno mi valor de Dina veo.

Vanse.

Salgan Emor y Jacob.

JACOB.

Sin mis hijos yo no puedo
Dar mi hija al tuyo.

EMOR.

Advierte
Que está su vida ó su muerte
En la dilación.

JACOB.

Ya quedo
Bastantemente advertido.

EMOR.

Bien echas, Jacob, de ver
Que si es Dina su mujer,
Queda tu honor defendido.

JACOB.

Todo lo conozco y veo,
Y estimando tu valor,
Digo que es muy justo, Emor,
Y que dársela deseo:
Presto del campo vendrán
Mis hijos; al tuyo di
Que pienso, si hay fuerza en mí,
Que lo que quiero querrán.
Que tenga su amor templanza,
Pues en más fuerte ocasión
No fió la posesión
Del gusto de la esperanza.

EMOR.

Con esto contento voy.

Vase.

JACOB.

No lo podré yo quedar
Hasta ver si remediar
Puedo la pena en que estoy.
Grande mi desdicha ha sido:
¡Oh! Nunca á Siquen viniera;
Pero ¿qué pena me altera
Si él quiere ser su marido?
Mis hijos llegaron ya:
Éstos los mayores son.

Rubén, Simeón, Leví, Isacar, Dan, Neptalín y los que más pudieren.

RUBÉN.

Con tu buena bendición
Aquí tu familia está.

JACOB.

La del Dios que en sueños vi
En la escala de Betel,
Y que me llamó Israel
Cuando luchando le vi,
Hijos, os alcance á todos.

LEVÍ.

¿Qué es lo que quieres, señor,
Que nos ha dado temor
Llamarnos por tales modos?
¿Qué junta es ésta?

JACOB.

Advertid
Hijos de Jacob.....

SIMEÓN.

¿Qué es esto?

LEVÍ.

La causa refiere presto.

JACOB.

La causa propongo, oid:
De Siria, y de la parte que se llama
Mesopotamia, patria á vuestro abuelo
Labán, venimos, hijos, por la fama,
Á vivir de Siquen el fértil suelo.
No ha sido engaño, pues su sitio enrama
De tantas plantas y árboles el cielo,
Y le viste de fuentes tan hermosas,
Que al cano invierno lo coronan rosas.
Pastos tienen aquí vuestros ganados:
Fundamos nuestras tiendas de colores,
Y sus cabañas en amenos prados,
De robles y tarayes los pastores.
Finalmente, con gusto aposentados
Y de ajena ciudad habitadores,
Más envidiados que envidiosos fuimos:
Desdicha por ventura en que nacimos.
Y como firme en un alegre estado
Pueda permanecer ninguna cosa,
De doce hijos que de Dios me ha dado
La mano, siempre en mi favor piadosa,
Dina, mujer (que siempre fué cuidado
Del hombre la mujer, ó fea ó hermosa),
Salió á ver de Siquen las damas bellas,
Más por curiosidad que envidia dellas.
Vióla el hijo de Emor, y enamorado
De la belleza suya ¡nunca Dina
Fuera tan bella! necio y confiado
En el poder que á tanto mal inclina,
Pospuesto el miedo, el ánimo turbado
De la apariencia del placer, camina
Con ella á su palacio, como el lobo
Feroz y alegre del sangriento robo.
Resistióse la tímida doncella
Como en la presa del azor tirano
La tierna alondra, cuando hambriento en ella
Tiñe las uñas de la corva mano.
Lloró, gimió, bañó la honesta y bella
Cara del llanto que intentaba en vano
Piedad, que los deleites atrevidos
Convirtieron en piedra los oídos.
Mas ¿para qué dilato con rodeos
Mi desdicha fatal, hijos queridos?
Forzó á Dina Siquen, y sus deseos
No hallaron fin, ni están arrepentidos:
Gran novedad de los delitos feos,
Quedar después más vivos y atrevidos:
Pídela por mujer: ó amor, ó miedo:
Con que en efecto satisfecho quedo.
No se la prometí sin daros parte,
Que sin consejo vuestro no he querido;
Esto es hecho; en efeto industria y arte
No pueden deshacer lo sucedido.
Démosle á Dina, pues el reino parte,
Y queda en vuestra sangre dividido:
Que la venganza es bárbara en los sabios
Cuando tienen remedio los agravios.

LEVÍ.

¿Qué os estáis todos mirando?
Hable Rubén, que, en efeto,
Es nuestro hermano mayor.

RUBÉN.

Yo, hermanos, de suerte quedo,
Que aunque estoy para venganza,
No estoy para dar consejos.

SIMEÓN.

Habla, Leví, pues de todos
Pareces el más discreto.

LEVÍ.

Padre, aunque ignorante soy,
Que aquí nos dejes te ruego.

JACOB.

¿Qué es lo que queréis tratar?

LEVÍ.

Después, señor, te diremos
El acuerdo que tomamos.

JACOB.

Pues como sea el acuerdo
Pacífico y conveniente
Al peligro en que nos vemos,
Yo me voy, y confiado
En que el parecer propuesto
Será á todos, como es justo,
Bien recibido y aceto.

Vase.

SIMEÓN.

¡Gran desdicha!

ISACAR.

¡Temeraria!
Pero por infamia tengo
Que se quede sin castigo.

DAN.

Que no es necesario pienso,
Pues que con ella se casa.

SIMEÓN.

¿Cómo no?

RUBÉN.

Mirad, os ruego
Que si tratáis de venganza,
Á nuestro padre ofendemos.

NEPTALÍN.

Á nuestro padre y á Dios,

Que se ha de mirar primero.

LEVÍ.

¡Oh, cobarde Neptalín!
Siempre fué tu pensamiento
Huir de Esaú, tu tío.

NEPTALÍN.

Leví, á mi padre respeto,
Y sigo el voto de Dan
Y de Isacar.

LEVÍ.

¿Qué provecho
Se sigue, decidme todos,
De este infame casamiento?
¿Qué honor nos dará Siquen,
Después del daño que ha hecho,
Porque se quede con Dina,
Si mañana nos iremos
Á ver nuestro abuelo Isaac,
Y él, con villano desprecio,
La trata como á su esclava?

SIMEÓN.

Hablas, Leví, como cuerdo.
Once nietos de Abraham,
¿Han de sufrir que un mancebo
Idólatra fuerce á Dina
Á sus ojos?

NEPTALÍN.

Pues ¿qué haremos?

LEVÍ.

Matarle.

NEPTALÍN.

¿Cómo?

LEVÍ.

Escuchad:
Pero deciros no quiero
La industria, porque no deis
Parte á Jacob de mi intento;
Llamalde.

SIMEÓN.

¡Ha padre, señor!

Entre Jacob.

JACOB.

Vuestra sentencia y decreto,
Hijos, estuve esperando.

LEVÍ.

Pues padre, el acuerdo nuestro
Es que con ella se case;
¡Mas esto con un concierto!

JACOB.

Emor y su hijo vienen,
Como en la ciudad os vieron.

Salen Emor, Siquen y Alfeo.

EMOR.

Famosos hijos de Jacob, yo vengo
Deseoso de paces y amistades
Por el amor y voluntad que os tengo:
El alma de Siquen, mi amado hijo,
Se ha unido al alma de la hermana vuestra
Por las tiernas razones que hoy me dijo:
Dádsela por mujer, y juntamente
Hagamos parentesco y casamiento
De la vuestra también y nuestra gente:
Viviréis con nosotros, formaremos
Unánimes un cuerpo, un gusto, un trato;
Que las almas y haciendas os daremos.

SIQUEN.

Halle yo gracia y paz en vuestros ojos;
Dadme á Dina, señores, solamente
Trocando en amistades los enojos,
Y pedidme que en dote os dé mi estado:
Pedidme hacienda, joyas y tesoros;
Que sólo aqueste bien me da cuidado.

LEVÍ.

No podemos, Siquen, dar nuestra hermana
Á un hombre incircunciso; que ofendemos
La Majestad del cielo soberana:
Mas si queréis que os demos luego á Dina,
Circuncidaos á nuestra ley sujetos,
Que este primer precepto determina;
Que luego, como es justo, os la daremos,
Y seremos un pueblo, un alma, un trato;
Si no de aquí con ella nos iremos.

SIQUEN.

Padre, si aqueste nombre te enternece,
Duélete de mi vida, padre mío,
Y todo cuanto piden les ofrece.

EMOR.

¿Eso dices, Siquen?

SIQUEN.

Pues si mi vida
No tiene otro remedio, por guardalla
Pensaba yo que fueras tú homicida:
Á Dina quieren ya llevarse; advierte
Que si falta un instante de mis ojos,
Con negro luto llorarás mi muerte:
Aquesta ley es la mejor del suelo;
¿Qué, dudas de acetalla? ¡Por mi vida,
Por dicha ha sido voluntad del cielo!

EMOR.

Al pueblo quiero hablar: aquí me espera.

JACOB.

Y yo á esperar resolución me parto.

RUBÉN.

Contigo iremos.

LEVÍ.

¡Muera Siquen!

SIMEÓN.

¡Muera!

Vanse.

Queden Siquen y Alfeo.

SIQUEN.

Mientras estoy contemplando
En estas puertas, Alfeo,
Y vuelto en lince el deseo
Estas ventanas mirando,
Parte á saber si, movidos

De mi amor y del respeto
De mi padre, al duro efeto
De aquesta ley dan oídos:
Mira si el pueblo responde
Que quiere circuncidarse.

ALFEO.

Mucho ha de ser sujetarse.

SIQUEN.

Si él á mi amor corresponde,
No dudes que ha de estimar
Más que su sangre mi vida.

ALFEO.

Si por ti se circuncida,
¿Con qué le puedes pagar?

Vase.

SIQUEN.

Con el alma, que daré
Al menor de mis vasallos:
Tesoro tengo que dallos:
Agradecido seré;
Presto gozarán el fruto
De aqueste bien que me dan:
Si reino, jamás tendrán
Imposición ni tributo;
Que los pueblos oprimidos,
Más que de sus propias leyes
Aborrecen á sus reyes
Y murmuran ofendidos.
¡Ay, puertas! ¿Á dónde está
Mi divina labradora?
Si de mí se queja agora
Ó si disculpa me da;
Si ha sabido que ha de ser,
Aunque le pese, mi esposa,
¿Qué no será rigurosa
Después de ser mi mujer?
Estoy por entrar: ya tengo
Licencia como marido;
Mas si á Dina no la pido,
Dirá que á robarla vengo.
Pero no me la ha de dar,
Y así el entrar es mejor,
Pues que ya Jacob y Emor
Nos concertaron casar.
Entro. ¡Válganme los cielos!

Póngase delante una sombra con una túnica y rostro negro, sombrero, espada y daga ceñida.

¿Qué sombra es esta, ó la sombra
De mí mismo ya me asombra?
Los pies me convierte en hielos;
¡Presagios son de mi muerte
Que de mí mismo me asombre!
¿Quién eres, di? Si eres hombre,
De lo que quieres me advierte.
¿No hablas? ¿Vienes á darme
Nuevas de mi muerte? ¿Es cierta?
¿Guardas, por dicha, esta puerta?
¿Vienes, acaso, á matarme?
¿Qué haces, puesta la mano
En el puño de la espada?
Era sombra, y dilatada
Se fué por el aire vano.
Sin duda que se formó
De mi cuerpo; que la ofensa,
En cualquiera sombra piensa
Que su castigo llegó.
La puerta, al fin, me defiende;
Prevención del cielo sabia:
Ó es lo cierto que al que agravia
Su misma sombra le ofende.

Entre Alfeo.

ALFEO.

Albricias me puedes dar
Si á Dina hermosa codicias.

SIQUEN.

¿Qué puedo darte en albricias
Aunque llegase á reinar?
Al mejor tiempo has llegado
Que pudo en esta ocasión
Pedir mi imaginación.

ALFEO.

Parece que estás turbado:
Pues no lo estés, porque debes
Á tus vasallos amor
No visto en ningún señor.
Luego que en palabras breves
Les fué á todos referida
Esta ley, por dulce suerte,
Respondieron que la muerte
Fuera por ti dulce vida,
Y que á la circuncisión
Y á morir dispuestos quedan.

SIQUEN.

¿Qué tesoros hay que puedan
Pagar tanta obligación?

ALFEO.

No muestras el alegría
Que yo pensé.

SIQUEN.

De un espanto
Vine á entristecerme tanto.

ALFEO.

¿Cómo?

SIQUEN.

De la sombra mía.

ALFEO.

¿De tu sombra?

SIQUEN.

Quise entrar
Á ver á mi esposa, Alfeo,
Y mi propia sombra veo
Que no me deja llegar.

ALFEO.

Tu sombra? cómo podía.....

SIQUEN.

De mi temor fabricada,
La vi con daga y espada.

ALFEO.

Todo ha sido fantasía

Y vana imaginación:
Ven donde tu padre está.

SIQUEN.

Notable pena me da;
Sombra de mi muerte son.
¡Plega á Dios que yo no acierte;
Porque bien saben los sabios
Que el cuerpo de los agravios
Hace sombras en la muerte!

Vanse y sale Dina.

DINA.

No hay cosa más desdichada
Que una mujer ofendida,
Y tanto más abatida
Cuanto es más noble y honrada.
Sírvame el llanto de espada,
Aunque yo no me ofendí,
Pues causa sin culpa fuí,
Y mataráme el dolor
Para que pueda el honor
Tomar venganza de mí.
¿Qué hacen mis tristes ojos
Sin deshacerme llorando?
¿Ó temen que descansando
Temple el alma sus enojos?
¡Lloren los muertos despojos
Del honor que estimé tanto,
Que de tenerlos me espanto!
Pero no querrá el honor,
Pues no puede haber dolor
Que no le deshaga el llanto.
Muchas mujeres hicieron
Cosas mal imaginadas;
Pero quedan disculpadas
Con el amor que tuvieron.
Por sí mismas se perdieron,
Y así fué el castigo justo,
Pero en mi inocencia injusto,
Pues ha sido en parte alguna
Delito de la fortuna
Perder el honor sin gusto.

Entre Zelfa.

ZELFA.

Los males, hermosa Dina,
Sucedidos una vez,
No han de ir todos al jüez
Por ley humana y divina.
Algunos han de tener
En la discreción consuelo:
Ya te dió remedio el cielo,
Y eres de Siquen mujer.
Tus hermanos han trazado
Que viviendo en vuestra ley
El pueblo, el Príncipe, el Rey,
Quede el agravio olvidado.
Bien pudieras recibirme
Con diferente alegría.

DINA.

No puedo yo, Zelfa mía,
Á tanto mal prevenirme.
¿Yo ser de Siquen mujer
Por ningún discreto medio?
En tan cobarde remedio
Parte no quiero tener.
Si ellos han hecho el concierto,
Ellos le sabrán cumplir;
Que yo, con sólo morir,
De que tengo honor me advierto.

ZELFA.

¿Eso dices, y desprecias
Un reino?

DINA.

Zelfa, interés
Sin amor, advierte que es
Para mujeres muy necias
Ó criadas bajamente.
Si yo aborrezco á Siquen,
¿Qué se me da que me den
Los tesoros del Oriente?
Zelfa, reinar y disgusto
No se han de compadecer:
Ni hay reino para mujer
Como marido á su gusto.

Entre Bato.

BATO.

Temblando vengo. ¿Qué es esto?
¿Toda la casa alterada,
Cuando decían que Dina
Con el Príncipe se casa?
Aquí está Zelfa.

ZELFA.

¿Qué hay, Bato?

BATO.

¿Está aquí señora?

ZELFA.

Calla,
Y no la pidas albricias
De las bodas concertadas.

BATO.

¿Qué albricias he de pedir,
Si todo el mundo se arma?

DINA.

¿Qué dices, Bato?

ZELFA.

Señora.
Gran mal.

DINA.

¿Cómo?

ZELFA.

Lo que pasa
Cuenta á Dina.

BATO.

Tus hermanos,
En una secreta cuadra
Se han armado, y juntamente
Toda la gente de casa.

Oí decir á Leví:
«Agora que esta canalla,
Porque se han circuncidado,
Todos están en las camas,
Y el dolor de las heridas
Es mayor, vamos á darlas
En sus cuerpos, y venguemos
La afrenta de nuestra hermana.»
Cuál lleva espada y rodela,
Cuál partesana, cuál lanza;
No dejarán vivo un hombre.

DINA.
Esa sí que es digna hazaña
De los hijos de Jacob:
Vamos, Zelfa, á las ventanas:
Haré fiesta de su muerte.

Vase.

ZELFA.
Ella es injusta venganza.

BATO.
Zelfa, yo quiero esconderme.

ZELFA.
Gallina, ¿qué te acobardas?

BATO.
¡Si fuera cosa de hondas
Que desde lejos restallan!
Pero espadas, eso no;
Yo me voy á las tinajas
De la harina, y me zampuzo
Mientras esta furia pasa.

Vanse.

Digan dentro todos:

LEVÍ.
¡Mueran estos infames!

SIMEÓN.
¡Mueran!

RUBÉN.
¡Mueran
En venganza de Dina, nuestra hermana!

LEVÍ.
¡No quede un hombre!

SIMEÓN.
¡Y si otros tantos fueran!

LEVÍ.
¡Muera del Rey la sucesión tirana!

Sale Jacob.

JACOB.
Hijos, hijos, ¿qué importa? ¡Perseveran
En su maldad! ¿pues esta barba cana
No respetáis?

LEVÍ.
Ya es este mucho espacio;
Camina, Simeón.

SIMEÓN.
¿Dónde?

LEVÍ.
Á palacio.

JACOB.
Ya van á darle muerte al joven triste:
Circuncidarle hicieron con engaño;
Con el dolor ninguno se resiste:
¡Cautela extraña! ¡Atrevimiento extraño!
No así con viento el fuego el monte embiste,
Como se aumenta en la ciudad el daño;
Sólo perdonan niños y mujeres:
Feroz eres, Leví, sangriento eres.
Dina, Lía, Raquel, juntad, os ruego,
La familia; que importa nuestra huida.

Salgan Raquel, Dina y Josef.

RAQUEL.
Que salgan presto de Siquen te ruego,
Jacob, y que defiendas nuestra vida;
Turbada con tu amado Josef llego.

JACOB.
¡Ah, Dina, sola tú, sola homicida
De toda una ciudad!

DINA.
Si tengo culpa,
Ya te dan mis hermanos la disculpa.

JACOB.
¡Buena disculpa haber hecho
Tan extraña alevosía
Con un inocente pueblo!

DINA.
¿Y tú no sabes la mía?

RAQUEL.
Ya vienen; muestra el valor
Á que la sangre te obliga.

Rubén, Dan, Neptalín, Simeón, Leví, Isacar, con espadas y lanzas.

LEVÍ.
Ya, padre, levanta al cielo,
Por la deshonra oprimida,
La cerviz en quien promete
Larga sucesión bendita,
Y danos perdón si acaso
Tanta sangre te lastima.

JACOB.
Turbado habéis mi vejez,
Pues á mí y á mi familia
Habéis hecho tan odiosa.

LEVÍ.
¿Y por ventura tenía
De ser nuestra sola hermana,
Si nuestra sangre no estimas,
Del hijo de Emor, cobarde,
Con tanta deshonra, amiga?
Á su padre habemos muerto,
Y á sus hijos: mil heridas
Dado á Siquen: la ciudad
Queda en su sangre teñida.
No queda vivo ganado,

Para ejemplo, que castiga
Desta manera el agravio
En quien la venganza olvida.
Cautivas también llevamos
Sus mujeres y sus hijas;
Que sus haciendas y casas
Todas quedan destruídas:
Ardiendo está la ciudad.

Arriba salga algún fuego.

JACOB.

¡Ay de mí! No sé qué os diga,
Mas de que será milagro
Poder defender las vidas.
De Ferezca y Canaán
Saldrá la gente ofendida
Desta crueldad, y veréis
Cómo las vidas nos quitan.
Recoged toda la gente:
Hablaré como solía
Con el Señor, sólo amparo
De mis penas y desdichas.
Señor, grande es mi aflicción:
No pienso yo que sería
Mayor la que tuve cuando
Á Mesopotamia iba.
Allí en la escala te vi,
Y por ella descendían
Ángeles al suelo, humildes,
Donde yo en sueños yacía.
Mucho pasé con Labán:
Librásteme de su ira;
Tú me llamaste Israel
Con esa boca divina,
Después que toda la noche
La flaqueza humana mía
Luchó con tu fortaleza;
Que de tu sabiduría
Deben de ser Sacramentos.
Y cuando por fratricida
Tuve á mi hermano Esaú,
Con besos de paz me anima.
¿Qué haré, divino Señor,
Si los que esta tierra habitan
Quieren salir á matar
Mi familia fugitiva?

Córrese un velo, y se vea el Ángel en la silla de la invención.

ÁNGEL.

Jacob.

JACOB.

¡Ay, Señor, ya escucho
Tu voz!

ÁNGEL.

Levántate y guía
Tu casa al monte Betel,
Y allí por agora habita;
Haz un altar al Señor,
Que al tiempo que huyendo ibas
De Esaú, te apareció.

JACOB.

Señor, bondad infinita,
Siéntate, porque mis hijos
De ti bendición reciban.

LEVÍ.

¡Oh Paraninfo del cielo!
Descansa, consuela, alivia
La pena del padre mío.

RUBÉN.

Perdona, Señor, la ira
Que no supo remitir
Hoy la venganza de Dina
Á tus soberanas manos,
En cuya piedad confía.

SIMEÓN.

Danos á todos los pies.

JACOB.

Tus misericordias mira.

Levántese al cielo en la invención.

ÁNGEL.

Queda en paz.

JACOB.

Fuese, ¿qué aguardo?
Ea, Raquel, Josef, Lía,
Hijos, alto, á caminar.

Bato salga todo lleno de harina.

NEPTALÍN.

Ea, pastores, ¿qué hacéis?

BATO.

Ya salen, que se dan prisa.

ISACAR.

¿Cómo vienes desta suerte?

BATO.

Con el miedo que tenía,
Á la fe que me zampé
En dos tinajas de harina.

RUBÉN.

Vaya delante el ganado.

JACOB.

Hijos, el cielo nos guía;
No temáis.

LEVÍ.

Aquí, Senado,
Da fin el Robo de Dina.

LOS TRABAJOS DE JACOB

(SUEÑOS HAY QUE VERDAD SON)

LOS TRABAJOS DE JACOB

(SUEÑOS HAY QUE VERDAD SON)

COMEDIA FAMOSA

PERSONAS

BATO, *villano.*	JOSEF.	MÚSICOS.
LIDA, *villana.*	PUTIFAR.	EL REY FARAÓN.
JACOB, *viejo.*	ASIRIS, *copero.*	UN ANGEL.
RUBÉN.	SOLDADOS.	TEBANO.
ISACAR.	NEPTALÍN.	DOS SABIOS.
SIMEÓN.	FENICIA.	ELIO.
NICELA.	LISENO.	ISACIO.
ZELFA.	BENJAMÍN.	SERVIO.

JORNADA PRIMERA.

Salen Nicela y Josef.

JOSEF.

¿Para qué quieres saber
Las desdichas de un cautivo,
Dichosas en tu poder?

NICELA.

Sin el gusto que recibo,
Es condición de mujer,
Y yo me entretengo así.

JOSEF.

Puesto que os sirva aquí,
Lastimaré mi memoria.

NICELA.

Cuéntame, Josef, tu historia.

JOSEF.

Pues, Nicela, escucha.

NICELA.

Di.

JOSEF.

Después del robo de Dina,
Vino el gran Jacob, mi padre,
Á ver á mi abuelo Isaac,
Á Orbea, en el verde valle
De Mambre, tierra de Abraham,
Habiendo perdido antes
La bellísima Raquel,
Muerta con dolor notable
Del parto de Benjamín,
De los dos querida madre.
Cumplió ciento y ochenta años
Isaac, y para enterrarle,
Vino Esaú, de Seir,
Con sus fuertes capitanes.
Crecí yo, mas porque luego
Al oficio me enseñase
De pastor, con mis hermanos
Iba al campo á ejercitarme.
Por las frentes de los montes
Vía, entre blancos cambiantes
De nácar blanco y azul,
La rosa aurora que sale;
Pero si bien no extendía
Mis pensamientos infantes,
Más que á contemplar los vientos,
Hijos de tantas edades,
Y al ver revolver los cielos

En sus quicios celestiales,
Trayendo y llevando días
Sin que á sus términos falten;
Cómo se alegraba el campo
Cuando el sol entraba en Aries,
Y cómo al dorar la Virgen
Tantas espigas esparce;
Entre aquel rudo atender,
Cómo las ovejas pacen:
Las danzas de los corderos
Cuando declina la tarde;
El ver los celosos toros,
Y considerar, que anden
Algunos hombres sin celos,
Sobrando á los animales:
Pensaba, Nicela, á veces
En los vicios detestables
Que en mis hermanos había,
De que avisaba á mi padre.
Hízome malquisto entre ellos
Este cuidado importante,
Que no es chisme el que es aviso,
Si importa el mal remediarse.
Amábame á mí Jacob,
No porque tuviese partes,
Mas por haberme engendrado
En su vejez venerable.
Hízome él mismo un vestido,
Por vestirme y por honrarme;
Creció la envidia, que siempre
Fué polilla de los trajes.
Contéles un día un sueño,
Si bien pudiera excusarle,
Mas quísolo el cielo así,
Yo lo pago y él lo sabe.
«Soñé, les dije, que un día
Que ligando nuestros haces,
La fértil mía, entre todas
Pudo en alto levantarse,
Y estando crecida así
Que las vuestras circunstantes,
Para adoralla, querían
Sobre la tierra humillarse.»
Respondieron: «¿Por ventura,
Serás nuestro rey? Que tales
Razones muestran que quieres
Sujetarnos y ensalzarte.»
Soñé después otro sueño,
Y díjeles una tarde:
«Once estrellas, como á sol
Y la luna, vi adorarme.»
Esto me riñó Jacob,
Diciendo: «¿Cuando te llames
Sol, tus hermanos y yo
Presumes que han de adorarte?»
Aquí no pudo la envidia
Ni encubrirse ni enfrenarse;
Que comenzaron por ella
Á ser los hombres mortales.
Pasados algunos días,
Me envió á Siquen mi padre
Para que á mis diez hermanos
En el campo visitase.
Pasé del valle de Ebrón,
Y como no los hallase
En Siquen, fuí á Dotaïn
Entre laureles y sauces.
Viéronme venir de lejos
Y concertaron matarme,
Y muerto echarme en un pozo
Que estaba entre unos jarales.
«Veamos, decían todos,
Si podrán aprovecharle
Los sueños»; á quien Rubén
Respondió para librarme:
«Hermanos, no le matemos:
Mejor acuerdo es echarle
Vivo en el pozo, que hacer
Un delito tan infame.»
Llegué, y acabando apenas,
Nicela, de saludarles,
Hasta la túnica mía
Comenzaron á quitarme.
Metiéronme en aquel pozo,
Que de muchos tiempos antes,
Fueron estériles años
Poderosos á secarle.
Sentáronse cerca de él
Á comer, mas no te espantes
De que, vengada la envidia,
Coma, sosiegue y descanse.
Estando, pues, en alfombras
De floríferos esmaltes,
Comiendo de sus envidias
Y bebiendo de su sangre;
Vieron venir por el campo,
Conocidos por el traje,
Ismaelitas mercaderes
Con camellos y bagajes,
Que de Galaad traían
Aromas, y de otras partes,
Para vender en Egipto;
Á quien por veinte rëales,
Y por consejo de Judas,
Para que no me matasen,
Me vendieron á tu esposo
De la manera que sabes.

NICELA.

Notable historia.

JOSEF.

Espantosa.

NICELA.

¡Qué grande dolor daría
Á tu padre!

JOSEF.

En él sería
Una flecha venenosa
Que llegase al corazón
Juntamente con la nueva;
Ó sería heroica prueba
De su noble condición.

NICELA.
¿Cómo no les dió piedad
Tu belleza, Josef mío?
JOSEF.
Ya comienza el desvarío
De su loca voluntad. (Aparte.)
NICELA.
Si yo me hallara al venderte,
Mil vidas diera por ti,
Ó me mataran á mí
Intentando el ofenderte.
JOSEF.
Honrar un esclavo tuyo
Es propio de tu valor.
NICELA.
¡Que éste no entienda mi amor! (Aparte.)
Si el entendimiento suyo
El límite humano pasa,
Y con divinos efectos
Se muestra en varios conceptos
Tan admirable en mi casa,
Y á los soldados de quien
Es capitán mi marido.....
JOSEF.
Pienso que me he detenido
Y que no parece bien
Que esté un esclavo, señora,
En tanta conversación;
¿Qué mandas?
NICELA.
Oye.
JOSEF.
No son
Las razones para ahora.
NICELA.
Mira que quiero mandarte.
JOSEF.
Si es mandar que me detenga,
Podrás después, cuando venga;
Que voy ahora á otra parte.

Vase.

NICELA.
¿Qué pretendéis, pensamiento,
De un esclavo? ¿Qué queréis?
Pues de que en esto penséis
Se corre el entendimiento;
Tan humilde rendimiento
Mal con vuestro ser conforma,
Pues hacéis que de este forma
Se transforme en mi señor,
Josef, si mi loco amor
En su esclava me transforma.

Suenan cajas y sale Putifar, marido de Nicela, y soldados de acompañamiento.

PUTIFAR.
¡Famoso ha estado el alarde!
SERVIO.
Y contento el Rey quedó
Cuando tu gente pasó.
PUTIFAR.
Pasó lucida, aunque tarde.
SERVIO.
Aquí mi señora está.
PUTIFAR.
¡Nicela mía!
NICELA.
¡Señor,
Con mejor música, amor,
Tan buenas nuevas me da!
¿Cómo venís de favores
Del Rey?
PUTIFAR.
Vuestro gusto, amor,
Tengo por favor mayor
Que los favores mayores.
NICELA.
Voy á prevenir, mi bien,
Donde podáis descansar.

Vase.

PUTIFAR.
Fuera de vos no hay lugar
Donde descanso me den.
Recoged esas banderas
Vosotros, y haced la guarda
Que os toca.

Salen Josef y Tebano.

TEBANO.
¡Vista gallarda!
JOSEF.
No la vi.
TEBANO.
Llega ¿qué esperas?
JOSEF.
Dame, gran señor, los pies.
PUTIFAR.
¡Oh, Josef! ¡Oh, mi querido
Josef!
JOSEF.
Quien tu esclavo ha sido
Más con tu favor lo es.
PUTIFAR.
Levanta, levanta.
JOSEF.
El cielo
Te levante á tal lugar,
Que te puedan estimar
Cuantos hoy estima el suelo.
PUTIFAR.
No tengo, Josef amigo,
Criado que estime tanto;
Pienso que eres justo y santo
Y que Dios está contigo.
Como se me ha hecho bien
Después que en mi casa estás,
Y como la aumentas más,

Aumentas mi amor también.
Tú gobiernas mis criados,
Y quisiera que pudieras
Regir también mis banderas,
Capitanes y soldados.

JOSEF.

Á tantas obligaciones
Halle el silencio respuesta,
La boca en la tierra puesta
Á donde las plantas pones;
Mil veces tu esclavo soy.

SERVIO.

Señor, el Rey te ha enviado
Á llamar.

PUTIFAR.

No he descansado,
Ni sin las armas estoy,
¿Y el Rey á llamarme envía?

JOSEF.

Haz tu gusto, gran señor;
Que quien sirve con amor
En buena esperanza fía.

PUTIFAR.

Di que voy; Josef, adiós:
Gobierna esta casa en tanto
Como dueño.

JOSEF.

El cielo santo
Te guarde.

PUTIFAR.

Y guarde á los dos.

Vase.

JOSEF.

Inmenso Rey del cielo,
Que me librastes con tus santas manos
Del envidioso celo
De mis fieros y bárbaros hermanos;
Tu gran piedad alabo,
Pues dueño soy á donde me vi esclavo.
No sacará la frente
El aurífero sol por estos montes,
De luz resplandeciente
Coronados sus altos horizontes,
Cuando juntas las palmas,
Más que faltan estrellas te den almas.
Ni la noche sombría
La servirá de máscara la cara
Con que disfraza el día,
Que en los umbrales del ocaso para,
Cuando te ofrezca el pecho
En holocausto un corazón deshecho.

Sale Nicela.

NICELA.

¡Josef!

JOSEF.

¡Señora!

NICELA.

¿Qué haces?
Pero dijera mejor,
Según me trata tu amor:
Josef, ¿qué es lo que deshaces?
Tu obligación satisfaces
Su dueño injusto sirviendo,
No á mí, que traes perdiendo
El sentido que tenía.

JOSEF.

¿Qué dices, señora mía?
¿Qué dices que no te entiendo?

NICELA.

Ya vengo determinada:
Déjame, honor, que el amor,
Luego que pierda el temor,
Estima su fuerza en nada.

JOSEF.

La vista tiene turbada:
Verdad infalible fué
Lo que siempre sospeché;
Pero mi justa lealtad
Vencerá su voluntad,
Y su inconstancia mi fe.

NICELA.

¿Dónde es ido tu señor?

JOSEF.

El Rey le envió á llamar.

NICELA.

Tú tienes, Josef, lugar
De satisfacer mi amor.

JOSEF.

Más debe de ser furor
El que te mueve á inquietarme.

NICELA.

Y el que te mueve á matarme,
¿Qué nombre puede tener?
Advierte que soy mujer
Y he llegado á declararme.

JOSEF.

¡Válgame Dios!

NICELA.

Tu ventura
Estima, esclavo dichoso,
Pues á un hombre generoso
Desprecio por tu hermosura;
Las armas, cuya luz pura
Al sol le pudieran dar:
Las plumas, que coronar
Pudieran sus hebras de oro,
Todo su ornato y decoro,
Por ti lo vengo á dejar.
Quiéreme bien y tendrás,
Regalos no imaginados;
Ahora mandas criados,
Después dueños mandarás,
Porque tú señor serás
Y yo esclava de tu amor;
Si de tu dueño en rigor
Soy alma, serás ahora
El señor de tu señora
Y el alma de tu señor.
¿Qué te hacía yo que aquí

Vienes, Josef, á inquietarme?
Culpa has tenido en mirarme;
Yo no te miraba á ti;
Sin mí estoy; vuélveme á mí:
Allá me has hurtado, y muerto:
Que fuiste ladrón te advierto,
Y que te haré castigar,
Porque tras hurtar, matar
Es el mayor desconcierto.
Sin esto, debéis de ser
Hechiceros los hebreos;
Que quien engendra deseos,
Más que hechizos sabe hacer;
Pues no quererme querer
Y hechizarme, ¿qué delito
Mayor se ha visto ni escrito?

JOSEF.

No digas más, que aun oyendo,
Pienso que tu honor ofendo
Si hablar en él te permito.
Señora, dos cosas veo
Contra ti, y aun contra mí,
Que me defienden de ti,
Y aun á ti de tu deseo:
Del alto Dios en quien creo,
La fuerza, porque es inmensa
Con el inmenso la ofensa:
La de tu honor y marido,
Porque al honor ofendido
No tiene el amor defensa.
Si su casa me ha fiado,
Su honor, sus llaves, su hacienda,
¿Fuera justo que yo emprenda
Su ofensa tan obligado?
Deja ese inútil cuidado,
Y para excusar enojos,
No me mires con los ojos
De amor, porque suele amor
Hacer la letra mayor,
Como mira con antojos.
Mírale con la belleza
Que entra del arnés vestido,
Tan gallardo, tan lucido,
De tanta marcial riqueza.
Mira luego mi bajeza,
Roto, pobre, humilde, esclavo;
Con que de decirte acabo
Que quiero morir primero,
Y que tu amor vitupero
Y mi resistencia alabo.

Hace que se va.

NICELA.

¡Tente, tente! ¡Aguarda! ¡Espera!

JOSEF.

¡Suelta el manto!

NICELA.

Suelta, infame,
El alma.

JOSEF.

Que me disfame
Tu amor quiere Dios que quiera.

NICELA.

¡Perro! ¿Tu error persevera
En ser ingrato conmigo?

JOSEF.

Que es imposible, te digo,
Á mi señor ofender.

NICELA.

Soy mujer.

JOSEF.

Eres mujer,
Que es el mayor enemigo.

NICELA.

No te tengo de soltar.

JOSEF.

La capa te dejaré
Para señal de la fe
Que he guardado á Putifar.
Ahí te puedes vengar,
Sino es que tus vicios tapa;
Y así harás en esa capa,
Con venganza de mujer,
Lo que el toro suele hacer
Del hombre que se le escapa.

Déjale la capa, y entran Putifar y soldados.

PUTIFAR.

¿Qué es esto?

NICELA.

¿Ya no lo ves?
El esclavo que adorabas,
Que me ha querido forzar
Y me ha dejado la capa.

PUTIFAR.

¿Qué dices, Nicela?

NICELA.

Digo
Que ha muchos días que anda
Este vil esclavo hebreo,
Todo tu gusto y privanza,
Solicitando mi amor.
Sufrí, callé, porque estaba
Temiendo tu justo enojo.
Ya lo has visto; aquesto pasa.

PUTIFAR.

¡Soldados, criados, gente!
¡Hola, capitanes, guarda!

TODOS.

¡Señor!

PUTIFAR.

¿Dónde está Josef?

DELIO.

¿No salió de aquesta sala?

NICELA.

Agora salió de aquí,
Que como su dueño estaba
Con el Rey, halló ocasión
Para una traición tan baja.
¡Forzarme quiso, ay de mí!
Defendiéndome, la capa

Me dejó, como habéis visto.

SERVIO.

Perdona, señor, si habla
Tan atrevido contigo
Un soldado de tu guarda.
Tuya es la culpa de todo.

PUTIFAR.

Prendelde.

SERVIO.

Esta vez acaba
La privanza de Josef
Y la envidia que me daba.

Vanse los soldados.

PUTIFAR.

¡Que ha sido tan atrevido!
¡Que un esclavo en tierra extraña,
Que compré para servir
Los caballos de mi casa,
Se atreviese á su señora!

Sacan los soldados á Josef preso.

DELIO.

¡Anda, perro!

JOSEF.

¿Por qué tratas
Desta suerte á un inocente?

PUTIFAR.

¡Mal haya la confianza,
Perro, que tuve de ti!
¡No te vendieron sin causa
Tus hermanos y parientes
Dentro de tu misma patria!
Llevalde á la cárcel luego,
Ponelde grillos y guardas;
Muera en una soga vil
Y no con egipcias armas.

Vase.

JOSEF.

Señora, tu.....

NICELA.

¡Calla, perro!
Así los ingratos pagan
Lo que á sus señores deben.

JOSEF.

Eres mujer que me espanta;
Pero viva mi inocencia
Y máteme tu venganza.

Llévanle preso, y salen Bato y Lida.

LIDA.

¿Tú tienes atrevimiento
De decirme esas razones?

BATO.

Deben de ser mis pasiones
De algún caballo ó jumento.
¿No soy hombre con narices,
Ojos y frente?

LIDA.

Sí eres;
Mas no á todas las mujeres
Dicen lo que tú me dices.

BATO.

¿Pues que te digo yo á ti?
¿Esto sólo te fatiga?
¿Es milagro que te diga
Que me chamusco por ti?
Cuando á Dina, mi señora,
Y de mis amos hermana,
Le dijera esta mañana
Lo que á ti te digo agora,
¿Fuera justo responder
Con melindres, y tú no?

LIDA.

Con su ejemplo quiero yo
Por mi honestidad volver.

BATO.

Soy tu igual.

LIDA.

Eres mi igual;
Pero no te tengo amor,
Y para hacerte favor
No hay cosa tan desigual.

BATO.

¡Ah, qué santas os fingís
En llegando á no querer,
Que en queriendo, no hay mujer,
Por mucho que presumís,
Aunque al principio se escurra
Por lo grave y bachiller,
Que no se deje poner
Más albardas que una burra!

LIDA.

Bato: por esto ó esotro
No seré tuya en mi vida.

BATO.

Pues oye, engañosa Lida,
Qué maldición te quillotro:
Prega á Dios quieras á otro
Con las crueldades que escucho,
Que siempre trabajes mucho,
Y que siempre comas poco (1),
Y tu esposo los regalos
Al matrimonio te niegue,
Que la olla se te pegue
Y él te pegue muchos palos.

LIDA.

Oye: un poco te desvía;
Que Jacob, mi señor, viene.

BATO.

¡Oh! ¡Qué necio amor que tiene
Quien de vosotras se fía!

Sale Jacob, viejo venerable, Rubén, Isacar, á lo hebreo.

JACOB.

Excusad el consuelo,

(1) Falta la rima.

Que no le pueden ya tener mis ojos,
Á quien mortal desvelo
Cubre de penas, lágrimas y enojos,
Y por mi bien perdido
Del alma, en la memoria no hay olvido.
Su lastimosa historia
De Josef, mientras yo viviera, viva
En mi triste memoria;
Tanto dolor pensándolo reciba,
Porque fueran agravios
Si faltara en mis ojos y en mis labios.

RUBÉN.

Jacob, mi padre amado,
¿De qué sirve traer á la memoria
El dolor olvidado,
Y aquella triste y lastimosa historia?
Josef murió, ya es hecho:
Ya rasgué mis vestidos y mi pecho.

JACOB.

Haber visto mis ojos,
Rubén, aqueste campo, dió materia
Á mis justos enojos.

ISACAR.

Yo juzgara por última miseria,
Padre, de polo á polo
Tu pena, si á Josef tuvieras solo.
Pero si aquí te quedan
Once hijos, señor, ya es cosa injusta
Que tus penas excedan.

JACOB.

Yo la tengo, Isacar, por la más justa
De la desdicha mía,
Pues más que á todos á Josef quería.
En mis años mayores,
Le engendré de Raquel, de aquella hermosa
Raquel, de mis amores
Primera causa y ocasión dichosa
De servir catorce años
Sufriendo injurias y llorando engaños.

RUBÉN.

Pues dime, ¿no te queda
De la misma Raquel, Benjamín bello,
Que consolarte pueda,
Hermoso de ojos, rico de cabello,
De habla dulce y suave,
Que sigue un oso y que matarle sabe?

JACOB.

¿Hay aquí algún pastor?

ISACAR.

Aquí está Bato; mira qué le mandas,
Nuestro padre y señor.

JACOB.

Parte si agora en sus ganados andas,
Y á Benjamín, amigo,
Di que á ver á Jacob venga contigo.

BATO.

Voy á servirte.

JACOB.

El cielo
Que me dejó vivir tan largos años,
Permita algún consuelo.

ISACAR.

Lida está aquí.

LIDA.

Sintiendo estoy tus daños.

JACOB.

¿Qué hay de mi hija Dina?

LIDA.

Que sólo el campo á soledad la inclina;
Huye de ver la gente,
Como si fuera en la traición culpada
De aquel mozo insolente
De quien fué bien querida y mal gozada.

JACOB.

No es mucho que la venza,
Aunque no tiene culpa, la vergüenza.

Sale Bato y Benjamín vestido de pastorcillo muy galán, con su banda en el cinto, arco y flechas.

BATO.

Al pie de aquella fuente
Te aguarda, Benjamín, tu padre anciano,
Creciendo su corriente
Memorias tristes de tu muerto hermano.

BENJAMÍN.

¿Y quién con él venía?

BATO.

Isacar y Rubén.

BENJAMÍN.

Ventura es mía.
Por él sólo dejara
De matar y seguir aquellas fieras,
Padre y señor.

JACOB.

La cara
De mi Raquel.

BENJAMÍN.

Dame tus pies.

JACOB.

Espera;
Que dilatando abrazos,
Podrá quejarse el alma de los brazos.
¿Qué hacías, hijo mío,
Hermoso como el sol cuando amanece,
Sobre el tierno rocío
Que las hierbas de aljófares guarnece,
Fabrica falsas perlas,
Inclinando los ojos á cogerlas?
Amor imaginaba,
Y así vienes agora, vida mía,
Con arco y con aljaba;
Mas decirte requiebros no quería,
Que es despertar la fiera
Que dió muerte á Josef, pues hoy viviera.

BENJAMÍN.

Padre y señor querido,
Ojalá fuera yo vida que diera
Consuelo á tu afligido
Pecho, que á tanta dicha lo tuviera,
Que por que te animara,
No Benjamín, consuelo me llamara.

Raquel me llamó hijo
De dolor, que por causa de su muerte,
Memoria en que me aflijo,
Quiso que me llamase desta suerte.
¿Cómo daré consuelo,
Si nombre de dolor me puso el cielo?

JACOB.

Como en Septiembre sale
Tal vez rojo clavel, y del nativo
Primer color se vale
Contra la fuerza del calor estivo,
Y como flor tardía,
Al dueño del jardín causa alegría;
Así, Benjamín mío,
Naciste tú para aliviar mis daños,
Como flor en estío,
En el Septiembre estéril de mis años,
Causándome alegría,
Y más al tiempo que el jardín perdía.
Vente, mi bien, conmigo,
Que en las orillas de esta fuente quiero
Hablar solo contigo.

BENJAMÍN.

Si soy el fruto de tu amor postrero,
Más cerca en la memoria
Tendrás de tu Raquel la dulce historia.

Vanse y sale el rey Faraón, Asiris, copero, y dos sabios, Elio y Isacio.

FARAÓN.

Si esto no me declaráis,
¿Á dónde está vuestra ciencia?

ELIO.

Señor, no alcanzo á saber
Causas que son tan secretas.
Las diferencias de sueños
Tienen varias diferencias,
De que nace confusión
En los que las interpretan.
Si es este sueño animal,
Bien puede ser que proceda
De tu mismo pensamiento.

ISACIO.

Algunas cosas revela
El cielo, invicto señor,
En el sueño al que las sueña.

FARAÓN.

Ignorantes sois los dos.
¿Vosotros tenéis la escuela
Egipcia? ¿Leéis el curso
De los cielos y planetas?
¡Qué Mercurios Trimegistos!

ASIRIS.

¡Cielos, aquí se me acuerda
De aquel Josef que en la cárcel
Me dijo cosas tan ciertas!
Dame tus pies y perdona
Mi olvido.

FARAÓN.

¿De qué manera?

ASIRIS.

Porque te hubiera servido
Si mi memoria no fuera
De hombre que sirve en palacio,
Que de sí solo se acuerda.
Cuando mandaste prender
Á mí y al que tenía cuenta
Del pan, estaba en la cárcel,
Por cierta injusta querella,
Un mozo hebreo, y á quien
El Alcaide nos entrega,
Porque en extremo le amaba:
Tales sus virtudes eran.
Soñamos en una noche
Los dos presos, cuando apenas
Daba lugar el aurora
Que se viesen las estrellas,
Dos sueños que le contamos,
Y fué de los dos tan cierta
La interpretación, señor,
Que un átomo no discrepa.
Yo soñé que vi una vid
Que tres sarmientos la cercan,
Á quien luego flores y uvas
Dieron adorno y belleza;
Que yo tu copa tenía,
Y exprimiéndolas en ella,
Te daba á beber.

FARAÓN.

Pues bien,
¿Cómo ese sueño interpreta?

ASIRIS.

«Tres sarmientos son tres días,
(Dijo con divina ciencia),
Que el Rey tardará en llamarte,
Á quien darás en la mesa
La copa, como solías,
Y entonces de mí te acuerdas,
Y dile que de esta cárcel
Saque mi humilde inocencia;
Que estoy sin culpa.» Á este tiempo,
Viendo el que tu pan gobierna
La prudencia del mancebo,
Le dijo de esta manera:
«Tres canastillos soñé
Que llevaba en la cabeza
Llenos de harina y de pan,
Y que las aves ligeras
Á comer dellos bajaban.»
Á quien respondió con pena:
«De aquí á tres días el Rey
Te hará cortar la cabeza,
Y te pondrá en una horca,
Donde las aves que vuelan
Vendrán á comer tus carnes.»
¡Tú sabes cuán verdaderas
Fueron sus declaraciones!

FARAÓN.

Tu ingratitud manifiestas;
Parte por él, di al Alcaide
Que yo lo mando.

ASIRIS.
No creas
Que fué olvidarme sin causa.

Vase.

FARAÓN.
Fiera ingratitud, que ciegas
Los ojos, porque la luz
Al beneficio no vean.
No ha producido animal
Más venenoso la tierra,
Aunque entre el fiero Fitón,
Ó la serpiente Lernea.
Los palacios de los reyes,
Á quien una vez los entra,
Son como río de olvido.
Pocas veces aprovecha
El ruego del miserable,
El papel, la diligencia:
Sólo de su aumento trata,
Sólo su provecho intenta.

Sale Josef, roto, Asiris y guarda.

ASIRIS.
Llega; que te aguarda el Rey.

JOSEF.
Á tus pies invictos llega
Desde la cárcel, señor,
Josef, de nación hebrea,
Porque no pudiera hallar
La gloria de tantas penas,
Menos que tus pies.

FARAÓN.
Levanta.
¡Qué hermosa y grave presencia!
Josef, Asiris me ha dicho
Que eres varón que penetras
Los futuros contingentes
Con aprobada experiencia.
Un sueño pena me ha dado:
Estos sabios que profesan
Serlo en Egipto, á quien hoy
Llaman madre de las ciencias,
No lo entienden ni declaran.

JOSEF.
Pues Dios hará que lo entiendas.

FARAÓN.
Soñé que estaba á la orilla
De un río, en cuya ribera
Vía siete gruesas vacas
Paciendo la verde hierba.
Luego otras siete tan flacas,
Que devorándose aquéllas,
Apenas señal dejaban,
Y me despertó su pena.
Mas volviéndome á dormir,
Vi siete manadas bellas
De espigas, y que otras siete,
Débiles, negras y secas,
Las primeras consumían.

JOSEF.
Oye, señor, porque sepas
Lo que Dios á Faraón
Por este sueño revela.
Las siete vacas y las siete espigas
Fértiles, son siete años abundantes;
Las macilentas, flacas y enemigas,
Siete contrarios á los años de antes.
Por duplicarse quiere Dios que sigas
La luz de la verdad y te adelantes
Al remedio, juzgando el ser tan firme,
En que el segundo sueño lo confirme.
Nombra un sabio varón que en tus regiones
Recoja el trigo en abundantes años;
Que si en ciertos depósitos lo pones,
Darás remedio á los futuros daños;
La providencia de ínclitos varones
Nos ha dejado ejemplos, desengaños;
Si los años estériles previenes,
Seguro el tiempo de tu imperio tienes.

FARAÓN.
¿Á dónde podré yo hallar
Hombre, Josef, de tu ingenio,
Si Dios habla por tu boca,
Si Dios te inspira y si tengo
Una sibila en tus labios,
Y en tu raro entendimiento,
Con más soberano Apolo,
Un oráculo del cielo?
Tú serás aquel varón,
Aquel prudente, aquel cuerdo,
Aquel presidente sabio,
Aquel consejero recto,
Que prevenga en la abundancia
Lo que en la desdicha espero
De tanta esterilidad.
Traed una ropa luego:
Vestilde, adornalde, sea
Josef desde hoy el gobierno
De Egipto: traed mi carro,
Aquel rico en que me muestro
Á la ciudad aquel día
De mi feliz nacimiento.
Salga triunfando Josef:
Humíllese todo el pueblo
Á mi segunda persona,
Y aunque su nombre es tan bueno,
Y de sus padres y patria,
Salvador del mundo quiero
Que se llame desde hoy:
Muestra, Salvador, el dedo
Del corazón, en que pongo
El anillo de mi sello.

JOSEF.
Señor, tu hechura levantas
Como la luz, que encendiendo
Las demás, siempre se queda
Con la que tuvo primero.
Aquí tienes á tu esclavo.

FARAÓN.
¿Qué os parece? ¿No es bien hecho

El haber constituído
Al Salvador de mi reino
Por mi segunda persona?

ASIRIS.

Todos, señor, le queremos
Besar los pies.

ELIO.

Digno ha sido
Josef de tan alto imperio.

ISACIO.

Sembrad laureles y flores:
Cubrid, esmaltad el suelo;
Que pasa dichoso Egipto,
El Salvador y Rey nuestro.

Cantan dentro:

Sembrad laureles y flores,
Cubrid, esmaltad el suelo,
Que pasa dichoso Egipto,
El Salvador y Rey nuestro.

Mientras cantan va Josef alrededor del tablado, y el Rey á su lado, y dan vueltas.

JOSEF.

Vos sólo sois Salvador,
Divino Señor del cielo,
Que de la envidia y la cárcel
Me sacais á Rey de un reino.

Tocan la música ó chirimías, y éntranse con mucho aplauso, con que se da fin á la primera jornada.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Bato y Lida, pastores, asidos de una cinta.

LIDA.

Suelta, necio.

BATO.

Extraña estás
En hacerme tal desprecio.

LIDA.

¿Desprecio es llamarte necio?

BATO.

¿Puede el desprecio ser más?
¿Sabes tú que haya formado
Naturaleza animal
Tan fiero?

LIDA.

Siendo mi igual,
Tú mismo te has retratado.

BATO.

Antes los cielos quisieran
Sabio elefante, león
Fuerte, espantoso dragón,
Y su fiereza me dieran;
Cuántas cosas ¡ay! querría,
Y no ser necio.

LIDA.

Pues yo
Pienso que lo eres.

BATO.

Yo no.

LIDA.

¿Pues qué necedad más fría
Que amar á quien te aborrece?

BATO.

Antes discreción se llama,
Pues amar á quien nos ama,
Justicia y razón parece.

LIDA.

¿Quien ama obedece?

BATO.

Sí;
Que el amor es obediencia.

LIDA.

Pues vete de aquí.

BATO.

Paciencia;
Digo que me voy de aquí;
Detrás de estos chopos quiero
Esconderme.

Escóndese, y sale Benjamín como antes.

BENJAMÍN.

Aunque más huyas,
Seguiré á las alas tuyas,
Tú las del viento ligero.

LIDA.

Vente, hermoso Benjamín.

BENJAMÍN.

Voy tras una corza herida.

LIDA.

Si aquí la tienes tendida
Por el clavel y el jazmín,
Armas de esa gran belleza;
No sigas al viento vano;
Dame, Benjamín, la mano
Que formó Naturaleza
De nieve, para templar
El fuego de tu hermosura.

BENJAMÍN.

Así Dios te dé ventura,
Lida, que me des lugar.
No se me lance en el río
Ó en parte que no le alcance.

Ásele.

LIDA.

Aquí tienes mayor lance
En un alma, ingrato mío.

BENJAMÍN.

Suéltame: no seas pesada;
Que yo no entiendo de amor.

LIDA.

Pues hazme sólo un favor,

Ya que estoy desengañada.

BENJAMÍN.

Di presto.

LIDA.

Que de esos ricos
Cabellos, cortar me dejes
Unas hebras.

BENJAMÍN.

No te quejes,
Lida, de que tema hechizos;
Deja de ser importuna;
Quédate, Lida, con Dios.

Vase.

LIDA.

Muerta quedo.

Sale Bato.

BATO.

Y aun los dos
Con una misma fortuna.
Basta, que está descubierta,
Lida ingrata, la razón
De tu olvido.

LIDA.

¡Qué traición!
¿Lo escuchabas? Ya soy muerta.

BATO.

Yo se lo diré al señor.

LIDA.

¡Bato! ¡Bato!.....

BATO.

No hay que hablar:
Ó amarme, ó voy á parlar,
Lida, tu hechizo ó tu amor.

LIDA.

Yo te amaré.

BATO.

Corta en mí
Los cabellos que querías
En Benjamín, si lo hacías
Por favor.

LIDA.

Harélo así.

BATO.

Corta, aunque lo mismo fuera
En casa á cualquier lechón.

LIDA.

Señor viene; otra ocasión
Tendremos.

BATO.

Allá me espera.

Vanse.

Salen Jacob, Rubén, Isacar y Simeón.

JACOB.

Estéril tiempo y cruel;
Ya mi familia perece.

RUBÉN.

Triste vida el campo ofrece;
Cosa no se mira en él
Que con señal de alegría
La dé á las hojas.

ISACAR.

El cielo,
Como ofendido del suelo,
No sustenta lo que cría.
Ya no halla hierba el ganado,
Y parece que se atreve
Á competir con la nieve
Del monte el desierto prado.

JACOB.

¡Lástima es ver, hijos míos,
Que estén tales sus despojos,
Que sino es en nuestros ojos,
Apenas se miran ríos!
Ya entre tanto desconsuelo
De la sequedad que encierra,
Abre mil bocas la tierra
Para lamentarse al cielo.
Bala el ganado perdido:
Suena en las peñas el eco,
Y vuelve del campo seco
Triste el pajarillo al nido.
Y entre tanta confusión,
Me han dado nuevas que Egipto
Está todo su distrito
Fértil en esta ocasión.
Partid, hijos, á comprar
Trigo; partid, aunque sienta
Vuestra ausencia, que á la cuenta
Allá debe de sobrar,
Pues acá nos traen señales
Los ríos que de allá vienen.

RUBÉN.

Siempre tus trabajos tienen,
Buen Jacob, descansos tales;
Pero no es posible menos,
Viendo los cielos airados,
Los elementos turbados,
Y de mil portentos llenos.
No te osábamos decir
Este remedio, señor,
Por no llegar al dolor,
Causa de vernos partir;
Mas pues ya de ti ha nacido,
¿Cómo quieres que se intente,
Padre piadoso y prudente?

JACOB.

En partir ya no hay partido;
Y habiendo de ser así,
Oid, hijos de Jacob:
Doce partes hice el alma;
Ya, sin Josef, once sois.
Vayan los hijos de Lía,
Rubén, Leví, Simeón;
Vaya el valeroso Judas,
Isacar y Zabulón;
Dan y Neptalín, de Vala,

La que á mi Raquel sirvió;
Los de Zelfa, Gad y Asser,
Zelfa que Lía me dió.
Sólo Benjamín me quede,
Pues que ya no me quedó
De mi adorada Raquel
Otra memoria de amor.
Éste ha sido mi consuelo
Después que Josef faltó;
El aliento á la esperanza
Que mis años sustentó.
Con esto, partid, mis hijos,
Y deos Dios la bendición
Que Abraham, mi abuelo, Isaac,
Mi padre, les prometió.
Partid con ella, hijos míos,
Porque si de Dios la voz
Mi sucesión asegura,
La misma verdad es Dios.

Vase.

NEPTALÍN.
Tierno parte.

ISACAR.
Es padre al fin.

RUBÉN.
Alto; á partir, Isacar.

ISACAR.
Pues vaya Bato á llamar
Á los demás, Neptalín.

Vanse.

Entren Nicela y Delfa.

DELFA.
Por aquí dicen que pasa
El Virrey.

NICELA.
No sé si vea
Un ángel que me recrea,
Ó un demonio que me abrasa.

DELFA.
¿Tanto le amaste?

NICELA.
Es de forma
Mi amorosa fantasía,
Que es como el primero día,
Alma que mi cuerpo informa.
Ayuda á mi pena el ver
Que un esclavo que fué mío
Llegue á tanto señorío,
Á tal grandeza y poder.
Y viendo que se ha casado
Josef, y que hijos tiene,
Mi amor á ser furia viene
En envidia trasformado.
Dos le han nacido, ¡ay de mí!
Efraín y Manasés.

DELFA.
¡Que tanto tiempo después
Haya esa memoria en ti!

NICELA.
Y aun con más pena me veo,
Porque sin la ejecución
Tiene amor obstinación
Para dar vida al deseo.

DELFA.
Él llega. Apártate aquí.

NICELA.
¡Ay, mi esclavo! ¡Quién creyera
Que en tal grandeza le viera
Para más envidia en mí!

Suena música. Sale Josef en un carro triunfal, sentado. Asiris y Putifar á los lados, á pie. Criados delante, echando flores y ramos por el suelo.

JOSEF.
Hoy cumple el sol seis círculos que ha dado,
Amigos, por los altos paralelos,
Que así triunfé del suelo levantado
Por voluntad de los piadosos cielos;
Que aunque puedo decir que me ha criado
De nuevo el Rey, cuyos dorados velos
Me ha dado como el sol los da á la luna,
No nace dél mí próspera fortuna.
Por Dios se mueve cuanto el mundo tiene,
Por hado vuestros sabios hoy declaran;
Dél procede la vida, el honor viene;
Todas las cosas en su centro paran.
Dios cría, Dios sustenta, Dios mantiene
Sus fuertes muros, al humilde ampara;
Dios hace reyes, que las buenas leyes
Tienen principio en Dios y no en los reyes.

PUTIFAR.
Gran Salvador del mundo, justo nombre
Que te dió Faraón, por ti se mira
Libre la tierra; tú el primero hombre;
Que donde tú no estás, cautivo expira
El mundo. Egipto, Salvador te nombre,
Por ti vive, por ti también respira
De la opresión estéril, pues pudiera
Volver sin ti la confusión primera.

JOSEF.
En llegando á palacio, dad audiencia
Á cuantos, por humildes y afligidos,
Les faltare favor, con advertencia
Que por pobres serán más presto oídos.
Los frutos, del linaje humano herencia,
Queden con igualdad distribuídos,
Dando sustento á todos igualmente.

PUTIFAR.
El cielo, Salvador, tu vida aumente.

Dé vuelta el carro con música, y entre con el acompañamiento que salió. Quedan Nicela y Delfa.

DELFA.
¿Qué dices?

NICELA.
Estoy suspensa
De mirar grandeza tanta.

DELFA.
Lo que el mismo Dios levanta
Tiene en su brazo defensa.
No haya miedo que derribe
Tan justa privanza envidia.

NICELA.
Mucho en velle me fastidia
Que así mande y así prive.

Sale Putifar.

PUTIFAR.
Nicela, ¿tú aquí?

NICELA.
¡Señor!

PUTIFAR.
¿Tú de palacio en la puerta?

NICELA.
Aquí he llegado encubierta
Entre el popular rumor,
Con ánimo de mirar
Nuestro esclavo.

PUTIFAR.
No hablas bien,
Pues fuera del Rey, también
Salvador le has de llamar.

NICELA.
¿Yo Salvador?

PUTIFAR.
¿Pues quién es
Hoy por quien vives?

NICELA.
No seas
Lisonjero, dónde veas
Que no se sigue interés.

Vase Nicela y sale Josef.

JOSEF.
Dad licencia, general,
Para que entre quien quisiere.

De rodillas.

PUTIFAR.
Tu vida el cielo prospere
Á su mismo curso igual.

JOSEF.
Álzate; que bien me acuerdo
De que fuiste dueño mío.

PUTIFAR.
Ensalza tu señorío
El verte prudente y cuerdo;
Que quien tiene en la memoria
La humildad en que se vió,
Cuando Dios le levantó
Venció la mayor victoria. (Aparte.)
No me puedo persuadir
Que éste estuviese culpado:
Celos Nicela me ha dado
Y agravios puedo decir.
Sin duda estaba inocente,
Porque el hombre que es vicioso,
Si llega á ser poderoso
Ejecuta lo que siente.
Y pues Josef no lo estuvo,
Ella, sin duda, es culpada,
Y aquella capa arrojada
La que su golpe detuvo.
Suyos fueron los antojos;
Ella fué el toro cruel,
Porque á no venirse á él,
No se la echara á los ojos.

Siéntase Josef, y salen Rubén, Neptalín, Isacar, Simeón y Bato.

SIMEÓN.
¿Si es aquel el Salvador?

NEPTALÍN.
Aquí dicen que está.

SIMEÓN.
Llega.

NEPTALÍN.
¿No hay más de llegar así?

RUBÉN.
¿Cómo le haré reverencias?

BATO.
Con ser yo rústico, sé
Que las rodillas en tierra
Le habéis de adorar. Llegad.

De rodillas todos.

RUBÉN.
Á los pies de tu grandeza
Tenéis, Salvador de Egipto,
Una pobre gente hebrea,
Que viene á comprar el trigo
Que reservó tu prudencia
Para los presentes años,
Según por allá nos cuentan.
Manda, señor, que nos den
Lo que á tu piedad parezca,
Que en este tiempo socorra
Necesidad tan estrecha.

JOSEF.
¡Cielos! ¿Qué es esto que miro?
¡Cielos! ¿Quién habrá que entienda
Vuestros secretos? ¡Oh suma,
Oh grande piedad suprema!
¿No son estos mis hermanos?

RUBÉN.
¿De qué se admira? ¿Qué piensa?

ISACAR.
La color se le ha mudado.

NEPTALÍN.
En los hombres que gobiernan
Hay este divertimiento,
Como en los hombres de letras.

Grave.

JOSEF.
Hombres, ¿de dónde venís?
BATO.
Hombres dijo: malas señas.

Más alterado.

JOSEF.
¿De dónde vinisteis, hombres?
BATO.
Responded de Adán y Eva.
RUBÉN.
De la tierra de Canaán
Hemos venido á esta tierra
Á comprar trigo, señor.

Colérico.

JOSEF.
Mentira bien clara es esta.
BATO.
¿No lo dije yo?
JOSEF.
Vosotros
Sois espías, cosa es cierta,
Y vuestro hábito lo dice.
RUBÉN.
¡Espías, señor! No creas
Que ese traidor pensamiento
En nuestra nobleza quepa.
Doce hermanos somos todos
De un padre, aunque de diversas
Madres: los once vivimos,
Murió el penúltimo, y queda
El último con el viejo,
Que del muerto lo consuela.
Esta es la verdad, señor.
JOSEF.
Uno falta.
BATO.
¡Como muestra
Airado el rostro!
JOSEF.
Decid
De qué murió.
RUBÉN.
Cierta fiera
En el valle de Mambré,
Bajando á dar una fiesta
Agua al ganado, le dió
La muerte.
JOSEF.
¡Y qué fiera, fiera!
¡Cómo se ve claramente
Que son invenciones vuestras!
Espías sois que venís
Á ver qué muros, qué puertas,
Qué defensas Menfis tiene.
ISACAR.
Señor, la verdad es esta.

Levántase.

JOSEF.
¡Por vida del Rey, traidores,
Que hasta que el hermano venga
Que decís que allá quedó,
Y á vuestro padre consuela,
Que no salgáis de una cárcel!
Vaya el que de todos sea
Más diligente, por él,
Y los demás en cadena
Y grillos queden.
RUBÉN.
Señor.....
JOSEF.
No hay que hablar; la prueba
De que habéis dicho verdad,
Á la vista se reserva
Del hermano que decís;
Si él viene, será muy cierta:
Si no, será mentirosa,
¡Capitán!
PUTIFAR.
¡Señor!
JOSEF.
Encierra
Estos hombres con prisiones
En una cárcel.
RUBÉN.
Es pena
De nuestro delito justa.
NEPTALÍN.
Sí, que la pura inocencia
De nuestro hermano da voces.
RUBÉN.
¿Ya no os dije que no era
Bien hecho entonces?
SIMEÓN.
Agora
Nos viene, sin merecella,
Esta desdicha por él.
PUTIFAR.
Caminad.
BATO.
Quiero que adviertas,
Capitán, que no soy yo
De los que el Virrey condena.
PUTIFAR.
¿Pues quién eres tú?
BATO.
Só quien
Tiene cuenta con las bestias.
PUTIFAR.
Pues tenla agora de ti.
BATO.
¡Pobre Bato, quién creyera
Que vinistes á dejar
El pellejo en tierra ajena!

Llévanlos.

JOSEF.
Lágrimas que á los ojos

Solicita piedad de amor nacida,
Detened los enojos,
Ó corred como fuente que oprimida
Tuvo la dura presa,
Pues no cesa el amor, y el rigor cesa.

Salen Fenicia y Liseno.

LISENO.
Él ha de morir, Fenicia.
FENICIA.
No ha de morir: ten piedad.
JOSEF.
¿Qué es esto?
LISENO.
Á tu majestad
Pido, gran señor, justicia.
FENICIA.
Yo piedad, Salvador nuestro.
JOSEF.
¿Eres su marido?
LISENO.
Soy.
JOSEF.
Habla.
LISENO.
De Fenicia tuve
Dos hijos.
FENICIA.
De entrambos son;
Óyeme á mi.
JOSEF.
Da lugar,
Mujer, puesto que el dolor
Del parto más te apresure,
Á que comience el varón.
LISENO.
El mayor de mis dos hijos,
De envidia mató al menor;
Está preso: yo que muera
Quiero, y Fenicia que no.
FENICIA.
Señor, si el uno está muerto,
Rigor es matar los dos.
JOSEF.
Decís bien; mando que luego
Le saquen de la prisión;
Que Dios le dará castigo
De la sangre que vertió.
FENICIA.
Vivas mil años, amén,
Soberano Salvador
De Egipto.
JOSEF.
¡Qué justo ejemplo
De los hijos de Jacob!

Vanse los dos: sale Putifar.

PUTIFAR.
Ya están presos los hebreos.
JOSEF.
En estando los tres días,
Dales libertad.
PUTIFAR.
Sabrías
Sus maliciosos deseos.
JOSEF.
Dellos tengo aviso ya;
Cierto Josef me le dió,
Que allá en su patria nació
Y agora en Egipto está.
PUTIFAR.
¿Conócesle tú?
JOSEF.
Muy bien.
PUTIFAR.
Yo les daré libertad.
JOSEF.
Antes que de la ciudad
Salgan, advierte también
Que prendas al uno dellos,
Que se llama Simeón;
Que importa que esté en prisión
En tanto que vuelven ellos,
Que han de traer otro hermano;
Dales trigo, y el dinero
Pon en los sacos primero,
Disimulando la mano.
¿Hasme entendido?
PUTIFAR.
Muy bien.
JOSEF.
Capitán, tu pecho alabo;
Que á quien te sirvió de esclavo
Le sabes servir tan bien.

Vanse y salen Lida y Benjamín.

LIDA.
Mientras con más aspereza
Me tratas, más crece amor;
Que suele ser el rigor
Aumento de la belleza.
Formó la naturaleza
Montes, hombres, fieras, pechos,
Pues de sus manos los hechos
No ablandan pechos iguales,
Viendo que en tiernos cristales
Quedan sus jaspes deshechos.
¡Ay, Benjamín! que dijera
Con más causa ¡ay Serafín!,
Pues quien ha de ser mi fin,
Por su hermosura lo fuera:
Si en la hermosa primavera
De tus verdes años flor,
No quieres bien, ¿qué rigor
Anima tu pecho helado,
Pues no ves en monte ó prado
Cosa que no tenga amor?
Aman las fieras crueles
Que carecen de las almas:

Aman las palmas las palmas,
Los laureles los laureles;
Los pajarillos que sueles
Oir con dulces canciones,
Cantan sus tiernas pasiones;
Aman las fuentes los ríos:
Sólo tú á los males míos,
Áspid, sentimiento pones.

BENJAMÍN.

Si yo supiera querer,
Tuviera mi pensamiento
Ligado á tu entendimiento:
No te supiera ofender.
La hermosura de tu ser
Naturalmente me obliga,
Mas no sé cómo te diga
Que no entiendo qué es amor,
Si ave, fiera, planta ó flor
En su triunfo enlaza y liga.
Amor es inclinación
Que se causa y no se entiende,
Fuego que en el alma enciende
El aire del corazón;
Sus dos alas, Lida, son
Una agrado, otra deseo;
Si en servirte no me empleo,
Es porque el alma no inspiran;
Que lo que los ojos miran,
En los del alma no veo.

LIDA.

Si tienes entendimiento,
¿Cómo no ves que el rigor
Pone en las fuerzas de amor
Porfía y atrevimiento?
Si nace de encogimiento
De tu tibio corazón,
Mis brazos de fuego son.

Quiere abrazalle.

BENJAMÍN.

Desvía, necia.

LIDA.

No quiero.

BENJAMÍN.

Jacob viene.

LIDA.

Ya no espero
Ablandar tu corazón.

Sale Jacob.

JACOB.

Mal sufre amor la ausencia:
Tormento sin igual recibe el alma;
Faltando la paciencia,
Los sentidos oprime ociosa en calma,
Pues día y noche asiste
El pensamiento á una memoria triste.
Con justa causa temo:
Ningún consuelo, amor, me satisface;
Siempre amé con extremo:
De la causa de amor el temor nace,
Que es su mayor efeto.

BENJAMÍN.

Padre y señor.....

JACOB.

¡Oh, Benjamín discreto!
Parece que entendías
La falta de consuelo en mis entrañas.

BENJAMÍN.

Señor, las tiernas mías
Mueve tu pecho y mueve las montañas
Desta tierra, que llora
Contigo al irse el sol y al ver la aurora.
Ya vendrán mis hermanos:
No aumentes tus trabajos con temores.

JACOB.

En mí no fueron vanos:
En teniéndolos yo, vienen mayores;
Que por otro camino
No se cede mayor del que imagino.

BENJAMÍN.

Mayor valor tenías
Cuando en Aran guardabas el ganado,
Tantas noches y días,
Por mi querida madre desvelado,
Por tu Raquel hermosa,
La mujer más amada y más dichosa.

Alégrase.

JACOB.

No sé cómo te diga
Lo que pasé, contento de mis daños;
Así la causa obliga
El verde Abril de mis floridos años,
Y en los primeros siete,
En tanto que Labán me la promete,
Fuí muy gallardo mozo:
Vestíme bien los días que venía
Con amoroso gozo
Á ver tu madre, y ella me decía,
Después que fué mi esposa,
Que de verme galán se vió celosa.
Pues si delante della
Luchábamos tal vez, el más robusto,
Mirando á Raquel bella,
Encendido de honor, el lazo justo
Desasido en un vuelo,
Confesaba mi amor midiendo el suelo.
Los lobos me temían,
Los más fieros leones me temblaban;
Los pastores decían
Que la ventaja en toda acción me daban.

LIDA.

¡Qué bien que le engañaste!

BENJAMÍN.

Como mujer, en fin, me aconsejaste.

Entre Bato.

BATO.

Para ganar las albricias
Presumí de adelantarme,
Si fueran buenas las nuevas.

JACOB.

¡Bato!

BATO.

¡Señor!.....

JACOB.

No me hables,
Que ya sé que á mis trabajos
Alguna desdicha añades.
¿Vienen mis hijos?

BATO.

Ya vienen.

JACOB.

¿Todos?

BATO.

Ya tienes delante
Los mayores dellos; puedes
Mejor saber cosas tales.

Salen Rubén, Isacar y Neptalín, tristes.

RUBÉN.

Guarden tu vida los cielos.

ISACAR.

Los cielos tu vida guarden.

NEPTALÍN.

Danos á todos los pies.

JACOB.

En los turbados semblantes
Conozco que no venís
Contentos.

RUBÉN.

Llegamos, padre,
Á la gran Menfis de Egipto,
Famosa entre las ciudades
Del mundo, y vecina al cielo,
Con pirámides de jaspe.
Faraón tiene un Virrey,
Hombre de notables partes,
Que sustituye en su cetro,
Y á quien permite que llamen
Salvador, porque lo ha sido
En ocasión semejante
De todo el egipcio reino;
Fuimos luego á visitarle,
Y adorando por la tierra
Su persona hermosa y grave,
Nos preguntó por la nuestra;
Yo le dije que este valle:
Con todas las demás cosas
Á su sospecha importantes.
Dijo que éramos espías,
Y por más que porfiase
En que éramos gente noble
Y doce hermanos de un padre,
Contándole allí los días,
Once con Josef, que yace
Muerto á manos de la fiera
Que bañó su ropa en sangre,
Y doce con Benjamín;
No quiso crédito darme
Mientras que no le trujese,
Porque ser verdad probase,
Á Benjamín, por quien queda
Simeón, padre, en la cárcel,
Pues que tres días nos tuvo
En sus cadenas con llaves.
Danos, padre, á Benjamín:
Así los cielos te alarguen
Tu vida, porque sin él
Volver á Egipto no trates.
Sin esto estamos confusos,
Porque abriendo los costales
Del trigo, habemos hallado,
Sin que un dinero nos falte,
Dentro el mismo que le dimos;
Que si fué yerro, es notable.

JACOB.

¿Para qué queréis que viva,
Si se aumentan por instantes
Los trabajos de Jacob,
Ya con mi edad desiguales?
Sin hijos me habéis dejado;
Mató á Josef, Dios lo sabe,
La fiera que me dijisteis:
Simeón queda en la cárcel,
¿Y á mi amado Benjamín
Agora queréis quitarme?
Ya perdí á Josef: no quiero
Que su retrato me falte,
Si no queréis que deshechas
En lágrimas miserables,
Mis blancas canas, al centro
Negro de la tierra bajen.

RUBÉN.

No te aflijas desta suerte,
Padre; ya es razón que basten
Tus lágrimas; no permitas
Que, ciego, tu vida acaben.
Dame á Benjamín, señor,
Porque si no es con llevarle,
De la cárcel á mi hermano
No hay oro con que le saques.
Y si no te le volviere
Sano y libre, que me mates
Dos hijos te doy licencia;
Mira que crece la hambre,
Y también que será fuerza
Volver á hacer su rescate.

JACOB.

¿Por qué dijiste que había
Otro hijo, si nombralle
No fué porque le pidiese?

NEPTALÍN.

El cielo nos desampare,
Nuestros ganados destruya,
Nuestras labranzas abrase
Si fué tal nuestra intención,
Sino solamente darle
Respuesta en orden á todo.

JACOB.

Ahora bien, hijos, llevalde,
Si no es posible otra cosa.

BENJAMÍN.
No llores: mira que haces
Agravio á valor que pudo
Vencer en la lucha un ángel.
Lo que Dios te ha prometido,
¿Cómo es posible faltarte?
Faltará primero el mundo,
Faltarán los cielos antes.
Cara á cara viste á Dios:
¿Qué temes? ¿Quién será parte
Á ofenderte, si has rendido
Á aquel divino gigante?
JACOB.
Si me consuelas así
Y así pretendes dejarme,
¿Qué me dejas por consuelo?
Ahora bien, Benjamín, parte,
Y parte á tu padre el alma.
BENJAMÍN.
Yo espero estos brazos darte
Muy presto con más contento.
JACOB.
¡Hijos, á todos alcance
Mi bendición!

Vase llorando.

ISACAR.
Id con él
En tanto que se dilate
Esta jornada forzosa.
RUBÉN.
Luego que todos descansen
Se intentará la partida.

Vanse, y quedan Bato y Lida.

BATO.
¡Detente!
LIDA.
¡Qué disparate!
BATO.
¿Pues á qué tigre se niegan
Los brazos, aunque llegase
Del color que en la Etiópia
Los adustos negros traen?
LIDA.
¿Quién te ha dicho, Bato, á ti
Que es obligación bastante
Abrazarte sin quererte?
BATO.
No porque quieras abraces,
Sino porque yo te quiero.
LIDA.
Ahora bien; porque no llames
Descortesía el no ser,
Como otras mujeres, fácil,
Ve aquí un abrazo.
BATO.
No seas,
Lida, así el cielo te guarde,
Manca de la cortesía;
Que aun es defecto entre amantes.
¿No has visto unos majaderos
Que no es posible que alcen
Un dedo de la cabeza
El sombrero por delante?
¿Y otros que andan en rodeos
De las palabras iguales,
Y porque el otro esté en pie
Ellos no quieren sentarse,
Pues, fuera de ser muy necios,
Negocian que los infamen
Desenterrando sus vicios?
LIDA.
En fin, ¿quieres que te abrace
Con dos brazos?
BATO.
Si los tienes,
No se los quites á nadie.
LIDA.
¿Para media voluntad
No quieres que un brazo baste?
BATO.
¿Luego entre mí y Benjamín
Ya tu voluntad repartes?
Quiérete ya, ¿quién lo duda?
Pero yo pienso vengarme
Con que no ha de volver más.
LIDA.
¿Qué dices?
BATO.
Que no me abraces;
Que voluntad con dos medias
Algún necio se la calce.

Éntrase cada uno por su parte.

JORNADA TERCERA

Salen Josef y Putifar.

JOSEF.
Qué, ¿han venido los hebreos
De la tierra de Canaán?
PUTIFAR.
De besar tus pies están
Con mil ardientes deseos.
JOSEF.
¿Viene con ellos también
El más pequeño?
PUTIFAR.
Con ellos
Viene, y aunque algunos dellos
Gallardos parecen bien,
No igualan á Benjamín,
Que así dicen que se nombra,
Porque son de su sol sombra.
JOSEF.
Qué, ¿vino el muchacho al fin?

PUTIFAR.
Parece que te alegraste.
JOSEF.
Presto sabrás la ocasión.
PUTIFAR.
No sabiendo la intención
Con que á los once llamaste,
Pensaron que era el dinero
Que en los costales hallaron:
De nuevo me lo entregaron:
Respondo que no lo quiero,
Y que á comer los convidas;
De que están fuera de sí.
JOSEF.
Llámalos.
PUTIFAR.
Ya están aquí.
JOSEF.
¿Qué puede haber que le pidas,
Josef, al piadoso cielo?
Subo en aquesta ocasión
Al trono de Faraón;
Mas no con soberbio celo,
Sino sólo por cumplir
Del gran Dios la voluntad,
Porque bajó mi humildad
Cuanto ella quiere subir.

Haya dosel y sillas, con gradas: siéntese, y salen los hermanos.

De rodillas.

ISACAR.
Adorando la tierra humildemente
De tu trono rëal, cuyos trofeos
Envidiando laureles, á tu frente
Coronan resplandores Idumeos,
Están ¡oh generoso presidente
Del valle de Mambré! los diez hebreos,
Para que seas tú mismo testigo
De la verdad que se trató contigo.
¡Oh! Si vieras, señor, el sentimiento
De su padre Jacob, por que no hallaras
Con humana terneza rendimiento,
Aunque al valor decrépito igualaras
Si has visto la verdad, si el pensamiento,
Y que dejamos nuestras prendas caras
En prenda del garzón que prometimos,
El preso y dulce hermano te pedimos.
JOSEF.
¿Tendrá aquí mi corazón
Fuerzas para estarse en pie,
Ó al desmayo le daré
De mi sangre y mi afición?
¡Ojos, tened compasión
De las entrañas deshechas!
Las lágrimas os dan hechas:
Llorad, que ningún nacido
El alma le han oprimido
Causas de amor tan estrechas.
Pero no haya más enojos,
Porque es tan bello el rapaz,
Que basta á ponerse en paz
El corazón y los ojos,
Que imagen de los despojos
Por que tanto nombre dan
Á Raquel, mirando están;
Si era así mi hermosa madre,
¿Qué me espanto que mi padre
Sirviese tanto á Labán?
Quiero bajar.

Baja del trono.

BATO.
Mucho advierte,
Benjamín, el Rey en ti.
BENJAMÍN.
Bato, después que le vi,
Turbado estoy.
BATO.
¿De qué suerte?
BENJAMÍN.
No te lo sabré decir;
Pero sé que el corazón
Con una cierta pasión
Me ha comenzado á rendir.
JOSEF.
¡Hebreos!
RUBÉN.
¡Señor!
JOSEF.
¿Está
Bueno vuestro padre?
RUBÉN.
Queda
Bueno, si es que vivir pueda
Faltándole el alma ya.
JOSEF.
¿Es aqueste aquel hermano
Que me dijisteis?
RUBÉN.
¡Él es!
JOSEF.
¡Llegalde!

De rodillas.

BENJAMÍN.
Dame tus pies
Y á besar tu heroica mano.
JOSEF.
Los brazos es más razón.
BENJAMÍN.
No soy digno de tus brazos.

Aparte.

JOSEF.
¡Ay Dios, con qué estrechos lazos
Me oprimes el corazón!
Las lágrimas resistir,

¿Qué piedad lo puede hacer?
Yo las quiero detener,
Y ellas mueren por salir;
Yo me pierdo si está aquí.
¡Capitán!

PUTIFAR.
¡Señor!

JOSEF.
¿Está
Puesta la mesa; que ya
Será tiempo?

PUTIFAR.
¡Señor, sí!

JOSEF.
Diles que entren.

PUTIFAR.
Entrad todos
Adonde habéis de comer.

RUBÉN.
Gran merced nos quiere hacer.

NEPTALÍN.
En sus amorosos modos
Se advierte su voluntad.

BENJAMÍN.
Vamos, Bato.

BATO.
Benjamín,
Temeroso voy del fin;
Tiemblo á toda Majestad.
Un ajoqueso en mi choza
Tengo por cosa más sabia
Que cuantos fénix de Arabia
El Rey poderoso goza.

BENJAMÍN.
Tu necio gusto condeno.

BATO.
Yo no, porque no se sabe
Que hayan dado á humilde ó grave,
En ajo á nadie veneno.

Vanse.

JOSEF.
Oye, capitán.

PUTIFAR.
¡Señor!

JOSEF.
Luego que hayan comido
Los despachas.

PUTIFAR.
¿Qué has tenido?

JOSEF.
Piedad, capitán, y amor.
Enternézcome de ver
Gente de mi tierra; en fin,
¿No era bello Benjamín?

PUTIFAR.
Un rey merecía ser.

JOSEF.
Óyeme.

PUTIFAR.
¿Qué es lo que mandas,
Que no te entiendo, señor?
Que para piedad y amor
Con muchos cuidados andas.

JOSEF.
En los costales del trigo
Pon á todos su dinero
Sin que lo entiendan; que quiero
Mostrarme á mi patria amigo,
Y en el del menor hermano
Pon mi copa más preciosa.

PUTIFAR.
¿Quieres, señor, otra cosa?
Que esto no se intenta en vano.

JOSEF.
De secreto te diré
Cómo has de salir tras ellos,
Y por ladrones prendellos.

PUTIFAR.
Lo que ordenares haré,
Que no será sin misterio.

JOSEF.
Voyme á comer.

PUTIFAR.
Pues, señor,
¿Cómo das pena y favor?
¿Cómo honor y vituperio?

JOSEF.
Tú lo entenderás después.

Vase.

PUTIFAR.
Confuso en extremo estoy,
Porque á entender no me doy
Que esto sin misterio es.

Vase y entran todos los hermanos.

RUBÉN.
¡Notable benignidad
La del Salvador famoso!

SIMEÓN.
En buena prisión me puso.

ISACAR.
Y no lo sentimos poco

RUBÉN.
De mi buen padre Jacob
Sentí la pena.

NEPTALÍN.
Lloroso
Quedó el viejo por tu ausencia;
Pero más cuando propongo
El llevar á Benjamín,
Última luz de sus ojos.

BATO.
Gracias á Dios de Israel,
Que os verá juntos á todos,
Llenos del trigo que espera.

RUBÉN.
En contándole nosotros
Lo que el Salvador ha hecho,

Bajando del alto trono
De su grandeza, á comer
Con diez labradores toscos,
Se le ha de aumentar la vida.

ISACAR.

Él es hombre generoso,
Y el prender á Simeón
Por sospecha, fué forzoso
Del oficio de Virrey,
Que no es el gobierno sólo,
Sino el prevenir el daño,
Digno de aquel cargo honroso.

RUBÉN.

¡Qué gran convite nos hizo!

BATO.

Allá me dió el mayordomo
También de comer á mí;
¡Pardiez, que rodaban pollos!
¿No habéis visto unos monazos
Que guardan á un lado y otro
Las nueces y las castañas
Al tiempo más espacioso?
Pues al famoso convite
Fuí con los carrillos monos,
Y para el camino, lleno,
Que al fin es largo y angosto.

RUBÉN.

Dente de comer á ti:
Irás del Negro al Mar Rojo.

BATO.

¿Qué quieres? Todo el placer
Del mundo dicen que es sólo
Comer más ó comer menos;
Los ricos lo comen todo,
Los pobres todo lo ayunan.

BENJAMÍN.

¿Qué gente es ésta?

ISACAR.

El adorno
Dice que es gente del Rey.

RUBÉN.

Si nos buscan.....

BATO.

¿Por qué? ¿Cómo?

Sale Putifar y soldados.

PUTIFAR.

Tened el paso, traidores;
Ataja, Eraclio, á los otros;
Aguardad, fieros hebreos.

RUBÉN.

¿Á nosotros?

PUTIFAR.

Á vosotros,
Pues como infames, habiendo
De un Príncipe tan piadoso
Con extraños, recibido
El beneficio notorio,
Al Rey mi señor, y á Menfis,
Humillando el regio solio
Á vuestra ruda humildad,
Y comiendo igual con todos,
Su copa le habéis hurtado.

RUBÉN.

¿Cómo su copa nosotros?
¿Qué dices?

PUTIFAR.

Que le ha faltado
Al repostero.

RUBÉN.

¿Qué abono
De nuestra lealtad queréis
Para templar tanto enojo,
Mayor que el haberos vuelto
El dinero que nosotros
Volvimos á nuestra tierra
En los costales?

PUTIFAR.

Volviólo
Vuestro engaño, porque estaba
Del castigo temeroso.
Desatad esos costales.

RUBÉN.

Si en alguno, á decir torno,
Hallares oro ni plata,
Cuyo fuere, muera.

PUTIFAR.

Todos
Los desatad uno á uno.

BATO.

El de Benjamín descojo,
Que es el que me toca á mí.

RUBÉN.

Que muera es castigo corto;
Todos seremos esclavos
De tu Príncipe dichoso.

SOLDADOS.

Aquí está la copa.

RUBÉN.

¿Aquí?

SOLDADOS.

El menor la puso en cobro.

RUBÉN.

¡Tú, Benjamín!

BENJAMÍN.

¿Qué me miras?
Todo el cielo poderoso
Me destruya si la he visto;
Ni yo perdiera el decoro
Á la sangre de Abraham
Por cuantos vasos preciosos
Desde el principio del mundo
Dió la codicia al tesoro.

PUTIFAR.

¡Ah, villanos! ¿Esto pasa?
Prendeldos.

RUBÉN.

Benjamín, rompo
Mis vestidos y mi pecho.

PUTIFAR.

Ladrones sois, ya os conozco;

Vayan al Virrey.

NEPTALÍN.

¡Ah, cielos!

BENJAMÍN.

Hermanos, no he sido estorbo
De vuestro viaje yo;
Que este es falso testimonio.

RUBÉN.

Sabemos que eres un ángel.

PUTIFAR.

Caminad.

BENJAMÍN.

¡Cielos piadosos,
Descubrid la verdad.

RUBÉN.

Creo
Que Dios nos dará socorro.

BATO.

¿Á Egipto volvemos?

SOLDADOS.

Sí.

BATO.

¡Pobre Bato! Ya desdoblo
La panza para pagar
Los pollos y los repollos.

Vanse.

Salen Faraón y Josef.

FARAÓN.

Partiremos los dos este presente,
Pues tiene de la paz la mejor parte.

JOSEF.

Beso tus pies, señor.

FARAÓN.

Josef, detente.

JOSEF.

Bien es que tu grandeza los aparte:
La tierra es á mi boca suficiente;
Donde los pones, invencible Marte,
Temió Bazán tus armas.

FARAÓN.

No temiera
Si el año de la guerra fértil fuera.
No toma bien las armas el soldado
Por el estéril campo divertido;
La falta del sustento siempre ha dado
Victoria al fuerte, infamia al oprimido;
Voy á partirle en tu virtud fiado,
Que de mi reino redentor has sido:
Desde hoy, Josef, á tu memoria debo
Dorada estatua en obelisco nuevo.

Vase.

JOSEF.

¡Cuánto debe Josef, Rey soberano,
Desde mis padres, Abraham valiente,
Isaac piadoso, Jacob limpio siente,
Josef humilde, perseguido en vano!
Trújome aquí tu poderosa mano:
Así te agrada el ánimo inocente
Donde permite que el remedio intente
Del uno y otro fatricida hermano.
Tú con el brazo del poder piadoso
Me has levantado á la rëal esfera,
Libre del homicida y envidioso;
Que es bestià tan feroz la envidia fiera,
Que es menester un Dios tan poderoso
Para que un hombre en su rigor no muera.

Sale Putifar y soldados y los hermanos todos.

PUTIFAR.

Entrad presto, villanos, á la muerte,
Que no al Virrey famoso.

Todos de rodillas.

RUBÉN.

Salvador generoso,
Aquí nos tiene tu piedad, advierte.

SIMEÓN.

Y aquel también, señor, en cuya hacienda
Fué hallada ¡ay, cielos! tu dorada prenda.

JOSEF.

¿Por qué habéis perpetrado tal delito,
Ingratos á mi pecho
Y al favor que os he hecho?
¿Desde Canaán venís á hurtar á Egipto?
¿Este es el premio justo
De haceros honras y de daros gusto?

RUBÉN.

Señor, todos queremos, pues es justo,
Quedar por tus esclavos;
Eses imprima, y clavos,
En todos nuestros rostros hierro adusto;
Confiesen de tu nombre heroicas letras,
Que la maldad de nuestro error penetras.

JOSEF.

No lo permita el cielo; sólo sea
Mi esclavo el atrevido
Que como veis ha sido
Autor de culpa tan enorme y fea;
Los demás podéis iros libremente
Adonde vive vuestro padre ausente.

ISACAR.

Virrey soberano
Deste ilustre reino,
Salvador en nombre
Y en heroicos hechos:
Príncipe dichoso
Que después del cielo,
Sobre blancas aras
Mereces incienso:
Cuyo nombre adoran
Los Partos y Medos,
Los Mesopotamios,
Los Sirios y Armenios:
Nosotros venimos
De aquel valle hebreo
Donde vió Abraham
A los tres mancebos

Divina figura
Del divino Terno,
Una esencia sólo,
Sólo un Dios inmenso.
Venimos, señor,
Como digo, haciendo
Memorias piadosas
De mejores tiempos;
Porque allá á los montes
De hierba compuestos,
Pelaban los años
Barbas y cabellos.
Ni una flor al prado,
Ni un grano al barbecho,
Abril producía
Ni bañaba el cielo.
Nuestro amado padre
Nos dió tal consejo:
Tú nos preguntaste
De nuestros sucesos,
Si teníamos padres,
Hermanos ó deudos.
Ya te respondimos
Que padre, y muy viejo,
Y un pequeño hermano,
Que era su consuelo.
Este niño, y otro
Que ha mucho que es muerto,
Eran de una madre
De Jacob espejo.
La bella Raquel
Se llamaba, y creo
Que era su hermosura
En ella lo menos.
«Traelde, dijiste,
Que verle deseo,
Y saber si en todo
Sois falsos ó ciertos.»
Yo te respondí:
«El traerle tengo
Por cosa imposible,
Porque el viejo, luego
Que el niño le quiten,
Vivirá muriendo.»
Respondiste entonces:
«Si yo no le veo,
No veréis mi rostro.»
Partimos con esto
Y en Canaán hablamos
Á Jacob, tu siervo,
Que en oyendo el caso
Se quedó suspenso.
Dos hijos que tuve
De Raquel, hoy pierdo:
Si éste me lleváis,
Sin espejo quedo.
Pues mira, señor,
Si agora volvemos
Sin tu Benjamín,
Alma de tu pecho,
¿Que será de todos,
Y un hermano muerto?
En prendas le daba
Dos muchachos bellos;
Mas yo, sobre mí,
Con gran juramento
Tomé su peligro,
¿Pues qué haré si vuelvo?
Ciento y ochenta años
Cumple el santo viejo;
Las canas le bañan
El ilustre pecho.
Todos de rodillas,
Lágrimas vertiendo,
Su vida pedimos.

TODOS.

¡Señor!

JOSEF.

Esto es hecho.
Afuera, egipcios, salid:
Dejad aquí los hebreos.

PUTIFAR.

¿Qué es esto?

SOLDADOS.

No sé.

Vanse.

JOSEF.

Deseos,
¿Qué aguardáis? Llanto, venid;
Salid, lágrimas; oid:
Yo soy Josef.

RUBÉN.

¿Qué, señor?

JOSEF.

Y que un piadoso dolor
Me aprieta con fuerza tanta,
Que entre el alma y la garganta
Se me atraviesa el amor.

ISACAR.

¿Quién te podrá responder?

JOSEF.

Yo soy aquel que vendistes:
Llegaos á mí, no estéis tristes;
Que ya me mata el placer.
No os quedará que temer
Si yo muero aqueste día,
Pues pienso que ser podría
Que si por mi fortaleza
No me mató la tristeza,
Me ha de matar la alegría.

BENJAMÍN.

El llanto, Josef querido,
Te muestra el alma en los ojos.

JOSEF.

¡Oh, qué me quitas de enojos!
¡Oh, qué amor que me has debido!
Estoy muy agradecido
Que hayas, en fin, sustentado,
Benjamín, mi padre amado,
Porque si por ti vivió,

Su vida, la que nos dió,
Has en los tres conservado.
Él se miraba en Raquel,
Yo miro los dos en ti;
Á ellos me parecí,
Tú te pareces á él.
Hoy resucita el clavel
Á quien dió muerte Caín:
Juntóse el espejo, en fin,
En que se miraba el viejo;
Á tanta edad, grande espejo:
Júntate á mí, Benjamín.

Abrázanse.

BENJAMÍN.

Señor, todos mis hermanos
Te hablan mudos, si en silencio
Tan justo no diferencio
Sus lenguas como sus manos.
Tus favores soberanos
Son causa, en fin, que han movido
Mi lengua á ser atrevido,
Y más dándome lugar
En tus brazos, por juntar
El espejo dividido.
Desde el punto en que te vi
No sé qué sentí en mi pecho,
Que te amaba satisfecho
De ver tanta gracia en ti.
Hablaba, y no la entendí
Al alma, que la avisaba
Que en ti la mitad estaba
Del alma que en mí vivía;
Y así la media entendía
Por qué la media faltaba.

JOSEF.

Correspondes justamente
Á tu exterior, dulce hermano;
Vosotros, mi padre anciano
Consolad alegremente:
Partid, y el mayor le cuente
El estado de mi bien,
Para que venga también
Con vosotros á gozalle,
Trocando de Arán el valle
Por el valle de Jesén.
Daréos carros y vestidos,
Plata y oro en cantidad,
Muestras de la voluntad
Con que seréis recibidos.
Venid todos, que admitidos
Del Rey, mi señor, seréis:
En Egipto viviréis,
Donde seréis lo que soy;
Que toda mi vida os doy
Porque á mi padre me deis.

RUBÉN.

Dulce hermano, que aun apenas
Me atrevo á llamarte hermano,
Aunque no fuí el más tirano
De la sangre de tus venas;
Por la que tienes, perdona
Y muestra aquí tu piedad:
No castigues, Majestad,
Delitos de tu persona.
Á nuestro padre diremos
Que venga á verte y vivir.

JOSEF.

Para que podáis partir,
Lugar á los brazos demos.
Venid, besaréis la mano
Al Rey.

BATO.

Ya será razón
¡Oh generoso varón!
Que des la tuya á un villano.

JOSEF.

¿Eres Neptalín ó quién?

BATO.

Bato so, señor, Batico,
El que cuando fué más chico
Jugaba con él también

JOSEF.

Mucho me alegro de verte.

BATO.

En fin, ¿que no le comió
Aquel lobo ó fiera?

JOSEF.

No;
Que fué fingida mi muerte.

Vanse los hermanos, hincándose de rodillas cuando vaya pasando Josef, y quedan Benjamín y Bato.

BENJAMÍN.

Vamos, Bato, porque demos
Esta nueva al viejo santo

BATO.

Mas que ha de alegrarse tanto,
Que muera entre dos extremos.

BENJAMÍN.

Camina.

BATO.

¿Darásme á Lida,
Pues has de ser gran señor?

BENJAMÍN.

Nunca yo la tuve amor.

BATO.

¿Por tu vida?

BENJAMÍN.

¡Por mi vida!
Yo te la doy por mujer.

BATO.

Desta vez pienso vengarme
¡Voto al sol, que ha de rogarme
Y que no la he de querer!

Vanse.

Sale Jacob.

JACOB.

¡Divino autor del cielo,

Señor de cuanto miro,
Á quien besan los pies las potestades,
Sirviéndole de cielo
El eterno zafiro,
Por infinitos círculos de edades;
En tantas soledades,
Consuela mi afligido
Pecho, cuya flaqueza
Se vió de tu grandeza
Entre las piedras de Betel vestido;
Mis trabajos te muevan,
Que al término fatal mis años llevan.
Ya de Labán airado,
Cuando á Raquel y Lía
Saqué, imitando entonces sus engaños,
Y de Esaú, que armado
Pensé que me seguía,
Trocaste en paces los futuros daños.
En el fin de mis años
Me robaron á Dina,
Mató á Josef la fiera;
No permitas que muera
Sin ver á Benjamín, que peregrina;
Busque diversos modos
La muerte, fin de mis trabajos todos.

Entre Dina con los músicos de pastores y galas de baile, y Lida.

DINA.
En esta fuerte ocasión
Le tenemos de alegrar.

LIDA.
Aumentarás su pesar;
Que yo sé su condición.

DINA.
Padre, en la ausencia llorosa
De mis hermanos, queremos
Alegrarte.

JACOB.
En dos extremos
Mal el cuidado reposa.
Mis trabajos han llevado,
Entre el amor y el temor,
Mi vida á su fin.

DINA.
Señor,
Hurta este rato al cuidado:
Siéntate á ver y á oir
Nuestros rudos regocijos;
Que presto vendrán tus hijos.

JACOB.
Dina, siéntome morir.

Siéntase, y bailen Dina y Lida, con otros dos, lo que los músicos cantan.

Cantan.

La serrana hermosa,
La del bel mirare,
Gloria de las selvas,
¿Qué? y honra destos valles;
La que en boca y dientes,
Por diferenciarse,
Trae en el aldea,
¿Qué? perlas y corales;
Al pastor Jacob
Perdido le trae
Siete años por ella,
¿Qué? sirviendo á Labane.
El tiempo se rinde
Á un amor tan grande,
Que no puede el tiempo,
¿Qué? vencer voluntades.
Hácense las bodas:
Van á desposarse
Donde los pastores,
¿Qué? jacen este baile.
En amor tan largo,
Raquel querida,
Pocos son los años,
Corta la vida.

Ruido dentro de camellos y cabalgaduras con cencerros y campanillas, y voces diciendo: Para, para ese ganado.

JACOB.
¡Paso! ¿Qué ruido es este?

LIDA.
Dromedarios y elefantes,
Carros y carrozas vienen
Por las selvas de los sauces.

JACOB.
Pues esos no son mis hijos,
Porque más humilde traen
Los bagajes de su trigo.

Bato y Rubén corriendo.

BATO.
Yo tengo de llegar antes.

RUBÉN.
Tente, bestia.

BATO.
¿Pues qué bestia
Se ha tenido?

RUBÉN.
Los pies dadme,
Padre y señor.

BATO.
¡Josef vive!
Decid agora adelante.

JACOB.
¿Qué es esto, Rubén?

RUBÉN.
Señor,
Fuimos á Egipto.....

BATO.
Contadle
Que era Josef el Virrey.

RUBÉN.
¡Animal! ¿Quieres dejarme?
JACOB.
¿Qué dice Bato, Rubén?
RUBÉN.
No sé qué te diga, padre,
Si ha dicho que Josef vive.
JACOB.
¡Josef! ¿Mi hijo?
DINA.
Dejalde;
Que tan bién quitan la vida
Placeres como pesares.

Sale Benjamín y los demás hermanos.

NEPTALÍN.
Danos á besar tus pies.
JACOB.
¡Hijos míos, abrazadme!
¡Oh, querido Benjamín!
BENJAMÍN.
¿Por dicha la historia sabes
De Josef y cómo vive?
Mira que envía á llamarte,
Y que nos dió Faraón
Tanto oro y plata, que traen
Cargas de suma riqueza
Dromedarios y elefantes.
JACOB.
Si Josef, mi hijo, vive,
Hijos, mi vida se acabe.
RUBÉN.
Señor, á llamarte envía
Porque le veas y hables
Y porque vivas con él,
Que nos quiere dar un valle
Que pueble nuestra familia.
JACOB.
¡Inmenso cielo, esforzadme!
Los trabajos no me han muerto:
No queráis que el bien me acabe.
ISACAR.
Perdido se fué Josef
Á Egipto, y allá sus grandes
Virtudes al Rey le obligan
Que hasta su trono le ensalce.
JACOB.
No quiero saber la causa.
En tanta gloria: dejadme,
Hijos, un momento solo.
BATO.
¿Qué hay, Lida?
LIDA.
Tus disparates.
BATO.
¿Sabes que eres mi mujer
Y que tengo de vengarme?
LIDA.
¡Como no me tires coces!
Mas ¿qué otra venganza sabes?

Vase.

RUBÉN.
Bato, recoge la gente.
NEPTALÍN.
¡Bato!
BATO.
Batear y dalle.
NEPTALÍN.
Ese bagaje se albergue.
BATO.
Más que se caigan de hambre,
Más que el dimuño lo lleve,
Pues que esta Lida me hace
Otro Jacob á lo burdo,
En años y flema iguales.

Vanse todos y queda Jacob solo.

JACOB.
Siempre, Señor soberano,
En todas mis cosas fuistes
Luz, que á mis ojos la distes
Vuestra poderosa mano.
Siempre de cualquier tirano
Me libró con su piedad:
Ojos, aquí descansad;
Mas siempre os hablo durmiendo,
Que no iré mientras no entiendo
Su divina voluntad.
El pozo del juramento
Es éste; aquí me reclino
Por principio del camino,
Que ver á Josef intento.
Vos sabréis mi pensamiento;
No quiero á Josef sin vos:
Tratemos esto los dos;
Que yerra el hombre más sabio
Cuando da, para su agravio,
Un solo paso sin Dios.

Quédese dormido, y con música baje una nube con un ángel. Ábrase la nube y baje el ángel hasta poner los pies, ó el trono en que viene, sobre el brocal del pozo.

ÁNGEL.
Jacob.
JACOB.
Señor soberano,
¿Quién sois?
ÁNGEL.
Aquel fuerte Dios
De tu padre: parte á Egipto:
Yo voy contigo, Jacob;
Yo te volveré también.
JACOB.
Señor.....
ÁNGEL.
No tengas temor,

Que yo te haré entre las gentes
Grande.

Vuélvese á subir con música, y cúbrese.

JACOB.
Vuestro siervo soy.

Despierta.

Aguardad, Señor divino:
Esperad, dulce Señor.
Fuése. ¿Qué es esto que he visto?
Dios es el mismo que habló.
Á Egipto quiero partir:
¡Valle de Canaán, adiós,
Que voy á ver mi Josef!
¡Oh, cómo fué sin razón
Creer su muerte! Es mi vida;
Vivía, pues vivo yo.

Vase.

Salen Nicela y Josef.

NICELA.
Esta merced me has de hacer.
JOSEF.
Nicela, ¿tú hablas así?
¿No sabes que te serví,
Y que estuve en tu poder?
NICELA.
Cuando me acuerdo, señor,
Que aquella maldad me culpa,
Pido al amor la disculpa.
JOSEF.
Todo es disculpas amor.
NICELA.
Testimonio tan cruel,
Sólo el amor lo inventara,
Y en una mujer hallara
Desatinos para él.
Estoy tan arrepentida,
Que te pido me perdones
Si admite satisfacciones
Una inocencia ofendida.
Si fué locura quererte,
Ser mujer me disculpó,
Pero nadie mereció
Por amar deshonra ó muerte.
General de Faraón
Es mi esposo: él te ha servido.
JOSEF.
Tu esclavo, Nicela, he sido.
NICELA.
Todos tus esclavos son.
JOSEF.
Yo no soy de los privados
Que desvanece el lugar;
De los reyes se ha de usar
Como de hombres; los Estados
Tienen principio y aumento,
Estado y disminución.
Es la humana condición,
Como una veleta al viento.
Hoy soy, y puedo no ser,
Y pues ves que ser no puedo,
Si mañana sin ser quedo,
¿Qué puedo sin ser poder?
Haré bien á tu marido:
Seré buen tercero yo:
Así porque me sirvió,
Como porque le he querido.
NICELA.
El Rey.
JOSEF.
Apártate aquí;
Por tu esposo le hablaré.
NICELA.
No te acuerdes de que fué
Cárcel mi amor para ti,
Sino que della saliste
Á ser Rey por mi ocasión,
Pues que le dió mi traición
Al trono donde subiste.

Sale el Rey; hinca la rodilla Josef, y levántale.

FARAÓN.
Muy quejoso estoy de ti;
¿No fuera razón que dieras
Cuenta, Josef, á tu Rey
Destas venturosas nuevas?
JOSEF.
¿Qué nuevas, señor?
FARAÓN.
Después
Que se fueron á tu tierra
Tus hermanos, y les di
Carros, oro, plata y seda,
Mis camellos y elefantes,
Para que con más grandeza
Trujeran tu viejo padre
Sobre cien años y ochenta,
¿No me dices que ha llegado?
JOSEF.
Porque esas nuevas te deba,
Por quien te beso los pies,
De mi descuido te quejas;
Y en albricias deste bien,
Quiero que un bien me concedas.
FARAÓN.
¿Pues yo te he de dar á ti?
JOSEF.
Sí, señor, que los que reinan,
Al bien de quien quieren bien,
Amando obligados quedan.
FARAÓN.
¿Qué quieres?
JOSEF.
El general,
Que es marido de Nicela,

Llega Nicela á los pies del Rey.

(Llega y bésale los pies);
Te ha servido en paz y en guerra;
Fué mi dueño, como sabes.

FARAÓN.

Conozco, Josef, la deuda:
Tú del Rey eres segunda:
Tercera persona sea:
En mi Consejo presida.

NICELA.

Los pies Nicela te besa
Por tanto bien.

JOSEF.

Ya mi padre,
Invicto Príncipe, llega.

Sacan á Jacob entre cuatro hijos, y salgan todos.

JACOB.

Dejadme; aunque sea sin pies,
Besaré los de su Alteza,
Y veré á Josef el rostro.

JOSEF.

¡Padre!

JACOB.

Agora, Josef, venga
La muerte, pues mis trabajos
Hicieron fin.

RUBÉN.

La tercera
Parte os dirá lo demás;
Que aquí dió fin el poeta
De Jacob á los trabajos,
Que es la gran tragicomedia
De la salida de Egipto:
Belardo los pies os besa.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE LOS TRABAJOS DE JACOB.

HISTORIA DE TOBÍAS

34

HISTORIA DE TOBÍAS

TRAGICOMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA

Á la Sra. D.ª María Puente Hurtado de Mendoza y Zúñiga.

Cuando entendiere (dice el divino Jerónimo escribiendo á Cromacio y á Heliodoro) que he cumplido con mi obligación en hacer lo que me mandastes (esto es, traducir el libro de Tobías de la lengua caldea á la latina) habré merecido la recompensa de vuestras oraciones; palabras que justamente vienen á mi propósito dedicando á V. m. la misma historia como traducción fiel de la lengua latina á la castellana, que si bien el servicio parece desigual á sus merecimientos, por serlo tanto mi rudo ingenio en la traslación á la substancia y pureza de este sagrado ejemplo de caridad y limpieza matrimonial en los dos Tobías, y en su bellísima esposa, no le pudiera hallar más apropósito mi obligación en cuanto tengo escrito, y daré á luz si la vida ayudare á los deseos; concurriendo en V. m. tan celestiales partes de hermosura, entendimiento y virtudes, que como no todas las comparaciones deben ser en todo, porque ya serían identidades, y por la opinión de nuestro español Quintiliano muchas cosas son lo mismo, pero de otra manera, pude muy bien hacer elección de la versión de esta sagrada historia, para que V. m. la honre y califique y yo quede, por lo menos, seguro de que supe emplearla si no acerté á traducirla con la licencia y dilación que la poesía permite, introduciendo figuras dialoguísticas de que también tenemos ejemplo en los Cantares. Los versos que he escrito en alabanza de tan ilustres partes, están en la segunda de mis rimas que aun no han llegado á la estampa, pero ya se acercan. Allí verá V. m. qué pudo ofrecerle mi ruda musa y aquí sólo este advertimiento, y que á sus virtudes y gracias se me ofrecían casi atropellados los pensamientos, y como dijo Ovidio:

Venían á mis versos
Acomodados números
De propia voluntad, que no forzados,
Hallándose la pluma
Dicho cuando quería.

Cosa que no sucede al ingenio, ni por naturaleza ni por arte, si no le mueve la grandeza del sujeto ó la obligación y amor del poeta á las excelencias que conoce ó á las obras que recibe. Aquí se junta todo, y en V. m. un divino ejemplo, para quien con debida pluma supiera imaginarle. Dios guarde á V. m. como desea.

Capellán de V. m.
LOPE DE VEGA CARPIO.

HISTORIA DE TOBÍAS

TRAGICOMEDIA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

REPRESENTÓLA RIQUELME

FIGURAS DE LA COMEDIA

TOBÍAS (MOZO).	RAPSACES, *general.*	BATO Y JORÁN, *villanos.*
TOBÍAS (VIEJO).	ECEQUÍAS, *Rey de Jerusalén.*	RAGEL.
ANA, *su mujer.*	ELIACHIN.	SARA, *su hija.*
RUBEN.	UN SOLDADO.	FISON, *novio.*
UN POBRE.	OTRO SOLDADO.	ASMODEO, *demonio.*
UN VIEJO.	UNA VOZ.	TAMAR.
UN CRIADO.	UN ANGEL.	DOS VILLANOS.
OTRO POBRE.	SARASAR Y ARAMELECH, *hijos de Senacherib.*	LLORENTE.
SENACHERIB, *Rey de Asiria.*		GIL.
		EL PERRO.

ACTO PRIMERO

Salen Tobías el viejo y Ana su mujer y Tobías el mozo.

TOBÍAS PADRE.

Pues que por nuestros pecados
Quiso el gran Dios de Israel
Que fuésemos castigados
Con cautiverio cruel,
Y á tierra extraña arrojados;
Pues entre Medos y Asirios
Pasamos tantos martirios,
Cuantos van tristes deseos
A los campos Idumeos,
Á los Samarios y Sirios:
Aplaquemos al gran Dios,
Ana, mi amada mujer,
Y vos, mi hijo; que en vos
Como en espejo he de ver
Si somos uno los dos.
Por eso os puse Tobías,
Como mis padres á mí,
Aunque en más felices días:
Pues que yo mi nombre os dí
Tomad vos las obras mías.
Cuando el rey Salmanasar
Reinaba, el que cautivó
Nuestros Tribus, pude yo
Gracia en sus ojos hallar:
Muchas doy al que la dió.
Fuí, siendo su esclavo herrado,
Como sabeis, su privado,
Y fuí de todos consuelo;
Presté mi hacienda á Gabelo,
Mi deudo, aunque pobre, honrado.
Agora que su cruel hijo
Reina, tan mal, quiere (1)
Todo el reino de Israel,
Que por darle muerte muere,
Y no hallamos gracia en él.
Es ido contra Ecechías,
Santo Rey, con tal furor,
Que dice que en breves días

---

(1) Así se lee en la Parte 15.ª de las *Comedias* de Lope, pero nos parece errata. Quizá Lope escribió:

Senacherib reina, quiere.

El gran templo del Señor
Ha de ser cenizas frías.
Con este aborrecimiento
Tan mal trató sus cautivos,
Que se mueren ciento á ciento,
Y aun esos que quedan vivos
Lo tienen por más tormento.
Hijos, y amada mujer,
Dios lo da: de Dios es todo:
Hagamos bien; que ha de ser
El hacerles bien, el modo
Por donde Dios le ha de hacer.
Qué tendremos hoy que dar?

ANA.
No tengáis deso cuidado,
Señor; que no ha de faltar.

TOBÍAS (MOZO).
Alguna gente ha llegado.

TOBÍAS (VIEJO).
Hijo, dejaldos entrar.

TOBÍAS (MOZO).
Á todos la puerta doy.

TOBÍAS (VIEJO).
Sois mi querido retrato.

Sale una mujer pobre.

MUJER.
Gracias al cielo que estoy
Á tus pies; el tiempo ingrato
Me trata así: noble soy:
Manto me falta: querría
Cubrir tanta desnudez.

TOBÍAS (VIEJO).
¡Ay corta haciendilla mía!
Pero cúbrate esta vez
El que á mi mujer cubría;
Toma y ve en paz.

MUJER.
Dios te guarde.

Vase.

Sale otro pobre.

POBRE.
No quisiera llegar tarde,
Si has dado limosna á todos;
Aunque en ti de muchos modos
Amor de prójimos arde.

ANA.
¿Vos pedís con tal salud?

TOBÍAS (VIEJO).
Ana, callad, que es mal hecho:
No hagáis vicio la virtud:
Que inquirir del pobre el pecho
Es vana solicitud.
Él pide por Dios, y es Dios;
¿Pues cómo vos presumís
Entender á Dios? Si vos
Esto de Dios recibís,
Daldo por Dios á los dos;
Tomad, hijo, este vestido.

POBRE.
Dios os pague tanto bien.

Vase.

Sale un viejo.

VIEJO.
¡Á qué buen tiempo he venido!

TOBÍAS (VIEJO).
¿Quién es?

VIEJO.
En Jerusalén
Ya fuí de vos conocido;
De un tiempo somos cautivos,
Del tribu de Neptalín.
Soy como vos: los esquivos
Tiempos han dado este fin
Á mis intentos altivos.
Un hijo tengo en prisión
Por deudas.

TOBÍAS (VIEJO).
Los deudos son
Para las deudas muy buenos:
No sé si son más ó menos,
Mas sé que es más la intención.
En esa bolsa tendréis,
Pariente, con que paguéis.

VIEJO.
Dios os prospere y aumente.

Vase.

TOBÍAS (MOZO).
Afuera espera gran gente
Para que á comer les deis;
Mas no sé si habrá comida
Para tantos.

TOBÍAS (VIEJO).
¿Vos dudáis,
Hijo?

TOBÍAS (MOZO).
¡Es poca!

TOBÍAS (VIEJO).
Repartida,
Si á Dios primero miráis,
Que es sustento, amparo y vida,
Veréis que basta y que sobra.

TOBÍAS (MOZO).
Si él echa su bendición,
Bien sé el aumento que cobra.

Sale un criado.

CRIADO.
Aquí ha llegado Filón

TOBÍAS (VIEJO).
¿Qué pide?

CRIADO.
Una buena obra.
Del tribu de Benjamín
Hay un difunto, y en fin,
Aun no le cubre mortaja.

TOBÍAS (VIEJO).
Sólo en eso se aventaja
El rico al pobre: en el fin:
Tendrála el rico delgada,
Y ése la tendrá grosera;
Voyle á enterrar, Ana amada:
Dando de comer, me espera,
Á esa pobre gente honrada.
Tú, hijo, ayuda.

TOBÍAS (MOZO).
Estad cierto
Del contento que recibo.

TOBÍAS (VIEJO).
Mucho obliga á Dios, te advierto,
El dar de comer al vivo,
Y el ir á enterrar el muerto.

Vanse y sale una caja, soldados y banderas, y el rey Senacherib y Rapsaces, capitán.

RAPSACES.
Hablé con Eliachín, hijo de Elchías,
Amenazando el pueblo de tu parte.

SENACHERIB.
¿En qué confía el mísero Ezechías?

RAPSACES.
Faltóle el oro ya con que rogarte.

SENACHERIB.
Si en el rey Faraón de Egipto fías,
¿Cómo puede valerte ni ayudarte
Un báculo de caña quebradizo
Que engaña á quien su fuerza satisfizo?
¡Triste Jerusalén! si el padre mío
Llevó desde una á otra provincia varia
Al Habor y al Gozán, de Media río,
Cautivos á los tribus de Samaria,
¿Donde está de tu Dios el poderío?
¿Á dónde está la fuerza necesaria
Para hacer á mis armas resistencia?
Ampáraste de escudos de paciencia.
Tu alcázar de Sión fundada en alto,
De tu David humilde á mi trofeo,
Rendida miro en el primero asalto
Por más que la defienda el Dios hebreo;
No está mi Dios Nefrach de fuerzas falto
Como estuvo el del otro Filisteo:
Cuando con sus hazañas me respondas,
No temo yo las pastoriles hondas.
Soy yo Senacherib, el Rey de Asiria;
Tengo más fuerte la cerviz y frente,
Que desde Gaza hasta la playa Tiria
Los campos cubriré de armada gente;
Hoy baño en sangre á Palestina y Siria,
Al hermoso Carmelo, al eminente
Líbano, cuyos cedros á mis rojas
Plantas de sangre, estrado harán sus hojas.
Tú verás al Cedrón pasar al Medo
Sobre puentes de cuerpos infelices,
Y el templo cuya altura puso miedo
Á las estrellas, y que santo dices
De mí, que su más alta torre excedo,
Y á la más fértil palma las raíces,
Bañado en fuego y humo y derribada
Por el suelo su cúpula dorada.
Gigante soy en quien Asiria estriba
El peso de su imperio soberano:
Vuestra arca santa llevaré cautiva:
Sus serafines temblarán mi mano;
No me corono yo de verde oliva
Ni he de temer que aparte el vidrio cano
Del mar bermejo en frágiles canceles,
Ese Dios de Abrahanes é Israeles.
Parte, Rapsaces: llevarás firmada
De mi espantosa firma al Rey cercado,
Carta en que diga que su infame espada
Rinda á mis pies.

RAPSACES.
Yo voy.

SENACHERIB.
Fuera excusado,
Pero quiero mostrar cuánto me agrada
Tener piedad de un hombre desdichado,
Porque si saco la que tiembla el suelo,
Aun es corta defensa todo el cielo.

Vase y sale el rey Ezequías, de Jerusalén, y Eliachín.

EZEQUÍAS.
Rasgaré por el dolor
Mis vestidos, Eliachín.

ELIACHÍN.
Ten esperanza; que al fin
Has de salir vencedor.

EZEQUÍAS.
Si está nuestro Dios airado,
¿Dónde hallaremos defensa?

ELIACHÍN.
Contra el Rey de Asiria piensa
Que está airado y enojado,
No contra Jerusalén;
Mira que el hijo de Amós
Dice, de parte de Dios,
Que este crédito le den.

EZEQUÍAS.
Creo, Eliachín, á Isaías,
Mas pésame que blasfeme
Quien á nuestro Dios no teme.

ELIACHÍN.
¡Si piensa que son los días
De Hieroboán y Achaz
Tan lamentados en Siria!

Sale un soldado.

SOLDADO.
Senacherib, Rey de Asiria,
Sin darte salud ni paz,
Aquesta carta te envia.

EZEQUÍAS.
¿Quién te la dió?

SOLDADO.
Un capitán.

EZEQUÍAS.
¿Qué esperanzas me darán
Mi temor y su osadía?
ELIACHÍN.
Que traiga poder tan fuerte.
EZEQUÍAS.
De blasfemar no se aparta;
Lee, Eliachín, esa carta.
ELIACHÍN.
Dice, señor, de esta suerte:

Lee.

«No te engañe tu Dios en quien confías
Ni que Jerusalén vendrá á las manos
Del Rey de Asiria, dudes, Ezequías,
Pues son á mi poder los montes llanos.
Si mis padres tuvieron tantos días
(Después de ser vuestros intentos vanos)
El imperio de Siria y Palestina,
¿Qué esperanza os engaña y desatina?
Abridme la ciudad: ríndame el muro
Jerusalén: besad mis pies, cobardes:
Refeph y Arán en cautiverio duro
Pusieron vuestros tímidos alardes
Adonde estuvo el Rey de Arphad seguro;
¿Y qué lugar habrá donde te guardes,
Rey de Jerusalén, de mi trofeo?
Advierte que te engaña el Dios hebreo.»
EZEQUÍAS.
No digas más, Eliachín:
Pidamos misericordia
Á Dios, porque en tal discordia
Ponga á su arrogancia fin.
Tomad el cetro Rëal:
Tomad el sacro ornamento:
Dad ceniza á quien es viento:
Dadme un saco de sayal.
Hacer quiero humildemente
Oración á Dios.
ELIACHÍN.
Traed
Lo que pide.
EZEQUÍAS.
En tu merced,
Gran señor omnipotente,
Se pone Jerusalén
Y las puertas de Sión.

Sacan en dos fuentes de plata un saco de sayal, y una soga, y ceniza en una salva.

SOLDADO.
Estos la ceniza son
Y el saco.
EZEQUÍAS.
¿Hay soga?
SOLDADO.
También.
EZEQUÍAS.
Muestra: ayúdame á vestir:
Atadme bien esa soga;
Que la que mi cuello ahoga
Bien me pudiera servir.
ELIACHÍN.
Ya, señor, vestido estás.
EZEQUÍAS.
Dadme la ceniza.
ELIACHÍN.
Ten.
EZEQUÍAS.
No Rey de Jerusalén:
Polvo y nada soy no más.
Echaréla en mi cabeza,
Y con aqueste dolor
Llorando hablaré al Señor.
SOLDADO.
¡Qué lástima!
ELIACHÍN.
¡Qué tristeza!
Abrid esos velos luego.

Descúbrese un altar con el arca.

EZEQUÍAS.
¡Dios de Israel, bien de bienes,
Que por escabelos tienes
Los serafines de fuego!
Tú solo en la paz y guerra
Eres Dios, y pones leyes
Á los arrogantes reyes;
Tú hiciste el cielo y la tierra.
Inclina tu santo oído:
Oye estos graves enojos:
Abre tus divinos ojos
Y mira un hombre atrevido.
Oye las palabras fieras
De Senacherib airado:
Verdad es que han sujetado
Mil tierras con sus banderas,
Y que los dioses gentiles
Han dado al fuego, Señor;
Pero eran piedra y labor
De las manos de hombres viles.
Tú eres Dios: tú vives, y eres
Señor del cielo; y es bien
Que, libre Jerusalén,
Conozcan que tú lo quieres;
Libra tu pueblo, Señor:
Conozcan que eres Dios solo
Desde el uno al otro polo.

Sale un soldado.

SOLDADO 2.°
Pierde, gran Rey, el temor.
EZEQUÍAS.
¡Cómo!
SOLDADO.
¿Qué dice Isaías,
Qué dice el Dios de Israel?
Que en tu congoja cruel

Oyó tu llanto, Ezequías:
Que no entrará en la ciudad
El rey Asirio, ni escudo
Persa, ni flecha, ni pudo
No siendo su voluntad.
Dice que le ha de poner
Una argolla en las narices,
Y en los labios infelices
Un freno con su poder.
No le valdrá su maldad,
No su soberbia; advertid
Que por su siervo David
Quiere salvar la ciudad.
Dice que se volverá
Por donde vino muy presto.

EZEQUÍAS.

¿Qué albricias me pides desto?
¿Á dónde el profeta está?

SOLDADO.

Ven conmigo á hablar con él.

EZEQUÍAS.

Démosle gracias los dos
Á Dios; que no hay otro Dios
Sino es el Dios de Israel.

Vanse, y sale el rey Senacherib, Rapsaces, capitán, y algunos soldados.

SENACHERIB.

Nadie se desarme, amigos:
Dormid así, porque al alba
Han de ser de nuestra salva,
Cielos y tierra testigos.
Entre dos luces asalto
La triste Jerusalén:
Duerman y descansen bien
Mientras que su muro esmalto
De sangre, como el aurora
De oro: abrid el pabellón:
Mañana tendré en Sión
El que en los campos agora.
Entrad, fuertes capitanes,
Entrad, y armados dormid;
Que el alcázar de David,
De Acaz y Hieroboanes,
Os dará presto mejores
Camas y techos dorados,
Pabellones recamados
Y tapetes de labores.
Mañana en mesas de jaspe
Beberéis el Palestino,
Dulce, aromático vino,
Sin que éste os acede y raspe.
Mañana tendréis asientos
De ébano y marfil, si aquí
De hierba, y tendréis de mí
Preciosos alojamientos.
Mañana, hermosas doncellas
Os vendrán á regalar,
Cantar, tañer y bailar,
Blandas, dulces, tiernas, bellas.
Si aquí el son del ronco parche
Y del metal sonoroso
Os quita el justo reposo
Porque se acometa ó marche,
Mañana á vuestros caballos
El templo de Salomón
Ha de servir de mesón:
De plata herraréis sus callos.
Ea: no es menester vela
Ni guarda: durmiendo está
El Dios hebreo.

RAPSACES.

Entra ya;
Que el temor es centinela.
Ese nos defiende bien.

SENACHERIB.

Toda su esperanza es vana;
Con laurel entro mañana
Triunfando en Jerusalén.

Éntrase detrás de una cortina y parezca un Ángel, y descúbrese un marco con un velo de plata delante, y detrás esta voz.

VOZ.

Las lágrimas de Ezequías
Oí: las blasfemias fieras
De las asirias banderas
Incitan las manos mías.
¡Ministro!

ÁNGEL.

¡Señor!

VOZ.

Al punto
Baja al campo del tirano,
Porque quede por tu mano
Un gran número difunto.
Toma la espada.

ÁNGEL.

Esta es.

En diciendo *esta es* le den una espada de fuego.

VOZ.

Parte.

ÁNGEL.

Voy (1).

En diciendo *voy* ha de estar por la invención de pozo en el teatro, y esgrimirla, y volverse arriba.

VOZ.

Bien está, contento estoy.

ÁNGEL.

Beso tus divinos pies.

VOZ.

Quedan en sangre cubiertos;
Sus blasfemias y su afrenta
Castigo.

ÁNGEL.

Ciento y ochenta

---

(1) Este verso está incompleto.

Y cinco mil quedan muertos.

Sale Senacherib huyendo con Rapsaces.

SENACHERIB.
¡Oh, fuerte Dios de Israel,
Templa el valiente furor!
RAPSACES.
¿Hay tal estrago, hay rigor
Tan espantoso y cruel?
SENACHERIB.
¿Han salido los hebreos?
RAPSACES.
Nadie, señor, ha salido;
Sólo de su Dios han sido
Estos heroicos trofeos.
SENACHERIB.
¿De su Dios?
RAPSACES.
¿Pues no lo ves?
SENACHERIB.
¿En mi tierra no hay cautivos?
RAPSACES.
Muchos.
SENACHERIB.
No han de quedar vivos
De trescientos mil los tres.
RAPSACES.
¿Tantos habían de ser?
SENACHERIB.
Los que fueren.
RAPSACES.
¿Qué esperanza
Te ha de quedar de venganza
Contra tan alto poder?
Mira esa gran cantidad
De cuerpos troncos.
SENACHERIB.
Yo creo
Que en mi tierra el Dios hebreo
Tendrá menos potestad.
RAPSACES.
Pienso que engañado estás;
Quien esto pudo tan bién
Hacer en Jerusalén,
En Nínive podrá más.

Vase y sale Tobías el viejo vistiendo un pobre.

TOBÍAS (VIEJO).
Toma: ponte mi vestido.
POBRE.
No es justo que andes desnudo.
TOBÍAS (VIEJO).
También Dios vestirte pudo;
Que yo desnudo he nacido.
Si Dios como á ti me hiciera
Tan pobre en este lugar,
También me holgara de hallar
Un hombre que me cubriera.
Vete en paz, hijo; camina;
Vuelve mañana á comer.
POBRE.
Imagen vienes á ser
De aquella piedad divina.

Vase: sale Ana.

ANA.
¿Qué es esto?
TOBÍAS (VIEJO).
¿Ya no lo ves?
ANA.
¿Pues cómo el vestido has dado?
TOBÍAS (VIEJO).
¿Ha sido mal empleado?
ANA.
¿Ya qué te falta que des?
TOBÍAS (VIEJO).
Á mí mismo, y aun es poco.

Sale Tobías el mozo.

TOBÍAS (MOZO).
No sabes cómo ha venido
Senacherib, tan perdido,
Que está temerario y loco.
TOBÍAS (VIEJO).
¿Qué, ya volvió de Judea?
TOBÍAS (MOZO).
Ya de Judea volvió.
TOBÍAS (VIEJO).
¿Luego Ezequías venció?
Hijo, no sé si lo crea.
TOBÍAS (MOZO).
Pues bien lo puedes creer,
Porque un ángel le ha vencido.
TOBÍAS (VIEJO).
Si de Dios la espada ha sido,
No hay en los hombres poder.
TOBÍAS (MOZO).
Ciento ochenta y cinco mil
Hombres mató un ángel santo.
TOBÍAS (VIEJO).
Si con uno puede tanto,
¿Qué hará con mil veces mil?
TOBÍAS (MOZO).
Las blasfemias que decía
Contra Dios la causa fueron.
TOBÍAS (VIEJO).
El justo pago le dieron
Que su lengua merecía.

Sale un criado.

CRIADO.
Ya te habrá dicho Tobías
Del Rey la temeridad,
Ó el llanto que la ciudad
Hace en tan infaustos días.
TOBÍAS (VIEJO).
¿Llanto?

CRIADO.
¿No ves que vencido
Vuelve de Jerusalén,
Y quiere que acá le den
La sangre que allá ha perdido?
TOBÍAS (VIEJO).
¿Quién se la ha de dar, Rubén?
CRIADO.
Los esclavos que de allá
Trajo su padre, si ya
Los hay de Jerusalén.
TOBÍAS (MOZO).
¿Luego mándalos matar?
CRIADO.
Para vengarse del cielo.
TOBÍAS (VIEJO).
Triste de él, porque recelo
Que le vuelva á castigar.
CRIADO.
Todas las plazas cubiertas
Están ya de cuerpos troncos,
De quien con suspiros roncos
Salen las almas desiertas.
TOBÍAS (VIEJO).
Hijo, yo voy á enterrarlos.
TOBÍAS (MOZO).
Y yo á acompañarte voy.
ANA.
Yo á llorarlos, si ya soy
De alguna ayuda en llorarlos.
TOBÍAS (MOZO).
La victoria de Ezequías
Venga en su misma ciudad.
CRIADO.
No se ha visto caridad
Que iguale á la de Tobías.

Vanse y sale Senacherib con Rapsaces y gente.

SENACHERIB.
Yo me veré vengado cuando vea
Que me llega la sangre de los Tribus
Hasta la boca, que de sed se abrasa.
RAPSACES.
No mueren pocos, porque no les vale
Defensa alguna.
SENACHERIB.
Bando se publique
Por toda Asiria, que los maten todos:
No solamente mueran los de Nínive;
Que yo veré si el Dios de los hebreos
Tiene poder aquí como en su tierra.

Sale Adramelech y Sarasar, hijos del Rey, con las espadas desnudas.

ADRAMELECH.
Cansado vengo de esta infame guerra.
SARASAR.
Aquí está nuestro padre.
ADRAMELECH.
¡Padre mío!
SENACHERIB.
Hijos, ¿cuántos hebreos quedan muertos?
ADRAMELECH.
Muchos, señor, por calles y desiertos.
SARASAR.
Ni los valen los templos, ni los campos.
SENACHERIB.
Así es razón que aquesta gente muera
De mis agravios en venganza fiera;
Coman los cuervos sus difuntos cuerpos
En las plazas, y calles, y en los campos,
Hambrientos buitres y rapaces águilas.
ADRAMELECH.
No pienso que sus cuerpos insepultos
Paguen con esa pena sus insultos.
SENACHERIB.
Adramelech, ¿qué dices?
ADRAMELECH.
Que un Tobías,
De los viejos esclavos de tu padre,
Á todos da mortaja y sepultura.
SENACHERIB.
¿Tobías, aquel viejo galileo?
ADRAMELECH.
El mismo.
SENACHERIB.
Pues villanos, ¿cómo vive
Hombre que impide la venganza mía?
Parte, Rapsaces, y con esa espada
Su cuello siega, su familia prende,
Sus bienes todos, muebles ó raíces,
Entrega á los soldados.
RAPSACES.
Voy contento,
Porque estaba en el mismo pensamiento.
SARASAR.
Pésame que le mates.
SENACHERIB.
¿Por qué causa?
SARASAR.
Porque estimaba su vejez mi abuelo.
SENACHERIB.
Quisiera, Sarasar, que fueras hijo
De ese Tobías como fuiste mío.
SARASAR.
¿Qué hicieras?
SENACHERIB.
Con mi gusto un desvarío.
SARASAR.
¿Estás airado?
SENACHERIB.
¿No es razón bastante
Haberme muerto el Dios de los hebreos
Ciento ochenta y cinco mil soldados
En un instante de una obscura noche?
SARASAR.
¿Y no fuera mejor, señor, temerle,
Que no irritarle á más venganzas?
SENACHERIB.
Calla;
Que no es donde yo reino poderoso.

Sale Rapsaces.

RAPSACES.
Diligencia se ha hecho por Tobías,
Pero como es bienquisto de la gente,
Avisáronle muchos de tu intento;
Dejó su casa, dila á tus soldados,
Repartieron sus bienes: no parece;
Mas él y su mujer y un hijo suyo,
Desnudos van, y en la mayor miseria.
SENACHERIB.
Con él voy enojado, y aun contigo.
RAPSACES.
Nunca el tirano fué seguro amigo.
ARAMELECH.
¡Que ha de vivir un bárbaro!
SARASAR.
¿Qué dices,
Aramelech?
ARAMELECH.
Que es nuestro padre un bárbaro,
Y que me incita Dios secretamente
Á que le mate y la corona quite.
SARASAR.
¿Cómo es posible que Nefrach te incite?
ARAMELECH.
Si quieres, Sarasar, parte en el Reino,
Ayúdame á quitar la vida á un hombre
Odioso al cielo, á Nínive y á Siria,
Y desde Palestina á Celesiria.
SARASAR.
Si tú cumplieses lo que dices, digo
Que yo pondré la espada en él primero;
Que de alguna deidad secreta siento
Dentro del pecho impulsos velocísimos.
ARAMELECH.
Permita el Dios Nefrach que tú me quites
La vida que á mi padre quitar quiero,
Si no te diere la mitad de todo
SARASAR.
¿Dónde estará?
ARAMELECH.
Sacrificando creo.
ANA.
Pues vamos.
ARAMELECH.
Hoy se cumple mi deseo.

Vanse y sale Tobías, Ana y su hijo.

TOBÍAS (VIEJO.)
En esta cueva podremos
Estar seguros, señora.
ANA.
¿Que esto por tu culpa agora
Yo y tu hijo padecemos?
¿No fuera mejor, Tobías,
Que no enojaras al Rey?
TOBÍAS (VIEJO).
¡Qué bien guardara la ley
De Dios con entrañas frías!
Ana, aquel caritativo
Fuego en el alma encubierto,
Sale sepultando al muerto
Y favoreciendo al vivo.
Por Dios es poco perder
La hacienda sola.
ANA.
Es verdad;
Mas la propia caridad
Su lugar ha de tener.
Yo soy tu mujer: Tobías
Tu hijo, ¿por qué nos dejas
Desnudos con tantas quejas
Y entre aquestas peñas frías?
TOBÍAS (VIEJO).
Ana, ten por buen consuelo,
Pues que la vida se escapa,
Que á los que no tienen capa
Les presta la suya el cielo.
Hijo, estad vos consolado,
Que Dios os ha de cubrir.
TOBÍAS (MOZO).
Padre mío, hasta morir
No he de dejar vuestro lado;
Yo sé que en todo acertáis,
Y yo sé que errara en todo
Si no siguiera aquel modo
Que vos, señor, me enseñáis.
Corta obediencia es la mía
Si con Isaac la comparo;
Que de aquel varón preclaro
Tomar ejemplo podría.
Sobre el ara le contemplo
Y á su padre con la espada,
Á la ejecución alzada,
De fe y obediencia ejemplo.
Si quitarme vos queréis
La vida, eso mismo quiero,
Sin que yo espere cordero
Y vos ángel esperéis.
TOBÍAS (VIEJO).
Bendígate el Dios divino
De Isaac, Jacob y Abraham.

Sale Rubén.

RUBÉN.
Aquí sospecho que están.
TOBÍAS (MOZO).
Padre y señor, Rubén vino.
TOBÍAS (VIEJO).
¿Qué hay, Rubén?
RUBÉN.
Bien te pudiera
Pedir albricias, señor;
Vuelve y despide el temor:
Toda Nínive te espera.
TOBÍAS (VIEJO).
¿Á mí, Rubén? ¿de qué modo?
RUBÉN.
Adramelech, Sarasar,

Hijos del Rey, que en lugar
Del Rey lo mandaban todo,
No contentos de su estado,
Ó por voluntad de Dios,
Que hizo instrumento á los dos
Del castigo que le ha dado,
Estando sacrificando
Á Nefrach su Dios cruel
Contra el cautivo Israel,
Y su gran Dios blasfemando,
Le dieron mil estocadas
Con que su vida acabó.

TOBÍAS (VIEJO).

Hijos, Dios lo permitió.

TOBÍAS (MOZO).

Blasfemias bien castigadas:
Pensó que era nuestro Dios
De piedra ó de troncos viles
Como los dioses gentiles.

TOBÍAS (VIEJO).

Id adelante los dos,
Porque nos vais advirtiendo.
¿Ves, Ana, que Dios me ayuda?

ANA.

Nunca de Dios tuve duda:
Tu condición reprehendo.

Vanse, y salen Jorán y Bato, villanos.

JORÁN.

Echaste, por dicha, menos
Alguna res de contar?

BATO.

Yo tengo bien qué llorar;
Que no son duelos ajenos.

JORÁN.

Mira que parece mal
Que llore un hombre de bien.

BATO.

Mentís, Jorán, que también
Es la condición mortal.
Si nace un rey es llorando
Como el más pobre pastor,
Porque confiesa el dolor
De la muerte en que va entrando.
¿Qué pensais vos que es llover?
Llorar los cielos, Jorán:
Pues si ellos llorando están,
Un hombre, ¿qué puede hacer?
¿La mirra no es árbol grave,
El incienso y los aloes?

JORÁN.

No hay otros que tanto loes.

BATO.

Pues lloran llanto suave;
Las viñas suelen llorar,
Con ser su zumo alegría:
Pues con la tristeza mía
Déjame tú rezumar.

JORÁN.

Por una cosa no más
Dan licencia á un hombre honrado.

BATO.

¿Y es?

JORÁN.

Estando enamorado.

BATO.

De medio á medio me das.

JORÁN.

¿Luego tú tienes amor?

BATO.

Que me derriengo de triste.

JORÁN.

¿Tú sentimiento tuviste
De amor, tan rudo pastor?

BATO.

Nunca yo en el campo viera
Retozar unos borricos.

JORÁN.

¡Qué tórtolas con sus picos
Para que envidia tuviera!

BATO.

Allá en nuesos pegujales,
Donde el ganado se cría,
Nos cantan á mediodía
Estas tórtolas asnales.

JORÁN.

¡Qué gentiles ruiseñores
Estaban haciendo nido!

BATO.

¿Cuándo los burros no han sido
Un dulce ejemplo de amores?

JORÁN.

¿Los burros?

BATO.

Los burros, pues;
¿Hay cosa como llegar
Un borrico á retozar
Su burra en el verde mes,
Cuando los campos se visten,
Como dicen los poetas,
De alcacér y de violetas,
Que hasta la vista resisten
De la cara de la tierra?
¿Hay cosa como llegar
Á morder, y á regalar
Con una amorosa guerra
Los pescuezos y las crines?
Pues dígote por verdad,
Que es mayor honestidad
Que en pardos y colorines.

JORÁN.

¿Honestidad es rascar
Los oídos los borricos,
Más que aquellos dulces picos
Que amores suelen cantar?

BATO.

Sí, y es bien que solemnicen
La honestidad que han tenido,
Porque entonces al oído
Su secreto amor les dicen.
No como el toro que muge

Y hace buf á la ternera,
Ni con la leona fiera
El fiero león que ruge.
No como celosos gatos
Cuando hay tejado y sarao,
Despiertan con marramao
Á sus dueños como ingratos:
Sino que hablando de oído
Como gente palaciega,
La enamora, ablanda y ruega
Secreto y enternecido:
Y cuando mucho si entona
La voz como en facistol,
Canta un do, re, mi, fa, sol,
En que sus dichas pregona.
Estos vi, y á ejemplo suyo,
Jorán, yo me enamoré;
Pero ni rasqué, ni hablé.

JORÁN.
¿Tan secreto amor fué el tuyo?

BATO.
No sé si diga de quién.

JORÁN.
¿Es de Bertola ó Ginesa?

BATO.
No, Jorán.

JORÁN.
Mas ¿qué es Teresa?

BATO.
No das en el blanco bien.

JORÁN.
¿Es Tamar?

BATO.
No.

JORÁN.
Pues en casa
Sólo queda mi señora.

BATO.
Esa, Jorán, me enamora,
Esa me enciende y me abrasa.

JORÁN.
¿Sara, mi señora?

BATO.
Sí.

JORÁN.
¿La que se está desposando?

BATO.
La misma estoy deseando.

JORÁN.
¡Noramala para ti!

BATO.
Si para mí noramala,
¿Qué será para Fisón,
Que ya en aquesta ocasión
Goza su donaire y gala?

JORÁN.
Pues bestia ¿con la mujer
Más bella que Dios ha hecho
Te quieres casar?

BATO.
Sospecho
Que soy hombre, y puede ser.

JORÁN.
No se entienda tu locura;
Voy á tomar colación.

BATO.
Hurtóme la bendición
Y ganóme la ventura.
Desesperado me veo:
Quiérole echar maldiciones.

Sale Sara, de novia, Fisón de esposo, Ragel y música, y mucha grita y detrás el Demonio.

Música.
Para en uno son los dos,
Si quiere Dios, si quiere Dios.

RAGEL.
Pienso que son para en uno
Tan gallardos desposados,
Pues de tantos convidados
No lo ha impedido ninguno.
Diga lo contrario alguno
Ó juntaránse los dos,
Si quiere Dios.

Música.
Si quiere Dios,
Para en uno son los dos,
Si quiere Dios.

FISÓN.
Yo pienso que soy su esposo
Á contento de Ragés,
Y que mi ventura es
Digna de su rostro hermoso.
Y así, de nadie envidioso,
Lo seré de más de dos,
Si quiere Dios.

Música.
Si quiere Dios,
Para en uno son los dos,
Si quiere Dios.

SARA.
El gusto del padre mío
Á ser tuya me ha obligado,
Porque tengo resignado
En el suyo mi albedrío.
Amarte, esposo, confío,
Y uno seremos los dos,
Si quiere Dios.

Música.
Si quiere Dios,
Para en uno son los dos,
Si quiere Dios.

DEMONIO.
¡Qué mal os podréis juntar
Si trae este necio esposo
Lascivo amor enojoso
Á quien le ha de castigar!
La boda vengo á estorbar
Y á dividir á los dos,
Si quiere Dios.

Música.
Si quiere Dios,

Para en uno son los dos,
Si quiere Dios.

Vanse con grande grita, y quédanse el Demonio y Bato.

BATO.

¡Que vea yo con mis ojos
Que estos se casen. ¡Ah cielos!
Comiéndome estoy de celos
Que son del amor pïojos.
Agora van maldiciones:
Plegue á Dios, Sara enemiga,
Que se te vuelvan de ortiga
Las sábanas y colchones.
Plegue á Dios que al acostar
Tropieces en un caldero,
Y que un gato majadero
No te deje reposar.
Plegue á Dios que estén templando
Un clavicordio hasta el día,
Y un vecino chirimía
Se esté á solas enseñando.
Plegue á Dios.....

DEMONIO.

¡Tanto plegar!

BATO.

Que un ratonazo travieso,
Sospechando que eres queso,
Te coma el dedo pulgar.
Plegue á Dios que alguna chinche
Tu dulce sueño quebrante,
Que un asno su solfa cante,
Y que un rocín te relinche.
Plegue á Dios se encienda fuego
Y te queme, como á mí,
Y nadie se junte á ti
Hasta que te vea un ciego.
Perdona, aunque eres mi dueño:
Doyte lo que amor me dió,
Y cuando no duermo yo,
Á todos dé Dios mal sueño.

Vase.

DEMONIO.

Más pesadas maldiciones
Les esperan á los dos.

Habla la voz por el velo de plata.

VOZ.

¡Asmodeo!

DEMONIO.

Inmenso Dios,
Tu luz á mi noche opones.

VOZ.

Licencia te doy que mates
De Sara el lascivo esposo.

DEMONIO.

¡Oh, precepto venturoso,
De esto me huelgo que trates!
Á toda carne mortal
Aborrezco con rigor,
Y así me alegro, Señor,
Que me mandes hacer mal.
Entro á quitarle la vida
Antes que se llegue á Sara;
Que aun de aquella hermosa cara
Tengo envidia conocida.
Querría que los deleites
Del hombre aun fuesen tan malos:
Que estos mortales regalos
Fuesen fealdades y afeites.
Sara no se diferencia
De un ángel de mi Señor,
Cuando con tal resplandor
Fuí lucero en tu presencia.
Allá voy; mano, apretad
El cuello al lascivo esposo;
Que le es á Dios enojoso
No ver limpieza y verdad.
Han de tratar los casados
Limpiamente el matrimonio
Como han dado testimonio,
Todos los Padres pasados.
Porque si ha de descender
Dios á la tierra, es razón
Que su línea de varón
Casta y limpia haya de ser.
No tengo alegría igual
Como cuando Dios permite
Que á alguno la vida quite;
Tanto me deleita el mal.

Vase, y sale Tobías el viejo.

TOBÍAS (VIEJO).

Cansado de enterrar vengo
Cuerpos de pobres difuntos,
Pero satisfecho no,
Y á mis pocas fuerzas culpo.
Recibe, Señor, mi intento;
Que quisiera poder mucho;
Mísera nada es el hombre:
Tú eres Dios eterno y sumo.
De polvo, Señor, me hiciste:
En cubrir de polvo cumplo
Con mi propio natural,
Aunque servirte procuro.
Quiérome aquí recostar;
Que el cuidado con que lucho
No es poco me obligue á sueño;
Con esto la cama excuso.
Dadme, pared, vuestro arrimo,
Y estad vos un poco mudo,
Pajarillo, mientras duermo,
Pues nido en mi casa os cupo;
Á vuestros golondrinillos
Decid que el chillido suyo
Templen en tanto que aquí
Descansa un viejo caduco.

Ó dadles vos de comer
Sobre esas pajas y juncos,
Y pues á niño me vuelvo,
Serviránme sus arrullos.

Salen Ana y Rubén.

RUBÉN.
Esta es ya su condición:
No ha de haber cuerpo insepulto
Á quien no cubra de tierra.

ANA.
Que estoy cansada te juro.

RUBÉN.
¿Dónde está, señora, el mozo?

ANA.
En lo que su padre estuvo.

RUBÉN.
Acto piadoso es el dar
Sepultura á los difuntos.

ANA.
Es verdad; pero poner
La vida á peligro, culpo.

RUBÉN.
Obligar á buen señor
Siempre honroso premio tuvo.
¡Oh! Hele allí donde duerme:
¡Señor!

ANA.
¡Tobías!

TOBÍAS (VIEJO).
Escucho
Tu voz, mas no puedo abrir
Los ojos.

ANA.
Toda me turbo;
¿Qué tienes?

TOBÍAS (VIEJO).
Las golondrinas
Que albergan los troncos duros
De esos techos, me han cubierto
Los ojos.

RUBÉN.
Lo que es presumo:
Que aquel estiércol caliente
Cegarle los ojos pudo.

ANA.
¡Ay, miserable de mí!

Sale Tobías el mozo.

TOBÍAS (VIEJO).
Avecitas, yo os disculpo;
Porque si Dios no quisiera,
Su siervo estaba seguro;
Yo le doy gracias.

TOBÍAS (MOZO).
¿Qué es esto?

ANA.
¡Hijo, no sé cómo sufro
Tantas desgracias!

TOBÍAS (MOZO).
Mi padre,
¿Quién de esta manera os puso?

TOBÍAS (VIEJO).
La voluntad del Señor
Y esos pajarillos rudos
Que no advierten en el daño;
Á mis culpas lo atribuyo:
Está Dios de mí ofendido.

ANA.
Ese es muy lindo discurso;
Tened agora paciencia
Y decidnos que no supo
El ave el daño que hizo;
Haceos santo, pintaos justo;
¿Á dónde está la esperanza
Por quien á tantos desnudos
Vestistes, y de comer
Distes á tantos ayunos,
Por quién sepultastes muertos?

RUBÉN.
Señor, con razón acuso
Vuestras piedades, si el cielo
Las paga á ciento por uno;
Que bien ciego acabaréis
De tan larga vida el curso;
Pobre de daros á pobres
Sin guardar asilo alguno:
Mejor fuera.....

TOBÍAS (VIEJO).
No queráis
Seguir el bárbaro impulso
De la ira, ni palabras
Habléis que me den disgusto;
Hijos de santos nacimos:
La vida esperamos juntos
Que Dios prometida tiene
Y que en su nombre le anuncio
Á quien su fe no dejare.

ANA.
¡Qué bien la vida entretuvo
En hacer á todos bien!
¡Qué bien su hacienda dispuso
Para la vejez cansada
Y para este amargo punto!

TOBÍAS (MOZO).
¡Madre, no le deis dolor;
En buenos pasos anduvo
Desde sus más tiernos años!

ANA.
¿Tú le disculpas?

TOBÍAS (MOZO).
Disculpo
Sus obras, de virtud llenas.
Dios, cuyo inmenso y profundo
Entendimiento no puede
Entender otro ninguno,
Sabe la causa y razón.

TOBÍAS (VIEJO).
El Dios que su pueblo trujo
Á tierra de promisión

Con mil victorias y triunfos,
Y cubrió los altos carros
Del rey Faraón perjuro,
Sus caballos y sus armas
Con la arena del mar Rubio,
Te dé su gran bendición;
Dame estos hombros, que gusto
De que mi báculo seas
Hasta llegar al sepulcro.

TOBÍAS (MOZO).

¡Dios os guarde, padre mío!

TOBÍAS (VIEJO).

De esto, aunque ciego, te alumbro;
Que la paciencia en los males
Es el mayor bien del mundo.

ACTO SEGUNDO

Salen Bato y Tamar.

BATO.

Ando, Tamar, asombrado
Y como fuera de mí:
Siete veces se ha casado
Después que al monte me fuí
Á apacentar mi ganado.

TAMAR.

Siete son, Bato, con esta
Las que se ha casado Sara;
Pero apenas manifiesta
El alba su lumbre clara,
Cuando es entierro la fiesta;
Que antes del amanecer
Ya estamos todos llorando.

BATO.

¡Siete veces! Puede ser,
Tamar, que te estés burlando;
¿Es de bronce esta mujer?

TAMAR.

Siete con este marido,
Que los seis ya se los cubre
La tierra.

BATO.

Valiente ha sido,
Pues en tan extraña guerra
Siete veces ha vencido:
¡Oh! si nos diera unas señas,
Si no dices testimonios
Para que de ciertas dueñas
Cesaran los matrimonios
Que diz que duran por peñas!
Es hermosa: habrá vencido
Con hermosura la vida
Del más robusto marido.
¡Oh terrible esposicida,
Pues que de tantos lo ha sido!
¡Voto al sol! que fuí dichoso
En no poder merecer
Ser de mi señora esposo;
Que con tan fuerte mujer,
¿Quién puede ser poderoso?
Ya estuviera el pobre Bato
Hecho, sin carne y sin hato,
Calavera de rocín.

TAMAR.

Ya espera Ragel el fin
De aqueste á su vida ingrato,
Que anoche se desposó
Habiéndose muerto seis.

BATO.

¿Cómo este hombre se atrevió?

TAMAR.

Porque, en fin, hombres nacéis
Y porque amor le obligó;
Es tan grande la belleza
De Sara, que aunque ven muertos
Tantos con tanta fiereza,
Y están de su muerte ciertos,
Y él se la da con tristeza,
Se oponen mil cada día.

BATO.

¡Oh, gran fuerza de hermosura!
De mí jurarte osaría,
Que amándola con locura
Quiero más la vida mía!
Si fuera cuatro docenas
De palos, yo los tomara
Con cuatro mil norabuenas
Por la belleza de Sara,
De que están las almas llenas.
Pero morir por conciertos
Son casos muy desastrados
Si no son ejemplos ciertos,
Por decir que los casados
Todos amanecen muertos.

TAMAR.

Antes no hay más dulce vida
Que la de un casado

BATO.

Siento
Que es acertando escogida,
Mas errando el casamiento,
Muerte cierta y conocida.

TAMAR.

Tú no debes de saber
El secreto de estas muertes.

BATO.

¿Qué secreto puede haber?

TAMAR.

¿Luego de todas no adviertes
Que es la causa esta mujer?
Porque un espíritu fiero
De noche se los ahoga
Como de este novio espero,
Si no es que el cielo deroga
Esta ley con el postrero.
Que este número de siete
Más felicidad promete:

Dios cielo y tierra crió
En siete días, y dió
Quien mar y tierra sujete,
Y descansó en ese día:
Y así puede ser que ahora
Descanse quien esto guía.

BATO.

¿Espíritu?

TAMAR.

Mi señora
Lo dice.

BATO.

Pues, Tamar mía,
Dame presto mi recado
De harina, de aceite y sebo.

TAMAR.

Parece que te has turbado.

BATO.

Dame presto lo que llevo
Por todo el año al ganado,
Que no he de volver acá.
Espíritu, ¿y dónde está
Ese que ahoga maridos?

TAMAR.

Por lascivos y atrevidos,
Bato, la muerte les da.
Mas tú ¿qué tienes que ver?

BATO.

Si yo he deseado ser
Marido también de Sara,
¿No puede matarme?

TAMAR.

Pára:
Di que yo soy tu mujer.

BATO.

Más peligro.

TAMAR.

¿Cómo?

BATO.

Advierte
Que si ese Espíritu fuerte
Á esos novios muerte da,
Algún criado tendrá
Para que nos dé la muerte,
Ó viniendo de ganar
Siete muertes de barato,
Si se debe, del pesar
Dará la muerte de Bato
Por marido de Tamar:
No me casaré en mi vida:
Espíritu, estoy temblando.

TAMAR.

Luego que el alba vestida
De oro y luz se va mostrando,
Se vee la cama homicida.

BATO.

Déjame, por Dios, Tamar;
Que estoy temblando de miedo.

Sale Ragel y criado.

RAGEL.

Aun no me atrevo á llegar.

CRIADO.

Ni yo parece que puedo
Tantas desdichas mirar.

RAGEL.

Corred aquesa cortina.

Véase en una cama el desposado y el Demonio que le ahoga, y Sara de rodillas, vestida.

¿Qué es esto?

DEMONIO.

Ya te obedezco,
Alta majestad divina.

RAGEL.

¿Posible es que ver merezco
Mi casa en tanta rüina?

DEMONIO.

Tú, que en trono de marfil
Y electro, asiento tomaste,
Manda á este espíritu vil;
Que como siete mandaste
Mataré setenta mil.
Manda á quien tienes cautivo,
Que con fuerza poderosa
No deje ni un hombre vivo:
Porque hacer mal es la cosa
De que más gusto recibo.

Quítase el Demonio.

RAGEL.

Sara, ¿qué es esto?

SARA.

Señor,
Bien sabe Dios mi inocencia.

BATO.

Temblando estoy de temor.

RAGEL.

El cielo nos dé paciencia,
Y en tantas penas valor:
Cerrad, é iremos á dar
Á mi yerno sepultura.

SARA.

Ya no sé cómo llorar,
Padre, tanta desventura,
Aunque me convierta en mar;
Dios, cuya bondad inmensa
Los pensamientos conoce,
Si alguno engañado piensa
Que no quieres que me goce
Por ocasión de mi ofensa,
Tú sabes bien la pureza
De mi pensamiento casto.

RAGEL.

Muriendo voy de tristeza;
Que para mirar no basto
Tal tragedia en tu belleza.

BATO.

Detente un poco, Tamar:

No me dejes solo aquí.

RAGEL.

Éstos te pueden guardar
Mientras yo, Jorán y Elí,
Vamos la tierra á cavar.

SARA.

¡Que le dé tantos enojos
Esta mi vana hermosura!

RAGEL.

Demos tierra á sus despojos,
Que no la hallaréis muy dura
Regándola con mis ojos.

BATO.

Tamar, vuelve acá: detente.

TAMAR.

Vela el difunto entretanto,
Bato, que vuelve esta gente:
¿Qué tienes?

BATO.

Tiemblo de espanto.

TAMAR.

¡Qué enamorado valiente!

BATO.

Mándame tú que revuelva,
La onda, y con un guijarro
Á un lobo en su sangre envuelva,
Ó que al león más bizarro
Tire un venablo en la selva;
Mándame que tenga un toro
Del cuerno hasta que el arena
Bese en tu honor y decoro;
Mándame que á una colmena
Castre los panales de oro,
Y no me mandes que vele
Un difunto, y más que ha muerto
En desgracia de Dios.

TAMAR.

¿Suele
Levantarse alguno?

BATO.

Advierto
Que ya este difunto huele,
Y que conviene sacalle
Del aposento á la calle,
Porque no dé pestilencia.

TAMAR.

Si no ha muerto de dolencia,
Sino de solo ahogalle,
No puede ser ni percibo
Olor ninguno por cierto.

BATO.

Yo notable le recibo,
Ó es que el mal olor del muerto
Se va pasando á algún vivo;
Huéleme á ver.

TAMAR.

Miedo tienes:
Voyme por no te sufrir.

BATO.

Tamar, si luego no vienes,
Para dos te sé decir
Que sepultura previenes.
El Diablo me trujo acá:
Heme aquí solo, y el muerto,
Puesto que cubierto está;
Mas ¿qué importa estar cubierto?
Si él quiere salir, podrá.
No sé qué tengo de hacer:
Sospecho que se levanta:
Ya se comienza á mover:
Ó es la sombra que me espanta;
Sí, sombra debe de ser.
Señor muerto, por amor,
También soy enamorado:
No se levante, señor,
Que en verdad que me ha pesado
Su desgracia. ¡Qué temor!
Hablan, sí: sin duda es él.

Dicen dentro:

Sepultémosle con él.

BATO.

Mas que lo dicen por mí:
Novio en pensamiento fuí:
Por Dios que es cosa cruel.

Dentro:

Vayan por él luego al punto.

BATO.

Que vengan por mí les manda.

Dentro:

Todo el vestido está junto.

BATO.

Ya tras mis vestidos anda,
¡Qué codicioso difunto!

Dentro:

Bien grande es la sepultura:
Dos cabrán, cuanto más uno.

BATO.

Dos dicen: mi desventura
Me trajo á ser importuno;
En tan mala coyuntura
Nunca yo me enamorara;
Señor muerto, yo no soy
De los casados con Sara.

Dentro:

Ya voy por él.

BATO.

¿Qué es Ya voy?
Por mí vienen, cosa es clara.

Dentro:

Véngame á ayudar alguno.

BATO.

Como han de llevar á dos,

Ayuda pide importuno:
Pues no me han de hallar, por Dios,
Ni llevar dos, sino el uno.
Á la cocina me voy
Y tras mí cierro la puerta:
Ya huelo á muerto ó lo estoy.

Dentro.

Dadme el azadón y espuerta.

BATO.

Espuerta; yo el vivo soy.

Vase, y sale Tobías ciego y su hijo.

TOBÍAS (VIEJO).

El principio del saber
Es, hijo, el temor de Dios:
Éste aprendamos los dos;
Que no hay tan alto aprender.
Teme á Dios, hijo, y sabrás
La mayor sabiduría:
Ama y teme, y cada día
Sabrás de su ciencia más.

TOBÍAS (MOZO).

Padre, con tales consejos
El que no se aprovechase,
¿Quién hay que le disculpase?

TOBÍAS (VIEJO).

No hay libro como los viejos.
Y aunque soy libro cerrado,
Porque en efecto soy ciego,
Que me leas bien te ruego,
Pues que Dios vista te ha dado.
Que estoy por cosas extrañas,
Ya en los caducos despojos,
Cerrado de hojas de ojos,
Y abierto de alma y entrañas.
Que si aquestas hojas son
De arrugado pergamino,
Que te han de ser imagino
De divina erudición.

TOBÍAS (MOZO).

Señor, mi madre ha venido
De su labor.

TOBÍAS (VIEJO).

¡Gran valor!
Susténtanos su labor;
Mas ¿qué es eso que ha traído?
Que pienso que oí balar
Un cabrito.

TOBÍAS (MOZO).

Verdad fué.

ANA.

Hoy con aqueste podré
Mi familia sustentar.

TOBÍAS (VIEJO).

Ana, ¿qué es eso?

ANA.

Un cabrito
Que por mi labor me han dado.

TOBÍAS (VIEJO).

Ana, mirad no sea hurtado:
Ya veis el precepto escrito,
No nos conviene comer
Ni aun tocar á cosa hurtada:
Al dueño, mujer amada,
Luego le podéis volver.

ANA.

¿Hay malicia semejante,
Disfrazada en santidad?

TOBÍAS (MOZO).

Madre, madre, perdonad:
No prosigáis adelante.

ANA.

¡Oh, qué bien has merecido
El vano premio que alcanza
El fruto de tu esperanza,
Por dar limosnas perdido!
¡Ea, enterrador de muertos,
Desenterrador de vivos,
Con tan inciertos recibos,
Después de gastos tan ciertos!
Murmura fundando en bien
La condición de hablar mal.

Híncase de rodillas Tobías viejo.

TOBÍAS (VIEJO).

Padre Eterno celestial,
Cuyos altos ojos ven
La tierra, el aire, la mar
Y hasta el pensamiento humano,
Oye mi oración.

ANA.

¡Qué en vano
Llora!

TOBÍAS (MOZO).

No es vano el llorar.

ANA.

Agora gime.

TOBÍAS (MOZO).

Señora,
Ese llanto miserable,
Que á su barba venerable
De sus ojos baja agora,
No ha sido sino ocasión,
Ni dará esperanzas vanas
La hierba de tales canas
Regada con tal sazón.

TOBÍAS (VIEJO).

Justo eres, Señor divino,
Y tu jüicio y bondad,
Misericordia y verdad
Y jüicio es tu camino.
En tan míseros estados,
De mí te acuerda, Señor,
Y no tome tu rigor
Venganza de mis pecados.
Señor, no te acuerdes dellos
Ni de los vanos errores
De nuestros antecesores,

Si nos castigas por ellos.
  Tus preceptos quebrantamos:
Por eso en castigo fuerte
Nos das perdición y muerte
Y el cautiverio en que estamos.
  Por eso quieres que demos
Risa, fábula y baldones
Á las extrañas naciones
Donde esparcidos nos vemos.
  Agora son tus secretos
Grandes porque no anduvimos
Sinceramente, ni fuimos
Humildes á tus preceptos.
  Finalmente, gran Señor,
Haga en mí tu Majestad
Conforme á su voluntad,
Pero merezca un favor:
  Que en paz mandes recibir
Mi espíritu, porque ya
Conveniente me será
Más que el vivir el morir.

TOBÍAS (MOZO).

  Á lágrimas me ha movido:
Su muerte le pide á Dios;
Llevémosle entre los dos,
Que está en extremo afligido,
  Donde descanse y sosiegue.

ANA.

Pésame de haber hablado:
No esté Dios conmigo airado,
Aunque él su muerte le ruegue.

TOBÍAS (MOZO).

  Vamos, padre de mi vida,
Enjugad el tierno llanto;
Que en darme veneno tanto
Vendréis á ser mi homicida;
  Que sabed que me desalma
¡Oh lengua, qué presto pecas!
Ver sobre hierbas tan secas
Perlas del alba del alma.
  No entendí yo en la distancia
De cosas tan diferentes,
Que unas tan cerradas fuentes
Dieran agua en abundancia.
  Pero ya estoy satisfecho
Viendo que lloráis, señor;
Que la llave del dolor
Abre el aljibe del pecho.
  Ciego estáis; mas he notado,
Aunque por mi desconsuelo,
Que cuando más llueve, el cielo
Es cuando está más cerrado.
  Mostrad el claro arrebol
Con que mi ingenio alumbráis:
No lloréis más si lloráis,
Pues habéis de ser mi sol.
  De escribir me dais lición:
Mal con lágrimas se pinta
La letra, porque es la tinta
Más blanca del corazón.
  Perlas lloráis por desprecio;
Pero como ciego estáis,
No viendo lo que lloráis,
No podéis saber su precio.
  Que esos pedazos de hielo
Son perlas tan soberanas,
Que las detienen las canas
Porque no caigan al suelo.
  Mas venid, padre, conmigo,
Porque un rato descanséis
Si en mí descanso tenéis
Como en verdadero amigo.

TOBÍAS (VIEJO).

  Hijo, siempre te enseñé
Á traer muertos en los brazos;
Tierra soy: tú los pedazos
Que de mi tierra formé.
  Dame sepultura en ti,
Entretanto que estoy vivo

TOBÍAS (MOZO.)

En mi virtud te recibo
Para que vivas por mí.

Vanse, y salen Tamar, Bato y Sara.

SARA.

  Siempre has de estar, ignorante,
Con las criadas.

BATO.

No soy
Mal criado, pues estoy
Con ellas tan adelante.

SARA.

  ¿Y tú, sin vergüenza alguna,
Consientes esto á un pastor?

TAMAR.

No me culpes de su error
Y condición importuna;
  Que es un villano cansado,
Muy amigo de cocina

BATO.

¿Y en qué ley se determina
Que eso se tenga á pecado?
  ¿Hay por dicha mandamiento,
Si dos mil vueltas le das,
De «En cocina no estarás
Cuando hay lumbre y sopla el viento?»
  Ni se puede bien culpar
Á un hombre.

SARA.

Pues, ¿quien te inquieta?

BATO.

Un poyo con su carpeta
Que está llamando á sentar.

SARA.

  Adonde están las mujeres
No han de entrar hombres, villano,
Ni en invierno ni en verano.

BATO.

¿Y tú la discreta eres?
  Pues dime: ¿estarán mejor
Donde las bestias están?

SARA.
No, sino al campo se irán
Á entender en su labor.
La mujer amase, cueza,
Guise, labre; el hombre á arar,
Podar, cavar y cortar
Leña.

BATO.
Quebrar la cabeza.
¿Dios no dió por compañera
De sus trabajos á Adán,
Á Eva? no sólo el pan.
Que el sudor de entrambos era.
Aquí la cojo.

SARA.
Es verdad:
Pues trabajen los dos juntos
Y no hay por qué andar en puntos.
Partiéndole la mitad
Del sudor, cabrá en la casa
La mujer, y allá tome
El campo el hombre.

BATO.
Cogióme.

SARA.
La mujer cuece y amasa
En casa; por eso el hombre
Siega y siembra.

BATO.
No te espante
Que un labrador ignorante,
Pues le disculpa este nombre,
Tal vez entre á calentarse.

SARA.
Si la estopa viene al fuego,
¿Qué puede haber?

BATO.
Arder luego,
Eso no puede negarse.

SARA.
Pues id allá noramala
Donde los bueyes están.

BATO.
Denme pan.

SARA.
Daránle pan:
Vaya á esperarlo á la sala.

BATO.
Denme queso.

SARA.
¿Regalitos?

BATO.
Á la cocina me voy.

SARA.
Por hacerle dar estoy.....

BATO.
Torreznos con huevos fritos.

SARA.
No, sino crudos y palos.

BATO.
Denme vino.

SARA.
Allá á Teresa.

BATO.
Denme sebo y una artesa,
Que artesas no son regalos,
Ó vuélvome á la cocina.

SARA.
Eso le darán después.

BATO.
Y denme para este mes
Costal y medio de harina.

SARA.
¡Mas que me voy enojando,
Y que ha de llover sobre él!

BATO.
¿Mas qué?

SARA.
¡Ah señor, ah Ragel!

BATO.
¿No ve que me estoy burlando?
Vuelva, mire que me voy:
Cuente los pasos, sí, á fe:
Uno, dos, tres. ¿Volveré?

SARA.
No.

BATO.
Pues en el poyo estoy.

Vase.

SARA.
Por ti, Tamar, por tu culpa
Me han de perder el respeto,
Por ti; pues yo te prometo.....

TAMAR.
¿Por mí?

SARA.
Pues ¿tienes disculpa?

TAMAR.
¿Ellos no se entran allá?

SARA.
Si tú ocasión no le dieras,
Le incitaras, le dijeras:
Entra, que no hay nadie acá,
No se atreviera un villano
Tan rústico, que en mil días
No ve esta casa.

TAMAR.
Aun porfías.

SARA.
Es darme disculpa en vano,
Desvergonzada, atrevida,
Loca, sin honestidad,
Sin recato, sin verdad.

TAMAR.
Tú eres santa y recogida;
Á la fe que no veamos
Hijo ni hija de ti
Sobre la tierra.

SARA.
¡Ay de mí!

TAMAR.
Ni fruto que bendigamos.

¡Matadora de maridos,
Que no sé cómo la fama
De la espada de tu cama,
No les abre los sentidos!
¿Querrásme matar á mí
Como á los siete mataste?
Pues á fe que te engañaste,
Que me he de guardar de ti.

Vase.

SARA.
¡Esto escucho á una mujer
Que me sirve! ¡muerta soy!
¡Dios mío, quejas os doy!
Vos sólo podéis saber
Si soy en esto culpada
De las afrentas que veo,
Y si yo, por mi deseo,
Fuí tantas veces casada.
Señor, yo no he deseado
Mis casamientos, que ordena
Vuestro gusto para pena
De algún notable pecado,
Ó porque Vos me guardáis
Para lo que Vos sabéis;
Que algún secreto tenéis
En lo que conmigo obráis.
Irme quiero á mi aposento,
Á donde las ansias mías
Os muevan, porque en tres días
No pienso probar sustento.
Con lágrimas y suspiros,
Siempre estaré en oración,
Porque bien sé yo que son
Para vuestro pecho tiros.
Y pues que no hay mejor medio,
Creedme que con llorar
Os tengo de importunar
Hasta que me deis remedio.

Vase, y sale en lo alto el ángel Rafael, puesto en la invención, y dice la voz desde dentro:

VOZ.
Oye, Rafael.
RAFAEL.
Señor.
VOZ.
Dos oraciones oí
De dos personas que aquí
Me están pidiendo favor.
En Nínive está Tobías,
Y Sara vive en Ragés:
Favor quiero que les des.
RAFAEL.
Ya parto donde me envías.
VOZ.
Pues baja con forma humana;
Que allí sabrás lo que quiero.
RAFAEL.
Ya tu inspiración espero
Y voluntad soberana.

Baja con música y dice abajo:

RAFAEL.
¡Oh, cuánto debe á la bondad divina
El hombre, pues le pone en tal cuidado,
Pues aun airado del primer pecado,
El grave oído á su oración inclina!
Mientras venir al mundo determina
Su santo Verbo, á quien está postrado
El Serafín en gracia confirmado,
Que en el crisol de Dios el oro afina,
Regala el pueblo de quien carne espera
Tomar por bien del hombre el dulce día
Que baje á donde por librarle muera.
¿Qué más clara piedad, pues hoy me envía
Para que al hombre, cuando errar pudiera,
Le sirva un ángel de defensa y guía?

Vase.

Salen Tobías el viejo y el mozo, y Ana, su mujer.

TOBÍAS (VIEJO).
Hijo, en aquesta ocasión
Quiero que me estés atento,
Por ser la que más te importa.
TOBÍAS (MOZO).
Mi padre, ya os obedezco.
TOBÍAS (VIEJO).
Oye, hijo, mis palabras,
Y ponlas por fundamento
De tu corazón.
TOBÍAS (MOZO).
¡Ay, padre!
Santos son vuestros consejos.
TOBÍAS (VIEJO).
Cuando Dios me lleve á sí,
Darás sepulcro á mi cuerpo:
Tendrás en honra á tu madre,
Acordándote que fueron
De tu carne sus entrañas
Nueve meses aposento.
Y cuando ya de su vida
Cumpliere el preciso tiempo,
Sepúltala junto á mí,
Allá honor y aquí consuelo;
Siempre á Dios mientras vivieres
Tendrás en tu entendimiento,
Y guárdate de pecar,
Ni quebrarle algún precepto.
De tu hacienda harás limosna,
Á ningún pobre volviendo
El rostro, y harás ansí
Que no te le vuelva el cielo:
Como tuvieres darás
Lo poco ó mucho partiendo,
Si mucho, mucho; si poco,
Poco, y con rostro risueño.

Para tu necesidad
Tesaurizas alto premio;
Limosnas cubren pecados
Y libran del fuego eterno.
En tu sentido, ó tu boca,
Jamás haya pensamiento
De soberbia; que es principio
De perdición ser soberbio.
Agradece el bien al punto:
No te quedes con el sueldo
Del hombre que te sirviese,
Ni amistad de amigo ó deudo;
Ni fuera de tu mujer
Ocupes lugar ajeno;
Viste al que vieres desnudo,
Da de tu pan al hambriento,
Y no quieras para nadie
Lo que para ti no es bueno.
Ofrece tus oraciones,
Y vino y pan por los muertos,
Y no comas con los malos:
Toma del sabio consejo.
Darás á Dios, hijo mío,
Alabanza en todo tiempo;
Pide que tus pasos guíe:
No salgan dél tus deseos.
Quiero que sepas también
Que cuando eras niño tierno
Presté á Gabelo en Ragés,
Y esto en plata, diez talentos.
Y aunque ya siento tu ausencia,
Quiero que vayas por ellos,
Y á Gabelo restituyas
Su firma y conocimiento.
No temas, hijo, aunque agora
Tan pobre vida pasemos;
Que muy rica la esperamos,
Y con tesoros inmensos,
Si temiéremos á Dios,
Y guardando sus preceptos,
De pecar nos apartamos
Y al prójimo bien hacemos.

TOBÍAS (MOZO).

Cuanto me habéis enseñado
Haré, padre, muy contento,
Mas no sé cómo podré
Cobraros ese dinero;
Ni él me conoce, ni yo
Le conozco; ¿cómo puedo
Pedírselo, ó con qué señas?
Y el camino, fuera de esto,
De ningún modo le sé.

TOBÍAS (VIEJO).

Cuanto al dinero, yo tengo
El conocimiento aquí,
Que en viéndole, estoy muy cierto
Le pague de buena gana,
Con justo agradecimiento.
Cuanto al camino, algún hombre
Puedes buscar que sea diestro,
Y porque te lleve y guíe
Le daremos su estipendio.

TOBÍAS (MOZO).

Pues yo voy, padre, á buscarle.

Sale Rafael.

Pero detente, mancebo.

TOBÍAS (VIEJO).

¿Á quién llamas?

TOBÍAS (MOZO).

Por la calle
Pasa un caminante bello.

TOBÍAS (VIEJO).

¿Pues en qué ves que camina?

TOBÍAS (MOZO).

En el bordón y sombrero.

RAFAEL.

¿Llámasme?

TOBÍAS (MOZO).

Á ti te llamo.

RAFAEL.

¿Qué me quieres?

TOBÍAS (MOZO).

¿De dó bueno?

RAFAEL.

De los tribus de Israel.

TOBÍAS (MOZO).

¿Sabes mancebo, aunque lejos,
El camino de Ragés,
En la región de los Medos?

RAFAEL.

Sí, que mil veces le anduve,
Porque he estado con Gabelo.

TOBÍAS (MOZO).

¿Con Gabelo?

RAFAEL.

Sí.

TOBÍAS (MOZO).

Por Dios,
Que me esperes un momento.
Padre, el mancebo que os dije
Sabe el camino que emprendo,
Y la ciudad, porque ha estado
Con Gabelo.

TOBÍAS (VIEJO).

Buen suceso;
Llégale á mí, por tu vida.

TOBÍAS (MOZO).

Yo voy; peregrino bello,
Mi padre te quiere ver:
Entra á su pobre aposento.

RAFAEL.

Vamos, Dios te salve y dé
Alegría, honrado viejo.

TOBÍAS (VIEJO).

¿Qué alegría, noble joven,
Si en las tinieblas me asiento
Y de la luz celestial
Como me miras carezco?

RAFAEL.

Buen ánimo: ya se acerca
Tu cura.

TOBÍAS (VIEJO).
¿Podrás, mancebo,
Llevar mi hijo, y tendrás
Á la vuelta cierto el premio?
RAFAEL.
Yo me ofrezco de llevarle,
Y de volverle me ofrezco.
TOBÍAS (VIEJO).
Dime de qué casa eres,
Y de qué tribu, te ruego.
RAFAEL.
¿Buscas caminante noble,
Ó caminante maestro
Para que enseñe á tu hijo?
Mas porque no estés suspenso,
Yo soy Azarías, hijo
De Ananías, no el pequeño,
Sino el grande.
TOBÍAS (VIEJO).
De gran casa;
Pero como viejo y ciego,
Te pido que me perdones
Las preguntas que te he hecho.
RAFAEL.
Yo te traeré el hijo tuyo
Sano y salvo.
TOBÍAS (VIEJO).
Así lo creo;
Id enhorabuena, y Dios
Sea en el camino vuestro:
Su Ángel santo os acompañe.
TOBÍAS (MOZO).
Lo necesario llevemos.
ANA.
Estas alforjas, Tobías,
Aunque de poco provecho,
Tienen algo.
TOBÍAS (MOZO).
Este bordón
Para muchas cosas llevo:
El perro se regocija;
¡To! *Melampo*, lindo perro,
¿Quieres caminar conmigo?
Dice que sí, caminemos;
Padres, adiós.
RAFAEL.
Mis señores,
Adiós.
TOBÍAS (MOZO).
¡To! *Melampo:* creo
Que no nos has de dejar;
Padres, Dios me vuelva á veros.

Vanse.

ANA.
¿Qué es lo que has hecho? Rompiste
El báculo y el gobierno
De nuestros años. ¡Pluguiera
Á Dios que nunca el dinero
Á Gabelo hubieras dado!
La pobreza que tenemos
Era riqueza con él.
TOBÍAS (VIEJO).
No llores: sosiega el pecho;
Sano volverá á nosotros
Nuestro hijo, porque pienso
Que el Ángel de Dios le guía;
Que sus cosas disponiendo,
Nos le volverá con gozo.
ANA.
En su piedad santa espero.
TOBÍAS (VIEJO).
Esperanza puesta en Dios,
Siempre tiene á Dios por puerto.

Vanse, y sale Bato con una cesta, y Jorán.

BATO.
Hechas ya las amistades,
Según me ha dicho, señor,
Y porque siempre el amor
Paga en ricas voluntades,
Traigo un presente á nuesama
De lo mejor que topé.
JORÁN.
¿Qué tal el enojo fué?
BATO.
¿No te le ha dicho la fama?
Pues ¡voto á mi sayo el viejo!
Que me dicen que en tres días
No comió por más porfías:
Tal la tuvo el sobrecejo.
JORÁN.
Tres días oí decir
Que estuvo Sara llorando,
Mas era al gran Dios orando.
BATO.
De eso fué causa el reñir,
Porque dicen que Tamar
La llamó matamaridos.
JORÁN.
¡Qué palos bien merecidos!
BATO.
Yo me pretendo casar
Con ella á ese efeto solo.
JORÁN.
¿Qué efeto?
BATO.
Dalle una tunda
De palos.
JORÁN.
La vez segunda
Que casó con ella Etolo,
Había de escarmentar
Su padre, y no esperar siete.
BATO.
Parecen puercos que mete
Por el Noviembre á matar;
Hétela aquí, ¡voto á mí!
JORÁN.
Con ella viene Ragel.

Salen Ragel y Sara.

RAGEL.
Pues vaya Sara, Ismael.
JORÁN.
Mientras hablaren aquí,
Á Bato quiero engañar
Con un disfraz, de tal modo,
Que me dé el presente todo,
Y ayudaráme Tamar.

Vase.

SARA.
Yo haré que vaya al ganado
Y que llame los pastores.
RAGEL.
Haz que vengan los mejores
Y más valientes del prado.
SARA.
Vete á prevenir á Elí.
RAGEL.
Ya voy.
BATO.
Y yo á verte llego,

Vase Ragel.

Más que de vergüenza, ciego
De ver la luz que hay en ti.
SARA.
¡Bato!
BATO.
Dame diez estrellas
Sólo con las manos darme,
Para que pueda alabarme
Que puse la boca en ellas.
SARA.
Seas, Bato, bien venido.
BATO.
Señas son que ya no estás
Enojada.
SARA.
Nunca más;
¿Qué es eso que me has traído?
BATO.
En buena confirmación
Destas santas amistades,
Que duren por más edades
Que el tribu de Zabulón,
Te traigo, Sara, en presente
Toda esta cesta de cosas,
No preciosas, amorosas,
Con ánimo diligente.
Un queso tal, que bien creo
Que hacerte ratón merece,
Cuya corteza parece
Que viene escrita en hebreo.
No traigo frutas, ni enjutas
Servas, ni pero ninguno
Con su afeite, por si alguno
Espera que pinte frutas.
Que andan unos, no sé quiénes,
Copiando y diciendo mal;
Pero tráigote un panal:
Tal viera yo tus desdenes.
Con tantas casillas bellas
Que las abejas hacían,
Que parece que querían
Aposentar las estrellas.
Toda en encerados velos
Su miel, porque las adules,
Antes fué flores azules:
Tal hace el amor los celos.
Si como él casas, tuviera
Almas, sin duda ninguna
Que pusiera en cada una
Un alma que te ofreciera.
Traigo de tres ruiseñores
Un nido con todo el colmo
De heno y paja, que de un olmo
Bajé y entoldé con flores.
Acá los puedes criar
Con pasta de almendra y huevos,
Muy menuda, que son nuevos
Y no la podrán pasar.
Después habrá corazón
Tan picado como el mío,
Y cantarán, yo los fío,
Porque nacen en prisión.
Que el que gozó libertad
Como yo, mal canta preso;
Mas veréis cómo os confieso
Mi pobreza y voluntad,
Porque en daros ruiseñores
Digo que el presente es ruin,
Y vos, señora, que en fin
Lo sois de vuestros pastores.
SARA.
Estimo la relación
En tanto como el presente;
Di á Tamar que te aposente
Muy bien, que es mucha razón;
Y dale la cesta, y di
Que me la guarde.
BATO.
Yo iré,
Y la cesta le daré,
Pues vos lo mandais ansí;
Que después podré pediros
Cierto favor.
SARA.
Aquí estoy.
BATO.
Contento en extremo voy.

Vase Bato.

SARA.
Yo quedo con mil suspiros;
Los cielos he consultado,
Y al alto Dios he pedido

Me libre, y pienso que ha sido
Mi ruego humilde escuchado.
  Preguntar quiero á la tierra,
Al prado, al eco y al viento,
Y á mi propio pensamiento,
La paz de tan triste guerra.
  Que de falta de consuelo
Tan vanos remedios sigo,
Que me entretengo conmigo,
Y mis desdichas desvelo.

Responden dentro con música á los ecos de este soneto.

SARA.
¿Qué es mi cuidado, paz ó guerra?
Música.
Guerra.

SARA.
¿Va errado el gusto aquí encerrado?
Música.
Errado.

SARA.
¿Y habrá perdido por callado?
Música.
Hallado.

SARA.
¿Y si el deseo se desyerra?
Música.
Yerra.

SARA.
¿Cierro la puerta al mal que encierra?
Música.
Cierra.

SARA.
¿Tendré acaso algún bien prestado?
Música.
Estado.

SARA.
¿Pues qué es la suerte en mi cuidado?
Música.
Dado.

SARA.
¿Y todo lo que á Dios destierra?
Música.
Tierra.

SARA.
¿Vino mi bien dulce adivino?
Música.
Vino.

SARA.
¿Cómo iré á oir su voz gloriosa?
Música.
Osa.

SARA.
Pídale á Dios que no se impida.
Música.
Pida.

SARA.
¿Es esperarle desatino?
Música.
Tino.

SARA.
¿Pues posa cerca de su esposa?
Música.
Posa.

SARA.
¿Hay muerte ya que aquí resida?
Música.
Es ida.

SARA.
  Tendré por felice agüero,
Viento, esa dulce respuesta;
Pues que ya el bien manifiesta
Que de mi remedio espero:
  Tan puramente he vivido,
Señor, como sabéis vos,
Que aun el pensamiento á Dios
No puede serle escondido.
  Todo sois ojos y manos,
Todo lo sabéis y veis,
Y como tal, conocéis
Los pensamientos humanos.

Sale Bato.

BATO.
  Yendo á buscar á Tamar
Para darle aquella cesta,
Me dijo ahora Doresta
Que era subida al pajar.
  Subí, y en lo más obscuro
Un bulto blanco me habló
Por mi nombre, y me obligó
Á más de un fuerte conjuro.
  Díjome, en fin.....

SARA.
¿Pues así
Tiemblas?

BATO.
Temo que no vuelva.

SARA.
Bato, en el monte y la selva
Duermes, ¿y tiemblas aquí?

BATO.
  Díjome que un año había
Que en aquel pajar penaba,
Que desde entonces estaba
Sin comer.

SARA.
Muerto se habría.

BATO.
  Que la diese aquella cesta.

SARA.
¿Dístesela?

BATO.
¡Si me llamó
Por mi nombre!

SARA.
Él te engañó;
Necedad fué manifiesta.

BATO.
  Él no me ha engañado á mí,

Sino á ti.

SARA.

Suceso raro.
¿Á mí, por qué?

BATO.

¿No está claro,
Si te dí la cesta á tí?

SARA.

Bien dices; voy á saber
Quién es el muerto fingido.

BATO.

Díjo que era tu marido.

SARA.

No te puedo responder.

Vase Sara.

BATO.

Enojado se ha conmigo;
Mal hice en nombrar los muertos,
Ya de su tierra cubiertos;
Otra vez soy su enemigo.
Mas que me engañen á mí
Con tantas barbas..... ¿Qué haré?
Pero yo me vengaré;
Cesta y amistad perdí.

Vase, y salen Tobías, el Ángel y el perro.

TOBÍAS.

Apenas siento el áspero camino
Con tus razones santas y agradables,
Que aun parece que el perro que nos sigue
Con el son de la voz recibe aliento.

ÁNGEL.

De tres maneras es, Tobías caro,
Esta efusión de la bondad suprema,
Que por generación es la primera,
Y por expiración es la segunda,
Y por creación es la tercera, advierte;
Que las emanaciones dos primeras
Son abeterno, y la tercera en tiempo;
De la cual solamente diré agora.

TOBÍAS.

¡Qué notable doctrina, qué divina!
Pero como es tu cara es tu doctrina.

ÁNGEL.

Entre criar, hacer y engendrar, vemos
Gran diferencia, que el criar, de nada
Hace que salga aquello que se cría,
Mas lo que se hace de algo, se hace y sale,
Porque hacer es obrar de otra materia.

TOBÍAS.

Concepto voy haciendo, aunque ignorante,
De lo que dices.

ÁNGEL.

Dios es de las cosas
De tres maneras causa: es eficiente,
Ejemplar y final, mas de ninguna
Puede ser material.

TOBÍAS.

Todo lo entiendo.

ÁNGEL.

Entre el obrar de Dios y la criatura,
Hay esta diferencia: que Dios obra
En un instante, el ángel de repente,
Y la naturaleza poco á poco;
Los primeros principios de las cosas,
Son de Dios inmediatos.

TOBÍAS.

Adelante.

ÁNGEL.

La materia y la forma.....

TOBÍAS.

Espera un poco,
Que hemos llegado al Tigris.

ÁNGEL.

Este río
Se llama Tigris porque en lengua Media
Tigris quiere decir flecha, y su curso
Es tan veloz, que le llamaron flecha
Por la velocidad con que se escapa
De la cuerda del arco que la tira.

TOBÍAS.

Los pies quiero lavarme; que los traigo
Llenos de polvo, si me das licencia.

ÁNGEL.

Aquí te aguardaré.

TOBÍAS.

Cristales puros,
No os ofendáis que en vos los pies me lave;
Siéntome aquí.

ÁNGEL.

Descálzate.

TOBÍAS.

Comienzo.
Señor, señor, ayúdame.

ÁNGEL.

¿Que es eso?

TOBÍAS.

Ayúdame, Azarías, que me quiere
Tragar aqueste pez.

ÁNGEL.

Cógele, y tira:
No hayas temor.

TOBÍAS.

Favor, divino cielo,
¡Qué temeraria bestia!

ÁNGEL.

Ten buen ánimo.

TOBÍAS.

Ya le tengo en la tierra.

ÁNGEL.

Ábrele luego.

TOBÍAS.

Mejor será pasalle á aquella orilla.

ÁNGEL.

La hiel y el corazón has de sacalle.

TOBÍAS.

Aunque está palpitando se defiende;
Mas corazón y hiel, ¿de qué aprovecha?

ÁNGEL.
Muy presto lo sabrás.
TOBÍAS.
Yo te suplico,
Azarías querido, que me digas
Para qué serán buenos.
ÁNGEL.
Si en las brasas
Pones el corazón, el humo solo
Destierra los demonios, y no vuelven
Eternamente á la mujer, ó al hombre;
La hiel, puesta en los ojos del que es ciego
Le da la vista.
TOBÍAS.
¡Oh pez maravilloso!
Extraña es su virtud, mayor la tuya,
Pues que sabes secretos tan extraños.
ÁNGEL.
Vamos donde le partas y le sales,
Para que en el camino nos sustente.
TOBÍAS.
¡Gracias te doy, gran Dios Omnipotente!
Nunca el socorro de tus manos tarda.
ÁNGEL.
Pues deso sirve el Ángel de la Guarda.

ACTO TERCERO

Salen Sara y Tamar.

TAMAR.
Él tiene este pensamiento:
Yo no lo he dicho á señor.
SARA.
Muero, Tamar, de temor
En oyendo casamiento.
Pero en verdad que estarás
Con Bato muy bien casada.
TAMAR.
Á lo menos descansada,
Para no pensarlo más.
SARA.
En fin, ¿él te quiere bien?
TAMAR.
Él lo dice, y yo lo creo,
Que el mirar muestra deseo,
Como el no mirar desdén.
No es Bato de los muy sabios:
Es bueno para marido,
Que un discreto, un presumido,
Todo es puntos, todo agravios.
SARA.
Antes le tengo por hombre
Más malicioso que sano.
TAMAR.
Son malicias de villano,
Que esas andan con el nombre.
Háblale, y habla al señor:
Así Dios te dé un marido
De quien, el temor perdido,
Tenga sucesión tu amor.
SARA.
Vete, que yo le hablaré,
Pero entre tanto haz de modo
Que te guardes dél.
TAMAR.
En todo,
Tu recato imitaré.
Al cernedero me voy,
Que tengo el agua caliente.

Sale Bato.

BATO.
Á un hombre que de honra siente,
Y discreto como soy,
Mucho lastima un agravio.
SARA.
¿Dónde, Bato?
BATO.
¡Oh mi señora!
Aunque disimulo agora,
Como lo aconseja el sabio,
Trazando voy todavía
Como me pague Jorán
La burla.
SARA.
Dicho me han
Que te casas.
BATO.
Bien querría
Si yo hallase una mujer
Con solas dos condiciones.
SARA.
¿Dos? En lo justo te pones,
Ya las deseo saber.
BATO.
Nunca á la razón desvío,
Señora, de lo que es justo:
Que nunca hiciese su gusto
Y que siempre hiciese el mío.
SARA.
Mucho le pides en poco.
BATO.
Tengo nota de hombre sabio;
Con este sello en el labio,
Hará mucho hablando poco.
SARA.
En fin, ¿tu quieres casarte
Con Tamar?
BATO.
¿Cómo Tamar?
SARA.
Ella me ha venido á hablar
De tu parte.
BATO.
¿De mi parte?

De la suya puede ser;
Que yo más alto camino,
Porque á no ser desatino
Quisiera un ángel mujer.

SARA.

¿Pues quieres otra criada?

BATO.

Si criada no estuviera,
Ni la viera ni quisiera;
Ya está criada y casada.

SARA.

¿Cómo casada?

BATO.

Y viuda
De más de un marido.

SARA.

Afuera
Suena gente: un poco espera,
Y advierte primero en duda,
Que si donde esté Tamar,
Pues que casarte no quieres,
Alguna vez estuvieres,
Te haré por fuerza casar.

Vase Sara.

BATO.

¡Oh, pues, qué linda cosa el casamiento
Para forzar con él á un hombre el gusto!
Que aun hecho con el gusto, al más á gusto,
Algún azar impide su contento.
Llamaron al casar melón, que al tiento,
Al olfato, á la vista, viene al justo;
Pero puesto el cuchillo de un disgusto,
Descubre la corteza el pensamiento.
Cuál está muy maduro, cuál muy duro,
Cuál no tiene sabor y cuál amarga;
Cuál, probado una vez, no está seguro,
Cuál lleno de pepitas, de hijos carga.
¡Dichoso quien le halló sabroso y puro,
De corta lengua y de paciencia larga!

Vase.

Salen Tobías y el Ángel.

TOBÍAS.

¿Dónde quieres que paremos?

RAFAEL.

Aquí habemos de parar.

TOBÍAS.

¿Quién vive aquí?

RAFAEL.

No hay lugar
Á donde mejor posemos.
Esta casa es de Ragel,
Pariente tuyo cercano;
Tiene una hija que en vano
La imita humano pincel.
Esta es única heredera:
Por mujer la pedirás
Y su hacienda heredarás,
Porque á ti te toca.

TOBÍAS.

Espera.
Oigo decir que la dió
Su padre á siete maridos,
Y ha llegado á mis oídos
Que el demonio los mató.
Temo que me mate á mí;
Único á mis padres soy,
Y si esta pena les doy
Con la que al partir les dí,
¿Qué dudas, caro Azarías,
Que los mate de dolor,
Teniéndome tanto amor?

RAFAEL.

Advierte y sabrás, Tobías,
Sobre cuáles desposados
Tiene el demonio poder,
Que no le puede tener
Sobre los castos cuidados.
En aquellos que se casan
Sin tener á Dios presente,
Y sólo lascivamente
La conyugal vida pasan,
Tanto, que bestias parecen,
Tendrá por su libertad,
El demonio potestad
Que ellos mismos se la ofrecen.
Tú, en casándote, Tobías,
Has de vivir continente
Tres días, y á Dios presente
Orar también los tres días.
La primera noche, al fuego
Del pez el hígado echando,
Huirá el demonio, mostrando
El cielo admitir tu ruego.
En la segunda serás,
Con los patriarcas santos,
Admitido á bienes tantos
Como en casarte hallarás.
Alcanzarás la tercera
De los cielos bendición
Para la generación
Y sucesión que te espera.
Y las tres noches pasadas,
Recibirás tu doncella,
Esposa, sin que el ser bella
Ni sus gracias celebradas,
Que á otros muchos muerto han,
Te muevan, mas la razón
De alcanzar la bendición
De la línea de Abraham.

TOBÍAS.

Yo quedo bien instruído,
Mas pienso que viene ya.

Salen Ragel, Sara, Jorán y Bato.

RAGEL.

Gente en nuestra casa está.

JORÁN.
Pienso que á verte han venido.
RAGEL.
¡Oh, gallardos forasteros!
¿Buscáisme á mí?
TOBÍAS.
Sí, señor;
Que obliga vuestro valor
Á veros y á conoceros,
Y no menos á serviros.
RAGEL.
¿De qué tribu?
TOBÍAS.
Neptalín.
RAGEL.
¡Recibió el alma á este fin
Tal contento al recibiros!
¿Sois de la cautividad
De Nínive?
TOBÍAS.
Sí, señor,
Que también ese dolor
Me alcanzó en mi tierna edad.
RAGEL.
¿Conocéis allá á Tobías?
TOBÍAS.
Bien le habemos conocido.
RAGEL.
Puesto que cubran de olvido
El trato común los días,
No á lo menos el amor.
El varón más justo y santo
Conocéis que cubre el manto
Del cielo.
TOBÍAS.
Hacéisle favor.
RAGEL.
Quién las virtudes contara,
Hijos, de aquel santo viejo,
Su prudencia, su consejo,
La caridad con que ampara
Al pobre, y sepulta al muerto,
Los peligros que ha pasado
Escondido y desterrado,
Hambre y sed por el desierto,
Las paciencias que le dan
Coronas de oro y de estrellas,
Contara las luces bellas
Que dijo Dios á Abraham.
RAFAEL.
Este Tobías que alabas
Es padre de este mancebo.
RAGEL.
Poco amor, hijo, te debo,
Pues en tal silencio estabas.
Dame esos brazos: recibe
Este llanto en ciertas prendas
De mi amor, para que entiendas
Cuánto en esta casa vive.
SARA.
Á todos, padre y señor,
Su tierna memoria obliga.
RAGEL.
No hay señal que tanto diga
Los sentimientos de amor.
TOBÍAS.
Si así lloras, y tu hija
Noble, y todos tus criados
De su memoria obligados,
Dad licencia que me aflija
De verme ausente de quien
Es la luz con que vivía.
RAGEL.
Hijo querido, este día
Te alcance con todo el bien
La bendición del gran Dios;
De gran varón eres hijo:
Siento en verte el regocijo
Que tuviéramos los dos.
Ea, Sara; ea, criados:
Buenos huéspedes tenemos:
Razón es que regalemos
Á parientes tan honrados.
Dadnos presto de comer;
Ea, traigan mesas presto.
BATO.
Á servirte voy dispuesto,
Con gran contento y placer.
RAGEL.
Ven acá, mata un carnero,
El más gordo del ganado.
BATO.
Tal como estaba apartado
Le comas de Enero á Enero.
Entre carneros podía
Haber guerras carneriles,
Cual suele haberlas civiles
Sobre alguna monarquía:
Ser capitán general,
Tanto, que por bien armado,
De frente fuera envidiado
Del carnero celestial.
TOBÍAS.
Bocado no comeré
Si no me otorgas primero
Lo que de tu mano espero,
Y por que en tu casa entré.
RAGEL.
Hijo, ¿qué querrás de mí,
Que no sea fácil cosa?
TOBÍAS.
Á tu hija por esposa.
RAGEL.
¿Á mi hija?
TOBÍAS.
Señor, sí.
TOBÍAS Á RAFAEL.
Enmudecido ha quedado.
RAFAEL.
No te espantes, que es razón
Que le cause confusión
Lo que sabes que ha pasado.

Ragel, no temas; que á quien
Teme á Dios, se le ha de dar
Tu hija.

RAGEL.

No acierto á hablar.

RAFAEL.

Ni pudiera ser también
Que quien así no temiera,
Á tu bellísima Sara
En matrimonio gozara,
Y por mujer la tuviera.

RAGEL.

Creo que mi ruego y llanto
Oyó Dios, y también creo
Que el venir adonde os veo
Fué por su precepto santo.
Porque Sara se juntase
Á su linaje también,
Según la ley de Moisén,
Y es bien que con él la case.
Alegre podrás comer,
Noble mancebo Tobías,
Hoy conmigo, y cuantos días
Merced me queráis hacer,
Porque hoy quedaréis casados.
Dame esa mano.

SARA.

¡Señor!

RAGEL.

No tengas, hija, temor:
Deja esos vanos cuidados.
Muestra la tuya, mancebo.

TOBÍAS.

Señor, la mano tomad,
Aunque por mi indignidad
Parece que no me atrevo.

Sale el Demonio estando asidas las manos.

DEMONIO.

¿Qué es esto, qué pasa aquí?
¿Aun no escarmienta esta gente?

RAFAEL.

¿Como quieres que escarmiente,
Si Dios se lo manda así?

DEMONIO.

¿Aquí estás tú?

RAFAEL.

¿Qué pensabas?

DEMONIO.

¿Piensas que te tengo miedo?

RAFAEL.

Tú sabes ya lo que puedo
Desde que el cielo alterabas.

RAGEL.

Dios de Abraham soberano,
Dios de Isaac omnipotente,
Dios de Jacob, felizmente
Junta con tu santa mano
En matrimonio á los dos,
Y cumple, Señor, en ellos
Tu bendición.

DEMONIO.

Ya sobre ellos
Me ha dado licencia Dios.

RAFAEL.

Mientes, mas ¿cuándo dijiste
Verdad?

DEMONIO.

Allá lo verás.

RAFAEL.

¿Qué podrás?

DEMONIO.

Más que tú.

RAFAEL.

¿Más?

Sale Bato.

BATO.

¿Qué es esto?

JORÁN.

¿Ya no lo viste?

BATO.

Matando he estado el carnero.

JORÁN.

Bato, los dos se han casado.

BATO.

Es buñuelo; aun no ha llegado
Y ya se la dan; ¿qué espero?

RAGEL.

Vamos, y con escritura
Quede todo confirmado.

TOBÍAS.

Vamos, señor.

DEMONIO.

En cuidado
Me ha puesto el verte.

RAFAEL.

Procura
Irte donde ganes más,
Que aquí vengo yo por guarda.

DEMONIO.

Con tal soldado de guarda,
Tobías, seguro vas;
Pero yo tengo de hacer
Lo posible por quitarte
La vida.

RAFAEL.

No serás parte.

DEMONIO.

Mal conoces mi poder:
¡Atrevíme al mismo Dios,
Y tendré de un ángel miedo!

RAFAEL.

Presto verás lo que puedo,
Si hacemos campo los dos.

Éntranse todos y quedan solos Bato y Jorán.

JORÁN.

Ea, ¿de qué estás turbado?
Mata el carnero.

BATO.

Y á mí,
Que es lo mismo, pues que fuí
Ocho veces su traslado.
Siete maravillas tuvo
El mundo, y siete maridos
Sara: agravios conocidos
Que mi desdicha entretuvo.
Siete veces fuí carnero
Destos siete desposados,
Aunque de tales cuidados
La misma venganza espero.
Mas agora que en la villa
Este se viene á casar,
De carneros del lugar
Soy la octava maravilla.

JORÁN.

¿Qué agravio te pudo hacer
La que tu mujer no ha sido?

BATO.

¿No basta haberla querido
Por mujer sin ser mujer?

JORÁN.

Desuella, acaba, el carnero.

BATO.

¿Qué tengo que desollar
Si él la carne ha de cenar
Y sólo el pellejo espero?
Pues ya sabes que con él
Viene toda la armadura.

JORÁN.

Tú comerás la asadura.

BATO.

Bien asado estoy por él.

Vase Jorán.

¡Amor, amor, yo quedo desta vez
Desengañado y de tu guerra en paz!
Si fuese el desengaño pertinaz,
Mala soga me parta por la nuez.
¿De qué sirve un peón en tu ajedrez
Para ganar tus damas incapaz,
Ni esperanzas de pollos en agraz,
Si por ajos suspira el almirez?
Tasajos cómo yo, que no perdiz:
Ya no gasto herraduras de tu coz,
Si piensas que es mi estómago avestruz;
En los pechos estás como lombriz,
Áspid en lengua, ruiseñor en voz,
Buey en el yugo y ciervo en el testuz.

Sale Tobías el viejo.

TOBÍAS (VIEJO).

Bien pintaron al ausencia;
Ciega, aunque llena de oídos,
Por las nuevas desvalidos
De aquella amada presencia.
Ciego estoy, y mi paciencia
Tantos oídos mantiene,
Para ver si mi bien viene,
Que hasta las hojas presumo
Que hablan dél, pero es el humo
Del fuego que lejos tiene.
Es ciega porque no ve
El ausencia el bien que ama:
Por las nuevas de la fama
Es justo que siempre esté
Llena de oídos, que fué
Símbolo de su desvelo:
Quitóme la vista el cielo;
Tanto los oídos trato,
Que soy el mayor retrato
De la ausencia en todo el suelo.
¡Ay, mi querido Tobías!
No digo si te he de ver:
Oirte sí y ofrecer
Tal bien al fin de mis días;
Ciego soy y tú podrías
Tan vivo representarte
Á mis sentidos, que en parte
Fuese verte en este abismo;
Pues para un ciego es lo mismo
Tocarte que imaginarte.

Sale Ana.

Pasos siento, ¿es Ana?

ANA.

Sí.

TOBÍAS (VIEJO).

¿Qué hay, Ana de la luz mía?

ANA.

Á ver salgo cada día
Si viene el bien que perdí.

TOBÍAS (VIEJO).

¿No viene?

ANA.

Los campos vi
Desde encima de los montes:
Discurrí sus horizontes;
Pero ni aun sombras se ven.

TOBÍAS (VIEJO.)

Cuando no se acerca el bien,
¿Qué importa que te remontes?

ANA.

¡Qué mal hiciste en quitarme
Y dejar peregrinar
El placer de mi pesar
Que sólo pudo alegrarme!
¿Con quién podré consolarme?
¡Falta la luz de mis ojos!

TOBÍAS (VIEJO).

Ana, cesen los enojos.

ANA.

¡Si es muerto acaso Gabelo.....

TOBÍAS (VIEJO).

No tengas, Ana, recelo,
Que el varón que le guiaba
Era fiel, y mostraba
En sus palabras buen celo.

ANA.
Pasa el día prometido,
¿Qué me podrá consolar?

TOBÍAS (VIEJO).
La esperanza de llegar
Que entretiene el bien perdido;
Llévame donde el oído
Sienta si viene mi bien.

ANA.
El verte llorar también
Tiene mi consuelo en calma.

TOBÍAS (VIEJO).
Por el oído ve el alma
Cuando los ojos no ven.

Sale Tobías el mozo.

TOBÍAS (MOZO).
¡Á ti, Señor eterno,
Que en las ruedas marítimas sentado,
Cuyo veloz gobierno
En abrasados círculos bañado,
Miran cuatro animales
Que visten tantas luces celestiales!
¡Á ti, mi humilde pecho
Se humilla, temeroso que á ti solo,
Cual de tus manos hecho,
Las columnas del uno y otro polo,
Señal que te obedecen,
En sus eternas basas se estremecen!
¡Señor, yo me he casado
Por el consejo santo de Azarías,
Mi compañero amado,
Por cuya boca pienso que me guías;
No he mirado mi esposa
Con voluntad lasciva y codiciosa!
Sólo para servirte,
Y por la bendición de mis pasados,
Este Euripo, esta Sirte,
Pasarán con tu ayuda mis cuidados.
De ti favorecido,
Este espíritu vil será vencido.

Sale Sara.

Sara, querida esposa,
Levántate, no temas.

SARA.
¿Qué me quieres?

TOBÍAS (MOZO).
¿De qué estas temerosa
En este punto, si de Dios lo eres?

SARA.
Esposo, en Dios confío,
Mas no puedo vencer el temor mío.

TOBÍAS (MOZO).
Hijos somos de santos:
No habemos de juntarnos cual gentiles,
Que tienen dioses tantos,
Y adoran piedras y maderos viles;
Llégate, Sara, al fuego:
Suba en el humo nuestro humilde ruego.
Híncate de rodillas:
Hagamos oración al Dios supremo.

SARA.
Tan altas maravillas
Son obras de sus manos; sólo temo
Mi indignidad.

TOBÍAS (MOZO).
Confía
En su piedad, que es la esperanza mía.

En hincándose de rodillas, y echando en el fuego el hígado del pez, se verá en la una parte del tablado el Ángel con Asmodeo asido por lo alto como que le detiene.

DEMONIO.
Suéltame, no me tengas.

RAFAEL.
¿No sabes tú que en una argolla atado,
Por más que te prevengas
De astucias, Leviatán, con un candado
Te tiene Dios asido,
Y yo en su nombre?

DEMONIO.
Déjame, te pido:
Dios me tiene mandado
Que mate cuantos fueren sus esposos;
Á siete muerte he dado.

RAFAEL.
Si ellos fueran varones temerosos
De Dios, tú no pudieras;
Si éste lo es como lo ves, ¿qué esperas?

DEMONIO.
Matarle.

RAFAEL.
Eso no puedes;
Que desde aquí te he de llevar á Egipto,
Á donde preso quedes.
Discurre de esta tierra el gran distrito.

Den los dos por el aire una vuelta á la otra parte del teatro, á unas peñas donde esté una cadena.

DEMONIO.
¿Dónde me llevas?

RAFAEL.
¡Perro,
Á Egipto desde Media te destierro!
Con aquesta cadena,
En este monte quedarás atado.

DEMONIO.
Déjame que en mi pena
Viva, mientras quisieres, desterrado.

RAFAEL.
Aquí has de estar agora:
Aquí es tu infierno hasta la cuarta aurora.

En atándole con la cadena, dé el mismo monte una vuelta con ellos, porque estará hecho sobre un quicio.

TOBÍAS (MOZO).
Señor y Dios eterno,

De nuestros padres, cielo, mar y tierra,
Que rige tu gobierno,
Y las criaturas que uno y otro encierra,
Te bendigan y alaben,
Las que ignoran, Señor, y las que saben.
Á Adán del limo hiciste,
Y á Eva, por su dulce compañía,
De tu mano le diste;
Tú sabes, gran Señor, la intención mía:
Posteridad deseo,
En quien tu santa bendición empleo.

SARA.

Piedad, Señor divino,
Piedad, gran Dios, pues á los dos juntaste
Por tan raro camino,
Y si para Tobías nos guardaste,
Juntos nos envejezca
La edad, que á tu servicio el fruto ofrezca.

Echan una cortina, y salen Ragel, Jorán y Bato, con azadones.

BATO.

Apenas canta el gallo, y ya tenemos
Voces en casa.

RAGEL.

Acaba ya, villano.

JORÁN.

Al novio Bato lo atribuye todo.

BATO.

Como esos males por el novio espero.

RAGEL.

¿Traéis los azadones?

BATO.

¿No los miras?

RAGEL.

¡Mísero yo, que tal dolor me aguarda!

JORÁN.

Habemos de ir al campo, ¿qué nos quieres?

RAGEL.

No habemos de ir al campo, aunque mi casa
Ya será campo de dolor y pena.
Aquí cavad.

BATO.

Aquí, pues, ¿á qué efecto?

RAGEL.

Á efecto de enterrar al buen Tobías.

BATO.

Pues, ¿cómo es muerto?

RAGEL.

No lo sé, más creo
Que le habrá muerto aquel maligno espíritu,
Como á los otros siete.

BATO.

Si supiera
Que eran los azadones para eso,
Hubiera madrugado á media noche;
Ayuda aquí, Jorán; que te perdono
Los quesos, y la cesta de aquel ánima,
Con que no digas que la de este novio
Anda por los pajares muerta de hambre.

JORÁN.

Yo me daré por ti famosa prisa.

BATO.

Mal año si en las viñas me la diera,
Como en hacer aquesta sepultura.

RAGEL.

Abrid la tierra dura,
Que para mí sin duda mejor fuera,
Pues que fuera de ser propio á mis años,
Lo merece haber hecho tantos daños.

BATO.

¡Pardiez, Jorán, que aunque me ves cavando
Con ánimo tan fuerte este sepulcro,
La envidia en la derecha, y la venganza
En la del corazón, de amor herido,
Y con las dos asido el azadón, de celos,
Que tiemblo de estos muertos, santos cielos!

JORÁN.

¿Qué tienes?

BATO.

Todo es miedo.

JORÁN.

Ten buen ánimo.

BATO.

¡Otro muerto, Jorán! pues algún día
Ha de dar tras nosotros este espíritu.

JORÁN.

El remedio del miedo estando á solas,
Es pensar otra cosa diferente.

BATO.

¿Qué pensaré, Jorán, que estoy temblando?
Ni doy azadonada que no piense
Que ha de salir de aquesta misma fosa
Una legión de espíritus, cual suele
Banda de grajos á dormir en bosque.

JORÁN.

Piensa en que tienes gran dinero y joyas.

BATO.

Eso es miedo mayor, pues quien los tiene
Está lleno de miedo y de cuidados,
De ladrones, de hijos y criados.

JORÁN.

Piensa en una mujer hermosa y linda,
Con quien estás casado y eres novio.

BATO.

Peor mil veces; que es mayor el miedo
Del poderoso, del galán, del rico,
Del amigo traidor y del pariente;
Que si hay mujer hermosa, yo te digo
Que la guardes del deudo y del amigo.

JORÁN.

Piensa en que tienes un estado grande
Y que naciste emperador del mundo.

BATO.

¿Y eso no es miedo?

JORÁN.

¿Pues los grandes tienen
Miedo de nadie?

BATO.

Miedo más que todos

Á la menor calenturilla ó causa
Por donde á lo mortal toque la muerte.

JORÁN.

Piensa en que vas por un camino.

BATO.

Temo
Que vengan salteadores.

JORÁN.

Imagina
Que es por la mar.

BATO.

Ya temo la tormenta.

JORÁN.

Piensa que tienes un gentil vestido

BATO.

Temeré que se rompa ó que se manche.

JORÁN.

Piensa en que tienes un leal amigo.

BATO.

No me mandes pensar en imposibles.

JORÁN.

Piensa en que estás en una mesa espléndida.

BATO.

Temo, si como mucho, el mal forzoso.

JORÁN.

Piensa en el cielo.

BATO.

Agora sí, que sólo
Puede un hombre en el cielo estar seguro,
Porque es lugar donde no cabe miedo,
Y sólo en él estar seguro puedo.

RAGEL.

¿Está hecha?

JORÁN.

Ya pienso que está buena.

RAGEL.

Pues, Bato, ve volando á su aposento,
Y mira si mi yerno está difunto,
Ó qué daño el espíritu le ha hecho.

BATO.

¿Y quieres que lo mire?

RAGEL.

No lo entiendes.

BATO.

Jorán, ¿no puedes ir?, que estoy cansado.

RAGEL.

Pues sólo para entrar en su aposento,
¿Es necesario descansar?

BATO.

Si digo
Verdad, yo no he tratado con espíritus,
Ni sé el lenguaje, ni querría toparlos.
Jorán es animoso.

Sale Tamar.

TAMAR.

Mi señora
Me envía á que me des albricias luego.

RAGEL.

Yo te las mando. ¿Qué hay, Tamar?

TAMAR.

Los novios
Á tu servicio están, buenos y sanos.

RAGEL.

Déjame ir á ver tan gran milagro;
Vosotros entretanto con la tierra
Cubrid la sepultura.

BATO.

Buen trabajo.
¡Pardiez, Jorán, que fué dichoso el novio,
Y que me pesa, si verdad te digo!
Juraré que sabía alguna treta
Contra aquestos espíritus verdugos.
Tamar, ¿qué, tú lo viste?

TAMAR.

Yo lo he visto.
¿No escuchas el contento y los abrazos
De los viejos dichosos y del yerno?

BATO.

Durmióse el bellacón en el infierno.

Salgan Rafael y Tobías el mozo.

TOBÍAS (MOZO).

Esto habemos concertado:
Media parte de su hacienda,
Como sabes, me ha mandado,
Y que la otra se entienda
Después de haberle heredado.
Pídeme que esté con él
Algunos días, y siento
Que dé mi ausencia cruel
Á mis padres más tormento;
Toma, por Dios, el papel,
Y ve á cobrar de Gabelo
Los diez talentos; que el cielo
Favor te dará, Azarías,
Para que en muy breves días
No vuelvas al patrio suelo.
No hayas miedo que los niegue.

RAFAEL.

Pienso que en viendo el papel
Los diez talentos entregue;
Que es varón justo y fiel,
Y así es razón que le ruegue
Que venga á hallarse en tu boda.

TOBÍAS (MOZO).

Si él á venir se acomoda,
Gran contento me darás.

RAFAEL.

¿Qué gente, amigo, me das?

TOBÍAS (MOZO).

Ésta de mi suegro toda.

RAFAEL.

Bastarán cuatro criados,
Dos camellos bastarán.

TOBÍAS (MOZO).

¡Hola, pastores honrados!

BATO.

Respóndele tú, Jorán,
Que acá andamos enojados.

TOBÍAS (MOZO).
Cuatro seréis menester
Para ayudar á traer
Cierto dinero á Azarías.
JORÁN.
Nuestro dueño eres, Tobías:
Manda hacer y deshacer.
TOBÍAS (MOZO).
Aderezad dos çamellos.
JORÁN.
¿Es lejos?
TOBÍAS (MOZO).
Es en Ragés.
JORÁN.
Pues voy volando á traellos:
¿No vas tú?
BATO.
Yo iré después.
RAFAEL.
Presto volveré con ellos.
TOBÍAS (MOZO).
Un gran convite apercibe
Ragel á su vecindad.
RAFAEL.
Justo contento recibe
De Dios.
TOBÍAS (MOZO).
¡Cielos, amparad
Quien para serviros vive!

Vanse los dos.

TAMAR.
Huélgome que hayas quedado
Donde me pueda quejar
De la fe que me has negado.
BATO.
Déjame; que estoy, Tamar,
Celoso y desesperado.
TAMAR.
¡Traidor! ¿Cómo le dijiste
Á mi señora antiyer
Que nunca bien me quisiste?
BATO.
Por no parecer mujer,
Mentir y sentirme triste.
TAMAR.
¿Luego no me quieres bien?
BATO.
Ello va á decir verdad.
TAMAR.
Dilo aunque muerte me den.
BATO.
Si te tengo voluntad,
Mal fuego me queme amén.
TAMAR.
¡Fiad de pastores bobos!
BATO.
No hay mejores robos
Que en los necios confiados:
Si mujeres sois ganados,
Todos los hombres son lobos.

Dentro ruido y silbos.

Dentro:

¡Guarte, Llorente, que es brava
Como un león!

Otra voz:

¡Huye, Gil!
BATO.
Esto sólo me faltaba:
Boda, vaca y tamboril.
Tamar, el mundo se acaba.

Sale un villano.

VILLANO.
Por aquí la haced traer
Para que Sara la vea.
BATO.
¿De qué es, Llorente, el placer?
LLORENTE.
De que por mil años sea
Sara de Tobías mujer.
Ha mandado mi señor
Matar dos vacas: la una
Salió con tanto rigor
Que parece á la fortuna;
Ni ve mayor ni menor:
Todo lo tumba y arrasa.
BATO.
Tráenla á casa.
VILLANO.
Ya está en casa.
BATO.
¿Cuánto va á que me voltea?
VILLANO.
¡Huye, Tamar!
TAMAR.
¡Que esto vea!
BATO.
Como eso en el mundo pasa.

La grita y los silbos, y la vaca con muchos zagales, y muchachos con varas.

VILLANO 2.°
¡Guárdate, Bato!
BATO.
Ya es tarde.
VILLANO.
¿Tomóle?
VILLANO 2.°
Sí.
VILLANO.
¡Dios te guarde!
BATO.
¡Qué desdichado que soy!
No salgo de cuernos hoy

Con ser celoso y cobarde.

Grita y silbos, y métenla.

Sale el Demonio.

DEMONIO.

Al cabo de tantos días
¡Oh, Rafael, ángel bello!
Que del superior Egipto
Estoy en los montes preso,
De la cadena me sueltas
Sin permitirme á lo menos
Perturbar sus bodas santas
Con el menor desconcierto;
Á las tinieblas me arrojas,
Donde para siempre tengo
Noche eterna desde el día
Que de tu gloria carezco;
Mándasme perder la luz
Del cielo, que mirar temo,
Donde en tan alta ocasión
Sus ángeles me siguieron.
Yo derribé sus estrellas;
Tembló el sol y el monte inmenso
Del testamento mis armas,
Y agora me pones miedo.
¡Tinieblas, eterna noche,
Gloria perdida, luz, cielos,
Ángeles, estrellas, sol,
Y monte del testamento,
Todos sabéis que tengo
Dondequiera que estoy eterno fuego!
Bien Rafael te ha guiado,
Tobías, pues su consejo
Te ha dado la bella Sara,
Muerte de tantos mancebos.
Ya Ragel te da su hacienda;
Ya cargan treinta camellos
Los pastores de riquezas,
Guardadas por tanto tiempo;
Ya de Gabelo cobró
Rafael los diez talentos;
Todo se junta, y se aumenta,
La envidia á que estoy sujeto.
Ya que todos los vecinos
Liberal convite han hecho,
Para Nínive se parten,
Y siempre el ángel con ellos.
Dejan á Sara en sus campos
Y adelántanse contentos
Los dos á ver á su madre
Y al ciego, ya mozo en vellos.
Rafael, Tobías, Sara,
Ragel, pastores, Gabelo,
Vecinos, Nínive, campos,
La madre y el viejo ciego,
Todos vivís, y yo muero;
Que sin poder morir mil muertes siento.
Las competencias que traigo
Con Dios, ¿de qué me sirvieron?
Mis iras templa su voz
Y pone á mis rabias freno.
¿De qué sirven mis envidias?
Pues cuando agradarlas pienso,
Dobla el cielo mis pesares
Y los celos que padezco;
Decir blasfemias, ¿qué importa?
Dios hace su gusto, y quedo
Con nuevas enemistades
De los hombres que aborrezco;
Á mis desesperaciones,
Tobías ha dado aumento;
Mis miedos crecen; que Dios
Por algo guarda su pueblo.
Competencias, iras, rabias,
Envidias, pesares, celos,
Blasfemias, enemistades,
Desesperaciones, miedos;
Abridme, abridme el centro,
Que manda Dios que me atormenten dentro.

Vase, y salgan haciendo dentro ruido de ganados y camellos, Jorán, Tamar, Bato, Llorente, Gil, pastores, y Sara de camino.

SARA.

En fin, ¿mi esposo, Jorán,
Se adelantó á ver sus padres?

JORÁN.

Puesto que el círculo cuadres,
Que por imposible dan,
No cuadrarás el amor
Si no le das la presencia.

SARA.

¿Y yo qué diré en su ausencia
Con tanta pena y temor?

TAMAR.

Presto llegarás también:
No te aflijas.

SARA.

Si yo dejo
Por mi esposo un padre viejo
Que quiero y me quiere bien,
¿Fuera mucho que él dejara,
Mientras que conmigo fuera,
El suyo?

JORÁN.

Prudente espera,
Que presto verás su cara.

LLORENTE.

Siéntate en aqueste prado
Mientras los ganados comen,
Porque ya es razón que tomen
El sustento acostumbrado.
Los pastores danzarán
Ó jugarán algún juego.

SARA.

Que me entretengan les ruego.

BATO.

Danza un momento, Jorán.

Si quieren, es buena ocasión de danzar uno solo, ó si no, digan adelante:

JORÁN.
Juguemos, que basta ansí,
Al marro, al pino, á la chueca.
BATO.
Dice un amigo que peca
Quien juegue en pie contra sí.
Son en extremo cansados
Pelotas, bolas y bolos;
Los juegos discretos solos,
Son cartas, tablas y dados.
Vaya un juego de discretos,
Que para mi condición,
Solos lo novios lo son.
GIL.
¿Qué juego?
TAMAR.
¿El de los efetos?
GIL.
No, sino vayan las cintas.
TAMAR.
No habrá aquí tantas colores.
LLORENTE.
Juguemos á los favores
Ó al de las pájaras pintas.
TAMAR.
Eso cuando muchos haya.
JORÁN.
Vaya el de las maravillas.
BATO.
Aun ese tiene cosquillas;
Vaya, si tú gustas.
SARA.
Vaya.
LLORENTE.
Maravíllome de ver
Cómo se puede casar
Quien no tiene que cenar,
Y no le dan de comer.
GIL.
Maravíllome, á lo menos,
De aquellos hombres tan bajos,
Que sin mirar sus trabajos
Murmuran de los ajenos.
TAMAR.
Maravíllome de quien
Con mil escudos de renta
Gasta cada año cuarenta.
JORÁN.
Tú te maravillas bien.
Maravíllome, y es justo,
De quien aun escribe apenas,
Y habla en las obras ajenas.
BATO.
¡Qué necedad tan sin gusto!
Pero no os maravilléis,
Porque no hay hombre tan necio
Que no se tenga en más precio
Que los que más sabios veis.
Y maravíllanme á mí
Unos tontos juzgadores,
Confiados, habladores,
De porque no y porque sí:
Que en su vida retrataron
Una mosca, y no hay león
Que no diga su ambición
Que los dientes le sacaron.
Pero tú, hermosa señora,
¿Cómo no te maravillas?
SARA.
Por no atreverme á decillas
Del bien que mi alma adora.....
Y maravíllame tanto
De ver cómo vino ausente,
Que porque mejor lo cuente
Á seguille me levanto.
Vamos á Nínive, amigos;
Que los amorosos fuegos
No sufren burlas ni juegos.
JORÁN.
Todos seremos testigos
Para con nueso señor,
De ese amor.
SARA.
Poned las sillas;
Que á todas las maravillas
Vence en ausencia mi amor.

Vanse, y salen el Ángel y Tobías el mozo.

RAFAEL.
Ya tu padre está avisado,
Porque tu madre te vió
Y las nuevas le llevó
De que á su casa has llegado.
TOBÍAS (MOZO).
El perro, también al punto
Que reconoció la casa,
Las calles corriendo pasa.
RAFAEL.
Todo el placer viene junto.

Salen Tobías el viejo, Ana, y el perro también.

TOBÍAS (VIEJO).
Ya conozco en tus caricias,
Melampo alegre y travieso,
Que de todo buen suceso
Me pides justas albricias.
No tengo qué darte aquí:
Yo te prometo á la mesa
La más regalada presa.
ANA.
Señor, tu hijo está aquí.

Sale Tobías el mozo.

TOBÍAS (MOZO).
¡Mi padre y señor!
TOBÍAS (VIEJO).
Detente;
Poco á poco el bien me den
Tus brazos, que mata el bien

Cuando llega de repente.
Báculo de mi vejez
Y de mis venas virtud,
Hoy me das vida y salud;
Vuelve á abrazarme otra vez.

ANA.

Dejalde un poco siquiera
Goce de ese bien que os sobra.

TOBÍAS (VIEJO).

Ana, quien este bien cobra,
Nunca que le sobre espera.
Pues llega, amado Azarías:
Dame tus brazos á mí,
Porque teniéndote á ti
No eche menos á Tobías;
En fin, mi hijo, ¿volviste?

RAFAEL.

Á Dios las gracias se den.

ANA.

Mi hijo, y todo mi bien,
Alegra mi ausencia triste.

TOBÍAS (MOZO).

Sentaos, mi padre y señor,
Que os vengo á curar también;
Que si los ojos no ven
No tiene descanso amor.

TOBÍAS (VIEJO).

¿Curarme, hijos?

TOBÍAS (MOZO).

Azarías
Me ha dado un remedio cierto.

TOBÍAS (VIEJO).

Si él lo fuese, yo te advierto
Del aumento de mis días.

TOBÍAS (MOZO).

Sentaos.

RAFAEL.

Úntale muy bien.

TOBÍAS (MOZO).

En nombre de Dios.

TOBÍAS (VIEJO).

¿Qué es esto?
¡Cielos! ¿La vista tan presto?

ANA.

¿Pues ven tus ojos?

TOBÍAS (VIEJO).

Ya ven.
Ya ven, Ana, el hijo mío
Y su dulce compañero;
Darles mil abrazos quiero
Con nueva salud y brío.
¡Bendito, Señor, seáis,
Que castigáis y os doléis!

TOBÍAS (MOZO).

En fin, ¿á todos nos veis?

TOBÍAS (VIEJO).

Dos ángeles imitáis;
Ya apercibo los colores:
Ya veo la luz del cielo:
¿Á cuál hombre en todo el suelo
Hizo Dios tantos favores?

TOBÍAS (MOZO).

Después dél, padre y señor,
Todo se debe á Azarías:
Casado vengo.

TOBÍAS (VIEJO).

¿Casado?

TOBÍAS (MOZO).

Con Sara, mi hermosa prima;
Ragel me ha dado su hacienda,
Gabelo con mil caricias,
Los diez talentos.

TOBÍAS (VIEJO).

¿Á dónde
Dejas mi amada sobrina?

RAFAEL.

Ya vienen.

GIL.

Esta es la casa.

Suena grita y salen todos.

SARA.

¡Dulce esposo!

TOBÍAS (MOZO).

¡Esposa mía!

TOBÍAS (VIEJO.)

¡Sobrina!

SARA.

¡Querido tío!
¡Señora!

ANA.

¡Querida hija!

BATO.

Notable contento ha dado
Á los viejos la venida
De sus hijos.

JORÁN.

¿No es razón?

BATO.

Tengo á los brazos envidia;
Pero, abrázame, Tamar.

TAMAR.

Que vengo contigo mira.

BATO.

Abracémonos nosotros,
Y ande la fiesta y la jira,
Mas ¿no dicen que era ciego
El viejo?

JORÁN.

Dijo Azarías
Que le había de curar.

BATO.

¿Pues á los ciegos da vista?

JORÁN.

¿No lo ves?

BATO.

Pues, ¡voto al sol!
Que con esa medicina
Puede ganar un tesoro
Si se va de villa en villa.

TOBÍAS (VIEJO).

Hijo, escucha: Este mancebo,

Que ha sido tu amparo y guía,
Querrá volverse á su casa
Con la paga prometida
Que le daremos.

TOBÍAS (MOZO).

¡Ay, padre,
Que no sé cómo lo diga!
Él me defendió en un río
De una bestia que quería
En su vientre sepultarme;
Él me casó con mi prima
Y me libró del Demonio
Y de su mano homicida,
Que á siete bellos mancebos,
Por Sara quitó las vidas;
Cobróme los diez talentos,
Y á ti te cobró la vista
Con la hiel del mismo pez:
Muy corta hacienda es la mía
Para que pueda pagarle.

TOBÍAS (VIEJO).

Él es tan bueno que anima;
Pero, démosle la media.

TOBÍAS (MOZO).

Llámale, padre.

TOBÍAS (VIEJO).

Azarías.

RAFAEL.

¿Qué mandáis?

TOBÍAS (MOZO).

Mi honrado padre
Confiesa que nos cautivas:
Córrese en pensar la paga.

TOBÍAS (VIEJO).

Hijo amado, al cielo obligas
Por el bien que nos has hecho:
Todo es tuyo cuanto miras;
Pero porque algo nos quede
Que sustente la familia,
Toma alegre la mitad,
Y el premio de Dios recibas.

RAFAEL.

Bendecid á Dios, señores,
Y confesad su infinita
Misericordia; que es bien
Que sus grandezas se digan;
Más vale la oración santa,
Ayuno y limosna rica,
Que los tesoros guardados;
Limosnas de muerte libran:
Cuando enterrábades muertos,
Dejando vuestra comida,
Llevaba á Dios vuestro llanto,
Que estos trabajos envía
Á los que quiere probar,
Y él me ha mandado que asista
Para libraros á todos;
Porque no soy Azarías,
Sino Rafael, un ángel
De los siete que á la Trina
Majestad de un Dios asisten;
Paz, contento y alegría
Quede, amigos, con vosotros:
Él os ampare y bendiga;
Que ya es tiempo de volver
Á la dulce patria mía.

Suba hasta lo alto con música.

TOBÍAS (VIEJO).

Gracias os den, gran Señor,
Vuestras virtudes divinas.

BATO.

¡Hola! Jorán, ¿Ángel era
Quien con nosotros venía?

JORÁN.

¿No lo ves?

BATO.

Mejor es éste
Que no el otro que venía
Á desmaridar á Sara.

TOBÍAS (MOZO).

Pastores, con las debidas
Gracias, á Dios alabemos,
Y después por nueve días
Dure el convite en mi casa.

BATO.

Dame licencia que pida
Para mi esposa á Tamar.

SARA.

Si quiere, Dios os bendiga.

BATO.

¡Si quiere! Estáme rogando.

TAMAR.

Mi pensamiento adivinas.

TOBÍAS (MOZO).

Y dé con esto, senado,
Fin la Historia de Tobías.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE LA HISTORIA DE TOBÍAS.

LA HERMOSA ESTER

(TRAGICOMEDIA)

LA HERMOSA ESTER

TRAGICOMEDIA FAMOSA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA

Á doña Andrea María de Castrillo,

SEÑORA DE BENAÇURA

La hermosura, entendimiento y virtud excelentísima de la hermosa, entendida y virtuosa Ester, de quien dicen las sagradas letras que era en extremo hermosa, de increíble belleza y graciosa y amable en los ojos de todos, ¡á quién se debía más justamente que á V. m., si de sus virtudes, hermosura y gracia se puede decir lo mismo! No me atreviera con rudo ingenio al milagroso de que ha dotado el cielo ese peregrino sujeto, si no fuera el de esta Historia sacado de tan sagrado archivo: no puede mi ignorancia deslustrarse. Las obligaciones al Sr. D. Francisco Duarte, que pasó á mejor vida, siendo Presidente de la Contratación de esa ciudad insigne, y el amor que siempre tuve al Sr. D. Martín Duarte Ceron, su hermano, digna prenda de tales méritos, bien pudieran por sí mismas obligarme, sin que se las añadiera lo que reconozco á la estimación que de mí hace el Sr. D. Jerónimo de Villanueva; á quien si la antigüedad conociera, celebrara mejor por Apolo y Diana, por Sol y Luna, que á los dos hermanos hijos de Latona, por quien la dieron el honor en Licia, que escribe el dulce Ovidio en los Methamorphoseos de su libro sexto:

Y por los bellos hijos más famosa,
Daban culto y loaban
La gran deidad de la divina diosa.

Pero ingenuamente confieso que, más que todo me obliga saber la honra que doy á lo que de mi parte tiene esta trágica comedia, con el nombre de tan excelente señora, á la sombra de cuyas virtudes y gracias pudieran estar seguros los más célebres poemas. Días ha que falto de esa gran ciudad, donde pasé algunos de los primeros de mi vida en casa del inquisidor D. Miguel del Carpio, de clara y santa memoria, mi tío: no he conocido á V. m. más que por la fama, no siendo lisonjero pintor, más verdadero cronista de su retrato Juan Antonio de Ibarra, secretario del Excmo. Sr. Duque de Alcalá, Virrey de Barcelona, que no es mala disculpa de mi atrevimiento, pues el ofrecer cosas humildes á personas grandes, cuando la distancia lo es, es como mirar al sol cuando se pone, que aunque se sabe su grandeza, no se teme su claridad.

Dios guarde á V. m. como desea.

Su siervo y capellán,
LOPE DE VEGA CARPIO (1).

---

(1) Esta dedicatoria falta en el manuscrito del *Museo Británico* de Londres, tenido por autógrafo. La añadió Lope en la Parte 15.ª de sus *Comedias* (Madrid, 1621).

LA HERMOSA ESTER

PERSONAS DEL PRIMER ACTO (1)

BASSÁN	*Morales.*	CAJA DE UN VANDO.	
EGEO	*Vicente.*	MARDOQUEO	*Toledo.*
TARES	*Porres.*	LA REINA VASTÍ.	
MARSANES	*Carrillo.*	ESTER	*S.ª Polonia.*
ADAMATA	*Fuentes.*	SALVAGIO, labrador	*Vicente.*
SETAR, *soldado.*		SIRENA, labradora	*Lara.*
EL REY ASUERO	*Sánchez Carrillo.*	MÚSICA	*Villaverde.*
UN CAPITÁN	*Conysac.*	AMÁN	*Rosales.*
GUARDAS.			

REPRESENTÓLA EL FAMOSO SÁNCHEZ, CON NOTABLE AUTORIDAD Y ACIERTO (2)

ACTO PRIMERO

Bassán y Egeo.

BASSÁN.

Sólo el poderoso Asuero,
Que admirando el mundo reina
En ciento y veinte provincias,
Hiciera tanta grandeza:
Desde la India á Etiopia,
De Medos, Partos y Persas
Es absoluto señor.

EGEO.

¿Qué anales, qué historias cuentan
Desde que Dios formó á Adán
Y á la hermosísima Eva,
Hasta aquel diluvio insigne
Con que castigó la tierra,
Y desde que el gran Noé
Tomó de la boca bella
De la paloma la oliva,
Hasta la corona inmensa
De Nabucodonosor
En Babilonia soberbia,
Que haya durado un convite
Por más de ciento y ochenta
Días, donde se ha mostrado
Tan inaudita riqueza,
Y que, cumplidos, se haga
Siete días franca mesa
Á toda aquesta ciudad,
Donde, como ves, se asienta
Desde el mayor al menor?

BASSÁN.

Por cierto que ha sido muestra
De su magnánimo pecho.
Mas ¿hay sitio donde quepan?

EGEO.

En este bosque del Rey
Se han puesto diversas tiendas,
Y sobre columnas blancas
Toldos de diversas telas
Que cuelgan por varias partes
De cordones de oro y seda.
Hay ricas bordadas camas,
Y sobre la verde hierba
Tales alfombras, que hacen
Á las flores competencia.
Hay vasos de oro y cristal,
Donde es rey de las cabezas

(1) Esta distribución de personajes es de manuscrito de Londres, y se refiere sin duda á la primera representación.
(2) Esta advertencia es de la parte 15.ª

El aromático vino
Que las mismas plantas riega.
También en su gran palacio
Hace convite la Reina
Á todas las bellas damas
Y á las señoras de Persia;
Tan espléndido, que creo
Que hasta el fénix que se quema
En los olores de Arabia,
Se ha puesto por excelencia,
Y que ya no habrá más fénix;
Porque si es verdad que engendra
El muerto al vivo en sus llamas,
Ya no habrá quién le suceda;
Ya no vuelan por el aire
Las aves, ó pocas vuelan;
Ya no hay peces en los ríos
Ni animales en las sierras,
Ni hay en los árboles frutas,
Ni parece que le queda
Por muchos años, Bassán,
Á naturaleza fuerzas.
Está admirada la India,
La mar parece que tiembla
De que han de arar sus entrañas
Hasta sacar sus arenas.
Mas oye: que sale el Rey
De la comida postrera,
Con sus príncipes y grandes.

BASSÁN.

Él tiene amable presencia.

Sale con música y acompañamiento el rey Asuero, Tares, Marsanes, Adamata y Setar.

MÚSICOS.

¡Viva el rey Asuero!
¡Viva el gran señor!
Desde el Gange al Nilo
Cualquiera nación
Postrada se rinda
Á sus plantas hoy;
Háganle corona
Los rayos del sol.

TODOS.

¡Viva el rey Asuero!
¡Viva el gran señor!
El ártico polo,
Como á Salomón,
Oro y plata ofrezca,
La Pancaya olor,
Rubíes Ceilán,
Fenicia color.

TODOS.

¡Viva el rey Asuero!
¡Viva el gran señor!

ASUERO.

Cesen los instrumentos,
Los bailes cesen, cuya dulce copia
Enamoró los vientos.
Príncipes de la India y la Etiopia,
Hoy por último día
Quiero enseñaros la grandeza mía.
No en ricos vasos de oro,
No en joyas de diamantes y rubíes,
No en labrado tesoro,
No en púrpuras rëales carmesíes,
No en pinturas divinas,
Que todas desta imagen son cortinas;
No puedo yo mostraros
Cosa en que mi poder más resplandezca,
Si pretendo admiraros,
Y adonde vuestra vista desfallezca,
Porque quien al sol mira,
Ó ciega en su hermosura, ó se retira;
Vastí, mi mujer bella,
Vastí, que así se llama, porque basta
Para saber por ella,
Después de su virtud honesta y casta,
Que no dió el cielo al suelo
Mayores muestras del poder del cielo.
Veréis que soy dichoso,
Más por Vastí, que por las ciento y veinte
Provincias que glorioso
Me han hecho en cuantos reyes tiene Oriente;
Que no es el oro y plata
Lo que habla á un rey y con el alma trata.
Parte, Setar, al punto:
Dile que se corone la cabeza
El divino trasunto
Del Hacedor de la naturaleza,
Y venga coronada
Á mi presencia, de quien es amada;
Di que mostrarla quiero
Á mis vasallos por grandeza mía,
Y que en mi trono espero,
Porque este es del convite el postrer día.

SETAR.

Yo voy á obedecerte.

TARES.

¿Quién puede tanto bien agradecerte?

ASUERO.

Veréis, príncipes míos,
Un rostro en quien el sol cifra sus rayos,
Que mis robustos bríos
Convierte en tiernas ansias y desmayos;
Veréis por excelencia
La grana y el marfil en competencia;
Veréis por ojos bellos
Dos esmeraldas, cuyo blanco esmalte
Se está bañando en ellos;
Y porque risa y alma no les falte,
Dos niñas, dos amores,
Con dos arcos del cielo sin colores;
Veréis por dulce boca
El clavel de dos hojas, más hermoso
Que el sol por Mayo toca,
Ni el aljófar del alba más precioso,
Y por las dos hermosas
Mejillas blancas, entre nieve rosas.
Él cuerpo, no hay columna
De marfil ni alabastro; la garganta

Sirve de blanca luna
Al sol que en su cabeza le levanta
De las hebras que mira
Con tanta envidia, que sin luz suspira.

Entre Setar.

SETAR.

Á la Reina mi señora
Dije tu mandato y gusto,
Y responde que no es justo
Que eso le mandes agora;
Que ella está allá con sus damas,
Con debida honestidad,
Y que á toda una ciudad
No has de enseñar lo que amas;
Finalmente, da á entender
Que el convite te ha dejado
Con poco seso.

ASUERO.

Ella ha dado
Gran pesar á mi placer.
Vuelve, Tares, vuelve, y di
Que soy yo quien se lo manda.

TARES.

Señor, si se enoja.....

ASUERO.

Anda,
Anda, y di que venga aquí.

TARES.

Voy á decirle tu gusto.

ASUERO.

Si ella me tuviera amor,
Cuando aquesto fuera error
No le pareciera injusto;
Mas yo sé que es tan discreta
Como hermosa, y que vendrá.

MARSANES.

Si con sus damas está,
Déjala gozar quieta
Su generoso convite;
Que ya á tus vasallos todos
Honraste de tantos modos,
Cuantos el amor permite.

ASUERO.

Aquí ha de venir, Marsanes:
Yo quiero que la veáis:
Vosotros mi imperio honráis,
Príncipes y capitanes.
Si no os hago este favor,
No me agradezcáis ninguno.

Entre Tares.

TARES.

No pienso que hay medio alguno
Para tu intento, señor.

ASUERO.

¿Cómo?

TARES.

Tu ruego desprecia.

ASUERO.

Mi imperio, necio, dirás;
Mas por muy necio que estás,
La Reina ha estado más necia.
¿Cómo que no? ¡vive el cielo!

ADAMATA.

Señor, á tu majestad
Es esta gran libertad
É injusto premio á tu celo,
Y desta desobediencia
Resultará el vituperio
De los grandes de tu imperio,
Y de mayor preeminencia;
Que á su ejemplo, sus mujeres
Inobedientes serán.

MARSANES.

Todos con vergüenza están
De ver que, siendo quien eres,
No te obedezca Vastí.

SETAR.

Este agravio, gran señor,
No sólo por tu valor
Se cometió contra ti;
Pero contra cuantos hoy
Son príncipes de tu imperio.

ADAMATA.

¿Y qué mayor vituperio
Para un rey?

ASUERO.

¡Corrido estoy!
Pero ¿qué me aconsejáis?

TARES.

Que la desprecies también.

ASUERO.

¿Podré, queriéndola bien?
¡Fuerte consejo me dais!

MARSANES.

Escribe á tus reinos todos
El castigo y el agravio,
Para que, en moviendo el labio,
Por este ó por otros modos
Para su gusto al marido
Obedezca la mujer,
Que en el imperio ha de ser,
Como varón, preferido.
Sujetó naturaleza
Su libertad al varón:
Si los dos un cuerpo son,
Él ha de ser la cabeza.
Repudia luego á Vastí,
Porque puesto aqueste ejemplo
De la memoria en el templo,
La tenga el mundo de ti.

ASUERO.

Afuera amor; que no es justo
Que sujetéis la razón:
Fuertes los consejos son
Contra las leyes del gusto:
Pero si es bien que los reyes
Sean espejos del bien,
Bien es que en ellos se den
Los principios á las leyes.
¡Salga de palacio al punto

La Reina: no quede en él!

MARSANES.

Lo que es justo no es cruel.
Más vale del reino junto
  El público bien, señor,
Que el gusto particular.

Váyase el Rey y Setar y Marsanes.

TARES.

El pacífico reinar
Es vencer el propio amor.

ADAMATA.

  Quien reina de sus pasiones,
Ese vive con razón.

TARES.

Amor es una pasión
Que nunca llega á razones:
  Vive de su voluntad
En la libertad que quiere.

ADAMATA.

Por eso quien le venciere
Tendrá mayor libertad.

TARES.

  En gran peligro se ve
De vida y honor Vastí.

ADAMATA.

Nunca la soberbia vi
Que en menos peligro esté;
  La estatua arrogante ha sido
De Nabucodonosor.

La reina Vastí, Setar y Marsanes.

VASTÍ.

¡Á mí con tanto rigor!

SETAR.

La culpa, Reina, has tenido.
  ¡Sal del palacio al instante
Y del reino juntamente!
¡Quita el laurel de la frente
Y la corona arrogante;
  Que esta sentencia pronuncia
Contra ti tu esposo el Rey,
Y todo derecho y ley
Que hable en tu amparo, renuncia!
  ¡Justo libelo te ha dado!
¡No tienes qué responder!

VASTÍ.

Quien trata así su mujer,
Necio consejo ha tomado;
  Pero ¿qué pudo salir
Del parto de tal convite,
Sino que el reino me quite
Ó me condene á morir?
  Cuatro meses hace hoy
Que el convite monstruoso
Tuvo principio dichoso:
¡Buen fin con mi fin le doy!
  ¡Qué menos monstruo esperaba
Persia de tanto calor;
Que monstruo que vence á amor,
No hay tigre ó fiera tan brava!
  ¡Gentil consejo ha juntado
Para mi deshonra y fin
En la mesa de un jardín
De racimos coronado!
  Tal es el efeto dél,
Como la causa y el dueño;
Pero pasaráse el sueño
Y el pensamiento cruel;
  Que en despertando el amor
Él me vengará de Asuero;
Que con memorias espero
Matarle á puro rigor.
  ¡Tomad allá la corona,
Pues me la manda quitar;
Que no quiero yo reinar
Con quien su amor no perdona!
  ¡Puntas doradas, adiós;
Que yo las haré de acero
Para el corazón de Asuero;
Que no está el descanso en vos!
  Confieso vuestra grandeza;
Pero si sujeta está,
Con más valor quedará
En libertad mi cabeza;
  Que quien manda que me quite
La corona del cabello,
Me la quitará del cuello
Para segundo convite.
  Todos sabéis de qué nace
Este furioso rigor.

SETAR.

Oye.

VASTÍ.

Apelo.

MARSANES.

¿Á quién?

VASTÍ.

Á amor
Del agravio que me hace.

Váyanse, y entren Mardoqueo y Ester.

ESTER.

  No siento tanto el duro cautiverio,
Amado tío, aunque sentirle es justo,
Ni el ver á nuestro pueblo en vituperio,
Pues fué á su Dios ingrato por su gusto,
Ni el ver que se dilate el grande imperio
Del blanco persa al de Etiopia adusto,
Del magno Emperador de ciento y veinte
Provincias, las mayores del Oriente:
  Como el ver que me voy quedando sola
Entre enemigos de mi pueblo hebreo,
Que el mar de mi tristeza de ola en ola
Me lleva al golfo en que morir me veo.
¡Tú, donde el oro puro se acrisola
De las virtudes que imitar deseo,
En tanto mal me sirves de coluna
Al peso del rigor de mi fortuna!

¡Murió mi padre y tu querido hermano!
¿Qué amparo puede haber que ya me cuadre,
En duro cautiverio del persiano,
Si no es tenerte por mi asilo y padre?
Perdí mi bien para mi mal temprano
En los consejos santos de mi madre:
Huérfana estoy; pero decir no puedo
Que donde quedas tú, huérfana quedo.

MARDOQUEO.

Cuando Nabucodonosor, sobrina
Hermosa Ester, en los infaustos días
Que de Jerusalén, para su ruina (1)
De Israel, tuvo el reino Jeconías,
Nos trajo á Persia y Media, y la divina
Justicia castigó las culpas mías
(Que no quiero decir qué las ajenas),
Lloraron sus profetas estas penas.
Tal vez castiga Dios por los mayores
La humilde plebe, aunque inocente viva;
Que viene á resultar en los menores
Lo que en el peso del gobierno estriba.
Los hebreos, un tiempo vencedores
En aquella dichosa y primitiva
Edad de sus imperios, ya vencidos,
Lloran en tierra ajena perseguidos.
Cumplió Dios su palabra; que no puede
Faltar eternamente su palabra:
No hay monte que á su voz inmoble quede,
Ni mar que luego no se rompa y abra.
La dureza del hombre á todo excede,
Pues voz de Dios, que en mar y en montes labra,
Humanos corazones la resisten,
¡De tal dureza contra Dios se visten!
Tierra de promisión, tierra bendita
Gozaron cuantos el Jordán pasaron:
David engrandecella solicita;
Algunos, aunque pocos, le imitaron;
Mas luego que el ingrato á Dios le quita
La obediencia que tantos le juraron,
Dió fuerzas á los reyes enemigos
Y la cerviz del pueblo á sus castigos.
Así pasamos cautiverio triste;
Mas tú no llores tanto el desamparo
De los honrados padres que perdiste,
Pues vivo yo, que tu virtud amparo.
Con hermosura y discreción naciste,
Y con divino entendimiento claro,
Vivir sola pudieras; pero el cielo
Algo pretende de tu santo celo.

ESTER.

Yo pienso, mi querido Mardoqueo,
Que de mi soledad tendrás cuidado,
Con que le pierdo en el rigor que veo
Del mar en mis desdichas alterado.
Servir á Dios y obedecer deseo,
En este humilde y en cualquiera estado,
Las santas leyes de su dedo escritas
Sobre las tablas de Moisén benditas.
Tú, pues, á quien ya toca justamente
Mi amparo y guarda, mi remedio mira.

MARDOQUEO.

Yo te adopto por hija.

ESTER.

¡El cielo aumente
Tu vida!

MARDOQUEO.

Él mismo lo que ves me inspira;
Que tú procederás como prudente
Con la hermosura que á la envidia admira.

ESTER.

En tus consejos fundo mi esperanza.

MARDOQUEO.

El que la pone en Dios, remedio alcanza.

Váyanse, y entren Asuero y su gente y Amán.

ASUERO.

Ninguno sabe si vive.
¿Qué decís, que pierdo el seso?

ADAMATA.

Á paciencia te apercibe,
Que de aquel su loco exceso
Justo castigo recibe.

ASUERO.

¿Pues dónde es ida Vastí?

AMAN.

Tú mandaste desterralla:
Esto me afirman á mí.

SETAR.

Ya sin ella no se halla.

ADAMATA.

Harto, Setar, lo temí.

ASUERO.

¡Vastí de mi casa ausente,
Y sus ojos de mis ojos!

ADAMATA.

Temo que buscarla intente.

SETAR.

Por los pasados enojos
Le quitaste de la frente
La corona que tenía;
¿Ya se te olvida el desprecio?

ASUERO.

¡Ay, hermosa prenda mía!
¡Cómo es el castigo necio,
Que ha de llorarse otro día!
¿Es posible que mandé,
Que te apartasen de mí?
¿Es posible que intenté
Vivir un hora sin ti?
No fué amor, agravio fué.
Maldiga el cielo mis labios:
Si el amor no es para sabios,
¿De qué se queja el honor?
Que no puede ser amor
El que no perdona agravios.
Hame de matar tu ausencia:
No podré vivir sin ti;

(1) En el manuscrito de Londres «*para ruina*», y parece mejor lección.

Que el amor, como es violencia,
Bien sé, querida Vastí,
Que crece en la resistencia.
¿Para qué quiero reinar?
¿Qué es reinar si no hay contento?
Que mal puede descansar
Un inquieto pensamiento,
Ni en la tierra ni en la mar.
¿Qué importa el vano tesoro,
La corona, el cetro, el oro (1),
Sin contento, sin placer?
Ya no le puedo (2) tener,
Que eres el reino que adoro.
Arrojaré los diamantes,
Los vasos, la plata y seda,
En los mares circunstantes,
Y aun el seso, si me queda,
En tristezas semejantes.
¿Qué importaba que estuvieras
Con tus damas ocupada
Y á mi ruego no salieras?
No fuiste tú tan culpada,
Que tanto mal merecieras;
Yo fuí quien fin tan amargo
Ha dado á tan dulce unión;
Que siempre trae por cargo
Breve determinación
Arrepentimiento largo.
Ven, Amán: vente conmigo:
Contaréte mi dolor
Y descansaré contigo;
Que las tristezas de amor
Descansan con el amigo.

AMAN.

No aumentes el descontento
Con los celos, pues podrán
Los tiempos mudar tu intento.

ASUERO.

En toda mi vida, Amán,
Persia me ha de ver contento.

Váyanse el Rey y Amán.

ADAMATA.

El Rey se parte de tristeza lleno.

SETAR.

¡Qué notable veneno amor le infunde!

MARSANES.

Yo temo que redunde en daño nuestro.

SETAR.

Si en el consejo vuestro hallase el mío
El lugar que confío, yo le diera
Remedio al Rey que fuera de importancia
Y que en breve distancia le curara.

MARSANES.

Pues dile, y sólo en su salud repara.

SETAR.

Amor de trato largo se convierte
En hábito, y el hábito y costumbre
Se vuelve, cual sabéis, naturaleza;
Ya es este amor del Rey costumbre y hábito,
Memoria del deleite que tenía;
Los ojos, hechos á Vastí, no tienen
Alegría sin ver sus bellos ojos;
Los oídos, en quien requiebros dulces
Hacían una música apacible,
No escuchan sus palabras; y estad ciertos
Que el hechizo mayor de los que aman,
Al alma suele entrar por los oídos.

MARSANES.

Eso es verdad, porque los ojos tienen
Siempre un objeto, una hermosura misma,
Y los oídos siempre diferente,
Pues oyen siempre diferentes cosas;
Y así lo que conserva largo tiempo
Á amor, son los oídos, no los ojos,
Porque ellos nunca miran cosa nueva
Y ven lo que una vez toda la vida.

SETAR.

Pues discurrid así las demás partes
Y sentidos del hombre, y veréis luego
Que si esta falta de hábito y costumbre
Ocupa otra hermosura y otro gusto,
Saldrá el primero amor, saldrá por fuerza.

ADAMATA.

¿Dices que otra mujer hermosa y sabia
Ocupará el lugar que está vacío?

SETAR.

¿Pues eso tiene duda? ¡Cuántos hombres,
De cosas que han llorado se consuelan,
Y á veces quieren más que las pasadas!

ADAMATA.

¿Y dónde habrá mujer que le contente?
Que eso suele doblar el accidente,
Porque el gusto engañado en lo pasado
Suele ser malcontento y porfiado.

SETAR.

Buscar tantas mujeres, que entre tantas
Haya alguna hermosura tan valiente
Que mate la memoria de la ausente.

MARSANES.

Bien dice: échese un bando que al momento
Cuantas mujeres tengan hermosura,
Siendo, cual deben, vírgenes, se traigan
Á palacio y se entreguen á las guardas
Que para aqueste caso nombraremos.
La que entrare de noche, salga al alba,
Y la que le agradare, ó por dichosa
Ó por bella, que reine.

ADAMATA.

Justa cosa.

MARSANES.

Gran médico serás, pues curar quieres
Amor de una mujer con mil mujeres.

Vanse.

ESTER.

Alto y soberano Dios,

(1) En el manuscrito de Londres *«el cetro de oro»*.
(2) En el manuscrito de Londres *«ya no le espero»*.

Que del rebelde gitano
Y de la robusta mano
Que quiso oponerse á vos,
Sacastes el pueblo vuestro
Libre de tanto rigor,
Mostrando poder y amor
Al bien y remedio nuestro:
Vos, por quien iba seguro
Por tanta mar desigual,
En canceles de cristal
Que le sirvieron de muro;
Vos, que en áspero desierto
El blanco maná le distes,
Con que la campaña hicistes
De nieve del cielo puerto;
Vos que le distes victorias,
Donde para siempre están
En las piedras del Jordán
Los libros de sus memorias,
Y vos que, para castigo
De sus idólatras pechos,
Habéis postrado sus hechos
Á los pies de su enemigo,
Y humillado á cautiverio
Las cervices levantadas,
Que con heroicas espadas (1)
Ganaron tan grande imperio,
¿Cuándo os habéis de doler
De aquellos mismos que amastes,
Pues á todos obligastes
Á sufrir y á padecer?
¿Cuándo volverá, señor,
Vuestro pueblo á libertad?
¿Cuándo á la santa ciudad,
Á vuestra gloria y honor?
¿Cuándo á vuestro sacro templo
Y al alcázar de Sión,
Para dar desta prisión
Á la sucesión ejemplo?
Doleos, señor, de mí,
Aunque la mínima soy
Del cautiverio en que estoy.

Sale Mardoqueo.

14.

MARDOQUEO.

¡Sobrina!

ESTER.

¿Llámasme?

MARDOQUEO.

¡Sí!
Notable suceso.

ESTER.

¡Ay Dios!

MARDOQUEO.

No te alteres; oye atenta.
Ya sabes el gran convite,
Rëal y espléndida mesa
Que en esta ciudad de Susa,
Hoy la cabeza de Persia,
Ha hecho el gran rey Asuero.

ESTER.

Sí sé, porque tienen della
Noticia los escondidos
Animales en las selvas,
Las aves en altos aires,
Los peces en las arenas.

MARDOQUEO.

Quiso Asuero que Vastí,
Su hermosa mujer, y Reina
De la India y de Etiopia,
Saliese por más grandeza
Á donde la viesen todos;
Mas respondió con soberbia,
Desobedeciendo al Rey,
Por cuya desobediencia
Fué echada de su palacio;
Pero pasada la fiesta,
El Rey, de amor encendido,
Está enfermo de su ausencia;
Los príncipes de su imperio,
Por medicina, aunque nueva,
Mandan en todos sus reinos
Buscar hermosas doncellas,
Para que la que le agrade
Reine en lugar de la Reina.
Egeo, del Rey criado,
Te conoce, y tu belleza
Escrita tiene en la lista.

ESTER.

¿Qué dices, tío?

MARDOQUEO.

No temas;
Que Dios te dará favor,
Porque por tu medio sea
Su pueblo restituído
Á su primera grandeza;
No repliques; que ya sabes
Que debes esta obediencia
Al cielo, porque sin duda
Por ti mi remedio ordena;
Fuera de que no es posible
Que te libres de su fuerza,
Es bien que al cielo y á mí,
Hermosa Ester, obedezcas.
Asuero es rey poderoso,
Nosotros la gente hebrea
Que Nabucodonosor
Trujo cautiva á esta tierra.
Véate el Rey, habla al Rey,
Pero quiero, Ester, que adviertas
Que no has de decir tu patria,
Aunque preguntada seas.
Calla tu pueblo y nación;
Que Dios, de lágrimas tiernas
Destos cautivos movido,
Quiere romper sus cadenas.

ESTER.

¡Ay, Mardoqueo, qué cosas

---

(1) *Pasadas* dice con evidente errata la Parte 15.ª
y hemos rectificado por el manuscrito de Londres.

.n peregrinas me cuentas,
ın nuevas á mis oídos
á mi castidad tan nuevas
ío te espantes si á la cara
salen colores apriesa,
Ventanas en que al peligro
Se asoma nuestra vergüenza.
Yo haré, tío, lo que mandas,
Si dices que Dios lo ordena,
Y ojalá que fuese yo,
Aunque tan indigna sea,
Por quien el pueblo cautivo,
Ya que del todo no vuelva
Á la gran Jerusalén,
Menos castigo padezca.

MARDOQUEO.

La gente suena, sobrina,
Que conduce las doncellas;
Ven, mudarás de vestido
Si te dan lugar que puedas.

ESTER.

¡Inmenso Dios, vuestra soy!
Vuestra grande omnipotencia
Por instrumentos tan flacos
Suele obrar cosas como estas.
Délbora rigió á Israel:
Dadme entendimiento y fuerzas
Para saber agradaros,
Pues que yo os doy la obediencia.

Váyanse, y entre un capitán y dos alabarderos y una caja.

CAPITÁN.

Aunque esta es pequeña aldea,
No dejéis de echar el bando,
Porque en lo que voy buscando
La diferencia se vea;
Y si por la variedad
Es bella naturaleza,
También causará belleza
La mucha diversidad.
Calidad no me ha pedido:
Hermosura pide el Rey:
Ni excede la justa ley
Haber cuidado tenido
De que en toda aquesta tierra
No quede hermosa mujer
De cualquier suerte, sin ser
Fin de su amorosa guerra.

CAJA.

Que sea ó no justa cosa,
Lo que mandas obedezco.

CAPITÁN.

Di, pues, el bien que le ofrezco
Á quien tiene prenda hermosa.

CAJA.

Manda el poderoso rey Asuero, señor del ·iente, que cualquiera persona, de cualquier ··lidad que sea, que tuviere doncella '- manifieste y entregue á los capitanes para este efecto nombrados, que así conviene á su Real servicio; mandase pregonar porque venga á noticia de todos.

Váyase, y entren Sirena, labradora, y Selvagio, villano.

SELVAGIO.

Si me tuvieras amor,
Á fe que tú te escondieras.

SIRENA.

Y si tú amor me tuvieras,
No usaras deste rigor.

SELVAGIO.

¿Rigor es tener temor
De perderte?

SIRENA.

¿Pues no es,
Cuando tan cerca me ves
De ser reina, hacer de modo
Que pierda un imperio todo
Que pone el tiempo á mis pies?

SELVAGIO.

¿Luego entre tantas mujeres
Piensas ser la que le agrade?
¿Cómo no te persüade
El ver cuán rústica eres?
Ser reina, Sirena, quieres
Donde irán tantas señoras;
No señala labradoras
El bando, mas gente igual
Á la corona Rëal,
Que con tu sayal desdoras.

SIRENA.

¿El Rey no está enfermo?

SELVAGIO.

Sí:
Dicen que muere de amor;
Que aun es el daño mayor
Para despreciarte á ti.

SIRENA.

Tú te engañas.

SELVAGIO.

¿Cómo ansí?

SIRENA.

Porque en el monte y el prado
Se halla la hierba que ha dado
Salud, y es más provechosa,
No el clavel, mosqueta y rosa
En el jardín cultivado.
Nunca en palacio se crían
Entre el dosel y el tapiz,
El faisán y la perdiz:
Del campo se los envían;
Cuando al campo se desvían
Á una aldea, á un monte, á un
Los Reyes, es que el cuidado
De la corte los cansó,
Y el árbol les agradó
Más con hojas que dorado;
El más compuesto jardín,
De más cuadros y labores,

La diversidad de flores,
Las paredes de jazmín,
Al principio, al medio, al fin
Del año, una vista ofrece
Que nunca mengua ni crece.
El campo es de más beldad,
Porque por la variedad
Más alabanza merece.
Corren sin arte las fuentes,
Y del monte despeñadas,
Dan á los prados lazadas
De cristalinas serpientes;
Los árboles eminentes
No están por orden plantados;
Allí se ven los ganados,
Allí el pastorcillo canta,
Con los pasos de garganta
Á los arroyos hurtados.
Sale el libre conejuelo,
Desde la hierba al vivar,
Y la liebre suele estar
En cama de campo, al hielo;
Cruzan por el verde suelo
Los tiernos gamos celosos;
Con suspiros amorosos
Gime la tórtola ausente,
Cuando el sol al Occidente
Vuelve sus rayos hermosos;
El pajarillo enjaulado
No causa tanto contento,
Del ciudadano aposento
En los balcones colgado;
La fruta en plato dorado
No agrada como en la rama,
Y así el gusto del Rey llama
Á la ruda labradora
Más que á la grave señora
Y á la bien compuesta dama.

SELVAGIO.

¡Que te haya la vanidad,
Sirena loca, engañado,
Naciendo hierba en el prado,
Á trasplantarte en ciudad!
Cuando al Rey la voluntad
Tú le pudieses mover,
¿Por qué dejas de querer
Lo que del campo encareces?
Pues al palacio te ofreces,
Donde no lo puede haber.
Esa bella compostura,
Sin arte quieres dejar,
Y trasladarte á lugar
De menos varia hermosura;
Goza de la fuente pura
Y del árbol la belleza:
Sigue tu naturaleza,
Pues que dices que es mejor,
Y no desprecies mi amor:
Reinarás en mi firmeza.

SIRENA.

Selvagio, como le agrada
El aldea al cortesano,
Agrada al rudo villano
Ver la techumbre dorada:
La dama de oro cansada (1)
Pardo picote desea,
Y el oro la del aldea:
Truécanse plumas y varas;
Que si en los gustos reparas,
No hay gusto que firme sea;
El casado al libre envidia,
Y el libre envidia al casado;
Quien tiene el mundo abreviado,
Del gobierno se fastidia:
India, Etiopía, Numidia,
No dan á Asuero, en rigor,
Contento, y muere de amor
De que le falta Vastí;
Que siempre decir oí:
Lo que falta es lo mejor.

SELVAGIO.

Tente y advierte, Sirena,
Que me dejas á morir.

SIRENA.

Déjame, Selvagio, ir
Á donde mi suerte ordena;
Que mañana tendrá pena
Alguna reina de amores;
¿Iréis allá labradores?

SELVAGIO.

Aguarda.

SIRENA.

No hay que tratar.

SELVAGIO.

¿Piensas que has de enamorar
Los cetros como las flores?

SIRENA.

Mal sabes las diligencias
De una mujer que pretende.

SELVAGIO.

¿Y si al Rey tu gusto ofende
Y adora ajenas ausencias?

SIRENA.

Volveréme á mis querencias.

SELVAGIO.

Pues en los nidos de antaño
No habrá pájaros hogaño.

SIRENA.

¿Seré yo reina?

SELVAGIO.

Serás
Tan loca, que lo dirás
En llegando el desengaño.

Vase.

Entre el rey Asuero y su gente, y Amán.

ASUERO.

En efeto, la pena se entretiene

(1) En el manuscrito de Londres «*cargada*».

Con tanta variedad, mas todavía,
Vasallos, la memoria á darme viene
Fuertes asaltos con la prenda mía.
Si dicen que el amor remedio tiene,
Cosa que mi experiencia desconfía,
¿En quién está cifrado, en quién se guarda?

ADAMATA.

¿Pues no te pareció Sergia gallarda?

ASUERO.

Su fama me agradó, mas su presencia
No fué á su fama igual.

SELVAGIO.

Bizarra dama
Era Fenicia.

AMÁN.

Mucho más Fulgencia,
Que la sirena del Jordán se llama.

TARES.

Yo presumí que el talle de Laurencia
Volviera en nieve tu amorosa llama.

ASUERO.

Vastí me mata, y sola su hermosura
Es el crisol que mi memoria apura;
Los libros no escribieron medicinas
Siendo la enfermedad amor más fuerte.

AMÁN.

Las pasiones del alma, peregrinas,
El tiempo las consume ó las divierte:
No hay hierbas en Tesalia tan divinas
Que curen al amor.

ASUERO.

Amán, advierte
Que aunque es como morir de una sangría,
Me mata amor mil veces en un día.

Egeo, entre.

EGEO.

Dame tus pies rëales.

ASUERO.

¿Qué hay, Egeo?

EGEO.

Deseo de servirte y de curarte,
Porque ninguno iguala mi deseo,
Y así traigo, señor, que presentarte
La bella Ester, cuya hermosura creo
Que será poderosa á consolarte
Del amor de Vastí, porque es tan bella,
Que tiene el mismo sol envidia della.
No te quiero pintar su rostro hermoso,
Porque son muy groseros mis pinceles:
Á tus ojos remito el milagroso
Juïcio, aunque mirar sin gusto sueles;
Pero en aquesta púrpura y precioso
Marfil, rosas, jazmines (1) y claveles,
Dará lugar Vastí.

ASUERO.

Tanta belleza,
Monstruo será de la naturaleza.
En mi trono Rëal recibir quiero
Tan hermosa mujer; poneos al lado.

Música y acompañamiento y damas, y entre detrás Ester con vestido entero y falda larga (1).

ESTER.

Mi humildad, poderoso rey Asuero,
No es digna de besar tu rico estrado,
Mas la obediencia, por quien ser espero
Admitida en tus ojos, me ha forzado
Á osar ponerme en tu Rëal presencia;
Que el mejor sacrificio es la obediencia.
Supe tu intento y ofrecí mi vida
Y sangre á tu remedio, aunque temiendo
Mi indignidad, que no es tan atrevida
Mi vista, el sol de tu grandeza viendo;
Mas de tus rayos ínclitos vestida,
Como cristal resplandecer pretendo,
Para que el alma que quisieres pongas
Y los sentidos á tu amor dispongas;
Que como el claro sol los montes dora,
Y parecen zafiros y diamantes
Las verdes hierbas que bordó el aurora,
Claras entonces como escuras antes,
Así con la riqueza que atesora
Y alumbra las esferas circunstantes,
Tu presencia Rëal, la humildad mía
Trasladará su noche al mayor día.

ASUERO.

Por el supremo Dios que rige el suelo,
Hermosísima Ester, que no pensara
Que se pudiera hallar fuera del cielo
De hermosura y de luz fénix tan rara;
Das en mirarte celestial consuelo:
Toda memoria en tu belleza para;
Que cual huye del sol la noche escura,
Huye el ajeno amor de tu hermosura.
No sale el sol por el purpúreo Oriente
Más apriesa borrando las estrellas,
Que el de tus ojos y serena frente,
Pues ya desaparecen las más bellas.
Levántate del suelo al eminente
Trono, que ya mejor que todas ellas
Mereces, pues por fin de mis enojos
Hallaste gracia en mis dichosos ojos.
Mas porque el orden justo se prosiga,
Á Ester acompañad, y tenga aparte
El aposento á que su luz obliga,
Pues veis que con el sol términos parte;
Que yo sospecho ya que se mitiga,
Más por naturaleza que por arte
Esta pasión que me abrasaba el pecho;
Amigos, gran servicio me habéis hecho.

---

(1) En vez de «*rosas, jazmines*» dice el manuscrito de Londres «*rojos jazmines*».

(1) «*Falda á lo largo*» dice el manuscrito de Londres.

ESTER.

Tu sierva soy, y tú quien á tu hechura
Levantas de la tierra.

ASUERO.

Esto merece,
Bendita Ester, tu gracia y compostura,
Que en los ojos del cielo resplandece.

AMÁN.

Alaba, hermosa dama, tu hermosura.

ESTER.

Mi alma á Dios alaba y engrandece.

SETAR.

Basta, que amor á más amor se allana.

AMÁN.

Lo que mujer dañó, mujer lo sana.

FIN DEL PRIMER ACTO DE LA HERMOSA ESTER

SEGUNDO ACTO

DE

LA HERMOSA ESTER

HABLAN EN EL SEGUNDO ACTO

MARDOQUEO.	BAGATÁN.	EGEO.
ISAAC.	ESTER.	SELVAGIO.
AMÁN.	SELA.	SIRENA.
TARES.	ZARES, *mujer de Amán.*	VILLANOS.
ASUERO.	MARSANES.	PORTERO, *Bautista.*

ACTO SEGUNDO

Mardoqueo é Isaac, hebreo.

MARDOQUEO.

Llevada, finalmente, Isaac amigo,
La bella Ester al poderoso Asuero,
Halló gracia en sus ojos de tal suerte,
Que preparando á sus mayores príncipes
La fiesta de un convite suntüoso,
La coronó por reina de la India,
Y puso la diadema en la cabeza
De ciento y veinte reinos y provincias.
Con esto y el amor, que siempre crece,
Es dueña Ester de todos sus sentidos,
Por dicha, para bien de los hebreos,
Que lloramos cautivos las memorias
De nuestra amada patria, de la santa
Jerusalén, desde los tristes días
Que venció Donosor á Jeconías.

ISAAC.

¿Y tú no vives, noble Mardoqueo,
Con más honor del que presente veo?

MARDOQUEO.

No he querido que Ester al Rey le diga
Que soy su tío, ni lo sabe alguno
De los persas que viven en su casa,
Ni su nación ni patria le he mandado
Que diga hasta su tiempo.

ISAAC.

Mal has hecho,
Porque con tanto amor, si la supiera,
Para nuestra prisión remedio fuera.

MARDOQUEO.

Diversas cosas va ordenando el cielo
Para bien del cautivo pueblo suyo,
De las que puedes tú pensar agora,
De las cuales Ester será la estrella;
Tiéneme un sueño, Isaac, tiéneme un sueño
Lleno de confusión.

ISAAC.

Pues qué, ¿imaginas
Que no es sueño animal, de los que nacen
De la solicitud del pensamiento?

MARDOQUEO.

Por sobrenatural le temo y siento.
Yo vi romperse el cielo por mil partes
Con horrísonos truenos, y hacer guerra
Uno con otro dos dragones fieros,
Á cuya confusión vi que salían
Dos ejércitos fuertes á batalla
Campal contra los justos inocentes,
Los cuales, viendo la tragedia tristes

De sus amadas vidas, con mil lágrimas
Pidiendo estaban su remedio al cielo.
Entonces una humilde fuentecilla
Iba saliendo con pequeña fuerza,
Pero creció de suerte, que excediendo
Las márgenes floridas con las aguas,
Se vino á hacer un caudaloso río;
El sol salió con mil hermosos rayos,
Y dándoles mil géneros de muertes,
Los humildes vencieron á los fuertes.

ISAAC.

¿Consultaste al Señor sobre este caso?

MARDOQUEO.

Yo pienso que ha de ser para bien nuestro,
Aunque ha de ser por medio de mil penas;
Mas como al sol precede obscura noche,
Así la gloria de las penas sale.

ISAAC.

¿Quién es aqueste?

MARDOQUEO.

Este es Amán, un príncipe
Que preside á los otros, tan soberbio
Con el imperio, que me causa enojos.

ISAAC.

Todos se van hincando de rodillas.

MARDOQUEO.

Yo no, que sólo á Dios hincarlas pienso,
Que no quiero quitar lo que le debo,
Por darlo á la criatura, que bien sabe
El mismo Dios, que no es por ser yo grave.

Acompañamiento, Amán detrás, y alguna gente hincándose de rodillas.

AMÁN.

¿Quién sois vos?

PORTERO.

Yo soy, señor,
De la Audiencia Real portero;
Hacedme aqueste favor.

AMÁN.

Ni agora puedo ni quiero
Servir.

PORTERO.

¡Qué extraño rigor!

AMÁN.

¿Vos quién sois?

SEGUNDO.

Pobre soldado
Que de Numidia ha llegado.

AMÁN.

¿Mejor no fuera servir
Hasta morir, que venir
Á ser ocioso y cansado?
¿Y vos, viejo?

TERCERO.

Yo serví
Á Vastí.

AMÁN.

Ya no hay Vastí.
¿No sabéis que reina Ester?
¿Qué os cansáis en pretender?
¡Hola! Apartaldos de aquí.

Éntrese.

TERCERO.

¡Mal fuego del cielo baje
Sobre tu casa, cruel,
Que tanta soberbia ataje.

Éntrense. Quede Mardoqueo é Isaac.

MARDOQUEO.

No pienso, Dios de Israel,
Hacer á tu culto ultraje.

ISAAC.

Yo la rodilla le hinqué
Con temor.

MARDOQUEO.

Yo, sin temor,
Quedé cubierto y en pie.

ISAAC.

No he visto tanto rigor.

MARDOQUEO.

¡Qué cruel!

ISAAC.

Mucho lo fué.

MARDOQUEO.

Bienaventurado sea
Quien en hacer bien se emplea,
Y al pobre muestra piedad.

ISAAC.

Voyle á ver por la ciudad.

Vase.

MARDOQUEO.

Quien le estimare, le vea.

Mardoqueo solo.

Dios de mis padres, no es soberbia mía
No me rendir á Amán, tan arrogante
Como Nembrot, aquel feroz gigante
Que escalar vuestros cielos pretendía:
Introdújose así la idolatría;
No es bien que con el culto se levante,
Debido á quien no tiene semejante,
Quien no tiene poder seguro un día.
Vos sois la majestad á quien debida
Es nuestra adoración, y por quien vierte
Sangre en las aras donde sois servida.
Nadie con vos es poderoso y fuerte;
Que como sois el dueño de la vida,
También tenéis el cetro de la muerte.

Bagatán y Tares.

BAGATÁN.

Paréceme que es mejor
Que le matemos de hecho.

TARES.
Tengo á la guarda temor.

BAGATÁN.
Que te ayudarán sospecho,
Conociendo tu valor;
Que aunque allí se escandalicen,
Mil príncipes has de hallar
Que nuestra hazaña autoricen.

MARDOQUEO.
Éstos tratan de matar.
¡Válame Dios! ¿Á quién dicen?

TARES.
El ser el Rey tan amado
Pone á mi temor cuidado;
Que no el rigor de la ley.

MARDOQUEO.
¡Basta! ¿Qué dicen al Rey?

BAGATÁN.
Habla, Tares, recatado.

TARES.
¡Que siempre á la puerta veo
De palacio, ocioso y grave,
Este porfiado hebreo!

BAGATÁN.
¿Qué pretende?

TARES.
No se sabe.

BAGATÁN.
Echarle de aquí deseo.
¿Guardaste la carta?

TARES.
Sí,
En el pecho la escondí.

BAGATÁN.
Si nos oyó.....

TARES.
No lo sé.

BAGATÁN.
Espera, y yo lo sabré.
¿Qué buscas, amigo, aquí?

MARDOQUEO.
Escribo historias, y vengo
Á ver del Rey las grandezas
Por afición que le tengo,
Que no pretendo riquezas,
Ni en pretender me entretengo.

BAGATÁN.
Según eso, bien oirías
Lo que tratamos del Rey
Y sus grandes monarquías.

MARDOQUEO.
Yo tengo siempre por ley
Pensar en las cosas mías.
Miraba aquestas colunas
Corínticas, aunque son
Dóricas también algunas,
Y desta puerta el blasón,
Estos soles y estas lunas.
Lo que tratáis me decid,
Para que lo escriba, amigos,
Y esa historia me advertid.

BAGATÁN.
Buscad mejores testigos,
Ó más despacio venid;
Que estamos de prisa agora.

MARDOQUEO.
Pues guárdeos el cielo.

TARES.
Adiós.

Vanse.

MARDOQUEO.
El cielo, que nada ignora,
Hoy castigará á los dos
Con su mano vengadora.
Ester sale á su jardín;
Notable ocasión de hablalla
Y estorbar del Rey el fin.

Ester y Sela, y las damas que puedan.

SELA.
Hablan las fuentes y calla
El viento en este jazmín,
Y así mejor estarás
Debajo de aquellas murtas.

ESTER.
Pues vamos solas no más.

SELA.
Pienso que á las flores hurtas
La hermosura que les das.

MARDOQUEO.
¿Podráte hablar Mardoqueo?

ESTER.
Aparte puedes hablarme.

Retírense.

MARDOQUEO.
¡Sobrina!

ESTER.
¡Tío!

MARDOQUEO.
Deseo
Darte un aviso.

ESTER.
Engañarme
Pudo en tu voz el deseo;
Más quisiera que dijeras
Un abrazo que un aviso.

MARDOQUEO.
Ester, si sola estuvieras,
Ni yo estuviera remiso,
Ni tú de mi sangre huyeras;
Soy tu padre, aunque tu tío.

ESTER.
Eres el amparo mío.

MARDOQUEO.
Al Rey quieren darle muerte.

ESTER.
¡Al Rey, tío! ¿De qué suerte?

MARDOQUEO.
Todo el remedio te fío;
  Á Bagatán y Tarés,
Porteros del Rey, lo oí;
Dilo al Rey, porque después
Me premie el aviso á mí
Y algún descanso me des.

ESTER.
  Pues puédese averiguar?

MARDOQUEO.
Di que los miren el pecho.

ESTER.
El Rey me viene á buscar.
Vete, y vete satisfecho,
Que Dios te quiere ensalzar.

Váyase Mardoqueo.

Sale el Rey, Amán, Tares, Bagatán y otros.

[illegible]
  Señor mío.....

ASUERO.
  Bella Ester,
Ya deseaba saber
Cómo te hallabas sin mí.

ESTER.
¿Cómo se ha de hallar sin ti
Quien de ti recibe el ser?
  Como están del sol ausentes
Sin luz las cosas, estoy
En no teniendo presentes
Esos ojos de quien soy,
Si tanto bien me consientes;
  Y estoy como está la esclava
Honrada de su señor,
Á quien adora y alaba.

ASUERO.
Basta, que comienza amor
Adonde otro amor acaba.
  ¡Oh, cuánto te debo, Ester!

ESTER.
Tanto, que envidia he tenido
De quien hoy me dió á entender.....
Mas llega un poco el oido.

AMÁN.
¡Secreto! ¿Qué puede ser?
  Mas de su amor hablarán,
Que tan rendidos están,
Que no descansan un punto.

ASUERO.
Por los que son te pregunto.

ESTER.
Son Tares y Bagatán.

ASUERO.
  ¡Tares!

TARES.
  ¡Señor!

ASUERO.
  Muestra el pecho.

TARES.
  ¿Para qué, señor?

ASUERO.
  Aparta.

TARES.
¡Cielos! Mi muerte sospecho.

ASUERO.
¿Qué carta es esta?

TARES.
  No es carta,
Ni escritura de provecho.

ASUERO.
  Lee, Amán.

TARES.
  Oye, señor.

ASUERO.
No hay que oir.

ESTER.
  ¡Calla, traidor!

AMÁN.
La carta trata tu muerte.

ASUERO.
¿Cómo dice?

AMÁN.
  Desta suerte.

BAGATÁN.
Helado estoy de temor.

Lea Amán.

«Ya estamos determinados de matar al rey, Bagatán y yo, para el día que nos aviséis; por eso estad apercibidos á nuestro amparo, y á lo demás que sabéis. Guárdeos el cielo, y dé á nuestra hazaña valerosa el suceso que todos deseamos.»

ASUERO.
  ¡Hay semejante traición!
Lleva estos hombres, Amán,
Que me obliga la razón
Á que mis manos.....

AMÁN.
  No harán;
Que dellas indignos son.
  Esclavos, viles, villanos,
¿En el Rey poner las manos?
¿Quién los cómplices han sido?
¿Cómo habéis enmudecido?
¡Por los cielos soberanos,
  Que os la pienso dar tan fuerte,
Que quede al mundo memoria
De vuestra inaudita muerte!

TARES.
Envidia fué de tu gloria;
Que fuiste la causa advierte.

AMÁN.
  Caminad.

ASUERO.
  ¿Quién te contó

Vanse.

De aquestos el mal deseo?

ESTER.
Un hebreo me avisó.
ASUERO.
¿Y es su nombre?
ESTER.
¡Mardoqueo!
ASUERO.
Tengo por costumbre yo
Escribir servicios tales
En mis historias y anales,
Para darles galardón
En llegando la ocasión.
ESTER.
Beso tus manos rëales;
Que la merced que le hicieres,
Estimo como las mías.
ASUERO.
¡Hola!
ADAMATA.
¡Señor!
ASUERO.
Si escribieres
Los servicios destos días,
Tú que después los refieres,
Pon que me dió Mardoqueo
Vida, y con noble deseo
Desta traición me libró.
ADAMATA.
Voy á escribirlo.
ASUERO.
Si yo (1)
Tan cuidadosa te veo
De mi vida y mi salud,
¿Cómo, Ester, á tu virtud
No he de rendir cuanto soy?
ESTER.
Hasta que mueran estoy
Con temerosa inquietud.
ASUERO.
Pues alto, mátenlos luego.

Entre Amán.

11.
AMÁN.
Confiesan tantas maldades,
Que es poco cuchillo y fuego.
ASUERO.
No hay cosa en que no me agrades.
ESTER.
Que mires por mí te ruego.
ASUERO.
¿Cómo?
ESTER.
En mirar por tu vida.
ASUERO.
Ven á ver, Ester querida,
Estas fuentes, donde hablemos
Deste peligro.

Tómela de la mano y váyanse.

12.
AMÁN.
¡Qué extremos!
Casi á envidiarlos convida;
Pero con justa razón,
Por su gracia y hermosura,
La tiene el Rey afición.

Marsanes y Mardoqueo entren.

13.
MARDOQUEO.
¡Qué temeraria locura!
MARSANES.
Poco estarán en prisión.
MARDOQUEO.
¿Que al Rey quisieron matar?
MARSANES.
Desto te puedo informar,
Que lo demás no lo sé;
Aquí está Amán.
MARDOQUEO.
Y yo en pie,
Que no me pienso humillar.
MARSANES.
Mira que es notable error.
MARDOQUEO.
Sólo al Supremo Señor
Pongo la rodilla en tierra;
Quien le da á los hombres, yerra:
Sólo es Dios digno de honor.

Váyase.

14.
AMÁN.
¿Quién es el que sale allí?
MARSANES.
¿Aquél, señor? Un hebreo.
AMÁN.
¿Pues cómo se ha estado así?
MARSANES.
Porque tan libre le veo
Siempre delante de ti.
AMÁN.
Parece que lo he notado
Que en pie y cubierto se ha estado:
Que entre ó salga, y en su ley
No se dirá que á un virrey
No respete el más honrado.
MARSANES.
De tal manera le hallo
Mil veces en tu presencia,
Que él es el rey, tú el vasallo,
Porque á ti te reverencia
Lo mismo que á tu caballo;
Y como nunca se quita
De la puerta, es muy notado.
AMÁN.
La espada y el brazo incita.

(1) La parte 15.ª dice «*y yo*». Preferimos la lección del manuscrito.

MARSANES.

El mismo mármol helado
Adonde se arrima, imita.

AMÁN.

Á no ser descompostura
De un príncipe soberano
Poner en tan vil criatura
La espada noble y la mano,
Que el sol derribar procura,
Fuera y le hiciera pedazos,
Ensangrentando las puertas
Con la boca á faltar brazos;
Mas á bajezas tan ciertas
Convienen vigas y lazos.
¡Á mí, que al salir de Oriente
El sol se humilla á mi frente!
¡Á mí, sin cuya licencia
No hace del mundo ausencia
Ni da la vuelta á Occidente!
¡Á mí, que si quiero, al suelo
Haré humillar las estrellas
Y los planetas del cielo,
Y que puedo andar sobre ellas
Y hacer pedazos su velo!
¡Á mí, de quien tiembla agora,
Desde el Gange hasta el Jordán,
Cuanto el sol ilustra y dora!
¡Al Virrey, al rey Amán,
De cuanto mira el aurora!
¡Á mí, que en amaneciendo
Cantan mil himnos las aves,
Hasta las fuentes riendo
Van por arroyos suaves,
Sólo mi nombre diciendo!
¡Á mí, un triste, un vil hebreo!
Ahora bien; mayor venganza
Que en su vida hacer deseo;
Que una vida poco alcanza
Á las ofensas que veo:
El Rey es, que ha dejado
Á Ester. ¡Notable ocasión!

MARSANES.

Con razón te has enojado.

AMÁN.

Es el respeto razón
De toda razón de Estado.

Asuero entre.

ASUERO.

¿Ejecutóse el mandamiento mío?

AMÁN.

¿Cuándo no se ejecuta lo que mandas?
Mas si he de hablarte como es justo y debo,
Ó tú tienes la culpa, ó la han tenido
Muchos que te gobiernan y aconsejan.

ASUERO.

Pues, ¿qué remedio, Amán, tomarse puede
Para que nadie contra un rey conspire
En tanta multitud de pensamientos?
Dirás que ser temido y ser amado.

AMÁN.

No puede un rey de todos ser temido
Ni amado, sino intenta que en sus reinos
No vivan los extraños de sus leyes.

ASUERO.

¿Quién tengo yo de quien temerme pueda?

AMÁN.

Los hebreos que trajo de Judea
Nabucodonosor, no te obedecen.
Lo primero, no adoran á tus dioses,
Porque al Dios de Abraham y de sus padres
Sacrifican en altos holocaustos
La blanca oveja y el dorado toro;
Éstos pervierten los demás vasallos,
Éstos hacen mil fieros latrocinios,
Y destos nace quien desea tu muerte.

ASUERO.

¿Y los hebreos viven de esa suerte?

AMÁN.

Viven menospreciando tus decretos,
Tus virreyes, tus cónsules y príncipes;
Destrúyelos, señor: manda que mueran,
Y daréte de plata diez talentos,
Que tu tesoro y arcas enriquezcan.

ASUERO.

Escribe provisiones luego al punto
Á todas las ciudades de mis reinos,
Para que mueran todos en un día;
Mi anillo es éste, toma, y los talentos
Cóbralos para ti; que no los quiero.

Váyase el Rey.

AMÁN.

¡Viva mil años el divino Asuero!
Marsanes, esto es hecho; vengan luego
Correos que dilaten estas nuevas
De la India á Etiopía.

MARSANES.

Escribe presto
Un decreto del Rey, y fijaréle
En la puerta mayor deste palacio,
Para que el miserable Mardoqueo
Vea si es bien que humille la cabeza
Á los virreyes del divino Asuero.

AMÁN.

Humillarála presto sin el cuerpo
Y bañaráse en sangre de su infame
Progenie, porque en Susa irá corriendo
Como en las tempestades los arroyos.

MARSANES.

Así tendrán respeto los villanos.

AMÁN.

Yo quedaré vengado del desprecio;
Que á un hombre que respetan las estrellas,
No le querer tener un vil, un loco,
Parece que es tener al cielo en poco.

Salga Selvagio.

SELVAGIO.

Aves que por el viento

Esparcís vuestras quejas amorosas
Con regalado acento,
Ó ya favorecidas ó celosas,
Ó en árboles tejidos,
Principio dais á vuestros dulces nidos:
  Líquidos arroyuelos,
Que rompiendo los vidrios cristalinos
De vuestros blancos velos,
Enamoráis los valles convecinos,
Que de vuestros amores
Engendran plantas y producen flores;
  Tosco ganado mío,
Que en asomando el sol por su ventana
Á enjugar el rocío,
Por estas zarzas la enhetrada lana
Dejáis, saltando al prado,
De azules campanillas matizado.
  Fuése por arrogante
Aquella fiera, vuestro dueño y mío;
Quedé como el amante
Que á la ribera del ardiente río
Templó la infernal ira
Sobre los trastes de su dulce lira.
  Naciendo en pobre aldea,
Á ser reina se fué, ¡qué gran locura!
Mas ¿quién habrá que sea
Cuerda, si su gracia (1) y hermosura
La alaba el que suspira,
Ó la engaña la fuente en que se mira?
  Partióse, y del ganado
Olvidada, se opuso á la corona,
Que el cetro y el arado,
La que ni al Rey ni al labrador perdona,
Sólo juntar solía;
Mas quiérela imitar la ingrata mía.

Entre Sirena.

SIRENA.

  Por estos hermosos valles,
Si es bien amor que te acuerdes,
Donde estos álamos verdes
Eran toldos de sus calles;
  Por las márgenes nevadas
Desta fuentecilla fría,
Llevar Selvagio solía
Sus ovejuelas peinadas:
  ¡Oh, hele allí! Dulce ausente
De estos ojos, ¿podré darte
El parabién de abrazarte
Con la risa desta fuente?
  ¿Podré colgar de tu cuello
Esta memoria por joya?

SELVAGIO.

Podrás abrasar á Troya
Sólo encendiendo un cabello;
  Que ya tu voz regalada,
Al alma por el oído
Pasó, venciendo en sonido
Esta fuente delicada.
  Mas como el convaleciente
Que enfermó de fruta hermosa
Aunque en la rama frondosa
La ve colgar dulcemente,
  De tocalla se desvía
Por no volver á enfermar,
No me atreveré á tocar
Lo que enfermarme solía.
  ¿Cómo vuelves? ¿Cómo estás?
¿De dónde vienes? ¿Qué tienes?
¿Cómo de palacios vienes
Y por estos prados vas?
  ¿Qué traje es este, grosero?
¿Las reinas andan ansí?

SIRENA.

¡Burlas Selvagio de mí,
Sin abrazarme primero!
  ¿Así das el parabién
De nuestra ausencia á tu amor?

SELVAGIO.

Yo te agradezco el favor
Y la memoria también,
  Mas á las reinas que han sido
No está bien tratar de amores
Con los rústicos pastores
Ni deslustrarse el vestido;
  Tú vienes ya como zarza:
Yo, como de lana soy:
Temo, si el pecho te doy,
Que en tus espinas se esparza:
  Vuelve, Sirena, á reinar:
Deja el prado y el aldea.

SIRENA.

¡Bien tratas quien te desea,
Porque te viene á buscar!

SELVAGIO.

  ¿Tú á mí, después que del Rey
Habrás sido despreciada,
Porque Ester sola es amada
Por matrimonio y por ley?
  ¿Tú á mí, de quien al partirte,
Una palabra amorosa
No te escuché, ni ya es cosa
Puesta en razón el servirte,
  Porque el estilo de corte
Que traes en los oídos,
En nuestros rústicos nidos
No hallará pluma que corte?
  Vuélvete á reinar, Sirena:
Deja nuestra soledad
Que viva sin voluntad,
Que es como vivir sin pena;
  Que te aseguró de mí
Que en extremo te quería
En tanto que no te vía,
Y no después que te vi.

SIRENA.

  Antes el ver lo que he sido
Te pone en obligación

(1) *Grandeza* dice el manuscrito de Londres.

De que dobles la afición
Que dices que me has tenido;
Que traigo más calidad
De la que de aquí llevé.

SELVAGIO.

Esa calidad, yo sé
Que ofende la voluntad;
Acuérdate que te dije
Lo de los nidos de antaño.

SIRENA.

¡Oh, cuánto igual desengaño
Nuestra condición aflige!
Mira, Selvagio, que tengo
Con qué poder regalarte.

SELVAGIO.

Empléalo en otra parte.

SIRENA.

Mira que á buscarte vengo.

SELVAGIO.

Sirena no cantes más,
Porque tengo condición
Que no ha de haber posesión
En mi esperanza jamás;
Dueño tuviste, y es sueño
Pensar que me has de agradar;
Que basta para olvidar
Imaginar otro dueño.

Vase.

SIRENA.

Bien merezco este desdén,
Pues que con vana locura,
Si lo violento no dura
Quise hacer violencia al bien;
Yo tengo castigo igual:
Mi soberbia le merece,
Porque nada permanece
Fuera de su natural.
Por el buitre que volaba,
Mi pajarillo dejé,
Pero yo le ablandaré
La condición fiera y brava;
No me da mucha fatiga
Por más que volar presuma;
Que los hombres son de pluma,
Y las mujeres de liga.

Váyase, y entre Ester, y Sela, y Egeo.

ESTER.

¿Eso ha hecho Mardoqueo? (1)

EGEO.

Desta manera le vi

ESTER.

¿Con saco?

EGEO.

Señora, sí.

ESTER.

Saber la causa deseo.

EGEO.

No sé más de que ha rasgado
Con gran dolor sus vestidos,
Y por todos sus sentidos
El vivo dolor mostrado.
La cabeza se ha cubierto
De ceniza.

ESTER.

¡Extraña cosa!

SELVAGIO.

Sin duda es dificultosa
De remedio.

ESTER.

Y es muy cierto;
Porque tal demostración
No la hiciera sin gran causa.

EGEO.

Pon á las sospechas pausa;
Que yo sabré la razón.

ESTER.

Con saco ninguno puede
Por ley en palacio entrar:
Ropa le quiero enviar
Para que adornado quede;
Toma la más rica, Egeo,
Que puedas hallar.

EGEO.

Ya voy.

ESTER.

¡Ay, Sela! ¡Confusa estoy!

SELA.

¿Qué te importa Mardoqueo?

ESTER.

Téngole alguna afición
Desde aquel dichoso día
Que al Rey, que es vida en la mía,
Descubrió aquélla traición.
Vamos, que en aquellas rejas
Le veré, si acaso está
En la puerta, ó me podrá
Decir el viento sus quejas.
¡Toda estoy muerta! ¿Qué haré?

SELA.

¿Qué te va en este hombre á ti?

ESTER.

Pues que yo lo siento así,
¡Triste de mí, yo lo sé!

SELA.

El Rey te adora: imagina
Que cuanto quieras podrás.

ESTER.

Á otro Rey que importa más,
Mi alma su llanto inclina.
Que si no es que amando ye
En esta imaginación,
Saco y ceniza no son
Menos que muerte y destierro.

Vase.

---

(1) Falta este verso en la parte 15.ª

ardoqueo entre con un saco, y Egeo con una ropa.

MARDOQUEO.

No tienes que persuadirme.
Vuélvele, amigo, la ropa;
Que esta desdicha no topa
En adornarme y vestirme.

EGEO.

La causa es justo decirme
De tanta melancolía,
Para que á la Reina mía
Se la cuente por los dos.

MARDOQUEO.

¡Ay de ti, pueblo de Dios,
Si no lloras noche y día!

EGEO.

¿Qué le tengo de decir?

MARDOQUEO.

¡Déjame, amigo, llorar!

EGEO.

Bien la pudieras hablar
Si te quisieras vestir.

MARDOQUEO.

Estoy cerca de morir.
¡Déjame!

EGEO.

¡Extraña porfía!
Voyme.

MARDOQUEO.

¡Ay, justa pena mía!

EGEO.

Bien fuera hablaros los dos.

Váyase Egeo.

MARDOQUEO.

¡Ay de ti, pueblo de Dios,
Si no lloras noche y día!
¡Oh, mísero pueblo hebreo!
Hoy vuestros ojos verán
Triunfar el soberbio Amán
Del humilde Mardoqueo.
Lejos el remedio veo,
Sino es que el cielo le envía
Para vuestra dicha y mía,
Ester divina, por vos.
¡Ay de ti, pueblo de Dios,
Si no lloras noche y día!
¿Á quién volveré la cara?
¡Señor, si estáis ofendido,
Por nuestras culpas ha sido,
Que otra cosa no bastara!
Dejad un poco la vara
Que rayos al mundo envía;
Pero si la profecía
No mueve piedad en vos,
¡Ay de ti, pueblo de Dios,
Si no lloras noche y día!

EGEO.

La Reina, con gran dolor,
Te envía á decir por mí
Que por qué lloras así
Y no admites su favor.
Mira que es mucho rigor
Negarle cosa tan justa.

MARDOQUEO.

Pues saber la Reina gusta
La causa, en este papel
La puede ver, y por él
Sabrá si es justa ó injusta.
Á la puerta se ha fijado
De palacio aqueste edito;
No porque della le quito,
Sus letras solas traslado.
El rey Asuero ha mandado,
Por consejos deste Amán,
Que los hebreos que están
En su tierra, que en decillo
Tiemblo, pasen á cuchillo:
Ya el día esperando están.
¿No escuchas el llanto triste
De hombres, niños y mujeres?
Pues si esto escuchas, ¿qué quieres?
¿Por qué la Reina me viste?
Diré que si no resiste
Á Amán y al Rey, y le ruega,
Su espada de un golpe siega
Todos los cuellos que ves;
Dile que se eche á sus pies,
Pues ningún favor le niega.

EGEO.

Es ley que no pueda entrar
Ni aun la Reina á hablar al Rey,
Pena de la vida, y ley
Que primero ha de llamar;
Pero si entra, y da á besar
El Rey el cetro, es que quiere
Que viva; mas nadie espere
Hallar tanta gracia en él.

MARDOQUEO.

Llévale, amigo, el papel;
Que ella hará lo que pudiere.

EGEO.

Voy, aunque sé que ha de ser
Imposible que le hable.

Váyase Egeo.

MARDOQUEO.

Á tu sangre miserable
Da remedio, hermosa Ester;
Que aunque es verdad que mujer
Fué causa de muchos males,
Yo sé que en mujeres tales
Puso Dios nuestro remedio,
Y que las toma por medio
Para el bien de los mortales.
Si á la que es mala condeno,
La buena me satisface;
Que de víboras se hace
Triaca para el veneno.
Vaso de virtudes lleno

Fué Sara, Rebeca y Lía,
Raquel, Thamar y María,
Hermana del gran Moisés,
La que cantaba después
Que Israel del mar salía;
Rahab, Débora y Jahel,
Ilustres mujeres son,
Y la madre de Sansón,
Con Ana la de Samuel,
Rut y Abigail fiel,
Abela y la de Tobías,
Judich, que casi en mis días
Quitó la vida á Holofernes
Porque á su ejemplo gobiernes,
Ester, las desdichas mías.

EGEO.

Grande sentimiento ha hecho
La Reina con el papel,
Y á la muerte más cruel
Por tu bien ofrece el pecho;
Que al Rey hablará, sospecho,
Pero dice que ayunéis;
Que ella hará lo mismo allá.

MARDOQUEO.

Los pies, amigo, me da.

EGEO.

Gran enemigo os aflige:
Todo á la Reina lo dije:
Triste por extremo está.
Ten, Mardoqueo, esperanza
En lo que la quiere el Rey,
Aunque más rompa la ley.

MARDOQUEO.

Eso me da confianza.

EGEO.

Mucho una lágrima alcanza
Que se cae de unos ojos
Hermosos, en los despojos
De un rendido corazón.

MARDOQUEO.

Su gracia y su discreción
Sabrán templar sus enojos.

EGEO.

Vete y recibe consuelo.

MARDOQUEO.

Avisar quiero que todos
Lloren, y de varios modos
Suba nuestro llanto al cielo.

EGEO.

Que el Rey se acerca recelo.

MARDOQUEO.

Voyme, que si Ester porfía,
Vencerá, mas si la envía
Sin consuelo de los dos (1)
¡Ay de ti, pueblo de Dios,
Aunque llores noche y día!

El Rey y Amán.

ASUERO.

Deseo favorecerte.
¿Quieres otra cosa, Amán?

AMÁN.

Adorarte, obedecerte.

ASUERO.

¿Cuándo á los hebreos dan
Justa y merecida muerte?

AMÁN.

Presto, señor, llega el día.

ASUERO.

¿Hay, Egeo, alguna cosa?

EGEO.

El llanto que al cielo envía
Esta gente lastimosa.

AMÁN.

¡Oh, justa venganza mía!

ASUERO.

¿Mataron á Bagatán
Y á Tares?

EGEO.

Muertos están
Por su delito, y sembradas
Sus casas de sal.

ASUERO.

¡Qué honradas
Hazañas! Siéntate, Amán.

AMÁN.

Beso tus pies, aunque indino
De estar de tu trono al lado.

ASUERO.

Mucho á quererte me inclino.

EGEO.

La Reina á verte ha llegado.

AMÁN.

Sin licencia es desatino.

Ester con un rico vestido y corona en la cabeza y criadas.

ESTER.

Á tus pies, Rey soberano,
Se humilla esta sierva tuya.

Alargue el cetro y bésele Ester.

EGEO.

Alargó el cetro y la mano,
Señal de la gracia suya;
Miróla con rostro humano.

ASUERO.

Por mis dioses, bella Ester,
Que sólo cuando te veo
Conozco mi gran poder,
Porque excedes al deseo
Que no hay más que encarecer;
Gracia has hallado en mis ojos,
Ester, con los tuyos bellos,
Que me quitan mil enojos.

(1) En el manuscrito de Londres se lee así este verso:
Sin consuelo ¡ay de los dos!

ESTER.
Si hallé, señor, gracia en ellos,
Es porque son tus despojos.
ASUERO.
¿Qué quieres? ¿Á qué has venido?
¿Quieres algo? Pide, Ester:
Pide á un Rey que no ha tenido
Desde que te vió, querer
Más que de haberte querido;
No temas, que tardas más
En pedir que en concederte.
ESTER.
Pues que licencia me das
Y tu grandeza me advierte
Que tan de mi parte estás,
Hazme una merced, señor:
Que hoy comas conmigo.
ASUERO.
Harélo,
Y lo tendré por favor.
ESTER.
Mil años te guarde el cielo.
AMÁN.
¡Notable muestra de amor!
ESTER.
Otra merced me has de hacer.
ASUERO.
Pide, bellísima Ester;
Tus dudas pena me dan.
ESTER.
Que hoy tu presidente Amán
Con los dos ha de comer.
ASUERO.
Como sabes que le quiero,
Favorécesle por mí:
Vamos que el convite espero.
ESTER.
¿Irá Amán?
ASUERO.
Señora, sí.
ESTER.
¡Viva el poderoso Asuero!

Váyanse Rey y Reina y Egeo.

AMÁN.
¿Hay más honra, hay más favor?
¡Con la Reina he de comer
Y con el Rey mi señor!
¿Qué puedo más pretender?
Los dos me tienen amor:
Á contarlo quiero ir
Á Zares, mi bella esposa,
Y mis galas prevenir,
Que el contento es justa cosa
Con el amor dividir.

Mardoqueo entre.

¿Quién es este mal vestido?
¡Vive Dios, que es el hebreo,
Que la sentencia ha sabido!
Gracias al cielo que veo
Este villano rendido;
Sin duda me viene á hablar,
Pues ya no importa llorar.

Pasa Mardoqueo por delante de él.

¡Oigan, el necio arrogante
Cómo pasa por delante!
¡Aun no se quiere humillar!
Tendré en esto sufrimiento;
Estoy por sacar la espada.

Vuelve á pasar.

¡Oigan, con qué atrevimiento
Vuelve á pasar! ¡Mano airada,
¿Qué aguardas? Pero ¿qué intento?
¿Yo he de ensangrentar la mano
En un miserable hebreo?

Vuelve á pasar.

¿Otra vez pasa el villano?
Que es loco sin duda creo,
Y ser temerario es llano;
Vese cerca de morir
Y al jüez no reverencia,
Ni aun en él quiere advertir;
Pasearse en mi presencia,
¿Cómo se puede sufrir?
Ya se va sin hacer caso
Más de mí que destas puertas,
Mano sobre mano y paso
Sobre paso: muestras ciertas
De loco: mas yo me abraso.
¿Hay tal cosa que una hormiga,
Que una mosca miserable,
Me desprecie y contradiga,
Que me vea y no me hable?
Yo sentencio y él castiga.
Parece que yo he de ser
El muerto, y él el que hoy
Ha de comer con Ester.
Con el Rey á comer voy:
Sin gusto voy á comer.
Culpa del daño que veo
Tiene esta guarda bisoña.
Comer con el Rey deseo;
Todo lo vuelve ponzoña
La araña de Mardoqueo.
Zares, mi mujer, es ésta:
Marsanes, mi grande amigo,
Debe de saber la fiesta;
Pero si hay fiesta en castigo,
Tengo para mí que es ésta.

Zares y Marsanes; Zares es mujer de Amán.

¿Sabéis ya cómo al convite
Que Ester, nuestra Reina hermosa,
Previene al Rey, me ha llamado?

ZARES.

Egeo lo dijo ahora,
Y Marsanes me traía
Nueva, esposo, tan dichosa.

MARSANES.

Tu persona lo merece,
Pues es segunda persona
Del Rey en todo el Oriente.

AMÁN.

El favor pienso que sobra
Al oficio, mas también,
Si mi amor no me apasiona,
Aunque es grande esta merced,
Es á mis méritos corta.

ZARES.

Bien es que pienses de ti
Y tu sangre generosa
Eso que dices, mas mira,
Amán, que tu dicha sola
Llegar á tan gran fortuna,
Pues hoy quieren que le pongas
Un clavo de oro á su rueda
Cuando con los Reyes comas.

MARSANES.

Ingratitud me parece
Que estés triste, pues hoy cobras
Famoso nombre en la Persia,
Y del ocaso á la aurora:
¿Ya que te puede faltar,
Sino poner la corona
Del rey Asuero en tu frente?

ZARES.

Si te ha parecido poca
Esta merced, ¿á qué aspiras?

AMÁN.

No tengo, querida esposa,
Y tú, mi amigo Marsanes,
Esta por pequeña gloria;
Pero ¿veis en el estado
Que la fortuna coloca
Mi dicha? ¿veis los favores
Que las manos generosas
De Rey y Reina me hacen?
Pues todo me da congoja
Respecto de ver un hombre
Que me sigue como sombra,
Pues en ver que me desprecia,
Cuanto bien tengo me enoja.

MARSANES.

¿Es acaso Mardoqueo?

AMÁN.

Tal esa fiera se nombra;
Pues cuando los capitanes
Y los príncipes se postran
Á mis pies, él no me mira,
Antes por empresa toma
Pasearse en mi presencia;
Y cuando mil almas lloran
De la sentencia que he dado,
No sólo el perdón negocia,
Pero hace el caso de mí
Que el viento de secas hojas.
¿No habéis visto un perro humilde,
Que con lengua ladradora,
Alrededor de un mastín
Pretende que huya y corra,
Y que el mastín se está quedo,
Y apenas abre la boca,
Como que ni ve ni siente
Que la cabeza le rompa?
Pues pensad que Mardoqueo
Es este mastín. ¿Qué importa
Que yo le ladre y sentencie,
Que ni las rodillas dobla,
Ni aun humilla la cabeza?

MARSANES.

Esa culpa tuya es toda.
Quiérote dar un consejo
Para que mejor dispongas
Tu gusto al Rëal convite.

AMÁN.

¡Cómo!

MARSANES.

Haz que dentro de una hora,
De cuarenta pies en alto,
Labre tu guarda una horca
Tan enfrente de palacio,
Que la Reina tu señora
Y el Rey, estando comiendo,
La puedan ver, y que pongan
Les ruega en ella al hebreo,
Para que muera sin honra,
Y comas con gusto tú.

ZARES.

Si á los Reyes, que te adoran,
Les pides esa merced
Tan humilde y vergonzosa,
¿Cómo la podrán negar?

AMÁN.

Bien decís; mucho me exhorta
Vuestro discreto consejo;
Allí veré si me topa
Y no humilla la cabeza;
Que no es justo que interrompa
Un villano mal nacido,
Adonde con blancas ondas
Riega el Jordán á Samaria,
Las dichas de quien ahora,
Para ser rey del Oriente
Lleva la fortuna en popa.
Voy á que pongan las vigas,
Porque villanos conozcan
Qué respeto se les debe
Á las doradas coronas;
Que no hay oro, seda y telas,
Granas tirias, persas joyas,
Gobiernos, reinos, imperios,
Mesas, deleites, aromas,
Que causen tanta gloria
Como vengar agravios de la honra.

FIN DEL SEGUNDO ACTO DE LA BELLA ESTE[R]

TERCER ACTO

DE

LA HERMOSA ESTER

HABLAN EN EL ACTO TERCERO

Asuero. . . .	*Rey.*	Zares.	*La S.ª Ju.ª*
Amán.		Adamata.	
Egeo.	*Vicente.*	Tarses.	
Mardoqueo. . .	*Toledo.*	Ester.	
Marsanes. . .	*Antonia.*	Dos Músicos.	

Rey Asuero y gente.

ASUERO.

Toda la noche he pasado
Sin dormir.

EGEO.

¡Extraña cosa!
¿Ha sido por calurosa,
Ó en razón de algún cuidado?

ASUERO.

Cuidado y desvelo ha sido
De materias diferentes,
Que á la memoria presentes
No permitieron olvido.

EGEO.

Por eso al fin de sus leyes
Un filósofo decía,
Gran señor, que no sabía
Cómo dormían los reyes;
Es la imagen un pastor,
Que de noche desvelado,
Tiene más vivo el cuidado
Y más despierto el favor.

ASUERO.

Dadme el libro y las historias
De los servicios anales.

EGEO.

Cuando á tus manos Rëales
Lleguen, señor, sus memorias,
Verás las obligaciones
En que te pone el gobierno.

ASUERO.

¡Oh cetro! ¡Oh cuidado eterno!
¡Oh bien con tantas pensiones!
Aunque en todos los estados
Se paga censo al favor,
Nadie le paga mayor
Que quien le paga en cuidados;
Y así es mayor nuestra pena,
Y por justísima ley;
Porque los que tiene un rey
Exceden del mar la arena.

Saca el libro Egeo.

EGEO.

Aquí está el libro.

ASUERO.

Leed,
No solamente por gusto,
Mas porque saber es justo
Á quién se ha de hacer merced.

EGEO.

¿Por dónde mandas abrir?

ASUERO.

Por los últimos; es bien
Para que premio les den
Y se animen á servir.

Lea.

EGEO.

Memorial de los servicios

Del mes Tebeth, en el año
Séptimo del reino tuyo,
Que dure por siglos largos:
Apelino, capitán,
Venció los rebeldes Partos,
Que se subieron al monte
Con tantos robos y daños.

ASUERO.
¿Qué le dieron á Apelino?

EGEO.
Uno de los principados
De Persia.

ASUERO.
Adelante.

EGEO.
Celso
Te presentó diez caballos,
Los frenos de oro y de lobo
Marino, y todos bordados
De rubíes y de perlas,
Los paramentos persianos

ASUERO.
¿Qué le dieron?

EGEO.
Un oficio
Que pedía, porque hallaron
Que era muy digno.

ASUERO.
Adelante.

EGEO.
Mas el médico Alejandro
Te hizo sangrar á tiempo;
Que, á opinión de muchos sabios,
Tu salud, que guarde el cielo,
Previno de graves daños.

ASUERO.
¿No le dí un anillo de oro
Con un diamante, y seis vasos
De mil piedras guarnecidos,
Y dos ropas de brocado?

EGEO.
Sí, señor.

ASUERO.
Pues adelante.

EGEO.
¿Cómo te acuerdas?

ASUERO.
Reparo,
Cuando doy poco, en que quedo
Á quien lo doy obligado;
Presto le haremos merced.

EGEO.
Mas te dió Lidio Teofrasto
Un arbitrio para hacer,
Sin daño de tus vasallos,
Crecer las rentas de Persia.

ASUERO.
¿Qué le dieron?

EGEO.
No le han dado
Hasta que surta el efecto
Lo que él anda procurando.

ASUERO.
Pues di más.

EGEO.
Tirio, ingeniero,
Hizo aquellos cuatro baños
Para la salud.

ASUERO.
¿Pagóse?

EGEO.
Él dice que está pagado
Con el provecho que dan.

ASUERO.
¿Pues de qué?

EGEO.
De administrarlos.

ASUERO.
¿Qué más?

EGEO.
Presilo te trajo
Un monstruo nacido en Tarso,
De dos niños en un cuerpo,
Cuatro pies y cuatro manos.

ASUERO.
¿Qué le dieron?

EGEO.
Otro monstruo
Que te habían presentado
Mandaste darle.

ASUERO.
Y fué bien;
Que monstruos con monstruos pago.

EGEO.
Albano te trajo un hombre,
Tirador tan extremado,
Que con una cerbatana
Dos mil agujas tirando
Á un garbanzo, las clavaba
Todas en el que era el blanco.

ASUERO.
¿Qué mandé dar á ese hombre
Por un ingenio tan raro?

EGEO.
Ochenta gruesas de agujas
Y una hanega de garbanzos.

ASUERO.
Su inútil habilidad
Pagué con dar que tuviese
Qué tirar por muchos años.

EGEO.
Tesenio, ilustre poeta,
Te dió un libro intitulado
Hazañas de tus mayores.

ASUERO.
¿Qué le dí después de honrarlo?

EGEO.
Oficio de senador,
Y los cuatro mil ducados
Que tus coronistas gozan.

ASUERO.
¿Hay más?

EGEO.
Rufino Tebano,
Mal pintor, te presentó
De tu rostro un mal retrato.
ASUERO.
¿Qué le mandé dar?
EGEO.
Hiciste
Á otro pintor tan malo
Que le retratase á él.
ASUERO.
Pagué agravio con agravio.
EGEO.
Este día Mardoqueo
Descubrió, secreto y cauto,
La conjuración de Tares
Y Bagatán.
ASUERO.
¿Qué le han dado
EGEO.
Ninguna cosa, señor.
ASUERO.
¿Ninguna?
EGEO.
Yo no la hallo
En el libro, ni la sé.
ASUERO.
Pues ¿cómo á un hombre, y extraño,
Que me libró de la muerte
Y dió vida, he sido ingrato?
¿No ha pedido alguna cosa?
EGEO.
No, señor.
ASUERO.
¡Extraño caso!
¿Quién está afuera?
ADAMATA.
Está Amán.
ASUERO.
¿Amán?
ADAMATA.
Sí, señor.
ASUERO.
Llamaldo.
ASUERO.
Á su Dios, á su patria, á sus parientes
Ofende el que es ingrato al beneficio:
De muchos vicios es bastante indicio
Aunque en maldad parezcan diferentes;
Es deshonra tomar entre las gentes,
Y nunca dar, que es del ingrato oficio,
Y sólo con decir aqueste vicio,
Responden los demás como presentes;
Es de la yedra un natural retrato,
Que al árbol que la tiene le desmedra
Y sale deshojado de su trato,
Y aunque engaña, amoroso como yedra,
Jamás perdona agravio; que el ingrato,
El bien escribe en agua, el mal en piedra.

Amán entre.

AMÁN.
¿Qué manda tu majestad?
ASUERO.
¡Oh, Amán!
AMÁN.
Mi ventura ha sido
Llamarme el Rey, si he tenido
Segura su voluntad;
Porque ya en la plaza queda
Hecha de cuarenta codos,
Para que la vean todos
Y que los muros exceda,
La horca en que hoy ha de estar
El infame Mardoqueo:
Pedir licencia deseo;
Mas ya el Rey me quiere hablar.
ASUERO.
Amán, si un Rey desease
Honrar un noble varón,
Para dar satisfacción
Del gusto con que le amase,
¿Qué es lo que haría por él?
AMÁN.
Sin duda soy el que quiere
Honrar el Rey, porque muere
Por hacerme igual con él;
Que ninguno si no yo
Merece lo que él intenta,
¿Qué dudas, alma contenta?
Mira cómo ayer te honró
En que hoy vengas á comer
Con la Reina y á su lado.
ASUERO.
¿Haslo pensado?
AMÁN.
He pensado
Que si el Rey le quiere hacer
Honra, le mande vestir
Sus vestiduras rëales,
Piedras y joyas iguales,
Y que le mande salir
Con su cetro y su corona
Á pasear la ciudad,
Y por más autoridad,
Acompañe su persona
Un príncipe que el caballo
Lleve de rienda, y que sea
Del Rey también, porque vea
Que iguala al Rey el vasallo;
Este príncipe que digo,
Dará en la plaza un pregón
En la mayor atención
Del pueblo, al acto testigo,
Diciendo: «con tal trofeo,
Honra el Rey quien quiere honrar.»
ASUERO.
Bien dices; parte á buscar
Al hebreo Mardoqueo,
Que del palacio á la puerta
Hallarás pobre y echado,
Y todo lo que has hablado

Con la ejecución concierta;
Vístele un vestido mío,
Y con mi cetro y corona
Acompaña su persona,
Templando al caballo el brío
Con llevarle de la rienda,
Y da en la plaza el pregón
Que dices, porque es razón
Que así la ciudad lo entienda,
Y guárdate que no dejes
De hacer cuanto aquí dijiste.

AMÁN.

Yo voy.

EGEO.

¡Qué envidioso y triste!

Vase Amán.

ASUERO.

Si faltares, no te quejes.
¿No viene, amigos, Ester,
Sabiendo que la llamaba?

EGEO.

Ya la ocasión aguardaba
En que te pudiese ver,
Mas díceme que hoy es justo
Que su convite se haga,
Para que en él satisfaga
Humildemente á tu gusto,
Que pues no se hizo ayer,
No es razón que pase de hoy.

ASUERO.

Á darle contento voy,
Hoy comeré con Ester;
Que sabe su mismo Dios
Cuál gracia en mis ojos tiene.

EGEO.

Tal Reina á tal Rey conviene.
¡Mil años viváis los dos!

Vanse y salen dos personas (1).

UNO.

De tan noble suceso
No se ha sabido la causa,

DOS.

Sólo sé que las rëales
Ropas, y corona baja
Amán, y que á Mardoqueo,
Aquel hebreo que estaba
Á las puertas de Palacio,
Á tal grandeza levanta,
Que se las viste, y le ciñe
La real corona, y sacan
Un caballo del rey mismo,
Que á los del sol aventaja,
Para que en él Mardoqueo
Con los soldados de guarda,
Y llevando Amán del freno
Á pie, con grandeza tanta
Le lleven y le paseen
Por cuantas calles y plazas
Tiene la corte de Persia.

UNO.

Tan gran novedad me espanta;
Secretos son que los reyes
No comunican ni mandan
Poner en ejecución.

DOS.

Que ya del rëal alcázar
Sale este triunfo y lo dicen
Las trompetas y las cajas.

Música de chirimías, y por un palenque entre grande acompañamiento, y detrás Mardoqueo con cetro y corona en un caballo, y su palio; traerá al pie de la rienda Amán, y en parando en el teatro, dirá

AMÁN.

¿Qué iguala á mi desventura?
¿Quién se vió como me veo
Á los pies de Mardoqueo,
Y él subido á tanta altura?
Que tal su bajeza es
Y tan vil es su linaje,
Que no hay lugar donde baje
Después de estar á sus pies.
¡Oh soberbia á qué has traído,
Mis altivos pensamientos,
De cuyos atrevimientos
Estaba el cielo ofendido!
¡Cuán mejor puedo decir,
Soberbia, en este lugar,
Que es comenzar á bajar
No tener más que subir!
¿En que tendré confianza,
Ó quien no se pierde en ella,
Pues un caballo atropella
Lo mejor de mi esperanza?
Como un peso habemos sido
Éste y yo, mas tan pesado
De mi parte, que he bajado
Tanto como él ha subido.
En una horca pensé
Subirle: mi afrenta callo,
Pues subido en un caballo,
Pone en mi cabeza el pie.
¡Cielos! ¿Quién hay que os entienda?
Él parece que me ahoga,
Pues á quien buscaba soga
Le voy llevando de rienda.
Y aun no sé en qué ha de parar
Mi desventura importuna,
Que no pára la fortuna
Cuando comienza á bajar.
Mas ¿qué temo si me veo
En la mayor humildad?
Que no hay más profundidad

(1) Desde aquí hasta el verso «*¿Que iguala á mi desventura?*» falta en el manuscrito de Londres.

Que á los pies de Mardoqueo.

MARDOQUEO.

Mil gracias os doy, señor,
Que esta vuestra humilde hechura
Levantáis á tanta altura
Y á tantos grados de honor.
Bien sé que no lo merezco:
Indigno soy deste bien
Y desta merced, por quien
De nuevo el alma os ofrezco.
Vos sois Dios, dais como Dios,
Que cuando honráis es de modo
Que conoce el mundo todo
La grandeza que hay en vos.
Bien puedo ahora cantar
Fuera de este Egipto fiero,
Que el caballo y caballero
Habéis rendido en el mar.
Amán, otro Faraón
Que vuestro pueblo quería
Matar, porque no le hacía
Tan injusta adoración,
De su caballo cayó
En el mar de su arrogancia,
Donde la misma distancia
Vuestro poder me subió.
Que es blasón que usáis desde antes
Que ellos fuesen nuestros dueños,
Levantar á los pequeños
Y humillar los arrogantes.
¿Qué importa que contra vos
La soberbia venga armada,
Pues luego sale la espada
Que dice: «quién como Dios?»

AMÁN.

Comenzar quiero el pregón
De mi afrenta, y no exceder
Su gusto, por no caer
En mayor indignación.
Ciudadanos, dad lugar
Á este pobre caballero;
Que así honra el rey Asuero
Á los que pretende honrar.

La música, y vuélvanse por su palenque, y salgan Zares, su mujer de Amán, y Marsanes.

ZARES.

Con mil imaginaciones
Anda mi esposo estos días.

MARSANES.

Nacen sus melancolías
De pequeñas ocasiones;
Pero como á la gran nave
Que va corriendo la mar
Se suele un pez arrimar
Y detiene el curso grave,
Así aqueste vil hebreo
Detiene el curso de Amán,
Cuando sus grandezas van
Por el mar de su deseo.

ZARES.

Así dicen que el león
Se suele espantar del gallo.

MARSANES.

¡Que un hombre que aun no es vasallo
Le cause tanta pasión!
¡Un esclavo, un vil cautivo,
Mísero pez del Jordán
Á la alta nave de Amán
Se quiere oponer altivo!
Mas hoy acaba con él,
Y en la horca fabricada,
Lo que es indigno á su espada,
Hará un infame cordel;
En quitándole la vida,
Cesará tan triste enojo.

ZARES.

Infamará su despojo
Espada tan bien nacida;
Y así, es justo que un verdugo
Acabe con su arrogancia;
Y sin admitir distancia,
De la esclavitud el yugo
Del mísero pueblo hebreo
Corte quitando las vidas.

MARSANES.

Por tu vida, que le pidas
Que no entierre á Mardoqueo.
¡Cómanle perros!

ZARES.

Sí harán;
Que aun no ha de quedar ceniza
De hombre que desautoriza
Los pensamientos de Amán.

Amán entre.

AMÁN.

Acabó ya la fortuna
De mostrarme su inconstancia,
Que una misma consonancia
Hace con la varia luna.
En llegando á desear,
La llena se ha de temer;
Que el estado del crecer
Es principio del menguar.
¡Grandes afrentas me ha hecho
Asuero!

ZARES.

Esposo querido,
¿Qué rostro es ese?

AMÁN.

El que ha sido
Más viva imagen del pecho;
Que si el alma se retrata
En el rostro, en él verás
Cómo se parece más
Lo que piensa y lo que trata.
Ya no tengo que temer;
Que solo este bien me queda,
Porque no hay qué me suceda,
Si no es el dejar de ser.

ZARES.
¿No te ha hecho Mardoqueo
Reverencia?

MARSANES.
Si tú aguardas
Á ese infame, y te acobardas
De ejecutar tu deseo,
¿Qué mucho que no te estime?
Ahórcale. ¿Qué pretendes?

AMÁN.
¡Oh, qué mal, Zares, entiendes
La desdicha que me oprime!
Y tú, querido Marsanes,
Ya cesaron mis trofeos:
Ya ensalza el Rey Mardoqueos:
Ya desprecia el Rey Amanes.
¿Es posible que al oído
Las voces no os han llegado
De lo que agora ha pasado?

MARSANES.
¡Cómo! ¿Qué te ha sucedido?

AMÁN.
¿Pues no veis la alteración
Del pueblo?

ZARES.
Habrále pesado
Ver al hebreo ahorcado;
Que tan inconstantes son.

AMÁN.
No es eso, ¡triste de mí!
Sino que el Rey me mandó
Vestirle sus ropas yo,
Y sus ropas le vestí.
Su cetro y corona de oro
Le puse, y como vasallo,
De rienda llevé el caballo
Para su mayor decoro.
En la plaza di un pregón
Y en las más públicas calles.

ZARES.
¡Por Dios, esposo, que calles!

AMÁN.
¡Que calle! Públicas son.
Yo dije por ensalzar
Al que mataba primero:
Así honra el rey Asuero
Á los que pretende honrar.

ZARES.
¿Pues cómo, ó por qué?

AMÁN.
No sé
Más de que el Rey lo ha mandado,
Aunque yo he sido el culpado
Porque ayer no le maté;
Preguntóme de qué modo
El Rey á un hombre honraría;
Yo pensé que lo decía
Por darme su imperio todo (1),
Y di la misma sentencia
Que se ha ejecutado en mí.

ZARES.
Si el hebreo reina aquí
Y tiene la preeminencia
Que tú de Persia tenías
Como segunda persona
Del Rey, y cetro y corona,
¿Qué aguardas, en qué confías?
No escaparás de sus manos.

MARSANES.
No he visto desdicha igual.

AMÁN.
Temiendo estoy mayor mal
Por los dioses soberanos.

Un criado.

ADAMATA.
¿Está aquí Amán?

AMÁN.
Aquí estoy.

ADAMATA.
El Rey te espera á comer,
Porque ya la bella Ester
Le está esperando.

AMÁN.
Ya voy.

ADAMATA.
No hay ya voy, sino venir.

AMÁN.
Tengo que hacer.

ADAMATA.
Yo no puedo
Irme sin ti.

ZARES.
¿Tienes miedo?

MARSANES.
¿Vas á comer, ó á morir?

AMÁN.
No sé; mas si el corazón
Avisa al hombre primero,
Mi muerte comer espero:
Tales mis desdichas son.

MARSANES.
Triste va.

ZARES.
Teme la suerte,
Y su desdicha adivina,
Porque si una vez declina,
Nunca pára hasta la muerte.

Vase.

Criados que saquen una mesa, y los músicos, y Egeo y Tares.

EGEO.
Yo pienso que ha de ser notable día
Para el gusto del Rey.

TARES.
Será notable,

(1) Falta en la parte 15.ª esta redondilla que copiamos del manuscrito de Londres.

Porque adora en Ester.

EGEO.

Música envía.
¡Qué convite será tan agradable!

TARES.

Para quien ama es dulce melodía
Dar gusto á lo que quiere.

EGEO.

Es tan amable
La Reina, que ella sola sus sentidos
Regala, y tiene de su amor vencidos.

MÚSICO.

Apercibe, Nicandro, el instrumento;
Que ya tienen la mesa apercibida.

SEGUNDO.

Quien come, pocas veces está atento,
Ó no le entra en provecho la comida;
Por eso los poetas, que del viento
Tienen la suspensión del alma asida,
No saben lo que comen y enflaquecen,
Y, en fin, porque no comen enloquecen.

MÚSICO.

Bien dices, que un poeta en siendo rico
Es mal poeta, porque engorda y come.

SEGUNDO.

Ya desde aquí la vista al plato aplico.

MÚSICO.

Yo haré que un plato el maestresala tome.

SEGUNDO.

Si un pajarillo en remojando el pico,
Aunque la jaula más le oprima y dome,
Canta que se deshace, yo no quiero
Hacer pasajes sin beber primero.

Reina y damas.

ESTER.

Agora, gran Señor de cielo y tierra,
Que vais cumpliendo mi mayor deseo,
Ya la soberbia, la humildad destierra
Cayendo Amán, subiendo Mardoqueo.
Conozco el celestial poder que encierra
Esta virtud que en los pequeños veo,
Pues aunque á los principios despreciada,
Se ve de mil laureles coronada.
¡Oh, gran Señor, si aquesta esclava vuestra
Las mujeres ilustres imitase
De vuestro pueblo y de la sangre nuestra,
Y algo de sus desdichas restaurase;
Si la fuerte Judit con mano diestra
Queréis que el cuello de Holofernes pase,
Tiñendo el pabellón de sangre fiera,
Haced que Amán por estas manos muera.

Entre el Rey y Amán.

ASUERO.

Ya con Amán, bella Ester,
Á ser convidado vengo;
De tu cuidado y mi amor
Dice que seguro puedo,
Que él viene haciendo la salva
A los platos que merezco
De la lealtad de tus manos
Por el amor que te tengo.

ESTER.

Á tus pies está tu esclava.

ASUERO.

Levántate, Ester, del suelo;
Que humillas de un Rey el alma
Á lo menos, que es su cuerpo.
Yo no tengo, y es sin duda,
Más alma: pues si no tengo
Más alma, y el alma es más,
No la humilles á lo menos.

ESTER.

Hoy vienes de hacer favores,
Y aquí tu grandeza veo,
Pues que pagas la comida
Primero que nos sentemos.

ASUERO.

Siéntate, Amán.

AMÁN.

Desde ayer
De tal manera me siento,
Que no puedo levantarme
Al asiento que deseo.
¡Ay de mí, qué vanas honras!

ASUERO.

Dennos de comer.

MÚSICOS.

Cantemos.

SEGUNDO.

Á sus pasos de garganta,
Haré pasos de pescuezo.

La comida se descubra y algunos platos que serán los principios (1), y canten entretanto los músicos al tono de la locura.

Dios ensalza los humildes
Y derriba los soberbios.
Ciento y treinta años después
Que con el diluvio inmenso
Castigó Dios á los hombres,
Comenzó Nembrot su reino;
Fabricó muchas ciudades,
Pero soberbio y blasfemo,
Persuadía á sus vasallos
Negasen á Dios eterno,
De tan altos beneficios
El justo agradecimiento,
Porque se lo atribuyesen
Todo á su fuerza é ingenio;
Obedeciéronle muchos,
Y porque si acaso el cielo
Volviese á anegar el mundo,
Tomaron por buen consejo

(1) El manuscrito de Londres dice «*que bastarán principios*».

Hacer una inmensa torre,
Cuyo inaccesible extremo,
Excediendo las estrellas,
Tocase al sol los cabellos.
Juntáronse tantos hombres,
Que hicieron en breve tiempo
El más notable edificio
Que antes hubo y después dellos;
Pero mirándolos Dios
Desde su alcázar eterno,
No castigó su lòcura
Con agua, viento ni fuego,
Sino que por las distancias
Del primero fundamento,
Á la altura donde estaban
Se confundiesen con ellos (1)
No entendiéndose las lenguas,
Con que confusos y ciegos
Se esparcieron por el mundo
Fabricándole de nuevo.
En el campo de Senar
Cuando aquel monstruo, á quien dieron
El nombre de Babilonia,
Que es confusión en hebreo.
Dios ensalza los humildes
Y derriba los soberbios.

ASUERO.

¿Qué quieres, hermosa Ester?
Pide, que yo te concedo
Todo aquello que pidieres;
Pide la mitad del reino;
Pide, que si el alma es más,
¿Quién te ha de negar lo menos?

ESTER.

Si hallé gracia en esos ojos,
Poderoso rey Asuero,
Por esta vida, señor,
Y la de todo mi pueblo,
Á la muerte condenado,
Con mil lágrimas te ruego:
Ojalá que por esclavos
Nos vendiesen, que gimiendo
Calláramos; pero pasa
Nuestro enemigo sangriento
Á tal soberbia y crueldad,
Que en sangre de nuestros cuellos
Pretende lavar sus pies.

ASUERO.

¡Qué dices, Ester! ¿Qué es esto?
¿Cuál bárbaro ó cuál poder
Tiene tanto atrevimiento
Hoy en el mundo?

ESTER.

Este Amán,
Aqueste enemigo nuestro.

ASUERO.

¿Amán se atreve á tu vida?
Si del más sutil cabello
Tuyo depende la mía.

AMÁN.

¡Muerto soy! ¡Su furia tiemblo!

ASUERO.

Quitad aquesto de aquí.

Aparten la mesa y métanla de allí.

¿Hombre puede haber tan fiero
Que te condene á la muerte
Yo vivo, yo soy, yo reino?
¿Á mí me obedece Oriente
Desde el Indo al Caspio seno?
¿Á mí Tartaria y Egipto,
Del mar Grande al mar Bermejo?
¿Á mí Etiopía, á mí Arabia?
¿Soy Artajerjes Asuero?
¿Son aquestas las hazañas
Que mis mayores han hecho?
¿Ilustro así sus memorias?
¿Doy esta fama á sus templos
Y cuelgo de sus sepulcros
Estos infames trofeos?
Voyme, Ester, que de corrido
Á mirarte no me atrevo,
Pues aun no puedo mostrarte
El poco poder que tengo.

Váyase.

12.

AMÁN.

¡Cielos! ¿Qué será de mí?
Que en aquesta confusión,
Bien me dijo el corazón
Lo que al principio temí.
Ya todos se van de aquí;
Como que ya visto han
Que el basilisco de Amán
Ha dado ponzoña al Rey.
¿Qué amor, qué exención, qué ley
Darme la vida podrán?
Fuése el Rey por el jardín,
Fuése Ester á su aposento,
Cada cual con pensamiento
De mi desdichado fin.
El ardiente serafín
Que este pueblo circunciso
Escribe en su paraíso,
Parece que está á la puerta,
Para mi desdicha abierta,
Pues mi soberbia lo quiso.
¿Podré salir? ¿podré entrar?
¿Qué puedo hacer, que sin duda,
Aunque la guarda está muda,
Ya me debe de esperar?
Mas bueno será pasar
Al aposento de Ester.
Hebrea debe de ser;
No lo supe, que á su vida
Respetara mi atrevida

(1) *Entre ellos* dice el manuscrito de Londres, y parece mejor lección.

Mano, y del mundo el poder.
  Pedirle quiero la mía;
Que en tan divina hermosura
No ha de haber alma tan dura
Que no ablande mi porfía.
¡Quien el Oriente solía
Como á rey obedecer,
Ruega una mujer! ¡á Ester
Voy á rogar desta suerte!
¡Pero qué cosa tan fuerte
No se ha rendido á mujer!

Éntrese, y salgan Mardoqueo y Ester.

MARDOQUEO.

  El sueño, dulce Ester, se va cumpliendo,
Y trocándose el llanto en alegría
Que los cielos estaba entristeciendo.
  ¡Bendito sea para siempre el día
Que para dar salud á Israel naciste,
Que el cuchillo feroz de Amán temía!
  ¡Con qué artificio soberano hiciste
Que el Rey tuviese lástima á tus ojos,
Y tu cautivo pueblo redimiste!
  Tuyos serán, Ester, nuestros despojos;
Á ti, que de las hembras no difieres
Que templaron del cielo los enojos,
  Vendrán niños, ancianos y mujeres,
Y echados á tus plantas, darán voces,
Que su señora y su remedio eres.

ESTER.

  Tío y señor, si mi humildad conoces,
¿Para qué me bendices desa suerte?
Mil años, plegue á Dios, el cetro goces;
  Que en más alto lugar espero verte,
Que aquel en cuya frente el pie pusiste,
Á quien espera ya violenta muerte.

MARDOQUEO.

  ¡Oh, bella Ester, la fuente humilde fuiste
Que yo soñé que en aguas abundaba,
Y que la verde margen excediste!
  Aquel dragón feroz que peleaba
Con el otro dragón menos furioso,
Era este Amán. Que su poder acaba
  Cante Jerusalén, y el suntüoso
Alcázar de Sión cante Samaria,
Y las riberas del Jordán undoso
  Canten en tu alabanza, y la contraria
Espada rindan á tus plantas bellas,
Pues tras tanta fortuna incierta y varia,
Levantas á Israel á las estrellas.

Entre Amán, y Ester se siente en un estrado.

AMÁN.

  Si merece un enemigo
Que una Reina poderosa
Temple el rigor del castigo,
Y que te muestres piadosa
En tanta ofensa conmigo,
  Vesme aquí puesto á tus pies;
Pero dirás que no es
Humildad de aquel vasallo
Que lo estuvo del caballo
Deste que tan alto ves.
  Nunca el valor generoso
Fué ingrato, señora, al ruego;
Abre tu pecho piadoso,
Á cuya hermosura llego
Humillado y vergonzoso;
  Mira estos ojos que ayer
Tuvieron tanto poder,
Que bañan de llanto el suelo,
É imita en piedad al cielo
Como en hermosura, Ester.
  Nunca me ha pesado á mí
De que fueses mi señora
Y el Rey dejase á Vastí;
Entonces, siempre y agora
Al Rey hablé bien de ti.
  Airado está; si tú quieres,
Tú sola le templarás.
Más en perdonarme adquieres
Que yo en vivir, pues es más
Que ser yo, ser tú quien eres.

ESTER.

  Amán, el Rey está airado;
Ya sabes que eres culpado.

AMÁN.

¡Señora!

ESTER.

¿Tócasme?

AMÁN.

Sí,
Que quiero asirme de ti
Como altar de mi sagrado,
  Y no te pienso soltar
Sin que palabra me des
Que el Rey me ha de perdonar.

El Rey y Egeo, y gente.

ASUERO.

¿Qué es esto?

EGEO.

¿Ya no lo ves?

ESTER.

Amán, ¿quiéresme dejar?

ASUERO.

  ¡Por el Dios de Ester sagrado,
Que oprime á la Reina el fiero
Á mis ojos y en su estrado!

AMÁN.

¿El Rey es aqueste? Hoy muero;
Que está por extremo airado.

ASUERO.

  Cubrilde.

Échenle un tafetán negro.

EGEO.

Ya está cubierto.

ADAMATA.
Contarle pueden por muerto.
¿No ves, señor, desde aquí
Aquellos tres palos?
ASUERO.
Sí,
Y estoy de lo que es incierto.
ADAMATA.
Es una horca que Amán
Hizo que la viesen todos
Cuantos hoy en Susa están,
Porque de cuarenta codos
Es la altura que le dan.
En ésta poner quería
Á quien la vida te dió.
ASUERO.
¿Horca á Mardoqueo hacía?
ADAMATA.
Sólo porque no adoró
Su vana soberbia un día.
ASUERO.
¡Hay tal maldad! Pues, amigos,
Pase por la misma ley;
Haya menos enemigos,
Que iguales tocan al Rey
Los premios y los castigos.
Si tuvo ese mal deseo,
Hoy los de Susa verán
Que es de la humildad trofeo
Ocupar la horca Amán
Que esperaba á Mardoqueo.
Llevalde y ponelde en ella,
Porque vea mi Ester bella
Cuánto soy agradecido
Al favor que he recibido
De los hebreos y della.
Dejaré en el mundo ejemplo
De piedad y gratitud.

Llévenle.

ESTER.
Juntas en ti las contemplo.
ASUERO.
Por diosa de mi salud
Quisiera labrarte un templo.
MARDOQUEO.
Háblale, amada sobrina,
Sobre lo que determina
Hacer de la sangre nuestra.
ESTER.
Á tu poderosa diestra
Mi humilde pecho se inclina.
ASUERO.
¿Quieres otra cosa, Ester?
ESTER.
Señor, escúchame atento:
Sabrás, pues que ya es razón,
Un secreto.
ASUERO.
¿Qué secreto?
ESTER.
Cuando vine á tu palacio
Obediente al mandamiento
De mi Rey y mi señor,
Callé por muchos respetos
El decirte que era hebrea,
De aquel desdichado pueblo
Que Nabucodonosor
Trajo cautivo á tu imperio.
Callé mis padres, que ya
En cautiverio murieron,
Y callé también, señor,
Que es mi tío Mardoqueo,
Que viendo al soberbio Amán
Pretender tu lauro y cetro,
Y por no adorar un hombre
Tan ambicioso y soberbio,
No le quería ofrecer
Lo que á sólo Dios inmenso
Debe el que conoce que hay
Pena y gloria, infierno y cielo.
Él, airado, condenó,
No solamente su cuello
Á la muerte, como has visto,
Pero á todos los hebreos.
Cartas están despachadas
Con tu soberano sello,
Por orden de Amán, que todos
El día décimotercio
Del mes Adar, mueran juntos,
Y así los soldados fieros
Están aguardando el día
Para ejecutar sangrientos
Sus muertes, y saquearlos.
Revoca, señor, te ruego,
Este decreto cruel,
Por ser de las manos hecho
De un hombre tan envidioso,
Y por ser tu esposa dellos;
Que si no mandas que cese
El riguroso decreto,
La primera seré yo,
El segundo Mardoqueo;
Y puesto que soy tu esclava
Y que esta muerte merezco,
Por no merecerte á ti,
Que es delito que te debo,
Mardoqueo está inocente,
Y asimismo muchos buenos
Que ruegan por tu salud
Al gran Dios de los ejércitos.
Duélate, señor, mi llanto,
Que aunque soy río pequeño,
Van al mar de tu piedad
Estas lágrimas que vierto.
ASUERO.
¡Oh, humilde Ester, cuanto hermosa!
No me enternezcas el pecho;
Que no hay en el mar que dices
Perlas de tan alto precio.
Los nácares de tus ojos

Más para engendrar se han hecho
Que no lágrimas, estrellas,
Como esferas de tal cielo.
Bien parece que mi amor
Alumbró mi entendimiento
Para honrar tu noble tío
Con el hacha de su fuego;
Que ensalzarse hasta poner
De Oriente en su mano el cetro
Sin haberle conocido,
Sólo amor supiera hacerlo;
En todo acierta quien ama,
Y si yo en amarte acierto,
Lo mismo será estimar
La sangre de tus abuelos.
Hoy verás lo que mereces:
Dame, Mardoqueo, luego
Tus brazos.

MARDOQUEO.

Indigno soy.

ASUERO.

Hoy te da merecimiento
Tu virtud y la de Ester.
Esta es mi sortija y sello;
Despachad cartas al punto,
En que revoco el decreto
Que Amán, soberbio, había dado
Contra el santo pueblo hebreo.

MARDOQUEO.

¡Oh, soberano señor!
Tus pies en su nombre beso,
Aunque se anticipa el llanto,
Que quiere llegar primero.
Tu voluntad han oído
Mis amigos y mis deudos,
Y con alegres canciones
Y acordados instrumentos,
Quieren celebrar tu nombre
Y cubrir, señor, el suelo
Adonde pones los pies,
De oliva, laurel y acebo,
Y de aromáticas flores.

ASUERO.

Entren; que yo les ofrezco
La libertad y las vidas;
Entrad, dichosos hebreos.

Cuantos puedan, con árboles en las manos, echándolos por el suelo con otras flores.

Músicos y baile.

Hoy salva á Israel
La divina Ester.
Hoy, Ester dichosa,
Figura sagrada
De otra Ester guardada
Para ser esposa,
Más pura y hermosa,
De más alto Rey.
Hoy salva á Israel
La divina Ester.

HEBREO.

Danos tus pies, gran señor,
Y pon de tu nombre el hierro
En las almas, que en las caras
Ya le tenemos impreso.

ASUERO.

La casa y huertas de Amán,
Y sus tesoros, entrego
Á Mardoqueo y Ester,
Porque demos fin con esto
Á la soberbia de Amán
Y humildad de Mardoqueo (1).

LOADO SEA EL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

EN MADRID, A 6 DE ABRIL DE 1610 AÑOS,
Si quid dictum contra fidem et bonos mores tanquam non dictum et omnia sub correctione S. M. E.

LOPE DE VEGA CARPIO.

Examine la Comedia, Cantares y Entremeses de ella el Secretario, TOMÁS GRACIÁN DE ANTISCO, *de la censura, enmendada 10 Mayo* (2).

Esta comedia, intitulada La Hermosa Ester, *se puede representar, reservando á la vista lo que fuera de la lectura se ofreciere, y lo mismo en los cantares y entremeses. En Madrid á 10 de Mayo, 1610.*

TOMÁS GRACIÁN DANTISCO.

Podráse representar, y la comedia, cantares y entremeses de ella, guardando la censura. Enmendada á 10 de Mayo de 1610.
Represéntese esta comedia de la La Hermosa Ester, *reservando á la vista lo que fuera de la lectura se ofreciere, fecha en Sevilla á 6 de Mayo 612.*

JOAN DE TORRES.

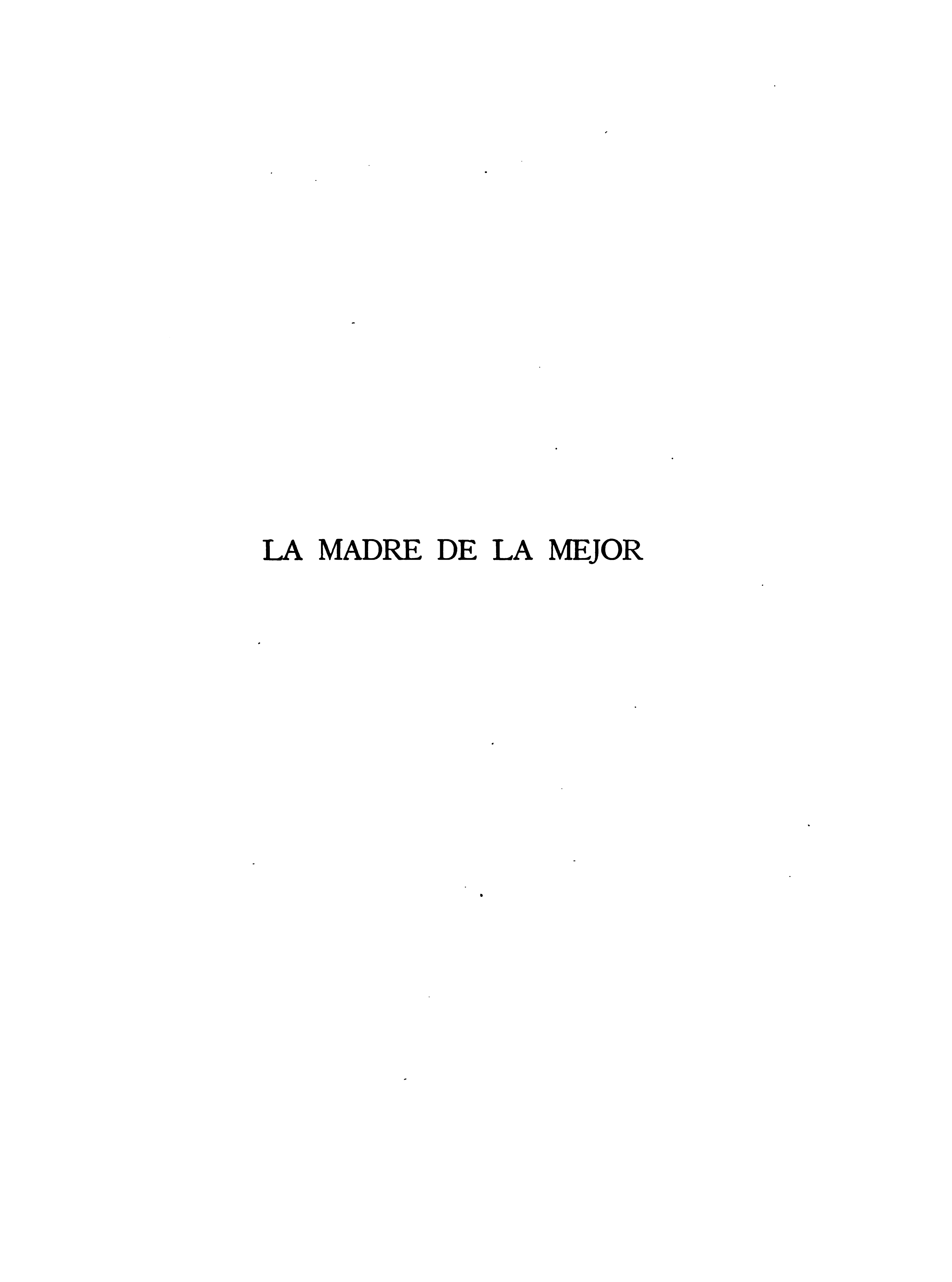
Tornóla á ver.

---

(1) En el manuscrito de Londres se lee en lugar de este verso el siguiente:

Y horca para su dueño.

(2) Hay una abreviatura, y no hemos podido descifrar el nombre.



LA MADRE DE LA MEJOR

LA MADRE DE LA MEJOR

COMEDIA FAMOSA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA

A D. Fr. Plácido de Tosantos,

OBISPO DE GUADIX, DEL CONSEJO DE S. M.

La causa de no haber en España poetas famosos, no es, como piensa Juan Segundo Hagiense en el libro séptimo de sus Epigramas,

An vero paucis cum sis foecunda Poetis,
Laudem de tumulo quaeris acerba meo,

sino el poco favor de los príncipes, tan diverso del que se usa en Italia y Francia, donde todos los reyes tenían un poeta que se llamaba regio, como se ve en Joannes Auratus, Leomovicense, en el Alemán y otros, y así en Italia florecieron tantos ingenios en tiempo de aquellos ínclitos y venerables Médicis, Cosme y Lorenzo, cuya memoria no faltará jamás del mundo, por Angelo Policiano y Pico de la Mirandola, y la de los insignes Duques de Ferrara y la casa de Este, por Ludovico Ariosto, poeta en aquella nación aventajado á todos, aunque perdonen los críticos de España que celebran siempre más lo que menos entienden. El disfavor enfría el calor de los ingenios, como el cierzo las tempranas flores, y así no llevan fruto: la honra cría las artes, como el arte adorna y purifica la naturaleza, que cada uno siente privarse della, como lo afirma el filósofo en su Económica, *y así tiene por opinión en las* Éticas, *que es premio de la virtud y del estudio. No niego que se quejaron Ovidio, Silio Itálico y otros poetas, remitiendo á sus cenizas su estimación, pero lo cierto es que la tuvieron viviendo, si bien no aquella que se pronosticaban fuera del límite de la vida donde la envidia no alcanza. Livio dijo que no sentían los hombres el peligro ni el trabajo de que sabían que les había de resultar honra y provecho. Muchos españoles han emprendido poemas heroicos de las hazañas de capitanes y príncipes, y desfavorecidos de sus sucesores los han dejado donde, con breve tiempo, las cubra olvido. De la República veneciana dijo Michael Leto en su libro* De re nautica:

Venetum Respublica semper
Vatibus aucta.

No lo dirán por la nuestra sus ingenios, entre los cuales, si tuvieran estimación ó amparo, he conocido algunos que hubieran ilustrado nuestra nación con la elegancia de sus escritos; con la rudeza de mi ingenio (en mejores años que alcanzaron los pasados versos) hubiera yo intentado alguna cosa digna de más nombre, pero viendo que los más echan por el camino cómico, he

seguido con más gusto el agradecimiento provechoso que la opinión dudosa, y como un hombre que sueña, formando conceptos en figuras fantásticas. Entre las comedias que he escrito de las Sagradas historias, fué bien recebida La Madre de la Mejor, *y así, dándola á luz, quise honrarla con el nombre de V. S., tan conocido al mundo, y pues siempre ha favorecido mis ignorancias, así en Italia como en España, le suplico no se tenga por deservido deste atrevimieuto, por ser el sujeto de materia tan piadosa y santa, en que confío todas las faltas y defetos que hay de mi parte, pues hablando las leyes del contenido y del que contiene, dice que* destructo continente currunt omnia in eo contenta. *Yo tengo por más dignos de castigo y aborrecimiento los que, esperando dar alguna cosa grande, nunca dan nada. El divino ingenio de V. S., sus grandes letras y virtudes con que ha sido por tantos años un cristiano Demóstenes y un orador evangélico, no tienen necesidad de descubrirse al mundo ni en verso ni en prosa, como sería más conocimiento de su grandeza mirar al sol que oir sus alabanzas. Las de V. S. se remiten á su elocuencia, porque los heroicos ingenios se alaban á sí mismos con merecerlas, y pues no á todos los pintores permitió Alejandro su imagen, no serán tan vanos mis pinceles que presuman en esta breve tabla ser Eróstratos de la poesía, derribando la vida inmortal de su nombre del templo de la Fama, porque viva en el mío, pero en otras ocasiones más graves diré con Aurato:*

Condita quae servo maiora poemata vobis,
In lucem ut veniant mox animosus ero.

Dios guarde á V. S. muchos años.

Su aficionadísimo y obligado Capellán,
LOPE DE VEGA CARPIO.

LA MADRE DE LA MEJOR

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

REPRESENTÓLA RIQUELME

FIGURAS DE LA COMEDIA

JOAQUÍN.	JACOB, *viejo*.	EL REY HERODES.
ANA.	GABRIEL, *ángel*.	JOSEFO, *su hermano*.
RAQUELA.	ZACARÍAS.	EL DRAGÓN INFERNAL.
BATO.	ISABEL.	UN MINISTRO SUYO.
LISENO.	UN ÁNGEL.	ADÁN.
FARÉS. } *pastores*.	DOS JUDÍOS.	EVA.
ELIUD. } *pastores*.	DOS GITANOS.	DAVID.
ISACAR, *sacerdote*.	DOS NEGROS.	ABRAHAM.
CLEOFÁS.	LA MÚSICA.	ABEL.
JOSEF.		

ACTO PRIMERO

Sale Joaquín.

JOAQUÍN.

Soberano Emperador
De los cielos y la tierra;
Tú que para verlo todo
Sobre el Querubín te asientas;
Dios sin semejante alguno,
Verdad y bondad inmensa,
Padre de todas las cosas,
Fortaleza y ciencia eterna,
Admirable, incircunscripto,
Cuya virtud y grandeza
Sólo cupiera en ti mismo;
Dios de la paz y la guerra,
Solo bueno, solo santo,
Á cuya hermosa presencia
Las cristalinas columnas
Del orbe estrellado tiemblan:
Tú, donde tiempo y vejez
No pueden tener licencia,
Porque es tu generación
De siglos eternos llena:
Dios sin principio, y de quien
Todas las cosas comienzan;
Dios sin fin, y en quien se acaban,
Como en soberana esfera:
Anillo y círculo santo
Que en la línea de tu esencia
Tienes el principio y fin
Sin que principio y fin tengas:
Yo Joaquín, que, como sabes,
Traigo noble descendencia
De la casa de David
Y los Reyes de Judea,
Del tribu sacerdotal
Para mayor excelencia,
Y de aquellos á quien diste
Tu palabra verdadera
Que dellos descenderías,

Reiterando las promesas
Dos mil y veintitrés años
Después que hiciste la tierra,
Á Abraham y al gran Jacob,
Amante de Raquel bella;
Prometo en tus santas manos,
Si es bien que yo lo prometa,
Como otras veces lo hice
En edad más justa y tierna,
De darte cualquiera cosa
Que tú me des que te ofrezca
De Ana, mi esposa querida,
Pues sólo quiero que sea
Para tu servicio y templo
Cuando tanto bien merezca.
Veinte años hace, Señor,
Que estoy casado con ella;
Que obedeciendo tu ley
Me casé con mi parienta;
Ella viene de Belén,
Yo vengo de Galilea;
Ella es hija de los nobles
Estolano y Emerencia,
Yo de Mathan y de Estha,
Que en Sephor tuvo la hacienda;
No habemos tenido hijos;
Has dado á su hermana Ismeria,
Á Isabel, que Zacarías
Tiene por amada prenda,
Y á mi Ana no le has dado
Hijo ni hija: ¡ay, si fuera,
Pues lo parece en el nombre,
La madre de aquel Profeta
Que fué sucesor de Elí!
Pero, Señor, sólo sea
Lo que fuere tu servicio
Y tu voluntad inmensa.

Sale Raquela, criada, y Bato, villano.

RAQUELA.
¡Nunca vinieras acá!

BATO.
Denme lo que he menester,
Que á la he que suelo ser,
Huerte de salir de allá.

RAQUELA.
¿Quién te ha mandado venir
Del monte? ¿Mejor no fuera
Que Eliso ó Fares viniera?

BATO.
Reortir, que Reortir.
Muesamo me lo mandó
Y me dijo: Venga Bato
De los pastores del hato,
Que Bato me llamo yo.

RAQUELA.
¡Linda bestia llevarán
Los dos á Jerusalén!

BATO.
Por eso vais vos también
De las mozas que aquí están;
Á la gana con que vengo
Añadiréis voluntad.
¿Yo qué tengo en la ciudad?
Yo en las Encenias, ¿qué tengo?
Si va á la fiesta Joaquín
Como antaño y otros años
Con Ana, y por los extraños
Y deudos se huelga, en fin,
Bato á sólo trabajar
Y llevar comida á cuestas.

RAQUELA.
Sí en verdad, que en esas fiestas
No se sabe Bato holgar.

BATO.
Sí, huelgo de ver el templo
Fábrica de Salomón,
En quien tanta religión,
Tantas grandezas contemplo.
Mas de andar en la ciudad
Antes me causa tristeza,
Porque es mi naturaleza
El silencio y soledad.
Entre seis toscos pastores
Ando con mayor contento,
Oyendo al rudo instrumento
Dulces canciones de amores:
Las glorias, las alabanzas
De los cielos generosos
Que con los frutos copiosos
Exceden las esperanzas.
No viendo en Jerusalén
Hinchados sabios escribas,
Doctos en las primitivas
Leyes del santo Moisés.
No en corrillos de ignorantes
Murmuradores de todo,
Que como bestias en lodo
Están sucios y arrogantes.
Éstos verás á la puerta
Del templo en esta ocasión,
Y no porque es la oración
Cuidado que los despierta,
Sino para blasfemar
Del que teme á Dios y ofrece
Su hacienda á quien la engrandece,
Vida y salud puede dar.
Que hay hombre de tal ejemplo
Y viciosa inclinación,
Que tiene por invención
Rezar un hora en el templo.
Nosotros, rudos pastores,
Raquela, humildes y llanos,
Á los cielos soberanos
Cantamos himnos y loores.
Vaya en buen hora Joaquín
Á las Encenias; que Bato
Mejor estaba en el hato,
Que es su natural, en fin.

RAQUELA.
Quedo, que está aquí señor.

BATO.
¡Pardiez, que yo no le vía!
JOAQUÍN.
Tarde os amanece el día.
BATO.
Entra el claro resplandor
Del alba de mala gana
Por resquicios de aposentos;
Allá en los montes exentos
Es todo el cielo ventana.
Asómase todo el sol
De una vez dorando ramos
De encinas, y madrugamos
Á su primero arrebol.
Chillan las aves, y en flores
Del prado alaban su dueño,
Que son para nuestro sueño
Relojes despertadores.
Corre el agua, y con enojos
De la noche resplandece,
Que parece que se ofrece
Para lavarnos los ojos.
Y cayendo el cristal frío
Por nuestro rostros villanos,
Sirve de paño de manos
El sol que enjuga el rocío.
Así salen al ganado
Los humildes pastorcillos;
Que las sábanas son grillos
De cortesano acostado.
Que su breve condición
De suerte se les olvida,
Que la mitad de la vida
Vienen á estar en prisión.
JOAQUÍN.
Bato, así dispone el cielo
Las humanas voluntades,
Los montes y las ciudades.
BATO.
Más precio mi duro suelo
Que los colchones de pluma
Del que se come las aves,
Y que sus doradas naves,
Mi techo que fuego ahuma.
Manda que me dé Raquela
Lo que tengo de llevar.
RAQUELA.
Ya lo acabo de juntar:
¿Qué cuidado te desvela?
JOAQUÍN.
Mira si mi Ana está
Al camino apercibida.
RAQUELA.
Ya pienso que está vestida.
BATO.
Mi señora viene ya.

Sale Santa Ana.

JOAQUÍN.
¡Ana mía!
ANA.
¡Mi Joaquín!
JOAQUÍN.
Es hora de que partamos.
ANA.
Cuando quisiéredes vamos.
BATO.
¡Qué cara de serafín!
Que no dé el cielo á mi ama
Dos ó tres hijos siquiera:
¡Pardiez, si estéril no fuera,
Que era matrona de fama!
RAQUELA.
Harto lo ruegan al cielo.
ANA.
La ofrenda, Joaquín, junté:
Pésame que corta fué
Para nuestro santo celo.
De las tres partes que hacemos
De nuestra haciendilla poca,
Al templo santo le toca
Esta que hoy le ofreceremos.
Y la segunda tendrán
Los pobres y peregrinos,
Que por extraños caminos
Lejos de su patria van.
La tercera se acomoda
Al sustento de los dos,
Y así se le ofrece á Dios
Toda, que de Dios es toda.
JOAQUÍN.
Ana, corona dichosa
De mi cabeza, Ana santa,
Ramo de tan alta planta,
Mi dulce y querida esposa.
Al templo, á Jerusalén,
Vamos los dos á llevar
Á las aras del altar
Nuestras ofrendas también.
Años ha que nos casamos
Y que á Dios le prometemos
Que si algún fruto tenemos
Desde luego se le damos.
Hagamos lo mismo ahora,
Con una santa esperanza,
Que es la que de Dios alcanza
Altos efetos, señora.
Y no vais con desconsuelo,
Que algún día querrá Dios,
Ana, escuchar de los dos
El santo y piadoso celo.
ANA.
Él sabe nuestra intención.
JOAQUÍN.
¡Hola, Bato! En la pollina
Parda, que llano camina
La mejor alfombra pon;
Raquela en esotra irá.
Yo en la yegua quiero ir.
BATO.
Antes de oirlo decir,

Todo aderezado está.

JOAQUÍN.

En el jumento que vino
Del monte lleva la ofrenda.

BATO.

Y la comida y merienda,
Que es un famoso pollino.
Que como yo lo acomodo
Llevará carga más alta:
Sólo murmurar le falta
Para ser bestia del todo;
Es notable el jumentillo:
No queda mejor allá
En cuanto ganado está
Desde la sierra al sotillo.

Váyanse y salgan Jacob y Cleofás y Josef y sus dos hijos.

CLEOFÁS.

Deseamos que nos digas,
Padre, por qué es esta fiesta
Cada año en Jerusalén,
Y por qué se llama Encenias.

JACOB.

Hijos Cleofás y Josef,
Pues justamente desea
Vuestro amor saber la causa,
Sabed que la causa es ésta:
Después que el valiente Judas,
Que de la nación hebrea
Fué el capitán más famoso
Que de aquella edad se cuenta,
Con los demás Macabeos
Venció á Lisias en la guerra,
Matando cinco mil hombres
Con tan alta fortaleza,
Que si no huyera á Antióquia,
Aun no supieran las nuevas;
Vió la santificación
Del monte Sión desierta,
Profanado el altar santo,
Los atrios llenos de hierba
Como en los bosques y montes
Donde el ganado apacienta,
Rasgándose los vestidos,
Y cubriendo las cabezas
De ceniza, con gran llanto
Se postraron en la tierra,
Y dando voces al cielo
Resonaron las trompetas:
Entonces el fuerte Judas
Ordenó que combatieran
Los que el alcázar tenían,
Que era de Sión la fuerza;
En tanto que sacerdotes
Que para este efecto ordena,
Limpiaban el santo altar,
Y consumiendo las piedras
Hicieron otro de nuevo,
Nuevos atrios, aras nuevas,
Luces, inciensos y vasos,
El candelero y la mesa
Donde pusieron los panes,
Y á veinticinco que cuentan
Del mes nono, que se llama
Casleu en la lengua hebrea,
Ciento cuarenta y ocho años
De la Egresión con gran fiesta,
Cítaras, órganos, flautas,
La renovación celebran.
Duró la dedicación
Ocho días, y las nuevas
Aras con el sacrificio
Dejaron de sangre llenas.
Por las cornisas del templo
Mil coronas de oro cuelgan,
Escudos, despojos, armas,
Que desde aquel tiempo quedan
Por trofeos de victoria,
Y deste nombre se precian;
Nuevos pastoforios hacen;
Las puertas también renuevan,
Limpiando al templo de Dios
De los gentiles la afrenta;
Y ordenaron que cada año
En la israelítica iglesia
Aquesta fiesta quedase
Por obligación perpetua;
Cercaron la gran Sión
De fuertes muros, y en ella
Hicieron mil torres altas
Que coronaron de almenas,
Con ejército y presidio
Contra la gente (1) Idumea.
Esta es la fiesta, mis hijos,
Y esto significa Encenias,
Que es como renovación,
Y á quien de tan varias tierras
Viene la gente que veis
Para dar gracias inmensas
Al gran Dios desta victoria,
Restauración de la iglesia.

JOSEF.

Justamente, padre mío,
Esta fiesta se ordenó,
Y el pueblo gracias le dió
Á quien mil gracias envío.
Y justamente la gente
Viene con tal devoción.

CLEOFÁS.

Desde el arroyo Cedrón
Cubren de Sión la frente.
Aquí hay gente de Betel,
Del Tabor, de Galilea,
De los montes de Judea,
De Senir y de Genel,
De la parte del Jordán
Los de Moab y de Nebo.

---

(1) *Frente* dice por errata la primera edición de esta comedia.

JOSEF.

Hoy, padre, he visto un mancebo
Que me dijo que aquí están
Mis tíos Joaquín y Ana.

JACOB.

¿Pues ellos faltan jamás?
En el templo los verás
Si no esta tarde, mañana.

JOSEF.

Á buscarlos quiero entrar.

JACOB.

No perturbes su oración.

CLEOFÁS.

Voces dan.

JOSEF.

Será quistión.

CLEOFÁS.

El sacerdote Isacar
Y el que escribe las ofrendas
(Ruben pienso que es su nombre),
Arrojan del templo un hombre
Ya viejo y de buenas prendas.

Sale Isacar, sacerdote, y Ruben, escriba, y Joaquín rempujándole.

ISACAR.

¿Désta manera sin razón te ciegas,
Hombre inútil, á hacer tan gran delito?
¿Al altar del Señor á ofrecer llegas
Tus dones, siendo estéril y maldito?
¿Por qué si de tu carne y sangre niegas
Fruto divino á Dios, fruto bendito?
Parece que en tus bodas no lo fuiste,
Ni que sus bendiciones mereciste.
Antes parece que entre el pueblo junto
De Israel, puso en ti con ira y saña
Sus santos ojos, pues en este punto
Tu estéril condición nos desengaña;
Tú del inútil álamo trasunto,
Ingrato al río que los pies le baña,
Todo te vistes de menudas hojas
Con que sus aguas por Diciembre mojas.
No permitiera Dios si te estimara
Esta vil ceguedad que en ti contemplo,
Que el fruto que tus canas alegrara,
Fuera de amar tu bendición ejemplo;
¿Quién sino tú con los demás entrara
Que se le ofrecen en el santo templo?
Pues la vergüenza en ti correrse debe,
Que no tiene color entre tu nieve.
¿Esperarás por dicha, loco y vano,
Cuando ya el tiempo te convierta en hielo,
Que mude estilo y proceder humano,
Y retroceda por tu curso el cielo?
¿Flores esperas en invierno cano,
Coger esperas de arenoso suelo
Verdes espigas, ó ignorante y loco,
Esperas mucho y naces para poco?
No tengas desde hoy atrevimiento
De entrar en este templo sacrosanto:
Tu ofrenda no ha de dar á Dios contento,
Pues con el fruto recibiera tanto.
Sal fuera deste pórtico al momento:
Sal fuera, sal de presto.

JOAQUÍN.

No levanto
Los ojos de la tierra de vergüenza,
Y porque el llanto á responder comienza.

RUBEN.

Éste debiera estar escarmentado,
Isacar, de mil veces que ha venido,
Pero es anejo al necio el porfiado,
Que sin porfía no lo hubiera sido.

ISACAR.

Si Dios le diera fruto deseado
Como él dice á sus manos ofrecido,
Entonces venga al templo, mas no venga
Hasta que el fruto que le falta tenga.

RUBEN.

¿Ahora quieres que éste espere fruto?
Parece que le pides al enebro,
Al sauce, ó al boj pálido y enjuto.

Vanse los dos.

JOAQUÍN.

Con triste llanto mi dolor celebro:
Vístase el alma de perpetuo luto:
Las duras peñas que llorando quiebro
Me sepulten en sí, si está ofendido
El cielo santo, á quien remedio pido.
Mis parientes me han visto echar del templo
Y mi hermano Jacob, aunque de madre,
Está mirando mi lloroso ejemplo
Sin ver consuelo que á mi llanto cuadre;
Con la paciencia las afrentas templo.
¡Ay Dios! No merecí llamarme padre:
Estéril soy, inútil soy. ¡Dios mío!
Lágrimas y no quejas os envío:
Que aunque del agua el natural pesado
Ha de bajar al centro, que es la tierra,
La del llanto, al contrario, el estrellado
Cielo penetra para daros guerra;
Cuando una fuente desde un monte helado,
Por un conducto al arca que la cierra
Baja veloz lo mismo que desciende,
Ligera sube, y alcanzar pretende,
Y así mis ojos en la tierra puestos,
Bajan, Señor, hasta el profundo el llanto,
Para que puedan hasta vos dispuestos
Subir el agua á vuestro cielo santo.
Las afrentas, oprobios y denuestos
Que aquí me han dicho no me ofenden tanto
Como ver la vergüenza de mi esposa,
Honestísima, santa y religiosa.
No queráis vos que yo le dé la culpa
Y que por esa causa la aborrezca:
El sacerdote santo á mí me culpa,
Y así es razón que yo el dolor padezca.
No quiero dar con la mujer disculpa,
Ni que mi culpa á la de Adam parezca.

Yo solo soy culpado, y así digo
Que merece Joaquín todo el castigo;
  Ana es buena, Señor: yo soy el malo,
Ana es Santa, Señor: yo quien no tiene,
Aunque casado, el natural regalo
Que por los hijos á los padres viene;
Con estériles árboles me igualo,
Y así vivir en montes me conviene:
No quiero ver la cara de mi esposa
Por no la ver llorando ó vergonzosa.
  Al monte quiero ir: no es bien que vuelva
Á Nazarén, ni que á mi casa torne:
Pase mi vida en una casa ó selva
Como el estéril boj, enebro y borne;
En esto es bien que mi dolor resuelva,
Pues Dios no quiere que su templo adorne
De una imagen bendita que le ofrezco,
Y que por mis pecados no merezco.
  Allí sólo tratando mis pastores
Esperaré la muerte con paciencia,
Pues á la bendición de mis mayores
No dió lugar mi estéril descendencia;
Las peñas dan cristal, las plantas flores,
Yo solo, á quien de todos diferencia
El puro cielo, no doy flor ni fruto;
Llorad, ojos, llorad mi eterno luto.

Vase.

JACOB.
¿Hay compasión semejante?

JOSEF.
¿Por qué no hablaste, Joaquín?

JACOB.
¡Ay, José, por verle en fin
Para ablandar un diamante,
  No quise, si no me vió,
Crecer su vergüenza justa!

Sale Santa Ana.

ANA.
Á quien de trabajos gusta,
Los mismos le ofrezco yo;
  Ojos, dad muestras aquí
De mi justo sentimiento.

JACOB.
Todas mis penas aumento;
Ana es aquesta.

ANA.
¡Ay de mí!
  Pero ¿no es este Jacob
Y mis sobrinos?

JOSEF.
Señora,
Pedid la paciencia ahora
Al cielo, del santo Job.
  Presentes hemos estado
Á vuestra vergüenza y pena.

ANA.
De confusión vengo llena
Y el rostro en llanto bañado.
  Vi la vergüenza que había
Aquí mi Joaquín pasado,
Vile corrido y turbado,
Y todo por culpa mía.
  ¿Dónde fué? ¿Por qué, sobrinos,
No le detuvisteis?

JOSEF.
¿Quién
Tuviera á un hombre de bien
En sucesos tan indignos?
  Ni mi padre quiso, tía,
Ni Cleofás, ni yo, en razón
De no darle confusión
Á quien con tanta venía.
  Sólo le oímos decir
Que en el monte quiere estar,
Que no se atreve á esperar
Lo que vos podéis sentir.
  Sin duda con sus pastores
Hasta el verano estará.

ANA.
Al monte Joaquín se va
Para crecer mis dolores.
  ¡Triste yo! ¿Qué haré sin él
Qué haré sin él y sin mí
Que sé que la causa fuí
Desta desdicha cruel?
  No quiso Dios darme fruto
De bendición.

JACOB.
Ana ilustre,
De tus padres honra y lustre,
No des tan rico tributo
  De tus ojos á la tierra,
Vuelve á tu casa, que Dios
Os consolará á los dos.

ANA.
Si Joaquín se va á la sierra,
  Á una heredad quiero irme;
No he de volver á mi casa,
Porque si él la vida pasa,
Para no verme ni oirme,
  En tan dura soledad,
No quiero yo compañía.

JOSEF.
Yo quiero, señora tía,
No sólo por la ciudad,
  Mas por el camino todo
Ir con vos.

CLEOFÁS.
Todos iremos,
Josef, pues todos tenemos
Esa obligación de un modo.
  Ea, señora, consuelo
Y buen ánimo.

JACOB.
Mi Ana,
Nunca fué esperanza vana
La que se puso en el cielo.
  Venid con nosotros.

ANA.

Llena
De lágrimas voy, en fin.

JOSEF.

Calle, tía.

ANA.

¡Ay, Joaquín,
Sólo siento vuestra pena!

Vanse, y salen Liseno, Farés y Eliud, pastores.

LISENO.

Él viene con tal tristeza,
Que no sé en qué ha de parar.

FARÉS.

Con la edad suele mudar
El hombre naturaleza.
La que él tiene ya sabéis
Que está sujeta á sentir
Las vísperas de morir,
Que es la causa porque veis
Siempre tristes á los viejos.

ELIUD.

Luego esos son los engaños,
Porque quitarse los años
Tienen por buenos consejos.
Veréis un hombre que dice
Que tiene cosa de treinta,
Y con cara de setenta
Él mismo se contradice.
Los dientes se bambalean,
Porque cada vez que abra
La boca, á cualquier palabra
Todos juntos se menean.
Tanto, que el que habla con él
Teme que le dé con ellos,
Y porque son los cabellos
De cecina como él;
Se quitará cuarenta años
Y tratará casamientos
Con notables pensamientos
Y con notables engaños.
Haráse rico, y dirá
Que no se pudre de nada,
Y vésele por la ijada
Que hasta en el alma lo está.
¡Pardiez, que larga vejez
No es grande merced del cielo!

LISENO.

No es Joaquín muy viejo, apelo.

ELIUD.

No de su pelo esta vez.
¿Qué puede un hombre tener
Con hacienda, con amigos,
Con paz y sin enemigos,
Y con hermosa mujer?

LISENO.

Años, y ver que los años
Se van acercando al fin.

FARÉS.

Santísimo es Joaquín:
Todos habláis con engaños.
En templo y en pobres parte
Su hacienda, todos sabéis,
Que negarlo no podéis,
Que guarda la menor parte
Para su familia y casa;
También sabéis su oración,
Su ayuno, su devoción,
Su caridad con quien pasa
Alguna necesidad.

LISENO.

¿De qué te espantas, Farés?
Condición del mundo es
Juzgar con temeridad.
Verás el otro vicioso,
Sin Dios, sin ley, sin razón,
Guiado de su pasión
Y del que es bueno envidioso,
Decir que es hipocresía
No ser uno deshonesto,
Soberbio ni descompuesto
Á la misma policía.
De las costumbres morales
Murmurador, lisonjero,
Con el señor chocarrero,
Y falso con los iguales.
Y porque se arrepintió
De las mujeres y el juego,
Y, como Eneas, del fuego
El alma en hombros sacó,
Matársela con deshonras,
Que todas quedan en ellos,
Porque los malos son ellos
Y Dios, autor de las honras.
Así, Joaquín siempre bueno,
Que él no ha tenido en su vida
Cosa que reprehendida
Pueda ser de vicio ajeno,
Deste y de otros ignorantes
Es juzgado por medroso
De la muerte.

ELIUD.

Al virtuoso
De costumbres semejantes
Nadie debe murmurar;
Pero la virtud se nombra
Sol de quien la envidia es sombra.

LISENO.

Bato acaba de llegar:
No nos oiga tratar desto.

Sale Bato.

ELIUD.

¡Oh Bato! ¿qué es la razón
De la grave confusión
En que Joaquín nos ha puesto?

BATO.

No falta, amigo Eliud,
Liseno y Farés, por qué
Joaquín santo triste esté.

FARÉS.
Dilo, que tengáis salud.

BATO.
¡Qué queréis! De Nazarén
Salió con Ana, su esposa,
Para la fiesta famosa
De la gran Jerusalén.
Llegamos, entró en el templo,
Y el sacerdote Isacar,
Que de piedad suele dar
Y modestia santo ejemplo,
Por estéril le arrojó
Con palabras descompuestas
Á quien lágrimas honestas,
No palabras respondió.
Dejó su esposa, y aquí
Viene á buscar soledad.

FARÉS.
Él viene.

LISENO.
Todos llegad.
¿Queréis que le hable?

LISENO.
Sí.

Sale Joaquín.

ELIUD.
Alzad los ojos del suelo,
Patriarca generoso,
Pues sabéis que Dios no hizo
Para la tierra los ojos.
Si lloráis sobre esas canas,
Pensarán campos y sotos
Que sois viento de agua y nieve
Y habéis de anegarlos todos.
Alegraos porque piensen
Que sois Céfiro y Favonio
Que traéis las varias flores
Que espira su blando soplo;
Mirad que vuestros ganados,
Ya con los balidos roncos
Se quejan de veros triste,
Siendo vos su dueño solo;
Mirad que las claras fuentes
Murmuran por los arroyos
Que les hurtáis el oficio,
Haciéndolos por el rostro;
El eco triste repite
Vuestras quejas temeroso,
Y entre las alas del viento
Huye lejos de nosotros.
¿Qué tenéis, qué os falta? Hablad.

LISENO.
Bien dice. Alegraos un poco:
Poned la vista, Joaquín,
En estos prados hermosos:
Mirad cómo está el ganado
Con salud, alegre y gordo,
Que junto parece nieve
Sobre renuevos de chopos;
Mirad las traviesas cabras
Trepando entre aquellos pobos,
Que parece que se cuelgan
De aquellos ramos hojosos;
Mirad rumiando la hierba
Dese pradillo oloroso
Vuestras paríderas vacas
Y vuestros manchados toros.
Ea, señor, no haya más.

FARÉS.
¡Oh patriarca famoso,
Descendiente del pastor
Que dió con la piedra al monstruo
Á quien cantaban la gala
Cuando volvió victorioso!
Mandad algo á vuestros siervos,
Puesto que pastores toscos,
Que para alegraros hagan
En todo aqueste contorno,
Y no estéis triste, señor.

BATO.
Ea, señor amoroso,
Señor bueno, señor santo,
Señor que en nobleza os pongo
Al igual de aquellos Reyes
Que del soberano tronco
De José tienen principio,
Y de aquel divino Apolo
Que con el arpa á Saúl
Sacó del pecho el demonio,
Dad á este campo alegría
Y á vuestros pastores gozo:
Volved los ojos á ver
Montes, prados y rastrojos,
Cabañas, dehesas, fuentes,
Huertas, viñas, pagos, pozos;
Todo os ofrece sus frutos,
Los montes altos, copiosos
Robustos robles, y encinas,
Castaños y sicomoros,
Nogales, abetos, pinos,
Jaras, enebros, madroños,
Nísperos y cornicabras,
Alcornoques, murtas, hornos,
Palmas, tejos, acebuches,
Laureles y cinamomos.
Los prados, hierbas y flores,
Tomillos, mastranzos, olmos,
Narcisos, violetas, trébol,
Lirios azules y rojos.
Las huertas, frutos famosos
Por el Junio caluroso,
La manzana envuelta en sangre,
Y por otra parte en oro:
El rojo trigo las eras,
Por la mitad del Agosto:
Las blancas y negras uvas,
Á la entrada del otoño,
Las viñas, que en anchas cubas
Rebose cociendo el mosto;
Mirad que os cantan las aves

Los más celebrados tonos
Que vió la solfa del mundo
Desde que Tubal famoso
Puso á las cítaras cuerdas,
Mano al órgano sonoro,
Y del martillo tomaron
Las voces, estilo y modo:
Ea, señor, alegraos.

JOAQUÍN.

Hijos, vosotros sois mozos:
Bien os está el alegría;
Que yo la tristeza escojo
Para mi cansada edad,
Que es el alivio que tomo;
Dejadme solo un momento,
Que renováis mis enojos
Con decirme que me alegre.

BATO.

Perdona, que bien conozco
La razón de tu dolor.

JOAQUÍN.

Bien me pesa por vosotros.

BATO.

Vamos, zagales, al prado,
Que está ladrando un cachorro:
Sin duda el lobo ha sentido:
¡Guarda el lobo!

TODOS.

¡Guarda el lobo!

Vanse.

JOAQUÍN.

¿Á dónde, claras fuentes,
Hallará mi dolor consuelo en tanto
Que están vuestras corrientes
Suspensas á la furia de mi llanto,
Pues no hay cosa que mire,
Que no me obligue el alma á que suspire?
Si aquella palma veo,
Con la de enfrente, un siglo habrá, casada,
Está para trofeo,
De racimos de dátiles cargada,
Que parecen, maduros,
Ámbares rojos y topacios puros.
Si miro aquel madroño
Cuando el invierno asoma á los umbrales
Del sazonado otoño,
Parece de esmeraldas y corales,
Esmeraldas las hojas,
Y de puro coral las cuentas rojas.
Si miro aquellas parras
Que esta cabaña adornan, y que trepan
Por moradas pizarras,
Apenas hallan sitio donde quepan
Racimos tan escasos,
Que revienta el licor de verdes vasos.
Si miro las espigas,
Hallo de un grano proceder cien granos,
Para que sus fatigas
Alivie el labrador, entre las manos
La hoz, por cuyos dientes
Muere la caña y viven tantas gentes.
¿Quién volverá los ojos
Á ver los nidos de las libres aves,
Tan llenos de despojos,
Unas con picos dulces y suaves,
Ensartando el sustento,
Por el estrecho suyo al pollo hambriento?
Otras sobre los huevos,
Dando calor y vida á quien faltaba;
Otras buscando cebos:
Pues que si miro á toda fiera brava,
¿Qué tigre, qué leona,
Los tiernos hijos al amor perdona?
Yo solo solamente
Carezco deste bien por mis pecados.
¡Ay, Dios omnipotente,
Si os doliesen mis ansias y cuidados,
Y si llegase un día
Que los tuviese de la prenda mía!

Sale un Ángel en hábito de mancebo.

GABRIEL.

¿Qué haces aquí, Joaquín?
¿No fuera mejor volver
Á vivir con tu mujer,
Que es tu sangre y carne, en fin,
Que no estar en la montaña
Entre rústicos pastores?

JOAQUÍN.

¡Qué divinos resplandores!
¡Su luz estos montes baña!
Ya, generoso mancebo,
Veinte años he vivido
Con mi mujer; que no ha sido
Mi desposorio tan nuevo.
Dióme la santa Emerencia
Á Ana, mi amada esposa,
Tan hermosa y virtuosa,
Que lloro y siento su ausencia.
Ofrecíle á Dios el fruto
Que de bendición me diese,
Mas como no mereciese
Darle este santo tributo,
Del templo me han arrojado
Por estéril y maldito,
Y así me vine al distrito
De mi rústico ganado.
Aquí estoy con mis pastores;
Desde aquí le daré á Dios
De las tres partes las dos
De mi ganado y labores.
Que no quiero yo volver,
Pues sé que su celo es santo,
Á ver bañados en llanto
Los ojos de mi mujer.

GABRIEL.

Joaquín, no temas, yo soy
Gabriel, de la jerarquía
De aquellos que Dios envía,

Y que en su servicio estoy.
Él me manda que te diga
Que ya vuestras oraciones,
Vuestras limosnas y dones,
Con que Dios tanto se obliga,
Han llegado á ser acetas
De su sacra Majestad,
Porque ve vuestra bondad
Y las cosas más secretas.
Él ha visto el gran dolor
Y vergüenza que pasasteis;
Mucho su pecho obligasteis
Con tal paciencia y valor.
Y está cierto que permite
Tal vez sin generación
Muchas que estériles son,
Porque las sospechas quite
Que de apetito nació
Lo que es por milagro raro;
Como es ejemplo tan claro
Sara cuando á Isaac parió.
Mira á la hermosa Raquel,
De su Jacob tan querida,
Pariendo al fin de su vida
Á José, luz de Israel,
Y al querido Benjamín,
Y mira á Rebeca hermosa,
Estéril infructuosa,
Y madre dichosa en fin
Del más fuerte de los hombres
Que fué santo Nazareno,
Porque del ejemplo ajeno
Te alegres y no te asombres.
Si Ana parió á Samuel,
Á esterilidad sujeta,
Fué porque tan gran profeta
Se manifestase en él.
Así, sabrás que de ti
Concebirá tu mujer
Una que Madre ha de ser
De Dios, que lo quiere así.
Ésa llamaréis María
Y será santificada
En su concepción sagrada,
Dando á la tierra alegría
Su dichoso nacimiento,
Porque el Espíritu Santo
Le ha de dar su gracia, y tanto
Favor, lustre y ornamento,
Que será siempre bendita.
Esta sola, y sin ejemplo,
Vivirá en el santo templo,
Y con Dios que en ella habita.
No ha de estar entre la gente
Del pueblo: aparte ha de estar,
Que la quiere Dios mirar
Más alta y secretamente.
La señal desta verdad
Es que á la puerta dorada
Hallarás tu esposa amada
En la sagrada ciudad.
Ve, que yo la avisaré,
Y al instante la hallarás.

JOAQUÍN.

Ángel santo, ¿ya te vas?
Deja que mil besos dé
En la fimbria celestial
Desta ropa soberana;
¡Dichosos Joaquín y Ana,
Que han de verse en gloria igual!
¡Oh! Bien haya el haber sido
Estériles, y el dolor
Que me ha dado aquel rigor
Del sacerdote ofendido!
¡Yo hija de tal grandeza,
Que el mundo se ha de alegrar,
Y en quien Dios quiere mostrar
Su gracia y su fortaleza!
¡Yo hija hermosa y María,
Y que ha de ser para Dios,
¿Cuándo merecisteis vos,
Joaquín, tan alta alegría?
¡Hola, pastores!

BATO.

¡Señor!

Salen pastores.

JOAQUÍN.

Yo voy á Jerusalén.

BATO.

Yo voy también.

JOAQUÍN.

¿Tú también?

LISENO.

Siempre le has hecho favor.

ELIUD.

¿Estás alegre?

JOAQUÍN.

Y de forma
Que me admiro de que vivo
Con gozo tan excesivo,
Que en sí mismo me transforma.

ELIUD.

¿Pues no nos dirás lo que es.

JOAQUÍN.

Estoy de prisa, pastores;
¡Ea, Bato, á los mejores
Cabritos ata los pies!
Pon tres ó cuatro corderos,
Queso y fruta, y ven tras mí.

ELIUD.

¿Qué es esto?

BATO.

Yo no lo vi.

Vase Joaquín.

ELIUD.

Por todos estos senderos
Juraré que no ha venido
Un hombre.

LISENO.

Con nadie habló.

BATO.
¿Queréis que lo diga yo?
LISENO.
Sí.
BATO.
Lo que Dios fuere servido.

Vanse, y salen Josef y Ruben.

JOSEF.
He vuelto á Jerusalén,
Siempre de extranjeros llena,
Á negocios que me ordena
Mi padre, amigo Ruben.
Y por haberos hallado
Doy gracias á Dios, pues creo
Que me igualáis en deseo.
RUBEN.
Serviros he deseado.
Josef, yo vivo en Sión,
Si mi pluma os hace al caso,
La vida en su alcázar paso,
Que sé que de Salomón
Sois ilustre descendiente.
Puesto que ahora os desvela
El oficio del azuela
Y el cepillo humildemente;
Pero también fué David
Pastor, y después rey,
Y de la cabra y el buey
Fué capitán, fué adalid.
Y nuestro santo Moisén
Bien sabéis que fué pastor.
JOSEF.
La virtud es el honor
Que ensalza á los hombres bien.
Yo con mi sierra y cepillo
Vivo contento en mi aldea:
Esto quiere Dios que sea,
Á cuyo gusto me humillo:
Id en buen hora y mirad
De lo que os puedo servir.
RUBEN.
Que no dejéis de venir,
Buen Josef, á la ciudad,
Y á mi casa como á vuestra.
JOSEF.
Guárdeos Dios.
RUBEN.
Él mismo os guarde.
JOSEF.
Arde el sol: allá á la tarde
Será la partida nuestra.
Esta es la puerta Dorada;
Mas, ¡ay Dios! ¿qué es lo que veo?

Salen Joaquín y Bato por una parte, y Santa Ana con Raquela por la otra.

ANA.
Ya cumple Dios mi deseo,
Dulce esposo.
JOAQUÍN.
¡Esposa amada!
ANA.
¡Mi Joaquín!
JOAQUÍN.
¡Ana querida!
ANA.
¿Quién te trajo?
JOAQUÍN.
Quien á ti.
ANA.
¿Sabías que estaba aquí?
JOAQUÍN.
Del monte fué mi partida
En tan santa confianza.
ANA.
¡Cuánto puede la oración!
JOAQUÍN.
Dame esos brazos, que son
El puerto de mi esperanza.

Baje un Angel, por una invención, que los ponga las manos en las cabezas, y canten dentro:

Deste alegre día,
Desta junta bella,
Nacerá María,
De Jacob estrella.

Tornan á tocar y sube el Ángel.

JOSEF.
Á daros el parabién
Bien puede Josef llegar.
JOAQUÍN.
Y lo puedo yo pagar
Con estos brazos también.
JOSEF.
¿De dónde bueno los dos?
JOAQUÍN.
Del monte vengo, sobrino;
Que este dichoso camino
Es por voluntad de Dios.
ANA.
Yo vengo de mi heredad,
Y con la misma he venido.
JOSEF.
Dichoso en hallarme he sido
En esta santa amistad.
Juntos nos iremos hoy.
BATO.
¿Qué hay, Raquela?
RAQUELA.
Ya lo ves.
BATO.
Bullendo me están los pies:
Por dar un relincho estoy.
RAQUELA.
¿Traes que comer?
BATO.
Muy bien.
JOAQUÍN.
Ea, mi esposa: partamos

Á nuestra casa, y vivamos
Con paz santa en Nazarén.

ANA.

Pensando voy en María.

JOAQUÍN.

No me canso de pensar
En María, que ha de dar
Á todo el mundo alegría.
Mas sólo en esto me fundo,
Que queriendo Dios hacer
De su mano una mujer,
Será la mayor del mundo.
Y siendo de tal valor,
Tal fruto después tendrá,
Que Ana su madre será,
La madre de la Mejor.

ACTO SEGUNDO

Salen Liseno, Farés y Eliud, pastores.

LISENO.

Decienda, Farés, al río
Poco á poco ese ganado.

FARÉS.

Goloso del verde prado,
Anda saltando el cabrío;
¡Rita, acá! Por la ladera,
Verá el manso donde va.

ELIUD.

No le deis prisa, que ya
Pisa la blanca ribera.

Dentro se haga ruido de ganado con esquilas y con cencerros, como que baja á beber.

LISENO.

Los vaqueros bien pudieran
Tener las vacas un rato,
Hasta que bebiera el hato.

FARÉS.

Jamás á que beba esperan:
Verá, pues, donde se queda
Aquel carnero manchado.

ELIUD.

Tírale piedra ó cayado.

LISENO.

No hay mejor puesto en que pueda
Beber á gusto, que aquel
Por bajo del olivar.

ELIUD.

Ya poco deja el lugar
Nuesamo y Bato con él.

LISENO.

Después que Dios fué servido
De dar milagrosamente
Fruto á su esposa, no siente
Si hay ganado ó si hay perdido.
Al principio imaginé
Que no pasara adelante,
Pero fruto semejante
Ya tan adelante fué,
Que está cerca de parir.

FARÉS.

Á la cuenta si estará,
Que nueve meses habrá
Que Joaquín trató de ir
Con Bato á Jerusalén,
Donde en la puerta Dorada
Halló su mujer amada
Que le esperaba también.

LISENO.

Linda paz de los casados
Son los hijos.

ELIUD.

Lazos son,
Que uno y otro corazón
Tienen para siempre atados.
Donde no hay hijos, no hay gusto,
Paz, sosiego, ni quietud.

FARÉS.

¿Es aquel Bato, Eliud?

ELIUD.

Paréceme más robusto;
Pero ¡voto al sol! que es él
Si el deseo no me engaña,
Mas que viene á la montaña
Por cabritos, queso y miel.
¿Á dónde bueno perdido?

Sale Bato.

BATO.

Dios guarde la buena gente;
Paz, salud y vida aumente.

LISENO.

Bien vengas; ¿á qué has venido?
¿Qué tenemos por allá,
Hijo ó hija?

BATO.

Aun no ha llegado
Aquel parto deseado
Que el mundo esperando está.
Y puedo decirlo bien,
Pues á milagro se tiene,
Y así del contorno viene
Mucha gente á Nazarén
Á visitar la preñada,
Que tiene tanta hermosura,
Que muestra que es la criatura
Alguna cosa sagrada.
Loca está la parentela,
De pensar é imaginar
Que algo quiere Dios obrar,
Pues tantas cosas revela.
Que como quien quiere hacer
Unos palacios rëales,
Va juntando materiales

Que dan su intento á entender.
Así parece que aquí,
Aunque Dios no se declara,
Casa y palacios prepara;
Lo demás no es para mí.
Que esto y otras cosa tales
Oí decir á Joaquín,
Mirando aquel serafín,
Con mil rayos celestiales.
Él, en efecto, me manda
Que venga alegre al ganado,
Y para este deseado
Parto que en vísperas anda,
Algunos regalos lleve;
Que vendrán deudos á casa,
Y como no es casa escasa,
Quiere cumplir lo que debe
Á su justa obligación
Y al regocijo del día.

ELIUD.

Parece que en alegría
Nos bañas el corazón.
No dudes, sino que Dios
Algunos cimientos funda,
Pues que la estéril fecunda.

FARÉS.

Siendo tan santos los dos,
Claro está que lo ha de ser
Lo que dellos procediere.

BATO.

Farés, no es justo que espere:
Luego me pienso volver;
Vengan algunos cabritos
Y los más gordos corderos,
Miel de olorosos romeros,
Quesos de la encella escritos,
Y fruta seca, si alguna
Tenéis en vuestra cabaña.

FARÉS.

Lo que hubiere en la montaña
Lleva á aquella blanca Luna.
Y dile, Bato, á señor,
Que dé aviso á quien los ama,
Luego que pára nusama,
Si quiere hacernos favor.
Porque habemos de ir allá
Á regocijar la fiesta,
Y cada cual con su cesta
De lo que tuviere acá.
Que sólo en oir decir
Que Ana ha de parir, no hay hombre
Que no se alegre del nombre
Sin saber que ha de partir.
Ven y escoge á tu contento
Cuanto hay bueno en el ganado.

BATO.

De Joaquín es, Dios loado,
Y con qué notable aumento:
Vamos, y estad prevenidos
De instrumentos pastoriles,
De flautas y tamboriles
Y de salterios polidos.
Aderezad castañuelas,
Y panderos, y sonajas;
Que nos hemos de hacer rajas.

ELIUD.

Todo este monte consuelas
Con prometerle ese día.

BATO.

Dichoso el vientre fecundo
Que promete á todo el mundo
Tanta paz, tanta alegría.

Sale Santa Ana y Joaquín.

JOAQUÍN.

No me canso de decir
Requiebros al vientre santo,
Mas ¿quién puede decir tanto,
Ni tanto puede sentir,
Si lo que habéis de parir,
Ana hermosa, es una estrella
Que Dios quiere hacer tan bella?
Cualquiera encarecimiento
Dará muestras del contento,
Mas no de igualar con ella.
¡Bendito el dichoso día,
Ana, mi mujer amada,
Que os vi en la puerta Dorada,
Del oro de mi alegría!
Cuando pienso que María
Hoy vive dentro de vos,
Y procede de los dos,
Querría estar de rodillas,
Porque tantas maravillas
Todas van llenas de Dios.
Á la esfera de la luna
Parece ese vientre santo,
Luna que ha de crecer tanto,
Sin tener mengua ninguna,
Luna hermosa, que si alguna
Luz al sol ha de tener,
Ésta pienso que ha de ser,
Porque Dios ha prevenido
Muchos hombres que han nacido,
Mas no como esta mujer;
Y pues Dios mujer previene,
No sé si piense que sea
Ésta aquella que desea
El mundo, y que el tiempo viene
Que la frente quebrar tiene
Su planta al dragón inmundo.
Que hacer lo estéril fecundo
Y no siendo hombre el que nace,
Sin duda es arca que hace
Para que se salve el mundo.

ANA.

Dulce esposo, el alegría
Que comunica á mi pecho
Esta prenda que le ha hecho
Un cielo desde aquel día,
Esta divina María

Que el Ángel nos anunció,
Mil pensamientos me dió
Viendo tanta gloria en ella,
Si es del claro sol la estrella,
Y el alba vengo á ser yo;
Mas como mi indignidad
Bate las alas al suelo,
Dejo, mi Joaquín, al cielo
Del secreto la verdad.

JOAQUÍN.

Donde tanta claridad
Se muestra, luz hay oculta.
La indignidad dificulta
Nuestros mortales despojos;
Mas luz que abrasa los ojos,
Si no es sol, ¿de quién resulta?
Vos parecéis un cristal,
María una lumbre clara
Que su resplandor declara,
Y resplandor celestial.
Con esta misma señal
Nacieron Isaac, Sansón,
Josef y Samuel, que son
Hombres en fin; mas el día
Que Dios promete á María,
Dios tiene más ocasión.
¡Oh quien serviros pudiera
Igualando á su deseo,
Que rico y pobre me veo,
Rico por lo que quisiera,
Y pobre, porque no fuera
El mundo regalo dino.

Sale Raquela.

RAQUELA.

Aquí ha entrado tu sobrino.

JOAQUÍN.

¿Cuál dellos?

RAQUELA.

Josef.

JOAQUÍN.

Pues entre.

Sale Josef y un pastor con una cuna nueva.

JOSEF.

Que aquí juntos os encuentre
Quiso Dios, porque el tributo
Rinda alegre al dulce fruto
De tan casto y santo vientre.
Tíos de mi corazón,
Tomad con pecho sincero,
Deste pobre carpintero,
No el presente, la intención.
De David y Salomón
Desciendo, mas mi humildad
No heredó la majestad,
Que si su cetro tuviera,
Del mar de Ofir os rindiera
Más oro mi voluntad;
Cuando supe que sabéis,
Desde aquel dichoso día,
Que habéis de llamar María
Al tesoro que tenéis,
Y que mil siglos gocéis,
No sé qué me dió en el alma
Que me dejó todo en calma,
Y dijo toda gozosa:
¿De quién ha de ser esposa
Esta soberana palma?
Dióme, aun antes de nacida,
Mi prima tanta afición,
Que en medio del corazón
La tengo toda esculpida,
Y así á la niña querida,
Niña en los ojos de Dios,
Por serviros á los dos,
Quise labrar una cuna
Para aposentar la Luna
Deste cielo que sois vos.
Busqué luego, amada tía,
Unas tablas de ciprés,
Y hallé luego dos ó tres,
Y dije: ¡Por vida mía,
Que habéis de hacer á María
La primer cama que tenga,
En tanto que la prevenga
Otras grandezas el cielo;
Que no es posible que al suelo
Para menos glorias venga!
Llega, Elí; perdonad, tíos,
Pues sois tan santos y llanos,
Que esto labre con mis manos;
Porque los deseos míos,
De los ébanos sombríos
Y el terso marfil bruñido,
Quisieran que hubiera sido,
Ó que toda un nácar fuera,
Porque quien tal perla espera,
Tal caja hubiera tenido.
Quisiera daros cortinas
De tela, y cielo de cielo;
Que brocado y terciopelo
Parecen cosas indignas;
Esto ofrezco á sus divinas
Prendas, en que el alma enseño,
Que si de más fuera dueño,
Más le hubiera presentado,
Pero Sol tan disfrazado
Ande en carro tan pequeño.

JOAQUÍN.

Josef, de vuestra intención
Estamos bien satisfechos,
Y vos sabéis nuestros pechos,
Y en qué grado vuestros son.
La cuna ha sido invención
Muy vuestra, imitando el arca
De aquel santo Patriarca,
En que la paloma viva
Que traiga la verde oliva,
Que cielos y tierra abarca.
Mil cosas, con el contento,
Digo que apenas las sé,

Y que decillas no fué
Más causa que el sentimiento,
Y para agradecimiento
Os digo, Josef querido,
Que habéis la barca traído
Donde la estrellá del mar
Ha de salir á guiar
Al navegante perdido.
Y añado, por más consuelo,
Y de vuestro amor ventaja,
Que habéis labrado la caja
Para la joya del cielo.
Y digo con santo celo,
Movido de Dios por vos,
Que esta joya de los dos
Ha de ser tan rica y bella,
Que se ha de engastar en ella
El mismo diamante Dios.

JOSEF.

En el nombre de María
Tantas virtudes se ven,
Que sus letras dicen bien
Qué joya y qué piedras cría:
Por la M se podría
Decir que esta joya hermosa
Es margarita preciosa.
Por la A, que es amatiste,
Que de azul claro se viste,
Del cielo color celosa.
Que rubí muestra la R,
De color subido y fino.
La I, que es bálsamo divino,
Que no hay mal que no destierre.
Con la A, será alectoria,
Piedra de honor y memoria.
Mirad si es joya bastante
Para engastar el diamante
Que la corona de gloria.

ANA.

Joaquín, un nuevo accidente
Me ha dado.

JOSEF.

Aquí está Raquela.

ANA.

Aunque accidente consuela
Y con templanza su frente.

RAQUELA.

Pues, señora, prestamente
Ven conmigo.

ANA.

Esposo mío,
En aquel gran Dios confío
De mi esperanza el efecto.

Vanse, poniendo las manos en los hombros de Raquela.

JOAQUÍN.

El fruto otra vez prometo,
Y desde aquí se le envío.

JOSEF.

Joaquín, yo voy á avisar
A mi casa, porque sé
Que á Jacob no le podré
Mejores nuevas llevar.
Que os viniera á visitar
Quisiera, mas no anda bueno.

JOAQUÍN.

El cumplimiento condeno
Y considero el amor.

JOSEF.

El cielo os dé su favor,
Aunque estáis de tantos lleno.

JOAQUÍN.

Divino Jehová, principio y fin
Sin principio ni fin, Dios de Sión,
¿Qué trono es éste, eterno Salomón,
Que fundas en la casa de Joaquín?
¿Qué arca de uno y otro querubín,
Cubierto con tan alta perfección?
Qué tierna vara del divino Aarón;
Qué cedro en monte ó fuente de jardín?
Altas sospechas, gran Señor, me dan
Que de la humilde casa de Belén
Quieres que venga al mundo el nuevo Adán.
Dichoso yo, dichosa Nazarén
Si cumples la promesa de Abraham,
Que si ésta es alba, vendrá el sol también.

Salga Bato.

BATO.

Mi señora te ha llamado:
Entra á hacerle compañía:
Verás que es obscuro el día
Y el mismo sol, comparado
Á la luz del aposento,
Donde con susurro blando
Parece que están cantando
En algún dulce instrumento.
Entra, señor, que te llama.

JOAQUÍN.

Ya se acerca mi alegría,
Ya viene el alba del día,
Que el alma en gloria me inflama.
¿Trajiste bastantemente
Para dos huéspedes?

BATO.

Creo
Que he igualado tu deseo,
Y que aunque venga más gente,
Para todos ha de haber
Qué comer y qué cenar;
Pero no dejes de entrar:
Así Dios te dé placer,
Verás la casa, un jardín
Lleno de olores del cielo.

JOAQUÍN.

Todo resplandece el suelo,
¡Oh venturoso Joaquín!

BATO.

¡Y cómo si es venturoso
Quien tanta gloria merece!
¿Qué es esto que resplandece?

Sale Gabriel cercado de Ángeles.

ÁNGELES.

Deja, Gabriel generoso,
Que así juntos te adoremos.

GABRIEL.

Ángeles, alzaos: mirad
Que sólo á su Majestad
Esa adoración debemos.

ÁNGELES.

Quien del Rey ha merecido
Oficio tan preeminente,
Y comisión de asistente
Á su lado esclarecido,
De la que ha de ser su Madre,
Bien merece adoración.

GABRIEL.

Yo traigo esta comisión,
Que me dió el Eterno Padre,
Para ser Ángel de guarda
De la que Madre ha de ser
De su Hijo, que nacer
Muy presto en la tierra aguarda.
Hoy son ocho de Septiembre,
Hoy ha de nacer María,
Porque en el mundo alegría
Y oliva de paces siembre.
De dos años y dos meses
Será al templo presentada
Esta espiga sazonada
De Dios entre castas mieses.
Estará otros once en él,
Y de trece desposada
Con Josef, esta sellada
Puerta que vió Ecequiel,
Esta zarza, que jamás
Ardió, con el fuego en medio,
De trece años y medio
Y de trece días más,

Hínquense de rodillas los Ángeles.

Ha de concebir al Hijo
De Dios, cuando en ella encarne,
Hecha la palabra carne.

BATO.

¡Qué divino regocijo!
Parece que blandamente
Oigo hablar sin ver á quién.
¡Oh, dichosa Nazarén,
Donde tal gloria se siente!
¡Oh venturoso aposento!

Levántense los Ángeles.

GABRIEL.

De catorce años María,
Y tres meses, verá el día
Del divino nacimiento
Del hombre y Dios en la tierra,
Hecho pasible y mortal,
Y allí, coro celestial,
Con cuanta grandeza encierra
La soberana milicia,
Después que se hayan besado,
Con abrazo regalado,
Dulce paz, santa justicia,
Cantaréis, pues que la guerra
Cesó en el dichoso suelo,
La gloria á Dios en el cielo,
La paz al hombre en la tierra.
Yo voy con humilde celo
Á servir á esta señora,
Que tanto á Dios enamora,
Que le hace bajar del cielo.
Vuestras angélicas bocas
Canten y muestren placer;
De su guarda voy á ser.

ÁNGELES.

¡Dichoso Gabriel, que tocas
Aquel arca soberana
Del más divino maná,
Si envidia cupiera allá,
Como en condición humana,
Los Ángeles la tuvieran
De tu preeminencia hoy!

GABRIEL.

Á verla y servirla voy,
Que ya en las manos la esperan
Sus padres, más que dichosos.

ÁNGELES.

Todos iremos contigo.

BATO.

Que hablan y cantan digo;
Cantaréis himnos gloriosos;
Es sin duda que en la tierra
Hoy hace Dios maravillas.
Dios que soberbios humillas,
Y cuya espada destierra
Á la arrogancia del cielo;
Dios que la humildad levantas,
¿Que son maravillas tantas
En el cielo y en el suelo?
Todo florece y respira
Suave y divino olor:
Prodigioso resplandor
En esta casa se mira:
Pienso que están á racimos
Los ángeles por los techos
Como de las palmas hechos;
Tal vez por ella los vimos.
¡Qué acordados instrumentos!
Sin duda que el parto llega;
La luz más que el sol me ciega:
Ojos, no miréis atentos.

Toquen dentro chirimías, y en acabando canten:

Ave regina cœlorum,
Ave domina Angelorum,
Salve radix, salve porta,
Ex qua mundi lux est orta.

Tornan á tañer, y salgan los tres pastores, Liseno, Farés y Eliud, con unas cestas.

LISENO.

Allá puede tener el que quisiere
Cuenta con el ganado, que este día,
No digo los pastores, los corderos
Vendrán á Nazarén saltando todos,
Mejor que cuando entre canales de agua
Pasaba el pueblo de Israel seguro,
El mar Bermejo en cristalino muro.

FARÉS.

Aquí está Bato y todos sin sentido.

ELIUD.

¡Hola, Bato! ¿qué es esto?

BATO.

¿De qué suerte
Habéis venido á Nazarén vosotros?

ELIUD.

Con los pies que tenemos, y en las manos
Estos presentes para la parida.

BATO.

¿Cómo ó cuándo supisteis que lo estaba?

FARÉS.

Era tanto en el monte el regocijo
De cabras, de cabritos y corderos,
De toros, de becerros y de vacas,
El saltar, el balar y el alegría;
Eran tantas las flores que nacieron,
Tanto el olor de casia, cinamomos,
Cedros, aloes, mirras y laureles,
Tantas las fuentes que brotaron agua
Por los resquicios de las secas peñas
Y entre las hierbas de los verdes prados,
Tantas la luz, las voces y la música
Que celebraba el nombre de María,
Que claramente vimos que nacía.

ELIUD.

Sin esto, por los aires resonaba
Su nombre en celestiales instrumentos,
Y como se ve el sol de donde nace,
De Nazarén se vía que nacía
La que llaman los ángeles María.

LISENO.

Dejamos admirados los ganados,
Y venimos á ver el venturoso
Parto de una mujer que en estos años,
De estéril hace Dios ser tan fecunda,
Que baña el mundo en gozo y alegría
Pariendo la hermosura de María.

ELIUD.

Guíanos, Bato; que ofrecer queremos
Lo que en aquestas cestas recogimos:
Rústicos dones, pero ricos ánimos.

LISENO.

Yo traigo cuatro vivos conejuelos,
Que ojalá que la niña mejor fuera
Porque comer y retozar los viera.

FARÉS.

Yo seis panales de la miel más pura
Que en todos estos montes se ha criado,
Y que sólo mirar el artificio
Desta sabia, aunque mínima república,
Puede admirar el más sutil ingenio.

BATO.

Pues yo te juro que los labios bañe
De la más pura y celestial criatura
Que ha visto la terrestre compostura.

ELIUD.

Aquí le traigo, Bato, unos pichones,
No ingratos á los cebos de sus padres,
Que por las nuevas mal pobladas plumas
Descubren la gordura de la carne:
Guíanos, por tu vida, á la parida.

BATO.

Vamos, que yo no sé lo que ha pasado,
Pero sé que ha nacido, porque afuera
Así lo oí, como presente á todo;
Hablaré con Raquela, y si nos diere
Licencia á todos juntos como estamos,
Veremos á la madre y á la hija,
Que según con las dos se alegra el cielo,
No las tiene mejores todo el suelo.

Vanse.

Sale un Rey judío y otros dos criados.

JUDÍO 1.°

Parece que manda hacer
El cielo este regocijo,
Y para darlo á entender,
Como en pregones lo dijo
Con música desde ayer.
El aire que resonaba
Parece que nos decía
Que la tierra en paz estaba
Y que una estrella nacía
Que al divino sol llamaba.
Pues siendo así, ¿no es razón
Hacer regocijo y fiestas?

JUDÍO 2.°

Previniendo una canción,
Baile, gran señor, se apresta
De los que más diestros son,

JUDÍO 1.°

Pues con ellos quiero ir
Al templo, y en él pedir
Á los cielos qué sería
La causa desta alegría
Que hoy nos han hecho sentir;
Que las cosas que contemplo
Son peregrinas mercedes.

JUDÍO 2.°

Darás de humildad ejemplo;
Ya viene la fiesta, y puedes
Irte con ellos al templo.

Salen los músicos de judíos, y los que bailan; canten y bailen.

Nunca el sol salió más bello,
Runfalalén.

Ni con más lindo cabello,
Fanfalalán.
Nunca fué tan claro el día,
Runfalalén,
Ni trajo tanta alegría,
Fanfalalán.
Que se alegren manda el cielo,
Runfalalén.
Todos los hombres del suelo,
Fanfalalán.
No sabemos la ocasión,
Runfalalen,
Pero alegrarse es razón,
Fanfalalén.
Por Septiembre primavera,
Runfalalén.
¿Quién ha visto, ó verla espera?
Fanfalalán.
Cuando nace algún cometa,
Runfalalén,
Está la tierra sujeta,
Fanfalalán.
Mas cuando nace una hembra,
Runfalalén.
Que no hay sol que más alumbre,
Fanfalalán,
Todos contentos están,
Fanfalalán.

Vanse.

Sale otro Rey negro con algunos criados.

REY.

Samo tan regocijara
De ver lo sielo tan beyo,
Que non podemo hablar deyo
Siendo neglo y ellan crara.
Turo en placer nos bañamo
Desta divina alegría,
Po sieto la tierra mía
Grande contento le damo.
Por tun vilas que me contas
Lo que ha habido por allá.

NEGRO.

Tomé si la contará;
Tengamo un poco de conta.
Hoy que del meso Setiembro
Pensa que tenemos ocho,
Sando el cielo llovendero,
Triste nubraro y mencónico,
De repente se serena
Hacia la banda del Congo,
Y sale el siñolón Febo
Yena de cabeyo rojo;
Al mismo punto vimo
Por montes, vayes y sotos,
Floriro turo la planta,
Canela, clavo oloroso,
Jengibre, nuece moscada,
Pimientas y sinamomos,
Luego esmaltará los prados
De tanta liria vistoso,
Tanto azule campanilla,
Tanto trébole y enojo,
Perejila, yerba buena
Mucha, culantrillan poco,
Y otras flores que podían
Un Mayo volveyan locos;
Luego las parleras aves
Abren los picos sonoros,
Yevando á sus dulces tiples
Con trambajos los arroyos;
Cantaba la sirgueriya,
La calandria, el ruiseñolo,
La perdiz, la cogujalas,
La cernícala y cinsontos,
Y aunque no sabemo quién,
Nacemo con tanto gozo;
María, María, dice
La pampangaya y lo tordo;
Luego de los montes altos
Bajaba el gamo y el corzo
Á las aguas de las fontes,
Sin tomar del arco asombro;
Á los pinos encumbralas
Trepaba el ligero monos,
Y los piñones sacando,
Á quien mira hacemos cocos:
Mirando tanta alegría
Lo Neglo de Manicongo,
Ropa de algodón se viste
Labrara con seda y oro,
Ponemo lo paragate
Más blanca que niñan de ojo,
Con su cinta culurara,
Que parecemo un madroños,
Mucho de casicabele
Atamo turo brioso,
Que aunque zambo, bien sabemo
Bailar como un andimoños;
Sacamo tamborilico,
Guitarrillas, clavicordios,
É con pandero é sonajo
Cantamo é bailamo en corro;
Si no lan quiere creer,
Mira cómo viene toro;
Véngase tras ella prima,
Que aunque neglo, gente somo.

Salen los músicos de negros, y los que bailan; cantan y bailan.

Usié, usié, usiá,
Que no sabemo lo que será;
Purutú, purutú, purutú,
Si nadie la sabe, cáyala tú.
Cuando el cielo muestra
Tanto resplandore,
Y en la tierra nuestra
Nace tanta flore,
Algún gran favore

El cielo nos da.
Usié, usié, usiá,
Que no sabemo lo que será;
Purutú, purutú, purutú,
Si nadie la sabe, cáyala tú.

Vanse.

Salen dos gitanos.

GITANO 1.° (1).
Por toda Menfis, Lucino,
Se esparce tanta alegría,
Que parece que este día
Con señal del cielo vino.
Algún pronóstico es
De nuestra felicidad.

LUCINO.
No es aquesta claridad
De un sol, parece de tres;
Y que todos á porfía
Dan tal luz á mil extraños
Reinos, que el tiempo en sus años
No vió tan hermoso día.
Quererte pintar la mar
Sería imposible cosa,
Pues siendo tan espaciosa,
Que ocupa mayor lugar
Muchas veces que la tierra,
Así se vió puesta en paz,
Que de alterarla incapaz
Se vió del viento la guerra.
Pudieran no sólo naves
De alto bordo y galeones,
Peregrinar mil naciones
Sobre las ondas suaves:
Mas la más pobre barquilla,
Sin alterar el igual
Campo de puro cristal,
Ver la más remota orilla.
Focas, delfines, ballenas,
Pacíficos navegaban,
Y por las ondas andaban,
De coral y perlas llenas.
Pues si la mar, que furiosa
Quiere sorberse la tierra,
Estaba en paz, poca guerra
En esta ocasión dichosa
La tierra padecería;
Antes, vestida de paz
De blanca arenosa faz,
La verde hierba vestía.
Fué tal el olor suave
Y la divina hermosura
De su variedad, segura
De que el invierno la acabe,
Que porque nadie codicie
Su plata y oro, las minas
Cubrieron de piedras finas
La terrestre superficie.
Y rubias escorias de oro,
Y junta tanta riqueza,
La misma naturaleza
Quedó con mayor decoro.

GITANO 1.°
Tantos prodigios, Lucino,
De alguna Rëal persona
Pronostican la corona.

LUCINO.
Algún Dios del cielo vino
Á ser en la tierra humano,
Pues nunca jamás el cielo
Previno gloria en el suelo
De aplauso tan soberano.
Mira la fiesta que hace
Egipto al Sol, á la Estrella,
Al Rey ó la Reina bella
Que con tantas fiestas nace.
No hay hombre sin regocijo.

GITANO 1.°
Pues sigámoslos también,
Y día de tanto bien,
Quede en las memorias fijo.

Salen músicos gitanos y los que bailan; cantan:

Á la dana dina,
Á la dina dana,
Á la dana dina,
Señora divina,
Á la dina dana,
Reina soberana.
Quienquiera que sea
La que hoy ha nacido,
Que el suelo ha vestido
De verde librea,
Egipto la vea,
Su bella gitana,
Á la dina dana,
Reina soberana,
Á la dana dina,
Señora divina.
Quienquiera que tiene
Tan alto valor,
Que á sembrar amor
Á la tierra viene,
Pues Dios la previene
Y el Sol la encamina.
Á la dana dina,
Señora divina,
A la dina dana,
Reina soberana.

Vanse y salen Cleofás y Josef.

JOSEF.
Creciendo de Jacob el mal postrero,
Cleofás, que ya postrero le he llamado

(1) En la 1.ª edición este personaje se designa con la abreviatura de *Ard.* No consta en la lista de los interlocutores, ni Lope declara su nombre en el texto de la Comedia.

Por parecerme que es tan duro y fiero,
No hay que aguardar que á nuestro tío amado
Venga á dar parabién de su sobrina,
Pues Joaquín le tendrá por excusado;
Ha parido una niña tan divina,
Ana dichosa y santa, que parece,
No de Arabia, mas Fénix Palestina;
Ésta que sus parientes enriquece,
Y el mundo con sus gracias enamora,
Nombre de Aurora, y aun de Sol merece,
Y ¡ay Dios! si fuese de aquel Sol Aurora,
Que espera el mundo, y que éste alegre día
Tomase dél la posesión ahora.

CLEOFÁS.

Á ver en la montaña en que vivía,
Á Joaquín el Arcángel anunciado
Las gracias y excelencias de María,
Muestra que el cielo ha puesto y declarado.
En este venturoso nacimiento,
El tiempo de los hombres esperado,
Démosle el parabién con el contento
Que es justo que tengamos sus sobrinos.

Salen Santa Isabel y Zacarías.

ISABEL.

Ese fuera excusado ofrecimiento.

ZACARÍAS.

Mi querida Isabel, si somos dignos
De ver cumplidos tan alegres días,
Esos serán pronósticos divinos.

JOSEF.

Ya vienen Isabel y Zacarías
Á ver la bella prima que ha nacido
Con generales fiestas y alegrías.

CLEOFÁS.

Enhorabuena hayáis los dos venido.

ISABEL.

¡Oh, Cleofás! ¡Oh, Josef! ¿Ana está buena?

JOSEF.

Buena estará la que tan buena ha sido;
No hemos entrado; tú, señora, ordena
Que juntos visitemos la parida,
Y la niña también de gracias llena.

Salen Raquela y Bato.

RAQUELA.

Buena ha sido la fiesta.

BATO.

Es escogida.
Para ser de sus rústicos pastores.

ISABEL.

¿Levantóse mi prima, está vestida?

JOSEF.

Está Joaquín con ella.

BATO.

Entrad, señores,
Veréis la primavera toda en Ana,
Y en una flor del sol todas las flores;
Aun no se levantó, que es de mañana,
Pero tiene salud, tiene hermosura,
Y la del sol la niña soberana.

ISABEL.

Vámosla á ver.

BATO.

Pues bien podéis, segura
De que veréis la aurora y el sol mismo,
Que el cielo ilustra con su lumbre pura,
Y ausenta las tinieblas al abismo.

Vanse.

Salen Liseno, Farés y Eliud.

LISENO.

Aquí están Bato y Raquela.

FARÉS.

Hoy habemos de jugar,
Porque de puro bailar
No hay hueso que no me duela.

BATO.

¿No topastes á Isabel,
La esposa de Zacarías,
La estéril por tantos días?

ELIUD.

¡Oh santo Dios de Israel,
Que das esterilidad
Para mostrar tu grandeza,
Poniendo en esta aspereza
Divina fecundidad!
Pienso que Isabel también
Otro día parirá,
Que por dicha ahora está
Estéril para más bien.

BATO.

¿Isabel ha de parir?

ELIUD.

¿Ana no parió?

BATO.

Dejemos
Para el cielo esos extremos,
Que él puede hacer y decir.

FARÉS.

No hay para Dios imposible.

LISENO.

Eso mismo digo yo,
Y que pues Ana parió,
Será de Isabel posible.
¿Qué juego se ha de inventar?

BATO.

Uno en que estemos sentados,
Y que quedando tiznados,
Nadie se pueda alabar.

LISENO.

Ya tengo mi asiento aquí.

RAQUELA.

Yo á tu lado.

ELIUD.

Yo me asiento

Á donde esté más atento.

FARÉS.

Y yo, Eliud, junto de ti.

LISENO.

Va de juego.

BATO.

Cada cual,
Deste nombre de María
Tome una letra.

LISENO.

La mía
Es M.

BATO.

Buena.

LISENO.

¿Y qué tal?

RAQUELA.

Pues yo tomo el A primera.

FARÉS.

Yo la R.

ELIUD.

Yo la I.

BATO.

Y yo, porque no escogí,
Me agrado del A postrera.
Cada cual, señores, diga,
Por su letra comenzando,
Algún nombre, preguntando
Al que quiere que prosiga.

LISENO.

Comienza, pues.

BATO.

Eme, di
¿Qué es María?

LISENO.

Milagrosa,
Pues nació tan glorïosa;
Pero responda la I.

ELIUD.

Insigne entre las mujeres;
Mas diga la R.

FARÉS.

Digo
Que es Rica, pero prosigo;
A primera, si tú quieres.

RAQUELA.

Digo que es Arco del cielo;
A postrera, di quién es.

BATO.

Arca del diluvio á tres;
Quedar sin nombre recelo;
M, ¿qué es María?

LISENO.

Mar;
Pero diga el A postrera.

BATO.

Arpa de David.

ELIUD.

No fuera
Mucho aquesta vez errar;
R, ¿quién es esta niña?

FARÉS.

Regalo del mismo Dios.

BATO.

Bien dicho.

FARÉS.

Mas decid vos:
Desta zarza, palma y viña,
Señora I, ¿qué sentís?

ELIUD.

Que es Infanta de los cielos,
De quien tiene el Ángel celos,
Que los perdió.

BATO.

Bien decís.

ELIUD.

Mas ¿qué siente deste sol
La M?

LISENO.

Tengo por llano
Que es de David soberano
La santa esposa Micol;
Mas ¿qué dice el A primera?

RAQUELA.

Que es divina Abigail.

BATO.

Respuesta ha sido sutil.

RAQUELA.

¿Qué responde el A postrera?

BATO.

Que es Abisac.

RAQUELA.

¡Qué veloz!

BATO.

Mas la R, ¿qué dirá?

FARÉS.

Que es Rut, que espigando está
En los rastrojos de Booz.

BATO.

Como tan bien te gobiernes,
No perderás.

FARÉS.

¿Quién es I?

ELIUD.

Iudit, que dé muerte aquí
Al más soberbio Olofernes.
Mas R, ¿á quién diréis ya?

FARÉS.

Á Rebeca. ¿Y la A postrera?

BATO.

Que es Ave de quien espera
Hacer del cielo maná;
Pero la primera diga.

RAQUELA.

Que es Árbol de oliva hermosa,
De los hombres paz dichosa
Que sus discordias mitiga.
Mas ¿la R?

FARÉS.

Diré yo
Que es bellísima Raquel,
Ramo de verde laurel

Y rosa de Jericó.
Diré que es Reina y Rubí
Y reparo de los hombres.

BATO.

Por uno dices mil nombres.

ELIUD.

Sus padres vienen aquí.

Salen Joaquín y Ana, de parida, con la niña santísima en los brazos, Isabel, Zacarías, Josef y Cleofás.

JOSEF.

No paséis de aquí, señores;
Esto por merced os pido,
Aunque perdemos de ver
Ese sol hermoso y lindo;
Y suplícoos que me hagáis
Tal merced, amados tíos,
Que pongáis en estos brazos,
Puesto que humildes é indignos,
Esa infanta, ese traslado
Del sol y del cielo empíreo.

ANA.

Por cierto de buena gana,
Josef, amado sobrino;
Que bien estará en tus brazos
Esa prenda de los míos,
Que cuando fuera mayor,
Eres tú tan casto y limpio,
Que puedes tenella en ellos.

Dásela á Josef en los brazos.

JOSEF.

¡Oh mi niña, oh paraíso,
Oh más hermosa que el cielo!
Abrid, abrid los zafiros
De quien toma luz el sol.
Mirad, mirad vuestro primo;
Yo soy Josef, Josef soy;
De Jacob, niña, soy hijo;
De David también desciendo.
Reyes me dieron principio;
Niña por gran bien nacida,
Niña de los ojos míos
Y aun de los ojos de Dios,
Pues ha tanto que os ha visto,
Abrid el rubí precioso
De aquesos labios benditos,
Porque se descubra el cielo
Sin mirar al cielo mismo;
¿Cómo os halláis en la cuna
Que de cipreses os hizo
Este pobre carpintero,
Después que os tiene tan rico?
¿Dormís bien? Dichosa quien
Os aduerme; mas ¿qué digo?
Tomad, que me lleva el alma,
Y pienso que el cielo os quito.

JOAQUÍN.

Mucho nos honras, Josef.

JOSEF.

La honra que he recibido
Dios la sabe; entraos, señores;
Que baja el sereno frío
Y hará mal á tanto bien.

ISABEL.

Yo también, prima, bendigo
Fruto de tal bendición;
Presto volveré á serviros.

ZACARÍAS.

Volved, Ana, al aposento.

ANA.

Adiós, parientes queridos.

JOAQUÍN.

Entrad, señora, y guardad
Ese tesoro infinito;
Que si el amor no es quien causa
Las ideas que fabrico,
Vos seréis, Ana dichosa,
Llamada en todos los siglos
La Madre de la Mejor
Madre de cuantas lo han sido.

ACTO TERCERO

Salen el Dragón infernal y dos Ministros.

DRAGÓN.

¿Eso dices que has oído?

MINISTRO.

Eso á los padres oí,
Junto á su limbo escondido,
Que del dolor que sentí,
Vengo, Dragón, sin sentido.

DRAGÓN.

¿Que la mujer es nacida,
Que me ha de quebrar la frente,
Dice esta gente perdida?

MINISTRO.

Tan clara y distintamente,
Que la llaman gloria y vida
De los mortales del suelo.

DRAGÓN.

Mi desventura recelo;
Mas no es posible que sea
Esta que el mundo desea,
Por quien importuna al cielo.

MINISTRO.

Pues ¿por qué pueden hacer
Esta fiesta que se siente,
Si aquesta no es la mujer
Que te ha de quebrar la frente
Con su divino poder?

DRAGÓN.

¡Planta de tanta blandura
Me puede hacer tantos daños!
Tengo la frente muy dura,
Que ha más de cuatro mil años
Que á Dios el enojo dura.
Pero pena he recibido

En oir que haya nacido,
Pues sabes que entre los dos
Pùso enemistádes Dios,
Y no las tiene en olvido.
¡Cosa que llegado hubiese
Para apretar mi garganta,
El tiempo en que Dios quisiese
Formar la divina planta
Que mi cabeza rompiese!
Cosa que aquesta doncella,
¡Oh serpientes! fuese aquella,
Tan dicha en las profecías,
Y más adonde Isaías
Habla tan á voces della;
Que una Virgen parirá
Dice, y que se llamará
Enmanuel el infante;
De Jessé, dice adelante,
La verde vara saldrá,
Y de la raíz la flor,
Y que alegre en el camino,
Y en la soledad mayor,
Engendrará aquel divino
Lirio de perpetuo olor.
La hermosura del Carmelo,
Y del florido Saron,
Del Líbano el verde suelo,
La gloria y la perfección
Dice que ha de darle el cielo.
Que antes de parir parió,
Dice, y que parió un infante;
Parir antes, ¿quién lo oyó?
¿Quién vió cosa semejante,
Ni tal enigma entendió?

MINISTRO.

Y aquella puerta cerrada
De quien hablaba un profeta,
Donde Dios halló la entrada.

DRAGÓN.

¡Que esté mi cerviz sujeta
Á su vengativa espada!
Pero de pena excusemos
Con adelantarla agora,
Y á los del Limbo escuchemos.

MINISTRO.

¿Cantan?

DRAGÓN.

Sí.

MINISTRO.

Quien siempre canta... (1)

DRAGÓN.

Querrá que lloremos. Llora.

Ábrese una peña muy grande, dentro de la cual están Adán, Eva, Abel, Abraham, David y Jacob, el padre de Josef.

Canten:

Bendita tu hija sea,
Pues tu palabra cumplida,
Se comunica la vida
Que el mundo alegre desea.

ADÁN.

Prosigue, mi Jacob, el dulce cuento.

JACOB.

Como digo, Joaquín y Ana casados
Prometieron á Dios del casamiento
El fruto.

ADÁN.

¡Oh padres bienaventurados!

JACOB.

Joaquín, con este santo pensamiento
De sus bodas veinte años ya pasados,
Fué al templo, y ofreciendo á Dios sus dones,
Como estéril oyó sus maldiciones.
Las pálidas mejillas, que cubrían
Vergüenza y canas, roja sangre y nieve,
Al son con que las lágrimas salían
Sale del templo, á cuyo umbral las llueve
El que llamar sus méritos podrían,
Si á tanto nuestra voz mortal se atreve,
Antecesor de Dios Hombre en el suelo,
Más cerca que David dichoso abuelo.
Las aves en los altos nidos mira,
Y llora en ver sus hijos, porque sabe
Que espera el Fénix que la tierra admira,
Y á quien dirán las de los cielos Ave;
Entre las vides y álamos suspira,
Y ha de ser padre de la vid suave
Que ha de dar en la cruz por altos ramos,
Aquel racimo fértil que esperamos.
Los trigos mira el generoso anciano,
Sin ver que el campo estéril y fecundo
Dará una espiga cuyo rubio grano
Del cielo ha de bajar pan vivo al mundo.
Á su ganado llega, y llora en vano,
Pues el cordero de los tres segundo,
Será de Dios y suyo, que algún día
Le llame nieto en brazos de María.
El Ángel le aparece, finalmente,
Y mándale buscar su esposa amada:
Abrázanse los dos alegremente
En la puerta que allí fué más Dorada;
Concibe aquella flor Ana excelente,
Tantos años del mundo deseada,
Y á nueve meses nace un claro día
La niña hermosa celestial María.
Cuando llegó mi muerte venturosa,
Y partí de la tierra al santo seno
De Abraham, era ya la niña hermosa
De dos años.

ABEL.

¡Oh tiempo de paz lleno!

JACOB.

Yo quería su madre, y la dichosa
Parentela, por ser del mundo ajeno
Este tesoro, y por piadoso ejemplo
Ofrecérsela á Dios, llevarla al templo.

ADÁN.

Bendita niña, crece felizmente,
Y de tus manos venga nuestra vida.

(1) Falta la rima en este verso.

EVA.
Crece, divina niña, que la frente
Pisarás de la sierpe endurecida.

ABRAHAM.
¡Oh palma! ¡Oh lirio! ¡Oh torre! ¡Oh trono! ¡Oh [fuente!

ADÁN.
¡Oh Reina celestial, del sol vestida!

ABRAHAM.
¡Oh niña, á quien darán mil bendiciones
Del mundo las más bárbaras naciones!

Ciérrase la boca.

DRAGÓN.
No me basta sufrimiento,
Porque, ó yo lo entiendo mal,
Ó por este nacimiento
Desta niña celestial
Comienza mi perdimiento.
Aqueste recién venido,
Que ha tan poco que murió,
Tales nuevas ha traído,
Que dice que él mismo vió
Lo que me quita el sentido.
¿No mirabas cómo Adán,
Eva su mujer, Abel,
Jacob, Isaac, Abraham,
David y cuantos con él
Juntos en el Limbo están,
Que creciera á Dios pedían
Esta niña que mi frente
Ha de quebrar, y decían
Que estaba en la edad presente
En que su remedio vían?
No es esto para callar:
No es esto para sufrir:
Mejor me quiero informar:
Al mundo quiero subir,
Pues tengo más que bajar.
Nunca aquestos han cantado
Á Dios con tal regocijo:
Nunca estas gracias le han dado:
Sin duda que está su hijo
Cerca de verse humanado:
Ven, que yo sabré lo que es.

MINISTRO.
Ya todo el infierno siente,
Dragón, que temblando estés.

DRAGÓN.
¡Ah, cielos, que esté mi frente
Condenada á humanos pies!

Vanse y salen Joaquín, Ana y Josef.

JOAQUÍN.
Cuánto nos haya pesado
La muerte del padre tuyo,
Bien lo sabe el amor suyo,
Del nuestro tan bien pagado.
Tú, Josef, perdiste padre:
Joaquín hermano perdió:
Una madre nos parió:
Hermanos somos de madre.

ANA.
Bien estarás satisfecho,
Josef, de lo que he sentido.

JOSEF.
El buen padre que he perdido,
Hoy le gano en vuestro pecho,
Y aquel divino dechado
Que de virtudes tenía;
De suerte que el mismo día
Lo que he perdido he ganado.

JOAQUÍN.
¿Dónde está ahora Cleofás?

JOSEF.
En negocios anda fuera;
Que estuviera aquí quisiera
Porque se alegrara más.
Pero esto dejando aparte,
¿Cómo tenéis á María?

JOAQUÍN.
Con mil gracias cada día
Que en ella el cielo reparte.
Tal lengua, tal discreción,
Exagerar no se puede:
La margen mortal excede:
Cosas celestiales son.
Parece que anticipó
La razón en ella el cielo.

JOSEF.
¡Y como si al bien del suelo
Tal prenda en las suyas dió!

JOAQUÍN.
Ángeles hemos sentido,
Que la han servido y hablado.

JOSEF.
Del bien á que la han criado,
Grandes indicios han sido.

ANA.
¿Qué músicas celestiales,
Y qué regalos sentimos,
Qué dulces juegos oímos
Á su tierna edad iguales,
Pero de misterios llenos?

JOAQUÍN.
¿Quién duda que lo serán,
Y que agradando estarán
Á aquellos ojos serenos?

JOSEF.
Ya, Josef, se llega el día
Que la queremos llevar
Al templo; que no ha de estar
Entre los hombres María.
Tiene cumplidos dos años
Y más dos meses y medio
Este celestial remedio
De nuestros prolijos daños.
Pienso que del tribu irán
Nuestros deudos más cercanos.

JOSEF.
Los hijos de los hermanos,

Joaquín, no se quedarán:
  Con ella y con vos iré.

JOAQUÍN.

Siempre nos queréis honrar.

JOSEF.

El que lo quisiere estar,
Con vos y con ella esté.

ANA.

  ¿Sabes, Josef, que querría
Que á propósito tuviese
Una cama en que durmiese
Allá en el templo María?
  Porque ella no ha de dormir
Con nadie aunque es tan pequeña.

JOSEF.

La que tan pequeña enseña,
Bien puede aparte vivir.
  Ni era razón, pienso yo,
Que en la cama de la Luna
Entrase criatura alguna
Sino el Sol que la crió.
  En este Asuero se emplea
Bien tal Ester, tal Infanta,
Y de una Abisac tan santa,
Sólo Dios el David sea.
  Tan heroico Gedeón
Goce este Vellón subtíl,
Y este trono de marfil
Tan divino Salomón.
  Si á mí me queréis fiar
Su labor, aunque en madera
Pobre, mi amor considera
Que á Dios consagra un altar.
  Yo la labraré muy presto:
No estorbaré la partida.

ANA.

Bien merece ser servida
De sus parientes en esto.
  Labralda, sobrino, vos,
Que me dice el alma mía,
Que en hacer cama á María
Hacéis en que duerma Dios.
  Porque en un alma por quien
Tantos milagros ordena
Y de tantas gracias llena,
Dios asistirá también.

JOAQUÍN.

  Pues, Josef, este cuidado
Os queda, y quedad con Dios.

JOSEF.

Vaya, tíos, con los dos,
Y os pague el haberme honrado;
  Á vuestra virtud lo debo:
Humilde é indigno soy.

ANA.

¡Qué obligada á Josef voy!

JOAQUÍN.

Es un honesto mancebo.

ANA.

  No hemos tenido pariente
De tan grande santidad.

JOAQUÍN.

No le ha tenido su edad
Tan casto ni tan prudente.

Vanse Joaquín y Ana.

JOSEF.

  Si como son cepillo y sierra viles
Y esta madera pinabete ó haya,
Fuera oro y plata de la indiana playa,
Y ellos crisoles, limas y buriles.
  Si odoríferos árboles sutiles
Con que Saba los cielos atalaya,
Y de la fértil isla de Tondaya
Ébanos negros, cándidos marfiles;
  Labrara yo la cama de la Luna
Con envidia del Sol y las estrellas,
Pues ni él la iguala, ni hermosura alguna.
  Cesó la claridad en él y en ellas,
Porque como la fénix sola y una,
Así es María entre las cosas bellas.

Vase.

Salen Bato y Raquela.

BATO.

  Todos el monte dejamos:
Á todos manda venir:
Ya no llamamos servir
Los que en Nazarén estamos.
  Ya por gloria lo tenemos,
Porque después que María
Bañó de dulce alegría
Esta casa en que la vemos,
  Naciendo tan clara y bella,
No hay hombre, si lo es de bien,
Que no venga á Nazarén,
Alegre de hablalla y vella.
  ¿Qué se trata de partida?

RAQUELA.

¿Que hoy nos habemos de ir?

BATO.

¡Voto al Sol, que he de reir
Hoy para toda mi vida!
  Desde aquí á Jerusalén
He de hacer á nuestra niña
Mil juegos por la campiña
Y en las posadas también.
  ¡Oh, qué placer recibí
De mecerla esta mañana!
Nuestra ama y su madre Ana
No estaba, Raquela, allí!
  Sentí que estaba María
Despierta, entré, y en la cuna
Gorjeando hallé á la Luna
Como las aves al día.
  ¿No has visto al amanecer
Una calandria suave?
Pues tal estaba aquel ave,
Que era escucharla placer.

Que aunque no son más de dos
Sus años, lo que decía
La santísima María
Eran grandezas de Dios;
Quitéle á la hermosa cara
Una toca, y vi..... ¿qué vi?
No el sol, porque el sol allí,
Sus rayos corrido para.
¿No has visto abrirse una rosa
Con el aljófar y perlas
Del alba, cuando á cogerlas
Viene la abeja amorosa?
¿No has visto en cedros enanos
Blanco azahar, ó por la puerta
De roja granada abierta
Asomándose los granos?
¿No has visto una fuentecilla
En un prado, con sonoro
Ruido entre arenas de oro
Bullir y bañar la orilla?
¿No has visto lirios que están
Como si cortara el cielo
Sus hojas de terciopelo,
De raso y de tafetán,
Que por donde está peloso
Es terciopelo, y lo liso
Raso, y que el reverso quiso
Fuese tafetán lustroso?
¿No has visto la guarnición
De la cadenilla de oro,
Que le da tanto decoro
Hermosura y perfección?
¿No has visto blanca azucena
Ó cinamomo florido?
¿No has visto.....

RAQUELA.

Tú vas perdido.

BATO.

Pues piérdame enhorabuena;
Que no hallar comparación
Para pintar á María,
Antes es ganancia mía
Y engrandecer mi afición.
Al fin, Raquela, llegué:
Los buenos días le di:
Menores los recibí
Del Sol que en ella miré,
Hinqué la rodilla en tierra,
Y comenzando á mecer,
Canté por darla placer,
Que amor dulcemente encierra:
Á la niña María
Cantan las aves,
Porque es Alba divina
Del Sol que sale.
No lo hube dicho, Raquela,
Cuando en el mismo aposento,
En un sonoro instrumento,
Entre salterio y vihuela,
Me responde una capilla,
Que sin seso me dejó.

RAQUELA.

¿Qué hiciste?

BATO.

Temblé.

RAQUELA.

Pues yo,
Bato, ya estoy hecha á oilla.

BATO.

¡Pardiez, que de un salto di
Conmigo en el corredor,
Aunque luego el mismo amor
Me volvió á buscarla, y vi
Todo el aposento lleno
De flores!

RAQUELA.

Tal campo es.

LISENO.

No hay que porfiar, Farés,
Que ha de llevarla Liseno.

ELIUD.

¿Y de mí no se hace caso?

BATO.

¿Venís los tres de pendencia?

FARÉS.

Tú puedes dar la sentencia.

BATO.

María duerme: hablad paso;
Que cuando duerme esta niña,
Aun el cielo no se mueve.

ELIUD.

Sobre quién la niña lleve
Es esta pendencia y riña:
Habemos de caminar
Como Joaquín lo ha mandado.
Liseno, muy enojado,
Dice que la ha de llevar;
Lo mismo dice Farés,
Y ha de llevarla Eliud.

BATO.

Mejor os dé Dios salud,
Que este bien gocéis los tres;
Que pienso llevarla yo
En estos indignos brazos.

RAQUELA.

Tú gozarás sus abrazos,
Bato, que los otros no.
Y yo, ¿dónde me quedaba?
No advertís que soy mujer?

BATO.

Un remedio puede haber.

LISENO.

Eso mismo imaginaba.
¿No es que echemos suertes?

BATO.

Sí.

LISENO.

Va de suerte.

FARÉS.

¿De qué suerte?

BATO.

Que la lleve aquel que acierte

Mejor á decir aquí
Quién puede ser esta niña.

LISENO.

¿Quién lo juzgará?

BATO.

Señor.

RAQUELA.

Vaya con mucho primor.

FARÉS.

Pues yo digo que es la viña
Que floreció en Engaddí.

ELIUD.

Yo digo que para el suelo
Hizo dos ojos el Cielo.

BATO.

Son la Luna y el Sol.

ELIUD.

Sí.
Y como estaban sin niñas,
Hizo esta niña que agora
Les da la luz que atesora;
Mira si vencí tus viñas.

LISENO.

Y yo que Dios quiere hacer,
Aunque de mar infecundo,
Alguna perla en el mundo
Cuyo nácar ha de ser.
Que como el nácar cerrado
Encierra la perla en sí,
Ansí tengo para mí
Que lo tiene Dios trocado.

RAQUELA.

Yo digo que es esta infanta
Un diseño y un modelo
Del mismo Señor del Cielo,
Y una verde hermosa planta
De donde salga la espiga
Que dé á todo el mundo pan.

LISENO.

Bato falta.

BATO.

Ya dirán
Que Bato la suya diga.
Pues juzgue á todos, señor,
Y si no fuere la mía
Más cierta en lo que es María,
Y de más alto primor,
Que no la lleve en mi pecho,
Que no es pequeño castigo.

FARÉS.

Ya todos te aguardan.

BATO.

Digo,
Y que he de acertar sospecho.
No digo que es perla, ni ave,
Ni sol, ni estrella, ni día.

ELIUD.

Pues ¿qué dices que es María?

BATO.

Una cifra que Dios sabe.
Sin duda que algún camino
Quiere hacer el Verbo eterno,
Y así el Padre sempiterno,
Y el Espíritu divino,
Han hecho, pues de Dios es
Tan alta sabiduría,
Esta cifra de María,
Para escribirse los tres.
Que aunque los tres son un Dios,
Cuando á hacer paz nuestra guerra
El Hijo venga á la tierra,
Allá se estarán los dos.

ELIUD.

Alguien habla, Bato, en ti.
¿Tú sabes lo que has hablado?

BATO.

¿No esperan á Dios cifrado
Los ojos mortales?

ELIUD.

Sí.

BATO.

Pues digo que si algún día
Ha de ser hombre, es agora,
Que para menos que aurora
De Dios no hiciera á María.

Salen Joaquín, Josef y Ana.

JOSEF.

No ha dado más lugar la mucha prisa,
Que á no ayudarme el buen Cleofás, mi her-
[mano,
No pudiera acabarla.

JOAQUÍN.

Amor ha sido
De primo, buen Josef. Ea, pastores,
¿Está lo necesario prevenido?

BATO.

Quistión hemos tenido, Joaquín santo,
Sobre saber á cuál de todos toca
Llevar en brazos la divina niña.
Remitámoslo á suertes, mas la suerte
Será muy buena á quien por vos tocare,
Porque sin vos, ¿qué importa que se acierte?

ANA.

Yo os quitaré de ese cuidado á todos,
Porque solos mis brazos son depósito
Del soberano precio de María.

BATO.

Con vos, señora, no hay, ni haber podría
Porfía, ni igualdad, ni competencia,
Porque vuestra ha de ser la preeminencia.

JOSEF.

Perdónese al amor el buen deseo,
Que todos lo tuviéramos á dicha.

JOAQUÍN.

Si prevenido está lo necesario
De la ofrenda, del templo y del camino,

Sale el Ángel.

No hay que nos detener.

No perdéis padres vos; que no los pierde
Aquel que en Dios tan alto padre cobre.

ANA.

Decilde, Joaquín, que se le acuerde
De estos pechos y brazos de su madre,
Cuando para alabar á Dios se acuerde;
Pero ¿qué le diréis que más le cuadre,
Que decir que los padres que ha dejado
Trueca por Dios, que es verdadero padre?

JOSEF.

María, aunque no soy quien ha criado,
Como Ana y Joaquín, vuestra hermosura,
También os dejo en lágrimas bañado;
Que sois vos tan divina criatura,
Que no á los deudos vuestros, mas sospecho
Que haréis de cera hasta una piedra dura.

BATO.

Adiós, señora nuestra, que habéis hecho
Tanta merced y gracia á estos pastores;
Tal vez entre sus brazos, y en su pecho,
Al monte volveremos, cuyas flores
Hallaremos marchitas, á deciros
En tanta soledad dulces amores;
Desde allá os hablaremos con suspiros.

Vanse, y queda Ruben.

RUBEN.

Con notable sentimiento
Padres y deudos se van;
Gran bien dejado nos han;
Será de este templo aumento.
¡Cuán diferente, de aquí
Salió Joaquín algun día,
Cuando Isacar le decía
Las maldiciones que oí!
¡Y qué bien que vuelve agora,
Aunque árbol viejo, cargado
Del fruto más deseado
Que ya en este templo mora!
¿Qué gente es ésta, tan tarde,
Que ya la noche desciende?
¿Qué es lo que busca ó pretende?

Salen Herodes, Josipo y guardas de Alabarderos.

HERODES.

Ningún respeto se guarde.

JOSIPO.

Aquí está un escriba.

HERODES.

Di,
¿Qué sacerdotes están
En el templo?

RUBEN.

Ellos podrán
Juntos informarte á ti.

JOSIPO.

No llamarlos es mejor.

RUBEN.

¿Qué buscas?

HERODES.

Busco un tesoro
De vasos de plata y oro.

RUBEN.

¿En este templo, señor?

HERODES.

En este templo.

RUBEN.

No sé
Que agora tenga tesoro;
Y si le hay, el sitio ignoro.

HERODES.

Eso yo lo buscaré.
Enséñame luego, escriba,
Cuáles los sepulcros son
De David y Salomón.

RUBEN.

Estos son.

HERODES.

Rompe, derriba,
Quita aquestas losas luego.

RUBEN.

¿Pues á los cuerpos sagrados
De nuestros Reyes pasados
Te vienes, señor, tan ciego
Al culto que se les debe?

HERODES.

Y ellos me deben á mí
El tesoro que hay aquí,
Para que de aquí les lleve.
Perdonadme, gran David,
Y vos, sabio Salomón;
Reyes sois: á los que son
Reyes pobres acudid.
Dadme acá la plata y oro,
Pues gasté la mía bien
Cercando á Jerusalén.

JOSIPO.

Ni aquí parece tesoro,
Ni hay más de cuerpos aquí.

HERODES.

Revolved los huesos luego.

Salen del sepulcro unas llamas.

GABRIEL.

¡Ay, cielos!

HERODES.

¿Qué es esto?

JOSIPO.

Fuego.

HERODES.

¿Ha muerto las guardas?

JOSIPO.

Sí;
Á lo menos dos ha muerto.

HERODES.

Huye, que son Reyes santos,
Pues sabes ejemplos tantos.

JOSIPO.

Ciérrala.

HERODES.
Quédese abierto.
RUBEN.
¡Oh, qué bien ha castigado
La codicia de este ciego
El santo cielo, con fuego,
En vez del oro buscado!
Oro el bárbaro quería;
Al templo viene por oro:
No hay tesoro: si hay tesoro,
Es el que trajo á María.

Salen Josef, Cleofás y Bato.

CLEOFÁS.
¡Que no fuera yo con ellos!
JOSEF.
Este pastor te dirá
Del modo que queda allá,
Y cómo los pies más bellos
Que tuvo criatura humana,
Las quince gradas subieron.
BATO.
¡Las cosas que allí se vieron
Das á una lengua villana!
Venga un ángel que te cuente,
Pues allí no faltarían,
Cómo aquellos pies subían
En su virtud solamente;
Que así lo ordenaba Dios.
CLEOFÁS.
Todo el tribu está admirado,
Porque á algunos he contado
Esto que decís los dos.
BATO.
Harto mejor, Josef, fuera,
Pues tú eres tan leído
En la escritura, y he sido
Como en el monte una fiera,
Que mientras viene Joaquín,
El linaje nos contaras
De estas dos estrellas claras,
Desde su principio al fin.
JOSEF.
Si en eso os causo contento,
Oid de la lengua mía
El linaje de María.
BATO.
Ya estoy á tu voz atento.
JOSEF.
Hizo Dios al padre Adán,
Adan á Set, y Set luego
Á Enohc, á Caynán Enoch,
Y de Caynán procedieron
Malalael y Jared,
Enoch, y el anciano viejo
Matusalem y Lamech;
Noé, que vió el mundo nuevo,
Sem, Arfaxad y Caynán,
Salen de Herber y Phalego,
Ragán, Sarug, Nacor,
Que fué de Abraham abuelo,
Taré, su padre, é Isaac,
Su hijo, y Jacob, el tierno
Amante de Raquel, Judas
Y sus hermanos tras ellos,
Farés, Zarán de Tamar,
Esron y Arán, y con éstos
Aminadab y Naasón,
Á quien en orden siguieron
Salomón, Booz de Raab y Obed,
Iessé, en tan santo proceso,
Á David, donde comienza
La generación de nuevo:
Que de David á Abraham
Son catorce, y así vemos
Que prosigue Salomón
De aquella que vió en el huerto,
Y fué de Urías mujer;
De Salomón prosiguiendo,
Viene Roboán y Abrás,
Asa y Josafat, y el reino
De Jorán, y Ocías, á quien
Sigue Joatán, y el mancebo
Acab, padre de Ecechías,
Que por lágrimas y ruegos
Vivió diez años tras él;
Amón malo, y Josías bueno,
Y después que á Babilonia
Llevaron sus Reyes presos,
Ieconías, sus hermanos,
En quien también se cumplieron
Catorce generaciones.
Salatiel comienza luego,
Zorobabel, Abiud,
Eliacín, de quien tenemos
Á Azor, que engendró á Sadoc,
Achín y Eliud, ya siento
Que se acerca en Eleazaro
Nuestro santo parentesco,
Que dél procedió Mathan,
Y dél mi padre; mas vuelvo
Á la línea de Joaquín,
Que es esta misma que os cuento,
Porque Joaquín y Jacob
De esta mi abuela nacieron,
Y Emerencia y Estolano
Descienden, como desciendo,
Del tribu sacerdotal
Y de unos mismos abuelos.
BATO.
¡Pardiez, Josef, que es bien clara
Vuestra descendencia, y creo
Que en ninguno como en vos
Muestra más fuerzas el tiempo,
Porque, en fin, venís de Adán
De uno en otro, descendiendo
De reyes y patriarcas,
Príncipes y caballeros,
Profetas y capitanes,
Y duques del pueblo hebreo,
Y agora en humilde estado

Venís á ser carpintero!
Joaquín habrá ya venido:
Si á Nazarén vuelvo presto,
Os he de traer dos cargas
De cipreses y de cedros;
Quedad ahora con Dios.

JOSEF.

Él te guarde.

BATO.

Veros pienso
El mayor padre en el mundo
Del mayor hijo en el suelo.

Vase Bato.

JOSEF.

Ve, Cleofás, y pues no fuiste,
Como tan cercano deudo,
Á Jerusalén con Ana,
Consuela su sentimiento,
Porque el venir sin María,
Su luz, regalo y espejo,
Los tendrá bien tristes.

CLEOFÁS.

Voy,
Aunque es corto mi consuelo
Para ausencia de una niña
En quien se miran los cielos.

Vase.

JOSEF.

Cansado estoy del camino:
Bien será rendirme al sueño
Mientras que llegan mis tíos;
Que con este pensamiento
De la soledad que tienen
Y de que queda en el templo
Aquella divina niña.....
Velando estaré, y durmiendo.

Siéntese y hable entre sueños.

¿Quién eres, divina infanta,
Honor y gloria del suelo,
Que no sin causa notable
Alegra tu nacimiento
Los ángeles y los hombres,
Que están de verte suspensos?

Descúbrese una cortina, y vense Joaquín y Ana sobre un trono, de cuyos dos pechos salgan dos ramas que se junten, y en su extremo se vea una imagen de la Virgen Nuestra Señora con el niño.

JOSEF.

¿Qué extraño y divino tronco
¡Cielos! es este que veo,
O qué soberanos ramos
Se juntan en los extremos?
¿Qué doncella tan hermosa,
Que tiene un niño en los pechos?
Tente sueño, tente un poco;
¿Á dónde te vas tan lejos,
Que bañas de gloria el alma
Y de alegre vista el cuerpo?

Salen los pastores con instrumentos, cantando.

¿Quién tendrá alegría
Sin la blanca niña?

JOSEF.

¿Qué música es ésta ¡Ay, triste!
Desperté del mejor sueño
Que se cuenta de hombre humano,
Aunque entre Jacob, mi abuelo;
Que ver la escala tocando
Cielo y tierra los extremos
No sé si diga, y bien puedo
Decir que es figura desto,
Pastores, ¿á dónde vais?

LISENO.

¡Oh mi Josef! ¿Dónde bueno?

JOSEF.

¿Vienen acaso mis tíos?

BATO.

Ya llegan.

JOSEF.

¡Qué gran contento!

Salen Ana, Joaquín, Raquela y Cleofás.

JOAQUÍN.

¿Quién ve, José, esta casa
Sin María?

JOSEF.

Yo no puedo
Consolarme de su ausencia.

ANA.

¿Y qué hará su madre viendo
Que allá deja toda el alma?

BATO.

Oid la canción os ruego.

Canten.

¿Quién tendrá alegría
Sin la blanca niña?

Una voz.

¿Quién podrá alegrarse
Si tan lejos deja
Aquella alba clara
Que la tierra alegra,
En casa desierta
Del bien que tenía?
¿Quién tendrá alegría
Sin la blanca niña?

JOAQUÍN.

Vamos, Ana, y consolaos
Con que á Dios queda ofrecida.

ANA.
¡Dichosa, Joaquín, su vida!
JOAQUÍN.
Ea, amigos, alegraos:
Lo que es de Dios, sea de Dios:
María es suya, no es mía,
Y presente está María
En el alma de los dos.
JOSEF.
¡Qué santo y justo valor!
BATO.
Pues vivan Ana y Joaquín,
Porque con esto haga fin
La Madre de la Mejor.

FINAL.

EL NACIMIENTO DE CRISTO

EL NACIMIENTO DE CRISTO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS DEL PRIMER ACTO

LA SIERPE.	EVA, REINA.	EL PRÍNCIPE.
LA SOBERBIA.	LA INOCENCIA.	GABRIEL.
LA HERMOSURA.	LA GRACIA.	EL EMPERADOR SUPREMO.
ADÁN, REY.	LA ENVIDIA.	

ACTO PRIMERO

Salga la Sierpe con alas de dragón, cabellos largos, y sobre ellos una cabeza de culebra, y la Soberbia con él y la Hermosura.

SIERPE.

Soberbia, mi eterno amigo,
Y tú, mi amada Hermosura,
Que caisteis por castigo
De aquella divina altura
Precipitadas conmigo:
Vivo en mi opinión tan firme,
Que á un primero movimiento
No tengo de arrepentirme;
Porque al arrepentimiento
No puede Dios persuadirme.
Verdad es que no lo intenta;
Pero, cuando lo intentara,
Fuera mi obediencia exenta,
Y le dijera en su cara
Que era arrepentirme afrenta.
De ser opuestos los dos
Á tal grandeza me animo,
Que en mi tormento con vos,
Ser vuestra cabeza estimo
Más que ser los pies de Dios.
Sabed que Dios.....

SOBERBIA.

Si comienzas
Por Dios, Serpiente feroz,
Gran mal hay.

HERMOSURA.

No me convenzas
Con algún suceso atroz;
Que haré víboras mis trenzas.
¿Con Dios vuelven pesadumbres?
Y ¿á dónde puedes caer?
Ni á aquellas celestes cumbres
Eternamente volver,
Por más que tu cuello encumbres.
¿Qué te quiere Dios á ti?

SIERPE.

El Emperador supremo,
Que temo y que no temí,
(Si puede decir que temo,
Y que hay penas para mí),
Á dos Reyes que ha criado,
El cetro del mundo ha dado,
Y en aqueste Paraíso

Palacio formarles quiso,
Más verde al fin que dorado.
La casa que les ha puesto
Es por notable excelencia,
Y, para decirlo presto,
De la Gracia y la Inocencia
Está su alcázar compuesto.
Y anduvo tan liberal,
Que todo cuanto ha criado
Comen con licencia igual;
Solamente ha reservado
El árbol del bien y el mal.
Mas en esta concesión
Tengo fundado su daño.

SOBERBIA.

¿Cómo?

SIERPE.

Escucha la invención.

HERMOSURA.

Si es de tu ingenio el engaño,
Los Reyes esclavos son.

SIERPE.

¿Dios no les puso precepto?

SOBERBIA.

Sí puso.

SIERPE.

Pues en quebrarle,
¿No queda el hombre sujeto
Á su desgracia?

HERMOSURA.

Y es darle
Enojo á Dios, en efecto.
Y si castigado el tuyo
También por inobediencia,
No hará menos por el suyo.

SIERPE.

Esto quiere diligencia.

SOBERBIA.

Della tu remedio arguyo.

SIERPE.

¡Envidia!

Sale la Envidia con un corazón en las manos, ceñida la cabeza de culebras.

ENVIDIA.

Ya estoy aquí;
Que bien sabes que no puedo
Faltar un punto de ti.

SIERPE.

Envidia, perdido quedo.

ENVIDIA.

¿Es por estos Reyes?

SIERPE.

Sí.

ENVIDIA.

Hermosos los ha criado
El Emperador.

SIERPE.

Yo he sido
Cedro hermoso levantado,
Yo fuí aurora y sol vestido
De luz, y estoy eclipsado.
Mira qué conchas tan fieras,
Y pisé con mil diamantes
Las celestiales vidrieras.

ENVIDIA.

Sé quién fuiste.

SIERPE.

No te espantes
Si igual á mi ejemplo esperas.
¿Ves este árbol?

ENVIDIA.

Bien le veo.

SIERPE.

Pues encantarlos deseo
Con una manzana de él.

ENVIDIA.

¿Y qué han de perder por él?

SIERPE.

El reino que ya poseo.

ENVIDIA.

¿Luego ya le cuentas tuyo?

SIERPE.

Claro está.

HERMOSURA.

Quedo, que vienen.

SOBERBIA.

¡Brava corte!

SIERPE.

Todo es suyo.

ENVIDIA.

Divina hermosura tienen.

SIERPE.

Á la gracia contribuyo.

ENVIDIA.

¡Que éstos ganen lo que pierdes!

HERMOSURA.

Lo perdido no lo acuerdes.

SIERPE.

Déjame tú hacer á mí.

ENVIDIA.

Escóndete.

SIERPE.

¿Á dónde?

ENVIDIA.

Aquí,
Entre estos árboles verdes.

Salen el rey Adán y la reina Eva, con música, y vengan con ellos la Inocencia, vestida de villano, y la Gracia, de blanco.

ADÁN.

Aquí, Reina, en esta alfombra
De hierba y flores te asienta.

INOCENCIA.

Eso, á la fe, me contenta:
Reina, señora, la nombra.

GRACIA.

¿Pues no ves que es su mujer,
Carne de su carne y hueso

De sus huesos?

INOCENCIA.

Y aun por eso,
Porque es como ser su ser,
Lindos requiebros se dicen.

GRACIA.

Dos en una carne son.

INOCENCIA.

Dure mil años la unión,
Y en esta paz se eternicen.

GRACIA.

Por la Reina dejaría
El Rey á su padre y madre.

INOCENCIA.

Ninguno nació con padre;
Poco en dejarlos haría.
Y á la fe, señor Adán,
Que, aunque de gracia bizarro,
Que los príncipes del barro
Notable pena me dan.
Bravo artificio tenía
Vuestro soberano dueño
Cuando un mundo, aunque pequeño,
Hizo de barro en un día.

GRACIA.

Quien los dos mundos mayores
Pudo hacer con su palabra,
¿Qué mucho que rompa y abra
En la tierra estas labores?
¿No ves las lámparas bellas
Que de los cielos colgó?

INOCENCIA.

Como de flores sembró
La tierra, el cielo de estrellas.

GRACIA.

Mira cómo va poniendo
Nombres Adán á las aves,
Que con sus picos süaves
Van el nombre agradeciendo.

Echen á volar muchas aves diferentes, y vaya diciendo Adán:

ADÁN.

Águila aquélla se nombre,
Éstos ánades, aquéllos
Cisnes.

EVA.

¡Qué pájaros bellos!

ADÁN.

Sea neblíes su nombre.
Ésta paloma, aquél sea
Cuervo.

INOCENCIA.

¿No os parece á vos,
Gracia, que, con la de Dios,
La nieve parece fea?

ADÁN.

Éste se llama faisán,
Y ésos pardos, avestruces.

EVA.

Si á número los reduces,
Casi infinitos serán.

ADÁN.

Éste se llama pavón.

INOCENCIA.

De éstos, muchos mal nacidos,
Viéndose en alto subidos,
Hurtarán la condición.
Mas no encubrirán los pies
Con las plumas esmaltadas.

GRACIA.

Inocencia, no me agradas,
Porque eso malicia es.

Va saliendo la Sierpe.

SIERPE.

Es porque estoy aquí yo,
Que le doy principios ya.

ADÁN.

Aquélla, perdiz será.

INOCENCIA.

¿Quieres que la alcance?

GRACIA.

No.

INOCENCIA.

Pues yo pienso que ha de ser
Para comerla mejor.

ADÁN.

Aquel será ruiseñor.

INOCENCIA.

No le queráis parecer;
Que aunque soy señor del mundo,
Seréis ruin si soy ingrato.

SIERPE.

Ya mi malicia dilato,
Ya mis pensamientos fundo.

ADÁN.

Aquel feroz animal
Sea león, perro aquél.

INOCENCIA.

Y de la envidia cruel
Mordiendo imágen igual.

ADÁN.

Aquél será jabalí,
Aquél conejo, aquél oso.

INOCENCIA.

Ya brama el mar espacioso;
¡Qué de peces hay allí!

ADÁN.

Focas, delfines, ballenas,
Congrios, rayas y zafiros.

INOCENCIA.

¿Y éstas que andan por los ríos?

ADÁN.

Truchas.

INOCENCIA.

Frescas serán buenas.

ADÁN.

Pero cantad, que después
Proseguiré lo demás.

INOCENCIA.

Oye estas voces; dirás

Que cielo armónico es.

Aquí canten los músicos y les hagan una danza y baile por estas diferencias.

Música.

El mayor señor del mundo,
Rey de cuanto Dios formó,
Con su amada esposa vino
En el estado mejor.
Acompaña á la Inocencia
La Gracia que Dios le dió;
Tiernos requiebros le dice
El día que se casó.
Bien haya quien hizo cadenicas, cadenas,
Bien haya quien hizo cadenas de amor.
Y responden las aves que vuelan
Por el aire de dos en dos, de dos en dos:
Vivan los casados, para en uno son.

Adán se duerme al son de la música, y dice durmiendo:

ADÁN.

Divinos son tus secretos:
¡Qué es esto que viendo estoy!
¿Tú, como hombre, Dios mío,
Mi carne tomas, Señor?
¿Tu deidad juntas conmigo,
Dios humanado, y Dios yo?
Dios baja al suelo á ser hombre,
Y el hombre sube á ser Dios.

La música prosigue y el baile.

Música.

Bien haya quien hizo cadenicas, cadenas,
Bien haya quien hizo cadenas de amor.
Y responden las aves que vuelan
Por el aire de dos en dos:
Vivan los casados, para en uno son.

La Sierpe llega á la Inocencia y dice:

SIERPE.

¡Ha del jardín!

INOCENCIA.

¿Quién va allá?

SIERPE.

Yo soy, Inocencia amiga.

INOCENCIA.

Si el nombre acaso os fatiga,
¿Adán no os le puso ya?

SIERPE.

Nombre tengo, y aun primero
Que el rey Adán fuí criado.

INOCENCIA.

¿Primero? Estáis engañado.

SIERPE.

¿No veis que soy el lucero
Que al lado del sol salió,
Y su corona quería
Igualar al mismo día
Que toda la luz perdió?

INOCENCIA.

Yo pensaba que los Reyes
Eran antiguos aquí.

SIERPE.

Á Dios denantes oí
No sé qué divinas leyes
Que me han parecido mal.

INOCENCIA.

¿Cosa que Dios hace?

SIERPE.

Sí.

INOCENCÍA.

¿Pues quién sois?

SIERPE.

Quien tuvo en sí
Valor para serle igual.

INOCENCIA.

Vos sois el primer hereje
De cuantos habrá jamás,
Y volved el paso atrás,
Si queréis que vida os deje.

SIERPE.

¿Qué hace Adán?

INOCENCIA.

Durmiendo está
Con una costilla menos.

SIERPE.

¡Oh, qué casados tan buenos!

GRACIA.

Entrándose adentro va.

INOCENCIA.

No sé qué tiene de enguila,
Y por eso se resbala.

SIERPE.

Quiero ser su maestresala;
¡Oh hermosura! ¡oh maravilla
Del poder de Dios! ¡oh Madre
Del mundo! ¡oh Eva!

EVA.

¿Quién es?

SIERPE.

¿No me ves?

GRACIA.

¡Qué feos pies!

SIERPE.

Aquel soberano padre
De las lumbres cielo y tierra,
Te hizo hermosa, y mostró
En el valor que te dió
El que tu poder encierra,
Del costado que es la silla
Del corazón de los dos.

INOCENCIA.

Y no fué á costa de Dios.

GRACIA.

¿Pues de quién?

INOCENCIA.

De su costilla.

SIERPE.

El árbol que os ha mandado

No comer, es con temor
Que no igualéis el valor
Del mismo que os ha criado.
Que seréis Dioses como él;
Sabréis tanto y podréis tanto.....

INOCENCIA.

¡Mas que le doy con un canto!

SIERPE.

El día que comáis de él.
Á esto vengo, porque soy
De este jardín hortelano,
Do él me puso de su mano
En la cabaña que estoy.
Toma, toma una manzana:
Dala al Rey, que ya despierta.

EVA.

No hay fruta en toda la huerta
Más bella.

GRACIA.

¡Ay, Eva liviana!
Así le engañas ahora,
Y el necio no te resiste,
Mas de su espalda saliste,
Por eso fuiste traidora.

EVA.

Toma, comamos los dos
Y seremos como Dios;
Toma.

ADÁN.

Comeré por ti (1).

SIERPE.

¡Oh envidia, qué bien se ha hecho!
Aquí los quiero encantar.

ENVIDIA.

¡Qué bien tendrán que llorar!

SIERPE.

Hágales tan mal provecho
Como á nosotros, el ser
Inobedientes á Dios.

GRACIA.

Despídome de los dos,
Porque en llegando á ofender
Á la Majestad divina,
Quedasteis en su desgracia.

INOCENCIA.

¿Dónde vas, Gracia? ¡Oye, Gracia!
¡Qué presurosa camina!

SOBERBIA.

Poneos vos aqueste saco,
Inocencia, y sed Malicia.

INOCENCIA.

Ello fué justa justicia:
Esto de ofenderla saco.

HERMOSURA.

¿Viste á los Reyes también?

SOBERBIA.

Ya los visto de villanos.

Póngales un capote pardo.

SIERPE.

Ved qué Dioses soberanos.

ADÁN.

Perdí por loco mi bien;
¿No ves que estamos desnudos,
Y de la culpa vestidos?

EVA.

¡Ay! que quedamos perdidos,
Y en lugar de sabios, rudos.

ADÁN.

¿Quién son aquestos que aquí
Se burlan de nuestros daños?

SOBERBIA.

Encantados por cien años.

SIERPE.

¿Qué dices? ¿estás en ti?
Más de cuatro mil serán
Si á Dios enojado pinto
Los que en este laberinto
Encantados estarán.
Vaya, músicos, también
Un baile para nosotros.

MÚSICOS.

Vaya.

INOCENCIA.

En tanto, vosotros
Llorad el perdido bien

ADÁN.

¡Ay Dios, que me han trasformado
De inocente en pecador!

EVA.

Tal era el encantador
Y el veneno que me ha dado.

INOCENCIA.

Malicia soy, no Inocencia.

SOBERBIA.

Ea, pues, el baile vaya.

SIERPE.

Vaya, pues, les damos baya,
Del pecado penitencia.

Música.

Estaba la blanca niña
Á sombras de una alameda,
En un bello paraíso,
Á quien cuatro fuentes riegan.
Mandóle Dios que de un árbol,
Que del bien y el mal la ciencia
Tenía dentro de sí,
No comiese en la floresta.
Necio fué Adán, necia fué Eva:
Vayan cautivos el Rey y la Reina.
La serpiente maliciosa,
Con la Envidia y la Soberbia,
Por la flaqueza del hombre
Vencieron su fortaleza.
Perdieron los dos la gracia:
Desde hoy encantados quedan:
Enojado viene Dios:
Gran castigo les espera.
Necio fué Adán, necia fué Eva,
Vayan cautivos el Rey y la Reina.

---

(1) Á esta redondilla falta el primer verso.

Entre el Emperador celestial.

EMPERADOR.

¿No dejé yo aquí dos Reyes?
¿Cómo cautivos están?

SIERPE.

Guardaréis ahora, Adán,
Lágrimas mejor que leyes.

ADÁN.

Señor, estoy escondido
Porque desnudo me veo.

EMPERADOR.

¿Quién te lo dijo?

ENVIDIA.

Deseo
Ver el castigo.

EMPERADOR.

Haber sido
Inobediente á mi ley,
Tu desnudez te enseñó.

ADÁN.

Esta mujer me engañó.

SIERPE.

¡Buena disculpa de Rey!

EMPERADOR.

¿Por qué le engañaste, di?

EVA.

Celestial Emperador,
Este fiero encantador
Me engañó primero á mí.

EMPERADOR.

Desde hoy, serpiente vil, por lo que has he-[cho,
Serás maldita, comerás la tierra
Y por ella andarás sobre tu pecho;
Tú y la mujer tendréis perpetua guerra;
Mira con qué valor su tierna planta,
De tu soberbia la ambición destierra.

Con chirimías se abre una nube y se ve á una Virgen con una corona de estrellas y á los pies un dragón.

SIERPE.

¿Quién eres, dime, generosa Infanta,
Que no puedo sufrir la lumbre tuya
Pues antes de la culpa fuiste santa?

SOBERBIA.

Huye, serpiente vil.

SIERPE.

¿Qué importa que huya,
Si en el profundo de mi ciego abismo
Mi frente ha de alcanzar la planta suya?

SOBERBIA.

¿Quién te lo ha dicho?

SIERPE.

Dios.

SOBERBIA.

¿Él mismo?

SIERPE.

Él mismo.

Huyan, y diga Adán:

Ya que el Emperador de tierra y cielo
Castiga nuestro loco barbarismo,
Vamos, Reina, á llorar el desconsuelo
En que la culpa nos ha puesto.

EVA.

Vamos,
Perdido Rey; que me ha cubierto un hielo.

ADÁN.

¿No ves el Serafín entre los ramos
Con espada de fuego?

EVA.

Ya le veo;
Guardas tiene la puerta, no volvamos.

ADÁN.

Rey fuí, labrador soy, morir deseo.

Canceles y una voz así:

El Rey y Reina del mundo,
Llamados Eva y Adán,
Cuán tristes que van saliendo
De aquel jardín celestial.
Encantólos la serpiente,
Pero al fin los sanará
Otra serpiente en un palo,
De carne, no de metal.
Ya labran la dura tierra,
Y aunque eran Reyes, son ya
Labradores, que en sudor
De su rostro comen pan.
Mas si viene vuestro Hijo,
Emperador celestial,
Presto le dará la vida
Con un bocado no más.

EMPERADOR.

¡Ay, hombre miserable,
Que por tu culpa á tanta pena vienes,
Culpa tan detestable,
Que ya por ti ningún remedio tienes;
Qué mal agradeciste
Aquel dichoso estado en que te viste!
Rey del mundo te hice,
Casa te puse de grandeza llena;
Sólo me satisfice
Dándote aviso del castigo y pena
De que como sujeto
Á mi imperio guardases un precepto.
Quebrástele engañado
De tu fácil esposa, inobediente
Á mi Rëal mandado
Por escuchar la voz de la serpiente,
Que, con su dulce canto,
Te ha desterrado á un mar de eterno llanto.
Ya el trabajo, la pena,
La enfermedad, la hambre, el aire y frío,
La tierra estéril, llena
De espinas, el rigor del seco estío
Te cercan, y la muerte,
Última línea de tu triste suerte.

Sale el Príncipe divino.

PRÍNCIPE.

Poderoso Emperador
Y mi soberano padre,
Que de vuestro entendimiento
Sapientísimo, admirable,
Por la virtud de la esencia
Existente me engendraste:
Vos, increado Señor,
De quien soy divina imagen,
Rayo, espejo y esplendor
De vuestra gloria inefable:
Los Reyes que habéis criad
Por el Dragón arrogante,
Que de las luces del cielo
Derribó la tercia parte,
Encantados en la tierra
Al pie de aquel árbol yacen,
Donde los tiene la muerte
En su prisión miserable;
Si os place, eterno Señor,
Que yo á la tierra bajase
Á probar esta aventura
En que á los dos desencante,
Tan digna de un hijo vuestro,
Pues una hazaña tan grande
Sólo puede hacerla un hijo
De tan soberano padre,
Y satisfacer yo solo
Á vuestra justicia; dadme
Licencia, eterno Señor,
Para que á la tierra baje
Este ser divino mío
Vestido de humana carne;
Que yo os ofrezco mi vida
Para que su muerte mate.

EMPERADOR.

Mira, Príncipe divino,
Que por un ingrato haces
Hazaña tan amorosa.

PRÍNCIPE.

El amor puede obligarme;
Ya me aguardan en la tierra,
Para servirme de nave,
De una soberana niña
Las entrañas virginales;
Ya, señor, las armas pido.

EMPERADOR.

Tú las volverás en sangre
Bañadas, tanto, que en verte
Las luces del cielo espantes.
Por querer tanto á los Reyes
Del mundo, aunque desleales
Á mis divinos preceptos,
Quiero á la tierra enviarte.
Bien tiene que agradecerme
En su estado miserable;
Mi hijo les doy: no tengo
Joya más rica que darles.
De tu persona y la mía
Procede el amor que hace
Estos lazos amorosos,
Este que tan bueno y grande
Por espiración emana
Dos los dos, este suave
Y santo espíritu, hará
Obra tan alta é inefable.

. Sale Gabriel.

EMPERADOR.

¡Gabriel!

GABRIEL.

¡Señor!

EMPERADOR.

Al momento
Baja, esclareciendo el aire
Con ejércitos de estrellas,
Que tu persona acompañen,
Á Galilea, región
En cuyo distrito yace
La ciudad de Nazaret,
Y darás de nuestra parte
Á una Infanta que allí vive,
Más bella y pura que un ángel,
Desposada con José,
Varón santo y venerable
De la casa de David,
Nuevas de que luego parte
El Príncipe á sus entrañas,
Donde quiere aposentarse
Nuevo Mesías.

GABRIEL.

Cielo y tierra
Tu nombre divino alaben.

PRÍNCIPE.

Yo parto en diciendo sí
Aquella boca suave,
Llena de gracia y dulzura.

EMPERADOR.

Y Adán del encanto sale
En que la sierpe le puso,
Pues para salvarle nace.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

DE

EL NACIMIENTO DE CRISTO

PERSONAS QUE HABLAN EN ÉL

La Sierpe.
El pecado.
La muerte.
La gracia.
El mundo.
Laurencio.
Pascual.
Bato.
Delia.
Silvana.
Josef.
La Virgen.
Un Angel.
Un mesonero.

Sale la Sierpe.

SIERPE.

No puede en competencia
Entrar con mi poder el mismo cielo
Ni hacerme resistencia:
Yo tengo el cetro universal del suelo:
Toda la tierra es mía
De donde nace á donde muere el día.
Este León, que ha sido
Símbolo siempre de Rëal grandeza,
Muestra la que ha tenido,
Y yo mi celestial naturaleza
En ser tan soberano
Que no he sufrido imperio de hombre humano.
Por no dejar la planta
De aquella humanidad de Dios propuesta,
Tuve soberbia tanta
Y fué á mi entendimiento tan molesta
Que aun la misma memoria
De ver que la perdí me causa gloria.
De allá truje conmigo
De las estrellas la tercera parte;
Dicen que fué castigo
Y de los que siguieron mi estandarte;
Pero empresas tan bellas,
Si no acaballas, basta acometellas.
Yo soy el solo sabio,
Yo aquel querub, y plenitud de ciencia,
Yo aquel de cuyo labio
Pende toda celeste inteligencia,
Porque nada ha perdido
Quien no se vió jamás arrepentido.
Yo soy el cedro hermoso
A todos los del Líbano antepuesto,
Que tengo al temeroso
Linaje humano en mis prisiones puesto,
Y á Dios tan parecido,
Que tenemos el Reino dividido.

Sale el Pecado.

PECADO.

Celebren mi victoria
El sucesivo curso de los años
Con la eterna memoria
Que ha de vivir de los primeros daños,
Y de mi fama y nombre
En la posteridad del primer hombre.
Pecado mi apellido,
Desobediencia soy, que á los preceptos
De Dios rebelde he sido;
Todos están á mi valor sujetos,
Porque en Adán pecaron
Y el patrimonio mísero heredaron.
Cuando ambición de ciencia
Me dió principio, grande fué mi gloria,
Y cuando con violencia

Dí principio á la sangre y á la historia,
Mi envidia fué de suerte,
Que de mis armas se engendró la muerte.
Entró por mí en el mundo,
Por mí que soy su causa, y ella efecto
De mi pecho iracundo,
Que con mi libre voluntad sujeto
Á mis propios agravios
Davides tantos, Salomones sabios.
Por mí cubrió la tierra
Diluvio universal, hasta que puso
Fin á la dura guerra
El arco hermoso que la paz dispuso,
Y el ave blanca altiva
Que el pico de rubí ciñó de oliva.
Por mí tantas ciudades
Fuego voraz sepulta, por mí solo
En tan largas edades
Tantas historias hay de polo á polo,
Que he vencido con ellas
Los átomos del sol y las estrellas.

Sale la Muerte.

MUERTE.

Á mi poder inmenso,
Á mi nunca vencido señorío,
Paga perpetuo censo
Con el río á la mar, la fuente al río,
Toda planta atrevida
Que pise los umbrales de la vida.
Yo soy la muerte fiera,
Y aquella fuí que el edificio humano,
Fábrica de quien era
Autor el mismo Dios, con fuerte mano
Derribé por el suelo
Y su llama vital cubrí de hielo.
Mi valor ha podido
Entrar con Dios en competencia osado,
Que si él autor ha sido
Del hombre, y de la nada le ha formado,
Yo con mi fuerte pecho,
En nada vuelvo lo que Dios ha hecho.
Así traigo cautivo
Al hombre miserable, así sujeto
Á todo el sucesivo
Linaje humano, y á ninguno excepto;
Tanto, que si bajara
Dios á ser hombre, aun no le perdonara.
Guárdese Dios de serlo
Como Abraham lo tiene prometido,
Porque si acierta á verlo,
No diré yo que ha de quedar vencido,
Pero será muy cierto
Que en la parte mortal quedará muerto.

Tocan chirimías, y aparezca en lo alto la Gracia divina.

GRACIA.

¿Qué blasonáis, villanos,
Del Imperio del mundo reducido
Á vuestras viles manos?

SIERPE.

Cegado me has de luz.

PECADO.

Á mí rendido.

MUERTE.

Con ser la Muerte, muero.

GRACIA.

La Gracia soy.

PECADO.

¿Qué aguardo ya?

SIERPE.

¿Qué espero?

PECADO.

Si la Gracia parece
De Dios al mundo, ¿qué he de hacer?

SIERPE.

Pecado,
Huye y desaparece.

PECADO.

Si viene Dios, el Reino te ha quitado.

MUERTE.

¡Que el hombre se rescate!

SIERPE.

Pues yo te digo, Muerte, que él lo mate.

Huyen.

GRACIA.

En la más clara noche
Que tuvo el lluvioso invierno,
Mas no escura ni cerrada,
Porque está en la tierra el cielo;
Cuando en los montes se miran
De Belén algunos fuegos
Mostrándolos las tinieblas
Más cerca mientras más lejos,
Las vigilias de la noche
Guardando en contornos de ellos,
Cubiertos de blanca nieve
Los pastores soñolientos;
Mientras en altas ciudades
Duerme el humano gobierno
Porque el de Dios ha de estar
Eternamente despierto;
Mientras el pobre y el rico
Duermen en bordados lechos,
El uno de estrellas claras
Y el otro de oro y desvelos;
De la purísima Virgen
Aquel esposo y espejo
Que del Espíritu Santo
Tuvo el oficio en el suelo,
Á las puertas de las casas
Está llamando y diciendo
Palabras que piedras rompen
Y no los humanos pechos.
Cielo, tierra, Ángeles, hombres,
Ya se acerca el santo tiempo
Que quiere venir al mundo
Aquel mayorazgo eterno.
Ya está en la nave María,
Nave que trae desde lejos

Aquel soberano pan
De cielo y tierra sustento.

Sale el Mundo.

Albricias, Mundo.

MUNDO.

¿Quién eres?
¡Hola, tú! Qué estás diciendo,
Que viene Dios á la tierra?

GRACIA.

La Gracia soy que aparezco,
Mundo, como ves, en ti.

MUNDO.

Y qué ¿es cierto mi remedio?

GRACIA.

En la mitad de esta noche
Será Dios hombre en el suelo,
Aunque ha nueve meses ya
Que tiene limpio aposento
En el claustro de una niña
Más pura y limpia que el cielo;
Vuelve los ojos, verás,
Mundo, su esposo y su espejo,
Y de los ojos de Dios
La niña por cuyo velo
Mira tus lágrimas tristes.

MUNDO.

Gracia santa, ya los veo;
Voy á hacer que aquesta noche,
Aunque lo defienda el hielo,
Borden la escarcha las flores,
Salgan los pimpollos tiernos
De las encogidas ramas
Y de los montes soberbios
Bajen los arroyos mansos,
Líquido cristal vertiendo.
Haré que las fuentes manen
Cándida leche, y los fresnos
Pura miel, diluvios dulces
Que aneguen nuestros deseos.
¡Oh, qué fiestas hará el Limbo,
Donde los Padres primeros
Abraham, Jacob é Isaac,
David, su divino abuelo,
Y cuantos profetas santos
Con Elías y Eliseo
Le aguardan!

GRACIA.

Con justa causa
Te alegras.

MUNDO.

Todo me alegro
De ver cordero al León
Y al mismo Dios niño tierno.

Vanse y salgan Josef y la Virgen.

JOSEF.

No sé qué habemos de hacer
Hermosa Reina del cielo,
Desamparados del hombre,
Habiendo llegado á tiempo
Que de él tenga el mismo Dios
Necesidad; ¿qué consejo
Tomaremos esta noche?

VIRGEN.

Tened, esposo, consuelo;
Que otras casas hay sin éstas.

JOSEF.

Mucho, Virgen, me enternezco
De veros así, ni es mucho
Que llore Josef de veros
Sin posada á tales horas,
Y que al mismo Dios inmenso,
Por cumplir leyes del mundo,
Trate el mundo sin respeto.
El Presidente de Siria
Hace este edicto: yo vengo
Á registrarme á Belén.

VIRGEN.

Este es mesón; llamaremos:
Podrá ser que haya piedad.

JOSEF.

¡Ha de casa!

VIRGEN.

Duerme el dueño.

El mesonero sale á la ventana.

MESONERO.

¿Quién llama, quién está ahí?

JOSEF.

Gente de paz.

MESONERO.

Llamad quedo;
Aunque á puertas de mesón,
Llama con tiento el discreto.

JOSEF.

Abrid y dadme posada;
Que ni cama ni aposento
Os tengo yo de ocupar;
Sólo con mi esposa vengo.
Abrid, señor, que los dos
En un rincón estaremos;
Mirad que viene preñada
Y temo el rigor del hielo.

MESONERO.

No deis golpes y hablad paso,
Buen hombre; que están durmiendo
Los huéspedes; id con Dios:
Todo está ocupado y lleno.
Allí, al salir de Belén,
Hallaréis un portalejo
Donde podréis albergaros;
Pienso que habrá paja y heno
De algunas bestias que allí
Hay.

JOSEF.

Dulce esposa, ¿qué haremos?
Que os cierra la puerta el mundo
Siendo vos puerta del cielo.
Si Dios pudiera olvidarse,
Dijérale: Niño tierno,
Como vos tenéis posada,

No os duelen los padres vuestros.
Que en vuestras puras entrañas
No le hacen falta los techos
Sembrados de serafines,
Porque son más limpios que ellos.
Tened, divina Señora,
Esos cabellos, que creo
Que saldrá el sol con sus rayos,
Con que irá la noche huyendo.
No lo digo yo por mí:
Hombre soy, sufrirlo puedo;
De vos, soberana niña,
Tengo justo sentimiento.
Á fe que si á vuestro hijo,
Virgen, en mis brazos veo,
Que le tengo de decir
Que cómo pasa por esto,
Y que ha de oir de Josef
Mil quejas y mil requiebros.
Pero ¿quién se quejaría
Si á Dios estuviese viendo?
Las quejas son imposibles,
Los requiebros serán ciertos;
Que es mi padre, aunque es mi hijo:
Mi Dios, aunque le sustento.

VIRGEN.

Si vivieran en Belén
Los reyes nuestros abuelos,
No nos faltara posada,
Que aquí comenzó su reino.
David, vuestro antecesor,
Aquí tuvo origen.

JOSEF.

Creo,
María, que nuestros pasos
No habrán sido sin misterios;
Reyes nos han precedido:
Muchos son los que tenemos
Desde Abraham y David
En el Real linaje nuestro.
Mas como pararon ya
Sus coronas y sus cetros
En un carpintero pobre,
Nadie me quiere por deudo.

VIRGEN.

Entrad, que aqueste portal,
Josef, nos dará consuelo,
Al cielo envidia, á los hombres
Vida.

JOSEF.

Vos sois su remedio.
En Belén, casa de pan,
Nacerá el pan verdadero,
Que es de los ángeles gloria
Y de los hombres sustento.

Cantan dentro:

Josef, divino maestro,
¿Qué más gloria para vos
Que un hijo que tiene Dios
Tenelle el mundo por vuestro?

Vanse y sale Laurencio.

LAURENCIO.

Echa por acá, Pascual;
Bato, corta esos renuevos,
¡Hase visto noche igual!
Hasta los verdes acebos
Cubre de blanco cristal.
Mira cual relampaguean
Las estrellas; corta, acaba,
Y los más enjutos sean.

Sale Delia, pastora, con un gabán y metida la capilla, y las manos en las mangas.

DELIA.

¡Eh, Dios, qué noche tan brava!
Éstas dicen que desean
En las cortes los señores
Que duermen ensabanados
Entre algodones y olores.
Verá cuál están los prados;
¡Ay de los negros pastores!
Yo tirito, muerta estoy!

LAURENCIO.

¡Hola, Bato! ¿acabas ya?

DELIA.

Hacia la cabaña voy
De Laurencio, cerca está;
Patadas por pasos doy:
Envidia tengo á mi hermana
Que anteayer se casó.

LAURENCIO.

¿Si es esta Delia ó Silvana?

DELIA.

Ya no puedo pensar yo
Vivir hasta la mañana.
Las manos tengo ateridas;
¡Ay de las cabras paridas
Y de las tristes ovejas!
Pero de buenas pellejas
Las tiene el cielo vestidas.
No sé cómo con fríos tales
Las varas pueden tener
En las ciudades rëales
Los jueces, ni ejercer
Su oficio los oficiales.
¿Es Laurencio?

LAURENCIO.

¿Es Delia?

DELIA.

Sí.

LAURENCIO.

¿Á dónde vas por aquí?

DELIA.

Á buscar alguna hoguera,
Porque ya es la Citia fiera
Mi cabaña para mí.

LAURENCIO.

Allí he guardado un tizón
Conservado en las cenizas
Que cuerpo del fuego son:

Allí estará.

DELIA.

Si le atizas,
Haz cuenta que soy carbón.

LAURENCIO.

Á Bato estoy aguardando,
Que está del monte cortando
Algunos ganchos ya secos.

DELIA.

Por allá suenan los ecos.

LAURENCIO.

Del monte baja cantando.

Bato, rústico, sale.

BATO.

Si el pan se me acaba, ¿qué comeré?
Sol, sol, fa, mi, re;
Si se acaba el que me dan,
¿Dónde hallaré pan suave?
Mas dicen que presto un ave
Nos ha de dar carne y pan.
Pues que ya ha nacido Juan,
Venga el divino cordero,
Á cuyo pan verdadero
Como á mi sol le diré:
Sol, sol, fa, mi, re;
Si el pan se me acaba, ¿qué comeré?
Sol, sol, fa, mi, re.

LAURENCIO.

Con lindo relente vienes:
Suelta el instrumento, acaba.

BATO.

¿Qué es de la hambre que tienes?

DELIA.

La leña sólo faltaba.

BATO.

Enciende, ¿qué te detienes?
Que estos acebuches broncos
Me dieron algunos troncos,
Que no arranqué los escobos
Con el temor de los lobos,
De fieros aullidos roncos.

LAURENCIO.

¿No cupo á Elicio y Pascual
La vigilia de esta noche?

BATO.

¡Pardiez, que lo pasen mal
Hasta que el dorado coche
Rompa el balcón oriental!

DELIA.

¿Adónde tenéis los perros?

BATO.

Ya por los más altos cerros
Forman en la nieve estampas.

DELIA.

Ellos caerán en las trampas:
Mueran á piedras y hierros.

BATO.

¡Voto al sol, que mi cachorro,
Que nació por la vendimia,
Es famoso; si los corro,
Carlanca de ante y de alquimia
Es extremado socorro!

DELIA.

Deja ahora la carlanca:
Sopla ese tizón.

LAURENCIO.

Ya quiero
Cortar pan con mano franca
Sobre el fregado caldero,
En leche cándida y blanca.

BATO.

Mientras tú la desmigajas
Soplaré, Delia, las pajas,
Mas no te pongas detrás.

LAURENCIO.

Está bueno.

DELIA.

No eches más.

BATO.

Al aire doy las ventajas.

Entre Silvana, Pascual y otro Pastor, cantando.

Velador que el castillo velas,
Vélale bien y mira por ti,
Que velando en él me perdí.
Mira, velador Adán,
Que andan en el monte lobos,
Puesto que ya de sus robos
Dicen que remedio os dan.
Mas tan hambrientos están,
Que os han de hacer mil cautelas;
Poned al ganado velas,
Tomad escarmiento en mí,
Que velando en él me perdí.
Velador, etc.

LAURENCIO.

¿Buenos, á la fe, venís?

BATO.

¡Qué famosos veladores!

PASCUAL.

Buenas noches.

BATO.

Bien decís,
Si son buenas las mayores.

SILVANA.

Delia, ¿coméis ó dormís?

DELIA.

Uno y otro, aunque á la fe,
Que no me dejaste frío:
Tiemblo del cabello al pie.

SILVANA.

Cuando tú pierdes el brío,
¿Quién hay que seguro esté?
Esta noche á mí, Pascual,
La vela nos cupo.

DELIA.

El hielo
Te hará el rostro de cristal.

LAURENCIO.

Sentaos por aquese suelo,
Pues no hay vela en noche igual.
¿Qué lobo queréis que salga
De su obscurísimo albergue,
Aunque de esta luz se valga?

BATO.

Nunca ese animal se yergue,
Laurencio, en la noche hidalga.
En éstas sustento busca,
Y en los tizones del fuego
Hasta el hocico chamusca.
Las claras pasa en sosiego,
Y en las obscuras se ofusca;
Pero por si aquí se embosca,
Dormid, que yo velaré.

PASCUAL.

No daré mi capa tosca
Por la del Rey.

BATO.

Meteré
La leche y la media rosca.

PASCUAL.

Yo ya estoy medio dormido;
Mira, que veles muy bien.

SILVANA.

Y yo lo mismo te pido.

BATO.

Ya todos, sueño, se ven
Sepultados en tu olvido;
Ea, que para velar
Me importa comer muy bien;
Migaja no ha de quedar;
Sorber y comer también.

Échase en la leche.

En él me quiero estampar.
La panza á mi gusto he puesto,
Pues para remedio de esto
Las voces son las mejores.
¡Hola, pastores, pastores!

LAURENCIO.

¿Qué es aquesto?

BATO.

Al lobo presto.

PASCUAL.

¿Por dónde (1) va?

DELIA.

¡Ay de mí!

SILVANA.

¿Qué haremos?
No le alcanzaremos ya.

DELIA.

Huye, Silvana.

BATO.

¡Qué extremos!

SILVANA.

Cerca mi cabaña está.

PASCUAL.

¡To, Barcino; to, Melampo!

BATO.

Hele donde sale al campo.

PASCUAL.

Pon una piedra en la honda.

LAURENCIO.

Yo haré que el valle responda,
Si en la frente se la estampo.

Vanse todos.

BATO.

Ya he comido, y he quedado
Con fama de velador:
Sólo el vino me ha faltado;
Desviar será mejor
Fuego y caldero del prado:
Pero ya vuelven aquí.

Salen Pascual y Laurencio.

PASCUAL.

Bato, sin duda, se engaña,
Pues apenas ladrar vi
Perro en toda la montaña.

BATO.

¿Cómo que no? Pues yo sí.

TAURENCIO

Delia y Silvana se fueron
Con el miedo que tuvieron.

PASCUAL.

Pues si ya las dos se han ido,
Á las migas me convido.

BATO.

También las migas se huyeron.

LAURENCIO.

¿Cómo?

BATO.

En yendo por allá,
Volvió el lobo por acá,
Yo, por ir tras él ligero,
De hocicos en el caldero
Caigo.

PASCUAL.

¡Miren cuál está!

LAURENCIO.

¿Mas que él se las ha comido?

BATO.

¿Yo?

LAURENCIO.

¿Pues quién?

PASCUAL.

La burla ha sido
Como de tu ingenio rudo.

LAURENCIO.

Mayor hacérmela pudo,
Pues en efecto he dormido;
Pero porque frío siento

---

(1) Este verso es corto.

Yo quiero zapatear.

BATO.

Y yo tocar mi instrumento.

PASCUAL.

Bato, si le has de tocar,
La flauta es divino acento,
Que esos instrumentos son
Mejores para ciudades;
Hazme con la flauta el son.

BATO.

La verdad, me persüades,
Mas falta en esta ocasión.

PASCUAL.

No falta, que yo la tengo
En el zurrón.

BATO.

Muestra á ver.

PASCUAL.

Toma, que ya me prevengo.

BATO.

¿Qué son me mandas hacer?

PASCUAL.

Famosamente me vengo.
Toca el Villano.

BATO.

Ya va.

Sopla la flauta y sale cisco molido, que le pone toda la cara negra.

LAURENCIO.

Ya sueno las castañuelas.

BATO.

¡Ay!

LAURENCIO.

¿Qué es eso?

PASCUAL.

¡Bueno está!

BATO.

Hasta en flautas hay cautela:
No puede soplarse ya.

LAURENCIO.

Quedo, ¿qué extrañas canciones
Van cantando aquellas aves?

PASCUAL.

¿Son águilas ó pavones?

BATO.

Notables voces.

PASCUAL.

Suaves;
Y por extrañas regiones
Que son sirenas recelo,
Si como las cubre el mar
Tiene sirenas el cielo

LAURENCIO.

Sirena se ha de llamar
La que serena su velo;
Todo el suelo reverdece.

BATO.

Todo se alegra y florece,
Las avejuelas se gozan,
Los cabritillos retozan,
Y á media noche amanece.

PASCUAL.

Alfombras se vuelve el hielo
De florido terciopelo.
¡Qué visión tan peregrina!

BATO.

Cegóme su luz divina.

PASCUAL.

Échate, Bato, en el suelo.

El Ángel, en una nube ó tramoya, en alto, y una voz sola cante:

Pues que ya cesó la guerra
Y Dios-Hombre nace al hielo,
Cantemos la gloria al cielo,
La paz al hombre en la tierra.

ÁNGEL.

Pastores de estas montañas,
Buenas nuevas, alegrías;
Dejad á las voces mías
Vuestras humildes cabañas.
Cierto mensajero he sido,
Pastores; Cristo ha nacido;
Id á buscarle á Belén,
Donde hallaréis todo el bien
Á un pesebre reducido.
Id á ver su Madre bella
Y á todo el cielo, adorando
Al Sol que nace temblando
En los brazos de una Estrella.

BATO.

Levanta, Pascual, de ahí;
¿Qué haces durmiendo?

PASCUAL.

¡Ay, cielo!
¿Qué voces ha dado el Sol?

LAURENCIO.

¿Era el Sol?

PASCUAL.

Que era el Sol pienso,
Porque hablaba por sus rayos
Ó por la esfera del fuego,
Coronado de más oro
Y con más rubios cabellos.

BATO.

Á la fe que no era el Sol,
Ni en cuantos libros hebreos,
Asirios ni babilonios
Hoy tiene el mundo compuestos,
Se hallará que hablase el Sol.

PASCUAL.

Que se detuvo es muy cierto
Cuando venció Josué.

BATO.

Mas ¿qué pudo ser? Que tengo
El alma toda turbada
Y confuso el pensamiento.

PASCUAL.

Un ave me pareció,

Que con soberano vuelo
Vencían sus plumas de oro
Del pavón los ojos bellos.

BATO.

¿Las aves hablan?

PASCUAL.

¿Pues no?

BATO.

¿Y quién las enseña?

PASCUAL.

El cielo,
Porque dan, cantando el alba,
Gracias á su Autor eterno.

BATO.

Yo lo he pensado mejor,
Y sin duda aquel mancebo
Era de las bellas aves
Que contaban mis abuelos,
Que en el soberano trono
De zafir, de electro y fuego,
Al gran Dios de las batallas
Cantan con divino acento:
«¡Santo! ¡Santo!», y les responden
Las Virtudes de los cielos.
Concuerda con sus palabras
El hábito, que era un velo
Blanco, bordado de estrellas,
Y el rubio cabello suelto.
Por la túnica Farís
Los blancos pies descubiertos,
Los contornos de diamantes,
Con mil lazadas en ellos.
Las Sibilas y Profetas
Lo que él dijo prometieron
En tantos siglos, que el mundo
Está pidiendo remedio.
Si dicen que ha de nacer
Dios-Hombre, sin duda creo
Que hoy cumple Dios su palabra,
Más firme que el firmamento.
Dióla á Abraham, á Jacob,
Y á David, en cuyo reino
Prometió la sucesión
De aquel esperado centro.
Si al Justo llueven las nubes
Y al blando rocío el cielo;
Si en Belén, casa de pan,
Ha nacido el trigo nuevo;
Si no ha de ser la menor;
Si de ellas sale el imperio
De aquel Capitán famoso
Que ha de gobernar su pueblo;
Si ha llegado ya la edad
En que el demonio soberbio
Pierda el imperio del mundo
Y esté el pecado sujeto;
Si la muerte ha de vencer
Este Capitán muriendo;
Si ha de reparar la vida
Quedando en el campo muerto,
¿En qué os detenéis, pastores?
¿Por qué no vamos, qué hacemos,
Á ver á Dios en la tierra?

PASCUAL.

Bien dice Bato, Laurencio;
Sin duda es Dios este Infante,
Este Sol temblando al hielo.

LAURENCIO.

En lo cierto estáis los dos:
Dios nació, sin duda es cierto.
Vamos á verle, pastores,
Y mil presentes llevemos,
Coronando el portal pobre
De laureles y de acebos.
¿Qué llevarás tú, Pascual?

PASCUAL.

Leche y miel, porque sabemos
Que ha de reprobar lo malo
Y que ha de elegir lo bueno.

BATO.

Yo un cordero.

PASCUAL.

Bien harás,
Pues ya el león es cordero.
¿Tú, Laurencio?

LAURENCIO.

El corazón,
Porque es lo mejor que tengo,
Y es en las aras de Dios
El más oloroso incienso.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

DE

EL NACIMIENTO DE CRISTO

PERSONAS QUE HABLAN EN ÉL

Lisena.	Ginés.	Baltasar.
Delia.	Bato.	Melchor.
Silvana.	Pascual.	Gaspar.
Laurencio.	Josef.	Músicos.
Riselo.	María.	

Salen Lisena, pastora, Delia y Silvana.

LISENA.

Á las cosas que contáis
El cielo estará suspenso:
En corto espacio al inmenso
Al incomprensible dais
Lugar donde quepa.

DELIA.

Sí,
Pues cupo en el vientre santo
De una Virgen que obró tanto
Con fe y humildad.

SILVANA.

Yo vi,
Lisena, en tan breve espacio
Como un pesebre pequeño,
De la tierra y cielo al dueño
Divino.

LISENA.

Extraño palacio
Eligió para nacer
En ese pobre portal.

DELIA.

Su resplandor celestial
Luego le diera á entender
Quién era el que estaba allí.

LISENA.

¡Que con vosotros no fuera
Y ese zagalejo viera
Que nace al hielo por mí!
No dudéis: de mi ganado
Diera el cordero mejor,
Por ver de esa Virgen flor
El dulce Fruto esperado.
Laurencio, bien entendido
Del libro de los Profetas,
Contaba cosas discretas
De este Dios y hombre nacido:
Mayormente de Isaías.
¿Y cómo su madre está?

DELIA.

Como el cielo que hoy nos da
Con tal sol tan buenos días;
Querer pintar su retrato
Es menester para él
Que tome Dios el pincel.

LISENA.

¡Que no fuera yo con Bato,
Con Pascual y con Laurencio!

DELIA.

Si hay algo más que María,
Sólo es Dios, porque este día
Más la encarece el silencio.

Si todo lo que no es Dios
Es menos que vos, Señora,
Soy yo muy ruda pastora,
Virgen, para hablar en vos.

SILVANA.

Dice Delia la verdad:
Callar es mejor; disponte,
Lisena, á dejar el monte;
Parte á la santa ciudad,
Donde verás la belleza
De la Madre de su Padre.

DELIA.

De ver la Virgen y Madre
Se admira naturaleza.
Yo te digo que es persona
Que la sirve de chapín
La luna, y que tiene, en fin,
Al mismo sol por corona.
Pues hablar en el rapaz
No hay en los cielos estrellas,
En la tierra flores bellas,
Ni en el mar duro coral.
Á todas hace ventajas:
Allí está recién nacido
Como pajarillo en nido
Entre las plumas y pajas.
Á la fe, mi delantal
De lástima le dejé.

Salen Bato, Pascual, Laurencio, Ginés y otros pastores.

BATO.

Digo, que conmigo fué
Laurencio y también Pascual,
Y que han visto lo que vi.

GINÉS.

De envidia me estoy muriendo.

PASCUAL.

¿Delia está aquí?

DELIA.

Estoy diciendo
Que á Belén con los dos fuí,
Y Lisena, deseosa,
Ir quiere á verle también.

LAURENCIO.

Ya no es la menor Belén,
Ciudad de David dichosa
En la tribu de Judá.

PASCUAL.

Á la fe, bella Lisena,
Que con razón tienes pena
De no haber estado allá.
Contando vengo á Ginés,
Que de envidia muerto viene,
La gloria que Belén tiene.

GINÉS.

Besaros quieren los pies
Las flores de aquestos prados,
Y bien podrán los pastores.

BATO.

¡Oh qué muchacho de flores
Hecho de lirios dorados!
¡Voto á mi sayo, Ginés,
Que me retoza la risa
De acordarme con qué prisa
Iba á besarle los pies!
Pero díjome Pascual:
Tente, y descálzate presto,
Que Dios dijo á Moisés esto:
Allá zarza, aquí portal.
Turbado entonces, no sé
En qué tropecé, que allí
Con la cara en el buey dí
Y la nariz me quebré.

GINÉS.

¿Quién pudiera sino tú
Hacer eso junto al Rey?

BATO.

Perdone, le dije al buey.

GINÉS.

Y el buey, ¿qué te dijo?

BATO.

Mu.

GINÉS.

Pastores, tanta alegría
Celébrese de mil modos:
Cantad y bailad, que á todos
Alcanza el bien de este día.
Yo me prefiero á poner
Del monte por partes varias,
Esta noche luminarias
Que en Belén se puedan ver.
Ea, vaya un baile, un juego,
Una alabanza que cuadre
Con tal hijo y con tal madre.

PASCUAL.

Por mí, Ginés, vaya luego.

LAURENCIO.

Siéntense todos aquí.

BATO.

¿Y al que errare?

LAURENCIO.

Penitencia.

GINÉS.

Diré con vuestra licencia
El juego.

SILVANA.

Sí.

GINÉS.

Diga.

DELIA.

Di.

GINÉS.

Jesús viene á ser soldado,
Aunque capitán nació;
Él está desnudo.

DELIA.

Y yo
Le vi vestir de encarnado;
Doyle la misma color.

GINÉS.

Al color sentido dad.

DELIA.
Significa humanidad.
LAURENCIO.
Yo le vi lleno de amor,
Y le visto de morado.
SILVANA.
Yo, que le vi los cabellos,
Más que el sol y el oro bellos,
Le vestiré de dorado.
GINÉS.
¿Qué significa?
SILVANA.
El poder.
PASCUAL.
Yo de azul rico vestido
Para Dios celoso ha sido:
Bien se le puede poner.
BATO.
¿Dios celoso?
PASCUAL.
Y muy celoso,
Que él mismo lo dice así.
¿Dios no es amante?
BATO.
Dios, sí.
PASCUAL.
Pues ser celoso es forzoso,
Y cuanto es su amor mayor,
Claro está que lo ha de ser,
Más celos ha de tener.
BATO.
Bendiga el cielo su amor.
LISENA.
Yo le visto verde al fin:
Tengo de verle esperanza,
Aunque quien á verle alcanza
Ha de ver un fin sin fin.
BATO.
Yo de blanco vestir quiero
Este divino galán
Que nace en casa de pan,
Y eso mesmo considero.
GINÉS.
Será pan vivo del cielo.
BATO.
Pues blanco le quiero dar.
GINÉS.
¿Va de juego?
DELIA.
Pues callar.
GINÉS.
Hoy en encarnado velo
Viene este niño, soldado.
DELIA.
Humanidad.
GINÉS.
Por el hombre
Viste su divino nombre
De humanidad.
DELIA.
Encarnado.
GINÉS.
Encarnado y blanco llama
La esposa á este Rey galán.
DELIA.
Humanidad.
BATO.
Pan.
GINÉS.
Y es pan
Del cielo.
BATO.
Blanco.
GINÉS.
Han casado
De una Virgen celestial
En sus divinas entrañas,
De sus grandezas extrañas,
Y de su poder.
SILVANA.
Dorado.
GINÉS.
Dorados palacios deja.
SILVANA.
Poder.
GINÉS.
De sus altos cielos
Azules.
PASCUAL.
Celos.
GINÉS.
De celos
Del hombre, aunque es Dios, se queja.
PASCUAL.
Azul.
BATO.
Verde.
GINÉS.
Bato erró.
GINÉS.
Mi color dijo.
LISENA.
Una prenda.
BATO.
Vela aquí: no tengo hacienda
En comenzando á errar yo.
SILVANA.
Denle penitencia luego.
GINÉS.
Pues consiento que Lisena
Le haga una mamona buena.
BATO.
Quedo, por Dios.
LISENA.
Quedo llego;
Séllala, Delia.
DELIA.
Ya voy.
BATO.
La nariz me habéis rompido.
DELIA.
Pues Bato, estar advertido.

GINÉS.

Prosigo.

BATO.

Un jumento soy.

GINÉS.

El soldado de morado.

LAURENCIO.

Morado.

GINÉS.

Á la guerra viene
Tan niño, que apenas tiene
Fuerzas el hombro sagrado
Para llevar la bandera
Morada.

BATO.

Amor.

GINÉS.

De su santa
Sangre.

BATO.

Amarillo.

GINÉS.

Ya espanta
Tu descuido.

DELIA.

Pague.

BATO.

Espera.

LISENA.

No hay que esperar, porque aquí
Nadie amarillo tomó.

DELIA.

Doyle penitencia yo.

GINÉS.

Dásela, Delia, por mí.

DELIA.

Pues de los dos aladares
Tres veces le he de tirar.

BATO.

¡Ay, ay!

DELIA.

Es de buen quejar.

BATO.

Para, por Dios.

DELIA.

No repares
En niñerías.

BATO.

¿Aquestas
Niñerías? Si con ellas
Me has hecho ver las estrellas,
Y levantado dos crestas.
Si otra vez, Ginés, encaja
Este juego, he de decir,
Pastores, que he de venir.....

GINÉS.

¿Cómo?

BATO.

Rapado á navaja.

LAURENCIO.

Prosigue el juego, Ginés.

GINÉS.

Cumplió el divino soldado
La esperanza.

LISENA.

Verde.

GINÉS.

Y dado
Al mundo, como le ves.
Vistió á la tierra de verde;
Erró, que no respondió
Esperanza.

BATO.

Pague.

LISENA.

¿Yo?

BATO.

No, sino el alba.

GINÉS.

Quien pierde,
Lisena, paga; perdona.

LISENA.

Después.

BATO.

¡Lindo proceder!
Paciencia, porque ha de haber
Aladares y mamona.

LISENA.

Daré prenda.

GINÉS.

Basta así.

LISENA.

Bato, procede galán:
Si penitencia me dan,
Recíbela tú por mí.

BATO.

Un toro que la reciba;
Yerras tú y lo pague yo;
Mas desde que Adán pagó,
La costumbre se deriva,
Porque si advertirlo quieres,
Andan trocados los nombres,
Pues siempre pagan los hombres
Lo que yerran las mujeres.

GINÉS.

Finalmente; este soldado
Bajó del cielo.

BATO.

Azul, celos;
Verde, blanco, negro, cielos;
Rojo, amarillo, encarnado,
Humanidad, esperanza;
Poder, dorado, turquí;
Veamos si acierto así.

DELIA.

Loco está.

PASCUAL.

Perdón alcanza.

BATO.

Con esto me satisfago:
Dadme penas de mil modos,
Que quiero hablallo por todos.

Pues que por todos lo pago.

Sale Riselo.

RISELO.

¿Qué hacéis, pastores, aquí,
Cuando animales y aves
Parece que á los caminos
Á ver maravillas salen?
Levantaos, levantaos presto,
Venid corriendo, que el valle
Atraviesan con su gente
Tres Reyes de varias partes.
La fama dice que vienen
De Saba, de Egipto y Tarsis:
Á lo menos bien lo muestran
En los diferentes trajes;
Trae el muy viejo una ropa
Egipcia, con alamares
De perlas; las blancas sienes
Ciñe un bordado turbante.
Mil gitanos y gitanas
Le acompañan, cuyos bailes
Dan al monte alegres ecos,
Que les responde en mil partes.
El otro, de grana fina
La talar túnica trae,
Que siembran granadas de oro,
Y son los granos diamantes.
El tercero es negro, y creo
Que si quisiera embozarse,
El sol tomara por sombra
Negro de tan lindo talle.
Cubren el lustroso cuello
Aljófares y corales,
Y en filigranas sutiles,
Sartas de rubíes, granates.
Los negros que por grandeza
Vienen danzando delante,
Alegran los verdes bosques,
Dan alma á los mudos valles.
Lo que en recámaras viene
De camellos y elefantes,
No hay ingenio que lo diga;
Pero aseguraros baste,
Que toda aquesta grandeza
Viene á Belén á postrarse
Al pie de un desnudo Niño
Que entre humildes pajas yace.
Venid, venid y veréis
Maravillas que os espanten,
Milagros que os enmudezcan,
Y á Dios con madre y sin padre.
Que su Padre está en el cielo,
De quien engendrado es antes,
Que por obra de su amor
De una pura Virgen nace.
Niña que no tiene ahora
Ni catorce años cabales,
Y antes que el mundo se hiciese
El cielo su nombre sabe.

LAURENCIO.

¡Oh, qué notable alegría!

RISELO.

Pastores, seguidme.

LAURENCIO.

Guarden
Nuestras ovejas los lobos.

PASCUAL.

Al valle, al valle, zagales,
Al valle.

Vanse, y salen Josef y la Virgen con el Niño envuelto en los brazos.

VIRGEN.

Tierno venís, esposo.

JOSEF.

No os espantéis, señora, que lo venga;
Sin Jesús amoroso,
¿Cómo es posible que dolor no tenga?
¡Ay! ¿qué hermosos rubíes
Volvieron sus jazmines alelíes?
¡Con qué paciencia estaba
El Príncipe de paz sobre la mesa!

VIRGEN.

El cielo se admiraba,
Que tantas veces santo le confiesa,
De ver su Rey Eterno
Su sangre derramar tan niño y tierno.
¡Ay, mi Jesús querido!
Sentís mucho el dolor que á mis entrañas
Primer cuchillo ha sido:
Entrañas son de madre, que no extrañas;
De mí tenéis, Dios mío,
Las que vertéis: sois mi Criador y os crío.
Parece que los ojos
Tienen por enjugar las perlas bellas:
Sosegad los enojos,
Serenad las bellísimas estrellas:
No haya más, ya es pasado.

JOSEF.

Con dolor estará, mas no enojado;
Este divino día,
Los enojos de Dios todos cesaron,
Los que tener solía,
Con darnos esta prenda se acabaron.
Entrad, hermosa Infanta:
Descansará Jesús de pena tanta.

VIRGEN.

Descansad, amor mío,
Puesto que en esa estrecha, en pobre cuna,
Al aire, al hielo, al frío.

JOSEF.

Virgen á cuyos pies la blanca Luna
Se postra, entrad os ruego,
Que si vos le cantais dormirá luego.

Éntrense, y salgan músicos de gitanos y detrás el primer Rey.

BALTASAR.

Paróse la estrella ya:
Ésta sin duda es la casa

A donde está nuestro Rey;
Canta una canción Leonarda.

Á la clavelina,
Á la perla fina,
Á la Aurora santa,
Que el Sol se levanta.
Clavellina hermosa,
Perla de los cielos,
Rocío divino,
Soberano Verbo.
Gusto (1) que las nubes
Á la tierra dieron
Sobre el vellocino
Más puro que el cielo.
Vuestra Madre Aurora;
Día tan sereno
Á la tierra ha dado,
Que os está diciendo,
Puesto que en el hielo
De noche tan fría,
Á la clavelina,
Á la perla fina,
Á la Aurora santa,
Que el Sol se levanta.

Salen Bato, Ginés y Laurencio.

LAURENCIO.
¿Dónde quedan los demás?
BATO.
Atrás se queda Silvana
Con Delia.
LAURENCIO.
Aqueste es el Rey;
BATO.
Linda persona.
LAURENCIO.
¡Gallarda.
BATO.
¿Este comerá?
LAURENCIO.
¿Pues no?
BATO.
¿Qué come un rey, oro ó plata?
GINÉS.
Lo que comen los demás.
BATO.
¡Válgame Dios!
LAURENCIO.
Oid, que cantan.

Cantan.

Reina de los cielos,
Divina Señora,
Á fe que habéis dado
Al mundo limosna,
Que andaba gitano
Fuera de la gloria,
Con esa moneda.
Pues que vale sola
Cuanto vale Dios.
Mirad si atesora
La ventura toda
Que la tierra aguarda;
Á la Aurora santa,
Que el Sol se levanta,
Á la clavelina.

Éntrase el Rey con su música y queden los pastores.

LAURENCIO.
¡Con qué notable alegría,
Con qué fe, con qué esperanza
Al santo portal caminan!
BATO.
Toda se me alegra el alma;
Cuando Juanico nació
De Isabel, esas montañas
Saltaron como corderos
Y hubo en ellas fiestas varias.
¡Oh, qué comida, torrijas!
¡Pardiez, que entonces andaba
Rodando el cabrito, el vino!
Pero todo aquello es nada
Respecto de esta alegría.
GINÉS.
Nace Dios, y nuestra humana
Carne se viste; ¿no quieres
Que haya diferencia tanta?
BATO.
¿Cómo nace con pobreza?
LAURENCIO.
Porque grandeza tan alta
Se quiso humillar así.
BATO.
Los cielos, Ginés, me espantan,
¿Era mucho que esta noche
Dieran turrón y castañas?
¿No llovieron codornices
Para aquella gente ingrata
Que del maná tuvo hastío?
GINÉS.
¿No te parece que basta
Esta alcorza, este pan vivo,
Que hoy para los hombres baja?

Sale una danza de negros y los dos Reyes.

MELCHOR.
Donde la estrella paró
Entró Baltasar.
GINÉS.
La casa
Debe de ser esta cueva
MELCHOR.
¡Hola! Prevenid las cajas.
GASPAR.
Deseo llevo de ver

(1) *Susto* dice la 1.ª edición, pero parece que ha de ser *gusto*.

Esta soberana Infanta.

NEGRO.

Canta, Pascual.

MÚSICOS.

Cante uno.

NEGRO.

Toca, Plimo.

MÚSICOS.

Toca y vaya.
Neglo de Santo Tomé,
Á lo Niño del portalico
Cantemo, danzemo, bailemo, á la fe;
Galumpé, galumpé, galumpico,
He, he, he, blanca la cara me deja lo pié.

Los Reyes se entren.

Toca, neglo, lo pandelo
Á lo Niño y Dioso mío,
Que está temblando de frío,
Siendo la lumbre del cielo;
Toca, Blas, lo morteruelo,
Pues ayúdeme Flasico;
Galumpé, galumpé, galumpico,
Galumpé, etc.
Toro branco quemaremo,
Si lo branco pie besamo,
Lo que por Adán tiznamo
Con su nieve lavaremo,
Guarda que no te tiznemo
No puede que es Dios el chico;
Galumpé, etc.
Cordero de tal grandeza
Está sin lana en lo hielo,
Yo piensa en mi terciopelo
Envolver tanta pobreza,
Bayeta de mi cabeza
Daré lana al corderico;
Galumpé, galumpé, etc.

Descúbrase el portal, Josef y la Virgen con el Niño en las manos, el rey Baltasar de rodillas, besándole el pie, los otros dos á los lados como pinta la tabla de los Reyes.

VIRGEN.

El mismo Dios que adoráis,
Que es la verdadera paga,
Os la dará en aquel Reino
De paz.

BALTASAR.

Reina soberana,
Dichosos los que hoy merecen
Verle en carne mortal.

MARÍA.

Basta
Para confirmar la fe
De tan gloriosa esperanza.

BATO.

¿No es bello el Niño?

LAURENCIO.

Es tan bello,
Bato, que me vienen ganas
De atrever mi boca indigna
Á sus pies de nieve y nácar.

GINÉS.

¿Hay más gloria que mirar?

BATO.

Parece que aquí se acaba.....

LAURENCIO.

La historia, Bato, á lo menos,
Porque perdonéis las faltas.

FIN DE LA COMEDIA.

EL VASO DE ELECCIÓN

(INÉDITA)

COMEDIA FAMOSA

DE

EL VASO DE ELECCION

SAN PABLO

(INÉDITA)

JORNADA PRIMERA

Suena dentro ruido de alegría, y sale Eliud, de camino.

ELIUD.

Yo llego á buena ocasión,
Que éstos que alegres cantando
Vienen, pescadores son,
Que, esta ribera alegrando,
Ponen al mar atención.
Y el gran mar de Galilea
Parece que lisonjea
Sus rústicas voces tanto,
Que les paga en calma el canto
Con apacible marea.

Gritan dentro (1).

La grita pasa adelante,
Y aquí viene un pescador.

Sale un pescador con un azadón al hombro, y comienza (2) á cavar.

PESCADOR.

Aqueste sitio es bastante
Para el tálamo.

ELIUD.

¡Ah, señor!

PESCADOR.

¿Quién es?

(1) Ms. parmense: *vuelven á gritar.*
(2) Ms. parmense: *á un lado.*

ELIUD.

Cierto caminante
Que viene muy bien criado
Y es preguntador cruel.

PESCADOR.

Vos seáis muy bien llegado;
Que yo también soy fiel
Respondedor.

ELIUD.

Bien hablado:
No se lo puedo negar.

PESCADOR

Comenzad á preguntar
Si prolijo habéis de ser;
Que yo os pienso responder
Sin que deje de cavar,
Porque han de poner aquí
Los novios.

ELIUD.

Eso entendí
Preguntaros.

PESCADOR.

Y estará
Vuestra pregunta de mí (1),
Según eso, satisfecha.

(1) Falta un verso á esta quintilla; en el ms. parmense toda la quintilla es ésta:

Porque han de poner aquí
Un tálamo, y vienen ya
Los novios
ELIUD.
Eso entendí
Preguntaros
PESCADOR.
Ya estará
Vuestra pregunta de mí, etc.

ELIUD.

Aun falta más.

PESCADOR.

¿No aprovecha
Lo dicho?

ELIUD.

Quiero saber
El nombre de la mujer
Y del novio.

PESCADOR.

Cuenta estrecha.

ELIUD.

No os pese; que semejantes
Sucesos suelen servir
De alivio de caminantes.

PESCADOR.

En acabando de oir
Sus nombres, quedáis como antes;
Que quien vive en las ciudades,
Mal los destas soledades
Conocerá por los nombres;
Mas de las mujeres y hombres
Os diré nombres y edades,
Para que vais satisfecho
Y os dejéis de preguntar.
Ya aquesto á que vine es hecho (1).

ELIUD.

El cielo de mar á mar,
Para premiar vuestro pecho,
Siempre que la red caléis,
Colme de vario pescado,
Con que próspero quedéis.

PESCADOR.

El nombre del desposado
Muchos años preguntéis.
Primeramente, es Simón
Pedro, un pescador de fama,
Que él y su hermano lo son.

ELIUD.

¿Cómo su hermano se llama?

PESCADOR.

Andrés, mozo (2) de opinión,
Que esta ribera del mar
De Galilea los tiene
Por sus Neptunos, y á dar
Todos sus peces les viene
En comenzando á pescar.
Los dos tienen un navío,
Y están muy ricos los dos,
Que con celestial rocío
Les hace mil bienes Dios
Por su virtud.

ELIUD.

Yo lo fío.

PESCADOR.

Treinta y nueve ó cuarenta años
Será de los dos la edad;
De muchos hombres extraños,
Porque es gente de verdad
Y de ningunos engaños (1).
Conociendo esto, le ha dado
Aristóbolo á su hija,
Que es un ciudadano honrado
De Betsaida, y regocija
Hoy todo el margen sagrado
Del mar este casamiento.
Y no queda pescador
Que con diverso instrumento
No dé á los novios honor
Y al desposorio (2) contento.
El Zebedeo y María
Salomé, su esposa amada,
Apadrinan este día
Los novios, que es gente honrada,
De noble sangre judía.
Vienen con ellos también
Juan y Jacobo, sus dos
Amados hijos, á quien
Ha de hacer mil bienes Dios,
Porque son hombres de bien.
Treinta y tres años tendrá
Jacobo, y Juan veintitrés,
Que, visto, parecerá
De la cabeza á los pies
Que con pincel hecho está.

ELIUD.

De la novia habéis callado
La edad; sospecha me ha dado (3).

PESCADOR.

Veinte años puede tener.

ELIUD.

Pollas buenas han de ser
Para un enfermo cuidado.
De esa edad nos las receta
El amor para comer.

PESCADOR.

Y hermosa como discreta,
Y, sobre todo, mujer
En virtudes muy perfeta,
Que es grande dicha encontrar,
Ya que un hombre haya de dar
En aquese desvarío (4),
Lo que encontró el amo mío:
Dios le dé pesca en el mar,
Pues es tan buen pescador.

---

(1) Ms. parmense: *dexa de cabar.*
(2) Ms. parmense: *mozos.*

(1) Ms. parmense: lo mismo; Rojas corrigió: *libre de enredos y engaños.*
(2) Ms. parmense: *desposado.*
(3) Ms. parmense:

Sospecha me ha dado
Que es mayor que el novio.

PESCADOR.

Apenas
Tiene veinte.

ELIUD.

Pollas buenas
Para, etc.

(4) Rojas corrigió: *en intento que es tan pío.*

ELIUD.
El nombre quiero saber.
PESCADOR.
Perpetua, igual á su amor.
ELIUD.
Mal nombre para mujer;
Para censo era mejor.
Mi dueño ha llegado ya.
Quedaos con Dios.
PESCADOR.
Dios os guarde (1).
La boda llegando va,
Y con apacible tarde
El mar aplauso le da.

Gritan.

Entren los pescadores que pudieren, y uno con un árbol, que es el tálamo; y luego Jacobo, Andrés y Juan, de pescadores, y Pedro y Perpetua de las manos, ella en cabello y vestida de aldeana, y de la mano de Perpetua María Salomé, también el cabello tendido, de manto azul, vestida á lo judío, y el Zebedeo, y ponen el tálamo, y cantan y bailan.

MÚSICOS.
Tálamo de amor,
¡Cuán bien que parecéis hoy!
UNO SOLO (2).
No parece el alba,
No parece el sol,
No parece el Mayo
La mitad que vos.
Siempre á vuestros ojos (3)
Cante el ruiseñor
Canciones de amor (4)
Y de celos no.
Vuestras ramas vista
En cada (5) ocasión,
El Mayo de fruta
Y el Abril de flor.
MÚSICOS.
Tálamo de amor,
¡Qué bien que parecéis hoy!
ZEBEDEO.
Ya está el tálamo en el puesto;
Los novios se sienten, pues,
Como es costumbre, y después
Por su orden todo el resto.
Y no quede castañeta
Que hoy no se rompa, ni son
Que no diga de Simón
La ventura: el que es poeta,
Versos haga de repente;
El que toca, de contento
Loco deje el instrumento
Para otro día siguiente;
El que de bailar se precia,
Mudanzas haga á porfía;
Que no hay cosa de alegría
En los desposorios necia;
Que á fe que si me cogiera
Á mí un poco atrás la edad....
PEDRO.
Compadre, la voluntad
Estimo.
ZEBEDEO.
¡Pardiez! sí hiciera
De mejor gana que cuando
Con María Salomé,
Compadre, me desposé.
Mas á Jacob y á Juan mando
Que bailen en mi lugar,
Porque no falte el placer.
MARÍA SALOMÉ.
Zebedeo, obedecer
Sabrán, pero no bailar;
Que son rústicos en eso.
ANDRÉS.
Aquí zagales están
Que por todos bailarán
Hasta que queden sin seso.
Yo con mi hermano Simón
Y con Perpetua, mi hermana,
Bailar pienso una semana.
PEDRO.
Pues, Andrés, vaya de son.
Bien hayas tú, que celebras
Con tal gozo y alegría
De mi desposorio el día,
Y á la fortuna le quiebras
Los ojos de regocijo,
Pues no ha sido mi ventura,
Andrés, para más cordura,
Ni el bien que contento elijo.
Dichoso mil veces yo,
Perpetua, que merecí
Tu mano, que para mí
El cielo predestinó,
Porque antes de hacernos Dios,
Tanto sin ser nos quisimos,
Que dentro en su mente fuimos
Para en uno ambos á dos.
Allí amores te decía,
Allí la mano me dabas,
Y conmigo celebrabas
La ventura deste día.
Y hoy que ha llegado, no hay cosa
Que con mi dichoso estado
No se haya regocijado
Viéndote, Perpetua hermosa.
Mira el mar de Galilea
Que su término forzoso,
No pudiendo de furioso,
De alegre pasar desea,
Rompiendo al cielo la fe;
Y puede ser que presuma
Querer cotejar su espuma

(1) Ms. parmense: *gritan otra vez.*
(2) Manuscrito parmense: falta esa indicación.
(3) Idem íd.: *en vuestras hojas.*
(4) Idem íd.: Rojas corrigió: *de amantes.*
(5) Idem íd: Rojas corrigió: *en toda.*

Con la nieve de tu pie.
Mira los peces saltando
Con las escamadas colas,
Y las peñas con las olas
Parece que están jugando.
Y no hay marítimo risco
En el mar de Galilea
Que no arroje por grajea
De fuente de ovas marisco.
Que para que en él te quedes
Te hace, esposa, el mar sagrado
Mil presentes de pescado
Siendo tus ojos las redes.
Que para tu celestial
Garganta, en llegando á verte,
Feudo eterno ha de ofrecerte
De perlas y de coral.
Mi nao, que en la espuma cana
Como pavón se enloquece,
Corona del mar parece
Y oriente de la mañana.
Y á la aurora desafía,
Porque con tus bellos soles
Ha de tener dós faroles
Que han de dar más luz que el día.
Y no temiendo los bancos
Del mar, con mil gallardetes,
Por mesanas y trinquetes
Muestra los costados blancos.
Al fin, nao, mar, peces, peñas,
Y cuantos viéndome están,
Todos parabién me dan
Ó con lenguas ó con señas.
Y yo en aquesta ocasión,
Mirando gloria tan alta,
Aunque la razón les falta,
Digo que tienen razón.
Tanto en ellos ha podido
Y en mí el bien de mi cuidado,
Que ellos sentido han cobrado
Y yo solo le he perdido.

PERPETUA.

Estimo tu voluntad
Y tu amor, como es razón,
Y entiendo que en mí, Simón,
Vive la propia verdad.
Por la mujer más dichosa
Me tengo que puede (1) haber
En haber venido á ser,
Simón, tu mujer y esposa.
Y no hay sentido que en mí
Esta dicha no celebre,
Y á solas no se requiebre
Después que te ha dado el sí.
Los ojos dicen que ven
Por los tuyos, y que son
Por donde hasta el corazón
Dió el alma entrada (2) á este bien.

(1) Manuscrito parmense: *pudo.*
(2) Idem íd.: *entrada el alma.*

Á los oídos no suena
Música como tu voz,
Que entra el (1) alma más veloz
Cual (2) si fuese de sirena.
Dice el olfato que el mayo,
Con tan grande variedad,
No le huele la mitad,
Pedro, que tu tosco sayo.
El gusto, que no ha comido
Tal cosa como tu amor;
Pues de las manos, mejor
Dirás tú lo que han sentido.
Pues con llamallas tú nieve,
Brasas de amor se han tornado
Después, Pedro, que han tocado
Las tuyas, que un fuego llueve
Desde el corazón aquí,
Que no sé si son antojos,
Que me sale por los ojos
Y que me deja sin (3) mí.
Yo, á la fe, no sé qué son,
Si son de amor maravillas,
Haciéndome están cosquillas
En el mismo corazón.

JACOBO.

Ruego á Dios que muchos años
Os gocéis los dos, amén,
Y que os dé Dios tanto bien
Que no conozcáis los daños.
Cuando la red caléis, sea
La pesca tal, que el navío
Deje de peces vacío
Todo el mar de Galilea.
Y cuando á estas peñas salga
El pescado, cada cual
Vomite una piedra tal,
Que más que Betsaida valga.
Conque á coronarte vengas
Por no vista maravilla,
Y siendo rey desta orilla,
El dominio del mar tengas.
Y tanto alcance la fe,
Pedro, que guardas al cielo,
Que con corona en el suelo
El mundo te bese el pie.

JUAN.

Ruego á Dios, Pedro, que seas
Piedra en que algún edificio
De que el cielo nos da indicio
Comience, y que tú lo veas.
Que parece tu persona,
Que aun en aquesta humildad,
Una extraña majestad
Secreta al mundo pregona:
Y que desde tu llaneza,
Pescando desde esas rocas¡
Que te han dado el ser, que tocas

(1) Idem íd.: *al.*
(2) Idem íd.: *Que.*
(3) Idem íd.: *no me tiene.*

Al cielo con la cabeza.
Y no te espantes si subes
Desde tan bajo lugar,
Pues que también desde el mar
Suben al cielo las nubes.
Y tanto te ha de querer
Por tu fe Dios, Pedro amigo,
Que imagino que contigo
Ha de partir el poder.

PEDRO.

Esos encarecimientos
Son para ingenio mayor,
Mayor fe, mayor valor,
Mayores merecimientos.
Pero yo, Jacob y Juan,
Soy en rostro un avestruz (1),
Que aun no merezco la luz
Que esos once orbes me dan.
Vosotros sí merecéis
Lo que á mí me deseáis,
Por el valor que mostráis
Y la sangre que tenéis.
Este es general deseo
Que se llevan de su idea
La voz, y de Galilea
Los hijos del Zebedeo.
Gran puesto habéis de tener;
Que tú, Jacob sin segundo,
Lucero has de ser del mundo,
Y Juan águila ha de ser.

ZEBEDEO.

Baste, y meta un baile paz,
No se nos vaya la boda
En razonamientos toda.

ANDRÉS.

Esto es pollos con agraz.

Cantan:

Tálamo de amor,
¡Cuán bien parecéis hoy!
¡Oh cuán bien parecen
Perpetua y Simón!
Como el olmo y yedra,
Sentados en vos,
Vuestras verdes hojas
Las bendiga Dios,
Pues cubren dos novios
De tanto valor;
Vivan muchos años,
Que tal pescador
Y tan linda novia
Para en uno son.

TODOS.

¡Tálamo de amor,
Qué bien que parecéis hoy!

Aquí bailan, y estando bailando dirá Eliud dentro.

(1) El Ms. de Madrid dice: *Soy un topo, un avestruz.*

ELIUD.

¡Que se anega en el mar fiero!
¡Socorro! ¡Socorro! ¡Aquí,
Pescadores, acudí!

ANDRÉS.

Allí lucha un caballero
Del mar con las olas fieras,
Porque dellas contrastado
Su caballo le ha arrojado.

PEDRO.

Pues, Andrés, ¿á cuándo esperas?
Desnúdate y siguemé,
Pues que puede ser su vida
De nosotros socorrida
Y en tal peligro se ve.

JACOBO.

Todos, Simón, te seguimos.

JUAN.

Todos tras ti caminamos.

PEDRO.

Ropa fuera, pues, y vamos,
Ya que su peligro vimos.

Quítanse todos los sayos y quedan en calzones blancos y camisas, y vanse, y quedan el Zebedeo y las mujeres.

ZEBEDEO.

El caballo se ha escapado
Y del agua se sacude
En la playa.

MARÍA.

El cielo ayude
Á su dueño desdichado.

PERPETUA.

Ya Pedro al mar se arrojó,
Andrés, Jacobo y Juan.

ZEBEDEO.

Ya con él todos están.

MARÍA.

Ya Pedro un brazo le asió.

PERPETUA.

Ya con mil ansiosos lazos
De la muerte, el caballero
Le abraza.

ZEBEDEO.

Ya del mar fiero
Le saca Simón en brazos.

Salen todos con Saulo, vestido á lo romano, y mojados.

PEDRO.

Ánimo; que de la guerra
Del mar, libre en esta parte
Estáis ya.

SAULO.

Quiero besarte
Mil veces, amada tierra,
Y á ti los pies juntamente,
Pues que te debo la vida,
Casi anegada y perdida

Ya en el mar.

PEDRO.

El cielo aumente
La que os dejó, forastero
Noble; que el cielo os la dió,
Que poco importara yo
Contra el furor del mar fiero.
Sentaos, que estaréis cansado
Del mar, y dadnos razón
De quién sois, y á qué ocasión
El margen del mar sagrado
De Galilea pisasteis,
Y á dónde es vuestro camino.

SAULO.

Daros gusto determino,
Ya que del mar me librasteis.
Del tribu de Benjamín
Soy, linaje antiguo y claro,
De los doce que á Israel
Dió Jacob, padre de tantos.
Fué Giscalis patria mía
Y de mis padres, y entrando
Los romanos á ocupalla,
Fuéronse á vivir á Tarso,
Donde gozan, como en Roma,
Los privilegios romanos
Sus ciudadanos, nobleza
Que las colonias gozaron.
De aquí mis padres, pequeño,
Para estudiar me enviaron
Á la gran Jerusalén,
Del mundo asombro y milagro.
Física y humanas letras
Aprendí, y del gran letrado
Y maestro Gamaliel,
Ingenio divino y raro,
Aprendí la teología
De nuestra ley, siendo espanto
Del más experto rabí,
En tiernos y verdes años.
Llámanme á Tarso mis padres
Ahora, y he sospechado
Que es para casarme, cosa
Á que me muestro contrario.
Compré de casa de Herodes
Para partirme un caballo,
Que del codón al copete
Es todo un tigre estrellado.
Cuyas clines de manera
Le ensoberbecen, que estando
Viendo su sombra, parece
El que dió fama á Alejandro.
Mandóle Herodes vender
Porque una vez de palacio
Saltando con Herodías,
Que es hechizo de sus brazos,
Cayó con ella, y pluguiera
Al cielo le hubiera dado
En su vientre sepultura,
Como el caballo troyano,
Antes que hubiera pedido
De Juan, el profeta santo
Que fué del Jordán Elías
Y voz de Dios en sus campos,
Aquella heroica cabeza,
Que fué el más costoso plato
Que pudo para su gusto
Darle el Tetrarca tirano.
Al fin, de Jerusalén
Salí con sólo un criado,
En mi caballo los ojos
De todo el mundo llevando,
Tan soberbio y tan airoso,
Que en la silla levantado,
Miraba las herraduras
De los pies y de las manos.
Llegué al mar de Galilea,
Que antes de mirar de Tarso
Los homenajes soberbios,
Quise ver el mar sagrado,
Este caballo del cielo,
Siempre de espuma argentado,
Que con un freno de arena
Le detiene Dios el paso;
Este, que de leños solos
Se sustenta, éste que armado
De montes de agua, parece
Que se come estos peñascos,
En cuyos humildes senos,
Camarines apartados,
Forman varias taraceas
Coral y huesos humanos;
De su calma á la lisonja
Me llegué con mi caballo,
Dándome el mar osadía
Á bañarle pies y manos.
El Bucéfalo atrevido,
Con la espuma del mar cano,
Se juzgó el toro de Europa,
Las olas menospreciando;
Y una, soberbia, queriendo
Satisfacer al agravio
Del menosprecio, en el golfo
Nos arrojó sin pensarlo.
El caballo comenzó
Á nadar, porque enseñados
Nacieron para el peligro
Los brutos, de razón faltos.
Yo, procurando volvelle
Al margen, sacando el brazo
Afirméme en los estribos
Y apreté el freno en la mano.
«No te espantes», como César
Le dije para animarlo,
«Del mar adversa fortuna,
Pues llevas sobre ti á Saulo.»
Entonces, como corrido
De que por cobarde y flaco
Le hubiese tenido, echóme
Con los corcovos por alto.
Recibiéronme las olas
Con mil fingidos abrazos;

Que como engendran sirenas,
Todo es traiciones y engaños.
Probé á contrastar su furia,
Mas fué pensamiento vano,
Haciendo barca del cuerpo
Y remos de los dos brazos.
Vime anegar y di voces,
Y dió voces mi criado,
Á tiempo que estaba yo
Con la muerte entre los labios.
Y á no poner diligencia
Vuestra piedad, fuera Saulo
Manjar de hambrientos delfines
Que mi fortuna anunciaron.
Gracias le doy á los cielos,
Que hoy la vida, por milagro,
Me dieron, siendo instrumento
Vuestra piedad, en tal caso.
Á quien ruego, pescadores
Generosos, que más años
Que tiene esta playa arenas
Y hojas estos montes altos,
Átomos la luz del día,
El cielo luceros claros,
Gotas de agua el mar, los hombres
Todos pensamientos varios,
De vida tengáis, y queden
Vuestros nombres siglos largos
Escritos en las memorias
De los anales humanos.
Y á ti, Pedro, que así entiendo
Que los demás te han nombrado,
Pues á tus brazos la vida
Debo, haga el cielo santo
Tan gran pescador, que olvides
El marítimo pescado
Y de almas y hombres lo seas,
Pues que tu valor es tanto.
Y esa nave, de quien eres
Dueño de vergas en alto,
La mires con el Mesías
Que los tribus aguardamos,
Siendo nave militante
De su Iglesia, y tú vicario
De su poder, y en el mar
Su piloto soberano.
Que yo, con la obligación
Que tengo, seré entretanto
Con la voluntad y vida
Tu perpetuo feudatario.
Siendo, á pesar de los tiempos
Envidiosos y contrarios,
Amigos hasta la muerte,
Como es razón, Pedro y Saulo.

PEDRO.

Yo soy el que gano en ello.
Veis aquí, Saulo, mis brazos.

SAULO.

En ellos hallé la vida
Que á vuestra amistad consagro.

ANDRÉS.

Ya que de Jerusalén
Venís, contadnos despacio
Lo que hay por allá de nuevo;
Que los que lejos estamos
De su grandeza, vivimos
Con deseo y con cuidado
De saber sus novedades,
Pues en ella hay desto tanto
Cada día.

SAULO.

Una hay bien nueva
Agora, que llegó á Tarso
Por maravillosa.

PEDRO.

¿Cómo?

SAULO.

Aquestos días pasados
Ha parecido un profeta,
Según dicen, hombre santo,
De grave y modesto rostro,
De treinta á treinta y dos años.
Cabello á lo nazareno,
Crespo, hasta el hombro, y castaño
Como la barba, también
Repartida en dos pedazos.
Ancha frente y sin arrugas,
Ojos serenos y garzos,
Nariz afilada, y boca
De dos corales por labios.
Sus palabras son compuestas
Y el traje es honesto y llano,
Que es una túnica sola
Larga y de color morado,
Sin costura, que le cubre
Hasta el pie, que va descalzo,
Con quien no es el blanco armiño,
Si con él compite, blanco.
Ninguno reir le ha visto,
Y algunos hacer milagros,
Á enfermos dando salud
Y á muertos resucitando.
En el templo cada día
Predica, y el vulgo vario
Le sigue, diciendo todos
Que es profeta de Dios santo.

PEDRO.

¿Cómo es su nombre?

SAULO.

Jesús.

ANDRÉS.

Nombre altivo y soberano.

PEDRO.

Por la fama solamente
Inclinación le he cobrado.

ANDRÉS.

Yo le he de ver, aunque deje
Las redes, Simón hermano,
Por algunos días.

PEDRO.

Yo,

Andrés, pretendo buscarlo.

JABOB.

Yo lo determino ver.

JUAN.

Y aun yo, Jacob, he pensado
Que es el profeta que dice
Nuestro deudo muy cercano,
Según las señas.

SAULO.

Jacob
Es de Jesús un retrato
En el talle y en el rostro.

MARÍA.

Es, Saulo, su primo hermano,
Si es el que pienso, y en él
Viven secretos más altos
Que nuestra humildad conoce.

Sale Eliud de prisa.

ELIUD.

¡Válgate Dios por caballo!

SAULO.

¿Qué hay, Eliud?

ELIUD.

¡Oh, señor!
Tú seas muy bien hallado;
Que pensé que no salieras
Del mar con tan buen despacho.
Gracias á estos pescadores,
Después de Dios, que te han dado
La vida, que estuvo á pique
De sorberte el mar á tragos.
Ya te imaginaba yo,
Dentro de muy poco espacio,
Á librar bien con el mar,
Ámbar de algún ballenato,
Y venderte para guantes
Y coletos al verano
Por onzas.

SAULO.

¡Bueno anduviera!
De otra suerte lo ha trazado
El cielo; gracias le doy.
¿Qué hay del caballo?

ELIUD.

El caballo
Ha sido cabra montés
Por entre aquesos peñascos.
Y de cansado y rendido,
Al fin se vino á la mano
Como halcón.

SAULO.

¿Y dónde queda?

ELIUD.

Aquí le dejo arrendado
Con el mío en un quejigo,
Vertiendo un mar de agua entrambos.

PEDRO.

Tomad, Saulo, mi consejo,
Y vended ese caballo,
Que tiene malos siniestros
Y puede ser despeñaros.
No aguardéis más experiencias
Que haberle Herodes echado
De su Real caballeriza,
Y hoy ser causa en el mar cano
De vuestra muerte.

SAULO.

Antes pienso
Que su ardimiento bizarro
Ha de sacarme, sin duda,
Muy grande hombre de á caballo,
Porque el ser poco seguro
Me ha de tener con cuidado,
Y de andar siempre en la silla
Y he más firme.

PEDRO.

Sois temerario.
Guardaos de alguna caída
Adonde no os valgan, Saulo,
Ni cuidados ni pies firmes;
Que vivís muy confiado.

SAULO.

El cielo es piadoso. Adiós.

PEDRO.

¿Os vais?

SAULO.

Pienso entrar en Tarso
Al alba, y así no puedo
Detenerme.

PEDRO.

¡Extraño caso!
Esta noche bien podéis,
Y estaréis aposentado
No mal.

SAULO.

Yo agradezco, Pedro,
Esa voluntad, y aguardo
Servilla con largas obras;
Pero agora es excusado
Recibir esa merced.

PEDRO.

Ya que el día que me caso
Os trujo vuestra fortuna
Á esta ocasión, fuera, Saulo,
Para mí de grande estima
Que, en nuestra mesa cenando,
Honrarais nuestras barracas;
Que suelen ser de regalo
Las cenas de pescadores,
Y más en iguales casos;
Para cuyo intento no hay
En todo este mar pescado
Que no registren las redes
En nuestros humildes platos:
El ostión frito y cocido,
Entre sus conchas guardado
Como la perla; el albur,
La acedía y el robalo;
El pámpano entre laureles,
Y como ternera, asado;
El sollo con perejil;

El peje espada y el barbo;
La lamprea en pan, la enguilla
Que la imita, y el pescado
Del refrán, que es siempre el mero,
Y el pulpo hecho pedazos;
El congrio, el salmón, la jibia,
Y el cangrejo colorado,
Y el langostín, que al coral
Parece que hurtó los ramos;
La sardina, que, á no ser
Tan común, fuera estimado
Por el pescado mejor,
Y el sábalo, que le igualo
Al faisán de Italia, el mujo,
El calamar y el dorado,
La caballa y el zurel,
Y con pimienta el hidalgo
Camarón, el peje rey,
El besugo y el lenguado.

ELIUD.
Esos en los desposorios
Suelen ser muy de ordinarios.

PEDRO.
Sin infinitos que dejo
De nombrar; porque son tantos,
Que un mar parece la mesa.

SAULO.
Goceisos por muchos años
Los dos, amén, con dichosa
Sucesión; mas porque tardo
En llegar á Tarso ya,
É importa llegar á Tarso
Con brevedad esta noche.

PEDRO.
Pues Dios os dé el deseado
Viaje que han menester
Vuestros intentos.

SAULO.
Partamos.
Pedro, Saulo es vuestro amigo,
Yo os doy por prenda esta mano.

PEDRO.
Yo también os doy la mía.

SAULO.
Pues, Pedro, adiós.

PEDRO.
Adiós, Saulo.

ELIUD.
¿No hubiera tanta lamprea
Para el camino de paso,
Que en haberla apetecido
Parece que estoy preñado?

PEDRO.
Vaisos tan aprisa, que es
Imposible.

ELIUD.
Yo malparo,
Según eso.

PESCADOR.
Para vos.

ELIUD.
Mi dueño sube á caballo.
Adiós.

Vanse.

PEDRO.
Guárdeos Dios.

ZEBEDEO.
Por cierto
Que es animoso y bizarro
Este mancebo, que muestra
En las palabras y el trato
Su nobleza.

PEDRO.
Á mí me deja
Á su amistad inclinado.

ANDRÉS.
Ya caminan, y parecen
Dos águilas los caballos.
Yo pondré que tardan poco
De aquí á los muros de Tarso.

JACOB.
Buen viaje les dé el cielo;
Que á fe que ha sido milagro
El ir con vida de aquí.

ZEBEDEO.
Menos ardiente y dorado
Al mar baja aprisa el sol
Por las puertas del ocaso.
Retirémonos, Simón,
Á las barracas cantando,

PEDRO.
Retiremos norabuena;
Vuelvan á cantar, y vamos.

Saquen ahora el mayo como primero, y cantan entrando:

Tálamo de amor,
¡Cuán bien que parecéis hoy!

Salen Saulo y Eliud.

SAULO.
Gallardamente han corrido
Los caballos.

ELIUD.
Han dejado
El viento atrás, y han pasado
Los pensamientos.

SAULO.
No ha sido
Pequeña la diligencia.

ELIUD.
Hipócrifo parecía,
Que volaba y no corría,
Tu caballo en competencia
De tu propio pensamiento,
Que de espuela le sirvió.

SAULO.
¿Qué hora será?

ELIUD.
Pienso yo

Que no verá el soñoliento
Planeta en estas tres horas
El alba, á quien los poetas
Tantas cosas indiscretas
Han dicho; que las señoras
Estrellas están de espacio,
Visita haciendo á la noche,
Y las aguarda su coche
Á las puertas de palacio,
Aunque pienso que se irán
En su carro las cabrillas.

SAULO.

Del cielo las maravillas
Ahora viéndose están.
Esta estrellada techumbre
Da señales del poder
De Dios, y el que llega á ver
De fe con alguna lumbre
Á esta celestial pintura,
Admira la omnipotencia
Y la soberana ciencia
De Dios, en tanta criatura.

ELIUD.

Á mí me da cuanto miro
Hambre y sueño, y me comiera
Toda esta estrellada esfera,
Á ser de huevos.

SAULO.

Yo admiro
De Tarso la soledad.

ELIUD.

Apenas un cardador
Ha despertado, señor,
Que suelen en la ciudad
Cantar antes que amanezca
Seis horas á treinta voces,
Todos contraltos feroces,
Sin que un tiple se parezca.

Suenan cajas destempladas.

SAULO.

Escucha. Unas destempladas
Cajas parece que escucho.

ELIUD.

Á estas horas fuera mucho.

SAULO.

Si no son imaginadas
Sombras, estas son banderas
Arrastrando, y me parece
Entierro romano.

ELIUD.

Ofrece
Á veces fantasmas fieras
Á los ojos el desvelo,
Que pena y cuidado dan.
Antojos, señor, serán.

Salgan cajas y banderas arrastrando.

SAULO.

Agora bañando el suelo
Con lágrimas, y tendido
El cabello por los ojos,
Con tres hachas, que despojos
De acto funeral han sido,
Y mantos negros atrás,
Tres mujeres juntas vienen
Que oficio de llorar tienen
En los entierros.

Salgan tres mujeres como dicen los versos.

ELIUD.

Jamás
He visto cosa como ésta.
Limpiémonos bien los ojos,
Porque pueden ser antojos.

SAULO.

Las cajas dan por respuesta
Que es verdad lo que miramos.

Pase ahora el ataúd como dice.

Agora viene, Eliud,
En hombros un ataúd
De cuatro ancianos. Sepamos
Quién es ese caballero
Que, á la romana costumbre,
Antes de mirar la lumbre
Del sol se entierra.

ELIUD.

Yo quiero
Llegar á saberlo deste
Que detrás del cuerpo helado
Va de un pavés embrazado,
Para que nos manifieste
Deste enigma la verdad.

SAULO.

Llega á preguntarlo, pues.

ELIUD.

Decidme, señor, ¿quién es
Este difunto?

BALBO.

Mirad
En el pavés su blasón,
Porque Saulo dice en él,
Hijo de Salatiel.

ELIUD.

¡Saulo!

BALBO.

¿Qué os da admiración? (1)

ELIUD.

¿Cómo puede ser que sea
Saulo, si está vivo aquí?

BALBO.

Saulo va difunto allí,
Que en el mar de Galilea
Murió anegado.

---

(1) Lo mismo en el manuscrito parmense, pero debe de ser:

ELIUD.

¡Saulo!

BALBO.

Hijo de Salatiel;
¿Qué, os da admiración?

SAULO.

¡No estoy
En mí! ¿Es sueño, es devaneo
Lo que escucho y lo que veo?
Si es verdad que Saulo soy,
¿Cómo me van á enterrar?
¿Libre del mar no salí,
Y á Tarso he llegado? Sí.
¿Pues cómo me anegó el mar?

Vanse entrando las mujeres y el ataúd, y el del pavés se va poco á poco.

¡Qué notable confusión!

ELIUD.

Sin sentido estoy.

SAULO.

Recelo
Que este es aviso del cielo,
Y esta es celestial visión.

ELIUD.

Yo le quiero preguntar
Por mí, que quizá Eliud
Andará en otro ataúd.
¿Qué digo? ¿sabráme dar
Cuenta de cierto criado
De ese Saulo, que Dios haya,
Si también en esa playa
Quedó del mar anegado,
Que se llamaba Eliud,
De fe, diligencia rara,
Mozo, amarillo de cara,
Y de muy buena salud,
Si por dicha por allá
Se ha muerto, á su parecer?
Porque puede también ser
Sin que él lo supiese acá.

BALBO.

No sé.

Vase.

ELIUD.

Más vale que estemos
En duda mal por mal.

SAULO.

Ya
El sol con el alba está.
En cas de mi padre entremos,
Si es que estoy vivo, Eliud.

ELIUD.

Si verdad te he de decir,
No hueles bien.

SAULO.

Eliacir,
Criado de gran virtud
De mi padre, abre la puerta
De casa: quiero llegar,
Y de mí me podrá dar
Cuenta verdadera y cierta,
Si es que con vida he llegado
Á Tarso, Eliacir.

ELIAZAR.

Señor,
Dame tus manos.

SAULO.

Mi amor
Un abrazo te ha guardado.

ELIAZAR.

Tú seas muy bien venido.

SAULO.

¿Cómo al fin mi padre está,
Eliacir?

ELIAZAR.

Tres días ha.....

SAULO.

Prosigue, ¿qué ha sucedido?
Y (1) confuso no me dejes,
Que harto confuso estoy yo.

ELIAZAR.

Tres días ha que murió.
Causa para que te quejes
De la fortuna cruel:
Justamente tú has quedado
De todo cuanto ha dejado
Por señor, y fuiste dél
Deseado muchos días,
Que pensó primero verte
Casado, que de su muerte
Ver el que las ansias mías.
Y Tarso y sus deudos lloran,
Cuya muerte ha hecho falta
Á la gente (2) baja y alta
Que dentro de Tarso moran.
Mas es deuda natural
Y hemos nacido con ella.

SAULO.

Agora entiendo que aquella
Fué inspiración celestial.

Vanse (3).

Y de mi padre la muerte
La ha confirmado también:
El cielo me envíe en bien,
Pues en señales me advierte
Que aquélla significó
Que la vida que he traído
Hasta agora muerte ha sido.
Y pues mi padre murió,
La mitad de lo que heredo
Á pobres pretendo dar,

---

(1) Rojas corrigió: *Di*, etc.
(2) Rojas:

humilde y alta,
Pues todos su fama adoran

(3) Aquí da fin la primera jornada; y los demás versos, hasta *estoy soñando*, faltan en el Ms. de Parma. Después de *vanse* hay las siguientes notas de Rojas: *Fin de la primera jornada.—Por ser larga esta jornada ebieron de acortarla ansí*;—(Véase casi la misma nota después de la segunda jornada.)—*Antes de la segunda jornada, o entremés o se cante algo.*

Y con lo demás pasar
Medianamente, pues puedo,
Como quien soy, y desde hoy
Ser un celador Elías
De mi ley, pues tras los días
Corriendo á la muerte voy.
Y hacer en Jerusalén
Pública demostración
Deste celo.

ELIAZAR.

Admiración
Da tu prudencia.

SAULO.

Moysén
Ha resucitado en mí.
Su ley he de predicar
Y con rigor observar,
Pues tantos avisos dí
Con que me llaman los cielos
Y con que en el mar airado
Toqué la muerte anegado
Entre montes de recelos.
Sepan todos que he de ser
Con más que humano valor
Defensor y celador
Contra el terrèstre poder
Y contra todo el que hay
En el infierno y su rey
Envidioso de la ley
Que dió en el Monte Sinay,
La mano de Dios escrita
Á aquel capitán valiente
Que sacó la hebrea gente
Contra el fiero Madianita
Y Egipcio, y pudo pasar
Con no vistas maravillas
Del gran Jordán las orillas
Pasando á pie todo el mar.

ELIUD.

Su valor queda admirando,
Y sepan del mismo modo
Como yo me duermo todo
Y pienso que estoy soñando

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

DE

EL VASO DE ELECCION

SAN PABLO

Salen Saulo y Eliud.

SAULO.

Gracias al cielo, Eliud,
Que ha permitido que vea
El gran mar de Galilea
Segunda vez con salud.
Aquí sin vida me vieron
Y aquí anegado me vi,
Y el cielo y Simón aquí
Libre en tierra me pusieron.
Estas olas procuraron
Darme muertes rigurosas,
Y para mayores cosas
Los cielos me preservaron.

ELIUD.

¡Qué falso y traidor está
Sosegado el mar agora!
Á quien su inconstancia ignora,
Segura parecerá.
Pues aunque su calma pida
Dátiles al parecer,
Si puedo, no me ha de ver
Navegándole en su vida.
No quiero tratar con quien
Parece en la condición
Que ha sido camaleón;
Bien haya la tierra, amén,
Que es siempre de una manera
Brame el leveche y solano (1),
Que el que es llano siempre es llano,
Y el que es monte nunca espera
Ser otra cosa jamás,
Y sin mirar las estrellas,
Guían carriles y huellas
Á los que vienen atrás.
No hay más lindo caminar
Que en un macho de alquiler,
Tierra á tierra á su placer,
Desde la venta al lugar.
Que navega á cuatro pies
Sin viento, y si tiene alguno
Por la popa, es importuno
Si la cola el timón es.
Que cuando por maravilla
Se va á pique en este mar,
Puede, sin saber nadar,
Salir un hombre á la orilla.

SAULO.

Estas las barracas son,
Si la memoria me dura,
De Andrés y Simón: procura
Buscar á Andrés y á Simón.

ELIUD.

Para pagar lo que debo (1),
Con vida por ellos fuiste:
Dos años ha que estuviste
Casi á pique de ser cebo
De algún hambriento pescado
En este mar que se ve,
Y parece que ayer fué.

SAULO.

Vuela con paso callado
El tiempo, Eliud, y pasa
Por nuestras vidas ligero.

Sale el pescador que salió al principio del acto primero.

PESCADOR.

Este es aquel caballero,

---

(1) Lo mismo en el manuscrito parmense. Rojas corrigió: *el cierzo ó el solano.*

(1) Este verso es de Saulo en el manuscrito parmense, y Eliud empieza: *Con vida*, etc.

Si no me engaña la escasa
Memoria con el pasado
Tiempo, en aquesta ocasión,
Que libró Andrés y Simón
Del mar casi ya anegado.
De Tarso á Jerusalén
Debe de volver.

ELIUD.

Aquí
Viene un pescador.

SAULO.

Ansí
Podrás preguntar más bien
Por Andrés y por Simón,
Que deben de estar pescando.

PESCADOR.

Sin duda van preguntando
Por Simón y Andrés, que son
Los nobles agradecidos,
Y ansí de paso querrán
Visitarlos.

ELIUD.

¿Dónde están,
Pescador, entretenidos
Andrés y Simón, que quiere
Saulo, mi señor, hablallos,
Servillos y regalallos?

PESCADOR.

De su nobleza se infiere
Tan noble agradecimiento;
Pero venís á ocasión,
Señor, que Andrés y Simón
Siguen más heroico intento.

SAULO.

¿Pues están ausentes?

PESCADOR.

Todo
Cuanto de hacienda han ganado
Con las redes, han dejado
Y se han ido.

SAULO.

¿De qué modo?

PESCADOR.

Muy pocos días después
Que pasastes, Saulo noble,
Por esa ribera á Tarso
Honrando los pescadores,
Llegó á su margen de plata,
Venturosa desde entonces,
Aquel profeta divino
Que Jesús tiene por nombre,
De quien tú diste las nuevas,
Con notables escuadrones
De gente que le seguía,
Y honrado el humilde borde
De la nave de Simón,
Le predicaba sus voces,
Poniendo atento los aires
El mar los peces disformes,
Que, como si le entendieran,
Sobre las rocas y sobre
Las barcas, al parecer
Admiraban sus razones.
Acabó el sermón, y Pedro
Le dijo: «Toda esta noche
Sin ningún provecho he estado
Pescando»; y Jesús mandóle
Hacerse al mar, y calar
Las redes, y apenas ponen
En ejecución lo dicho
Simón y Andrés, cuando cogen
Tanto pescado, que fué
Forzoso á los pescadores
De otro navío á pedir
Ayuda, porque hasta el tope
Los dos de pesca quedaron.
Pedro á los pies arrojóse
De Jesús, dándoles gracias,
Con Andrés, y él abrazóles,
Y díjoles que dejasen
Las redes, que desde entonces,
Pescadores pretendía
Hacerles él de los hombres.
Siguiéronle, y navegando
En esa nave una noche,
Se pensaron ir á pique
Del mar y el viento á los golpes.
Iba en la popa durmiendo
El profeta, y despertóle,
Á pesar del mar airado,
Simón, diciéndole á voces:
«¡Maestro, que nos perdemos!
Nuestra fortuna socorre,
Porque el mar, por anegarnos,
Al cielo levanta montes.»
Despertó, y al mar y al viento
Mandó sosegar, y entonces
Mar y viento obedecieron,
Porque sus palabras ponen
Freno al mar y al viento airado,
Y siguiéndole conformes
Juan y Jacobo su hermano,
Con Andrés y Simón corren
El mar de Genesaret,
Y luego Felipe escoge
En Betsaida, y Jacobo,
Que Alfeo tiene por nombre,
Decano de Galilea,
Y á Bartolomé, del noble
Tronco rëal, y á Tadeo,
Y porque con él se nombre
Al cananeo Simón,
Á Tomé, y del banco enorme
Á Mateo el publicano
Y á un Judas Iscariote,
Que sirve de despensero,
Y les compra lo que comen,
Que no me parece igual
En virtud á esotros once:
Hombre bermejo de barba,
Falso en todas ocasiones,
Vendiendo siempre á quien mira,

Que es propiedad de traidores.
Bien puede otras cosas ser,
Mas su ausencia me perdone,
Que tengo de él mal concepto;
Al fin, con aquestos doce
Discípulos, que ha nombrado
Apóstoles, y cuyos nombres
Escuchas, sin infinitos
Que agora no se conocen,
Que se llaman encubiertos,
Permite el cielo que asombre
Á la tierra con milagros,
Que en este vecino monte
Le he visto dar de comer
Á más de cinco mil hombres
Con no más de cinco panes
Y dos peces. Cuantos oyen
Su palabra no la dejan;
Que sus divinos sermones
Hacen labor en las almas,
Y á cuantos las manos pone
Quedan sanos. Yo le vi
Á un paralítico pobre
De cuarenta años de enfermo,
Que por sólo falta de hombre
Nunca entraba en la piscina,
Á donde el cielo dispone
Que revolviéndola un ángel
Sanasen de sus dolores,
Levantarse con su cama
Á cuestas, aunque los torpes
Escribas y fariseos,
Porque era sábado entonces,
Murmuraron y dijeron
Que de su precepto el orden
Traspasaba desta suerte
Y que era delito enorme.
Á un ciego de nacimiento
Después vi dar vista, á donde
Sanó á un leproso, y á un mudo
Demonio forzó á dar voces,
Hasta echarle de aquel cuerpo
Que atormentaba, y disformes
Enfermedades sanando,
Convierte mil pecadores:
¿Conoces á Magdalena,
La que aventajó en la corte
De Jerusalén á tantos
En galas, en invenciones;
La que fué de tantos ojos
Hechizo, llamando soles
Los suyos; la celebrada
Con músicas y canciones;
La señora del castillo
De Magdalo, que por dote
Se le dejaron sus padres,
De Marta y Lázaro noble,
Hermana?

SAULO.

En Jerusalén
Tuvo en mi tiempo gran nombre,
Aunque entonces comenzaba
La fama de sus amores.

PESCADOR.

Ésta, á un sermón de este santo
Profeta las condiciones
Mudando de mujer flaca,
Sus pecados reconoce,
Y es una santa mujer
Y escalas al cielo pone
Con penitencias notables
Que su beldad desconocen,
Siguiendo á su hermana Marta,
Por cuyas intercesiones,
De cuatro días difunto,
Lázaro volvió á ser hombre;
Que yo le vi del sepulcro
Levantarse alzando el bronce
Y el mármol que le cubría,
Llamándole por su nombre
Este profeta divino,
Que siguiendo sus veloces
Pasos en convertir almas
Á su santidad conformes,
Le he visto hacer infinitos
Milagros, donde conocen
Todos que es Hijo de Dios
Y es el que esperan los hombres;
La Pascua de los Azimos,
Al fin que es de las mejores
Que celebra nuestra ley
Desde el primer sacerdote,
Sobre un jumento, cercado
De sus discípulos doce,
Entró del Sol por la puerta
En Jerusalén, á donde
Salieron á recibirle
Cuantas diversas naciones
En Jerusalén estaban
De varias partes del orbe;
Árabes, citas, asirios,
Medos, partos, etíopes,
Griegos, persas, abisinios,
Indios, egipcios, gulones,
Y desgajando á una voz
Palmas, laureles y robles,
Camino y calles vestían
Y desnudaban los montes.
Otros echaban las capas
Y sus ropas, por adonde
Pasase el santo profeta,
Cantando todos conformes:
Santo, santo, Dios divino
De los ejércitos sobre
Las jerarquías, que vienes
De Dios excelso en el nombre.
Con este glorioso triunfo
Entró en Sión, que sus torres
Con lenguas de sus almenas
Ayudaban á estas voces.
Yo me volví á esta orilla
Á sólo poner en orden

Naves, redes y barracas,
Porque me llama á que goce
De sus palabras el cielo,
Que éste es imán de los hombres.

SAULO.

Muchas cosas han pasado
Sólo en dos años que corren
Que estoy de Jerusalén
Ausente en Tarso.

Dicen dentro:

Recoge
Las redes y barca. ¡Á tierra
Las barcas, que el mar salobre
Gran tempestad amenaza!

PESCADOR.

Voces dan los pescadores,
Y, sin duda, el mar se altera,
Pues todos las barcas ponen
En la orilla. Á esa nave
Quiero echalle áncoras dobles.
Saulo, adiós, y si queréis
Quedaros aquí esta noche,
No os faltará cena y cama.

SAULO.

Guárdeos Dios.

Vase el pescador.

ELIUD.

El sol se pone
Luto, al parecer, ¿qué es esto?
Y el mar las peñas se sorbe.

SAULO.

También la luna se eclipsa,
Y contra el natural orden,
Todo el sol está eclipsado
Y es un caos el horizonte.
Las estrellas llueven sangre,
Cometas crinitos corren
Por el aire, y encontrados,
Asalto á los cielos ponen.
Los vientos, con montes de agua
Arrancando de los montes,
Con furiosos remolinos,
Pobos, quejigos y bojes.
Los peces, aves y fieras,
Piden socorro á los hombres,
Dejando nidos y cuevas,
Peñas y abismos, veloces.
Otra vez los elementos
Se juntan, y disconformes
Se mueven guerra, y las piedras
Unas con otras se rompen.
Sin duda de sus dos polos
Se desquicia el primer móvil,
Y los once pavimentos
Se apartan y descomponen.
¡Que se viene abajo el cielo!

Suena ruido como de truenos, y cae Saulo á un lado y Eliud á otro.

ELIUD.

Pues si debajo nos coge,
¡Vive Dios! que las estrellas
Han de estrellarnos, si el norte
Las ha dejado caer,
Que es el eje deste coche.

SAULO.

Ó de la naturaleza
El Dios padece, ó del orbe
La máquina se desata
Y caen sus esferas once,
Ó este profeta que dicen
Muere, y el mundo se pone
Este luto por su muerte.

ELIUD.

Deja consideraciones
Y á estas barracas pajizas,
Si es posible, te recoge,
Mientras este furor pasa
Y dura esta obscura noche.

SAULO.

De Dios, hasta en los abismos,
Ninguno, Eliud, se absconde.

Vanse, y salen Ananías, viejo, y San Esteban.

ESTEBAN.

¡Oh, amado padre Ananías!

ANANÍAS.

¡Oh, hijo Esteban!

ESTEBAN.

Después
Que padeciendo el Mesías
Son cumplidas, como ves,
Las antiguas profecías (1);
Después que la ley escrita
Por el dedo de tu padre,
La ley de gracia la quita,
Y la Iglesia, nuestra madre,
Ensancharse solicita,
Todo va en prosperidad;
Que la nave de Simón
Ya no teme tempestad;
Que rige Dios el timón
Al norte de su verdad.

ANANÍAS.

Es, Esteban, de manera,
Que creciendo como espuma,
Va dilatando su esfera
Sin que el tiempo la consuma,
Si el mar del mundo se altera.
Desde que me dió Simón
El orden sacerdotal,
Más de cuatrocientos son
Los que el agua bautismal

---

(1) En el ms. de Madrid se intercala ésta quintilla:

Después que resucitó
Y que subiéndose al cielo,
De fuego en lenguas bajó
El Santo Espíritu al suelo
Y á los suyos consoló.

Tienen en esta ocasión.
Y va pasando adelante
De la Iglesia militante
El escuadrón cada día,
Con cristiana valentía
Conquistándola triunfante.
Pero, ¿qué nuevo escuadrón
Es este que viene aquí?

ESTEBAN.

Soldados de Herodes son.

Entra un capitán y soldados con alabardas.

CAPITÁN.

¿Quién es Esteban aquí?

ESTEBAN.

Yo soy.

CAPITÁN.

Pues date á prisión.

ESTEBAN.

¿Quién á prenderme os envía,
Contra la inocencia mía
Armando gente?

CAPITÁN.

Presumo
Que es del Pontífice sumo
Mandato.

ESTEBAN.

Justo sería.
Pero ¿qué dicen que ha sido
Mi culpa, que no la sé?

CAPITÁN.

Que has blasfemado y has sido
Levita contra la fe
De nuestra ley, sin sentido,
Siguiendo de aquel profeta
Que murió crucificado,
La doctrina y falsa seta.

ESTEBAN.

Pues dime en qué he blasfemado.

CAPITÁN.

En decir que es más perfeta.

ESTEBAN.

Tenéis razón, es verdad.
Digo que la ley escrita
Murió.

CAPITÁN.

¡Extraña libertad!
No blasfemes más, levita,
Y á la prisión le llevad.

SOLDADOS.

Vamos.

ESTEBAN.

Amado Ananías,
Dale al Colegio sagrado
Nuevas de las dichas mías;
Que ya mi muerte ha llegado
Y voy con mil alegrías
Porque sé que á morir voy
Por Cristo, que es la Verdad,
De quien la defensa soy,
Y en fe de nuestra amistad,
Los brazos, padre, te doy.

ANANÍAS.

No sé en aquesta ocasión
Cómo he de poder decir
Lo que siente el corazón.

ESTEBAN.

Padre, pues voy á morir,
Échame tu bendición.

ANANÍAS.

Presto seguirán tus pasos
Los que quedan, que no son
En verter su sangre escasos
Por tan divina ocasión.

ESTEBAN.

Esos son honrosos casos.
Y pues la ocasión me llama
Y el amor de Dios me inflama,
No es justo que yendo tarde
Me den nombre de cobarde,
Pues pretendo eterna fama,
Que subiendo á la triunfante
Jerusalén, de mi fe
Laurel y premio bastante,
El primer mártir seré
De la Iglesia militante.
Y los príncipes verán,
De la Sinagoga, si
Mil muertes juntas me dan,
El valor que vive en mí.
Adiós; vamos, capitán.

Vanse; queda Ananías.

ANANÍAS.

Desatado en llanto quedo
Y lleno de envidia estoy.
¡Oh, tú, del infame miedo
Vencedor, Esteban, hoy
Á quien sólo envidiar puedo,
Pues que con Dios mano á mano
Espero que te has de ver
Tan presto! Este tronco anciano,
Que ya amenaza á caer
De la muerte en el mar cano,
Alcance de Dios que tenga
Fin tan dulce y tan dichoso,
Pues que también me prevenga
Con el laurel valeroso
Del martirio, y no detenga
Este deseado día
Á mi caduca vejez
Y á mi cristiana porfía
Hasta morir.

Salen Bernabé y Gamaliel, viejo.

GAMALIEL.

Desta vez
La gentil idolatría
Á un solo Dios uno y trino

Le han de servir, y los doce
Tribus rendirán las frentes
Al poder que reconoce
En las once transparentes
Esferas la celestial
Corte de su Padre, á quien
Dicen que ha de ser igual?
¿Cómo naciendo en Belén
En un pajizo portal
Entre una mula y un buey,
Sin más corona de rey,
De topacios y carbuncos,
Que una de marinos juncos
Que por ir contra la ley
Los hebreos le pusieron,
Andando descalzo y pobre,
Como ayer todos le vieron,
Queréis que título cobre
Del Mesías que dijeron
Los profetas que ha de ser
De Israel la libertad,
Y del romano poder
Ha de librar la ciudad,
Si hoy empieza á padecer,
Si nos tienen los romanos
Sujetos, y de sus manos
No nos ha librado ya?
¿Quién nombre de rey le da
Siguiendo sus ritos vanos?

GAMALIEL.

Nosotros, que conocimos
Que era rey de cielo y tierra,
Y que padecer le vimos,
Que fué la sangrienta guerra
Por quien redimidos fuimos.
No contradice á Isaías
Cuando dice que vendrá
Con majestad el Mesías:
Que esa venida será,
Según muchas profecías,
La segunda, cuando venga
Para ser del mundo juez
Y fin con el mundo (1) tenga,
Que vendrá segunda vez,
Aunque agora se detenga.
Que esta venida primera
En otra parte predijo
De aquesta misma manera
Que hemos visto, cuando dijo
Que el Señor que el mundo espera,
Con humildad entraría
Sobre un jumento en Sión.

BERNABÉ.

Y dice otra profecía.....

SAULO.

No os escucho más razó
Basta, basta; ¡qué porfía

BERNABÉ.

El Mesías prometido
Que espera tanto Israel,
Es ese que ha padecido.

SAULO.

Bernabé y Gamalïel,
Por merced muy grande os pido
Que en esto no me habléis más.

GAMALIEL.

¿Cómo en tu opinión estás
Tan rebelde, Saulo?

SAULO.

Sí,
Que la ley en que nací
No pienso dejar jamás.

BERNABÉ.

Tu obstinación nos lastima.

SAULO.

¡Hay blasfemia semejante!
Si no os vais, tanto me anima
Mi ley, que, como gigante,
Os echaré un monte encima.
Quitaos delante de mí.

GAMALIEL.

Bernabé, vamos de aquí,
Que es enojado un cruel.

SAULO.

Idos.

BERNABÉ.

Vamos, Gamaliel.

GAMALIEL.

¡Ah, miserable de ti!

Vanse.

ELIUD.

¿Quieres que á este puto viejo
Le dé pan de perro?

SAULO.

No,
Déjalos.

ELIUD.

Por ti los dejo,
Que fuí muy amigo yo
Siempre de tomar consejo;
Que si no, en esta ocasi[illegible]
Pues en hablar no repar[illegible]
Después de lindo ch[illegible]
Á la piscina bajaran
Por el arroyo Cedró[illegible]

Rui[illegible]

¡Muera, [illegible]

¿Qué vo[illegible]

Una [illegible]
D[illegible]

---

(1) Manuscrito parmense: *Y fin*

Delincuente.

...ntren todos los soldados que ...
...ose la ropa y echándola ...

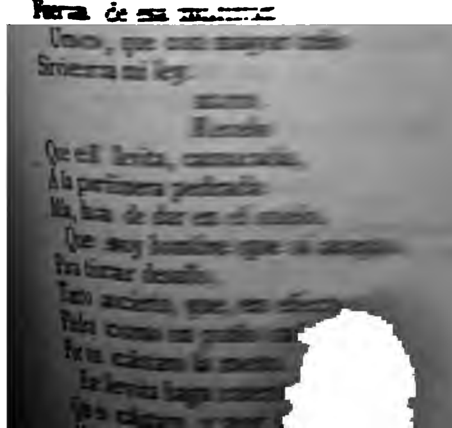
Que aquí podemos ...
La ropa, que este lugar
El teatro puede ser
Del suplicio ...

¿Qué es, decid ...
Que con furia ...
Las ropas ...

A un hombre ...
Que ...
Ha blasfemado ...
El pueblo ...
Defender ...

¿Quién es ...

¿Cómo ...
Ejecutad ...
El suplicio ...
Que yo ...
La ropa.



...no,

...d
...rte
...istad
...te.
...id,
...ante.

...ALENA.

...rogante,
...a otra ocasión
de elección
...ia militante.

...e la puerta de la Magdalena.

SAULO.

...ué casa es esta, apartada (1)
... bullicio popular,
...ue está al parecer cerrada?

CAPITÁN.

Aquí se suelen juntar,

---

(1) Éste y el verso siguiente están borrados en el manuscrito parmense, y aquí se cumple la segunda jornada con las siguientes notas de mano del licenciado Rojas: *Fin de la segunda jornada.—Debían de ser largas estas jornadas y las acortaron ansí.*—Los demás versos, hasta *mozo de ciego*, faltan.

Flámulas y gallardetes.
Yo en la playa, desde el mar,
Comienzo á desembarcar
Toda mi mercaduría.
Recibid el alma mía
Y dignaos de perdonar
Estos locos desconciertos
Desta gente que me da
Muerte, en la verdad inciertos;
Mas para mi entrada ya
Miro los cielos abiertos.

Suena música, y levántase del suelo Esteban, muerto, abiertos los brazos.

SAULO.
¡Oh, levita encantador!
Muerto en el aire ha quedado,
Y el notable resplandor
Que despide me ha cegado.
Sin seso estoy de furor:
Apartarme de aquí quiero,
Y ser sangriento cuchillo
Destos infames espero,
Proque me llame caudillo
De mi ley el mundo entero.
Y por el Dios de Abraham,
Que no he de dejar cristiano
En cuanto baña el Jordán,
Que no castigue mi mano,
Si la comisión me dan.
Iré al Sumo Sacerdote
Y trataréla con él;
Y porque más no alborote
Apuesta gente á Israel,
Ha de ser Saulo su azote.

Vase, y salen los que apedrearon á Esteban y Eliud.

SOLDADO 1.°
Si se ha puesto en oración
Y no está muerto, acabemos
Su vida.

ELIUD,
Tiene razón;
Pero muerto está.

SOLDADO 1.°
Pues demos
Con su cuerpo en el Cedrón.

ELIUD.
Lleguemos.

SOLDADO 2.°
¿Qué es esto? ¡Cielos!
Ninguno puede llegar,
Que es hechicero recelo
Y nos pretende engañar,
Pues apartado del suelo,
Está en el aire tan alto,
Y no debe de estar muerto.
Démosle segundo asalto.
¡Llegad!

Llegan todos y caen en llegando.

ELIUD.
Nuestro fin es cierto:
No está de socorro falto.
Un brazo de fuego vi
Que á todos nos arrojó
En tierra.

SOLDADO 1.°
Vamos de aquí,
Que es el brazo que bajó
Del divino Adonay.

Vanse, y entran Ananías, Bernabé y Gamaliel.

ANANÍAS.
Lleguemos, que le han dejado
Solo, porque al cuerpo demos
Sepultura.

GAMALIEL.
Levantado
En el aire está.

ANANÍAS.
Lleguemos:
¡Oh, protomártir sagrado,
Pues que de la militante
Iglesia eres el primero
Mártir que entró en la triunfante!

GAMALIEL.
Darle mi sepulcro quiero,
Aunque á su virtud bastante
No fuera el gran Mauseolo
Ni las piramides altas
De Egipto, que dan al polo
Asalto.

BERNABÉ.
Con esto esmaltas
La tuya.

ANANÍAS.
Pues está solo
El cuerpo, llevemoslé
Antes que más gente acuda
Y menos lugar nos dé.

GAMALIEL.
Ponelde en hombros.

ANANÍAS.
Sin duda
Este es crisol de la fe.

Llévanle en hombros.

Vanse llevando á San Esteban, y sale Saulo con un papel en las manos, y Eliud y el capitán y soldados.

SAULO.
Con tan amplia comisión,
Cristiano no he de dejar
En los muros de Sión,
Y hoy tengo de visitar
Cuantas casas dentro son.
Y presos y maniatados
Han de ir los cristianos todos,
Que los preceptos sagrados
Tienen por tan torpes modos
De nuestra ley profanados.

Á ver si de las prisiones
Que hacer por mi mano espero,
Le libran las invenciones
Del hijo del carpintero,
Que murió entre dos ladrones.
Ea, ¿quién vive en esta casa?

ELIUD.

Éntralo conmigo á ver.

Vase.

SAULO.

Cólera tanta me abrasa.

ELIUD.

Sólo hay dentro una mujer

Sale.

Que una vida estrecha pasa
Sobre unas piedras echada,
Que es la que ves.

Abre una puerta y parece la Magdalena sobre una piedra, y otra por cabecera, y un Cristo en las manos y el cabello tendido sobre el rostro, como la pintan.

MAGDALENA.

¿Dónde, loco,
Con santidad mal fundada
Precipitas poco á poco
Tu juventud malograda?
¿Dónde vas? ¿Qué es lo que intentas,
Siendo capitán de afrentas
Contra los cielos?

SAULO.

¿Quién eres?

MAGDALENA.

La escoria de las mujeres.

SAULO.

Aun á Elías representas,
Y á no mirar en tu mano
Esa imagen del profeta
Que sigue el bando cristiano,
Te tuviera por discreta
Y santa.

MAGDALENA.

Calla, tirano,
Que está aquí tu redención
Y no conoces tu bien.
Advierte tu perdición,
Y como Jerusalén,
No aguardes tu destrucción.
Y ¡ay de ti y della si el día
De su tremendo poder
Aguarda vuestra porfía!

SAULO.

¿Cómo es tu nombre, mujer?

MAGDALENA.

Que se me olvide quería,
Y así excuso de nombrarme.

SAULO.

Dime tu nombre.

MAGDALENA.

Magdalena
Solía el mundo llamarme,
Y de quien no ha sido buena
Mira si es justo olvidarme.

SAULO.

Pésame que una mujer
De tu nobleza, haya dado
En tan necio parecer;
Mas para haberte engañado,
Basta este nombre tener.
¿Quién, dime, te ha persuadido
Que el camino verdadero
Es el que hasta aquí has seguido?

MAGDALENA.

Este divino cordero,
Por mí afrentado y herido,
Este león de Judá
Con el puñal en la boca,
Que para todos está
Como el amor le provoca,
Abiertos los brazos ya.
Llega, tirano, á adoralle,
Que te está á voces pidiendo
Que no tardes en buscalle,
Si no es que vas pretendiendo
Volver á crucificalle.

SAULO.

Agradece, Magdalena,
Que eres mujer, y después
Á tu sangre, que la pena
Que por las culpas que ves
Á que la ley te condena
Padecieras; pero quiero
Ser contigo cortesano
Y parecer caballero,
Y ansí, pues está en mi mano,
Darte libertad espero,
Con tal que de la ciudad
Te salgas luego, y advierte
Que no es pequeña amistad
Excusarse de la muerte.
Adiós; venid y cerrad,
Y pasemos adelante.

MAGDALENA.

Vete, tirano arrogante,
Que espero en otra ocasión
Verte Vaso de elección
De la Iglesia militante.

Ciérrase la puerta de la Magdalena.

SAULO.

¿Qué casa es esta, apartada (1)
Del bullicio popular,
Que está al parecer cerrada?

CAPITÁN.

Aquí se suelen juntar,

---

(1) Éste y el verso siguiente están borrados en el manuscrito parmense, y aquí se cumple la segunda jornada con las siguientes notas de mano del licenciado Rojas: *Fin de la segunda jornada.—Debían de ser largas estas jornadas y las acortaron ansí.*—Los demás versos, hasta *mozo de ciego*, faltan.

Como en parte diputada
Para su congregación,
Los discípulos de aquel
Que pasó muerte y pasión
Por decir que de Israel
Era Rey, y en conclusión,
Se hacen aquí sus errores (1)
Y en amor suyo se inflaman
Con ayuno y oraciones,
Y cenáculo le llaman
Á una voz cuantas naciones
Están en Jerusalén,
Porque aquí, como te muestro,
Antes de morir, también
Cenó, Saulo, su maestro
El legal cordero.

SAULO.

Bien;
Á buena ocasión llegamos,
Si aquí juntos los hallamos,
Para premiar su virtud.
Llama á esa puerta, Eliud,
Que no volverá, si entramos,
Otra vez á estar cerrada;
Que por el Dios de Israel,
Que si no Troya abrasada,
Ejemplo ha de ser cruel
Á la gente bautizada.

ELIUD.

Dentro no pienso que está
Gente, porque no responde
Nadie.

SAULO.

Desechada será:
Pero la que dentro esconde
Con brevedad se verá.
Echa esas puertas al suelo.

ELIUD.

Astillas las haré á coces.

CAPITÁN.

Su resistencia recelo.

SAULO.

Mal mi cólera conoces;
Aunque los defienda el cielo,
Rompeldas.

ELIUD.

No será mal
Poniendo en ejecución
Tu mandato, que señal
Me ha dado un rojo listón
De entregarnos el portal.
Vuestro furor adelante
Pase; mas abrirle he visto.

Sale San Pedro vestido de apóstol.

PEDRO.

¿Qué quieres, lobo arrogante
De la manada de Cristo,
Si está el pastor vigilante?
Si estabas encarnizado
Y aprobado en tu rigor
Un cordero del ganado,
Huye, que sale el pastor
Y te tirará el cayado.

SAULO.

¿Eres Pedro?

PEDRO.

Pedro soy,
Y piedra en que al edificio
Del cielo cimientos doy.

SAULO.

Como á un hombre sin juïcio
Oyéndote, Pedro, estoy.
Todos parece que estáis
Locos; encantos han sido
Causa del tema en que dais,
¿Á qué Tesalia habéis ido,
Que todos sin seso andáis?

PEDRO.

Siempre aquel que la verdad
Sigue, llama el mundo loco.

SAULO.

La deuda que á tu amistad
Debo, no te importa poco;
Procura de la ciudad,
Pedro, salir con tu gente,
Y ocasión más no me des
Á que tu prisión intente,
Que puesto que á ti, después
Del cielo, perpetuamente
Debo la vida, será
Forzoso el hacer mi oficio.

PEDRO.

No importa; que el cielo está
De nuestra parte.

SAULO.

El juïcio
Que á todos falta os dé ya.

Vanse. Sale Ananías, Bernabé y algunos cristianos con ellos.

BERNABÉ.

Amor es, buen Ananías,
De patria el que atrás nos hace
Volver los ojos, que nace
Del que á tus ancianos días
Todos tus hijos tenemos,
Y porque el cielo te abona,
La falta de tu persona
Con muerte tuya tememos;
Que la nuestra deseamos,
Pues ha de ser sacrificio
Á Dios, y bastante indicio
Deste intento al mundo damos.
Volver los ojos atrás
Este temor nos ha hecho,
Y pienso que sin provecho
Huyendo á Damasco vas.

(1) Falta la rima.

Que sin duda es Saulo aquel
Que en aquel caballo viene,
Y nuestra prisión previene
Con nuestra muerte cruel,
Si no es que finge el temor
Esto á los ojos.

ANANÍAS.

El es:
Alas ha echado á los pies
Del caballo á su furor.
Saulo es, amigos, sin duda:
Caminá, amigos, veloces,
Que viene dándonos voces
Con otra espada desnuda.
Damasco está cerca ya:
Entrémonos por sus puertas,
Á nuestro remedio abiertas,
Porque una vez dentro allá,
Grutas nos dará la tierra
En que nos guarde el temor
Del espantoso rigor
Que el pecho de Saulo encierra.

PEDRO.

¿Qué oigo? Sus voces recelo.
¡Á Damasco!

ANANÍAS.

¡Ánimo, hermanos!

Vanse. Sale por lo alto Saulo en un caballo, con una espada desnuda.

SAULO.

¡Esperá, infames cristianos,
Que baja un rayo del cielo!

Vase abriendo una nube con relámpagos y truenos, y aparece Cristo, y al mismo tiempo cae del caballo Saulo.

CRISTO.

¡Saulo, Saulo! ¿dónde vas?
¿Por qué me persigues, di?

SAULO.

¡Qué es esto, cielo! ¡Ay de mí!
¡Oh tú, que arrojando estás
Rayos de temor y espanto!
¿Qué quieres, que en tierra estoy?

CRISTO.

Jesús Nazareno soy,
Á quien tú persigues tanto.
Difícil cosa es querer
Contra el aguijón dar coces,
Si el poder de Dios conoces.

SAULO.

¿Pues qué me quieres hacer?

CRISTO.

Vete á Damasco, que allí
Lo que has de hacer te dirán.

Vase, y la nube. Sale Eliud y otros.

SAULO.

Mis criados, ¿dónde están?

ELIUD.

Llegad aprisa, que allí
Del caballo, al parecer,
Ha caído Saulo.

SAULO.

¡Ay cielo!

ELIUD.

Señor, levanta del suelo.

SAULO.

Ciego estoy, no puedo ver
Aunque más los ojos abra.

ELIUD.

¿Qué es lo que te ha sucedido,
Con que la vista has perdido?

SAULO.

No me atrevo á hablar palabra.
Llevadme á Damasco, amigos.

ELIUD.

¿Quieres el caballo?

SAULO.

No;
Dejalde libre, que yo
No le he menester.

ELIUD.

Testigos
Puedo dar de cuantas veces,
Previniendo lo que pasa,
Que le echases de tu casa
Te aconsejé, y lo padeces.
Lo que yo profeticé
Estima, pues que le viste,
Que de cogote no diste,
Que no estuvieras en pie.

SAULO.

Vamos á Damasco luego,
Que me guía otro cuidado.

ELIUD.

En buen oficio he parado
Si he de ser mozo de ciego.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

DE

EL VASO DE ELECCION

SAN PABLO

Sale Astarote, demonio, pintado de estrellas el rostro, con cota y faldón y manto atrás vestido.

ASTAROTE.

Basta, monstruo de los hombres;
No más, rayo de los cielos;
Tuya es la victoria, basta:
Que me retiro y te dejo.
Pluguiera á mi pena eterna,
Nunca del caballo al suelo
Cayera, pues fué caída
Para mi mayor tormento.
¿Qué importa quedar sin vista
Llegando á Damasco ciego,
Pues te hizo el cielo lince
De sus divinos secretos?
Dióte el bautismo Ananías,
Y la vista á un mismo tiempo,
Siendo lavacro del alma,
Como remedio del cuerpo.
De enemigo de su Iglesia,
Vaso de elección te ha hecho,
Para su mesa escogido,
Y para darme veneno.
Hombre y Dios, ¿no te bastaban
Para tu edificio eterno
Las columnas que escogiste
En tu divino Colegio:
Sino que á un hombre en quien yo
Tenía mi poder puesto,
Me quitases de las manos
Con tan notables extremos,
Siendo general pregón
De tu divino Evangelio
En Seleucia, en Chipre, en Litris,
En Misia, en Corinto, en Éfeso,
En Macedonia, en Atenas,
En Galacia, en todo el suelo
Que baña el Nilo, en Dalmacia,
En Creta y en los desiertos
De la Libia, y en Arabia,
En Siria, en el Ponto Negro,
En Cilicia, en Licaonia,
En Antiochía, en las puertas
Del Albión y en España,
Del Betis de plata al Ebro,
Destruyendo sinagogas,
Y de los dioses inmensos
Que en ídolos de oro y plata
Adoraba el universo,
Siendo espanto, siendo asombro,
Que desterrándome de ellos,
No hay abismo que me ampare
En los muros del infierno?
Bien podré decir también,
Aunque en diverso suceso,
Saulo, ¿por qué me persigues?
Mas sé la respuesta luego.
Confieso que fuí vencido
De tu valor, y confieso
Que eres doctor de las gentes,
Que eres defensa del cielo,
Que eres vaso de elección,
Que eres espada de fuego
De su justicia, y que sólo
Oyendo tu nombre tiemblo.
Confieso que á ti y Miguel
Dios generales ha hecho,
Del cielo á Miguel, y á ti
Del mar y de todo el suelo.
Tuya es la victoria, basta;
Esos despojos te entrego

De esos ídolos caídos,
De esos altares deshechos.
Toca á retirar, y marcha
Con tus dichosos trofeos,
Las banderas arrastrando
De mis locos pensamientos.
Tuyo es el campo, y el muro
De la Iglesia: no te niego,
Vicario, apóstol de Cristo,
Ninguna cosa á tu esfuerzo.

Sale la Carne, de mujer hermosa.

CARNE.

En vano ¡oh Saulo! apercibo
Contra el valor de tu pecho,
De mis ternezas las armas,
De mi gusto los aceros.
Para más afrenta mía
Aspiré á sacar trofeo
De tan fuerte capitán,
De tan gran soldado viejo.

ASTAROTE.

¿De dónde vienes, hechizo
De los hombres, dulce cebo
De verdes años, y encanto
De los humanos deseos,
Sirena de las edades,
Imán de los pensamientos,
Veneno de tantas almas,
Y de tantos ojos fuego,
Cuchillo de tantas honras,
Locura de tantos sesos,
Destrucción de tantas Troyas,
Perdición de tantos reinos?

CARNE.

¡Oh, soberbio capitán
Del ejército soberbio,
Que tras sí del cielo trajo
La mayor parte del cielo!
Á quien cayendo imitaron
Los más hermosos luceros
Que contemplaron los orbes
De sus once pavimentos.
Por cuya causa en tu rostro,
Hermoso sol de los nuestros,
Esas estrellas trasladas
Sin luz por tu atrevimiento.
Vengo de rendir un mármol,
Un diamante, un monstruo eterno.

ASTAROTE.

No puede ser sino Saulo
Hombre de tan gran esfuerzo.

CARNE.

Para rendir su pureza
Me dió comisión el cielo;
Que él por diversos caminos
Quiere acrisolar su pecho.
Y procuré entre la nieve
De su barba y su cabello,
Ser áspid que allí escondido
Probase de mi veneno.
Y ha sido mi intento vano,
Que castigando su cuerpo
Con disciplinas y ayunos,
Triunfa de mis pensamientos.
De pies y brazos desnudo
Y el blanco cabello al viento,
Con un vestido de esparto,
Es monstruo de este desierto,
Que entre estos ásperos riscos
Igual resistencia haciendo
Á mi estímulo carnal,
Pone escalas á los cielos.
Y con estar de este modo,
No se descuida un momento
De escribir para esforzar
En la fe del Evangelio
Á romanos y á corintios,
Á los gálatas y efesios,
Á los tesalonicenses
Y á los filipenses luego;
Á Timoteo y á Tito,
Á los tarsenses y hebreos,
Como doctor de las gentes;
Mira cómo está escribiendo.

Parece en lo alto de un risco, con barba y cabellera blanca, vestido de esparto, con la pluma en la mano y una tabla, escribiendo en ella.

ASTAROTE.

¡Oh prodigio de los hombres
Y hombre prodigioso! Pienso
Que para contra el abismo
Eres gigante del cielo.
Gran privado eres de Dios
En el militante templo,
Y despachas como tal
Los negocios de su reino.
De la esfera de la Iglesia
Sois los dos polos tú y Pedro,
Porque su nave segura
Pase del mundo el estrecho;
Temor me pone esa vista.

CARNE.

Yo mirándole me afrento.

ASTAROTE.

Retirémonos.

CARNE.

¿Á dónde?

ASTAROTE.

Á los muros del infierno.

Vanse, y Saulo dice escribiendo:

SAULO.

Pablo, siervo de Dios, por otro nombre
Apóstol apartado y escogido
En su Evangelio, porque al mundo asombre,
Lo cual por los profetas prometido
Primero fué, y en la Escritura santa,
De su virtud el hijo procedido,
Profetizaron de la ilustre planta
De David, por la humana descendencia

Que hasta el mayor zafiro se levanta,
Por cuya soberana omnipotencia
La gracia recibí y apostolado,
Y la infusión de la divina ciencia,
Predicando su nombre y su sagrado
Evangelio, y abriendo los oídos
Á los que sordos hasta aquí han estado;
Á los que estáis clamados y escogidos
En Roma por su voz, salud y gracia,
Que os esté dando luz á los sentidos
Ya que en vosotros su virtud se espacia,
Limpios con el lavacro del bautismo
De la primera original desgracia,
Primeramente haciendo de mí mismo
Sacrificio al Señor, y gracias dando
En el nombre de todo el cristianismo,
De que os conserva en su dichoso bando,
Porque va vuestra fe por todo el mundo
Con su santo Evangelio publicando.
Dios me es testigo, en quien mi intento fundo,
Que sin intermisión tengo memoria
De vosotros con ánimo profundo
En mi oración, si en algo es meritoria,
Porque á vosotros guíe mi viaje
Para mayor aumento de su gloria.
Y porque el Paraclito Santo baje
En la fe confirmada juntamente,
Fuego de amor volviendo algún celaje.

Ábrese una nube y baja un ángel della un poco, ó si no una cortina ó bofetón.

ÁNGEL.

Pablo, Doctor de Dios y de su gente,
Vaso de su elección, ¿á quién escribes?

SAULO.

Á los romanos.

ÁNGEL.

Capitán valiente,
Que á tan grandes proezas te apercibes,
Deja la pluma y sígueme.

SAULO.

Obedezco
Tu voz porque de Dios al lado vives.

ÁNGEL.

Hoy á tu ayuno el premio dar ofrezco,
Porque á este efecto sólo Dios me envía.

SAULO.

Bien sé que por la fe bien lo merezco,
Aunque por obras nada merecía,
Que todas son de Dios las que yo he hecho,
En quien estriba la esperanza mía.

ÁNGEL.

Hoy quiere pagar Dios tu heroico pecho;
Que merece tu santa resistencia,
Pablo, pisar el estrellado techo;
¿Atreveráste á ver su omnipotencia
Cara á cara?

SAULO.

Si alcanzo gloria tanta,
Llévame á ver la luz de su presencia;
Que águila soy, si al cielo me levanta,
Para atreverme á ver el Sol divino,
Puesto que su poder mi ser espanta;
Bien sé que soy de tanto bien indino;
Mas verle cara á cara no recelo.

ÁNGEL.

Llevarte á ver su rostro determino.

SAULO.

¿Á dónde he de llegar?

ÁNGEL.

Al tercer cielo.

Baje la nube con el Ángel hasta el medio del tablado, y cubra á San Pablo con ella, y súbanla, habiendo dejado por un escotillón á entrambos, y salga San Pedro como le pintan.

PEDRO.

Nave de Pedro, dad gracias,
Que hoy por vos el cielo toma
Puerto deseado en Roma
Después de tantas desgracias.
Para aquí venís cargada
De tesoro celestial
De su Iglesia, al temporal
De su gracia encaminada.
Vuestro norte fijo es Dios,
Y así no hay temer perdello,
Que es el lucero más bello
Á quien podéis mirar vos.
Echad las áncoras ya
Y haced al romano muro
La salva, pues que seguro
Vuestro leño en salvo está.
Que este es el mayor trofeo
Que entrar por sus puertas vió
Roma, que al mundo rindió;
Pero ¿qué es esto que veo?

Sale un niño con una Cruz á cuestas.

¿Qué nueva y divina luz
Su nimbo empieza á mostrar?

NIÑO.

Pedro, ayúdame á llevar,
Pues vas á Roma, esta Cruz;
Pues con ánimo te veo
De imitarme en la Pasión
Que pasé, y eres, Simón,
Semi-Simón Cirineo.
Que como partí contigo
El poder, quiero, aunque fuerte,
En los trabajos tenerte
Por compañero y amigo.
Piedra de mi Iglesia, llega;
Ayúdame, Pedro amado,
Que voy á Roma cansado.

PEDRO.

Tu divina luz me ciega,
Y no puede á tanta luz
Ser águila el pensamiento.

Vale á ayudar, y déjasela toda.

NIÑO.
Piedra de mi fundamento,
Cargue sobre ti esta Cruz.
PEDRO.
Dichosa carga será.
NIÑO.
Hoy, Pedro, para probarte,
Todo el peso he de dejarte.
PEDRO.
Dulce me parecerá,
Que vuestro yugo es suave
Para el alma que le toma.
NIÑO.
Esa Cruz te aguarda en Roma
Para farol de tu nave.
PEDRO.
Dichoso mil veces yo,
Que tanto bien merecí;
No estoy de contento en mí;
Mucho Dios, Pedro, os honró,
Pues que su Cruz os ha dado
Para imitalle también
En la muerte; tanto bien,
¿Qué pecho humano ha alcanzado?
¡Oh Cruz! Cien eternos lazos
Con el alma asirte quiero;
Que eres mi esposa, y espero
Acabar entre tus brazos.

Música.

Baje la nube con Saulo, y salga della con hilos de resplandor, y todo turbado y espantado.

SAULO.
¿Á dónde estoy? ¿quién soy yo?
¿Qué bien nunca visto vi
Que no me acuerdo de mí?
No soy hombre en carne, no;
Que ninguno mereció
Mirar á Dios cara á cara
Y hablalle con luz tan rara
Al tercer cielo subido.
Á mí mismo me he perdido;
¡Oh, si así sin mí quedara!
¿Qué es lo que vi? ¿Qué he escuchado?
¿Qué es lo que sentí y hablé?
¿Á dónde he estado? No sé:
Sin sentidos he quedado.
Ni en corazón de hombre ha entrado
Lo que he llegado á gozar,
Ni lengua lo puede hablar,
Ni vista comprehender,
Ni entendimiento entender,
Ni pensamiento alcanzar.
Quiero buscarme á mí en mí,
Porque á mí en mí me he perdido;
Mas ¿cómo, si fué el sentido
Lo que primero perdí?
¿Quién en mí sabrá de mí,
Que me ve partido en dos?
¡Pablo! ¡Pablo! ¡Hola! ¿Sois vos?
¿No hay quien os responda acá?
¿Dónde está? Suspenso está
En las grandezas de Dios.
Dejalde, que ya le veo
Que en Dios está transformado,
Y le arrebata el cuidado
Donde no llega el deseo.
Llama dichoso tu empleo,
Pablo, mil veces, pues fuiste
Quien tanto bien mereciste;
Que si Moisés en el suelo
Le vió y le habló, tú en el cielo
Tercero le hablaste y viste.
Dinos qué has visto y hablado
En estas vistas con Dios;
Dónde habéis sido los dos,
Tan gran Rey y tal privado.
Ni en corazón de hombre ha entrado
Lo que he llegado á gozar,
Ni lengua lo puede hablar,
Ni vista comprehender,
Ni entendimiento entender,
Ni pensamiento alcanzar.

Parece el Ángel.

ÁNGEL.
¡Ah, Pablo!
SAULO.
¡Voz soberana!
¿Qué quieres?
ÁNGEL.
Realzar tu fe.
¿Sabes dónde estás?
SAULO.
No sé.
Que esta dicha en carne humana,
Quien también se pierde y gana.
ÁNGEL.
Esta es la insigne Marsella,
De Francia provincia bella,
Desde donde cada día
Siete veces vive el día
Del sol de Dios una estrella.
Y porque no te parezca
Que eres quien ha merecido
Más que cuantos han vivido,
Y esto no te desvanezca,
Quiere el cielo que te ofrezca
Lo que una flaca mujer
Ha llegado á merecer;
Que sus ángeles venimos
Y al Empíreo la subimos,
Y con Dios se llega á ver
Siete veces cada día;
Que el título ha merecido
De apóstol suyo, y ha sido
Rayo de la idolatría.
Cuya valiente porfía
En penitencia ha igualado
La del Bautista sagrado;
Siendo el vestido que lleva,

Sus cabellos, y esta cueva
La casa que ha fabricado.

Descúbrese una cueva, y en ella la Magdalena de rodillas, su cabello tendido y un Cristo en las manos.

MAGDALENA.

Amado esposo mío,
Siempre abiertos los brazos al remedio,
En cuyo bien confío,
Que entre Dios y los hombres puesto en medio,
Su culpa redimiste,
Divino norte de mi llanto triste:
¿Cuándo, lleno el cabello
De las perlas del alba aljofarada,
Cubierto el rostro bello
De jazmines, diciendo: Esposa amada,
Llegarás á mi puerta,
Estando para el alma toda abierta?
¿Cuándo, de que ha pasado
El invierno darán las varias flores
Señal en monte y prado,
Y los enamorados ruiseñores
Darán música al día,
Siendo tu sol el sol del alba fría?
¿Cuándo la voz sonora
Oiremos de la viuda tortolilla
Recibiendo el aurora?
¿Cuando nieve y zafir dará á la orilla
El caudaloso río,
Ámbar el prado, perlas el rocío?
Pase el invierno, pase
Tu ausencia larga, esposo regalado,
Porque en tu amor me abrase
Con dulces lazos de mi cuello atado,
Y escuche de tu boca
Tiernos requiebros que me vuelvan loca.
No esté yo tan ausente
De vos, mi bien: volvedme á vuestros ojos,
Que os quiero eternamente,
Y sin vos, todo es lágrimas y enojos.
Por vuestros brazos muero,
Y desta muerte allí la vida espero.
¡Ah mi bien! ¡ah mi esposo!
¡Ah mi cielo! ¡Ah señor de mi albedrío!
¡Mi centro, mi reposo,
Alma, vida, mi gloria, dueño mío!
El alma se me abrasa;
No me rondéis, amor; entrad en casa.
Mirad que vuestra ausencia
No la puedo sufrir; venid, que es hora,
Que ya falta paciencia
Á quien por tantas causas os adora.

Cristo, dentro.

CRISTO.

Ven, esposa querida.

MAGDALENA.

Ya voy, aguarda, vida de mi vida.

Arrebátala de la cueva, y queda San Pablo espantado.

SAULO.

¡Oh mujer penitente,
De Dios enamorada, apóstol santa,
Que á Dios viendo presente,
Pisas el cielo con humana planta
Siete veces al día,
Entre la más excelsa jerarquía!
¡Dichosa Magdalena,
Mil veces beso tierra tan dichosa,
Que de tu sangre llena
Dejas atrás la primavera hermosa;
Siete veces al día,
Grande galán en Dios tienes, María!
¡Oh dichosa Marsella,
Que gozas tanto bien, suene tu fama
Desde el monte á la estrella,
Que es en el sur del sol segunda cama;
Siete veces al día,
Gran apóstol de Dios eres, María!

Vase, y dice dentro Claudio, capitán:

CLAUDIO.

Roma triunfos aperciba
Á tan grande Emperador,
Siendo del mundo señor.
¡Viva Nerón!

Todos dentro:

¡Nerón viva!

Toquen música ó atabalillos. Salgan los que pudieren de romanos, y Séneca con barba blanca, y luego Nerón con corona de laurel y bastoncillo, y Tulia, romana, de la mano.

TULIA.

¡Con justa causa se alegra
Roma, oh gran Nerón, el día
Que naciste!

NERÓN.

Tulia mía,
Tú eres de la sombra negra
De la noche el alba hermosa,
Que cercada de arreboles
Ha traído á sus dos soles
Á mi esperanza dichosa.
Tú eres la luz de este día,
Y tú de mi nacimiento
La mayor dicha que siento,
Que es sólo llamarte mía.
Tengo por alta ventura
Ser de Roma Emperador,
Pero más es ser señor
De tu divina hermosura.
Pídeme que por ti haga
Alguna demostración
Hoy que nazco: da ocasión
Que Roma se satisfaga
Á lo que llega en mi pecho
El amor que han engendrado
Esos ojos, que el dorado
Planeta dejara el techo
Del zafiro celestial,

Aunque tan alto le ves,
Si quieres calzar sus pies
De su luz piramidal.

TULIA.

Tu ámor pido.

NERÓN.

Tulia mía,
Si mi amor te satisface,
Ése en mí como el sol nace,
Sin ponerse, cada día.
No hay que pedir lo que tienes
Tan segura: tu beldad
Reina es de mi voluntad.

TULIA.

Mil lustros ciñan tus sienes
El laurel romano, y veas
Á tus pies cuanto el mar sorbe,
Y ciña el sol en el orbe.

NERÓN.

Tu bien y vida deseas.

SÉNECA.

Todo el Imperio romano
Hace lo propio, y aspira
Á darte triunfos que admira
Ese ingenio soberano.

NERÓN.

Y todo se os debe á vos,
Séneca, que el que yo muestro
Es de tan grande maestro.

SÉNECA

Mil siglos os guarde el Dios
No conocido, á quien Roma
Y Atenas levanta altares,
Y desde mis patrios lares
Deseo ver.

NERÓN.

Por vos toma
Córdoba nombre famoso
Con el Imperio romano,
Como también por Lucano.

SÉNECA.

En servirte soy dichoso.

Dentro voces.

Dejadnos entrar.

NERÓN.

Decí,
¿Quién son los que voces dan
Desta suerte, Claudio?

CLAUDIO.

Están
Unos poetas aquí
Que á tu nacimiento han hecho
Epigramas: esto ha sido.

NERÓN.

Pues que tantos han venido,
Que no son buenos sospecho.

CLAUDIO.

Es un formado escuadrón.

NERÓN.

Dalde, Claudio, á cada uno
De ese ejército importuno
Diez sueldos, con condición
Que rompan los epigramas;
Que versos de errores llenos,
Como dan fama los buenos,
Bastan á quitar mil famas.
Emprendan otros asuntos,
Que ser es caso pesado
De un mal poeta alabado,
Cuanto más de tantos juntos.
Y despide juntamente
Los gladiadores.

CLAUDIO.

Haré
Lo que mandas.

Vase.

SÉNECA.

Siempre fué
Soberano y excelente
En los griegos y latinos
El arte de la poesía,
Mas no admite medianía
En sus intentos divinos;
Que como puede pasar
Sin ella y sin la pintura,
Al mundo ha de ser tan pura,
Que exceder y aventajar
Pueda al humano deseo,
Que la humilde ó la mediana
Su sacro ritmo profana,
Y desto mejor Orfeo
Y Apolo, sus inventores,
Podrán mostrar la experiencia,
Cuya divina excelencia
Cuentan tan varios autores.
Pero ya ha llegado á Roma
Tiempo que, con seso vano,
Contra Virgilio y Lucano
Cualquiera la pluma toma.

NERÓN.

Por extirpar desta secta,
Séneca, el número inmenso,
Como á los médicos, pienso
Desterrar á los poetas.

SÉNECA.

Deberáte Roma más.

NERÓN.

Di que es, Tulia, gloria mía
De mi nacimiento el día
Á quien tus rayos les das.
Para muestra y para indicio
Del amor más verdadero
Que ha tenido amante, quiero
Levantarte un edificio
Contra el poder de los años,
Que á las termas se adelante
De Trajano, y se levante (1)

(1) Falta este verso en el manuscrito parmense.

Hasta el sol, para tus baños.
Que para este efecto sólo,
En esta parte que el Tibre
Argenta el pie y besa libre,
Famosa de polo á polo,
Quise hoy venir á comer.

TULIA.

Roma estatuas te levante
Por más verdadero amante.

NERÓN.

Olmo á tu yedra he de ser.
Comencemos á mirar
El sitio hermoso, y después
Que te enriquezcan tus pies,
Comenzarán á sacar
Los venturosos cimientos,
Que ya parece que escalan
El sol, que sí harán si igualan
Á mis altos pensamientos.
Por aquí será la entrada;
Ven, Tulia.

Van á entrar, y parece á una parte San Pedro con sus llaves, y á la otra San Pablo con su montante.

SAULO.

Di á dónde vas;
Vuélvete, Nerón, atrás,
Que esta puerta está cerrada
Para el romano poder.

NERÓN.

¿Quién sois?

PEDRO.

Dos guardas del cielo
Que tiene Dios en el suelo,
Y el que pisas ha de ser
Palacio de sus vicarios;
Y así en vano determinas
Alzar termas peregrinas,
Porque tienes dos contrarios
En nosotros que vencer,
Tan grandes como estás viendo.

Vuélvense las tramoyas con ellos.

NERÓN.

En vano pasar pretendo
Delante: ¡extraño poder!
¡Dioses á quien no conozco,
Yo os obedezco y no paso!

TULIA.

No estoy en mí.

SÉNECA.

¡Extraño caso!

NERÓN.

Mi propio ser desconozco.
Tulia, ¿viste este portento?

TULIA.

Yo estoy sin seso y sin mí
Después, Nerón, que le vi,
Y he mudado el pensamiento;
Que éstos que has visto, Nerón,
Á quien parece que ayuda
Algún Dios, siervos sin duda
Del no conocido son
Y de su inmenso poder.
Tengo á tu lado temor;
Perdóname, Emperador,
Que de su bando he de ser.
Los gentiles ritos vanos
Pretendo dejar, y pienso
Ofrecer desde hoy incienso
Al gran Dios de los cristianos,
Que es el Dios no conocido,
Cuyo resplandor en mí
Ha dado después que vi
Los dos que te han resistido
El paso: buscallos quiero
Y no dejallos jamás.

NERÓN.

Tente, Tulia, ¿dónde vas?

TULIA.

Buscando al Dios verdadero.

Vase.

NERÓN.

¿Qué es esto, penas atroces?
¿Ansí aguáis mi alegría?
Aguárdame, Tulia mía;
Mas en vano te doy voces.
¿Qué hechizos, Tulia querida,
Queriendo igualar al viento,
Te han mudado el pensamiento
Y me han quitado la vida?
Tras ti iré por toda Roma,
Dándote voces, y ¡ay della
Si no rinde á mi querella
La resolución que toma!
Que ha de arder como mi pecho,
Sin que piedra sobre piedra
Deje, pues mi amada yedra
Rompió el lazo más estrecho
Que apretó jamás humano
Amor.

CLAUDIO.

Mira que no está
Bien á tu grandeza.

NERÓN.

Ya
No hay, Claudio, consejo sano.

SÉNECA.

Precipítaste, señor,
Así, y no es bien que te quejes.

NERÓN.

Séneca, no me aconsejes;
Que no hay consejo en amor.

Vase y todos tras dél, y sale Cleto y Lino, mozos, y San Pedro (1).

LINO.

Huid, teniente de Cristo,

(1) Falta toda esta escena en el manuscrito de Madrid.

De la furia de Nerón,
Que es enojado león
De Libia, y hemos ya visto
  De su fiereza crueldades
Extrañas, y un triste efeto
Se teme en ti.

PEDRO.

Lino y Cleto,
Las sencillas voluntades
  Vuestras conozco, mas veo
Que parece cobardía
Esconder el rostro al día
De mi martirio, y creed
  Que le doy acción de tal
Gloria á Dios en que esto sea,
Por haber, como él desea,
De dar agua bautismal
  Á Tulia, que de Nerón
Era infame concubina,
Ya de Dios prenda divina;
Y esta dichosa prisión
  Es lo que yo más deseo.

CLETO.

Son nuestros miedos y llantos
. . . . tantos.

PEDRO.

Ya vuestros intentos veo,
  Y quiero en eso agradaros
Aunque á mi intento resisto;
De ese rebaño de Cristo
Quiero por guardas dejaros
  Hasta que os pueda volver
Á ver, hijos, á los dos,
Y quedaos con esto adiós,
Si esto en efecto ha de ser.
  Si Pablo á Roma viniere,
De mi jornada le dad
Cuenta, y volved á la ciudad (*sic*).

CLETO.

Su edad el cielo prospere,
  Amado padre, y cabeza
De su Iglesia militante.

PEDRO.

No paséis más adelante.

CLETO.

¡Sabe el cielo la tristeza
  Con que quedamos los dos!

PEDRO.

Ya conozco vuestra fe.

CLETO.

Padre, escríbenos.

PEDRO.

Sí haré

LINO.

¡Adiós!

PEDRO.

Lino y Cleto, adiós.

Vanse.

  Señor, mis caducas plantas,
Como siempre encaminad.
¡Adiós, soberbia ciudad,
Madre de grandezas tantas,
  Que á pesar del tiempo, en vos,
Por divina maravilla
El mundo ha de ver la silla
De los tenientes de Dios,
  Siendo de su Iglesia centro.
Un hermoso peregrino
Viene por este camino;
Quiero salille al encuentro,
  Que le he cobrado afición,
Y haciendo de quién es prueba,
Sabré dél qué intento lleva
Á Roma en esta ocasión.
  Mientras cerca le miro (*sic*),
En extremo me aficiona;
Mas su gallarda persona,
Su hermosa presencia admiro:
  Guíe, peregrino, el cielo
Vuestros pasos.

Sale un peregrino, y sea el que salió en la nube á San Pablo.

PEREGRINO.

Sálveos Dios.

PEDRO.

¿Vais á Roma?

PEREGRINO.

Cuando vos
Dejáis el romano suelo.

PEDRO.

¿Y á qué vais?

PEREGRINO.

Voy, Pedro, á ser
En ella crucificado,
Segunda vez afrentado
De haberos visto temer.
  Si así os vais por no imitarme
En la muerte que os ofrece
Tan grande ocasión, parece
Que otra vez queréis negarme.

PEDRO.

  Primero me negaré
Á mí en mi incierta jornada,
Y soy ya piedra engastada
En el oro de mi fe;
  Dadme vuestros pies, Señor,
Que yo confieso que he errado.

PEREGRINO.

Ea, volved á el ganado,
No peligre sin pastor;
  Volved por vos y por mí,
Y vamos juntos los dos,
Si vive el valor en vos
Del huerto Getsemaní;
  Volved, Simón, á guardar
Vuestro perdido ganado,
Y morad con el cayado,
Que es la cruz que os di al entrar.

PEDRO.

  Señor, no fué cobardía,
Que bien sé que de mi pecho

Podéis estar satisfecho;
Pero la palabra mía
Os doy, que el lobo cruel
No ha de ofenderme el ganado,
Ni he de dejar el cayado
Hasta que muera sobre él.

PEREGRINO.

¡Valor á la empresa igual!

PEDRO.

El que tengo sabéis vos.

PEREGRINO.

¡Seguid, teniente de Dios,
Los pasos del General!

Vase el uno tras del otro, y sale Nerón y Séneca y Claudio.

NERÓN.

Aguarda, Tulia, no huyas,
Detén las plantas ligeras,
Que parece que aventajas
Al tiempo en la ligereza.
¿Dónde estás, que no te alcanzan
Mis suspiros ni mis quejas?
¿Quién te engaña, quién te aparta
De mí con tan larga ausencia?
¡Ay, Tulia, qué mal que pagas
Mis amorosas ternezas,
Pues ofendiendo á los dioses
Haces á mi amor ofensa!

SÉNECA.

Vence, Emperador de Roma,
Esa furia que te lleva;
Que la victoria más alta
Es hacerse resistencia.
Mujeres podrás hallar
De igual agrado y belleza;
Que no se ha cifrado en Tulia
La hermosura de la tierra.

NERÓN.

Séneca, el amor jamás
Que ha de hallar otra igual piensa
Que la que perdió, y ansí,
En perdiendo no sosiega.
No hay persuadirme que á Tulia
He de hallar quien le parezca,
Si no es en mudanza el viento
Y las piedras en dureza.
¡Oh, si supieses, maestro,
Como me enseñaste ciencia,
Enseñarme olvido, cuántas
Desdichas vencer pudiera!
Que eterna fama ganaras,
Pues aquesta pestilencia
Del alma, amor con olvido
Fácil remedio tuviera.
¡Qué de templos, qué de altares,
Qué de estatuas de oro y piedras
Amantes te levantaran,
Y sacrificios te hicieran!
Mas ¿no hay quien enseñe olvido?

SÉNECA.

El tiempo sólo le enseña.

NERÓN.

Ya está acabada la vida
Cuando esa doctrina llega.

Sale Claudio.

CLAUDIO.

Dame albricias.

NERÓN.

¿Pareció
Tulia?

CLAUDIO.

Pienso que la tierra
La ha escondido en sus abismos;
Mas al autor de tu ofensa,
Que es Pedro, un hombre de quien
Raras maravillas cuentan,
Que le dió á Tulia el bautismo,
Ceremonia de la Iglesia
Cristiana, de quien se llama
Éste fundamento y piedra,
Traemos preso, y á Tulia
Con rara constancia niega.
Juntamente, por el Tibre
Una nave aragonesa
Trae por Sexto, tu teniente,
De Palestina y Judea,
Á un hombre preso, que llaman
Pablo, desta misma secta
De Pedro, de quien también
Refieren varias proezas,
Que por decir que es romano
Y guardar sus preeminencias,
Á Roma desde Cesárea
Te lo remite.

NERÓN.

¿Á qué esperan?
Vengan delante de mí
Esos tiranos, y tenga
Venganza en ellos mi agravio,
Y cuantos hallaren mueran
Que esa ley siguen, y todos
No satisfarán mi ofensa.

SÉNECA.

Del ingenio deste Pablo
Tengo milagrosas nuevas,
Y del valor juntamente,
Que de su mano y su letra
He visto cartas en Roma.
Á cuantos de Italia y Grecia
Filósofos han escrito,
Excede con excelencia,
Y deseaba en extremo
Ver su persona, aunque en esta
Ocasión me da pesar.

NERÓN.

Rabio de furor.

CLAUDIO.

Ya llegan
Pedro y Pablo con prisiones,

Gran Nerón, á tu presencia.

NERÓN.

De sangre cristiana el mundo
Por mí otro diluvio espera.

Entren por una puerta Pedro, y Saulo por otra, presos.

PEDRO.

Doctor de la gente, Pablo.

SAULO.

Pedro, piedra de la Iglesia,
Deja que te bese el pie.

PEDRO.

Pablo, mis brazos te esperan.

PABLO.

Esto es primero, en señal
Que eres dichosa cabeza
De la Iglesia militante.

PEDRO.

Gracias al cielo, que ordena
Que la amistad de la vida
En morir también se vea.

NERÓN.

Éstos son los mismos, Claudio,
Que al entrar de aquella puerta
Me resistieron el paso;
Éste la cuchilla fiera
De una espada en una mano,
Desnuda, y éste en su diestra
Unas llaves, y sin duda
Son hechiceros, y piensan
Con su mágica engañarnos.
Los dos como he dicho mueran;
Que á Tulia he de descubrir
Con su muerte.

SÉNECA.

Pablo, lleva
Con el valor que te da
La fama y con la prudencia
Que tienes, la muerte airada
Que ya tan cerca te espera.

PABLO.

No es muerte; que he de vivir
En Dios cuando al mundo muera.

CLAUDIO.

Éste es Pedro, y aquél Pablo.

NERÓN.

Este villano me cuesta
Tanto pesar, por los dioses,
Que si no fuera bajeza,
Que le diera con mis manos
La muerte.

PABLO.

Nerón, ¿qué esperas?
Que ya los dos deseamos
La muerte, para que veas
El valor que en los dos vive.

NERÓN.

¡Qué notable valor muestra!
¿Eres romano?

PABLO.

Nerón,
Privilegio es de mi tierra
Ser ciudadanos romanos
Los que naciesen en ella.
Esta es la causa que Sexto,
Del mar fiero á la inclemencia,
Me remite en esta nave
Que el Tibre en su margen muestra,
Pasando entre mil peligros
De islas, de mares y peñas,
Aunque no he llegado al puerto
Hasta que mi muerte vea.

NERÓN.

Yo os cumpliré de justicia,
Y esta será la sentencia:
Por ciudadano romano
Te cortarán la cabeza,
Y á ti, por hombre común,
Quiero que enclavado mueras
En una cruz.

PEDRO.

Por tan grandes
Mercedes, beso la tierra
Que pisas.

NERÓN.

¿Ansí, villano,
Piensas vencer mi firmeza?
Quitarme á Tulia, enemigo,
Pagarás desta manera.

PEDRO.

Dios para sí te la quita.

NERÓN.

Quitaldes de mi presencia
Y mueran luego.

PEDRO.

¡Adiós, Pablo,
Doctor de las gentes!

PABLO.

¡Piedra
De la Iglesia, adiós!

PEDRO.

¡Adiós,
Vaso de elección! En tierra
De más verdad nos veremos
Presto.

PABLO.

Allá Pablo te espera.

Llevan á uno por una parte y á otro por otra.

SÉNECA.

¿Sin sustanciar el delito
De Pablo, mandas que muera?
¡Ni saber lo que le acusan!
Sexto, mira que condenas
Á muerte al hombre más sabio
Del mundo.

NERÓN.

Basta que sea
Cristiano para mi furia;
No en vano Sexto en Judea

Le prendió y nos le remite,
Que alborotando la tierra
Andan estos embaidores.

SÉNECA.

Ya dió la heróica cabeza
En tierra.

Pablo de adentro, como que habla la cabeza dando tres saltos, y saliendo una fuente de cada uno:

PABLO.

¡Jesús, Jesús,
Jesús!

SÉNECA.

¡Notable extrañeza!
La cabeza dió tres saltos,
Y sin el cuerpo la lengua
Habla, y en cada lugar
Que toca, una fuente bella
Ha brotado.

NERÓN.

Estos cristianos
Todo es hechizos.

Sale Claudio.

CLAUDIO.

Ya quedas
Servido, como mandaste,
Ya consumas la sentencia.
Pedro no quiso morir
En la cruz con la cabeza
Arriba, sino hacia abajo,
Y con más que humanas fuerzas
Se puso al suplicio, y dijo
Que pues su maestro en ella,
Como sabes y predican,
Murió de esotra manera,
Á su grandeza guardaba
Toda aquella reverencia
Y decoro, dando á Roma
Espanto su muerte fiera.
Desde aquí puedes miralle,
Que en bizarra competencia
De Pablo (1) la tierra admira.

Parece Pedro en la cruz clavado, la cabeza hacia abajo, y San Pablo degollado á la otra parte.

NERÓN.

Aun no descansan mis penas;
Abrasar pretendo á Roma
Hasta que Tulia parezca,
Y al mundo, si el mundo mismo
Se opusiera á mi grandeza.
Cubrid esos fieros monstruos,
Que espantan.

SÉNECA.

Desta manera
Fin da el Vaso de elección
Y la piedra de la Iglesia.

FIN DEL ACTO TERCERO Y DE LA COMEDIA DE EL VASO DE ELECCIÓN DE SAN PABLO.

Alabado sea el Santísimo Sacramento y la limpieza y pureza de la Virgen María, concebida sin mancha de pecado original. Amen. Jesús.

---

(1) Rojas corrigió: *De los dos*, etc.
(Todas las notas de ésta comedia son del Dr. Antonio Restori).

COMEDIAS BÍBLICAS

ATRIBUÍDAS Á LOPE DE VEGA



LA CORONA DERRIBADA Y VARA DE MOISÉS

(INÉDITA)

LA CORONA DERRIBADA

Y

VARA DE MOISÉS

(INÉDITA)

PERSONAJES

ARÁN, *padre de* MOISÉS.
JEZABEL, *su madre.*
MARÍA, *su hermana.*
AARÓN, *su hermano.*
SÉFORA, *su mujer, hija de* YETRO.
JERSAN. } *sus hijos.*
ELIECER. }
REY FARAÓN.
TEREMUSES, *su hija, esposa de* ANFISO.
DATÁN. } *cortesanos.*
AVIRÓN. }
LEVÍ, *marido de* ROSELIA. } *esclavos hebreos.*
AVIUD, *viejo.* }
ZABULÓN, *viejo.* }
REY NEGRO DE SABA.
DANTISO, *pastor.*
UN CAPITÁN GITANO.
UN GITANO.
UN ANGEL.
UNA VOZ DIVINA.
PRIMER CRIADO.
SEGUNDO CRIADO.
MÚSICA.

JORNADA PRIMERA.

Arán, padre de Moisés; Jezabel, su madre; María, doncella, su hermana; israelitas con un niño pequeñito y una cestilla de mimbres.

MARÍA.

Callad, hermoso doncel:
No despleguéis la voz muda;
Que sois hijo de Israel
Y está la espada desnuda
Y alzado el brazo cruel.
Si lloráis, y alguno os siente,
La vida habéis de perder.

ARÁN.

Venga el hermoso inocente,
Que hoy entregado ha de ser
Á un tigre que le alimente.
En una montaña obscura
Á las fieras le pondré;
Que no habrá fiera tan dura
Que su pecho no le dé
Viendo en él tal hermosura.
Ponelde en esa cestilla.

MARÍA.

¿Á mi hermano aquí, señor?
¡Oir tal me maravilla!

ARÁN.

No es mucho: tienes amor,
Que es padre de la mancilla.
Ponle, piadosa María,
Y la vida de tu hermano
De la fortuna la fía (1).

JEZABEL.

¡Qué paso es éste inhumano,
Regalada prenda mía!
¿Á dónde os llevan ansí?
¿Qué habéis merecido vos?
Vivid vos, mátenme á mí.

---

(1) Las palabras *de tu hermano*, que conjeturalmente restituímos, fueron cortadas por el encuadernador del manuscrito de Parma. El verso siguiente está al margen, de letra del Licenciado Francisco Rojas. (*Nota del Sr. A. Restori.*)

ARÁN.
Ea, encomendalde á Dios
Y de paciencia os vestí.

JEZABEL.
Poco mis ansias sentís
Y poco os mueven mis penas,
Pues no os he gozado apenas
Tres meses, y ya os partís (1).
¡Qué casa estrecha os ha hecho
Vuestro padre, hijo amado!
Mirad que estáis muy estrecho.
Aunque es mi pecho apresado,
Volveos á entrar en mi pecho.
Entraos en él, si el temor
Del Rey os hace ausentaros;
Que en él estaréis mejor,
Pues ningún monte ha de daros
Posada con más amor.
¡Y qué callando que estáis!
¡Quién os pudiera decir,
Hijo mío, á lo que vais!
¡Mirad que vais á morir!
¿Pues cómo no me abrazáis?

MARÍA.
Mi hermano, á vuestra María,
¿Qué la decís al partiros?
Yo iré tras vos algún día,
Y ahora van mis suspiros
Porque llevéis compañía.
¡Que os lleven de esa manera!
¿Por qué Faraón cruel,
Que en crueldades persevera,
Cualquier hijo de Israel
Que nazca manda que muera?

ARÁN.
¡Ea! No hay más que esperar
Vamos de aquí.

JEZABEL.
¿Dónde? ¡Aguarda!

ARÁN.
¿De qué sirve porfiar,
Pues que cuanto más se tarda,
Menos seguro ha de estar?
Llevarle á un monte pensé,
Pero ya mudo de estilo.

JEZABEL.
¿Cómo ansí?

ARÁN.
Le entregaré
Á las corrientes del Nilo.

MARÍA.
¡Al Nilo, padre! ¿Por qué?
¿Queréis que se ahogue allí?
¡Inhumanidad sería!

ARÁN.
Esto se ha de hacer ansí.

MARÍA.
¡No, padre!

ARÁN.
Callad, María,
Y dejadme hacer á mí.
Esta cestilla breada
No le dejará anegar.

JEZABEL.
¡Agua del Nilo sagrada,
Vos podéis resucitar
Una vida ya acabada!
Mi esposo fía de vos
Mi más regalada prenda;
Halle buen amigo en vos;
Vuestro raudal no le ofenda,
Pues que le defiende Dios.

ARÁN.
Ya la noche va cerrando;
Quiero llevarle; perdona,
Hijo, que no procurando
Asegurar tu persona,
Y si ofendo, ofendo amando.
Si del Rey cruel te fío,
Hará en ti un hecho que asombre;
Pues mejor es, hijo mío,
Cuando es sin piedad un hombre,
Probar si la tiene el río.
En esta traza se acierta,
Y, aunque es algo peligrosa,
Por ser esperanza incierta,
Vale más vida dudosa,
Mal por mal, que muerte cierta.
Río abajo tengo de ir
Cuanto una legua de trecho,
Y cuando quiera salir
El sol del rubio antepecho,
Volviendo el día á vivir,
Le encomendaré esta arquilla.
Tú ten cuidado, María,
Estando siempre á la orilla,
Á ver si al salir del día
Sale alguien á recebilla;
Que mucha gitana gente
Suelen al amanecer
Salir á ver la corriente:
Quizá alguien la saldrá á ver,
Que rescate un inocente.
Vos, arca que fabriqué
No de oliva ó cedro rubio,
Sino de juncos que hallé,
De este segundo diluvio
Libra al segundo Noé.

Vase Arán, llevando el niño en la cestilla.

MARÍA.
¡Que me llevan á mi hermano!
¿Cómo lo podré sufrir?

JEZABEL.
¡Oh, Rey de Egipto tirano!
El cielo te haga morir
Por esta inocente mano.
Plega á Dios que él mismo sea

(1) Falta un verso en esta quintilla.

Quien castigue tus delitos,
Y la ofendida Judea,
Que pide venganza á gritos,
Por él vengada se vea.
Causa son tus leyes fieras
De mi penoso cuidado;
¡Plega á Dios que cuando quieras
Hacer que muera ahogado,
Que ahogado tú (1) por él mueras!
Ya me parece, María,
Que es hora de que á la orilla
Salgas, que se viene el día;
Ten cuenta con una arquilla
Adonde va mi alegría.

MARÍA.

Sentada estaré en la arena,
Mi cofrecillo esperando.

JEZABEL.

Ver un hijo me da pena,
No en tierra ajena penando,
Hijo, sino en agua ajena.

Vanse.

Tocan, cantan esta letrilla con pandero y sonaja:

Frescas aguas alegres
Del fértil Nilo,
Hoy gozáis de los ojos
Del ángel mío.
Sol dorado y puro
Que con claros visos
Al salir resplandeces
Bañando el río;
Polvorosas arenas,
Peñascos lisos,
Hoy gozáis de los ojos
Del ángel mío.

Salen Anfiso y Teremuses, su esposa, y los dos criados, galanes.

ANFISO.

Bien, por cierto, habéis cantado,
Y encarecido mejor
La hermosura y el valor
De un ángel que traigo al lado.
Que es tanta su gallardía,
Que usurpa el ser y aun alegra,
De su luz, la noche negra,
De su rostro, el blanco día.
Sobre el arena os sentad
Para que las aguas gocen,
Pues por su reina os conocen,
De vuestra mucha beldad
¿No os dan gusto las corrientes
Del Nilo, famoso y claro?

TEREMUSES.

En nada, esposo, reparo,
Son mis gustos diferentes.

(1) La palabra *tú* está añadida de letra de Rojas. (*Nota de Restori.*)

ANFISO.

Qué, ¿tan diferentes son?

TEREMUSES.

Que nada alegrar me puede
Sino es un hijo que herede
El reino de Faraón.

ANFISO.

Ea, regalada esposa;
Que el cielo nos le dará.

CRIADO 1.°

¡Qué melancólica está
Mi señora!

CRIADO 2.°

Y qué enfadosa.
Sentados están; tratemos
Cosas de gusto entretanto.
¿Cómo os va de amor?

CRIADO 1.°

Espanto
Al mundo con mis extremos.

CRIADO 2.°

¿Cómo os trata Polidora?

CRIADO 1.°

Mal, por Dios; es una ingrata.

CRIADO 2.°

Mil años ha que os maltrata.

CRIADO 1.°

Está hecha una tigre ahora

CRIADO 2.°

¿De celos?

CRIADO 1.°

Si me celara
Polidora, ¿qué más bien?
Todo mi mal es desdén.

CRIADO 2.°

El demonio la esperara.
¿Y qué sentís de eso?

CRIADO 1.°

Siento
Mil muertes.

CRIADO 2.°

¿Tanto lloráis?
Mártir de lo que esperáis
Os ha hecho el sentimiento.
Yo diferente camino
Para mis empresas hallo:
Si me quieren, quiero y callo:
Si no, no me determino.

CRIADO 1.°

¡Quién estuviera vencido
Como vos lo estáis, Diloro!

CRIADO 2.°

Yo burlo y río.

CRIADO 1.°

Yo lloro.

CRIADO 2.°

Yo me celo.

CRIADO 1.°

Yo me he ardido.

CRIADO 2.°

Como sois la misma cera,

Así contra vos porfía,
Pero en mí no dura un día
La afición m..... (1).

TEREMUSES.
Esposo, ¿no veis aquello?

ANFISO.
¿Qué he de ver?

TEREMUSES.
¡Gran maravilla!
¿No veis aquella cestilla?

ANFISO.
¿Qué será?

TEREMUSES.
Repara en ello.
¿Qué puede llevar allí?

ANFISO.
Novedad es peregrina.

TEREMUSES.
El río abajo camina;
¿No entrarán por ella?

ANFISO.
Sí.

CRIADO 1.º
Bernardo, aquello me eleva:
Una cestilla breada
Lleva el agua acelerada;
¿No sabremos lo que lleva?

ANFISO.
¿Quién entra por ella?

CRIADO 1.º
Yo.

ANFISO.
Y si vos no, yo entraré.

TEREMUSES.
Mucho lo agradeceré.

ANFISO.
Yo quiero entrar.

CRIADO 1.º
Eso no;
Furiosa corriente, espera;
Que algún tesoro estimado
Debes de llevar hurtado,
Pues huyes de esa manera.

Éntrase el criado 1.º

CRIADO 2.º
Ya Bernardo se arrojó
Al agua, y ya casi llega.

ANFISO.
Ya la cogió, ya navega.

TEREMUSES.
Sumo contento me dió.

Sale María, hermana de Moisés.

MARÍA.
¡Oh, gran ventura! En el río
Entran ya por la cestilla;
Que han de salvarte confío.

TEREMUSES.
Llégate hacia aquí, esclavilla.

MARÍA.
Dios te guarde, hermano mío.

CRIADO 2.º
Mira, que llama la Infanta.

MARÍA.
Guardeos Dios, bella señora.

De rodillas.

TEREMUSES.
Doncella hermosa, levanta.
¿Qué estabas mirando ahora,
Di, con eficacia tanta?
¿Es tuyo acaso un cestillo
Que la corriente llevaba?

MARÍA.
No á fe; burlas en decillo.

TEREMUSES.
De ver cómo navegaba,
Señora, me maravillo.
Algo debe de ir con él,
Que va breado y cubierto.

Sale el criado 1.º con la cestilla mojada. Dentro el niño.

CRIADO 1.º
Bien pensó el agua, doncel,
Daros á la orilla muerto;
Que como es hembra es cruel.
Pero no ha de ser ansí,
Si no fué la voz postrera
Un flaco grito que oí.

TEREMUSES.
Un gran premio de mí espera.

CRIADO 1.º
¿Qué más que servirte á ti?
Manda abrir ese secreto.

MARÍA.
¡Oh, no pensada aventura!

CRIADO 1.º
Que estoy contento. Os prometo
Que es, sin duda, una criatura.

TEREMUSES.
¿Llora?

CRIADO 1.º
Lloraba, en efeto.

MARÍA.
¿Cómo criatura? Callad.
¿Quién había de usar con ella
Tan inhumana crueldad?

TEREMUSES.
¿Traéis estuche, doncella?
Abrí, un cuchillo me dad.

MARÍA.
Yo abriré el cestillo.

TEREMUSES.
No;
Por mi mano le he de abrir.

(1) Falta en el manuscrito de Parma un pequeño trozo, cortado por el encuadernador.

MARÍA.
¡Ay, señora, que lloró!
TEREMUSES.
Ya de hoy más podrá reir,
Pues á mi poder llegó.
MARÍA.
Ya está la cestilla abierta.
CRIADO 1.°
¿Quién vió tan gran maravilla?
MARÍA.
Que es criatura es cosa cierta.
Bien lo habéis hecho, cestilla,
Pues no la trajistes muerta.
TEREMUSES.
¡Qué milagrosa hermosura!
¡Qué ojos y qué cabellos!
CRIADO 1.°
Vos tendréis buena ventura.
TEREMUSES.
No lloréis más, ojos bellos;
Que estáis en parte segura
Salid del lugar estrecho
Que alguna cruel os dió,
Y reclinaos en mi pecho
Hasta que os mande hacer yo
De grana de Tiro un lecho.
¡Estoy loca de alegría!
ANFISO.
Y yo, por ver que lo estáis,
Lo estoy mucho, esposa mía.
TEREMUSES.
Mi ángel, ¿qué me miráis?
¿Qué me decís, luz del día?
MARÍA.
Muchacha debe de ser;
Que siempre naturaleza
De industria suele poner,
Como es dote la belleza,
Más belleza en la mujer.
Da licencia que lo vea:
¡Ay, señora, que es varón!
TEREMUSES.
Muy en buen hora lo sea;
Que mi padre Faraón
Un bello nieto granjea.
CRIADO 2.°
Muy bien te podemos dar
El parabién del hallazgo.
TEREMUSES.
¿Qué mayor bien que hallar
Sucesor de un mayorazgo
Que se había de enajenar?
MARÍA.
¿Luego prohíjasle ya?
TEREMUSES.
Desde ahora le prohijo
Si Anfiso licencia da.
ANFISO.
Llámenle todos mi hijo.
CRIADO 1.°
Suertes son que el cielo da.
Veis aquí un niño que ha un hora
Que se vió casi anegado,
Y se ve rey casi ahora.
CRIADO 2.°
Venturoso salto ha dado.
CRIADO 1.°
Ya es hijo de mi señora.
MARÍA.
¿No querías darle á criar?
Porque podré darte un ama
Que le sabrá regalar.
TEREMUSES.
Si es virtuosa, la llama.
MARÍA.
Mucho.
TEREMUSES.
Pues vela á llamar.
MARÍA.
¡Oh, venturosa ocasión,
Á mi misma madre trayo!

Vase María.

Entran el rey Faraón, Datán, Avirón, israelitas.

TEREMUSES.
¿Vistes mayor perfección?
Por el agua vino un rayo
Que me enciende el corazón.
FARAÓN.
Por esa plaza deseo
Ver volar ese neblí.
ANFISO.
¿No es el Rey este que veo?
TEREMUSES.
¡Oh, cielos, mi padre aquí!
¿Quién le ha dicho mi trofeo?
FARAÓN.
Hija, mucho has madrugado.
TEREMUSES.
¿Dónde vais, señor?
FARAÓN.
Á caza;
Que estoy algo disgustado:
¿Y tú? ¿Á ver el Nilo?
TEREMUSES.
Es traza
Con que alivio mi cuidado;
Porque hoy en el agua hallé
Todo cuanto deseaba.
FARAÓN.
Bien; ¿hallaste en agua qué?
TEREMUSES.
Hallé un hijo.
FARAÓN.
¿Dónde estaba?
TEREMUSES.
De las aguas le saqué.
FARAÓN.
Cuéntame tal maravilla.
TEREMUSES.
Ves aquí el hijo, y venía

En esta frágil cestilla.

FARAÓN.

Tu hallazgo me da alegría.

DATÁN.

Y á todos nos maravilla.

TEREMUSES.

Como vi tal hermosura,
Nombre de hijo le dí;
Tú lo confirma.

DATÁN.

¡Oh ventura!
Lleno de envidia nací,
Pues la tengo á una criatura.

AVIRÓN.

Ya tenemos sucesor
Del reino, si hijo faltare
Á Faraón, mi señor.

FARAÓN.

Quien tu hijo le llamare
Merecerá mi favor.

DATÁN.

¿No es este gran desvarío?

AVIRÓN.

No hay cosa que menos cuadre
Á un noble y honrado brío,
Porque, ¿quién puede ser padre
De un rapaz que trajo el río?

FARAÓN.

Manda que se dé á criar;
Que yo por esa ribera
Me entretengo en arbolar
Una barquilla ligera
Que aligere mi pesar.
Adiós, hija; y vos, Anfiso,
Quedaos adiós, y gozad
Lo que el Nilo daros quiso.

ANFISO.

El cielo á tu majestad
Guarde.

Vanse el Rey, Datán y Avirón.

Salen María y Jezabel.

JEZABEL.

¡Qué raro tu aviso!
Que de esa manera puedo
Gozarle, si yo le crío,
Sin alteración ni miedo.
¡Oh Nilo piadoso mío,
En obligación te quedo!

MARÍA.

¡Callad, madre, que os escucha
La amorosa y noble Infanta!

JEZABEL.

Mi gusto en el alma lucha.

MARÍA.

Aunque es vuestra dicha tanta,
Le..... (1).

(1) Cortado por el encuadernador.

Sabeldo disimular
Si no le queréis perder.

CRIADO 1.º

Mas ¡si no sabe llorar!

TEREMUSES.

¿Dar pena había de saber
Quien tal gusto sabe dar?

MARÍA.

Ya te traigo el ama aquí.

JEZABEL.

Á ver lo que mandas vengo,
Por ser llamada de ti.

TEREMUSES.

Quiéroos dar un bien que tengo;
¿Queréis vos mis bienes?

JEZABEL.

Sí;
Y estimarélos en tanto
Como tú estimarlos puedes.

TEREMUSES.

Merécenlo; no me espanto;
Pero yo os haré mercedes.

ANFISO.

¡Lo que le quiere es encanto!

Vase Anfiso

TEREMUSES.

Mirad á vuestro criado,
Que es hermosísimo á fe;
Y más que hermoso, amado;
Si es hermoso ó no, no sé.

JEZABEL.

¡Más bien es afortunado!

TEREMUSES.

¿De hermosura no conoces?

JEZABEL.

Tiene alguna,

TEREMUSES.

¿Como alguna?
El cielo está dando voces
Que es este infante la luna.

JEZABEL.

¡Pues muchos años le goces!

TEREMUSES.

¿Has tenido tú algún día
Hijo que llegase aquí?

JEZABEL.

Uno murió que tenía.

TEREMUSES.

¿Más hermoso?

JEZABEL.

Tanto, sí.

TEREMUSES.

Tu afición te lo decía.

JEZABEL.

¡Fué mucha su perfección!

TEREMUSES.

¿Qué tuvo?

JEZABEL.

Unos ojos bellos.

TEREMUSES.
Y esos míos, ¿no lo son?
JEZABEL.
Mucho parecen á ellos.
TEREMUSES.
Eso en tu imaginación.
MARÍA.
¿Hay mayor graciosidad?
Mi madre á la Infanta hermosa
Engaña con la verdad,
Y hablan de una misma cosa
Y de una misma beldad.
TEREMUSES.
Ya no te le quiero dar,
Que, según le has desdeñado,
No le sabrás regalar.
MARÍA.
¡Muy buen lance habéis echado!
Madre, no podéis callar.
JEZABEL.
Yo le trataré, señora,
Como si mi hijo fuera.
MARÍA.
¡Creedme que ya le adora!
JEZABEL.
Si es tardar en que le quiera,
Yo le quiero desde ahora.
¡Hijo de mi corazón,
Yo os quiero como á mi vida!
TEREMUSES.
Ansí ganas mi afición.

Entra Arán, padre de Moisés, solo.

ARÁN.
Tras mi esperanza perdida,
Es esta buena ocasión;
Aquí mi cestilla hallo,
Y mi hijo hallo aquí.
MARÍA.
Muy bien sabrá regalallo
Mi madre.
TEREMUSES.
¿Es tu madre?
MARÍA.
Sí.
ARÁN.
. . . . (1).
Mucha ventura sería,
Pues que con seguridad
Le tendré en mi compañía.
Jezabel, ¡qué ociosidad
Esta vida todo el día!
JEZABEL.
Mandóme llamar la Infanta
Para darme este criado.
ARÁN.
¿Criado?
MARÍA.
¿Y eso os espanta?
ARÁN.
¿Y ya le habéis aceptado?
MARÍA.
¡Que no es la ocupación tanta!
TEREMUSES.
Ya le aceptó.
ARÁN.
Norabuena,
Pues lo manda Vuestra Alteza;
Quien tan grande bien me ordena
Quitárame su belleza
Hasta parte de su pena.
¿Y qué nombre le habéis dado?
TEREMUSES.
Yo ninguno.
ARÁN.
Justo es
Darle alguno acomodado.
TEREMUSES.
Pues llamaráse Moisés,
Que es nombre: en el agua hallado.
ARÁN.
¡Bien, señora, le conviene
Ese dichoso apellido!
TEREMUSES.
Éste le doy.
ARÁN.
Y ése tiene.
JEZABEL.
¡Seáis, hijo, bien venido,
Si en el nombre de Dios viene!

Vanse todos con música, llevando la madre á Moisés.
Sale Leví, cautivo hebreo.

LEVÍ.
En aquesta ribera
Levanto al cielo lastimoso estilo
De aquella edad primera
Donde mis quejas me arrebata el Nilo,
Haciendo mis lamentos
Consonancia tristísima á los vientos.
¡Ay, ciudad soberana,
Jerusalén, Jerusalén amable,
Y cuán de buena gana,
Sólo por no me ver tan miserable,
Abrazara la muerte
Aunque costara no volver á verte!
Aquí, al cruel gitano
Sirvo de hacer adobes, y es mi estilo
Henchir el aire vano
De quejas, y de lágrimas el Nilo,
Que son causa segunda
Por qué dos veces en el año inunda.
Ya acabé mi tarea;
¡Ay, si pudiera descansar ahora,
Pero en vano desea
Descanso un alma que desdicha llora;
Ni es posible que viva

(1) Cortado por el encuadernador.

Sino llorando voluntad cautiva!
Mi esposa fué á traerme
De la ciudad algún sustento pobre;
¡Ay, si pudiera verme
Cual se vió Niso convertido en robre;
Porque ansí no sintiera
Golpes tan bravos de fortuna fiera!

Dicen dentro. Roselia, mujer de Leví, sale.

ROSELIA.
¡Déjame, cruel gitano!
GITANO.
Pues hazme un favor honesto.
LEVÍ.
Mi esposa llora, ¿qué es esto?
ROSELIA.
¿Por qué me ofendes, tirano?
LEVÍ.
¿Quién te ofende, oh vida mía?
Iré á perderla por ti;
Que mis celos van en mí:
No quiero más compañía.

Éntrase Leví. Sale Roselia cantando, mujer de Leví, y un gitano tras ella.

GITANO.
Yo no pretendo forzar
Tu voluntad, ni es razón.
ROSELIA.
Este hombre me ha de agraviar;
Que una determinación
No da á la razón lugar.
Bien será fingir con él
Porque me deje y se vaya.
GITANO.
Si eres la flor de Israel,
Permite que una vez haya
Flor sin espinas en él.
Después que te vi te adoro,
Y alguna clemencia espero
De esas finas hebras de oro,
Ya que no por lo que quiero,
Siquiera por lo que lloro.

Sale Leví sin que le vean.

LEVÍ.
Aunque no es cordura hacer
En la mujer experiencia,
Yo la hago en mi mujer
Á ver si hay hembra en ausencia
Allá en cuanto (1) pueda ser.
Entre estas ramas metido
Veré lo que pasa aquí
Sin ser de los dos sentido.

(1) Restituídas conjeturalmente estas dos palabras, á las cuales alcanzó la cuchilla del encuadernador.

GITANO.
¿Que, en fin, nada harás por mí?
ROSELIA.
¿Qué pretendes?
GITANO.
Ser querido.
ROSELIA.
¿Qué me ofreces?
GITANO.
Afición.
ROSELIA.
¿Y ésa cierta?
GITANO.
Verdadera.
LEVÍ.
¡Oh celosa confesión!
ROSELIA.
¿Y bastará que te quiera?
GITANO.
No quiero más galardón.
LEVÍ.
Sin duda aquí he de perder
Gusto, paciencia y honor;
Ten firme, ingrata mujer.
ROSELIA.
¿Que no quieres más que amor?
GITANO.
No.
ROSELIA.
Pues no le puede haber.
Fingir contigo quería
Porque me dejaras ir;
Pero no puedo.
GITANO.
Porfía
Fiera en hacerme morir;
Yo te venceré algún día.
ROSELIA.
Y ahora vete.
GITANO.
Sí, voy
Por no disgustarte más;
Mira cuán amante soy.
¿Has de quererme?
ROSELIA.
¡Jamás!
GITANO.
Ingrata, pues yo me estoy
LEVÍ.

Sale Leví.

No hay para qué, gentilhombre.
GITANO.
¡Hombre aquí!
LEVÍ.
Y hombre de bien.
GITANO.
¿Quién eres?
LEVÍ.
No tengo nombre.

ROSELIA.
Es mi esposo.
GITANO.
¡Eso también!
Perdóname, no te asombre
Ver que en parte sospechosa
Con tu esposa me has hallado.
LEVÍ.
Seguro estoy de mi esposa.
GITANO.
Corrido voy y agraviado;
¡Oh tirana más que hermosa!

Vase el gitano.

LEVÍ.
¡Qué bien se está la mujer
En su casa recogida!
ROSELIA.
¿Hay en mí de qué temer?
LEVÍ.
Sí, que la mujer querida
Poco ó mucho ha de querer
¿Qué traes de la ciudad?
ROSELIA.
Pan negro y hierbas.
LEVÍ.
Y basta;
Pan negro y hierbas me dad;
Que con tener mujer casta
Vive un hombre en amistad.
Y vamos, veréis allí
Vuestros dos hijos, amiga.
ROSELIA.
Que ha mucho que no los vi:
Amor á verlos me obliga;
Sea presto, pues, vení.

Baile.

Éntranse. Tocan. Sale Moisés, pequeño niño.

MOISÉS NIÑO.
Poco importa ser niño;
Sí tener bríos de varón perfeto;
Que aunque espada no ciño,
No quiero que me pierdan el respeto.

Salen Arán y Jezabel, sus padres.

ARÁN.
¿Qué es esto, mi criado?
JEZABEL.
Moisés querido, ¿quién os ha enojado?
MOISÉS.
Hijo soy de la infanta,
Y nieto soy de Faraón por ella,
Y el vil que me levanta
Que soy espurio y no nacido della,
Como villano miente.
ARÁN.
¿Pues quién dice otra cosa diferente?
JEZABEL.
No le descubriremos
Quién es ahora, porque no se engría.
ARÁN.
Dejad: tiempo tendremos;
Que aun hasta ahora aun (1) no ha llegado el día,
Ni llegará tan presto;
Sólo importa que viva como honesto.
MOISÉS.
En fin, queridos amos:
Desciendo de los reyes Faraones.
ARÁN.
Así lo confirmamos.
MOISÉS.
Pues tú, villano, ¿para qué te pones
En puntillas conmigo?
¿Quieres á tu señor por enemigo?

Entran Faraón, la Infanta, Datán y Avirón.

TEREMUSES.
Desde mi retraimiento
Oigo á mi hijo con algún enfado;
¡Oh, mi dulce contento!
¿Qué enojo es éste? ¿Quién os ha injuriado?
MOISÉS.
¡Oh madre, en tu presencia
Á mis enojos hago resistencia!
FARAÓN.
Moisés, ¿qué habéis habido?
Decidme, ¿quién se atreve á daros pena?
ARÁN.
Es niño; nada ha sido.
TEREMUSES.
Tomad, mi bien, al cuello esa cadena;
Que en lugar de diamante
Va por joyel mi corazón amante.
MOISÉS.
¡Querida madre!
TEREMUSES.
¡Hijo!
MOISÉS.
¿Es verdad que lo sois? Desengañadme,
Que aun no sé quién me dijo
Una razón ó sinrazón infame.
FARAÓN.
¿Qué te dijeron? dilo.
ARÁN.
Burlando, que le hallaron en el Nilo;
Y está el rapaz por esto
Que quiere reventar de enojo y rabia.
TEREMUSES.
¿Con mi hijo se ha puesto
Nadie del reino? En eso á mí me agravia.
No; mi hijo sois, bien mío:
Miente quien dijo que os halló en el río.
FARAÓN.
Moisés, no lloréis tanto;
Que yo haré que os tengan más respeto.
Y, por el cielo santo,
Que vuestro abuelo soy y vos mi nieto,

(1) Este segundo *aún* está de letra de Rojas.

Y mi misma persona,
Y en fe de aquesto os pongo mi corona.

Pónele la corona de laurel y queda muy ufano.

TEREMUSES.
Muy bien parecéis con ella,
MOISÉS.
Beso tus Rëales pies.
FARAÓN.
¿Estáis contento, Moisés?
Ya sois coronada estrella.
¡Hija!
TEREMUSES.
¡Señor!
FARAÓN.
Un aviso
Quiero daros, escuchad:
Encubrilde esta verdad;
Mirad bien cómo os lo aviso.

Hablan al oído.

JEZABEL.
Mirad qué loco ha quedado;
Sepa quién es, que se pierde.
MOISÉS.
Quien el respeto me pierde
Venga á verme coronado.
ARÁN.
Por no verle profanar
La israelita cabeza,
Me voy.
JEZABEL.
Á entonarse empieza,
Pero yo lo haré amansar.

Vanse los padres.

DATÁN.
¡Que tal el Rey haya hecho!
¡Tanto favor á un mestizo!
Este rapaz, ese chico,
¡Oh, yo le tengo en el pecho!

Estando coronado el niño, y hablando aparte Faraón y la Infanta, canta una voz esta inspiración y atiende á ella Moisés.

VOZ.
Ufano niño Moisés,
Que con la ajena corona
La majestad representas
Que el cielo te ha dado propia.
Esas grandezas desprecia:
Rompe las egipcias ropas;
Que te han guardado los cielos
Sólo para que las rompas.
Contra los rayos de Egipto
Es la comisión que gozas,
Y honrarte con honra tuya
Es cosa á tu oficio impropia.
Esa corona que ciñe
Tu cabeza vencedora,
Ha de ser, por causa tuya,
Deshecha, arruinada y rota.
Deséchala de tus sienes;
Que es doble traza alevosa
Lo que has de ofender entonces
Estimarlo tanto agora.
MOISÉS.
No sé quién me habla al alma,
Que me enseña, aunque me asombra;
Que soy capitán, me dicen,
Contra las gitanas copias.
Si esto es así, Faraones,
Guardaos allá vuestras honras;
Que ya no quiero en Egipto
Reinos, cetros, ni coronas.

Arroja la corona á los pies del Rey.

FARAÓN.
Dioses sagrados, ¿qué es esto?
TEREMUSES.
¡Hijo! ¿qué has hecho?
MOISÉS.
Señora,
No sufre bien mi cabeza
El peso de tanta honra.
DATÁN.
Pronóstico es este Rey
Que ocultos misterios brota;
Que de un prodigio no es mucho
Nazcan cosas prodigiosas.
Este suceso da gritos,
Y dice, porque los oigas,
Que ha de deshacer tu imperio
Quien arrastra tu corona.
FARAÓN.
Dejadnos solos, Infanta.
TEREMUSES.
De una inocencia te enojas;
Pues tú lo mandas, iréme.
FARAÓN.
Es mi gusto, por ahora.

Vase. Apártanse el Rey, Datán y Avirón á hablar.

AVIRÓN.
Ver tu corona ofender,
¿Qué puede representar,
Sino que la has de perder?
DATÁN.
Y que te la ha de quitar
Quien te la hizo caer.
FARAÓN.
Es, sin duda; mi temor
Lo mismo me pronostica.
DATÁN.
Pues muera.
FARAÓN.
Téngole amor;

Pero si se verifica,
Mi desdicha ¿no es peor?

AVIRÓN.

Que muera es acuerdo mío:
Sin duda conviene así;
De esta manera desvío
La envidia que concebí
Contra este hijo de un río.

FARAÓN.

Sacalde públicamente;
Porque la ciudad se asombre
Y en su castigo escarmiente.

DATÁN.

Si éste llegase á ser hombre
Se ha de hacer rey de tu gente.
Muera, Rey: esto conviene.

FARAÓN.

Ya no estoy determinado:
Mi consejo le condene.

Vase el Rey.

AVIRÓN.

¡Qué fuerza la envidia tiene
En un malintencionado!
Preso vas.

MOISÉS.

¡Yo, preso yo!
Si lo manda el Rey, iré.

AVIRÓN.

El Rey mismo lo mandó.

MOISÉS.

Pues de su afición, ¿qué fué?

DATÁN.

Fué mal fundada, y cayó.

Llévanle maltratado á Moisés. Salen Leví y Roselia.

LEVÍ.

Ya que á la madre común
Nuestros hijos entregamos
Y su soledad lloramos
No bien conocida aún,
Vivamos en la ciudad,
Donde tengamos testigos
De nuestra necesidad;
Que entre deudos y entre amigos
Siéntese mal la amistad.

ROSELIA.

Yerras, aunque me perdones,
Y no sé qué hombre procura
Dejar la vida segura
Y buscar las ocasiones (1).
¿Qué coches ó qué caballos
Tienes en qué pasear?

LEVÍ.

Sólo tengo el deseallos.

ROSELIA.

Y este vano desear
Te trae sin duda á curallos.
Para hacer ladrillos duros,
En la falda de la sierra
Estábamos más seguros;
Que hombres que tratan en tierra
No han menester fuertes muros.

LEVÍ.

Aquí tengo de vivir:
Algún gitano busquemos
Á quien podamos servir.

ROSELIA.

Tu oficio es mandar: callemos.

LEVÍ.

Y el tuyo no resistir.

Suena trompeta y dicen dentro: ¡Muera el traidor!

Mas ¿qué alboroto y rumor
Es aquel? Trompeta suena,
Y dicen: ¡Muera el traidor!
¡Cómo renováis mi pena,
Vivas memorias de amor!
Vamos á saber lo que es.

Vanse. Tocan trompeta, y sale María.

MARÍA.

Infanta, noble señora,
¿Cómo estas cosas no ves,
Cuando todo el pueblo llora
La muerte de tu Moisés?
Ven, si ya no gustas dello;
Que entre la grita espantosa,
Si dan lugar, podrás vello
Con una soga afrentosa
Atada al hermoso cuello.
No me escucha: á su aposento
Voy á advertirla del caso
Más presurosa que el viento.

Vase. Tocan trompeta. Salen los padres de Moisés, Arán y Jezabel.

ARÁN.

Paso, Babilonia, paso;
Que es niño, y grande el tormento.
Mirad al vuestro criado,
Hijo en sangre y en amor,
Su privanza en qué ha parado.
¡Oh Rey, gran castigador,
Quién te verá castigado!

JEZABEL.

No lloro el verle morir,
Ni siento que el Rey lo mande.

ARÁN.

¿Pues esto podéis sufrir?

JEZABEL.

El sentimiento es tan grande
Que no me deja sentir.

Sacan al niño Moisés con una soga al cuello, atadas las manos, y un verdugo detrás con una espada desnuda. Datán y Avirón como jueces, y algunos soldados; cantan los músicos.

MÚSICOS.

Sea notorio en Babilonia

(1) Falta un verso á esta quintilla.

Y en todo el gitano imperio,
Cómo este muchacho muere
Por sospechoso en el reino.
Mándale matar el Rey
Para asegurarse desto;
Que no hay corona segura
Cuando el que priva es soberbio;
Y muere públicamente,
Porque sirva de escarmiento,
Que el despreciar las coronas
Se compra por este precio.

Sale la infanta Teremuses con una espada desnuda, y María y los dos criados.

TEREMUSES.

Teneos, fieros verdugos;
Que no ha de morir por eso
Un inocente que adoro
Y un humilde que defiendo.
Este es mi hijo: estimalde,
Pues como á hijo le quiero;
Que no es posible que el Rey
Haga este agravio á su nieto.
Vosotros sois, envidiosos,
Los que habéis tratado de esto
Por quitar á Babilonia
Este cristalino espejo.
Y si mi padre lo manda,
No se entiende que está ciego:
Amigos, ¡viva Moisés!
¡Viva! que yo lo defiendo.

Dentro: ¡Viva Moisés! Y pónese el Rey al corredor.

FARAÓN.

Tus voces, hija, me mueven,
Y el amor que yo le tengo.
¡Viva Moisés! Desatalde.

DATÁN.

Muero de envidia

AVIRÓN.

Y yo muero.

TEREMUSES.

Vivas, señor, largos años.

MOISÉS.

Muchas edades tus reinos.

JEZABEL.

Tu fama infinitos días.

ARÁN.

Tu nombre siglos eternos.

TEREMUSES.

Y porque han visto á mi hijo
Con voces de pregoneros,
Quiero que le vean triunfando
Si tú no dis..... (1) de ello.

FARAÓN.

¡Triunfe!

Quítase de la ventana el Rey.

(1) Cortado por el encuadernador. Probablemente diría *disientes*.

TEREMUSES.

Venga el palio, amigos,
En lo que del blanco cuello
La infame soga desato.

DATÁN.

¡Oh, envidia!

AVIRÓN.

¡Oh, cruel infierno!

TEREMUSES.

Quiéroos, Moisés, abrazar,
Pues hoy para mí nacéis.

ARÁN.

Deudas tenéis que pagar
Á la Infanta, que haréis
Mucho en poderlas contar.

Traen un palio los criados.

CRIADO 1.°

El palio está aquí, señora.

TEREMUSES.

Entrad en él y triunfad;
Que este honor os falta ahora;
Ea, esas varas tomad.

DATÁN.

¡Oh, confianza traidora!
Pero vaya ahora honrado,
Prive y suba cuanto pueda
El rapaz entronizado;
Que no ha parado su rueda,
Pues mi envidia no ha parado.

Entran debajo del palio Moisés y la Infanta. Toman las varas los dos criados, Datán y Avirón. Tocan música. Dan una vuelta al tablado con gran majestad, y éntranse. Dase fin á la primera jornada. Baile de á cuatro.

JORNADA SEGUNDA

Salen Arán y Jezabel, padres de Moisés.

ARÁN.

¿Eso ha pasado en esa ausencia breve?

JEZABEL.

En estos pocos años que has faltado,
Grandes mercedes nuestro hijo debe
Al enemigo de Israel airado;
Todos le estiman, nadie se le atreve;
Que está Moisés tan bien acreditado,
Que hace grande caudal de su esperanza
El que tenerlo por amigo alcanza.
Hase mostrado valeroso y fuerte,
Tanto, que el Rey de su valor se fía,
Y á las empresas de momento y suerte
Por general con su bastón le envía;
Rebélase Sabá: la historia (1) advierte,
Y con una lucida compañía

(1) Quizá *la injuria*.

Partió Moisés para allanar la tierra;
Ya seis meses y más que está en la guerra.
ARÁN.
¿Ha escrito al Rey de sus sucesos algo?
JEZABEL.
Escribió que Sabá se le allanaba.
ARÁN.
Mucho gusto que el Rey le estime en algo,
Pero no verle en nuestra ley no alaba.
JEZABEL.
El juicio pierdo y del sentido salgo;
La paciencia y la vida se me acaba,
En no le haber quién es manifestado
ARÁN.
Sabrálo luego como sea llegado.

Salen Faraón y la Infanta y el criado 1.º

FARAÓN.
Ansí que mi general
Deja ya á Sabá rendida.
CRIADO 1.º
No se vió valor igual.
FARAÓN.
Prospere el cielo su vida;
Que es valiente y es leal.
¿Cuándo llegará?
CRIADO 1.º
Cargado
De victoriosos despojos
Mira ya el Nilo sagrado.
FARAÓN.
Venga en buen hora á mis ojos.
TEREMUSES.
Bien le tengo deseado.
FARAÓN.
Haga fiestas la ciudad
Y Moisés entre triunfando.
TEREMUSES.
Yo beso á tu majestad
Las manos.
FARAÓN.
Voyle pagando
Las obras de su lealtad.
ARÁN.
Advertís, dicen, que llega
Coronado de victorias.
FARAÓN.
En esa espaciosa vega
Haga alarde de sus glorias
Quien nuevos reinos me entrega.
Sáquese un carro triunfal
Lleno de columnas de oro,
En que venga el general;
Recíbanle con decoro
Á sus venturas igual.
CRIADO 1.º
¿Quién le ha de tirar?
FARAÓN.
Cautivos
De la rebelde Sabá,
ARÁN.
No habrán visto tal los vivos.
FARAÓN.
Y la nobleza vendrá
Honrándole á los estribos.
Vengan todas las banderas
Que al enemigo ha quitado,
Arrastrando las primeras;
Haréle en burlas honrado,
Pues él á mí me honra en veras.
ARÁN.
¡Viva Vuestra Majestad
Mil años, para que aumente
Á Moisés en calidad!
TEREMUSES.
Hoy llegará vuestro ausente
Y mi hijo á la ciudad.
Lleno de victorias viene:
Mirad si estará contenta
Madre que tal hijo tiene.
JEZABEL.
Yo estoylo mucho.
TEREMUSES.
Sustenta
Mucha honra.
ARÁN.
Ansí conviene.
TEREMUSES.
Y vos, amo de mi hijo,
¿Dónde habéis estado?
ARÁN.
¿Yo?
En un viaje prolijo.
JEZABEL.
Dos horas ha que llegó.
ARÁN.
Al tiempo del regocijo.

Dentro ruidos como que corren caballos, con gran grita, y dicen dentro: ¡Aparta, aparta! sonando ruido de cascabeles, y prosigue Arán:

Que ya la ciudad comienza
Á celebrar la victoria.
TEREMUSES.
Hágase al mundo notoria.
JEZABEL.
Mil reinos tu hijo venza.
ARÁN.
Mil siglos dure su gloria.
FARAÓN.
Ya debe de haber llegado,
Pues tal alboroto suena.
TEREMUSES.
Téngole tan deseado,
Que no sé cómo el arena
Del gran Nilo no he pisado.
FARAÓN.
Vamos á mi corredor,
Donde veremos pasar
En su triunfo al vencedor.

Vanse el Rey, la Infanta y el criado 1.º, y quedan Arán y Jezabel.

ARÁN.

Aquí le quiero esperar;
Que aquí le hablaré mejor.
Ya basta el silencio, basta:
Sepa Moisés como es
De la israelita casta,
Y gaste en lloros después
El tiempo que en fiestas gasta.
Muestre aquí cómo es verdad
Que de fieles padres nace,
Y con santa libertad,
Las honras que el Rey le hace
Trueque por su enemistad.

JEZABEL.

Ya llega el tiempo, y es cosa
Muy rara ver la grandeza
De la ciudad populosa;
El caer de tanta alteza
Vuelta ha de ser peligrosa.

Tocan música y entra Moisés muy bien aderezado en un carro, coronado de laurel; algunas banderas arrastrando; delante acompañamiento. Tiran el carro cuatro guineos de Sabá con sus reatas como caballos. Viene en el carro Moisés en una silla alta, y el Rey de Sabá, negro, atado con una cadena, y cautivos atados á la misma silla de Moisés. Dan una vuelta estando el rey Faraón y la infanta Teremuses, Datán y Avirón arriba, en el corredor, y abajo en el tablado Arán, Jezabel, sus padres de Moisés, y dice Arán:

ARÁN.

¡Que tal á mi hijo veo!
De puro contento lloro.
¡Oh pueblo cautivo hebreo,
Por aquel gran Dios que adoro
Que ya verte libre creo!

DATÁN.

De envidia deste hebreo (1)
Estoy reventando aquí.

FARAÓN.

¿Qué os parece del trofeo
Con que entra Moisés, decí?

AVIRÓN.

Que lo miro y no lo creo.

DATÁN.

No tienes en la memoria
La corona derribada,
Pues que le das tanta gloria.

FARAÓN.

Si fué culpa, ya es pasada.

AVIRÓN.

Ya pasó, mas es notoria.

JEZABEL.

¡Qué majestad representa
Si la empleara mejor!

(1) Consonante repetido de la quintilla anterior.

FARAÓN.

Hoy en mi silla te asienta,
Valeroso vencedor
De aquella ciudad exenta.
¿Cómo vienes?

MOISÉS.

Tan honrado
Con el favor que me has hecho,
Que me doy por bien pagado
De ver herido mi pecho
Y mi cuerpo desangrado.
Llegué, su gente vencí;
Que como tu majestad,
Por ser yo tuyo, iba en mí,
Rindióseme la ciudad
Y al Rey traigo preso aquí.
Ya subo á besar tus pies
Y á mi madre.

FARAÓN.

No es razón:
Triunfad y venid después:
Extiéndase la opinión
Del valeroso Moisés.

TEREMUSES.

De victoria tan honrada
Más premio es bien que procures.

AVIRÓN.

¡Oh Majestad engañada,
Mejor será que asegures
La corona derribada!

Quítanse del corredor el Rey y la Infanta y los demás.

ARÁN.

De veros, Moisés, triunfar,
Como los dos os criamos,
No cesamos de llorar;
¿Conocéisnos?

MOISÉS.

¡Oh, mis amos,
Á fe que os he de abrazar!
Ya no quiero más trofeo
Pues os he hallado aquí.

Apéase del carro y abraza á sus padres.

JEZABEL.

Que es buena mi dicha creo,
Pues la leche que te di
Bien agradecida veo.

MOISÉS.

Tanto veros deseaba,
Que el deseo me vencía
Donde vencedor estaba.
¿Tenéis salud, madre mía?

JEZABEL.

No verte me la quitaba.

MOISÉS.

¿Y vos, padre?

ARÁN.

¡Que buen nombre!
Mucho mejor te agradezco.

MOISÉS.
¿Pues cómo queréis que os nombre?
ARÁN.
Así, porque lo merezco.
MOISÉS.
No tiene el mundo tal hombre:
No hay al mío amor igual:
Mandadme en qué os aproveche;
Que donde hay sangre rëal,
El que es buen hijo de leche
Es buen hijo natural.
ARÁN.
Toda esa gente despide;
Que tengo mucho que hablar
Contigo, y ella lo impide.
MOISÉS.
Aunque deje de triunfar
Haré lo que se me pide.
Dejadme solo y llevad
Á palacio el Rey cautivo.
REY NEGRO.
¡Ah, perdida libertad!

Vanse todos y quedau Moisés y sus padres.

MOISÉS.
Mirad qué obediente os vivo
Viéndome en tal majestad.
¿Que me queréis?
ARÁN.
Deshacer,
Moisés, esas torres vanas
Que ya se van á caer;
Que navidades gitanas,
Cuando son más, son sin ser.
No sé si te ha de pesar
Ó si te ha de dar cuidado
Lo que te quiero avisar;
Porque estás muy levantado
Y altera mucho un bajar.
MOISÉS.
¿Qué es lo que decirme quieres?
Que bien alterado estoy:
No importa aunque más me alteres.
ARÁN.
Ya sabes, Moisés, quién soy.
MOISÉS.
Si sé.
ARÁN.
Pero no quién eres.
MOISÉS.
Quién soy si sé. ¿No soy hijo
De la Infanta, y del Rey nieto?
ARÁN.
Eso tu opinión lo dijo.
MOISÉS.
¿Y no lo soy, en efeto?
ARÁN.
En afligirte me aflijo.
MOISÉS.
Mucha alteración recibo;
Di quién soy, ¿por qué te atajas?
ARÁN.
Allana el valor altivo,
Pues de nieto de un Rey bajas
Á ser hijo de un cautivo.
MOISÉS.
¿Quién es el cautivo?
ARÁN.
Yo;
Por padre natural tienes
Al mismo que te crió;
Que tu fortuna trocó
Hoy en mis males tus bienes.
Honra y defiende estas canas
Hoy, Moisés, y no te acuerdes
De vanidades gitanas;
Que si el ser gitano pierdes,
El ser israelita ganas.
Y el ser hijo de Israel,
Mira que no te está mal,
Pues naciste de mí en él;
Que yo te di ser rëal
Y él te ha dado sangre fiel.
No te dé desconfianza
Verte hoy soberbio y ya llano;
Que en todo estado hay mudanza,
Y cuando el Rey es gitano,
Poco dura la privanza.
Honra más calificada
Tienes y opinión más rica
Por ganar, que la ganada;
Que algún gran bien pronostica
La corona derribada.
Parece que estás sin brío;
Responde, ingrato, responde;
Que todo su poderío
Del Rey no te ha puesto á donde
Te pone el ser hijo mío.
Más calidad te he yo dado
Con la sangre que te doy,
Que el Rey con todo su estado;
Que ¡vive el Señor! que soy
Deudo de Rey más honrado.
MOISÉS.
Padre, si es mi dicha tanta
Que, como dices, lo eres,
No el verte, padre, me espanta,
Porque el ser que tú me dieres
Es el ser que me adelanta.
Como padre te obedezco;
Y abrazo á mi honrada madre,
Y de placer me enternezco;
Que en ser hijo de tal padre
Subo donde no merezco.
Lo que lloro y lo que siento
Es no ser desengañado
Antes, y así me arrepiento
De haber contra Dios fundado
Unas torres en el viento.
Fundé mi ignorancia en él;
Que cuando arrojé, mozuelo,

Del Rey de Egipto el laurel,
Me dijo una voz del cielo
Que era hijo de Israel.
Y arrojéle despechado,
Pero apenas le arrojé,
Cuando luego, apesarado
De aquellas voces, quedé
De todo punto olvidado.
Ea, Israel maltratada,
Que en mí nació tu ventura,
Que, aunque hasta ahora olvidada,
Tu libertad asegura
La corona derribada.
Esta es mi resolución,
Y ahora decidme el modo
Cómo vine á Faraón.

ARÁN.

Despacio lo sabrás todo.

JEZABEL.

Es caso de admiración.

MOISÉS.

Vamos á vernos con él,
Y vos, madre, nuevamente
Abrazad á un hijo fiel.

JEZABEL.

El cielo tu vida aumente
Para salud de Israel.

Vanse y sale el gitano enamorado de Roselia.

GITANO.

Diez años ha que muero
Por mi enemiga amada, y tantos ella,
Sólo porque la quiero,
Ha dado en ser ingrata como bella;
Que no hay cosa más fría
Que una mujer si en no querer porfía.
Con mil ruegos y quejas
La procuro ablandar, pero no puedo;
Que cierra las orejas
Como serpiente que al encanto ha miedo,
Quedándose obstinada;
Que quien no quiere bien, no quiere nada.
Ahora se me ofrece
Una buena ocasión, que su marido
Desde ayer no parece;
Quiero llamar, y serlo yo fingido;
Que la noche me ayuda,
Y si le espera, me abrirá sin duda.
¡Ha de casa!

Á la ventana Roselia.

ROSELIA.

¿Quién llama?
¡Ay, niño Amor, si mi marido fuese!

GITANO.

Es un hombre que os ama,
Leví soy, ¿no me abrís?

ROSELIA.

Mi bien es ese,
Y tanto se tardaba,
Que con mil sobresaltos le esperaba.
¡Oh dulce noche mía,
Gracias te doy por cuanto bien me has dado!
Esperad, mi alegría:
Ya bajo á abrir, y si venís cansado,
Descansaréis, bien mío,
Del modo que en el mar descansa el río.

GITANO.

¡Oh, dichoso el amante
Que estas razones sin engaño oyera!
¿Hay gusto semejante?
Veis aquí un mármol convertido en cera:
¡Qué esquiva es una dama
Si da en aborrecer ¡qué tierna si ama!
Á mi engaño agradezco
Este rato de gusto que he tenido;
Que aunque por mí merezco
Algún favor; en fe de su marido,
Que dije que lo era,
Escuché de ella la razón primera.

Entra Leví con un azadón.

LEVÍ.

Largo y prolijo día,
Muy en buen hora vais dejarme un rato
Gozar de mi alegría;
Que si tengo algún gusto, le dilato
Hasta la noche amada,
Que arrojo de los hombros el azada.
¿Quién se me ha puesto al paso?
¿Quién puede ser? ¡Ay, Dios! Mi puerta suena,
¡Si fuese aquesto acaso
Algún presagio cierto de mi pena!
Mi puerta se me abre ahora.
¡Oh mujer falsa, aleve, engañadora!

GITANO.

Abriendo está mi alegría,
Quiero encubrirme al entrar.

Sale Roselia.

ROSELIA.

Entrad, esperanza mía.

LEVÍ.

¿Qué tengo más que esperar?
Cierto es ya cuanto temía.
¿Dónde vas, ladrón perjuro
De mi gusto y de mi honor?
Que si por dicha ese muro
Te ha derribado el amor,
Otro hay en mí más seguro.
¿Quién tal libertad te dió?
¿Qué leyes te dan franqueza?
Pero ¿quién no se admiró (1)
Que escales tú fortaleza
Donde soy alcaide yo?
Tente, vuélvete y pondera
Qué hicieras tú contra aquel
Que tal agravio te hiciera.

(1) Verso añadido por el licenciado Rojas.

ROSELIA.
Mi marido es éste, es él,
Y este traidor no lo era.

GITANO.
Perdióse mi pretensión;
Pero por otro camino
Vaya mi imaginación:
Matar á éste determino
Porque viva mi afición.
Hombre ¿qué quieres aquí?

LEVÍ.
¿Qué quiero en mi casa yo,
Tal me preguntas á mí?

GITANO.
¿Tu casa ésta? Eso, no.

LEVÍ.
Mi casa ésta, eso sí.

ROSELIA.
Engañoso forastero,
Deja á mi marido entrar;
Que yo á mi marido espero.

GITANO.
Antes le quiero matar.

LEVÍ.
¿Tú quieres? Pues yo no quiero.
Aunque, pues, esa malvada
Tanto favor te hacía,
En mí ensangrienta tu espada,
Y entra en esa casa mía,
Por mi ingrata enajenada.
¡Ah, Roselia! ¿Qué paciencia
Sufrirá tal deshonor?
¿Cómo has hecho esta insolencia?
¿Éste era tu mucho amor?
¡No hay amor donde hay ausencia!

Entra Moisés, de ronda.

MOISÉS.
Á ver á mis padres voy,
Por no dar nota de día
De quién son ó de quién soy.

ROSELIA.
No ha sido la culpa mía,
Esposo: inocente estoy.
Ese traidor me engañó.

MOISÉS.
Me engañó. ¿Y qué fué el engaño?

ROSELIA.
Y en nombre tuyo llamó.

GITANO.
Y tú, ahora, por más daño,
Has de morir.

MOISÉS.
Eso no.

LEVÍ.
¡Que en nombre mío llamabas
Para entrar, traidor gitano!
¿Qué querías? ¿Qué intentabas?

GITANO.
Ver lo que quiero.

MOISÉS.
¡Oh tirano,
Que tan gran traición pensabas!
El ofendido es Leví:
Quiérole favorecer.
Muera el ofensor aquí:
¿Y quiéreste defender
Tú, cobarde, contra mí?

GITANO.
¡Ay, que me han muerto!

MOISÉS.
Moisés
Te mata por tus traiciones.

LEVÍ.
En obligación me pones
De que te bese los pies.

MOISÉS.
No, no, recógete presto;
Que éste es muerto, y quizá
Te pondrán la culpa de esto.
Vete, que á mi cargo está,
Que en tu defensa me he puesto;
Yo le echaré donde el mundo
No le hallará jamás.

LEVÍ.
Adiós, varón sin segundo.

Vase Leví.

MOISÉS.
Vete, que seguro vas;
Que en hacerte bien me fundo.
Ahora bien: loco amador
De Roselia, vamos presto,
Y agradecedme el favor,
Pues con medio tan honesto,
Os he quitado el amor.
Vos, Babilonia agraviada,
Mirad por vuestros gitanos,
Que hoy dará, si á Dios le agrada,
Otra caída en mis manos
La corona derribada.

Lleva el muerto, y vase, y salen Datán y Avirón.

DATÁN.
¿Vióse tan gran insolencia?
Que se juzga Rey sospecho.

AVIRÓN.
El favor que el Rey le ha hecho
Le ha dado tanta licencia.

DATÁN.
No le contradiga en nada,
Que él va, si lo vais notando,
Poco á poco derribando
La corona derribada.
Por estos ojos le vi
Cuando en el pozo le echó.

AVIRÓN.
¿Vistes dónde le mató?

DATÁN.

Á su puerta de Leví.

AVIRÓN.

¿Y por qué ocasión?

DATÁN.

No sé,
Porque cuando yo pasaba,
Ya el gitano muerto estaba,
Ó casi al morir llegué.
Tomóle al hombro Moisés,
Y yo siguiéndole fuí
Hasta que arrojarle vi.
En el pozo.

AVIRÓN.

¡Por Dios bien!
¿Pues cómo, hijo del Nilo,
Tanto atrevimiento cobras?
Fíese el Rey de tus obras,
Que llevan galán estilo.
Con esta ocasión podemos
Vengarnos á buena ley.

DATÁN.

Halo de saber el Rey.

AVIRÓN.

Pues sea luego, ¿qué hacemos?

Entra Moisés, solo.

MOISÉS.

Con gran confusión estoy,
Que he visto al Rey, y me mira
Con una enfadosa ira;
No hay fiar en él; que soy
Al fin hijo de Israel,
Y aunque me ha hecho amistad,
Con mucha facilidad
Hallaré la muerte en él;
Datán y Avirón me han visto;
¡Oh, ingratos á vuestra ley!
Éstos, á quien oye el Rey,
Me hacen con él malquisto.

DATÁN.

Espántome cómo sale
Tan solo Su Majestad.

AVIRÓN.

¡Qué toldo! ¡qué gravedad!

DATÁN.

No hay Rey que á la suya iguale;
Hasta que morir le vea
No tengo de descansar.

MOISÉS.

¿Cuándo ha Dios de castigar
Estos lobos de Judea?
Decidme, leones bravos,
Vestidos de pieles mansas,
Envidiosos israelitas,
Verdugos de vuestra casta;
Descendientes de Leví,
¿Descendientes digo? manchas
Que habéis caído en su sangre
Con tantas obras honradas;
¿Qué pensamientos son estos,
Qué obras ó qué palabras,
Que con el pueblo me venden
Y con el Rey me desgracian!
¿Qué decís de mí, traidores?
¿Qué descuidos ó qué faltas
Habéis hallado en mi vida?
¡Si las sabéis, publicaldas!
Á las orejas del Rey
Mis amigos siempre os hallan,
Y mis amigos me avisan
Que me hacéis amistad falsa.
Como estáis en Babilonia,
Sois Nembrodes que dais trazas,
Y hacéis vosotros la torre
Y en mí la confusión para;
Pero si no os enmendáis
De tantas obras villanas,
Como el grifo á Prometeo
Os romperé las entrañas.
La tierra os trague, enemigos,
Y cuando vais entre ramas,
El desdichado Absalón (1)
Os dé toda su desgracia.
Al pie de otro monte os vean
Los ojos que más os aman,
Subir, como otro Sisifo,
La piedra que sube y baja.
Como á Tántalo, os anegue
Hasta los hombros el agua,
Y si quisierdes bebella
No os pase de la garganta.
Su árbol lleno de fruta,
Cuando la hambre os deshaga,
Pues sois Tántalos, os niegue
El comer de sus manzanas.
Un viento os lleve á sus nubes,
De donde, hechos migajas,
Vengáis, traidores, al suelo,
Que de teneros se cansa.

AVIRÓN.

Modera, Moisés soberbio,
Las maldicientes palabras,
Ó seas nieto del Rey,
Ó tengas sangre villana;
Que el Nilo sabe quién eres,
Y allanarás la arrogancia
Que llevas, tan alta y necia,
Si el Nilo te desengaña.
Tanta soberbia, Moisés,
Tanto enojo y tanta saña,
¿Quieres matarnos con ella
Por no ensangrentar tus armas?
Pues ya las tienes sangrientas,
Y por ventura manchadas
Con la sangre del gitano
Que anoche quitaste el alma.
Testigos hay del delito

(1) ¡Extraño anacronismo hablar Moisés de Absalón!

Y ya lo sabe la fama,
Que á las orejas del Rey
Le lleva, de ti agraviada.
No pienses que han de valerte
Tus balbucientes palabras;
Que el que te hizo hasta ahora
Haremos que te deshaga.

Vanse, y queda Moisés suspenso.

MOISÉS.

Éstos el caso han sabido;
Perdido soy; no he de ver
El rostro al Rey ofendido;
Iréme, todo es caer
De la alteza á que he subido.
No más Babilonia: afuera
De mi afición, Faraones;
Que de la misma manera
Que han muerto tantos varones
De Israel, queréis que muera;
La pompa quiero dejar,
Aunque seguro la goce,
Y adiós, me voy á buscar
Doce tribus, si sois doce,
Y os volveré á libertar;
Que una inspiración me dice
Que he de ser de Faraón
Fuerte vencedor felice,
Y no fué sin ocasión
El homicidio que hice.
Ea, inspiración sagrada,
Que vos me dais á entender
Que por mi industria y mi espada
Ha de volver á caer
La corona derribada.

Entran Arán, Jezabel, Aarón y María.

ARÁN.

Espera, Moisés, verás,
Pues te comunico llano,
Á quien no has visto jamás;
Éste es Aarón, y es tu hermano;
Por hermano le tendrás.
Ha estado ausente de aquí
Y es mayor que tú tres años,
Sino que á criar le dí,
Temeroso de mil daños
Que han sucedido por ti;
Pero ahora le he traído
Porque le tengo afición.

MOISÉS.

Seas, hermano, bien venido;
En efecto, eres Aarón;
Gusto haberte conocido;

Abrázanse.

Y vos, hermana María,
También me habéis de abrazar.

MARÍA.

Sólo por eso venía.

MOISÉS.

María sois: algún mar
Os conocerá algún día.

MARÍA.

Ya me conoce el Bermejo,
En cuyas claras orillas
Me miro como en espejo.

MOISÉS.

En él harán maravillas
Dios, su acuerdo y su consejo;
Pero ¿qué espíritu nuevo
Es el que ahora habla en mí?
¿Dónde el pensamiento llevo?
Misterios, bien sé que os vi,
Pero más silencio os debo.
Vos, hermano, perdonad,
Y toda vuestra jornada
Por extenso me contad.

AARÓN.

Diréla, pero abreviada.

JEZABEL.

Hijo, di con brevedad.

AARÓN.

Salí de Jerusalén,
Pasé á Egipto y entré en Siria
De poco más de diez años;
Diez dije: aun no los tenía.
Crecí, en opinión del mundo,
En costumbres, fama y vida,
Ganando las voluntades
Más ásperas y más tibias;
Cuando tuve veinte años
Volví en mí: dióme codicia
De estudiar, mediante el cielo,
Importantes disciplinas;
En poco tiempo la fama
Hinchó su saca de minas,
De alabanzas de mi nombre
Y no sé si bien debidas;
Llamábanme el elocuente,
Y las más nobles familias
En competencia me daban
Con grandes dotes sus hijas;
Aficionéme entre todas
Á Isabel, hija legítima
Del famoso Aminadab,
Y aficionado escogíla;
Tuve cuatro hijos della
Que representan mi vida,
Nadab, Eliú, Eliazar
Y Tamar, que dejo en Siria;
Y sabiendo que mi padre
En Babilonia vivía,
Con los tres hijos mayores
Vine á hacer esta visita;
Llegué á su casa esta noche,
Donde me ha dado noticias
De tus dichosos sucesos,
Si estar desterrado es dicha.

MOISÉS.

Gusto que en esta ocasión

Vengas, porque gusto es
Que en ausencia de Moisés
Quede con mi padre Aarón.

AARÓN.

¿Cómo ausencia? ¿Dónde vas?

MOISÉS.

Hago un forzoso camino;
Que á nuevas obras me inclino
Que han de acreditarme más.

JEZABEL.

¿Y cómo dejarnos quieres,
Hijo, en tanta soledad?

MOISÉS.

Es de mucha calidad
Mi vïaje.

ARÁN.

Donde fueres
Llevarás mi bendición,
Y tanto Dios te adelante,
Que sólo tu nombre espante
Al soberbio Faraón.

Híncase de rodillas.

Mira que dejas cautivo
Tu pueblo; mira, Moisén,
Que queda Jerusalén
Anegada en llanto esquivo;
No quiero decirte más;
Que, pues por ir desterrado
Tanta grandeza has dejado,
Llamado del cielo vas.

JEZABEL.

¿Es posible que sin ti
He de vivir sólo un día?
Llévame en tu compañía,
¿Quieres, hijo?

MOISÉS.

Madre, sí;
Solo un paso no me muevo,
Querida madre, sin vos.

JEZABEL.

¿Por qué no iremos los dos?

MOISÉS.

En mi corazón os llevo.

JEZABEL.

¿Y cuándo piensas tornar?

MOISÉS.

No sé, madre.

JEZABEL.

¡Ay, suerte triste,
Que apenas me conociste
Y ya me quieres dejar!

MOISÉS.

Ya llevo la bendición
De mi padre: un vuestro abrazo,
Madre, espero.

JEZABEL.

Despedazo
De lástima el corazón.

MOISÉS.

Ea, adiós; Aarón, regala
Á vuestros padres; adiós.

JEZABEL.

A este golpe, santo Dios,
Ningún sufrimiento iguala.

ARÁN.

A Dios ruego, prenda amada,
Que sea con brevedad,
Para nuestra libertad,
La corona derribada.

Vanse, y salen en Madián Séfora, pastora, y Dantiso, pastor.

SÉFORA.

Que no, Dantiso: eso no:
Yo no sé querer, sin duda.

DANTISO.

Naturaleza formó
En ti la hermosura muda
Y no la perficcionó
Nó; porque su perfeción
Es rendir el corazón,
Y tú tan libre le tienes,
Que fundas todos tus bienes
En mi desesperación;
A tu padre Yetro quiero
Pedirte para mujer,
Y alcanzarlo dél espero.

SÉFORA.

¿Ya empiezas á enloquecer?

DANTISO.

Quien ama es loco primero.

SÉFORA.

Primero mi voluntad,
Dantiso amigo, granjea.

DANTISO.

Hallo gran dificultad.

SÉFORA.

Pues no sé yo quién desea
Mujer de esa calidad;
De puro ciego y perdido
Estás, amigo, engañado.

DANTISO.

Sólo en quererte lo he sido.

SÉFORA.

No puede haber buen casado
Sin ser primero querido;
Yo soy de aquesta opinión.

DANTISO.

Y yo por la misma paso
Y culpo tu sinrazón.

SÉFORA.

La mujer casada acaso,
¿Acaso tiene afición?

Entra Yetro, mayoral, padre de Séfora.

DANTISO.

Tu padre viene, cruel,
Y pues tan tirana eres,
Confío en el cielo fiel
Que lo que por mí no hicieres

Lo tienes de hacer por él.
YETRO.
Séfora, es hora ya
De que beba tu ganado;
Que es lo que esperando está.
SÉFORA.
Padre, su vez no ha llegado.
YETRO.
Pues paciencia, llegará.
¿Qué hace Dantiso aquí?
DANTISO.
Procuro servirla en algo
Por lo que te debo á ti.
YETRO.
Por su fiador quedo y salgo.
DANTISO.
Luego cobraré de ti.
YETRO.
Tanta vuestra virtud es,
Que como á hijo os estimo.
DANTISO.
Eso mostrarás después.
SÉFORA.
Regálame como primo.
DANTISO.
Es servirte mi interés.

Entra Moisés como ganadero.

MOISÉS.
Según las nuevas me dan
Los pastores que he topado,
Esta tierra es Madián.
YETRO.
¿Dónde bueno vais, soldado?
MOISÉS.
Donde mis desdichas van.
YETRO.
¿Tenéis algo, por ventura,
En Madián que hacer?
MOISÉS.
¡Oh, divina hermosura,
Oh sol, oh luna, oh mujer,
Fuego hermoso y lumbre pura!
Tanto en sus ojos me elevo;
Que no sé dónde me estoy.
SÉFORA.
¡Qué bello y galán mancebo!
MOISÉS.
¿Preguntáisme dónde voy?
DANTISO.
Ponzoña de celos bebo;
Mucho al forastero mira.
MOISÉS.
Á Madián vengo á ver,
Que por no sé qué mentira
Un rey me quiso prender,
Y vengo huyendo su ira.
Que aunque era mucho el favor
Que en su corte me hacía,
Trocóse en odio el amor,
La amistad en tiranía,
Porque intervino un traidor.
Ya vengo determinado
Á vivir más recogido;
Que, en fin, es más acertado
Vivir seguro perdido,
Que temeroso ganado.
Si recibirme queréis,
En vuestro servicio quedo.
YETRO.
Buena presencia tenéis;
Pero.....
MOISÉS.
Que no tengáis miedo
Que en muchas faltas me halléis.
YETRO.
¿De qué me podéis servir?
MOISÉS.
Cuanto quisierdes sé hacer.
SÉFORA.
Bien le podéis recibir.
DANTISO.
Hombres de buen parecer,
Diamantes suelen rendir.
Ya mi enemiga desea
Que quede; un temor me abrasa,
Sin saber qué cosa sea,
Ésa que dejé en tu casa
Porque te hable y te vea;
Que ya parece le miras
Con demasiada afición.
SÉFORA.
Con tan buen decir me admiras.
DANTISO.
¿Luego no tengo razón?
SÉFORA.
Sueles decir mil mentiras.
DANTISO.
Pero ahora no mentí.
YETRO.
¿Sabréis guardar mi ganado?
MOISÉS.
¿Guardar ganado? Eso sí.
YETRO.
¿Habéislo otra vez guardado?
MOISÉS.
No, pues no me guardé á mí;
Pero á todo sé aplicarme,
Y gustaré de probar,
Siquiera por ensayarme,
Á ver qué habré de guardar,
Ya que no supe guardarme.
SÉFORA.
En viéndole satisfice
Mi alma: sin duda es
Mi suerte por él felice.
YETRO.
¿Y cómo os llamáis?
MOISÉS.
Moisés.
SÉFORA.
¡Con qué donaire lo dice!

MOISÉS.
Moisés me llamo, y deseo
Acertar á daros gusto.
YETRO.
En vuestra traza lo veo.
SÉFORA.
Es galán, aunque robusto,
Y aunque es moreno, no es feo.
MOISÉS.
Aunque no es muy delicada,
Es de buena proporción:
Blanca, rubia y colorada;
Ojos, buenos ojos son,
No me descontenta nada.
¡Ay, Dios! Si ésta fuese honesta,
Como he hallado mujer.....
Ahora bien; amo, ¿qué resta?
YETRO.
Sólo que entréis á comer,
Que espera la mesa puesta.
SÉFORA.
Vamos, Moisés, ¿comeréis?
MOISÉS.
Vamos, hermosa pastora.
SÉFORA.
Séfora me llamaréis.
MOISÉS.
No bastará, mi señora.

Van Séfora y su padre.

DANTISO.
Digo, galán.....
MOISÉS.
¿Qué queréis?
DANTISO.
Paréceme, ó me engañé,
Que Séfora os pareció
No mal.
MOISÉS.
¿Porque la miré?
DANTISO.
Y ella también os miró.
MOISÉS.
¿Mirar, decís? Poco fué.
¿Hay más de qué me advertir?
Porque volveré en comiendo.
DANTISO.
Yo la pretendo servir.
MOISÉS.
Y yo también la pretendo.
DANTISO.
Mataréte.
MOISÉS.
Pues morir.
DANTISO.
Yo pretendo me casar
Con ella.
MOISÉS.
Lo mismo intento.
DANTISO.
¡Qué lindo desesperar!
MOISÉS.
Voyme, pues sabes mi intento.
DANTISO.
Espera.
MOISÉS.
No hay que esperar.
Vase Moisés.
DANTISO.
Abrasado en celos quedo;
Y tiene el hombre buen talle.
Téngole notable miedo;
Que si ella comienza á amalle,
Sin mi pretensión me quedo.
Mas lluevan desconfianzas,
Azares y desconsuelos,
Que el fuego de mis recelos
Quemará sus esperanzas.

Vanse, con que da fin la segunda jornada. Habrá en tremés ó baile forzoso.

JORNADA TERCERA

Sale Moisés, en hábito de labrador, con una vara en la mano.

MOISÉS.
Silvestres arboledas,
Amigas soledades de mi vida,
Donde de ufanas sedas
Jamás se vió profanidad vestida,
Porque sólo se sabe
Cómo silba el pastor y canta el ave.
Aguas murmuradoras,
Que de los altos riscos despeñadas
Entretenéis las horas
Sin sed oídas y sin sed gustadas;
Ya he mudado de estilo,
Que me ha cansado el vocear del Nilo.
Ya me entretengo y canto,
De aquella pompa en que me vi, olvidado,
Y pido al cielo santo
Que me conserve en este humilde estado,
Donde no me malsinan
Hombres que, de envidiosos, desatinan.
Con Séfora, mi esposa,
Y dos hijuelos que me ha dado bellos,
Paso vida gustosa,
De ella querido, entretenido de ellos;
Sin que del Rey me acuerde;
Que gana mucho quien privanzas pierde.

Salen Jersán y Eliezer, niños, hijos de Moisés, con arcos.

JERSÁN.
Entre la libre arboleda
La tímida liebre huyó.

ELIEZER.
Una flecha me costó,
Que atravesada me lleva.
MOISÉS.
Éstos mis hijuelos son,
Que á caza de pajarillos,
Cansándose en perseguillos,
Honran (1) mi recreación.
¡Ah, centellas de Moysén!
Mostradme esas hebras de oro;
Como á vuestra madre adoro,
Creedme que os quiero bien.
¿Qué habéis cazado? decid:
¿Qué os ha dado el arco fuerte?
¿Habéis hecho alguna suerte?
ELIEZER.
Ninguna, sí hallarte á ti.
JERSÁN.
¡Oh! Mi padre no me abraza.
MOISÉS.
En verlos, de juicio salgo.
ELIECER.
¿Tiene que comamos algo?
MOISÉS.
Comamos de vuestra caza;
Sentaos aquí, comeréis;
Que en mi zurrón traigo qué.

Siéntanse y comen (2).

¿Y vuestra madre?
ELIEZER.
No sé.
MOISÉS.
¡Cómo que no lo sabéis!
¿No queda buena?
JERSÁN.
Sí, padre:
Traigo hambre, ya lo veis.
MOISÉS.
De muy buenos hijos es
No saber de vuestra madre.
ELIEZER.
¿Y él? ¿No come, padre?
MOISÉS.
Yo
En comer vosotros como.
JERSÁN.
¡Tome un bocado!
MOISÉS.
Sí tomo.
¿Quién tal gusto mereció?
Estése el rey Faraón
Con su dignidad rëal;
Que este bien con aquel mal
No tiene comparación.
Hijos, enloquezco en veros,
Y gusto de haber perdido
El nombre de hijo fingido
Por teneros verdaderos.
JERSÁN.
Padre, pues que nos convidas,
Danos á beber también.
MOISÉS.
¡Qué presto ha de dar Moysén
Agua de piedras heridas!
Hijos, pues ya habéis comido,
Buscad agua que os sustente;
Que no falta alguna fuente
Que en veros se ha estremecido (1).
Gustaréis del agua bella
Si os costare algún cuidado,
Y diréis que habéis hallado
En mí padre, y madre en ella.
Y volvedme á ver, Jersán,
Y vos, Eliezer, aquí.
ELIEZER.
Vamos.
MOISÉS.
¡Cuándo merecí
El gusto que éstos me dan!
Al pie de aquella alta peña
Hace una balsa en el suelo
Un cristalino arroyuelo
Que del risco se despeña:
Allí, hijos, beberéis;
Torced un poco el camino;
Que á la sombra de este espino
Descansando me hallaréis.

Vanse los niños.

Mas ¡santo Dios, que se arde
La zarza! ¿Qué traza es ésta?
¡Mirad qué sombra me presta
En que del calor me guarde!
Mas, ¿qué alteza se presume
Da este milagro estupendo?
¡Vive Dios, que se está ardiendo
La zarza, y no se consume!
¿Llegaré á ver la grandeza
Mayor que he visto jamás?

Dentro.

VOZ.
Tente, Moisés, ¿dónde vas?
MOISÉS.
Divina naturaleza,
Que tal lo debéis de ser,
Llégome á ver, aunque os tema,
La zarza, que no se quema
Y nunca deja de arder.
VOZ.
Tente: no llegues calzado.
MOISÉS.
¿Qué asombro es éste, Moisés?

(1) De letra de Rojas.
(2) Esta acotación está de letra de Rojas.

(1) Este verso y el anterior de letra de Rojas.

OTRA VOZ.

Descalza presto los pies;
Que es este lugar sagrado.

MOISÉS.

Á vuestro advertir divino
Y vuestro santo consejo,
Los toscos zapatos dejo,
Hechos de junco marino;
Al vuestro gusto me inclino.

VOZ.

Ha llegado á mis orejas
La voz de la gente mía,
Que desde Egipto me envía
Tristes lástimas y quejas;
Y muévenme á compasión
Tanto, que por remediallos
Determino de sacallos
Del poder de Faraón;
Y porque sin fuerza están,
Para mejor proveellos
Quiero que hagas entre ellos
Oficio de capitán.

MOISÉS.

Atemorízame oillo
Si vos no me dais favor;
Pero ¿yo quién soy, Señor,
Para ser yo su caudillo?

VOZ.

No dudes, leal amigo,
Que de ayudarte me encargo:
Acepta el oficio y cargo:
Ve, que yo seré contigo.

MOISÉS.

Y si preguntan quién es,
Señor, el que me envió,
¿Qué tengo de decir yo?

VOZ.

Yo soy el que soy, Moisés.
Si pretendiese algún hombre
Saber la calidad mía,
Le responde: El que es me envía,
Que este es mi perpetuo nombre.
Los ancianos de Israel
Junta y hazles relación
De esta Rëal comisión
Que te he dado en favor de él;
Diles que sacarlos quiero
Del cautiverio en que están.

MOISÉS.

No sé si me creerán,
Pero vos sois verdadero.

VOZ.

Entra á Faraón con ellos,
Y dí que á tu Dios agrada
Que hagáis una jornada,
Y tú por caudillo de ellos;
Y que ha de ser de tres días,
Porque en el monte codicio
Que me hagáis sacrificio.

MOISÉS.

Á un gran negocio me envías;
Pero no me han de creer
Aunque ser libres desean.

VOZ.

Llevarás con que te crean;
Deja esa vara caer.

Deja caer la vara que lleva.

MOISÉS.

No es vara, culebra es.

Vuélvese culebra.

VOZ.

Vuelve á tomarla.

MOISÉS.

Ya es vara;
¿Quién tal cosa imaginara?

Toma la vara.

VOZ.

Lleva esa seña, Moisés.

MOISÉS.

Hoy el caudillo gitano
Quedará de temor lleno.

VOZ.

Mete la mano en el seno.

Métela.

Ahora sácala.

Sácala leprosa.

MOISÉS.

¿Qué mano
Es ésta leprosa y fea?

VOZ.

Vuélvela otra vez al pecho.

MOISÉS.

Leproso, Señor, me has hecho
Para que el pueblo me crea.

VOZ.

Vuélvela ahora á sacar.

MOISÉS.

¡Oh, santo Dios, sana queda!

VOZ.

De esa suerte, ¿habrá quien pueda
De tu comisión dudar?
Si por la seña primera
No te creyeren, Moisés,
Por la segunda.....

MOISÉS.

Está bien:
Bien va de aquesta manera.

VOZ.

Y si á la señal segunda
No dieren crédito, mira
Que ejecutando mi ira
Hagas que Egipto se hunda
Y vean en sangre vuelta
Toda el agua en mar y ríos,
Á ver si castigos míos
Le obligan y el pueblo suelta.

MOISÉS.
Sólo de una cosa dudo.
VOZ.
¿Aun te queda que dudar?
MOISÉS.
¿Cómo he de poder hablar
Al Rey, que soy tartamudo?
VOZ.
Tu hermano, el prudente Aarón,
Quiero que vaya contigo,
Y tú tratarás conmigo,
Y él hablará á Faraón;
Yo le daré aviso de esto
Y al camino te saldrá.
MOISÉS.
Basta, Señor: bien está:
Á la jornada me apresto;
Que pues tú al soberbio humillas,
Ayudarme es cosa clara.
VOZ.
Lleva contigo la vara,
Con que has de hacer maravillas.

Cúbrese la zarza con música.

MOISÉS.
Caudillo del pueblo soy:
Riquísimo de honra quedo:
En favor de Israel voy
Desnudo de humano miedo,
Pues divinas señas doy:
Hoy, alta esperanza mía,
Este suceso os abona:
Pronóstico vi algún día;
Que la arrojada corona
Esto sin duda decía.
Vamos á mi comisión,
Mis pensamientos leales,
Y vuelva el pueblo á Sión,
Que con plagas y señales
Atropello á Faraón:
De mi suegro y de mi esposa
Falta despedirme ahora.

Sale Jersán niño, solo, alborotado.

JERSÁN.
Padre, si tan rigurosa
Lástima no siente y llora,
Ser piedra es cosa forzosa.
MOISÉS.
¿Qué es esto, Jersán, qué ha sido,
Qué es de tu hermano Eliezer?
JERSÁN.
Padre, Eliezer es perdido,
Ya no ha de volver á ver
Más á su hijo querido.
MOISÉS.
¿Qué dices?
JERSÁN.
Bebiendo estaba,
En aquel claro arroyuelo,
Y cuando el agua gustaba
Bajó una nube del cielo
Que claras sus lumbres daba,
Y saliendo un mozo bello
De la nube, le llevó
Sin poder yo defendello.
MOISÉS.
¿Y no viste en qué paró?
JERSÁN.
No, padre: no pude vello.
MOISÉS.
Secretos deben de ser
Con que Dios probarme quiere,
Que es esto inmenso poder;
Si por mis delitos muere,
Muera yo, y viva Eliezer.
Mucho aguáis el regocijo,
Dios de Isaac, Dios de Abraham;
Antes el ser pobre elijo
Si el nombre de capitán
Tiene que costarme un hijo;
Llama á tu madre y abuelo:
Presto, Jersán, no te tardes:
Vengan y sepan mi duelo,
Que aguardo aquí.
JERSÁN.
Como aguardes,
Ellos vendrán, y yo vuelo.

Vase.

MOISÉS.
¿Qué es esto, inmenso Señor?
¿Cómo así os habéis conmigo?
Mas como soy pecador
Queréis hacerme un castigo
Grande, tras un gran favor;
Si por mí habéis castigado
Á mi inocente hijuelo
¿Qué castigo le habeis dado?
Mostrádmele, ángel del cielo,
Aunque sea degollado.

Tocan la música, vese en un monte un ángel con una espada desnuda, y Eliezer de rodillas, y prosigue:

Ya veo á mi hijo vivo,
Aunque desnuda la espada,
Y sujeto al golpe esquivo
Por Su Majestad sagrada;
Que yo este golpe recibo.
¿En qué ha pecado Eliezer,
Que tal castigo le dan,
Si es que la muerte ha de ver?
Yo quiero ser su Abraham,
Porque él mi Isaac pueda ser;
Sólo este favor codicio
Que á vuestro siervo hagáis;
Yo haré por vos sacrificio
Para que el ángel seáis
Que detuvo el sacrificio;
Si sois serafín de amor,
Este renombre os convida
Á mostrar menos rigor,

Y en vez de ángel homicida
Sereis ángel defensor.

ÁNGEL.

Hame movido tu llanto,
Gran caudillo de Israel;
Y si la espada levanto
Viva tu hijo, aunque de él
Dios está ofendido tanto;
Degollarle Dios mandaba
Por no estar circuncidado,
Y ya el cuchillo bajaba;
Mas por tu llanto obligado,
Ya vive á quien ya mataba.
Al punto le circuncida;
Que en habiendo dilación
Vendré á quitarle la vida;
Que es ley la circuncisión,
Y ha de ser cual ley cumplida.
Baja, Eliezer, y á Moisés
Tu padre, alegre recibe,
Pues has negociado bien.
Justo Moisés, por ti vive:
La circuncisión le den.

Cúbrese el ángel y baja Eliezer.

ELIEZER.

¡Oh, padre, qué sobresalto
En el monte he padecido!
Decidme de qué estoy falto:
¿Por qué falta he merecido
Subir á monte tan alto:

MOISÉS.

Séfora, lástimas tuyas
Han sido en esta ocasión:
Tú ofendiste, no me arguyas,
Pues usas de compasión
Con que á tus hijos destruyas,
¡Cuántas veces te pedí
Que á Eliezer circuncidasen!
Pero aunque más voces dí,
No hubo voces que bastasen
¡Oh Séfora! contra ti.
El amor que le tenías,
Á resistirte obligaba,
Pensando que te ofendías
Su sangre si la vertías,
En que tus manos manchaba.
Pues ¡vive Dios! que has de ser
Tú hoy quien le circuncide;
Vierte la sangre, Eliezer;
Que es ley de Dios quien lo pide,
Y lo que es ley se ha de hacer.

Entran Séfora., Yetro y Jersán.

SÉFORA.

¡Que mi hijo es muerto, oh cielo!
Llévenme á verle mis pies.

JERSÁN.

Yo le vi morir, abuelo.

SÉFORA.

¿Qué es de mi hijo ¡oh Moisés!
Espejo en quien me consuelo?

YETRO.

No es éste mi nieto. Di,
Jersán, ¿para qué has mentido?

JERSÁN.

Digo que llevarle vi.

SÉFORA.

¿Eres tú, hijo querido?

ELIEZER.

Madre, vivo estoy aquí.

SÉFORA.

Pues ¿qué me has dicho, ¡oh rapaz!

MOISÉS.

Séfora, la verdad dijo,
Porque el ser vos pertinaz
Tuvo á punto á vuestro hijo
De ser de vida incapaz.
Por no estar circuncidado,
Un ángel le degollaba,
De Dios á hacerlo enviado,
Si su padre no lloraba
Su muerte y vuestro pecado.
Siempre me habéis resistido,
Y vuestro frívolo amor
Tal lástima le ha tenido,
Que doliéndoos su dolor,
Casi su muerte habéis sido.
Vos pecasteis, y los dos
Venimos á padecer;
Lo pagaréis, ¡vive Dios!
Tomad, Séfora, á Eliezer
Y circuncidalde vos.
No hay que replicar: tomad
Y á ese monte le subí.

SÉFORA.

¿Hay más fiereza?

MOISÉS.

Llevalde.

SÉFORA.

¿Yo misma?

MOISÉS.

Vos misma, sí;
Séfora, circuncidalde.

SÉFORA.

No me trates de esa suerte.

ELIEZER.

Hágalo mi abuelo, padre.

MOISÉS.

¡Vive Dios que no he de verte,
Por descuido de tu madre,
En otro trance de muerte!

SÉFORA.

Verdugo quieres que sea
De un hijo.

MOISÉS.

El cielo lo quiso
Y él mismo en esto os emplea:
Vierta un hijo incircunciso
Sangre que su madre vea.

SÉFORA.

Llevaréle, aunque á pesar
De mi mismo sentimiento.

YETRO.

Vámosle á circuncidar.

SÉFORA.

¡Oh, cómo siento el tormento,
Hijo, que habéis de pasar!

MOISÉS.

Tomad, veis aquí un puñal
Con que le circuncidéis.

SÉFORA.

¿Eres hombre racional?

MOISÉS.

Séfora, ¿no obedecéis?

SÉFORA.

Voy, mi bien, á haceros mal.

MOISÉS.

Vos, pues otro no se halla,
Sed padrino de Eliezer.

YETRO.

Yetro te obedece y calla.

MOISÉS.

Ésta será menester.
Llevad, hijo, esta toalla:
Á cada uno os he dado
Su oficio: ejecutad luego.

SÉFORA.

Haráse cuanto has mandado.

MOISÉS.

Incircunciso le entrego:
Dádmele circuncidado.

YETRO.

Dame ese puñal y espera:
Yo seré cruel por ti.

SÉFORA.

No ha de ser de esa manera;
Moisés me lo manda á mí,
Yo lo he de hacer aunque muera.
Moisés, mi esposo querido,
Que mi sentimiento tierno
Dé en mi alma un estampido;
Piérdase el amor materno
Y obedézcase al marido.

JERSÁN.

Madre, á mi hermano consuele:
Mire que va sin solaz;
Dígale que no recele,
Que yo también, más rapaz,
Me circuncidé, y no duele.

Tocan flautas. Vanse, llevando Yetro á Eliezer de la mano; Séfora el puñal desnudo, Jersán la toalla.

MOISÉS.

De esta manera, Señor,
Mi obligación ejecuto,
Y excuso vuestro rigor;
Que se os debe este tributo
Como á tal legislador.
La ceremonia acabada,
Para librar á Israel
Encomienzo mi jornada,
Que como ministro fiel,
Sólo serviros me agrada.
Venido mi hermano Aarón,
Mi camino se endereza
Al pueblo de Faraón;
Que amoneste mi rudeza
Su famosa erudición.

Entra Aarón solo.

AARÓN.

¿Con qué ocasión, Señor, me habéis traído
Á este desierto que conozco apenas?
En Babilonia estaba entretenido
Oyendo quejas y llorando penas.
¡Qué mudanza tan breve aquésta ha sido
Que, según dicen, piso las arenas
De Madián la fértil y abundosa,
Un tiempo amable á Dios y ahora odiosa!

MOISÉS.

¡Cómo se ve que interviene
Dios en librar á Sión!
Vengas, elocuente Aarón,
En paz, pues en ti Dios viene.
Tu hermano soy, no te alteres
De verme como me ves.

AARÓN.

¿Eres Moisés?

MOISÉS.

Soy Moisés.

AARÓN.

Si tú me traes, ¿qué me quieres?
Desde Babilonia aquí
Casi á vuelo he caminado.

MOISÉS.

Y dime, Aarón, ¿en qué estado
Queda el pueblo?

AARÓN.

Escucha.

MOISÉS.

Di.

AARÓN.

De la cruel Babilonia,
Adonde ladrillos hacen
Los israelitas cautivos,
Oye, Moisés, las crueldades.
Oirás de los viejos tristes
Mil lástimas, que en los aires,
Pidiendo al cielo venganza,
Causan lástima á las aves.
Verás llenos de suspiros
Los bárbaros homenajes
Que de tantos pechos fieles
Atropellándose salen.
Verás abundosos ríos
De lágrimas de cobardes,
Que por no morir con honra
Riegan las gitanas calles.
La nobleza de Israel

Infames ladrillos hace,
Con que levantan los muros
Donde se despeña y cae.
La clausura en las doncellas
No la busques ni la aguardes;
Que por servir á sus dueños
Lavan paños y agua traen.
Aquellos héroes famosos
De rëal estirpe y sangre,
En Babilonia edifican
Sus pirámides de jaspe.
De sed revientan los hijos,
Los padres mueren de hambre,
Mezclándose, tristemente,
Voces de hijos y padres.
No hay en Israel matrona
Que borde, matice ó labre,
Porque infames las emplean
En edificios infames.
Si por tus padres preguntas,
Ya murieron nuestros padres
Con la mayor sinrazón
Que pudiera imaginarse;
Que mandó el Rey enemigo,
Porque al gitano mataste,
Que los afligidos viejos
Tu culpa, sin culpa, paguen.
Mil lástimas te dijera,
Pero por no lastimarte,
Á otra ocasión las remito;
Quiera Dios que antes acaben.

MOISÉS.

¡Oh, bárbara Babilonia,
En cuyos sepulcros yacen
Los más famosos varones
Que hace el mundo memorables!
Hoy me parto; allá me espera;
Tus puertas bárbaras abre;
Que pienso sacar por ellas
Mis israelitas triunfantes.
Desbarataré tus muros,
Tus molduras y filabres,
Y las aguas de tus ríos
Haré convertir en sangre.
Comisión llevo del Cielo,
Aarón; caudillo me hace
Dios de su pueblo querido,
Para que libre le saque;
Y para que tú me ayudes
Con tu elegancia, te trae;
Que de mí quiere bravezas,
Y de ti sólo que hables.
Esta prodigiosa vara
Llevo para hacer señales;
Que para espantar mil reinos
Las menores de ellas baste.
Vamos, Aarón elocuente;
Venguemos á nuestros padres;
Que hoy verás salir de Egipto
Los que en él adobes hacen.

AARÓN.

Lleno estoy de admiración;
Cuanto me has dicho me asombra.

MOISÉS.

¿De qué te espantas, Aarón?
¡Vive Dios, que Dios me nombra
Por rayo de Faraón!
No tienes de qué dudar,
Porque yo llevo poder
De hacer la tierra temblar;
Llévole de obscurecer,
Y llévole de alumbrar.
Verás, Babilonia airada,
Cuánto extiendo mi poder;
Que á puros golpes de espada
Ha de volver á caer
La corona derribada.
No me pienso detener;
Que el caso brevedad pide.

AARÓN.

Pues vamos. ¿Qué hay que hacer?

MOISÉS.

Cuando un hijo circuncide,
Séfora, que es mi mujer.

Tocan música.
Sale Jersán con toalla, y Eliezer con una tunicela blanca, Séfora con el puñal, y Yetro.

SÉFORA.

Ya por mi mano airada
Queda la sangre de Eliezer vertida;
Vesme aquí ensangrentada
Con el golpe cruel que dí en mi vida,
Á quien te restituyo
Circuncidado, como hijo tuyo.
Fuiste esposo de sangre
Para mí, pues con ella me ensangrientas,
¿Quieres que me desangre
Á mí misma, Moisés? Si te contentas
Con ver sangre vertida,
Tu voluntad se cumplirá en mi vida.

MOISÉS.

Ahora, hijo querido,
Os conozco por tal: dadme los brazos;
Que nunca os habré dado
Abrazos tan del alma.

ELIEZER.

Tus abrazos
Procuraré, si de ellos me despides,
Aunque segunda vez me circuncides.

MOISÉS.

Mi esposa, Aarón, es ésta,
Éstos mis hijos, y este viejo anciano
Es quien honor me presta;
Padre, dadle los brazos, que es mi hermano.

YETRO.

Seáis muy bien venido.

AARÓN.

Mucho huelgo de haberos conocido.
Y habéis de perdonar,
Que sin saber que os le hacía

He de haceros un pesar:
Moisés va en mi compañía,
Porque le vengo á llamar.

MOISÉS.

Hacemos una jornada
Hasta Egipto, de importancia.

SÉFORA.

¿No estoy bien atormentada?

MOISÉS.

Voy á hacer una ganancia
Mucho de mí deseada;
Dadme los brazos y adiós.

YETRO.

Hijo, qué, ¿os vais en efeto?

MOISÉS.

Y siento el irme por vos.

SÉFORA.

¿No más de por su respeto?

MOISÉS.

¡Oh, mal dije! Por los dos.

SÉFORA.

Y qué, ¿te vas sin decirme
Cuándo la vuelta has de dar?

MOISÉS.

Séfora, diréło al irme.

SÉFORA.

Bien sabes atormentar.

MOISÉS.

Y tú bien sabes ser firme;
Vamos, hermano.

SÉFORA.

Venid,
Hijos, pues que vuestro padre
Quiere dejaros ansí.

ELIEZER.

Llorando deja á mi madre;
Padre, ¿vendrá presto?

MOISÉS.

Sí.

Vanse. Sale Leví solo, preso.

LEVÍ.

Si no hay honra en tantos nobles,
Dobla, cruel Faraón,
La cruel persecución,
Si es posible que la dobles.
Como que no hay un caudillo
Que contra ti se levante,
No hay cosa que así me espante,
Avergüénzome en oillo.
¿Por qué me dejas morir
De hambre, cruel gitano?
Pero en poder de un tirano,
¿Para qué quiero vivir?
Tres días debe de hacer
Que en esta prisión estoy,
Y otros tantos ha con hoy
Que no me dan de comer.
Que el Rey, porque su corona
Esté con seguridad,
No hay hebreo en la ciudad
Robusto á quien no aprisiona.
Muriendo estoy: ya no puedo
Sufrir tan fiero rigor.

Entra Roselía, mujer de Leví.

ROSELIA.

Donde hay verdadero amor,
¿Cómo puede caber miedo?
Entraré, á pesar del Rey,
Á ver á mi esposo amado.

LEVÍ.

¡Ay, Roselia, que has entrado
Á verme contra una ley!
¿No sabes que el Rey ordena
Que no me visites?

ROSELIA.

Sí;
Pero vivir yo sin ti
Es para mí mayor pena.
Cuando me mande matar
El Rey porque te visito,
Morir por ese delito
Es acabarme de honrar.

LEVÍ.

Tendré más que agradecerte.

ROSELIA.

Poco la honra procura
Mujer que no se aventura
Por su marido á la muerte.

LEVÍ.

Roselia, de hambre muero:
Grandes tormentos me dan:
Por un pedazo de pan
Diera cuanto bien espero.

ROSELIA.

Pues no morirás, amigo;
Que yo traigo pan aquí.

LEVÍ.

¿Y para quién?

ROSELIA.

Para ti.

LEVÍ.

Mi vida viene contigo.

ROSELIA.

Á una mujer lo hurté
Que para sí lo tenía.

LEVÍ.

¡Oh, dulce esperanza mía!
¿Cuándo tal bien pagaré?

ROSELIA.

Y no quiero que recibas
De mi hurto descontento,
Pues en hurtar no te afrento!
Que hurto para que vivas.
Toma.

LEVÍ.

¡Tanto bien me dan!
¡Oh vivo honor de mujeres!
Desde hoy te llamarán,

No Roselia, sino Ceres,
Pues eres la que da el pan.
Fuiste de mis alegrías
El fundamental cimiento,
Pero ya, pues ya me crías
Dándome en pan mi sustento,
Serás el cuervo de Elías.
He sentido abrir la puerta:
No sé en qué se ha de parar.

ROSELIA.

Entre el Rey, entre y advierta
Que soy tan sola en amar,
Que aun he de seguirte muerta.

Entran el Rey y Datán.

FARAÓN.

Quien quebranta la prisión,
Pase por la misma pena.

ROSELIA.

Preso está mi corazón,
Que no hay más fuerte cadena,
Rey, que la de mi afición.
Pero presa quedaré,
Pues fuí quien contra tu ley
Las prisiones quebranté,
Que tú, en efeto, eres Rey,
Y yo esclava de mi fe.

FARAÓN.

Poned esta loca hebrea
Donde padecer mis males
Su mismo esposo la vea.

ROSELIA.

Haznos en penas iguales;
Que harto pena quien desea.

FARAÓN.

Entre esas redes esté
Y de sed y hambre muera.

LEVÍ.

Yo por ella moriré.

FARAÓN.

Llevalda.

Llévasela Datán.

LEVÍ.

Datán, espera.
¡Todo mi bien se me fué!
¿Qué es esto, infiel Avirón?
Qué razón hay que permita
Que prendan mi corazón
Y sea un hombre israelita
Ministro de la prisión?
¿De qué manera volvéis
Por vuestra sangre, insolentes?
Poca lealtad tenéis,
Pues vuestros mismos parientes
Por un vil privar vendéis.

FARAÓN.

De muy poco os espantáis,
Pues no ha de parar mi ira
Hasta que todos muráis.

Entra Abiud, viejo cautivo.

ABIUD.

Los gritos del pueblo mira.

FARAÓN.

¡Perros, en vano los dais!
Que hoy por la raíz arranco
La vil cepa de Israel.

ABIUD.

Si este mi cabello blanco
Te mueve como tan fiel,
Procede como tan franco.
¿Por qué nos mandas matar
De hambre, no trabajamos?
¿No nos has de sustentar?

FARAÓN.

De propósito os matamos;
No hay más: morir y callar.

Entra Zabulón, viejo cautivo, y Datán.

ZABULÓN.

Rey, pues siempre el pueblo hebreo
Te sirvió, ¡mira que muere!

FARAÓN.

¡Viejos vanos, ya lo veo.
Mi gusto acabaros quiere!

Vase Datán.

ABIUD.

Por no te ver lo deseo;
Pero si tanto rigor
Usas y así te embraveces,
Á ese nuestro vencedor,
¿Para qué le favoreces?
Dirás que porque es traidor:
¡Muera con nosotros, muera,
Pues es de nuestra nación!

FARAÓN.

No ha de ser de esa manera.

ZABULÓN.

¡Mueras, ingrato Avirón,
Por aquel que más te quiera!

Sale Datán.

DATÁN.

En fuertes prisiones queda,
Rey, la esposa de Leví.

LEVÍ.

Lo mismo, infiel, te suceda,
Y sucediéndote así,
Nadie remediarte pueda.
Quiera Dios, verdugo infame
De la sangre de Israel,
Que un tigre te la derrame,
Y habiendo nacido de él,
Nadie su hijo te llame.

Dicen dentro: ¡Libertad, libertad!

Entra un capitán gitano.

CAPITÁN.

¿Qué haces con tanta flema,
Rey, que no hay hebreo ya
Que tus justas leyes tema?
Junto todo el pueblo está
Por fuego, y á todos quema.
Que viéndose maltratados
Esos traidores hebreos,
Vienen, bien ó mal armados,
Brotando vanos deseos,
Hasta aquí en miedo enterrados.
Fáciles son de vencer,
Aunque en gran número están;
Toque Egipto á acometer;
Que no tienen capitán
Ni nadie lo quiere ser.
Aunque es tanta tu grandeza,
Pienso que hubiera allegado
Á lo sumo su braveza,
Si aquel pueblo, alborotado,
No estuviera sin cabeza.
No aguardes á que se elija;
Que son hombres de opinión.

FARAÓN.

Falta un traidor que los rija.

DATÁN.

¿Cómo, si todos lo son?

FARAÓN.

No hay poder que los corrija;
Pero llevarlos por bien
Es mayor sagacidad.

DATÁN.

¡Que en tal propósito estén!

Dentro:

Israelitas: ¡libertad, libertad!
Y ¡viva Jerusalén!

FARAÓN.

Vosotros, viejos infames,
Habéis de pagar por ellos.

ABIUD.

Primero que tal me llames,
Sufriré que en mis cabellos
Blancos mi sangre derrames.

DATÁN.

Trátalos bien, y verás
Cómo sujetos los tienes.

FARAÓN.

Sosegaldos, no haya más;
Yo les franqueo sus bienes.

ABIUD.

¿Haráslo así?

FARAÓN.

Verlo has;
Y más: haré que el gitano
Que ofendiere algún hebreo
Le mataré por mi mano.

ABIUD.

Por decirlo un Rey, lo creo;
Pues yo voy y los allano.

FARAÓN.

Libres á todos os dejo;
Sosegad al pueblo infiel.

ZABULÓN.

Para morir me aparejo.

ABIUD.

Ea, hijos de Israel:
La libertad aconsejo.

Éntranse los viejos. Dicen dentro: ¡Libertad, libertad!

LEVÍ.

Pues presa á mi esposa tienes,
Mandámela, Rey, soltar,
Pues á honrarnos te previenes.

FARAÓN.

Ésa no te puedo dar,
Que la dejo por rehenes.

LEVÍ.

Mándala quitar los hierros.

FARAÓN.

Cuando tanto la regale
Verás llanos esos cerros.

DATÁN.

¡Ha de la guardia; el Rey sale:
Haced plaza entre esos perros!

Dicen dentro: ¡Plaza, plaza!, y vanse el Rey y los demás y queda Leví.

LEVÍ.

No tiene talle este aleve
De dejar de ser quien es;
Ea, hebreos, Dios os mueve;
Haced por vuestro interés
Cada uno lo que debe.
Y si por faltar cabeza
Que os gobierne enflaquecéis,
Vaya aparte la flaqueza;
Que algún valiente hallaréis
Adonde hay tanta nobleza.
Yo estoy en esta prisión;
Que bien sabe el Rey cruel
Que es fuerte mi corazón;
Libres sois: ¡viva Israel,
Y muera el rey Faraón!

Vase Leví, y salen Aarón y Moisés.

MOISÉS.

Segunda vez, Babilonia,
Vuelvo á visitar tus calles;
Segunda vez de tus muros
He visto los homenajes;
Pero vengo con intento
No de verte ni de honrarte,
Sino de vengar injurias
Que injustamente te hacen.

Comisión traigo del cielo,
Y Aarón mi hermano la trae,
Para hacer en Egipto
Mil prodigios y señales.
Ya me acuerdo cuando un tiempo
Entré en un carro triunfante
Por la famosa victoria
Que en Sabá alcanzó mi alfanje.
Y ahora vengo, cual debo,
Á honrar los de mi linaje,
Que en infame servidumbre
Entre mil prisiones yacen.
Hijos de Israel, dejad
Á esos gitanos infames;
Vuestro caudillo Moisés
Os llama: salid y habladle.

AARÓN.

Á los viejos israelitas
Mandé avisar que te aguarden
En este puesto, y se tardan.

MOISÉS.

No tardan, pues que ya salen.

Salen Abiud y Zabulón, viejos cautivos.

ABIUD.

¡Oh valeroso israelita!
Si para que te señales
En nuestra defensa vienes,
Israel toda te alabe.
¿Qué comisión es la tuya?
Ya... (1).
Que aunque te faltan las canas,
Es bien que entre canas mandes.

ZABULÓN.

Aquí nos maltrata el Rey
Con castigos miserables:
Si puedes sacarnos libres,
Ya esperamos que nos saques.

ABIUD.

Muestra, famoso Moisés,
En nuestro favor tus partes;
Que de tanta gentileza
Cualquier bien puede esperarse.

MOISÉS.

Mi comisión, nobles viejos,
Es que os libre desta cárcel,
Adonde el rey Faraón
Tantos agravios os hace:
Testigo es aquesta vara,

(1) Cortado por el encuadernador.

Y el secreto que en sí trae,
De la comisión que traigo,
Pues se ardía sin quemarse.
Vengo por vuestro caudillo
Con privilegios bastantes
Para que deshaga Egipto
Si Egipto me lo estorbare;
¿Queréisme por capitán?

AARÓN.

¿Quien más que mi hermano vale?
Amigos, ¡viva Moisés
Para vuestras libertades!

ABIUD.

¡Viva Moisés, israelitas!
Hacedle el digno homenaje
Que antiguamente Israel
Ha hecho á sus capitanes.
..... (1) os pies vencedores.

MOISÉS.

Nadie vencedor me llame
Hasta que del mar Bermejo
Sanos y libres os saque.
Y saldréis de Babilonia,
Á do vivís miserables,
Que de Madián, la fértil;
Dios á este efeto me trae.

Éntrense todos apellidando libertad. Dase la batalla dentro con muy gran ruido de cajas y armas, lo mejor que ser pudiere, y luego salgan todos los más cautivos que pudieren, hombres y mujeres y los viejos, y dice Zabulón:

ZABULÓN.

¡Viva el famoso Moisén,
Por quien todos deseamos
La nueva Jerusalén!

ABIUD.

¡Él viva y todos vivamos!

AARÓN.

Gracias al cielo se den.

ABIUD.

¡Viva, gran Moisés, tu espada
Para nuestra redención!

AARÓN.

Con esto queda acabada
La milagrosa elección
Y corona derribada.

FINIS CORONAT OPUS.

(1) Cortado por el encuadernador.

DAVID PERSEGUIDO Y MONTES DE GELBOÉ

COMEDIA FAMOSA

DAVID PERSEGUIDO

Y

MONTES DE GELBOÉ

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

David.	Saúl, Rey.	Merob.	Zaquéo.
Jonatás.	Navál Carmelo.	Abisaí.	Vejete.
Abnér.	Abigail.	Cefora.	Músicos.

JORNADA PRIMERA

Salen Zaqueo y el Vejete, cada uno por su parte. Tocan dentro música, y clarines á la otra parte.

VEJETE.

¡Ah, gentil hombre!

ZAQUEO.

Eso es,
Llamarme gentil á mí,
Y yo judío nací
De la cabeza á los pies.

VEJETE.

¿Y de qué tribu es, amigo,
Si admite conversación?

ZAQUEO.

Mi tribu es tribulación
En riñendo alguien conmigo.

VEJETE.

Pues díganos sin reñir.

ZAQUEO.

Cosa es que me está muy bien.

VEJETE.

¿Quién causa en Jerusalén
Las fiestas que llego á oir?

ZAQUEO.

Sin duda eres peregrino,
Pues la causa me preguntas
De haber tantas fiestas juntas.

VEJETE.

Vengo ahora de camino.

ZAQUEO.

Y vendrás muy bien cansado.

VEJETE.

Y vengo muy bien curioso.

ZAQUEO.

El vejezuelo es gracioso:
Déjasme muy obligado
Á darte una relación,
Pues mereces preguntar;
Aunque esto del informar
Nunca es bueno de ramplón;
Es David, por gran ventura,
Quien causa estas alegrías.

VEJETE.

¿No es el que mató á Golías?

ZAQUEO.

Oigan, que sabe escritura:
Viene ahora vencedor
De idólatras filisteos,
Y así todos los hebreos,
Y yo con ser el peor,
Que le hemos hecho, verás,

Mil honras por esta hazaña;
El rey Saúl le acompaña,
Y el príncipe Jonatás
Con su corte, y las más bellas
Damas de Jerusalén,
Pues le acompañan también
Más de ochenta mil doncellas.

VEJETE.

¡Muchas son!

ZAQUEO.

Pues no te asombres,
Aunque admirarte podías,
Porque como son judías,
Tiénenles miedo á los hombres.
Ya á Palacio hemos llegado,
Y verás la fiesta bien.

Música.

VEJETE.

Pues vine á Jerusalén
En día tan celebrado,
Que no me vuelva es razón
Á nuestro Monte Carmelo,
Sin ver al que guarda el cielo
Para gloria de Sión.

Salen Meroe, hija del Rey, Jonatás, el rey Saúl de barba, David y las mujeres echando flores y cantando la música.

Música.

Si Saúl triunfó de mil,
De diez mil triunfó David:
Del tribu escogido
De Judá salió
David, que libró
Al pueblo afligido;
Pues ha merecido
Sagrado laurel,
Cántele Israel
La gala á David:
Si Saúl triunfó de mil,
David mató á diez mil.

SAÚL.

La aclamación popular,
En sus alabanzas ciega,
Á tan grande extremo llega,
Que aun yo la vengo á envidiar.
¿Victorias pudo alcanzar (Aparte.)
De los que yo no vencí?
El pueblo lo canta así;
Y aunque en mi servicio ha sido,
La envidia de que ha vencido
Es la que me vence á mí.

DAVID.

No es esta victoria mía,
Señor: el alma lo entiende;
No es la espada la que ofende,
Sino el brazo que la guía:
El vuestro es el que vencía;
De vos procedió mi aliento;
Porque el idólatra atento,
Acabe de conocer,
Que Dios le pudo vencer
Con tan humilde instrumento.

JONATÁS.

¿David?

DAVID.

Jonatás, señor,
Príncipe á quien dan los cielos
Las dichas que has merecido;
Por hechura me confieso
Del Rey mi señor, que viva,
Aunque eres tú su heredero,
Tan larga edad, que Israel
Te dé la corona y cetro
De más edad que tu padre;
Porque él gobierne su pueblo,
Contando en los años siglos
Coronado de trofeos.

JONATÁS.

Alcánceme á mí la muerte
Primero que deje el reino
Mi padre; y tú, más famoso
Que cuantos caudillos dieron
Triunfos al pueblo de Dios,
Dilate á par de los tiempos
Tu dichosa edad, y veas,
Por bien de los siglos nuestros,
Que tu nombre se eterniza,
No en bronces, que se mintieron
Firmes en la última línea
De los humanos sucesos;
No en mármoles, que caducan
Con los resabios de térreos
En la rebelde tarea
De los días: en los cielos
Mire el sol tu nombre escrito,
Siendo caracteres bellos
Esas imágenes puras
Que diamantes compusieron;
Porque lo eterno y luciente
Sirva á su fama de espejo.
Ya sabes que soy tu amigo,
David, y siempre he de serlo
Con fe inviolable, hasta que
Se cubra en mortales velos
La vida.

SAÚL.

Si no lo estorban (Aparte.)
Las venganzas que prevengo;
Que si David no me ofende;
De sus victorias me ofendo,
Que mezcladas con la envidia,
Las juzga el alma venenos.

DAVID.

Si faltare á la lealtad,
Que al Rey mi señor le debo,
Si al amor con que me estimas
Negare humildes respetos,
Permita el Dios de Abraham,
Que de los bárbaros hierros

De los mismos que he vencido
Muera atravesado el pecho,
Y el campo en mi sangre tinto
Me dé infeliz monumento.

SAÚL.

Lo que mereces conozco,
Y lo mucho que te debo.

JONATÁS.

Pues, señor, dale á Merob
Mi hermana, pues la ofrecieron
Tus promesas cuando estaba
Tu corona en tanto riesgo,
Y por David se confiesa
Libre de opresión tu Imperio.

MEROB.

No seré yo tan feliz,
Que le merezca por dueño. (Aparte.)

SAÚL.

Yo la prometí, es verdad;
Mas, Jonatás, aun no es tiempo.

JONATÁS.

Si es que por ser la mayor
Te excusas, humildes ruegos
Puedan contigo: Micol,
Mi segunda hermana, es premio
De los triunfos de David.

SAÚL.

Yo cumpliré sus deseos:
Y ahora, Príncipe, basta
Ver las honras que le he hecho.
Ya es capitán de mi guardia;
Ya, como ves, le prefiero
Á los Príncipes mayores
De mi corte, pues yo mesmo,
Para que el pueblo le aclame
Con festivos instrumentos,
Le he salido á recibir.

DAVID.

Gran señor, tus plantas beso
Por las honras que recibo.

ZAQUEO.

Si faltan las de Zaqueo,
Las del pueblo importa un higo.
Ya sabes que me entretengo
Sirviendo al Rey en Palacio,
Siendo mis chistes honestos,
Porque la descompostura,
Ni es donaire, ni es ingenio.

Clarín. Sale Abisaí.

ABISAÍ.

Tu Capitán general
Abner, Príncipe supremo
De la Milicia, ha venido.

SAÚL.

Llegue; que verle deseo.

VEJETE.

Pues hemos visto la fiesta,
No es bien que perdamos tiempo,
Ya que mi ama Abigail
Se ha detenido, creyendo
Llegar temprano.

Vase, y sale Abner.

ABNER.

Señor,
Pues las honras que le has hecho
Á David, sus glorias cantan,
Sólo te diré, que habiendo
Marchado en socorro suyo
Con los caballos ligeros,
Llegué á las frescas orillas
Del Jordán, cuyos revueltos
Cristales habían trocado
En púrpura sus espejos;
Y entre la manchada hierba
De su margen, tantos cuerpos,
Que á ser todo sangre el río,
Aun fuera el número menos.
Mas como en ellos se vían
Heridas de tantos hierros,
Eran de su misma sangre
Vivas esponjas los muertos.
El socorro que llevaba,
Vino á ser socorro nuestro,
Pues dejó á mi gente rica
Con lo que olvidaban ellos.
Sólo David, sólo él pudo
Meter en batalla el riesgo,
Y de ella sacó en despojos
La gloria del vencimiento;
Que no ha habido capitán
De cuanto caudillo hebreo
Triunfó en el pueblo de Dios,
Aunque es la envidia su opuesto,
Que igualar pueda á David,
Asombro del Filisteo,
Rayo del Amalecita,
Como idólatra soberbio;
Firme blasón de tus armas,
Claro esplendor de tu Imperio,
Fama inmortal de tu nombre,
Pues deja tu nombre impreso
En láminas de los siglos
Hasta que se pare el tiempo.

SAÚL.

De todo es merecedor;
Hasta Abner le aclama: ¡ah, cielos!
Ya es más dueño de Israel (Aparte.)
Que yo, pues que yo le temo.
David, entra á descansar,
Pues por honrarte, prevengo
Aposento en mi Palacio.

DAVID.

Te iré primero sirviendo
Hasta dejarte en tu cuarto.

SAÚL.

Este es mi gusto.

DAVID.

Más precio
La obediencia, que alcanzar

De un Rey los mayores premios.

JONATÁS.

¡Qué valeroso!

ABNER.

¡Qué humilde!
En él juntaron los cielos,
Para ser amable al mundo,
Lo bizarro y lo modesto.

DAVID.

Entra, Abisaí.

ABISAÍ.

Señor,
Como mandas te obedezco.

MEROB.

Guarden los cielos su vida
Al paso de mis deseos.

ZAQUEO.

Yo le quiero acompañar,
Que me dará por lo menos,
Pues ya que no le aprovecha,
La honda del Filisteo.

Cantan.
Vanse Merob y las mujeres por una parte, David, Abisaí y Zaqueo por otra, haciendo reverencia al Rey, y quedan el Rey, Jonatás y Abner.

SAÚL.

¡Qué monstruo cría Israel (Aparte.)
Para infame vituperio
De la corona que ciño!
Ya está reventando el fuego,
Pues desde el pecho á los labios
Soy todo un mortal incendio.
¿Jonatás?

JONATÁS.

Señor, ¿qué mandas?

ABNER.

Si me das licencia, quiero.....

SAÚL.

Espera, porque has de ser,
Con valor y con secreto,
Obediente ejecutor
De mi justo mandamiento.
Príncipe, la obligación
De ser tu padre, te quiero
Presentar para testigo
De tu amor.

JONATÁS.

Y que te debo
Lo que soy.

SAÚL.

¿Qué harás por mí?

JONATÁS.

Perder la vida es lo menos.

SAÚL.

¿Y desearás que tu padre
Se libre del grave peso
De un cuidado?

JONATÁS.

Todo es poco
Cuanto descubren los cielos
Para que vivas con gusto,
Si está en mi mano el tenerlo.

SAÚL.

Pues yo, Jonatás, de todo
Humano gusto carezco.

ABNER.

¡Hay suspensión semejante!
Alguna desdicha temo.

SAÚL.

Aquel profeta de Dios,
Samuel, me dijo severo:
«Si Dios te mandó por mí
Que al rey de Amalec, soberbio,
Con su reino destruyeras,
Sin dejarle en todo el reino
Piedra que cubrir pudiese
Los más humildes cimientos,
¿Cómo al Rey dejaste vivo?
¿Cómo con tan vil provecho
Reservaste sus ganados?
Pues porque fuiste á los cielos
Inobediente, te digo
Que Dios le dará á su pueblo
Un Rey, y varón tan justo,
Que venga á ser, en sus hechos,
Muy conforme al corazón
De Dios.» Turbado y resuelto,
Detener quise al profeta,
Si bien con poco respeto,
Pues al cogerle del manto
Le rompí por detenerlo,
Quedándoseme un pedazo
En las manos; aun hoy tiemblo
De lo que el profeta dijo,
Dejando al aire suspenso:
«Como tú me has dividido
El manto, quiere el eterno
Dios de Abraham dividir,
Ingrato Saúl, tu reino.»

ABNER.

Y desde entonces el Rey
Siente el espíritu fiero (Aparte.)
Que le atormenta, y David
Le restituye el sosiego,
Cuando en sus melancolías
Toca el músico instrumento.
Aquí hay misterios profundos,
Mas son altos los misterios,
Que no puede penetrarlos
El querubín más atento.

SAÚL.

Pues tú no has de ser el Rey,
Aunque eres tú mi heredero,
Jonatás, que el varón justo
Que dice el profeta, temo
Que es David; ¿pues tú tendrás
Tan cobarde sufrimiento,
Siendo la corona tuya,
Que un pastor (estoy ajeno
De todo discurso), un hombre
Que si vive es por mi aliento,

Si vive honrado es por mí,
Y por mí le aclama el pueblo,
¿Permitirás que sea Rey,
Sin que te cueste primero
La vida, y también la mía?
Porque en tus ojos me alegro,
En tu vista me regalo,
Y en tu salud me deleito.

Abrázanse.

JONATÁS.

¿Pues qué puedo hacer, señor?
Ya su voz estoy temiendo.

SAÚL.

Darle la muerte á David.

ABNER.

¡Hubo más feroz intento!

JONATÁS.

¡Cielos, es esto posible!
¿Cómo yo escucharle puedo
Sin morir de pena?

SAÚL.

Hijo,
¿Mi voz te deja suspenso?
¿Obedecerme no es
En ti doblado el precepto
Por tu padre y por tu Rey?

JONATÁS.

Y si es cruel mandamiento,
¿No será piedad también
Templar su injusto deseo?
No ultrajes la Majestad
Con tiranías; si el Cielo
Quiere que reine David,
El poder humano es sueño,
Es polvo, es ceniza fría
Para estorbar sus decretos.

ABNER.

Si á un hombre que caminase
Por un áspero desierto,
Y en la juventud del sol
Se le turbasen los cielos,
Muertas sus cambiantes luces
Entre pabellones negros,
Tocando al arma el asombro,
Siendo las cajas los truenos,
Formando rasgadas nubes
Campal batalla en el viento,
Y viese entre ardientes globos
Los abrasados efectos
De los coronados montes
Caducamente soberbios,
En cada peñasco un rayo,
En cada tronco un incendio,
Y en el desierto que pisa
Tan sin humano remedio
Hallase un cedro oloroso,
Que invencible á tanto fuego
Supliese lo seguro
Del laurel, en cuyo ameno
Sitio á la sombra dichosa
Se librase á tanto riesgo,
¿Fuera bien que el hospedaje,
Dándole la vida el cedro,
Que se lo pagara ingrato,
Después de sereno el cielo,
Cortándole tronco y ramas
Con tan lastimoso ejemplo?

SAÚL.

¡Vive el cielo, que mereces
Mortal castigo, por necio,
Pues lo inobediente encubres
Con máscara de consejo!

ABNER.

¡Gran señor!

JONATÁS.

Con su lealtad
Disculpa su atrevimiento.

SAÚL.

Pues ya los dos os mostráis
Á mi gusto tan opuestos,
Lícito será que un Rey,
Sin que padezca defecto
Su autoridad, mate él mismo
Á un enemigo encubierto.
Quedaos; que mi justo enojo
Llega ya hasta aborreceros.

Vase.

ABNER.

Príncipe.

JONATÁS.

Acompaña al Rey.....

ABNER.

Si mandó.....

JONATÁS.

Pierde el recelo;
Que la lealtad es más noble
Para vencer el precepto
De su enojo en la obediencia.

ABNER.

Guarden la vida los cielos
Á David, y yo peligre
En lo terrible y lo fiero
De las iras de tu padre.

JONATÁS.

Y yo, aunque aventure el reino,
Le he de avisar que se guarde;
Que pues los cielos le han hecho
Tan dichoso, quiero ser
El generoso instrumento
De los decretos divinos,
Si tan alto bien merezco.

Vase cada uno por su parte.
Salen Abigail, Céfora, de villanas, y Zaqueo.

ABIGAIL.

Esta es Jerusalén, este el dichoso
Alcázar de Sión, albergue hermoso
De tantos reyes; ¡oh ciudad bendita,
En los cielos escrita

Con plumas de profetas!
El Cielo admire á tu poder sujetas
Las provincias idólatras, que en tanto
Que con respeto santo
En sagrados altares
Al Dios de los Ejércitos llamares,
Así lo dicen tantas profecías,
Cantarás alegrías,
Reinando vencedora.

CÉFORA.

Abigail, señora,
Los triunfos de David, las glorias cantan
De Israel, que levantan
Á los cielos su nombre soberano.

ZAQUEO.

¿Quién trajo á los palacios lo villano?
Pero bien puede ser tanta hermosura
Dueño de otra mejor arquitectura;
El Palacio del Sol es un pobrete,
Si no os da de aposento su retrete;
Mas bien sabe su cuento,
Que si os diera aposento,
La luz perdiera, que los cielos dora,
Y la una fuera el Sol, la otra la Aurora.
Mas yo, por no abrasarme,
Quisiera acomodarme
Con los rayos menores,
Porque son los templados los mejores;
Y así, por más humildes arcaduces,
Me acomodo á la Aurora entre dos luces.

CÉFORA.

¡Qué mal humor que gasta!

ZAQUEO.

¿Es malo?

CÉFORA.

Es frío.

ZAQUEO.

Pues deme uno caliente, y tome el mío.
¿Qué buscáis, serranitas?

ABIGAIL.

Ver queremos
El Palacio Rëal, ya que tenemos
Franca licencia en tan alegre día.

ZAQUEO.

Falta en esa licencia.....

CÉFORA.

¿Qué?

ZAQUEO.

La mía;
Si bien á luz tan pura
Mal se resiste la mayor clausura.
Yo soy el Cancerbero de esas puertas,
Y las tendréis abiertas
Á fe de buen judío;
Y si queréis que os abra el pecho mío,
Por dejaros á entrambas obligadas,
Me daré dos lanzadas.

CÉFORA.

¡Qué terrible fineza!

ZAQUEO.

Todo es poco;
Si me enamoro, préciome de loco.

CÉFORA.

¿Y cuántas se habrá dado en esta vida?

ZAQUEO.

Una lanzada tengo prometida
Á cierta judihuela,
Que por verme difunto se desvela;
Pero yo, por no errarme en el ensayo,
Quiero informarme donde cae el soslayo.

CÉFORA.

¡Qué poco miedo tiene!

ZAQUEO.

¡Bueno fuera
Que en los soldados como yo lo hubiera!
¿No tienen ya noticia de Golías,
Que nos libró de tantas agonías?

ABIGAIL.

Y que fué una victoria celebrada

ZAQUEO.

¿Supieron que murió de una pedrada
En el feroz combate,
Y luego le cortaron el gaznate?

ABIGAIL.

Grande ignorancia el no saberlo fuera.

ZAQUEO.

Pues yo no lo maté, ni Dios lo quiera.

ABIGAIL.

¿Cómo, si fué David?

ZAQUEO.

Por eso digo;
Porque soy enemigo
De que me achaquen muertes que no he he- [cho;
Pero el valor del pecho,
Con una envidia honrosa
Me sacó á la campaña polvorosa;
Llamé á batalla á un bárbaro gigante;
Y púsoseme delante
Esgrimiendo un alfanje de cien varas.

ABIGAIL.

Fuerza es que peligraras
Aunque estuvieras lejos.

ZAQUEO.

¡Lindo cuento!
No le alcanzaba yo con otras ciento.

ABIGAIL.

Alientos son bizarros.

ZAQUEO.

Escogí de un arroyo cien guijarros,
Que pesaba el menor arroba y media.

CÉFORA.

¡Qué pesada tragedia!
Muy grandes piedras son.

ZAQUEO.

Bien lo imaginas,
¿Pues á un gigante han de tiralle chinas?
Esas son las victorias más honradas:
Tiréle mil pedradas
Con dichosa fortuna,
Pero de todas no acerté ninguna;
Y aquesto lo dirán dos mil testigos.

CÉFORA.

¿Y en qué paró?

ZAQUEO.

Hiciéronnos amigos.

CÉFORA.

Igual fué la victoria.

ZAQUEO.

Ten memoria:
El escaparme yo, fué la victoria.
¿Y de qué tierra viene tanto cielo?

ABIGAIL.

En el Monte Carmelo
Es nuestra habitación, en cuyas faldas,
En cada Abril vestidas de esmeraldas,
Tiene Naval, mi esposo,
Esquilmo tan copioso
De ganados y mieses,
Que parecen los meses
Negarle su estación á otro horizonte,
Viviendo todo el año en nuestro Monte.

CÉFORA.

Mas viene á ser tu esposo tan escaso,
Que en viendo á la piedad la cierra el paso;
Tan miserable al desfrutar la tierra,
Que aun los rayos del sol también encierra.

ZAQUEO.

¿Naval se llama? Linda desposada;
¿Con batalla Naval estáis casada?
Y si sois liberal, y él avariento,
Todo el año andará Naval sangriento:
Retiraos, porque el Príncipe ha salido.

ABIGAIL.

Pues ya que hemos venido,
Veremos á David, pues nuestra suerte
Nos trajo tarde, cuando el mundo advierte
Públicas alegrías,
Que en cuanto dure el sol, formando días,
Vivirá su memoria
En los anales de la Sacra Historia.

ZAQUEO.

No faltará ocasión.

ABIGAIL.

Fuera esperamos.

Vase.

ZAQUEO.

¡Y en qué altura quedamos,
Villanica del Monte?

Detiene á Cefora.

CEFORA.

Yo en mi altura.

ZAQUEO.

Y si fuese tan gruesa mi ventura,
Que llegase á tu Monte de esmeraldas,
¿No te podré yo hablar desde las faldas?

CÉFORA.

No escucho yo tan lejos.

Vase.

ZAQUEO.

Sea por señas,
Besando troncos y adorando peñas.
La morenilla es alma de un pimiento,
Y puede revocar un testamento
Aunque esté el otorgante en aquel punto
Dando mil alegrones de difunto.

Sale Jonatás.

JONATÁS.

Llama á David, Zaqueo.

ZAQUEO.

Mas presto le traeré que tu deseo.

Vase.

JONATÁS.

¡Suerte infeliz la mía!
Eclipsóse la luz, turbóse el día,
Cuando la parda nube
Sobre los hombros de los vientos sube,
Y al sol empaña crespa, y licenciosa,
Los rayos puros de su frente hermosa:
No tiene culpa el sol, porque es ajena
La sombra obscura de amenazas llena;
Pero que el mismo sol cause desmayos
Á la hermosa pureza de sus rayos,
Y las nubes engendre helado y frío,
Para negarse al monte, al valle, al río:
Obstinada invención de otro Faetonte,
Pues pierde el valle lo que llora el monte;
El Rey, el sol del mundo, ¿quién creyera
Que la tirana envidia eclipse fuera
Del luciente esplendor de su albedrío,
Dejando obscuro el monte y seco el río?

Salen David y Zaqueo.

DAVID.

¿Qué me mandas, señor?

JONATÁS.

Salte allá fuera.

ZAQUEO.

Obedezco en la uña.

Vase.

JONATÁS.

¡Oh, quién pudiera! (Aparte.)
Con riesgos de su vida.....

DAVID.

Con la color perdida,
Y turbada la voz, hablarme intenta. (Aparte.)
Si merezco, señor, que me des cuenta
De la pasión que turba tus sentidos.....

JONATÁS.

Tienen, David, oídos
El viento y las paredes, y mi aliento
Tiembla de las paredes y del viento.

DAVID.

Muy bien puedes hablar; que ellas son mudas

Y escucharán leales.

JONATÁS.

Con más dudas
Estoy para temellas,
Porque habla el viento lo que escuchan ellas.

DAVID.

Pues el Palacio deja.

JONATÁS.

¿No adviertes que conmigo ha de ir la queja
Para mover los cielos,
Y en tan duros desvelos
Estará, aunque sin voces la despida,
El eco en asechanzas de homicida?

DAVID.

¿De quién sabré tu pena?

JONATÁS.

De mi pecho,
Con un abrazo estrecho;
Llégate á mí, David, porque quisiera,
Que el alma de mi pecho se infundiera
En el tuyo, de modo,
Que lo que temo lo supieras todo;
Y al volverse después que te informara,
De cuanto te dijera se olvidara.
Matarte quiere el Rey.

Abrázanse.

DAVID.

¡Qué escucho, cielos!

JONATÁS.

Llegarán á desdichas tus recelos
Si en consultas los pones, porque llega
Á ver la envidia más, cuanto más ciega.

DAVID.

¿Pues yo qué puedo hacer?

JONATÁS.

Librarte.

DAVID.

¿Á dónde?

JONATÁS.

Donde el cielo te guíe.

DAVID.

No se esconde
De las iras del Rey átomo breve
Del mismo sol, porque en el sol se embebe
Huyendo de su furia.

JONATÁS.

Al cielo haces injuria
Si no guardas la vida.

DAVID.

Porque es de tus alientos defendida
La procuro guardar.

JONATÁS.

Líbrete el Cielo.

DAVID.

¿En qué he ofendido al Rey?

JONATÁS.

Ese desvelo
No suspenda tu prisa.

DAVID.

En tus voces me avisa
Nuestro Dios de Abraham.

JONATÁS.

Él te defienda.

DAVID.

Y muera yo cuando á mi Rey ofenda.

Sale Abner por la parte que se quiere ir David.

ABNER.

David, en tu busca vengo.

DAVID.

Abner, ¿vienes á matarme
Por orden del Rey?

JONATÁS.

No fueras
De la ilustre y noble sangre
Del tribu de Benjamín,
Si turbaras las piedades
Que en defensa de David
Conmigo comunicaste.

ABNER.

Antes, señor, he venido
Á que la piedad, si cabe
En el pecho de David,
Quiera mostrarla: tu padre
Ha vuelto á sentir ahora
Aquella furia indomable
De aquel espíritu fiero
Que le atormenta; pues sabes,
Gran capitán de Israel,
El remedio saludable
Que Dios puso en tu instrumento,
Ven ante el Rey á tocarle,
Porque sus penas se templen,
Porque su dolor se aplaque.

JONATÁS.

David, mi padre es el Rey;
Ven, por Dios, á remediarle.

DAVID.

Si tú me has dicho ¡oh señor!
Que determináis guardarme,
¿Cómo, cuando os obedezco,
Me fatigáis con el lance
Más apretado y terrible
Que ha visto en nuestras edades
El sol? Si excuso el remedio,
Dejo en sus ansias mortales
Al Rey mi señor que viva,
Al paso que le acompañe
Mi lealtad, que será eterna.
Pues si me pongo delante,
Corre mi vida los riesgos
Que sabéis, y soy culpable
Si aguardo: señor, ¿qué haré?
Porque no sé aconsejarme
En dos extremos opuestos
De peligros y piedades.

ABNER.

¿Qué te aconsejas, David?
La vida del Rey no aguarde
Tan mortales dilaciones;

Que si el peligro llegare
De tu ofensa, por los cielos
Te juro que no se escape
La vida que me sustenta,
Y muera á manos infames
De un cobarde filisteo,
David, si no te guardare.

JONATÁS.

Promesas son bien seguras,
Y está en ellas de mi parte
Mi palabra y mi amistad.

DAVID.

Baste ya, Príncipe, baste;
Basta ya, Abner, dos empeños
Para mi abono tan grandes.
Viva mi Rey en mi riesgo;
En mí su dolor descanse;
Porque es de vasallo infiel,
Cuando tiene de su parte
Remedios que el Rey le pide,
Con temores excusarse,
Aunque la muerte que teme
En su vista le amenace.

Vanse.

Sale Saúl.

SAÚL.

Dejadme todos, que el fiero
Dolor que en mi pecho vive,
Ningún consuelo recibe;
Que sólo la muerte espero.

Siéntase sin reposar, y sale Merob.

MEROB.

Señor, si pena tan grave
Es de tu sentido ajena,
Parte conmigo tu pena,
Si es que en tu pecho no cabe;
Será la muerte suave,
Aunque yo llegue á morir;
Mi alma viene á pedir,
Que si la tienes amor,
La pongas junto al dolor,
Te lo ayudará á sentir.
Dos almas en compañía
El dolor vendrá á temellas,
Y pues no ha de conocellas,
Podrá pasarse á la mía;
Y si en la mortal porfía
De afligir y de matar,
El dolor llega á dudar
Cuál alma le está mejor,
Entre tanto tu dolor
Te dejará descansar.

SAÚL.

¿No has visto soberbio un río,
Que el vecino campo anega,

Levántanse.

Y á quien el paso le niega
Muestra más furioso el brío?
La presa es un desvarío,
Aunque su corriente ignore;
Antes, porque sienta y llore
El dueño tan loca empresa,
Viene á pagarlo la presa,
Sin que el campo se mejore.
No hay alma que no destruya
Mi dolor con tal porfía;
Que el que revienta en la mía,
Pasará á anegar la tuya.
Mejor es que en mí se incluya
Dolor que en mí se engendró:
Tu amor el discurso erró
En quererle detener,
Si la presa ha de romper
Quedando anegado yo.
Ya siento otra vez ¡oh cielos!
Repetida la inclemencia
Del dolor: ya no es capaz
Á tan poderosa fuerza
Toda un alma, que parece
Su hermosura descompuesta,
Que lo mortal la apadrina
En caduco polvo envuelta.

MEROB.

Señor, advierte.....

SAÚL.

Si quieres
Que yo también te aborrezca,
Asiste á las furias mías,
Pues yo me aborrezco en ellas.
Déjame, que el ver que todos
Sin padecer me consuelan,
Dilata más mi dolor,
Por ver que no hay quien lo sienta.

MEROB.

¡Oh, cuánto tarda David,
Pues minutos de su ausencia
En lo sensible señalan
Horas al dolor eternas!

Vase.

SAÚL.

Si el cuerpo ayuda á sentir
Tan inmortales violencias,
Niéguese, pues es caduco
Á jurisdicción ajena;
Ocupe en sensible polvo,
Pues se compone de tierra,
Y no por pintarse eterno
Entre á la parte en la penas;
Sino es que piadoso quiere,
Como tanto me atormentan,
Que las penas se repartan,
Aunque él participe de ellas.

Salen Jonatás, Abner y David.

ABNER.

Señor, aquí está David.

SAÚL.

¡Cuanto el nombre me consuela!
Es basilisco su vista,
Que sin matar me atormenta.

ABNER.

Pues sin verle te dará
El remedio que te niegas.
Ya ves lo que dice el Rey:
Esos canceles le prestan
Tregua á su enojo: no dudes,
Que cuando libre le veas
Has de volver á su gracia.

DAVID.

Vuelva á su quietud primera,
Aunque en su desgracia viva.

Vase.

SAÚL.

Tu bárbara inobediencia
Ha encendido más mi furia.

JONATÁS.

Justo es que yo te obedezca;
Pero en matar á David.....

Tocan arpa.

SAÚL.

Déjame, sino es que intentas
Con tu muerte.....

JONATÁS.

Vive tú,
Aunque yo tu reino pierda.

Vase.

Vuelve el Rey á alentarse, y tocan dentro el arpa.

SAÚL.

¡Que á penas tan inmortales
Conceda lo humano treguas
Con tan descansado alivio!
¡Que las alternadas cuerdas
De este instrumento suave
Arrebaten la violencia
Del dolor, y que lo arrojen
Donde su memoria pierda!
¿Qué misterio es éste, cielos,
Si el instrumento que suena
Trae la quietud que gozo?
¿Por qué mis rebeldes penas
No se han rendido jamás
Á otras voces ni otras cuerdas?
¿Si está el misterio en David,
Pues le señala el Profeta
Por varón justo? En mis dudas
Tan libre el alma sosiega,
Que aun para pensar cuál es
De entrambos el que me templa,
Le falta discurso al alma,
Tan sosegada, suspensa,
Que por trabajo despide
El uso de las potencias.

Vuelven á tocar, y sale Zaqueo.

ZAQUEO.

¡Hay sosiego semejante!
¿Si duerme? Más que se duerma
En las pajas de la arpa,
Si son las pajas las cuerdas.
Demonio regocijado
Tiene el Rey, no lo creyera
Aunque me lo asegurasen
Cuantos cursan las tinieblas.
Si ya no es que este demonio,
Cuando se perdió en la guerra
Que con los ángeles tuvo
(¡Qué mal que le fué en la feria!),
Era músico de arpa,
Y como cayó de priesa,
Aun le dieron lugar
Para traérsela á cuestas.
Dejóse la arpa arriba,
Y quiere que le entretenga
David á costa del Rey;
Mas por si acaso le deja,
Y le ha parecido bien,
¿Qué música será buena
Que la toquen á un demonio
Baladí, que se contenta
Con el alma de un bufón,
Que entristece cuanto alegra?
Por Dios que es muy buena gaita,
Que es música de taberna,
Y nos holgaremos ambos
Cuando toque y cuando beba.

SAUL.

¿Qué ilusión es ésta, cielos,
Que estoy viendo?

ZAQUEO.

¿El Rey despierta?
Pues á mi gaita me acojo,
Que los demonios la templan.

Vase.

Levántase el Rey.

SAUL.

¿David es Rey de Israel?
Primero á mis manos muera.

Aparece arriba David con manto y corona, y el arpa á los pies, como le pintan.

SAUL.

¿Si sueña la fantasía?
Su imagen me representan
Los ya turbados sentidos:
Púrpura y corona muestran
Su ambición en mis agravios,

Sea soñada quimera
Que fabrican mis temores,
Ó el alma juzgue evidencias:
Morirá ahora á mis manos,
Pues la obediencia me niegan
Jonatás y Abner: ¡Ah cuantas
Veces blandiendo la diestra

Llega al vestuario, y toma una lanza.

Esta lanza, me temblaron
Las escuadras filisteas!
No es mucho que á mi enemigo
Le pase el pecho con ella.

Al levantar la lanza se cubre la apariencia.

Desvanecióse la sombra
Que me turba, y que me ciega
¿David? ¿Dónde está David?
Si es que coronarte piensas
Con mi muerte, ¿cómo huyes,
Y tan cobarde me tiemblas?
El dolor vuelve á afligirme,
Si no es que la envidia fiera
Que la atizan beneficios,
Y lealtades la despiertan.
David, ¿dónde estás?

Sale David.

DAVID.
Señor:
¡Válgame el Cielo! ¿Qué intentas,
Rey de Israel? Señor mío.

SAÚL.
Estorbar que no lo seas,
Pues hoy muriendo á mis manos,
Daré templanza á mis penas.

DAVID.
El brazo de Dios me ampare.

Vase.

Tira Saúl la lanza al vestuario.

SAÚL.
Desmintió el golpe la diestra,
Erré el tiro; pero en vano
Á la ejecución te niegas
De mi furia. ¡Ha de mi guarda!
Quien mi descanso desea
Mate á David: no se escape
Aunque el Cielo le defienda.

Vase.

Salen David por una parte, y Abner por otra.

DAVID.
¿Dónde podré estar seguro,
Cielos?

ABNER.
David, esta puerta
Sale al campo; el Cielo guíe
Tus pasos; que la obediencia
Del Rey no es bien que me obligue
Cuando sus furias le ciegan
En lo mismo que él conoce
Que es injusticia.

DAVID.
Tan cerca
Siento, Abner, voces y pasos
De los que matarme intentan;
Que es ya librarme imposible.

ABNER.
Gana esa puerta, y no temas,
Pues dices fías en Dios.

DAVID.
Dios me ayuda, y tú me alientas.

ABNER.
Guarden los Cielos tu vida.

DAVID.
Para defender con ella
Al Rey de sus enemigos.

ABNER.
Esa virtud es la prueba
De varón tan justo.

DAVID.
¡Oh, Saúl!
De ti mismo te defienda
El brazo de Dios.

ABNER.
¿Qué aguardas
Donde riesgos se atropellan?

DAVID.
Queda en paz, Abner.

ABNER.
El Cielo
Te guíe.

DAVID.
Porque esta deuda
Reconozca mientras viva.

ABNER.
Con que te libres me premias.

Vanse cada uno por su parte.

JORNADA SEGUNDA

Salen Naval Carmelo y Zafain, vejete rústico, y otro zagal, Abigail y Céfora.

ABIGAIL.
Tan blanco ha dejado el suelo
El esquilmo del ganado,
Que estando sereno el cielo,
Parece que ha granizado
En las faldas del Carmelo.
La desperdiciada lana

Que suelta, se desencoge,
Vuela por el prado ufana,
Y el clavel que la recoge
En su regazo de grana,
Presume que le castiga;
Pues como su roja espiga
La ve argentada, le cela,
Que es escarcha que le hiela,
Siendo armiño que le abriga.
El vellón que se desata
Derramado en los caminos,
Cuando el viento le arrebata
Con cándidos remolinos,
Es polvareda de plata.
Y la tierra, al verdor hecha,
Viéndose blanquear, sospecha
Que con ser, Naval amigo,
Su sementera de trigo,
Es de aljófar su cosecha.

NAVAL.

¿Ves lo que al clavel le nieva
Y lo que es granizo helado,
Porque el monte se lo beba,
Lo que argenta el verde prado,
Y lo que el viento se lleva?
Pues que me lo usurpen siento,
Que aunque no aprovecha, atento
Juzgo que es caso cruel
Dar yo mi hacienda al clavel,
Al monte, al prado y al viento.

ABIGAIL.

Hoy un convite has de hacer,
Que esquilas tres mil cabezas,
Y así es día de placer.

NAVAL.

Abigail, tus franquezas
Han de hacerme empobrecer;
Y ¿á quién ha de ser?

ABIGAIL.

Naval,
A todos nuestros zagales.

NAVAL.

¿No han ganado su jornal?

ABIGAIL.

Esposo, agasajos tales,
Son deudas del mayoral.

NAVAL.

¿A cuál de los tres más bien
Podré esta llave fiar?

Sácala.

Y con menos desmán, ¿quién
Traerá con que os regalar
De mi abundante almacén,
Que todo el año tributa
El grano en hilos maduro,
La ceniza al viento enjuta,
Miel en barro, en sal buturo,
Queso en ollo, en paja fruta?

ZAFAIN.

Verás como yo lo taso.

CÉFORA.

No daré sin tu consejo
Una pasa.

ZAFAIN.

Ni yo un paso.

NAVAL.

Yo se la entrego al más viejo,
Que sabrá ser más escaso,
Y á su elección se le fía
Que escoja.

CÉFORA.

Voy por tu espía.

Vanse los tres.

NAVAL.

Abigail, no es exceso
Ese para cada día.

ABIGAIL.

Por fama, desde Farán,
Tu riqueza es conocida,
Adonde infante le están
Meciendo en plata mullida
Sus dos cunas al Jordán.
Y tú, avaro, allá en la cumbre
De tu adorado tesoro,
Sin que el dictamen te alumbre,
Vas envejeciendo el oro
Al paso de la costumbre.

Vuelven á salir con algunas frutas en platos y pan, ó lo que pareciere, y, extendiendo los manteles, se sientan.

NAVAL.

Las riquezas se conservan
Guardando, que es largo el tiempo:
Ea, extended los manteles
En este florido suelo.

ABIGAIL.

Sentaos, pues, que mi esposo
Os convida.

ZAFAIN.

Ya lo hacemos.

Salen Abisaí y Zaqueo.

ABISAÍ.

El Dios de Jacob os guarde.

ZAQUEO.

Sí guardará, pues discretos
Nos tienen puesta la mesa
Aguardando á que lleguemos.

NAVAL.

En mal hora hayáis venido,
Pues turbáis nuestro sosiego.

ABISAÍ.

Con un ruego á ti, ¡oh Naval!
De parte de David vengo.

ABIGAIL.

Á escucharle te levanta.

NAVAL.

Antes no hacer caso de ellos
Es mejor, por no obligarlos
A que mendigos y hambrientos
Se nos conviden: comamos,
Pues se volverán en viendo
Que no los oigo.

ABISAÍ.

¡Que el nombre
De David estás oyendo,
Y no hagas caso!

ABIGAIL.

Naval,
Que estás descortés confieso;
Pero yo en esta ocasión
Ser más divertida quiero;
Que en el que me envía David,
Al mismo David contemplo.

NAVAL.

Como te llaman prudente,
Siempre estás dando consejos:
Vos, á lo que habéis venido
Referid, y sea presto.

ABISAÍ.

Si por su mujer no fuera,
Cuya fama reverencio,
Yo vengara el desacato.
El que venció al Filisteo
Me ha mandado que en su nombre.....
Te diga

ZAQUEO.

Aguarda; que quiero,
Antes que quebrar el hilo,
Sentarme á comer, que vengo
Por entretenido acerca

Siéntase.

De esta embajada, y son estos
Los provechos de mi oficio,
Que han de entrarme en mal provecho.
Hablar puedes ya, y vosotros
Podréis escucharle atentos;

Come.

Que yo comeré por todos.
Naval, no comáis más queso,
Que os haréis rudo en dos días,
Ni tú, mayoral, de viejo,
Cuya barba es más cerrada
Que la bolsa de tu dueño.

Levántase Naval.

NAVAL.

¡Oh! ¿Habéis venido á enojarme,
Ó á referirme el intento
De David?

ABISAÍ.

Ese es el mío.

NAVAL.

Pues que le expliquéis espero

ABISAÍ.

Fugitivo de Saúl,
En ese estéril desierto
De Farán, David habita,
Siguiéndole cuatrocientos
De la tribu de Judá,
Entre aliados y deudos.
Y como no les dispensa
La sequedad del terreno,
Fruto que parezca alivio,
Ya que no sea alimento;
Y en hondas cuevas se esconden,
Que son calabozos ciegos
Donde están, si no alojados,
De su mismo temor presos,
A ti, ¡oh Naval! porque sabe
Que eres rico y opulento
Dueño de cuanto se juzga
Verde atalaya el Carmelo,
Que le socorras te ruega
Con algunos bastimentos:
Esto te suplica el hijo
De Isaí.

NAVAL.

¡Encarecimiento
Notable! ¿Quién es el hijo
De Isaí? ¿No es un soberbio
Capitán de foragidos?
Respondedle que no puedo
Socorrer la sed ni el hambre
Que padece; pues si tengo
Frutos que me da mi hacienda,
Para el preciso alimento
De mi mesa y mi familia,
Los he menester.

ABISAÍ.

¿Resuelto
Á no hacerle el beneficio
Estás?

NAVAL.

Bien podéis volveros;
Que nada he de enviarle.

ZAQUEO.

¿Nada?
Que le envías mucho entiendo,
Pues allá irá lo que yo
En el estómago llevo,
Si no es que lo deje antes
En el camino.

ABISAÍ.

Zaqueo,
Volvámonos á Farán.

ZAQUEO.

Volvámonos; que aunque tengo
Satisfechas ya las ganas,
Como á Naval estoy viendo
Delante de mí, imitadas
En su miseria contemplo
La mendiguez, la abstinencia,

El ayuno, el cautiverio
De Egipto, el comer por onzas,
La dieta, el mucho concierto,
El mediodía, el pan caro,
Y otra vez de hambre muero.

ABISAÍ.

Temo que David se irrite
Contra ti.

NAVAL.

Yo no lo temo:
Decid, ¿por qué ha de irritarse,
Y más viendo que le niego
Lo que es mío?

ABISAÍ.

Él no lo pide
Con rigor, sino con ruego
Y humildad.

NAVAL.

Yo no lo doy,
Porque me lo ha dado el Cielo
Para mí; mas de este modo
Acabo de responderos.

Vase.

ABISAÍ.

¡Qué necio ha estado Naval!
Yo he de buscar algún medio
Para aplacar la venganza
De David, pues ya la temo.
¡Ay de ti, mísero avaro,
Si David llega al Carmelo!

Vase.

ZAQUEO.

¡Ay de ti, vejete rancio,
Si á su lado entonces vengo!

Vanse cada uno por su parte, y sale Jonatás.

JONATÁS.

Ya por cumplir de mi amistad el voto,
Piso el desierto de Farán remoto;
Sin fuente en que, por más que se congoje,
Los alacranes el caballo moje;
Sin ramo, donde en métrica armonía
Se ponga el ave á requebrar al día;
Sin hierba, de la tierra honor primero,
Cuyo inculto verdor rumia el cordero;
Y por eso jamás aquí es oído,
Ni relincho, ni canto, ni balido.
David, que la violencia huir procura
De mi indignado padre, se asegura
En estas cuevas; pero yo, que tengo
Su riesgo á cargo, á prevenirle vengo.
¿Si estará en ésta, que á la luz se niega?
Para llamarle, á la espelunca ciega
Quiero acercarme; con furor me asombra:
Encontré con la patria de la sombra.
¡Ha del abismo, donde el sol expira!
Centro es obscuro cuanto allá se mira.
¡Ha de la cárcel, de peñascos huecos!
Que como es cárcel, prende hasta los ecos.
¡Ha del centro, con quien el día lucha!
Sólo el silencio es el que se escucha.
Ó no me oye, ó se engaña mi deseo:
Valiente vencedor del Filisteo,
Qué, ¿á la voz no respondes de tu fama?
David, señor, amigo.

Sale David.

DAVID.

¿Quién me llama?

JONATÁS.

Quien se aventura por venir á verte.

DAVID.

¡Ejemplo de amistad, Jonatás fuerte!
Aunque rota de tanta pena dura,
Al hondo centro de esta cueva obscura
Llegó tu voz; y aunque es su abierta boca
Ancha portada que rasgó la roca,
Tiene otra quiebra en el peñasco mismo,
Que es postigo secreto de este abismo,
Por donde salí á ver (quísolo el Cielo)
Quién me llamaba; que el mortal recelo
Que de tu padre tengo, le ha enseñado
Todos estos rodeos al cuidado.

JONATÁS.

En mayor daño el tuyo se conmuta.

DAVID.

Mayor que el habitar aquesta gruta,
Adonde por sacar luz que me anime,
El eslabón al pedernal oprime,
Que aunque duro, llorando de congoja,
Son sus centellas lágrimas que arroja;
Y porque salen en ardiente fuga,
Lienzo la yesca es, que las enjuga;
Que en esa ciega patria del espanto,
Da en claridad lo que recoge en llanto,
Pues como en ella nunca asoma el día,
Sólo es luz material la que me guía.

JONATÁS.

Más crecido es tu mal (¡suerte penosa!)

DAVID.

Más crecido que el hambre que me acosa,
Víbora lenta, que aunque es corto el trecho
Hasta que llegue á la región del pecho,
Voraz por sendas de tristeza llenas,
Va apurando la sangre de mis venas.

JONATÁS.

Más fuerte el riesgo es, más se acrecienta.

DAVID.

¿Más fuerte que la sed que me atormenta?
Pues envidio en tan bárbara inclemencia
Del bruto luchador la providencia,
Que este alivio á sí mismo se le debe,
Pues de sus manos el humor se bebe:
Sediento imito en ese centro angosto,
Latiendo al can en la estación de Agosto.

JONATÁS.

Es más grande.

DAVID.
¿Excederle no procura
La sed, el hambre y la caverna obscura?
JONATÁS.
No.
DAVID.
Dilo, pues,
Que decirlo el labio ordena.
JONATÁS.
¿Decirlo el labio ordena?
¡Sabe el Dios de Abraham y con qué pena!
Mas callarte el peligro es agraviarte,
Puesto que es más terrible que el faltarte
En cueva, en sed, en infortunio hambriento,
La luz del sol, el agua y el sustento.
Tres mil de los escogidos
De Israel, para prenderte
Ha conducido mi padre,
Y desde Ramata viene,
Adonde es su plaza de armas,
Con esta tropa de gente,
Para atajarte los pasos:
Tú, que en lo incauto pareces
Al irracional que habita
Bruto montaraz albergue,
Que acosado del estruendo
De bocinas y lebreles,
Busca donde se asegure;
Asegúrate, pues sientes
Los pasos del cazador,
Antes que en la red tropieces;
No le hagas rostro al peligro.
DAVID.
Si es que matarme pretende
Saúl, como á mi noticia
Ha llegado, que me ofrece
Seguro para que vaya
Á repetir, como siempre
Se ha hecho, la preeminencia
De que á su mesa me siente,
De las Calendas del día
Que en nuestro idioma se entiende
El primero del mes, y hoy,
Que ha llegado este solemne
Día en el hebreo rito,
Me llama, ¿qué enigma es éste,
Que lisonjea y castiga?
¿Ó cómo se compadece
Prevenirme el agasajo
Con desearme la muerte?
JONATÁS.
Para interpretar mejor
Su intento, ¿qué te parece
Que podré hacer yo? Que en todo
Que á tu elección me sujete
Es justo, como al cincel
El dócil tronco obedece.
DAVID.
Pues, Jonatás, quien sospecha
Un peligro y no le teme,
Desesperado se mata
Á sí mismo; y pues comete
En su vida el homicidio
Que prohibe Dios, ya ofende
El Decálogo sagrado,
Que con su dedo presente
Nuestro gran legislador
Grabó en mármoles rebeldes;
Y así, el asistir rehuso
En el festivo banquete.
Y si acaso preguntare
Por mí, podrás responderle,
Que me envió á pedir la ilustre
Tribu de Judá, que fuese
Á hallarme en los sacrificios
Que hace Belén al Dios fuerte
De los ejércitos, donde
En la sangre de inocentes
Víctimas se explica el celo,
La fe en aromas trasciende.
Y por eso te rogué
Que esta disculpa le dieses
De mi parte; y si la admite
Afable, es señal que miente
La negra nube, que densa
Rayos contra mí promete.
Mas si de oirla se enoja,
Es darme á entender que el vientre
Del condensado vapor,
Para fulminarme, ardientes
Abortos encierra, hijos
De congeladas preñeces.
JONATÁS.
Pues yo me prefiero á darte
El aviso.
DAVID.
¿Y de qué suerte,
Si para vernos los dos
Hay tantos inconvenientes?
JONATÁS.
Pues nos hemos acercado
Á aqueste sitio eminente,
Donde el pabellón del Rey
Se ha de plantar, esconderte
Podrás entre aquellas rocas.
Y si desde allí advirtieres,
Que yo, como que en el blanco
Me ejercito, un arpón leve
Pongo en el arco, y le tiro,
Volverte á la cueva puedes,
Pues te servirá de aviso,
De que hallé indicios crueles
En mi padre; mas si el brazo
Sobre la cuerda pusiere
La flecha, y al dispararla
La ejecución se suspende,
Asegurado del riesgo,
Te podrás llegar alegre
Donde yo esté, pues con esto
Te daré á entender que quiere
La suerte que tus trabajos
Tengan fin.

DAVID.

¡Que resolverte
Podrás á tan grande empeño!
Mira bien lo que prometes,
Jonatás.

JONATÁS.

En este pacto
Que hago con David, ponerte
Quiero por testigo á ti,
Gran Dios, que contra la plebe
Incrédula un tronco basto
Hiciste escamada sierpe;
Porque permitas si yo,
Engañoso no cumpliere
Lo que ofrezco, que los mismos
Peligros que David teme,
Vengan sobre mí; y si acaso
Es tu voluntad hacerle
Rey de Judá, en tu sagrada
Presencia él también me ofrece
Que usarán de piedad todos
Sus heroicos descendientes
Con los míos, así á ellos,
De tu mano ungido Rey,
Para que aquesta amistad
Hasta los hijos la hereden.

DAVID.

Así lo ofrece David.

JONATÁS.

Así Jonatás lo ofrece.

DAVID.

Pues ya que el contrato hacemos,
Frmarle los brazos pueden,
Porque el tiempo no le anule,
Ni el olvido le cancele.

Tocan cajas y trompetas.

JONATÁS.

Este estruendo nos avisa
Que el Rey llega.

DAVID.

De su gente
Veo ya el tropel, ¿qué haremos?
Pues mientras de afecto ardiente
Llevados, nos divertimos,
Se han acercado de suerte,
Que parece que hacen alto
Las escuadras.

JONATÁS.

Á ponerme
Voy entre la armada tropa,
Para que mi padre piense
Que vine en la retaguardia:
Tú, con paso diligente,
Al puesto que he señalado
Te retira.

DAVID.

Á lo que hicieres,
Desde allí he de estar atento.

JONATÁS.

Yo haré que presto interpretes
El aviso de la flecha.

Vase.

DAVID.

Tu lealtad el cielo premie:
Ya han armado el pabellón
Del Rey sobre el campo estéril,
Y para la ceremonia
Del convite, puesta tienen
La mesa al Rey de Israel,
Para que á comer se siente:
Los Príncipes de las tribus
Acompañándole vienen.
El príncipe Abner también,
Que lugar, como yo, tiene
En este público acto,
Ya se sienta, á quien sucede
Jonatás, mi firme amigo;
Mas junto al Rey, me parece
Que un lugar está vacío;
Sin duda es el que previenen
Para mí; con Jonatás
Colérico se enfurece
Saúl, ¿qué será la causa?
Pues á levantarse vuelve
De la silla; todos hacen
Lo mismo, el enojo crece,
Y derribando la mesa,
Fuego por los ojos vierte.

Ruedan desde el vestuario al tablado algunos platos con servilletas.

Á esta parte se encamina:
Ásperas rocas, valedme.

Éntrase á esconder entre unas peñas que hay en un monte, no parece hasta su tiempo, y sale deteniendo Abner á Saúl, y delante, como que huye, Jonatás.

ABNER.

Aplaca el feroz semblante.

JONATÁS

Templa el airado poder.

SAÚL.

Castigarle quiero, Abner;
No te me pongas delante.

ABNER.

Señor, oye.

MEROB.

Padre, espera.

JONATÁS.

Porque su error reprendí
Se indigna, y porque le dí
La excusa de David.

SAÚL.

¡Muera
David! Pero satisfecho
De no encontrarle jamás
Estoy, porque Jonatás

Le esconde dentro del pecho.
Mas pues castiga igualmente
De nuestra justicia el rito
Al que comete el delito
Y al que encubre al delincuente,
Apartaos, que aunque me arrojo
Contra lo que amor discurre,
También Jonatás incurre
En la pena de mi enojo.

MEROB.

Guardar á David, entiendo
Que ha sido acierto, y no error.

ABNER.

En dar á David favor,
Más te obligo que te ofendo.

SAÚL.

¡Que á los dos á un tiempo os mueva
Tan mal fundada opinión!

MEROB.

Esto apoya mi atención.

ABNER.

Esto mi discurso aprueba.

MEROB.

Afírmelo un argumento.

ABNER.

Otro argumento lo diga.

SAÚL.

Pues decid, ¿en qué me obliga?

MEROB.

Atento escucha.

ABNER.

Oye atento.

MEROB.

Un despeñado arroyo, que campea
Desde el Tabor, en cuya cumbre mana,
Lanza de plata es, que corre ufana
Á quebrarse en el mar de Galilea.
Mas tuerce el curso en que morir desea,
Topando acaso en una roca anciana,
Y en vez de hundirse entre la espuma cana,
Sierpe argentada por la playa ondea.
Si al risco, que le estorba el parasismo,
Grato se muestra hasta un raudal escaso,
Tú que te precipitas de ti mismo,
No culpes, cuando corres al fracaso,
Que te amenaza el mar de un ciego abismo,
Que se te ponga Jonatás al paso.

ABNER.

Tiene el Líbano un árbol, planta rica
Del saludable fruto trascendiente,
Cuya raíz, que en el sitio está pendiente,
Echa fuera los lazos que rubrica.
Y una palma, que al fértil hombro aplica,
Por no hacer su caída contingente,
Le está besando el pie, que amargamente
De aromáticas lágrimas salpica.
Es el resabio en ti de un odio injusto,
La raíz que revienta mal sufrida;
Jonatás palma, si árbol tú, robusto;
Pues á un tiempo aplicó con fe advertida
La boca del respeto á tu pie augusto,
Pero el hombro del celo á tu caída.

SAÚL.

Convencerme es vana empresa
Cuando vengarme procuro,
Pues teniendo mi seguro,
Faltar David de mi mesa
En tal día, que es, confieso,
Menosprecio declarado,
Y el haberle disculpado
Jonatás, fué loco exceso;
Y así, aunque raudal he sido,
Que libre empieza á correr,
Y árbol que se va á caer,
Del terreno desasido;
No he de parar, si el tesón
De mis ondas no desmaya,
Hasta entrarme por la playa
Del mar de mi indignación.
Arrancaré mis raíces
Rodando hasta el verde centro
Del valle, que al duro encuentro
Verá ajado sus matices.
Podrá ser, si el risco bronco,
Ó si la palma eminente
Hace estorbo á mi corriente,
Sirva de arrimo á mi tronco,
Cuando despeñado baje,
Ó cuando arrancado llegue,
Que uno su cerviz anegue,
Y otro sus ramas desgaje.

Vase.

MEROB.

Sigámosle.

ABNER.

Gran desvelo.
Me da el ver su rostro airado.

MEROB.

¿Á mi padre has enojado?

Vanse los dos.

JONATÁS.

Hermana, quiérelo el cielo.
Pues para guardar la vida
De David, me hace instrumento;
Pero ya avisarle intento,
Pues la flecha prevenida
Tengo, y el arco, y culpaba
La tardanza á mi cuidado.

Hace que toma de adentro una flecha y arco, y David se ve entre las peñas.

DAVID.

Como estoy tan apartado,
No oí lo que el Rey hablaba;
Mas ya mi atención acecha
De Jonatás el aviso.

JONATÁS.

El disparar es preciso,

Pues ya.....

Al tirar, sale Saúl por la misma parte.

SAÚL.
¿Tú con arco y flecha?
JONATÁS.
Mi padre ha vuelto, cruel, (Aparte.)
Cuando pienso que se aleja.
¿No son armas que maneja
La milicia de Israel?
DAVID.
El Rey volvió.
SAÚL.
¿Y con qué fin
Tiras ese arpón veloz?
JONATÁS.
Por si entras en la feroz
Provincia de Filistín:
Matar yo con valentía
Mucho bárbaro tropel,
Para ejercitarme en él,
Blanco de aquel tronco hacía.
SAÚL.
Cuando á encontrarte he querido
Volver, por darte ocasión
De que me pidas perdón
De tu culpa convencido,
Con juvenil ardimiento,
Sin darte ningún cuidado
Que yo me fuese enojado,
¿Flechas disparas al viento?
Deja el tiro, y no presumas
Con soberbia imitación,
Por parecerte á ese arpón,
Vestirte de vanas plumas.
Baja el arco.
JONATÁS.
Ya (1)
Te obedezco: el riesgo miro,
Pues ve que suspendo el tiro
David, y presumirá
Que es darle á entender que puede
Llegar seguro, aunque está
Aquí el Rey.
DAVID.
¿Si llegaré?
Pues asegurarme puede
El ver que no ha disparado
Jonatás.
SAÚL.
Más por mí hicieras
Si adiestrándote estuvieras,
No contra el robusto airado
Filisteo en fiera lid.
DAVID.
Yo llego.
JONATÁS.
Él viene: ¡hay mayor
Mal! Pues ¿contra quién, señor?
SAÚL.
Contra el pecho de David.
JONATÁS.
Él mismo me ha dado asunto
Por donde el remedio espero,
Pues por no enojarte quiero,
Ahora que al blanco apunto,
Adiestrarme desde aquí,
Para que no yerre el pecho
De David.
SAÚL.
Muy satisfecho
Me dejas.
JONATÁS.
¿Disparo?
SAÚL.
Sí:
Y aunque fingida la acción,
La flecha vaya derecha.
JONATÁS.
Pues haz cuenta que esta flecha
Le acierta en el corazón.
SAÚL.
Eso sí.
DAVID.
Lo que me empeña
Á llegar, me vuelve atrás:
¿Qué haré? Tiró Jonatás;
Que huya me dice esta seña.

Dispara hacia dentro.

SAÚL.
¿Acertaste?
JONATÁS.
Yo confío
Que en David lo mismo haré.

Vase David por donde estaba.

SAÚL.
Ahora sí que podré
Decir que eres hijo mío:
Busquémosle entre los dos;
Que uno ha de ser su homicida.

Vase.

JONATÁS.
No es posible; que su vida
Corre por cuenta de Dios.

Vase.

Salen Abisaí, Zaqueo y soldados.

ABISAÍ.
¿Dónde David estará?
No rehuséis el decillo,

1) Faltan dos sílabas á este verso.

Cielos: ¿dónde el gran caudillo
De la tribu de Judá?

Sale David.

DAVID.

Á hallar abrigo tan cierto,
Amigos, viene David (1).

Dentro Abner.

ABNER.

Esa senda es muy fragosa,

Dentro Saúl.

SAÚL.

Aunque es áspera, la sigo
Por buscar á mi enemigo.

DAVID.

Mirad cómo ya me acosa.

SAÚL.

Sígueme, Abner.

ABNER.

La aspereza
Los pasos me va cerrando.

DAVID.

Mi riesgo se va acercando;
Desta cueva fortaleza
Haremos: denos sagrado
En su obscura lobreguez
Ahora, pues otra vez
Hospedaje nos ha dado.
Ea, todos los demás
Entren delante de mí,
Porque yo y Abisaí
Nos quedaremos atrás.

ABISAÍ.

Entra tú.

ZAQUEO.

Haga esas pruebas
Otro, haga otro la guía;
Que yo tengo antipatía
Grandísima con las cuevas.

ABISAÍ.

Pues yo entraré; que arrogante
Llega el Rey en nuestro encuentro.
Ven, David.

DAVID.

Ya busco el centro.

Entran en la cueva.

ZAQUEO.

Entraré, pues van delante;
Ya el encubrirnos os toca,
Cueva hermana, en tal aprieto;
Mas ¿cómo tendrá secreto
Quien jamás cierra la boca?

Sale Saúl con un capote rojo ó manto.

SAÚL.

Gente parece que ha entrado
En ese centro escondido;
Y aunque Abner se me ha perdido,
Y Jonatás ha marchado
Por otra parte, rigiendo
Otra escuadra de soldados,
Por ver mis pasos logrados,
Aquí solo entrar pretendo,
Por ver si á David yo mesmo
Hallo. (¡Qué horrible es y fea
La gruta!) Entraré, aunque sea
Un bosquejo del abismo.

Salen David y Abisaí por la otra parte.

DAVID.

Como tenemos la entrada
De la cueva tan enfrente,
Y está obscuro, fácilmente
Se ve que por la rasgada
Quiebra entró Saúl.

ABISAÍ.

Y ve mal,
Que sin tino acá ha guiado
Los pasos.

DAVID.

Ponte á mi lado,
Y en el Cielo confiemos.

Sale Saúl, como que no ve.

SAÚL.

Como de la claridad
Vengo aquí, donde anochece,
Deslumbrado me parece,
Que es mayor la obscuridad;
Ciego, sólo horrores sigo.

Andando.

ABISAÍ.

David, ya el día llegó
En que Dios te prometió
Entregarte á tu enemigo,
Porque á tu elección se entienda
Que la venganza ha de ser.

DAVID.

No permita su poder,
Que yo al Rey ungido ofenda.
Antes tú, en peligro igual,
Porque mi lealtad se crea,
Tráeme encendida una tea.

ABISAÍ.

Voy á herir el pedernal.

Vase.

DAVID.

Llegaré, sin ser sentido,
Al Rey.

SAÚL.

¡Que ya que desdeña
La vista darme una seña,

(1) Faltan dos versos á esta redondilla.

No se la deba al oído!

DAVID.

Por fundar más lo que tanto
Le bastaba á persuadir,
Le voy procurando asir
La orla del regio manto,
Cortándole parte poca,
Aunque al decoro me atreva.

SAÚL.

Como he torcido la cueva,
Perdí de vista la boca.

Con un cuchillo le corta un pedazo de la capa.

DAVID.

Logré mi mucha osadía:
Toqué á Saul: ¡qué conflito!
Ya he cometido el delito:
Vendré á pagarle algún día.

SAÚL.

Hacia allí una antorcha luce,
Norte inquieto, pues al paso
Se mueve su ardor escaso
Del mismo que le conduce:
¿Si en prender este traidor
Algún exceso se atreve?
¿Dónde estás, David aleve?

Sale Abisaí con la tea encendida, y al volver Saúl halla á sus pies á David.

DAVID.

Á tus pies, Rey y señor.

SAÚL.

Tú junto á mí: ¿qué disculpa
Tendrás, sino que matarme
Quieres?

DAVID.

Antes de escucharme,
No me adjudiquéis la culpa.

Levántase.

Pero en indecencia toca
Que á Saúl, Rey de Israel,
Le cubra en vez de dosel
El techo de aquesta roca.

Tómale la tea.

Sal de ese albergue, que en vano
El sol verle procuró;
Que para alumbrarte, yo
La luz llevaré en la mano:
Sígueme sin ir sujeto
Al recelo; que en tal caso,
Para asegurarte el paso
Va delante tu respeto.

Andan.

SAÚL.

Si viene lleno de enojos,
¿Cómo mi furor sosiego?

DAVID.

Es que entraste al venir ciego,
Pero al salir ven tus ojos;
Mas ¿no ves la claridad
Que otra antorcha te previno,
Que hasta oirme aun te imagino
Dentro de tu ceguedad?

Entran por donde salieron, y dan vuelta al tablado, saliendo por la boca de la cueva.

SAÚL.

Ya veo el zafir azul,
Y ya el superior lucero,
Y ya tu disculpa espero.

DAVID.

Pues oye, invicto Saúl.
Supremo Rey de Israel,
Ya que cruel tu castigo
Tanto ha que pisa la senda,
Nunca hollada del delito,
Para obligarte á mis iras,
Ó darte menos motivos
De que en esta humilde garza,
Real neblí, tiñas el pico:
Desde el prólogo primero
De mi vida, determino
Ir hojeando los sucesos,
Por si los borró el olvido
De tu memoria, aunque en ella
Era justo, era preciso,
Rey y señor, que estuviese
Encuadernado este libro.
Cuando de escuadras armadas,
De crespos blancos armiños,
En las floridas campañas
Era rústico el caudillo,
Siendo bengala el cayado,
Y arnés cándido el pellico,
Enviaste á Isaí á mi padre
Con amorosos indicios,
Á rogarle que enviase
Á tu corte, y aunque he dicho
Que le rogaste, esta vez
Término impropio no ha sido;
Que entonces fué el ruego en ti
Lícito, pues aunque afirmo
Que tiene en lo temporal
Un rey superior dominio,
Son tributos reservados
Sólo para Dios los hijos.
Mas mi padre á tu presencia
Me envió, y los ásperos riscos
Que antes pisaba en el monte,
Troqué en los jaspes bruñidos
Del Palacio, donde hallé
En la púrpura de Tyro
También escondido el áspid,
Cuando engañoso y nocivo
Presumí que le dejaba

Emboscado en los tomillos.
Aquel espíritu impuro,
Que en ti empezó, fue ministro
De la justicia de Dios,
Por haber dejado vivo
Al Rey de Amalech (1):
Metió en tu pecho perfidio
Su rabia infernal, haciendo
Que airados y enfurecidos
Tus ojos, vertiesen fuego,
Y no llanto compasivo,
Y en tu boca fuesen bascas
Los que iban á ser suspiros.
Mas yo, cuando á tan ardiente
Pasión estabas rendido,
Manejaba el instrumento,
Y tu intolerable abismo,
De aquel sonoro beleño
Blandamente adormecido
Se iba quedando, pues prontos
Los dedos ya, y ya remisos,
Al rebatir de las cuerdas,
Lo que en ellas fué gemido,
Sin dilación en tu pecho
Se pasaba á ser alivio.
¿Quién creyera que una dulce
Cadencia hubiera rendido
De tan pesada cadena
Los eslabones prolijos?
¡Inescrutables secretos
De Dios! pues para este auxilio
Ordenó su Providencia
Que en tanto que á su albedrío
Mi ganado hollaba el valle,
Yo, entregado al ejercicio
Sonoro, estuviera en él
Tan diestro, que cuando herido
Le sonaba el instrumento
En la quiebra de algún risco,
Naturalmente ayudadas
Allí de lo insensitivo,
Era cada oveja un mármol,
Suspensas al dulce hechizo
Del arpa; y si alguna dellas
Le interrumpía, medido
El acento de su voz,
Con el contrapunto mío,
Aunque á su madre llamaba
Con amoroso cariño,
Parecían, siendo quejas,
Consonancias los balidos.
De las huestes filisteas
Asustado, con las tribus
De Israel fuiste marchando
Hacia el valle Terebintho.
Y estando tu campo á vista
Del ejército enemigo,
Vimos salir de sus reales
Un corpulento prodigio
De estatura formidable;
Vestía un arnés, que quiso,
Por ser dragón de metal,
Que la fragua y el martillo
Se le grabasen de escamas,
Con un escudo de limpio
Acero cubierto el pecho,
Un corvo alfanje ceñido,
Y todo un árbol por lanza,
Que sin fatiga ó perjuicio
Del brazo, de hojas desnudo,
Como de estragos vestido,
Nacido había en aquel
Monte de miembros macizo.
Plantado entre los dos campos,
Á singular desafío
Llamaba á uno de los nuestros;
Pero todos, escondidos
Entre el temor y el silencio,
No se hallaban á sí mismos.
Y yo, viendo que un profano
Idólatra, incircunciso,
Cargado de infame duelo
Dejaba el pueblo escogido
De Dios; para el duro encuentro,
Licencia, Saúl, te pido;
Y aunque dudoso á mi instancia,
Me concedes que al peligro
Me arroje, y para el combate
Mandas que tu yelmo mismo
Me pongan: dasme tu espada:
Con respeto me la ciño.
Mas para ver si veloz
Ó torpe el acero esgrimo,
Hago la prueba, y el brazo,
No acostumbrado al estilo
De tales armas, se halló
Tan extraño en su ejercicio,
Que por no ponerlo en duda,
Quitándomelas, elijo
Cinco piedras de un arroyo,
El cayado al brazo aplico,
La honda rodeo al cuerpo,
Y armado del temple fino
De la fe, que es peto fuerte,
Hecho á prueba de peligros,
Á vista del filisteo
La verde palestra piso.
Despreciôme su arrogancia,
Pero irritado y movido
De mis razones, dispuso
Hacer batalla conmigo.
La honda tomo, y una piedra
Tan cierta á su frente envío,
Que juzgué que la sirvió
De precepto el estallido;
Con que sus vitales basas
Quebradas, al suelo vino
Aquel de naturaleza

(1) Verso incompleto. Parece que lo que falta es *Agag*, nombre del Rey de los Amalecitas, á quien perdonó la vida Saúl.

Desmesurado edificio.
Y quitándole el alfanje,
La cabeza le divido
De los hombros, que en mi mano
Pendió de sus bastos rizos.
Su gente huyó, y en su alcance
Tus caballos impelidos
Para que se detuviesen
Los llamaban á relinchos.
Este fué mi primer triunfo,
Este, Saúl, fué el principio
Con que aseguré en tu mano
El cetro, sin otras cinco
Victorias que en nombre tuyo
Mi valor ha conseguido,
Para establecerte el reino,
Que goces felices siglos.
¿Pues por qué, señor, el odio
Tanto ha de poder contigo,
Que huyéndole á tu rigor
El rostro airado y esquivo,
Me ha de tener siempre el monte
Por su huésped foragido?
Cuando de Jerusalén
Salí, y llegué peregrino
Á Niobe (1); Ahimelech,
Sacerdote, conmovido
De ver mi hambrienta miseria,
Me dió los panes acimos,
Aunque estaban reservados
Para los sacros ministros
Del templo, porque en la ley
Dispensó allí lo preciso
De la piedad; y tú, airado,
Después que te dió el aviso
Doeg Idumeo, que entonces
Presente fué al beneficio,
Mandaste que Ahimelech
Fuese pasado á cuchillo
Porque alivió mis trabajos,
Con otros ochenta y cinco
Sacerdotes del Señor.
¿Qué constitución, qué rito
Manda que la caridad
Sea capaz del castigo?
¿Cuándo la piedad fué rea?
¿Cuándo se vió en el suplicio
El hacer bien? ¿Ni qué imperio,
Sino el tuyo, ha establecido
Que fuesen las buenas obras
Confirmadas por delito?
¿Por qué, señor, me persigues,
Cuando en lo leal imito
Al can, que pisado acaso
Del dueño, aunque sienta esquivo
Dolor, mirándole al rostro,
Le saluda con cariños,
Lamiéndole el pie, que fué
Instrumento fortuito
De su daño, en vez de dar,
Colérico y vengativo,
Al desenojo la presa,
Y la querella el ladrido?
¿En qué te ofendí? Si acaso
Las finezas, los servicios
Son crímenes contra ti,
Muchos, Rey, he cometido.
El Señor entre los dos
Sea Juez; y si el registro
De mis cargos fuere cierto,
Recto pronuncie el castigo.
La muerte te pude dar
En la cueva, y para indicio
Desta verdad, reconoce
Este trozo dividido
De la orla de tu manto;
Que la obscuridad y el sitio
Permitió que le cortara,
Cuando pudiera atrevido
Matarte, y que éste sea
El postrero beneficio,

Sale Abner.

Y el mayor; porque revoques,
Señor, el decreto impío
De tu indignación, en tanto
Que el aire en su imperio limpio,
La tierra en su vasto seno,
El agua en su centro frío,
El fuego en su esfera ardiente,
Son desta verdad testigos;
Pues con leal vasallaje
Á tus Reales pies me rindo.

SAÚL.

Alza, David: aquí es fuerza (Aparte.)
Torcer el tesón remiso
De mi enojo, y más hallando
Tan contingente el peligro,
Por verme entre mis contrarios.
Yo te otorgo cuanto has dicho.
Mas como tal vez el odio
En un pecho envejecido
Reverdecer suele, es bien
Que te apartes de mí: aplico
Al tósigo de mi enojo
El antídoto preciso
De la distancia; David,
Vete en paz.

DAVID.

Tu gusto sigo.

SAÚL.

¡Que á dividir un pedazo
Del regio manto que visto,
Osara! ¡Ah, Samuel sagrado,
Cómo acordarme has querido
De cuando te rasgué el tuyo!
Tristes presagios prolijos

(1) *Nabe*, según el texto del Libro 1.º de los Reyes, capítulo XXI.

De la división del reino
De Israel todos han sido.
¿No te vas?

DAVID.

Ya te obedezco:
Los que en la cueva conmigo
Entraron, ¿á dónde están?

ABNER.

Por la otra quiebra han salido,
Que corresponde hacia el llano.

DAVID.

Pues ven, que ya que me libro
Por ahora de Saúl,
Á los contornos floridos
Del Carmelo marchar quiero,
Á castigar el delito
Del necio Naval.

SAÚL.

David,
Yo deseo ser tu amigo,
Pero lejos de ti.

DAVID.

Yo,
Como á Rey por Dios ungido,
Reverenciaré tu nombre
Desde el más remoto sitio.

SAÚL.

¡Ah, Samuel santo! Tu mano
Les deshereda á mis hijos.

JORNADA TERCERA

Sale Abigail por lo alto de un monte con muchos villanos, con cestas de presente; y por lo alto de otro monte David, Abisaí y soldados tocando cajas.

ABIGAIL.

Aquél es el Hermón, basa del cielo.

DAVID.

Aquellas son las cumbres del Carmelo.

ABIGAIL.

Pues publicad con rústicas canciones,
Que á David le llevamos estos dones.

DAVID.

Pues ya que ir contra Naval pretendo,
Dígalo á voces el marcial estruendo.

ABIGAIL.

Y al dulce son moved el paso ufano.

DAVID.

Y al son del parche descended al llano.

Empiezan á bajar, tocando á una parte clarines y cajas, y á otra cantando lo que se sigue, todo á un tiempo.

MÚSICOS.

Porque David el fuerte
Alegre las reciba,
Pobres demostraciones
La Fe las hace ricas.

DAVID.

¿No oís lo dulce de uno y otro acento?

ABIGAIL.

¿No escucháis el rumor que asusta el viento?

DAVID.

¿No veis rústica tropa que desciende?

ABIGAIL.

¿No veis marcial tropel que el monte hiende?

ZAQUEO.

Y es gente de Naval, según promete:
Sácolo por el rastro del vejete.

ABISAÍ.

Y escuadra es de David; ¿no ves con brío,
Largo hasta en meter guerra aquel judío?

DAVID.

Si me embiste con vanas esperanzas,
Muera en nombre del Dios de las venganzas.

ABIGAIL.

Si David viene á darnos el castigo,
Mi humilde rendimiento va conmigo.

DAVID.

Pues volved á tocar, porque marchemos.

ABIGAIL.

Pues cantad otra vez, y caminemos.

Tocan, y vuelven á cantar, y bajan al teatro.

ABIGAIL.

De rodillas.

Heroico caudillo hebreo,
La que está á tus pies rendida
Es Abigail, que humilde
Besa la tierra que pisas.
Juzga, que la inobediencia
De mi esposo ha sido mía,
Y como culpada en ella,
Á mí sola me castiga.
No arruines los contornos
Del gran Carmelo, ni tiñas
De nuestra sangre las flores,
Con que su falda matiza.
Ya muerto Naval, mi esposo,
Á esta acción se determina
Esta tu esclava, que ufana
Conduce pobre familia,
Para traerte, señor,
Dones que, aunque no consigan
Ser obras de la opulencia,
Son del deseo primicias.

DAVID.

Abigail la prudente,
¿Para qué á mis pies te humillas,
Cuando te sube tu nombre
Sobre las estrellas mismas?
Bendito el Dios de Israel
Sea, que con su divina
Mano te trujo á mis ojos;

El lenguaje con que explicas
Tu humildad, bendito sea;
Pues tú, Abigail, bendita
Delante del Señor eres,
Como entre todas las hijas
De Sión; que sola tú
Pudieras templar las iras
De David, pues tus palabras,
Más que tus dones, me obligan.
Recibid agradecidos
Esto que Dios nos envía:
Abigail, satisfecha
De tu virtud, la divina
Providencia del gran Dios,
Que sea tu esposo me avisa.

ABIGAIL.

En mi humildad la obediencia,
Mis aciertos acredita.

DAVID.

Dichoso seré en tus ojos.

ABIGAIL.

Contigo aumento mis dichas.

DAVID.

Vete en paz; que el horizonte
Que viene la noche avisa.

ABIGAIL.

El Dios de Jacob te guíe.

ABISAIL.

Discreta y hermosa, admira.

DAVID.

Una inclinación honesta
Acá en la idea la pinta.

ABIGAIL.

Un halagüeño respeto
Á que le admire me obliga.

DAVID.

Á las demás aventaja,
Como, de nácar vestida,
Vence á las plebeyas flores
La rosa entre las espinas.

ABIGAIL.

Bizarro á todos prefiere,
Cual suele en selva florida
El árbol que lleva el fruto,
Que grana y oro matizan.

DAVID.

Cual bello espeso cabrío
Del Galad, se precipita
Su cabello por los hombros,
Se despeña en ondas ricas.

ABIGAIL.

En lo atractible, parece
Que al fragante cedro imita,
Que sobre el Líbano prueba
Su incorruptible hidalguía.

DAVID.

Toda es perfecta á los ojos.

ABIGAIL.

Todo es amable á la vista.

DAVID.

Bendígala siempre el Cielo.

ABIGAIL.

Siempre el Cielo le bendiga.

DAVID.

Hágala el clarín la salva.

ABIGAIL.

Y vuestras voces repitan
De David las alabanzas.

DAVID.

El sol su belleza envidia.

Tocan cajas y clarines, y éntranse Abigail y sus pastores, cantando á un mismo tiempo, y quédanse David y Abisaí.

DAVID.

¿Quién de vosotros se atreve
Á bajar á la campaña
Conmigo? Porque á esta hazaña
Nuestro Dios mis pasos mueve.
El Filisteo cercado
Tiene á Saúl, y ha de ver
Que no le quiere ofender
Quien su vida ha asegurado.
Ya viene el silencio mudo
De negras sombras cubierto,
Y bajar quiero al desierto,
Donde Dios librarme pudo
De los sangrientos rigores
De Saúl.

ABISAÍ.

Yo bajaré
Contigo, que estimaré
Tus peligros por favores.

DAVID.

Imitas en el valor
Á Joab tu hermano.

ABISAÍ.

Intenta,
Pues Dios tus pasos alienta,
Un hecho heroico, señor.

DAVID.

Al campo del Rey iremos.

ABISAÍ.

Osaré morir contigo.

DAVID.

Que quiero que seas testigo
De mi intento.

ABISAÍ.

Pues lleguemos.

DAVID.

Es menester una espía
Para lograr mi deseo.

ABISAÍ.

Soldados tienes, Zaqueo.

Aparécese Zaqueo en lo alto del monte.

ZAQUEO.

Sólo á mí me llama el día,
Y ha de salir sin nublado.

DAVID.

El temor puedes perder.

ZAQUEO.

Ya no tengo que temer;

Que lo temí adelantado.

DAVID.

Ven conmigo.

ZAQUEO.

¡Qué ligero
Que lo pronuncias!

DAVID.

En vano
Te excusas.

ZAQUEO.

Es que en lo llano
Me espera el sepulturero.

ABISAÍ.

Ea, hemos bajado al llano.

ZAQUEO.

No es muy llano el bajar yo.

DAVID.

Aunque la noche formó
Sombras de silencio vano,
En cuyos negros tapices
Nuestro horizonte se encubre,
El pabellón se descubre
Del Rey.

ABISAÍ.

Pues, señor, ¿qué dices?

DAVID.

Que he de entrar en él advierte;
Que para este grave empeño
Dios les ha infundido un sueño,
Que parece que la muerte
Descansa en él tan segura,
Que si el sol los alumbrara,
Nuestra vista los juzgara
Lienzos de vana pintura.
Postrados en tierra están
Como flores que se hielan
Al cierzo, hasta los que velan.
El campo todos me dan,
Por divina permisión:
Generoso aliento, llega,
Que el sueño y la sombra ciega
Dan á mi intento ocasión.
Una antorcha está encendida
En el pabellon Rëal.
Saúl duerme.

ABISAÍ.

Sea fatal
Noche de su ingrata vida.
Si es tu enemigo mayor,
Que te amenaza y persigue,
Tu seguridad te obligue;
Dale la muerte, señor.

DAVID.

¿Qué dices? ¿Quién te privó
El seso? Es de Dios ungido
El Rey, y tú, inadvertido,
¿Quieres que le mate yo?
Si sólo porque atrevido
Á su ropa osé cortar
La orla, para mostrar
Mi inocencia, perseguido
De su tirana violencia,
En la mía no hallaré
Abrigo algún tiempo, que
Dios me ha dado esta sentencia:
¡Advierte si ahora osara
Poner la mano ¡ay de mí!
Violenta en el Rey aquí,
El castigo que esperara!
No pondré violenta mano
En el ungido de Dios.

ABISAÍ.

¿Á qué venimos los dos?

DAVID.

No á un hecho tan inhumano;
Ya veo á la cabecera
Su lanza.

ABISAÍ.

Pues si me das
Licencia, David, verás.....

DAVID.

Si tu labio persevera
En su ofensa, ¡vive el Cielo.....

ABISAÍ.

Entra, y tu enojo reprime;
¡Que las piedades estime
Más que su mismo recelo! (Aparte.)

DAVID.

Zaqueo se ha de quedar
Fuera, por si algunas guardas.....

ZAQUEO.

Con tu ausencia me acobardas.

ABISAÍ.

¿Pues no sabrás avisar
Si en el peligro nos ves?

ZAQUEO.

Primero, si en él me veo,
He de avisar á Zaqueo,
Que ponga en cobro los pies.

ABISAÍ.

¡Que tantas veces te fíes
De Saúl! ¡Qué gran simpleza!

DAVID.

Yo he de vencer su dureza
Á puras lealtades mías.

Vanse.

ZAQUEO.

Pintan al sueño y la muerte
En todo muy parecidos,
Pues yo soy de los dormidos
Con un gato que despierte.
Cualquier estruendo importuno
Me da asombros, me da espantos.
Si todos duermen, de tantos
¿No podrá roncar alguno?
Bien pudiérades, Dios mío,
También hacelles callar;
Pero pienso que el roncar
Entra en el libre albedrío.
Ningún remedio se aplica,

Porque á estas muertes se ignora,
Al cocodrilo si llora,
Y á la víbora si pica;
El basilisco mirando,
Fingiendo la voz la hiena,
Engañando la sirena,
Y los soldados roncando.
Con la voz terrible y bronca
Hablan los que están riñendo;
¿Pero que estando durmiendo
Quieran echarme una ronca?

Dentro Abisaí y David.

ABISAÍ.
Déjame, Señor.

DAVID.
Detente.

ABISAÍ.
Yo excusaré tu peligro.

ZAQUEO.
Ea, ya despierta el mundo,
Y me han de matar á gritos;
Que matar á un hombre á palos,
Ni es novedad, ni es capricho.

Sale Abisaí con la lanza, y deteniéndole David.

ABISAÍ.
Déjame, David, que tome
Venganza de tu enemigo;
Que con la herida primera,
De mi heroico aliento fío
Que se excuse la segunda.

DAVID.
Para ser grave delito
Basta tu imaginación,
Pues te da traidores bríos;
Muestra, Abisaí, su lanza;
Que esta prueba me permito

Dásela.

Para que conozca el mundo,
Pues los cielos ya lo han visto,
Que perseguido le guardo,
Y le perdono ofendido.
Como es tan seco el desierto,
Sin fuente, arroyo, ni río,
De otros campos traen el agua
Al Rey; que en su tienda vimos
De agua un pequeño barril.

ABISAÍ.
¿Pues qué intentas?

DAVID.
Determino
Que sea la segunda prenda
Que me sirva de testigo,
Que no le maté pudiendo,
Pues le tiene Dios dormido;
Entra, Zaqueo, por él.

ZAQUEO.
Eso no está muy bien dicho,
Ni en su lugar; si los tres
Á ser piadosos venimos,
¿Cómo envías por el agua
Á su mayor enemigo?
Que la hará dos mil afrentas,
Permitiendo, vengativo,
Que ande mientras viva en cueros,
Con los pasos mal medidos.

DAVID.
Acaba.

ZAQUEO.
Vaya en mi ayuda
El que crió á los judíos.

Vase.

ABISAÍ.
Pues, David, si nos volvemos
Antes de ser conocidos,
¿Cómo sabrán que eres tú
Quien pudo en letargo frío
Dar la muerte al Rey?

DAVID.
Verás,
Que me descubro y me libro.

Saca Zaqueo un barril pequeño.

ZAQUEO.
Calla, válate el diablo,
¿Quieres que seamos sentidos?

DAVID.
¿Por qué no vienes callando?

ZAQUEO.
Ese pleito no es conmigo;
Viene cantando una rana
En el barril, y el ruido
Nos puede echar á perder.

DAVID.
Tus miedos te lo habrán dicho:
Porque aunque en él estuviera,
Es tan breve y corto el sitio,
Que por ser tan poca el agua,
No cantará.

ZAQUEO.
Pues yo he visto
No á una rana, sino á muchas,
Cantar en medio cuartillo.

DAVID.
Subamos al monte ahora.

ZAQUEO.
Por ser tan breve el camino,
Iré, si me das licencia,
Al Carmelo.

DAVID.
Este servicio
Te premiará tu cuidado.
Dí á Abigail que á los limpios
Albores del sol iré
(Pues son decretos divinos)
Á ser dichoso en sus ojos.

ZAQUEO.
La moza lo ha merecido

Porque cuando no tuviera
Más dulce y sabroso hechizo,
Que ser liberal, bastaba
Para casarla conmigo.

Vase.

Suben al monte David y Abisaí.

DAVID.
¡Ah, soldados! los que al Rey
Guardáis, ¿cómo en el peligro
Dais al descuido el valor,
Sabiendo que hay enemigos?

Sale Abner.

ABNER.
¿Quién da voces en el monte?
DAVID.
Si eres de los que han tenido
Cuidado de la persona
Del Rey, en verdad te digo
Que mereces graves penas.

Sale Saúl.

SAÚL.
¿Quién turba el silencio frío
Con vanos acentos, cuando
Descansa el Rey?
DAVID.
El mismo
Que pudo matarle dentro
De su tienda.
SAÚL.
¡Ó es el oído
Quien se engaña ¡cielos! ó esta
Es voz de David! Amigo,
Que me avisas tan piadoso,
¿Eres David?
DAVID.
Siervo indigno
Soy tuyo: yo soy David,
Invicto Rey, y te aviso
Del peligro en que has estado,
Como fuera tu enemigo
Quien te halló durmiendo y solo;
Y serán fieles testigos
Tu lanza y barril del agua,
Que por fe de tu peligro
Tomé de tu misma tienda.
SAÚL.
¡En qué entrañas han cabido
Tantas piedades! David,
Ya te doy nombre de hijo,
Pues me aguardas, cuando yo
Tan severo te persigo:
Baja á mis brazos.
DAVID.
Los cielos,
En quien mis defensas libro,
No quieren que yo me fíe
De tu voz, cuando ya he visto
Experiencias de tu enojo.
SAÚL.
Con lealtades me has vencido;
Baja, David.
DAVID.
Mis temores
Lo estorban.
SAÚL.
Yo soy tu amigo.
DAVID.
Tu corazón y tu voz
Son contrapuestos distintos.
SAÚL.
¿No soy tu Rey?
DAVID.
Sí, señor.
SAÚL.
Pues obedece.
DAVID.
¿Es delito
La obediencia, cuando el Cielo
Me enseña en ella el peligro?
SAÚL.
¿Pues qué intentas?
DAVID.
Huir la muerte,
Desterrado y peregrino.
SAÚL.
¿No es mejor que yo te ampare?
DAVID.
Mi guarda á los montes fío.
SAÚL.
¿Por qué?
DAVID.
Porque son más firmes.
SAÚL.
Sólo tu bien solicito.
DAVID.
Queda en paz, señor.
SAÚL.
Espera.
DAVID.
Valedme, peñascos fríos:
¡Ah, Saúl, guárdete el Cielo
De tus fieros enemigos!
SAÚL.
¡Ah, David! Tú reinarás;
Que así el Profeta lo dijo.

Vanse.

Salen el Vejete y Zaqueo, cada uno por su parte.

ZAQUEO.
Esté en buen hora el Vejete.
VEJETE.
Y vos vengáis en mal hora.
ZAQUEO.
Esa es intención traidora,

Que está llamando un cachete;
Mas por no desbaratar
Esa estatua hecha de olvidos,
De los años carcomidos,
Que en ti han venido á parar,
Lo dejaré.

VEJETE.

Quien me ultraja
Con voz de tan viejo, miente.

ZAQUEO.

Como conserva la gente
Los nísperos entre paja,
Así, por tener seguros
Los siglos pasados, vi
Que los guarda el tiempo en ti,
Donde los tiene maduros.
Tu señora ya estará,
De lo serrano olvidada,
Con galas de desposada.

VEJETE.

¡Y que el sol la envidiará,!
Que su hermosura le ciega.
Siendo de David mujer:
Galas de corte han de ser.

ZAQUEO.

Mas ya sale y David llega.

Sale David por una parte y Abigail por otra.

DAVID.

Quiere el gran Dios de Israel
Que te elija por esposa,
Y yo esta unión venturosa
Hoy la debo á ti y á él.
Y haciendo con pecho fiel
Una cuerda distinción,
Acudo en esta ocasión,
Entre amor y reverencia,
Al Cielo con la obediencia,
Y á ti con la estimación.
Viviendo, mísero y necio,
Naval no me socorrió,
Y muriendo, en ti me dió
La prenda de mayor precio.
Trocó en favor el desprecio,
Porque ocasionó en Naval
La muerte mudanza igual
Que su avaro proceder;
Sólo dejando de ser,
Pudiera ser liberal;
Mas ya que á esa dicha llego,
Darme tu mano es razón.

ABIGAÍL.

Con ella la posesión
Del albedrío te entrego.

Tocan un clarín y caja.

DAVID.

Turbó un clarín mi sosiego.

ABIGAIL.

Si Saúl te sigue airado...

DAVID.

Jonatás de este cuidado
Nos sacará, pues ligero,
Como ve que ya le espero,
En un caballo ha llegado.

Tocan, y sale Jonatás á caballo.

JONATÁS.

Si con fe de tantos días,
Tu amor, David, merecí,
Suspende ahora por mí
Las festivas alegrías:
Mi padre y yo... ¡ay penas mías!

DAVID.

¿Volvéis á matarme?

JONATÁS.

No,
Que mi pesar no llegó
Á ser de tanto desvelo;
Defienda tu vida el Cielo,
Y muera mil veces yo.
Ocupan los filisteos
Los montes de Gelboé,
Y Saúl, que siempre fué
Ambicioso de trofeos,
Marcha con pocos hebreos
En su busca, y su osadía
Le sigue, que es deuda mía,
Cuando una trágica muerte
Á él y á mí nos advierte
De Samuel la profecía.
Yo, viendo breves los plazos,
Antes que con noble fe
La vida al peligro dé,
Vengo á darte á tí los brazos,
Y si quedo hecho pedazos
Entre el polvo y el tropel,
Como soy tu amigo fiel,
Al sacarme el corazón
Huirá el bárbaro escuadrón,
Porque tú estarás en él.

DAVID.

Pues con oirte me aliento
Á seguirte: esto ha de ser.

ABIGAIL.

Pues mi amor ¿no ha de poder
Vencerte?

JONATÁS.

Muda de intento.

ABIGAÍL.

Tu ausencia temo.

JONATÁS.

Y yo siento
Tu riesgo.

DAVID.

¡Ah, si mi atención
Pudiera en esta ocasión
En los dos con fiel empleo,
Ya que divide el deseo,
Partir la demostración!

JONATÁS.
Dios, que á los demás te excede,
Que no te arriesgues querrá.
DAVID.
Pues sólo me detendrá
Pensar que mi intento puede
Ofender á Dios; mas quede
Á solas con él mi fe
Por si alcanzo que me dé
Algún aviso.
JONATÁS.
Tu celo
Te obligue.
ABIGAIL.
Propicio el Cielo
Á tus aciertos esté.
JONATÁS.
Y porque á mi padre sigo,
Amigo, adiós, que ya espero
Que este lance sea el postrero.
DAVID.
Iré yo á morir contigo,
Si el Cielo lo quiere, amigo

Cajas.

JONATÁS.
Ya marchan.
DAVID.
¡Alma, llorad!
JONATÁS.
Adiós.
DAVID.
De tu verde edad
Se duela.
JONATÁS.
¡Aquí es el valor!
DAVID.
¡Qué tristeza!
JONATÁS.
¡Qué dolor!
ABIGAIL.
¡Y qué ejemplo de amistad!

Vanse, y queda David solo de rodillas.

DAVID.
Señor, de la indignación
De Saúl no me aseguro;
Que no hay buril contra el duro
Bronce de su obstinación.
Y entre los daños ímpios
Que temo, me aflige más
El riesgo de Jonatás,
Que no los trabajos míos.
Guiadme porque le defienda,
Si conviene, en trance igual,
Y esa antorcha celestial
Salga á enseñarme la senda.
Aunque es humilde y pequeño
Mi ruego, habrále escuchado
El Cielo, pues ha tomado
Ya por intérprete el sueño.

Recuéstase á dormir, y aparecen dos ángeles en lo alto, que van bajando, cantando estas coplas, hasta abajo, donde está un altar que, cubierto con una nube, tiene una imagen de Nuestra Señora y del Niño Jesús debajo de ella, y en llegando al altar sube todo arriba, quedando David por tronco del árbol, de donde van subiendo los ángeles y el altar hasta lo alto.

ÁNGEL 1.°
David, prevente á las dichas,
Pues con repetidas glorias,
Forma de felicidades
Desde hoy tus trabajos toman.
ÁNGEL 2.°
Que te reserves del riesgo
Quiere Dios, ya que te nombra
Por basa fundamental
De fábricas misteriosas.
ÁNGEL 1.°
Serás el fértil terreno
Que brote en distinta copia
Flores bellas, con que el cielo
Un ramillete componga.
ÁNGEL 2.°
María, pura azucena,
Abrirá cándidas hojas;
Y Jesús, clavel divino,
Teñido en su sangre propia.
LOS DOS.
Y la tierra, con voz de aplauso heroica,
Y el cielo á un mismo tiempo
Con música sonora,
Den el cetro á David, y á Dios la gloria.

Cúbrese con música y levántase David.

DAVID.
Lo que á mis padres Jacob
Y Abraham, con prodigiosas
Señales distes á entender,
Segunda vez me lo informas:
Señor, tu grandeza alabo;

Cajas.

Pero ya las cajas roncas,
Aunque lejos, dan aviso,
De que se embisten las tropas.
Dios manda que no me arriesgue,
Y así es fuerza que no rompa
Sus preceptos, aunque veo
Que esta obediencia es costosa,
Pues no ayudo á Jonatás.
Pero mucho más me importa
Guardar el orden del Cielo:
Voy á juntar, aunque es poca,
Mi gente, y ya que no puedo
Ir á entrar en la remota
Batalla, estaré á la mira,

Por si la ley rigurosa
Que contra Israel pronuncia,
Piadoso Dios la deroga.

Arma.

Vase, y vuelven á tocar, y sale Abner con la espada desnuda.

ABNER.
Ya los filisteos vencen,
Y con miserable rota
El pueblo de Dios padece
Crueldades que el rigor forma.
Cayó el Rey del carro, y como
Sangriento espín de copiosas
Flechas cubierto, sañudo
Se revuelve entre las tropas.
Subiré á la cumbre, adonde
El y Jonatás ahora
Llegan; que el morir con ellos
En mí es deuda, y no lisonja.

Éntrase Abner, y tocan, y bajan despeñándose hasta el tablado Saúl y Jonatás, con flechas en las rodelas sangrientas.

SAÚL.
Filisteos, ya os vengasteis
De Saúl.

JONATÁS.
¡Qué bien se logran,
Samuel santo, tus avisos!

SAÚL.
¡Ah, David, veráste ahora
Seguro de tu peligro!
¡Que sus piedades esconda
Dios para el Rey de Israel!
¿Dónde sus misericordias
Están? Mas pues me las niega,
Con voces que el aire rompan,
Quiero quejarme del Cielo.

JONATÁS.
¿Quién es el que al Cielo enoja?

SAÚL.
¡Hijo!

JONATÁS.
Señor.

SAÚL.
¡Otra pena!
¡El divino brazo toma
También en ti la venganza!
Si el delito no te toca,
¿Cómo te ha comprendido
Á ti la ley rigorosa?

JONATÁS.
Justo es el Juez, y será
Culparle imprudencia loca.

SAÚL.
Porque en las últimas ansias,
Que por puntos nos congojan,
Los dos acabemos juntos,
Aunque mortales lo estorban
Las heridas, uno á otro
Nos acerquemos.

JONATÁS.
Ahora
Llegaré arrastrando á darte
Los brazos.

SAÚL.
Los míos toma;
Aunque es el dolor de verte
La flecha más venenosa,
Que ha llegado á concluir
Lo que empezaron las otras:
Jonatás, yo muero.

JONATÁS.
Y yo
Entre mortales congojas
De ti me aparto.

Vase cayendo.

SAÚL.
Detén
Sentencia tan rigorosa,
Muerte, pues poco te cuesta,
Dilata mi vida un hora,
Hasta que mate á David.
No le permitas la gloria
De que viva, pues yo muero;
¿No quieres? Pues poco importa;
Que en sabiendo que yo he muerto,
Le ha de matar mi memoria.

Dentro soldados.

SOLDADO 1.°
¡Ea, soldados, huyamos
Todos al Cedrón!

SOLDADO 2.°
¡Victoria!

Entra cayendo Saúl, y salen todos.

DAVID.
Á ese que me trae alegre
El aviso de que rotas
Las escuadras de Israel
Quedaban, y la persona
De Saúl luchando ya
Con la muerte y la congoja,
Cuelguen de un tronco.

ZAQUEO.
¿Así premias
El venir con presurosa
Diligencia, y darte nuevas,
Creyendo hacerte lisonja,
Del peligro en que se halla
Tu enemigo?

DAVID.
Más me enoja

Que me sirve: ejecutad
El castigo.

ZAQUEO.

Ya le ahorcan:
Mensajero sois, amigo,
Mas con albricias de soga.

DAVID.

Las desdichas de su Rey
Las juzga David por propias.

Sale Abner.

ABNER.

Librarme ha querido el cielo,
Porque puesto á tus heroicas
Plantas, del triste suceso
Te informe.

DAVID.

Ya llega ociosa
Tu noticia: ¿murió el Rey?

ABNER.

Y con él, en edad corta,
Jonatás, tu grande amigo.

DAVID.

Eso entristece mis glorias:
Montañas de Gelboé,
Que de aquesta lastimosa
Tragedia fuisteis teatro,
Jamás caiga en vuestras rocas,
Ni la lluvia de las nubes,
Ni el rocío de la aurora.

ABNER.

Con los despojos huyeron
Los filisteos, y todas
Las reliquias de las tribus
Que quedaron, se conforman
En marchar hacia el Cedrón,
Donde con aplauso y pompa
Te están, David, aguardando
Para darte la corona.

ABISAÍ.

Ya que su palabra cumple
Dios, es bien te dispongas
Á obedecerle.

DAVID.

Marchemos
Al Cedrón.

ABISAÍ.

Hoy te coronan
Tus méritos.

TODOS.

¡David viva,
Rey de Judá!

DAVID.

Y aquí ponga
Fin á las persecuciones
De David su heroica historia,
Y solicite el perdón
El asunto de sus glorias.

FIN.

EL INOBEDIENTE Ó LA CIUDAD SIN DIOS

COMEDIA FAMOSA

EL INOBEDIENTE

Ó

LA CIUDAD SIN DIOS

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

EL REY DANFANISBO.	EL DEMONIO.	SACERDOTISAS.
MARÍA, DAMA.	DELIO, SOLDADO.	TRES PRESOS.
PETRONIA (1), INFANTA.	LIRNO, GALÁN.	DIOS PADRE.
LISBEO, CAPITÁN.	MARIO, GALÁN.	CORIDÓN.
FENICIA, DAMA.	FRONIBO.	BROFER.
LIBERIO, GALÁN, PRÍNCIPE.	ROSANIO, GALÁN.	ILBERA.
	MÚSICOS.	

JORNADA PRIMERA.

Lirno, Delio y Mario, soldados atados; Fenicia, Ilbera.

LIRNO.

Perezcan entre estos montes
Y vuelva el esquife al mar.

FENICIA.

¡Amigos!

DELIO.

Quédense á dar
Leyes á estos horizontes.

ILBERA.

¿Es posible que queréis
Dejarnos de aquesta suerte
En las manos de la muerte?
¡Mario, Lirnio!

DELIO.

No os canséis;
Vaya el esquife á la mar,
¡Boga, boga!.

FENICIA.

¡Ah, gente ingrata!
¿Así vuestro Rey se trata?
Aguardad.

LIRNO.

¿Qué es aguardar?

Vanse.

IBERIO.

¿Cómo es posible, enemigos,
Que os mostréis sordos y mudos
Á las voces de los tristes?
¿No hay ley, no hay Dios en el mundo?
¿Por qué delitos, qué culpas,
Qué sinrazones, qué insultos,
Nos dejáis entre estas peñas,
Entre animales y brutos?
¡Plega á Dios que el mar se altere,
Que en su estómago profundo,
Entre montes de agua y viento
Os dé el postrero sepulcro!
¡Plega á Dios que este pavón

(1) Así se lee este nombre en el curso de la comedia, y también *Petrolia;* pero la lista de interlocutores dice *Percilia.*

Que abriendo espumosos sulcos
Corre, escarbando las aguas,
Retoza en los golfos turbios,
Corsando entre pardas peñas
Pierda el norte, y en un punto,
El que es un leño á sus ojos,
Parezca á los ojos muchos!
¡Justicia contra ti, reino perjuro,
Pues castigas los buenos y los justos!

FENICIA.

¡Que se va la loca nave!
¡Que nos deja, y que Neptuno,
Por sus turquesados campos,
Le da pasaje seguro!
¡Tenedle, cielos: mirad
Que si prosigue su curso,
Llegará á la patria amada,
De donde sacarnos pudo!
¡Oh, quién en los pies tuviera
Las alas del dios Mercurio!
¡Y quién los suyos calzara
Con el plomo de Saturno!
¡Quién fuera otro Polifemo,
Que por la popa y los rumbos,
Con fuertes peñas la hiciera
Sumergir en los profundos!
Aguarda, fiero inventor
De traiciones y de insultos,
Monstruo preñado de agravios,
Argos de honrados descuidos;
Justicia contra ti, reino perjuro,
Pues castigas los buenos y los justos.

IBERIO.

Amada esposa, ¿qué haremos?
Que ya la nave á los ojos
Agua parece, y despojos
Ya de su rastro no vemos.
Este peñasco es terrible,
Este monte inhabitable,
Este arenal intratable,
Y escapar es imposible.
Subir allá no podremos
Si esta peña no nos salva,
Y es tan pelada y tan calva,
Que en qué estribar no tenemos.
Humanos pies sus arenas
Han pisado, y tan airado
Las combate el mar salado,
Que de herirlas cesa apenas;
¿Qué haremos?

FENICIA.

Amado esposo,
Morir, porque aquí me obligo,
Mi bien, á morir contigo,
Pues el morir es forzoso.
Venga la muerte en tus brazos;
Que como en ellos esté,
La muerte no sentiré
Disuadida en los abrazos.

IBERIO.

¿Quién creyera esta traición?

FENICIA.

Ya la virtud se castiga.

IBERIO.

No sé, mi bien, cómo diga
Lo que siente el corazón.
Y quiero, con tu licencia,
Mirar si este monte puedo
Subir; que es vencer el miedo,
Necesidad y prudencia.

FENICIA.

Yo en este peñasco, en tanto,
Esposo, os aguardaré,
Y al mar agua le daré
Mientras tú á las peñas llanto.

Vase.

Mar desatado y loco,
Que estás entre ti mismo
Haciéndote pedazos,
Y á tu soberbia es poco;
Este profundo abismo
En que extiendes tus brazos,
Pues has deshecho lazos,
De mil amantes tiernos,
Y á mil fuertes caudillos,
Que te pusieron grillos,
Al parecer eternos,
Los quebraste y rompiste,
Ampara á aquesta triste,
Y á aquesta nave ingrata
Dala sepulcro entre coral y plata.
Mas ¡ay de mí! un esquife
Cubierto de damasco
Y gallardetes bellos,
Aunque la mar se engrife
En forma de peñasco,
Le peina los cabellos:
¡Cielos, si son aquellos
Que tanto mal me hicieron;
Si se han arrepentido
Y á librarme han venido!
¡Amigos! Ya me vieron,
Y con espuelas de haya
Se acercan á la playa;
Ya en las arenas saltan
Y el limpio pie de blanca espuma esmaltan.

Lisbeo y otros.

LISBEO.

Dos queden en la barquilla,
Y en esta dorada arena
Del mar, veré si es sirena
La que parece en su orilla.
Mas es tan hermosa y bella,
Que en esto agraviada ha sido,
Si del cielo se ha caído;
Amigos, aquesta estrella.
Sobre las arenas de oro,
Donde con plata el mar topa,

Parecéis, señora, Europa,
Llevada del blanco Toro.
Y en verla dorada y rubia,
Danae parecéis vos,
Y la arena el bello Dios
Trocado en dorada lluvia;
Y aun quiere amor que presuma,
Y que aquí llamaros pueda
Bellísima dama, Leda,
Y el blanco cisne esta espuma:
Como le da Danae estrella,
No llegan, señora, á vos,
Que sois bella para Dios,
Y para mujer muy bella.

FENICIA.

Mujer soy en quien se encierra
La desventura y pesar,
Y á quien no sufre la mar,
Y á quien persigue la tierra.
Y es tanta mi desventura,
Que el mar que miras aquí,
Diciendo está mal de mí,
Y parece que murmura;
Pero pues Dios, caballero,
Y el mar sobre estas arenas
Os trae á sentir mis penas,
Saber de tus labios quiero
Dónde estoy, qué tierra miro;
Que este monte, al cielo atlante,
Es á la vista un diamante
Si al mar parece un zafiro.

LISBEO.

Quisiera poder, señora,
Lo que me pedís hacer,
Mas poderme detener
Imposible será ahora.
Mas en mi esquife sabréis
En la provincia que estáis,
É imaginad que llegáis
Donde servida seréis
En alta mar.

FENICIA.

¿Cómo? Aguarda
Que venga mi esposo.

LISBEO.

¿Dónde
Le tienes?

FENICIA.

Señor, se esconde
Tras aquella peña parda.

LISBEO.

¿Qué fué á buscar?

FENICIA.

Fué á buscar
Poblado, senda ó camino,
Y pues tu clemencia vino
Á ampararnos.....

LISBEO.

Vaya al mar.

FENICIA.

¿Sin mi esposo?

LISBEO.

Sin tu esposo.

FENICIA.

¡Señor!

LISBEO.

Caminad con ella.

FENICIA.

¡Cielos! ¿Qué enemiga estrella,
Ó qué clima riguroso,
Me persigue desta suerte?

UNO.

¿Á dónde iremos?

LISBEO.

Bogad,
Amigos, á la ciudad.

FENICIA.

Mejor diréis á mi muerte.

Vanse.

Petronia, infanta, y Rosanio.

PETRONIA.

Mil años ha que deseo
Esta dulce soledad
En que contigo me veo.

ROSANIO.

Que gozo de tu beldad,
No es posible, no lo creo;
Dame una mano, señora,
Aunque amanezca la aurora
De envidia llorando el día
La suerte y ventura mía.

PETRONIA.

La mano y el alma toma (1).

ROSANIO.

¿Qué, en efecto, ya me das
Del alma la posesión?

PETRONIA.

Dueño del alma serás.

ROSANIO.

Macaria y Fronibo son
Los que vienen, pues, atrás;
En parte oculta, escuchemos
Lo que dicen.

PETRONIA.

Dices bien.

Macaria y Fronibo.

FRONIBO.

Pues estas yedras que vemos
Se abrazan y quieren bien,
Envidia y celos las demos.

MACARIA.

Ya sabes, Fronibo mío,
Que te adoro, y que el secreto
Del alma apenas lo fío;

(1) Falta la rima.

Y pues eres tan discreto,
De tu prudencia confío
Más recato, no por mí,
Que estos árboles que al cielo
Quieren atreverse así,
Son mudos para el recelo
Que puedo tener aquí;
Pero por el Rey, que quiere
Coronarme en la ciudad,
Y desto su bien se infiere.

FRONIBO.

Mal podrá guardar lealtad
Quien de envidia y celos muere;
¿Quién podrá tener paciencia
De la ejecución de amor?
¿Quién podrá tener prudencia
En su rabioso furor?

MACARIA.

Fronibo, dame licencia
Y entre tanto aqueste abrazo
Te entretenga.

FRONIBO.

Como dure
Un siglo, señora, el lazo.

MACARIA.

Porque tu bien se asegure,
Y que el tiempo acorte el plazo,
Procura darle la muerte
Á la Infanta, que yo al Rey
Se la daré airada y fuerte.
Que amor, como es Dios, sin ley,
Todas las leyes pervierte;
Que aunque trescientas mujeres
Tiene el Rey, me adora á mí
Más que á todas.

FRONIBO.

Pues si quieres
Que le dé la muerte aquí,
Morirá.

MACARIA.

Es razón que esperes
Ocasión.

FRONIBO.

Dices muy bien.

MACARIA.

Pide al tiempo y al amor
Ocasión.

PRONIBO.

Ellos la den.
¡Ay mi bien!

MACARIA.

¡Ay mi señor!

FRONIBO.

Vese en tus labios desdén.

MACARIA.

¡Jamás!

FRONIBO.

¡Júralo!

MACARIA.

Lo juro
A tus ojos y á tu amor.

FRONIBO.

Darte desdén no procuro.

MACARIA.

Segura me voy, señor.

Vase.

FRONIBO.

Y yo así quedo seguro.

ROSANIO.

¿Tal infamia se consiente?
¿Á la dama de tu hermano
Se atreve?

PETRONIA.

Rosanio, tente,
Que á mí me tomas la mano
Y esotro lo calla y siente:
Esto á venganza no obliga
Como esotro.

ROSANIO.

Es cosa llana.

PETRONIA.

Cada cual su estrella siga:
Quiere tú del Rey la hermana,
Y él quiera del Rey la amiga.

FRONIBO.

¿No es Rosanio el que la mano
Ase á Petrolia? ¡Sí, él es!
¿Hay tal maldad? Mas es llano
Que le habrán dado los pies,
Pues la toma este villano.
¡Vive Dios que ha de morir!

ROSANIO.

Al Rey decírselo quiero.

FRONIBO.

Al Rey lo quiero decir.

Vase Fronibo.

PETRONIA.

Porque coronarte espero,
Mi Rosanio, has de advertir
Que importa que esta enemiga
Muera porque quiere el Rey;
Que á esta sinrazón se obliga
Que reine contra la ley
De la razón.

ROSANIO.

¿Á su amiga
Quiere coronar por Reinar?

PETROINA.

Sí, amigo, que en la ciudad
Sólo la injusticia reina.

ROSANIO.

¿Y que sufra esta maldad
El que sus cabellos peina
En zafiros y en diamantes?
Morirá aquesta mujer,
Porque tus grandezas cantes.

PETRONIA.

Y así vendremos á ser

Ejemplo de los amantes.

Vanse.

Danfanisbo, rey; músicos, criados, mujeres y Maestresala.

DANFANISBO.

Buena ha estado la comida.

MAESTRESALA.

Á lo menos no se ha visto
Comida tan bien servida.

DANFANISBO.

No pensar donde yo asisto
Que está el descanso en la vida;
Ver desnudas cien mujeres
Sirviéndome, ha aumentado
Mis gustos y mis placeres;
Cantad, si tenéis templado.

MÚSICO.

¿Qué quieres, señor, que cante?

DANFANISBO.

Un tono alegre, y bailad
Vosotras.

UNO.

Haráse así.

DANFANISBO.

Todo es fiesta mi ciudad;
Á entrar Demócrito aquí,
Riera: también cantad.

Cantan:

Gustos, bienes y alegrías
Se acaban con nuestras vidas,
Y hasta que venga la muerte,
Pasemos la vida alegre.

MARCIO.

Á tus pies, gran señor, vengo
Á demandarte justicia
De un agravio á tu corona,
Mas que no á las canas mías.
Un mozo inconsiderado
Hoy, cuando partido el día,
En medio del cielo el sol,
Y de oro el cielo matiza,
Entró en mi casa, y por fuerza,
La honestidad de mi hija
Violó con mano aleve,
Sin temer leyes divinas.

REY.

¿Qué hizo?

MARCIO.

Robó su honor.

REY.

¿Pues adónde le tenía?

MARCIO.

En el alma, que es el templo
En que el honor se eterniza.

REY.

¿Pues para qué le guardaba,
Ó para qué le quería,
Viendo que todo se acaba?
Oye aquesta letra, y mira
La verdad; que este es engaño,
Y es embeleco y mentira.

Cantan:

Gustos, bienes y alegrías
Se acaban con nuestras vidas,
Y hasta que venga la muerte,
Pasemos la vida alegre.

MARCIO.

Mira que aquel mozo ingrato,
Señor, deshonró á mi hija
En presencia de mis canas:
Hazme, gran señor, justicia.

REY.

Tu hija, ¿qué dice?

MARCIO.

Llora.

REY.

Vuelve, y díla que se ría,
Porque matan á los hombres
Llantos y melancolías;
Y tú ríete también,
Y el mozo premio reciba
Á su atrevimiento; canten;
Que me agrada la letrilla.

MARCIO.

Esta es la ciudad sin Dios;
Pues en ella no hay justicia,
Venga de Dios el castigo.

Vase.

Sale Lisbeo.

LISBEO.

Dame esas manos invictas.

REY.

¿Qué hay, capitán?

LISBEO.

Ya obedecen
Tu nombre varias provincias,
Y tus estandartes quedan
En tus ciudades y villas.
Degollé infinita gente,
Porque entre gustos vivían,
Y puse fuertes soldados,
Columnas de tu milicia.
Todo de tu nombre augusto
Tiembla, y en láminas ricas
De rubios bronces, eternas
Serán como tus cenizas.

REY.

¡Hola! ¿Qué hacéis? ¿No cantáis?
Que el tono á cantar obliga;
Ea, capitán, que es bueno
El tono de esta letrilla.

Cantan:

Gustos, bienes y alegrías, etc.

MACARIA.
Tarde he llegado á las fiestas.
REY.
Hermosa señora mía,
Dame esos brazos y ocupa
Á mi lado aquesta silla.
MACARIA.
¿No es Lisbeo, gran señor
Éste que está de rodillas?
REY.
Viene triunfando, señora,
De naciones enemigas;
Es valiente capitán
Y venturoso en conquistas·
Premia, señora, sus hechos
MACARIA.
Deme memorial, y pida
Por tus servicios; que yo
Ya dellos tengo noticias;
Y ahora canten, señor;
Que ver el baile quería.

Cantan otra vez lo mismo.

REY.
Baila, capitán. ¿No bailas?
LISBEO.
¡Que esto los cielos permitan!
¡Que esto se haga conmigo!
¿Quién quieres, Rey, que te sirva?
Honra á los que te den honra,
Pues tan mal los premios miras.
Cuando traigo en bronce al pecho
Hechos y hazañas escritas,
Que en sí escriben los soldados
Á falta de coronista;
¡Pides que premie mi espada
Una mujer, y tu amiga!
¡Vive Dios!
MACARIA.
Dadle la muerte.
LISBEO.
Y buscarás quien te sirva.
REY.
De la ciudad desterrado
Salga, pena de la vida.
LISBEO.
¡Señor!
REY.
Caminad con él,
Y matadle si replica.
LISBEO.
Esta es la ciudad sin Dios,
Pues á los buenos castiga.
MACARIA.
Vengo del jardín, señor,
Donde he estado entretenida
Muy bien un rato, mirando
Los alabastros y pilas;
Que después que me has mandado
Que en tus consejos presida,
Ando cansada.
REY.
¿Y qué leyes
Se guardan con mi justicia?
MACARIA.
He mandado desterrar
Del reino la medicina;
Que empeñaban los estados
Sus mulas y sus sortijas;
Que esos, gran señor, que ves
Con barba peinada y limpia,
Son hombres que los pagamos
Porque nos quiten la vida.
REY.
¿Y qué otra cosa has mandado?
MACARIA.
Que salgan dentro de un día
Del reino todas las viejas
Que de sus caras se olvidan.
REY.
Pues ¿por qué?
MACARIA.
Porque encarecen
El arrebol á las niñas;
Y ahora con tu licencia
Voy al Consejo, y quería
Dar nuevas leyes al reino,
Derogando las antiguas.
REY.
¡Hola! Acompaña á Su Alteza,
Publicándole mis dichas.

Cantan:

Gustos, bienes y alegrías
Se acaban en nuestras vidas,
Y hasta que venga la muerte
Pasemos vidas alegres.

Vanse todos y queda el Rey.

Sale Fronibo.

FRONIBO.
Pues en tan buena ocasión
Solo á Vuestra Majestad
Hallo, quiero, que es razón
Descubrirle una maldad
Y decirle una traición.
REY.
¿Traición estando yo vivo?
¿Contra quién?
FRONIBO.
Contra tu honor.
REY.
¿Qué es lo que dices, Fronibo?
¿Contra mi honor?
FRONIBO.
Sí, señor.
REY.
¿De quién afrenta recibo?

FRONIBO.
De Rosanio.
REY.
¿Pues por qué?
¿Es traidor Rosanio? ¿Quiere
Darme muerte?
FRONIBO.
No lo sé.
REY.
¿Pues qué sabes?
FRONIBO.
Que se muere.....
REY.
¿Por quién?
FRONIBO.
Yo te lo diré;
Sabrás, señor, que profana
El gran templo de tu honor.
REY.
No te entiendo.
FRONIBO.
Esta mañana
Le vi en el jardín, señor,
Abrazado con tu hermana.
REY.
¿Con mi hermana?
FRONIBO.
Señor, sí;
Mira si es traición.
REY.
Ve luego;
Llámale.
FRONIBO.
Él viene aquí;
¡Hoy, fiera envidia, sosiego
Si deste me vengo así!

Sale Rosanio.

REY.
Rosanio, ya la verdad
Se sabe, y que de mi hermana
Eres galán.
ROFANIO.
Tal maldad.....
Quien lo dijo miente (1).
REY.
La muerte le dad
Si niega.
ROSANIO.
Ya sé, señor,
Quién lo ha dicho; y así, aquí
Quiero confesar mi error;
Verdad es.
FRONIBO.
Hoy muero aquí,
Y así el Rey le hace favor.
REY.
Rosanio, yo no sabía
Que eras hombre tan honrado;
Mas pues veo tu osadía,
Tu deseo y tu cuidado,
Que aspira á la sangre mía,
Á mi lado darte asiento
Quiero, y esto no te asombre;
Siéntate, amigo, contento,
Que estimo mucho que un hombre
Tenga tan buen pensamiento.
Dice Fronibo que estás
De mi hermana enamorado;
Y ahora que sé que das
En intento tan honrado,
Te quiero y te estimo más
Que te quise, es cosa llana;
Y ahora tu pensamiento
Mi premio y mercedes gana,
Pues tienes atrevimiento
De querer bien á mi hermana;
Que si yo hombre humilde fuera,
Á la reina me inclinara
Cuando bien me pareciera;
Que esto el ánimo declara
Y el buen gusto que tuviera.
El gusto á mi hermana allana,
Pues te da fama y renombre,
Y si á tu ruego es tirana,
¡Vive Dios! que yo, en tu nombre,
Le dé un recado á mi hermana!
ROSANIO.
Estos pies me da á besar.
REY.
Ve, y prosigue en tus intentos,
Que yo te prometo honrar;
Que tan altos pensamientos
Son muy dignos de estimar.
FRONIBO.
¡Cielos, no sé qué me diga!
Queriendo á su hermana bien,
Le honra y no le castiga;
Si es así, quiero también
Decir que quiero á su amiga.
¡Señor!
REY.
¿De qué estás turbado?
¿Es porque he premiado así
Á Rosanio, mi cuñado?
FRONIBO.
¿Tu cuñado, señor?
REY.
Sí.
FRONIBO.
¿Pues un humilde soldado
Has de casar con tu hermana,
Cometiendo un crimen tal,
Que tu palacio profana?
REY.
Calla, que le quieres mal.
FRONIBO.
¿Mal le quiero?
REY.
Es cosa llana;

(1) Este verso y el siguiente no constan.

Que si mal no le quisieras,
El caso no me contaras
Y sus faltas encubrieras;
Y si tú á mi hermana amaras,
También lo mismo quisieras.

FRONIBO.

Pues yo te pido perdón
De otro delito.

REY.

¿Y cuál es?

FRONIBO.

Que sin respeto y razón
Quiero.....

REY.

¿Á quién?

FRONIBO.

¡Señor!

REY.

Di, pues.

FRONIBO.

Á Macaria.

REY.

Esta es traición,
Porque no puedo creer
De hombre malicioso tal;
Que si supieras querer,
No supieras hablar mal
De la más baja mujer;
Porque es cosa cierta y llana
Que si á Macaria quisieras
Con ambición loca y vana,
Aquí no me descubrieras
Los amores de mi hermana.
Y en esto he echado de ver
Tu envidia y firmeza poca,
Pues con tu mal proceder,
Has echado por tu boca
La muerte que has de beber.
¡Hola! Á una torre llevad
Á este villano!

FRONIBIO.

Si yo.....

Sale Rosanio y criados.

ROSANIO.

¿Por qué va preso?

REY.

Acabad,
Que va preso porque habló;
Y así, vosotros callad.

ROSANIO.

¿Por qué va preso, señor,
Fronibo?

REY.

Para que calle,
Y ahorcarle fuera mejor.
Rosanio: ya no sé en qué halle
Gusto y contento mejor;
Ya los saraos me han cansado,
Y ya me cansan las fiestas
Que á mi gusto han consagrado:
Las luchas y las apuestas
Que en los templos se han ganado:
Ya los banquetes costosos
Con que me sirven contino,
Donde en vasos olorosos
Brinda al apetito el vino
Tras los manjares sabrosos;
Y así, que busquéis quiero
Otros modos de placeres;
Que de tristeza me muero.

ROSANIO.

¿Tristeza habiendo mujeres?

REY.

Bien á las mujeres quiero;
Pero quiero que me des
Otros géneros de vicios.

ROSANIO.

¿Juegos?

REY.

Esos son después
De hacer otros ejercicios.
Ven acá; ¿qué gusto es
El murmurar?

ROSANIO.

Alabar
Le suelen todas las gentes;
Es vicio tan singular,
Que aun las plantas y las fuentes
Se alegran con murmurar.

REY.

¿Y el mentir?

ROSANIO.

Este ejercicio
Es causa de mil desastres;
Todos lo tienen por vicio,
Mas solamente los sastres
Lo aprenden como su oficio.

REY.

Y la vida picaresca,
¿Es gustosa?

ROSANIO.

Es extremada;
De verano es ancha y fresca,
De invierno, en parte, templada;
Sigue la jábega, y pesca.
El que aquesta vida vive.
Come y duerme donde quiere,
Jamás responde ni escribe,
Jamás con veneno muere,
Ni sobresaltos recibe.
No le desvela el agravio
Ni le ofende la privanza,
No pende de ajeno labio:
Conténtale lo que alcanza,
Y así vive como sabio;
No teme, cobra, ni debe.

REY.

¡Por Dios que esta vida es bella!

ROSANIO.

Y la que á mí más me mueve.

REY.
No hubiera vida como ella
Si éstos bebieran con nieve.
Ven acá; de ser ladrón
Tengo deseo; ¿no es gusto?

ROSANIO.
Sí, mas para en procesión.

REY.
Esta noche, aunque es injusto,
Pues la obscura confusión
Nos convida, salir quiero
Con algunos disfrazado,
Á robar, y entrar primero
En mi palacio.

OTRO.
Es sagrado.

REY.
Pues yo profanarle espero;
Que en la república son
Necesarios los ladrones,
Porque el temer de un ladrón,
Da cuidado en ocasiones.
¿Qué rumor y ronco son
Es aquel?

CRIADO.
Lisbeo fiero,
Gran señor, acompañado
De grueso ejército entero,
Llega á tu palacio, armado
De horror, espanto y acero;
Que porque mal le trataste,
Y después de haber vencido,
Vencedor le desterraste,
Este alboroto ha movido.

REY.
Pues su soberbia contastes,
Rosanio, al momento voy:
Persíguele hasta matalle;
Que mi potestá te doy.

ROFANIO.
Yo voy á desbaratalle
Y á que conozca quien soy.

REY.
¿Qué hay de mujeres?

DELIO.
Señor,
Dos viudas y dos casadas,
De calidad y de honor,
Han traído.

REY.
Ya me enfadas:
¿Posible es que en el amor
No hay novedad?

DELIO.
Cosa es llana;
Ama á tu madre.

REY.
Es ya vieja.

DELIO.
Ama, señor, á tu hermana.

REY.
Bien tu ingenio me aconseja;
Luego su gusto me allana.

DELIO.
No la quiso perdonar:
Yo voy á hablar á su Alteza.

REY.
Vé, que por el varïar
Es bella naturaleza
Y el gusto suele aumentar.

DELIO.
Si es tu hermana, caso es justo
Señor, que os améis los dos.
No hay Dios que se llame injusto.

REY.
¿Qué no hay Dios? ¿Qué cosa es Dios?
En Nínive es Dios mi gusto;

Armas. Criados.

Sale Iberio, de pieles vestido.

IBERIO.
Soberbias, altas y encumbradas peñas
Que lloráis mis desdichas; claras fuentes,
Que, murmurando, bajan vuestras breñas;
Cristales que cuajáis vuestras corrientes,
Y mi dolor mostráis sentir por señas;
Arenas no habitadas por las gentes;
Mar de espalda soberbia y espumosa,
¿Quién me ha escondido mi querida esposa?
Así no lleguen naves avarientas
Á los senos ocultos de tus conchas
Á robarte el tesoro que sustentas
En tu blanco coral sangriento á ronchas;
Y así goces tus casas opulentas,
Hechas de los cristales que destronchas
De los escollos de tu frente hermosa,
Que me des nuevas de mi amada esposa.

Salgan Lisbeo y Fenicia.

LISBEO.
Si no puedes caminar,
Yo te llevaré en los hombros;
Que es el camino terrible
Y los peñascos fragosos.
Todos mis amigos quedan
Desbaratados y rotos;
Que el escuadrón de Rosanio
Nos ha contrastado á todos.
¡Ah, ciudad sin Dios aleve!
En lugar de blancos copos,
Rayos caigan que te abrasen
Los templos y capitolios;
Y tú, Rey bárbaro y fiero,
En vida y costumbres monstruo,
Plega al cielo que no goces
La púrpura y cetro de oro.

FENICIA.
Ya suenan las voces cerca;
Hasta encontrar con mi esposo,
Quiero engañar á este ingrato.

LISBEO.

Si me alcanzan, á tus ojos
Me han de hacer dos mil pedazos,
Y no dejarte es forzoso.

FENICIA.

Señor, aquí está un salvaje
De traje y de aspecto tosco,
Cuya espalda y pecho cubre
Con antiparras de lobo,
Y éste nos dará pasaje
Por entre enebros y chopos.

LISBEO.

Escóndete: no te vea,
Que eres mujer y él es monstruo,
Hijo de estos montes altos,
Y semidiós, en quien pongo
Dos vidas que van huyendo
Del poder de un campo todo.
Dinos, si acaso lo sabes,
Alguna senda al fragoso
Corazón de esta montaña,
Porque mis contrarios oigo.

IBERIO.

Por el cristal de esta fuente,
Grillo de los pies del olmo,
Hay una senda que baja
Á una playa donde pocos
Mortales jamás se han visto;
Y es tan áspero y fragoso
El camino, que alcanzaros
Ha de ser dificultoso;
Si no siguiera mi suerte,
Yo bajara con vosotros.

LISBEO.

Dame estos brazos, amigo,
Á quien ofrezco el retorno
De esta amistad algún día.

IBERIO.

Yo estas palabras te tomo.

LISBEO.

Pues toma aquesta sortija
Para que sirva de abono
Á mi palabra; que el tiempo,
Aunque tiene pies de plomo,
Alas tiene en las espaldas,
Y camina como él propio.

Vanse.

IBERIO.

No se pierde el hacer bien;
Id con Dios; que yo á mis ojos
Voy á humedecer con llanto,
Buscando el alma que adoro.

Vase.

Rosanio y Delio; Rey.

ROSANIO.

Desbaraté la gente de Liberio,
Y huyendo de mis manos con infamia,
¿Qué selva quedará en el hemisferio,
Ni qué caverna que le esconda Idamia,
Una mujer que dicen que en la orilla
Del mar sola la halló, como á otra Lamia?
Se escapó por las peñas, que seguilla
Apenas él podía, que sospecho
Que Atalanta á sus plantas se le humilla.
Al fin, dejando su escuadrón deshecho,
Y él huido y sin gente, no ha querido
Seguirle más.

DELIO.

De tan heroico pecho
No se esperaba menos, y has venido
Á famosa ocasión.

ROSANIO.

¿Cómo?

DELIO.

Que quiere
El Rey, que por Macaria está perdido,
Como del caso esta verdad se infiere,
Que le adoren por Dios, y en el palacio,
Aunque esta ley á la razón altere,
En un altar, que nunca admite espacio,
Está para este efecto levantado,
Donde la cornerina y el topacio
Sirven de claros ojos al brocado
Que compone el dosel, ha de estar puesta,
En cuyo asiento Júpiter ha estado.

ROSANIO.

¡Miren qué Cintia ó qué Diana honesta!

DELIO.

Sólo es Dios hoy del reino el que el Rey [nombra.

ROSANIO.

Ya viene el Rey, sin duda á hacer la fiesta,
Pues la música suena.

DELIO.

Al mundo asombra
Tal novedad.

ROSANIO.

Callemos, que el Rey viene.

Salgan todos con ramos en las manos, el Rey y músicos.

MÚSICOS.

Tu Real Majestad en esta alfombra
Le hará á la diosa el culto que conviene.

REY.

Todos por tierra á la inmortal plegaria
Luego os postrad, y pues el cargo tiene,
Con pompa y ceremonia necesaria
Las señas haga luego el sacerdote.

SACERDOTISA.

Diosa inmortal de Nínive es Macaria.

REY.

El palacio la música alborote,
Y vosotros, con himnos y canciones,
Haced que su deidad la gente note.

Cantan:

Sacerdotisas hermosas,
Con compás y con concierto
Descubrid estas cortinas

Con el debido respeto.
Y en tanto que se descubren,
Desatad los dulces ecos
Con el compás de la mano
Á los dulces instrumentos.

Suenan chirimías.

TODOS.

¡Viva la diosa Macaria!

REY.

Y salgan de todo el reino
Los dioses á quien se han dado
Los holocaustos é inciensos.

CURIÓN.

Vosotros á la gran diosa
Llegad, trepando y corriendo,
Y en presencia del altar
Luego os postrad por el suelo;
Luego con tres reverencias
Llegue el mismo Rey, haciendo
Reverencia á la gran diosa,
Y sígale todo el pueblo.

REY.

¡Vasallos! Aqueste Dios
Es el que yo reverencio:
Reverenciadle vosotros,
Pena de eterno tormento.

TODOS.

¡Viva la diosa Macaria!

MACARIA.

Gran señor, yo os agradezco
El honor que me habéis dado,
Y confesarle os prometo.

REY.

Sacerdotisas sagradas,
Pues veis que yo gusto dello,
Entretened á la diosa
Con bailes, danzas y versos.
Á la diosa hermosa
Tejed una trenza
Con vueltas y lazos,
Con saltos y vueltas.
Formadla gallarda
Con mil continencias
Y con cabriolas
Que el aire suspendan.
¡Oh! ¡Qué bien parecen
Las colores bellas
En plumas mudanzas
Que por serlo alegran!
Si está ya acabada,
Volved á hacerla,
Que es clavel la diosa
Y el baile de perlas.
Así es nuestra vida,
Que no llega apenas
Á verse tejida,
Cuando está deshecha.
Con vueltas y salvas
Haced reverencias,
Y decid al son de las castañetas:
¡Viva, viva la diosa bella!
¡Viva, viva y viva el Rey,
Que si santa es ella,
Poderoso es él!

MACARIA.

Gran señor, con tu licencia
Quiero hacer audiencia ahora.

REY.

Tuyo es mi gusto, señora.

MACARIA.

¡Hola! Haced que entre la audiencia.
¿Por qué estás tú?

PRIMERO.

Porque dicen
Que hurté un ídolo de plata.

MACARIA.

¿Hurtástele? Verdad trata.

PRIMERO.

Verdad es, que no desdicen
Mis labios lo que es verdad.

MACARIA.

¿Por qué lo robaste?

PRIMERO.

Hallé
Sola la estatua, que fué
Suplir mi necesidad,
Pues deshaciéndola, di
Á mis hijos y mujer
De vestir y de comer.

MACARIA.

¿Luego eres casado?

PRIMERO.

Sí.

MACARIA.

Vaya libre; que un casado
Pobre y con hijos, disculpa
Tiene, y antes tiene culpa
El que la estatua ha labrado.
¡Bueno es que tenga ocupada
La plata desta manera!
La estatua fué bien robada (1).
¿Por qué estás tú?

SEGUNDO.

Porque debo
Y no lo puedo pagar.

MACARIA.

Si no puedes, ve á buscar
Cómo pagar, que no es nuevo
El no tener: yo permito
Que salgas de la prisión,
Porque es mucha sinrazón
Que hagan el deber delito.
¿Y aqueste?

ROSANIO.

Porque mató
Á su mujer (2).

MACARIA.

¿Qué tiempo ha estado casado?

(1) Falta un verso en esta redondilla.
(2) Le faltan sílabas y el consonante.

TERCERO.
Veinte años. Celos pidió.

MACARIA.
Ve libre, que así conviene;
Que quien pudo esclavo ser
Veinte años de una mujer
Celosa, disculpa tiene.
Y éste, ¿por qué está?

Rosanio esté presente.

REY.
Yo fuí
Quien le ha mandado prender
Porque te quiso ofender.

MACARIA.
¡Cómo! ¿Éste ofenderme á mí?

REY.
Dijo, mi bien, que te amaba.

MACARIA.
¿Amor es delito?

REY.
Sí es.

MACARIA.
Préndete á ti mismo, pues
Que me amas.

REY.
¡Sentencia es brava!

MACARIA.
Todo el pueblo, por mil modos,
Confiesa y dice, señor,
Que me quiere y tiene amor:
Bien puedes prender á todos
Los del pueblo si te infaman;
Que como me amas así,
Todos, por amarte á ti,
Todos á mí, señor, me aman.
Y pues por ti me ama, es llano
Que tú le debes amar,
Y yo aquí le quiero amar
Dándole, señor, mi mano.

REY.
Pues merece tu favor,
Dásela y él la reciba.

TODOS.
¡La diosa Macaria viva!

MACARIA.
¡Y viva el Rey mi señor!

JORNADA SEGUNDA.

Voces de mar, y sale Jonás, profeta, huyendo.

JONÁS.
¡Vaya el engañador? ¡Matalde! ¡Muera!
¡Oh, bárbaros sin ley, samaritanos!
¿Quién vuestra voz contra mi vida altera?
¡Para un viejo sin manos tenéis manos!

TODOS.
Si le alcanzáis, matadle.

JONÁS.
¡Quién tuviera
Alas en los dos pies, ó en estos llanos,
Aunque partiera en dos este horizonte,
¡Quién pudiera poner delante un monte!
¡Ah, Samaria cruel! ¡Ah ,vil Samaria!
¡Niegue Dios el rocío á tus sembrados
Y del cielo la hermosa luminaria
Vista jamás de verde á tus collados!
El agua de tus fuentes necesaria,
Se agote y seque; contra tus pecados
Fuego lluevan las nubes á la tierra,
Y aunque busques la paz, vivas en guerra!
Nocturnas aves con graznidos roncos
Te formen siempre cánticos acerbos;
Buhos te espanten con gemidos broncos;
Perros te aullen y te bramen ciervos;
Sílbente las lechuzas, y en los troncos
Las grajas enfadosas, y los cuervos,
Cuajando el aire, en ofenderte tercos,
Noche vuelvan el día en negros cercos.
Por mandado de Dios fuí á predicarte,
Y en lugar de imprimirse en ti mi cuento,
Has querido, Samaria, amotinarte
Y dar tu voz contra mi vida al viento;
En tus vicios, cruel, quiero dejarte,

Aparece Dios sobre un arco iris, de medio cuerpo.

Aunque no haga de Dios el mandamiento.
Quédate entre tus sierpes, Vehemut fiera,
Que á ti no he de volver.

VOZ.
Jonás, espera.

JONÁS.
¿Quién me llama?

VOZ.
Yo soy que el mundo [abarco
Con mis dos pies que calzan los coluros.

JONÁS.
¿Dónde estáis que no os veo?

VOZ.
Sobre el arco,
Que los ojos del cielo deja oscuros.
Éste mostró mi paz, cuando en el barco
Primero entre los vientos mal seguros,
Un Patriarca vió tras el diluvio
Recamados los montes del sol rubio.
Aquél creyó, y creyendo, en agua pudo
Salvar el mundo; que la fe esto puede,
Y á ti dudando te faltó el escudo,
Donde no hay golpe que incapaz no quede.

JONÁS.
Señor, yo no he dudado, y si algo dudo,
De aqueste reino mi dudar procede;
Que aunque en su oído vuestra voz se forme,
Ocupado lo tiene el vicio enorme.
Prediquéle, Señor, y airado y fiero,

En galardón me quiso dar la muerte,
Y tu ley en aquél cobrar no espero;
Su alma es con los vicios bronce fuerte:
Á veces león fuí, y otras cordero;
Pero no pude de ninguna suerte
En su pecho imprimir tu ley divina;
Que el deleite que es tierra á tierra inclina.

DIOS.

Pues tus voces, Jonás, no han sido parte
Á reducir esta ciudad perdida,
Vuelve tu rostro, y desde aquí te parte
Á Nínive, que en vicios divertida
Está también.

JONÁS.

¡Señor!

DIOS.

No hay excusarte.

JONÁS.

Quitaránme la vida.

DIOS.

De tu vida
Tengo cuidado yo, pues de mi mano
Pende la vida del menor gusano.
Diles que dentro de cuarenta días
Hagan de sus errores penitencia,
Pena de verse entre las manos mías,
En mi juicio, en la postrer sentencia;
Haré que caigan de las nubes frías
Guerra sobre ellos, sangre y pestilencia,
Y si lloran su culpa en los cuarenta,
El premio y el perdón queda á mi cuenta.

JONÁS.

¿Qué crédito, Señor, darán á un hombre
Desnudo y pobre, como yo, esta gente?
Un ángel enviad con que se asombre,
Y no enviéis un hombre que os afrente.
¿Qué calidad, qué fama, qué renombre
Tenéis, Jonás, para que un caso intente
Tan arduo? ¿Qué he de hacer?

DIOS.

¿Qué estás dudando?

JONÁS.

Señor, yo tengo de ir.

DIOS.

Haz lo que mando.

Cúbrese la apariencia: queda Jonás solo.

JONÁS.

Si me escapé en Samaria de la muerte,
Á Nínive ¿á qué he de ir sino á otro tanto?
Huir quiero á Sidón, y desta suerte,
Nínive no podrá causarme espanto.
Si es el brazo de Dios eterno y fuerte
Cada día le vence nuestro llanto;
Huirme quiero á la provincia Tiria,
Y envíe Dios sus ángeles á Siria.
Cuatro caminos veo, ¿qué camino
De los cuatro irá á Nínive? Dudando
Estoy; por éste á huir me determino,
Que de la Siria más se va apartando.
Mas ¿qué letras son éstas, Dios divino,
Que en el arena están? Haz lo que mando,
Dicen las letras que borrar procuro;
Mas parece que están en bronce duro.
No las puedo borrar, ¡válgame el cielo!
Huiré por éste, pues por el arena
Las mismas letras forma, haciendo el suelo
Blanco papel; mas esto Dios lo ordena.
Á Nínive quiero ir; pero recelo
Que han de matarme en Ninive. ¿Habrá pena
Que se iguale á la mía? No me entiendo;
Mas ¡ay! que si no voy, á Dios ofendo.
Pero allí viene un hombre: él podrá darme
Lo que mi confusión ciega codicia,
Y hacia Tiro ó Sidón podrá guiarme,
Si tiene de sus términos noticia;
Conmigo irá, si quiere acompañarme;
En caballo de miedo ó de codicia
Viene, sin duda, pues camina tanto.
Dios os guarde.

Un caminante, que es Demonio.

DEMONIO.

Y á vos el cielo santo.

JONÁS.

¿Cuál, amigo, es el camino
De Sidón?

DEMONIO.

Este que al mar
Está, señor, más vecino,
Y yo os podré acompañar,
Que á Sidón también camino.

JONÁS.

¿De dónde bueno venís?

DEMONIO.

De Nínive llego agora.

JONÁS.

De Nínive, ¿qué decís?
¿Y á qué Dios Nínive adora?

DEMONIO.

¡Ay de mí!

JONÁS.

¿De qué os sentís?

DEMONIO.

Sólo en oiros nombrar
Á Nínive, el corazón
Quiso del pecho saltar.

JONÁS.

¿Pues qué ha sido la ocasión
De vuestro enojo y pesar?

DEMONIO.

Nínive, señor, es tierra
Tan mala, que la malicia
En sus murallas se encierra:
Ni hay Dios, ni hay Rey, ni hay justicia,
Ni hay virtud, que la destierra;
Ella es la ciudad sin Dios,
Y para buenos no es buena.

JONÁS.

Sin duda sois bueno vos,

Pues desterraros ordena.

DEMONIO.

Aquí, para entre los dos,
¿Sois de Nínive?

JONÁS.

No, amigo;
Sólo sé que Dios le tiene
Prevenido un gran castigo,
Y que allá...

DEMONIO.

Si no os conviene,
No vais; porque soy testigo
De las mayores crueldades
Que se han visto entre gentiles;
No hicieron tantas maldades
La ciudad de los pensiles
Ni otras bárbaras ciudades:
Y así, señor, si allá vais,
Sin duda os darán la muerte
Si en ser vicioso no dais (1);
Id á Tiro y á Sidón
Conmigo.

JONÁS.

Digo, que vamos
En buena conversación:
¿Qué está escrito en estos ramos?

DEMONIO.

Letras son.

JONÁS.

Hebreas son.

DEMONIO.

¿Qué dice?

JONÁS.

Haz lo que mando;
Mi muerte en las letras veo.

DEMONIO.

¿Quién es quien te está turbando?

JONÁS.

Es el Dios del pueblo hebreo,
Cuya ley voy predicando:
Manda que á Nínive vaya,
Y yo, la muerte temiendo,
Me escondo.

DEMONIO.

En ella se ensaya
La crueldad; que está corriendo
Sangre de justos su playa;
Mas si tienes gusto de ir,
El camino que atrás dejas
Va allá.

JONÁS.

No quiero morir;
Bien, amigo, me aconsejas,
Y yo te quiero seguir.

DEMONIO.

Si estás de mi parecer,
Sígueme.

JONÁS.

Vamos los dos;
Que tu Orestes pienso ser;
Esta vez perdone Dios,
Que á Nínive no he de ver.

Siguer y Lanfiro desnudos, uno con un grillo, otro con un pedazo de espada.

SIQUER.

Gracias á Dios que nos vemos
Libres de tal sujeción.

LANFIRO.

Quédate, infame prisión,
Que ya libertad tenemos;
Quédate, jaula de locos,
Inocentes pajarillos,
Donde sólo cantan grillos,
Y si cantan, cantan pocos.
Mar fiero, donde anegadas
Mil almas veo en tu espuma,
Y á donde un tajo de pluma
Corta más que mil espadas.

SIQUER.

¿Ahora en darle epitetos
Á la cárcel te detienes?
Ven presto, que si no vienes,
Quizá en mayores aprietos
Nos veremos otra vez,
Porque nos viene siguiendo
Todo el mundo, á lo que entiendo;
Que dar la muerte á un jüez,
No es delito que no pide
Digna venganza.

LANFIRO.

Pasemos
Al monte, y en sus extremos,
Pues ninguno nos lo impide,
No faltará alguna cueva
Que nos dé mudo aposento,
Y compraremos sustento,
Del que seguro le lleva,
Á precio de miedo infame.

SIQUER.

Y al primero que encontremos,
Los vestidos quitaremos,
Aunque su sangre derrame.

LANFIRO.

Pues que supimos romper
La prisión, no habrá imposible
Que no rompamos.

SIQUER.

Terrible
Rumor suena.

LANFIRO.

Podrá ser
La justicia.

SIQUER.

Pues huyamos;
Aquí escondidos veremos
Si es la justicia.

LANFIRO.

Busquemos

(1) Faltan dos versos á esta quintilla.

Lo oculto de aquestos ramos.

Escóndese, y salen Jonás y el caminante.

JONÁS.

Después de haber caminado
Más de cuatro leguas largas,
Dices que de aquí al lugar
Ocho por andar nos faltan.
Cansado estoy: ya los pies
Apenas pueden la carga
Sustentar; que es todo tierra,
Y así á su centro le baja.

DEMONIO.

Á esotra parte del río
Está el lugar, que sus aguas
Á sus ricos edificios
Sirven de muros de plata.

JONÁS.

¿Hay puente para pasalle?

DEMONIO.

No, que se pasa con barca;
Aunque es de curso tan pobre,
Que por el vado le pasan.
Quiero llegar, y ver quiero
Si á esta parte nos aguarda
Ó en la otra: mas no veo
Barca ninguna amarrada.
Sin duda se la ha llevado
El río, que cuando asalta
Los límites de su arena,
Hasta las piedras arranca.
La noche viene corriendo,
Y es forzosa mi jornada,
Y detenerme no puedo;
Que quiero ganar un alma.

JONÁS.

Alma, ¿cómo?

DEMONIO.

Si pasamos
El río, verás ganalla;
Que está en pasar solamente
Su ventura ó su desgracia.

JONÁS.

Ventura y desgracia, ¿cómo?

DEMONIO.

Llevo, señor, una carta
Á gran prisa, y si no llego
Ántes que amanezca el alba,
Ha de perderse.

JONÁS.

¿Por qué?

DEMONIO.

Quiero decirle la causa:
Yo soy criado de un rey,
Cuya majestad es tanta,
Que las tres partes del mundo
Casi en su nombre idolatran.
Fué hermoso como el lucero
Que sale en conchas de nacar
Vertiendo en los campos risa
Cuando el sol su frente saca.
Pero de una enfermedad,
De una caída causada,
Perdió la hermosura toda,
Y está tan feo que espanta.

JONÁS.

¿De dónde cayó?

DEMONIO.

Cayó
De un monte, saliendo á caza;
Que era el caballo soberbio,
Y fué del caer la causa.
Quiso sentarse en la cumbre
Del monte: el caballo agravia
Con los pies en los ijares,
Y el caballo se abalanza
Con su soberbia á subir,
Y las manos y pies alza,
Y perdiendo los estribos,
Cayó el rey, que dió de espaldas
En lo profundo del valle,
Sin hermosura y sin habla.
Diéronle unas calenturas,
Que un momento no le faltan,
Y desde aquel punto vive
Siempre en partes abrigadas.
Este rey al fin pretende
Á una hermosísima dama,
La cual, porque está tan feo,
Le aborrece y le difama.
Él la ofrece sus trofeos,
Sus riquezas y sus galas,
Y su reino finalmente,
Para poder conquistalla.
Y en esta carta que llevo,
Dice que si no lo alcanza,
Se ha de matar, aunque pierda
El alma.

JONÁS.

¡Extraña desgracia!

DEMONIO.

Al fin la carta, señor,
Es cierto que ha de ablandarla,
Á trueque que no se pierda
El alma.

JONÁS.

¡Mujer ingrata!

DEMONIO.

Pasemos, por vida vuestra,
Por el vado, pues las blancas
Guijas se ven como dientes
Por donde las aguas hablan.

JONÁS.

Yo no me atrevo.

DEMONIO.

Yo iré
Delante y á mis espaldas
Os pasaré.

JONÁS.

No me atrevo.

DEMONIO.

Pues yo vadearé las aguas

Para que paséis sin miedo;
Ó aguardad: mirad si bastan
Estas corrientes á hundir
Á un hombre: venid.

Hace que entra en el río.

JONÁS.
Aguarda;
Mas unas letras de fuego
Veo en las aguas formadas,
Y aunque son de fuego todas,
El agua no las apaga.
Haz lo que mando me dicen:
¡Vive Dios que he de borrarlas
Con esta piedra, enturbiando
Las corrientes ondas claras!
Pero parece imposible
Borrarlas.

DEMONIO.
Amigo, pasa;
Que á la rodilla no llega
El agua corriendo mansa.

JONÁS.
Yo soy.

Dentro dan voces.

DEMONIO.
Mas ¡ay! que me ahogo,
No pases.

JONÁS.
¿Quién me lo manda?

DIOS.
Éste anegarte quería.

DEMONIO.
Y éste por mi mal te guarda.

JONÁS.
Hundióse el hombre, y del cielo
Cayó un rayo, cuyas llamas,
Las aguas han confundido?
¡Desgracia y desdicha extraña!

Húndese el río y lo demás, y salen Sicar y Corfino.

SICAR.
Pues estamos satisfechos
Que no es justicia, las ramas
Dejemos, y éstos nos dejen
Las espadas y las capas.

CORFINO.
Quedo, que es un hombre solo.

SICAR.
¿Un hombre solo y sin armas?

CORFINO.
¿De qué nación?

JONÁS.
Soy hebreo.

CORFINO.
Bien lo dicen traje y barba.

SICAR.
Ea, desnúdate, viejo.

JONÁS.
¿En qué este viejo os agravia?

SICAR.
Haz lo que mando.

JONÁS.
Señores.....

CORFINO.
Haga, pues, lo que le mandan:
Quítese el manto.

JONÁS.
En buen hora.

CORFINO.
Y la túnica.

JONÁS.
¿No basta
El manto?

CORFINO.
Haz lo que te digo.

SICAR.
Haga aquí lo que le mandan.
¿Tiene dineros?

JONÁS.
No tengo,
Sino es en la barba, blanca.

CORFINO.
¿Pues sin dineros caminas?
¡Vive Dios!

SICAR.
Tente; que basta
Dejarle solo y desnudo.

CORFINO.
¿Dónde va por las montañas
Un viejo y á aquestas horas
Sin camino?

SICAR.
Alguna causa
Debe de tener el viejo,
Pues del camino se aparta.

JONÁS.
¿Luego no voy por camino?

SICAR.
¿No lo veis?

JONÁS.
Yo caminaba
Agora por un camino
Ancho y de hermosura extraña.

CORFINO.
Una industria se me ofrece,
Que nuestras vidas ampara:
Pongámosle á éste estos grillos,
Y si por suerte le alcanza
La justicia, imaginando,
Viéndole así, entre estas plantas,
Que es alguno de nosotros,
Entendiendo que nos hallan,
Á Jope le volverá.

SICAR.
Dices bien.

JONÁS.
¿Por qué á mis canas

Pónenle los grillos.

No respetáis; que á los viejos,

Los brutos respeto guardan,
Señores?

SICAR.

Haz lo que mando.

JONÁS.

Sólo con estas palabras,
Cada vez que me las dices,
Me atormentas y me matas.

CORFINO.

Ya los grillos puestos tiene.

JONÁS.

La muerte sólo me falta.

SICAR.

Entrémonos por el monte
Antes que la luna salga.

CORFINO.

El viejo vuelva á Jopé,
Y haga allí lo que le mandan.

Vase.

JONÁS.

¡Buenas mis venturas andan!

Salgan algunos hebreos.

PRIMERO.

Rodeando el monte así,
No han de poder escaparse,
Y presos han de llevarse
Á Jopé.

JONÁS.

¡Pobre de mí!
Estos dos vienen buscando
Á los que de aquí se han ido.

SEGUNDO.

Por aquí nos ha traído
Sin duda Dios: blanqueando
Tras de aquel árbol está.

SEGUNDO.

¡Mátale! ¡Mátale! ¡Muera!

PRIMERO.

¡Ah, traidor!

JONÁS.

¡Detente! ¡Espera!

SEGUNDO.

Para llevarte será
Á Jopé, donde te den
Mísera muerte y castigo.

PRIMERO.

¿Dónde está el otro su amigo,
Que está culpado también?
Que dos mil monedas de oro
Gana el que preso os lleve.

SEGUNDO.

¿Cómo á mover no se atreve?

JONÁS.

¡Guardad á viejo el decoro!

PRIMERO.

¡Oh, ladrón viejo! ¿Y rompías
La prisión?

SEGUNDO.

¿Y en la vejez
Le dabas muerte á un jüez?
Dos mil muertes merecías.

PRIMERO.

Aun puestos los grillos tiene.

JONÁS.

No soy yo á quien vais buscando.

SEGUNDO.

Camina, y haz lo que mando.

JONÁS.

Esta voz misterio tiene.
Señor, ¿en qué os he ofendido
Que tanto me perseguís?

PRIMERO.

¿Ahora favor pedís,
Viejo infame y mal nacido?

JONÁS.

¡Dadme la muerte los dos!

SEGUNDO.

En Jopé te harán morir.

JONÁS.

¿Pues á Nínive he de ir
Aunque me lo mande Dios?

Llévale.

Lisbeo y Abisén, rey, salen.

LISBEO.

Con tus palabras á vengar me incitas
Deste bárbaro pueblo y Rey tirano.
Ya te digo que están los ninivitas
Sepultados en gusto y ocio vano;
Y como me consientas y permitas
Que enarbole, señor, en esta mano
El águila imperial de tu estandarte,
Cupido y Venus temblarán de Marte.
Después de haber vencido y conquistado
Una provincia rebelada y fiera,
Y haber sobre sus muros levantado
Sus armas y mi nombre en su bandera,
Me mandó que saliese desterrado,
Sin premio, sin honor, de esta manera;
Alborotóse el pueblo en mi defensa,
Mas pudo más su multitud inmensa.
Que como el vicio reina, y es el vicio
El padre universal de todo el mundo,
Y á quien queman los hombres sacrificio,
Siguieron muchos su furor profundo;
Y como la privanza es artificio,
Y yo en servir y no en privar me fundo,
Me he escapado, señor, de aquesta suerte,
Y fué ventura no encontrar la muerte.

ABISÉN.

Lisbeo, estos altivos galeones,
Fabricados en brea y blanca espuma,
Que parecen soberbios torreones,
De mi venganza escribirán la suma.
Ésta dirán corriendo á los tritones,

Y sin pluma á los pájaros con pluma;
Y yo en ellos, armado de mi agravio,
Veré á su honor el turquesado labio.
Vengaréme del Rey, cuya malicia
Ha sido tal, que mi deshonra topa,
Pues sin ser toro, me robó á Fenicia,
Imitando la fábula de Europa.

LISBEO.

¡Válgame Dios!

ABISÉN.

Pondrále mi justicia
Temor y espanto, y clavaré en mi popa
Por farol su cabeza, y por sus ojos
Saldrá la luz, de mi furor despojos.

LISBEO.

Que te robó á tu hermana es caso cierto.

ABISÉN.

Por orden suya entraron cinco naves
Como pavones, ocupando el puerto,
Dando envidia sus velas á las aves;
Y él, me dicen, Lisbeo, que encubierto
Con obras locas y palabras graves,
Mi hermana me robó, que á ver la pesca
Salió una tarde á la ribera fresca.
Iban con ella cuatro damas solas,
Y dos viejos ancianos escuderos
En un esquife, que en rizadas olas
Se recreaba con los pies ligeros,
Tendiendo luego sus hinchadas colas;
Aquellos monstruos y gigantes fieros
De espuma y viento, vieron sus arenas,
Á pesar de tritones y sirenas.
Y pues me dices que en el ocio infame
Vive el Rey y su gente, al viento demos
Mi gruesa armada, aunque oprimida brame,
Y en sus playas espanto sembraremos;
Á embarcar el metal incite y llame,
Y munición y gente convoquemos,
Y á ti te hago mi lugarteniente,
Para que mandes mi soberbia gente.

LISBEO.

Beso tus pies por la merced suprema
Á que me has levantado, y te prometo
De hacer, señor, que tu estandarte tema,
Poniendo sus murallas en aprieto.

ABISÉN.

Pues el agravio no consiente flema,
Ordena la jornada, y en efeto
Pongamos mi venganza; zarpen luego,
Y cuaje el mar de tu venganza el fuego.

FENICIA.

Atenta escuchando he estado
Tu plática, y te confieso
Que si no he perdido el seso,
La vergüenza lo ha causado.

LISBEO.

Dame tus manos, señora,
Que en tu casto proceder,
Muy bien has dado á entender
Lo que he colegido ahora.
Ya me acuerdo que aquel día
Que en la ribera te hallé
Del mar; tu valor y fe
Venció mi descortesía;
Y me acuerdo que dijiste
Que eras esposa de un hombre
De reputación y nombre,
Y pienso que no mentiste.
Y me acuerdo que queriendo
Ser tirano y descortés,
Entre unas peñas después,
Tus bellos ojos, vertiendo
Perlas y aljófares bellos,
Por guardar tu honestidad
En aquella soledad,
Esparciendo tus cabellos,
Me pediste y suplicaste
Que enfrenase mi apetito,
Y al pecho el fuego infinito
Con tus lágrimas templaste,
Conociendo ser mujer
Ilustre y noble en efecto;
Y así te guardé el respeto
Que otros pudieran perder.
Y pues fuí tan atrevido,
Que á tu esposo y tu señor
Te quité, viva tu honor;
Que en mí tendrá tu marido
Un escudo, que la vida
Perderé por tu defensa;
Y esto que es muy cierto piensa.

FENICIA.

Pues la ocasión me convida,
Quiero que sepas, Lisbeo,
Mi feliz y triste suerte,
Y en mis desdichas advierte
El gran poder de un deseo.
Hermana soy de Abisén,
Rey desta provincia bella,
Que la dividen de Arabia
Estas montañas soberbias.
Pidióme para su esposa
Ardinabel, Rey de Persia,
Afable y manso en las paces
Y prodigioso en las guerras.
Pero temiendo mi hermano
Su valor y fortaleza,
Y que eran parte sus partes
Para usurparle sus tierras,
No quiso, y él, ofendido
De su bárbara respuesta,
Cubrió la tierra de espanto
Y los aires de banderas.
Y tras de una clara noche,
El alba, llorando perlas,
Amaneció, dando aviso
Del daño que verse espera.
Al fin, al subir del sol,
Vimos los prados y vegas
Matizados de colores,
Bordando una primavera;
Y en medio de las escuadras,

En una persiana yegua,
Monte de nieve de lejos
Y blanco cisne de cerca,
Con un bozal de oro fino,
Lleno de borlas de seda,
Cuya color hurtó al cielo
Para dar celosas muestras;
Con un bastón en la mano
Y una marlota de seda
Turquí, llena de alcachofas
De plata cendrada y tersa,
Al son de las dulces trompas
Venía gallardo, y ella
Parecía que danzaba
Con saltos y con corvetas.
Tocó la ciudad al arma,
Acudió el miedo á las puertas,
Á las murallas los hombres,
Las voces á las estrellas.
Cercados nos tuvo un año,
Con tanta infamia y bajeza,
Que se atrevió el hambre á entrar
Al plato de nuestras mesas.
Pero los vecinos, tristes,
Viendo que el daño se acerca,
Despechados, salen juntos
Una noche obscura y negra.
Desbarataron sus campos,
Y él, con infamia y afrenta,
Con cien hombres salió huyendo,
Dejando sola su tienda.
Salió mi hermano al alcance,
Y en más de veintiseis leguas
La sangre de los persianos
Fué un mar á las gentes nuestras.
Quedó libre la ciudad,
Y los que en muros y rejas
Se escondieron, ya en el campo,
Viéndose libres, se alejan.
Á esta sazón, por el puerto
Cinco naves extranjeras
Entraron, haciendo salva,
De mil flámulas cubiertas.
Piensa el pueblo que otra vez
Vuelve el contrario, y se apresta;
Mas ellos, desde las gavias,
Paz demandaron por señas.
Dijeron que eran amigos;
Que el furor de una tormenta
Les arribó á aquellos puertos,
Faltos de sustento y fuerzas.
Preguntaron qué nación,
Y nos respondieron que eran
Ninivitas, que pedían
Por hospedaje clemencia.
Diles licencia que entraran:
Nunca licencia los diera,
Que desta licencia, amor
Se entró al alma sin licencia.
Luego, de la capitana
Echan el esquife á tierra,
Donde el Príncipe venía
Cercado de su nobleza.
Vile entrar desde unos vidrios
De mi balcón, y fué fuerza
Beber en ellos mi amor,
Que se subió á la cabeza.
Viendo al Príncipe salir
De la mar por la ribera,
Me pareció ver al sol
Tras las confusas tinieblas.
Entró á palacio á besarme
Las manos, y díle en ellas,
Lisbeo, mi libertad,
Y en los ojos mil ternezas.
Confrontáronse las almas
Y entendiéronse las lenguas,
Que hablan mucho siendo mudas
Cuando quieren y desean.
Declaróme su pasión,
Y yo la mía en respuesta,
Y luego el respeto quiso
Atreverse á mi grandeza.
Concertamos que una tarde
Saliese yo á ver la pesca
Con dos escuderos solos
Y solas cuatro doncellas,
Y que tendrían sus naves
Puestas á punta las velas,
Porque hiriendo en popa el viento,
Se escapasen con la presa.
Hícelo así, y él, á vista
De la ciudad, que me espera
Por el muelle, y la marina
Con regocijos y fiestas,
Me roba y pone en su nave,
Que pareció, en ligereza,
Al águila del dios Jove,
Que á Ganimedes se lleva.
Dió voces mi pueblo junto;
Pero el mar, alzando fieras
De plata y de espuma cana,
En agua las voces mezcla.
Navegamos doce días
Por zafiros y turquesas,
Y al cabo dellos tocamos
De Nínive las arenas.
Y Danfanisbo, traidor,
Que en ella entre vicios reina,
Nos mandó sacar al punto
De aquella playa desierta,
Porque le corrió fortuna,
Con virtud y sin prudencia;
Conmigo vivía, y él
Así las virtudes premia.
Déjame el Príncipe sola
Por buscar camino ó senda;
Tú en esta ocasión llegaste
Y me llevaste por fuerza.
En Nínive me tuviste
Cuatro días encubierta,
Y contra tu voluntad

Mi honestidad se conserva.
Y pues hasta aquí, Lisbeo,
No has manchado mi limpieza,
Quiero que tus mismas manos
Su escudo y mi amparo sean.
Y fío decirle á mi hermano:
Con esta armada me lleva,
Pues voy en aqueste traje
Tan segura y encubierta,
Que si á Nínive llegamos,
Podrá ser que el cielo quiera
Que con mi esposo encontremos,
Y fin mis desdichas tengan.

LISBEO.

En mí, señora, tendréis
Una defensa y escudo,
Y en mis labios hallaréis
Los de un Jenofonte mudo,
Y un Pitágoras veréis.
Con el debido respeto,
Con esta armada, en efeto,
Señora, te llevaré,
Y el respeto igualaré
De mis labios al secreto.
Y porque segura vayas,
No en la nave de tu hermano
Verás las remotas playas
Sulcando por el mar cano,
Las puntas, líneas y rayas,
Sino en otra nave, adonde
Puedas ir más escondida,
Aunque nada el tiempo esconde.

FENICIA.

Puesta en tus manos mi vida
Á quien eres corresponde.

LISBEO.

Ya las trampas en el muelle,
Quieren que los hipogrifos
Blanca espuma los estrelle,
Y sus encrespados rizos
Quieren que la armada huelle

FENICIA.

Pues que tocan á embarcar,
Vamos.

Vase.

LISBEO.

Saliendo del mar,
Después que sé que es hermana
De Abisén esta tirana,
La he de matar ó forzar;
Con este hecho concluyo
Con mi suerte y mi malicia,
Y al Rey su honor restituyo
Casándome con Fenicia
Y siendo cuñado suyo.

Rosanio y Petronia, dama.

PETRONIA.

¿Al fin dice que me adora
Y me pretende?

ROSANIO.

Tu hermano.

PETRONIA.

¿Mi hermano?

ROSANIO.

¡Calla, señora;
Que tu muerte y fin es llano
Con lo que dices ahora!
Si mi dolor te provoca,
Ten la voz, la boca no abras,
Que al alma penetra y toca,
Y dan muerte tus palabras
Aunque salen por tu boca.

PETRONIA.

¿Siénteslo mucho?

ROSANIO.

El pesar
Es tan grande y tan cruel,
Que llegándole á explicar,
La mínima parte dél
Pudiera el mundo abrasar.
Y si su rigor te enseño
Con ejemplos tan profundos,
Mira si el pesar es dueño,
Señora, de tantos mundos,
¿Que harán á un mundo pequeño?

PETRONIA.

Pues cuando mi hermano fuera
De todo el mundo señor,
Por tu amor le aborreciera,
Que como es gusto el amor,
La calidad no pondera;
Y así pienso que será
Vuestro amor más infinito,
Si él gloria infinita da,
Y el yerro de su apetito
El tiempo lo acabará.

ROSANIO.

¿Cómo?

PETRONIA.

Quiérome fingir
Su enamorada, y al tiempo
Que él pretenda conseguir
Su deleite y pasatiempo,
Le privaré del vivir;
Pues con cuchillo ó veneno,
Estando á solas los dos,
Desde ahora le condeno.

ROSANIO.

Buen engaño.

PETRONIA.

Amor, que es Dios,
Lo traza.

ROSANIO.

En extremo es bueno;
Y para que el Rey esté
Engañado y satisfecho,
Finge luego.

PETRONIA.

Yo lo haré;

Que soy mujer, y del pecho
Mujeril el fingir fué.
El sol tiene movimientos,
La luna tiene mudanzas,
Rabia el mar, furia los vientos,
El hombre tiene venganzas
Y la mujer fingimientos;
Dijo á Sócrates un día
Un hombre, en cuyo poder
El engaño hallar podría;
Y él respondió: En la mujer
De quien el hombre se fía.

ROSANIO.

Por eso dese tirano
Monstruo jamás se fió,
Dionisio siracusano,
Y á sus mujeres mostró
Temor bárbaro y villano.
Pues jamás durmió con ellas
Que no mirase primero
Los rincones, por temellas,
Y en parte andaba grosero;
Que eran por extremo bellas.
La mujer es un tesoro,
De quien los hombres son Midas;
Es un fingido decoro,
Y en nuestras humanas vidas,
Es veneno en vaso de oro;
Es una furia infernal,
Aunque tiene de ángel nombre;
Es un ingrato animal,
Que cuando no puede al hombre,
Á sí misma se hace mal;
Es un tirano poder
Que nuestras vidas condena,
Y al fin su imperfecto ser
No tuviera cosa buena,
Si tú no fueras mujer.

PETRONIA.

Bravamente mal la quieres

ROSANIO.

No tiene cosa mejor
El mundo, que las mujeres,
Y tiene tanto valor,
Sólo porque tú lo eres.

PETRONIA.

No dirá aquesto mi hermano
Si penetra mi traición.

ROSANIO.

¿Finges al fin?

PETRONIA.

Es muy llano,
Que el engaño y la traición
Puso el tiempo en nuestra mano.

ROSANIO.

¿Cómo figuras?

PETRONIA.

Así.
Ufana de mi grandeza
Estoy desde que te vi,
Esclava soy de tu alteza:
Si tanto bien merecí.
¡Ay, mi bien! ¡ay, mi señor!
¿Posible es que he merecido
Tantas grandezas de amor?
Dame una mano, que pido
Por merced y por favor.
¡Ay Dios, qué dulces despojos!
Pondréla, aunque tú no quieras,
En las niñas de tus ojos.

ROSANIO.

Yo pienso que hablas de veras;
Que es la mujer toda antojos.

PETRONIA.

Daréle de cuando en cuando,
Estando á solas los dos,
Un abrazo suspirando.

ROSANIO.

Basta, señora, por Dios,
Que me das celos burlando.

PETRONIA.

Estos son celos injustos.

ROSANIO.

Antes los puedo llamar,
Con justicia, celos justos;
Que á solas el abrazar,
Es la puerta de otros gustos,
Y más viendo que aunque estás
Conmigo, nunca un abrazo
Ni una ternura me das.

PETRONIA.

Toma, si con este lazo,
Bien mío, contento estás.

Abrázale. Danfanisbo entre, y Delio.

DANFANISBO.

No llego á buena ocasión:
Que está mi hermana ocupada.

DELIO.

Tomando está posesión
De la merced alcanzada,
Rosanio.

ROSANIO.

Estos brazos son,
Luna hermosa, en quien se encierra
Tu sol, que en rayos benignos
Quiere ennoblecer mi tierra,
Y en ella los doce signos
Meten paz y me hacen guerra.
Aries muestra la piedad
Destos dos labios que adoro;
Tauro, firmeza y lealtad;
Géminis, en niños de oro,
Amor y eterna amistad;
Cáncer, el fuego en que veo
Que se arde mi corazón;
Y de mi dichoso empleo,
La fortaleza el León;
Virgo, tu casto deseo;
Libra, la mucha igualdad
De nuestro amor voluntario;
Escorpión, la crueldad

[illegible] Sagitario,
[illegible]e tu beldad;
[illegible], los antojos
[illegible]o en tu eterno
[illegible]sarme enojos;
A[illegible]nfuso y tierno
[illegible] la lluvia [illegible]e tus ojos;
Piscis muestra y representa
Un mar de gusto y pesar,
En que el alma se sustenta;
Que en la inconstancia del mar
Hay bonanza y hay tormenta.
Estos doce signos bellos,
En la zona de tus brazos,
Están siendo tú el sol dellos:
Deja que viva en tus lazos
Aunque me abrase con ellos.

DANFANISBO.

Ya no los puedo escuchar:
Aplacar quiero esta guerra.

DELIO.

Llégalos, señor, á hablar.

DANFANISBO.

Estando el sol en la tierra,
¿Quién se deja de abrasar?
Si á Rosanio has abrasado,
Que es tierra que amar deseas,
También tus rayos me han dado.

ROSANIO.

¡Ay sombra, maldita seas,
Que mi nombre has eclipsado!

DANFANISBO.

Rosanio, ponte á esta puerta
Mientras Petronia, mi hermana,
Mi amor y gustos concierta.

ROSANIO.

¡Cielos, si ha de ser liviana
Mi mujer, mi muerte es cierta!

Vase.

DANFANISBO.

Las novedades de amor,
Hermana, placen al gusto,
Que es para el alma mejor,
Y pues es caso tan justo,
Que me hagas algún favor,
En esta ocasión te pido,
Que si otro te ha de gozar,
Yo, que tu hermano he nacido,
Merezca el primer lugar,
Pues en nacer le he tenido;
Que, ¿quién mejor que tu hermano (1)
Te puede á ti merecer?
Dame una mano.

ROFANIO.

¡Señor!

Pónese en medio de los dos.

DANFANISBO.

¿Qué quieres?

ROFANIO.

Que está Macaria
Á la puerta y quiere entrar.

DANFANISBO.

Entre, entre, dejalá (1).

ROSANIO.

Haré que á la puerta espere.

DANFANISBO.

Ven, verás cómo me da
Mi hermana la mano.

PETRONIA.

Tuya ha de ser.

DANFANISBO.

¡Dichosa suerte!

ROSANIO.

Macaria viene.

DANFANISBO.

Concluya
Hoy su vida con su muerte,
Rosanio, sin que se arguya
De mí que quiero ni adoro
Desde hoy á mujer humana,
Sino á mi hermana: el decoro
De Dios la den á mi hermana,
Y en altar estatuas de oro.
Dame un abrazo.

PETRONIA.

Señor,
El alma tu gusto aprueba.

DANFANISBO.

¡Oh, soberano señor!
Rosanio esta noche lleva
Á mi hermana, sin rumor,
Á mi aposento.

ROSANIO.

Primero
Has de dar muerte á Macaria.

DANFANISBO.

¡Muera luego!

ROSANIO.

¡Ah, suerte varia!
¡Ah, celos! ¡Tormento fiero!
Para que Macaria muera,
Sálgase de aquí Su Alteza.

PETRONIA.

Yo quiero salirme afuera.
¿Finjo bien?

ROSANIO.

Mucha terneza
Muestra. ¡Morir no quisiera!

Vase Petronia.

DANFANISBO.

Ven acá. ¿Con qué invención
Podremos darla la muerte
Á Macaria sin traición?

ROSANIO.

Con una extremada; advierte

(1) Esta quintilla carece de rima.

(1) Falta la rima, faltan versos y faltan sílabas en alguno.

Y aprobarás mi intención:
Desvelándome anoche, imaginando
Nuevos modos, señor, de darte gusto,
Vino á mi entendimiento un modo extraño
De gusto y novedad que tú codicias.

DANFANISBO.

¿De qué suerte?

ROSANIO.

Señor, dar de repente
La muerte á un hombre; es cosa de gran [gusto,
Porque muere diciendo mil blasfemias
Y haciendo mil visajes y posturas,
Que provocan á risa y son de gusto.

DANFANISBO.

Extraña novedad, y me ha agradado
Por lo que es novedad. Si entra Macaria,
Dala luego, Rosanio; que ver quiero
Su muerte con donaire, que le tiene
En todo cuanto intenta.

ROSANIO.

Delio viene.

DANFANISBO.

En él empieza.

Dale Rosanio con la daga, y sale Delio.

DELIO.

¡Gran señor! ¡Ah, fiero!
¡Oh, Rey tirano! ¡Ay, Dios!

DANFANISBO.

¡Por Dios que es gusto!

ROSANIO.

¿No viste los visajes que va haciendo?

DANFANISBO.

Gusto me ha dado á fe.

ROSANIO.

Macaria sale.

DANFANISBO.

Primero que ella salga, he de ver cómo
Mueres tú.

ROSANIO.

¿Yo, señor?

Dale el Rey de puñaladas.

ROSANIO.

¡Rabiando muero!

DANFANISBO.

Pide á mi hermana que te dé la vida,
Pues ella te adoraba y la adorabas.

ROSANIO.

¡Sus celos me dan muerte!

DANFANISBO.

¡Oh, qué bien mueres!
Ninguno con tan buenos ademanes
Ha muerto; como tú culpa tuviste,
Mueres en la invención que me trajiste.

JORNADA TERCERA

Ruido de mar, como se anega un bajel. Voces de dentro. Marineros y capitán.

MARINERO 1.º

¡Cielos, que nos perdemos!
Los vientos gimen y los mares braman,
Y desde sus extremos
Las aguas por el mundo se derraman;
Que en diluvio segundo
Pienso que quiere el cielo hundir el mundo.

CAPITÁN.

¡Maina aquesa escota,
Que el timón se ha rompido!

TODOS.

¡Maina, maina!

CAPITÁN.

Mas el mar se alborota,
Y Orión el estoque desenvaina,
Y este monstruo marino,
Como ha perdido el norte, pierde el tino.

MARINERO 2.º

Esta tormenta fiera
No es natural; que tiene algún misterio.

CAPITÁN.

Según el mar se altera,
Bañar quiere de espuma el hemisferio,
Que excediendo su playa,
Ya las cabezas de los montes raya.
¡Alija todo el cargo!
¡No se reserven cofres ni baúles!
Que este piélago amargo
Se levanta en sus límites azules,
Y el agua sin sosiego
Mata en la cuarta esfera todo el fuego.

MARINERO 3.º

Todo en el mar se ha echado,
Desde el bizcocho á la avarienta pipa;
Y el vino, alborotado,
Por negras bocas en las sirtes hipa;
Y los peces se quejan,
Que en tal estrago sus costumbres dejan.

CAPITÁN.

Arrojad hasta el centro
Cuanto en la nave está; nada se quede;
Que este fiero elemento
Tragarnos con su furia á todos puede.

MARINERO 2.º

¡Sal fuera! Éste dormía,
Que de cuna la nave le servía.

Saque á Jonás.

CAPITÁN.

¿Es posible que ahora
Esté durmiendo? ¿Estaba descuidado
Cuando la gente llora
Y el viento, de su cárcel desatado,
Con la nave en la espuma
Escribe nuestro mal como con pluma?

PETRONIA.
Necia, ¿no eres mi vasalla?
MACARIA.
Tu reina decir podrás.
PETRONIA.
¿Mi reina?
MACARIA.
Tu reina.
PETRONIA.
¡Calla,
Bárbara, que en ti no estás!
En ti la opinión se infama
Del Rey, pues siendo del Rey,
Eres de Danfisbo dama;
Y á los dos, sin Dios ni ley,
Les das mesa y les das cama.
MACARIA.
Y tú ¿no has hecho matar,
Como otra Erífile fiera,
Á Rosanio, por gozar
Á tu hermano?
PETRONIA.
Si quisiera,
Loca, yo á mi hermano amar,
¿Era menester dar muerte
Á Rosanio? ¿Fuí con él
Atrevida yo por suerte?
MACARIA.
¿Al fin que lloras por él?
PETRONIA.
Soy mujer de bronce fuerte.
MACARIA.
Contiendas dejando aparte,
¿Qué me quieres?
PETRONIA.
Quiero aquí.....
MACARIA.
¿Suplicarme?
PETRONIA.
¿Suplicarte?
MACARIA.
Yo vengo á mandarte á ti.
PETRONIA.
Yo soy la que he de mandarte;
Y así te mando que dejes
Luego el amor de mi hermano.
MACARIA.
Yo á ti que no me aconsejes.
PETRONIA.
Pues si es contigo tirano,
Mira que dél no te quejes.
MACARIA.
Pues si es tirano contigo,
No te quejes tú tampoco.
PETRONIA.
El Rey loco está conmigo.
MACARIA.
Conmigo el Rey está loco.
PETRONIA.
Yo le obligo.
MACARIA.
Y yo le obligo.
PETRONIA.
¿No ves que hay gran diferencia
En las dos?
MACARIA.
Amor, que es ciego,
Á lo amado da excelencia.
PETRONIA.
Ya la llama de este fuego
Asiste en nuestra presencia.
MACARIA.
Pues mira para que veas
Cómo ansí amor corresponde;
Y el engaño en que le empleas,
En este canal le esconde.
PETRONIA.
Sí haré para que lo creas,
Y luego te esconderás
Tu también, y lo que digo
Si es verdad conocerás.
MACARIA.
De tu mal serás testigo.
PETRONIA.
Tú de mi bien lo serás.

Escóndese Petronia y sale Danfanisbo.

DANFANISBO.
El rato que estoy sin ti,
Bella Macaria, mi bien,
Loco estoy, estoy sin mí.
MACARIA.
¡Ah, ingrato!
DANFANISBO.
¿Tú con desdén
Conmigo, Macaria, así?
¿Qué te puede á ti enojar?
Pídeme cuanto se encierra
En las entrañas del mar,
Y el tesoro que la tierra
Sabe avarienta guardar;
Que yo lo pondré á tus pies,
Á trueque que estés contenta.
MACARIA.
Sí haré, como aquí me des
Un imposible.
DANFANISBO.
Pues cuenta,
Como tú contenta estés,
¿El imposible en amor
Mayor, más fácil y llano,
Es darte el mundo?
MACARIA.
Mayor.
DANFANISBO.
¿Poner el viento en tu mano?
MACARIA.
Mayor.
DANFANISBO.
¿Es poner temor
Á una mujer, si está

Contra su poder, sabiendo
Que al órgano de las vidas
Sólo le tocan sus dedos.
Y después de haber querido
Buscar los remotos reinos,
Me embarqué en aquesta nave,
Por apartarme más lejos.
Pero Dios mandó romper
Los candados de los vientos,
Y desasirse las aguas
De la cárcel de sus senos;
Cubriendo el cielo de nubes,
Entre bombardas de truenos,
Y ha querido castigar
Así mi poco respeto.
Y si quieres que la nave
Toque de Tarsis el puerto,
Ó estos desatados montes
Se recojan á su centro,
Arrojadme al mar, señores,
Que con los brazos abiertos
Me aguarda para esconderme
En su vientre verdinegro.
Y si al mar no me arrojáis,
Este templado instrumento
Dará sin trastes al traste
En un peñasco soberbio.

CAPITÁN.

Si es verdad lo que me dices,
Al mar luego te arrojemos;
Que en esto á tu Dios honramos,
Y servimos á los nuestros.
Perdona nuestra invención,
Santo Dios de los hebreos;
Que es bien que así se castigue
Tu ofensa y tu menosprecio.
Y si alguno de vosotros
Le ha ofendido, caiga luego
Un rayo sobre él, que abrase
Sus malditos pensamientos.
Vaya, que nos anegamos;
Arrojadle.

Arrójanle al mar; salga la boca de la ballena, que le recibe.

MARINERO 2.°

Ya está hecho.

JONÁS.

En vuestras manos, Señor,
El espíritu encomiendo.

CAPITÁN.

¡Válgame Dios! Un pescado,
Entre sus labios sangrientos
Le recogió; que aun las aguas
No quisieron recogerlo.

MARINERO 1.°

El viento invisiblemente
Se ha sosegado, y el cielo
Sus ricos celajes de oro
Y de azul ha descubierto.

MARINERO 2.°

Parece que se han quejado
Las aguas.

CAPITÁN.

Y en sus espejos
Ya nos miramos los rostros,
Y casi su arena vemos.
¡Raro milagro! ¡Oh gran Dios
De los hebreos! Supremo
Es vuestro poder.

MARINERO 2.°

De Tarsis
Ya descubrimos el puerto.

CAPITÁN.

Haced salva y alegrías,
Y los grumetes subiendo
Á las gavias, las coronen
De mil gallardetes bellos.

Vuélvese la nave con mucha alegría y calma de mar. Petronia y Macaria, damas.

PETRONIA.

Mucho ha que deseaba
Verme, Macaria, contigo.

MACARIA.

Yo en este cuidado estaba;
Y pues aquí estás conmigo,
Dime lo que quieres.

PETRONIA.

Brava
Vienes.

MACARIA.

Quiéranlo los cielos.

PETRONIA.

¿Qué traes?

MACARIA.

Ponzoña, muerte,
Desconfianzas, desvelos,
Y en venir de aquesta suerte,
Podrás ver que tengo celos.

PETRONIA.

¿Celos de quién?

MACARIA.

¿No lo sabes,
Siendo dellos la ocasión
Y el efecto?

PETRONIA.

Ten, no acabes;
Que esas palabras no son
Para personas tan graves
Como yo.

MACARIA.

¿Pues tú quién eres?

PETRONIA.

¿Loca, quién tengo de ser?
Una mujer que hombres quieren.
Mujer soy, mas soy mujer
Que enfreno locas mujeres.

MACARIA.

Á mí no me enfrenarás.

MACARIA.

¿Cómo á mujer tan hermosa
Quieres dar muerte?

DANFANISBO.

Por ti,
No sólo muerte daré
Á Macaria, que es mujer
Loca, inconstante y sin fe,
Sino á cuantas de su ser
La tierra en sus brazos ve.

PETRONIA.

Pues hanme dicho que quieres
Hacella contigo reina.

DANFANISBO.

Sobre las demás mujeres,
Mi hermana en Nínive reina.

PETRONIA.

¿Óyeslo?

MACARIA.

¡Sí!

PETRONIA.

¿Qué más quieres?

MACARIA.

¿Y cuando vendré á alcanzar
De mi pretensión el fin?

PETRONIA.

Mañana.

DANFANISBO.

Nombra el lugar.

PETRONIA.

En el jardín; que el jardín
Con la yedra enseña á amar.

DANFANISBO.

¿Pues tiene firmeza?

PETRONIA.

Y mucha,
Mas no es á la mía igual.

MACARIA.

Mi vida y mi muerte lucha.

PETRONIA.

De ordinario oye su mal
El celoso y el que escucha;
Voy al jardín á buscar
Lugar que nos vea y calle;
Á Rosanio he de vengar.

MACARIA.

Mañana pienso matalle.

PETRONIA.

Mañana le he de matar.

Vanse las dos.

Salen Fronibo y otros, trayendo á Liberio asido y vestido de pieles.

FRONIBO.

Salí contra el tropel de los villanos
Con mil hombres no más, y huyeron todos
Dejando al capitán desamparado;
Seguimos al alcance de su huída,
Y degollaron infinitos dellos
Los nuestros; y prendiendo desta suerte
Al capitán, que entre estas pieles pardas
Encubría quién era, y conocimos
Que era, señor, el Príncipe tu hermano,
Y que por su ocasión aquellos rústicos
Se habían conjurado, y no he querido
Matarle hasta traerle á tu presencia;
De tus labios escuche la sentencia.

DANFANISBO.

¿Es posible que aun vives?

LIBERIO.

Rey tirano,
Fratricida, cruel, más que no el yerno
De Pandión, ¿qué insultos, qué delitos,
Te movieron á hacer maldad tan grande?
¿Cómo hiciste conmigo y con Fenicia,
Hermana de Abisela y mujer mía?
Si tú tuviste, infame, atrevimiento
Para engañarnos y para meternos
En una nave, sólo con intento
De quitarnos la vida en unas sirtes;
Y si fuiste cruel que en otra playa,
Habitada de monstruos y de fieras,
Y de gentes humanas no habitada,
Nos dejasen sujetos á la muerte,
Donde mi esposa de animales fieros
Sustento ha sido á sus sangrientas bocas,
Cuya sangre coral volvió las rocas,
¿No quieres que los cielos me den vida
Y sustento los árboles silvestres,
Agua las peñas á mi llanto amargo,
Y su favor los hombres? Al fin vivo
Estoy; por más tormentos intentabas
Con aquellos pastores darme muerte;
Mas no quieren los dioses; que recelo
Que para un grande bien me guarda el cielo.

DANFANISBO.

Ponedle en una torre donde muera,
Y no le den comida ni sustento;
Que quiero ver los días que entretiene
La vida sin comer un hombre.

Sale un capitán.

CAPITÁN.

Apresta
Tu ejército, señor; suenen las trompas,
Suene el rumor de guerra y cruja el parche,
Á cuyos ecos tu estandarte marche.

DANFANISBO.

¿Qué dices?

CAPITÁN.

Que en tus riberas,
Sobre los corrientes vidrios,
Á la gran ciudad Visér (1)
Ha puesto cien edificios.
Ciudad hermosa parece
La que forman los navíos
Que entre las aguas, danzando,
Parecen monstruos marinos.
Con el Rey viene Lisbeo,
Por su teniente, y le he visto

(1) En otros textos *de Asir*.

Saltar, señor, á un esquife
Del vientre de un hipogrifo;
El cual, de grandes cercado
Y de soldados servido,
Con una embajada viene
Á verse, señor, contigo;
Y sin duda que ha llegado,
Porque lo dice el ruïdo
Que en tu antecámara suena.

DANFANISBO.

Dime, ¿es éste que entra?

CAPITÁN.

El mismo.

Lisbeo, muy galán, acompañado.

LISBEO.

Dame esas manos, y dame
Un asiento.

DANFANISBO.

Es el camino
Corto, y no vendrás cansado;
Habla en pie, que en pie te admiro.

LISBEO.

El alto rey Abisén
Te pide, rey Danfanisbo,
Á su hermana, y tu ciudad,
De hermoso y de grande sitio,
Porque supuesto que sea
Tan grande como le han dicho,
Que de una punta á otra punta
Hay tres días de camino,
Él tiene tantos soldados
Y tan grandes artificios
De combatir y vencer,
Que es forzoso el ser vencidos;
Y podría ser que paguéis
De una vez tantos delitos
Contra Dios y contra el cielo,
Que os dé el cielo este castigo.

DANFANISBO.

No hables más; vuelve á tu Rey
Y dile que no me admiro
De ver que, como otro Xerxes,
Ponga á los tritones grillos;
Y que á todo su poder,
Yo solo, si yo le embisto,
Le haré que la espalda vuelva
De mis manos ofendido;
Pero que si por su hermana
Viene enojado conmigo,
Quien la robó fué mi hermano;
Y así al robador le envío,
Que le pida cuenta della;
Que yo á su hermana no he visto.

LISBEO.

¿Quién es su hermano?

IBERIO.

Yo soy.

LISBEO.

No es de príncipe el vestido.

IBERIO.

He sido rey de animales,
Y de sus brocados ricos
Este vestido corté,
Que Adán se vistió del mismo.
Yo robé á Fenicia, yo,
Más astuto que Abisino,
Fuí recibido en sus playas
Con pompas y regocijos.
Vamos, que quiero que el Rey
Me dé un bárbaro castigo,
Pues conmigo este tirano
Es un tirano Dionisio.

LISBEO.

¿Y Fenicia, dónde está?

IBERIO.

Robármela el cielo quiso
Por transformarla en estrella
Como á Urania y á Calixto.

LISBEO.

Vamos, porque el Rey comience
En ti, aunque tan grande ha sido
La culpa, que es en un mar
Meter un pequeño río;
Y tú apercíbete, Rey.

DANFANISBO.

Dile que no me apercibo
Yo para cosas tan pocas.

LISBEO.

¿Eso dices?

DANFANISBO.

Esto digo;
Á ti la ciudad te encargo.
Vela, defiende, Fronibo;
Que yo no quiero en sus cuellos
Manchar mis aceros limpios.
Toma diez firmas en blanco,
Y con hombres infinitos
Guarda la ciudad, y queden
Sólo mujeres conmigo.

Vanse Lisbeo y el Príncipe.

FRONIBO.

Desta vez quedo señor
De Nínive, y doy castigo
Á este tirano inventor
De maldades y de vicios.

Vase.

Coridón y Gaseno, villanos.

GASENO.

Huye, amigo Coridón;
Que se acerca el animal
Á la orilla.

CORIDÓN.

¿Hay bestia igual?

GASENO.

¿Si es éste camaleón?

CORIDÓN.

No, que el camaleón es

Comparado á los señores,
Que se viste de colores
De la cabeza á los pies.

GASENO.

Así tanto parecer
Tiene el hombre cada día.

CORIDÓN.

Y quien en hombre confía,
Camaleón ha de ser.

GASENO.

Mas sin cama, león dirás,
Pues apenas cama tiene
Quien los cree.

CORIDÓN.

El monstruo viene.

GASENO.

Coridón, no espero más.

CORIDÓN.

Sobre este peñasco ponte;
Un monte tus pasos fragua.

GASENO.

Pues di, necio, ¿sobre el agua
Había de andar un monte?
Ya á la ribera ha llegado.

CORIDÓN.

¡Hola! Ni chista ni paula.

GASENO.

Esta es la carantamaula,
Que dijeron que es pescado,
Y se me encajó en la cholla.

CORIDÓN.

¡Calla, necio! ¿Hay cosa igual?

GASENO.

Si no es aqueste animal,
Será la paparrasolla,
Con que acallan los muchachos.

CORIDÓN.

En la arena se entretiene.

GASENO.

Macho es. ¡Qué barbas tiene!
¡Y peinados los mostachos!
¡Oh, qué boca!

CORIDÓN.

No te asombres.
De babas y ovas vestido,
Un hombre della ha escupido.

GASENO.

¿Animal que escupe hombres
Es éste? No espero más;
Si hombres por la boca da,
Dime, Coridón, ¿qué hará
Si estornuda por detrás?

CORIDÓN.

Oye, que se vuelve al mar.
Debajo del mar profundo
Dicen que está el otro mundo;
Y de allá debe sacar
Á nuestro mundo esta gente.

Salga la boca de la ballena, y arroje á Jonás lleno de algas y ovas, y vuélvase á esconder.

GASENO.

Muerto está el hombre; miremos:
Y si es pescado, lleguemos.
Vivo está, que está caliente.

Llegan á Jonás á tentarle.

¡Ah! ¡Buen hombre!

JONÁS.

¿Dónde estoy?

CORIDÓN.

En Nínive, padre, estáis.
¿Qué tenéis, que os admiráis?

JONÁS.

Mil gracias, señor, os doy.

CORIDÓN.

Decid; ¿qué animal, señor,
Es el que os echó en la arena?

JONÁS.

Aquel, amigo: ballena.

GASENO.

Balleno, diréis mejor.

JONÁS.

¿Qué día es hoy?

CORIDÓN.

Un día después
Del sábado.

JONÁS.

Si esto es cierto,
Tres días he estado muerto;
Que del viernes á hoy son tres.
En fin, ¿en Nínive estoy?

GASENO.

Sí, amigo.

JONÁS.

¿Es grande?

GASENO.

Es tan grande,
Que en tres días no hay quien la ande.

JONÁS.

Mil gracias, señor, os doy.
¿Cuánto está de aquí?

CORIDÓN.

Estará
Media legua.

JONÁS.

De esta suerte,
Voy á ponerme á la muerte,
Que por Dios vida será.

CORIDÓN.

¿Sois deste mundo?

JONÁS.

Sí soy.

CORIDÓN.

¿Pues cómo aquí os ha escupido
Un pescado?

JONÁS.

Hoy he nacido;
Mil gracias, señor, os doy,
Alabando vuestro nombre.

CORIDÓN.

Venid, veréis la ciudad.

JONÁS.
Contra vuestra voluntad,
Gran señor, no es nada el hombre.

Vanse.

Danfanisbo y los músicos cantan.

MÚSICOS.
¡Ay, larga esperanza vana!
¡Cuántos días ha que voy
Engañando el día de hoy
Y esperando el de mañana!

DANFANISBO.
Callad, que ya esta mañana
Llegó ya con mi esperanza;
Dejadme.

MÚSICOS.
De buena gana.

Vanse los músicos.

DANFANISBO.
Y cantadle al que no alcanza:
¡Ay, larga esperanza vana!
Ya á la mañana llegué
Que amor me está prometiendo,
Que siempre esperanza fué,
Y en ella alcanzar pretendo
El galardón de mi fe.
Y aun pienso que de mi hermana,
En este largo mañana
No he de conseguir su amor;
Que en parte donde hay honor,
Hay larga esperanza vana.

Sale Petronia.

PETRONIA.
¡Ya, día grave y pesado,
Para mi dichosa suerte
Á mis manos has llegado,
Á donde con otra muerte
Será Rosanio vengado.
Ya con el cuchillo estoy,
Mi Rosanio, el día de hoy
Procurando tu venganza;
Podrá decir mi esperanza:
¡Cuántos días ha que voy!

Sale Fronibo.

FRONIBO.
Las firmas han sido abono
De mi traición; hoy sin ley
En Nínive me corono,
Y hoy con mi industria soy Rey,
Bajando al Rey de su trono.
General de reino soy;
Si muerte á la Infanta doy
Y engaño me da poder,
Diré que rey vengo á ser,
Engañando el día de hoy.

Sale Macaria.

MACARIA.
No quiero más esperar;
¡El Rey muera! ¡Ah, cielos, cielos!
Pues me da el tiempo lugar;
Que son cometa los celos
Y muerte han de señalar.
¡Muera el Rey, y esta tirana,
Pues á Fronibo se allana;
Que ya me canso y ofendo
De ir el día de hoy muriendo
Y esperando el de mañana!

DANFANISBO.
¿Petronia está en mi presencia?

PETRONIA.
¿Aquí está este ingrato?

FRONIBO.
¿Aquí
La Infanta está?

MACARIA.
Amor, paciencia;
Este es el Rey, muera así;

Jonás dentro.

¡Penitencia, penitencia!

DANFANISBO.
¿Qué agnardo? Á mi hermana voy.

PETRONIA.
¡Ea, muera Danfanisbo!

FRONIBO.
¡Muera, Petronia, que estoy
Dudando conmigo mismo!

MACARIA.
¡Muera el Rey si noble soy!

DANFANISBO.
¡Oh, hermana! Dame licencia
Que le abrace.

PETRONIA.
¡Muera el fiero!

FRONIBO.
¡Muera esta vil sin prudencia!
¡Muera este ingrato! ¿que espero?

Sale Jonás como salió de la ballena.

JONÁS.
¡Hombres, haced penitencia!
Nínive, si más porfías
En tus vicios y no das
Crédito á las voces mías,
Castigo eterno tendrás.
Limpia en ellos tu conciencia,
Que á Dios tienes ofendido,
Y así yo, con su licencia
Á prevenirte he venido
Y á pronunciar la sentencia.

Pasa por delante de ellos.

DANFANISBO.
¿Quién eres, monstruo espantoso,
Que atrevido y riguroso
Nuestra destrucción adviertes?

JONÁS.

¿Quién predice vuestra muerte?
Voz del Todopoderoso:
Cuarenta días tenéis,
Ninivitas, si queréis
Del torpe vicio apartaros;
Trompa soy para avisaros
Que á Dios airado tenéis.

Vase.

DANFANISBO.

¡Ángel, voz divina, espera,
Que hay Dios que premia y castiga!
¡Deleites del mundo, afuera;
Que me inspira Dios que siga
La vida más verdadera!

Vase.

PETRONIA.

¡Qué temor!

FRONIBO.

¡Qué confusión!

MACARIA.

Muerto llevo el corazón.

PETRONIA.

Á llorar voy mi pecado.

Vase.

FRONIBO.

¿Dios airado?

Vase.

MACARIA.

¿Dios airado?
Cierta es nuestra perdición;
¡Dios, entre arpías me veis,
Pues con las lágrimas mías
Conocer no me podréis
Dentro de cuarenta días!

Vase.

Abisén y Capitán salen.

ABISÉN.

¿Posible es que la ciudad
No se defiende?

CAPITÁN.

Las puertas
Tiene abiertas.

ABISÉN.

Pues entrad
Triunfando si están abiertas.

CAPITÁN.

Lisbeo viene.

ABISÉN.

Esperad.

Lisbeo trae al lado á Iberio.

LISBEO.

Á tu presencia, señor,
Traigo el homicida fiero
De tu vida y de tu honor,
Porque afilando tu acero
En él cortará mejor.
Este es Liberio, el hermano
De Danfanisbo, que es tal,
Que es de su sangre tirano;
La culpa le hizo animal
Y no parece hombre humano.
Éste, señor, es aquel
Autor del infame robo,
Que para que sepan que él
En la condición es lobo,
Quiso vestirse de piel.
Su hermano así le destierra,
Que de su muerte se agrada,
Que el infierno en él se encierra,
Y responde á tu embajada
Con decir que quiere guerra.

ABISÉN.

Di, ¿fuiste tú quien robó
Á mi hermana?

IBERIO.

¡Señor, sí!
Pero no sé della.

ABISÉN.

¿No?

IBERIO.

En un monte la perdí,
Donde mi hermano me echó;
Fuí á buscar senda ó camino,
Y entretanto, alguna fiera
Ó fiero monstruo marino,
En la espumosa ribera
Eclipsó mi sol divino.
Por toda la soledad
Muchos días la busqué,
Moviendo el monte á piedad
Y con un lobo troqué
Mi pompa y mi majestad.
Y pues yo de aquesta suerte
Te robé á tu hermana bella,
Dame con tu brazo fuerte
La muerte, porque sin ella,
Señor, ya mi vida es muerte.

ABISÉN.

Movido me ha el corazón
Mi hermana, y vengar deseo
En Nínive esta traición;
Déle la muerte Lisbeo,
Y acérquese mi escuadrón.

Vase el Rey y quedan Lisbeo y Abisén.

LISBEO.

Manda el Rey que te dé muerte.

IBERIO.

Venga; que no me acobarda.

LISBEO.

Matadle, pues.

IBERIO.
¡Trance fuerte!
¡Ya voy, dulce esposa!
LISBEO.
Aguarda,
Porque quiero conocerte;
¿Eres tú un hombre que un día
Á un hombre vida le diste,
Que á una mujer defendía?
IBERIO.
Yo sospecho que tú fuiste
El que de Rosanio huía.
LISBEO.
El mismo que dices fuí.
IBERIO.
Y yo, señor, fuí también
El que el camino te dí.
LISBEO.
No se pierde el hacer bien;
Un anillo que te dí,
¿Dónde está?
IBERIO.
Desde aquel día
Me ha acompañado en el dedo·
¿No es éste?
LISBEO.
La deuda es mía,
Y siendo así, ahora puedo
Pagarte la cortesía.
Dame, señor, esa mano,
Que amparo y muro ha de serte;
Que no quiero ser villano;
Y aunque Abisén me dé muerte,
Te he de vengar de tu hermano.
Perdone el rey Abisén
Si en darte vida me fundo,
Y Danfanisbo también;
Porque veas que en el mundo
Nunca dañó el hacer bien.
Rey serás, y no te asombre,
Y en Nínive vencedor
De tu hermano: ¡Hola! Á este hombre
Dadle un vestido, el mejor
De los míos.
IBERIO.
Fama y nombre
Cobras con hazaña igual.
LISBEO.
Ve y múdate este vestido;
Que importa.
IBERIO.
¡Oh, amigo leal!
Siempre hacer bien bueno ha sido,
Como es malo el hacer mal.

Llévenlo los soldados, y salga Fenicia.

FENICIA.
Hanme dicho que envió
Á mi esposo Danfanisbo
El Rey.
LISBEO.
Sí, y muerte le dió.
FENICIA.
¿Y quién se la dió?
LISBEO.
Yo mismo.
FENICIA.
Pára: que no viva yo:
¡Oh, mano fiera! Homicida
Del alma, que me mataste:
Mi muerte el cielo te pida,
Pues que de un golpe quitaste
Dos vidas en una vida;
Mas ¿cómo, teniendo espada,
¡Cielos! á mi bien no sigo?
Aguárdame, alma adorada;
Que presto estaré contigo,
Si es tan breve la jornada.

Quiere echarse sobre su espada desnuda.

LISBEO.
¡Tente!
FENICIA.
Déjame acabar
De una vez, y que á Liberio
El alma vaya á buscar.
LISBEO.
No es sin falta de misterio
No darte á morir lugar;
Antes, pues conmigo estás
Á solas, pienso gozarte:
Esto ha de ser.
FENICIA.
¿Dónde vas?
LISBEO.
¡Vive Dios, que he de matarte
Si este gusto no me das!
Apercíbete á morir
Ó á darme gusto.
FENICIA.
¿Á Fenicia
Liviandad se ha de pedir?
¿Tal te atreviste á pedir?
No hay Dios, no hay ley, no hay justicia;
Morir quiero y no vivir;
Que vida muriendo gano:
Por mi honor: mátame injusto.
LISBEO.
Pues á matarte me allano;
Que si eres bronce á mi gusto,
Acero ha de ser mi mano.

Sale el rey Abisén con gente, y la espada desnuda todos, y el Capitán.

ABISÉN.
¡Espantosa novedad!
No veo en Nínive gente.
CAPITÁN.
No hay gente en esta ciudad.

ABISÉN.
Mas ¿no es hombre aquél? Detente.
CAPITÁN.
¡Extraña temeridad!
ABISÉN.
Ya llega á nuestra presencia.
CAPITÁN.
¡Hombre!
ABISÉN.
Gran temor me ha puesto
Con su espantosa aparencia.
CAPITÁN.
Hombre, responde, ¿qué es esto?
JONÁS.
¡De las culpas penitencia!
¡Oh, nombre de penitencia!

Vanse.

CAPITÁN.
¿Fuése?
ABISÉN.
¡Qué extraños portentos!
Atadas las bocas tienen
Los bueyes y los jumentos.
¿Qué es esto?
CAPITÁN.
Otros muchos vienen
Muy flacos y macilentos.
ABISÉN.
¿Qué es esto? ¿Quién ha trocado
Á esta ciudad?
CAPITÁN.
Otros dos
En el palacio han entrado.
ABISÉN.
Si está esa ciudad sin Dios,
¿Quién puede haberla endiosado?
CAPITÁN.
No defienden las haciendas
Que tus soldados saquean;
Abiertas están las tiendas.
ABISÉN.
Sólo salvarse desean.
CAPITÁN.
Mata á aqueste.
ABISÉN.
No le ofendan:
¿Es este el palacio?
CAPITÁN.
Sí.
ABISÉN.
Todo es penitencia en él;
¡Loco estoy, no estoy en mí!
Posible es; ¿qué hombre es aquél?
CAPITÁN.
Hombre es.
ABISÉN.
¿Cómo viene así?
CAPITÁN.
Los caballos enfrenados,
Cortadas las cerdas locas
Y los copetes cortados;
En los pesebres las bocas,
De ceniza están sembrados.
ABISÉN.
Este es el solio Rëal,
Sin duda, en que el Rey asiste;
¡Descubrid! ¿portento igual?
¿De tosco sayal se viste
Un Rey? No creyera tal.

Descúbrese una cortina y está el Rey, de jerga, en un trono de luto, con soga al cuello y ceniza. La corona y cetro á los pies.

CAPITÁN.
Sólo el mirar su presencia
Da temor.
ABISÉN.
Así resisto
De mi gente la inclemencia:
¿Qué es esto que habemos visto?
DANFANISBO.
Un Rey que hace penitencia.

Salgan Lisbeo é Iberio, galanes.

ABISÉN.
Sin pelear me ha vencido
El Rey y su gente.
IBERIO.
¿Quién
Causa deste bien ha sido?
CAPITÁN.
Perros y gatos también
De penitencia han vestido.
DANFANISBO.
Si de mirarme te agradas,
Ensangrienta en estas venas
Las puntas de tus espadas (1);
Que bien sé que Dios te envía,
Rey, á castigarme á mí,
Que sin Dios ni ley vivía:
Del mundo idólatra fuí
Y es loco el que en él confía.
LISBEO.
Ya en la ciudad están puestas
Tus águilas vencedoras.
IBERIO.
Grandes victorias son éstas.
LISBEO.
¿Pues cómo venciendo lloras,
En vez, señor, de hacer fiestas?
ABISÉN.
Aunque vencer he podido
Á este pueblo descuidado;
Su Rey, que el caso ha sabido,
De penitencia se ha armado
Y con ella me ha vencido.
Quísele hacer resistencia,
Mas es su poder eterno
Y espántame su presencia;

(1) Faltan dos versos á esta quintilla.

Y no es mucho, si al infierno
Espanta la penitencia.
La mayor fuerza del cielo
Es imitallo los dos;
Pues pudo su sabio celo,
La que fué ciudad sin Dios,
Hacerla ciudad del cielo.
Sólo me pesa, Lisbeo,
De la muerte de Liberio.

LISBEO.

Como servirte deseo,
Vivo está.

IBERIO.

No sin misterio
Á tus pies libre me veo.

LISBEO.

Señor, la vida le dí,
Porque la vida le debo.

ABISÉN.

También te perdono á ti.

DANFANISBO.

Hermano, yo no me atrevo
Á hablarte ni verte aquí:
Mis sinrazones perdona
Y con Petronia, mi hermana,
En el reino te corona.

IBERIO.

Mi amor en servirte gana.

DANFANISBO.

Y el mío, hermano, te abona.

ABISÉN.

Yo de Petronia he de ser,
Si es su gusto, su marido.

DANFANISBO.

Será tu esclava y mujer.

IBERIO.

Á haber mi bien parecido,
Fuera cumplido el placer.

LISBEO.

Pues para que todo esté
Cumplido, yo, mi señor,
Viva á Fenicia daré,
Que haciendo prueba en su amor,
Ejemplo de virtud fué.

IBERIO.

Los pies le quiero besar.

DANFANISBO.

Y Macaria con Fronibo
Al punto se ha de casar.

ABISÉN.

Pues tanta gloria recibo,
Vuelva mi ejército al mar.

DANFANISBO.

Pues cesen las alegrías.
Señor, con vuestra licencia;
Que en estos cuarenta días
Todo ha de ser penitencia,
Llorando las culpas mías.

Vanse todos.

Sale Jonás.

JONÁS.

Ya en Nínive, Señor, he predicado,
Y no sé si á mi voz se han convertido,
Aunque un pueblo tan loco y obstinado,
Darle clemencia, cosa vuestra ha sido.
Grande ha de ser el llanto, si el pecado
Grande, Señor, y penicioso ha sido;
Mas vos os contentáis ¡oh entrañas pías!
Con penitencia de cuarenta días.
No quise en la ciudad quedar; que quise
Ser como Lot, cuando dejó á Sodoma,
Y á vuestro mandamiento satisfice
Haciendo que la gente duerma y coma;
Su risa es llanto que la inmortalice.
Yo no sé, gran Señor, cómo la toma,
Que es bien que el vicio á enfermedad se iguale,
Que entra de presto, pero tarde sale.
Confiado estoy al pie de aquesta yedra,
Pared á el sol, y el sueño vencer quiero,
Que si á la sombra deste tronco medra,
Aquí, á su sombra, yo medrar espero.
La cabeza pondré sobre esta piedra
Hasta que el sol se esconda y el lucero
Abra los ojos á mirar la tierra;
Que el sueño y el cansancio me hacen guerra.

DIOS.

Pues tus esperanzas pones,
Jonás, en la yedra loca,
Quiero, en tanto que tú duermes,
Secarte sus verdes hojas.
Todo lo rige mi mano;
Que mi mano es poderosa
Solamente, y son caducas
Del mundo todas las cosas.
No ha de quedar hoja en ella,
Y mientras se caen todas
Te quiero enseñar el sol,
De quien tú has sido la sombra.
Tú eres el Jonás primero;
Mas quiero enseñarte ahora
El segundo, que ha de darte
Eterna fama y memoria.
Que si tú, en el mar soberbio,
Arrojado entre las olas
Estuviste en un pescado
De negras y fuertes conchas,
Tres días muerto, y al fin
Saliste con la victoria
De la muerte y de los vicios
En que Nínive reposa;
Este segundo que digo,
Desde la mar procelosa
De su pasión, esta piedra
Que ves por sepulcro toma,
Que es la ballena segunda,
Más verdadera y más propia,
Echándola de la nave
De la cruz, borrasca y ondas,
Donde al cabo de tres días,
Glorioso, de aquesta forma
Resucitará, triunfando

De la Nínive espantosa,
Del infierno, cuya cárcel
Quedará deshecha y rota
Por este Jonás que has visto.
Tú, Jonás, eras la sombra:
¡Recuerda, Jonás, recuerda!

Rómpese un sepulcro, y salga un niño de resurrección, y súbase al cielo.

JONÁS.

¡Jonás divino, perdona
Si este primero Jonás
Con su vida te deshonra!
Por fe te adoro y confieso,
Que eres segunda persona
Del Padre, y Dios como el Padre
En la esencia y no en la forma.
Y aunque entre sueños te he visto,
Tiempo vendrá que conozca
Que es verdad, cuando el infierno
Para rescatarnos rompas.
Quiero volverme á la yedra;
Que el calor del sol me enoja.
Pues la yedra se ha secado.
Señor, ¿por qué desta forma
Aquí, porque me amparaba,
Me habéis quitado la sombra?
¿Posible es que cobijéis
Con la vuestra esta alevosa
Ciudad, que por ser tan mala,
La ciudad sin Dios se nombra,
Y á mí, que os estoy sirviendo,
Me neguéis sus verdes hojas?

DIOS.

Si tú desta suerte sientes
Que yo una yedra te esconda
Por la sombra solamente,
Siendo una cosa tan poca,
¿Por qué quieres que le niegue
Á esa ciudad, que ya llora
Sus culpas de aquesta suerte,
Jonás, mis misericordias?
Si pérdida tan pequeña
Tanto sientes, deja ahora
Que cobije la ciudad
Yedra de misericordia.
Y porque veas que está
Trocada su suerte toda,
Vuelve los ojos y mira
Su penitencia espantosa.
Mira en este hermoso lienzo
Las figuras prodigiosas
Que la penitencia pinta,
Que es soberana pintora.
Que para vencerme á mí
No hay cosa tan poderosa
Como aquesta hermosa dama,
Que por fea al mundo asombra.
Vuelve á la ciudad, Jonás,
Porque celebres las bodas
De los Reyes, y conoce
Que es mi mano poderosa.

Todo se desaparece y cubre.

Descúbrense en el tablado alto y bajo algunas cuevas: en ellas, puestos de penitencias diferentes, los más que puedan.

JONÁS.

¿Quién, gran Señor, no engrandece
Vuestras obras milagrosas?
¡Oh, ciudad sin Dios un tiempo,
Deja aqueste timbre, y torna
La ciudad de Dios, y acabe
Tu penitencia y la historia!

FIN.

EL ANTECRISTO

(INÉDITA)

COMEDIA FAMOSA

DE

EL ANTECRISTO

(INÉDITA)

PERSONAS

TITÁN.
LUNA, *dama*.
BAULIN, *labrador tosco*.
EL PRÍNCIPE DE BABILONIA.
UN NIÑO Ó ÁNGEL.
EL PERSA.
EL ALEMÁN.
EL ROMANO.
EL ETÍOPE.
RUFINO.
LIDORO.
ELÍAS.
ENOC.
RISELO.
FABIO.
EL FRANCÉS.
EL ESPAÑOL.

JORNADA PRIMERA

Sale Titán solo, vestido de pieles, haciendo admiración.

TITÁN.

¿En qué interno lugar, en qué caverna
Del centro obscuro he yo vivido oculto,
Que ignoro el ser que me acompaña y rige?
¡Cielos! ¿Quién soy? ¿quién me gobierna y [manda?
¿En qué regiones del abismo inmenso
He tenido lugar, ó de qué suerte
He sido alimentado ¡oh etéreo solio!
Que en cumbres de zafir tienes asiento?
Declárame la duda de mi vida
Para que deste laberinto salga:
Yo conozco las causas más ocultas;
Infiero el movimiento de los cielos,
Los astros, los planetas; y en la tierra
Hago parar los aires, y del fuego
Mudar el natural; los elementos
Admiran el principio de mi aliento;
El planeta mayor, que las celestes
Cumbres esmalta con doradas lumbres,
Hago que se suspenda en su carrera,
Y en la primera esfera haré á la luna
Su natural mudanza se detenga.
Yo, que tengo noticia de las ciencias,
Con tantas experiencias lo sé todo;
Mas no he sabido el modo cómo pueda
Saber quién soy: excede mi tormento
El fabuloso cuento del que al cielo
Lleva el peñasco loco en su desvelo;
Que pues es la verdad lo que en mí veo,
En vano es mi deseo; que sin duda
Yo soy el mismo Dios, pues una causa
Reconocen las causas más remotas,
Y esta causa he de ser, pues no hay alguna
Que se iguale al valer de mi fortuna.
¡Oh mar, oh fuego, oh aire, oh madre tierra!
Si no soy su hacedor, ¿por qué me niega
Que ignore el ser del que su ser me ha dado,
Porque pueda salir deste cuidado?

Parece en tramoya la Luna en un caballo, y desciende de lo alto á lo bajo.

LUNA.

Escucha, bestia feroz,

Opuesto del mismo cielo;
Que movida de tus voces
Á satisfacerte vengo.
Escuchen lo que te digo
Todos los cuatro elementos,
Porque no ignoren la causa
De aqueste nuevo portento.
Tú naciste en Babilonia
De tan bajo nacimiento,
Pues que del tribu de Dan
Desciende tu ser primero.
No del tribu de Judá
Naciste, en que otro sujeto
Superior á los humanos
Tomó carne siendo Verbo.
Que como has de ser tirano,
Contrario al Criador inmenso,
Porque en todo lo parezcas
Es tu sangre un contrapuesto.
Yo en mis más floridos años
Cometí un infame incesto
Con mi padre, porque entro (1)
Viste la luz de los cielos.
Por cuanto María, Madre
De Cristo fué raro ejemplo
De castidad, la que es tuya
Será de amor deshonesto.
Fuiste por monstruo arrojado
Al mundo, y en ti se vieron
Unirse las ciencias todas
Con el poder del infierno.
Tienes un ángel de guarda
Que en saludables preceptos
Te aconseja lo que es justo,
Diputado para esto.
Mas ¡ay de ti en aquel día
Que con loco atrevimiento
El ángel que te acompaña
Le despreciarás soberbio!
Desde el día en que naciste,
Un espíritu perverso,
De los expulsos de Dios,
Se apodera de tu cuerpo.
Que ansí como en Dios habrá
Dos naturalezas, siendo
Hombre y Dios, en ti se han visto,
Por ser contrario sujeto,
Ser de hombre y ser de demonio
Y de mil demonios lleno,
Como lo afirman los santos
Y en los profetas lo vemos.
Así lo escribe Daniel:
Tú, monstruo del universo,
Nacido para castigo
Del mundo engañado y ciego;
Te concede Dios de vida
Sólo tres años y medio;

(1) Así se lee en el manuscrito de Parma este pasaje, evidentemente viciado. No atinamos con la corrección.

Que tus delitos atroces
Tienen limitado tiempo;
Han de seguir tus pisadas
Grande infinidad de reinos,
Desde el fiero troglodita
Al partho, al scita, al hebreo.
Tus delitos serán tantos,
Que, conmovidos los cielos,
En el luto de la noche
Se cubrirán por no verlos.
Temblará de ti la tierra,
Y ella quisiera en su centro
Recogerse y encubrirse
Por no ver hombre tan fiero.
Viendo en ti disposición,
El concurso del infierno
Apoyará tus engaños
Para que parezcan ciertos.
Esto ha permitido Dios;
Mas de tan grandes secretos,
¿Cómo se sabrá la causa
Si en su mente están dispuestos?
Así en el Apocalipsis
Se halla escrito. Mas yo vengo
Para que sepas quién eres
Y á explicar tu nacimiento:
Tu nombre es Titán; tu patria,
La que sabes que su suelo
Desde el principio del mundo
Quiso oponerse á los cielos;
Y porque antes que venga
Cristo en el día postrero
Al universal juïcio
Que esperan vivos y muertos,
Has de dar principio tú
Á tus maldades y enredos,
Te llamarán Antecristo,
Hijo propio del Averno;
Quédate, bestia espantosa;
Apártate, monstruo horrendo;
Y ¡ay de la tierra; que siembras
En ella mortal incendio!

Vuelve el caballo y la tramoya y vuélvese á subir.

TITÁN.

No te vayas de esa suerte;
Espera, aguarda un momento;
Satisface á mis preguntas
Y no me dejes suspenso.
En las plantas de los aires
Sube, regiones rompiendo,
Y entre esferas cristalinas
Oculta el hermoso cuerpo.
Fuése y dejóme confuso;
¡Ay de mí! Pero ¿qué temo,
Si soy quien gobierna y manda
Todo el poder del infierno?
Yo soy Dios, esto es sin duda;
Que este valor, este aliento,
Si de Dios no fuera, ¿cómo
Fuera de tan alto precio?

Y cuando no fuese Dios,
Diré que lo soy, haciendo,
Para ganar opinión,
Prodigios al mundo nuevos.
Espíritu que en mí habitas,
Legiones que desde el centro
Del abismo á mi defensa
Estáis agora dispuestos,
Vuestro favor me prestad;
Que apoyando en él mi intento,
Daré á vuestro caos obscuro
Más almas que desde el cielo
Angélicas jerarquías
De pensamientos soberbios
Arrojó desde las cumbres
Aquella espada de fuego.

Sale Baulín, labrador tosco, con dos cabestros.

BAULÍN.

¿Á quién le habrá sucedido
Desgracia como la mía,
Que dos asnos que tenía
Entrambos se me han morido?
Que pierda un emperador
Un ejército de gente,
Llevarálo fácilmente
Y no parece rigor;
Que con su grande poder
Será muy fácil suplirse;
Mas mis borricos morirse.....
¡Triste! ¿qué tengo de hacer?
Para aliviar mi cuidado
Y afligir más mi memoria,
Sólo de mi triste historia
Los cabestros me han quedado.
¡Ay! ¡Borricos de mi alma!
¿Qué he de hacer yo sin vosotros?
Tan grandes como unos potros,
Y aun destos llevan la palma.
Si mi mujer se me ahorcara
Del cabestro, bueno fuera,
Que también por ella hiciera
Lo que otra vez me mandara.
Pero un hombre veo allí:
Á hablarle quiero llegarme;
Que por dicha podrá darme
Lo que sin dicha perdí.
¡Ah! ¡Buen hombre!

TITÁN.

¿Quién me llama?

BAULÍN.

Yo soy: ¿qué hacéis tan suspenso?

TITÁN.

En mi omnipotencia pienso,
En mi crédito, en mi fama;
En mi ser, en mi sustancia,
En la gloria que poseo,
En las virtudes que veo.

BAULÍN.

¡Qué grande es vuestra arrogancia!
¿Quién sois y cómo me habláis
De esa manera?

TITÁN.

Yo soy
Quien al mundo vida doy,
Á quien la gente esperáis.

BAULÍN.

¡Oh, qué blasfemia!

TITÁN.

Acabad:
Yo soy supremo hacedor
Del universo; mi amor
Obligó á mi majestad
Á qué descienda del cielo
Para ahuyentar los engaños
Que padecéis tantos años.

BAULÍN.

Que seréis loco recelo.
¿Qué dios sois, el sol, la luna?

TITÁN.

El dios miércoles ó martes,
El que asiste en todas partes
Sin diferencia ninguna.
De los ejércitos dios
Me llaman en las alturas;
Yo crié las criaturas.

BAULÍN.

No vi tal dios como vos.

TITÁN.

Principio pretendo dar
Al engaño que fabrico;
¿Cómo te llamas?

BAULÍN.

Pasico.
Á Baulín no es de engañar;
Si vos sois dios, como aquí
Decís, ¿no es bien que me asombre
De que no sepáis mi nombre?

TITÁN.

Quíselo saber de ti.

BAULÍN.

Pues decid, ¿cómo se llama
María, que es mi mujer?
Si lo acertáis quiero ver,
Y el crédito de su fama.

TITÁN.

Necio, María es su nombre.

BAULÍN.

¡Voto al sol, que lo acertó!

TITÁN.

Sí; pero no quiero yo
Que de ese nombre se nombre.

BAULÍN.

Pero Baulín me han llamado,
Y mi nombre ha resurtido
De un caso que ha sucedido,
Que es un suceso extremado.
De mi madre, Inés de Huerta,
El barbero, enamorado,
Estaba en casa acostado:
Llamó mi padre á la puerta;
Temióle mi madre en fin,

Y en un barril le metió;
Nací á nueve meses yo,
Y así me llaman Baulín.

TITÁN.

¿Que es posible que esto veo?

BAULÍN.

Pues ¿qué os espanta?

TITÁN.

¡Qué cosas
Para un dios tan prodigiosas!

BAULÍN.

Y malogro mi deseo.
Dígame, dios, ó quien es,
Del borrico que es perdido,
Si reducirte han podido
Estas lágrimas que ves.
Las señas le quiero dar
De ellos, y sepa, señor,
Que es un burro de valor
Que le pueden envidiar.
En toda la burrería
Ninguno como él encuentro:
Pues rebuznar hacia dentro
Ninguno como él lo hacía.
Es notable mi desgracia,
Y tiene, pues lo publico,
Un lunar en el hocico
Que le da notable gracia.
¡Mire qué señas tan buenas!

TITÁN.

Porque pueda parecer,
Grandes cosas has de ver;
Suspende, necio, tus penas.
Con tu dicha has encontrado;
Feliz te puedes llamar,
Pues has podido mirar
Al mismo que te ha formado.
Ya tu suerte se mejora:
Sólo á servirte me aplico;

BAULÍN.

Y vuélveme mi borrico,
Que es lo que te pido ahora.

Por una parte el Príncipe de Babilonia con gran acompañamiento, y por otra, Luna, su esposa, con dos damas.

PRÍNCIPE.

Á tus pies humillado,
Glorioso de la dicha merecida,
Dueño de mi cuidado,
¡Oh Luna hermosa, autora de mi vida,
Vuelvo de nuevo á verte,
Ufano porque llego á merecerte!

LUNA.

Príncipe generoso,
Cuyo valor y cuyo esfuerzo es tanto,
Que ha dejado envidioso
El mundo, y á los orbes con espanto:
No me niegues tus brazos.

PRÍNCIPE.

¡Dichoso quien merece tus abrazos!
Cuando en el mar tirreno
El Neptuno valor tomó el tridente,
De espanto y perlas lleno,
Al nuevo imperio serenó la frente,
Y sus inquietas olas
Huyeron las riberas españolas.
Las aguas y los vientos
Treguas hicieron, y en la paz serena
De acordes elementos,
En perlas transformó Doris la arena
Del Calpe al Lilibeo:
Presagio de marítimo trofeo.
Los mares del Oriente
Á tal serenidad no concurrieron,
Y el cristal transparente
Turbaron con asombro, cuando oyeron
Que al mal que me importuna
Se opone la hermosura de mi Luna.
Y aquellos que preñados
De soberbia, que al límite profundo
Aquí viven atados,
Romper osaban y anegar el mundo,
Cobardes y sin bríos,
El manso curso envidian de los ríos:
Fugitivos desean
Con alas de cristal correr violentos,
Primero que se vean
En sendas divididos, y sangrientos,
Cubrir á Asia de espanto,
Como otra vez se vió el mar de Lepanto.
Todo, bella señora,
Efecto ha sido de tu bella mano,
Que te envidia la aurora
Los matices del rostro soberano;
Ya me han rendido lauro
Desde mi patria al monte de Antitauro.
Esta ciudad famosa
Y habitada primero del gran Nino,
Semíramis hermosa,
Hace morada de tu ser divino;
Triunfa del que delante
Si es vencedor, será rendido amante.

LUNA.

¡Oh tú, que en verdes días,
Como es la caza imagen de la guerra,
En las espaldas frías
De la difícil y nevada sierra
Las fieras fatigaste,
Y Adonis de las almas te llamaste!
Si á las selvas amenas,
Que del Ganges por montes despreciadas
De flores mira llenas,
Ni de este ocio su paz, antes ha dado
Tu diestra soberana
Envidia á Apolo, amores á su hermana (1).
Pues ya en selvas desnudas

(1) No es fácil atinar con el sentido de esta embrolladísima estrofa, que seguramente no escribió así Lope, ó quien quiera que fuese el autor de esta comedia. Además, *despreciadas* no es consonante de *dado*.

De flores, y de lienzos coronadas,
El ejercicio mudas,
Y rústicas victorias y ensayadas
Acciones militares
Te llevan de los montes á los mares:
Las montañas hermosas
Mira de Babilonia citerea;
Fragancia da á las flores:
Reino de Adonis fué: Adonis te vea
Reinar entre las rosas;
Como vió coronadas tus mayores.
El que gozo felice
En los mares del Asia, imperio breve,
Á quien el mundo dice
Que las nubes dan oro en vez de nieve
Y al sol ha dedicado
La estatua que los orbes ha admirado,
De navales trofeos
Me prometió tres leños coronados,
Y de dulces trofeos
Himnos escucho ya en tu honor cantados
Del mundo, para darte
Intrépido valor al son de Marte.
Los aplausos romanos
Renazcan á esta edad muerta, y laureles
En tus sienes y manos,
Coronen la ruina de infieles,
Y rindan á tu pompa
Miel Asia, África trigo, armas Europa (1).

PRÍNCIPE.

¡Oh mudable fortuna!
Suspende ahora tu voltario curso
Porque goce á mi Luna;
Que tal favor me priva de discurso.

LUNA.

¡Dichosa yo que puedo
Gozar mi bien y suspender el miedo!

Digan dentro, y ellos se suspendan como por los aires.

Humanos, oid, oid:
Ya vino el Dios verdadero.

PRÍNCIPE.

¿Qué voces son las que escucho,
Que el silencio de los ecos
Rompen, y en voz concertada,
Suenan dulces instrumentos,
Por los aires divididos?
¿Ó me ha engañado el deseo?

LUNA.

Miro luces luminosas,
Y que en aplausos divinos
Están sus cursos suspensos
. . . .
Sacro en los aires (2).

(1) *Pompa* no es consonante de *Europa*. Si los versos de esta relación son de Lope, lo cual yo no puedo creer, tienen que estar horriblemente estropeados.
(2) Faltan evidentemente algunos versos antes de éste. El único manuscrito conocido de esta composición es defectuosísimo.

RUFINO.

Se oyen dulces acentos;
Que un Dios ha venido, dicen,
No fingido, sino cierto,
Restaurador de los hombres.

PRÍNCIPE.

¿Qué Dios puede ser? No creo
Sino en Júpiter y Marte:
Éstos mis padres creyeron.
Sólo lo que ellos me dicen
Es lo que adoro y confieso.

LUNA.

Yo no, porque siendo hebrea,
Que ha de venir Dios espero,
Á quien llamamos Mesías,
Y él será remedio nuestro.

Dentro.

Hermanos, oid, oid,
Ya vino el Dios verdadero.

En diciendo esto, se descubre una cortina, adonde estará Titán sentado en una silla, muy galán, con corona y cetro; al lado derecho un niño vestido de ángel, y al otro, Baulín de rodillas.

TITÁN.

Hombres, sabed que ha venido
El que es autor supremo
De las célicas moradas
De los ángeles eternos.
Alegraos, pues ha llegado
El tiempo en que podáis veros
Libres de tantos engaños
En que habéis vivido ciegos.
Dejad al idolatría:
Ya viene Dios verdadero:
No soy Dios de crueldad,
No de tremendos preceptos:
El Dios de piedad me llamo,
Que perdonando los yerros
Cometidos, á mis brazos
Con misericordia llego.

ÁNGEL.

¿Qué dices, monstruo espantable?
¿Dios te llamas, Dios te has hecho?

TITÁN.

¿Qué mucho, si yo lo soy?

ÁNGEL.

¿Qué dices, hombre blasfemo?
¡Tú Dios, siendo un hombre bajo,
De tan bajo nacimiento,
Que es el pecado tu padre
Y la envidia tus abuelos!
Mira qué dices, y advierte
Que sólo licencia tengo
De acompañarte hasta tanto
Que con loco devaneo
Digas que eres Dios, ingrato.

TITÁN.

¿Pues yo para qué te quiero?
Vete.

ÁNGEL.

¡Ay de ti, pues dejas
De tu guarda el ángel bueno!

Desaparece el Ángel por tramoya.

TITÁN.

Humanos, el mismo Dios
Que al mundo me represento,
Tengo para dar la vida
Á los afligidos pechos.
Pedid, pedidme riquezas;
Mirad lo que el pensamiento
Apetece, y lo que el gusto;
Que á satisfacerle vengo.
Dios me ha enviado á la tierra;
Hijo soy del Padre Eterno;
Que tanto puede su amor,
Que le obliga á estos extremos.
Yo doy hermosura á todos,
Yo comunico el ingenio,
Á los viejos hago mozos,
Satisfago los deseos.
La juventud os daré,
Á la vejez la suspendo,
Porque todo dé mi mano
Está rendido y sujeto.

BAULÍN.

¿Hermosura dais, señor?
Mucho me huelgo en extremo
De haber sabido estas cosas,
Por ser de ellas mensajero.
No habrá viejo que no quiera
Desde este punto creeros,
Pues renováis su vejez
Y lográis sus pensamientos.
¡Oh cuerpo de tal, conmigo
Y qué milagro tan nuevo!
¡Lo que ahorras de cabelleras
Y pantorrillas á necios!
No habrá moños en el mundo
Aunque se diesen por ellos
Un ojo, pesar de mí;
Aqueste sí que es Dios bueno.

TITÁN.

Ofrecedme sacrificios,
Y en holocaustos incienso,
Como al dueño universal,
Como artífice supremo.

BAULÍN.

Tenelde todos por Dios;
Que yo afirmo, por lo menos,
Que me ha traído estos días
Por los desvanes del cielo;
Llevándome á aquella sierra,
Poniéndome en este cerro,
Temiendo ¡pardiez! de dar
En el suelo de celebro.
Dos borricos que tenía,
Uno perdí y otro muerto;
Medio vivos ahora están
Comiendo que es un contento.

TITÁN.

Yo bajo, humanos, al mundo
Á satisfacer deseos;
Prevenid fiestas, pues vino
Quien es el Dios verdadero.

Cúbrese el apariencia.

PRÍNCIPE.

¿Qué extrañas cosas son éstas?
¿Qué prodigiosos sucesos?

LUNA.

Sin duda que es el Mesías,
¡Ó felices estos tiempos
Que tanta dicha alcanzasen!

Cristianos Lidoro y Rufino.

LIDORO.

Rufino, ¿qué dices desto? (Aparte.)

RUFINO.

¿No sabes que los cristianos
Que ha de venir entendemos
El Antecristo? Pues éste,
Con mágicos embelecos
Se hace Dios, sin duda que es
El Antecristo.

LIDORO.

Y es cierto;
Yo en Cristo adoro, Rufino.

RUFINO.

Lidoro, su ley profeso.

Viene Música cantando y salen Titán y Baulín.

Música.

Hoy, mortales, que ha venido
El gran Dios de las alturas,
Hagan fiestas las criaturas
Á tanto bien recibido.

TITÁN.

Pueblos que juntos estáis,
Á vuestro Dios recibid,
Y mis razones oid
Para que quien soy sepáis.
Yo soy Dios, que pïadoso
De los engaños pasados,
Para aliviar los cuidados
Vengo á la tierra amoroso.
De las cumbres superiores
Desciendo para aumentar
Vuestro bien, para estorbar
Del mundo tantos errores.
Y á los dioses que hasta aquí
Adorasteis, los dejad;
Que sólo á mi majestad
Habéis de adorar así.
De circuncidarme vengo
De la gran Jerusalén;
Tengo apóstoles también,
Con que sólo me entretengo.
Amó Cristo la pobreza:
Opuesto á Dios es el pobre;
Riqueza os daré que os sobre,

Yo soy la misma riqueza.
  No ha de haber ya senetud:
Todo deleite ha de ser;
Público haré mi poder,
Conocida mi virtud.
  Cese el pesar, la tristeza:
Sólo se aumente el contento:
Lógrese cualquiera intento,
Gócese toda belleza.
  Yo que los cielos crié,
Yo que la tierra he formado,
No he de estar más limitado;
Que para los hombres fué.
  El oro en su vena rica,
La plata, perlas, corales,
La esmeralda, los cristales,
Todo á mi gusto se aplica.
  Comunicar quiero, humanos,
Mis bienes nada avariento;
Pedid cualquiera elemento:
Reducirse ha á vuestras manos.
  Tan grandes mis fuerzas son,
Tanto mi poder alcanza;
Porque en mí no hay esperanza,
Que es todo ya posesión.
  No limitaré á ninguno
Su gusto, su voluntad;
No hay en mí severidad,
Ni á nadie seré importuno.
  Mas ¡miserable de aquel
Que, rebelde á lo que digo,
Pretende ser mi enemigo!
Que no hay tormento cruel
  Que no le esté aparejado
En pago de su malicia,
Porque al rigor de justicia
Me verá siempre inclinado.

De rodillas.

PRÍNCIPE.
  Señor, yo he vivido ciego
Ignorando tu valor,
Mas ya conozco mi error
Y que me perdones ruego.
  Si en Babilonia has nacido,
Yo soy el Príncipe della,
Y en su nombre, á mí y á ella,
Que nos disculpes te pido.

TITÁN.
  Alza, Príncipe, del suelo;
Que basta aquesa humildad
Para que tu voluntad
Admita.

PRÍNCIPE.
  Justo es mi celo;
  La infanta Luna es aquesta.

LUNA.
Humilde llego á tus pies;
Justo es, señor, los des
Á quien ya se manifiesta
  Por tu esclava.

TITÁN.
  Alzad, señora,
Y no estéis de aquesa suerte;
La vida me da y la muerte
Su vista: el alma la adora.
  ¡Baulín!

BAULÍN.
  ¡Señor!

TITÁN.
  ¿No es hermosa
La Infanta?

BAULÍN.
  ¡Qué bueno es eso!
Pues un Dios hace ese exceso,
Llama tienes amorosa.

TITÁN.
  ¿Pues quién como yo, Baulín,
Puede amar con más razón?
Que pasiones de Dios son
Amar, y ama Dios, en fin;
  Abrasado amor es Dios,
Y amo así á la infanta Luna.

BAULÍN.
¿Pues qué pasión importuna
Os dará cuidado á vos?
  Pero vos queréis hacer
Como hacen los señores,
Que, hartos de platos mayores,
Pasteles suelen comer;
  Dejad cualquiera recelo,
Y sin tantos ademanes,
Enviad dos ganapanes
De los ángeles del cielo,
  Y subid á Luna arriba
Y así la podéis gozar.

TITÁN.
No es este tiempo y lugar;
Cuando mi ley se reciba
  Y esté por dios adorado,
Entonces habrá mujeres,
Juegos, deleites, placeres
Y el apetito logrado;
  Pero aun no ha llegado el día:
Todo el tiempo lo dispuso.

BAULÍN.
Á fe que sois dios al uso,
Que entráis por hipocresía.

TITÁN.
  Amigos, agora es tiempo
De que cumpla mis promesas.
Pedid porque los deseos
Satisfacción justa tengan;
El crédito de mis obras
Ya remito á la experiencia.

PRÍNCIPE.
Señor, sucesión pretendo:
Dame sucesión que pueda
Heredarme.

TITÁN.
  Hijos tendrás.

LUNA.
¿Podré hacer que mi belleza
Se conserve y que de un modo
Todas las gentes se vean?
TITÁN.
Sí podrás, yo lo concedo,
Y podrás darme mil penas, (Aparte.)
Que las niñas de tus ojos
Son de mi vida centellas.
UNO.
Yo fuí casado, señor,
Con mujer discreta y bella;
Dala vida porque goce
De sus adoradas prendas.
BAULÍN.
¡Pues lo que has pedido, necio!
Mujer pides, ¡linda flema!
Tantos deseos perder
Por una locura es esa;
¿Qué pretendes? muda intento.
UNO.
No puedo, que adoro en ella.
BAULÍN.
Pues no la podrás sufrir
Si sabes que cuando quiera
Resucitará.
TITÁN.
Á tu casa
Te parte; que con inmensa
Riqueza y adornos ricos,
Hallarás tu amada prenda.
UNO.
Yo parto luego á buscarla.

Vase.

BAULÍN.
Aténgome á la riqueza.
OTRO.
Yo, señor, soy jugador;
Dicha quiero con que pueda
Ganar.
TITÁN.
Siempre ganarás;
Seguro en tu dicha juega.

Vase.

FABIO.
Señor, un hombre me enfada
Que es ignorante, y quisiera
Verle en asno convertido.
BAULÍN.
Si es ignorante, ¿qué espera?
FABIO.
Deseo verle.....
BAULIN.
Ya entiendo;
Que tenga cola y orejas.
TITÁN.
Desde luego le verás;
Que está hecho un asno á tu puerta.

Vase.
Sale una mujer.

MUJER.
Señor, yo en cosas de amor
Trato mi gusto, desea
Que me amen, y así pido
Que todos por mí se mueran,
TITÁN.
Desde hoy todos te querrán,

Sale otra mujer.

MUJER.
Señor, porque mi belleza
Y mi cara se conserve,
Deseo tener hacienda;
Dame, con que viva honrada,
Diez mil ducados de renta.
TITÁN.
Yo concedo lo que pides;
Ve á tu casa, y en la cueva
Cuatrocientos tejos de oro,
Cada uno de arroba y media,
Hallarás para que vivas
Gustosa, alegre y contenta.

Vase.

BAULÍN.
¡Cuerpo de tal¡ con los tejos
Allegarán á las tejas.
¡Bien haya un Dios por arrobas!
LIDORO.
Rufiño, estas quimeras
Son las de aqueste tirano,
RUFINO.
Asombro ponen en verlas;
Engañar pretende al mundo
Con industriosas cautelas.

Aparte los dos.

TITÁN.
¿Qué estáis los dos murmurando?
¿En qué aquestos necios piensan?
¿Cómo no me habéis pedido
Mercedes, pues se dispensan
Para todos?
LIDORO.
Los cristianos,
Á sólo Cristo confiesan;
TITÁN.
¡Que esto sufro, santo cielo,
Y que aquestos que blasfeman
No sepulto en el abismo,
Ignorante gente ciega!
¿Cómo rebelde á mi amor,
Me habláis de aquesa manera?

Entrad luego donde todos
Los que me sirven se llegan;
En la mano y en el rostro
Sé que me dejan en prendas
De que han de seguir mis pasos;
Mas si contumaces niegan
Lo que pido, ¡tristes de ellos!
Que están dispuestas mil penas,
Mil martirios y tormentos
Que á los de Nerón excedan.
Mirad bien lo que decís
Y no probéis mi paciencia,
Que en castigo convertido
No hay quien remediaros pueda.

Vanse.

Quedan Rufino y Lidoro.

RUFINO.
¿Qué te parece, Lidoro?
Extraña desdicha es ésta:
¿Qué habemos de hacer?

LIDORO.
¿No ves
Que nadie al martirio llega
Menos que por estos pasos?
En tu intento persevera;
Que Dios, piadoso señor,
No querrá que aquesta bestia
Así devore su pueblo,
Así haga guerra á su Iglesia;

RUFINO.
Piedad, Señor, y advertid
Nuestra mísera flaqueza;
Pero los cielos se rasgan.

LIDORO.
¿Qué dulce música es ésta?

Descúbrense en dos tramoyas Elías y Enoc.

ELÍAS.
Mortales, oid mis voces:
Oiga el mundo su defensa;
No quede el mundo engañado;
Que éste que por Dios venera
El hombre; cuyas maldades
Ya la tierra amedrentan,
Tiene por antigua estirpe
Á la envidia y la soberbia,
Y los efectos que hará
Explica su descendencia.
Aquella bestia feroz
Que el Apocalipsi enseña,
Es este hombre que viene
Contra la divina Iglesia.
A mí me llaman Elías
Ó el celador; no os suspenda
El verme, pues he venido
Á la defensa que espera.
Yo soy aquel que á Eliseo
Dejé el manto, y en esferas
De volcanes fulminantes
Me arrebaté á las estrellas.
Ya se dispone el castigo
Del que los orbes inquieta,
Porque el justiciero Dios
Satisface sus ofensas.
Valor cobrad, y advertid
Que el hacedor de la tierra
No se olvida de la culpa
Por dilatarse la pena.
Años ha pasé esta vida,
Que la voluntad inmensa
Dispuso que yo viviese
Guardado para esta empresa.
No temáis, que ya he venido
Contra esta serpiente horrenda
Que nos muestra Danïel,
Y Juan en Patmos enseña.
Perseverad en la fe
De Cristo, que es verdadera;
Que ya viene el desengaño.

RUFINO.
Cristo vive.

LIDORO.
Cristo reina.

Vuélvese la tramoya y dase fin á la primera jornada.

FINIS.—LAUS DEO.—JESÚS, MARÍA Y JOSÉ.

JORNADA SEGUNDA

Salen Riselo y Fabio solos.

RISELO.
Tan extrañas son las cosas
Del nuevo Dios que tenemos,
Que todo parece extremos
Y sus obras prodigiosas.

FABIO.
Yo quedo tan admirado,
Que la propia admiración
No tiene comparación
En el modo que en mí he hallado.
Aqueste hombre que has visto
Á quien Titán el gentil,
Llaman por nombre sutil,
Los cristianos Antecristo,
Y los judíos Mesías,
Hace prodigios de suerte,
Que vence la misma muerte
Que da terror á los días.
Promete á todas y á todos,
Cumple lo que ha prometido,
Y á aquellos que le han servido
Satisface por mil modos.

RISELO.

No se halla región remota
Que obligada á su favor,
Con respeto y con amor
No se le ofrezca devota.
¿Qué mucho, si prodigioso
Es en sus cosas, Lidoro?

FABIO.

Yo confieso que le adoro
Por divino y milagroso;
Pero advierte que parece
Que viene Titán.

RISELO.

Él es.
¡Qué furioso está!

FABIO.

¿No ves
Que con miralle enmudece?

Sale Titán.

TITÁN.

¡Ay de mí, que mi pasión
Tanto aviva mi deseo,
Que si no gozo de Luna
Que he de darme muerte temo!
¿Cómo es posible que yo
Esté rendido y sujeto
Á una mujer?

RISELO.

¿No reparas
Que vierte su vista fuego?
Asombro pone el miralle.

FABIO.

Es Dios; no te espantes desto,
Y un Dios enojado es cosa
Que á los humanos da miedo.

RISELO.

Vámonos, Fabio, de aquí;
Que con su enojo recelo
Que hechos ceniza nos deje.

FABIO.

Tu disposición apruebo.

Vanse.

TITÁN.

Que este espíritu furioso
Que tengo dentro del pecho,
Me impide ahora que goce
De aqueste bien que apetezco.
¿Qué importa ser poderoso
Y que los cuatro elementos,
Á mis voces reducidos,
Obedezcan mis incendios?
¿Qué importa que de las nubes
Expela mortal incendio,
Que envuelto en horror de lumbre,
Dé terror al hemisferio?
¿Qué importa que á mi gusto,
Á mi altivo pensamiento
Sea fácil volver en caos
Los estatutos del tiempo?
¿Qué importará que me teman
La tierra, la mar, el fuego,
El aire y lo que habita
En los más ocultos senos;
Si una pasión amorosa
Á quien asisto sujeto,
Me vence, y á su rigor
No puedo hallar el remedio?
Si mi ley, si mis mandatos
Admitiera el universo,
Á la fuerza remitiera
Mis atrevidos intentos.
Mas no es ésta la ocasión,
Aunque sea llegado el tiempo
En que mi ley admitida
Consiga así mis deseos.
Pero ¿no soy poderoso?
¿No soy de las ciencias dueño?
Pues remítase á la industria
Lo que sin ella no puedo.
La forma quiero tomar
Del Príncipe, y con perfecto
Rostro y figura engañar
Al dueño de quien me quejo.
La industria ha sido famosa;
No tenga el atrevimiento
Suspensión, pues el cobarde
Pierde su dicha por serlo.
Denme al favor que le pido
Las legiones del infierno,
Para que pueda con ellas
Gozar del bien que pretendo.

Da vuelta una tramoya, á donde estará otro con vestidos parecidos al Príncipe en todo.

IMAGEN.

Ya en su forma transformado,
Gozar de mi Luna pienso,
Pues que del Príncipe yo
En nada me diferencio.
¡Oh Luna hermosa y divina!
Yo he llegado á tal extremo,
Que vencido de tus ojos
Por ellos vivo muriendo.
Suspéndanse mis pasiones,
No corra veloz el tiempo,
Que en los cursos de la vida
Va arrebatado y ligero.
Que si este bien me concede,
Harán un prodigio nuevo,
Pues vida me da quien suele
Triunfar de altivos trofeos.
Pero aquí viene mi Luna,
Que ya he sentido sus ecos.

Sale Luna.

LUNA.

No venga nadie conmigo,
Dejadme sola un momento.
¡En qué felice estado

Podré decir que me conduce el cielo!
Pues que ya sin cuidado
Y ajena de temor y de recelo,
El Príncipe famoso
Me ha concedido el cielo por esposo!
¿Qué bien podrá igualarse
Al de gozar su amante aquella prenda
Que es tan digna de amarse,
Sin que pasión celosa la suspenda,
Sino que á la memoria
Todo se manifieste de tu gloria?
¡Ay de las horas breves
Que así ligeras pasan de corrida!
¡Cielo eterno, no lleves
Con paso acelerado nuestra vida;
Que en la de los amantes
Los días (1) se juzgan por instantes!
Si en el bien que deseo
No puedo tener gusto, ni mis ojos
Hacen algún empleo (2)
Todo me ofende, todo causa enojos,
. . . . (3)
Pues que siempre á su sol llama el aurora.
¿Dónde está el Príncipe?

IMAGEN.

Aquí,
Que como sé de la suerte
Que debo, Luna, quererte,
Siempre asisto junto á ti.

LUNA.

¡Oh, mi bien!

IMAGEN.

Señora Luna,
Muy bien puedo asegurarte
Que sólo el bien de amarte
Da valor á mi fortuna.
Todo el tiempo que viví
Sin adorarte, he juzgado
Que injustamente ha pasado,
Y temo que te ofendí.
Y así que decir podré
Que soy amante dichoso,
Pues que gozo como esposo
El bien que siempre adoré.
Los que supieren, señora,
Este bien, han de envidiar
La gloria de conquistar
Prenda á quien el alma adora.
Á mí el alma tema y arda,
Aunque como os quiero tanto,
Su envidia me pone espanto,
Su deseo me acobarda;
Y es justa razón temer
Perder el bien que adquirí.

LUNA.

Si fuera tu dama, sí,
Mas no siendo tu mujer;

(1) Quizá *largos días*.
(2) El ms. de Parma añade *si alguna cosa veo.*
(3) Falta un verso en esta estrofa.

Príncipe, de modo estimo
Este favor que me has hecho,
Que ha de quedar satisfecho
Tu amor que en el alma imprimo.
Quisiera para quererte
Mil almas con que adorarte,
Nueva vida que entregarte,
Y nuevo ser que ofrecerte.
Deja ese vano recelo
Pues conoces mi afición.

IMAGEN.

Si aquesas verdades son,
Querré sin querer mi desvelo (1),
Porque mi desconfianza
Es tal, que libra un favor
Los méritos de su amor,
Y mi segura esperanza.

LUNA.

Dame tu mano.

OTRO.

Y con ella,
El alma misma te doy,
Que yo tan dichoso soy;
Mano hermosa, mano bella,
Tanto en adorarte gano,
Que con libertad segura,
Verán mi buena ventura
En las rayas de tu mano.

Sale el Príncipe.

PRÍNCIPE.

Famosas flores, que hacéis
La beldad del cielo triste,
Donde aquella Luna asiste,
Á quien más que al sol debéis.
En vuestras bellas colores
Busco su nuevo arrebol;
Que jurándola por sol
La hacéis reina de las flores.
Contemplando su belleza,
Hallo en aqueste jardín
Su blancura en el jazmín,
Y en la rosa la pureza.
En la azucena..... Mas ¡cielos!
¿Qué es lo que miro? ¡Ay de mí!
¿No soy yo mismo el que allí
Me doy á mí mismo celos?
Luna amorosa é ingrata
Me aguarda y me favorece.
¿Qué es esto? ¿Mi forma ofrece,
Ó qué fuente me retrata?
Confuso al discurso dejo
Con pena (2) lumbre importuna,

(1) Así se lee en el pésimo manuscrito de Parma éste que ni es verso ni hace sentido. Tal vez diría:

Creeré sin creer mi desvelo

(2) Quizá deba leerse:

Con esta lumbre importuna

Pero si es discreta Luna,
¿Qué mucho sirva de espejo?
Ya considero dudoso
Que ha habido quien haya estado
De sí mismo enamorado,
No de sí mismo celoso.

OTRO.

Vuelve á decir otra vez,
Mi bien, tan dulces amores,
Repite, pues, los favores
De que al cielo haces jüez.

LUNA.

Sólo el Príncipe es aquel
Que en mi gracia mereció
Lugar.

OTRO.

Goce este bien yo
Aunque lo merezca él.

LUNA.

Tú eres, Príncipe, mi dueño.

PRÍNCIPE.

Conmigo está hablando aquí
Y ella responde por mí;
Esta es ilusión de sueño.
El que al espejo se vió
Miráis en transformaciones,
Imitadas sus facciones,
Pero sus palabras, no.
¡Quién creyera que en el viento
Mi pensamiento tenía!
Formar más noche podía,
Hallóla mi pensamiento.
Yo fuí el mismo, yo que estoy
Llorando lo que deseo;
Si soy el que allí me veo,
¿Cómo el que está allí no soy?
Si es Júpiter que me asombra
Con mi sombra, mi furor
Sepa el fin de mi rigor,
Retrato, apariencia ó sombra,
Que en este confuso abismo
Á mí mismo te prefieres;
Dime quién fuí ó quién eres;
Si soy tú, si eres tú mismo.

OTRO.

Fantasma que se transforma
En mi ser sin diferencia,
Y Luzbél con apariencia
Imagino que conforma.
¿Qué me quieres? ¿Qué me sigues?
¿Por qué de mí no te alejas,

PRÍNCIPE.

¿Y por qué tanto hoy me dejas
Que me buscas y persigues?

LUNA.

Si el pensamiento veloz
Puede hacer una figura,
¿Cómo pasa á la figura
Ser afecto de la voz?
Discurso la pón, ingratos
De desdenes, que son tales,
Que ambos son originales
Y ambos parecen retratos.
Pierdan los dos la belleza,
Que naturaleza varia,
Pues aquí, á su ser contraria,
No varió naturaleza.
Príncipes, si en casos vanos
Os forman, sedme piadosos,
Aunque para dos esposos
El cielo me dió dos manos.

PRÍNCIPE.

Sombra con cuerpo fingido
Que así á castigarme vienes,
Humilde á tus pies me tienes:
Si no probemos los dos (*sic*)
Quién es el más verdadero;
Llega á mis brazos, verás
Quién de los dos puede más.
Ven, que ofendido te espero,
Verás qué venganza doy
Al agravio que escuché,
Y así quién eres sabré.

OTRO.

Con esto sabrás quién soy (1)

Desaparece solo.

PRÍNCIPE.

¡Oh forma rigurosa,
Siempre en mi daño importuna!
¿Por qué invocas la fortuna
Tan ingrata como hermosa,
Que ya por tanta fortuna
Favores, desconfianzas,
Frenético en sus mudanzas
Las aprendas de la luna?
¿Qué favorecido amante
Es éste, que convertido
En mi ser ha merecido
Tu amor, y porque me espante
De su poder, parte el viento
En arrebatada nube?
Parece que al cielo sube
Donde tiene eterno asiento

LUNA.

Siempre el alma imaginó
Que eras tú, y fué fuerza aquí
Que se pareciese á ti
Para que le hablase yo.
¿En qué ocasiones creiste
De mí sospecha celosa?
Pues si me viste amorosa,
Contigo mismo me viste.
De su celosa porfía
Se ve la ignorancia clara,
Que era fuerza que le amara
Á quien á ti parecía.
Contigo, Príncipe, habló,

(1) Todo este diálogo es un galimatías ininteligible, como otras muchas cosas de esta absurda comedia, que es imposible que sea de Lope.

¿Para qué tantos enojos?
Que sólo pueden los ojos
Engañarse, el alma no.

PRÍNCIPE.

Tanto he temido mi muerte
En fortunas tan extrañas,
Que con saber que me engañas,
Estoy, Luna, por creerte.
Este es Júpiter, que viene
De tu fama enamorado
Y en mí mismo transformado,
Que sólo el tiempo detiene.
Bien le habías conocido,
Y así tu pasión celosa
Deslumbras; que es fácil cosa
El engañar un marido.
Yo hasta ahora no lo soy,
Mas puesto que el hombre alcanza
El agravio, la venganza
Daré á mis dedichas hoy.

LUNA.

¡Dios de Moisés!

PRÍNCIPE.

Quien ofende
Con infamia su honor, muera
Entre mis brazos.

Sale el Antecristo y le detiene.

TITÁN.

Espera.

PRÍNCIPE.

¿Cómo tu poder defiende,
Si es como dices, divino,
Tan permitida violencia?

TITÁN.

Vuelvo así por la inocencia:
Príncipe, tu furia vino.
Quien con horribles portentos
Admira, acciones previene
Quien hizo el cielo, que tiene
Para empeño (*sic*) los elementos.
Con fuego hago al cielo guerra,
Con viento alboroto el mar,
Con agua puedo anegar
Con triste espanto la tierra.
¿Nunca el luciente arrebol
Del cielo turbado viste?
¿No has visto á la luna triste?
¿No has visto sangriento el sol?
¿Vivir los helados muertos
Contra leyes naturales?
Pues si con prodigios tales,
Si con milagros tan ciertos
Mi divino ser ignoras,
Tú que idolatras gentil
Á Júpiter, y á otros mil
Mentidos dioses adoras,
Si tú con locas porfías
Llamas al Dios de Moisés,
Y no crees que éste es
Su prometido Mesías,
Que conozca cuando alcanza
El poder que así me niega,
Viendo como á un tiempo llega
El milagro y la venganza.
Yo tu figura tomé
Para que veas que puedo
En varias formas dar miedo:
Al mundo castigo fué
Del honor con que negaste
La rendida adoración,
Que pretendo: aquestos son
Los milagros que dudaste.
Para que en esta acción veas
Siendo tu imagen testigo,
El milagro y el castigo
Porque me adoras le creas,
Que yo solamente soy
El autor de tierra y cielo

PRÍNCIPE.

Y rendido por el suelo
Santa adoración te doy.

LUNA.

Y ya las lágrimas mías
Por Dios te publicarán.

PRÍNCIPE.

Sin duda éste es el Titán.

LUNA.

Sin duda éste es el Mesías.

Vanse todos y quédase Titán.

TITÁN.

Si de haberme transformado
La intención no se ha seguido,
Por lo menos ha servido
De que me hayan adorado.
No sé qué nuevo furor
Ahora el pecho recibe;
Mientras el Príncipe vive
No puedo gozar su amor.
Pues muera el alma cruel;
Dos gustos rinde á mi estrella:
Uno es el gozarla á ella,
Y otro es el matarle á él.
Y llegado á ponderar,
Aunque se ofenda el amor,
En mí fué el gusto mayor,
No sé cuál se ha de estimar.
En estas crueldades fundo
La gloria en que puedo verme,
Mas aguardaré hasta verme
Dueño absoluto del mundo.
Que entonces á mi albedrío
No habrá con qué resistille;
Que yo, para destruille,
De una vez le he de hacer mío.
Con nuevas admiraciones
Babilonia está asombrada,
Viéndose otra vez poblada
De trajes y de naciones.
En tan varias lenguas corre
Su nombre, que se estremece

La tierra, porque parece
Que sube otra vez la torre.
Á voces el bien suspenden (1),
Y porque más te eternicen,
Con saber lo que te dicen
El mismo nombre te den.
Desde donde el Norte enfría
Las aguas que el sol ignora,
Y la memoria que dora (*sic*)
Asistiendo eterno el día,
Vienen á dar á millares
Sacrificios á tus plantas,
Labrando imágenes santas
En suntuosos altares.
Con tu licencia entrarán
De todos embajadores,
Esos divinos honores
Justamente se me dan.
Los que á verme han alcanzado
Y la gloria de mirarme;
Que todos han de adorarme
En éxtasis elevado.

Salen el Persa y el Alemán.

PERSA.

La fama de tus milagros
Y tu prodigiosa vida
Llegó, nuevo Dios, á Persia,
Donde, siendo conocida
Tu santidad, te adoraron,
Y á mí en su nombre me envía
Con una estatua de oro
Para que el alma ilustra (*sic*)
Á tu adoración y tal,
Que llaman los alquimistas
Alma en el oro le hallara,
En éste por esta vía (2).

ALEMÁN.

Alemania, que suspensa
Por tal noticia admirable,
Fama inmortal te venera
Y nuevo Dios te publica.
De tus milagros te adora
Tu majestad por divina,
De tu virtud obligada
Ya de sus armas vencida,
Y en las minas de marfil
Sus perfecciones imita
Tales de pincel, que tuvo
La naturaleza envidia.

Sale el Romano.

ROMANO.

Roma es cabeza del mundo;

(1) Esta redondilla está ininteligible, pero se adivina que el consonante del primer verso ha de ser *bien* y no *den*.
(2) No entiendo una palabra de éste ni de los seis versos anteriores, que deben de estar horriblemente estragados. El *ilustra* parece que ha de ser *inclina*, conforme al asonante.

Temerosa de las iras
De tu vengadora mano,
Hoy á tus plantas se humilla,
Y por feudo conyugal
Una lámpara, que quita
La luz al mundo, pues con ella (1)
Desmiente la noche el día.
Ésta envía y un tesoro
Dotada, para que asista
Por obligación en tu altar (2)
Eternamente encendida.

Sale Etiopía.

ETIOPÍA.

Etiopía, cuya fe
En estatuas eterniza,
Porque inmortal en sus cultos
Como en sus imperios vivas,
En aroma te presenta
De Sabá olores que impriman
En caracteres de humo
Tu nombre en muertas cenizas.

Francia.

FRANCIA.

Francia, cabeza de Europa,
En tu alabanza ufana
Un rico templo levanta,
Cuya majestad altiva
Para á sí hacerse lugar,
Nubes y vientos retira,
Y de mármoles y jaspes,
Bases y columnas lisas,
Para que puedan fundar
Máquinas que arruïnan
La tierra, que el cielo asalta,
Y en él se pierden de vista.

Sale España.

ESPAÑA.

Ya te adora y te conoce
España, fértil provincia,
Por Dios de todas las lenguas,
Por Dios de las maravillas,
Á donde te sacrifica
Con inmortales aplausos,
Y ahora á tus pies rendida,
Bordadas de varias sedas
Por colgaduras te envía,
Donde la curiosidad
Suple el oro á la codicia.

Salen la India y Exicia.

INDIA.

Sal, hermosa emperatriz
Del Oriente, donde el día,
Con la asistencia del sol
Más bello, se comunica:

(1) No es verso.
(2) Tampoco es verso.

De tu deidad obligada,
Queda de tu poder rica;
Humildemente te adora,
Y santamente te estima
Por hombre, por rey, por Dios:
Con divinos sacrificios,
Manchó las aras más limpias,
Y de sus fértiles cedros
Desciende, quiere que conciba (*sic*)
El sol claro que engendra
Parto feraz de sus minas
. . . . (1)
Que el mismo sol imagina,
Que en su ausencia se pasaron
Á Babilonia las Indias;
No por minero (?) te ofrece
Las perlas y piedras ricas,
Que para poder contarlas
No tiene el tiempo medida.

EXICIA (*sic*).

Santo Dios de Babilonia,
Cuyas grandezas publica
En mudas lenguas la mar,
Con sordas voces el día;
Tú que los cielos asombras,
Tú que á los hombres admiras,
Y dando espanto á los vivos,
Tú que en tenebrosa noche sepultas (2),
Tú que diversos lugares (*sic*)
El claro sol y día ocupas
Á una hora misma por palabra
El sol en varias formas parece,
Y la luna y diosas,
Porque en todo asistas,
Hoy á tus plantas por mí
Se mira mi reina Exicia (3),
Y por humildes primicias
Á tus altares ofrece,
Para su adorno, las finas
Púrpuras que en fitaros (?)
Tejen en Alejandría.
Ella quisiera que fueran
Las estatuas de oro ricas,
Las ánimas de marfil,
Lámparas que siempre vivan.
Los aromas de Sabá (*sic*)
Para que en el fuego sirvan,
Los pórfidos de alabastros,
Jaspes y columnas lisas;
Los diamantes en sus minas,
Y corales, plata y oro,
No arrancados de sus minas;
Mas con humilde deseo
Todos juntos te suplican
Que como Dios solamente
Las voluntades recibas.

TITÁN.

Persia, Francia, Alemania bella (*sic*),
Gallardo español y Exicia
Hermosa, Roma altiva,
Etiopía, Adasto (*sic*), India,
Yo soy vuestro Dios supremo,
Á quien ya se sacrifican
Aroma, incienso y saúco,
Pues á mi deidad se debe
Como autor de la vida (*sic*)
Tan agradecido estoy
A la ofrenda recibida,
Que satisfacer pretendo
Su memoria; hoy se eterniza
Su nombre; pedid, naciones,
Porque con ofrendas ricas
Os satisfaga; adoradme,
Cantad versos, haced rimas.

UNO.

¡Viva el gran Titán!

TODOS.

¡Viva!

Suena música, y desciende del trono con gran majestad; estando todos de rodillas, entra Titán y los embajadores tras él.—Y por otro lado sale Luna y detiene á la India y á Exicia, y quédanse las tres solas.

LUNA.

Exicia, espérate un poco;
Que tu hemosura divina
Á ociosidad me mueve,
Por ver prenda que es tan linda;
Y tú también no te vayas,
Detén el paso, bella India,
Déjame ver tu belleza
Quien tiene partes que admira.

EXICIA.

¿Qué puede haber en Egipto
Que á tu hermosura no rinda
Sus trofeos?

INDIA.

Luna hermosa,
Yo soy de ese bien indigna,
Porque tu hermosura hiere
Á las estrellas que miran
Los efectos de tu voz;
Hasta en el traje se explican
Vuestras partes soberanas.

EXICIA.

¡Qué favores!

---

(1) Falta un verso.

(2) Aquí llega á sus últimos límites la barbarie del copista, perdiéndose el metro, el asonante y el sentido. Conjeturalmente creemos que pueden leerse así estos versos:

Tú, que en tenebrosa noche
Sepultas el claro día;
Tú, que diversos lugares
Ocupas á una hora misma;
Tú, que admirando á los vivos,
En varias formas eclipsas
El sol, la luna y estrellas

(3) *Exicia* debe de ser *Escitia*.

INDIA.

¡Qué caricias!

Sale Baulín.

BAULÍN.

Luna hermosa, pues á tantos
Titán da satisfacción,
Yo quiero en esta ocasión,
Sin ser nadie de sus santos,
Ser del cielo alguna cosa,

LUNA.

¡Oh, Baulín! Seas bien venido;
Yo de Titán he sabido
Que su mano poderosa
Ha de ser muy liberal
Contigo, y que ha de hacer
Signo del cielo.

BAULÍN.

Y de ser,
Si es cosa que no está mal (*sic*).

LUNA.

Pues dime á lo que te inclinas:
¿Quieres ser planeta ó astro?

BAULÍN.

Yo no pretendo ser rastro.

LUNA.

Pues cosas hay peregrinas.

BAULÍN.

Y fuera bellaquería,
Pues dirás cuando me encuentres,
Ser purgatorio de vientres
Ó cambio de tripería.

LUNA.

Ahora bien: allá en el cielo
Hay doce signos ahora;
Puedes escoger.

BAULÍN.

Señora,
Para tu favor apelo;
Nómbralos tú.

LUNA.

Serás león.

BAULÍN.

Serélo de mala gana,
Que tiene el león cuartana,
Y así no será razón
Que eso escoja, que en el cielo
No hay doctores.

LUNA.

Serás Libra.

BAULÍN.

De eso, señora, me libra;
Otros senos hay mejores.

LUNA.

Serás Tauro.

BAULÍN.

¿Yo?
¿Qué es Tauro?

LUNA.

Toro.

BAULÍN.

Eso no.
¿Toro quieres que sea yo?
¿No ves que me perderé? (1).
En aquel tiempo pasado
Era muy bueno ser toro,
Porque valía un tesoro;
Mas ya hay toros al fiado.

LUNA.

Pues Escorpión podrás ser.

BAULÍN.

Eso no, murmurador
Guarda afuera.

LUNA.

¡Lindo humor!
Cáncer podrás escoger.

BAULÍN.

Y de ser enfermedad
No me agrada.

LUNA.

Acuario, sí.

BAULÍN.

¿Eso me dices á mí?
No me tienes voluntad.
Dáselo á un laberinto.

LUNA.

¿Y Aries?

BAULÍN.

Aries tampoco.

LUNA.

¿Capricornio?

BAULÍN.

Estoy loco.

LUNA.

Pues sí quieres (?).

BAULIN.

Pues no quiero (2).

LUNA.

Sagitario es bueno.

BAULÍN.

Yo
Ser Sagitario no quiero.

LUNA.

Quieres Géminis, espero.

BAULÍN.

Ser Géminis, eso no;
No soy yo común de dos,
No quiero estar dividido.

LUNA.

Pues ¿qué ha de ser?

BAULÍN.

Eso pido;
Decidlo, señora, vos.

LUNA.

Pues sólo Virgo ha quedado.

BAULÍN.

Aun sirgo bien puede ser;

---

(1) Los dos primeros versos de esta redondilla ni están bien medidos ni rimados.

(2) Tampoco esta redondilla tiene pies ni cabeza.

Mas ¿cómo lo han de creer,
Si ningún sirgo han hallado
El y el fénix? Dicen todos
Que lo hay. ¿Cómo podré
Ser sirgo?

LUNA.

Yo no lo sé;
Mas á Dios no faltan modos.

BAULÍN.

Ya de mi ser me despojo.

LUNA.

Tú mudarás tu fortuna.

BAULÍN.

Ahora bien, señora Luna;
Digo que ser sirgo quiero (1),
Hoy he de ser inmortal
Dios.

LUNA.

¿Vaste?

BAULÍN.

¿Qué he de ir?
Vo á decir á mi mujer
Que soy sirgo virginal.

Vase.

LUNA.

Gracioso Baulín ha estado.

EXICIA.

Á mí á risa me ha movido.
Oye, que siento rüido:
El Dios se ha manifestado.

Salen Titán y el Príncipe.

TITÁN.

Yo no puedo sufrir que mis pasiones
Me aflijan tanto; ya estoy adorado,
Ya desde el uno al otro contrapuesto polo (*sic*)
Respetan mi poder, todos me temen;
Agora es tiempo de gozar mi Luna,
Pues no puede mi crédito perderse;
Pero ella está aquí. ¡Oh Luna hermosa!
Ya se ha llegado el día en que tu suerte (*sic*)
Ha de gozar de estado más felice,
Que obligado al amor con que me tratas,
Me he de casar contigo.

LUNA.

¡Dios inmenso!
¿No ves que soy casada?

TITÁN.

Eso ¿qué importa?
Mataré á tu marido.

LUNA.

No permitas
Tanto rigor con mi adorado esposo.

PRÍNCIPE.

Señor, pues sabes tú que fuí el primero
Que te adoré, agora es bien me hagas
Favor.

(1) *Escojo*, querrá decir.

TITÁN.

De modo estoy dispuesto á hacerlo,
Que vida eterna solicito darte
Quitándote la vida. Hoy ha llegado
El día de tu muerte.

Mátale.

PRÍNCIPE.

¡Santo cielo!
¡De este rigor á tu clemencia apelo!

Vase.

LUNA.

Señor, ¿qué has hecho?

TITÁN.

¡Luna de mi vida!
Dí la muerte á tu esposo, porque quiero
Eternizar tu vida de esta suerte.
¿No ves que así le libro de la muerte?
Sentémonos aquí.

EXICIA.

No lo consientas;
Que no parece bien estar sentado
Con tres mujeres.

TITÁN.

Todo es permitido
Á Dios; sentaos, sentaos las tres al punto;
Yo lo consiento agora, éste es mi gusto;
No os dé nada cuidado, que cercado
Estoy todo de ángeles; ninguno
Podrá entrar; acá dentro todo es gloria;
La omnipotencia de mi ser divino,
De amantes jerarquías serafines
Eternamente asisto circundado;
Invisibles estamos, y á la puerta
Está Valin (*sic*); dejad el temor vano,
Pues todo está pendiente de mi mano.

Hace que habla y se entretiene con ellas, y sale Elías con hábito y con saco.

ELÍAS.

Suspended, suspended los ciegos gustos;
Que ya ha llegado el tiempo de advertiros
Que se han de convertir en más disgustos
Que aliento humano puede preveniros.
Las torpezas injustas, los injustos
Términos expeled, y con suspiros
Los pecados llorad, y el mundo advierta
Que hay Dios, que hay muerte cierta.
¡Oh ceguedad extraña de la gente,
Que en quinientas aflicciones engañadas (1),
Olvidan al Autor Omnipotente
Por quien es el autor de los pecados!
¡Oh! ¡Cuán piadoso es Dios, pues que consiente
Apetitos que son desenfrenados,
Teniendo siempre abiertos para el hombre
Pecho amoroso y atractivo nombre!

(1) No es verso.

¿Qué encantos, qué palabras, qué aflicciones
Así os tiene ocultados los sentidos?
¿Que crédito no dais á mis razones?
¿Que estáis como los áspides dormidos?
Babilonia, que siempre á confusiones
Aspirando sus hijos pervertidos,
Vuelve á Dios, no quieras que con tu llanto
Tenga la tierra universal espanto.
Y tú, bestia feroz, que así engolfado
En tns vicios estás, teme la muerte,
Si en la piadosa mano confiado,
Te atreves á ofendelle desta suerte,
No del sulpicio (*sic*) estás enajenado:
Á tu fatal destino atento, advierte
Que el aire se dispone á hacerte guerra,
El fuego con las aguas y la tierra;
¡Qué vida para Dios con tres mujeres
En tus brazos, te pones y te aplicas!
Tú sí que del pecado único eres
Hijo voraz que á él te sacrificas.
¿Qué bárbaros deleites, qué placeres
Son los que gozas, que tu ser explicas,
Que por los gustos á que estás rendido
Se puede conocer cómo has vivido?
Descienda el fuego, el aire se suspenda,
Altérese la mar, la tierra gima,
De Jezabel los perros sean su tienda,
Y su hambre rabiosa en él se imprima;
El polo superior mi voz atienda,
Que la celeste cumbre en él arrima,
Pues que se opone al sempiterno Cristo
Esta bestia, este monstruo, este Antecristo.

Levántase Titán de donde está sentado, y dice:

TITÁN.

¡Que éstos entrasen aquí,
Que me hablen desta manera,
Siendo soberano autor
De las lúcidas estrellas!
¡Rayos destruyan las nubes
En espantosa violencia,
Que en el ánimo sepultan,
Pues de mi nombre no tiemblan!
La estrella mayor del cielo
De su eclíptica descienda,
Desencájese la luna,
Teman todo los planetas,
Pues los hombres á su Dios
Desta manera blasfeman,
Que con loco atrevimiento
Se oponen á mi potencia.
¿Sabéis quién soy, gente vil?

ELÍAS.

Del autor de las tinieblas
Un traslado, que á su Dios
La veneración le niega.
Tú, que mataste á tu madre,
Y con extraña violencia
Hiciste el cuerpo sepulcro
De su mísera tragedia,
El demonio que en ti habita
Te da atrevimiento y fuerza;
Porque como en Cristo estaban
Juntas dos naturalezas,
De hombre y Dios, ¿por qué herejía
Un opuesto á su clemencia,
De hombre y demonio también
Otras dos en ti se encierran?

TITÁN.

Yo soy Dios.

ELÍAS.

¡Calla, atrevido!
Que es Cristo sólo el que reina,
El que nació y murió,
El que vive vida eterna.

TITÁN.

Hombre fué el que nació
En un pesebre entre bestias.

ELÍAS.

Dios es, pues, que las alturas
De su venida dan nuevas.

TITÁN.

Hombre fué, pues que ha nacido
Con tan inmensa pobreza.

ELÍAS.

Dios es, pues reyes de Oriente
Le adoran y le veneran.

TITÁN.

Hombre fué, pues le dan mirra,
De la tierra propia ofrenda.

ELÍAS.

Dios es, que incienso le ofrecen,
De Dios aroma sabea.

TITÁN.

Hombre fué, pues se perdió,
Y llora su Madre tierna.

ELÍAS.

Dios es, pues dentro del templo
Hallan que sabe y enseña.

TITÁN.

Hombre fué, pues que en el huerto
La muerte temió que llega.

ELÍAS.

Dios es, pues ángeles santos
Le confortan y celebran.

TITÁN.

Hombre fué, pues le faltó
Lo que la vida sustenta.

ELÍAS.

Dios es, pues hace milagros
Y gentes varias sustenta.

TITÁN.

Hombre fué, pues en el templo
Le maldicen y apedrean.

ELÍAS.

Dios es, pues siendo ofendido,
Por el que le ofende ruega.

TITÁN.

Hombre fué, pues le prendieron
Y á la muerte le condenan.

ELÍAS.
Dios es, pues estando preso,
Maravillas hace inmensas.

TITÁN.
Hombre fué, pues le dan muerte,
Y se cumple la sentencia.

ELÍAS.
Dios es, pues que resucita
Con inmortal excelencia.

TITÁN.
Hombre fué, pues la nación
No cree, no le sigue y deja.

ELÍAS.
Dios es, pues el universo
Su majestad reverencia.

TITÁN.
Hombre, pues en pecadores (*sic*) (1)
Tiene fundada su Iglesia.

ELÍAS.
Dios es, pues ensalza humildes
Y derriba la soberbia.

TITÁN.
Hombre fué, pues en el mundo
Padeció tantas miserias.

ELÍAS.
Dios es, pues que le redime
Y al lado de Dios se asienta.

TITÁN.
Hombre es, pues hace milagros
Opuestos á mi grandeza.

ELÍAS.
Hombre es, pues que en su nombre
Castigaré tu insolencia.

ENOC.
Advierte, monstruo del mundo,
Que aquesta es la vez primera
Que dices verdad, aunque eres
Padre de mentira horrenda;
Porque como Cristo tuvo
Entrambas naturalezas,
Fué Dios y hombre también.

TITÁN.
Hombre puro fué.

ENOC.
Es blasfemia.

TITÁN.
No puedo sufrir ya más
Tan atrevidas respuestas,
Que fiado en mi piedad
Me incitan desta manera.
Acrediten mis milagros
Las verdades que se muestran,
Ó con (*sic*) mis obras.

ELÍAS.
En virtud
De Satanás que en ti reina,
Con engaños y traiciones
Á esta gente loca y ciega
Engañas; mas yo, fiado
En esta insignia, que llena

Saca una cruz.

Está de inmensas virtudes,
Á tu mágica, á tu ciencia,
He de vencer; que esta cruz
Ha de aniquilar tus fuerzas.

TITÁN.
¡Qué miro, que en este palo
Hallo oposición tan nueva!
Y temo que aquesta gente
Que los he engañado infieran.
La industria podrá valerme,
Luna hermosa, Luna bella;
Espera, ¿dónde te vas?
No te acobardes, no temas,
Que aquel palo que allí ves
Las mágicas excelencias
Del antiguo Egipto incluye;
Pero yo haré, porque veas,
Que éstos quieren engañarnos,
Que ahora el Príncipe venga
Resucitado, y que diga
Que es mi potestad inmensa;
Y aunque veáis que me espanto,
No os admiréis porque vean
Que sufro sus liviandades,
Porque admiren mi paciencia.
Príncipe, de donde asistes
Te mando que hoy á la tierra
Vuelvas y digas quién soy.

Sale por debajo del tablado la imagen del Príncipe.

IMAGEN.
Supremo autor ¿quién te niega,
Siendo Artífice divino
De soberana excelencia?

LUNA.
Este es mi perdido esposo.

ELÍAS.
Espíritu que en tinieblas
Asistes y en sombra vana,
Y con fingida apariencia
Vienes á engañar al mundo,
Que le has engañado vea;
Y en nombre de Jesucristo,
El muerto Príncipe vuelva,
Y la verdad se declare.

Sale el Príncipe, y en diciendo estos versos, se entre.

PRÍNCIPE.
Divino y santo Profeta,
Tú predicas la verdad.

Vase.

ELÍAS.
Pues ahora, porque entiendan
Los que presentes se hallan

(1) Quizá *en pescadores.*

Su engaño, á la eterna pena
Vuelva esta sombra al instante.

IMAGEN.

Voy á mi obscura caverna.

Húndese.

TITÁN.

Perdido soy si prosigue;
Aprovéchenme mis fuerzas:
Ministros, matad aquéstos
Hoy; Elías, Enoc, mueran.

ELÍAS.

Moriremos porque el mundo
Resucitados nos vea.

Llévanlos y vanse por su orden.

FINIS.

JORNADA TERCERA

Salen Camilo y Fabio y los dos gentiles.

FABIO.

Hoy se cumplen los tres días
En que prometió Titán
Que todos los que aquí están
Verán que sus profecías
Tendrán efecto debido,
Porque ha de resucitar
Después de muerto.

CAMILO.

Dudar
Deste suceso he podido;
Pero él lo certificó
De tal suerte, que imagino
Que ha de cumplirlo.

FABIO.

Es divino,
Y así no lo dudo yo,
Porque maravillas tantas
Como hemos visto, acredita
Su opinión.

CAMILO.

Gente infinita
Adoraron á sus plantas.

FABIO.

Resucite si pretende
Que crean todos en él.

Salen Lidoro y Rufino.

LIDORO.

Hoy prometió aquel infiel,
Que á Dios atrevido ofende,
Que había de volver al mundo.
¡No lo permitáis, mi Dios!

RUFINO.

Y aunque sois piadoso vos,
Hoy le sepulte el profundo.
Sacro Señor, que por mí
Tantas penas padeciste
Desde el día que naciste,
Y la causa dellas fuí,
¡No permitáis que hoy así
Este segundo Luzbel
Cumpla lo que dicen dél!
Antes, para vuestra gloria,
No haya en el mundo memoria:
Todo se oculte con él.
Bastan, Señor, tantos males
Como el mundo ha padecido,
Que este tirano ha tenido
Engañando los mortales;
Á vuestras plantas rëales
Llegan, Señor, los cristianos,
Que esperan de vuestras manos,
Como prometido habéis,
Los favores que soléis
Dar con liberales manos.

RUFINO.

Piadoso padre y pastor
De las ovejas perdidas,
Hoy aclaman nuestras vidas
Á vuestro inmenso valor:
Cese, Señor, el rigor;
Y pues sois padre piadoso,
Aqueste monstruo espantoso
Oculte la triste tierra,
Porque no haga más la guerra
Al lucido Sol hermoso.

FABIO.

Música pienso, Lidoro,
Que suena, y si resucita.....

LIDORO.

Entre la gloria infinita,
Sólo digo que le adoro

Suena música.

Dentro:

Hoy resucita Titán,
Si anteayer muerto le visteis.

Aparece Titán arriba, en una media nube, como resucitado, y suena música.

TITÁN.

Estad todos atentos
Y mi nombre reverencien
Los reinos distintos
Y las más remotas gentes;
Tres días ha que dije
Que de la tierra ausente
Y muerto por tres días
En las cumbres celestes (1)

---

(1) *Celestiales* dice el ms.

Había de asistir,
Y que glorioso viesen
Á la parte humana
Triunfando de la muerte.
Muerto y resucitado,
¿Qué esperáis ofrecerme
Ovación y holocausto,
Pues á mí se me debe?
Yo descendí al infierno,
Donde perpetuamente
Han de ser castigados
Los que han sido rebeldes.
Saqué de allí las almas
Que han asistido siempre
Con la justa esperanza
Que han tenido de verme.
Comuniqué mi gloria
Haciendo que ascendiesen
Con mi propia virtud
Al lugar eminente.
De allí, con ellos, luego
Los cielos se suspenden,
Porque pisan mis plantas
Sus adornados tapetes (1);
Gozándome á mí mismo
Con himnos y motetes,
Celebrando mis hazañas
Y mis obras excelentes.
Á la gloria di la gloria,
Porque sólo con verme,
Sus delectables gustos
He querido que aumenten.
Los ángeles suspensos
Que me acompañan siempre,
Con incesables voces
Me aclaman como agente.
Nací, como Cristo,
En un pobre pesebre
Propio para animales
Y propio para reyes.
La verdad y el engaño
¡Cuán mal se compadecen!
Y en nacer y en morir,
Es bien se diferencien.
Yo he cumplido, mortales:
Resucité igualmente
El día señalado,
Para gozarme y verme.
No me fiáis glorioso (?)
De luz resplandeciente,
Todo recreado, ahora
Sí que podéis creerme.
Á la tierra desciendo
Á signarse (*sic*) la gente,
Pues su hacedor inmenso
Rayos de vida vierte.
Satisfaced las dudas;
Que milagros solemnes
Han siempre conmovido
Los pechos más rebeldes.
Gocen ya los humanos
Al que piadosamente
Para vida del hombre
Á la tierra desciende.

RUFINO.

Todos á Titán
Por omnipotente
Tienen.

FABIO.

Y mueran (*sic*)
Los que en la Cruz creen.

Desciende por un artificio al tablado é híncanse de rodillas todos, y sale Baulín.

BAULÍN.

¡Oh, señor Tristrás!
Mucho huelgo verle,
Que entre los desvanes
Ya se va y se viene.
Diga dónde ha estado;
Qué fiesta solemne
Ha visto en los cielos,
Qué talles de gente;
Que lleno de gloria
De arriba desciende.
Si anda trastejando
¿Qué quiere que espere?
Guárdese, no caiga;
Porque siempre suelen
Los de aqueste oficio
Quebrarse las sienes.
¿Ha visto á mi sirgo?
¡Quién pudiera verle!
Que hay heredos (?) de ellos
Como de inocentes.
¿Qué hay de taberneros,
Que he pensado siempre
Que andan en las nubes
Porque llueven siempre?
¡Señor, castigaldos!
Que ya no hay quien pruebe
Moza ó vino puro,
Y dan gato por liebre.

TITÁN.

Ya vuestras desgracias
Es razón que cesen,
Pues siendo el ungido
Me tienes presente.

Sale Fabio.

FABIO.

Señor, tus criados,
Por agradecerte
Tantos beneficios,
Tan inmensos bienes,
Deseosos todos
De servirte, ofrecen

(1) No es verso: lo sería suprimiendo el *sus*.

Á Elías y á Enoc
Á tu mano fuerte.
Á la puerta esperan;
Tu licencia quieren
Si entrar les permites.

TITÁN.

Diles luego que entren:
Veránme mudado;
Rigores crueles
Harán sinrazones;
De poder carecen.

Sale gente que trae á Elías y á Enoc presos, y dos niños.

CAMILO.

Aquestos tiranos;
Por inobedientes;
Porque han despreciado
Tus mandatos, vienen.
Á tus pies rendidos,

TITÁN.

¿No miráis, vil gente,
Que de mi poder
Ninguno os defiende?
¿No miráis que Cristo,
Que engañado os tiene,
No viene á ayudaros?
¡Qué engaños crueles!
Os quita el sentido,
Recordad no esperen
Mi rigor las almas,
Pues á ellas se extiende
Mi poder inmenso.
¿No miráis, rebeldes,
Que morí y que vivo
Puede el mundo verme?
Pues este milagro,
¿No miráis que excede
Al que en el Tabor
Fantásticamente
Quiso, con engaños,
Que algunos le viesen?
Yo soy vuestro Dios
Tan omnipotente,
Que tengo en mi mano
La vida y la muerte:
Escoged y gozad
La vida que ofrece
Mi piadosa mano.

ENOC.

¡Bárbaro, insolente,
Qué ciego te traen
Tus vanos deleites!
No cierres los ojos,
Que el tiempo es tan breve
Que tienes de vida,
Que presto has de verte
En el hondo abismo,
Conforme tu vida,
Pues á Dios te atreves (*sic*).
Tú eres aquel monstruo
Que tiene en la frente
Diez cuernos que Juan,
De vista excelente,
Vió salir del mar.
¿Por qué pretendes
Ser Dios, pues que sabes
Como en todo mientes?

TITÁN.

Pertinaces viejos,
Indignos de verme
Y hablaros piadoso,
¿Cómo ya no viene
Ese Cristo vuestro
Que en pobres pesebres
Nació, y que murió?
Hoy veréis si puede
De mi gran poder
Libraros, infieles.
¿De qué os aprovecha
Que así, ciegamente,
Rebeldes y locos
Estéis de esa suerte?

ELÍAS.

¿No miras, tirano,
Que mi Dios nos tiene
Prevenido el lauro
Del martirio, y quiere
Que tú el instrumento,
Seas de la muerte?
Á muchos cristianos
Tus mágicos viendo
Que al mundo suspendes
Reducido habemos,
Pero ya que pueden,
Firmes en su ley,
Contra ti oponerse,
Dios nos ha llamado,
Y mártires quiere
Conducir al Cielo,
Á donde nos premie
Con eterna gloria,
Con eternos bienes.

ENOC.

Á Elías y á Enoc
Escuadras celestes
Están aguardando.

TITÁN.

¿Cómo éstos no mueren?
Mataldos al punto,
Tormentos crueles,
Padezcan, y vean
Que el que á mí se atreve,
Con penas terribles
Muere desta suerte

NIÑO 1.°

Elías divino,
Santo Enoc fuerte,
No nos dejen, padres,
En años tan breves,
Que si de su amparo

Las gentes carecen,
No es mucho que á Dios
Los cristianos dejen.

NIÑO 2.°

No se vayan, padres;
Á mi Dios le rueguen
Que aqueste tirano
Castigue, pues puede.

ELÍAS.

Mis hijos amados,
Hoy los cielos quieren
Á nuestros trabajos
Dar descanso alegre;
Enjugad los ojos
Que lágrimas vierten;
Que el piadoso Dios
Mira por sus fieles;
El os acompañe,
Rogalde, ofrecelde
La vida, que El mira
Por los suyos siempre.

TITÁN.

Llevaldos, ministros,
Y con fiera muerte
Paguen su delito.

ELÍAS.

Cuando el cuerpo pene
No importa; ¡ay del alma,
Porque siempre muere!

TITÁN.

Pues no me adoraron,
Mis castigos prueben.
Á los que atrevidos
Á mis sacras leyes
Rebeldes desprecian,
Y no me obedecen,
Su infame osadía
Castigo con muerte:
Horcas se levanten,
Cuchillos se templen,
Prepárense luego
Resinas y aceites,
Patíbulos crueles;
Ninguno se perdone,
Á nadie reserven,
Pues ya mi piedad
En rigor se convierte;
Sólo soy dios supremo,
Sólo á mí se me deben
En supremos altares
Sacrificios solemnes.

NIÑO 1.°

Pues ven acá, hipocritón,
Que al Cielo te has atrevido,
¿Piensas que no hemos sabido
Tu infame generación?

NIÑO 2.°

¿Pues cómo te has hecho dios,
Bellaco, embelecador,
Contra el divino Señor
Que nos da lengua á los dos?
¿No ignoran los que aquí están
Tu villano nacimiento,
Y que eres vil instrumento
De aquella tribu de Dan?

NIÑO 1.°

Pues tu madre ya sabemos,
Como cosa manifiesta,
Que fué mujer deshonesta
Y de tan viles extremos,
Que con tu padre trató,
De quien fuiste concebido,
Y siendo padre y marido,
Un monstruo cual tú formó;
Y no contento tampoco
Del delito de tu padre,
Has gozado de tu madre,
Negando á Dios como loco.

NIÑO 2.°

Miren aquí quien quería (*sic*),
Que si Dios ha permitido
Que vivas como has vivido,
Que no siempre lo consiente.
Ya los tres años y medio
Que Dios te ha dado de vida,
Se cumplen, fiero homicida,
Y así no tendrás remedio.

NIÑO 1.°

Tú eres de quien Daniel
Habla y dice tus maldades,
Que envuelto en tus liviandades
Asistes, monstruo cruel.
Cumplióse la profecía
Del justo y santo Profeta,
Y la que Juan interpreta
Cuando en Patmos asistía.
Al infierno bajarás,
Donde *in æterno* te quejes.

NIÑO 2.°

Monstruo de los herejes,
Aquí, aquí, te anegarás.

TITÁN.

Matad luego estos villanos;
¡Oh bárbaros atrevidos!
¿Cómo, ajenos de sentidos,
Con pensamientos tiranos,
Os atrevéis á mi ser?
¿En qué tenéis confianza?
¿En qué libráis la esperanza,
Si no fuera en mi poder?
Dejad todas vuestras leyes,
Cese todo el cristianismo,
Ya no ha de haber más abismo (1),
Yo soy el rey de los reyes;
No haya más circuncisión,
Y el fuego que se alimenta
Se apague, que sólo intenta
Mi ser justa adoración;
No ha de haber más ley que una,

(1) Probablemente *mosaismo*.

Y ésa en adorarme estriba;
Aquésta aumento reciba,
No pende de otra ninguna.
Ya toda ley se deroga,
Sólo me adoren á mí;
Igualmente aborrecí
La Iglesia y la Sinagoga.

UNO.

Pues, señor, ¿no prometiste
Que no se había de entender
Lo que nos mandas hacer
Cuando ley estableciste
De adorarte? Con nosotros,
¿Cómo haces lo que no es justo?

TITÁN.

Porque quiero, porque gusto.
¿Pues quién os mete á vosotros
Con lo que hago? ¡Callad,
Cumplid todo lo que digo!

OTRO.

El cielo será testigo
De tan extraña maldad.

Vanse todos, y queda Baulín solo.

BAULÍN.

Desde hoy me acojo á un jamón,
Pues ya no hay ley que me obligue.
Al vino no se persigue,
Esta es famosa invención:
No consentía Moisés
Que comiésemos tocino,
Y quien da tocino y vino,
Sin duda que buen dios es.
Yo no me quiero meter
En porfiar y argüir;
Beber quiero por vivir,
Y vivir para beber:
En tantas dudas, que son
Las que afligen á Baulín,
Adorar pretendo, en fin,
Á mi vino y mi jamón;
Pues tantos han inventado
Dioses á quien adorar,
Otro pretendo buscar,
Que será más acertado,
Que parecerá imprudencia
Cuando se aprueba por justo,
No adorar dios á mi gusto
Si hay libertad de conciencia.

Sale la mujer de Baulín.

MUJER.

Divino Señor, que vos,
Para redención del hombre,
Tomando de humano nombre
Y carne, os quedasteis Dios;
Hoy, pues es justa ocasión,
Contra este monstruo cruel
Vibre el divino Luzbel
La espada de indignación.
¡No permitáis, gran Señor,
Que esta ciega gente errada,
Como perdida manada,
Nieguen á su Criador;
Que si la defendéis vos,
Este, que negó el bautismo,
En las ondas del abismo
Conocerá que no es dios.

BAULÍN.

¿Á dónde bueno, mujer?

MUJER.

¡Oh, Baulín! ¿Tú estás aquí?
El bien busco que perdí;
Quiérole hallar, no perder.
Entre tantos desengaños
Que me va poniendo el Cielo,
Con justa causa recelo
Deste Titán los engaños.
¿Quién no conoce que Cristo
Es Dios y el cierto Mesías,
Y quién con locas porfías
Obedece á este Antecristo?
Baulín, bien se puede errar,
Que propio en los hombres es;
Mas la porfía, ¿no ves
Que es el camino de errar?
Dejemos nuestros errores,
Y á Dios pidamos perdón,
Pues su humana condición
Siempre oye á los pecadores.

BAULÍN.

Mujer, ¿quién os mete á vos
En aquestas teologías (*sic*),
Si son buenas las porfías,
Ó si éste ó aquél es Dios?
Á vos os toca callar
Y obedecer al marido;
En paz y quietud os pido
Que lo dejemos estar.
Un pedazo de jamón
Puesto entre dos rebanadas,
Han de ser de mí estimadas,
Y aquéstas mis dioses son.
Quien primero dijo vino,
Divino quiso nombrar,
Y así pretendo adorar
Lo que es próximo á divino.
Venid, aderezad la burra,
Que yo iré con vos también;
Pero atad la bota bien,
Porque el vino no se escurra.
Y si replicáis palabra
En si éste es buen dios ó no,
La cabeza, juro yo,
Que con una estaca os abra.
Venid, que estoy esperando.

MUJER.

Mi Dios, vuestro amparo os pido,
Pues vuestro favor ha sido
El que está la vida dando;

En vuestra clemencia espero,
Á ella acudo triste y sola,
Para que lave mi estola
En la sangre del Cordero.

Vanse.

Salen Camilo, Fabio y Rufino, y Lidoro á otra parte.

CAMILO.
Aquí fué adonde á Elías
Y á Enoc, el fiero tirano
Mandó el precepto inhumano
De que acortasen sus días;
Y aquí, siendo obedecido,
Les dieron muerte cruel.
FABIO.
¡Cielos! ¡Que viva este infiel
En sus vicios sumergido!
¡Cuán incomprensibles son
Vuestros juicios ocultos,
Pues entre tantos insultos,
Muerta vive la razón!
Pero ¿quién desconfiará
De vuestro heroico saber?
RUFINO.
El porfiar no es vencer,
Y donde el poder está,
Locuras son las porfías.
Testigo sin excepción
Serán en esta ocasión
Los muertos Enoc y Elías,
Pues opuestos á Titán,
Dios eterno y soberano,
El castigo de su mano
Por su inocencia les dan.
LIDORO.
Con la suma omnipotencia
No es razón nadie oponerse,
Ni es fortaleza atreverse
Donde es cierta la sentencia
De muerte. Sólo pretendo
Dar gusto á Titán, que es Dios.
FABIO.
Alleguémonos los dos
Hacia esta gente, que entiendo
Que están los cuerpos allí.
Vamos á tomar lugar,
Pues han de resucitar,
Como dijeron aquí
Cuando les dieron la muerte.
Gran gente acude por ver
El milagro que han de hacer
LIDORO.
Vamos allá.
CAMILO.
Obedecerte
Es bien, y más que Titán,
Con grande acompañamiento,
Con el mismo pensamiento
Á ver los cuerpos vendrán
Y á ver el modo que Elías
Y Enoc resucitan.
LIDORO.
Ven;
Que en este lugar más bien
Verás sus locas porfías.
FABIO.
Todo el mundo se apercibe.
CAMILO.
Ya sale este monstruo aleve.
FABIO.
El que contra Dios se atreve,
Violento en la vida vive.

Pónense á un lado; salen Titán, Luna, Baulín y la mujer y acompañamiento.

TITÁN.
Luna mía, mi deidad,
Es una cifra del cielo
Que en mí la mayor belleza
Se mira como en espejo:
¿Dudas tú que es mi poder
Tan soberano y excelso,
Que abarco de un polo al otro
Y deste al otro hemisferio?
¿Ves el mayor imposible?
Pues facilitallo puedo,
Y que la celeste cumbre
Baje á pedazos al suelo.
¡Á mí los hombres, á mí!
Por el gran poder que tengo
Por mí mismo, que han de ver
En mí tan fieros efectos,
Que en su castigo me aclamen
Por la piedad de mi pecho,
Y yo, sordo á sus querellas,
Daré á sus penas aumento.
BAULÍN.
Este pulo (?) guarda fuera (Aparte).
Mujer ¿habéis oído este
Titán? El jamón y el vino,
Son los dioses en quien creo.
MUJER.
Calla, Baulín, que verás
Que, más piadosos los cielos,
Deshacen la confusión
En que éste la tierra ha puesto.
LUNA.
¡Mi Dios! Por ser vos quien sois
Y por el amor que os tengo,
Os suplico no vibréis
La eterna espada de fuego
Contra esta gente ignorante
De los piadosos afectos
De vuestra misericordia,
Porque el riguroso aspecto
Con que hoy os mostráis al mundo,
Amenaza el universo
Y á su ruina se aplica.
Cese vuestro enojo fiero,

Que ya los hombres humildes
Piden perdón de su yerro.

TITÁN.

No sé qué miro en tus ojos,
Envidias del sol supremo,
Que así aprisionan las almas,
Que así mueven pensamientos;
Yo perdonaré sus culpas
Si es el arrepentimiento
Como dicen.

LUNA.

Yo lo fío,
Y humildemente te beso
Los pies por este favor.

TITÁN.

Su duración debe el tiempo
Á sus ruegos; mas ¿no han dado
La muerte para escarmiento
Del mundo, á Elías y Enoc?

LIDORO.

Tu mandato obedecieron,
Y aquí están muertos.

TITÁN.

Alzad;
Veré los difuntos cuerpos,
Cuyas almas por sus culpas
Siempre estarán padeciendo.
Pueblo, que presente estás
Al espectáculo horrendo,
De aquesta suerte castigo
Al que quiebra mis preceptos.
Hoy os perdono por Luna;
Pero no os valdrán sus ruegos
Otra vez: mi indignación
Verá todo el universo,
Y vosotros, viejos locos,
Hombres engañados (1),

Llégase á un lado, donde habrá una cortina, que se descubre, y veránse muertos Elías y Enoc.

Que á los rayos de mi gloria
Habéis querido oponeros,
Éstas son vuestras porfías
Y el fin de vuestros intentos:
La brevedad de la vida
Y el mal que estáis padeciendo.
Así pagáis, gente infame,
Vuestro loco atrevimiento,
Que rayos por favor saca
La oposición á los cielos:
Éstos son vuestros milagros,
Vuestros engaños son éstos:
Ésta la resurrección
Que espera el cristiano pueblo.
Cumplid, cumplid la palabra
De que con prodigio nuevo,
Á vista de todo el mundo,

(1) Falta el asonante; probablemente *necios*.

Habéis de animar los cuerpos.
¿Por qué no cumplís agora
Vuestras promesas y enredos,
Y ese Cristo que adoráis
No viene á favoreceros?
Yo muerto resucité,
Porque soy Dios verdadero;
Mas vosotros, viejos locos,
Ved la burla que habéis hecho;
Confesad que soy Dios justo,
Y haré otro nuevo portento,
Infundiendo otra vez vida
Á cadáveres funestos.
Ea, Elías, y tú, Enoc,
Pedid á Dios otro aliento,
Ó acudid á mi piedad;
Daré á vuestro mal remedio.

Levántanse.

ELÍAS.

Pueblo, la palabra cumplo:
Hoy resucitamos, veldo,
Y que en celestes esferas
Nos llama glorioso asiento.
Perseverad en la ley
De Cristo, que es Dios inmenso.

ENOC.

Titán es falso Antecristo,
Cristo es el Dios verdadero.

La tramoya sube á los dos arriba, y en cerrándose la cortina, suena ruido dentro.

Dentro:

Milagro es éste, milagro:
Hoy se ven los embelecos
Del Antecristo.

FABIO.

Matalde:
No admita nadie sus ruegos.

LIDORO.

Cristo es Dios: ¡muera Titán,
Falso Antecristo! blasfemo.

TODOS.

¡Muera Titán!

BAULÍN.

¡Hay tal cosa!
¡Muera este perro zorrero!

TITÁN.

Oye, atrevida gente;
Escucha, bárbaro pueblo,
Indigno de la piedad
Que para vosotros tengo:
Estos son falsos hechizos,
Fuerza es de un encantamiento (*sic*)
Con que han Elías y Enoc
Alterado vuestros pechos;
Pero para que veáis
Un testimonio más cierto,
Romper quiero las celestes

Esferas del firmamento,
Y ascendiendo al regio trono,
Vibrar la espada de fuego
Y fulminar á la tierra
Esos atrevidos viejos.
Yo subo á mi patria amada;
Mas ¡ay de ti, triste pueblo!
Que tu ruina fatal
Llegó por ser tan soberbio.

Bajará una nube, en que irá volando, y por otra parte saldrá un ángel con una espada de fuego, dará con ella al Antecristo, que parecerá que se hunde en la tierra, y el ángel se vuela.

ÁNGEL.

¡Fiero monstruo de la tierra,
El plazo ha llegado! El cielo
Al abismo te condena.

TITÁN.

Hoy me da sepulcro el centro.

Húndese: haya gran ruido.

LUNA.

Extraño prodigio ha sido:
Entre los aires serenos
Un ángel en forma humana,
Con una espada de fuego
Ha herido á Titán, y él baja
Hecho piezas por los vientos
Al abismo. ¡Cielo santo,
Misericordia!

FABIO.

¿Qué espero?
¡Santo Dios, misericordia!

MUJER.

¡Á vos sólo reverencio
Por Dios!

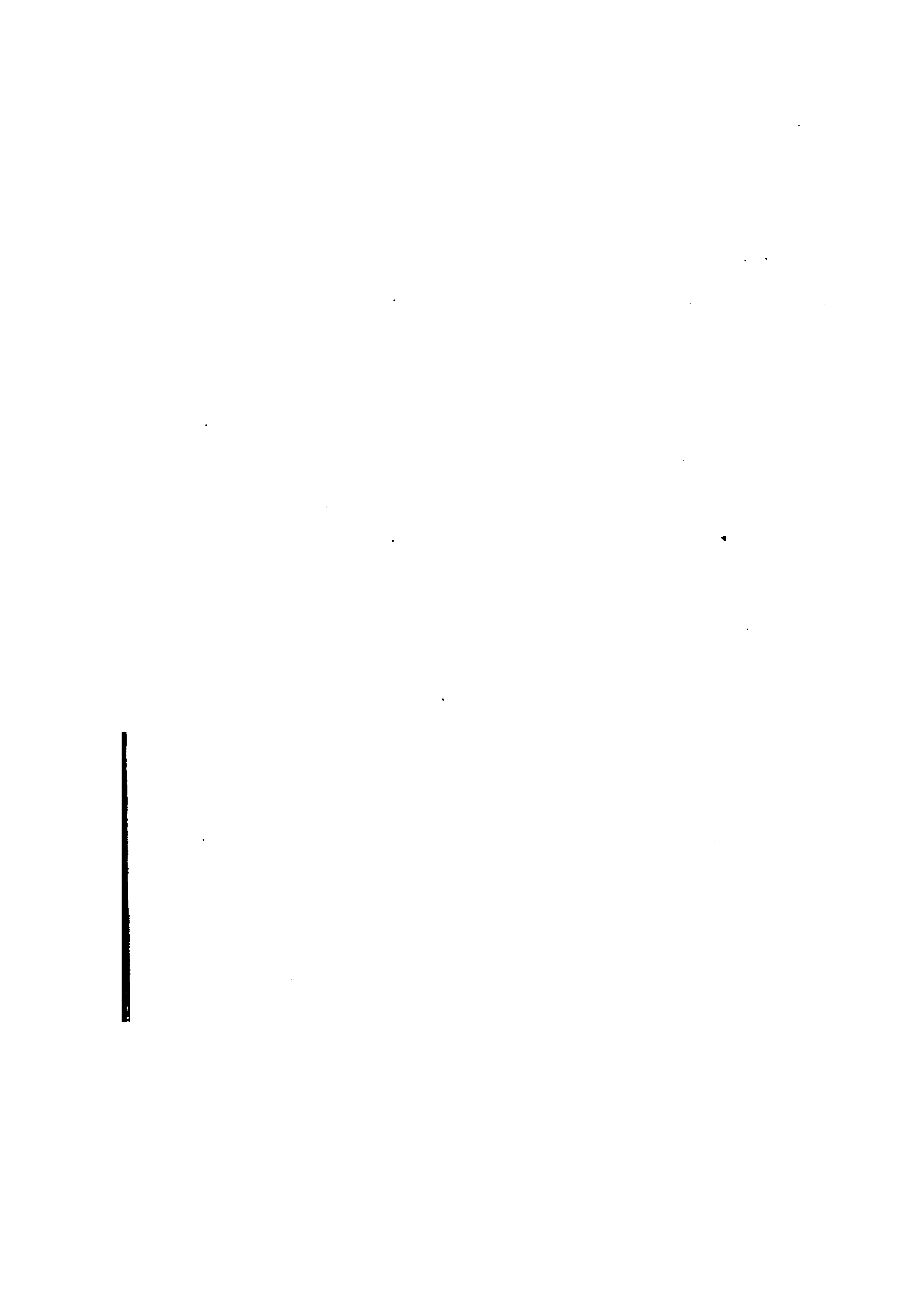
CAMILO.

Á Cristo adoremos:
Titán fué el falso Antecristo,
Cristo es el Dios verdadero.

LIDORO.

Y aquí tiene fin, senado,
Este verdadero ejemplo
Del suceso que esperamos:
Perdonad sus muchos yerros.

FINIS.—LAUS DEO.—JESÚS, MARÍA Y JOSÉ.

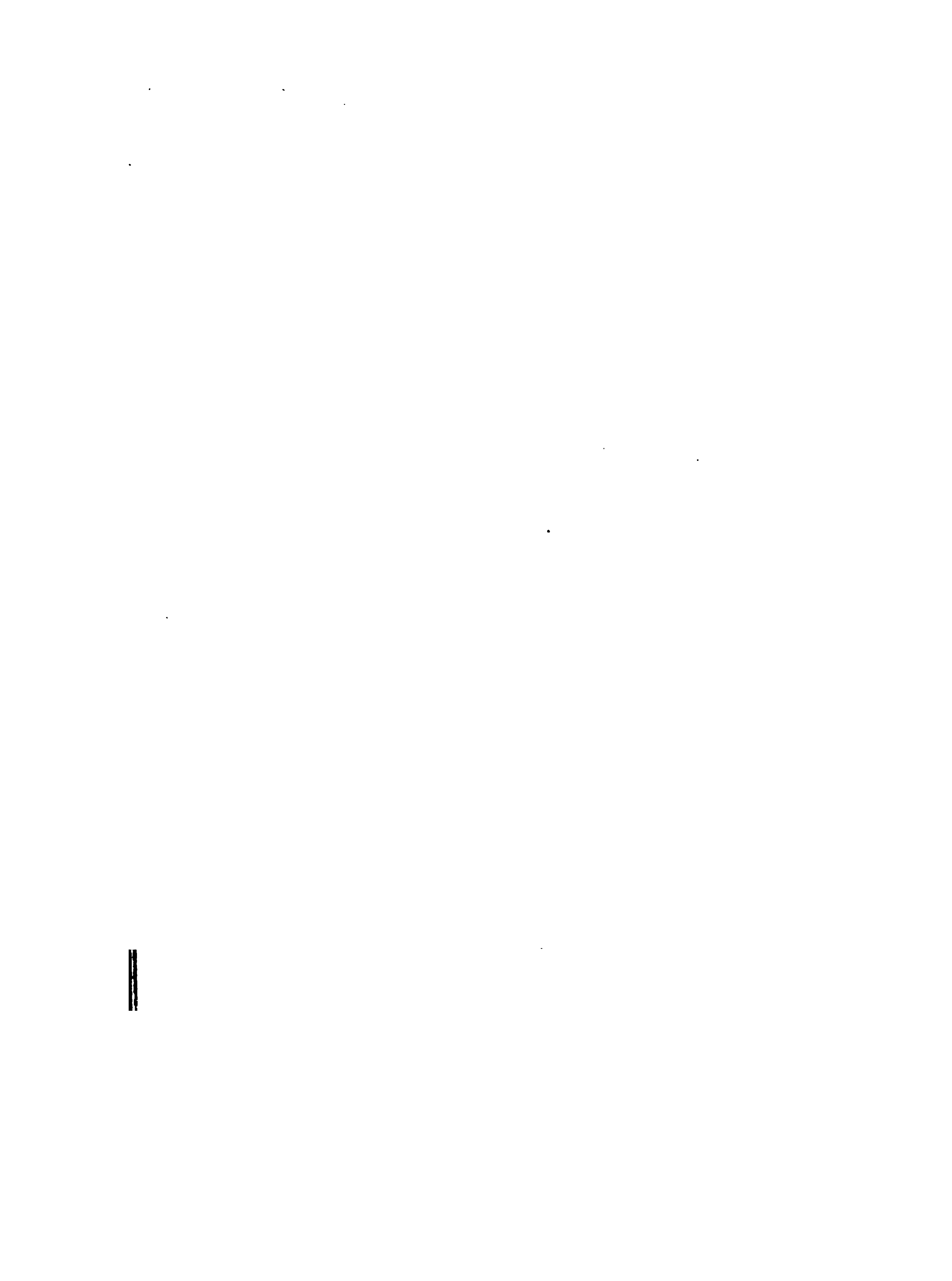


APÉNDICE PRIMERO

LOA SACRAMENTAL

DE

LOS TÍTULOS DE LAS COMEDIAS



LOA SACRAMENTAL

DE LOS

TÍTULOS DE LAS COMEDIAS

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS

UN LABRADOR. TRES MUJERES.

LABRADOR.

Hoy, que de Dios es el día,
Hoy, que de amor es la fiesta,
Pues este misterio ha sido
La mayor de sus finezas;
Hoy, entre tantos aplausos,
Hoy, entre tantas grandezas,
Representará su vida
El Autor de cielo y tierra.
Hoy, deste Autor soberano,
Con títulos de comedias
Curiosamente juntados,
Sus hechos se representan.

MUJER 1.ª

Representó lo primero
En su celestial esfera
Los tres diamantes, tan uno,
Que son los tres una piedra.

MUJER 2.ª

Para dar luz al teatro,
Que hasta allí fué de tinieblas,
Representó, lo segundo,
El dueño de las estrellas.

MUJER 3.ª

Hizo, después de ilustrarle
Con faroles de planetas,
Á *la creación del mundo*,
Traza de su mano inmensa;
Y en *los favores del mundo*
Á representar empieza
Sus grandezas, conociendo
Que han de acabar en tragedia.

LABRADOR.

Hizo Adán *el muerto vivo*,
Que en la jornada primera,
Estando vivo en la gracia,
Acabó muerto en la pena.

MUJER 1.ª

La fe rompida hizo un ángel,
Cuando fué criado apenas.

MUJER 2.ª

Miguel, *el leal criado*,
Que *la santa liga* ordena.

MUJER 3.ª

La batalla del honor
Vió el cielo en esta refriega,
Siendo *el palacio confuso*
El que fué campo de estrellas.

LABRADOR.

Los enemigos en casa
Quiso Lucifer que vieran;
Y *ello dirá* Miguel hizo,
Castigando su soberbia.

MUJER 1.ª

Después que á Dios semejante
El hombre se vió en la tierra,
Con el título de autor
Empezó su inobediencia.
El primer hombre del mundo
Hizo Adán en todas ciencias,

Representando después
No hay sin mujer cosa buena.

MUJER 2.ª

El tirano castigado
Representó su miseria.

MUJER 3.ª

Miguel *la venganza honrosa*
Con *el amigo por fuerza.*

LABRADOR.

El *despertar á quien duerme*
Hizo Adán, cuando despierta
Del sueño, y halló á su lado
El triunfo de la belleza.

MUJER 1.ª

El mayor monstruo del mundo,
Empezando á hacerle guerra,
Representó *el mentiroso;*
Y en una mujer comienza.

MUJER 2.ª

El engañarse engañando
Á Adán representó Eva,
Y fueron los dos á un tiempo
Silbados de la culebra.

MUJER 3.ª

Representaron los dos
De la fortuna la rueda;
Porque *la muerte de Abel*
Con *la vida es sueño* empieza.

LABRADOR.

El villano en su rincón
Hizo Adán entre sus penas;
Y Eva, como primer dama,
La serrana de la Vera.

MUJER 1.ª

El bien dado por perdido
Hicieron, y después desta
Lo que son juicios de Dios,
Y *la vida de la aldea.*

MUJER 2.ª

El mayorazgo en la muerte
Adán á sus hijos deja,
Y *la fuerza lastimosa*
Hizo de un ángel la fuerza.

MUJER 3.ª

De un castigo dos venganzas
En los dos Miguel ostenta,
Y *de un yerro nacen mil*
Representó la experiencia.

LABRADOR.

Querer la propia desdicha
Perdiéndose, representan,
Cuando hizo el cielo piadoso
No hay mal que por bien no venga.

MUJER 1.ª

El remedio está en la mano
Hizo amor; y al punto ordena
Que *el más verdadero amante*
Dios baje á hacer en la tierra.

MUJER 2.ª

La culpa del primer hombre
Representó tan de veras,
Que al pagarla pareció
Que era propia, siendo ajena.

MUJER 3.ª

La justicia en la piedad
Representó su clemencia;
Y *amor, honor y poder*,
Viniendo al mundo le muestra.

LABRADOR.

Sin pecado original,
De dones y gracias llena
Hizo *la niña de plata*
Su Divina Providencia.

MUJER 1.ª

El favor agradecido
Fué la comedia primera
Que representó María
En nuestra naturaleza.

MUJER 2.ª

La más constante mujer
Hizo con grande entereza
La pureza no manchada,
Comedia famosa y nueva.

MUJER 3.ª

La fortuna merecida
Hizo valiente en la guerra,
Cuando al soberbio dragón
Pisó la altiva cabeza.

LABRADOR.

Él soberbio y ella humilde,
Él lucero y ella estrella,
Representaron los dos
La humildad y la soberbia.

MUJER 1.ª

La obediencia laureada
Representó su obediencia,
Cuando, nombrándose esclava,
La hicieron del mundo reina.

MUJER 2.ª

El mejor esposo hizo
Para esta madre y doncella,
Que *el celoso de sí mismo*
Tan al vivo representa.

MUJER 3.ª

Con *la guarda cuidadosa*
Josef su jornada empieza,
Y haciendo al *hombre de bien*,
Á *el cuerdo en su casa* muestra.

LABRADOR.

Cómo se engañan los ojos
Representaba en su idea;
Y *el desengaño dichoso*
El cielo quiso que viera.

MUJER 1.ª

El juramento cumplido
Hizo Dios con tantas veras,
Que por cumplir su palabra,
La vida y honor arriesga.
Representó en un portal
La pobreza no es vileza,
El mal pagador en pajas,
Y ofender con las finezas.

MUJER 2.ª
Sufrir más por querer más
Hizo del cielo á la ofensa,
Y *la noche toledana*
Fué la que llamaron buena.
MUJER 3.ª
La ventura sin buscalla
Miró el mundo entre dos bestias,
Y *mejor está que estaba*
Se ha representado entre ellas.
LABRADOR.
La huida de Egipto hizo
La trinidad de la tierra,
Después que hicieron tres Reyes
El servir con buena estrella.
MUJER I.ª
La inocencia perseguida,
Á costa de mil cabezas,
Hizo *Heródes*, que de nácar
Tiñó las rubias arenas.
MUJER 2.ª
Nunca mucho costó poco
Hizo el Verbo, dando muestra
Que haber redimido al hombre
Verter su sangre le cuesta.
MUJER 3.ª
El padre de su enemigo
Hizo, perdonando ofensas
De Adán; que todos sus males
Remedió con propias penas.
LABRADOR.
Todo es fácil á quien ama
Representó en una mesa,
Y *el imposible vencido*
En lo corto de una oblea.
MUJER I.ª
Que *con su pan se lo coma*
Judas hizo, y después desta,
La horca para su dueño,
Y *el desconfiado* en ella.
MUJER 2.ª
Hizo *el príncipe perfecto*
Dios, pagando ajenas deudas,
Y *el amigo hasta la muerte*
En lo que sufre y espera.
MUJER 3.ª
Con *la fuerza de la sangre*
En el huerto á orar empieza.
LABRADOR.
Luego, al *pasar del arroyo*,
El Cedrón vió su paciencia.
MUJER I.ª
Hizo *la prisión sin culpa*
Toda la canalla hebrea,
Y representó el Cordero
De *el justo Abel* la inocencia.
MUJER 2.ª
Obras son amores hizo,
Cuando temblando la tierra,
El árbol del mejor fruto
Al cielo dió franca puerta.
MUJER 3.ª
Dimas hizo *el Buen Ladrón*,
Y su compañero Gestas
Hizo *la ocasión perdida*,
Encontrándose las penas.
MUJER I.ª
La corona merecida
Y bien sufridas ofensas,
Representó aqueste autor,
Pisando globos de estrellas.
LABRADOR.
Yo pues, villa generosa,
Espejo de armas y letras,
Centro de la cortesía
Y origen de la nobleza,
Os pido en aqueste dia,
Que es todo favor, grandezas,
Mostréis, imitando al cielo,
Que á los más humildes premia,
En aquesta compañía,
En aquesta hechura vuestra,
Perdón, amparo y piedad,
Hijos de vuestra largueza;
Que humillada á vuestros pies,
Por poco caudal, confiesa
Que á alcanzar á sus deseos
No pueden llegar sus fuerzas.

APÉNDICE SEGUNDO

AUTO SACRAMENTAL

DE

LAS CORTES DE LA MUERTE

ATRIBUÍDO Á

LOPE DE VEGA

Y

AL DOCTOR MIRA DE MÉSCUA

(INÉDITO)

LOA

PARA EL

AUTO DE LAS CORTES DE LA MUERTE

Sale el que hace la figura del Tiempo, con el mismo vestido que ha de salir al auto, y representa:

Por las cumbres de los montes,
Derramando blanco aljófar,
Viene el alba dando nuevas
Que sale el sol de las ondas.
Ya se descubren los campos:
Montes son los que antes sombras;
Donde ellas no aparecían
Ya se ven cavernas hondas.
Ya cantan los pajarillos
Saliendo de entre las hojas;
Las aguas que susurraban,
Al parecer ya son sordas.
Cuál y cuál estrella queda,
Vanse escondiendo las otras,
Y sin luz, aunque están cerca
Los rayos de quien la toman.
Á los montes del Poniente
Las puntas más altas dora
Quien por los montes frondosos
Poco á poco alegre asoma.
Ya de los húmidos troncos
Se distinguen las personas;
Que pastores, mal despiertos,
Saliendo van de las chozas.
Vanse á las hierbas las vacas
Y á sus cuevas las leonas;
Agora descansan éstas,
Aquéllas pasan agora.
Dejan los húmidos peces
Sus cavernas peñascosas;
Cortan el agua, buscando
Sustento, abiertas las bocas.
Dejan los hombres sus lechos;
Cuál trabaja, cuál negocia,
Cuál con cuidadosas ansias
Y cuál con ansias devotas.
Va midiendo el sol los cielos
Con carrera presurosa,
Mientras más sube, más quema,
Sombras crecen y se acortan.
Vase acabando la tarde;
Vanse acabando las horas;
El día acaba, que el Tiempo
Acaba todas las cosas.
. . . .
El gran tesoro de Creso,
De Alejandro las victorias,
La gran armada de Jerjes,
Larga en gente, en dicha corta;
Las invenciones de Ulises,
De Nerón las fuerzas locas,
Las liviandades de Numa,
De Julio César la pompa,
Los Tolomeos de Egipto,
Filipo de Macedonia,
Los romanos Escipiones,
Las invictas Amazonas,
El sepulcro de Artemisa,
Los huertos de Babilonia,
Las imágenes de Frigia,
El rico templo de Jonia,
Las pirámides de Egipto,
El gran coloso de Rodas,
El obelisco de Armenia,
El Faro, torre copiosa;

La grandeza de Cartago,
Los alcázares de Troya,
Las murallas de Sagunto,
El anfiteatro de Roma,
Los triunfos y ovaciones,
Los carros, lauros y honras,
Ya se acabaron; que el Tiempo
Acaba todas las cosas.
Allega la Poesía
En aquesta edad agora
Á tal punto, que ni un punto
Puede crecer de las otras.
Todos gustan de conceptos:
Ya no hay vulgo, nadie ignora,
Todos quieren en la farsa
Buenos versos, trazas propias.
De los muchos que allí vienen,
Unos celebran las coplas,
Otros alaban la traza,
Otros gustan de la loa.
Cuál la música engrandece,
Cuál dice bien de las ropas,
Cuál de las burlas se ríe,
Cuál de un tierno paso llora.
En este senado ilustre
Oidnos, si os place, una hora,
Y si es mucho, ved que el Tiempo
Acaba todas las cosas.

AUTO

DE

LAS CORTES DE LA MUERTE

PERSONAS

La Muerte, *vestida de esqueleto, con guadaña en la mano.*
El Pecado, *vestido de reina, coronada, mascarilla negra, que encubra media cara.*
La Locura, *vestida de botarga, moharracho.*
El Tiempo, *vestido de caballero, de punta en blanco, y espada y sombrero con pluma.*
El Hombre, *vestido de emperador, con manto, corona y cetro.*
El Niño Dios, *vestido de pastorcico.*
El Angel de la Guarda, *con grandes y pintadas alas.*
El Diablo, *vestido de fuego, cuernos en la cabeza y gran rabo.*
La Envidia, *vestida de villano rústico.*
El Dios que llaman Cupido, *vestido de punto color de carne, sin venda en los ojos, con su arco, carcaj y saetas.*

Salen con sus trajes referidos el Tiempo, el Pecado, el dios Cupido y la Muerte.

PECADO.
Por aquí pienso que van.

MUERTE.
Cuanto en el mundo camina,
Pecado, á mí ya se inclina.

TIEMPO.
Y cuantos viviendo están
Pasan por mí, y yo por todo.

MUERTE.
Tiempo, que corriendo vas,
Detente, mas no podrás
Hallar de pararte el modo.

PECADO.
¿Pues sosiega la inquietud?

TIEMPO.
¿Adónde el Hombre quedó?

MUERTE.
En la locura paró
Del mundo su juventud.

TIEMPO.
Muerte, que estás dividida
En lo temporal y eterna,
Y desde la infancia tierna
Vas acechando la vida;
Mientras que llega á pasar
El Hombre por este valle
De lágrimas, y ahora hablalle
Nos da la ocasión lugar,
Referiros será bien
Los pasos en que me fundo,
Y doy como Tiempo al mundo
Y sus historias también.

PECADO.
Aquí tienes dos testigos
De lo que por él pasó
Desde que Dios le crió.

MUERTE.
Y tus mayores amigos.

PECADO.
Yo primero que la Muerte
Vi el mundo en el Paraíso,
Cuando ser como Dios quiso
El Hombre.

MUERTE.
Pecado, advierte
Que yo por la Envidia entré
En el mundo, en que no había

Muerte; que mi monarquía
Después de los años fué
Del justo Abel y Caín;
Que las vidas no eran mías
Entonces, y aquellos días
Tuve principio en su fin.

TIEMPO.

Pues oidme á mí, que soy
Desde el edificio hermoso
Del mundo, y con presuroso
Vuelo por los años voy.
En seis naturales días
Crió el mundo el Rey del cielo,
Por cuyo número algunos
Dan seis mil años al tiempo.
Entre cuatro ilustres ríos,
De aquel obscuro silencio
Sacó un jardín, cuyas flores,
Estrellas terrestres fueron.
Crió á Adán, fabricó á Eva
Del mismo, y los dos vivieron
Por mano de Dios casados,
Venturoso amor sin celos.
De los dos primeros padres
Del mundo ¡oh, Muerte! nacieron
Caín y Abel, que á las manos
De la fiera Envidia muerto,
En voz convirtió la sangre,
Dando en el cielo los ecos
(¡Tan antiguo es en el mundo
Ser envidiados los buenos!).
Descendió de Seth, Enoch,
De Noé los tres que dieron
Principio, Cham, Sem, Japhet,
Al renovado universo.
Castigó Dios á los hombres
Por pecados deshonestos,
Con inundaciones de agua
Que los montes excedieron;
Que en menos agua no pudo
Cesar tan infame fuego.
Nemroth, biznieto de Cham,
Hizo dividir soberbio
Las lenguas y las naciones.
Comenzó el asirio reino:
Hizo el idólatra Nino
Estatua á su padre Belo;
Fué del trigo autor Osiris,
Como Noé del sarmiento.
Pasaron hasta Abraham
Desde el diluvio trescientos
Y sesenta y siete años,
Aunque del día primero
Del mundo dos mil y veinte:
Cuando su Artífice eterno
Prometió la bendición
De las gentes, procediendo
La generación humana
De su santísimo Verbo,
De Isaac, figura de Cristo,
Naciendo en la tierra en tiempo
De una soberana Virgen,
Como sin tiempo en el cielo.
Engendró Jacob doce hijos,
Pasó á Egipto, y de él salieron
Seiscientos mil y más hombres,
Prodigioso y raro aumento,
De sesenta que Jacob
Llevó á Egipto, hijos y nietos.
Estos por la seca arena
Pasaron el mar Bermejo;
Que las procelosas ondas
Muros de cristal se hicieron:
Y entre Elim y Sinaí
Cuarenta años anduvieron,
Suspirando por Egipto;
¡Tal puede el trato en los necios!
Fué el maná divino enigma
Del que ha de bajar del cielo;
Que Pan Angélico llama
El Rey Profeta en sus versos.
Curólos siempre Moisés;
Adoraron el becerro,
Con otras graves ofensas,
Por donde no merecieron
Ver la tierra prometida:
Que sólo de todos ellos
El capitán Josué
Pasó el Jordán, Moisés muerto.
Sucedieron los jueces
Desde Othoniel primero
Á Sansón, Elí y Samuel,
Y á petición de su pueblo
Reinó Saúl, y David
Cuarenta años tuvo el cetro;
Esos mismos Salomón,
Aquel del famoso templo,
Depositó del maná.....

PECADO.

Párate si puedes, Tiempo;
Que viene el Hombre á quien hoy
Robar y prender tenemos.

TIEMPO.

En este tiempo está el mundo,
Pero siempre voy corriendo.

Salen ahora el Hombre y el Ángel.

HOMBRE.

¡Gran desengaño!

ÁNGEL.

Notable.

HOMBRE.

¿Qué podía dar el viento
Sino lo mismo?

ÁNGEL.

Es verdad.

HOMBRE.

¡Oh, qué arrepentido vengo!

ÁNGEL.

Pues, Hombre, si fuiste loco,
No seas necio; que un necio
Es terrible de sufrir.

HOMBRE.
Bien dices, del mal lo menos.
Ya la locura del mundo
Me ha cansado y la aborrezco,
Porque me entregó al olvido,
Y no hay peligro más cierto
Que el olvidarse de Dios.
ÁNGEL.
No te serán mal ejemplo
Las lágrimas deste valle.
HOMBRE.
¡Qué solitario, qué espeso
De cuidados y dolores!

Llegan ahora los cuatro, encarándose con el Hombre.

MUERTE.
Téngase todo hombre.
HOMBRE.
¡Ay cielos!
ÁNGEL.
Como aquel de Jericó,
En ladrones dado habemos.
HOMBRE.
¿Pues á un pobre peregrino.....
TIEMPO.
Ea, desnúdese luego.
HOMBRE.
Señores, ya me quitaron,
Quebrando el primer precepto,
De la inocencia el vestido;
Pobre y desterrado vengo.
Perdí la justicia y gracia,
Pues yo, ¿qué dinero llevo,
Aventurero en el mundo?
ÁNGEL.
Señores, ya que salieron
Á robar á un peregrino,
Con piedad pueden hacerlo:
¿Quién son?
PECADO.
Yo soy el Pecado
ÁNGEL.
Bien se le ha visto en lo negro
De la cara; negra sea
Su vida y sus pensamientos.
PECADO.
Así queda negra una alma
Que pierde á Dios
ÁNGEL.
Yo lo creo;
Que luego toma el color
El que es carbón del infierno;
¿Y él quién es?
TIEMPO.
El Tiempo soy
ÁNGEL.
Con eso hace tan mal tiempo.
Señor Tiempo, así mejore
De salud y de sucesos
Que se vaya poco á poco;
Que se quejan mil mancebos
Que ayer se acostaron niños
Y hoy se levantaron viejos.
TIEMPO.
No tengo la culpa yo.
ÁNGEL.
¿Cómo que no, pues quién?
TIEMPO.
Ellos,
Que la mitad de la vida
Duermen, y yo nunca duermo.
También me abrevian á mí
Más de lo que soy, pues veo
Que todos se quitan años,
Pues el más cuerdo y modesto
Niega los que yo le doy.
ÁNGEL.
Mirándole estoy atento
Cómo trae de oro el rostro
Cuando hay tan poco dinero.
Mas ya lo entiendo, que como
Siempre el retablo de duelos,
Aunque encima está dorado,
Es madera por de dentro.
¿Y él quién es?
MUERTE.
Yo soy la Muerte
HOMBRE.
Nunca se logren sus huesos:
¿Por qué viene de repente?
Dirá que se lo debemos
Por ahorrar de pesadumbres,
De quejas, dolor, enfermos,
De médicos y boticas.
MUERTE.
No, sino por ejemplo
Para los que quedan vivos;
Mas son tan locos y necios,
Que lo que sucede en otros
Juzgan imposible en ellos.
ÁNGEL.
En verdad, señora Muerte,
Que andáis muy discreta en eso,
Y preguntádselo á Job:
Veréis que la vida es sueño,
Y tela que el dueño corta,
Cuando quiere, por el medio.
¿Y ese desnudo quién es?
CUPIDO.
Yo soy el Amor (1)
PECADO.
Amor es todo invención.
CUPIDO.
No hay en el mundo cuidado (2)
Que mate como el Amor.
PECADO.
Hasta agora no lo sé,

(1) No es verso.
(2) Falta la rima en éste y en los tres versos anteriores, quizá por haberse omitido algún trozo.

CUPIDO.

Pues yo, reina, te diré
Las señas de su rigor.
Es Amor un accidente
Sobre lo más natural,
Porque amar lo que es igual
Se sigue naturalmente.
Es una pena agradable
Y es un gustoso dolor,
Un apacible rigor
Y un veneno saludable.
Es una dulce pasión,
De los sentidos empleo,
Donde es tirano el deseo
Y es esclava la razón.
Es un campo de batalla
Que no puede resistirse,
Pues viendo al alma rendirse,
El entendimiento calla.
Es un excesivo exceso
Hidrópico de hermosura,
Y una engañada locura
Que piensa que tiene seso.
Es un desvanecimiento
De la dulce fantasía,
De la esperanza porfía
Y engaño del sufrimiento.
Es un perezoso modo
De no mudar voluntad,
Y una loca ceguedad
Que piensa que lo ve todo.
Es un ser que no es en sí,
Y de otro recibe acción,
Y es una imaginación
Que se sustenta de sí.
Es un desmayo que fuerza,
Y es una flaqueza fuerte;
Es fuerte como la muerte,
Y es una muerte sin fuerza.
Finalmente, Amor es Dios,
Que sus absolutas leyes
Saben abatir monarcas,
É igualar con las abarcas
Las coronas de los reyes (1).
Por eso, á Amor, los primeros
Pintan desnudo en la fama,
Pues por regalar su dama
Se quedan todos en cueros.

PECADO.

¿Eso es amor?

CUPIDO.

Esto es,
Pintado en cifra, el Amor.

Vanse todos. Mutación del teatro en un salón, en el que aparece la Muerte, sentada en su trono. Van entrando y tomando asiento, el Pecado, la Locura, el Tiempo, el Hombre, el Ángel, el Diablo, la Envidia y Cupido, levantándose cada uno al hablar.

(1) Una quintilla intercalada entre redondillas, con el primer verso suelto.

ÁNGEL.

¡Oh Pecado! ¡Oh Tiempo! ¡Oh Muerte!
¿Qué nuevas Cortes son éstas?

MUERTE.

Ahora veréis manifiestas
Las causas y triste suerte
Que al mundo y al Hombre afligen.
Ea, el programa publiquen,
Que abierta está la asamblea:
Comience la perorata
Y hable agora la Locura (1).

LOCURA.

Soy la Locura del mundo,
Hija de Nemroth me nombro,
Que quiso escalar el cielo
De su riqueza ambicioso.
Como en un cristal cifrado,
En mí podéis verlo todo;
Aquí hallaréis un ruido
Que vuelve los aires sordos,
Porque todo mi palacio
Es una casa de locos,
Donde en ciego laberinto
De confusión, veréis cómo
Aquéllos son locos déstos
Y éstos lo son de los otros.
Ninguno está en su lugar
Contento, que ni tesoros,
Oficios, ni dignidades
Le hacen rico ni dichoso.
El casado envidia al libre,
Y éste juzga dulce adorno
De la vida, la mujer,
Los hijos feos ó hermosos.
El soldado al labrador,
Cuando da la tierra á logro
El trigo, que ha de volverle
Con réditos al Agosto.
El labrador, malcontento,
Envidia al que perezoso
Hace de la noche día,
Come en plata y bebe en oro.
Hay aquí mil pretendientes
Que van siguiendo quejosos
Los Ministros, y ellos más
De papeles y negocios.
Aquí hallaréis ignorantes,
Soberbios, vanagloriosos,
Filósofos con el vulgo,
Mudos con los hombres doctos.
Gastos en haciendas cortas,
En largas, dueños tan cortos,
Que guardan para la muerte,
Comen aire y viven rotos.
Mándales Dios que sustenten
Al pobre, y vuélvenle el rostro;
Que Avaricia y Caridad
Han hecho eterno divorcio.

(1) Cinco versos sueltos.

Veréis mozos como viejos,
Veréis, como viejos, mozos,
Las esperanzas de viento,
Y los sucesos de plomo.
Pero no quiero cansaros:
La Locura soy, é ignoro
Cómo los hombres no caen
En que son ceniza y polvo.
Les dí aposento en mi casa
Y de regalo y posada (1),
El cuarto de los engaños
Vanidad, mi mayordomo,
Y Ostentación, mi criado,
Les adornan sus vestidos (2);
La Gula, mi cocinero,
Les guisa olvidos y *lothos:*
Eché de casa el Sosiego
Por viejo y escrupuloso.
La memoria de la Muerte
Mandé se fuese á los yermos (3)
De la Tebaida, y llamé
Al Sueño, bufón gracioso.
La novedad, la mentira
Y las nuevas estén prontos
Para entretenerle siempre
Al hombre que sea loco,
Pues quien entre locos anda,
Es fuerza que salga loco.
Todo es lisonja y engaño,
Todo es locura y soberbia (4):
Á Dios le llaman de vos,
Al hombre llaman Alteza,
Cortesana á la mujer
Que vive con desvergüenza;
Mocedades á los vicios,
Á los hurtos diligencia,
Á la pobreza deshonra,
Y honra al fausto y la riqueza;
Valiente al que es temerario,
Discreción á la cautela,
Alegre al que es un borracho,
Morena á la mujer negra;
Los oficios llaman artes,
Todos los nombres se truecan,
Sólo á la Muerte no mudan
Porque iguala cuanto encuentra.
Loco es y será el señor
Que por haberse empeñado
Viste y come de prestado,
Pues propio fuera mejor.
Loco el príncipe que da
Y no paga lo que debe;
Loco el que á mandar se atreve
Cuando en otra casa está.
Loco es el que ha consumido

(1) Falta el asonante.
(2) Falta el asonante.
(3) Falta el asonante.
(4) Desde aquí cambia el asonante, cosa nunca vista en Lope de Vega.

Su caudal sin fundamento;
Loco el que hace testamento
Cuando no tiene sentido.
Loco el que su hacienda emplea
Donde se puede perder;
Loco el que tiene mujer
Hermosa, y busca la fea.
Loco el que tiene dinero
Sobrado, y lo pasa mal;
Loco el hijo de oficial
Que se mete á caballero.
Loco el que suele perder
Al juego todo el caudal;
Loco aquel que dice mal
De quien se le puede hacer.
Loco aquel con quien pretenden
Largas esperanzas vanas,
Y loco el que ha por sanas
Las mujeres que se venden.
Andan ya tantos bellacos
En el mundo entretenidos,
Unos de seda embutidos
Y otros metidos en sacos,
Que no es fácil conocer
El hombre cuál es virtud,
Pues siempre está en inquietud.
. . . . (1)
Han hecho ya granjería,
Según ya nos lo refieren,
Para alcanzar lo que quieren
Los hombres, la hipocresía.

MUERTE.

Ya que ha hablado la Locura,
Hable si quiere ahora el Malo.

DIABLO.

Todo el mundo me idolatra
Y por rey y señor jura,
Quemando inciensos sabeos
En aras de plata pura.
De las víctimas los fuegos
La región del aire alumbran,
Y al rojo señor de Delos
Los humos la cara ofuscan.
Sólo en el pueblo hebreo
Algunos justos se excusan
De rendirme vasallaje
Con esperanzas confusas
Del Mesías prometido
Que los profetas anuncian,
Pero aquestos son tan pocos,
Que mi cuidado descuidan
De que en este triste tiempo
Sus vaticinios se cumplan,
Porque está el orbe más ciego
Que se ha imaginado nunca.
Los diez divinos preceptos
Escritos en piedra dura,
No tan sólo no los guarda,

(1) Falta un verso.

Mas culpas nuevas estudia.
El santo amor desfallece,
El apetito se encumbra,
La Verdad anda arrastrada,
La Mentira reina y triunfa;
La lisonja en la privanza
Á la Fe crédito usurpa,
La maldad camina en coche,
La bondad sola y desnuda.
La Justicia sin balanzas,
Con más vela que una grulla,
Pesca con vara y anzuelo
En lagunas de agua turbia.
La Templanza anda sin freno,
La Fortaleza procura,
En vez de mármoles puros,
Romper de plata columnas.
La Prudencia sin espejo
Por no ver blancas las rubias
Hebras, y en vez de culebra
En la mano, ave nocturna.
La tiranía gobierna,
Manda y veda la Lujuria,
La Avaricia es adorada,
Idolatrada la Gula,
La Soberbia es el monarca
Que gobierna aquesta chusma,
Hidra de siete cabezas
Y con juicio ninguna.

MUERTE.

Puesto que el Malo ha acabado
De hablar, hable el Pecado.

PECADO.

No hay en el mundo contento
Ninguno, pues todo cuanto
Miro y toco, hallo un encanto,
Un prodigio y un portento.
Todo es sombras y apariencias,
Todo sueños y visiones,
Todo antojos é ilusiones,
Todo horrores y violencias.
Dicen que la variedad
De aqueste mundo abreviado,
Que así es razón que se nombre,
Puede divertir al hombre
Más triste y desconsolado (1):
Pues fuera de las grandezas
Que en su esfera se contienen,
De gustos que van y vienen,
De tesoros y riquezas,
Jardines, plantas y flores,
Fuentes, animales, aves,
Coches, carrozas y naves,
Vicios, deleites y olores,
Verás que baja esperanzas
Y que otras sube á la luna,
Porque al son de la fortuna
Por puntos hace mudanzas.
Verás que en sus altas cumbres
Hay muchas cosas molestas
Y que á veces hace fiestas
De las mismas pesadumbres.
Verás como van siguiendo
Sólo á los que pueden más,
Y cómo dejan atrás
Á los que vienen cayendo.
Verás engordar los ricos
Con sangre de los menores,
Y que los peces mayores
Quieren comerse á los chicos.
Verás los necios premiados,
Sin premio los entendidos,
Los menguados aplaudidos
Y los doctos retirados.
Verás vecinos que, apenas,
Aunque su casa se abrasa,
Ven lo que pasa en su casa
Y murmuran las ajenas.
Verás á los usureros
Dar mohatras á porfía
Y confesar cada día
Sin dejar de ser mohatreros.
Verás casadas muy bellas,
Pero siempre entre compadres,
Y doncellas que son madres
Y se casan por doncellas.
Verás mentiras, patrañas,
Ignorancias, falsedades,
Traiciones, enemistades,
Rencillas, odios, cizañas,
Cuentos, chismes, disensiones,
Cautelas, provechos, daños,
Logros, mohatras, engaños,
Juramentos, maldiciones;
Bandos, encuentros, pendencias,
Injusticias, desafueros,
Penas, azares, agüeros,
Y en fin, tantas diferencias
En el uno y otro estado,
Según lo que persuaden,
Que por lo vario te agraden
Ya que no por lo ajustado.

MUERTE.

Ahora hable el Ángel.

ÁNGEL.

Las cuatro postrimerías
Son aquellas que llamamos
Muerte, Juicio, Infierno y Gloria
(Ten, cristiano, en tu memoria),
Desde que al mundo llegamos.
En todas nuestras acciones
Nos dice por esto el sabio
Que dellas nos acordemos
Y en la mente propongamos
Las cuatro postrimerías.
La primera causa espanto:
Y así el Filósofo dice
Que en lo terrible y amargo
No hay cosa como la Muerte.

(1) Una quintilla intercalada entre redondillas, sin rimar el primer verso.

Y aunque siempre está amagando,
Porque tiene para herir
Siempre levantando el brazo,
Cuando vecina se mira
Sin apelación, y cuando
Quiere desatarse el alma
Deste edificio de barro;
Cuando está pálido el rostro,
Sin fuerza y flacas las manos,
Desbaratados los pulsos,
El cabello enmarañado,
Hundidos ojos y sienes,
Seca la lengua y los labios,
Débil la respiración,
Vigor y aliento postrados,
Perdido el conocimiento
Y los dientes traspillados;
Y entre mortales congojas
Se esfuerza y anima en vano
El corazón que primero
Tuvo vida, y como amparo
Del cuerpo, muere postrero,
Y cuando el horror es tanto
Deste tránsito forzoso
Que aun á Dios no ha perdonado,
Porque él lo quiso temer;
No ha consuelo, no hay regalo
Como la dulce memoria
De aquel divino holocausto,
El Sacramento bendito
De Pan divino y humano,
Y el haberlo recibido
Con devoción y con llanto.
Llega el alma al tribunal
De quien Job, que fué dechado
De virtud y de paciencia,
Estaba siempre temblando,
Y quisiera estar primero
En el Infierno, con tanto
Que, pasado aquel juicio,
Viese á Dios desenojado;
Tribunal que á nadie exceptúa,
Como lo dice San Pablo.
Segunda postrimería
En quien los buenos y malos,
Trémulos, se consideran
Como las hojas del árbol
Á los enojos del cierzo
Y á los alientos del austro.
Si omnipotente y severo
Es el Juez, ¿qué gusano,
Qué hormiga, qué polvo, ó nada,
Tendrá valimiento osado
Para replicar entonces
Á las culpas y á los cargos,
Siendo el Juez riguroso
Y siendo suyo el agravio?
Aquí en confusión se vieron
Los ángeles y los santos;
¿Qué hará el hombre de vil tierra,
Si el cielo se vió manchado?
Aquí de un gran patriarca
Oigo la voz preguntando:
¡Ah, Señor! Si es flor el hombre
Producida de los rayos
Del sol, y queda marchita
Cuando espira en el Ocaso,
Si es una sombra su vida
Que jamás en un estado
Permanece, ¿por qué causa
Vuestra poderosa mano
Entra con él en juicio?
Aquí, pues, donde esperando
Está el Alma la sentencia
Que por lustros y por años,
Por siglos y eternidades,
Lo que fuere decretado
Se ha de ejecutar, aquí
Hallé que el mayor descargo
Es el haber recibido
Este manjar sacrosanto,
Donde con Dios nos unimos
En el modo y ser más alto
De las uniones divinas,
La hipostática exceptuando,
Porque Dios no era decente
Deste novísimo caso.
Al tercero, donde (¡ay triste!)
Mis sentidos se turbaron,
Llegué al centro de la tierra,
Llegué al abismo profano,
Llegué al seno de Moloc,
Llegué al reino del espanto,
Llegué al Infierno, en que Dios,
Después de cogido el grano,
Como lo dice Mateo,
Que mal apaga desmayos,
Da al corazón la memoria
(Horror da sólo el pensarlo,
Con ser cuanto se imagina
Un borrón, un punto, un rasgo):
Aquí abrasa y no consume
El fuego que está elevado,
Porque atormente y aflija
De un modo extraordinario.
Á un intensísimo frío
Se pasa dél á un letargo
En que duerme la esperanza
Y en que está despierto el daño.
Á ocho se reducen todas
Sus penas: frío, gusanos,
Tinieblas, azotes, fuego,
Confusión, demonios, llantos.
Pero los que aquí padecen
Aun más que los mismos diablos
Son apóstatas, herejes,
Que llaman sacramentarios,
Simoniacos, nicolaítas,
Nósticos, nestorianos,
Maniqueos, triteítas,
Adamitas, arrianos,
Taboritas, saduceos,

Artemios, apolinarios,
Marcelinos, angelinos,
Socráticos, puritanos,
Avicenses, rocacenses,
Y otro seno estaba en blanco
Para husitas, calvinistas,
Hugonotes, luteranos:
Todos, porque en este Pan
Eterna vida negaron.
Los que este maná no comen
Ni de este vino han gustado,
Hambre y sed aquí padecen.
¡Oh, qué confusión! ¡Qué caos!
¡Qué gemidos! ¡Qué blasfemias!
¡Qué suspiros tan amargos!
Donde el tormento mayor
Es carecer del descanso
De ver á Dios, mientras Dios
Vive eternidades de años
En fábrica de zafir
Con lunares de topacios;
Ese alcázar donde á Dios
Dicen siempre: ¡Santo, Santo!
Los tronos y potestades;
Ese divino palacio
Que Dios labró para sí,
Donde bienaventurados
Espíritus, ya gloriosos,
Están viendo, están amando
Aquella Esencia indivisa,
Donde los gozos son tantos,
Que en cada atributo suyo
Glorias inmensas hallaron.

MUERTE.

La Envidia le toca hablar.

ENVIDIA.

Yo tengo vanos antojos
Y todos son importunos,
Pues para sacar á otro uno,
Me suelo quebrar los ojos.
Y es mi gusto tan extraño,
Que á trueco de dar pesar,
Sin que me pueda importar
Siempre antepongo mi daño.

ÁNGEL.

En ese infernal veneno
No sé qué gustos estén.

ENVIDIA.

Que á mí, más que el propio bien,
Me deleita el mal ajeno.

ÁNGEL.

Condición, según la cara,
De carcomida langosta.

ENVIDIA.

El trabajo más se agosta,
Que nunca en mudar repara.

ÁNGEL.

El que tienes es eterno,
Mas dél, ¿qué premio has sacado?

ENVIDIA.

No más de haberme vengado,
Que es bastante.

ÁNGEL.

En el infierno
No hay tormento más robusto
Que el que á ti mismo te das.

ENVIDIA.

En ver padecer no más
Consiste todo mi gusto.

ÁNGEL.

¿Y adónde con pecho ruin
Los veloces pasos mudas?
¿Llevas el cordel á Judas,
Ó la quijada á Caín?
Aunque tu mayor blasón
Y más valerosa prueba,
Fué dar la manzana á Eva
Y á su marido azadón.

LOCURA.

Dejemos bachillerías,
Puesto que en Cortes hablamos
De la Muerte, en que ahora estamos,
Que adornan hidras y arpías.
Así ¡oh, señores! que si os place,
Haré una fiesta que en el Corpus se hace.
Yo la he de hacer, usando de mis chanzas,
Los carros, los gigantes y las danzas.

MUERTE.

¿Tú solo?

LOCURA.

Yo solo. Ea, escuchad, que empiezo.
Vaya de carros y de representantes,
Mientras otro apercibe los gigantes.
¡Ah, hermano! Apartad aquese carro:
¿Con quién hablo? Apartad. ¡Hola, portero!
Á la plaza llevad ese primero:
Llegad esotro. Apártate, muchacho.
¡Ay, que le vuelvas! Tente, ¿estás borracho?
Apartad esa gente. Yo no puedo:
Llegad más de ese lado: quedo, quedo;
Señores, los sombreros, que me ahogan:
Bájate, moza, no veré persona;
Estuviérase en casa la fregona.
No ha de subir. ¿Por qué? Porque no paga.
Soy soldado. Donosa soldadesca:
¿Quién la bebe, galanes? ¡Oh, qué fresca!
Empiecen. ¿Á qué aguardan? De aquí á un rato,
Sale Roque muy rubio y mojigato,
Diciendo con su flema y melodía;
Mas de que se despeje Vueseoría,
Que representaremos con trabajo.
Ea, fuera de aquí, apartad, abajo,
No ha de quedar un alma. Espere un poco,
Que soy criado. Aunque lo sea, baje.
¿Conóceme vusted? Ya sé que es paje:
Baje, ó arrojaréle. No rempuje,
Que ya lle bajan. ¡Ay, que me machacas!
Ya salen á cantar, ojos urracas.

Saca la Locura una guitarrilla, y canta:

¿Por qué el Alma solicitas,
Diablo mecánico y vil?

Porque es como el perejil,
Que se come sin pepitas.

Se coloca la Locura una tunicela por la cabeza, con cuernos para denotar es el Diablo, y sigue representando.

Los músicos se van, y sale airado
Un diablo por debajo del tablado.
Yo soy aquel chamuscado
Que jugando á salta tú
Quedé hecho Belcebú
En el suelo derrengado,
Y obstinado
De que el Alma vuelva y saque,
Quiero darla un triquitraque.
Alma, Alma, tras mí vente,
Que fácil se alcanza mente
Del infierno el badulaque.
Ahora se aparece una gran nube,
Y bajando hasta el suelo rechinando,
Sale el Alma, y responde renegando.

Quítase ahora la tunicela de demonio y pónese otra blanca y una cabellera rubia, y representa:

Cierto, señor Barrabás,
Que yo no entiendo su ahinco,
Ya sé que cincuenta y cinco
Es un seis, siete y un as.
Y si Caifás
Juzgando se condenó,
¿Qué culpa le tengo yo?
Y aquí da fin, auditorio,
El Alma del Purgatorio
Que del Diablo se escapó.

ENVIDIA.

¡Linda fiesta!

ÁNGEL.

Yo quedo satisfecho.

ENVIDIA.

Tal tenga la salud el que lo ha hecho.

LOCURA.

Estos han sido versos de repente;
Que si escribo y estudio con cuidado,
Mucho peor los hago de pensado.
Mas ¿qué ruido es éste? ¡Ah, son los gigantes!
Vedlos, que ya á la puerta los arriman,
Y quieren los que sustentan la maraña
Dar á alguna taberna un ¡cierra España!
Donde echando un polvillo y otro todos,
De aquellos polvos vengan estos lodos.
Salgámoslos á ver. Vamos aprisa;
De sólo imaginarlo me da risa.

Vase la Locura y sale luego en cuclillas haciendo la gigantilla, y canta la música:

Esta sí que es fiesta de gusto,
Esta sí que es fiesta de amor.
Desarrimen los gigantes
Y con tiento cárguenlos,
Porque traen los que los cargan
Diferente cargazón.
Dancen en orden iguales,
Vueltas dando alrededor,
Y los músicos alegres
Canten este dulce son.
Esta sí que es fiesta de gusto,
Esta sí que es fiesta de amor.

MUERTE.

¡Ah, Locura! No hagas más,
Y ahora el Hombre hable si quiere
Á su saber y sabor.

HOMBRE.

Lo haré así como pudiere
(Aunque con grande dolor)
Si me prestáis atención.
Por la puerta de la culpa
Entró la Muerte en la tierra,
Que no viéramos su cara
Si ella no abriera la puerta.
Era la vida hijadalgo,
Pero perdió su nobleza,
Que la empadronó la culpa
Y ha quedado por pechera.
Es la Muerte ejecutor
Que á nuestra naturaleza
Cita al nacer, y al morir
Por remates saca prendas.
Las edades son los plazos
De la ejecutada deuda,
Cuyos días son contados,
Pues el mayor llega á ochenta.
Traba, pues, la ejecución
Sobre bienes que lo sean,
Porque el término es forzoso
Algún tanto se suspenda.
Es la Muerte un mirador
De donde claro se ojea
Lo profundo de la culpa
Y lo largo de la pena.
Es noche que sigue al día,
Puesto que muchos entiendan
Ser Josué deste sol
Salud, contento y riqueza.
Para un poco, claro día,
Detente tú, noche negra,
Que en lo largo y en lo corto
Os juzgo por nave incierta.
Es Muerte piedra de toque
En cuyas rayas nos muestra
El vicio su falsedad
Y la virtud su firmeza.
Es un estrecho de mar
Donde la vida se anega,
La cual nada propiamente,
Pues nada más nada que ella.
Arrojalda á buena parte,
Olas de congojas llenas;
Que ya sé que es cuerpo muerto
Y le habéis de echar á tierra.
Es la Muerte un claro sol
Que descubre á la conciencia
Los átomos de la culpa

Por muy sutiles que sean.
Tente, sombra de la vida,
Hasta pasar esta siesta;
Que los pasos de la Muerte
Al paso que alumbran, queman.
Es el sepulcro del hombre
Casa propia solariega,
Que tan sólo es de alquiler
La que goza por herencia.
Casero y no morador
Es, si bien lo consideras,
Pues cesa el arrendamiento
Al punto que el dueño llega.
Es la Muerte para el rico
Campana que toca á queda,
Y en dándole, quitarán
Las armas de su moneda.
Su escudo y armas reales
Hasta aquí pueden traerlas,
Que aunque ellas digan Plus Ultra,
Sepan que miente la letra.
Es Muerte reloj de sol,
Cuyas sombras nos enseñan
Las horas que van pasando
Y las pocas que nos quedan.
Es acíbar su memoria
Que pone al pecho la Iglesia
Para destetar un alma
De sus gustos y ternezas.
Es una espada desnuda
Que está sobre la cabeza,
Sin más fiador que un cabello
Ni más lejos que cabe ella.
Alza los ojos, memoria,
Pues ves que de un hilo cuelga,
Y es tan laso el de la vida,
Que por momentos se quiebra.
Es la Muerte un artillero
Que á todas edades llega;
Que están cuna y ataúd
En igual distancia della.
Batiendo está las murallas,
Y como no son de piedra,
Hace en ellas grande estrago
Cualquier bala de dolencia.
Ponte, Tiempo, de por medio,
Sé deste mundo defensa,
Que peto á prueba de muerte
No hay monarca que le tenga.
¡Oh, corta y cansada vida,
Qué de males te rodean,
Qué de enemigos te siguen
Y qué de tiros te asestan!
La Muerte viene á tu alcance,
Mas ten al miedo la rienda;
Que ya tienes nueva vida
Si tú sabes usar della.
Ya la Muerte espera muerte,
Nadie sin culpa la tenga;
Que á manos de aquesta vida
Sabemos que quedó muerta.
Por la puerta de la gracia
Entró la vida en la tierra,
Porque no hay vida sin gracia
Ni muerte sin culpa fea.
Alhóndiga y armería
Es la militante Iglesia,
Donde hay Pan que te sustente
Y armas con que te defiendas.
Es este Pan celestial,
Para lo que toca á guerra,
Peto á prueba de la muerte
Por ser él la vida mesma.
Es espada que te adorne,
Mas será, si bien no llegas,
Espada en mano de loco
Con que á ti mismo te hieras.
En lo que toca á manjar
Es Maná, que si le pruebas
Á todas las cosas sabe
Porque en Dios todo se encierra.
Es ración que tiene el alma,
Y es tan rica su prebenda,
Que á darla menos que á Dios
No fuera ración entera.
Es un alto mirador
Desde donde la Fe ojea
Lo distante y lo profundo
De la eternidad excelsa;
Es pináculo divino
Donde el mismo Dios te lleva
Á mostrar lo que dará
Al que adore su presencia.
Es sol entre pardas nubes,
Y aunque sus rayos no veas,
En sus efectos divinos
Verás que alumbra y calienta.
Es Océano del Padre,
Y tanto en Cáliz se estrecha,
Que te puede en un instante
Pasar á la vida eterna.
Es una piedra de toque
Adonde ser Judas muestra
Falso doblón de á dos caras,
Y Tomé tomé de cuenta.
Son sus blancos accidentes
Sepulcro donde se encierra
El cuerpo de Cristo vivo
Porque le coma la tierra.
Es leche dulce y suave
Que tiene al pecho la Iglesia
Para sustentar un alma
Que se crió para reina.
Es reloj que da la una
Y son las dos si se cuentan;
Que la persona de Cristo
Tiene dos naturalezas.
Es quinta esencia de bienes,
Pero no es sino primera,
Que aunque Dios es Uno y Trino,
Es solamente una esencia.
Es vida de nuestra vida

Y es alma del alma nuestra,
Porque vivir sin comer
Repugna á naturaleza.
Comed y no moriréis,
Dijo la antigua Culebra,
Y á decirlo deste pan,
Fuera infalible sentencia.
Y pues es vida el manjar,
Llámese quien no le prueba
Homicida de sí mismo,
Pues le tiene y le desprecia.
Esta es la vida y la muerte,
Y con ser cosas opuestas
Las he querido probar
Con unas razones mesmas.
En fe que la muerte es vida
Para un alma justa y buena,
Y la vida amarga muerte
Para un ingrato que peca.

Ábrese ahora una apariencia y se ve al Niño Dios, vestido de pastorcico, en un trono en manera de juicio, y al lado derecho los corderos blancos, y al otro los cabritos negros.

NIÑO.

Corderos blancos y puros,
Los de mi mano derecha,
Los benditos de mi Padre,
Venid á la gloria eterna,
Desde el principio del mundo
Fabricada para vuestra:
Porque cuando tuve hambre
Me disteis en vuestra mesa
De comer, y cuando sed
De beber, y cuando era
Huésped, cama, y me cubristeis
Cuando llegué á vuestra puerta
Desnudo, y estando enfermo
Fué vuestra visita llena
De piedad, y porque os vi
Preso en la cárcel con ella.

Los corderos blancos se levantan en alto, figurando suben á la gloria; y vuelve á los cabritos negros y dice:

Apartad de mí, malditos,
Los de mi mano siniestra,
Al fuego eterno, á las llamas,
Á la apercibida pena
Para el Ángel pertinaz
Á quien sigue su soberbia.
Con hambre, nunca me disteis
De comer en vuestra mesa,
Ni á beber teniendo sed,
Ni me disteis en la vuestra
Posada, cuando pasaba
Peregrinando por ella.
No me cubristeis desnudo
Y no me visteis siquiera
Una vez, preso y enfermo,
Y así, mi justicia eterna
En el monte de mi cielo
Á eterno fuego os sentencia.

Los cabritos negros se hunden en el tablado, saliendo llamas de fuego con ruido de truenos. Desaparecen todos, quedando solos el Niño Dios, el Ángel y el Hombre. Y canta la música:

Vela, vela, pecador,
Mira que el mundo te engaña,
Que anda el lobo en la campaña,
Huye y teme su rigor.
Mira que llega á la puerta
Y con deleites convida,
La lámpara esté encendida,
No la halle el Esposo muerta.
Entra con muestras de amor
Y siembra entre ellas cizaña,
Que anda el lobo en la campaña:
Huye y teme su rigor.

Cesa la música: pónese el Hombre de rodillas delante del Niño Dios, y dice:

HOMBRE.

Ahora conozco mi engaño
Y os suplico arrepentido
Me oigáis, Señor, condolido
De mi culpa y grave daño.
Si lo puedo decir, á mi malicia
Debéis la gloria que tendréis triunfando,
Pues perdonando, más que castigando,
Satisfacéis, Señor, vuestra justicia.
Si fué morir vuestra mayor delicia,
Más consigue su afecto perdonando,
Y así me vuelvo á Vos, considerando
Vuestra piedad á mi perdón propicia.
Si á tanto padecer para valerme
No podéis igualar con castigarme,
Perdonarme debéis, agradecerme.
Perdonadme, Señor, para ganarme;
Que perderéis la gloria con perderme
Que os ha de resultar de perdonarme.

Canta la música:

No quiere, no, el Redentor
La muerte del pecador,
Sí que muera arrepentido,
Pues perdonar al vencido
Es gloria del vencedor.

ÁNGEL.

Esta parábola enseña
Lo que el Hombre debe á Dios;
Y que es locura que pierda
Gloria eterna, por no hacer
Por Él cosas tan pequeñas,
Pues haciéndolas tendrá
El Cielo, donde le espera
Premio, que es el mismo Dios
Con su bendición eterna.

HOMBRE.

Y aquí da fin ¡no os asombre!
El auto (de aquesta suerte)
De Las Cortes de la Muerte,
Con las miserias del Hombre.

ÍNDICE

DE LOS

AUTOS, COLOQUIOS Y COMEDIAS

DE

ASUNTOS DE LA SAGRADA ESCRITURA

CONTENIDOS EN ESTE TOMO

AUTOS Y COLOQUIOS

Páginas.

COMEDIA DE ASUNTOS DE LA SAGRADA ESCRITURA

APÉNDICE PRIMERO

APÉNDICE SEGUNDO

